

The
Fundamentals

A Testimony

Volume VIII

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume IV

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume X

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume III

Compendium of
Two Christian Leaders

Los

Fundamentos

***Un Testimonio a la
Verdad***

The
Fundamentals

A Testimony

Volume V

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume III

Compendium of
Two Christian Leaders

A Testimony

Volume VIII

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume XII

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume XI

Compendium of
Two Christian Leaders

A. C. Dixon

Louis Meyer

R. A. Torrey

Compendium of
Two Christian Leaders

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume XI

Compendium of
Two Christian Leaders

**Editor de la edición en
español:**

Calvin George

The
Fundamentals

A Testimony

Volume VI

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume IV

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume IX

Compendium of
Two Christian Leaders

The
Fundamentals

A Testimony

Volume III

Compendium of
Two Christian Leaders

Los Fundamentos

Un Testimonio a la Verdad

Editores:

A. C. Dixon (1854-1925)

Louis Meyer (1862-1913)

R. A. Torrey (1856-1928)

Publicado originalmente en inglés en 12 volúmenes entre 1910 y 1915 bajo el título
The Fundamentals: A Testimony to the Truth

Editor de la edición en español:

Calvin George

Edición 1.0

2026



Publicaciones Literatura Bautista

<http://www.literaturabautista.com>

Contenido

Introducción al proyecto de traducción.....	5
Capítulo 1 El Nacimiento Virginal de Cristo.....	9
Capítulo 2 La Deidad de Cristo.....	16
Capítulo 3 Los Propósitos de la Encarnación.....	20
Capítulo 4 La Personalidad y Deidad del Espíritu Santo.....	34
Capítulo 5 La Prueba del Dios Viviente tal como se Halla en la Vida de Oración de George Müller, de Bristol.....	42
Capítulo 6 La Historia de la Alta Crítica.....	51
Capítulo 7 Un Testimonio Personal (Howard A. Kelly).....	68
Capítulo 8 El Testimonio de los Monumentos sobre la Verdad de las Escrituras.....	70
Capítulo 9 El Testimonio Reciente de la Arqueología a las Escrituras.....	81
Capítulo 10 Las Falacias de la Alta Crítica.....	90
Capítulo 11 Cristo y la Crítica.....	101
Capítulo 12 Filosofía Moderna.....	109
Capítulo 13 Justificación por la Fe.....	120
Capítulo 14 Tributos a Cristo y a la Biblia por Hombres Inteligentes Que No Eran Conocidos como Cristianos Activos.....	127
Capítulo 15 La Inspiración de la Biblia - Definición, Alcance y Prueba.....	132
Capítulo 16 La Gloria Moral de Jesucristo: Una Prueba de Inspiración.....	150
Capítulo 17 Dios en Cristo, la única revelación de la paternidad de Dios.....	159
Capítulo 18 El Testimonio de la Experiencia Cristiana.....	166
Capítulo 19 El Cristianismo No Es Una Fábula.....	171
Capítulo 20 Mi Experiencia Personal con la Alta Crítica.....	177
Capítulo 21 El Testimonio Personal de Charles T. Studd.....	187
Capítulo 22 El Tabernáculo en el Desierto: ¿Existió?.....	191
Capítulo 23 El Testimonio de Cristo al Antiguo Testamento.....	214
Capítulo 24 La Biblia y la Crítica Moderna.....	226
Capítulo 25 Ciencia y Fe Cristiana.....	235
Capítulo 26 Un Testimonio Personal (Philip Mauro).....	242
Capítulo 27 Vida en la Palabra.....	249
Capítulo 28 Las Escrituras.....	281

Contenido

Capítulo 29 La Certeza e Importancia de la Resurrección Corporal de Jesucristo de entre los Muertos .	286
Capítulo 30 Observaciones sobre la Conversión y el Apostolado de Pablo.....	297
Capítulo 31 Un Testimonio Personal (H. W. Webb-Peploe).....	304
Capítulo 32 El Testimonio de las Misiones Extranjeras sobre la Providencia Supervisora de Dios	307
Capítulo 33 ¿Existe un Dios?.....	317
Capítulo 34 El Pecado y el Juicio Venidero	325
Capítulo 35 La Expiación	332
Capítulo 36 El Dios-Hombre	341
Capítulo 37 Los Primeros Relatos de Génesis	351
Capítulo 38 La Persona y la Obra de Jesucristo	358
Capítulo 39 La Esperanza de la Iglesia	366
Capítulo 40 La Desaparición de la Evolución.....	373
Capítulo 41 Inspiración.....	381
Capítulo 42 El Testimonio de las Escrituras de Sí Mismas	390
Capítulo 43 El Testimonio de la Unidad Orgánica de la Biblia a su Inspiración	399
Capítulo 44 Un Solo Isaías	407
Capítulo 45 El Libro de Daniel	417
Capítulo 46 Tres Peculiaridades del Pentateuco que son Incompatibles con las Teorías de su Composición de Graf-Wellhausen.....	424
Capítulo 47 Los Testigos de Jehová: Una Falsificación del Cristianismo	427
Capítulo 48 Crítica del Antiguo Testamento y Cristianismo del Nuevo Testamento	438
Capítulo 49 Evolucionismo en el Púlpito.....	450
Capítulo 50 La Decadencia del Darwinismo	455
Capítulo 51 El Testimonio de Pablo a la Doctrina del Pecado	462
Capítulo 52 La Ciencia de la Conversión.....	470
Capítulo 53 El Valor Doctrinal de los Primeros Capítulos de Génesis	476
Capítulo 54 El Conocimiento de Dios.....	484
Capítulo 55 Predica la Palabra	490
Capítulo 56 El Mormonismo: Su Origen, Características y Doctrinas	495
Capítulo 57 La Iglesia Verdadera	505
Capítulo 58 La Autoría Mosaica del Pentateuco	508
Capítulo 59 La Sabiduría de este Mundo	514
Capítulo 60 Las Sagradas Escrituras y las Negaciones Modernas.....	519

Contenido

Capítulo 61 La Salvación por Gracia	527
Capítulo 62 La Eficacia Divina de la Oración.....	536
Capítulo 63 Lo que Enseña Cristo Acerca del Castigo Futuro	545
Capítulo 64 Un Mensaje de las Misiones al Ministerio Moderno	551
Capítulo 65 La Denominación “Ciencia Cristiana”	559
Capítulo 66 ¿Por Qué Guardar el Día del Señor?.....	568
Capítulo 67 La Evidencia Interna del Cuarto Evangelio	575
Capítulo 68 La Naturaleza de la Regeneración	579
Capítulo 69 Regeneración, Conversión y Reforma	582
Capítulo 70 Las Enseñanzas de Nuestro Señor Sobre el Dinero	586
Capítulo 71 Satanás y su Reino.....	591
Capítulo 72 El Espíritu Santo y los Hijos de Dios	599
Capítulo 73 Consagración (Éxodo 28:40-43).....	607
Capítulo 74 El Valor Apologético de las Epístolas de Pablo	612
Capítulo 75 Lo que la Biblia Contiene Para el Creyente.....	616
Capítulo 76 El Espiritismo Moderno Probado Brevemente por las Escrituras	623
Capítulo 77 La Concepción Bíblica del Pecado	633
Capítulo 78 La Expiación por Propiciación	641
Capítulo 79 La Gracia de Dios.....	651
Capítulo 80 La Profecía Cumplida es un Argumento Poderoso a Favor de la Biblia	658
Capítulo 81 La Venida de Cristo	674
Capítulo 82 ¿Es el Romanismo Cristianismo?	680
Capítulo 83 Roma, la Antagonista de la Nación.....	686
Capítulo 84 Las Doctrinas que Deben Enfatizarse en el Evangelismo Exitoso.....	692
Capítulo 85 El Evangelismo Pastoral y Personal, o Cómo Ganar Hombres Para Cristo Uno por Uno....	699
Capítulo 86 El Verdadero Evangelismo de la Escuela Dominical	710
Capítulo 87 Misiones Extranjeras o Evangelización Mundial.....	720
Capítulo 89 ¿Qué Motivos Misioneros Deberían Prevalecer?.....	730
Capítulo 90 El Lugar de la Oración en el Evangelismo	736
Capítulo 91 La Iglesia y el Socialismo.....	741

Introducción al proyecto de traducción

Después de más de 110 años de la publicación original, se ha traducido finalmente todos los capítulos de la serie entera de libros que tuvo el máximo impacto en el inicio del movimiento teológico que llegó a conocerse como *fundamentalismo* en el año 1920.

Aunque el término “fundamentalista” no se acuñó hasta 1920, se cree de forma casi unánime que dicho nombre fue inspirado por la enorme influencia de la serie de libros *Los Fundamentos: Un Testimonio a la Verdad*.

Una buena introducción al contexto y propósito de esta influyente serie de doce libros proviene del prefacio de la obra misma en una edición impresa en 1917:

Dios movió a dos laicos cristianos en 1909 a reservar una gran suma de dinero para la publicación de doce volúmenes que expondrían los fundamentos de la fe cristiana y que se enviarían gratuitamente a ministros del evangelio, misioneros, superintendentes de escuelas dominicales y otras personas comprometidas con una activa labor cristiana en todo el mundo angloparlante.¹

Esta fue una colección excelente de libros maravillosos, que cumplieron la exhortación de Judas de que debemos “contender ardientemente por la fe que una vez fue dada a los santos”. Fueron introducidos con este prólogo en el primer volumen de la edición original:

Este libro es el primero de una serie que será publicada y enviada a todo pastor, evangelista, misionero, profesor de teología, estudiante de teología, superintendente de escuela dominical, secretarios de Y.M.C.A. y Y.W.C.A. en el mundo de habla inglesa, en la medida en que se puedan obtener las direcciones de todos ellos.

Dos laicos cristianos inteligentes y consagrados asumen los gastos, pues creen que ha llegado el momento de redactar una nueva declaración sobre los fundamentos del cristianismo. Su ferviente deseo es que la lea atentamente y comparta su verdad con otros.²

El siguiente historiador testifica del impacto que tuvo esta serie de libros para el fundamentalismo:

Casi todos los historiadores del movimiento están de acuerdo en que el movimiento fundamentalista recibió su nombre de la publicación de una serie de volúmenes llamados *The Fundamentals: A Testimony to the Truth* (Los Fundamentos: Un Testimonio a la Verdad). Estos fueron publicados por primera vez en 1909 y experimentaron una amplia circulación (casi tres millones de ejemplares) hasta 1920. ... Los colaboradores de esta serie de artículos incluyeron a académicos como James M. Gray, Benjamin B. Warfield, James Orr, W. J. Erdman, W. H. Griffith Thomas, Melvin Grove Kyle, H. C. G. Moule y G. Campbell Morgan. Estos hombres eran tan diversos como obispos episcopales, evangelistas metodistas, teólogos presbiterianos, egiptólogos, editores, moderadores, abogados y vicarios. Ciertamente no eran fanáticos antiintelectuales, manipuladores de serpientes, heréticos, oscurantistas. Sus artículos fueron una fuerte reafirmación del cristianismo histórico.³

Hubo un editor general y un comité editorial. El primer editor fue el pastor bautista A. C. Dixon (1854-1925), quien en ese tiempo era pastor de la iglesia en Chicago fundada por el evangelista D. L. Moody (1837-1899). Al acabar la publicación de los primeros cinco volúmenes, Dixon renunció cuando recibió la

¹ “Preface” *The Fundamentals: A Testimony to the Truth*. Vol. I. Los Angeles, CA: The Bible Institute of Los Angeles, 1917, p. 5.

² “Foreword” *The Fundamentals: A Testimony to the Truth*. Vol. I. Chicago, IL: Testimony Publishing Company, no date.

³ Dobson, Ed. “Fundamentalism - it’s roots” *Fundamentalist Journal*. Sep. 1982, p. 24.

invitación de pastorear la iglesia que había pastoreado Spurgeon, el Tabernáculo Metropolitano de Londres. La dirección editorial pasó a Louis Meyer (1862-1913), un evangelista judío. Se publicaron cinco volúmenes más, hasta que le sorprendió la muerte. La dirección editorial de los dos últimos volúmenes le cayó entonces a R. A. Torrey (1856-1928), quien por varios años había sido pastor de la iglesia de Moody y el director del instituto Moody. Torrey fue considerado por muchos como el sucesor de Moody. En el momento en que Torrey era editor general del proyecto de *Los Fundamentos*, fue decano del Instituto Bíblico de Los Angeles, y pastor de la Iglesia Puerta Abierta de la misma ciudad.

El *Testimonio* [palabra clave del subtítulo de la serie] fue organizado en 1909 por el Rev. A. C. Dixon, Doctor en Teología, quien editó los primeros cinco volúmenes de *Los Fundamentos*. Tuvo que dejar el trabajo cuando fue llamado en el verano de 1911 para convertirse en pastor del Tabernáculo Metropolitano en Londres, fundado por C. H. Spurgeon. Los siguientes cinco libros fueron editados por Louis Meyer, un judío cristiano, que trabajó tan duro que su salud falló y murió en 1913. El Dr. R. A. Torrey, entonces decano del Instituto Bíblico de Los Ángeles, editó los volúmenes 11 y 12. Los siguientes hombres formaron el comité original: Dr. Dixon, Dr. Torrey, Dr. Meyer, Henry P. Crowell, Thomas S. Smith, D. W. Potter y Dr. Elmore Harris. Los siguientes hombres se agregaron más tarde a este comité: Joseph Kyle, Doctor en Teología, Doctor en Derecho, Charles R. Erdman, Doctor en Teología, Delavan L. Pierson, L. W. Munhall, Doctor en Teología, T. C. Horton, H. C. Mabie, Doctor en Teología, y John Balcom Shaw, Doctor en Teología. Giles Kellogg era el fideicomisario de Los Angeles de los fondos de El Testimonio, y J. S. McGlashan el fideicomisario de Chicago. Thomas E. Stevens, editor del *Moody Church Herald*, era el director comercial, y *Moody Church* y *Moody Bible Institute* contribuyeron al éxito del trabajo.⁴

La influencia derivada de Carlos Spurgeon en *Los Fundamentos* es evidente por la contribución de un capítulo por su hijo, Tomás Spurgeon (1856-1917), además de un capítulo por T. W. Medhurst (1834-1917), el primer estudiante del colegio bíblico de Spurgeon.

Los volúmenes contienen, en promedio, ocho capítulos cada uno ... En la primera página de cada volumen, el lector es desafiado con estas palabras, “¡A la ley y al testimonio!” (Isaías 8:20). Los artículos cubren una amplia gama de temas: el nacimiento virginal, la deidad de Cristo, su encarnación, historia del método histórico crítico, arqueología, filosofía moderna, justificación por la fe, la inspiración de la Biblia, la ciencia y la fe cristiana, la resurrección corporal de Cristo, la expiación, la evolución y otros errores, la profecía cumplida y la segunda venida de Cristo, y hay muchos testimonios personales valiosos.⁵

¿Qué dio lugar a la publicación de *Los Fundamentos*? ¿Por qué fue tan importante defender las principales doctrinas de la fe histórica ortodoxa? Los 89 capítulos de los 12 volúmenes tratan básicamente de los cinco fundamentos de la fe: (1) la inspiración y autoridad de la Biblia; (2) el nacimiento virginal de Cristo; (3) la deidad de Cristo; (4) la expiación sustitutiva de Cristo; (5) la resurrección corporal y la segunda venida de Cristo. Observe que estos cinco se centraron en Cristo (la Palabra viva) y la Biblia (la Palabra de Dios escrita). Estas fueron las mismas doctrinas que estaban bajo el ataque de los eclesiásticos modernistas o liberales. Grandes hombres de la fe, hombres firmes con un alto nivel académico, unieron sus manos y corazones a través de líneas denominacionales, a pesar de sus pequeñas diferencias doctrinales, para producir esta obra para defender la fe una vez dada a los santos.⁶

Información variada de interés acerca de *Los Fundamentos*:

⁴ Howard Jr., Philip E. “Unashamed Fundamentalists: A review of the recent history of Fundamentalism” *The Sunday School Times*. May 26, 1945, p. 3.

⁵ Ibid., p. 3.

⁶ Lightner, Robert. “A Plea to Fellow Fundamentalists” *Fundamentalist Journal*. June 1986, p. 14.

- Doce volúmenes con un total de más de 1.600 páginas.
- 62 autores nombrados. No se sabe la cantidad total con exactitud, debido a que algunos fueron escritores anónimos.
- Los escritores representaron al menos seis países de Norteamérica y Europa.
- Un autor anónimo se describió a sí mismo sencillamente como “un ocupante de la banca”.
- Se distribuyeron alrededor de 3 millones de ejemplares.
- Se recibieron 200.000 cartas de respuesta.

Aunque a los “cinco fundamentos” de 1910 les faltaban muchos elementos doctrinales, dentro de los volúmenes de *Los Fundamentos* se expusieron en gran medida las diversas doctrinas con más profundidad. También se abordaron asuntos prácticos, como el evangelismo personal, la importancia de la escuela dominical, las misiones extranjeras, la oración, etc. También hubo advertencias contra la evolución, la filosofía moderna, el socialismo, el mormonismo, el catolicismo, la ciencia cristiana, etc. “Los artículos eran académicos pero prácticos; apologeticos, pero no vengativos; informativos, pero no excesivamente minuciosos”.⁷

Al publicarse el último volumen en el año 1915, se incluyó un testimonio acerca de los caballeros que habían hecho posible su publicación, el cual indica el alcance geográfico, el interés, la demanda y la gran suma de libros distribuidos:

Puede ser de interés afirmar que se han publicado y distribuido más de 2.500.000 de copias de los doce volúmenes, y que la petición de volúmenes anteriores ha sido tan insistente que ha hecho necesaria la reimpresión de más de un cuarto de millón de copias adicionales de los números anteriores, lo que eleva la producción total a casi 3.000.000 de copias.

Aproximadamente un tercio de estas 3.000.000 de copias se han enviado a países fuera de los Estados Unidos. Aproximadamente la mitad de estos últimos se han enviado a varias partes de Gran Bretaña y el resto a otros países extranjeros. La gran mayoría de los obreros misioneros protestantes del mundo los han recibido.⁸

Aunque la serie de libros *Los Fundamentos* fue muy bíblica en general y ayudó a advertir sobre la falsa doctrina y el modernismo, una lectura minuciosa revela algunas decepciones. Como cuatro de la gran cantidad de autores que contribuyeron a *Los Fundamentos* fueron solo parcialmente conservadores. Parece que la principal preocupación fue asegurar que se trataran ciertos temas, sin que ninguno de los autores fuera modernista. Representaban el pensamiento dominante de la época de aquellos que no eran modernistas, pero eso también significaba que algunos no eran tan conservadores como deberían haber sido para inclusión en la obra. Esto puede servir como un recordatorio de que incluso si algo tiene el sello de “fundamental”, todavía necesita ser filtrado por la Palabra de Dios.

Con la influencia resurgente del movimiento fundamentalista y el potencial que trae para el avivamiento nacional, debemos defender constantemente lo esencial y absoluto del cristianismo. La marea abrumadora del secularismo, el humanismo y el liberalismo tiene la intención de destruir la iglesia de Cristo. Así como nuestros antepasados fundamentalistas resistieron los vientos del liberalismo que azotaban el Atlántico, nosotros en nuestra generación debemos resistir la marea del secularismo que ha permeado todos los niveles de la sociedad. Debemos defender la Biblia como inspirada e infalible. Debemos predicar a un Jesús quien es Dios, uno que murió una muerte sustitutiva, fue sepultado,

⁷ Priest, Gerald L. “A. C. Dixon, Chicago Liberals, and The Fundamentals” *Detroit Baptist Seminary Journal*. Spring 1996, p. 132.

⁸ “A statement by the two laymen” *The Fundamentals: A Testimony to the Truth*. Vol. XII. Chicago, IL: Testimony Publishing Company, no date, p. 4.

resucitó y regresará a la tierra. Alcemos la bandera de la Verdad y agitemos su bandera en alto. Debemos defender sin concesiones la Verdad que nos ha liberado.⁹

La influencia de esta serie de libros en detener la marea del modernismo y defender la fe es incalculable, sentando las bases doctrinales sobre las cuales se consolidaría el movimiento fundamentalista en las décadas subsiguientes.

Aunque los puntos de vista doctrinales son generalmente muy conservadores, *Los Fundamentos* toleraron cierta diversidad; debe entenderse que el fundamentalismo como movimiento estaba todavía en sus etapas iniciales y no había pasado por el fuego refinador de la controversia fundamentalista-modernista de la década de 1920 en la que se solidificó el fundamentalismo.

La presente traducción es completa. Solo se dejó sin traducir unas listas de libros recomendados, dado que aparentemente la mayoría de los libros mencionados nunca fueron traducidos al español.

En esta serie traducida soy más bien editor que traductor, dado que la inteligencia artificial ha provisto la mayoría del esfuerzo de traducción. Pero en algo tan importante como escritos teológicos que reflejan la perspectiva de nuestros antepasados, fue necesaria la revisión y corrección humana. Cuando el escrito original utilizó corchetes ([]), se han cambiado a paréntesis, para reservar los corchetes para el uso del editor, por si alguna traducción requiera alguna explicación. También se utilizaron los corchetes en la traducción para proveer las referencias bíblicas cuando el texto original no las incluye. Las notas al pie de las páginas se han cambiado a asteriscos (*) o a paréntesis. Los elipsis (...) reflejan el texto original, y no una omisión de parte del editor.

Al lector posiblemente le interese la obra *La Historia del Fundamentalismo Bíblico* de parte del editor de la presente obra. El libro de 230 páginas está disponible gratuitamente en literaturabautista.com.

Para reportar posibles errores o sugerencias de mejoras en la traducción, se puede comunicar con el editor por medio de la página de contacto de literaturabautista.com.

Misionero Calvin George

⁹ Dobson, Edward. *In Search of Unity*. Nashville: Thomas Nelson, 1985, pp. 47-48.

Capítulo 1 El Nacimiento Virginal de Cristo

Por el Profesor James Orr, Doctor en Teología
Colegio de la Iglesia Libre Unida, Glasgow, Escocia

Es bien sabido que los últimos diez o veinte años han estado marcados por un asalto decidido contra la verdad del nacimiento virginal de Cristo. En el año 1892 estalló una gran controversia en Alemania, debido a la negativa de un pastor llamado Schrempf a utilizar el Credo de los Apóstoles en el bautismo debido a su incredulidad en este y otros artículos. Schrempf fue depuesto, y comenzó una agitación contra la doctrina del nacimiento virginal que ha crecido en volumen desde entonces. Otras tendencias, especialmente el surgimiento de una escuela extremadamente radical de Capítulo 1 El Nacimiento Virginal de Cristocrítica histórica, añadieron fuerza al movimiento negativo. El ataque no se limita, de hecho, al artículo del nacimiento virginal. Afecta a toda la estimación sobrenatural de Cristo: Su vida, sus pretensiones, su impecabilidad, sus milagros, su resurrección de entre los muertos. Pero el nacimiento virginal es atacado con especial vehemencia, porque se supone que la evidencia de este milagro es más fácil de eliminar que la evidencia de hechos públicos, como la resurrección. El resultado es que en muchos sectores el nacimiento virginal de Cristo es tratado abiertamente como una fábula. La creencia en él es descartada como indigna de la inteligencia del siglo veinte. Los métodos de los oponentes más antiguos del cristianismo son revividos, y se le compara con las historias griegas y romanas, vulgares y viles, de héroes que tenían dioses por padres. Se hace un punto especial del silencio de Pablo, y de los otros escritos del Nuevo Testamento, sobre esta supuesta maravilla.

La Característica Más Desafortunada

Sin embargo, no es solo en los círculos de incredulidad donde el nacimiento virginal es desacreditado; en la misma iglesia se está extendiendo el hábito de sembrar dudas sobre el hecho, o al menos de considerarlo como una parte no esencial de la fe cristiana. Esta es la característica más desafortunada en esta infeliz controversia. Hasta hace poco nadie soñaba con negar que, en la profesión sincera del cristianismo, este artículo, que ha estado desde el principio en la vanguardia de todos los grandes credos de la cristiandad, estaba incluido. Ahora es diferente. La verdad y el valor del artículo del nacimiento virginal son desafiados. Se afirma que el artículo no pertenecía a la tradición cristiana más temprana, y que la evidencia de ello no es fuerte. Por lo tanto, déjenlo caer.

La Compañía que Mantiene

Desde el lado de la crítica, la ciencia, la mitología, la historia y la religión comparada, se hace así un asalto al artículo por tanto tiempo tan querido por los corazones de los cristianos y considerado con razón por ellos tan vital para su fe. Porque por fuerte que sea la voz de la negación, un hecho debe impactar a todo observador cuidadoso del conflicto. Entre aquellos que rechazan el nacimiento virginal del Señor, pocos se encontrarán —no conozco ninguno— que tomen en otros aspectos una visión adecuada de la persona y obra del Salvador. Es sorprendente cuán claramente se revela aquí la línea de división. Mi declaración hecha públicamente e impresa nunca ha sido refutada, de que aquellos que aceptan una doctrina completa de la encarnación... es decir, de una verdadera entrada del Hijo eterno de Dios en nuestra naturaleza para los propósitos de la salvación del hombre —casi sin excepción aceptan con ella la doctrina del nacimiento virginal de Cristo, mientras que aquellos que repudian o niegan este artículo de fe mantienen una visión rebajada de la persona de Cristo o, más comúnmente, rechazan sus pretensiones sobrenaturales por completo. No se cuestionará, en todo caso, que la gran mayoría de los oponentes del nacimiento virginal —aquellos que son conspicuos por escribir contra él— están en la última clase.

Una Objeción Respondida

Esto es realmente una respuesta a la objeción a menudo escuchada de que, sea cierto o no, el nacimiento virginal no es de importancia esencial. Se argumenta que no es esencial para la impecabilidad de Cristo, pues eso se habría asegurado igualmente, aunque Cristo hubiera nacido de dos padres. Y no es esencial para la encarnación. ¡Una cosa arriesgada, ciertamente, para los mortales errantes juzgar qué era y qué no era esencial en un evento tan estupendo como la introducción del “primogénito” en el mundo! Pero el instinto cristiano siempre ha penetrado más profundamente. El rechazo del nacimiento virginal rara vez, si es que alguna vez, va solo. Como dijo el difunto Prof. A. B. Bruce, con la negación del nacimiento virginal es propensa a ir la negación de la vida virginal. Aquellos que piensan seriamente sienten que la encarnación implica un milagro en el origen terrenal de Cristo. Esto se volverá más claro a medida que avancemos.

El Caso Planteado

El objetivo de este documento es mostrar que aquellos que toman las líneas de negación sobre el nacimiento virginal recién esbozadas hacen una gran injusticia a la evidencia y la importancia de la doctrina que rechazan. La evidencia, si no del mismo tipo público que la de la resurrección, es mucho más fuerte de lo que el objetor permite, y el hecho negado entra mucho más vitalmente en la esencia de la fe cristiana de lo que él supone. Colocado en su entorno correcto entre las otras verdades de la religión cristiana, no solo no es un obstáculo para la fe, sino que se siente que encaja con poder autoevidente en la conexión de estas otras verdades, y proporciona la explicación misma que se necesita de la persona santa y sobrenatural de Cristo. El cristiano ordinario es un testigo aquí. Al leer los Evangelios, no siente incongruencia al pasar de las narrativas del nacimiento virginal a la maravillosa historia de la vida de Cristo en los capítulos que siguen, y luego de estos a las imágenes de la dignidad divina de Cristo dadas en Juan y Pablo. Todo es de una sola pieza: el nacimiento virginal es tan natural al comienzo de la vida de tal Uno —el Hijo divino— como la resurrección lo es al final. Y cuánto más de cerca se considera el asunto, más fuerte se hace esta impresión. Es solo cuando se parte de la concepción bíblica de Cristo que entran varias dificultades y dudas.

Una Visión Superficial

Es, en verdad, una forma muy superficial de hablar o pensar sobre el nacimiento virginal decir que nada depende de esta creencia para nuestra estimación de Cristo. ¿Quién que reflexione sobre el tema cuidadosamente puede dejar de ver que si Cristo nació de una virgen —si fue verdaderamente “concebido”, como dice el credo, “por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María”— debe haber necesariamente entrado un elemento sobrenatural en su persona; mientras que, si Cristo fue sin pecado, mucho más, si Él fue el mismo Verbo de Dios encarnado, ¿no debe haber habido un milagro —el milagro más estupendo en el universo— en su origen? Si Cristo fue, como afirman Juan y Pablo y su iglesia siempre ha creído, el Hijo de Dios hecho carne, el segundo Adán, la nueva Cabeza redentora de la raza, se esperaba un milagro en su origen terrenal; sin un milagro tal persona nunca podría haber sido. ¿Por qué entonces poner objeciones a las narrativas que declaran el hecho de tal milagro? ¿Quién no ve que la historia del Evangelio habría estado incompleta sin ellas? La inspiración aquí solo da a la fe lo que la fe en sus propios terrenos exige imperativamente para su perfecta satisfacción.

El Marco Histórico

Es hora ahora de venir a la Escritura misma, y mirar el hecho del nacimiento virginal en su marco histórico, y su relación con otras verdades del Evangelio. Como precedente al examen de la evidencia histórica, se puede decir un poco, primero, sobre la preparación del Antiguo Testamento. ¿Hubo tal preparación? Algunos dirían que no, pero este no es el camino de Dios, y podemos buscar con confianza al menos algunas indicaciones que apunten en la dirección del evento del Nuevo Testamento.

La Primera Promesa

La mente de uno se vuelve primero a esa más antigua de todas las promesas evangélicas, que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. “Y pondré enemistad”, dice Jehová a la serpiente tentadora, “entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15). Es un debilitamiento sin fuerza de esta primera palabra del Evangelio en la Biblia explicarla como una disputa duradera entre la raza de los hombres y la cría de las serpientes. La serpiente, como atestigua incluso el Dr. Driver, es “el representante del poder del mal” —en la Escritura posterior, el “que se llama diablo y Satanás” (Apocalipsis 12:9)— y la derrota que sufre de la simiente de la mujer es una victoria moral y espiritual. La “simiente” que lo destruiría se describe enfáticamente como la simiente de la mujer. Fue la mujer a través de quien el pecado había entrado en la raza; por la simiente de la mujer vendría la salvación. Los escritores de la iglesia primitiva a menudo presionaron esta analogía entre Eva y la Virgen María. Podemos rechazar cualquier elemento de sobreexaltación de María que conectaran con ello, pero sigue siendo significativo que esta frase peculiar fuera elegida para designar al futuro libertador. No puedo creer que la elección sea accidental. La promesa a Abraham fue que en su simiente serían benditas las familias de la tierra; allí se enfatiza al varón, pero aquí es la mujer, la mujer distintivamente. Hay, quizás, como han pensado buenos eruditos, una alusión a esta promesa en 1 Timoteo 2:15, donde, con alusión a Adán y Eva, se dice: “Pero se salvará engendrando hijos”.

La Profecía de Emanuel

La idea del Mesías, reuniendo gradualmente para sí los atributos de un Rey divino, alcanza una de sus expresiones más claras en la gran profecía de Emanuel, extendiéndose desde Isaías 7 hasta 9:7, y centrándose en la declaración: “El Señor mismo os dará (al incrédulo Acáz) señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14; Cf. 8:8,10). Este no es otro que el niño de maravilla exaltado en Isaías 9:6,7: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno (Padre de la Eternidad), Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino,” etc. Esta es la profecía citada como cumplida en el nacimiento de Cristo en Mateo 1:23, y parece también aludida en las promesas resplandecientes a María en Lucas 1:32, 33. Se señala en objeción que el término traducido “virgen” en Isaías no lleva necesariamente este significado; denota propiamente solo a una mujer joven soltera. El contexto, sin embargo, parece claramente poner un énfasis en el estado de soltería, y los traductores de la versión griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) llanamente lo entendieron así cuando lo tradujeron por *parthenos*, una palabra que sí significa “virgen”. La tendencia en muchos sectores ahora es admitir esto (Dr. Cheyne, etc.), e incluso buscar una explicación de ello en supuestas creencias babilónicas en un nacimiento virginal. Esto último, sin embargo, es bastante ilusorio.*

* (Para la evidencia, ver mi volumen sobre “El Nacimiento Virginal”, Conferencia VII.) Es, por otro lado, singular que los judíos mismos no parezcan haber aplicado esta profecía en ningún momento al Mesías — un hecho que refuta la teoría de que fue este texto el que sugirió la historia de un nacimiento virginal a los primeros discípulos.

Ecos en Otras Escrituras

Fue, de hecho, cuando uno piensa en ello, solo bajo la suposición de que iba a haber algo excepcional y extraordinario en el nacimiento de este niño llamado Emanuel que podría haber ofrecido a Acáz una señal de la perpetuidad del trono de David en la escala de magnitud propuesta (“Pide para ti señal... o arriba en lo alto”. Ver. 11). Miramos, por lo tanto, con interés para ver si hay ecos o sugerencias de la idea de este pasaje en otras escrituras proféticas. Naturalmente no son muchas, pero no parecen faltar del todo. Hay, primero, la notable profecía de Belén en Miqueas 5:2, 3 —también citada como cumplida en la natividad (Mateo 2:5, 6)— conectada con el dicho: “Pero los dejará hasta el tiempo que dé a luz la que ha de dar a luz” (“El Rey de Belén”, dice Delitzsch, “que tiene una sin nombre como madre, y de cuyo padre no hay mención”). Miqueas fue contemporáneo de Isaías, y cuando se considera la estrecha relación entre los dos

(compare Isaías 2:2-4, con Miqueas 4:1-3), es difícil no reconocer en su oráculo una expansión del de Isaías. En la misma línea parecería estar la enigmática declaración en Jeremías 31:22: “Porque Jehová creará una cosa nueva sobre la tierra: la mujer rodeará al varón” (así Delitzsch, etc.).

Testimonio del Evangelio

Los gérmenes ahora indicados en las escrituras proféticas aparentemente no habían dado fruto en las expectativas judías del Mesías, cuando tuvo lugar el evento que para las mentes cristianas los hizo luminosos con importancia predictiva. En Belén de Judea, como Miqueas había predicho, nació de una madre virgen. Aquel cuyas “salidas” eran “desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:2; Mateo 2:6). Mateo, quien cita la primera parte del versículo, difícilmente puede haber ignorado la insinuación de preexistencia que contenía. Esto nos lleva al testimonio del nacimiento milagroso de Cristo en nuestros primer y tercer Evangelios —los únicos Evangelios que registran las circunstancias del nacimiento de Cristo en absoluto. Por consentimiento general las narrativas en Mateo (capítulos 1, 2) y en Lucas (capítulos 1, 2) son independientes —es decir, no se derivan una de la otra— sin embargo, ambas afirman, en historia detallada, que Jesús, concebido por el poder del Espíritu Santo, nació de una virgen pura, María de Nazaret, desposada con José, cuya esposa llegó a ser después. El nacimiento tuvo lugar en Belén, adonde José y María habían ido para el empadronamiento en un censo que se estaba tomando. El anuncio fue hecho a María de antemano por un ángel, y el nacimiento fue precedido, asistido y seguido por eventos notables que se narran (nacimiento del Bautista, con anunciaciones, visión angélica a los pastores, visita de sabios del oriente, etc.). Las narrativas deben leerse cuidadosamente en su totalidad para entender los comentarios que siguen.

El Testimonio Probado

No hay duda, por lo tanto, sobre el testimonio del nacimiento virginal, y la pregunta que ahora surge es: ¿Cuál es el valor de estas partes de los Evangelios como evidencia? ¿Son partes genuinas de los Evangelios? ¿O son adiciones tardías y poco confiables? ¿De qué fuentes se puede presumir que se derivan? Es de la verdad de las narrativas que depende nuestra creencia en el nacimiento virginal. ¿Se puede confiar en ellas? ¿O son meras fábulas, invenciones, leyendas, a las que no se puede atribuir ningún crédito?

La respuesta a varias de estas preguntas se puede dar en forma muy breve. Las narrativas de la natividad en Mateo y Lucas son indudablemente partes genuinas de sus respectivos Evangelios. Han estado allí desde que los Evangelios mismos tuvieron existencia. La prueba de esto es convincente. Los capítulos en cuestión se encuentran en cada manuscrito y versión de los Evangelios que se sabe que existen. Hay cientos de manuscritos, algunos de ellos muy antiguos, pertenecientes a diferentes partes del mundo, y muchas versiones en diferentes idiomas (latín, siríaco, egipcio, etc.), pero estas narrativas del nacimiento virginal se encuentran en todos. Sabemos, de hecho, que una sección de los primeros cristianos judíos —los Ebionitas, como se les llama comúnmente— poseían un Evangelio basado en Mateo del cual los capítulos sobre la natividad estaban ausentes. Pero este no era el verdadero Evangelio de Mateo: era en el mejor de los casos una forma mutilada y corrupta de él. El Evangelio genuino, como atestiguan los manuscritos, siempre tuvo estos capítulos.

A continuación, en cuanto a los Evangelios mismos, no fueron de origen tardío y no apostólico; sino que fueron escritos por hombres apostólicos, y fueron desde el principio aceptados y circulados en la iglesia como encarnaciones confiables de la sana tradición apostólica. El Evangelio de Lucas fue de la propia pluma de Lucas —su autenticidad ha recibido recientemente una poderosa vindicación del Prof. Harnack, de Berlín— y el Evangelio de Mateo, aunque alguna duda aún descansa sobre su idioma original (arameo o griego), pasó sin desafío en la iglesia primitiva como el Evangelio genuino del apóstol Mateo. La crítica ha planteado más recientemente la cuestión de si es solo el “fundamento” de los discursos (los “Logia”) lo que proviene directamente de Mateo. Como sea que esto se resuelva, es cierto que el Evangelio en su forma

griega siempre pasó como de Mateo. Debe, por lo tanto, si no fue escrito por él, haber tenido su autoridad inmediata. Las narrativas nos llegan, en consecuencia, con alta sanción apostólica.

Fuentes de las Narrativas

En cuanto a las fuentes de las narrativas, no poco se puede espigar del estudio de su carácter interno. Aquí dos hechos se revelan. El primero es que la narrativa de Lucas se basa en algún escrito arameo antiguo, arcaico y altamente original. Su carácter arameo brilla a través de cada parte. En estilo, tono, concepción, es altamente primitivo —emana, aparentemente, de ese círculo de personas devotas en Jerusalén a quienes sus propias páginas nos presentan (Lucas 2:25, 36-38). Tiene, por lo tanto, el mayor derecho al crédito. El segundo hecho es aún más importante. Una lectura de las narrativas muestra claramente —lo que podría haberse esperado— que la información que transmiten se derivó de ninguna fuente inferior a José y María mismos. Esta es una característica marcada de contraste en las narrativas: que la narrativa de Mateo está toda contada desde el punto de vista de José, y la de Lucas está toda contada desde el de María. Las señales de esto son inconfundibles. Mateo cuenta sobre las dificultades y la acción de José, y dice poco o nada sobre los pensamientos y sentimientos de María. Lucas cuenta mucho sobre María —incluso sus pensamientos más íntimos— pero no dice casi nada directamente sobre José. Las narrativas, en resumen, no son, como algunos quisieran, contradictorias, sino que son independientes y complementarias. La una suplementa y completa la otra. Ambas juntas son necesarias para dar la historia completa. Llevan en sí mismas el sello de la verdad, honestidad y pureza, y son dignas de toda aceptación, como evidentemente se consideraba que eran en la iglesia primitiva.

Objeciones Infundadas

Contra la aceptación de estas narrativas tempranas y bien atestiguadas, ¿qué tienen ahora que alegar los objetores? Paso por alto los intentos de mostrar, por eliminación crítica (purgando Lucas 1:35, y algunas otras cláusulas), que la narrativa de Lucas no era una narrativa de un nacimiento virginal en absoluto. Este es un intento vano frente al testimonio de las autoridades manuscritas. Tampoco necesito detenerme en las supuestas “discrepancias” en las genealogías y narrativas. Estas no son serias, cuando se reconocen la independencia y los diferentes puntos de vista de las narrativas. Las genealogías, trazando la descendencia de Cristo desde David a lo largo de diferentes líneas, presentan problemas que ejercitan las mentes de los eruditos, pero no tocan el hecho central de la creencia de ambos Evangelistas en el nacimiento de Jesús de una virgen. Incluso en un manuscrito siríaco que contiene la lectura ciertamente errónea, “José engendró a Jesús”, la narrativa continúa, como de costumbre, relatando el nacimiento virginal. No es una contradicción, si Mateo guarda silencio sobre la residencia anterior en Nazaret, que el objeto de Lucas le llevó a describir completamente.

Silencio de Marcos y Juan

La objeción en la que más énfasis se pone (aparte de lo que se llama el carácter evidentemente “mítico” de las narrativas) es el silencio sobre el nacimiento virginal en los Evangelios restantes, y otras partes del Nuevo Testamento. Esto, se sostiene, prueba concluyentemente que el nacimiento virginal no era conocido en los círculos cristianos más tempranos, y fue una leyenda de origen posterior. Con respecto a los Evangelios —Marcos y Juan— la objeción solo aplicaría si fuera el diseño de estos Evangelios narrar, como hacen los otros, las circunstancias de la natividad. Pero este evidentemente no era su diseño. Tanto Marcos como Juan sabían que Jesús tuvo un nacimiento humano —una infancia y vida temprana— y que su madre se llamaba María, pero de propósito deliberado no nos dicen nada al respecto. Marcos comienza su Evangelio con la entrada de Cristo en su ministerio público, y no dice nada del período anterior, especialmente de cómo Jesús llegó a ser llamado “el Hijo de Dios” (Marcos 1:1). Juan traza la descendencia divina de Jesús, y nos dice que el “Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14); pero cómo se obró este milagro de hacerse carne no lo dice. No estaba dentro de su plan. Él conocía la tradición de la iglesia sobre el tema:

tenía los Evangelios narrando el nacimiento de Jesús de la Virgen en sus manos: y da por sentado el conocimiento de su enseñanza. Hablar de contradicción en un caso como este está fuera de discusión.

Silencio de Pablo

Cuán lejos estaba Pablo familiarizado con los hechos del origen terrenal de Cristo no es fácil de decir. Hasta cierto punto estos hechos siempre serían considerados como entre las privacidades de los círculos cristianos más íntimos mientras al menos María viviera —y los detalles pueden no haber sido completamente conocidos hasta que se publicaron los Evangelios. Pablo ciertamente no basó su predicación de su Evangelio en estos asuntos privados e interiores, sino en los hechos amplios y públicos del ministerio, muerte y resurrección de Cristo. Sería ir demasiado lejos, sin embargo, inferir de esto que Pablo no tenía conocimiento del milagro del nacimiento de Cristo. Lucas fue compañero de Pablo, y sin duda compartió con Pablo todo el conocimiento que él mismo había reunido sobre este y otros temas. Una cosa es cierta, que Pablo no podría haber creído en la dignidad divina, la preexistencia, la perfección impecable y la jefatura redentora de Jesús como lo hizo, y no haber estado convencido de que su entrada en la humanidad no fue un evento ordinario de la naturaleza, sino que implicó un milagro sin paralelo de algún tipo. Este Hijo de Dios, que se “despojó” a Sí mismo, que fue “nacido de mujer, nacido bajo la ley”, que “no conoció pecado” (Filipenses 2:7, 8; Gálatas 4:4; 2 Corintios 5:21), no era, y no podía ser, un simple producto de la naturaleza. Dios debe haber obrado creativamente en su origen humano. El nacimiento virginal sería para Pablo el más razonable y creíble de los eventos. Así también para Juan, quien mantenía la misma visión elevada de la dignidad y santidad de Cristo.

La Impecabilidad de Cristo una Prueba

A veces se argumenta que un nacimiento virginal no es ayuda para la explicación de la impecabilidad de Cristo. Siendo María misma pecadora por naturaleza, se sostiene que la mancha de corrupción sería transmitida por un padre tan realmente como por dos. Se pasa por alto que el hecho completo no se expresa diciendo que Jesús nació de una madre virgen. Está el otro factor — “concebido por el Espíritu Santo”. Lo que sucedió fue un milagro divino y creativo obrado en la producción de esta nueva humanidad que aseguró, desde sus primeros comienzos germinales, la libertad de la más mínima mancha de pecado. La generación paterna en tal origen es superflua. El nacimiento de Jesús no fue, como en los nacimientos ordinarios, la creación de una nueva personalidad. Fue una persona divina —ya existente— entrando en este nuevo modo de existencia. El milagro solo podía efectuar tal maravilla. Porque su naturaleza humana tuvo este origen milagroso, Cristo fue el “Santo” ser desde el comienzo (Lucas 1:35). Sin pecado fue Él, como demostró toda su vida; pero ¿cuándo, en todo el tiempo, dio la generación natural nacimiento a una personalidad sin pecado?

La Iglesia Primitiva un Testigo

La historia de la iglesia primitiva es ocasionalmente apelada como testigo de que la doctrina del nacimiento virginal no era primitiva. Ninguna afirmación podría ser más fútil. La iglesia primitiva, hasta donde podemos rastrearla, en todas sus ramas, mantuvo esta doctrina. No se conoce ninguna secta cristiana que la negara, salvo los ebionitas judíos anteriormente aludidos. El cuerpo general de los cristianos judíos —los nazarenos como se les llama— la aceptaba. Incluso las sectas gnósticas mayores a su manera la admitían. Aquellos gnósticos que la negaban eran repelidos con toda la fuerza de los maestros más grandes de la iglesia. Se relata que el apóstol Juan se opuso vehementemente a Cerinto, el maestro más antiguo con quien se conecta esta negación.

Vaguedades Desacreditadas

¿Qué más queda por decir? Sería un desperdicio de espacio seguir a los objetores en sus diversas teorías de un origen mítico de esta creencia. Una por una las especulaciones avanzadas se han desmoronado, y han dado lugar a otras todas igualmente infundadas. La más nueva de las teorías busca un origen de la creencia en la antigua Babilonia, y supone que los judíos poseían la noción en tiempos precristianos. Esto no solo se opone a toda evidencia real, sino que es la renuncia a la contención de que la idea tuvo su origen en círculos cristianos tardíos, y era desconocida para los apóstoles anteriores.

El Verdadero Cristo

Doctrinalmente, debe repetirse que la creencia en el nacimiento virginal de Cristo es del más alto valor para la correcta aprehensión de la personalidad única y sin pecado de Cristo. Aquí hay Uno, como Pablo destaca en Romanos 5:12 y siguientes, que, libre de pecado Él mismo, y no involucrado en las responsabilidades adánicas de la raza, revierte la maldición del pecado y la muerte introducida por el primer Adán, y establece el reino de justicia y vida. Si Cristo hubiera nacido naturalmente, ninguna de estas cosas podría afirmarse de Él. Como uno de la raza de Adán, no un entrante de una esfera superior, Él habría compartido la corrupción y el destino de Adán —habría requerido Él mismo ser redimido. A través de la misericordia infinita de Dios, Él vino de arriba, no heredó culpa, no necesitó regeneración o santificación, sino que se convirtió Él mismo en el Redentor, Regenerador, Santificador, para todos los que lo reciben. “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:15).

Capítulo 2 La Deidad de Cristo

Profesor Benjamin B. Warfield, Doctor en Teología y Doctor en Derecho
Seminario Teológico de Princeton

Un escritor reciente ha observado que nuestra convicción segura de la deidad de Cristo descansa, no en “textos de prueba o pasajes, ni en antiguos argumentos sacados de éstos, sino en el hecho general de toda la manifestación de Jesucristo, y en toda la impresión que Él ha dejado en el mundo”. La antítesis es demasiado absoluta, y quizá delata una desconfianza injustificada en la evidencia de la Escritura. Para que sea justa, deberíamos leer la afirmación más bien así: Nuestra convicción de la deidad de Cristo no descansa solamente en los pasajes bíblicos que la afirman, sino también en toda la impresión que Él ha dejado en el mundo; o quizá así: Nuestra convicción no descansa más en las afirmaciones bíblicas que en toda su manifestación. Ambas líneas de evidencia son válidas; y cuando se trenzan juntas forman una cuerda irrompible. Los textos y pasajes sí prueban que Jesús fue estimado como divino por quienes anduvieron con Él; que Él se estimó a Sí mismo como divino; que fue reconocido como divino por quienes fueron enseñados por el Espíritu; y que, en fin, era divino. Pero además de esta evidencia bíblica, la impresión que Jesús ha dejado en el mundo da un testimonio independiente de su deidad, y bien puede ser que a muchas mentes esto les parezca lo más concluyente de todas sus evidencias. Ciertamente es muy fuerte e impresionante.

La experiencia como prueba

La justificación que el autor que acabamos de citar da para descuidar la evidencia bíblica en favor de la que se apoya en la impresión de Jesús en el mundo también está abierta a crítica. “Jesucristo” nos dice, “es una de esas verdades esenciales que son demasiado grandes para ser probadas, como Dios, o la libertad, o la inmortalidad”. Tales cosas descansan, al parecer, no en pruebas sino en la experiencia. No necesitamos detenernos a señalar que esta experiencia es en sí misma una prueba. Más bien queremos señalar que aquí parece haberse caído en cierta confusión entre nuestra capacidad de reunir la prueba por la cual estamos convencidos y nuestra capacidad de recibir su fuerza. Es muy cierto que “las conclusiones más esenciales de la mente humana son mucho más amplias y fuertes que los argumentos con los cuales se sostienen”; que las pruebas “siempre están cambiando, pero las creencias permanecen”. Pero esto no es porque las conclusiones en cuestión no descansen en pruebas sólidas, sino porque no hemos tenido la habilidad de presentar, en nuestras exposiciones argumentativas, las pruebas realmente fundamentales en las cuales descansan.

Racionalidad inconsciente

Un hombre reconoce a simple vista el rostro de su amigo, o su propia letra. Pregúntele cómo sabe que ese rostro es el de su amigo, o esa letra es la suya, y se queda callado; o, al intentar responder, balbucea tonterías. Sin embargo, su reconocimiento descansa en fundamentos sólidos, aunque le falte la habilidad analítica para aislar y expresar esos fundamentos. Creemos en Dios y en la libertad y en la inmortalidad con buenos fundamentos, aunque quizá no podamos analizar satisfactoriamente esos fundamentos. No existe una convicción verdadera sin un fundamento racional adecuado en la evidencia. Así que, si estamos firmemente seguros de la deidad de Cristo, será por fundamentos adecuados, que apelan a la razón. Pero bien puede ser que sean fundamentos no analizados, quizá no analizables por nosotros, de manera que se presenten en las formas de la lógica formal.

No necesitamos esperar a analizar los fundamentos de nuestras convicciones antes de que éstas operen para producir convicciones, más de lo que necesitamos esperar a analizar nuestra comida antes de que nos nutra; y podemos creer de manera sólida con evidencia muy mezclada con error, así como podemos prosperar con

comida lejos de ser pura. La alquimia de la mente, como la del aparato digestivo, sabe cómo separar de la masa lo que requiere para su sostén; y así como podemos vivir sin conocimiento alguno de química, también podemos poseer convicciones sinceras, sólidamente fundadas en la razón correcta, sin el menor conocimiento de lógica. La convicción del cristiano sobre la deidad de su Señor no depende, para ser sana, de la capacidad del cristiano de expresar de manera convincente los fundamentos de su convicción. La evidencia que él ofrece puede ser totalmente inadecuada, mientras que la evidencia en la que descansa puede ser absolutamente obligatoria.

Testimonio en solución

La misma abundancia y fuerza persuasiva de la evidencia de la deidad de Cristo aumenta mucho la dificultad de expresarla adecuadamente. Esto es cierto incluso respecto a la evidencia bíblica, tan precisa y definida como mucha de ella lo es. Porque es una observación verdadera del Dr. Dale que los textos particulares en los que se afirma de manera definida están lejos de ser toda la prueba, o siquiera la prueba más impresionante, que las Escrituras aportan sobre la deidad de nuestro Señor. Él compara esos textos con los cristales de sal que aparecen en la arena de la playa después de que la marea ha bajado. “Éstos no son,” observa, “las pruebas más fuertes, aunque quizá sean las más visibles, de que el mar es salado; la sal está presente en solución en cada cubeta de agua del mar”. La deidad de Cristo está en solución en cada página del Nuevo Testamento. Cada palabra que se dice de Él, cada palabra que se informa que Él dijo de Sí mismo, se dice bajo el supuesto de que Él es Dios. Y esa es la razón por la cual la “crítica” que se propone eliminar el testimonio del Nuevo Testamento sobre la deidad de nuestro Señor se ha impuesto una tarea sin esperanza. Tendría que eliminarse el Nuevo Testamento mismo. Tampoco podemos ir detrás de este testimonio. Porque la deidad de Cristo es la presuposición de cada palabra del Nuevo Testamento, es imposible seleccionar palabras del Nuevo Testamento con las cuales construir documentos más tempranos en los que no se suponga la deidad de Cristo. La convicción segura de la deidad de Cristo es tan antigua como el cristianismo mismo. Nunca hubo un cristianismo, ni en tiempos de los apóstoles ni después, del cual ésta no fuera una doctrina principal.

Un evangelio saturado

Observemos en uno o dos ejemplos cuán completamente saturada está la narrativa del Evangelio con el supuesto de la deidad de Cristo, de modo que aparece en las formas y lugares más inesperados.

En tres pasajes de Mateo, al reportar palabras de Jesús, se le presenta hablando familiarmente y de la manera más natural del mundo, de “sus ángeles” (13:41; 16:27; 24:31). En los tres se designa a Sí mismo como el “Hijo del Hombre”; y en los tres hay sugerencias adicionales de su majestad. “Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes”. [Mateo 13:41]

¿Quién es este Hijo del Hombre que tiene ángeles, por cuya intervención se ejecuta el juicio final a su orden? “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras”. [Mateo 16:27] ¿Quién es este Hijo del Hombre rodeado de sus ángeles, en cuyas manos están los destinos de la vida? El Hijo del Hombre “y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro”. [Mateo 24:31] ¿Quién es este Hijo del Hombre a cuya orden sus ángeles avientan a los hombres? Un examen de los pasajes mostrará que no se trata de un cuerpo peculiar de ángeles lo que se entiende por los ángeles del Hijo del Hombre, sino simplemente los ángeles como un cuerpo, que son Suyos para servirle como Él manda. En una palabra, Jesucristo está por encima de los ángeles (Marcos 13:32)—como se argumenta de manera explícita y extensa al inicio de la Epístola a los Hebreos. “Pues ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?” (Hebreos 1:13).

El cielo llega a la tierra

Hay tres parábolas registradas en el capítulo quince de Lucas como dichas por nuestro Señor en su defensa contra los murmullos de los fariseos porque recibía a los pecadores y comía con ellos. La esencia de la defensa que nuestro Señor ofrece de Sí mismo es que hay gozo en el cielo por los pecadores arrepentidos. ¿Por qué “en el cielo,” “delante del trono de Dios”? ¿Está simplemente poniendo el juicio del cielo en contraste con el de la tierra, o señalando hacia su futura vindicación? De ninguna manera. Está representando su acción al recibir a los pecadores, al buscar lo perdido, como su acción propia, porque es la conducta normal del cielo, manifestada en Él. Él es el cielo que ha venido a la tierra. Su defensa es, por lo tanto, simplemente el descubrir cuál es la verdadera naturaleza de lo que está ocurriendo. Los perdidos cuando vienen a Él son recibidos porque ésa es la manera del cielo; y Él no puede actuar de otra forma que conforme a la manera del cielo. Él asume tácitamente para Sí el papel del buen Pastor.

La posición única

Todos los grandes títulos no los afirma tanto como los asume para Sí mismo. No se llama a Sí mismo profeta, aunque acepta ese título de otros: se coloca por encima de todos los profetas, aun por encima de Juan el mayor de los profetas, como aquel hacia quien todos los profetas miran. Si se llama Mesías, al hacerlo llena ese término con un significado más profundo, deteniéndose siempre en la relación única del Mesías con Dios como su representante y su Hijo. Tampoco se conforma con representarse a Sí mismo como alguien que sólo está en una relación única con Dios: se proclama a Sí mismo como el receptor de la plenitud divina, el que comparte todo lo que Dios tiene (Mateo 11:28). Habla libremente de Sí mismo como el Otro de Dios, la manifestación de Dios en la tierra, a quien ver era ver también al Padre, y quien hace la obra de Dios en la tierra. Reclama abiertamente prerrogativas divinas: leer el corazón del hombre, perdonar pecados, ejercer toda autoridad en el cielo y en la tierra. En realidad, todo lo que Dios tiene y es, Él afirma tenerlo y serlo: omnipotencia, omnisciencia, perfección pertenecen tanto al uno como al otro. No sólo realiza todos los actos divinos; su autoconciencia se une con la conciencia divina. Si sus seguidores tardaron en reconocer su deidad, no fue porque Él no fuera Dios o porque no manifestara suficientemente su deidad. Fue porque eran necios y tardos de corazón para creer lo que estaba claramente delante de sus ojos.

La gran prueba

Las Escrituras nos dan evidencia suficiente, entonces, de que Cristo es Dios. Pero las Escrituras están lejos de darnos toda la evidencia que tenemos. Está, por ejemplo, la revolución que Cristo ha hecho en el mundo; si es que se preguntara cuál es la prueba más convincente de la deidad de Cristo, quizá la mejor respuesta sería simplemente: el cristianismo. La nueva vida que Él ha traído al mundo; la nueva creación que Él ha producido por su vida y obra en el mundo; aquí están, por lo menos, sus credenciales más palpables.

Tomémoslo objetivamente. Lea un libro como el de Harnack, “La expansión del cristianismo,” o uno como el de Von Dobschütz, “La vida cristiana en la iglesia primitiva”—ninguno de los cuales acepta la deidad de Cristo—y luego pregunte: ¿Podrían estas cosas haber sido realizadas por un poder menos que divino? Y luego recuerde que estas cosas no sólo se realizaron en ese mundo pagano hace dos mil años, sino que se han vuelto a realizar en cada generación desde entonces; porque el cristianismo ha vuelto a conquistar el mundo para sí mismo en cada generación. Piense en cómo se extendió la proclamación cristiana, abriéndose paso por el mundo como fuego en la hierba de una pradera. Piense cómo, al extenderse, transformó vidas. El hecho, ya sea en su aspecto objetivo o subjetivo, sería increíble, si no hubiera ocurrido realmente. “Si un viajero,” dice Charles Darwin, “llegara a estar a punto de naufragar en alguna costa desconocida, orará con mucha devoción para que la lección del misionero haya llegado hasta allí. La lección del misionero es la varita del encantador”. ¿Podría esta influencia transformadora, sin disminuir después de dos milenios, haber procedido de un simple hombre? Es históricamente imposible que el gran movimiento que llamamos

cristianismo, que permanece sin agotarse después de todos estos años, haya podido originarse en un impulso meramente humano; o que represente hoy la obra de una fuerza meramente humana.

La prueba interna

O tomémoslo subjetivamente. Cada cristiano tiene dentro de sí la prueba del poder transformador de Cristo, y puede repetir el silogismo del ciego: “En esto pues es maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me haya abierto los ojos”. “Los espíritus no son llevados a decisiones finas si no son tocados finamente”. “¿Confiaríamos,” exige un razonador elocuente, “en el tacto de nuestros dedos, en la vista de nuestros ojos, en el oído de nuestros oídos, y no confiaríamos en nuestra conciencia más profunda de nuestra naturaleza superior—la respuesta de la conciencia, la flor del gozo espiritual, el resplandor del amor espiritual? Negar que la experiencia espiritual es tan real como la experiencia física es calumniar las facultades más nobles de nuestra naturaleza. Es decir que una mitad de nuestra naturaleza dice la verdad, y la otra mitad dice mentiras. La proposición de que los hechos en la región espiritual son menos reales que los hechos en el ámbito físico contradicen toda filosofía”. Los corazones transformados de los cristianos, manifestándose “en temperamentos gentiles, en motivos nobles, en vidas visiblemente vividas bajo el dominio de grandes aspiraciones”—éstas son las pruebas siempre presentes de la divinidad de la persona de quien se toma su inspiración.

La prueba suprema para cada cristiano de la deidad de su Señor es, entonces, su propia experiencia interior del poder transformador de su Señor sobre el corazón y la vida. No con mayor seguridad conoce que existe el sol el que siente el calor presente del sol, que conoce que Él es su Señor y su Dios el que ha experimentado el poder recreador del Señor. Aquí está, quizá podamos decir, la prueba propia, ciertamente debemos decir la más convincente, para cada cristiano de la deidad de Cristo; una prueba de la cual no puede escapar, y a la cual—sea capaz o no de analizarla o de expresarla en una declaración lógica—no puede dejar de rendir su convicción sincera e inquebrantable. Cualquier otra cosa de la que pueda o no estar seguro, él sabe que su Redentor vive. Porque Él vive, nosotros viviremos también—ése fue el propio aseguramiento del Señor. Porque nosotros vivimos, Él vive también—ése es el convencimiento imborrable de cada corazón cristiano.

Capítulo 3 Los Propósitos de la Encarnación

Por el Rev. G. Campbell Morgan, Doctor en Teología
Pastor de la Capilla Westminster, Londres, Inglaterra

Prólogo

El título de esta meditación marca su limitación e indica su alcance.

Aquí no hay intento alguno de defensa de la declaración del Nuevo Testamento de que “aquel Verbo fue hecho carne”. Eso se da por sentado como verdadero.

Además, aquí no hay intento alguno de explicar el método del Santo Misterio. Eso se reconoce como Misterio: un hecho revelado que está, sin embargo, más allá de la comprensión o explicación humana.

El alcance es el de considerar en líneas generales la enseñanza clara del Nuevo Testamento en cuanto a los propósitos de la encarnación.

Su limitación final es la de su brevedad. Si, no obstante, sirve para despertar un sentido más profundo de la maravilla del gran hecho central de nuestra fe común, y así inspirar una mayor meditación, su objetivo se habrá logrado.

La Encarnación

Toda la enseñanza de las Sagradas Escrituras coloca la encarnación en el centro de los métodos de Dios con una raza pecadora.

Hacia esa encarnación todo se movió hasta su cumplimiento, encontrando en ella plenitud y explicación. Los mensajes de los profetas y videntes y los cánticos de los salmistas temblaban con mayor o menor certeza hacia la música final que anunciaba la venida de Cristo. Todos los resultados también de estos mensajes parciales y quebrantados del pasado conducían hacia la encarnación.

Es igualmente cierto que de esa encarnación han procedido todos los movimientos subsiguientes, dependiendo de ella para su dirección y dinámica. Las historias del Evangelio se ocupan todas de la venida de Cristo, de su misión y su mensaje. Las cartas del Nuevo Testamento tienen todas que ver con el hecho de la encarnación, y sus doctrinas y deberes correlacionados. El último libro de la Biblia es un libro cuyo verdadero título es La Revelación de Jesucristo.

No solo los mensajes reales que han sido encuadrados en esta única biblioteca divina, sino todos los resultados que emanan de ellos, son finalmente resultados que emanan de esta misma venida de Cristo. Es ciertamente importante, por tanto, que entendamos sus propósitos en la economía de Dios.

Hay una declaración cuádruple de propósito declarada en el Nuevo Testamento: el propósito de revelar al Padre; el propósito de quitar el pecado; el propósito de destruir las obras del diablo; y el propósito de establecer mediante otro advenimiento el Reino de Dios en el mundo.

Cristo estuvo en conflicto con todo lo que era contrario a los propósitos de Dios en la vida individual, social, nacional y racial. Hay un sentido en el que cuando hemos dicho esto hemos declarado todo el significado de su venida. Su revelación del Padre fue hacia este fin; su eliminación del pecado fue parte de este mismo

proceso; y su segundo advenimiento será para el derrocamiento completo y final de todas las obras del diablo.

1. Para Revelar al Padre

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

Esta última es la propia declaración de la verdad por parte de Cristo en este respecto, y se caracteriza por la simplicidad y la sublimidad. Entre todas las cosas que Jesús dijo concerniente a su relación con el Padre, ninguna es más comprensiva, inclusiva y exhaustiva que esta.

Las últimas horas de Jesús con sus discípulos estaban pasando. Él estaba hablando con ellos, y cuatro veces le interrumpieron. Felipe dijo: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” [Juan 14:8]. La interrupción de Felipe se debió, en primer lugar, a una convicción de la relación de Cristo de alguna manera con el Padre. Él había estado tanto tiempo con Jesús como para familiarizarse en algunos sentidos con su línea de pensamiento. Con toda probabilidad Felipe estaba pidiendo que se repitiera para él y el pequeño grupo de discípulos alguna cosa maravillosa como las que habían leído en el pasado de la historia de su pueblo; como cuando los ancianos una vez subieron al monte y vieron a Dios; o cuando el profeta vio al Señor sentado sobre un trono, alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo; o cuando Ezequiel vio a Dios en fuego, y ruedas; en majestad y gloria.

No puedo leer la respuesta de Jesús a esa petición sin sentir que Él se despojó, con un propósito fijo, de cualquier cosa que se acercara a la majestuosidad de dicción, y cayó en el habla común de amigo a amigo, cuando, —mirando al rostro de Felipe, quien estaba expresando, aunque poco lo sabía, la gran angustia del corazón humano, la gran hambre del alma humana, dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” [Juan 14:9]. Esa afirmación ha sido vindicada en el paso de los siglos.

Revelación a la Raza

Consideraremos, por tanto, primero, qué ha significado esta revelación de Dios para la raza; y en segundo lugar, qué ha significado para el individuo.

Primero, entonces, ¿qué concepto de Dios tenía la raza antes de que Cristo viniera? Tomando el pensamiento hebreo de Dios, permítanme poner toda la verdad tal como la veo en una declaración comprensiva. Antes de la encarnación había habido una creciente aprensión intelectual de la verdad concerniente a Dios, acompañada por un resultado moral decreciente. Es imposible estudiar el Antiguo Testamento sin ver que gradualmente irrumpió a través de las nieblas una luz más clara concerniente a Dios. El hecho de la unidad de Dios; el hecho del poder de Dios; el hecho de la santidad de Dios; el hecho de la beneficencia de Dios; estas cosas los hombres habían llegado a verlas a través del proceso de las edades.

Sin embargo, lado a lado con esta creciente aprensión intelectual de Dios había un resultado moral decreciente, pues es imposible leer la historia del antiguo pueblo hebreo sin ver cómo empeoraron cada vez más en todas las cuestiones morales. La vida moral de Abraham fue mucho más pura que la vida en el tiempo de los reyes. La vida en el tiempo temprano de los reyes fue mucho más pura que las condiciones que los profetas describieron finalmente. En la proporción en que los hombres crecían en su concepción intelectual de Dios, parecía cada vez más impensable que Él pudiera estar interesado en su vida cotidiana. La moralidad se convirtió en algo sin relación íntima con Él, y por tanto algo que importaba mucho menos.

Piense en el gran mundo gentil, como era entonces, y como todavía es, salvo donde el mensaje del Evangelio lo ha alcanzado. Hemos tenido maestros tan notables como Zoroastro, Buda, Confucio; hombres diciendo muchas cosas verdaderas, destellando con luz, pero a pesar de estas cosas un fracaso perpetuo en la moral y una degradación uniforme de la religión ha sido universal. El fracaso siempre se ha debido a una falta de conocimiento final concerniente a Dios.

Al fin vino el cántico de los ángeles, y el nacimiento del Hijo de Dios, a través de cuya encarnación y ministerio vino a los hombres una nueva conciencia de Dios.

Él incluyó en su enseñanza y manifestación todas las cosas esenciales que los hombres habían aprendido en las largas edades del pasado. Él no negó la verdad de la unidad de Dios; Él la re-enfatizó. Él no negó el poder de Dios; Él lo declaró y lo manifestó en muchos toques gentiles de poder infinito. Él no negó la santidad de Dios; Él insistió sobre ella en la enseñanza y la vida, y al fin por el misterio de morir. Él no negó la beneficencia de Dios; Él cambió la fría palabra beneficencia en la palabra que palpita con el corazón infinito de la deidad: Amor.

Él hizo más. Aquello que los hombres habían expresado imperfectamente en cánticos y profecía Él vino a declarar: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” —no Elohim, no Jehová, no Adonai; ninguno de los grandes nombres del pasado, aunque todos ellos son sugerentes. En y a través de Él esa verdad de la Paternidad fue revelada.

La Paternidad significa mucho más de lo que a veces imaginamos. No es meramente un término de ternura; es también un término de ley y disciplina. Pero la paternidad significa supremamente que si el hijo se ha extraviado, el padre sufrirá todo para salvarlo y traerlo a casa de nuevo. Dentro del reino de la religión revelada emergió esta verdad, que el único Dios, poderoso, santo, benéfico, es el Padre que se sacrificará a Sí mismo para salvar al hijo. Allí el hombre encontró el punto de contacto, en el amor infinito que nunca lo abandona, nunca lo deja. Esa es la verdad que, entrando en la religión revelada, la salvó de ser una aprensión intelectual, menos dinámica moral, y envió corriendo a través de toda la vida humana ríos de limpieza, renovación, regeneración.

Dondequiera que Cristo viene a personas que nunca han tenido revelación directa, Él viene primero que nada como el cumplimiento de todo lo que en su pensamiento y esquema es verdadero. Él viene, además, para la corrección de todo lo que en su pensamiento y esquema es falso. Toda la conciencia subyacente de la humanidad concerniente a Dios es tocada y respondida y elevada a la conciencia suprema siempre que Dios es visto en Cristo. Todos los destellos de luz que han estado brillando a través de la conciencia de la humanidad se funden en la luz esencial cuando Él es presentado.

Cristo viene no para contradecir la verdad esencial del budismo, sino para cumplirla. Él viene no para robar al chino de su respeto por los padres, como enseñó Confucio, sino para cumplirlo, y para elevarlo sobre ese respeto hacia el respeto por el Único gran Padre, Dios. Él viene siempre para cumplir. Dondequiera que Él ha venido; dondequiera que Él ha sido presentado; dondequiera que hombres bajos o altos en la escala intelectual, han visto a Dios en Cristo, sus manos se han abierto y han soltado sus fetiches, y sus ídolos, y se han rendido a Él. Si el mundo no ha venido a Dios a través de Él, es porque el mundo todavía no le ha visto; y si el mundo todavía no le ha visto, la culpa está sobre la iglesia cristiana.

Los amplios resultados de la manifestación de Dios en Cristo son la unión de la aprensión intelectual y la mejora moral, y la relación de la religión con la vida. En ningún sistema de religión en el mundo ha venido a los hombres la idea de Dios que une la religión con la moral, salvo en esta revelación de Dios en Jesucristo.

Revelación al Individuo

En segundo lugar, el efecto de la manifestación en relación al individuo. En ilustración no podemos hacer nada mejor que tomar a Felipe, el hombre a quien Cristo habló. A la petición de Felipe: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” [Juan 14:8], Jesús dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” [Juan 14:9]. El sentido evidente de la pregunta es: Has visto suficiente de Mí, Felipe, si realmente me has visto a Mí, para haber encontrado lo que estás pidiendo: una visión de Dios.

¿Qué había visto entonces Felipe? ¿Qué revelaciones de la deidad habían venido a este hombre que pensaba que no había visto y no entendía? Nos adheriremos a lo que la Escritura dice de lo que Felipe había visto.

Toda la historia está en Juan. Mateo, Marcos y Lucas se refieren a Felipe como estando entre el número de los apóstoles, pero de ninguna otra manera. Juan habla de cuatro ocasiones cuando Felipe es visto en unión con Cristo. Felipe fue el primer hombre que Jesús llamó para seguirle; no el primer hombre en seguirle. Hubo otros dos que precedieron a Felipe, yendo tras Cristo como consecuencia de la enseñanza de Juan. Pero Felipe fue el primer hombre con quien Cristo usó esa gran fórmula de llamar a los hombres que se ha vuelto tan preciosa en el paso de los siglos: “Sígueme”. ¿Qué sucedió? “Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas” [Juan 1:45]. Esa fue la primera cosa que Felipe había visto en Cristo según su propia confesión: Uno quien encarnaba todos los ideales de Moisés y los profetas.

Encontramos a Felipe a continuación en el capítulo sexto, cuando las multitudes estaban alrededor de Cristo, y tenían hambre. Felipe, que consideraba imposible alimentar a la multitud hambrienta, ahora ve a alguien quien de una manera misteriosa tenía recurso suficiente para satisfacer el hambre humana. Felipe entonces escuchó mientras en un discurso inigualable Jesús elevaba el pensamiento del hambre material a la necesidad espiritual y declaraba: “Yo soy el pan de vida” [Ref. Juan 6:35]. De modo que la segunda visión que Felipe tuvo de Jesús, según el registro, fue una visión de Él, lleno de recursos y capaz de satisfacer el hambre, tanto material como espiritual.

Vemos a continuación a Felipe en el capítulo doce. Los griegos viniendo a él dijeron: “Señor, quisiéramos ver a Jesús” [Juan 12:21]. Felipe encontró su camino con Andrés hacia Jesús, y Le pidió que viera a los griegos. Felipe vio por lo que entonces tuvo lugar que este Hombre tenía relación íntima con el Padre, y que había perfecta armonía entre ellos, sin conflicto, sin controversia. Vio, además, que sobre la base de esa comunión con su Padre, y esa perfecta armonía, su voz cambió de los tonos de dolor a aquellos de triunfo: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” [Juan 12:31-32]. Esa fue la tercera visión de Felipe de Jesús. Fue la visión de Uno actuando en perfecto acuerdo con Dios, inclinándose al dolor que surgía sobre su alma, para que a través de él pudiera lograr la redención humana.

Ahora regresamos a la última escena. Felipe dijo: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” [Juan 14:8]. Reuniendo todas las cosas del pasado, Cristo miró al rostro de Felipe y respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” [Juan 14:9]. No, Felipe no había visto estas cosas. Estaban allí para ser vistas, y poco a poco, siendo la obra infinita de Cristo cumplida, y habiendo amanecido la gloria de Pentecostés sobre el mundo, Felipe lo vio todo; vio el significado de las cosas que había visto, y nunca había visto; las cosas que había mirado, y nunca había entendido.

Él encontró que habiendo visto a Jesús había visto realmente al Padre; que cuando miraba a Uno quien encarnaba en su propia personalidad todos los hechos de la ley y la justicia; quien era capaz de satisfacer toda el hambre de la humanidad; quien en cooperación con Dios fue enviado a compartir los dolores de la humanidad para atraer a los hombres a Sí mismo y salvarlos; él había visto a Dios.

Esta manifestación gana la sumisión de la razón; apela al amor del corazón; demanda la rendición de la voluntad. Aquí está el valor de la encarnación como revelación de Dios.

Recuperemos nuestros pensamientos por un momento de la aplicación particular en el caso de Felipe, y pensemos lo que esto significa para nosotros. ¿Es cierto que esta manifestación gana la sumisión de nuestra razón, apela al amor de nuestro corazón, pide la rendición de nuestra voluntad?

Entonces rechazar a Dios en Cristo es violar en algún punto esencial nuestra propia humanidad. Para rechazar debemos violar la razón, que es capturada por la revelación; o debemos aplastar la emoción, que brota en nuestro corazón en la presencia de la revelación; o debemos declinar someter nuestra voluntad a las demandas que la manifestación hace. ¡Dios conceda que más bien miremos a su rostro y digamos: “¡Señor mío, y Dios mío!” [Juan 20:28]! Así encontraremos nuestro descanso, y nuestros corazones estarán satisfechos. Bastará, cuando veamos al Padre en Cristo.

2. Para Quitar los Pecados

“Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él” (1 Juan 3:5).

En este texto nos acercamos más a una comprensión del propósito de la encarnación en cuanto toca nuestra necesidad humana. El tema simple y todo-inclusivo que sugiere es, primero, que el propósito de la encarnación fue el quitar los pecados; y en segundo lugar, que el proceso de cumplimiento es el de la encarnación.

El Propósito

Primero, entonces, tomaremos el propósito como declarado: “él apareció para quitar nuestros pecados” [1 Juan 3:5]. Para entender esto, debemos tomar los términos en toda su simplicidad, y ser muy cuidadosos de encontrar lo que realmente significan. ¿Qué se pretende con esta palabra “pecados”? La suma total de todos los actos sin ley. El pensamiento es incomprensible en cuanto a números cuando pensamos en la raza, pero recordemos que en medio de aquello que nos abruma en nuestro pensamiento están nuestros propios pecados reales.

“Pecados” —errar al blanco, ya sea errar voluntariamente, o errar por ignorancia, no importa por el momento. La palabra incluye todos esos pensamientos y palabras y hechos en los cuales hemos errado al blanco del propósito divino y el ideal divino; esas cosas que se interponen entre el hombre y Dios, de modo que el hombre se vuelve temeroso de Dios; esas cosas que se interponen entre el hombre y sus semejantes, de modo que el hombre se vuelve temeroso de su semejante, sabiendo que le ha hecho mal en alguna dirección; esas cosas que se interponen entre el hombre y su propio éxito. Llámenlas fracasos si quieren; llámenlas por cualquier nombre que plazcan; con tal que entiendan la intención de la palabra.

La frase “para quitar” es una declaración de resultado, no una declaración de proceso. El equivalente hebreo de la palabra “quitar” se encuentra en esa historia familiar del chivo expiatorio. Se proveyó que este animal fuera conducido al desierto “a tierra inhabitada”. Esto sugería que los pecados debían ser levantados de uno y colocados sobre otro, y por ese uno llevados fuera de la experiencia, fuera de la conciencia. Esa es la significación simple de esta declaración: “él apareció para quitar nuestros pecados” [1 Juan 3:5] —para levantar los pecados. Él fue manifestado para que pudiera entrar en relación con la vida humana, y pasando por debajo de la carga de los pecados humanos, levantarlos, quitarlos.

O bien este es el Evangelio más glorioso que el hombre jamás ha escuchado; o es el mayor engaño que el hombre jamás ha escuchado. En el corazón de cada hombre y mujer hay una conciencia de pecado. Ninguno de nosotros estaría preparado para decir: Nunca he hecho deliberadamente lo que sabía que no debía hacer. Eso es conciencia de pecado. Podemos afectar excusarlo. Podemos estar listos para argumentar en cuanto a la razón de ello, y el resultado de ello; pero si pudiéramos, lo desharíamos. Podemos profesar haber dado

la espalda a estas verdades evangélicas, y sin embargo sabemos que hemos pecado y deseamos no haberlo hecho.

Pasando por un momento de esa franja exterior de hombres y mujeres, que son algo descuidados sobre el asunto, a las almas que están en agonía concerniente a ello; que conocen su pecado y lo detestan; que llevan la conciencia de males hechos en años pasados como una carga perpetua sobre sus almas; que odian el recuerdo de sus propios pecados, —para tales, una declaración como esta es la palabra más cruel, o la más amable, que puede ser pronunciada. Cruel, si es falsa; amable de verdad, con la amabilidad del corazón de Dios, si es verdadera. Si es verdad que Él fue manifestado de alguna manera, en algún misterio que nunca entenderemos perfectamente, para ponerse debajo de mis pecados, mis pecados, mi pensamiento de impureza, mis palabras de amargura, mis hechos impíos, y levantarlos y llevarlos lejos —ese es el único Evangelio que anhelo más que todos. Más valioso para mí, un pecador, que cualquier otra cosa que Él pueda hacer por mí, es esto.

El Proceso

En segundo lugar, para que este gran propósito de la encarnación, como declarado, pueda ser más poderosamente y mejor entendido, volvamos reverentemente a la indicación del proceso que tenemos en este texto particular: “él apareció para quitar nuestros pecados” [1 Juan 3:5]. ¿Quién era la persona? Es perfectamente evidente que Juan aquí, como siempre, tiene su ojo fijo sobre el Hombre de Nazaret; y sin embargo es igualmente evidente que él está mirando a través de Jesús de Nazaret a Dios. Ese es el significado de su palabra “apareció” (manifestado) aquí. Él es el Verbo hecho carne. Él es carne, pero Él es el Verbo. Él es Alguien que Juan había apreciado por los sentidos, y sin embargo Él es alguien a quien Juan conocía preeminentemente por el Espíritu.

Note, que después de que hace la afirmación: “él apareció para quitar nuestros pecados” [1 Juan 3:5], añade esta gran frase: “y no hay pecado en él”; o, “errar al blanco no estaba en Él”. Aquel en quien no había error al blanco fue manifestado para el propósito expreso de levantar, llevar lejos, hacer que no sea, el errar al blanco de otros.

“Él apareció” —y en el nombre de Dios no leamos en el “Él” nada pequeño o estrecho. Si lo hacemos, seremos conducidos de inmediato al lugar de tener que negar la declaración de que Él puede quitar los pecados. Si Él fue hombre meramente como yo soy hombre, entonces, aunque Él sea perfecto y sin pecado, Él no puede quitar los pecados. Si dentro del “Él” leemos todo lo que Juan evidentemente quiso decir según el testimonio de su propia escritura, comenzaremos a ver algo de la estupenda idea, y algo de la posibilidad al menos de creer la declaración de que “él apareció para quitar nuestros pecados” [1 Juan 3:5].

Considere la manifestación y los pecados, en cuanto al hombre. Los términos de la promesa final de la encarnación fueron: “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” [Mateo 1:21]. Cuando se escucharon los cánticos que los pastores escucharon, ¿qué dijeron ellos? “Os ha nacido hoy... un Salvador, que es CRISTO el Señor” [Lucas 2:11]. La promesa de la encarnación fue la de la venida de Uno para levantar los pecados.

Durante su vida y ministerio las palabras de Jesús fueron palabras que revelaban el significado del pecado; palabras calculadas para reprender el pecado y para apartar a los hombres del pecado. Las obras de Jesús —y por obras me refiero a milagros y señales y maravillas— fueron principalmente obras que alcanzaban los resultados del pecado. Los milagros de Jesús no fueron sobrenaturales en su efecto sobre los hombres; fueron siempre restauraciones de lo antinatural a posiciones naturales. Cuando Él curaba la enfermedad era la restauración del hombre a la condición física normal. Él estaba quitando los resultados del pecado.

Vengo ahora a la cosa final en esta manifestación —el proceso de la muerte; pues en esa hora solemne y solitaria e inaccesible de la cruz está el cumplimiento final de la palabra del heraldo en las orillas del Jordán: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” [Juan 1:29]. Esa frase, “El Cordero de Dios”, no podía tener sino un significado en los oídos de los hombres que la escucharon. Esta era la voz de un profeta hebreo hablando a hebreos, y cuando habló del Cordero quitando los pecados, ellos no tenían otra alternativa que pensar en la larga línea de sacrificios simbólicos que habían sido ofrecidos, y que se les había enseñado que prefiguraban algún gran misterio del propósito divino mediante el cual el pecado podría ser tratado. Así en la hora de su muerte encontramos el significado último de esa gran palabra. Mientras que por manifestación, de principio a fin, Él está por siempre tratando con los pecados y con el pecado, levantando, corrigiendo, arrestando, mediante destellos de luz sugiriendo a los hombres el significado más profundo de su misión; es cuando llegamos a la hora de su inefable soledad, y profunda oscuridad, y bautismo de pasión, que tenemos esa parte de la manifestación en la que vemos, como en ningún otro lugar, y como nunca antes, el significado de este texto: “él apareció para quitar nuestros pecados” [1 Juan 3:5].

Reverentemente demos un paso más. La manifestación y los pecados, en cuanto a Dios. El manifestado era Dios. Si eso se ve una vez, entonces por siempre miraremos hacia atrás a ese hombre de Nazaret en su nacimiento, su vida, su cruz, como nada más que una manifestación. El hecho completo no puede ser visto, pero el hecho completo es traído al punto de visibilidad por el camino de la encarnación. Si de hecho Éste es Dios mismo manifestado, entonces recuerde esto, la medida completa de la humanidad está en Él, e infinitamente más que la medida completa de la humanidad. Más allá del límite máximo de la creación, Dios es. Toda la creación, cielo y tierra, soles y estrellas y sistemas, ángeles y arcángeles, principados y potestades, las jerarquías de quienes oímos, pero no podemos explicar perfectamente su naturaleza o su orden, todos estos están en Él; pero Él está infinitamente más allá de todos ellos.

Comienzo a maravillarme. En asombro comienzo a creer en la posibilidad de levantar la carga de mi pecado. La cruz, como todo lo demás, fue manifestación. En la cruz de Jesús estaba la obra hacia la visibilidad de las cosas eternas. El amor y la luz fueron labrados hacia la visibilidad por la cruz. El amor y la luz en la presencia de las condiciones del pecado se volvieron dolor —¡y se volvieron gozo! En la cruz veo el dolor de Dios, y en la cruz veo el gozo de Dios, pues “Jehová quiso quebrantarlo” [Isaías 53:10]. En la cruz veo el amor de Dios obrando a través de pasión y poder para la redención del hombre. En la cruz veo la luz de Dios rehusando hacer cualquier término con la iniquidad y el pecado y el mal. La cruz es la revelación histórica de los hechos permanentes dentro del corazón de Dios. La medida de la cruz es Dios. Si toda la medida de la humanidad está en Dios y Él es más, y la medida de la cruz es Dios, entonces la medida de la cruz envuelve a la humanidad, de modo que ningún individuo está fuera de su significado y su poder. Aquel quien fue manifestado es Dios. Él puede reunir en su vida eterna a toda la raza en cuanto a su dolor y en cuanto a su pecado, y llevarlo.

Sin embargo, recuerde esto, no fue por los hechos eternos que los pecados fueron quitados, sino por la manifestación de esos hechos. Este texto no afirma, y no hay texto que comience a afirmar, que Él antes de ser manifestado, quita los pecados. Hay un sentido en el que eso es verdadero; pero “él apareció para quitar nuestros pecados”. La pasión revelada en la cruz fue de hecho la pasión de Dios, pero la pasión de Dios se volvió dinámica en la vida humana cuando se hizo manifiesta a través de la forma humana, en la perfección de una vida, y el misterio de una muerte.

La voluntad del hombre es el factor siempre a ser tratado, y mientras que el pecado del hombre fue reunido en la conciencia de Dios, y creó el dolor de Dios desde el principio mismo, es solo cuando ese hecho del dolor de la deidad es labrado hacia la visibilidad por la manifestación, que la voluntad del hombre puede ser capturada o constreñida a la posición de confianza y obediencia que es necesaria para su restauración práctica y efectiva a la justicia. Dondequiera que el hombre se rinde así, confiando —esa es la condición— sus pecados son quitados, levantados.

Si se declara que Dios podría haber obrado esta misma liberación sin sufrimiento, nuestra respuesta es que el hombre que dice eso no sabe nada sobre el pecado. El pecado y el sufrimiento son coexistentes. En el momento en que hay pecado, hay sufrimiento. En el momento en que hay pecado y sufrimiento en un ser humano está en Dios multiplicado. “El Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” [Apocalipsis 13:8]. Desde el momento en que el hombre en su pecado se convirtió en un hijo de dolor, el dolor fue más agudamente sentido en el cielo.

Al hombre que está agobiado con un sentido de pecado le pediría que contemple a la persona manifestada. No hay uno de nosotros de quien no sea cierto que vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser en Dios. Dios es infinitamente más que yo soy; infinitamente más que toda la raza humana desde su primero hasta su último. Si infinitamente más, entonces toda mi vida está en Él. Si en el misterio de la encarnación se hizo manifiesta la verdad de que Él, Dios, levantó el pecado, entonces puedo confiar. Si esa es la hendidura de la roca, entonces puedo decir como nunca antes:

“Roca de la Eternidad,
Fuiste abierta para mí;
Sé mi escondedero fiel”

Él fue manifestado, y por esa manifestación veo labrada la verdad infinita de la pasión de Dios de la cual hablamos como la expiación.

3. Para Destruir las Obras del Diablo

“Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8).

No puede haber duda en cuanto a aquel a quien Juan se refería cuando dijo: “el Hijo de Dios”. En todos los escritos de Juan es evidente que sus ojos están fijos sobre el hombre Jesús. Ocasionalmente él ni siquiera lo nombra; ni siquiera se refiere a Él por un pronombre personal, sino que lo indica mediante una palabra que solo puedes usar cuando estás mirando a un objeto o a una persona. Por ejemplo: “Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos” [1 Juan 1:1]. En otra ocasión dijo: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” [1 Juan 2:6]. Es siempre el método de expresión de un hombre que está mirando a una persona. Por siempre la persona humana real de Cristo estaba presente para la mente de Juan mientras escribía de Él.

Cuán íntimo había sido él con Él todos lo sabemos. Una de las cosas más tiernas y hermosas en toda la historia de la vida de Jesús es la historia del puro amor humano de Juan por Él. Los otros discípulos le amaban, pero su amor era de un tono y calidad diferente del de Juan. Juan debe acercarse a Él, y recostar su cabeza sobre su pecho. Sin embargo, si no dijera más, no habría pronunciado la mitad de la verdad. Si Juan, el místico, el amante, recostó su cabeza sobre el pecho humano del hombre de Nazaret, él escuchó el latido del corazón de Dios. Si puso su mano sobre Jesús cuando hablaba con Él, él sabía que debajo del toque cálido de la carne humana latía la majestad mística de la deidad. “Y palparon nuestras manos, tocante al Verbo de vida” [1 Juan 1:1]. Él es perfectamente consciente de la carne, pero supremamente consciente del Verbo místico velado en carne y brillando a través de ella. Él es perfectamente consciente de lo humano, y por ello encuentra la deidad. De modo que cuando Juan viene a escribir de Éste, habla de Él como “el Hijo de Dios”. Él recuerda la calidez de su pecho, la gentileza de su toque, la gloria iluminada por el amor de sus ojos, pero Él es “el Hijo de Dios”.

La palabra “apareció” (manifestado) presupone existencia antes de la manifestación. En el Hombre de Nazaret hubo manifestación de Uno quien había existido mucho antes del Hombre de Nazaret.

El enemigo es descrito aquí como el diablo. Leemos que él es un homicida, un mentiroso, un traidor; la fuente principal del pecado, el inicuo. La obra del homicida es la destrucción de la vida. La obra del

mentiroso es la extinción de la luz. La obra del traidor es la violación del amor. La obra del archí-pecador es el quebrantamiento de la ley. Estas son las obras del diablo.

Él es homicida. Esto consiste fundamentalmente en la destrucción de la vida en su nivel más alto, que es el espiritual. La alienación de Dios es la obra del diablo. Es también muerte en el nivel de lo mental. La visión que falla en incluir a Dios es ceguera práctica. En el plano físico, toda enfermedad y todo dolor son en última instancia resultados del pecado, y están entre las obras del diablo. Estas cosas todas yacen dentro del reino de su obra como homicida, destructor de la vida humana.

Él es más. Él es el mentiroso, y a él se debe la extinción de la luz, de modo que los hombres tropiezan por el camino. Toda ignorancia, toda desesperación, todo vagar sobre los desiertos sin huella de la vida, se deben a la extinción de la luz espiritual en la mente del hombre. Toda ignorancia es el resultado de nublar la visión del hombre de Dios.

“Y esta es la vida eterna”, vida que permanece por los siglos, vida alta, vida profunda, vida amplia, vida larga, vida comprensiva, “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” [Juan 17:3]. La proporción en la cual el hombre conoce a Dios es la proporción en la cual ve claramente al corazón de las cosas. Poco a poco, cuando la obra redentora de Cristo haya sido perfeccionada en el hombre, y en el mundo, encontraremos que toda ignorancia es desterrada, y el hombre ha encontrado su camino hacia la luz. Pero el mentiroso, aquel que trae tinieblas, ha hecho sus obras esparcidas lejos sobre toda la faz de la humanidad, y toda ignorancia y desesperación resultante, y todo vagar sin rumbo en cada reino de la vida, se deben a la obra de aquel a quien Jesús designó un mentiroso desde el principio.

De nuevo, la violación del amor, como una obra del diablo, se ve supremamente en la manera en que entró en el corazón de Judas, y lo hizo el traidor. Toda la avaricia que encuentras en el mundo hoy, y todos los celos, y toda la crueldad, son las obras del diablo.

Finalmente, él es el pecador supremo. El pecado es iniquidad (falta de ley), lo cual no significa la condición de estar sin ley, sino la condición de estar contra la ley, quebrantando la ley. De modo que todo mal hecho a Dios en su mundo, todo mal hecho por el hombre al hombre, todo mal hecho por el hombre a sí mismo, son obras del diablo.

Para resumir entonces: muerte, tinieblas, odio, encuéntralos donde quieras, son obras del diablo.

El Hijo de Dios fue manifestado para que pudiera destruir las obras del diablo. Si al principio lo vimos como un alma en conflicto con todas estas cosas, recuerde que eso fue una indicación del programa y una profecía del propósito. La encarnación no fue meramente el nacimiento de un niño pequeño en quien íbamos a aprender el secreto de la niñez, y en quien presentemente íbamos a ver las glorias de la hombría. Todo eso es cierto; pero fue el acontecer en el curso de los eventos humanos, de esa única cosa a través de la cual Dios mismo es capaz de destruir las obras del diablo.

Lo que Significa “Deshacer” (Destruir)

“Deshacer”. Es una palabra que significa disolver, desatar. Es la misma palabra que se usa en Apocalipsis acerca de desatarnos de nuestros pecados; o si quieren ser más gráficos, es la palabra usada en los Hechos de los Apóstoles cuando leen que el barco se hizo pedazos; desatado, disuelto, aquello que había sido un todo consistente, fue roto y esparcido y naufragado.

La palabra “deshacer” (destruir) puede ser perfectamente correcta, pero entendámosla. Él fue manifestado para hacer una obra en la historia humana cuyo resultado debiera ser que las obras del diablo perdieran su consistencia. La fuerza cohesiva que las hace parecer estables hasta este momento, Él vino a desatar y

disolver. Él fue manifestado para destruir la muerte por el don de la vida. Él fue manifestado para destruir las tinieblas por el don de la luz. Él fue manifestado para destruir el odio por el don del amor. Él fue manifestado para destruir la iniquidad por el don de la ley. Él fue manifestado para desatar, para romper, para destruir los negativos que estropean, mediante el traer del positivo que rehace y eleva.

Él fue manifestado para destruir las obras del diablo en cuanto a la muerte, por el don de la vida. Esto significa primero vida espiritual, que es comunión con Dios. Significa también vida mental, la visión del secreto abierto. No entendemos todavía perfectamente, pero ya el alma confiada, totalmente desprovista de educación, oye más en el viento al atardecer, y ve más en el florecimiento de las flores que lo que cualquier hombre meramente científico puede hacer.

El que ve tiene la verdadera visión intelectual que Cristo ha otorgado en su don de vida. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero” [Juan 17:3]. El don de vida fue para destruir la muerte, y el hombre que tiene su don de vida se ríe en la cara de la muerte, se ríe triunfalmente. Creo que había risa en el tono del apóstol cuando dijo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” [1 Corintios 15:55]. Como si hubiera dicho, ¿qué has hecho con tu victoria? Temblé en tu presencia una vez, oh jinete sobre el caballo pálido; pero ahora me río en tu cara, pues tu palidez se ha convertido en el blanco resplandeciente de un ángel de luz. Así Él destruye las obras del diablo dando el don de vida que destruye la muerte.

En cuanto a las tinieblas. Esto está íntimamente asociado con la cosa ya dicha. El don de luz siempre sale de la vida. Si hay muerte, entonces no hay visión. Si hay vida, hay luz. Luz significa conocimiento y esperanza y guía, de modo que no hay más vagar sin rumbo. Al traer luz a la vida humana y al mundo Él ha destruido las obras del diablo.

En cuanto al odio. Él destruyó el odio por su don de amor. Benevolencia —y no estoy usando la palabra ociosamente como a menudo hacemos; la estoy usando en todo su rico, espacioso, y amable significado— benevolencia, buena voluntad, abnegación, benignidad en el sentido del apóstol de la palabra cuando escribiendo a los Gálatas da la benignidad como una de las cualidades del amor, el hacer específico de cosas pequeñas por puro amor. Todas estas cosas son cosas por las cuales las obras del diablo están siendo destruidas. El odio, la avaricia, los celos, el egoísmo, son destruidos derramando el amor que es la calidez de la vida, como la luz es su iluminación. Por estas cosas Él destruye las obras del diablo.

En cuanto a la iniquidad. Esta Él la destruye por el don de la ley; pasión por los derechos de Dios, servicio a nuestros semejantes; el hallazgo del yo en la gran abnegación, y el hallazgo del yo en la perfecta libertad porque me he convertido en el siervo del infinito Señor de amor.

Hace diecinueve siglos el Hijo de Dios fue manifestado, y durante esos siglos en las vidas de cientos, miles, Él ha destruido las obras del diablo, dominado la muerte por el don de la vida; echado fuera las tinieblas por la luz entrante; convertido el egoísmo de la avaricia y los celos en amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad. Él ha tomado asimiento de hombres inicuos y los ha hecho en los siervos voluntarios y alegres de Dios. Así ha destruido Él las obras del diablo.

Significado Histórico de la Encarnación

No olviden el significado de la encarnación históricamente. Fue la invasión de la historia humana por Uno quien arrebató el cetro al usurpador. Fue la intrusión de fuerzas en la historia humana que disolvieron la consistencia de las obras del diablo y causaron que se rompieran y fallaran. “¿Hasta cuándo, Señor?” es el clamor del corazón del santo hoy. Sin embargo, cobremos ánimo mientras miramos hacia atrás y sabemos que la fuerza victoriosa ha operado por diecinueve siglos, y siempre hacia la consumación. Aún, las obras del diablo son manifestas; las obras de la carne son manifestas. Sí, pero el fruto del Espíritu de vida que ha venido a través del advenimiento de Cristo es también manifiesto. Por todo el mundo hoy en muchas

ramas de la vid de la plantación del Padre, los ricos racimos de fruto se han de encontrar. Todo, hasta ahora, es solo preliminar. Es crepúsculo solamente. El mediodía no ha llegado; pero es crepúsculo, y el mediodía debe venir.

Además, la encarnación fue la venida del más fuerte que el hombre fuerte armado para destruir las obras del diablo en mi propia vida. ¿Son las obras del diablo —muerte, tinieblas, odio, y rebelión— las fuerzas maestras de su ser? Entonces les traigo el Evangelio. Les hablo de uno manifestado para destruir todas tales obras. No les hablo meramente como una teoría, sino como teniendo el testimonio de la historia atestiguando la verdad del anuncio de este texto.

Las fuerzas de este Cristo han operado, y están operando; y las cosas que estaban anteriormente establecidas son desatadas, y están cayendo en decadencia. Él fue manifestado para destruir las obras del diablo. Si están en las garras de fuerzas del mal; si se dan cuenta de que en su vida sus obras son las cosas de fuerza, entonces les ruego, vuélvanse con pleno propósito de corazón al Uno manifestado hace mucho tiempo, quien, en todo el poder de su victoria llena de gracia, destruirá en ustedes todas las obras del diablo, y los hará libres.

4. Para Preparar para un Segundo Advenimiento

“Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28).

Todos somos conscientes de que nada es perfecto; de que las cosas que Cristo vino a hacer no están hechas todavía; de que las obras del diablo no están todavía destruidas finalmente; de que los pecados no están todavía quitados experimentalmente; de que, en la conciencia espiritual de la raza, Dios no es todavía perfectamente conocido. “Pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas”. La victoria no parece estar ganada. Es imposible leer la historia de la encarnación, y creer en ella, y seguir la historia de los siglos que han seguido a esa encarnación sin sentir en el corazón más profundo de uno que algo más se necesita, que la encarnación fue preparatoria, y que la consumación de su significado solo puede ser traída por otra venida, tan personal a la historia humana como fue la primera.

“Cristo... aparecerá por segunda vez”. No hay escape, aparte de la casuística, del significado simple de esas palabras. La primera idea transmitida por ellas es la de un advenimiento personal real de Jesús aún por ser. Espiritualizar una declaración como esta e intentar hacer aplicación de ella en cualquier otra manera que la manera en la cual un niño pequeño la entendería, es ser conducido, uno está casi inclinado a decir, a la deshonestidad con la simplicidad de la declaración bíblica.

Puede haber diversidades de interpretaciones en cuanto a cómo vendrá Él, y cuándo vendrá Él; si vendrá para inaugurar un milenio o para coronarlo; pero el hecho de su venida real está más allá de cuestionamiento.

Pablo en todos sus escritos es consciente de esta verdad del segundo advenimiento. En algunos de ellos no se detiene sobre ello con tal gran extensión, o con tal claridad como en otros, por la simple razón de que no es el tema específico con el que está tratando. En las cartas a los Tesalonicenses tenemos más claramente expuesta la enseñanza de Pablo concerniente a este asunto. En el centro mismo de la primera carta tenemos un pasaje que declara en lenguaje inconfundible que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” [1 Tesalonicenses 4:16-17].

Santiago escribiendo a aquellos que estaban en aflicción dijo: “Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” [Santiago 5:8].

Pedro con igual claridad dijo a los primeros discípulos: “Sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” [1 Pedro 1:13].

Juan, quien se recostó sobre el pecho de su maestro, y quien escribió la más maravillosa de todas las palabras místicas concerniente a Él, dijo: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” [1 Juan 3:2-3].

Judas dijo a aquellos a quienes escribió: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” [Judas 1:20-21].

Cada escritor del Nuevo Testamento presenta esta verdad como parte de la fe cristiana común. La creencia en el segundo advenimiento real y personal de Jesús dio el florecimiento al cristianismo primitivo, y constituyó el poder de los primeros cristianos para reír en la cara de la muerte, y vencer todas las fuerzas que estaban contra ellos. No hay nada más necesario en nuestro día que una nueva declaración de este hecho vital de la fe cristiana. Piense lo que significaría si toda la iglesia aún levantara su rostro hacia el este y esperara la mañana; esperara como el Señor quisiera que ella esperara —no mirando las estrellas, y examinando almanaques, sino con los lomos ceñidos para el servicio, y lámparas encendidas; esperara mientras servía. Si toda la iglesia cristiana estuviera esperando así, ella se despojaría de su mundanidad e infidelidad, y todas las otras cosas que obstaculizan su marcha a la conquista.

Significado del Segundo Advenimiento

Este texto hace más que afirmar el hecho del segundo advenimiento. De una manera algo notable, declara el significado del mismo: “Cristo... aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado” [Hebreos 9:28]. Para entender esto correctamente, debemos mirarlo como poniendo el segundo advenimiento en contraste con el primero. Eso es lo que el escritor más evidentemente quiere decir, pues el contexto declara que Él se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Él ahora dice que “Cristo... aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado” [Hebreos 9:28]. Todas las cosas del primer advenimiento fueron necesarias para el segundo; pero todas las cosas del segundo serán diferentes de las cosas del primero.

Por su primer advenimiento el pecado fue revelado. Su propia cruz fue el lugar donde todo el profundo odio del corazón humano se expresó a sí mismo más diabólicamente a la vista del cielo y la tierra y el infierno.

Hubo también revelación de las tinieblas como contrarias a la luz. “Los hombres amaron más las tinieblas que la luz” [Juan 3:19], fue el lamento supremo del corazón de Jesús.

Su presencia en el mundo fue, además, revelación de la muerte espiritual como contraria a la vida. En el intento perpetuo de los hombres de materializar su obra, el intento de sus propios discípulos así como de todos los demás, y su absoluto fracaso en apreciar la enseñanza espiritual que Él dio, vemos lo que la muerte espiritual realmente es.

En su primer advenimiento Él no solo reveló el pecado, sino que lo llevó. En las palabras: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” [Hebreos 9:28], la referencia no es meramente al movimiento final de la cruz. La palabra “ofrecido” se usa en referencia a la acción de Dios al darlo a Él. Sería una interpretación perfectamente correcta suplir la palabra “ofrecido” por la palabra “dio”;

la palabra que tenemos en el Evangelio de Juan: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” [Juan 3:16]. Pongamos esa palabra aquí — “Así también Cristo, habiendo sido dado una sola vez para llevar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez” [Hebreos 9:28]. A través de toda su vida Él se estuvo poniendo debajo del pecado para quitarlo. Él llevó sus limitaciones a través de la totalidad de su vida. En pobreza, en dolor, en soledad, Él vivió; y todas estas cosas son limitaciones resultantes del pecado. Cuando Jesucristo entró en la carne, Él entró en las limitaciones que siguen al pecado, y Él llevó el pecado en su propia conciencia a través de todos los años; no solo pobreza, sino dolor en todas sus formas, y soledad. Todos los dolores del corazón humano estuvieron sobre su corazón hasta que Él pronunció ese clamor inefable: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” [Mateo 27:46].

Habiendo tratado finalmente con el pecado, y destruido en su raíz misma en su primer advenimiento, su segundo advenimiento ha de ser el de victoria. Él vendrá otra vez; no a la pobreza, sino a la riqueza. Él vendrá otra vez; no al dolor, sino con todo gozo. Él vendrá otra vez; no en soledad, sino para reunir alrededor de Él a todas las almas confiadas que han mirado y servido y esperado. Todo lo que en su primer advenimiento fue de dolor y soledad, de pobreza y de pecado, estará ausente del segundo. El primer advenimiento fue para expiación; el segundo será para administración. Él vino, entrando en la naturaleza humana, y tomando asimiento de ella, para tratar con el pecado y quitarlo. Él ha quitado el pecado, y Él vendrá otra vez para establecer ese reino, cuyos fundamentos Él puso en su primera venida.

“Juicio” — “Salvación”

Este texto declara el propósito del advenimiento: “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” [Hebreos 9:27-28]. Se sugiere una similitud. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. Frente a ese doble nombramiento está: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” [Hebreos 9:28].

Hay una extraña diferenciación en el final de las dos declaraciones. Esperaríamos que se escribiera para completar la comparación, así: está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio; así también Cristo, habiendo sido ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para juicio. Esa parecería ser una comparación equilibrada, pero el escritor no escribe así. Esta diferencia misma despliega los significados del primer y segundo advenimiento. Está establecido para los hombres morir, —Él fue ofrecido para llevar los pecados de muchos. Después de la muerte el juicio, —Él viene otra vez para salvación. Como el primer advenimiento negó la muerte establecida para los hombres, el segundo advenimiento convertirá el juicio en salvación.

“Está establecido para los hombres que mueran una sola vez” [Hebreos 9:27]. A menudo se afirma algo descuidadamente que los hombres deben morir. Mientras admitimos la verdad de esta declaración inquirimos, ¿por qué deben morir? La ciencia no puede dar cuenta de la muerte más de lo que puede dar cuenta de la vida. Nunca ha sido capaz todavía de decir por qué mueren los hombres. Cómo mueren, sí; por qué mueren, ¡no! Yo les diré por qué. La muerte es la paga del pecado. La ciencia admitirá que la muerte viene por el quebrantamiento de ciertas leyes, pero la Ciencia usará alguna otra palabra que la palabra pecado. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez” [Hebreos 9:27], por el decreto del Dios Todopoderoso porque son pecadores, y ningún hombre puede escapar a ese decreto.

Pero Él fue ofrecido por Dios para llevar los pecados de muchos. Esa fue la respuesta del primer advenimiento al nombramiento del hombre a la muerte.

Más allá de la muerte hay otro nombramiento, el del juicio. ¿Quién apelará contra la justicia absoluta de ese nombramiento?

Él “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar” [Hebreos 9:28]. Para aquellos que han escuchado el mensaje del primer advenimiento y lo han creído, y confiado en su gran obra, y han encontrado refugio en el misterio de su manifestación y el llevar el pecado —para tales, la salvación toma el lugar del juicio. Pero para el hombre que no se refugia bajo ese primer advenimiento y su valor expiatorio —el juicio permanece. Todas las cosas comenzadas por su primer advenimiento serán consumadas por el segundo.

En su segundo advenimiento habrá completa salvación para el individuo, justicia, santificación, redención. Creímos, y fuimos salvos. Creemos, y estamos siendo salvos. Creemos y seremos salvos. El último movimiento vendrá cuando Él venga.

Aquellos que han dormido están seguros con Dios, y Él los traerá con Él cuando Él venga. Ellos no están todavía perfeccionados, “proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” [Hebreos 11:40]. Ellos están en descanso, y conscientemente en descanso. Ellos están “ausentes del cuerpo... presentes al Señor” [2 Corintios 5:8], pero no están todavía perfeccionados; están esperando. Nosotros estamos esperando en medio de la lucha de la tierra —ellos en la luz y el gozo del cielo, por el segundo advenimiento. El cielo lo está esperando. La tierra lo está esperando. El infierno lo está esperando. El universo lo está esperando.

Esa venida será para aquellos que le esperan. ¿Quiénes son los que le esperan? “Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” [1 Tesalonicenses 1:9-10]. La primera cosa es el convertirse de los ídolos. ¿Hemos hecho eso? La segunda cosa es servir al Dios vivo. ¿Estamos haciendo eso? Entonces porque nos hemos convertido de los ídolos, y le estamos sirviendo, estamos esperando. Esa es la espera que el Nuevo Testamento ordena, y para aquellos que esperan, su segundo advenimiento significará salvación. “Cristo... aparecerá”. ¡Que glorioso Evangelio!

Capítulo 4 La Personalidad y Deidad del Espíritu Santo

Por el Rev. R. A. Torrey, Doctor en Teología

Importancia de la Doctrina

Una de las doctrinas más características y distintivas de la fe cristiana es la de la personalidad y deidad del Espíritu Santo. La doctrina de la personalidad del Espíritu Santo es de suma importancia desde el punto de vista de la adoración. Si el Espíritu Santo es una persona divina, digna de recibir nuestra adoración, nuestra fe y nuestro amor, y no le conocemos y reconocemos como tal, entonces estamos robando a un ser divino la adoración y el amor y la confianza que se le deben.

La doctrina de la personalidad del Espíritu Santo es también de suma importancia desde el punto de vista práctico. Si pensamos en el Espíritu Santo solo como un poder o influencia impersonal, entonces nuestro pensamiento será constantemente, ¿cómo puedo agarrar y usar al Espíritu Santo?; pero si pensamos en Él de la manera bíblica como una persona divina, infinitamente sabia, infinitamente santa, infinitamente tierna, entonces nuestro pensamiento será constantemente, “¿Cómo puede el Espíritu Santo empoderarse de mí y usarme?” ¿No hay diferencia entre el pensamiento del gusano usando a Dios para trillar la montaña, o Dios usando al gusano para trillar la montaña? La primera concepción es baja y pagana, no difiriendo esencialmente del pensamiento del adorador de fetiches africano que usa a su dios para hacer su voluntad. La última concepción es elevada y cristiana. Si pensamos en el Espíritu Santo meramente como un poder o influencia, nuestro pensamiento será, “¿Cómo puedo obtener más del Espíritu Santo?”; pero si pensamos en Él como una persona divina, nuestro pensamiento será, “¿Cómo puede el Espíritu Santo obtener más de mí?” La primera concepción lleva a la auto exaltación; la última concepción a la auto humillación, al vaciamiento de uno mismo y a la auto renuncia. Si pensamos en el Espíritu Santo meramente como un poder o influencia divina y luego imaginamos que hemos recibido el Espíritu Santo, existirá la tentación de sentir como si perteneciéramos a una orden superior de cristianos. Una mujer vino una vez a mí para hacer una pregunta y comenzó diciendo: “Antes de hacer la pregunta, quiero que entienda que soy una mujer del Espíritu Santo”. Las palabras y la manera de pronunciarlas me hicieron estremecer. No podía creer que fueran ciertas. Pero si pensamos en el Espíritu Santo de la manera bíblica como un ser divino de majestad infinita, condescendiendo a morar en nuestros corazones y tomar posesión de nuestras vidas, nos pondrá en el polvo, y nos hará caminar muy suavemente ante Dios.

Es de suma importancia desde un punto de vista experimental que conozcamos al Espíritu Santo como una persona. Muchos pueden testificar de la bendición que ha llegado a sus propias vidas al llegar a conocer al Espíritu Santo, como un Amigo y Ayudador divino siempre presente y viviente.

Hay cuatro líneas de prueba en la Biblia de que el Espíritu Santo es una persona.

Características del Espíritu Santo

1. Todas las características distintivas de la personalidad se atribuyen al Espíritu Santo en la Biblia.

¿Cuáles son las características distintivas o marcas de la personalidad? Conocimiento, sentimiento y voluntad. Cualquier ser que conoce y siente y desea es una persona. Cuando dices que el Espíritu Santo es una persona, algunos entienden que quieres decir que el Espíritu Santo tiene manos y pies y ojos y nariz, y así sucesivamente, pero estas son las marcas, no de la personalidad, sino de la corporeidad. Cuando decimos que el Espíritu Santo es una persona, queremos decir que Él no es una mera influencia o poder que Dios envía a nuestras vidas, sino que es un ser que conoce y siente y desea. Estas tres características de la personalidad, conocimiento, sentimiento y voluntad, se atribuyen al Espíritu Santo una y otra vez en las Escrituras.

Conocimiento

En 1 Corintios 2:10, 11 leemos: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Aquí el “conocimiento” se atribuye al Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es meramente una iluminación que viene a nuestras mentes, sino que Él es un ser que Él mismo conoce las cosas profundas de Dios y que nos enseña lo que Él mismo conoce.

Voluntad

Leemos de nuevo en 1 Corintios 12:11, “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere”. Aquí “quiere” se atribuye al Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es una mera influencia o poder que debemos usar según nuestras voluntades, sino una persona divina que nos usa según su voluntad. Este es un pensamiento de fundamental importancia para entrar en relaciones correctas con el Espíritu Santo. Muchos cristianos pierden por completo la plenitud de bendición que hay para ellos porque están tratando de lograr que el Espíritu Santo los use según su propia voluntad necia, en lugar de rendirse al Espíritu Santo para ser usados según su voluntad infinitamente sabia. Me regocijo de que no haya poder divino que pueda agarrar y usar según mi voluntad ignorante. Pero cuán grandemente me regocijo de que hay un ser de sabiduría infinita que está dispuesto a venir a mi corazón y tomar posesión de mi vida y usarme según su voluntad infinitamente sabia.

Mente

Leemos en Romanos 8:27, “Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”. Aquí la “intención” se atribuye al Espíritu Santo. La palabra aquí traducida “intención” es una palabra comprensiva, que incluye las ideas de pensamiento, sentimiento y propósito. Es la misma palabra usada en Romanos 8:7, donde leemos: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. Así entonces, en el pasaje citado tenemos personalidad en el sentido más pleno atribuida al Espíritu Santo.

Amor

Leemos aún más en Romanos 15:30, “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios”. Aquí el “amor” se atribuye al Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es una mera influencia o poder ciego e insensible que viene a nuestras vidas. El Espíritu Santo es una persona que ama tan tiernamente como Dios, el Padre, o Jesucristo, el Hijo. Muy pocos de nosotros meditamos como debiéramos sobre el amor del Espíritu. Cada día de nuestras vidas pensamos en el amor de Dios, el Padre, y el amor de Cristo, el Hijo, pero pasan semanas y meses, con algunos de nosotros, sin que pensemos en el amor del Espíritu Santo. Cada día de nuestras vidas nos arrodillamos y miramos al rostro de Dios, el Padre y decimos: “Te agradezco, Padre, por Tu gran amor que Te llevó a enviar a Tu Hijo unigénito a este mundo para morir como sacrificio expiatorio sobre la cruz del Calvario por mí”. Cada día de nuestras vidas nos arrodillamos y miramos al rostro de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, y decimos: “Te agradezco, bendito Hijo de Dios, por ese gran amor Tuyo que Te llevó a dar la espalda a toda la gloria del cielo y a venir a toda la vergüenza y sufrimiento de la tierra para llevar mis pecados en Tu propio cuerpo sobre la cruz”. Pero cuán a menudo nos arrodillamos y decimos al Espíritu: “Te agradezco, Espíritu de Dios infinito y eterno por Tu gran amor que Te llevó en obediencia al Padre y al Hijo a venir a este mundo y buscarme en mi estado perdido, y seguirme día tras día y semana tras semana y año tras año hasta que me hubiste llevado a ver mi necesidad de un Salvador, y me hubiste revelado a Jesucristo como justamente el

Salvador que necesitaba, y me hubiste llevado a un conocimiento salvador de Él”. Sin embargo, debemos nuestra salvación tan verdaderamente al amor del Espíritu como al amor del Padre y al amor del Hijo.

Si no hubiera sido por el amor de Dios, el Padre, mirando hacia abajo sobre mí en mi condición perdida, sí, anticipando mi caída y ruina, y enviando a su Hijo unigénito para hacer plena expiación por mi pecado, yo habría sido un hombre perdido hoy. Si no hubiera sido por el amor del Verbo eterno de Dios, viniendo a este mundo en obediencia al mandamiento del Padre y poniendo su vida como un sacrificio expiatorio por mi pecado en la cruz del Calvario, yo habría sido un hombre perdido hoy. Pero igual de verdaderamente, si no hubiera sido por el amor del Espíritu Santo, viniendo a este mundo en obediencia al Padre y al Hijo y buscándome en toda mi ruina y siguiéndome con paciencia y amor inagotables día tras día y semana tras semana y mes tras mes y año tras año, siguiéndome a lugares a los que debe haber sido una agonía para Él ir, cortejándome aunque yo le resistía y le insultaba y persistentemente le daba la espalda, siguiéndome y nunca dándose por vencido hasta que por fin Él hubo abierto mis ojos para ver que yo estaba totalmente perdido y entonces me reveló a Jesucristo como un Salvador todo-suficiente, y entonces me impartió poder para hacer mío a este Salvador; si no hubiera sido por este amor sufrido, paciente, inagotable, anhelante e indescriptiblemente tierno del Espíritu hacia mí, yo habría sido un hombre perdido hoy.

Inteligencia y Bondad

De nuevo leemos en Nehemías 9:20, “Y enviaste tu buen Espíritu para enseñarles, y no retiraste tu maná de su boca, y agua les diste para su sed”. Aquí “inteligencia” y “bondad” se atribuyen al Espíritu Santo. Esto no añade ningún pensamiento nuevo a los pasajes ya considerados, pero lo traemos aquí porque es del Antiguo Testamento. Hay quienes nos dicen que la personalidad del Espíritu Santo no se encuentra en el Antiguo Testamento. Este pasaje por sí mismo, por no hablar de otros, nos muestra que esto es un error. Mientras que la verdad de la personalidad del Espíritu Santo naturalmente no está tan plenamente desarrollada en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, no obstante el pensamiento está ahí y distintamente ahí.

Tristeza

Leemos de nuevo en Efesios 4:30, “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”. En este pasaje el acto de contristar se atribuye al Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es una mera influencia o poder impersonal que Dios envía a nuestras vidas. Él es una persona que viene a morar en nuestros corazones, observando todo lo que hacemos y decimos y pensamos. Y si hay algo en acto o palabra o pensamiento, o imaginación fugaz que sea impuro, descortés, egoísta, o malo de cualquier manera, Él es profundamente contristado por ello.

Este pensamiento una vez comprendido plenamente se convierte en uno de los motivos más poderosos para una vida santa y un andar cuidadoso. Cuántos jóvenes, que han ido de un hogar santo y cristiano a la gran ciudad con sus muchas tentaciones, han sido refrenados de hacer cosas que de otro modo harían por el pensamiento de que si las hicieran su madre podría enterarse y que eso la afligiría más allá de toda descripción. Pero hay Uno que mora en nuestros corazones, si somos creyentes en Cristo, que va con nosotros a dondequiera que vamos, ve todo lo que hacemos, oye todo lo que decimos, observa cada pensamiento, incluso la fantasía más fugaz, y este Uno es más puro que la madre más santa que jamás haya vivido, más sensible contra el pecado, Uno que retrocede ante el más leve pecado como la mujer más pura que jamás haya vivido sobre esta tierra nunca retrocedió ante el pecado en sus formas más horribles; y, si hay algo en acto, o palabra, o pensamiento, que tenga la más leve mancha de maldad en él, Él es contristado más allá de toda descripción. Cuán a menudo algún mal pensamiento nos es sugerido y estamos a punto de darle entretenimiento y entonces el pensamiento, “El Espíritu Santo ve eso y es profundamente contristado por ello,” nos lleva a desterrarlo para siempre de nuestra mente.

Los Actos del Espíritu

2. La segunda línea de prueba en la Biblia de la personalidad del Espíritu Santo es que muchos actos que solo una persona puede realizar se atribuyen al Espíritu Santo.

Escudriñar, Hablar y Orar

Por ejemplo, leemos en 1 Corintios 2:10 que el Espíritu Santo escudriña las cosas profundas de Dios. Aquí Él es representado no meramente como una iluminación que nos permite entender las cosas profundas de Dios, sino una persona que Él mismo escudriña en las cosas profundas de Dios y nos revela las cosas que Él descubre. En Apocalipsis 2:7 y muchos otros pasajes, el Espíritu Santo es representado hablando. En Gálatas 4:6, Él es representado clamando. En Romanos 8:26, leemos, “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”. Aquí el Espíritu Santo es representado ante nosotros orando, no meramente como una influencia que nos lleva a orar, o una iluminación que nos enseña cómo orar, sino como una persona que Él mismo ora en y a través de nosotros. Hay consuelo inconmensurable en el pensamiento de que cada hombre o mujer regenerado tiene dos Personas Divinas orando por él, Jesucristo, el Hijo de Dios a la diestra del Padre orando por nosotros (Hebreos 7:25; 1 Juan 2:1); y el Espíritu Santo orando a través de nosotros aquí abajo. ¡Cuán segura y cuán bendita es la posición del creyente con estas dos Personas Divinas, a quienes el Padre siempre oye, orando por él!

Enseñar y Guiar

En Juan 15:26, 27, leemos, “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio”. Aquí el Espíritu Santo es expuesto muy definidamente como una persona dando testimonio, y se traza una clara distinción entre su testimonio y el testimonio que dan aquellos en quienes Él mora. De nuevo en Juan 14:26 leemos, “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”. Y de nuevo en Juan 16:12-14, “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”. (véase también Nehemías 9:20). En estos pasajes, el Espíritu Santo es expuesto como un maestro de la verdad, no meramente una iluminación que permite a nuestra mente ver la verdad, sino Uno que personalmente viene a nosotros y nos enseña la verdad. Es el privilegio del creyente más humilde tener a una persona divina como su maestro diario de la verdad de Dios. (véase 1 Juan 2:20, 27).

En Romanos 8:14 (“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios”) el Espíritu Santo es representado como nuestro guía personal, dirigiéndonos qué hacer, tomándonos de la mano, por así decirlo, y guiándonos en esa línea de acción que es agradable a Dios. En Hechos 16:6, 7 leemos estas palabras profundamente significativas, “Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió”. Aquí el Espíritu Santo es representado tomando el mando de la vida y conducta de un siervo de Jesucristo. En Hechos 13:2 y Hechos 20:28, vemos al Espíritu Santo llamando a hombres al trabajo y designándolos para el oficio. Una y otra vez en las Escrituras se atribuyen acciones al Espíritu Santo que solo una persona podría realizar.

El Oficio del Espíritu

3. La tercera línea de prueba de la personalidad del Espíritu Santo es que se predica un oficio al Espíritu Santo que solo podría predicarse de una persona.

“Otro Consolador”

Leemos en Juan 14:16, 17, “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”. Aquí se nos dice que es el oficio del Espíritu Santo ser “otro Consolador” para tomar el lugar de nuestro Salvador ausente. Nuestro Señor Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos. Cuando Él anunció su partida a ellos, la tristeza había llenado sus corazones (Juan 16:6). Jesús habló palabras para consolarlos. Les dijo que en el mundo al que Él iba había mucho lugar para ellos también (Juan 14:2). Les dijo además que Él iba a preparar ese lugar para ellos (Juan 14:3) y que cuando Él lo hubiera preparado así, Él vendría de regreso por ellos; pero les dijo además que incluso durante su ausencia, mientras Él estaba preparando el cielo para ellos, Él no los dejaría huérfanos (Juan 14:18), sino que Él rogaría al Padre y el Padre les enviaría otro Consolador para tomar su lugar. ¿Es posible que Jesús hubiera dicho esto si aquel quien iba a tomar su lugar después de todo no fuera una persona, sino solo una influencia o poder, no importa cuán benéfico y divino? Aún más, ¿es inconcebible que Él hubiera dicho lo que dice en Juan 16:7, “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré,” si este otro Consolador que venía a tomar su lugar fuera solo una influencia o poder?

Uno a Nuestro Lado

Esto se vuelve más claro aún cuando tenemos en mente que la palabra traducida “Consolador” significa no solo consolador, sino mucho más. Los revisores encontraron una gran cantidad de dificultad al traducir la palabra griega. Han sugerido “abogado,” “ayudador” y una mera transferencia de la palabra griega *paraceto* al inglés. La palabra que se tradujo es *parakletos*, la misma palabra que se traduce “abogado” en 1 Juan 2:1; pero “abogado” no da toda la fuerza y significado de la palabra etimológicamente. Abogado significa casi lo mismo que *parakletos*, pero la palabra en el uso ha obtenido un sentido restringido. “Abogado” es latín; *parakletos* es griego. La palabra latina exacta es *advocatus*, que significa uno llamado a otro. (Es decir, para ayudarlo o tomar su parte o representarlo). *Parakletos* significa uno llamado al lado, es decir, uno que constantemente está a tu lado como tu ayudador, consejero, consolador, amigo. Es muy cercano al pensamiento expresado en el himno familiar, “Siempre presente, el amigo más verdadero”. Hasta el momento en que Jesús había pronunciado estas palabras, Él mismo había sido el *Parakletos* para los discípulos, el Amigo a mano, el Amigo que estaba a su lado. Cuando se metían en cualquier problema, se volvían a Él. En una ocasión desearon saber cómo orar y se volvieron a Jesús y dijeron: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1). En otra ocasión, Pedro se estaba hundiendo en las olas de Galilea y clamó, diciendo: “¡Señor, sálvame! Y al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él,” y lo salvó (Mateo 14:30, 31). En cada extremidad se volvían a Él. Así mismo ahora que Jesús ha ido a estar con el Padre, mientras estamos esperando su regreso, tenemos otra persona tan divina como Él, tan sabia, tan fuerte, tan capaz de ayudar, tan amorosa, siempre a nuestro lado y lista en cualquier momento que miremos a Él, para aconsejarnos, para enseñarnos, para ayudarnos, para darnos victoria, para tomar el control total de nuestras vidas.

Una Cura para la Soledad

Este es uno de los pensamientos más reconfortantes en el Nuevo Testamento para la dispensación presente. Muchos de nosotros, al leer la historia de cómo Jesús caminaba y hablaba con sus discípulos, hemos deseado haber podido estar allí; pero hoy tenemos una persona tan divina como Jesús, tan digna de nuestra confianza y nuestra fe, justo a nuestro lado para suplir cada necesidad de nuestra vida. Si esta maravillosa verdad de la Biblia entra una vez en nuestros corazones y permanece allí, nos salvará de toda ansiedad y preocupación. Es una cura para la soledad. ¿Por qué necesitamos estar alguna vez solos, aunque separados de los mejores

amigos terrenales, si nos damos cuenta de que un Amigo divino está siempre a nuestro lado? Es una cura para los corazones rotos. Muchos de nosotros hemos sido llamados a separarnos de aquellos terrenales a quienes más amábamos, y su partida ha dejado un vacío doloroso que parecía que nadie ni nada podría llenar jamás; pero hay un Amigo divino morando en el corazón del creyente, quien puede, y quien, si miramos a Él para hacerlo, llenará cada rincón y esquina y cada lugar doloroso en nuestros corazones. Es una: cura para el miedo a la oscuridad y al peligro. No importa cuán oscura sea la noche y cuántos enemigos temamos que estén acechando en cada lado, hay un divino que camina a nuestro lado y que puede y nos protegerá de todo peligro. Él puede hacer brillante la noche más oscura por la gloria de su presencia.

Pero es en nuestro servicio para Cristo que este pensamiento del Espíritu Santo viene a nosotros con la mayor utilidad. Muchos de nosotros hacemos el servicio que hacemos para el maestro con temor y temblor. Siempre tenemos miedo de que podamos decir o hacer lo incorrecto; y así no tenemos gozo ni libertad en nuestro servicio. Cuando nos levantamos para predicar, hay un terrible sentido de responsabilidad sobre nosotros. Temblamos con el pensamiento de que no somos competentes para hacer el trabajo que somos llamados a hacer, y existe el miedo constante de que no lo haremos como debería hacerse. Pero si solo podemos recordar que la responsabilidad no está realmente sobre nosotros sino sobre otro, el Espíritu Santo, y que Él sabe justo lo que debería hacerse y justo lo que debería decirse, y entonces si nos ponemos tan atrás fuera de la vista como sea posible y le dejamos hacer el trabajo que Él es tan perfectamente competente para hacer, nuestros miedos y nuestras preocupaciones se desvanecerán. Todo sentido de restricción se irá y la proclamación de la verdad de Dios se convertirá en un gozo inefable, no una preocupación inquietante.

Testimonio Personal

Quizás una palabra de testimonio personal sería perdonable en este punto. Entré al ministerio porque fui obligado a hacerlo. Mi conversión giró en torno a mi predicación. Durante años me negué a ser cristiano porque estaba decidido a que no predicaría. La noche en que me convertí, no dije: “Aceptaré a Cristo,” ni nada por el estilo. Dije: “Predicaré”. Pero si algún hombre nunca estuvo apto por temperamento natural para predicar, fui yo. Era anormalmente tímido. Nunca hablé siquiera en una reunión de oración pública hasta después de haber entrado en el seminario teológico. Mi primer intento de hacerlo fue una experiencia agonizante. En mi ministerio temprano escribía mis sermones y los memorizaba, y cuando el servicio vespertino terminaba y había pronunciado la última palabra del sermón, me hundía con una sensación de gran alivio de que eso había terminado por otra semana. Predicar era una tortura. Pero llegó el día alegre cuando capté el pensamiento, y el pensamiento me captó a mí, de que cuando me levantaba para predicar otro estaba a mi lado, y aunque la audiencia me veía a mí, la responsabilidad estaba realmente sobre Él y que Él era perfectamente competente para llevarla, y todo lo que yo tenía que hacer era retroceder y ponerme tan fuera de la vista como fuera posible y dejarle hacer el trabajo que el Padre le envió a hacer. Desde ese día predicar no ha sido una carga ni un deber sino un privilegio alegre. No tengo ansiedad ni preocupación. Sé que Él está conduciendo el servicio y haciéndolo justo como debe hacerse, e incluso aunque las cosas a veces pueden no parecer ir justo como pienso que deberían, sé que han ido bien. Muchas veces cuando me levanto para predicar y el pensamiento toma posesión de mí de que Él está allí para hacerlo todo, tal gozo llena mi corazón que siento ganas de gritar por puro éxtasis.

Trato del Espíritu Santo

4. La cuarta línea de prueba de la personalidad del Espíritu Santo es: un trato se predica del Espíritu Santo que solo podría predicarse de una persona.

Leemos en Isaías 63:10, “Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos”. Aquí vemos que el Espíritu Santo es objeto de rebelión y es contristado. (véase Efesios 4:30). No puedes rebelarte contra una mera influencia o poder. Solo puedes rebelarte contra y contristar a una persona. Aún más leemos en Hebreos 10:29, “¿Cuánto mayor castigo

pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” Aquí se nos dice que al Espíritu Santo se le hace afrenta, esto es “tratado con contumelia”. (Léxico Griego-Inglés del Nuevo Testamento de Thayer). No puedes “tratar con contumelia” a una influencia o poder, solo a una persona. Siempre que una verdad es presentada a nuestro pensamiento, es el Espíritu Santo quien la presenta. Si nos negamos a escuchar esa verdad, entonces damos la espalda deliberadamente a esa persona divina que la presenta; le insultamos.

Quizás, en este momento presente, el Espíritu Santo está tratando de traer a la mente del lector de estas líneas alguna verdad que el lector no está dispuesto a aceptar y estás negándote a escuchar. Quizás estás tratando esa verdad, que en el fondo de tu corazón sabes que es verdadera, con desprecio, hablando burlonamente de ella. Si es así, no estás meramente tratando la verdad abstracta con desprecio, estás despreciando e insultando a una persona, una persona divina.

Mentir al Espíritu Santo

En Hechos 5:3, leemos, “Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?” Aquí se nos enseña que se puede mentir al Espíritu Santo. No puedes decir mentiras a una influencia o poder ciego e impersonal, solo a una persona. No toda mentira es una mentira al Espíritu Santo. Fue un tipo peculiar de mentira la que contó Ananías. Del contexto vemos que Ananías estaba haciendo una profesión de una consagración entera de todo. (Ver Hechos 4:36 a 5:11). Como Bernabé había puesto todo a los pies de los apóstoles para el uso de Cristo y su causa, así Ananías fingió hacer lo mismo, pero en realidad retuvo parte; la fingida consagración plena fue solo parcial. La consagración real es bajo la guía del Espíritu Santo. La profesión de plena consagración fue a Él y la profesión fue falsa. Ananías mintió al Espíritu Santo. Cuán a menudo en nuestras reuniones de consagración hoy profesamos una plena consagración, cuando en realidad hay algo que hemos retenido. Al hacer esto, mentimos al Espíritu Santo.

Blasfemia Contra el Espíritu Santo

En Mateo 12:31, 32, leemos, “Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero”. Aquí se nos dice que el Espíritu Santo puede ser blasfemado. Es imposible blasfemar contra una influencia o poder; solo una persona puede ser blasfemada. Se nos dice aún más que la blasfemia del Espíritu Santo es un pecado más serio y decisivo que incluso la blasfemia del Hijo del Hombre mismo. ¿Podría algo hacer más claro que el Espíritu Santo es una persona y una persona divina?

Resumen

Para resumirlo todo, EL ESPÍRITU SANTO ES UNA PERSONA. Las Escrituras dejan esto claro más allá de una duda a cualquiera que cándidamente va a las Escrituras para averiguar lo que realmente enseñan. Teóricamente, la mayoría de nosotros creemos esto, ¿pero lo tratamos en nuestro pensamiento real de Él, en nuestra actitud práctica hacia Él, como a una persona? ¿Lo consideramos de hecho como una persona tan real como Jesucristo, tan amorosa, tan sabia, tan fuerte, tan digna de nuestra confianza y amor y rendición como Él? El Espíritu Santo vino a este mundo para ser para los discípulos y para nosotros lo que Jesucristo había sido para ellos durante los días de su compañía personal con ellos. (Juan 14:16, 17). ¿Es Él eso para nosotros? ¿Caminamos en comunión consciente con Él? ¿Nos damos cuenta de que Él camina a nuestro lado cada día y hora? Sí, y mejor que eso, ¿que Él mora en nuestros corazones y está listo para llenarlos y tomar posesión completa de nuestras vidas? ¿Conocemos la “comunión del Espíritu Santo”? (2 Corintios 13:14). Comunión significa fraternidad, sociedad, camaradería. ¿Conocemos esta fraternidad personal, esta sociedad, esta camaradería, esta amistad íntima, del Espíritu Santo? Aquí yace el secreto de

una vida cristiana real, una vida de libertad y gozo y poder y plenitud. Tener como el Amigo siempre presente de uno, y ser consciente de que uno tiene como su Amigo siempre presente, al Espíritu Santo, y rendir la vida de uno en todos sus departamentos enteramente a su control, esto es el verdadero vivir cristiano.

Capítulo 5 La Prueba del Dios Viviente tal como se Halla en la Vida de Oración de George Müller, de Bristol

Por el Rev. Arthur T. Pierson, Doctor en Teología

En Salmo 68:4, se nos manda: “Cantad a Dios, cantad salmos a su nombre; exaltad al que cabalga sobre los cielos. JAH es su nombre; alegraos delante de él”. Y en el siguiente versículo se declara: “Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada”. El nombre “Jah”, que aquí aparece, no es simplemente una abreviatura de “Jehová”, sino el tiempo presente del verbo hebreo “ser”, y expresa la idea de que este Jehová es el Dios vivo y presente; y, como los cielos están siempre sobre nuestras cabezas, Él es siempre un ayudador presente, especialmente para los que, como la viuda y el huérfano, no tienen otros proveedores y protectores.

George Müller, de Bristol, se propuso demostrar al mundo incrédulo que Dios es un Dios así, vivo y presente, y que lo prueba respondiendo a la oración; y para que la prueba de este hecho fuera definida y concluyente, se propuso recoger, alimentar, alojar, vestir, y también enseñar y formar, a todos los huérfanos disponibles, que fueran hijos legítimos, pero privados de ambos padres por la muerte y en la miseria.

Sesenta y Cinco Años de Prueba

Esta obra, que comenzó en 1833, de una manera muy pequeña y humilde, dando a unos pocos niños recogidos de las calles un pedazo de pan para el desayuno, y luego enseñándoles durante aproximadamente una hora y media a leer las Escrituras, la continuó por sesenta y cinco años, con números crecientes, hasta que hubo bajo su cuidado, y en las casas de huérfanos que él construyó, dos mil doscientos huérfanos con sus ayudantes; y, sin embargo, durante todo ese tiempo, la única dependencia del Sr. Müller fue Jehová, el Dios vivo y presente. No pidió ayuda a ningún hombre; y ni siquiera permitió que se conociera alguna necesidad antes de que fuera suplida, aun a sus colaboradores más cercanos se les prohibía mencionar cualquier carencia existente fuera de los muros de la institución. Su objetivo y propósito era aplicar eficazmente la prueba de la oración al Dios invisible, de tal manera que no quedara duda de que, en estos mismos días en que vivimos, es perfectamente seguro soltarse de toda dependencia humana y echarnos con fe sobre las promesas de un Jehová fiel. Para hacer la demostración aún más convincente, durante algunos años incluso retuvo del público el informe anual de la obra, aunque solo cubría trabajo ya hecho, para que nadie pensara que tal informe era un llamado indirecto para ayuda futura.

Una vida humana así, llena de la presencia y el poder de Dios, es uno de los regalos más escogidos de Dios para su iglesia y para el mundo.

Demostración e Ilustración

Las cosas invisibles y eternas son, para el hombre promedio, lejanas e indistintas, mientras que lo visible y temporal es vivo y real. En la práctica, cualquier objeto de la naturaleza que pueda verse o tocarse es, para la mayoría de los hombres, más real que el Dios viviente. Todo hombre que camina con Dios y lo halla como Ayuda presente en todo tiempo de necesidad, que pone sus promesas a prueba práctica y las verifica en experiencia real; todo creyente que, con la llave de la fe, abre los misterios de Dios y con la llave de la oración abre los tesoros de Dios, así provee a la humanidad demostración e ilustración del hecho de que: “Pero es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. [Hebreos 11:6]

George Müller fue tal argumento y ejemplo: un hombre de pasiones semejantes, y tentado en todo, como nosotros; pero que creyó a Dios y fue afirmado por creer; que oró con fervor para que pudiera vivir una

vida y hacer una obra que fuera una prueba convincente de que Dios oye la oración, y de que es seguro confiar en Él en todo tiempo; y que dio exactamente el testimonio que deseaba. Como Enoc, realmente caminó con Dios, y recibió abundante testimonio de que agradó a Dios. Y cuando, el día diez de marzo de 1898, se nos dijo de George Müller que “desapareció,” supimos que “Dios se lo llevó”; parecía más una traslación que una muerte.

El Hombre Mismo

Para los que conocen su larga historia de vida, o que lo conocieron íntimamente y sintieron el poder del contacto personal, él fue uno de los santos más maduros de Dios, y él mismo una prueba viviente de que una vida de fe es posible; de que Dios puede ser conocido, tratado en comunión, hallado, y llegar a ser un compañero consciente en la vida diaria. Él probó, para sí mismo y para todos los demás que quieran recibir su testimonio, que para los que están dispuestos a tomar a Dios en su palabra y a rendirse a su voluntad, Él es: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Él probó que los días de intervención y liberación divina han pasado solo en la medida en que han pasado los días de fe y obediencia; que la oración creyente todavía hace las maravillas de las que nuestros padres nos contaron en los tiempos antiguos.

Todo lo que puede hacerse en el espacio limitado del que ahora disponemos es presentar un breve resumen de la obra de George Müller, cuyos detalles se extienden a través de los cinco volúmenes de su “Diario” cuidadosamente escrito, y cuyos hechos nunca han sido negados ni puestos en duda, pues están plasmados en cinco enormes edificios de piedra en Ashley Down, y encarnados en miles de huérfanos vivos que han sido, o aún son, beneficiarios de la bondad del Señor, administrada por este gran intercesor.

El Propósito de su Vida

Una frase de la pluma del Sr. Müller marca el propósito que fue el verdadero eje de todo su ser: “He dedicado con gozo toda mi vida al objetivo de mostrar cuánto puede lograrse por medio de la oración y la fe”. Esto preparó tanto para el desarrollo del carácter de quien tenía tal sencillez de propósito, como para el desarrollo de la obra en la cual ese propósito encontró acción. El amigo más antiguo del Sr. Müller, Robert C. Chapman, de Barnstaple, dice hermosamente que “cuando el principal negocio de un hombre es servir y agradar al Señor, todas sus circunstancias se vuelven sus siervos”; una máxima verificada en la obra de vida del Sr. Müller.

Sin Apoyo Visible

El Sr. James Wright, yerno y sucesor del Sr. Müller, dijo, al repasar los sesenta y cinco años de obra: “Está escrito (Job 26:7): ‘El extiende el norte sobre vacío, cuelga la tierra sobre nada’, es decir, sin apoyo visible”. “Y así nos gozamos en el hecho de que ‘La Institución de Conocimiento de las Escrituras para el Hogar y el Extranjero’ cuelga, como siempre ha colgado desde su comienzo, ‘sobre nada’, es decir, sobre ningún apoyo visible”. “No cuelga de ningún patrocinador humano, ni de ninguna dotación o propiedad invertida, sino únicamente del buen placer del Dios bendito”.

Bendita lección para aprender: que depender del Dios invisible no es colgar “de nada”, aunque sea de nada visible. El poder y la permanencia de las fuerzas invisibles que sostienen la tierra después de sesenta siglos de historia humana se muestran suficientemente por el hecho de que este gran globo todavía gira seguro en el espacio y es llevado por su vasta órbita, y sin variación de un segundo todavía se mueve con exactitud divina en su camino señalado. Por lo tanto, el Sr. Müller confió en el mismo Dios invisible para sostener, con su poder no visto, toda la obra que la fe suspendió sobre su verdad, amor, y palabra infalible de promesa, aunque al ojo natural todo esto parezca como nada.

Resumen de la Obra Hecha

En el resumen amplio contenido en el quincuagésimo noveno informe, se ve un crecimiento notable durante los sesenta y cuatro años desde el inicio de la obra en 1834.

Durante el año que terminó el 26 de mayo de 1898, el número de escuelas diurnas fue siete y el de alumnos 354; el número de niños asistentes desde el principio 81.501.

El número de escuelas dominicales en casa, doce, y el de niños en ellas 1,341; pero, desde el principio, 32,944.

El número de escuelas dominicales ayudadas en Inglaterra y Gales, veinticinco. La cantidad gastada en relación con las escuelas en casa, £736. 13s. 10d.; desde el inicio, £109.992. 19s. 10d.

Las Biblias y porciones de ellas distribuidas, 15.411; desde el principio 1.989.266. Dinero gastado para este propósito el año pasado, £439; desde el primero, £41.090. 13s. 3d.

Obreros misioneros ayudados, 115. Dinero gastado, £2.082. 9s. 6d.; desde el inicio, £261.859. 7s. 4d.

Distribución de libros y tratados, 3.101.338; dinero gastado, £1.100. 1s. 3d.; y desde el primero, £47.188. 11s. 10d.

El número de huérfanos en Ashley Down, 1.620, y desde el principio 10.024. Dinero gastado ese año, £22.523. 13s. 1d., y desde el comienzo £988.829.

Llevar la convicción a la acción a veces requiere un sacrificio costoso; pero, cualquiera que haya sido el costo de la fidelidad del Sr. Müller a su convicción en un sentido, tuvo resultados enormes de su obra de vida para contemplar aun mientras vivía.

Dar Junto con Orar

Que cualquiera mire estas cifras y hechos, y recuerde que un hombre pobre, que había dependido únicamente de la ayuda de Dios y solo en respuesta a la oración, pudo mirar hacia atrás por más de sesenta años y ver cómo había construido cinco grandes casas de huérfanos, y había recibido bajo su cuidado más de diez mil huérfanos, gastando en ellos dentro de doce mil libras de un millón redondo. Este mismo hombre había ayudado a escuelas diurnas y escuelas dominicales, en Gran Bretaña y otras tierras, donde casi ciento cincuenta mil niños han sido enseñados, con un costo de más de ciento diez mil libras adicionales. También había distribuido casi dos millones de Biblias y porciones de ellas, con un costo de más de cuarenta mil libras; y más de tres millones de libros y tratados, con un costo de casi cincuenta mil libras más. Además de todo esto, había gastado más de doscientas sesenta mil libras para ayudar a obreros misioneros en diversas tierras. La suma total del dinero así gastado durante sesenta años llegó muy cerca del asombroso total de un millón y medio de libras esterlinas (\$7.500.000).

Los propios dones del Sr. Müller al servicio del Señor tuvieron, solo después de su muerte, un registro y reconocimiento completo. En los informes anuales, una anotación que se repetía con extraña frecuencia sugería a un donante que debía haber llegado a una edad muy avanzada: “de un siervo del Señor Jesús, quien, constreñido por el amor de Cristo, busca acumular tesoro en el cielo”. Si esa anotación se sigue cuidadosamente a través de los informes y se añaden los dones personales que el Sr. Müller hizo a diversos fines benéficos, la suma total de este “siervo” llega, hasta el 1 de marzo de 1898, a un total de ochenta y un mil cuatrocientas noventa libras británicas, dieciocho chelines y ocho peniques. Después de su muerte, por primera vez se supo que este “siervo del Señor Jesús” no era otro que el mismo George Müller, quien así donó, de dinero que se le dio o se le dejó para su uso personal por legados, una cantidad igual a más de una

quinceava parte de toda la suma gastada desde el comienzo en los cinco departamentos de la obra (1,448,959 libras británicas). Este es un récord de generosidad personal del cual no se conoce paralelo.

Sus Inversiones

El Sr. Müller había recibido sumas cada vez más grandes del Señor, las cuales invirtió bien y de la manera más provechosa, de modo que por más de sesenta años nunca perdió ni un centavo por una mala especulación. Pero sus inversiones no fueron en tierras, ni bancos, ni ferrocarriles, sino en la obra de Dios. Él “ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas”. [Lucas 16:9] Y, cuando faltó, lo recibieron en moradas eternas. Él siguió año tras año proveyendo para sí mismo, para su amada esposa e hija, solo acumulando tesoro en el cielo.

Un dador así tenía derecho a exhortar a otros a la beneficencia sistemática. Él daba como no da uno entre un millón: no un diezmo, ni una proporción fija del ingreso anual, sino todo lo que quedaba después de la provisión más sencilla y necesaria de necesidades reales. Mientras la mayoría de los discípulos se consideran cumpliendo su deber si, después de dar una parte al Señor, gastan todo lo demás en sí mismos, Dios guio a George Müller a invertir esta regla y reservar solo la suma más frugal para las necesidades personales, para que todo el resto pudiera darse al que tiene necesidad. Sería necesaria una revolución completa en nuestros hábitos de dar si se adoptara tal regla. Las propias palabras del Sr. Müller son: “Mi objetivo nunca fue cuánto podía obtener, sino más bien cuánto podía dar”. Sin embargo, esto no se hacía con espíritu de asceta, porque él no tenía tal espíritu.

Su Mayordomía

Él mantenía continuamente delante de sí su mayordomía de la propiedad de Dios; y buscaba aprovechar al máximo la breve vida en la tierra y usar, para el mejor y más grande bien, la propiedad que tenía en confianza. Las cosas de Dios eran realidades profundas; y, proyectando cada acción, decisión y motivo a la luz del tribunal de Cristo, se preguntaba cómo se vería para él a la luz de ese tribunal. Así buscaba, en oración y con conciencia, vivir y trabajar, negarse a sí mismo, y, por amor, servir a su maestro y a sus semejantes, para que no fuera “avergonzados en su venida”. Pero no con espíritu de temor, porque si algún hombre de su generación conoció el perfecto amor que echa fuera el temor, fue él. Él sentía que Dios es amor y que el amor es de Dios. Vio ese amor manifestado en el mayor de los dones: su Hijo unigénito; en el Calvario conoció y creyó el amor que Dios tiene para con nosotros; lo recibió en su propio corazón; llegó a ser una presencia permanente manifestada en obediencia y benevolencia; y, dominándolo cada vez más, llegó a perfeccionarse de tal manera que expulsó todo temor que atormenta e impartió una santa confianza y deleite en Dios.

Textos Favoritos

Entre los textos que impresionaron fuertemente y formaron los hábitos de dar del Sr. Müller estaba Lucas 6:38: “Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir”. Él creyó esta promesa y la comprobó. Su testimonio es: “Yo había dado, y Dios hizo que se me diera otra vez, y abundantemente”. También leyó: “Más bienaventurado es dar que recibir”. Él dice que creyó lo que halló en la palabra de Dios y por su gracia procuró actuar de acuerdo con ello, y así vuelve a registrar que fue bendecido abundantemente y que su paz y gozo en el Espíritu Santo aumentaron más y más.

No será sorpresa, por lo tanto, que, como ya se ha notado, toda la herencia personal del Sr. Müller al morir, según se juró cuando el testamento fue admitido a sucesión, fuera solo de 169 libras británicas, 9 chelines, 4 peniques, de las cuales los libros, muebles del hogar, etc., se calcularon en más de 100 libras; el único

dinero que tenía en su posesión era un poco más de sesenta libras, y aun esto solo estaba esperando ser distribuido como mayordomo de Dios.

El Secreto de Todo

Para resumir el servicio del Sr. Müller, es necesario entender su gran secreto. Una vida así y una obra así son el resultado de un hábito más que de cualquier otra cosa: comunión diaria y frecuente con Dios. Él era incansable en súplicas e intercesiones. En toda nueva necesidad y crisis, el único recurso era la oración de fe. Primero se aseguraba de estar en el camino del deber; luego fijaba su mente en la palabra inmutable de promesa; luego, con la valentía de un suplicante que viene a un trono de gracia en el nombre de Jesucristo, y que apela a la seguridad del Prometedor inmutable, presentaba cada petición. Era un intercesor incansable. Ninguna demora lo desanimaba.

Esto se ve especialmente en el caso de personas por cuya conversión o por una guía especial hacia caminos de obediencia completa él oraba. En su lista de oración había nombres de algunos por los cuales había rogado a Dios diariamente por nombre, desde uno hasta diez años antes de que llegara la respuesta. Hubo dos personas por cuya reconciliación con Dios él oró, día tras día, por más de sesenta años, y que al tiempo de su muerte no se habían vuelto a Dios; pero él dijo: “No tengo duda de que los encontraré a ambos en el cielo; porque mi Padre celestial no pondría sobre mi corazón una carga de oración por ellos por más de sesenta años, si no tuviera acerca de ellos propósitos de misericordia”.

Este es un ejemplo suficiente de su perseverancia e insistencia en la intercesión, casi sin igual. Por larga que fuera la demora, se mantenía firme, como si con ambas manos se aferrara a los mismos cuernos del altar; y su espíritu de niño razonaba de manera sencilla, pero con confianza, que el hecho mismo de que su espíritu fuera mantenido tanto tiempo en oración por un solo asunto, y de que el Señor le permitiera continuar esperando con paciencia y fe la bendición, era una promesa y una profecía de la respuesta; y así seguía esperando, tan seguro del resultado final, que alababa a Dios de antemano, como si ya hubiera recibido lo que pedía.

Una de las personas por las cuales durante tantos años había orado sin cesar, poco después de su partida, murió en la fe, habiendo recibido las promesas y abrazándolas, y confesó a Jesús como su Señor.

El Privilegio de Todos

El Sr. Müller advirtió con frecuencia en su Diario e informes a sus compañeros discípulos que no lo consideraran un hacedor de milagros, ni que vieran su experiencia como tan excepcional que tuviera poca aplicación a las esferas normales de la vida y el servicio. Con repetición paciente, afirma que, en todo lo esencial, tal experiencia es el privilegio de todos los creyentes. Dios llama a los discípulos a diferentes clases de obra, pero a todos por igual a la misma fe. Decir, por lo tanto: “No he sido llamado a construir casas de huérfanos, etc., y no tengo derecho a esperar respuestas a mis oraciones como el Sr. Müller”, es incorrecto e incrédulo. Todo hijo de Dios debe primero colocarse en la esfera señalada por Dios, y allí ejercer plena confianza, y vivir por fe sobre la segura palabra de promesa de Dios.

A lo largo de miles de páginas escritas por su pluma, enseña que esta experiencia de la fidelidad de Dios es tanto la recompensa de la fe y la oración pasadas como la preparación del siervo de Dios para una obra mayor, un servicio más eficaz, y un testimonio más convincente para su Señor.

Poder Sobrenatural

Nadie puede entender esta obra si no ve en ella el poder sobrenatural de Dios; sin eso, es un enigma que desafía solución; con eso, todo el misterio se vuelve un misterio abierto. Él mismo sentía, desde el principio

hasta el fin, que este factor sobrenatural era la clave total de la obra, y que sin eso para él habría sido un problema inexplicable. Con qué intensidad a menudo se comparó a sí mismo y su obra para Dios con el “arbusto ardiendo en el desierto”, que siempre en llamas y siempre amenazado con destrucción aparente, no era consumido, de modo que no pocos se detenían, asombrados de ver ese gran espectáculo. ¿Y por qué no se quemaba? Porque Jehová de los ejércitos, que estaba en el arbusto, habitaba en el hombre y en su obra; o, como Wesley dijo casi con su último aliento: “Lo mejor de todo es que Dios está con nosotros”.

Esta comparación del arbusto ardiendo es aún más apropiada cuando se considera el rápido crecimiento de la obra. Al principio fue tan pequeña que parecía casi insignificante, y se llevó a cabo en una casa pequeña alquilada, con espacio para treinta huérfanos; luego se amplió hasta que fue necesario alquilar otros lugares; luego se construyeron una, dos, tres, cuatro y hasta cinco enormes estructuras, hasta que trescientos, setecientos, mil ciento cincuenta, y finalmente dos mil cincuenta internos pudieron encontrar refugio dentro de ellas; pocas veces el mundo ha visto una ampliación tan vasta y tan rápida. ¡Y luego mire el gasto! Al principio, un gasto pequeño de quizá cuatrocientas libras para el primer año de la Institución de Conocimiento de las Escrituras, y de quinientas libras para los primeros doce meses de la obra de huérfanos; y en el último año de la vida del Sr. Müller, un total grande de más de veintiséis mil libras para todos los propósitos de la obra.

El costo de las casas construidas en Ashley Down habría asustado aun a un hombre de gran capital; pero este hombre pobre solo clamó, y el Señor lo ayudó. La primera casa costó quince mil libras; la segunda, más de veintiún mil; la tercera, más de veintitrés mil; y la cuarta y la quinta, de cincuenta mil a sesenta mil más; de modo que el costo total llegó a cerca de ciento quince mil libras. Además de todo esto, hubo un gasto anual que subió hasta veinticinco mil solo para los huérfanos, aparte de aquellos gastos ocasionales necesarios por emergencias, como mejores medidas sanitarias.

Aquí hay, en verdad, un arbusto ardiendo, siempre en aparente peligro de ser consumido, y sin embargo aún de pie en Ashley Down, y aún preservado porque la misma presencia de Jehová arde en él. Ninguna rama de esta obra de muchas partes ha perecido por completo, mientras que toda la obra todavía desafía a los incrédulos a detenerse y ver el gran espectáculo, y quitarse los zapatos de los pies; porque, ¿no es santo todo terreno donde Dios habita y se manifiesta?

Abundante en Trabajos

Al intentar un panorama de esta gran obra de vida, no debe olvidarse cuánto de ella estuvo completamente fuera de la Institución de Conocimiento de las Escrituras; es decir, todo el servicio que al Sr. Müller se le permitió rendir a la iglesia de Cristo y al mundo en general, como predicador, pastor, testigo de la verdad y autor de libros y tratados. Su período de predicación cubrió todo el tiempo desde 1826 hasta 1898, el año de su partida: más de setenta años; y con un promedio, durante todo ese período, probablemente de tres sermones por semana, o más de diez mil en su vida, lo cual probablemente es una estimación baja; porque durante sus viajes misioneros, que cubrieron más de doscientas mil millas y se extendieron por diecisiete años, habló en promedio una vez al día, aun en su edad ya avanzada.

Probablemente los llevados al conocimiento de Cristo por su predicación llegarían a miles, aparte de los huérfanos convertidos en Ashley Down. Luego, cuando se toma en cuenta la enorme cantidad de personas alcanzadas e impresionadas por sus mensajes en todas partes del Reino Unido, en el Continente europeo, y en América, Asia y Australia, y el número aún mayor de los que han leído su relato, sus libros y tratados, o que de varias otras maneras han sentido el poder vivificante de su ejemplo y su vida, se obtiene alguna idea, aunque insuficiente, del alcance de la influencia ejercida por su lengua y su pluma, sus labores y su vida. Gran parte de la mejor influencia no puede encerrarse en estadísticas y evade todo cálculo matemático: es como la fragancia del frasco de alabastro que llena toda la casa, pero se escapa de nuestros sentidos más

toscas de vista, oído y tacto. Esta parte de la obra de George Müller pertenece a un ámbito al cual no podemos entrar. Pero Dios la ve, la conoce y la recompensa.

Las Dudas de un Dudador

Sin embargo, hay quienes dudan o niegan la suficiencia aun de esta prueba, aunque sea tan completa y convincente. En un periódico diario importante, un corresponsal, al tratar la eficacia de la oración, se refirió así a la experiencia de George Müller:

“Viví en ese país durante la mayor parte de los años setenta, cuando a menudo se le describía como el hombre mejor anunciado en los tres reinos”. “Por un gran número de personas religiosas se hablaba más de él que de Gladstone y Disraeli, y por lo tanto no es milagroso que, aunque él decía que nunca había solicitado ayuda para su obra benéfica, el dinero fluyera a su tesorería en una corriente continua”. “Aun para personas no religiosas en Gran Bretaña, su nombre era tan familiar como el de Moody”.

“Sin duda, Müller era totalmente sincero en sus convicciones, pero, por la peculiaridad misma de su método, sus necesidades fueron anunciadas por todo el mundo de la manera más visible, recibiendo así el beneficio de una publicidad mucho mayor de la que de otro modo habría obtenido; y al saberse que él estaba orando por dinero, el dinero, por supuesto, le llegaba”.

“Pero, ¿fueron contestadas las oraciones de Müller invariablemente?” “Según una memoria escrita por un amigo personal, que se ha publicado recientemente, esto estuvo muy lejos de ser el caso, y con frecuencia se sentía ofendido por lo que consideraba un desaire de parte del Todopoderoso, de quien (para citar al Sr. Savage) evidentemente se imaginaba ser uno de sus ‘favoritos’”. “Por ejemplo, oró por dos de sus amigos ‘no convertidos’ durante casi cincuenta años sin éxito”. “No había absolutamente nada en su carrera que no pudiera explicarse como resultado de causas puramente naturales”.

“Si fuera posible admitir que lo que él consideraba respuestas a sus oraciones se debía a intervenciones especiales de la providencia a su favor (en otras palabras, favoritismo), inevitablemente surgiría la pregunta: ¿Por qué han sido desatendidas las oraciones de miles de otros cristianos, cuya fe es tan fuerte como la de Müller?” “¿Qué debemos pensar del pequeño grupo de entusiastas que salió de este país hacia Jerusalén hace unos meses para ver a Cristo ‘aparecer en las nubes’, y que, según los últimos informes, se decía que estaban muriéndose de hambre, sin una perspectiva inmediata de volver a sus hogares?”

“LECTOR”.

“Lector” toma un camino fácil para evadir la fuerza del testimonio de vida del Sr. Müller. Él sostiene que “la peculiaridad” de su método, y la gran “publicidad” así obtenida, lo hizo “el hombre mejor anunciado en los Tres Reinos”, y por eso el dinero le llegaba desde todas partes. Así, el testimonio más notable en el siglo, de un Dios que oye la oración, dado por un solo individuo, se descarta de un solo trazo de la pluma, afirmando que “no había absolutamente nada en su carrera que no pudiera explicarse como resultado de causas puramente naturales”.

El Dudador Respondido

En respuesta, se presentan doce hechos, todos ampliamente comprobados:

1. Por más de sesenta años llevó adelante una obra para Dios, que en ocasiones implicó un gasto anual promedio de \$125,000, y nunca, ni en privado ni en público, hizo un llamado directo por dinero.
2. De todo su gran personal de ayudantes, a nadie se le permite mencionar a una persona externa alguna necesidad de la obra, por urgente que sea la emergencia.

3. Miles de veces los corresponsales preguntaron cuáles eran las necesidades existentes, pero en ningún caso recibieron información, aun cuando se trataba de una crisis de necesidad, pues el objetivo era probar que es seguro confiar solo en Dios.
4. Los informes de la obra, publicados anualmente, sin duda han motivado en gran medida los donativos; pero aun estos no pueden explicar la manera notable en que la obra ha sido sostenida. Para mostrar que no se dependía de estos informes, en un caso no se publicaron por más de dos años, y aun así no hubo interrupción de provisiones.
5. Las coincidencias entre la necesidad y el suministro no pueden explicarse por ninguna ley del azar ni por interés público despertado. En miles de casos se recibió la suma exacta o el suministro exacto requerido, en el momento exacto necesario, y cuando los donantes no podían haber tenido conocimiento de los hechos.
6. Los hechos se extienden por demasiado tiempo y por un campo demasiado amplio de detalles como para atribuirse a un sistema amplio de publicidad. El Sr. Müller registró miles de casos de oración por bendiciones específicas, con respuestas igualmente específicas.
7. Muchas intervenciones y liberaciones no dependieron de dones o ayuda humana, como cuando una falla en el aparato de calefacción hizo necesario un nuevo caldero. No bien comenzaron las reparaciones, se levantó un viento frío del norte que ponía en riesgo la salud y aun la vida de más de cuatrocientos huérfanos que vivían en la casa, y no había otro modo de calefacción. El Sr. Müller llevó el caso al Padre de los huérfanos, y el viento cambió al sur y sopló suave y cálido hasta que las reparaciones terminaron.
8. Cientos de casos ocurrieron, en el curso de sesenta y cinco años, cuando no había comida para la siguiente comida; y sin embargo solo se acudió a Dios, y nunca, excepto dos veces, fue necesario posponer una comida, ¡y entonces solo por media hora! Aun llamados directos y sistemáticos al público no podrían haber traído provisiones para cientos de huérfanos y ayudantes con tal regularidad durante todos esos años.
9. Además, las provisiones siempre siguieron el ritmo de las necesidades crecientes. El Sr. Müller comenzó en una escala muy pequeña, y la obra de huérfanos fue solo el último de cinco departamentos de la obra de la Institución de Conocimiento de las Escrituras. ¿Puede explicarse sobre una base puramente natural que el corazón y el bolsillo del público, aun sin información completa del avance de la empresa de cinco partes, respondieran regularmente a sus demandas?
10. Además, muchas crisis, absolutamente desconocidas para los contribuyentes, fueron superadas con éxito por provisiones adecuadas, sin las cuales, en ese mismo momento, la obra habría tenido que detenerse. Una vez, cuando faltaba un solo penique después de reunir todos los fondos disponibles, ese penique se encontró en la caja de contribuciones, y era lo único que había.
11. Además, el Sr. Müller halló que su relación con Dios siempre determinaba la medida de su ayuda por medio de los hombres; si no se mantenía estrechamente su comunión con su Padre celestial, todo lo demás salía mal. Cuanto más absoluta era su dependencia de Dios, su separación para Él y su fe en Él, más abundantes y manifiestas eran sus liberaciones; de modo que, mientras se hacía más independiente del hombre, recibía más de Dios por medio del hombre.
12. Desde su muerte en 1898, la obra ha sido continuada por sus sucesores y ayudantes con los mismos principios y con los mismos resultados. Aunque su fuerte personalidad ya no está, el mismo Dios honra la misma manera de hacer su obra, independiente de los instrumentos humanos.

El propósito de vida del Sr. Müller era dar al mundo y a la iglesia un ejemplo sencillo del hecho de que un hombre no solo puede vivir, sino también trabajar en gran escala, por fe en el Dios viviente; que solo tiene que confiar, orar y obedecer, y Dios probará su propia fidelidad. Los informes se publicaron únicamente con referencia a la obra ya hecha, y porque los donantes tenían derecho a conocer cómo se gastaba su dinero. Nunca usó sus informes como llamados de ayuda para una obra que aún iba a empezarse o continuarse. Ni su presencia personal o su influencia eran necesarias, pues viajó por dieciocho años en cuarenta y dos países, mencionando su obra solo cuando se lo pedían con insistencia; y durante todo ese tiempo la obra continuó igual que cuando estaba en casa.

Un Desafío a la Incredulidad

Una cosa es obvia: todavía hay un campo amplio abierto para el experimento. Que los que honestamente creen que una obra de vida tan grande puede explicarse totalmente sobre una base natural nos den una prueba práctica. Que se funde una institución en alguna de nuestras grandes ciudades similar a la de Bristol. Que no se haga ningún llamado directo a nadie, más allá de la circulación de informes anuales; o que se haga la publicidad más amplia del hecho de que tal obra se realiza, y de que se depende de la ayuda pública sin solicitud directa. Por supuesto, no debe haber oración, ni reconocimiento de Dios, para que nadie piense que es religioso y anticientífico, y para que la gente piadosa no sea movida a responder. Los incrédulos superan a los discípulos cristianos cinco a uno, y por lo tanto la base de apoyo sería muy grande. ¡Que se conduzca el experimento, no sobre la base de la fe, sino en un método estrictamente científico!

Cuando se vea a un incrédulo llevar adelante tal obra, construir cinco grandes casas de huérfanos y sostener a más de 2.000 huérfanos día tras día sin ningún llamado directo a la ayuda humana, y aun así recibiendo todas las provisiones sin ni un solo fallo en sesenta años, entonces se estará listo para reconsiderar la convicción actual de que fue porque el Dios viviente oyó y ayudó a George Müller, que él, quien comenzó con un capital de un chelín, cuidó a más de diez mil huérfanos, ayudó a cientos de misioneros, esparció millones de Biblias y tratados, y en el curso de su larga vida gastó cerca de \$7.500.000 para Dios y la humanidad; y luego murió con todas sus posesiones valoradas en menos de ochocientos dólares.

Capítulo 6 La Historia de la Alta Crítica

Por el Canónigo Dyson Hague, Maestría en Artes
Rector de la Iglesia Memorial, London, Ontario. Profesor de Litúrgica y Eclesiología, Wycliffe College,
Toronto, Canadá. Capellán examinador del Obispo de Huron.

¿Cuál es el significado de la alta crítica? ¿Por qué se llama “alta”? ¿Alta en comparación con qué?

Desde el principio debe explicarse que la palabra “alta” es un término académico, usado aquí en un sentido puramente especial o técnico. No se usa en el sentido popular de la palabra, y puede dar una impresión equivocada al hombre común. Tampoco pretende dar la idea de superioridad. Simplemente es un término de contraste. Se usa en contraste con la expresión “crítica baja”.

Una de las ramas más importantes de la teología se llama la ciencia de la crítica bíblica, cuyo propósito es estudiar la historia y el contenido, y los orígenes y propósitos, de los diversos libros de la Biblia. En las primeras etapas de esta ciencia, la crítica bíblica se dedicaba a dos grandes ramas: la baja y la alta. La Crítica Baja se usaba para designar el estudio del texto de la Escritura, e incluía la investigación de los manuscritos y las diferentes lecturas en las diversas versiones, códices y manuscritos, para estar seguros de que tenemos las palabras originales tal como fueron escritas por los autores divinamente inspirados. (Véase Briggs, Hex, pág. 1). El término que se usa generalmente hoy es crítica textual. Si esa expresión se usara en el sentido del siglo veinte, Beza, Erasmo, Bengel, Griesbach, Lachmann, Tregelles, Tischendorf, Scrivener, Westcott y Hort serían llamados “críticos bajos”. Pero hoy, por regla general, ese término ya no se usa.

La alta crítica, en cambio, se usaba para designar el estudio de los orígenes históricos, las fechas y la autoría de los diversos libros de la Biblia, y esa gran rama de estudio que, en el lenguaje técnico de la teología moderna, se conoce como Introducción. Es una rama muy valiosa de la ciencia bíblica, y de la mayor importancia como ayuda para interpretar la Palabra de Dios. Con sus investigaciones puede arrojar mucha luz sobre las Escrituras.

El término alta crítica, entonces, no significa más que el estudio de la estructura literaria de los diversos libros de la Biblia, y más especialmente del Antiguo Testamento. Ahora bien, esto en sí mismo es muy loable. Es indispensable. Es justamente el tipo de trabajo que hace todo ministro o maestro de Escuela Dominical cuando toma sus Notas de Peloubet, o su San Pablo de Stalker, o las Horas con la Biblia de Geikie, para averiguar todo lo que pueda sobre la porción de la Biblia que está estudiando: el autor, la fecha, las circunstancias y el propósito con que se escribió.

¿Por qué se identifica la alta crítica con la incredulidad?

¿Cómo es, entonces, que la alta crítica ha llegado a identificarse en la mente popular con ataques contra la Biblia y contra el carácter sobrenatural de las Santas Escrituras?

La razón es esta. Tal vez ningún estudio requiere un espíritu tan devoto y una fe tan elevada en lo sobrenatural como la búsqueda de la alta crítica. Exige a la vez la capacidad del erudito y la sencillez del niño creyente de Dios. Porque sin fe nadie puede explicar las Santas Escrituras, y sin preparación académica nadie puede investigar los orígenes históricos.

Hay una alta crítica que es a la vez reverente en tono y académica en su trabajo. Hengstenberg, el alemán, y Horne, el inglés, pueden tomarse como ejemplos. Quizá la obra más grande en inglés sobre la alta crítica es la Introducción de Horne al “Estudio Crítico y Conocimiento de la Sagrada Escritura”. Es una obra

realmente enorme en erudición, e invaluable por su gran alcance de información para el estudio de las Santas Escrituras. Pero la Introducción de Horne es demasiado grande. Es demasiado pesada para usarse en esta época tan apresurada. (La edición de Carter en dos volúmenes contiene 1.149 páginas, y en formato común de libro tendría más de 4.000 páginas, es decir, alrededor de diez volúmenes de 400 páginas cada uno). Últimamente, sin embargo, ha sido editada por el Dr. Samuel Davidson, quien prácticamente adoptó las opiniones de Hupfield y Halle e interpoló no pocas teorías alemanas modernas. Pero la obra de Horne, de principio a fin, es la obra de un creyente cristiano: constructiva, no destructiva; fortalece la fe en la Biblia, no es racionalista. Sin embargo, el trabajo del alto crítico no siempre se ha realizado con espíritu reverente ni con espíritu de erudición científica y cristiana.

Conclusiones subjetivas.

En primer lugar, los críticos que fueron líderes, los hombres que han dado nombre y fuerza a todo el movimiento, han sido hombres que basaron sus teorías en gran medida en sus propias conclusiones subjetivas. Basaron sus conclusiones en gran medida en la base muy dudosa del estilo del autor y sus supuestas capacidades literarias. Todos saben que el estilo es una base muy insegura para determinar un producto literario. Cuanto mayor es el escritor, más versátil es su poder de expresión; y cualquiera puede entender que la Biblia es el último libro del mundo que debe estudiarse como un simple clásico mediante pura erudición humana, sin considerar el espíritu de simpatía y reverencia por parte del estudiante. La Biblia, como se ha dicho, no tiene ninguna revelación que dar a mentes antibíblicas. Ni siquiera se sigue que, porque un hombre sea experto en filología, sea capaz de entender la integridad o credibilidad de un pasaje de la Sagrada Escritura, o su belleza y espíritu.

La capacidad para percibir la verdad bíblica no es el conocimiento filosófico ni filológico, sino la comprensión espiritual. La cualificación principal del músico es que sea musical; y del artista, que tenga el espíritu del arte. Así, la mente meramente técnica, mecánica y científica está descalificada para reconocer lo espiritual y lo infinito. Cualquier hombre pensante debe admitir honestamente que la Biblia debe tratarse como algo único en la literatura y, por lo tanto, que las reglas ordinarias de interpretación crítica no logran interpretarla correctamente.

Fantasías alemanas

En segundo lugar, algunos de los exponentes más poderosos de las teorías modernas de la alta crítica han sido alemanes, y es notorio hasta qué punto puede llegar la fantasía alemana en lo subjetivo y lo conjetural. Para tejer hipótesis y especular, el profesor alemán de teología no tiene rival. Uno de los pensadores más importantes solía afirmar como verdad fundamental en las investigaciones filosóficas y científicas que no debía prestarse ninguna atención a las conjeturas o hipótesis de los pensadores, y citaba como axioma al gran Newton y sus famosas palabras: *Non fingo hypotheses*: “No invento hipótesis”. Es notorio que algunos de los pensadores alemanes más eruditos son hombres que carecen, en un grado singular, de sentido común y de conocimiento de la naturaleza humana. Como muchos científicos físicos, están tan ocupados con una teoría que sus conclusiones parecen a la mente promedio curiosamente torcidas. De hecho, un hombre erudito, en una carta a Descartes, hizo una observación que, con un pequeño cambio de palabras, podría aplicarse a algunos de los críticos alemanes: “Cuando hombres sentados en su gabinete y consultando solo sus libros intentan disertaciones sobre la Biblia, pueden decir cómo habrían hecho el Libro si Dios les hubiera dado esa comisión”. “Es decir, pueden describir quimeras que corresponden a la necedad de sus propias mentes, pero sin un entendimiento verdaderamente divino nunca pueden formarse una idea como la que la deidad tuvo al crearlo”.

“Si”, dice Matthew Arnold, “encierra usted a un grupo de hombres para que el estudio y el aprendizaje sean el negocio de sus vidas, cuántos de ellos, por falta de alguna disciplina u otra, parecen perder todo equilibrio de juicio, todo sentido común”.

El erudito profesor de Asiriología en Oxford dijo que la investigación de la fuente literaria de la historia ha sido un pasatiempo especialmente alemán. Trata a los escritores y lectores del antiguo Oriente como si fueran profesores alemanes modernos, y el intento de transformar a los antiguos israelitas en compiladores alemanes algo inferiores muestra una extraña falta de familiaridad con los modos de pensamiento orientales. (Sayce, *“Early History of the Hebrews”*, págs. 108–112).

Antisobrenaturalistas

En tercer lugar, los hombres dominantes del movimiento fueron hombres con un fuerte prejuicio contra lo sobrenatural. Esto no es una afirmación parcial ni interesada. Es simplemente un hecho, como se mostrará enseguida. Algunos de los hombres más destacados como líderes del movimiento de alta crítica en Alemania y Holanda han sido hombres que no tienen fe en el Dios de la Biblia, ni fe en la necesidad o posibilidad de una revelación personal sobrenatural. Los hombres que han sido las voces del movimiento, de los cuales la gran mayoría —menos conocidos y menos influyentes— han sido meros ecos; los hombres que fabricaban los artículos que otros distribuían, han sido notoriamente opuestos a lo milagroso.

No debe malinterpretarse esto. Se rechaza claramente la idea de que todos los altos críticos fueran o sean antisobrenaturalistas. No es así. La escuela británico-estadounidense incluye en sus filas a muchos creyentes sinceros. Lo que se afirma, como se mostrará enseguida, es que las mentes dominantes que han dirigido e influido el movimiento, que hicieron las teorías que otros difundieron, eran fuertemente incrédulas.

Entonces, ¿el movimiento de alta crítica no ha seguido sus verdaderos y originales propósitos al investigar las Escrituras para confirmar la fe y ayudar a los creyentes a entender las bellezas y apreciar las circunstancias del origen de los distintos libros, y así comprender más completamente la Biblia?

No. No lo ha hecho; sin duda, no lo ha hecho. Se ha desviado de eso, en gran parte por el carácter de los hombres cuya capacidad y fuerza han dado predominio a sus ideas. Se ha identificado con un sistema de crítica basado en hipótesis y suposiciones cuyo objetivo es repudiar la teoría tradicional, e investiga los orígenes, formas, estilos y contenidos, aparentemente no para confirmar la autenticidad, credibilidad y confiabilidad de las Escrituras, sino para desacreditar, en la mayoría de los casos, su autenticidad, descubrir discrepancias y sembrar dudas sobre su autoridad.

El origen del movimiento

¿Quiénes fueron, entonces, los hombres cuyas ideas han moldeado las ideas de los principales maestros y escritores de la escuela de alta crítica de hoy?

Se responderá esto lo más brevemente posible.

No es fácil decir quién fue el primer llamado “alto crítico” o cuándo comenzó el movimiento. Pero de ninguna manera es moderno. En términos generales, ha pasado por tres grandes etapas:

1. La franco-holandesa.
2. La alemana.
3. La británico-estadounidense.

En su origen fue franco-holandés, y especulativo, si no escéptico. Las ideas que ahora se aceptan como axiomáticas por las escuelas continental y británico-estadounidense de la alta crítica parecen haber sido insinuadas por primera vez por Carlstadt en 1521 en su obra sobre el canon de la Escritura, y por Andreas

Masius, un erudito belga que publicó un comentario sobre Josué en 1574, y por un sacerdote católico romano llamado Peyrere o Pererius, en su Teología Sistemática, 1660. (LIV. Cap. i).

Pero en realidad puede decirse que se originó con Spinoza, el filósofo racionalista holandés. En su *Tractatus Theologico-Politicus* (Cap. vii–viii), 1670, Spinoza se pronunció abiertamente y cuestionó la fecha tradicional y la autoría mosaica del Pentateuco, y atribuyó el origen del Pentateuco a Esdras o a algún otro compilador tardío.

Spinoza fue realmente la fuente del movimiento, y su línea fue tomada en Inglaterra por el filósofo británico Hobbes. Fue más lejos que Spinoza como antagonista declarado de la necesidad y posibilidad de una revelación personal, y también negó la autoría mosaica del Pentateuco. Pocos años después, un sacerdote francés llamado Richard Simon de Dieppe señaló las supuestas variedades de estilo como indicios de varios autores en su *Crítica Histórica del Antiguo Testamento*, “una obra que marcó época”. Luego, otro holandés, llamado Clericus (o Le Clerk), en 1685, defendió ideas aún más radicales, sugiriendo una autoría exílica y sacerdotal para el Pentateuco, y que el Pentateuco fue compuesto por el sacerdote enviado desde Babilonia (2 Reyes, 17), alrededor del 678 a. C., y también una especie de teoría posterior de editor o redactor. Se dice que Clericus fue el primer crítico que expuso la teoría de que Cristo y sus apóstoles no vinieron al mundo para enseñar crítica a los judíos, y que es de esperarse que su lenguaje estuviera de acuerdo con las ideas de la época.

En 1753, un francés llamado Astruc, médico, y supuestamente librepensador de vida disoluta, propuso por primera vez la hipótesis divisiva yahvista y elohista, y abrió una nueva era. (Briggs, *Higher Criticism of the Pentateuch*, pág. 46). Astruc dijo que el uso de los dos nombres, Jehová y Elohim, mostraba que el libro estaba compuesto de documentos diferentes. (¿La idea de que el Espíritu Santo use dos palabras, o una aquí y otra allá, o ambas juntas como Él quiere, parece que nunca entra en el pensamiento del alto crítico!). Su obra se llamó “*Conjectures Regarding the Original Memoirs in the Book of Genesis*”, y se publicó en Bruselas.

Astruc puede llamarse el padre de las teorías documentarias. Afirmó que hay rastros de no menos de diez o doce memorias diferentes en el libro de Génesis. Negó su autoridad divina y consideró que el libro estaba desfigurado por repeticiones inútiles, desorden y contradicción. (Hirschfelder, pág. 66). Durante cincuenta años, la teoría de Astruc pasó inadvertida. El racionalismo de Alemania todavía no estaba desarrollado, de modo que el cuerpo aún no estaba preparado para recibir el germen, o el suelo la mala hierba.

Los críticos alemanes

La siguiente etapa fue en gran parte alemana. Eichhorn es el nombre más importante de este período, el eminente profesor orientalista en Gottingen que publicó su obra de introducción al Antiguo Testamento en 1780. Puso en otra forma la hipótesis documentaria del francés, y trabajó tan hábilmente que sus ideas fueron adoptadas por los eruditos más distinguidos. La influencia formativa de Eichhorn ha sido incalculable. Pocos eruditos se negaron a honrar al nuevo sol. Por medio de él el nombre alta crítica se ha identificado con el movimiento. Le siguieron Vater y más tarde Hartmann con su teoría de fragmentos, que prácticamente socavó la autoría mosaica, convirtió el Pentateuco en un montón de fragmentos unidos descuidadamente por un editor, y preparó el camino para la más radical de todas las hipótesis divisivas.

En 1806, De Wette, profesor de Filosofía y Teología en Heidelberg, publicó una obra que tuvo seis ediciones en cuatro décadas. Su contribución a la introducción del Antiguo Testamento inculcó los mismos principios generales que Eichhorn, y en las hipótesis suplementarias asumió que Deuteronomio fue compuesto en la época de Josías (2 Reyes 22:8). No mucho después, Vatke y Leopold George (ambos hegelianos) declararon sin reservas el origen postmosaico y postprofético de los primeros cuatro libros de la Biblia. Luego vino Bleek, que defendió la idea del Grundschrift o documento original y la teoría del redactor; y después Ewald,

padre de la teoría de cristalización; y después Hupfield (1853), que sostenía que el documento original era una compilación independiente; y Graf, que escribió un libro sobre los libros históricos del Antiguo Testamento en 1866 y defendió la teoría de que los documentos yahvista y elohísta fueron escritos cientos de años después del tiempo de Moisés. Graf fue alumno de Reuss, el redactor de la hipótesis de Esdras de Spinoza.

Luego vino un escritor muy influyente, el profesor Kuenen de Leyden, en Holanda, cuya obra sobre el Hexateuco fue editada por Colenso en 1865, y su *Religion of Israel and Prophecy in Israel*, publicada en Inglaterra en 1874–1877. Kuenen fue uno de los exponentes más avanzados de la escuela racionalista. Por último, pero no menos importante, entre los altos críticos continentales está Julius Wellhausen, quien en un tiempo fue profesor de teología en Alemania, publicó en 1878 el primer volumen de su historia de Israel y ganó, por su erudición, la atención —si no la adhesión— de varios teólogos destacados. (Véase *Higher Criticism of the Pentateuch*, Green, págs. 59–88).

Debe observarse que casi todos estos autores fueron alemanes, y la mayoría de ellos profesores de filosofía o teología.

Los críticos británico-estadounidenses

La tercera etapa del movimiento es la británico-estadounidense. Los nombres más conocidos son el del Dr. Samuel Davidson, cuya *Introduction to the Old Testament*, publicada en 1862, se basó en gran medida en las falacias de los racionalistas alemanes. La hipótesis suplementaria pasó a Inglaterra por medio de él y, con extraña incongruencia, tomó prestado con frecuencia de Baur. El Dr. Robertson Smith, escocés, reformuló las teorías alemanas en forma inglesa en sus obras sobre el Pentateuco, los profetas de Israel y el Antiguo Testamento en la iglesia judía, publicadas por primera vez en 1881, y siguió a la escuela alemana, según Briggs, con gran audacia y minuciosidad. Hombre de profunda piedad y alta espiritualidad, combinó un sincero respeto por la Palabra de Dios con un radicalismo crítico extrañamente inconsistente, como también lo hizo su tocayo George Adam Smith, el más influyente de los líderes actuales, hombre de gran percepción y agudeza bíblica, quien en sus obras sobre Isaías y los doce profetas adoptó algunas de las teorías alemanas más radicales y menos demostrables, y en su obra posterior *Modern Criticism and the Teaching of the Old Testament* fue aún más lejos en dirección racionalista.

Otro alto crítico conocido es el Dr. S. R. Driver, profesor regio de hebreo en Oxford, quien, en su *Introduction to the Literature of the Old Testament*, publicada diez años después, y en su obra sobre el libro de Génesis, elaboró con notable habilidad y gran detalle de análisis las teorías e ideas de la escuela continental. La obra de Driver es capaz, muy capaz, pero carece de originalidad e independencia inglesa. La mano es la mano de Driver, pero la voz es la voz de Kuenen o Wellhausen.

El tercer nombre bien conocido es el del Dr. C. A. Briggs, durante algún tiempo profesor de Teología Bíblica en el Union Theological Seminary de Nueva York. Defensor igualmente decidido de las teorías alemanas, publicó en 1883 su *Biblical Study*; en 1886, su *Messianic Prophecy*; y un poco después su *Higher Criticism of the Hexateuch*. Briggs estudió el Pentateuco, como confiesa, principalmente bajo la guía de Ewald. (Hexateuch, pág. 63).

Por supuesto, esta lista es muy parcial, pero incluye la mayoría de los nombres que se han hecho famosos en relación con el movimiento, y el lector que desee más encontrará un resumen completo de la literatura de la alta crítica en la obra del profesor Bissell sobre el Pentateuco (Scribner's, 1892). Briggs, en su *Higher Criticism of the Hexateuch* (Scribner's, 1897), da también un resumen histórico.

Ahora debe investigarse otra pregunta: las ideas religiosas de los hombres más influyentes en este movimiento. Al hacer la afirmación que se hará, se desea evitar por completo la idea de que haya algo poco caritativo, injusto o descortés en declarar lo que simplemente es un hecho.

Las ideas de los críticos continentales

Respecto a las ideas de los críticos continentales, pueden afirmarse con confianza tres cosas de casi todos, si no de todos, los verdaderos líderes.

1. Fueron hombres que negaron la validez del milagro y la validez de cualquier relato milagroso. Lo que los cristianos consideran milagroso, ellos lo consideraron legendario o mítico; “exageración legendaria de sucesos que se explican completamente por causas naturales”.
2. Fueron hombres que negaron la realidad de la profecía y la validez de cualquier declaración profética.
Lo que los cristianos han estado acostumbrados a considerar profético, ellos lo llamaron conjeturas hábiles, coincidencias, ficción o impostura.
3. Fueron hombres que negaron la realidad de la revelación, en el sentido en que siempre la ha sostenido la iglesia cristiana universal. Fueron incrédulos declarados de lo sobrenatural. Sus teorías fueron elaboradas sobre bases puramente humanas. Sus hipótesis fueron construidas sobre el supuesto de que la Escritura es falsa. En cuanto a la inspiración de la Biblia, y a que las Santas Escrituras desde Génesis hasta Apocalipsis sean la Palabra de Dios, no tenían esa creencia. Puede tomarse uno por uno. Spinoza repudió absolutamente una revelación sobrenatural. Y Spinoza fue uno de los más grandes. Eichhorn rechazó lo milagroso y consideró que el llamado elemento sobrenatural era una exageración oriental; y Eichhorn ha sido llamado el padre de la alta crítica, y fue el primer hombre en usar el término. Las ideas de De Wette sobre la inspiración eran totalmente infieles. Vatke y Leopold George fueron racionalistas hegelianos, y consideraron como totalmente míticos los primeros cuatro libros del Antiguo Testamento. Kuenen, dice el profesor Sanday, escribió en favor de un naturalismo casi declarado. Es decir, era un librepensador, un agnóstico; un hombre que no creía en la revelación del único Dios verdadero y viviente. (*Brampton Lectures*, 1893, pág. 117). Escribió desde un punto de vista naturalista declarado, dice Driver (pág. 205). Según Wellhausen, la religión de Israel fue una evolución naturalista desde el paganismo, una emanación de una clase de idolatría semipagana imperfectamente monoteísta. Era simplemente una religión humana.

Los líderes eran racionalistas

En una palabra, las fuerzas formativas del movimiento de alta crítica fueron fuerzas racionalistas, y los hombres que fueron sus principales autores y exponentes, que “a causa de una crítica puramente filológica han adquirido una autoridad espantosa”, fueron hombres que habían desechado la fe en Dios y en Jesucristo, a quien Él envió. La Biblia, según ellos, era un producto meramente humano. Era una etapa en la evolución literaria de un pueblo religioso. Si no era el resultado de una coincidencia fortuita de mitos orientales y añadidos legendarios, y su Jahveh o Jahweh la invención de un clan sinaítico, en todo caso no fue dada por inspiración de Dios ni es la Palabra del Dios viviente. “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”, [2 Pedro 1:21] dijo Pedro. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas”, [Hebreos 1:1] dijo Pablo. No, decía Kuenen: los profetas no fueron movidos a hablar por Dios. Sus palabras eran totalmente suyas. (Sanday, pág. 117).

Estas eran sus ideas, y estas fueron las ideas que han dominado tanto al cristianismo moderno y han permeado el pensamiento ministerial moderno en las dos grandes lenguas del mundo moderno. No puede decirse que fueran hombres cuyo racionalismo fuera el resultado de sus conclusiones al estudiar la Biblia.

Tampoco puede decirse que sus conclusiones sobre la Biblia fueran totalmente el resultado de su racionalismo. Pero puede decirse, por un lado, que como se negaron a reconocer la Biblia como una revelación directa de Dios, eran libres de formar hipótesis ad libitum. Y, por otro lado, como negaban lo sobrenatural, el ánimo que los impulsaba al construir hipótesis era el deseo de construir una teoría que explicara lo sobrenatural eliminándolo. La incredulidad fue el antecedente, no el consecuente, de su crítica. No hay nada cruel en decir esto. No hay nada poco caritativo ni injusto. Es simplemente una declaración de un hecho que las autoridades modernas admiten con libertad.

La escuela de concesiones indebidas

Al llegar a los altos críticos que escriben en inglés, se entra en un tema mucho más difícil. Los altos críticos británico-estadounidenses representan una escuela de compromiso/ concesiones indebidas. Por un lado, aceptan en la práctica las premisas de la escuela continental sobre la antigüedad, autoría, autenticidad y orígenes de los libros del Antiguo Testamento. Por otro lado, se niegan a seguir a los racionalistas alemanes en negar por completo su inspiración. Todavía afirman aceptar las Escrituras como conteniendo una revelación de Dios. Pero, ¿no pueden sostener sus propias ideas peculiares sobre el origen, fecha y estructura literaria de la Biblia sin poner en peligro su fe o la fe de los cristianos? Este es el centro del asunto, y para que el lector vea la seriedad de adoptar las conclusiones de los críticos, se dará un resumen lo más breve posible.

El punto, en pocas palabras

Según la fe de la iglesia universal, el Pentateuco, es decir, los primeros cinco libros de la Biblia, es una composición coherente, consistente, auténtica y genuina, inspirada por Dios, y, según el testimonio de los judíos, las afirmaciones de los mismos libros, las reiteradas corroboraciones del resto del Antiguo Testamento y la declaración explícita del Señor Jesús (Lucas 24:44; Juan 5:46–47), fue escrito por Moisés (con la excepción, por supuesto, de Deuteronomio 34, posiblemente escrito por Josué, como dice el Talmud, o probablemente por Esdras), en un período de unos catorce siglos antes de la venida de Cristo, y unos 800 años antes de Jeremías. Además, es una parte de la Biblia de importancia fundamental, porque es el sustrato básico de toda la revelación de Dios, y de valor supremo, no porque sea meramente la literatura de una nación antigua, sino porque es la sección introductoria de la Palabra de Dios, que lleva su autoridad y fue dada por inspiración por medio de su siervo Moisés. Esa es la fe de la iglesia.

La teoría de los críticos

Pero, según los altos críticos:

1. El Pentateuco consiste en cuatro documentos completamente distintos. Estos documentos, completamente diferentes, fueron las fuentes principales de la composición que ellos llaman el Hexateuco: (a) el yahvista o jahvista, (b) el elohísta, (c) el deuteronomista y (d) el Código Sacerdotal, el Grundschrift, la obra del primer elohísta (Sayce, Hist. Heb., 103), ahora generalmente conocido como J. E. D. P., y por conveniencia designado por esos símbolos.
2. Estas diferentes obras fueron compuestas en varios períodos de tiempo, no en el siglo quince a. C., sino en los siglos noveno, séptimo, sexto y quinto; J. y E. se sitúan aproximadamente entre 800 y 700 a. C.; D entre 650 y 625 a. C.; y P entre 525 y 425 a. C. Según la teoría de Graf, aceptada por Kuenen, los documentos elohístas eran posteriores al exilio, es decir, fueron escritos solo unos cinco siglos antes de Cristo. Génesis y Éxodo, así como el Código Sacerdotal, es decir, Levítico y parte de Éxodo y Números, también fueron posteriores al exilio.
3. Además, estas diferentes obras representan distintas tradiciones de la vida nacional de los hebreos, y difieren en puntos muy importantes.

4. Y, además, conjeturan que esos cuatro documentos supuestos no fueron compilados ni escritos por Moisés, sino que probablemente se formaron más o menos así: por alguna razón, y en algún tiempo, y de alguna manera, alguien —nadie sabe quién, ni por qué, ni cuándo, ni dónde— escribió J. Luego alguien más —nadie sabe quién, ni por qué, ni cuándo, ni dónde— escribió otro documento, que ahora se llama E. Y luego, en un tiempo posterior —los críticos solo saben quién, ni por qué, ni cuándo, ni dónde— una persona anónima, a quien puede llamarse Redactor I, se encargó de reconstruir esos documentos, introdujo material nuevo, armonizó las discrepancias reales y aparentes, y dividió relatos inconsistentes de un mismo evento en dos transacciones separadas. Luego, después de esto, quizá cien años o más, nadie sabe quién, ni por qué, ni cuándo, ni dónde, alguna persona anónima escribió otro documento, que ellos llaman D. Y después de un tiempo, otro autor anónimo —nadie sabe quién, ni por qué, ni cuándo, ni dónde— a quien puede llamarse Redactor II, tomó esto, lo comparó con J. E., revisó J. E. con considerable libertad y, además, introdujo una buena cantidad de material nuevo. Luego alguien más —nadie sabe quién, ni por qué, ni cuándo, ni dónde— probablemente, sin embargo, alrededor del 525, o tal vez del 425, escribió P.; y luego otro hebreo anónimo, a quien puede llamarse Redactor III, incorporó esto al compuesto triplicado J. E. D., con lo que ellos llaman adiciones e inserciones redaccionales. (Green, pág. 88; cf. Sayce, *Early History of the Hebrews*, págs. 100–105).

Conviene decir aquí que esto no es una exageración de la postura de la alta crítica. Al contrario, aquí se ha presentado lo que se ha descrito como una posición “establecida por pruebas, válidas y acumulativas” y “representando la erudición más sobria”. Los altos críticos continentales más avanzados, dice Green, distinguen a los escritores de las fuentes primarias según los supuestos elementos como J1 y J2, E1 y E2, P1, P2 y P3, y D1 y D2, nueve originales distintos en total. Los diferentes redactores, técnicamente descritos por el símbolo R., son Rk., que combinó J. y E.; Rd., que añadió D. a J. E.; y Rh., que completó el Hexateuco combinando P. con J. E. D. (*H. C. of the Pentateuch*, pág. 88).

Un Pentateuco desacreditado

5. Además, se afirma que estos cuatro documentos supuestos son internamente inconsistentes y sin duda incompletos. Hasta qué punto son incompletos, no están de acuerdo. Cuánto falta, y cuándo, dónde, cómo y por quién fue removido; si fue un ladrón que lo robó, o un copista que lo alteró, o un editor que lo falsificó, no lo declaran.
6. En este proceso redaccional, aparentemente no se asigna ningún límite al trabajo de los redactores. Con una libertad completamente irresponsable se afirma que insertaron afirmaciones engañosas con el propósito de reconciliar tradiciones incompatibles; que amalgamaron lo que debía distinguirse y separaron lo que debía amalgamarse. En una palabra, es un principio axiomático de quienes sostienen hipótesis divisivas que los redactores “no solo malentendieron, sino que tergiversaron los originales” (Green, pág. 170). Estaban movidos por “motivos egoístas”. Confundieron relatos diferentes y los atribuyeron erróneamente a ocasiones distintas. No solo dieron impresiones falsas y sesgadas: destruyeron elementos valiosos de los documentos supuestos y manipularon el remanente desarmado.
7. Y lo peor de todo: los altos críticos son unánimes en concluir que esos documentos contienen tres tipos de material:
 - (a) Lo probablemente verdadero.
 - (b) Lo ciertamente dudoso.
 - (c) Lo positivamente espurio.

“Los relatos del Pentateuco suelen ser confiables, aunque en parte míticos y legendarios”. “Los milagros registrados fueron exageraciones de una época posterior”. (Davidson, *Introduction*, pág. 131). El armazón de los primeros once capítulos de Génesis, dice George Adam Smith en su *Modern*

Criticism and the Preaching of the Old Testament, está tejido con materia prima de mito y leyenda. Él niega su carácter histórico y dice que no puede hallar prueba en la arqueología de la existencia personal de los mismos personajes patriarcales. Sin embargo, más tarde, en un gesto de arrepentimiento apologético, hace la concesión de que es extremadamente probable que las historias de los patriarcas tengan en su corazón elementos históricos. (págs. 90–106).

Tal es la visión del Pentateuco que se acepta como concluyente por “la erudición sobria” de varios de los principales escritores y profesores de teología de la época. A esto reduce la alta crítica lo que el Señor Jesús llamó los escritos de Moisés.

Un Antiguo Testamento desacreditado

En cuanto al resto del Antiguo Testamento, puede decirse brevemente que lo han tratado con una mano igualmente confusa. Las tradiciones antiguas de la iglesia católica se dejan de lado, y su tesis sobre la relación entre inspiración, genuinidad y autenticidad se ridiculiza. En cuanto a los Salmos, el arpa que antes se creía que era el arpa de David no fue tocada por el dulce salmista de Israel, sino generalmente por algún autor anónimo posterior al exilio; y salmos que el Señor omnisciente mismo atribuye a David se asignan audazmente a algún anónimo macabeo.

Eclesiastés, escrito —nadie sabe cuándo, dónde ni por quién— tiene apenas un posible grado de inspiración, aunque uno de los críticos “de juicio prudente y equilibrado” niega que contenga algo de inspiración. “Por supuesto”, dice otro, “no es realmente obra de Salomón”. (Driver, *Introduction*, pág. 470). El Cantar de los Cantares es un idilio de amor humano, y nada más.

No hay inspiración en él; no aporta nada a la suma de la revelación. (Sanday, pág. 211). Ester también no aporta nada a la suma de la revelación, y no es histórico (pág. 213). Isaías, por supuesto, fue escrito por varios autores. La primera parte, capítulos 1 al 40, por Isaías; la segunda por un Deutero-Isaías y varios autores anónimos. En cuanto a Daniel, fue una obra puramente seudónima, escrita probablemente en el siglo segundo a. C.

En cuanto al Nuevo Testamento: la escuela que escribe en inglés hasta ahora se ha concentrado principalmente en el Antiguo Testamento, pero si el profesor Sanday, que pasa por ser un representante muy conservador y moderado de la escuela crítica, puede tomarse como ejemplo, los libros históricos “son, en primera instancia, historias estrictas reunidas por métodos históricos ordinarios, o, en la medida en que los métodos con que se componen no son ordinarios, se debe más bien a las circunstancias peculiares del caso, y no a influencias que necesiten describirse especialmente como sobrenaturales” (pág. 399). La Segunda Epístola de Pedro es seudónima; su nombre es falso y, por lo tanto, es una falsificación, así como grandes partes de Isaías, Zacarías, Jonás y Proverbios fueron documentos supuestos y cuasi fraudulentos. Esta es una declaración directa de la postura adoptada por lo que se llama la escuela moderada de la alta crítica. Es su propia postura admitida, según sus propios escritos.

La dificultad, por lo tanto, que se presenta al hombre promedio de hoy es esta: ¿cómo pueden estos críticos todavía afirmar que creen en la Biblia como la iglesia cristiana siempre ha creído?

Una Biblia desacreditada

No puede haber duda de que Cristo y sus apóstoles aceptaron todo el Antiguo Testamento como inspirado en cada porción de cada parte; desde el primer capítulo de Génesis hasta el último capítulo de Malaquías, todo se creía implícitamente como la misma Palabra de Dios. Y desde sus días, la visión de la iglesia cristiana universal ha sido que la Biblia es la Palabra de Dios; como lo llama el artículo veinte de la Iglesia Anglicana, es la Palabra escrita de Dios. La Biblia, como un todo, es inspirada. “Todo lo que está escrito es

inspirado por Dios”. Es decir, la Biblia no solo *contiene* la Palabra de Dios: *es* la Palabra de Dios. Contiene una revelación. “No todo es revelado, pero todo es inspirado”. Esta es la postura conservadora y, hasta el día de hoy, casi universal sobre el tema. Es bien sabido que hay muchas teorías de la inspiración. Pero cualquier postura o teoría que los hombres sostengan —plenaria, verbal, dinámica; mecánica, supervisora o gubernamental— se refieren o a la inspiración de los hombres que escribieron, o a la inspiración de lo que está escrito. En una palabra, implican en toda la obra el actuar de Dios el Espíritu Santo, y están unidas a ideas concomitantes de autoridad, veracidad, confiabilidad y verdad divina. (Las dos obras más fuertes sobre el tema desde este punto de vista son de Gaussen y Lee). Gaussen, sobre la *Theopneustia*, está publicado en una edición estadounidense por Hitchcock y Walden, de Cincinnati; y Lee, sobre la inspiración de la Sagrada Escritura, está publicado por Rivingtons. El obispo Wordsworth, sobre la *Inspiration of the Bible*, también es muy erudito y sólido. Rivingtons, 1875.

Según los críticos, la Biblia ya no puede verse bajo esta luz. No es la Palabra en el sentido antiguo del término. No es la Palabra de Dios en el sentido de que toda ella haya sido dada por inspiración de Dios. Simplemente *contiene* la Palabra de Dios. En muchas de sus partes es tan incierta como cualquier otro libro humano. Ni siquiera es historia confiable. Sus relatos de lo que narra como historia común están llenos de falsificaciones y errores. El origen de Deuteronomio, por ejemplo, fue “una falsificación conscientemente refinada”. (Véase Möller, pág. 207).

La verdadera dificultad

Pero, ¿todavía afirman creer que la Biblia es inspirada? Sí; es decir, en cierta medida. Como dice el Dr. Driver en su prólogo: “La crítica, en manos de eruditos cristianos, no destierra ni destruye la inspiración del Antiguo Testamento; la presupone”. Eso es totalmente cierto. La crítica en manos de eruditos cristianos es segura. Pero la erudición predominante en la crítica del Antiguo Testamento, se admite, no ha estado en manos de hombres que puedan describirse como eruditos cristianos. Ha estado en manos de hombres que rechazan la fe en Dios y en Jesucristo a quien Él envió. La crítica en manos de Horne y Hengstenberg no destierra ni destruye la inspiración del Antiguo Testamento. Pero, en manos de Spinoza, Graf, Wellhausen y Kuenen, la inspiración no se presupone ni es posible. El Dr. Briggs y el Dr. Smith pueden hacer declaraciones sinceras de fe en el carácter divino de la Biblia, y el Dr. Driver puede afirmar que las conclusiones críticas no tocan ni la autoridad ni la inspiración de las Escrituras del Antiguo Testamento, pero de principio a fin tratan la Palabra de Dios con una indiferencia casi igual a la de los alemanes. Sin duda manejan el Antiguo Testamento como si fuera literatura común. Y en todas sus teorías parecen cera blanda en manos de los moldeadores racionalistas. Pero todavía afirman creer en la inspiración bíblica.

Una teoría revolucionaria

Su teoría de la inspiración debe ser, entonces, muy diferente de la que sostiene el cristiano promedio.

En las *Bampton Lectures* de 1903, el profesor Sanday de Oxford, como exponente de la escuela posterior y más conservadora de la alta crítica, presentó una teoría que llamó la teoría inductiva. No es fácil describir qué significa plenamente esto, pero parece querer decir la presencia de lo que llaman “un elemento divino” en ciertas partes de la Biblia. Qué es realmente eso, él no lo declara con precisión. El lenguaje siempre se vuelve vago e indefinido cuando habla de ello.

En qué libros está, no lo dice. “Está presente en diferentes libros y partes de libros en diferentes grados”. “En algunos, el elemento divino está al máximo; en otros, al mínimo”. No siempre está seguro. Está seguro de que no está en Ester, en Eclesiastés, en Daniel. Si está en los libros históricos, está allí como para transmitir una lección religiosa más que como garantía de veracidad histórica; más para interpretar que para narrar. Al mismo tiempo, si las historias, en cuanto a su construcción textual, fueron “procesos naturales

realizados naturalmente”, es difícil ver dónde entra el elemento divino o sobrenatural. Parece una inspiración diseñada como una hipótesis de compromiso. De hecho, es algo tenue, ambiguo e indeterminado, cuya cantidad es tan indefinida como su calidad. (Sanday, págs. 100–398; cf. Driver, *Preface*, ix).

Pero su rasgo más serio es este: es una teoría de la inspiración que voltea por completo las ideas antiguas sobre la Biblia y su estándar indiscutido de autoridad y verdad. Porque sea lo que sea ese llamado elemento divino, parece ser compatible con argumentos defectuosos, interpretaciones incorrectas y, si no, con lo que el hombre promedio llamaría falsificación o adulteración.

Es, en efecto, revolucionaria. Para aceptarla, el cristiano tendrá que reajustar por completo sus ideas de honor y honestidad, de mentira y tergiversación. Los hombres solían pensar que la falsificación era un delito y la adulteración un pecado. Pusey, en su gran obra sobre Daniel, dijo que “escribir un libro bajo el nombre de otro y publicarlo como si fuera suyo es, en cualquier caso, una falsificación, deshonesta en sí misma y destructiva de toda confianza”. (Pusey, *Lectures on Daniel*, pág. 1). Pero según la postura de la alta crítica, toda clase de material seudónimo, y no poco de ello creído como verdadero por el mismo Señor Jesucristo, se encuentra en la Biblia, y no debe presentarse ninguna objeción previa contra ello.

Los hombres solían pensar que la inexactitud afectaría la confiabilidad y que las inconsistencias probadas pondrían en peligro la credibilidad. Pero ahora parece que no solo puede haber equivocaciones y errores por parte de copistas, sino falsificaciones, omisiones intencionales e interpretaciones erróneas por parte de autores, y aun así, maravillosamente, la fe no debe destruirse, sino ponerse sobre una base más firme. (Sanday, pág. 122). Ellos han, según Briggs, entronizado la Biblia en una posición más alta que nunca antes. (Briggs, *The Bible, Church and Reason*, pág. 149). Sanday admite que hay un elemento en el Pentateuco derivado del mismo Moisés: ¡un elemento! Pero añade: “Por más que creamos que hay un fundamento mosaico genuino en el Pentateuco, es difícil señalarlo con el dedo y decir con confianza: aquí está hablando Moisés mismo”. “El elemento estrictamente mosaico en el Pentateuco debe ser indeterminado”. “No deberíamos, quizá, usarlos (las visiones de Éxodo 3 y 33) sin reserva para Moisés mismo” (págs. 172–174–176). El cristiano promedio, sin embargo, dirá: si negamos la autoría mosaica y la unidad del Pentateuco, seguramente debemos socavar su credibilidad. El Pentateuco afirma ser mosaico. Fue la tradición universal de los judíos. Se declara expresamente en casi todos los libros posteriores del Antiguo Testamento. El Señor Jesús lo dijo de manera muy explícita (Juan 5:46–47).

Si no fue Moisés, ¿quién?

Porque este pensamiento debe seguirse necesariamente en el hombre reflexivo: si Moisés no escribió los libros de Moisés, ¿quién los escribió?

Si hubo tres o cuatro, o seis, o nueve escritores originales autorizados, ¿por qué no catorce, o dieciséis, o diecinueve? Y luego debe seguir otro pensamiento aún más serio: ¿quiénes fueron esos escritores originales, y quién los originó? Si hubo evidencias claras de alteraciones, manipulaciones, inconsistencias y omisiones por parte de un número indeterminado de redactores desconocidos, incognoscibles e imposibles de fechar, entonces surge la pregunta: ¿quiénes fueron esos redactores, y hasta qué punto tenían autoridad para redactar, y quién les dio esa autoridad? Si el redactor fue el escritor, ¿fue un escritor inspirado? Y si fue inspirado, ¿cuál era el grado de su inspiración: parcial, plenaria, inductiva o indeterminada? Esta es una pregunta de preguntas: ¿cuál es la garantía de la inspiración del redactor, y quién la garantiza? A Moisés lo conocemos, y a Samuel lo conocemos, y a Daniel lo conocemos, pero ustedes, anónimos y seudónimos, ¿quiénes son? El Pentateuco, con autoría mosaica, como algo bíblico y divinamente acreditado, está sostenido por la tradición y la erudición católica, y apela a la razón. Pero un cento mutilado o álbum de recortes de compilaciones anónimas, con sus redactores y redacciones preexílicas y posexílicas, es confusión sobre confusión.

Al menos así le parece al cristiano promedio. Puede que no sea experto en filosofía o teología, pero su sentido común debe tener derecho a expresarse. Y así también le parece a un erudito y crítico tan ilustre como el Dr. Emil Reich. (*Contemporary Review*, abril de 1905, pág. 515).

Entonces no es posible aceptar la teoría Kuenen-Wellhausen sobre la estructura del Antiguo Testamento y la teoría Sanday–Driver sobre su inspiración sin socavar la fe en la Biblia como la Palabra de Dios. Porque la Biblia o es la Palabra de Dios, o no lo es. Los hijos de Israel eran hijos del único Dios verdadero y viviente, o no lo eran. Si su Jehová era solo una deidad tribal, y su religión una evolución humana; si su literatura sagrada era natural, con mezclas míticas y seudónimas; entonces la Biblia es destronada de su trono como la Palabra de Dios exclusiva, autoritativa e inspirada divinamente. Simplemente queda como uno de los libros sagrados de los antiguos con pretensiones similares de inspiración y revelación. Su inspiración es una cantidad indeterminada, y cualquier hombre tiene derecho a someterla al juicio de su propio discernimiento crítico y recibir como inspirado solo lo que él o alguien más crea que es inspirado. Cuando el contenido haya pasado por el colador de su juicio, el residuo inspirado puede ser grande o puede ser pequeño. Si es un crítico conservador, puede ser bastante grande, un máximo; si es un crítico más avanzado, puede ser bastante pequeño, un mínimo. Es simplemente literatura antigua de un pueblo religioso que contiene en alguna parte la Palabra de Dios; “una revelación de nadie sabe qué, hecha nadie sabe cómo, y puesta nadie sabe dónde, excepto que está en alguna parte entre Génesis y Apocalipsis, pero probablemente con exclusión de ambos”. (Pusey, Daniel, xxviii).

Sin Autoridad Final

Otra consecuencia grave del movimiento de la alta crítica es que amenaza el sistema de doctrina cristiano y toda la estructura de la teología sistemática. Hasta el presente, cualquier texto de cualquier parte de la Biblia se aceptaba como un “texto de prueba” para establecer cualquier verdad de la enseñanza cristiana, y una declaración de la Biblia se consideraba el fin de cualquier controversia. Los sistemas doctrinales de las iglesias anglicana, presbiteriana, metodista y otras se basan en la visión de que la Biblia contiene la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. (Véanse los 39 Artículos de la Iglesia de Inglaterra, vi, ix, xx, etc.). Aceptan como axioma que el Antiguo y el Nuevo Testamento, tanto en parte como en su totalidad, han sido dados y sellados por Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Todas las doctrinas de la iglesia de Cristo, desde la mayor hasta la menor, se basan en esto. Todas las pruebas de las doctrinas se basan también en esto. Ningún texto era cuestionado; ningún libro era puesto en duda; toda la Escritura era recibida por los grandes constructores de nuestros sistemas teológicos con esa inatacable creencia en la inspiración de sus textos, la cual era la posición de Cristo y sus apóstoles.

Pero ahora, los altos críticos creen haber cambiado todo eso.

Afirman que la ciencia de la crítica ha desposeído a la ciencia de la teología sistemática. El canónigo Henson nos dice que ya pasó la época de los textos de prueba y las armonías. Ahora no es suficiente que un teólogo recurra a un libro de la Biblia y extraiga un texto para establecer una doctrina. Podría estar en un libro, o en una porción del Libro, que los críticos alemanes han “demostrado” que es una falsificación o un anacronismo. Podría estar en Deuteronomio, o en Jonás, o en Daniel, y en ese caso, por supuesto, sería imposible aceptarlo. El sistema cristiano, por lo tanto, tendrá que ser reajustado, si no revolucionado; cada texto, capítulo y libro tendrá que ser inspeccionado y analizado a la luz de su fecha, origen, circunstancias, autoría, y así sucesivamente. Solo después de haber pasado el “tribunal examinador” de la crítica moderna franco-holandesa-alemana se le permitirá permanecer como texto de prueba para el establecimiento de alguna doctrina cristiana.

Pero la consecuencia más grave de esta teoría sobre la estructura e inspiración del Antiguo Testamento es que anula la autoridad jurídica de nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué hay de la Autoridad de Cristo?

La actitud de Cristo hacia las Escrituras del Antiguo Testamento debe determinar la nuestra. Él es Dios. Él es la verdad. Suya es la voz final. Él es el juez supremo. No hay apelación ante ese tribunal. Cristo Jesús, el Señor, creía y afirmaba implícitamente la veracidad histórica de la totalidad de los escritos del Antiguo Testamento (Lucas 24:44). Y el canon, o colección de libros del Antiguo Testamento, era precisamente el mismo en tiempos de Cristo que el de hoy. Y aún más: Cristo Jesús, nuestro Señor, creyó y afirmó enfáticamente la autoría mosaica del Pentateuco (Mateo 5:17-18; Marcos 12:26-36; Lucas 16:31; Juan 5:46-47). “Eso es cierto”, dicen los críticos. “Pero, entonces, ¿ni Cristo ni sus apóstoles eran eruditos críticos?”. Quizás no en el sentido del término del siglo XX. Pero, como dijo un erudito alemán, si no eran *critici doctores* (doctores críticos), eran *doctores veritatis* (doctores de la verdad) que no vinieron al mundo para fortalecer errores populares con su autoridad. Pero luego dicen que el conocimiento de Cristo como hombre era limitado. Él crecía en conocimiento (Lucas 2:52). “Seguramente eso implica su ignorancia. Y si tenía ignorancia, ¿por qué no ignorancia con respecto a la ciencia de la crítica histórica?” (Gore, *Lux Mundi*, página 360; Briggs, *H. C. of Hexateuch*, página 28). O incluso si Él sabía más que su época, ¿probablemente habló como lo hizo para acomodarse a las ideas de sus contemporáneos! (Briggs, página 29).

De hecho, lo que quieren decir es prácticamente que Jesús sabía perfectamente que Moisés no escribió el Pentateuco, pero permitió que sus discípulos creyeran que Moisés lo hizo, y enseñó a sus discípulos que Moisés lo hizo, simplemente porque no quería alterar su fe sencilla en todo el Antiguo Testamento como la Palabra de Dios real, autorizada y divinamente revelada (Ver Driver, página 12). O bien, que Jesús imaginó, como cualquier otro judío de su tiempo, que Moisés escribió los libros que llevan su nombre, y creyó, con la fe judía infantil de su día, en la inspiración literal, la autoridad divina y la veracidad histórica del Antiguo Testamento, y sin embargo estaba completamente equivocado, ignorante de los hechos más simples y totalmente en el error. En otras palabras, no podía distinguir una falsificación de un original, o una ficción piadosa de un documento genuino. (La analogía de Jesús hablando de la salida del sol como un ejemplo de la teoría de la acomodación es una cosa muy diferente).

Esta es, entonces, su posición: Cristo sabía que los puntos de vista que enseñaba eran falsos, y sin embargo los enseñó como verdad. O bien, Cristo no sabía que eran falsos y creía que eran verdaderos cuando no lo eran. En cualquiera de los dos casos, el Bendito es destronado como Verdadero Dios y Verdadero Hombre. Si Él no sabía que los libros eran espurios cuando lo eran, y que las fábulas y mitos eran míticos y fabulosos; si aceptó cuentos legendarios como hechos confiables, entonces no era y no es omnisciente. No solo era intelectualmente falible, sino moralmente falible; pues no fue lo suficientemente veraz como para “notar el tono de la verdad” en Deuteronomio y Daniel.

Y aún más. Si Jesús sabía que ciertos libros carecían de autenticidad, si no es que eran espurios y seudónimos; si sabía que las historias de la caída, de Lot, de Abraham, de Jonás y de Daniel eran alegóricas e imaginarias, si no es que inverificables y míticas, entonces Él no era ni digno de confianza ni bueno. “Si no fuera así, os lo hubiera dicho”. Nosotros, los que le amamos y confiamos en Él, sentimos que si estas historias no fueran ciertas, si estos libros fueran una masa de falsedades históricas, si Abraham fuera un héroe epónimo, si José fuera un mito astral, Él nos lo habría dicho. Es un asunto que concierne a su honor como maestro, así como a su conocimiento como nuestro Dios. Como ha señalado de manera concluyente el canónico Liddon, si nuestro Señor no era confiable en estos asuntos históricos y documentales de valor inferior, ¿cómo puede ser seguido como el maestro de la verdad doctrinal y el revelador de Dios? (Juan 3:12). (Liddon, *Divinity of Our Lord*, páginas 475-480).

Después de la Kénosis

Los hombres dicen en este sentido que parte de la humillación de Cristo fue ser tocado con las debilidades de nuestra ignorancia humana y falibilidades. Insisten en la llamada doctrina de la kénosis, o el vaciamiento, como explicación satisfactoria de sus limitaciones. Pero Cristo habló de las Escrituras del Antiguo Testamento después de su resurrección. Afirmó después de su gloriosa resurrección que “era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44). Esta no fue una declaración hecha durante el tiempo de la kénosis, cuando Cristo era un simple niño, o un joven, o un simple judío según la carne (1 Corintios 13:11). Es la declaración de aquel que ha sido declarado Hijo de Dios con poder. Es la Voz que es final y abrumadora. Las limitaciones de la kénosis ya han sido abandonadas, y sin embargo el Señor resucitado no solo no da ni la sombra de una insinuación de que alguna declaración del Antiguo Testamento sea inexacta o que alguna porción de él necesite revisión o corrección, no solo declaró solemnemente que aquellos libros que recibimos como producto de Moisés eran en verdad los libros de Moisés, sino que autorizó con su imprimátur divino todas las Escrituras del Antiguo Testamento de principio a fin.

Sin embargo, hay dos o tres preguntas que deben plantearse, ya que deberán enfrentarlas todos los estudiantes de los problemas actuales. La primera es esta: ¿no es el rechazo de las conclusiones de la alta crítica mera oposición a la luz y el progreso, y la postura de alarmistas e oscurantistas ignorantes?

No oscurantistas

Es muy necesario tener nuestras mentes perfectamente claras sobre este punto, y eliminar bastante polvo de malentendido.

El deseo de recibir toda la luz que la búsqueda más valiente de la verdad por la más alta erudición pueda producir es el deseo de todo verdadero creyente en la Biblia. Ninguna mente cristiana realmente saludable puede abogar por el oscurantismo. El oscurantista que se opone a la investigación académica y que ahogaría a los investigadores, no tiene el espíritu de Cristo. En corazón y actitud es un medievalista. Para usar el famoso apólogo de Bushnell, trataría de detener el amanecer del día retorciendo el cuello del gallo que canta. Nadie quiere poner la Biblia en una vitrina. Pero es deber de todo cristiano que pertenece al noble ejército de los amantes de la verdad probar todas las cosas y retener lo bueno. Él también tiene derechos, aunque sea, técnicamente hablando, inculto, y aceptar cualquier punto de vista que contradiga su juicio espiritual simplemente porque es el de un llamado erudito, es abdicar su franquicia como cristiano y su derecho de nacimiento como hombre. (Véase esa excelente obrita del profesor Kennedy, *Old Testament Criticism and the Rights of the Unlearned*, F. H. Revell). Y en su derecho de juicio privado, él es consciente de que aunque el privilegio de investigación se concede a todos, las conclusiones de una erudición abiertamente prejuiciada deben someterse a un análisis especialmente riguroso. El lector más ordinario de la Biblia es lo suficientemente erudito para saber que la investigación del Libro que afirma ser sobrenatural por parte de quienes son enemigos declarados de todo lo sobrenatural, y el estudio de temas que solo pueden entenderse por hombres de corazón humilde y contrito por hombres que son admitidamente irreverentes en espíritu, ciertamente deben recibirse con cautela. (Véase la llamativa obra de Parker, *None Like It*, F. H. Revell, y su último discurso).

El argumento de la erudición

La segunda pregunta también es seria: ¿no estamos obligados a recibir estas opiniones cuando son presentadas, no por racionalistas, sino por cristianos, y no por cristianos comunes, sino por hombres de erudición superior e incuestionable?

Hay una idea muy extendida entre los hombres más jóvenes de que los llamados altos críticos deben seguirse porque su erudición resuelve las preguntas. Esto es un gran error. Ninguna erudición experta puede resolver preguntas que requieren un corazón humilde, una mente creyente y un espíritu reverente, así como

conocimiento de hebreo y filología; y ninguna erudición puede confiarse como experta cuando se caracteriza manifiestamente por un juicio sesgado, una curiosa falta de conocimiento de la naturaleza humana y una deferencia aún más curiosa a las opiniones de hombres con prejuicio contra lo sobrenatural. Nadie puede leer a un escritor tan sugestivo y a veces tan inspirador como George Adam Smith sin un sentimiento de tristeza porque ha permitido que este sesgo alemán de pensamiento lo lleve a asumir una infalibilidad en muchas de sus posturas y declaraciones. Lo mismo ocurre con Driver. Con una facilidad aérea de *sic volo sic jubeo*, introduce afirmaciones y proposiciones que realmente requerirían capítulo tras capítulo, si no volumen tras volumen, para sustanciarse. Página tras página, sus “debe ser”, “posiblemente no podría ser” y “ciertamente no podría” arrancan del lector promedio la exclamación natural: “¡Pero por qué!”. “¿Por qué no?”. “¿Para qué?”. “¿Con qué fundamentos?”. “¿Por qué razón?”. “¿Dónde están las pruebas?”. Pero de pruebas o razones no hay ni rastro. El lector debe contentarse con las afirmaciones del autor. De hecho, recuerda el “bien podemos suponer” y el “quizá” del darwinista que ofrece como única prueba de la aparición de una especie diferente ¡su suposición al azar! (*Modern Ideas of Evolution*, Dawson, págs. 53-55).

Un gran error

También hay una idea muy extendida entre los estudiantes más jóvenes de que, como Graf, Wellhausen, Driver y Cheyne son expertos en hebreo, sus deducciones como expertos en lenguaje deben recibirse. Esto también es un error. No hay tanta diferencia en el hebreo de las supuestas fuentes originales del Hexateuco como algunos suponen. El argumento del lenguaje, dice el profesor Bissell (*Introduction to Genesis in Colors*, pág. vii), requiere extrema precaución por razones obvias. No hay una línea de ruptura visible entre las supuestas fuentes.

Cualquier hombre de inteligencia ordinaria puede ver de inmediato la gran diferencia entre el inglés de Tennyson y Shakespeare, y Chaucer y Sir John de Mandeville. Pero ningún erudito del mundo jamás ha podido ni podrá determinar las fechas de todos y cada uno de los libros de la Biblia por el estilo del hebreo. (Véase Sayce, *Early History of the Hebrews*, pág. 109). El Oriente inmutable no conoce las rápidas variaciones lingüísticas de Occidente. Pusey, con su magistral erudición, ha demostrado cómo incluso el libro de Daniel, desde el punto de vista de la filología, no puede ser posiblemente un producto de la época de los Macabeos. (“*On Daniel*”, págs. 23-59). El difunto profesor de hebreo en la Universidad de Toronto, el profesor Hirschfelder, en su muy erudita obra sobre Génesis, dice: “Buscaríamos en vano cualquier peculiaridad, ya sea en el lenguaje o en el sentido, que indicara una doble autoría”. En lo que al lenguaje original se refiere, “el crítico más exigente no podría detectar la más mínima peculiaridad que indicara que proviene de dos fuentes” (pág. 72). El Dr. Emil Reich también, en su *Bankruptcy of the Higher Criticism*, en *Contemporary Review*, abril de 1905, dice lo mismo.

No todos de un lado

Queda una tercera objeción, muy seria. Es que toda la erudición está de un lado. Las opiniones conservadoras de la vieja escuela ya no se mantienen por hombres con pretensión de erudición. Las únicas personas que se oponen a las opiniones de la alta crítica son los ignorantes, los prejuiciados y los analfabetos. (Briggs, *Bible, Church and Reason*, págs. 240-247).

Esto también es un asunto que necesita aclararse un poco. En primer lugar, no es justo afirmar que los defensores de las llamadas opiniones tradicionales o de la vieja escuela sobre la Biblia se oponen a la búsqueda de la investigación bíblica científica. Es igualmente injusto imaginar que su oposición a las opiniones de la escuela continental se basa en la ignorancia y el prejuicio.

Lo que la escuela conservadora se opone no es a la crítica bíblica, sino a la crítica bíblica por parte de racionalistas. No se oponen a las conclusiones de Wellhausen y Kuenen porque sean expertos y eruditos; se

oponen a ellas porque la crítica bíblica de racionalistas e incrédulos no puede ser ni experta ni científica. Una crítica que se caracteriza por las conclusiones más arbitrarias de los supuestos más espurios no tiene derecho a la palabra científica. Y además: su adhesión a las opiniones tradicionales no solo es consciente sino inteligente. Creen que las opiniones de la vieja escuela son tan eruditas como bíblicas. Es la moda en algunos círculos citar la imponente lista de eruditos del lado de la escuela alemana, y afirmar con desprecio que no hay ningún erudito que defienda las viejas opiniones sobre la Biblia.

Esto no es cierto. Hengstenberg de Basilea y Berlín fue un erudito tan profundo como Eichhorn, Vater o De Wette; y Keil o Kurtz, y Zahn y Rupprecht fueron competentes para competir con Reuss y Kuenen. Wilhelm Moller, quien confiesa que alguna vez estuvo “inmutablemente convencido de la corrección irrefutable de la hipótesis de Graf-Wellhausen”, ha revisado sus anteriores conclusiones radicales sobre la base de la razón y una investigación más profunda como alto crítico; y el profesor Winckler, que últimamente ha derribado desde los cimientos los resultados seguros y establecidos de los altos críticos, es, según Orr, el principal orientalista de Alemania, y un hombre de enorme erudición.

Sayce, el profesor de Asiriología en Oxford, tiene derecho a ocupar un lugar como experto y erudito junto con Cheyne, el profesor Oriel de Interpretación de las Escrituras. Margoliouth, el profesor laudiano de árabe en Oxford, en lo que a erudición se refiere, está en el mismo rango que Driver, el profesor regio de hebreo, y la conclusión de este gran erudito con respecto a una de las teorías más elogiadas de la escuela radical es casi divertida en su brevedad.

“Entonces, ¿no hay nada en las teorías divisivas?”, dice al resumir una larga línea de defensa de la unidad del libro de Isaías; “entonces, ¿no hay nada en las teorías divisivas? ¡Para mí, nada en absoluto!” (*Lines of Defense*, pág. 136).

Green y Bissell son eruditos tan capaces, si no más capaces, que Robertson Smith y el profesor Briggs, y ambos hombres, como resultado de la investigación más amplia y profunda, han llegado a la conclusión de que las teorías de los alemanes son anticientíficas, antihistóricas y poco académicas. Las últimas palabras del profesor Green en su muy capaz obra sobre la *Higher Criticism of the Pentateuch* son muy sugestivas. “¿No sería más sabio para ellos revisar su propia alianza mal aconsejada con los enemigos de la verdad evangélica, e investigar si la opinión de Cristo sobre el Antiguo Testamento no es, después de todo, la opinión correcta?”.

Sí. Esa, después de todo, es la gran y final pregunta. Confiamos en que no somos ignorantes. Nos sentimos seguros de que no somos malignos. Deseamos no tratar a ningún hombre injustamente, ni escribir algo con malicia.

Pero deseamos estar con Cristo y su iglesia. Si tenemos algún prejuicio, preferimos estar prejuiciados contra el racionalismo. Si tenemos algún sesgo, debe ser contra una enseñanza que desestabiliza el corazón y perturba la fe. Incluso a costa de ser considerados atrasados, preferimos estar con nuestro Señor y Salvador Jesucristo al recibir las Escrituras como la Palabra de Dios, sin objeción y sin duda. Un poco de aprendizaje, y escuchar un poco a teóricos y simpatizantes racionalistas puede inclinarnos a la incertidumbre; pero un estudio más profundo y una investigación más profunda nos inclinarán, como inclinaron a Hengstenberg y Moller, a la convicción más profunda de la autoridad y autenticidad de las Santas Escrituras, y a exclamar: “Sobremanaera pura es tu palabra, y la ama tu siervo”. [Salmos 119:140]

[Al final hay un apéndice con una larga lista de libros sobre el tema tratado. Dado que todos los libros son en inglés, no se incluyen en esta traducción.]

Capítulo 7 Un Testimonio Personal (Howard A. Kelly)

Por Howard A. Kelly, Doctor en Medicina

(Para aquellos que han creído que la fe en la Biblia y el Dios de la Biblia no armonizan con el espíritu científico moderno, el siguiente testimonio de un distinguido médico y cirujano debería ser de gran valor.)

El editor de la revista *Appleton's Magazine* dice acerca del Dr. Kelly:

El Dr. Howard Kelly, de Baltimore, ocupa una posición casi única en su profesión. Con títulos académicos, profesionales y honorarios de las Universidades de Pensilvania, Washington y Lee, Aberdeen y Edimburgo, su rango como erudito es claramente reconocido. Durante unos veinte años profesor de obstetricia y ginecología en la Universidad Johns Hopkins, su lugar como trabajador y maestro en la ciencia aplicada de su profesión ha sido, sin duda, el más alto en América y Europa. Al menos una docena de sociedades eruditas en Inglaterra, Escocia, Irlanda, Italia, Alemania, Austria, Francia y los Estados Unidos le han dado la bienvenida como miembro en calidad de maestro en su especialidad en cirugía. Finalmente, sus obras publicadas han hecho que sea considerado la autoridad más eminente en su propio campo.

En los últimos veinte años de mi vida, he salido de la incertidumbre y la duda hacia una fe que es una convicción absoluta y dominante de la verdad, y sobre la cual no tengo ni una sombra de duda. He estado íntimamente asociado con eminentes trabajadores científicos; los he escuchado discutir las cuestiones más profundas; yo mismo me he dedicado al trabajo científico y, por lo tanto, conozco el valor de tales opiniones. Una vez estuve profundamente perturbado en la fe tradicional en la que fui criado —la de un protestante episcopal— por las incursiones hechas en el libro de Génesis por la alta crítica. No podía contradecirlos entonces, pues no conocía bien el hebreo ni la arqueología, y para mí, como para muchos, quitar un gran soporte era hacer incierto todo el fundamento.

Así que estuve tambaleándome durante algunos años tratando, como algunos de mis amigos de la alta crítica intentan hoy, de continuar usando la Biblia como la Palabra de Dios y al mismo tiempo sosteniendo que tiene una autoría compuesta, una curiosa y desastrosa pieza de gimnasia mental: un puente sobre el abismo que separa a una generación anterior amante de la Biblia de una nueva raza emancipada de la Biblia. Vi en el libro una gran luz y un resplandor de calor, pero temblaba afuera en el frío.

Un día se me ocurrió ver qué tenía que decir el libro sobre sí mismo. Como un método breve, aunque tal vez no el mejor, tomé una concordancia y busqué “Palabra”, y encontré que la Biblia afirmaba de principio a fin ser la Palabra autoritativa de Dios para el hombre. Entonces probé el plan natural de tomarla como mi libro de texto de religión, tal como usaría un libro de texto en cualquier ciencia, probándola al someterme a sus condiciones. Encontré que Cristo mismo invita a los hombres (Juan 7:17) a hacer esto.

Ahora creo que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios, inspirada en un sentido totalmente diferente al de cualquier libro meramente humano.

Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios, sin padre humano, concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María. Que todos los hombres sin excepción son por naturaleza pecadores, alejados de Dios, y cuando estaban así totalmente perdidos en el pecado, el Hijo de Dios mismo bajó a la tierra y, derramando su sangre en la cruz, pagó la pena infinita de la culpa de todo el mundo. Creo que quien recibe así a Jesucristo como su Salvador nace de nuevo espiritualmente tan definitivamente como en su primer nacimiento, y, así nacido espiritualmente, tiene nuevos privilegios, apetitos y afectos; que es un cuerpo con Cristo, la Cabeza, y vivirá con Él para siempre. Creo que ningún hombre puede salvarse por buenas obras,

o lo que comúnmente se conoce como una “vida moral”, siendo tales obras solo los frutos necesarios y la evidencia de la fe interior.

Creo que Satanás es la causa de la caída y el pecado del hombre, y de su rebelión contra Dios como gobernante legítimo. Satanás es el príncipe de todos los reinos de este mundo, sin embargo, al final será arrojado al abismo y hecho inofensivo. Cristo vendrá otra vez en gloria a la tierra para reinar tal como se fue de la tierra, y espero su regreso día a día.

Creo que la Biblia es la Palabra de Dios porque, al usarla día a día como alimento espiritual, descubro en mi propia vida, así como en las vidas de aquellos que también la usan, una transformación que corrige las malas tendencias, purifica los afectos, da deseos puros y enseña aquello concerniente a la justicia de Dios de lo cual nada pueden saber aquellos que no la usan así. Es realmente alimento para el espíritu como el pan lo es para el cuerpo.

Quizás una de mis razones más fuertes para creer en la Biblia es que me revela, como ningún otro libro en el mundo podría hacerlo, aquello que me atrae como médico: un diagnóstico de mi condición espiritual. Me muestra claramente lo que soy por naturaleza: alguien perdido en el pecado y alejado de la vida que está en Dios. Encuentro en ella una revelación consistente y maravillosa, desde Génesis hasta Apocalipsis, del carácter de Dios, un Dios muy alejado de cualquiera de mis imaginaciones naturales.

También revela una ternura y cercanía de Dios en Cristo que satisface los anhelos del corazón, y me muestra que el Dios infinito, Creador del mundo, tomó nuestra propia naturaleza sobre Él para que pudiera, en amor infinito, ser uno con su pueblo para redimirlos. Creo en ella porque revela una religión adaptada a todas las clases y razas, y es un suicidio intelectual conocerla y no creerla.

Lo que significa para mí es una pregunta tan íntima y difícil de responder como si se me pidiera dar razones de mi amor por mi padre y mi madre, mi esposa y mis hijos. Pero esta fe razonable me da una relación diferente con la familia y los amigos; mayor ternura hacia estos y un interés más profundo en todos los hombres. Quita el miedo a la muerte y crea un vínculo con aquellos que se han ido antes. Me muestra a Dios como un Padre que comprende perfectamente, que puede dar control sobre los apetitos y afectos, y motivar a uno a luchar contra el “yo” en lugar de estar contento consigo mismo.

Y si la fe así me revela a Dios, voy sin cuestionar a dondequiera que Él me guíe. Puedo poner sus afirmaciones y mandamientos por encima de toda probabilidad aparente en la vida, descartando convicciones queridas y considerando la sabiduría y los razonamientos de los hombres como locura si se oponen a Él. No pongo límites a la fe una vez depositada en Dios, la suma de toda sabiduría y conocimiento, y puedo confiar en Él aunque tenga que estar solo ante el mundo declarando que Él es verdadero.

Capítulo 8 El Testimonio de los Monumentos sobre la Verdad de las Escrituras

Por el Profesor George Frederick Wright, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Oberlin College

Toda historia es fragmentaria. Cada hecho particular es el centro de un complejo infinito de circunstancias. Ningún hombre tiene la inteligencia suficiente para insertar un hecho supuesto en circunstancias que no le pertenecen y hacer que encaje exactamente. Esto solo podría hacerlo una inteligencia infinita. Una falsificación exitosa, por lo tanto, es imposible si tan solo tenemos un número suficiente de las circunstancias originales con las cuales compararla. Es este principio el que da tanta importancia al contrainterrogatorio de los testigos. Si el testigo es veraz, cuanto más se le interroga, más perfectamente se verá que su testimonio concuerda con el marco de circunstancias en el que encaja. Si es falso, más evidente se volverá su falsedad.

Notables oportunidades para someter a contrainterrogatorio a las Escrituras del Antiguo Testamento han sido proporcionadas por el reciente descubrimiento de monumentos largamente enterrados en tierras bíblicas y por el desciframiento de las inscripciones en ellos. Es el objetivo de este ensayo dar los resultados de una porción suficiente de este contrainterrogatorio para ofrecer una prueba razonable de la competencia y honestidad de los historiadores del Antiguo Testamento, y de la fidelidad con la cual su registro nos ha sido transmitido. Pero los límites prescritos no permitirán contar ni la mitad; mientras que se deja espacio para un ensayo completo sobre los descubrimientos de los últimos cinco años para ser tratado por otra mano, especialmente competente para la tarea.

Pasando por alto la evidencia monumental que ha eliminado objeciones a las declaraciones históricas del Nuevo Testamento, por necesitar menos apoyo, se prestará atención primero a una de las narrativas del Antiguo Testamento, que es la más cercana a nosotros en el tiempo, y contra la cual se han lanzado los juicios más duros de los críticos modernos. Nos referimos a las declaraciones en el libro de Daniel concernientes a la personalidad y destino de Belsasar.

La Identificación de Belsasar

En el capítulo quinto de Daniel, a Belsasar se le llama el “hijo de Nabucodonosor”, y se dice que fue “rey” de Babilonia y que fue muerto en la noche en que la ciudad fue tomada. Pero según los otros historiadores, él era hijo de Nabonido, quien era entonces rey, y quien se sabe que estaba fuera de la ciudad cuando fue capturada, y que vivió algún tiempo después.

Aquí, ciertamente, hay una discrepancia aparente tan evidente como podría imaginarse. De hecho, parecería haber una contradicción rotunda entre los historiadores profanos y los sagrados. Pero en 1854 Sir Henry Rawlinson encontró, mientras excavaba en las ruinas de Mugheir (identificado como el sitio de la ciudad de Ur, desde donde emigró Abraham), inscripciones que declaraban que cuando Nabonido estaba cerca del final de su reinado, asoció con él en el trono a su hijo mayor, Bil-sharuzzur, y le permitió el título real, haciendo así perfectamente creíble que Belsasar hubiera estado en Babilonia, como se dice que estuvo en la Biblia, y que hubiera sido llamado rey, y que hubiera perecido en la ciudad mientras Nabonido sobrevivía afuera. Que hubiera sido llamado rey mientras su padre aún vivía no es más extraño que el hecho de que Joram hubiera sido nombrado rey por su padre, Josafat, rey de Judá, siete años antes de la muerte de su padre (ver 2 Reyes 1:17 y 8:16), o que Jotam hubiera sido hecho rey antes de que su padre, Uzías, muriera de lepra, aunque a Uzías todavía se le llama rey en algunas de las referencias a él.

Que a Belsasar se le llamara hijo de Nabucodonosor se explica fácilmente bajo la suposición de que era su nieto, y hay muchas cosas que indican que Nabonido se casó con la hija de Nabucodonosor, mientras que no se sabe nada en contrario. Pero si se rechaza esta teoría, existe la suposición natural de que en el uso flexible de los términos de parentesco común entre los pueblos orientales, “hijo” podría aplicarse a uno que simplemente era un sucesor. En las inscripciones en los monumentos de Salmanasar II, referidas a continuación, a Jehú, el exterminador de la casa de Omri, se le llama el “hijo de Omri”.

El estatus de Belsasar implícito en esta explicación se confirma incidentalmente por el hecho de que a Daniel se le promete en el versículo 6 el “tercer” lugar en el reino, y en el versículo 29 se le da ese lugar, todo lo cual implica que Belsasar era solo el segundo.

Así, lo que anteriormente se pensaba que era una objeción insuperable a la exactitud histórica del libro de Daniel resulta ser, con toda probabilidad razonable, una marca de exactitud. Las coincidencias son tanto más notables por ser tan evidentemente no planeadas.

El Obelisco Negro de Salmanasar

A partir de varias inscripciones en lugares ampliamente separados, ahora somos capaces de rastrear los movimientos de Salmanasar II a través de casi toda su carrera. En el año 842 a.C. cruzó el Éufrates por decimosexta vez y llevó sus conquistas a las costas del Mediterráneo. Siendo opuesto por Hazael de Damasco, derrotó al ejército sirio, y lo persiguió hasta la ciudad real y lo encerró allí, mientras devastaba el territorio circundante. Pero aunque no hay mención de su lucha con los tirios, sidonios e israelitas, se dice que recibió tributo de ellos y “de Jehú, hijo de Omri”. Esta inscripción aparece en el célebre Obelisco Negro descubierto hace muchos años por Sir Henry Rawlinson en las ruinas de Nimrod. En él están representadas filas de cautivos con evidentes rasgos judíos, en el acto de traer su tributo al rey asirio. Ahora bien, aunque no hay mención en los registros sagrados de ninguna derrota de Jehú por los asirios, ni del pago de tributo por él, es muy natural que se hubiera pagado tributo bajo las circunstancias; porque en el período posterior a la batalla de Karkar, Damasco se había vuelto contra Israel, de modo que el método más probable de Israel para desquitarse con Hazael habría sido llegar a un acuerdo con su enemigo, y pagar tributo, como se dice que hizo, a Salmanasar.

La Piedra Moabita

Uno de los descubrimientos más importantes, que da realidad a la historia del Antiguo Testamento, es el de la Piedra Moabita, descubierta en Dibón, al este del Jordán, en 1868, la cual fue erigida por el rey Mesa (alrededor del 850 a.C.) para señalar su liberación del yugo de Omri, rey de Israel. La inscripción es valiosa, entre otras cosas, por su testimonio de la condición civilizada de los moabitas en ese tiempo y de la estrecha similitud de su lengua con la de los hebreos. De esta inscripción aprendemos que Omri, rey de Israel, fue obligado por la rebelión de Mesa a subyugar nuevamente a Moab; y que después de hacerlo, él y su hijo ocuparon las ciudades de Moab por un período de cuarenta años, pero que, después de una serie de batallas, fue restaurado a Moab en los días de Mesa. Tras lo cual las ciudades y fortalezas retomadas fueron fortalecidas, y el país repoblado, mientras que los métodos de guerra eran similares a los practicados por Israel. Al comparar esto con 2 Reyes 3:4-27, encontramos un relato paralelo que encaja con este de una manera muy notable, aunque naturalmente la narrativa bíblica trata ligeramente la reconquista por Mesa, simplemente declarando que, a causa del horror creado por el sacrificio idólatra de su hijo mayor sobre los muros ante ellos, los israelitas se apartaron de la tierra y regresaron a su propio país.

La Expedición de Sisac

En el capítulo catorce de 1 Reyes tenemos un breve relato de una expedición de Sisac, rey de Egipto, contra Jerusalén en el quinto año de Roboam. Para la humillación de Judá, se cuenta que Sisac logró llevarse los

tesoros de la casa de Jehová y de la casa del rey, entre ellos los escudos de oro que Salomón había hecho; de modo que Roboam hizo escudos de bronce en su lugar. A este relato simple y sin adornos se le da un maravilloso aire de realidad cuando uno contempla en la pared sur del patio del templo de Amón en Karnak y ve la gran extensión de esculturas y jeroglíficos que están inscritos allí para representar esta campaña de Sisac. Ciento cincuenta y seis lugares se enumeran entre los que fueron capturados, siendo el más septentrional Meguido. Entre los lugares están Gaza, Adulam, Bet-Horón, Ajalón, Gabaón y Juda-Malech, en el cual el Dr. Birch probablemente está en lo correcto al reconocer la ciudad sagrada de Jerusalén, — siendo Malech la palabra para realeza.

Israel en Egipto

La ciudad de Tafnes, en Egipto, mencionada por Jeremías como el lugar al cual huyeron los refugiados para escapar de Nabucodonosor, fue descubierta en 1886 en el montículo conocido como Tel Defenneh, en la porción noreste del delta, donde el Sr. Flinders Petrie encontró no solo evidencias de la destrucción del palacio causada por Nabucodonosor, sino aparentemente el mismo “enladrillado” del que se habla en Jeremías 43:8: “Entonces vino palabra de Jehová a Jeremías en Tafnes, diciendo: Toma en tu mano piedras grandes, y escóndelas en la mezcla en el enladrillado que está a la puerta de la casa de Faraón en Tafnes, a vista de los hombres de Judá”, agregando que Nabucodonosor pondría “su trono sobre estas piedras”, y extendería “su pabellón real sobre ellas”.

Una plataforma de ladrillo en ruinas parciales, correspondiente a esta descripción, fue encontrada por el Sr. Petrie colindando con el fuerte “hacia el noroeste”. En todos los aspectos, la disposición correspondía a la indicada en el libro de Jeremías.

Más al norte, no muy lejos de Tafnes, en el brazo tanítico del Nilo, en la moderna aldea de San, las excavaciones revelaron la antigua capital egipcia Tanis, que tenía el nombre anterior de Zoán, donde el Faraón de la opresión frecuentemente tenía su cuartel general. Según el Salmista, fue en el campo de “Zoán” que Moisés y Aarón obraron sus maravillas ante Faraón; y, según el libro de Números, “Hebrón” fue edificada solo siete años antes de Zoán. Como Hebrón era un lugar de importancia antes del tiempo de Abraham, es un asunto de mucho significado que Zoán parezca haber sido una ciudad antigua que era un lugar de residencia favorito de los hicsos, o Reyes Pastores, quienes precedieron al período del Éxodo, y que probablemente eran amistosos con los hebreos, dando así mayor credibilidad a las declaraciones precisas hechas en Números, y a toda la narrativa de la recepción de los patriarcas en Egipto. El Faraón de la Opresión, “que no conocía a José”, se supone generalmente que es Ramsés II, el tercer rey de la decimonovena dinastía, conocido entre los griegos como Sesostris, uno de los más grandes monarcas egipcios. Entre sus expediciones más importantes hubo una dirigida contra las tribus de Palestina y Siria, donde, en la batalla de Cades, al este de las montañas del Líbano, se encontró con los hititas. El encuentro terminó prácticamente en una batalla empatada, después de la cual se hizo un tratado de paz. Pero todo el estado de cosas revelado por esta campaña y eventos subsiguientes muestra que Palestina estaba sustancialmente en la misma condición de asuntos que fue encontrada por los hijos de Israel cuando la ocuparon poco después, confirmando así el relato de las Escrituras.

Este Ramsés, durante su reinado de sesenta y siete años, estuvo entre los más grandes constructores de los monarcas egipcios. Se estima que casi la mitad de los templos existentes fueron contruidos en su reinado, entre los cuales están los de Karnak, Luxor, Abidos, Menfis y Bubastis. El gran Ramesseum en Tebas es también su obra, y su nombre se encuentra tallado en casi cada monumento en Egipto. Su opresión de los hijos de Israel no fue más que un incidente en su notable carrera. Mientras estaba ocupado en sus campañas asiáticas, naturalmente hizo su cuartel general en Bubastis, en la tierra de Gosén, cerca de donde el antiguo canal y el actual ferrocarril se desvían del delta hacia los Lagos Amargos y el Golfo de Suez. Aquí las ruinas del templo referido son de inmensa extensión e incluyen los fragmentos de innumerables estatuas y monumentos que llevan la impronta del gran opresor. Finalmente, también, su momia ha sido identificada;

de modo que ahora tenemos una fotografía de ella que ilustra en todos sus lineamientos los fuertes rasgos de su carácter.

Las Ciudades de Almacenaje de Pitón y Ramesés

Pero lo más interesante de todo, en 1883, se descubrieron, a corta distancia al este de Bubastis, los restos de vastas bóvedas, que evidentemente habían servido como receptáculos para almacenar grano preparatorio para suministrar a expediciones militares y otras que partían hacia Palestina y el lejano Oriente. Sin saberlo, los ingenieros del ferrocarril habían nombrado la estación Ramsés. Pero por las inscripciones que se encontraron se ve que su nombre original era Pitón, y su fundador no era otro que Ramsés II, y resulta ser el mismo lugar donde se dice en la Biblia que los hijos de Israel “edificaron para Faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés” (Éxodo 1:11), cuando los egipcios “amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo”. Fue en conexión con la construcción de estas ciudades que la opresión de los hijos de Israel alcanzó su clímax, cuando fueron obligados (después de que la paja con la que se mantenían unidos los ladrillos falló) a recoger por sí mismos rastrojo que sirviera el propósito de paja, y finalmente, cuando incluso el rastrojo falló, a hacer ladrillo sin paja (Éxodo 5). Ahora bien, cuando estos pozos de almacenamiento en Pitón fueron descubiertos por el Sr. Petrie, se encontró (a diferencia de cualquier otra cosa en Egipto) que estaban contruidos con argamasa. Además, las capas inferiores estaban contruidas de ladrillo que contenía paja, mientras que las capas medias estaban hechas de ladrillo en el cual rastrojo, en lugar de paja, se había usado en su formación, y las capas superiores eran de ladrillo hecho sin paja. Una confirmación circunstancial más perfecta del relato bíblico no podría imaginarse. Cada punto en la confirmación consiste en descubrimientos inesperados. El uso de argamasa es desconocido en otra parte en el Antiguo Egipto, como lo es la peculiar sucesión en la calidad del ladrillo usado en la construcción de los muros.

Así han mostrado todas las exploraciones egipcias que el escritor del Pentateuco tenía tal familiaridad con el país, la civilización y la historia de Egipto como solo podría haberse obtenido por experiencia íntima y personal. La hoja que se da aquí está en su lugar correcto. No podría haber sido insertada excepto por un participante en los eventos, o por revelación divina directa.

Los Hititas

En Josué 1:4, el país entre el Líbano y el Éufrates es llamado la tierra de los hititas. En 2 Samuel 24:6, según la lectura de la Septuaginta, el límite de las conquistas de Joab era el de “los hititas de Cades”, que está en Celesiria, a cierta distancia al norte de la actual Baalbeck. También se dice que Salomón importó caballos de “los reyes de los heteos”; y cuando los sirios estaban sitiando Samaria, según 2 Reyes 7:6, se alarmaron por temor a que el rey de Israel hubiera tomado a sueldo contra ellos a “los reyes de los heteos”. Estas referencias implican la existencia de una nación fuerte ampliamente extendida sobre la parte norte de Siria y las regiones más allá. Al mismo tiempo se hace mención frecuente de familias hititas en Palestina misma. Fue de un hitita (Génesis 23:10) que Abraham compró su lugar de sepultura en Hebrón. Betsabé, la madre de Salomón, había sido la esposa de Urías heteo, y Esaú tuvo dos esposas hititas. También se menciona a los hititas habitando con los jebuseos y amorreos en la región montañosa de Canaán.

Hasta el desciframiento de las inscripciones en los monumentos de Egipto y Asiria, las numerosas referencias en la Biblia a este pueblo misterioso no estaban confirmadas por ninguna otra autoridad histórica, de modo que muchos consideraban las declaraciones bíblicas como míticas, y una indicación de la falta general de fiabilidad de la historia bíblica. Un prominente crítico bíblico inglés declaró hace no muchos años que una alianza entre Egipto y los hititas era tan improbable como lo sería una en el tiempo presente entre Inglaterra y los Choctaws. Pero, ¡ay para el crítico demasiado confiado!, investigaciones recientes han mostrado, no solo que tal alianza era natural, sino que realmente ocurrió. De los monumentos de Egipto aprendemos que Tutmosis III de la decimoctava dinastía, en 1470 a.C., marchó a las orillas del

Éufrates y recibió tributo de “los Grandes Hititas” por la cantidad de 3,200 libras de plata y una “gran pieza de cristal”. Siete años más tarde se envió tributo nuevamente del “rey de la tierra del Gran Hitita”. Más tarde, se dice de Amenofis III y IV, en las tablillas de Tel el-Amarna, que eran constantemente llamados para ayudar a repeler los ataques del rey hitita, quien bajaba del norte e intrigaba con las tribus cananeas descontentas en Palestina; mientras que en el año 1343 a.C., Ramsés el Grande intentó capturar la capital hitita en Cades, pero no tuvo éxito, y estuvo cerca de perder su vida en el intento, librándose de una emboscada solo por los más heroicos hechos de valor. Cuatro años más tarde se firmó un tratado de paz entre los hititas y los egipcios, y una hija del rey hitita fue dada en matrimonio a Ramsés.

Los monumentos asirios también dan abundante testimonio de la prominencia de los hititas al norte y oeste del Éufrates, de los cuales el estado más prominente era aquel con su capital en Carquemis, en el tiempo de Tiglat-pileser I, alrededor del 1100 a.C. En 854 a.C. Salmanasar II incluyó a los reyes de Israel, de Amón, y de los árabes, entre los príncipes “hititas” a quienes había sometido, dando así testimonio muy enfático de la prominencia que asumían en su estimación. Las inscripciones cuneiformes de Armenia también hablan de numerosas guerras con los hititas, y describen “la tierra de los hititas” extendiéndose lejos hacia el oeste desde las orillas del Éufrates.

Esculturas e inscripciones hititas ahora se rastrean en abundancia desde Cades, en Celesiria, hacia el oeste hasta Lidia, en Asia Menor, y hacia el norte hasta el Mar Negro más allá de Marsovan. De hecho, las extensas ruinas de Boghaz-Keui, setenta y cinco millas al suroeste de Marsovan, parecen marcar la capital principal de los hititas. Aquí excavaciones parciales ya han revelado esculturas de alto orden artístico, representando deidades, guerreros y amazonas, junto con muchos jeroglíficos que aún no han sido traducidos. Las inscripciones están escritas en ambas direcciones, de izquierda a derecha, y luego abajo de regreso de derecha a izquierda. Inscripciones similares se encuentran en numerosos otros lugares. No se ha encontrado aún clave para su significado, e incluso la clase de lenguas a las que pertenecen no ha sido descubierta. Pero se sabe lo suficiente para mostrar que los hititas ejercieron considerable influencia sobre la civilización posterior que surgió en Grecia y en las costas occidentales de Asia Menor. Fue a través de ellos que el emblema del caballo alado se abrió camino hacia Europa. La corona mural tallada sobre la cabeza de algunas de las diosas en Boghaz-Keui también pasó a la escultura griega; mientras que se piensa que los notables leones esculpidos sobre la puerta en Micenas representan arte hitita, más que babilónico.

Es imposible sobreestimar el valor de este testimonio en confirmación de la corrección de la historia bíblica. Muestra de manera concluyente que el silencio de los historiadores profanos respecto a hechos declarados por los escritores bíblicos es de poca importancia, frente a declaraciones directas hechas por los historiadores bíblicos. Todas las dudas entretenidas en tiempos anteriores concernientes a la exactitud de las numerosas declaraciones bíblicas sobre los hititas se ven ahora que se debían a nuestra ignorancia. Fue pura ignorancia, no conocimiento superior, lo que llevó a tantos a desacreditar estas representaciones. ¿Cuándo aprenderemos la falta de contundencia del testimonio negativo?

Las Tablillas de Tel El-Amarna

En 1887 algunos árabes descubrieron una maravillosa colección de tablillas en Tel el-Amarna, un asentamiento oscuro en la orilla este del Nilo, unas doscientas millas arriba de El Cairo y casi tan lejos abajo de Tebas. Estas tablillas eran de arcilla, que habían sido escritas con inscripciones cuneiformes, tales como se encuentran en Babilonia, y luego quemadas, para ser indestructibles. Cuando finalmente las inscripciones fueron descifradas, pareció que eran una colección de cartas oficiales, que habían sido enviadas poco antes del 1300 a.C. a los últimos reyes de la decimoctava dinastía.

Había en total unas trescientas cartas, la mayoría de las cuales eran de oficiales del ejército egipcio dispersos por Palestina para mantener el dominio egipcio que había sido establecido por los reyes precedentes, el más prominente de los cuales fue Tutmosis III, quien floreció unos cien años antes. Pero muchas de las cartas

eran de los reyes y príncipes de Babilonia. Lo que más sorprendió al mundo, sin embargo, fue que esta correspondencia se llevaba a cabo, no en la escritura jeroglífica de Egipto, sino en la escritura cuneiforme de Babilonia.

Todo esto se explicó parcialmente cuando se supo más sobre el carácter del rey egipcio a quien las cartas estaban dirigidas. Su título original era Amenhotep IV, indicando que era un sacerdote del dios sol que es adorado en Tebas. Pero en su ansiedad por introducir una reforma religiosa cambió su nombre a Akenatón, —siendo Atón el nombre de la deidad adorada en Heliópolis, cerca de El Cairo, donde José consiguió su esposa. Los esfuerzos de Akenatón para transformar la adoración religiosa de Egipto fueron prodigiosos. Para lograrlo más perfectamente, trasladó su capital de Tebas a Tel el-Amarna, y allí reunió a hombres literarios y artistas y arquitectos en gran número y erigió templos y palacios, los cuales, después de estar enterrados en la arena con todos sus tesoros por más de tres mil años, fueron descubiertos por algunos árabes errantes hace veintidós años.

Un número de las cartas más largas e interesantes son aquellas que pasaron entre las cortes de Egipto y las de Babilonia. Parece que no solo se casó Akenatón con una hija del rey babilónico, sino que su madre y abuela eran miembros de la familia real en Babilonia, y también que una de las hijas del rey de Egipto había sido enviada a Babilonia para convertirse en la esposa del rey. Todo esto sale a relucir en las cartas que pasaban de un lado a otro relacionándose con la dote que se otorgaría a estas hijas y relacionándose con su salud y bienestar.

De estas cartas aprendemos que, aunque el rey de Babilonia había enviado a su hermana para ser la esposa del rey de Egipto, eso no era suficiente. El rey de Egipto solicitó también a la hija del rey de Babilonia. Esto llevó al rey de Babilonia a decir que no sabía cómo era tratada su hermana; de hecho, no sabía si estaba viva, porque no podía decir si creer o no la evidencia que le llegaba. En respuesta, el rey de Egipto escribió: “¿Por qué no envías a alguien que conozca a tu hermana, y en quien puedas confiar?”. Tras lo cual los corresponsales reales interrumpen en discusiones concernientes a los regalos que han de pasar entre los dos en consideración de su amistad y relaciones íntimas.

Siria y Palestina estaban en este tiempo también, como en el día presente, infestadas por ladrones, y los mensajeros que pasaban entre estas casas reales eran ocasionalmente asaltados. Tras lo cual el que sufría pérdida reclamaría daños al otro si era en su territorio, porque no había protegido adecuadamente el camino. Una cosa interesante en conexión con uno de estos robos es que tuvo lugar en “Hananón”, una de las ciudades fronterizas mencionadas en Josué 19:14, pero de la cual no se sabía nada más hasta que apareció de esta manera inesperada.

La mayoría de las cartas de Tel el-Amarna, sin embargo, consisten en aquellas que estaban dirigidas al rey de Egipto (Amenhotep IV) por sus oficiales que intentaban mantener las fortalezas egipcias en Siria y Palestina contra varios enemigos que los presionaban fuertemente. Entre estos estaban los hititas, de quienes oímos tanto en tiempos posteriores, y quienes, bajando desde el lejano norte, estaban extendiendo gradualmente sus colonias hacia Palestina y usurpando el control sobre la parte norte del país.

Unas sesenta de las cartas son de un oficial llamado Rib-Hadda, quien es de lo más profuso en sus expresiones de humildad y lealtad, dirigiéndose al rey como “su señor” y “sol”, y llamándose a sí mismo el “estrado de los pies del rey”, y diciendo que se “postra siete veces siete veces a sus pies”. Se queja, sin embargo, de que no es apoyado adecuadamente en sus esfuerzos para defender las provincias del rey, y está constantemente queriendo más soldados, más caballería, más dinero, más provisiones, más de todo. Tan frecuentes son sus importunidades que el rey finalmente le dice que si escribiera menos y luchara más estaría más complacido, y que habría más esperanzas de que mantuviera su poder. Pero Rib-Hadda dice que está siendo traicionado por los “perros” que lo rodean, quienes representan a los otros países que pretenden ser amistosos con Egipto, pero no lo son.

De esta correspondencia, y de cartas del sur de Palestina, queda claro que el poder egipcio estaba perdiendo rápidamente su dominio del país, preparando así el camino para la condición de cosas que prevaleció un siglo o dos más tarde, cuando Josué tomó posesión de la tierra prometida, y no encontró resistencia excepto de un número de tribus desorganizadas entonces en posesión.

En esta variada correspondencia se menciona un gran número de lugares con los que estamos familiarizados en la historia bíblica, entre ellos Damasco, Sidón, Laquis, Ascalón, Gaza, Jope y Jerusalén. De hecho, varias de las cartas están escritas desde Jerusalén por un tal Abdi-Heba, quien se queja de que alguien lo está calumniando ante el rey, acusando que estaba en revuelta contra su señor. Esto, dice él, el rey debería saber que es absurdo, por el hecho de que “ni mi padre ni mi madre me pusieron en este lugar. El brazo fuerte del rey me inauguró en el territorio de mi padre. ¿Por qué cometería yo una ofensa contra mi señor, el rey?”. Siendo el argumento que, como su cargo no es hereditario, sino uno que se mantiene por el favor y nombramiento del rey, su lealtad debería estar fuera de duda. Una sola de estas cartas de Jerusalén puede bastar para una ilustración:

“A Mi Señor el Rey: —Abdi-Heba, su siervo. A los pies de mi señor el rey, siete y siete veces caigo. He aquí el hecho que Milki-il y Suardata han hecho contra la tierra de mi señor el rey—han contratado a los soldados de Gazri, de Gimti y de Kilti, y han tomado el territorio de Rubuti. El territorio del rey está perdido para los Habiri. Y ahora, de hecho, una ciudad del territorio de Jerusalén, llamada Bit-Ninib, una de las ciudades del rey, se ha perdido para el pueblo de Kilti. Que el rey escuche a Abdi-Heba, su siervo, y envíe tropas para que pueda traer de vuelta la tierra del rey al rey. Porque si no hay tropas, la tierra del rey se perderá para los Habiri. Este es el hecho de Suardata y Milki-il *** (defectuoso), y que el rey cuide de su tierra”.

El descubrimiento de estas cartas de Tel el-Amarna vino como un relámpago sobre el mundo erudito. En este caso el vuelco de unas pocas paladas de tierra dejó entrar un torrente de luz sobre la porción más oscura de la historia antigua, y de todas formas confirmó la historia bíblica.

Como escritor oficial de cartas, Rib-Hadda ha tenido pocos iguales, y escribió sobre material que cuanto más se quemaba más duraba. Aquellos que piensan que una historia de Israel no podría haber sido escrita en el tiempo de Moisés, y que, si escrita, no podría haber sido preservada, están razonando sin el debido conocimiento de los hechos. Considerando los hábitos de la época, habría sido casi un milagro si Moisés y su banda de asociados saliendo de Egipto no hubieran dejado sobre tablillas de arcilla imperecederas un registro de los eventos sorprendentes a través de los cuales pasaron.

Exactitud de los Detalles Geográficos

Muchas personas sin duda se preguntan por qué es que la Biblia abunda tanto en listas “poco interesantes” de nombres tanto de personas como de lugares que parecen no tener relación con los tiempos modernos o eventos actuales. Tales, sin embargo, dejarán de maravillarse cuando lleguen a ver la relación que estas listas sostienen con nuestra confianza en la fiabilidad de los registros que las contienen. Son como las marcas de agua en el papel, que llevan evidencia indeleble del tiempo y lugar de fabricación. Si, además, uno contemplara exploraciones personales en Egipto, Canaán o Babilonia, encontraría que para sus propósitos las porciones más interesantes e importantes de la Biblia serían estas mismas listas de los nombres de personas y lugares que parecían estorbar los libros históricos del Antiguo Testamento.

Una de las peculiaridades más llamativas de la Biblia es la “mirada larga” hacia las necesidades permanentes de la humanidad que se manifiesta en todas partes en su preparación; de modo que circula mejor en su totalidad. Ningún hombre sabe lo suficiente para abreviar la Biblia sin perjudicar su utilidad. Las partes que el revisor cortaría como superfluas seguramente, muy pronto, se encontrarán ser “las más necesarias”. Si encontramos que no tenemos ningún uso para alguna porción de la Biblia, la razón sin duda

es que no hemos vivido lo suficiente, o no hemos tenido una experiencia suficientemente amplia para probar sus méritos en todos los particulares.

Gezer fue un lugar importante en el tiempo de Josué, pero después se convirtió en un montón de ruinas, y su ubicación fue desconocida hasta 1870, cuando M. Clermont-Ganneau descubrió el sitio en Tel Jezer, y, al excavarlo, encontró tres inscripciones, que en su interpretación decían “Límite de Gezer”.

Entre los lugares conquistados por Josué uno de los más importantes y difíciles de capturar fue Laquis (Josué 10:31). Este ha sido identificado recientemente en Tel el-Hesi, a unas dieciocho millas al noreste de Gaza. Extensas excavaciones, primero en 1890 por el Dr. Flinders Petrie, y finalmente por el Dr. Bliss, encontraron una sucesión de ruinas, una debajo de la otra, cuyos cimientos inferiores se extendían hasta alrededor de 1700 a.C., algún tiempo antes del período de la conquista, mostrando en ese tiempo una ciudad amurallada de gran fuerza. En los escombros algo más arriba que esto se encontró una tablilla con inscripciones cuneiformes correspondientes a las tablillas de Tel el-Amarna, que se sabe que fueron enviadas a Egipto desde esta región alrededor del 1400 a.C. En un período posterior, en el tiempo de Senaquerib, Laquis fue asaltada y tomada por el ejército asirio, y el relato del sitio forma una de las escenas más conspicuas en los muros del palacio de Senaquerib en Nínive. Estas esculturas están ahora en el Museo Británico.

Entre los lugares mencionados en la correspondencia de Tel el-Amarna desde los cuales se enviaron cartas a Egipto alrededor del 1400 a.C., están Gebal, Beirut, Tiro, Accho (Acre), Hazor, Joppa, Ascalón, Maceda, Laquis, Gezer, Jerusalén; mientras que también se hace mención de Rabá, Sarepta, Astarot, Gaza, Gat, Bet-theses, todos los cuales son nombres familiares, mostrando que la Palestina de Josué es la Palestina conocida por Egipto en el siglo precedente. Doseientos años antes de esto (alrededor de 1600 a.C.) también, Tutmosis III conquistó Palestina, y da en una inscripción los nombres de más de cincuenta pueblos que pueden ser identificados con aquellos en el libro de Josué.

Finalmente, las cuarenta y dos estaciones nombradas en Números 33 como lugares de campamento para los hijos de Israel en su camino a Palestina, aunque no todas pueden ser identificadas, pueden ser determinadas en números suficientes para mostrar que no es una lista ficticia, ni un mero diario de peregrino, ya que las escenas de mayor interés, como la región inmediatamente alrededor del Monte Sinaí, están especialmente adaptadas a las grandes transacciones que se registran como teniendo lugar. Además, es increíble que un escritor de ficción hubiera estorbado sus páginas con tal catálogo estéril de lugares. Pero como parte del gran movimiento histórico son perfectamente apropiadas.

Esta conformidad de hechos recién descubiertos con la narrativa de la Sagrada Escritura confirma nuestra confianza en el testimonio principal; así como la consistencia de un testigo en un contrainterrogatorio sobre puntos menores e incidentales establece confianza en su testimonio general. El difunto Sir Walter Besant, además de sus otras labores literarias y filantrópicas, fue durante muchos años secretario del Fondo de Exploración de Palestina. En respuesta a la pregunta de si el trabajo de la encuesta bajo su dirección sostenía el carácter histórico del Antiguo Testamento, dice: “Para mi mente, la verdad absoluta en detalles locales, una cosa que no puede posiblemente ser inventada, cuando se extiende sobre una historia que cubre muchos siglos, es prueba casi absoluta en cuanto a la verdad de las cosas relatadas”. Tal prueba tenemos para cada parte de la Biblia.

El Decimocuarto de Génesis

El capítulo catorce de Génesis relata que “En los días de Amrafel rey de Sinar, Arioc rey de Elasar, Quedorlaomer rey de Elam, y Tidal rey de Goim (naciones), éstos hicieron guerra contra Bera rey de Sodoma, y contra Birsá rey de Gomorra, y contra Sinab rey de Adma, y contra Semeber rey de Zeboim, y contra el rey de Bela, la cual es Zoar”. Los reyes babilónicos tuvieron éxito y la región alrededor del Mar

Muerto estuvo sujeta a ellos por doce años, cuando se instigó una rebelión y en el año siguiente Quedorlaomer y los reyes que estaban con él aparecieron en la escena y, después de capturar numerosas ciudades circundantes, entablaron batalla con los aliados rebeldes en el valle de Sidim, que estaba lleno de pozos de asfalto. La victoria de Quedorlaomer fue completa, y después de capturar a Lot y sus bienes en Sodoma comenzó el regreso a casa por el camino de Damasco, cerca de cuyo lugar Abraham lo alcanzó, y por una estratagema exitosa dispersó sus fuerzas de noche y recuperó a Lot y sus bienes. Esta historia, contada con tantos detalles que su refutación sería fácil si no fuera fiel a los hechos y si hubiera registros contemporáneos con los cuales compararla, ha sido un blanco especial para el ridículo de los altos críticos de la escuela de Wellhausen, declarando con fiabilidad el Profesor Nöldeke tan tarde como 1869 que la crítica había refutado para siempre su pretensión de ser histórica. Pero aquí nuevamente las inscripciones en los monumentos de Babilonia han venido al rescate del historiador sagrado, si, de hecho, estuviera en necesidad de rescate. (Porque donde la ignorancia general era tan profunda como lo era respecto a ese período hace cuarenta años, la verdadera modestia debería haber sugerido cautela en la expresión de opiniones positivas en contradicción con una declaración histórica tan detallada como esta).

De las inscripciones ya descubiertas y descifradas en el Valle del Éufrates, se muestra ahora más allá de toda duda razonable que los cuatro reyes mencionados en la Biblia como uniéndose en esta expedición no son, como se decía libremente, “invenciones etimológicas”, sino personas históricas reales. Amrafel es identificado como el Hammurabi cuyo maravilloso código de leyes fue tan recientemente descubierto por De Morgan en Susa. La “H” en la última palabra simplemente expresa la aspiración áspera tan bien conocida en hebreo. La “p” en el nombre bíblico ha tomado el lugar de “b” por una ley bien reconocida de cambio fonético. “Amrap” es equivalente a “Hamrab”. La adición de “el” en el nombre bíblico es probablemente el sufijo del nombre divino, como “el” en Israel.

Se sabe ahora que Hammurabi tuvo su capital en Babilonia en el tiempo de Abraham. Hasta recientemente esta cronología era disputada, de modo que los editores y colaboradores de la Nueva Enciclopedia Schaff-Herzog afirmaron dogmáticamente que como Abraham vivió casi 300 años más tarde que Hammurabi, la historia bíblica debía ser ahistórica. Apenas se habían impreso estas declaraciones, sin embargo, cuando el Dr. King del Museo Británico descubrió evidencia indisputable de que dos de las dinastías que anteriormente se habían contado como consecutivas eran, de hecho, contemporáneas, haciendo así fácil traer el tiempo de Hammurabi exactamente al de Abraham.

Quedorlaomer es identificado con bastante certeza como Kudur-Lagamar (siervo de Lagamar, uno de los principales dioses elamitas). Kudur-Lagamar era rey de Elam, y era o el padre o el hermano de Kudur-Mabug, cuyo hijo, Eri-Aku (Arioc), reinó sobre Larsa y Ur, y otras ciudades del sur de Babilonia. Él habla de Kudur-Mabug “como el padre de la tierra de los amorreos”, es decir, de Palestina y Siria.

Tidal, “rey de naciones”, fue supuesto por el Dr. Pinches que se refería a él en una tablilla tardía en conexión con Quedorlaomer y Arioc bajo el nombre Tudghula, de quienes se dice, juntos, que “atacaron y despojaron Babilonia”.

Por mucha duda que pueda haber sobre la identificación de algunos de estos nombres, los puntos principales están establecidos, revelando una condición de cosas tal como la que implica la narrativa bíblica. Arioc se titula a sí mismo rey de Sumer y Acad, que abarcaba Babilonia, donde Amrafel (Hammurabi) estuvo en sus primeros años sujeto a él. Esto proporciona una razón para la asociación de Quedorlaomer y Amrafel en una campaña contra los súbditos rebeldes en Palestina. De nuevo, Kudur-Mabug, el padre de Arioc, se titula a sí mismo “Príncipe de la tierra de Amurru”, es decir, de Palestina y Siria. Además, por un largo período antes, reyes de Babilonia habían reclamado posesión de toda la costa oriental del Mediterráneo, incluyendo la Península del Sinaí.

A la luz de estos hechos bien atestiguados, uno lee con asombro las siguientes palabras de Wellhausen, escritas no hace más tiempo que 1889: “Que cuatro reyes del Golfo Pérsico debieran, ‘en el tiempo de Abraham’, haber hecho una incursión en la Península del Sinaí, que debieran en esta ocasión haber atacado a cinco reyezuelos en el Litoral del Mar Muerto y haberlos llevado prisioneros, y finalmente que Abraham debiera haber salido en persecución de los vencedores en retirada, acompañado por 318 sirvientes, y haberlos forzado a devolver su presa, —todos estos incidentes son puras imposibilidades que no ganan nada en credibilidad por el hecho de que están colocados en un mundo que había pasado”.

Y podemos tener poco respeto por la lógica de un erudito posterior (George Adam Smith), quien puede escribir lo siguiente: “Debemos admitir que mientras la arqueología ha ilustrado ricamente la posibilidad de los contornos principales del libro de Génesis desde Abraham hasta José, no tiene ni un ápice de prueba que ofrecer para la existencia personal o los caracteres de los patriarcas mismos. Este es todo el cambio que la arqueología ha forjado; nos ha dado un fondo y una atmósfera para las historias de Génesis; es incapaz de recordar o certificar a sus héroes”.

Pero el nombre Abraham sí aparece en tablillas de la era de Hammurabi. (Ver Profesor George Barton en *Journal of Biblical Literature*, Vol. 28, 1909, página 153). Es cierto que este evidentemente no es el Abraham de la Biblia, sino el de un pequeño agricultor que había alquilado tierra de un terrateniente acomodado. La preservación de su nombre se debe al hecho de que la mayoría de las tablillas preservadas contienen contratos relacionados con los negocios de los tiempos. Hay poca razón para esperar que debiéramos encontrar una referencia definida al Abraham que en la vida temprana emigró de su tierra natal. Pero es de mucho significado que su nombre parezca haber sido uno común en el tiempo y lugar de su nacimiento. En la consideración de los argumentos en el caso, es importante tener en cuenta que donde se conocen tan pocos hechos, y la ignorancia general es tan grande, la evidencia negativa es de poca importancia, mientras que cada fragmento de evidencia positiva tiene gran peso. La carga de la prueba en tales casos recae sobre aquellos que disputan la evidencia positiva. Por ejemplo, en el artículo arriba referido, el Profesor Barton argumenta que no es “bastante seguro” que Arioc (Eri-Agn) fuera un rey babilónico real. Pero admite que nuestra ignorancia es tal que debemos admitir su “posibilidad”. El Dr. Barton argumenta además que “no tenemos todavía evidencia de las inscripciones de que Arad-Sin, incluso si fuera llamado Iri-Agu, tuviera alguna vez algo que ver con Hammurabi”. Pero, agrega, “Por supuesto, es posible que pueda haber tenido, ya que sus reinados deben haberse superpuesto, pero eso queda por probar”.

Todo tal razonamiento (y hay cualquier cantidad de él en los críticos de la escuela prevaleciente) revela una lamentable falta en su entrenamiento lógico. Cuando tenemos un documento respetable que contiene declaraciones históricas positivas que se muestra por evidencia circunstancial que son posibles, eso es todo lo que necesitamos para aceptarlas como verdaderas. Cuando, además, encontramos una gran cantidad de evidencia circunstancial mostrando positivamente que las declaraciones se conforman a las condiciones de tiempo y lugar, hasta donde las conocemos, esto agrega inmensamente al peso del testimonio. Nunca podemos llenar todo el fondo de cualquier hecho histórico. Pero si la declaración de él encaja en el fondo hasta donde podemos llenarlo, deberíamos aceptar el hecho hasta que se produzca evidencia contraria positiva. Ninguna suposición puede ser más extravagante que aquella que el Profesor Barton parece aceptar (que es la del crítico alemán, Meyer) de que un judío, más de 1.000 años después del evento, obtuvo en Babilonia la cantidad de información exacta concerniente a las condiciones en Babilonia en el tiempo de Abraham, encontrada en el capítulo catorce de Génesis, e interpoló la historia de la expedición de Quedorlaomer en el fondo así proporcionado. Entretener tal suposición desacredita la erudición crítica prevaleciente, en lugar de las Sagradas Escrituras.

Pero el espacio presente prohíbe una enumeración adicional de particulares. Es suficiente decir que mientras se pueden aducir muchas más confirmaciones positivas de las declaraciones aparentemente improbables de los historiadores sagrados, no ha habido descubrimientos que necesariamente contravengan sus declaraciones. Los casos ya enumerados aquí se relacionan con tiempos y lugares tan ampliamente

separados, y proporcionan explicaciones tan inesperadas, pero naturales, a dificultades que se han pensado insuperables, que su testimonio no puede ser ignorado o rechazado. Que esta historia debiera ser confirmada en tantos casos y de una manera tan notable por monumentos descubiertos 3.000 años después de su erección, no puede ser nada más que providencial. Seguramente, Dios se ha asegurado de que la fe desfalleciente de estos últimos días no debiera dejarse andar a tientas en la oscuridad. Cuando la fe de muchos estaba menguando y muchos heraldos de la verdad estaban tentados a hablar con sonido incierto, las mismas piedras han clamado con una voz que solo los sordos podrían dejar de escuchar. Tanto en la escritura como en la preservación de la Biblia contemplamos la obra de las manos de Dios.

Capítulo 9 El Testimonio Reciente de la Arqueología a las Escrituras

Por M. G. Kyle, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Egiptólogo. Profesor de Arqueología Bíblica, Seminario Teológico Xenia.
Editor Consultor de Records of the Past, Washington, D.C.

Introducción

“Reciente” es una palabra peligrosamente amplia para confiársela a un arqueólogo. Cualquier cosa de este lado del Día de Pentecostés es “reciente” en la arqueología bíblica. Para esta reseña, sin embargo, cualquier cosa desde 1904 se acepta, de manera general, como el significado de la palabra “reciente”.

“El testimonio reciente de la arqueología” puede ser el testimonio de descubrimientos recientes o el testimonio reciente de descubrimientos antiguos. Una nueva interpretación, si se establece como una interpretación verdadera, es un descubrimiento. Porque descubrir no siempre es desenterrar; de hecho, el valor real de un descubrimiento no es su aparición, sino su significado, y el descubrimiento de su significado real es el verdadero descubrimiento. El testimonio más importante para las Escrituras de este período arqueológico de cinco años admite cierta clasificación:

1. El Escenario Histórico de la Recepción Patriarcal en Egipto.

La recepción en Egipto otorgada a Abraham y a Jacob y sus hijos (Génesis 12:10-20; 13:1; 47:1-12) y la elevación de José allí (Génesis 41:14-46) exigen perentoriamente el reconocimiento de un elemento mítico en las historias, o la creencia en un escenario histórico adecuado de las mismas. A ciudadanos privados, oscuros e insignificantes no se les concede tal reconocimiento en una corte extranjera y hostil. Mientras que algunos han estado concediendo un elemento mítico en las historias (Orr, *The Problem of the Old Testament*, pp. 57-58, citando a Schultz, Wellhausen, Kuenen, W. R. Smith, G. B. Gray, H. P. Smith, F. H. Woods), la arqueología ha descubierto a la vista un escenario histórico tan apropiado que se ve que los patriarcas no eran ciudadanos privados, oscuros e insignificantes, ni Zoán una corte extranjera y hostil.

La presencia de la lengua semítica en el territorio de los hicsos ha sido conocida por mucho tiempo (Brugsch, *Egypt under the Pharaohs*, edición Broderick, Cap. VI); desde tiempos aún más tempranos que los patriarcales hasta mucho más tarde, los fenicios, primos hermanos de los hebreos, hicieron los negocios extranjeros de los egipcios (Ibid.), como los ingleses, los alemanes y los franceses hacen los negocios extranjeros de los chinos de hoy; y se ha sospechado fuertemente cierta familiaridad, e incluso simpatía, con la religión semítica a partir de la entrevista de los reyes hicsos con los patriarcas (Génesis 41:25-39); pero el descubrimiento en 1906 (Petrie, *Hyksos and Israelite Cities*), por Petrie, del gran campamento fortificado en Tel-el-Yehudiyeh resolvió, en lo principal, la cuestión bíblica de la relación entre los patriarcas y los hicsos. La abundancia de escarabajos hicsos y la ausencia casi total de todos los demás marcan el campamento como ciertamente un campamento hicsos (Ibid, pp. 3 y 10, Lámina IX); el carácter original de las fortificaciones, antes de que los hicsos aprendieran el oficio de constructores de los egipcios, muestra que dependían del arco para la defensa (Ibid, pp. 5-9. Láminas II, III, IV); y, finalmente, el nombre Hicsos, en el egipcio Haq Shashu (Budge, *History of Egypt*, Vol. III, pp. 137-138) “príncipes beduinos”, resalta, nítida y clara, la imagen armoniosa de la cual hemos tenido vislumbres por mucho tiempo, de los hicsos como tribus errantes del desierto, de “Ruthen Superior e Inferior” (Kyle, *Recueil de Travaux*, Vol. XXX, *Geographic and Ethnic Lists of Rameses II*) es decir, Siria y Palestina, el norte y oeste de Arabia, “gente del Arco” (Muller, *Asien und Europa*. 2tes Kapitel), como los llamaban los egipcios, sus enemigos tradicionales desde los tiempos de las pirámides. (Ibid).

¿Por qué, entonces, no habrían de tener los patriarcas una recepción real en Egipto? Ellos mismos eran también los jefes de tribus errantes de “Ruthen Superior e Inferior”, en la lengua de los egipcios, Haq Shashu, “príncipes beduinos”; y entre príncipes, un príncipe es un príncipe, por pequeño que sea su principado. Así que a Abraham, el príncipe beduino, se le concedió una consideración principesca en la corte beduina en Egipto; José, el esclavo beduino, se convirtió de nuevo en el príncipe beduino cuando la sabiduría de Dios con él y su rango por nacimiento se dieron a conocer. Y Jacob y sus otros hijos fueron bienvenidos, con todos sus seguidores y su riqueza, como una adquisición valiosa para el partido de la corte, siempre acosado por los inquietos y rebeldes egipcios nativos. Esto no prueba identidad racial entre los hicsos y los patriarcas, sino una relación tribal muy estrecha. Y así, toda sospecha de un elemento mítico en la narrativa de la recepción otorgada a los patriarcas en Egipto desaparece cuando la arqueología ha testificado del verdadero escenario histórico.

2. La Vindicación Hitita

Un segundo testimonio reciente de la arqueología nos da la gran vindicación hitita. Los hititas han sido, en un aspecto, los troyanos de la historia bíblica; de hecho, los habitantes de la antigua Troya apenas estaban más necesitados de un Schliemann para vindicar su reclamo a la realidad que los hititas de un Winckler.

En 1904, uno de los arqueólogos más destacados de Europa me dijo: “No creo que haya habido nunca tal gente como los hititas, y no creo que ‘Kheta’ en las inscripciones egipcias fuera el nombre para los hititas”. Permitiremos que ese arqueólogo permanezca anónimo ahora. Pero las ruinas de Troya vindicaron el derecho de su gente a un lugar en la historia real, y las ruinas de Boghatz-Koi prometen ofrecer una vindicación más sorprendente de la representación bíblica de los hititas. Solo se ha hecho el anuncio preliminar del gran tesoro de documentos de Winckler de Boghatz-Koi (Winckler, O. L. Z., 15 de diciembre de 1906). El despliegue completo de una gran historia nacional largamente eclipsada todavía se espera con impaciencia. Pero se ha publicado lo suficiente para redimir a este pueblo completamente de su situación semi-mítica, y darles un lugar firme en la historia sobria mayor de lo que la imaginación había soñado para ellos bajo el estímulo de cualquier indicio contenido en la Biblia.

Se ha sacado a la luz un imperio hitita (Ibid) en Asia Menor, con poder central y dependencias vasallas alrededor y con derechos de tratado en igualdad de condiciones con las naciones más grandes de la antigüedad, haciendo así del poder hitita una tercera gran potencia con Babilonia y Egipto, como fue, de hecho, presagiado en el gran tratado de los hititas con Ramsés II, inscrito en el ala saliente del muro sur del templo de Amón en Karnak (Bouriant, *Recueil de Travaux*, Vol. XIII, pp. 15 y ss.; Budge, *History of Egypt*, Vol. V, pp. 48 y ss.; Goodwin, *Records of the Past*, 1ª Serie, Vol. IV, pp. 25 y ss.), aunque Ramsés trató con tanto ahínco de oscurecer el hecho. Las ruinas en el pueblo de Boghatz-Koi también demuestran marcar la ubicación de la capital hitita (*Mitteilungen der Vorderasiatischen Gesselschaft*: 1902, p. 5. Muller, *Recueil de Travaux*, Vol. VIII, 126 y ss. Budge, *History of Egypt*, V. 30 y ss.), y la lengua desconocida en las tablillas cuneiformes recuperadas allí ser la lengua hitita (Winckler, O. L. Z., 15 de diciembre de 1906. (Sonderabzug, p. 15), mientras que el método cuneiforme de escritura, como ya en las tablillas de Amarna (Ibid). (Sonderabzug, p. 22), así aún más claramente aquí, se ve que ha sido la escritura diplomática, y en buena medida el babilonio haber sido el idioma diplomático del Oriente en esa época (Conder. “*Tel Amarna Tablets*”. Budge, “*History of Egypt*”, Vol. IV, pp. 184-241). Y la gran mezcla de palabras y formas babilónicas en estas inscripciones hititas abre el camino para el desciframiento real de la lengua hitita (Winckler, O. L. Z., 15 de diciembre de 1906, Sonderabzug), y la imaginación apenas puede prometer demasiado a nuestras esperanzas por la luz que tal desciframiento arrojará sobre el trasfondo histórico y cultural de la Biblia.

Solo queda un punto importante por aclarar, la relación entre la lengua hitita de estas tablillas cuneiformes y la lengua de la inscripción jeroglífica hitita (Messersmidt, *Mitteilungen der Vorderasiatischen Gesselschaft*; Corpus, *Unscrip*. Het., 1902). Que estas fueran idénticas es probable; que las inscripciones

jeroglíficas representen una forma más antigua de la lengua, una especie de “Hierático”, es posible; que fuera esencialmente diferente de la lengua de estas tablillas es improbable. Ha habido la vindicación hitita; no es probable que la iluminación completa de la historia hitita se demore mucho.

3. La Civilización Palestina

Otro testimonio reciente de la arqueología nos presenta la civilización palestina del período de la conquista. Las exploraciones palestinas en los últimos años han arrojado una asombrosa variedad de “hallazgos” que ilustran cosas mencionadas en la Biblia, hallazgos de las mismas cosas, hallazgos de cosas similares y hallazgos en armonía con las cosas (Vincent, “Canaan”). La mención individual de todos ellos no es aquí ni posible ni deseable. De una importancia incomparablemente mayor que estas reliquias individualmente interesantes de la antigüedad cananea es la respuesta que ofrece la investigación reciente a dos preguntas:

1. Primero en orden, ¿Concuerda la cultura cananea revelada por las excavaciones con la historia de Israel en la conquista tal como se relata en la Biblia? ¿Cuánto quiebre en la cultura requiere el relato bíblico, y cuánto revelan las excavaciones? Para responder, debemos encontrar un punto de vista en algún lugar entre el del viajero diletante en la tierra y el del científico microscópico a miles de millas de distancia. El excavador cuidadoso en el campo ocupa ese punto de vista medio, sensato y seguro. Petrie (Petrie, *Lachish*), Bliss (Bliss, *A Mound of Many Cities*), Macalister (Macalister, *Bible Side Lights from the Mound of Gezer*), Schumacker (Schumacker, *Excavations at Megiddo*) y Sellin (Sellin, *Tel-Taannek, Denkschriften der Kaiserlichen Akademie in Wien*): estos son los hombres con quienes estar. Y para luz sobre la civilización temprana de Palestina, la gran obra de Macalister en Gezer se sitúa fácilmente en primer lugar.

Valor Histórico de la Cerámica

Al determinar esta cuestión de cultura, se ha permitido demasiada importancia a esa estimación del tiempo y el orden cronológico que se gana exclusivamente del estudio de la cerámica. Los restos de cerámica no deben ser subestimados, y tampoco deben ser sobrevalorados. El tiempo es solo una cosa que se muestra en la similitud o disimilitud en la cerámica. Diferentes etapas de civilización en diferentes lugares al mismo tiempo, y la adaptación a un fin ya sea al mismo tiempo o en tiempos muy diferentes, se muestran en la cerámica, y hacen muy incierta cualquier deducción cronológica. Y, aún más, el material disponible puede resultar en la producción de vasijas similares. Cerámica en dos civilizaciones muy diferentes que surgen con mil años o más de diferencia. Esta civilización de vasijas, como criterio decisivo, no es del todo adecuada, y es segura como criterio solo cuando se compara cuidadosamente con el testimonio de la ubicación, las relaciones intertribales, la dominación gubernamental y los logros literarios.

Estas son las cosas, además de las vasijas, que ayudan a determinar —de hecho, que sí determinan— cuánto quiebre en la cultura requiere el relato bíblico de la Conquista, y cuánto muestran las excavaciones. Dado que los israelitas ocuparon las ciudades y pueblos y viñedos y olivares de los cananeos, y sus “casas llenas de todo bien” (Deuteronomio 6:10-11; Josué 24:13; Nehemías 9:25), tenían los mismos materiales y en general los mismos propósitos para la cerámica y adoptarían métodos de cocina adecuados al país, hablaban la “lengua de Canaán” (Isaías 19:18), y eran de la misma raza que mucha de la gente de Canaán, se casaban, aunque en contra de su ley (Ezequiel 16:44-46; Deuteronomio 7:3), con la gente de la tierra, y eran continuamente reprendidos por lapsos en la idolatría y prácticas supersticiosas de los cananeos (Jueces 2:11-15; 3:7; 8:33-35; 18:30-31), y, en resumen, eran muy diferentes de ellos solo en religión, es evidente que el único cambio marcado e inmediato que se esperaría en la Conquista es un cambio en la religión, y que cualquier otro quiebre en la cultura ocasionado por la devastación de la guerra será solo un quiebre en la continuidad del mismo tipo de cultura, evidencia de demolición, expoliación y reconstrucción. Exactamente tal cambio en religión e interrupción en la cultura en el período de la Conquista muestran las excavaciones.

Religión y Cultura

(a) Los escombros en Gezer muestran la historia en capas distintas, y las capas mismas están en grupos distintos (Macalister, Q. S., 1903, pp. 8-9, 49). En el fondo hay capas cananeas, no semíticas; sobre estas, capas semíticas, amorreas dando lugar a judías; y más arriba aún, capas de cultura judía de la monarquía y tiempos posteriores.

(b) El cierre del gran túnel hacia el manantial dentro de las fortificaciones en Gezer es situado por las capas de historia en los montones de escombros en el período de la Conquista (Macalister, Q. S., 1908, p. 17). Pero cuando una gran fortificación está tan arruinada y el poder que representa tan destruido que pierde de vista su suministro de agua, seguramente la cultura de la época ha tenido una interrupción, aunque no haya cambiado mucho. Entonces este túnel, como una gran hazaña de ingeniería, es un testimonio notable del estado avanzado de la civilización en el momento de su construcción; pero cuanto más notable la civilización que representa, más terrible debe haber sido la perturbación de la cultura que causó que se perdiera y olvidara (Vincent, en Q. S., 1908, p. 228).

(c) De nuevo, es aparente una ampliación del área poblada de la ciudad de Gezer invadiendo el área del templo en el período de la Conquista (Macalister, Q. S., 1903, p. 49), mostrando a la vez el hacinamiento en la ciudad de los israelitas sin la destrucción de los cananeos, como se afirma en la Biblia, y una disminución correspondiente en la reverencia por el recinto sagrado del Lugar Alto. Mientras que, en un momento correspondiente al período temprano de la Monarquía (Ibid.), hay una disminución repentina del área poblada correspondiente a la destrucción de los cananeos en la ciudad por el padre de la esposa egipcia de Salomón (1 Reyes 9:16).

(d) De un significado asombroso, el hipotético Musri Egipto en el norte de Arabia, sobre el cual se ha dicho (Winckler, *Orientalistische Forschungen*, Serie I, pp. 24-41) que los patriarcas descendieron allí, los israelitas escaparon de allí, y Salomón se casó con una princesa de allí, ha sido finalmente y definitivamente desacreditado. Porque Gezer fue una dote de matrimonio de esa princesa con la que se casó Salomón (1 Reyes 9:16), una porción del dominio de su padre, y por tanto una parte del supuesto Musri, si alguna vez existió, y si fuera así, en Gezer, entonces, deberíamos encontrar alguna evidencia de este pueblo y su civilización. De tal cosa no hay ni rastro. Pero, en cambio, encontramos desde tiempos muy tempranos, pero especialmente en este tiempo, restos egipcios en gran abundancia (Macalister, Q. S., 1903, p. 309).

(e) De hecho, incluso el refinamiento y los lujos egipcios no eran incongruentes en la Palestina del período de la Conquista. Las grandes cisternas talladas y construidas en la roca en Taannek (Sellin, *Tel-Taannek*, p. 92), la notable ingeniería en el túnel en Gezer (Macalister, Q. S., 1908, ene.-abr.), el gran muro de la ciudad de cuarenta pies en una imagen egipcia de la guerra cananea (Petrie, *Deshasha*, Lámina IV), la lista del más rico botín cananeo dada por Tutmosis III (Birch, *Records of the Past*, 1ª Serie, Vol. II, pp. 35-52, *Battle of Megiddo*). También Lepsius, *Denkmaler*. Abth. III B1 32, 31°, 30°, 30B, *Auswahl*, XII, L. 42-45), los finos utensilios y armas de cerámica y bronce recuperados de casi cada excavación palestina (Macalister-Vincent, Q. S., 1898-08), y las revelaciones literarias de las tablillas de Amarna (Budge, *History of Egypt*, Vol. IV, pp. 184-241), junto con el reino de la ley visto por una comparación del relato bíblico con el Código de Hammurabi, muestran (Génesis 21-38. King, “*Code of Hammurabi*”) que la civilización cananea de ese período era totalmente igual a la de Egipto.

(f) Entonces los vislumbres bíblicos de las prácticas cananeas y los productos de la religión cananea ahora descubiertos concuerdan exactamente. El misterio del Lugar Alto de la narrativa bíblica, con sus cuevas sagradas, queda al descubierto en Gezer y Taannek. El sacrificio de infantes, probablemente primogénitos, y los sacrificios de fundación y otros sacrificios de niños, ya sean infantes o parcialmente crecidos, aparecen en toda su espumosa en varios lugares en Gezer y “prácticamente por toda la colina” en Taannek (Macalister, Q. S., 1903, y ss., y *Bible Side Lights*, Cap. III. También Sellin, *Tel-Taannek*, pp. 96-97).

(g) Pero el testimonio más notable de la arqueología de este período es para las representaciones de las Escrituras del monoteísmo espiritual de Israel en su conflicto con el horrible politeísmo idólatra de los cananeos, el derrocamiento final de este último y el triunfo final del primero. La historia de ese conflicto está tan claramente escrita en Gezer en el declive gradual del Lugar Alto y el paso del repugnante sacrificio de niños al depósito de cuencos y lámparas como lo está en el relato inspirado de Josué, Jueces y Samuel. Y la línea que marca el territorio de la revelación divina en la religión del paganismo circundante que incide es tan distinta como esa línea frente a la costa de Terranova donde las aguas frías del Norte golpean contra el cálido flujo vivificante de la Corriente del Golfo. La revelación de la pala en Palestina está haciendo resaltar cada día más claramente la revelación que Dios hizo. No hay evidencia de una religión más pura creciendo de esa cultura vil, sino más bien de una religión más pura descendiendo y abrumándola.

2. Otra y aún más importante pregunta concerniente a la civilización de Palestina es, ¿Cuál fue la fuente y el curso de la civilización dominante y especialmente la cultura religiosa reflejada en el relato bíblico del milenio anterior y el milenio posterior al nacimiento de Abraham? ¿Fue desde fuera hacia Canaán o desde Canaán hacia afuera? ¿Reflejó Palestina en su civilización y cultura de esos días, en mucho o en todo, a Babilonia, o fue ella una luminaria?

Palestina y Babilonia

La revisión de puntos de vista concernientes a la civilización palestina forzada por excavaciones recientes pone de inmediato un signo de interrogación en negrita a la opinión aceptada por mucho tiempo por muchos sobre la fuente y el curso de la influencia religiosa durante este período formativo de la historia patriarcal, y el tiempo de la elaboración de los principios de la religión de Israel en las prácticas de la vida de Israel. Si la civilización palestina durante este período fue igual a la de Egipto, y ciertamente no inferior a la de Babilonia, entonces la opinión de que el flujo de influencia religiosa fue entonces de Babilonia a Palestina debe mantenerse para su defensa. Aquí surge el problema más nuevo de la arqueología bíblica.

Y uno de los eruditos cuneiformes más expertos del día, Albert T. Clay (Clay, *Amurru, The Home of the Northern Semites*), ha ensayado este problema y anuncia una solución revolucionaria del mismo mediante una nueva interpretación de material bien conocido así como la interpretación de material recién adquirido. La solución es nada menos, de hecho, que en lugar de que la fuente de influencia religiosa sea Babilonia, y su curso temprano desde Babilonia hacia Palestina, exactamente lo contrario es cierto, “Que la religión semítica babilónica es una importación de Siria y Palestina (Amurru), que la creación, el diluvio, los patriarcas antediluvianos, etc., del babilonio vinieron de Amurru, en lugar de que las historias hebraicas hayan venido de Babilonia, como sostienen casi todos los eruditos semíticos”.

Esto es asombroso y de gran alcance en sus consecuencias. La obra de Clay debe ser puesta a prueba; y así será, antes de que pueda ser finalmente aceptada. Tiene, sin embargo, esta ventaja inicial, que está de acuerdo con la aparente autoconciencia de los escritores de las Escrituras y, como hemos visto, exactamente en la dirección en la que apuntan los descubrimientos recientes en la civilización palestina.

4. Palestina y Egipto

De nuevo la arqueología ha proporcionado últimamente iluminación de ciertas cuestiones especiales de la crítica tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

1. *Light from Babylonia* por L. W. King (King, *Chronology of the First Three Babylonian Dynasties*) del Museo Británico sobre la cronología de las primeras tres dinastías ayuda a determinar la fecha de Hammurabi, y así del llamado de Abraham y del Éxodo, y, de hecho, ha introducido un elemento

correctivo en la cronología de toda la historia posterior hasta el tiempo de David y ejerce una influencia de gran alcance sobre muchas cuestiones críticas en las que el elemento cronológico es vital.

Sacrificio en Egipto

2. La ausencia total en las ofrendas de la antigua religión egipcia de cualquiera de las grandes ideas del Pentateuco de sacrificio, sustitución, expiación, dedicación, comunión, y, de hecho, de casi toda idea esencial de sacrificio real, como se establece claramente por el examen muy exhaustivo reciente de las escenas de ofrenda (Kyle, *Recueil de Travaux. Egyptian Sacrifices*. Vol. XXVII, *Further Observations*, Vol. XXXI. *Bibliotheca Sacra*, Abr., 1905, pp. 323-336), favorece el elemento de revelación en el sistema mosaico delimitando el campo de la especulación racionalista del lado egipcio. Egipto no dio nada a ese sistema, porque no tenía nada que dar.

La Vida Futura en el Pentateuco

3. Entonces el carácter groseramente materialista de la concepción egipcia del otro mundo y de la vida futura, y el hecho, cada día más claro, de que la llamada y tan comentada resurrección en la creencia de los egipcios no era una resurrección en absoluto, sino una resucitación a la misma vieja vida en “bueyes, gansos, pan, vino, cerveza y todas las cosas buenas”, está proporcionando una solución muy completa al problema de la oscuridad de la idea de la resurrección en los documentos del Pentateuco. Porque, ya sea que vinieran de Moisés cuando acababa de llegar de Egipto o sean atribuidos por algún autor posterior a Moisés, cuando acababa de llegar de Egipto; el problema es el mismo: ¿Por qué es la idea de la resurrección tan oscura en el Pentateuco? Ahora bien, haber expuesto en la revelación la idea de la resurrección en ese momento, antes del crecimiento de las ideas espirituales de Dios y de la adoración aquí, del otro mundo y la vida futura allá, y antes de que el pueblo bajo la influencia de estas nuevas ideas hubiera superado su entrenamiento egipcio, habría llevado al pensamiento religioso de Israel todo el materialismo bajo y degradante de la creencia egipcia sobre este tema. El sistema mosaico no hizo uso de la creencia egipcia concerniente a la vida futura porque no era utilizable por él, y se mantuvo alejado de la presentación abierta del tema por completo, porque esa era la única manera de alejar al pueblo de la concepción de Egipto sobre el tema.

El Error de Wellhausen

4. El descubrimiento de los papiros arameos en Siene (Margoliouth, *Expository Times*, diciembre, 1907. Josefo, *Antiquities*, 11:7; Diodoro Sículo: Sec. 3; 17-35. Nehemías 13:28; 12:22; 2 Esdras 5:14) hizo posible un nuevo capítulo en la crítica del Antiguo Testamento, elevó a un tono alto las esperanzas de testimonio contemporáneo sobre la historia del Antiguo Testamento que hasta ahora apenas se atrevían a levantar la cabeza, y contribuyó con evidencia positiva en una serie de puntos importantes. Se realizan identificaciones tolerables, aunque no perfectas, para Bagoas, Gobernador de los judíos; de Josefo y Diodoro; Sanbalat, de Nehemías y Josefo; y Johanán, de Nehemías y Josefo. Pero más importante que todas estas identificaciones es la información de que los judíos habían, en ese período, construido un templo y ofrecido sacrificios lejos de Jerusalén. Wellhausen (Wellhausen, *Ency. Brit.*, Vol. 18, p. 509) coloca la primera piedra del fundamento de su crítica del Pentateuco en estas palabras: “Los exiliados que regresaban estaban completamente imbuidos de las ideas de la reforma de Josías y no tenían pensamiento de adorar excepto en Jerusalén. No les costó ningún sacrificio de sus sentimientos dejar los Lugares Altos arruinados sin reconstruir. A partir de esta fecha, todos los judíos entendieron, como cuestión de rutina, que el único Dios tenía solo un santuario”. Hasta aquí Wellhausen. Pero aquí está esta petición de los judíos en Siene en el año 407 a.C. después del regreso de Nehemías declarando que habían construido un templo allí y establecido un sistema de adoración y de sacrificios, y evidenciando también que esperaban la aprobación de los judíos en Jerusalén para reconstruir ese templo y restablecer esa adoración sacrificial, y, lo que es más, recibieron del gobernador de los judíos permiso para hacerlo,

una cosa que, si hubiera sido opuesta por los judíos en Jerusalén era totalmente inconsistente con la política judía del Imperio Persa en los días de Nehemías.

Griego del Nuevo Testamento

5. Entonces la re-datación de los escritos herméticos (Petrie, *Personal Religion in Egypt Before Christianity*) mediante la cual son retrocedidos desde la era cristiana a 500-300 a.C. abre una fuente completamente nueva de material crítico para trazar el surgimiento y progreso de los términos teológicos en el griego alejandrino del Nuevo Testamento. En una carta reciente de Petrie, quien ha escrito un pequeño libro sobre el tema, resume todo el caso, tal como él lo ve, en estas palabras: “Mi posición simplemente es que las frases e ideas religiosas actuales de la era a.C. deben ser captadas para entender los usos del lenguaje religioso en el cual está escrito el Nuevo Testamento. Y nunca podremos saber el motivo real de los escritos del Nuevo Testamento hasta que sepamos cuánto es pensamiento nuevo y cuánto es teología actual en términos de la cual se expresa el Eu-angelos”. Ya sea que todas las nuevas fechas para los escritos se permitan mantener o no, y el punto de vista de Petrie sea justificado, una discusión de las fechas y un examen crítico de los escritos herméticos desde el punto de vista de sus fechas corregidas solo puede determinar; pero es cierto que los productos del examen no pueden sino ser de gran alcance en su influencia y en la iluminación de las enseñanzas de Cristo y los apóstoles.

5. Identificaciones

Por último y más generalmente, del testimonio reciente de la arqueología a la Escritura debemos considerar la identificación de lugares, pueblos y eventos de la narrativa bíblica.

Durante muchos años los arqueólogos miraron con impotencia los orificios en el frontón del Partenón, especulando vanamente sobre cuál podría haber sido el anuncio importante en bronce una vez fijado en esos orificios. Por fin un ingenioso joven estudiante estadounidense copió cuidadosamente los orificios; y a partir de un estudio de la colocación adivinó por fin todo el decreto imperial romano una vez fijado allí. Así, la identificación aislada de pueblos, lugares y eventos en la Biblia puede no significar mucho; por sorprendente que sea su carácter, pueden ser, después de todo, solo orificios en el mosaico de la historia bíblica, pero la colocación de estas identificaciones, cuando se han encontrado muchas de ellas, indica por fin todo el patrón del mosaico.

Ahora el progreso de identificaciones importantes ha sido últimamente muy rápido. Bastará solo mencionar aquellas que ya hemos estudiado por su importancia intrínseca junto con la larga lista de otras dentro de años recientes. En 1874, Clermont-Ganneau descubrió una de las piedras limítrofes de Gezer (Clermont-Ganneau en *Bible Side Lights*, p. 22), en cuyo lugar ahora durante seis años el Sr. R. A. Stewart Macalister ha estado descubriendo los tesoros de la historia de esa ciudad levítica (Macalister, *Bible Side Lights*. También Q. S., 1902-09); en 1906, Winckler descubrió a los hititas en su ciudad capital; en 1904-1905, Schumacker exploró Meguido; en 1900-1902, Sellin, Taannek; Jericó ha sido ahora localizada con precisión por Sellin y los cimientos de sus muros puestos al descubierto; a los edomitas, a quienes se les negó por mucho tiempo la existencia en tiempos patriarcales, se les ha dado lugar histórico en el tiempo de Merenptah por el papiro Anastasia (Muller, *Asien und Europa*); Moab, durante algún tiempo pasado en disputa, lo identifiqué más allá de toda controversia en Luxor en 1908, en una inscripción de Ramsés II, antes del tiempo del Éxodo (Kyle, *Recueil de Travaux*, Vol. XXX *Ethnic and Geographical Lists of Rameses II*); mientras que Hilprecht en Nippur (Hilprecht, *Explorations in Babylonia*), Glaser en Arabia (Weber, *Forschungsreisen-Edouard Glaser*; también *Studien zur Sudarabischen Altertumskunde*, Weber), Petrie en Maghereh y a lo largo de la ruta del Éxodo (Petrie, *Researches in Sinai*), y Reisner en Samaria han estado añadiendo una multitud de identificaciones geográficas, etnográficas e históricas.

La finalización de toda la lista de identificaciones se acerca rápidamente, y la colocación de estas identificaciones nos ha dado de nuevo, a partir de un testimonio completamente independiente de la arqueología, todo el esquema de la narrativa bíblica y sus alrededores, a la vez el material necesario para la imaginación histórica y el fundamento más seguro de la apologética. Imaginen por un momento que los pueblos, lugares y eventos de las andanzas de Ulises fueran identificados: toda la extraña ruta de viaje seguida; las tierras notables visitadas y descritas, las criaturas curiosas, mitad humanas y mitad monstruosas, e incluso rastros inconfundibles de eventos extraños, encontrados, todo tal como el poeta imaginó, ¡qué transformación en nuestros puntos de vista de la gran epopeya de Homero debe tener lugar! A partir de entonces ese romance sería historia. Invirtamos el proceso e imaginemos que los pueblos, lugares y eventos de la historia bíblica fueran tan poco conocidos de fuentes independientes como las andanzas de Ulises; el temperamento intelectual de esta era pondría sin dudar la historia bíblica en la misma categoría mítica en la que siempre han estado los romances de Homero. Si fuera posible borrar la geografía bíblica, la etnología bíblica y la historia bíblica del reino del conocimiento exacto, así sacaríamos los ojos de la fe, en adelante nuestra religión sería ciega, completamente ciega. Así aparece el valor del rápido progreso de las identificaciones. Son las identificaciones las que diferencian la historia del mito, la geografía de la “tierra de ninguna parte”, el registro de eventos de cuentos de “nunca fue”, la Escritura del folclore, y el Evangelio del Salvador del mundo de las ilusiones de la esperanza. Cada identificación limita por tanto el campo de la crítica histórica. Cuando el progreso de la identificación alcance la finalización, el trabajo de la crítica histórica habrá terminado.

Conclusión

El estado actual del testimonio de la arqueología a la Escritura, como estos últimos descubrimientos hacen que sea, puede señalarse en pocas palabras.

No Evolución

1. La historia de la civilización como se ilumina en todas partes se encuentra que es solo parcialmente la de la teoría evolutiva de la historia temprana israelita, pero muy exactamente la de la narrativa bíblica; es decir, esta historia, como toda historia sagrada o profana, muestra a veces, incluso por un siglo o dos, un progreso constante, pero el progreso regular y ordenado desde el estado más primitivo de la sociedad hacia el grado más alto de civilización, que la teoría evolutiva exige imperativamente, si cumple su misión prevista, falla completamente. El mejor trabajo antiguo en Taannek es el más temprano. De los habitantes de las cavernas a los constructores de ciudades en Gezer no hay una evolución larga y suave; la civilización amorrea temprana salta con pasos rápidos a las grandes hazañas de ingeniería en las defensas y las obras hidráulicas. Dondequiera que ha sido posible instituir una comparación entre Palestina y Egipto, la civilización cananea en artesanía, arte, ingeniería, arquitectura y educación se ha encontrado que sufre solo por lo que el clima, los materiales y la ubicación imponen; en genio y en ejecución práctica es igual a la de Egipto, y solo eclipsada, antes de los tiempos grecorromanos, por la breve gloria del período salomónico.

Armonía con la Escritura

2. Cuando llegamos a mirar más estrechamente los detalles del testimonio arqueológico, el escenario histórico así proporcionado para los eventos de la narrativa bíblica se ve que está exactamente en armonía con la narrativa. Esto es muy significativo del resultado final de la investigación en la historia bíblica temprana. Porque los puntos de vista de la Escritura deben finalmente cuadrar con los resultados de la arqueología; es decir, con la historia contemporánea, y el testimonio arqueológico de estos últimos cinco años bien indica la tendencia actual hacia la conclusión final. La narrativa bíblica interpretada llanamente en su valor nominal está siendo sostenida en todas partes, mientras que, de las grandes teorías críticas que proponen tomar la Escritura que registra eventos de esa época en otro valor que no

sea el nominal, como el analfabetismo de los primeros pueblos semíticos occidentales, la ruda barbarie nómada de Palestina y el desierto en la era patriarcal, los patriarcas no como individuos sino personificaciones, el desierto “Egipto”, la invasión gradual de Palestina, el origen naturalista de la religión de Israel, la inconsecuencia de Moisés como legislador, la autoría tardía del Pentateuco, y una docena de otras, ni una sola está siendo apoyada definitivamente por los resultados de la investigación arqueológica. De hecho, la crítica reconstructora apenas encuentra que valga la pena, en su mayor parte, buscar apoyo en la arqueología.

El testimonio reciente de la arqueología a la Escritura, como todo tal testimonio que ha ido antes, es definitiva y uniformemente favorable a las Escrituras en su valor nominal, y no a las Escrituras como reconstruidas por la crítica.

Capítulo 10 Las Falacias de la Alta Crítica

Por Franklin Johnson, Doctor en Teología y Doctor en Derecho

Los errores de la alta crítica sobre los que escribiré pertenecen a su propia sustancia. Aquellos de carácter secundario, los límites de mi espacio me prohíben considerarlos. Mi discusión podría ampliarse enormemente con masas adicionales de material ilustrativo y, por lo tanto, la cierro con una lista de libros que recomiendo a las personas que deseen profundizar más en el tema.

Definición de “la alta crítica”

Como introducción a las falacias fundamentales de la alta crítica, permítanme declarar qué es la alta crítica y luego qué nos dicen los altos críticos que han logrado.

El nombre “la alta crítica” fue acuñado por Eichhorn, quien vivió de 1752 a 1827. Zenos, (*The Elements of the Higher Criticism*) después de una cuidadosa consideración, adopta la definición del nombre dada por su autor: “El descubrimiento y la verificación de los hechos relativos al origen, la forma y el valor de las producciones literarias sobre la base de sus caracteres internos”. Los altos críticos no son ciegos a otras fuentes de argumentación. Se refieren a la historia cuando pueden obtener alguna ventaja polémica al hacerlo. El trasfondo de todo el cuadro que nos presentan es la suposición de que la hipótesis de la evolución es verdadera. Pero, después de todo, su principal apelación es a la supuesta evidencia de los propios documentos.

Se han buscado otros nombres para el movimiento. Se le ha llamado la “visión histórica”, bajo la suposición de que representa la historia real del pueblo hebreo tal como debe haberse desarrollado por los procesos ordenados de la evolución humana. Pero, dado que los altos críticos contradicen el testimonio de todos los documentos históricos hebreos que profesan ser antiguos, su teoría podría llamarse mejor la “visión ahistórica”. A veces se ha llamado a la alta crítica la “hipótesis documental”. Pero como todas las escuelas de crítica y todas las doctrinas de inspiración son igualmente hospitalarias a la suposición de que los escritores bíblicos pueden haber consultado documentos y pueden haberlos citado, la alta crítica no tiene ningún derecho especial a este título. Debemos recurrir, por lo tanto, al nombre “la alta crítica” como el mejor a nuestra disposición, y a su definición como principalmente una inspección de producciones literarias para determinar sus fechas, sus autores y su valor, tal como ellos mismos, interpretados a la luz de la hipótesis de la evolución, puedan arrojar la evidencia.

“RESULTADOS ASEGURADOS” DE LA ALTA CRÍTICA

Paso ahora a preguntar qué profesan haber descubierto los altos críticos mediante este método de estudio. Los “resultados asegurados” de los que se felicitan se declaran de diversas maneras. En este país e Inglaterra comúnmente asumen una forma menos radical que la que se les da en Alemania, aunque lo suficientemente sorprendente y destructiva como para despertar una protesta vigorosa y una demanda vigorosa de las evidencias, las cuales, como veremos, no se han producido y no pueden producirse. La forma menos sorprendente de los “resultados asegurados” anunciados generalmente en Inglaterra y América puede deberse a la luz más brillante del cristianismo en estos países. Sin embargo, debe notarse que hay altos críticos en este país e Inglaterra que van más allá de los principales representantes alemanes de la escuela en su celo por el destronamiento del Antiguo Testamento y del Nuevo, en la medida en que estos libros sagrados se presentan al mundo como la misma Palabra de Dios, como una revelación especial del cielo.

La siguiente declaración de Zenos (página 205) puede servir para introducirnos a la forma más moderada de los “resultados asegurados” alcanzados por los altos críticos. Se refiere al análisis del Pentateuco, o más

bien del Hexateuco, incluyéndose el libro de Josué en el estudio. “El Hexateuco es una obra compuesta cuyo origen e historia pueden rastrearse en cuatro etapas distintas: (1) Un escritor designado como J. Yavista, o Jehovista, o historiador profético de Judea, compuso una historia del pueblo de Israel alrededor del 800 a. C. (2) Un escritor designado como E. Elohísta, o historiador profético Efraimita, escribió una obra similar unos cincuenta años más tarde, o alrededor del 750 a. C. Estos dos se usaron por separado durante un tiempo, pero fueron fusionados en JE por un redactor (un editor), a finales del siglo séptimo. (3) Un escritor de carácter diferente escribió un libro que constituye la porción principal de nuestro actual Deuteronomio durante el reinado de Josías, o poco tiempo antes del 621 a. C. Este escritor es designado como D. A su obra se le añadieron una introducción y un apéndice, y con estas acreciones se unió con JE por un segundo redactor, constituyendo JED. (4) Contemporáneamente con Ezequiel, la ley ritual comenzó a reducirse a la escritura. Primero apareció en tres formas paralelas. Estas fueron codificadas por Esdras no mucho antes del 444 a. C., y entre esa fecha y el 280 a. C. se unió con JED por un redactor final. Así, no menos de nueve o diez hombres participaron en la producción del Hexateuco en su forma actual, y cada uno puede distinguirse del resto por su vocabulario y estilo y su punto de vista religioso”.

Tal es el análisis del Pentateuco como se declara usualmente en este país. Pero en Alemania y Holanda sus principales representantes llevan la división del trabajo mucho más lejos. Wellhausen distribuye la tarea total entre veintidós escritores, y Kuenen entre dieciocho. Muchos otros resuelven cada escritor individual en una escuela de escritores, y así multiplican los números enormemente. No hay acuerdo entre los altos críticos respecto a este análisis y, por lo tanto, el aprendiz cauteloso bien puede esperar hasta que aquellos que representan la teoría le digan exactamente qué es lo que desean que aprenda.

Mientras que algunos de los “resultados asegurados” están así en duda, ciertas cosas son cuestiones de acuerdo general. Moisés escribió poco o nada, si es que alguna vez existió. Una gran parte del Hexateuco consiste en leyendas ahistóricas. Podemos conceder que Abraham, Isaac, Jacob, Ismael y Esaú existieron, o podemos negar esto. En cualquier caso, lo que se registra de ellos es principalmente mito. Estas negaciones de la verdad de los registros escritos se siguen como algo natural de la datación tardía de los libros, y la suposición de que los escritores solo podían poner por escrito la tradición nacional. Pueden haber trabajado en parte como recolectores de historias escritas que se encontraban aquí y allá; pero, si es así, estas historias escritas no eran antiguas, y estaban diluidas por historias transmitidas oralmente. Estos fragmentos, ya fueran escritos u orales, deben haber seguido la ley general de las tradiciones nacionales, y haber presentado una mezcla de paja legendaria, con aquí y allá un grano de verdad histórica para ser tamizado mediante un aventamiento cuidadoso.

Hasta aquí el Hexateuco.

Los Salmos están tan llenos de referencias al Hexateuco que deben haber sido escritos después de él y, por lo tanto, después del cautiverio, tal vez comenzando alrededor del 400 a. C. David posiblemente pudo haber escrito uno o dos de ellos, pero probablemente no escribió ninguno, y la fuerte convicción del pueblo hebreo de que él fue su mayor escritor de himnos fue un error total.

Estos procesos revolucionarios se llevan al Nuevo Testamento, y eso también se encuentra que es en gran medida poco confiable como historia, como doctrina y como ética, aunque un libro muy bueno, ya que da expresión a ideales elevados, y así ministra a la vida espiritual. Bien puede tener influencia, pero no puede tener autoridad divina. El lector cristiano debe considerar cuidadosamente esta invasión del Nuevo Testamento por la alta crítica. Mientras el movimiento se limitó al Antiguo Testamento, muchos hombres buenos observaron con indiferencia, sin reflexionar que la Biblia, aunque contiene “muchas partes” de muchos escritores, y aunque registra una revelación progresiva, es, después de todo, un solo libro. Pero los límites del Antiguo Testamento han sido sobrepasados hace mucho tiempo por los altos críticos, y se nos exige que abandonemos la enseñanza inmemorial de la iglesia concerniente al volumen completo. La imagen de Cristo que el Nuevo Testamento pone ante nosotros es en muchos aspectos errónea. Las doctrinas

del cristianismo primitivo que declara y defiende eran bastante buenas para el momento, pero no tienen valor para nosotros hoy excepto en la medida en que se recomiendan a nuestro juicio independiente. Sus preceptos morales son falibles, y debemos aceptarlos o rechazarlos libremente, de acuerdo con la mayor luz del siglo veinte. Incluso Cristo podía errar respecto a cuestiones éticas, y ni sus mandamientos ni su ejemplo necesitan constreñirnos.

Lo anterior puede servir como un bosquejo introductorio, demasiado breve, de la alta crítica, y como base de la discusión de sus falacias, que seguirá inmediatamente ahora.

Primera Falacia: El Análisis del Pentateuco

La primera falacia que presentaré es su análisis del Pentateuco.

1. No podemos dejar de observar que estos diversos documentos y sus diversos autores y editores son solo imaginados. Como ha dicho Green (*Moses and His Recent Critics*, páginas 104, 105): “No hay evidencia de la existencia de estos documentos y redactores, y ninguna pretensión de alguna, aparte de las pruebas críticas que han determinado el análisis. Toda la tradición y todo el testimonio histórico sobre el origen del Pentateuco están en contra de ellos. La carga de la prueba recae totalmente sobre los críticos. Y esta prueba debería ser clara y convincente en proporción a la gravedad y el carácter revolucionario de las consecuencias que se propone basar en ella”.
2. Además, sabemos lo que se puede hacer, o más bien lo que no se puede hacer, en el análisis de producciones literarias compuestas. Algunas de las obras de teatro de Shakespeare se llaman sus “obras mixtas”, porque se sabe que colaboró con otro autor en su producción. Los críticos más agudos han buscado separar su parte en estas obras del resto, pero confiesan que el resultado es incertidumbre e insatisfacción. Coleridge profesó distinguir los pasajes contribuidos por Shakespeare mediante un proceso de sentimiento, pero Macaulay pronunció que esta afirmación era una tontería, y todo el esfuerzo, ya fuera hecho por el análisis de la fraseología y el estilo, o por percepciones estéticas, es un fracaso admitido. Y esto a pesar del hecho de que el estilo de Shakespeare es uno de los más peculiares e inimitables. El *Libro de Oración* anglicano es otra producción compuesta que los altos críticos han sido invitados a menudo a analizar y distribuir a sus diversas fuentes. Algunos de los autores de estas fuentes vivieron con siglos de diferencia. Ahora son bien conocidos por los estudios de los historiadores. Pero el *Libro de Oración* mismo no revela a ninguno de ellos, aunque sus diversos vocabularios y estilos han sido interrogados cuidadosamente. Ahora bien, si el análisis del Pentateuco puede llevar a tales certezas, ¿por qué no debería hacer tanto el análisis de Shakespeare y del *Libro de Oración*? ¿Cómo pueden los hombres lograr en un idioma extranjero lo que no pueden lograr en el suyo propio? ¿Cómo pueden lograr en una lengua muerta lo que no pueden lograr en una lengua viva? ¿Cómo pueden distinguir diez o dieciocho o veintidós colaboradores en una pequeña producción literaria, cuando no pueden distinguir dos? Estas preguntas se han hecho muchas veces, pero los altos críticos no han dado respuesta alguna, prefiriendo la seguridad de un silencio erudito; “Los oráculos están mudos”.
3. Se ha hecho mucho de las diferencias de vocabulario en el Pentateuco, y se han asignado listas elaboradas de palabras a cada uno de los supuestos autores. Pero estas distinciones se desvanecen cuando se someten a un escrutinio cuidadoso, y Driver admite que “los criterios fraseológicos son leves”. Orr, (*The Problem of the Old Testament*, página 230) quien cita este testimonio, añade: “Son leves, de hecho, hasta un grado de tenuidad que a menudo hace que el recuento de ellos parezca una nimiedad”.

Segunda Falacia: La Teoría de la Evolución Aplicada a la Literatura y la Religión

Una segunda falacia fundamental de la alta crítica es su dependencia de la teoría de la evolución como la explicación de la historia de la literatura y de la religión. El progreso de la alta crítica hacia su estado actual ha sido rápido y seguro desde que Vatke (*Die Biblische Theologie Wissenschaftlich Dargestellt*) descubrió en la filosofía hegeliana de la evolución un medio de crítica bíblica. La filosofía spenceriana de la evolución, ayudada y reforzada por el darwinismo, ha añadido grandemente a la confianza de los altos críticos. Así como Vatke, uno de los primeros miembros de la escuela, hizo de la hipótesis de la evolución la presuposición guía de su trabajo crítico, así hoy lo hace el Profesor Jordan (*Biblical Criticism and Modern Thought*, T. and T. Clark, 1909), el representante más reciente de la alta crítica. “El siglo diecinueve”, declara, “ha aplicado a la historia de los documentos del pueblo hebreo su propia palabra mágica, evolución. El pensamiento representado por esa palabra popular se ha encontrado que tiene un significado real en nuestras investigaciones con respecto a la vida religiosa y las creencias teológicas de Israel”. Así, si no hubiera hipótesis de evolución, no habría alta crítica. Los “resultados asegurados” de la alta crítica se han ganado, después de todo, no por un estudio inductivo de los libros bíblicos para determinar si presentan una gran variedad de estilos y vocabularios y puntos de vista religiosos. Se han alcanzado asumiendo que la hipótesis de la evolución es verdadera, y que la religión de Israel debe haberse desarrollado por un proceso de evolución natural. Se han alcanzado mediante un contrainterrogatorio interesado de los libros bíblicos para obligarlos a admitir la hipótesis de la evolución. La imaginación ha jugado una gran parte en el proceso, y las llamadas evidencias sobre las cuales descansan los “resultados asegurados” son en gran medida imaginarias.

Pero la hipótesis de la evolución, cuando se aplica a la historia de la literatura, es una falacia, dejándonos totalmente incapaces de explicar a Homero, o Dante, o Shakespeare, los poetas más grandes del mundo, pero todos ellos escribiendo en el amanecer de las grandes literaturas del mundo. Es una falacia cuando se aplica a la historia de la religión, dejándonos totalmente incapaces de explicar a Abraham y Moisés y Cristo, y requiriéndonos negar que pudieran haber sido tales hombres como la Biblia declara que fueron. La hipótesis es una falacia cuando se aplica a la historia de la raza humana en general. Nuestra raza ha progresado bajo la influencia de la revelación sobrenatural; pero el progreso bajo la influencia de la revelación sobrenatural es una cosa, y la evolución es otra. Buckle (*History of Civilization in England*) emprendió explicar la historia mediante una aplicación exhaustiva de la hipótesis de la evolución a sus problemas; pero ningún historiador hoy cree que tuvo éxito en su esfuerzo, y su obra es considerada universalmente como una curiosidad brillante. Los tipos de evolución defendidos por diferentes altos críticos son ampliamente diferentes entre sí, variando desde el naturalismo puro de Wellhausen hasta el reconocimiento de algunos rayos débiles de revelación sobrenatural; pero la hipótesis de la evolución en cualquier forma, cuando se aplica a la historia humana, nos ciega y nos vuelve incapaces de contemplar la gloria de Dios en sus manifestaciones más insignes.

Tercera Falacia: La Biblia como un Libro Natural

Una tercera falacia de los altos críticos es la doctrina concerniente a las Escrituras que enseñan. Si se hace de una hipótesis consistente de evolución la base de nuestro pensamiento religioso, la Biblia será considerada solo como un producto de la naturaleza humana trabajando en el campo de la literatura religiosa. Será meramente un libro natural. Si hay altos críticos que retroceden ante esta aplicación de la hipótesis de la evolución y que buscan modificarla reconociendo algunas evidencias especiales de lo divino en la Biblia, la inspiración de la que hablan se eleva muy poco por encima de la guía providencial de los escritores.

La doctrina de la iglesia de la plena inspiración de la Biblia casi nunca es sostenida por los altos críticos de ninguna clase, incluso de los más creyentes. Aquí y allá podemos descubrir a uno y otro que intentan salvar algunos fragmentos de la doctrina de la iglesia, pero son pocos y distantes entre sí, y el rescate al que se aferran es tan pequeño y pobre que apenas vale la pena. A través de sus filas, la tormenta de oposición a lo sobrenatural en todas sus formas es tan feroz que deja poco lugar para la fe de la iglesia de que la Biblia es

la misma Palabra de Dios para el hombre. Pero la falacia de esta negación es evidente para todo creyente que lee la Biblia con una mente abierta. Él sabe por una conciencia inmediata que es el producto del Espíritu Santo. Como las ovejas conocen la voz del pastor, así el cristiano maduro sabe que la Biblia habla con una voz divina. Sobre este terreno todo cristiano puede probar el valor de la alta crítica por sí mismo. La Biblia se manifiesta a la percepción espiritual del cristiano como en el sentido más pleno humana, y en el sentido más pleno divina. Esto es cierto del Antiguo Testamento, así como del Nuevo.

Cuarta Falacia: Los Milagros Negados

Otra falacia de los críticos de la alta crítica se encuentra en sus enseñanzas concernientes a los milagros bíblicos. Si la hipótesis de la evolución se aplica a las Escrituras consistentemente, nos llevará a negar todos los milagros que ellas registran. Pero si se aplica tímida y vacilantemente, como lo hacen algunos de los críticos de la alta crítica ingleses y americanos, nos llevará a negar una gran parte de los milagros, e inyectar tanto de lo natural como sea posible en el resto. Colaremos tanto del mosquito de lo sobrenatural como podamos, y tragaremos tanto del camello de la evolución como podamos. Probablemente rechazaremos todos los milagros del Antiguo Testamento, explicando algunos de ellos como leyendas populares, y otros como coincidencias. En el Nuevo Testamento escogeremos y elegiremos, y no habrá dos de nosotros que estemos de acuerdo respecto a cuáles rechazar y cuáles aceptar. Si la alta crítica se adopta como la doctrina de la iglesia, los creyentes quedarán en un estado angustioso de duda e incertidumbre respecto a las narrativas de los cuatro Evangelios, y los incrédulos se burlarán y mofarán. Una teoría que conduce a tales divagaciones de pensamiento respecto a lo sobrenatural en las Escrituras debe ser falaz. Dios no es Dios de confusión.

Entre los críticos de la alta crítica que aceptan algunos de los milagros hay un deseo notable de desacreditar el nacimiento virginal de nuestro Señor, y su tratamiento de este evento presenta un buen ejemplo de las falacias de razonamiento por medio de las cuales abolirían muchos de los otros milagros. Una característica de su argumento puede bastar como exhibición de todas. Es la búsqueda de paralelos en las mitologías paganas. Hay muchas instancias en las historias paganas del nacimiento de hombres de madres humanas y padres divinos, y los críticos de la alta crítica crearían la impresión de que los escritores que registran el nacimiento de Cristo fueron influenciados por estas fábulas para emularlas, y así asegurar para Él el honor de una paternidad celestial. Resulta, sin embargo, que estas fábulas paganas no nos presentan en ningún caso a una madre virgen; el niño es siempre el producto del comercio con un dios que asume una forma humana para el propósito. La desesperación de los críticos de la alta crítica en esta búsqueda de eventos de la misma clase está bien ilustrada por Cheyne (*Bible Problems*, página 86), quien cita el registro del rey babilónico Sargón, alrededor del 3.800 a. C. Este monarca se representa a sí mismo como habiendo “nacido de una madre pobre en secreto, y no conociendo a su padre”. Ha habido muchos millones de tales instancias, pero no pensamos en las madres como vírgenes. Tampoco la historia babilónica afirma que la madre de Sargón fuera una virgen, o incluso que su padre fuera un dios. Es claro que Sargón no pretendía reclamar un origen sobrenatural, pues, después de decir que él “no conocía a su padre”, añade que “el hermano de su padre vivía en las montañas”. Fue un caso como multitudes de otros en los cuales niños, huérfanos tempranamente, no han conocido a sus padres, pero han conocido a los parientes de sus padres. Esta declaración de Sargón la cito de una traducción de la misma hecha por el propio Cheyne en la *Encyclopedia Biblica*. Él continúa: “Hay razón para sospechar que algo similar se dijo originalmente por los israelitas de Moisés”. Para corroborar esto añade: “Ver *Encyclopedia Biblica*, ‘Moisés’, sección 3 con nota 4”. Al acudir a esta referencia el lector encuentra que el artículo fue escrito por el propio Cheyne, y que no contiene evidencia alguna.

Quinta Falacia: El Testimonio de la Arqueología Negado

La limitación del campo de investigación tanto como sea posible a los libros bíblicos como producciones literarias ha vuelto a muchos de los críticos de la alta crítica reacios a admitir la nueva luz derivada de la

arqueología. Esto es concedido por Cheyne. (*Bible Problems*, página 142.) “No tengo deseo de negar”, dice él, “que los llamados ‘críticos de la alta crítica’ en el pasado eran por regla general sospechosos de la asiriología como una ciencia joven, y, como ellos pensaban, demasiado autoafirmativa, y que muchos de los que ahora reconocen sus contribuciones al conocimiento son algo demasiado mecánicos en el uso de ella, y demasiado escépticos en cuanto a la influencia de la cultura babilónica en tiempos relativamente tempranos en Siria, Palestina e incluso Arabia”. Este reconocimiento renuente del testimonio de la arqueología puede observarse en varios detalles.

1. Se dijo que el Hexateuco debió haber sido formado principalmente por la recolección de tradiciones orales, porque no es de suponerse que los primeros hebreos poseyeran el arte de la escritura y de guardar registros. Pero el progreso entero del estudio arqueológico refuta esto. En particular el descubrimiento de las tabletas de Tel el-Amarna ha mostrado que la escritura en caracteres cuneiformes y en el lenguaje asirio-babilónico era común a todo el mundo bíblico mucho antes del éxodo. El descubrimiento fue hecho por campesinos egipcios en 1887. Hay más de trescientas tabletas, que vinieron de varias tierras, incluyendo Babilonia y Palestina. Otros hallazgos han añadido su testimonio al hecho de que la escritura y la preservación de registros eran las pasiones peculiares del antiguo mundo civilizado. Bajo la presión de las evidencias abrumadoras, el Profesor Jordan escribe lo siguiente: “La cuestión en cuanto a la antigüedad de la escritura nunca jugó un gran papel en la discusión”. Él recurre a la suposición de que la vida nómada de los primeros hebreos les impediría adquirir el arte de la escritura. Nos trata con un razonamiento tal como el siguiente: “Si el hecho de que la escritura es muy antigua es un argumento tan poderoso cuando se toma solo, podría permitirte probar que Alfredo el Grande escribió las obras de Shakespeare”.
2. Fue fácil tratar a Abraham como una figura mítica cuando los registros tempranos de Babilonia eran poco conocidos. El colorido entero de esos capítulos de Génesis que se refieren a Mesopotamia podía ser considerado como el producto de la imaginación. Este ya no es el caso. Así Clay, * escribiendo sobre Génesis 14, dice: “La teoría del origen tardío de todas las Escrituras hebreas impulsó a los críticos a declarar que esta narrativa era una pura invención de un escritor hebreo posterior. Los patriarcas fueron relegados a la región del mito y la leyenda. Abraham fue hecho un padre ficticio de los hebreos. Incluso la situación política fue declarada inconsistente con los hechos. Pesando cuidadosamente la posición tomada por los críticos a la luz de lo que ha sido revelado a través del desciframiento de las inscripciones cuneiformes, encontramos que los fundamentos mismos sobre los cuales descansan sus teorías, con referencia a los puntos que podían ser probados, desaparecen totalmente. La verdad es que dondequiera que se ha arrojado alguna luz sobre el tema a través de excavaciones, sus hipótesis han sido invariablemente halladas deficientes. * (*Light on the Old Testament from Babel*. 1907. Clay es Profesor Asistente y Curador Asistente de la Sección Babilónica, Departamento de Arqueología, en la Universidad de Pensilvania.)

Pero los críticos de la alta crítica son todavía reacios a admitir esta nueva luz. Así Kent (*Biblical World*, Dic., 1906) dice: “El valor primario de estas historias es didáctico y religioso, más que histórico”.

3. Los libros de Josué y Jueces han sido considerados por los críticos de la alta crítica como no históricos bajo el fundamento de que su retrato de la condición política, religiosa y social de Palestina en el siglo decimotercero a. C. es increíble. Esto no se puede decir por más tiempo, pues las excavaciones recientes en Palestina nos han mostrado una tierra exactamente como la de estos libros. El retrato es tan preciso, y está dibujado en tantos lineamientos minuciosos, que no puede ser el producto de la tradición oral flotando a través de mil años. En qué detalles se exhibe la exactitud del cuadro bíblico de la Palestina temprana puede verse tal vez mejor en las excavaciones de Macalister (*Bible Side-Lights from the Mound of Gezer*) en Gezer. Aquí de nuevo no hay absolutamente discrepancias entre la Tierra y el Libro, pues la Tierra levanta mil voces para testificar que el Libro es historia y no leyenda.

4. Fue sostenido por los críticos de la alta crítica que la legislación que llamamos Mosaica no pudo haber sido producida por Moisés, dado que su época era demasiado temprana para tales códigos. Este razonamiento fue completamente negado por el descubrimiento del código de Hammurabi, el Amrafel (Sobre este asunto ver cualquier diccionario de la Biblia, art. “Amrafel”) de Génesis 14. Este código es muy diferente del de Moisés; es más sistemático; y es al menos setecientos años anterior a la legislación Mosaica.

En resumen, desde el origen de la alta crítica hasta este tiempo presente los descubrimientos en el campo de la arqueología le han dado una sucesión de golpes serios. Los críticos de la alta crítica se conmocionaron cuando la pasión del mundo antiguo por la escritura y la preservación de documentos fue descubierta. Se conmocionaron cuando la Babilonia primitiva apareció como la tierra de Abraham. Se conmocionaron cuando la Palestina temprana apareció como la tierra de Josué y los Jueces. Se conmocionaron cuando Amrafel regresó de la tumba como un personaje histórico real, portando su código de leyes. Se conmocionaron cuando la estela del Faraón del éxodo fue leída, y se probó que él conocía a un pueblo llamado Israel, que ellos no tenían lugar fijo de residencia, que estaban “sin grano” para comida, y que en estos particulares ellos eran bastante como son representados por las Escrituras haber sido cuando habían huido de Egipto hacia el desierto.* La vergüenza creada por estos descubrimientos es manifiesta en muchos de los escritos recientes de los críticos de la alta crítica, en los cuales, sin embargo, ellos todavía se aferran heroicamente a su análisis y su datación tardía del Pentateuco y su confianza en la hipótesis de la evolución como la clave de toda la historia.

* (Los críticos de la alta crítica usualmente pasan por alto esta notable inscripción, y no nos dan ni una traducción exacta ni una interpretación natural de ella. Tengo, por lo tanto, especial placer en citar lo siguiente de Driver, *Authority and Archaeology*, página 61: “Mientras que los otros lugares nombrados en la inscripción todos tienen el determinativo para ‘país’, Ysiraal tiene el determinativo para ‘hombres’: se sigue que la referencia no es a la tierra de Israel, sino a Israel como una tribu o pueblo, ya sea migratorio, o en marcha”. Así este distinguido crítico de la alta crítica sanciona la visión del registro que yo he adoptado. Él representa a Maspero y Naville haciendo lo mismo.)

Sexta Falacia: Los Salmos Escritos después del Exilio

Los Salmos son usualmente fechados por los críticos de la alta crítica después del exilio. La gran mayoría de los críticos de la alta crítica están de acuerdo aquí, y nos dicen que estas variadas y conmovedoras y magníficas líricas de experiencia religiosa vienen todas a nosotros de un período posterior al 450 a. C. Unos pocos de los críticos admiten un origen más temprano de tres o cuatro de ellos, pero hacen esto vacilantemente, de mala gana, y contra el consenso general de opinión entre sus compañeros. En la Biblia un número muy grande de los Salmos se atribuyen a David, y estos, con unas pocas excepciones insignificantes y dudosas, le son negados y traídos abajo, como el resto, a la era del segundo templo. Esto me lleva a las siguientes observaciones:

1. ¿Quién escribió los Salmos? Aquí los críticos de la alta crítica no tienen respuesta. Del período del 400 al 175 a. C., estamos en ignorancia casi total. Josefo no sabe casi nada sobre ello, ni ningún otro escritor nos ha dicho más. Sin embargo, de acuerdo a la teoría, fue precisamente en estos siglos de silencio, cuando los judíos no tenían grandes escritores, que produjeron este magnífico estallido de canción sagrada.
2. Esto es tanto más notable cuando consideramos a los hombres bien conocidos a quienes la teoría niega la autoría de cualquiera de los Salmos. La lista incluye nombres tales como Moisés, David, Samuel, Natán, Salomón, Isaías, Jeremías, y la larga lista de profetas preexílicos. Se nos pide creer

que estos hombres no compusieron Salmos, y que la colección entera fue contribuida por hombres tan oscuros que no han dejado ningún nombre por el cual podamos identificarlos con su obra.

3. Esto parecerá aún más extraordinario si consideramos los tiempos en los cuales, se dice, no se produjeron Salmos, y los contrastamos con los tiempos en los cuales todos ellos fueron producidos. Los tiempos en los cuales ninguno fue producido fueron los grandes tiempos, los tiempos de crecimiento, de fermento mental, de conquista, de expansión imperial, de desastre, y de recuperación. Los tiempos en los cuales ninguno fue producido fueron los tiempos del espléndido templo de Salomón, con su espléndida adoración. Los tiempos en los cuales ninguno fue producido fueron los tiempos heroicos de Elías y Eliseo, cuando el pueblo de Jehová luchó por su existencia contra las abominaciones de los dioses paganos. Por otro lado, los tiempos que realmente los produjeron fueron los tiempos de creciente legalismo, de oscuridad, y de habilidades inferiores. Todo esto es increíble. Podríamos creerlo solo si primero llegáramos a creer que los Salmos son obras de leve valor literario y religioso. Esto es realmente hecho por Wellhausen, quien dice (Citado por Orr, *The Problem of the Old Testament*, página 435): “Ciertamente son en la menor medida originales, y son en su mayor parte imitaciones que ilustran el dicho sobre el mucho escribir”. Los Salmos no son todos de un grado igualmente alto de excelencia, y hay unos pocos de ellos que podrían dar algún leve color de justicia a esta depreciación de la colección entera. Pero como un todo son exactamente lo reverso de este cuadro. Además, contienen absolutamente ningún legalismo, sino que son tan libres de él como lo son el Sermón del Monte y las epístolas paulinas. Aún más, los escritores destacan como personalidades, y deben haber dejado una impresión profunda sobre sus compañeros. Finalmente, estaban llenos del fuego del genio encendido por el Espíritu Santo. Es imposible para nosotros atribuir los Salmos a las mediocridades desconocidas del período que siguió a la restauración.
4. Muchos de los Salmos parecen llanamente ser antiguos. Cantan de eventos tempranos, y no tienen rastro de alusión a la era que se dice que los produjo.
5. El gran número de Salmos atribuidos a David ha atraído la atención especial de los críticos de la alta crítica. Le son negados bajo varios fundamentos. Él era un hombre malvado, y por tanto incapaz de escribir estas alabanzas al Dios de justicia. Él era un guerrero y estadista de hierro, y por tanto no dotado con las emociones encontradas en estas producciones. Él estaba tan ocupado con los cuidados de la conquista y la administración que no tenía ocio para el trabajo literario. Finalmente, su concepción de Dios era totalmente diferente de aquella que movía a los salmistas.

La mayor parte de este catálogo de incapacidades es manifiestamente errónea. David, con algunas faltas evidentes, y con un solo crimen enorme, por el cual estuvo profundamente penitente, fue uno de los hombres más nobles. Fue de hecho un guerrero y estadista de hierro, pero también uno de los caracteres históricos más emocionales. Estaba ocupado, pero los hombres ocupados rara vez encuentran alivio en ocupaciones literarias, como Washington, durante la Guerra Revolucionaria, derramó una marea continua de cartas, y como César, Marco Aurelio, y Gladstone, mientras estaban cargados con los cuidados del imperio, compusieron libros inmortales. La concepción de Dios con la cual David comenzó su carrera era de hecho estrecha (1 Samuel 26:19). ¿Pero no aprendió nada en todas sus experiencias posteriores, y sus asociaciones con santos sacerdotes y profetas? Ciertamente era enseñable: ¿falló Dios en hacer uso de él para revelarse más a Sí mismo a su pueblo? Negar estos Salmos a David sobre el fundamento de sus visiones limitadas de Dios en su vida temprana, ¿no es esto negar que Dios hizo revelaciones sucesivas de Sí mismo dondequiera que encontró canales adecuados? Si, además, consideramos la habilidad incuestionada de David en la música de su nación y su era (1 Samuel 16:14-25), esto constituirá una presuposición a favor de su interés en la canción sagrada. Si, finalmente, consideramos su carrera personal de peligro y liberación, esto aparecerá como el medio natural de despertar en él el espíritu de variada poesía

religiosa. Sus tiempos fueron muy parecidos al período isabelino, que suministró un estímulo sin ejemplo a la mente inglesa.

De todo esto podemos volvernos al veredicto singular del Profesor Jordan: “Si un hombre dice que no puede ver por qué David no pudo haber escrito los Salmos 51 y 139, estás obligado a responder tan cortésmente como sea posible que si él los escribió entonces cualquier hombre puede escribir cualquier cosa”. Así también podemos decir, “tan cortésmente como sea posible”, que si Shakespeare, con su “poco latín y menos griego”, escribió sus incomparables dramas, “entonces cualquier hombre puede escribir cualquier cosa”; que si Dickens, con su mera educación elemental, escribió sus grandes novelas, “entonces cualquier hombre puede escribir cualquier cosa”; y que si Lincoln, quien no tuvo escolaridad temprana, escribió su discurso de Gettysburg, “entonces cualquier hombre puede escribir cualquier cosa”.

Séptima Falacia: Deuteronomio No Escrito por Moisés

Uno de los puntos fijos de la alta crítica es su teoría del origen de Deuteronomio. En 1 Reyes 22 tenemos la historia del hallazgo del libro de la ley en el templo, que estaba siendo reparado. Ahora bien, los críticos de la alta crítica presentan este hallazgo, no como el descubrimiento de un documento antiguo, sino como el hallazgo de un documento enteramente nuevo, que había sido escondido en el templo para que pudiera ser encontrado, pudiera ser aceptado como la producción de Moisés, y pudiera producir un efecto por su autoría asumida. No se supone por un momento que el escritor eligiera inocentemente el vestido ficticio de la autoría Mosaica para propósitos meramente literarios. Por el contrario, se mantiene firmemente que él tenía la intención de engañar, y que otros estaban con él en la conspiración para engañar. Esta declaración del caso me lleva a las siguientes reflexiones:

1. De acuerdo con la teoría, esta fue una instancia de fraude piadoso. Y el fraude debe haber sido preparado deliberadamente. El manuscrito debe haber sido ensuciado y desgastado mediante un cuidado especial, pues fue admitido de inmediato como antiguo. Esta suposición de engaño debe siempre repeler al creyente cristiano.
2. Nuestro Señor extrae del libro de Deuteronomio los tres textos con los cuales Él frustra al tentador, Mateo 4:1-11, Lucas 4:1-14. Debe siempre conmocionar al estudiante devoto que su Salvador seleccionara sus armas de un arsenal fundado en el engaño.
3. Esto puede ser llamado una apelación a la piedad ignorante, en lugar de a la crítica erudita. Pero seguramente el argumento moral debería tener algún peso en la crítica erudita. En la esfera de la religión las imposibilidades morales son tan insuperables como las físicas y mentales.
4. Si nos volvemos a la consideración de un tipo literario, debe observarse que la alta crítica va en contra aquí de la declaración del libro mismo de que Moisés fue su autor.
5. Va en contra de la narrativa del hallazgo del libro, y convierte el hallazgo de un libro antiguo en la falsificación de un libro nuevo.
6. Va en contra del juicio de todos los hombres inteligentes del tiempo que se enteraron del descubrimiento. Ellos juzgaron que el libro había descendido de la era Mosaica, y que era de la pluma de Moisés. No escuchamos de disensión alguna.
7. Busca apoyo en una variedad de razones, tales como el estilo, discrepancias históricas y contradicciones legales, todas las cuales prueban ser de poca sustancia cuando se examinan justamente.

Octava Falacia: La Legislación Sacerdotal No Promulgada Hasta el Exilio

Otro caso de falsificación se encuentra en el origen de la legislación sacerdotal, si hemos de creer a los críticos de la alta crítica. Esta legislación está contenida en un gran número de pasajes dispersos a través de Éxodo, Levítico y Números. Tiene que ver principalmente con el tabernáculo y su adoración, con los deberes de los sacerdotes y Levitas, y con las relaciones del pueblo con las instituciones de la religión. Es atribuida a Moisés en veintenas de lugares. Tiene un fuerte colorido de la era Mosaica y de la vida en el desierto. Afirma la existencia del tabernáculo, con una administración ordenada de los servicios rituales. Pero todo esto es imaginado, pues la legislación es una producción tardía. Antes del exilio había servicios en el templo y un sacerdocio, con ciertas regulaciones concernientes a ellos, ya fueran orales o escritas, y se hizo uso de esta tradición; pero como un todo la legislación fue promulgada por hombres tales como Ezequiel y Esdras durante e inmediatamente después del exilio, o alrededor del 444 a. C. El nombre de Moisés, la ficción de un tabernáculo, y el colorido general de la era Mosaica, le fueron dados para hacerla autoritativa y para asegurar la pronta obediencia de la nación. Pero ahora:

1. La objeción moral aquí es insuperable. La suposición de falsificación, y de una falsificación tan astuta, tan elaborada y tan minuciosa, es aborrecible. Si la falsificación hubiera sido inventada y ejecutada por hombres malvados para promover algún esquema de egoísmo, habría sido menos odiosa. Pero cuando se nos presenta como el expediente de hombres santos, para el avance de la religión del Dios de justicia, que después floreció en el cristianismo, debemos rebelarnos.
2. La teoría nos da un retrato de hombres tales como Ezequiel y Esdras que es totalmente ajeno a todo lo que sabemos de ellos. El expediente podría ser digno de los profetas de Baal o de Quemós; ciertamente no era digno de los profetas de Jehová, y los deshonramos cuando se lo atribuimos a ellos y los colocamos sobre un plano bajo de artimaña y astucia del cual los registros concernientes a ellos son totalmente ignorantes.
3. El pueblo que regresó del exilio estaba entre los más inteligentes y emprendedores de la nación, de lo contrario no habrían regresado, y no habrían sido engañados por la aparición repentina de leyes Mosaicas falsificadas para la ocasión y nunca antes oídas.
4. Muchas de las regulaciones de esta legislación son drásticas. Sometía a los sacerdotes y Levitas a una regla que debe haber sido molesta en extremo, y no habría sido aceptada a la ligera. Podemos estar seguros de que si hubiera sido una cosa nueva fraudulentamente atribuida a Moisés, estos hombres habrían detectado el engaño, y habrían rehusado ser atados por él. Pero no escuchamos de ninguna revuelta, o siquiera de ninguna crítica.

Tales son algunas de las falacias fundamentales de la alta crítica. Constituyen un despliegue de imposibilidades. Las he declarado en sus formas más moderadas, para que puedan ser vistas y pesadas sin las extravagancias notables en las que algunos de sus defensores incurren. En la interpretación más leve que se les puede dar, son repugnantes para la fe cristiana.

No Hay Término Medio

Pero, ¿no podríamos aceptar una parte de este sistema de pensamiento sin ir a ningún extremo dañino? Muchos hoy están buscando hacer esto. Nos presentan dos resultados diversos.

1. Algunos, que están parados al comienzo de la marea, se encuentran a sí mismos en una posición de duda. Si son laicos, no saben qué creer. Si son ministros, no saben qué creer o enseñar. En cualquier caso, no tienen base firme, y ningún Evangelio, excepto unos pocos lugares comunes que hacen poco daño y poco bien.

2. La mayoría de aquellos que luchan por pararse aquí encuentran imposible hacerlo, y se entregan a la corriente. Hay consistencia intelectual en la elevada doctrina eclesiástica de la inspiración. Puede haber consistencia intelectual en la doctrina de que todas las cosas han tenido un origen y una historia naturales, bajo la providencia general de Dios, a diferencia de su revelación sobrenatural de Sí mismo a través de hombres santos, y especialmente a través de su Hijo co-igual, de modo que la Biblia es tan poco sobrenatural como la “Imitación de Cristo” o “El Progreso del Peregrino”. Pero no hay posición de consistencia intelectual entre estas dos, y la gran masa de aquellos que intentan pausar en varios puntos a lo largo del descenso son barridos con la corriente. La visión natural de las Escrituras es un mar que ha estado subiendo más alto por tres cuartos de siglo. Muchos cristianos le dan la bienvenida para que se vierta ligeramente sobre los muros que la fe de la iglesia siempre ha levantado contra ella, en la expectativa de que probará ser una corriente saludable y útil. Es ya una catarata, desarraigando, destruyendo y matando.

[Apéndice con libros en inglés apareció aquí en el texto original]

Capítulo 11 Cristo y la Crítica

Por Sir Robert Anderson, Orden británica de caballería, Doctor en Derecho.

Autor de *The Bible and Modern Criticism*, etcétera.

Londres, Inglaterra

En su obra *Founders of Old Testament Criticism* [Fundadores de la crítica del Antiguo Testamento], el profesor Cheyne de Oxford le da el lugar más destacado a Eichhorn. De hecho, lo aclama como el fundador del culto. Y según esta misma autoridad, lo que llevó a Eichhorn a emprender su tarea fue “su esperanza de contribuir a ganar de nuevo a las clases educadas para la religión”.

El racionalismo de Alemania a finales del siglo XVIII aceptaría la Biblia solo bajo la condición de rebajarla al nivel de un libro humano, y el problema que debía resolverse era deshacerse del elemento milagroso que la impregna. Basándose en los trabajos de sus predecesores, Eichhorn logró esto a su propia satisfacción apelando al hábito de pensamiento oriental, el cual se aferra a las causas últimas e ignora los procesos intermedios. Esto se recomendó por dos razones. Tenía un elemento indudable de verdad, y era consistente con la reverencia por las Sagradas Escrituras. Pues del fundador de la “alta crítica” se dijo, lo que no puede decirse de ninguno de sus sucesores, que “la fe en lo que es santo, incluso en los milagros de la Biblia, nunca fue destruida por Eichhorn en ninguna mente joven”.

Sin embargo, a juicio de sus sucesores, la hipótesis de Eichhorn estaba expuesta a la objeción fatal de que era totalmente inadecuada. Así, la siguiente generación de críticos adoptó la teoría más drástica de que los libros Mosaicos eran un “mosaico” en el sentido de que eran falsificaciones literarias de una fecha tardía, compuestas de materiales suministrados por documentos antiguos y los mitos y leyendas de la raza hebrea. Y aunque esta teoría ha sido modificada de vez en cuando durante el último siglo, sigue siendo sustancialmente la visión “crítica” del Pentateuco. Pero está expuesta a dos objeciones principales, cualquiera de las cuales sería fatal. Es inconsistente con la evidencia. Y desafía directamente la autoridad del Señor Jesucristo como maestro; pues uno de los pocos hechos indiscutibles en esta controversia es que nuestro Señor acreditó los libros de Moisés como poseedores de autoridad divina.

Lo Verdadero y la Falsificación

Puede ser conveniente tratar primero con la menos importante de estas objeciones. Y aquí debemos distinguir entre la verdadera alta crítica y su falsificación. La “alta crítica” racionalista, al poner al Pentateuco en juicio, comenzó con el veredicto y luego buscó encontrar la evidencia; mientras que la verdadera crítica entra en sus investigaciones con una mente abierta y las persigue sin prejuicios. La diferencia puede ser ilustrada aptamente por la posición asumida por un juez francés típico y por un juez inglés ideal en un juicio penal. El uno tiene como objetivo condenar al acusado, el otro elucidar la verdad. “La función adecuada de la alta crítica es determinar el origen, la fecha y la estructura literaria de un escrito antiguo”. Esta es la descripción del profesor Driver de la verdadera crítica. Pero el objetivo de la falsificación es refutar la autenticidad de los escritos antiguos. La justicia de esta afirmación se establece por el hecho de que hebraístas y teólogos de la más alta eminencia, cuya investigación del problema del Pentateuco los ha convencido de la autenticidad de los libros, no son reconocidos en absoluto.

En Gran Bretaña, al menos –y no soy competente para hablar de Alemania o Estados Unidos– ningún teólogo de primer rango ha adoptado sus “resultados asegurados”. Pero el juicio de hombres como Pusey, Lightfoot y Salmon, por no hablar de hombres que todavía están con nosotros, ellos lo ignoran despectivamente; pues la alta crítica racionalista no es alguien que investiga la evidencia, sino alguien que acepta el veredicto.

La Investigación Filológica

Si, como sus apóstoles instan a veces, la alta crítica es una investigación puramente filológica, se siguen dos conclusiones obvias. La primera es que su veredicto debe ser a favor de los libros Mosaicos; pues cada uno de los libros contiene palabras peculiares adecuadas al tiempo y las circunstancias a las que se asigna tradicionalmente. Esto es admitido, y los críticos atribuyen la presencia de tales palabras a la habilidad jesuítica de los falsificadores sacerdotales. Pero esto solo da peso a la conclusión adicional de que la alta crítica es totalmente incompetente para tratar el tema principal sobre el cual pretende adjudicar. Porque la autenticidad del Pentateuco debe decidirse bajo los mismos principios con los que se trata la autenticidad de los documentos antiguos en nuestros tribunales de justicia. Y el lenguaje de los documentos es solo una parte de la evidencia necesaria, y no la parte más importante. Y la aptitud para tratar con la evidencia depende de cualidades sobre las cuales los hebraístas, como tales, no tienen ningún derecho especial. De hecho, sus escritos ofrecen pruebas señaladas de su ineptitud para investigaciones que insisten en considerar como su coto privado.

Tomemos, por ejemplo, la grave afirmación del profesor Driver de que la presencia de dos palabras griegas en Daniel (son los nombres de instrumentos musicales) exige una fecha para el libro posterior a la conquista griega. Ha sido establecido por el profesor Sayce y otros que el intercambio entre Babilonia y Grecia en, y antes de, los días de Nabucodonosor explicaría ampliamente la presencia en la capital caldea de instrumentos musicales con nombres griegos. Y el coronel Conder, además –una autoridad muy alta– considera que las palabras son acadias, ¡y no griegas en absoluto! Pero aparte de todo esto, podemos imaginar la recepción que se daría a tal declaración por cualquier tribunal competente. La historia merece repetirse –es un registro de hechos– que en un bazar de la iglesia en Lincoln hace algunos años, se dio la alarma de que había carteristas trabajando, y dos damas habían perdido sus monederos. ¡Los monederos vacíos fueron encontrados después en el bolsillo del Obispo de la Diócesis! Según la evidencia de los dos monederos, el Obispo debería ser condenado como ladrón, y según la evidencia de las dos palabras, ¡el libro de Daniel debería ser condenado como una falsificación!

Error Histórico

Aquí hay otro elemento típico en la acusación de los críticos contra Daniel. El libro comienza registrando el asedio de Nabucodonosor a Jerusalén en el tercer año de Joacim, una declaración cuya corrección es confirmada por la historia, sagrada y secular. Beroso, el historiador caldeo, nos dice que durante esta expedición Nabucodonosor recibió noticias de la muerte de su padre, y que, encomendando a otros el cuidado de su ejército y de sus prisioneros judíos y otros, “él mismo se apresuró a casa a través del desierto”. Pero los escépticos alemanes, habiendo decidido que Daniel era una falsificación, tuvieron que encontrar evidencia para apoyar su veredicto. Y así hicieron el brillante descubrimiento de que Beroso se refería aquí a la expedición del año siguiente, cuando Nabucodonosor ganó la batalla de Carquemis contra el ejército del rey de Egipto, y que él no había invadido Judea en absoluto en ese momento. Pero Carquemis está en el Éufrates, y la idea de “apresurarse a casa” desde allí a Babilonia a través del desierto ¡es digna de un ensayo de escolar! Que cruzara el desierto es prueba de que partió de Judea; y sus cautivos judíos eran, por supuesto, Daniel y sus príncipes compañeros. Su invasión de Judea tuvo lugar antes de su ascenso, en el tercer año de Joacim, mientras que la batalla de Carquemis se libró después de su ascenso, en el cuarto año del rey de Judá, como registran los libros bíblicos. Pero este error grotesco del “libro de Daniel” de Bertholdt a principios del siglo XIX es reproducido gravemente en el “libro de Daniel” del profesor Driver a principios del siglo XX.

Profanidad Crítica

Pero volvamos a Moisés. Según “la hipótesis crítica”, los libros del Pentateuco son falsificaciones literarias de la Era del Exilio, obra de los sacerdotes de Jerusalén de esos días malvados. Por el libro de Jeremías

sabemos que esos hombres eran apóstatas profanos; y si “la hipótesis crítica” es verdadera, eran infinitamente peores de lo que incluso las denuncias inspiradas del profeta sobre ellos indican. Pues ningún ateo del siglo XVIII cayó nunca a una profundidad más baja de profanidad que la mostrada por su uso del nombre sagrado. En el prefacio de su *Darkness and Dawn* [Oscuridad y Amanecer], el decano Farrar afirma que él “nunca toca a los primeros predicadores del cristianismo con el dedo de la ficción”. Cuando su historia hace hablar a los apóstoles, ha “limitado sus palabras a las palabras de una revelación”. Pero *ex. hyp.*, los autores del Pentateuco “tocaron con el dedo de la ficción” no solo a los hombres santos de los días antiguos, sino a su Dios Jehová. “Jehová habló a Moisés, diciendo”. Esta y fórmulas afines se repiten innumerables veces en los libros Mosaicos. Si esto es romance, un tipo más bajo de profanidad es inconcebible, a menos que sea la del hombre que no se escandaliza ni se rebela por ello.

Pero no; los hechos prueban que este juicio es injusto. Pues hombres de piedad no fingida y profunda reverencia por las cosas divinas pueden estar tan cegados por las supersticiones de la “religión” que el imprimátur de la iglesia les permite considerar estos libros desacreditados como Sagrada Escritura. Como críticos marcan el Pentateuco como un tejido de mito y leyenda y fraude, pero como religiosos nos aseguran que esto “no implica ninguna negación de su inspiración o menosprecio de su contenido”. (*The Higher Criticism: Three Papers*, por los profesores Driver y Kirkpatrick).

Errores Refutados por Hechos

En la controversia es de la mayor importancia permitir a los oponentes declarar su posición en sus propias palabras; y aquí está la declaración del caso del profesor Driver contra los libros de Moisés:

“Solo podemos argumentar sobre bases de probabilidad derivadas de nuestra visión del progreso del arte de la escritura, o de la composición literaria, o del surgimiento y crecimiento del tono y sentimiento profético en el antiguo Israel, o del período en el que las tradiciones contenidas en las narrativas podrían haber tomado forma, o de la probabilidad de que hubieran sido escritas antes de que el ímpetu dado a la cultura por la monarquía hubiera tenido efecto, y consideraciones similares, para estimar la mayoría de las cuales, aunque se pueden avanzar argumentos plausibles de un lado u otro, apenas admite fijarse un estándar en el que podamos confiar con seguridad”. (*Introduction*, 6ª ed., página 123.)

Esta modesta referencia a la “composición literaria” y “el arte de la escritura” es característica. Tiene la intención de disimular el abandono de uno de los puntos principales en el ataque original. Si la “Introducción de Driver” hubiera aparecido veinte años antes, la suposición de que una literatura como el Pentateuco pudiera pertenecer a la era de Moisés sin duda habría sido marcada como un anacronismo. Pues uno de los principales fundamentos por los cuales los libros fueron asignados a los últimos días de la monarquía era que los hebreos de seis siglos antes eran un pueblo analfabeto. Y después de que ese error fue refutado por descubrimientos arqueológicos, todavía se mantenía que un código de leyes tan avanzado, y tan elaborado, como el de Moisés no podría haberse originado en tal era. Esta ficción, sin embargo, fue a su vez explotada, cuando la pala del explorador sacó a la luz el ahora famoso Código de Hammurabi, el Amrafel de Génesis, que fue rey de Babilonia en el tiempo de Abraham.

Sin embargo, en lugar de ponerse la sábana blanca cuando se confrontaron con este nuevo testigo, los críticos, con gran descaro, señalaron el Código recién encontrado como el original de las leyes del Sinaí. Tal conclusión es natural por parte de hombres que tratan el Pentateuco como meramente humano. Pero los críticos no pueden tenerlo de ambas maneras. ¡El Moisés que copió a Hammurabi debe haber sido el verdadero Moisés del éxodo, y no el mítico Moisés del exilio, quien escribió largos siglos después de que Hammurabi hubiera sido olvidado!

Una Teoría Increíble

La evidencia del Código de Hammurabi refuta un cargo importante en la acusación de los críticos contra el Pentateuco; pero podemos llamar a otro testigo cuyo testimonio demuele todo su caso. El Pentateuco, como todos sabemos, y solo el Pentateuco, constituye la Biblia de los samaritanos. ¿Quiénes, entonces, eran los samaritanos? ¿Y cómo y cuándo obtuvieron el Pentateuco? Aquí nuevamente los críticos hablarán por sí mismos. Entre los hombres distinguidos que han defendido su cruzada en Gran Bretaña no ha habido ninguno más estimado, ninguno más erudito, que el difunto profesor Robertson Smith; y aquí hay un extracto de su artículo *Samaritans* en la *Encyclopaedia Britannica*:

“Ellos (los samaritanos) se consideran a sí mismos como israelitas, descendientes de las diez tribus, y reclaman poseer la religión ortodoxa de Moisés.* La ley sacerdotal, que se basa completamente en la práctica de los sacerdotes en Jerusalén antes de la cautividad, fue reducida a forma después del Exilio, y fue publicada por Esdras como la ley del templo reconstruido de Sion. Los samaritanos deben, por lo tanto, haber derivado su Pentateuco de los judíos después de las reformas de Esdras”. Y en el mismo párrafo dice que, según la afirmación de los samaritanos, “no solo el templo de Sion, sino el templo anterior de Silo y el sacerdocio de Elí, eran cismáticos”. Y sin embargo, como continúa diciendo, “la religión samaritana se construyó solo sobre el Pentateuco”.

Ahora noten lo que esto implica. Sabemos algo de la amargura racial. Sabemos más, desafortunadamente, de la feroz amargura de la lucha religiosa. Y ambos elementos se combinaron para alienar a los samaritanos de los judíos. Pero más que esto, en el período posexílico la desconfianza y la aversión se convirtieron en un odio intenso —“aborrecimiento” es la palabra de Robertson Smith— por la severidad y el desprecio con el que los judíos rechazaron su ayuda ofrecida en la obra de reconstrucción en Jerusalén, y se negaron a reconocerlos de ninguna manera. Y, sin embargo, se nos pide creer que, en este mismo momento y en estas mismas circunstancias, los samaritanos, mientras odiaban a los judíos tanto como los orangistas odian a los jesuitas, y a todo el culto judío como cismático, no solo aceptaron estos libros judíos relacionados con ese culto como los “libros de servicio” de su propio ritual, sino que los adoptaron como su “Biblia”, excluyendo incluso los escritos de sus propios profetas israelitas, y los venerados y sagrados libros que registran la historia de sus reyes. En toda la gama de controversias, religiosas o seculares, ¿se propuso alguna vez una teoría más totalmente increíble y absurda?

Otra Posición Absurda

No menos absurdos son los fundamentos sobre los cuales se nos recomienda esta conclusión. Aquí hay una declaración de ellos, citada del libro de texto estándar del culto, el *Bible Dictionary* de Hasting:

“Hay al menos un fundamento válido para la conclusión de que el Pentateuco fue aceptado por primera vez por los samaritanos después del exilio. ¿Por qué fue rechazada su petición de participar en la construcción del segundo templo por los jefes de la comunidad de Jerusalén? Muy probablemente porque los judíos eran conscientes de que los samaritanos aún no poseían el libro de la Ley. Es difícil suponer que de otro modo se habrían encontrado con esta negativa. Además, cualquiera que, como el presente escritor, considere que la crítica moderna del Pentateuco es esencialmente correcta, tiene una segunda razón decisiva para adoptar la visión anterior”. (Artículo del profesor Konig, *Samaritan Pentateuch*, página 68.)

Aquí hay dos “razones decisivas” para sostener que “el Pentateuco fue aceptado por primera vez por los samaritanos después del Exilio”. Primero, porque “muy probablemente” fue porque no tenían esos libros falsificados que los judíos rechazaron su ayuda; ¡y entonces se fueron a casa y adoptaron los libros falsificados como su Biblia! Y, en segundo lugar, porque la crítica ha demostrado que los libros no existían hasta entonces. Caracterizar los escritos de estos eruditos como merecen no es una tarea grata, pero ha llegado el momento de dejar de lado la reserva, cuando tal tontería como esta se presenta gravemente para inducirnos a arrancar de nuestra Biblia las Sagradas Escrituras sobre las cuales nuestro divino Señor basó sus pretensiones al Mesiazgo.

La Idea del Sacrificio una Revelación

La refutación de la alta crítica no prueba que el Pentateuco sea inspirado por Dios. El escritor que se propusiera establecer tal tesis dentro de los límites de un artículo de revista bien podría ser admirado por su entusiasmo y audacia, pero ciertamente no por su modestia o discreción. Tampoco decide cuestiones que se encuentran dentro de la provincia legítima de la verdadera alta crítica, como por ejemplo, la autoría de Génesis. Es increíble que durante los miles de años que transcurrieron antes de los días de Moisés, Dios dejara a su pueblo en la tierra sin una revelación: Es evidente, además, que muchas de las ordenanzas divinamente confiadas a Moisés no eran más que una renovación de una revelación anterior. La religión de Babilonia es clara evidencia de tal revelación primigenia. ¿De qué otra manera se puede explicar la universalidad del sacrificio? ¿Podría tal práctica haberse originado en un cerebro humano?

Si alguna criatura demente concibiera la idea de que matar una bestia ante la puerta de su enemigo lo propiciaría, sus vecinos sin duda lo habrían suprimido. Y si él desarrolló la creencia de que su dios sería apaciguado por tal práctica ofensiva, debe haber supuesto que su dios estaba tan loco como él mismo. El hecho de que el sacrificio prevaleciera entre todas las razas solo puede explicarse por una revelación primigenia. Y el estudiante de la Biblia reconocerá que Dios buscó así impresionar a los hombres de que la muerte era la pena del pecado, y llevarlos a esperar un gran derramamiento de sangre que traería vida y bendición a la humanidad. Pero Babilonia fue para el mundo antiguo lo que Roma ha sido para la cristiandad. Corrompió cada ordenanza y verdad divina, y las perpetuó así corrompidas. Y en el Pentateuco tenemos la reemisión divina del verdadero culto. La ficción de que la versión degradada y corrupta era la original puede satisfacer a algunos profesores de hebreo, pero nadie que tenga algún conocimiento práctico de la naturaleza humana la consideraría.

Evidencia Insuficiente

En esta etapa, sin embargo, lo que nos concierne no es la autoridad divina de los libros, sino el error humano y la locura del ataque crítico contra ellos. La única base histórica de ese ataque es el hecho de que en el avivamiento bajo Josías, “el libro de la ley” fue encontrado en el templo por Hilcías, el sumo sacerdote, a quien el joven rey confió el deber de limpiar y renovar el santuario largamente descuidado. Un descubrimiento muy natural fue, visto que Moisés había ordenado en términos expresos que se guardara allí (“Tomad este libro de la ley, y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios” Deuteronomio 31:26; véase también 2 Reyes 22:8). Pero según los críticos, todo el asunto fue un truco detestable de los sacerdotes. Porque fueron ellos quienes falsificaron los libros e inventaron el mandato, y luego escondieron el producto de su infame trabajo donde sabían que sería encontrado.

Y aparte de esto, el único fundamento para “los resultados asegurados de la crítica moderna”, como ellos mismos reconocen, consiste en “bases de probabilidad” y “argumentos plausibles”. ¡En ningún país civilizado se condenaría a un criminal habitual por hurto menor con tal evidencia como esta; y sin embargo, es sobre estos fundamentos que se nos pide renunciar a los libros sagrados que nuestro divino Señor acreditó como “la Palabra de Dios” e hizo la base de su enseñanza doctrinal!

¿Cristo o la Crítica?

Y esto nos lleva a la segunda, e incomparablemente más grave, objeción a “los resultados asegurados de la crítica moderna”. Que el Señor Jesucristo se identificó a Sí mismo con las Escrituras hebreas, y de una manera muy especial con el libro de Moisés, nadie lo discute. Y siendo esto así, debemos elegir entre Cristo y la crítica. Pues si “la hipótesis crítica” del Pentateuco se sostiene, la conclusión es aparentemente inevitable, o que Él no era divino, o que los registros de su enseñanza no son confiables.

¿Qué alternativa adoptaremos? Si la segunda, entonces toda pretensión de inspiración debe ser abandonada, y el agnosticismo debe suplantar a la fe en el caso de cada pensador intrépido. La inspiración es una cuestión demasiado grande para un tratamiento incidental aquí; pero dos observaciones con respecto a ella pueden no ser inoportunas. Detrás de los fraudes del Espiritismo yace el hecho, atestiguado por hombres de alto carácter, algunos de los cuales son eminentes como científicos y eruditos, de que se reciben comunicaciones definidas en palabras precisas del mundo de los espíritus. (El hecho de que, como cree el cristiano, estos espíritus son demonios que personifican a los muertos, no afecta el argumento). Y siendo esto así, negar que el Espíritu de Dios pudiera comunicar así la verdad a los hombres, o, en otras palabras, rechazar la inspiración verbal por motivos a priori, delata la estupidez de la incredulidad sistematizada. Y, en segundo lugar, es asombroso que alguien que considera la venida de Cristo como la revelación suprema de Dios de Sí mismo pueda imaginar que (para ponerlo en un terreno no más alto que la “providencia”) el Espíritu divino pudiera fallar en asegurar que la humanidad tuviera un registro confiable y verdadero de su misión y su enseñanza.

Un Dilema Más Desesperado

Pero si la narrativa del Evangelio es auténtica, somos empujados de nuevo a la alternativa de que aquel de quien hablan no podría ser divino. “No es así”, protestan los críticos, “pues ¿no confesó Él mismo su ignorancia? ¿Y no se explica esto por la declaración del apóstol de que en su humillación se despojó a Sí mismo de su deidad?” Y la inferencia extraída de esto (para citar el libro de texto estándar del culto) es que el Señor de la gloria “mantuvo las nociones judías actuales con respecto a la autoridad divina y la revelación del Antiguo Testamento”. Pero incluso si esta conclusión –tan portentosa como profana– pudiera establecerse, en lugar de ofrecer un escape del dilema en el que la alta crítica involucra a sus devotos, solo serviría para hacer ese dilema más desesperado y más terrible. Pues lo que principalmente nos concierne no es que, *ex. hyp.*, la enseñanza doctrinal del Señor fuera falsa, sino que en términos inequívocos, y con extrema solemnidad, Él declaró una y otra vez que su enseñanza no era suya sino de su Padre, y que las mismas palabras en las que la transmitía eran dadas por Dios.

Hace unos años, los devotos se angustiaron por los procedimientos de cierto “profeta” de Chicago, que reclamaba autoridad divina para sus elucubraciones. Personas bien dispuestas, rechazando una estimación más severa del hombre y sus declaraciones de plataforma, lo consideraron simplemente como un tonto profano. ¿Nos traicionarán los críticos para que formemos una estimación similarmente indulgente de... – ¡Mi pluma se niega a completar la frase!

Y ¿se creará que la única base bíblica que se nos ofrece para esta asombrosa posición es un versículo en uno de los Evangelios y una palabra en una de las Epístolas? Pasmosamente extraño es que hombres que manejan la Sagrada Escritura con tanta libertad cuando entra en conflicto con sus “resultados asegurados” deban atribuir tal enorme importancia a un versículo aislado o una sola palabra, cuando se puede usar mal para apoyarlos. El versículo es Marcos 13:32, donde el Señor dice, con referencia a su venida de nuevo: “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre”. Pero esto sigue inmediatamente a las palabras: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Las Palabras de Dios

Las palabras del Señor no eran “inspiradas”; eran las palabras de Dios en un sentido aún más alto. “La gente se admiraba de su doctrina”, se nos dice, “porque les enseñaba como quien tiene *exousia*” [autoridad]. La palabra aparece de nuevo en Hechos 1:7, donde Él dice que los tiempos y las sazones “el Padre puso en su sola potestad” (*exousia*). Y esto se explica por Fil. 2:6, 7: “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” –la palabra de la cual depende la teoría de la kénosis de los críticos. Y Él no solo se despojó de su gloria como Dios; renunció a su libertad como hombre. Pues nunca habló sus propias palabras, sino solo las palabras que el Padre le dio para hablar.

Y esta fue la limitación de su “autoridad”; de modo que, más allá de lo que el Padre le dio para hablar, Él no sabía nada y guardaba silencio.

Pero cuando hablaba, “les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”. De sus escribas estaban acostumbrados a recibir enseñanza definida, pero era enseñanza basada en “la ley y los profetas”. Pero aquí había Uno que se mantenía aparte y les enseñaba desde un plano totalmente diferente. “Porque”, declaró Él, “yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna; así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (Juan 12:49, 50).

Y no olvidemos que no era simplemente la sustancia de su enseñanza lo que era divino, sino el lenguaje mismo en el que se transmitía. De modo que en su oración en la noche de la traición pudo decir, no solo “les he dado Tu palabra”, sino “las palabras que me diste, les he dado”. (Tanto el λόγος como los ρήματα Juan 17:8, 14; como de nuevo en el Cap. 14:10; 24.) Sus palabras, por lo tanto, sobre Moisés y las Escrituras hebreas no eran, como mantienen los críticos, con tal audacia y aparente profanidad, las elucubraciones de un judío supersticioso e ignorante; eran las palabras de Dios, y transmitían una verdad que era divina y eterna.

Cuando en los días oscuros del Exilio, Dios necesitó un profeta que hablara solo según Él le daba palabras, dejó mudo a Ezequiel. Dos juicios ya pesaban sobre ese pueblo –los setenta años de servidumbre a Babilonia, y luego la Cautividad– y se les advirtió que la impenitencia continua traería sobre ellos el juicio aún más terrible de los setenta años de desolaciones. Y hasta que cayó ese último juicio, Ezequiel permaneció mudo (Ezequiel 3:26; 24:27; 33:22). Pero el Señor Jesucristo no necesitó tal disciplina. Él vino para hacer la voluntad del Padre, y ninguna palabra pasó jamás por sus labios salvo las palabras que se le dieron para hablar.

En este contexto, además, dos hechos que se pasan por alto extrañamente reclaman una atención prominente. El primero es que en Marcos 13 la antítesis no es en absoluto entre el hombre y Dios, sino entre el Hijo de Dios y el Padre. Y el segundo es que Él había sido investido nuevamente con todo lo que, según Fil. 2, dejó a un lado al venir al mundo. “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre”, declaró Él; [Mateo 11:27] y esto en un momento en que las pruebas de que “despreciado y desechado entre los hombres” [Isaías 53:3] lo presionaban. Su reasunción de la gloria esperaba su regreso al cielo, pero aquí en la tierra todas las cosas ya eran Suyas (Mat. 11:27).

Después de la Kénosis

Lo anterior es seguramente una respuesta adecuada a la ficción de la kénosis de los críticos; pero si alguien todavía duda o pone objeciones, hay otra respuesta que es completa y aplastante. Cualesquiera que hayan sido las limitaciones bajo las cuales descansó durante su ministerio en la tierra, fue liberado de ellas cuando resucitó de entre los muertos. Y fue en su enseñanza posterior a la resurrección que dio el testimonio más completo y claro a las Escrituras hebreas. Entonces fue que, “y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. [Lucas 24:27] Y de nuevo, confirmando toda su enseñanza anterior sobre esas Escrituras, “Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”. [Lucas 24:44]

Y el registro añade: “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”. [Lucas 24:45] Y el resto del Nuevo Testamento es el fruto de ese ministerio, ampliado y desplegado por el Espíritu Santo dado para guiarlos a toda la verdad. Y en cada parte del Nuevo Testamento la autoridad divina de las Escrituras hebreas, y especialmente de los libros de Moisés, es enseñada o asumida.

La Cuestión Vital

Cierto es, entonces, que la cuestión vital en esta controversia no es el valor del Pentateuco, sino la deidad de Cristo. Y sin embargo, el presente artículo no pretende tratar con la verdad de la deidad. Su humilde objetivo no es ni siquiera establecer la autoridad de las Escrituras, sino simplemente desacreditar el ataque crítico contra ellas exponiendo su carácter real y su total debilidad. El método del escritor, por lo tanto, ha sido principalmente crítica destructiva, siendo así el arma favorita de los críticos vuelta contra ellos mismos.

Una Demanda de Declaración Correcta

Uno no puede dejar de sentir angustia al tener que conceder tal tratamiento a ciertos hombres distinguidos cuya reverencia por las cosas divinas está más allá de todo reproche. Una angustia similar sienten a veces aquellos que tienen experiencia en tratar con la sedición, o en suprimir disturbios. Pero cuando hombres que tienen derecho a consideración y respeto se lanzan a la “línea de fuego”, deben asumir las consecuencias. Estos hombres distinguidos no dejarán de recibir en su totalidad la deferencia a la que tienen derecho, si tan solo se disocian de la charlatanería deshonesta de esta cruzada (“los resultados asegurados de la crítica moderna”; “todos los eruditos están con nosotros”; y así sucesivamente –fanfarronadas y falsedades por las cuales los débiles e ignorantes son intimidados o engañados) y reconocen que sus “resultados asegurados” son meras hipótesis, repudiadas por hebraístas y teólogos tan competentes y eminentes como ellos mismos.

Cosas que Temer

Los efectos de esta “alta crítica” son extremadamente graves. Porque ha destronado a la Biblia en el hogar, y la buena y vieja práctica del “culto familiar” está desapareciendo rápidamente. Y grandes intereses nacionales también están involucrados. Pues ¿quién puede dudar de que la prosperidad y el poder de las naciones protestantes del mundo se deben a la influencia de la Biblia sobre el carácter y la conducta? Las razas de hombres a quienes durante generaciones se les ha enseñado a pensar por sí mismos en asuntos de la mayor importancia naturalmente sobresaldrán en cada esfera de esfuerzo o de empresa. Y más que esto, nadie que esté entrenado en el temor de Dios fallará en su deber hacia su prójimo, sino que demostrará ser un buen ciudadano. Pero el destronamiento de la Biblia conduce prácticamente al destronamiento de Dios; y en Alemania y América, y ahora en Inglaterra, los efectos de esto se están declarando en formas, y en una medida, bien aptas para causar ansiedad por el futuro.

Cristo Supremo

Si se puede perdonar una palabra personal en conclusión, el escritor apelaría a cada libro que ha escrito como prueba de que no es defensor de una “ortodoxia” rígida y tradicional. Con una sola limitación, abogaría por una crítica plena y libre de la Sagrada Escritura. Y esa única limitación es que las palabras del Señor Jesucristo se considerarán una barrera para la crítica y “fin de toda controversia” sobre cada tema tratado expresamente en su enseñanza. “El Hijo de Dios ha venido”; y por Él vinieron tanto la gracia como la VERDAD. Y de su mano es que hemos recibido las Escrituras del Antiguo Testamento.

Capítulo 12 Filosofía Moderna

Por Philip Mauro, Abogado
Ciudad de Nueva York

“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad”. Colosenses 2:8-10.

En el pasaje anterior aparece la única mención que hacen las Escrituras de la filosofía. Nada es más estimado entre los hombres que la filosofía. Es considerada por todos como el ejercicio y la ocupación suprema de la mente humana, y es, de hecho, una ocupación para la cual muy pocos hombres tienen el equipo intelectual necesario. Desde que existe la tradición de los hombres, la filosofía ha ocupado este alto lugar en la estimación humana; y es, por tanto, un hecho de mucha importancia que, en toda la Biblia, la filosofía solo se nombre una vez.

Incluso en nuestros días, la deferencia que se rinde a la filosofía es tal que no hay muchos maestros de la Biblia que se atrevan a advertir a sus semejantes sobre sus peligros; pues los filósofos se las han arreglado para mantener en la cristiandad la misma eminencia que ocupaban en el paganismo. De hecho, un curso de filosofía es ahora, y lo ha sido por algunas generaciones, considerado una parte esencial de la educación de un hombre que se prepara para el ministerio cristiano; y este no es el único de los “rudimentos del mundo” que ha encontrado su camino en nuestros seminarios teológicos. No es de extrañar, por tanto, que en la enseñanza impartida por estos graduados de seminario, la filosofía ocupe un lugar muy diferente al que le asigna la Biblia.

No es una Expresión Humana

Podemos estar muy seguros, entonces, de que el pasaje citado anteriormente no es una expresión humana. No expresa la estimación del hombre sobre la filosofía —lejos de eso—. Al pronunciar esa advertencia, Pablo no está repitiendo lo que aprendió mientras seguía su curso de filosofía en la escuela de Gamaliel. Ningún hombre habría emparejado jamás la filosofía con huecas sutilezas, o la habría caracterizado como un proceso peligroso contra el cual el pueblo de Dios debe ser advertido, para que no sean despojados de sus posesiones por medio de ella. Ningún hombre definió jamás la filosofía como algo acorde a la tradición humana y a los principios básicos de este mundo malvado, y no según Cristo. Esta advertencia proviene de Dios mismo; pero, lamentablemente, como muchas otras de sus solemnes advertencias, ha sido despreciada y totalmente ignorada. Aquello contra lo cual se pronunció esta seria advertencia ha sido recibido con los brazos abiertos e incorporado a la maquinaria teológica de nuestros sistemas eclesiásticos. Las consecuencias de este desprecio desdeñoso de la advertencia de Dios son las que cabría esperar.

Esta palabra “mirad” (a veces traducida como “tened cuidado” en otras versiones) no aparece muy a menudo en el Nuevo Testamento. No hay muchas cosas de las que se ordene a los creyentes que se “guarden”. Algunas de estas son “de los escribas”, “de los perros”, “de los malos obreros”, “de los mutiladores del cuerpo”, y de un “corazón malo de incredulidad” Marcos 12:38; Filipenses 3:2; Hechos 13:40; Hebreos 3:12. La advertencia de nuestro texto está dirigida a creyentes que han sido instruidos en cuanto a su unidad con Cristo en su muerte (a manos del mundo), su sepultura y su resurrección.

Se da un énfasis adicional a la advertencia por la conexión en la que aparece. La palabra traducida como “engañe” (o “despoje”) significa literalmente hacer presa de alguien, como cuando uno cae en manos de ladrones y es despojado violentamente de sus bienes, o en manos de estafadores de lengua suave y plausibles

que ganan su confianza y, por medio de sus artes, le esquilan sus objetos de valor. Es un tesoro celestial lo que se contempla aquí, incluso la porción del creyente de las inescrutables riquezas de Cristo. Por lo tanto, el engaño vacío se contrasta con la plenitud de la deidad que habita en Cristo; y la condición de despojo de uno que ha sido victimizado a través de la filosofía se contrasta con el enriquecimiento de aquellos que han aprehendido por la fe su plenitud en aquel que es la cabeza de todo principado y potestad.

Pero ¿por qué, podemos preguntar provechosamente, se describe la filosofía como un instrumento de expoliación en manos de hombres astutos? ¿Y por qué se caracteriza como algo que es según (es decir, de acuerdo con) los rudimentos, o principios básicos, del mundo? La palabra traducida como “rudimentos” aparece cuatro veces en la Escritura. En Colosenses 2:20 se traduce nuevamente como “rudimentos”. En Gálatas 4:3 y 9 se traduce como “rudimentos”. Parece transmitir la idea de principios básicos o fundamentales del sistema mundial. ... Estos elementos se describen en Gálatas 4:9 como “débiles y pobres rudimentos”. No fortalecen ni enriquecen, sino que debilitan y empobrecen a quienes recurren a ellos.

Filosofía Definida

La razón se percibe, al menos de manera general, cuando averiguamos qué es la filosofía, a saber, la ocupación de intentar idear, mediante el ejercicio de la razón humana, una explicación del universo. Es una ocupación interminable por la razón de que, si se encontrara la explicación que la filosofía busca eternamente, ese descubrimiento sería el fin de la filosofía. La ocupación del filósofo desaparecería. Es interminable por la razón más fuerte de que el filósofo está obligado, por las reglas de su profesión, a emplear en su búsqueda solo la sabiduría humana, y está escrito que el mundo, por su sabiduría, no conoció a Dios (1 Corintios 1:19-21; 2:14).

Incidentalmente, una gran parte del tiempo del filósofo se ocupa en criticar y demostrar la irracionalidad o el absurdo de todos los sistemas filosóficos excepto el propugnado por él mismo. Esto, sin embargo, es meramente la parte destructiva de su trabajo, siendo la parte constructiva, como se ha dicho, el empleo de sus facultades de razonamiento en la tarea de idear un sistema que explique, de alguna manera, la existencia y el origen de, y los cambios que parecen tener lugar en, el universo visible. Habiéndose decidido por tal sistema, el filósofo debe desde entonces defenderlo de los ataques de filósofos de “escuelas” opuestas (quienes presentarán volúmenes de peso demostrando a su entera satisfacción que su sistema filosófico es un tejido de absurdos), y en responder a sus muchas y variadas objeciones y críticas.

“No Según Cristo”

Podemos ver así de un vistazo que la filosofía es, en su carácter esencial, conforme a la tradición humana y a los principios fundamentales o primarios del sistema mundial; y que no es según Cristo, quien es odiado por el mundo, y quien ha puesto el hacha a la raíz de todos sus principios. Prominente entre los elementos del mundo y de la tradición humana está el principio de que el mundo refleja la grandeza del hombre, y que la razón humana es el factor más alto y poderoso en él. En nuestros días se ha convertido en un dogma de la teología popular que la razón humana es el tribunal final de apelación en todos los asuntos de doctrina. En el mundo del hombre, el logro humano es exaltado al lugar más alto, y no se pone límite a lo que puede lograrse mediante el ingenio humano. “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre” Génesis 11:4, es el programa de la humanidad, tal como lo anunciaron aquellos que establecieron los principios básicos del mundo. En el gran sistema mundial solo se valora y alaba aquello que se alcanza por el esfuerzo del hombre y redundará en su crédito. La filosofía se adhiere estrictamente a esta tradición y a estos principios en cuanto a que sus diversas explicaciones, para recibir reconocimiento como “filosóficas”, deben ser puramente los productos de la razón humana ejercitada sobre los resultados de las investigaciones humanas.

Filosofía Vs. Revelación

Se sigue necesariamente que la filosofía y la revelación divina son totalmente irreconciliables. La existencia misma de la filosofía como una ocupación para la mente humana depende de la rígida exclusión de toda explicación del universo que no se alcance mediante un proceso especulativo. Si una filosofía admite la existencia de un Dios (como lo hacen las filosofías actualmente en boga), es un dios que o bien es mudo, o bien no se le permite decir nada sobre sí mismo, o sobre cómo hizo y sostiene el universo. Si el dios del filósofo rompiera estas restricciones, habría inmediatamente un fin de su filosofía. Porque no es la búsqueda de la verdad lo que hace a uno filósofo. La búsqueda de la verdad, para ser filosófica, debe llevarse a cabo en direcciones en las que la verdad no puede posiblemente encontrarse. Porque el descubrimiento de lo que los filósofos pretenden estar buscando pondría fin a sus filosofías, y tal calamidad debe, por supuesto, evitarse. Por lo tanto, en el momento en que uno recibe una explicación del universo como proveniente de Dios que lo hizo, ya no puede tener más uso para la filosofía. Quien ha obtenido la verdad ya no es un buscador. El valor de la filosofía, por lo tanto, no reside en sus resultados, pues no hay ninguno, sino únicamente en el empleo que sus especulaciones inverificables ofrecen a aquellos cuyos gustos y dotes intelectuales los califican para participar en ella.

Filosofía Vs. Cristo

Nuevamente, la filosofía no es “según Cristo” por la sencilla y suficiente razón de que el testimonio de Cristo pone fin, para todos los que lo aceptan, a todas las especulaciones filosóficas relativas a las relaciones de la humanidad con Dios y con el universo. Cristo puso su sello a la verdad y a la autoridad divina de las Escrituras del Antiguo Testamento. Él, además, reveló al Padre; y finalmente Él prometió revelaciones adicionales de verdad a través de sus apóstoles bajo la enseñanza inmediata del Espíritu Santo. Estas revelaciones no solo son directamente opuestas a las especulaciones filosóficas, sino que les quitan el suelo bajo sus pies. El testimonio y la enseñanza de Cristo no fueron comunicados a los hombres con el propósito de informarles cómo el hombre y el mundo llegaron a ser lo que son —aunque sí revelan la verdad en cuanto a eso—. El propósito de la doctrina de Cristo y de su misión personal en el mundo fue mostrar a los hombres su verdadera condición, como bajo el dominio del pecado y la muerte, y lograr la redención eterna para todos los que creen las buenas nuevas y aceptan el don de la gracia de Dios. La doctrina de Cristo no solo instruye a los hombres sobre el camino al reino de Dios, sino que también da derecho a quienes la aceptan a la posesión y disfrute inmediato de muchos y valiosos derechos y privilegios que no pueden adquirirse de ninguna otra manera. Si, por tanto, usted es un creyente en Cristo Jesús, confiando en el mérito de su sacrificio para su aceptación ante Dios, mire que nadie le despoje de estos inestimables derechos y privilegios por medio de la filosofía y vanas sutilezas, según los principios del mundo, y no según Cristo. Porque en Él, y no en otra parte, habita la plenitud de la deidad; y en Él, y no en otra parte, el creyente puede ser lleno hasta su máxima capacidad. La filosofía puede despojar a los hombres de parte de la herencia de la fe. No tiene nada que ofrecerles a cambio.

Frutos de la Filosofía

Sería muy posible, para alguien que tuviera el ocio y la curiosidad necesarios, rastrear los principales desarrollos de la filosofía y examinar las muchas “escuelas” diferentes a las que ha dado lugar durante un período de varios miles de años. Habiendo hecho esto, encontraría que la filosofía consiste, como ya se ha dicho, en la búsqueda de lo inalcanzable, y que, entre todos los variados campos de la actividad humana, no hay ninguno que haya presenciado un gasto de energía tan absolutamente inútil y estéril como el campo de la filosofía especulativa. Un filósofo de renombre en la actualidad ha declarado que “la filosofía ha estado tras una pista falsa desde los días de Sócrates y Platón”. Seguir una pista falsa durante más de dos mil años no es ciertamente un historial del cual jactarse; y, sin embargo, es cierto que, en lo que respecta a resultados, la filosofía no tiene nada más alentador que esto para ofrecer como incentivo para dedicarse a ella.

No nos proponemos, sin embargo, nada tan estupendo (y tan poco provechoso) como una revisión de la historia de la filosofía, sino meramente una breve declaración que exponga el estado de la filosofía en la actualidad. Y esto lo emprendemos para que el lector no filosófico pueda determinar el carácter de la influencia que la filosofía está ejerciendo, en estos tiempos de cambio e inquietud mental, sobre los problemas inmediatos de la humanidad y sobre lo que se llama “el progreso del pensamiento humano”.

La gran mayoría de los hombres no piensa más allá de los asuntos que se encuentran dentro del pequeño círculo de sus intereses personales. Esta mayoría irreflexiva toma sus pensamientos y opiniones de una minoría intelectual y culta, o de líderes que logran ganar su confianza. Es importante, por tanto, determinar qué ideas prevalecen entre aquellos que están en una posición de influir en las opiniones de la masa de la humanidad. Esto puede hacerse fácilmente tomando muestras de la enseñanza filosófica actual en las grandes universidades de los países de habla inglesa.

Filosofía Teísta y Ateísta

Las diversas escuelas de filosofía que han florecido a través de los siglos pueden dividirse en dos clases principales, a saber, teísta y ateísta. La primera clase abarca todos los sistemas filosóficos que asumen un dios de algún tipo como el originador y sustentador del universo. Cabe señalar de paso que las filosofías teístas son más peligrosas para la humanidad que la clase ateísta, por la razón de que las primeras están bien calculadas para atrapar a aquellos que, por naturaleza o formación, tienen repugnancia al ateísmo. No necesitamos prestar atención a la filosofía ateísta, por la razón de que está bastante fuera de favor en la actualidad y no muestra signos de recuperar nunca un estatus respetable.

Dualismo y Panteísmo

Limitando nuestra atención, por tanto, a las filosofías teístas, encontramos varias clases de estas, a saber, “dualistas” y “panteístas”. Dualismo es el nombre que los filósofos han tenido a bien otorgar a aquellos sistemas que sostienen que Dios (o la “causa primera”) creó el universo como un acto de su voluntad, y tiene una existencia distinta y separada de él. Estos sistemas se llaman “dualistas” porque cuentan a Dios como una entidad, y al universo o creación como otra entidad, haciendo así dos entidades. El lector debe entender claramente que cuando un erudito profesor de filosofía habla de “dualismo”, tiene al cristianismo en mente.

Monismo y Pluralismo

El panteísmo, por otro lado, sostiene que Dios y el universo son un solo ser. Hay varias variedades de panteísmo que tienen seguidores entre los filósofos vivos, por ejemplo, el monismo y el pluralismo. El monismo es esa variedad de panteísmo que está más en boga en la actualidad. Este sistema asume como base de la realidad un “absoluto” o “conocedor-de-todo” —una monstruosidad que comprende en su vasto ser todas las cosas y todas sus relaciones y actividades—. El monismo, por tanto, afirma que no hay más que una sola entidad. Dios no tiene existencia separada del universo, y nunca la tuvo. Este último es, por tanto, eterno, y no ha habido creación. Es un hecho notable y altamente significativo que el principio básico de esta filosofía dominante de nuestros días es también el principio básico del sistema religio-económico del socialismo, que está surgiendo rápidamente. Pues el socialismo se fundamenta en la proposición de que el hombre es orgánica y esencialmente uno con Dios y con el universo. De este extraño acuerdo —este extraño encuentro de extremos— pueden esperarse resultados de gran alcance.

La Situación Actual

Para obtener para nuestra consideración una declaración justa y precisa de la posición de la filosofía actual, se hará referencia a las “Conferencias Hibbert” de 1909, sobre “La Situación Actual en la Filosofía”,

impartidas por el profesor William James, de la Universidad de Harvard, en el Manchester College, Oxford. Estas conferencias han sido publicadas en un volumen titulado *A Pluralistic Universe* (Longmans, Green & Co.).

El profesor James es uno de los muy pocos filósofos de renombre que rechazan la enseñanza del monismo. Él aboga por una teoría llamada “Pluralismo”, de la cual se puede obtener una idea suficiente de las citas que siguen. Es de primera importancia para nosotros aprender del profesor James cuál es el estado actual del dualismo, ya que, como hemos visto, esa clase abarca el cristianismo anticuado o bíblico. En cuanto a esto, dice:

“El teísmo dualista se profesa tan firmemente como siempre en todas las sedes católicas de aprendizaje, mientras que en los últimos años ha tendido a desaparecer en nuestras universidades británicas y americanas, y a ser reemplazado por un panteísmo monista más o menos abierto o disfrazado” (página 24).

Según esta autoridad competente, los colegios católicos romanos son los únicos de alguna consecuencia donde las declaraciones de la Biblia con respecto a la creación y el gobierno del universo, el origen de las criaturas vivientes, incluido el hombre, el origen del mal, etc., son siquiera “profesados”. Las grandes universidades de Inglaterra y América, que fueron fundadas con el propósito de mantener las doctrinas de las Escrituras y difundir el conocimiento de ellas como las revelaciones del Dios vivo, y como los fundamentos de todo verdadero aprendizaje, han sido despojadas de todo lo que las hacía útiles para la crianza de las mentes jóvenes, y que las hacía valiosas para las comunidades donde han florecido; y este cambio trascendental se ha logrado a través de la agencia de la filosofía y vanas sutilezas, según la antigua tradición de los hombres, según los rudimentos del mundo, y no según Cristo.

Un Fenómeno Extraño

Aquí, tal como le parece al escritor, tenemos una explicación para el extraño fenómeno de que el romanismo está ganando terreno rápidamente en la Inglaterra y la América protestantes, mientras pierde influencia constantemente en aquellos países donde ha tenido un dominio casi exclusivo sobre las conciencias de la gente. Estos últimos países nunca han disfrutado de los privilegios de la Biblia abierta. Nunca han tenido vínculos que los unan a la Palabra viva de Dios. Todo lo que han tenido es “la iglesia”, y eso ahora lo están juzgando por sus frutos.

Pero en Inglaterra y América es muy diferente. Durante muchas generaciones, de padre a hijo, la gente ha estado unida por muchos lazos fuertes y tiernos y asociaciones a la Palabra del Dios vivo. Sus influencias sobre las costumbres y la vida de la gente han sido muchas y potentes. Solo aquellos cuyas mentes están cegadas negarán la poderosa influencia que la Biblia ha ejercido como factor en la prosperidad nacional de los países de habla inglesa. Las grandes universidades han sido su orgullo, y se han contado entre los baluartes nacionales; y la Biblia ha sido la piedra fundamental de las universidades. Pero ahora ha llegado un cambio —tan rápida y sigilosamente que apenas podemos darnos cuenta de lo que ha sucedido—. Las universidades han descartado la enseñanza de la Biblia y han repudiado su autoridad como el maestro divinamente inspirado. Solo en “sedes católicas de aprendizaje” se profesa su enseñanza. ¡Qué maravilla, entonces, en un tiempo de desintegración general e inquietud, que los hijos de antepasados amantes de la Biblia sean atraídos por miles a un sistema que tiene la apariencia de estabilidad, donde todo lo demás se está cayendo a pedazos, y que, con todos sus errores, sí proclama la infalibilidad de las Sagradas Escrituras! Quien sea sabio considerará estas cosas.

Un Cambio Repentino

El profesor James, en sus conferencias en Manchester, trata la enseñanza de la Biblia como algo tan totalmente desacreditado y obsoleto que solo requiere una breve referencia pasajera en una discusión que pretende tratar sobre “la situación actual en la filosofía”. Él dice:

“Dejaré el materialismo cínico totalmente fuera de nuestra discusión por no requerir tratamiento ante esta audiencia presente, e ignoraré el teísmo dualista anticuado por la misma razón” (página 30).

También es importante para nuestro propósito notar la rapidez del gran cambio que ha tenido lugar en nuestras universidades, mediante el cual la doctrina cristiana ha sido relegada a una posición de oscuridad tan profunda que no requiere consideración en una discusión de este tipo. El conferenciante, después de comentar que le habían dicho unos hindúes que “el gran obstáculo para la propagación del cristianismo en su país era la puerilidad de nuestro dogma de la creación”, añadió: “Ciertamente, la mayoría de los miembros de esta audiencia están listos para ponerse del lado del hinduismo en este asunto”. Y luego procedió a decir que “aquellos de nosotros que somos sexagenarios” hemos presenciado cambios tales que “hacen que el pensamiento de una generación pasada parezca tan extraño a su sucesora como si fuera la expresión de una raza diferente de hombres. La maquinaria teológica que habló tan vívidamente a nuestros antepasados, con su edad finita del mundo, su creación de la nada, su moralidad jurídica y escatología, su tratamiento de Dios como un artífice externo, un gobernador inteligente y moral, suena tan extraño para la mayoría de nosotros como si fuera alguna religión salvaje extravagante” (página 29).

Su Significado

Que el lector no deje de captar el significado de la declaración. Durante cientos de años, la instrucción impartida a los jóvenes de Inglaterra y América se ha fundamentado en las Escrituras como los oráculos de Dios; y, de hecho, el trabajo de enseñanza ha sido llevado a cabo principalmente por ministros de la Palabra. Las posiciones que Inglaterra y América han ganado entre las naciones durante esos siglos son conocidas por todos. Dios las ha bendecido grandemente con prosperidad nacional y dominio mundial. Pero ahora, se nos dice (y es cierto), que dentro de una sola generación el marco de nuestros sistemas educativos ha sido tan cambiado que el lenguaje que expresaba las convicciones permanentes de nuestros antepasados suena tan extraño en la atmósfera de nuestras grandes universidades como el lenguaje de una “raza diferente de hombres”, pronunciando las fórmulas de alguna “religión salvaje extravagante”. Si el cambio es para mejor o para peor no está, por el momento, en cuestión. Lo que deseamos imprimir en las mentes de nuestros lectores en este punto es simplemente el hecho de que ha tenido lugar un cambio tremendo, con una rapidez asombrosa, y con respecto a asuntos que son de vital importancia para todo el mundo, y particularmente para el pueblo de habla inglesa.

Efecto sobre Mentes Plásticas

El efecto sobre las mentes plásticas de los estudiantes universitarios de palabras como las últimas citadas puede imaginarse fácilmente. Transmiten astutamente la sugerencia de que estos jóvenes son, con respecto a sus nociones filosóficas, inmensamente superiores a los hombres de luz y aprendizaje de las generaciones pasadas, y que es mediante el repudio del cristianismo y sus “palabras de vida” que proporcionan una prueba convincente de su superioridad intelectual. Hay pocas mentes entre los hombres de la edad aquí dirigida, o de cualquier edad —a menos que estén firmemente cimentados y establecidos en la verdad— que podrían resistir la insidiosa influencia de tal apelación a la vanidad innata de los hombres.

Siendo tales entonces las influencias a las que ahora están expuestos los estudiantes en nuestras universidades, ¿no hay una necesidad urgente de imprimir en los padres cristianos (aún quedan algunos) la advertencia de nuestro texto, y exhortarlos a que miren que sus hijos no sean despojados por medio de la filosofía y el engaño vacío?

Un Gran Peligro

¿Qué presagia este cambio repentino y estupendo? ¿No está en peligro por ello la existencia misma de la civilización cristianizada (es decir, el sistema social que ha sido criado bajo la influencia y protección del cristianismo)? Sin duda alguna lo está. Tampoco se mitiga en modo alguno nuestra razonable aprensión a este respecto por las declaraciones del profesor James de que los factores principales de este cambio son el “evolucionismo científico” y “la marea creciente de ideales socialdemócratas”. Grande es el daño ya logrado por estas poderosas agencias del mal, y todavía estamos apenas en el comienzo de su carrera destructiva.

Una palabra más habla el profesor James sobre este punto:

“Un creador externo y sus instituciones todavía pueden ser confesados verbalmente en la iglesia en fórmulas que perduran por su mera inercia, pero la vida está fuera de ellas” (página 34).

Y con esto concuerdan las palabras del Cristo resucitado a la iglesia en su etapa de Sardis: “Tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir” Apocalipsis 3:1-2.

¿Buda o Cristo?

Ahora corresponde inspeccionar brevemente ese sistema de filosofía que, en sus diversas formas, ha desplazado de nuestras universidades la doctrina de Cristo (y que incidentalmente lo ha hecho a Él un mentiroso). Ya hemos declarado que este sistema reinante, que ahora tiene un dominio casi indiscutible en la Inglaterra y América “cristianas”, es el panteísmo, que ha florecido durante miles de años como el culto religioso filosófico de la India. Hemos visto cómo el profesor James difiere a la estimación hindú de la doctrina bíblica de la creación, y se pone de su lado. Si la prueba de una doctrina es la forma en que es considerada por los hindúes, es bastante lógico ir a ellos para la interpretación del universo que se va a enseñar en nuestras escuelas y colegios.

Los filósofos de hoy, por tanto, no tienen nada que ofrecernos que nuestros antepasados no entendieran tan bien como ellos, y que no fueran tan libres de elegir como nosotros. ¿Prefirieron entonces nuestros antepasados lo peor a lo mejor cuando eligieron, y fundaron grandes universidades para preservar, las doctrinas enseñadas por Jesucristo y sus apóstoles, en lugar de (como podrían haber hecho) las doctrinas asociadas con el nombre de Buda? Nuestros maestros de filosofía actuales parecen decir que sí. Pero si queda algún juicio en el hombre del siglo XX, recordará, antes de consentir ligeramente en la eliminación de los antiguos cimientos, que cualquier cosa que pueda haber de superioridad en el orden social de la Inglaterra y América cristianizadas sobre el de la India panteísta se debe a la elección que hicieron nuestros antepasados cuando aceptaron la enseñanza del Evangelio de Cristo, y al hecho de que cada generación posterior hasta la presente ha ratificado y se ha adherido firmemente a esa elección.

¿Qué Beneficio?

¿Qué beneficio, entonces, puede esperar cualquier hombre cuerdo como resultado de este repudio repentino y total de enseñanzas que son vitales para el cristianismo, y la aceptación en su lugar de las antiguas doctrinas del paganismo? Seguramente nunca hubo una generación de hombres tan imprudente, tan cegada por su propia presunción, como esta generación insensata, al desechar así la guía de ese Libro que ha puesto a Inglaterra y América a la cabeza de las naciones, y que ha sido la fuente de todo lo que es encomiable en la llamada “sociedad civilizada”, y al aceptar en su lugar las doctrinas brutalizantes y degradantes del panteísmo.

En cualquier cosa sobre la que nuestros ojos puedan descansar con satisfacción en nuestra historia pasada o nuestras instituciones presentes, nuestro arte, literatura, ética, estándares de vida familiar y vida nacional, etc., etc., vemos las evidencias de la influencia de esas enseñanzas que ahora han sido descartadas por los hombres sabios de nuestros días como “pueriles” en comparación con las de la filosofía pagana. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que el justo juicio de Dios alcance a los pueblos que así se han apartado con desprecio de la fuente de toda su grandeza?

La advertencia, por tanto, debe sonar, no solo a los hombres y mujeres jóvenes que probablemente sean las víctimas terribles de la “educación superior” del día, sino a cada habitante de las tierras civilizadas, para que miren que nadie haga presa de ellos por medio de la filosofía y vanas sutilezas. Porque el asunto que estamos considerando afecta vitalmente los intereses de cada comunidad civilizada.

Responsabilidad Nacional

De la Biblia y de la historia secular aprendemos que Dios trata no solo con individuos sobre la base del privilegio y la responsabilidad, sino también con las naciones. Debido a los privilegios extraordinarios concedidos a los israelitas, una responsabilidad más pesada recayó sobre ellos que sobre otras naciones, y fueron visitados por su infidelidad con la severidad correspondiente. Y ahora estamos viviendo en ese largo tramo de siglos conocido como “los tiempos de los gentiles”, durante el cual las ramas naturales del olivo (Israel) son desgajadas, y las ramas del olivo silvestre son injertadas en su lugar; es decir, el período en el que los gentiles están ocupando temporalmente el lugar de privilegio especial y responsabilidad de Israel. Su defección ha venido a ser la riqueza de los gentiles (Romanos 11:11-25).

Al tratar con una nación, Dios mira a sus gobernantes o líderes como responsables de sus acciones. La justicia de esto es especialmente evidente en países donde el pueblo elige a sus propios gobernantes y gobernadores. En nuestros días el pueblo es todopoderoso. Los gobernantes son elegidos con el propósito expreso de ejecutar la voluntad popular. Asimismo, también ha llegado el tiempo en que el pueblo no solo elige a sus gobernantes, sino que también se amontonarán maestros, porque no sufrirán la sana doctrina 2 Timoteo 4:3, 4. Podemos estar seguros, entonces, de que las personas que encontramos en las cátedras profesionales de nuestros colegios están allí por mandato del pueblo, que ha apartado de la verdad el oído y se vuelve a las fábulas que complacen su comezón de oír.

Por la constitución misma de un orden social democrático, los maestros deben enseñar lo que a la gente le gusta escuchar, o de lo contrario ceder el lugar a quienes lo harán.

Dios seguramente juzgará a las naciones privilegiadas por esto. El cambio ha sido grande y repentino. El juicio será rápido y severo. Hasta nuestros días, cualquiera que haya sido el estado moral de las masas de gente de Inglaterra y América, los gobiernos se establecieron sobre los cimientos de la doctrina cristiana; los reyes y otros gobernantes juraron defender la fe; la Biblia se enseñaba en las escuelas; y nadie era considerado apto para un puesto de responsabilidad pública que no fuera un seguidor profeso de Jesucristo. En cuanto a los maestros en nuestras escuelas y colegios, no se podía encontrar uno que no sostuviera y enseñara como la verdad inmutable de Dios las doctrinas del cristianismo bíblico.

Una Gran Apostasía

Reconociendo estos hechos, que todos deben admitir como hechos, por mucho que puedan diferir en cuanto a su significado, se sigue que estamos viviendo bajo la oscura sombra de la mayor apostasía nacional que jamás haya tenido lugar. Durante toda la historia de la humanidad nunca ha habido tal abandono masivo de la fuente de bendiciones nacionales, para ir en pos de los dioses de los paganos.

Solemne Insensatez

Ya hemos afirmado que la filosofía reinante, es decir, el panteísmo, se expone en nuestras universidades en dos formas, conocidas respectivamente como “monismo” y “pluralismo”. El profesor James, aunque es un crítico vigoroso del monismo, admite que este último tiene casi completa posesión del campo, y que su propio culto del “pluralismo” tiene muy pocos adherentes. Estas dos especies de panteísmo son, sin embargo, similares en el asunto esencial de que “ambas identifican la sustancia humana con la sustancia divina”. Desde un punto de vista cristiano, por lo tanto, no es muy importante distinguir entre ellas. La diferencia principal es que el monismo (o “absolutismo”) “piensa que dicha sustancia se vuelve plenamente divina solo en la forma de totalidad, y no es su verdadero yo en ninguna forma sino en la forma del todo”; mientras que el pluralismo sostiene “que en última instancia puede que nunca haya una forma del todo en absoluto, que la sustancia de la realidad puede que nunca se recolecte totalmente... y que una forma distributiva de la realidad, la forma de cada uno, es lógicamente tan aceptable, y empíricamente tan probable, como la forma del todo” (página 34).

“Para el monismo el mundo no es una colección, sino un gran hecho que lo incluye todo, fuera del cual no hay nada;” “Y cuando el monismo es idealista, este hecho que todo lo envuelve se representa como una mente absoluta que crea los hechos parciales al pensarlos, tal como nosotros creamos objetos en un sueño al soñarlos, o personajes en una historia al imaginarlos”.

“El mundo y el pensador del todo así se compenetran y se absorben mutuamente sin residuo”. “El absoluto nos hace al pensarnos”. “El absoluto y el mundo son un solo hecho”. “Este es el esquema panteísta completo, la inmanencia de Dios en su creación, una concepción sublime por su tremenda unidad”.

Por otro lado, el pluralismo dice que “la realidad puede existir en una forma distributiva en la forma no de un todo, sino de un conjunto de cada unos”. “Hay esto a favor de los cada unos, que de todos modos son lo suficientemente reales como para haberse hecho al menos aparecer a todos, mientras que el absoluto hasta ahora ha aparecido inmediatamente a solo unos pocos místicos, y de hecho a ellos muy ambiguamente” (página 129).

He transcrito las muestras anteriores de esta solemne insensatez para que el lector pueda ser informado de la elección que nuestras grandes universidades ponen ahora ante los miles de mentes ansiosas y receptivas que las abarrotan en busca de conocimiento. Los gobernantes de estas instituciones educativas dicen virtualmente a sus estudiantes: Debéis aceptar una concepción panteísta del universo, pero podéis elegir entre un universo monista y un universo pluralista; entre un universo que consiste en un único y pesado “todo”, o uno que comprende un número indefinido de “cada unos” misceláneos.

Escuelas en Conflicto

Cualquiera que sea de estas concepciones “débiles y pobres” que nuestro joven estudiante adopte, debe estar preparado para escuchar cómo es atacada por los adherentes de la escuela rival y criticada como altamente irracional y absurda; y para esto le prepara su curso de filosofía. Así, los defensores del monismo declaran que el pluralismo está “infectado y socavado por la autocontradicción”. Por otro lado, el profesor James sostiene que el “absoluto” del monista “implica características de irracionalidad peculiares a sí mismo”. Señala que, según la teoría del idealismo absoluto, el conocedor-de-todo debe conocer, y ser siempre distintamente consciente de la relación de cada objeto en todo el universo, pero también de todo lo que el objeto no es, como que una “mesa no es una silla, no es un rinoceronte, no es un logaritmo, no está a una milla de la puerta, no vale quinientas libras esterlinas, no tiene mil siglos de antigüedad”, etc., *ad infinitum, ad nauseam*.

“Además, si es un hecho que ciertas ideas son tontas, el absoluto tiene que haber pensado ya las ideas tontas para establecerlas en su tontería. La basura en su mente parecería así superar fácilmente en cantidad al

material más deseable. Uno esperaría que estallara con tal obesidad, plétora y superfetación de información inútil” (página 128).

¿Y qué hay de las cosas que son criminales, viciosas e impuras? Estas son necesariamente tanto las formas de pensamiento del absoluto como sus opuestos.

El Veredicto de un Filósofo

Nuevamente, después de mencionar ciertas dificultades de la teoría idealista, el profesor James habla despectivamente de “la rareza de inventar como remedio para los inconvenientes resultantes de esta situación un objeto conceptual supernumerario llamado un ‘absoluto’, en el cual empacas las mismas contradicciones sin reducir” (página 271).

Una vez más citamos:

“Cuando leo literatura trascendentalista... no obtengo nada más que una especie de marcar el paso, masticar de mandíbulas, escarbar el suelo, y volver a asentarse en la misma actitud, como un caballo cansado en un establo con un pesebre vacío. No es más que dar vueltas a las mismas categorías gastadas, trayendo las mismas objeciones, e instando las mismas respuestas y soluciones, sin que nunca aparezca a la vista un nuevo hecho o un nuevo horizonte” (página 265).

Esto es lo que un filósofo de primera fila dice de la filosofía dominante del día, cuyas especulaciones están siendo impresas en las mentes de nuestros estudiantes universitarios más brillantes. Se puede permitir un comentario, a saber, que si un absoluto tonto no creó a los hombres pensándolos, ciertamente hombres tontos han creado un absoluto pensándolo; y es difícil concebir cómo podrían haber empleado sus mentes más tontamente.

Una Tarea Imposible

¡Esta es la situación provocada, ahora que el cristianismo ha sido cortésmente despedido de nuestras escuelas y seminarios para hacer lugar a la filosofía irracional del hinduismo! Muy pertinentes en esta conexión son las palabras del profeta: “Los sabios se avergonzaron, se espantaron y fueron consternados; he aquí que aborrecieron la palabra de Jehová; ¿y qué sabiduría tienen?” Jeremías 8:9.

Pues la ocupación en la que están comprometidos nuestros filósofos es la tarea imposible de tratar de establecer una explicación del universo visible después de haber rechazado el relato verdadero del mismo recibido de su Creador. El dios de la filosofía dominante es uno al que no se le permite hablar o darse a conocer de ninguna manera. La filosofía necesita poner estas restricciones sobre él para su propia protección; pues, si él las rompiera, la ocupación del filósofo desaparecería. Así que debe permanecer en una oscuridad impenetrable, sin decir palabra, y sin hacer ninguna señal o movimiento inteligible, para que los filósofos puedan continuar su agradable negocio de hacer malas conjeturas sobre cómo es él.

Una Advertencia

No es difícil para quien ha llegado al conocimiento de la verdad mediante la recepción de la Palabra de Dios, “no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios” 1 Tesalonicenses 2:13, percibir la locura y la inutilidad de todo esto. Pero ¿quién librará a los ignorantes, los inocentes y los incautos de ser victimizados y eternamente despojados por estos hombres que, profesando ser sabios, se han hecho necios? No podemos sino hacer sonar la alarma y dar advertencia, especialmente a aquellos que son responsables de criar hijos, de los peligros que infectan la atmósfera intelectualista de nuestras universidades, colegios y seminarios.

Una Razón para Ello

Para concluir, podemos señalar con provecho para nuestros lectores una razón profunda por la cual el enemigo de Cristo, y de los hombres a quienes Él busca salvar, desearía imprimir en las mentes de estos últimos la concepción del panteísmo. Esa doctrina excluye totalmente la idea de que el hombre es un pecador, y por lo tanto pone la redención fuera del ámbito de discusión. Bajo la influencia de esa doctrina el hombre nunca descubriría su naturaleza corrupta y su necesidad de salvación, y por lo tanto, si no es librado de ella, moriría en sus pecados. Un enemigo del hombre no podría idear contra él mayor daño que este.

Dios Difamado

Pero la doctrina que la filosofía de nuestros días ha importado de la India obra no solo destrucción para los hombres, sino también deshonra para Dios. Aquí puede ser percibido claramente su carácter satánico por todos los que tienen ojos para ver. Su principio fundamental es que Dios y el hombre son verdaderamente uno en sustancia y ser, y que el carácter de Dios se revela en la historia de la humanidad. Esta doctrina malvada hace a Dios socio con el hombre en toda la múltiple y grave maldad de la humanidad. Lo hace *particeps criminis* en todos los crímenes monstruosos, crueldades, inmundicias y abominaciones innombrables que han manchado el registro de la humanidad. Lo hace realmente el actor principal en todos los pecados y maldades, ya que el pensamiento y los impulsos que los provocan se originan con Él. Así, Dios es acusado de todas las malas acciones que la Biblia denuncia, y contra las cuales se declara la ira del Dios de la Biblia.

La Promesa de Satanás

Puede ser que, en algún lugar en los lugares oscuros de este mundo pecaminoso, aceche una doctrina más monstruosamente perversa, más característicamente satánica que esta, que ahora está instalada en nuestras sedes de aprendizaje y allí abiertamente venerada como la última palabra de la sabiduría humana madura; pero, si tal existe, el escritor de estas páginas no es consciente de su existencia. Esa doctrina es virtualmente la seguridad, dada bajo el sello de aquellos que ocupan las eminencias de la cultura, el aprendizaje y la sabiduría humanos, de que la promesa de la serpiente dada a los padres de la raza de lo que resultaría si seguían su rastro, ha sido por fin redimida. “Seréis como Dios”, declaró él; y ahora los líderes del pensamiento del día se unen en proclamar que el hombre y Dios son verdaderamente una sustancia y naturaleza.

¡Guardaos! ¡Guardaos! Esta enseñanza es, de hecho, según la tradición humana —la más antigua de todas las tradiciones humanas—; es según los principios básicos del mundo y del dios de este mundo, y no según Cristo. Ningún peligro mayor amenaza a los hombres y mujeres más jóvenes de la generación actual que el peligro de que algún hombre, algún profesor de lengua suave, instruido y refinado, haga presa de ellos por medio de la filosofía y vanas sutilezas.

Capítulo 13 Justificación por la Fe

Por H. C. G. Moule, Doctor en Teología
Obispo de Durham, Inglaterra

“Justificación por la fe”; la frase es de gran peso tanto en las Escrituras como en la historia. En las Sagradas Escrituras es el tema principal de dos grandes epístolas dogmáticas, Romanos y Gálatas. En la historia cristiana fue el potente lema del movimiento de la Reforma en su aspecto de vasto levantamiento espiritual de la iglesia. No es de ninguna manera la única gran verdad considerada en las dos epístolas; las leeríamos erróneamente si permitiéramos que su mensaje sobre la justificación por la fe oscureciera su mensaje sobre el Espíritu Santo, y la fuerte relación entre los dos mensajes. No fue la única gran verdad que movió y animó a los líderes espirituales de la Reforma. Sin embargo, tal es la profundidad y dignidad de esta verdad, y tan central es en algunos aspectos su referencia a otras verdades de nuestra salvación, que podemos decir con justicia que fue el mensaje de San Pablo, y la verdad que yacía en el corazón de los mensajes distintivos de las epístolas no paulinas también, y que fue la verdad de la gran Reforma de la iglesia occidental.

Con razón, viendo las cosas como fue guiado a verlas en una profunda experiencia, dijo Lutero que la justificación por la fe era “el artículo con el que la iglesia se mantiene en pie o cae”. Con razón dice un ilustre representante de la escuela más antigua del anglicanismo “superior”, un nombre para mí siempre brillante y venerable, Edward Harold Browne, que la justificación por la fe no es solo esto, sino también “el artículo con el que el alma se mantiene en pie o cae”. (*Messiah Foretold and Expected* [El Mesías predicho y esperado], *ad finem*).

Significado de los Términos

Apliquémonos primero a un estudio del significado de nuestros términos. Aquí tenemos dos grandes términos ante nosotros, justificación y fe. Consideraremos, por supuesto, en su lugar la palabra que, en nuestro título, los une, y preguntaremos cómo la justificación es “por” la fe. Pero primero, ¿qué es la justificación, y luego, qué es la fe?

Por derivación, sin duda, JUSTIFICACIÓN significa hacer justo, es decir, hacer conforme a un estándar verdadero. Parecería así significar un proceso por el cual lo incorrecto es corregido, y lo malo es hecho bueno, y lo bueno mejor, en el camino de la mejora real de la cosa o persona justificada. En un caso curioso, y, hasta donde sé, solo en ese caso, la palabra tiene este significado en el uso real. “Justificación” es un término del arte del impresor. El tipógrafo “justifica” una pieza de composición cuando corrige, pone en perfecto orden, en cuanto a espacios entre palabras y letras, y así sucesivamente, los tipos que ha compuesto.

Pero esto, como he dicho, es un caso solitario. En el uso de palabras por lo demás, universalmente, justificación y justificar significan algo bastante diferente de la mejora de la condición. Significan el establecimiento de una posición como ante un juez o jurado, literal o figurado. Significan la obtención de un veredicto favorable en tal presencia, o de nuevo (lo que es lo mismo desde otro lado) la emisión de ese veredicto, la sentencia de absolución, o la sentencia de derecho reivindicado, según sea el caso.

Estoy pensando en la palabra no en absoluto exclusivamente como una palabra religiosa. Tómela en su empleo común y cotidiano; siempre es así. Justificar una opinión, justificar un curso de conducta, justificar una declaración, justificar a un amigo, ¿qué significa? No reajustar y mejorar sus pensamientos; o sus acciones, o sus palabras; no educar a su amigo para que sea más sabio o más capaz. No, sino ganar un veredicto para el pensamiento, o la acción, o la palabra, o el amigo, en algún tribunal de juicio, como por ejemplo el tribunal de la opinión pública, o de la conciencia común. No es mejorar, sino reivindicar.

Tome una ilustración lista para el mismo efecto de las Escrituras, y de un pasaje no de doctrina, sino de ley pública israelita: “Si hubiere pleito entre algunos, y acudieren al tribunal para que los jueces los juzguen, éstos absolverán al justo, y condenarán al culpable” (Deuteronomio 25:1). Aquí es obvio que la cuestión no es una de mejora moral. Los jueces no han de hacer mejor al hombre justo. Han de reivindicar su posición como satisfactoria para la ley.

Pasajes no teológicos, puede observarse, y conexiones generalmente no teológicas, son de la mayor utilidad para determinar el verdadero significado nativo de los términos teológicos. Porque con raras excepciones, que son en su mayor parte asuntos de historia abierta, como en el caso del *Homousion*, los términos teológicos son términos de pensamiento común, adaptados a un uso especial, pero en sí mismos sin cambios. Es decir, se usaron así al principio, en la simplicidad de la verdad original. Las edades posteriores pueden haber desviado esa simplicidad. Fue así como un hecho con nuestra palabra justificación, como veremos inmediatamente. Pero al principio la palabra significaba en religión precisamente lo que significaba fuera de ella. Significaba la obtención, o el anuncio consecuente, de un veredicto favorable. No la palabra, sino la aplicación fue alterada cuando la salvación estaba en cuestión. Fue de hecho una nueva y gloriosa aplicación. El veredicto en cuestión no era el veredicto de un tribunal hebreo, ni de la opinión pública, sino del Juez eterno de toda la tierra. Pero eso dejó el significado de la palabra igual.

La Justificación un Término “Forense”

Es así evidente que la palabra justificación, tanto en el lenguaje religioso como en el común, es una palabra conectada con la ley. Tiene que ver con la absolución, la reivindicación, la aceptación ante un tribunal de juicio. Para usar un término técnico, es una palabra forense, una palabra de los tribunales de justicia (que en la antigua Roma se situaban en el foro). Con respecto a “nosotros los hombres y nuestra salvación” se relaciona no tanto, no tan directamente, con nuestra necesidad de revolución espiritual, enmienda, purificación, santidad, como con nuestra necesidad de obtener, de alguna manera —a pesar de nuestra culpa, nuestra responsabilidad, nuestra deuda, nuestra merecida condenación— una sentencia de absolución, una sentencia de aceptación, en el tribunal de juicio de un Dios santo.

No es que no tenga nada que ver con nuestra purificación espiritual interna. Tiene relaciones intensas y vitales en ese sentido. Pero no son relaciones directas. La preocupación directa de la justificación es con la necesidad del hombre de una liberación divina, no del poder de su pecado, sino de su culpa.

Interpretaciones Equivocadas

Aquí debemos notar, en consecuencia, dos casos notables de uso indebido de la palabra justificación en la historia del pensamiento cristiano. El primero se encuentra en la teología de los Escolásticos, los grandes pensadores de la edad media en la cristiandad occidental—Pedro Lombardo, Tomás de Aquino, y otros. (Ver T. B. Mozley, *Baptismal Controversy* [Controversia Bautismal], Cap. VII).

Para ellos, la justificación parece haber significado casi lo mismo que la regeneración, el gran cambio interno en el estado de nuestra naturaleza obrado por la gracia. El otro caso aparece en el siglo XVI, en los Decretos del Concilio de Trento, una declaración altamente autorizada de la creencia y enseñanza romanista. Allí la justificación es descrita (vi. c. 7) como “no la mera remisión de pecados, sino también la santificación y renovación del hombre interior”. En esta notable oración, los teólogos romanistas parecen combinar la verdadera cuenta de la palabra, aunque imperfectamente declarada, con la visión de los Escolásticos. No es demasiado decir que una revisión cuidadosa de los hechos resumidos anteriormente, en cuanto al uso secular de la palabra justificación, y el uso bíblico de ella en la doctrina de la salvación, es suficiente para negar estas explicaciones. Son ejemplos curiosos y memorables de interpretación errónea de términos; esa fuente más fructífera de error adicional, más amplio y más profundo.

La Justificación No Es lo Mismo que el Perdón

El problema planteado entonces, en religión, por la palabra justificación, es: ¿Cómo será el hombre justo delante de Dios? Para usar las palabras de nuestro Artículo Once, es: ¿Cómo seremos “tenidos por justos delante de Dios”? En otras palabras, ¿Cómo seremos nosotros, habiendo pecado, habiendo quebrantado la santa Ley, habiendo violado la voluntad de Dios, tratados, en cuanto a nuestra aceptación ante Él, en cuanto a nuestra “paz para con Dios” (Romanos 5:1), como si no lo hubiéramos hecho? Su pregunta no es, directamente, ¿Cómo llegaré yo, un pecador, a ser santo? sino, ¿Cómo seré yo, un pecador, recibido por mi Dios, a quien he agraviado, como si no lo hubiera agraviado?

Aquí notemos, lo que será claro al reflexionar, que la justificación significa propiamente nada menos que esto, el ser recibido por Él como si no lo hubiéramos agraviado. No es solamente el ser perdonado por Él. De hecho, nosotros como pecadores necesitamos urgentemente el perdón, la remisión de nuestros pecados, el apartar la santa venganza de Dios sobre nuestra rebelión. Pero necesitamos más. Necesitamos la voz que dice, no simplemente, puedes irte; se te ha perdonado tu castigo; sino, puedes venir; eres bienvenido a Mi presencia y comunión. Veremos más adelante cuán importante es esta diferencia en los problemas prácticos de nuestra plena salvación.

Pero una cosa es evidente a primera vista, a saber, que esto está implícito en la palabra misma justificación. Porque justificación, en el habla común, nunca significa perdón. Significa ganar, o conceder, una posición de aceptación. “Estás justificado en tomar este curso de acción”, no significa, estabas equivocado, pero estás perdonado. Significa, tenías razón, y en el tribunal de mi opinión lo has probado. En la religión, en consecuencia, nuestra justificación significa no meramente una concesión de perdón, sino un veredicto a favor de nuestra posición como satisfactoria ante el Juez.

El Problema Especial de Nuestra Justificación

Aquí, de paso, notemos que, por supuesto, la palabra justificación no implica por sí misma que la persona justificada sea un pecador. Para ver esto tan claramente como sea posible, recuerde que se dice que Dios mismo es justificado, en el Salmo 51:4, y Cristo mismo, en 1 Timoteo 3:16. En un tribunal de justicia humano, como hemos visto arriba, es el deber supremo del juez “absolver al justo” (Deuteronomio 25:1), y al justo solamente. En todos esos casos, la justificación lleva su significado perfectamente apropiado, sin perplejidad, cruzado por ningún misterio o problema. Pero entonces, en el momento en que llegamos a la cuestión concreta y práctica, cómo seremos justificados, y ante Dios, o, para traerlo más cerca de casa, cómo seré yo, yo el pecador, bienvenido por mi Señor ofendido como si fuera satisfactorio, entonces el pensamiento de la justificación se nos presenta en un aspecto nuevo y sumamente solemne. La palabra mantiene su significado inquebrantable. Pero ¿qué hay de su aplicación? Aquí estoy yo, culpable. Ser justificado es ser pronunciado no culpable, ser reivindicado y aceptado por el legislador y la ley. ¿Es posible? ¿No es imposible?

Justificación por la fe, en el caso real de nuestra salvación, es así una “frase corta”. Significa, en su totalidad, la aceptación de pecadores culpables, ante Dios, por medio de la fe. Grande es el problema así indicado. Y grande es la maravilla y la gloria de la solución que nos es dada por la gracia de Dios. Pero para esta solución debemos avanzar mediante algunos pasos adicionales.

¿Qué Es la Fe?

Podemos ahora acercarnos adecuadamente a nuestro segundo gran término, fe, y preguntarnos: ¿Qué significa? Al igual que con la justificación, así con la fe, podemos abordar mejor la respuesta preguntando primero: ¿Qué significa la fe en la vida y el habla comunes?

Tome frases tales como, tener fe en una política, fe en un remedio, fe en un líder político, o un líder militar, fe en un abogado, fe en un médico. Aquí la palabra fe se usa de una manera obviamente paralela a aquella en la que, por ejemplo, nuestro Señor la usa cuando apela a los apóstoles, en los Evangelios, a tener fe en Él; como lo hizo en la tormenta en el lago. El uso es paralelo también a su uso habitual en las epístolas, por ejemplo, en Romanos 4, donde Pablo hace tanto de la fe de Abraham, en estrecha conexión con la fe que busca desarrollar en nosotros.

Ahora, ¿no es claro que la palabra significa, para todos los intentos y propósitos prácticos, confianza, dependencia? ¿No es esto obvio sin comentario cuando un hombre enfermo envía por el médico en quien tiene fe, y cuando el soldado sigue, quizás literalmente en total oscuridad, al general en quien tiene fe? Dependencia de una cosa o persona que se supone digna de confianza, esto es fe.

Confianza Práctica

Para notar un aspecto adicional de la palabra. La fe, en el uso común real, tiende a significar una confianza práctica. Rara vez, o nunca, la usamos para una mera opinión, por distinta que sea, que yace pasiva en la mente. Tener fe en un comandante no significa meramente albergar una convicción, una creencia, por positiva que sea, de que es hábil y competente. Podemos albergar tal creencia sobre el comandante del enemigo con impresiones muy desagradables en nuestras mentes como consecuencia. Podemos estar seguros de que es un gran general en un sentido muy opuesto a una confianza personal en él. No, tener fe en un comandante implica una visión de él en la cual nosotros o bien realmente confiamos, o estamos bastante listos para confiar, a nosotros mismos y nuestra causa a su mando. Y exactamente lo mismo es cierto de la fe en una promesa divina, la fe en un Redentor divino. Significa una dependencia, genuina y práctica. Significa ponernos a nosotros mismos y nuestras necesidades, en dependencia personal, en sus manos.

Aquí, de paso, observamos que la fe, en consecuencia, siempre implica un elemento, más o menos, de lo oscuro, de lo desconocido. Donde todo es, por así decirlo, visible para el corazón y la mente, difícilmente puede haber fe. Estoy en una zona peligrosa de agua, en un bote, con un barquero hábil y experimentado. La cruzo, no sin temblor tal vez, pero con fe. Aquí la fe se ejercita sobre un objeto digno de confianza y conocido, el barquero. Pero se ejercita con respecto a lo que son más o menos, para mí, circunstancias inciertas, la cantidad de peligro, y la forma de manejar el bote en él. Si no hubiera circunstancias inciertas, mi opinión sobre el barquero no sería fe, sino mera opinión; estimación, no dependencia.

Nuestra ilustración sugiere la observación de que la fe, en lo que concierne a nuestra salvación, necesita un Objeto cierto y digno de confianza, incluso Jesucristo. Teniéndolo a Él, tenemos la condición correcta para ejercitar la fe, dependencia en la oscuridad, confianza en su habilidad y poder a nuestro favor en circunstancias desconocidas o misteriosas.

Hebreos 11:1 No Es una Definición

Parece bueno comentar aquí sobre esa gran sentencia, Hebreos 11:1, a veces citada como una definición de fe: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Si esto es una definición, hablando con propiedad, debe negar la definición simple de fe a la que hemos llegado arriba, a saber, dependencia. Porque nos lleva hacia una región de pensamiento totalmente diferente, y sugiere, lo que muchos pensadores religiosos han sostenido, que la fe es, por así decirlo, un sentido espiritual misterioso, un poder sutil de tocar y sentir lo invisible y eterno, una “visión y una facultad divina”, casi una “segunda vista” en el alma. Nosotros, por el contrario, mantenemos que es siempre la misma cosa en sí misma, ya sea que se refiera a cosas comunes o espirituales, a saber, dependencia, reposada en un objeto digno de confianza, y ejercitada más o menos en la oscuridad. La otra visión miraría a la fe (en cosas espirituales) más como una facultad en sí misma que como una actitud hacia un objeto. El pensamiento está así más

comprometido con el poder latente propio de la fe que con el poder y la verdad de un prometedor. Ahora bien, sobre esto observo, primero, que las palabras de Hebreos 11:1 difícilmente se leen como una definición en absoluto. Porque una definición es una descripción que se ajusta a la cosa definida y solo a ella, de modo que la cosa queda fijada y establecida por la descripción. Pero las palabras “certeza de lo que se espera, convicción de lo que no se ve”, no son exclusivamente aplicables a la fe. Serían igualmente aptas para describir, por ejemplo, las promesas de Dios en su poder. Porque son capaces de hacer cierto lo esperado y visible lo invisible.

Y esto es justamente lo que tomamos que significan las palabras como una descripción de la fe. No definen la fe en sí misma; la describen en su poder. Son el tipo de declaración que hacemos cuando decimos: “el conocimiento es poder”. Esa no es una definición de conocimiento, de ninguna manera. Es una descripción de él en uno de sus grandes efectos.

Todo el capítulo, Hebreos 11, ilustra esto, y, como me parece a mí, confirma nuestra simple definición de fe. Noé, Abraham, José, Moisés —todos trataron lo esperado y lo invisible como sólido y cierto porque todos confiaron en el fiel prometedor. Sus victorias fueron misteriosamente grandes, sus vidas estaban relacionadas vitalmente con lo Invisible. Pero la acción para este fin fue por su parte sublimemente simple. Fue dependencia en el prometedor. Fue tomar a Dios en su Palabra.

Recuerdo a un amigo mío, hace muchos años, quejándose de la irreverencia escéptica de un entonces conferencista en Oxford, quien pidió a su clase una definición de fe. Se citó Hebreos 11:1 como respuesta, y él respondió: “No podrías haberme dado una peor definición”. Ahora bien, este maestro puede haber sido realmente frívolo. Pero todavía pienso que es posible que no quisiera decir desprecio por la Escritura. Puede haber objetado meramente, aunque con rudeza innecesaria, a una falsa elevación de la Escritura. Sintió, no puedo sino conjeturar, que Hebreos 11:1 no era realmente ninguna definición en absoluto.

Definición y Efecto

Es de suma importancia recordar tanto esta simplicidad de definición como esta grandeza de efecto en el asunto de la fe. Es de suma importancia en la gran cuestión de nuestra salvación. Aquí, por un lado, hay una acción de la mente y la voluntad, en sí misma perfectamente simple, capaz de la ilustración más hogareña. Todos sabemos lo que significa la dependencia. Bueno, la fe es dependencia. Pero entonces, cuando la dependencia se dirige sobre un objeto infinitamente grande y bueno, cuando reposa sobre Dios en Cristo, sobre Él en su promesa, su fidelidad, su amor, sobre su propio ser, ¿qué no es esta dependencia en sus efectos? Es la criatura aferrándose al Creador. Es nuestra recepción de Dios mismo en su Palabra. Así, es el ponernos en el camino de su propia acción todopoderosa en el cumplimiento de su Palabra, en el mantenimiento de su promesa.

“La virtud de la fe yace en la virtud de su objeto”. Ese Objeto, en este asunto de la justificación, así nos lo aseguran las Escrituras abundantemente y con la mayor claridad, es nuestro Señor Jesucristo mismo, quien murió por nosotros y resucitó. Aquí la dependencia más simple, siempre que sea sincera, es nuestro punto de contacto con recursos infinitos. Cuando últimamente se completó la vasta presa del Nilo, con todas sus compuertas gigantes, no se necesitó más que el toque de un dedo en un botón eléctrico para abrir majestuosamente las puertas de la barrera y así dejar pasar al Nilo en toda su masa y poder. Hubo el contacto más simple posible. Pero fue contacto con fuerzas y aparatos adecuados para controlar o liberar a placer el gran río. Así la fe, en dependencia del alma, el alma tal vez del niño, tal vez del campesino, tal vez del marginado, es solo una mirada dependiente, un toque dependiente. Pero establece contacto con JESUCRISTO, en toda su grandeza, en su gracia, mérito, poder salvador, amor eterno.

Fe, No Mérito

Una consecuencia trascendental de esta reflexión es la siguiente: Se nos advierte aquí contra la tentación de erigir la fe en un Salvador, de descansar nuestra dependencia en nuestra fe, si puedo decirlo así. Esa es una tentación real para muchos. Oyendo, y pensando plenamente, que para ser justificados debemos tener fe, ellos, nosotros, pronto nos ocupamos con un análisis ansioso de nuestra fe. ¿Confío lo suficiente? ¿Es mi dependencia satisfactoria en tipo y cantidad? Pero si la fe salvadora es, en su esencia, simplemente una actitud dependiente, entonces la cuestión de su efecto y virtud se traslada inmediatamente a la cuestión de la adecuación de su Objeto. El hombre entonces es llevado a preguntar, no, ¿Confío lo suficiente?, sino, ¿Es Jesucristo lo suficientemente grande, y lo suficientemente misericordioso, para que yo confíe en Él? El microscopio introspectivo se deja a un lado. Los ojos abiertos del alma se vuelven hacia arriba al rostro de nuestro Señor Jesucristo; y la fe se olvida de sí misma en su propia acción apropiada. En otras palabras, el hombre confía instintivamente en un Objeto visto como tan magníficamente, tan supremamente, capaz de sostenerlo. Sus pies están sobre la Roca, y lo sabe, no tanteando sus pies, sino sintiendo la Roca.

Aquí notemos que la fe, así vista como dependencia, es obviamente una cosa tan diferente como es posible del mérito. Nadie en la vida común piensa en una dependencia bien colocada como meritoria. Es correcta, pero no justa. No hace a un hombre merecedor de rescate cuando, estando en peligro inminente, acepta implícitamente la guía de su rescatador. Y el hombre que, descubriéndose a sí mismo, a la manera antigua (la manera tan antigua como David ante Natán, Isaías en la visión, el publicano en el templo, el carcelero en Filipos, Agustín en Milán), como un pecador culpable, cuya “boca está cerrada” ante Dios, confía en Cristo como su todo para perdón y paz, ciertamente no merece nada por cerrar con su propia salvación. No merece nada por el acto de aceptar todo.

“Dios”, dice Richard Hooker, en ese gran “Discurso” suyo sobre la justificación, “justifica al hombre creyente, mas no por la dignidad de su creencia, sino por la dignidad de aquel que es creído”. (*A Discourse of Justification* [Un Discurso de Justificación], Cap. 33). Así no es nuestra actitud en la que confiamos. Nuestra actitud es solo nuestra dependencia. Y la dependencia significa salir hacia Otro para reposar.

De una vez por todas recordemos que podemos hacer el uso más falso, incluso bajo las definiciones más verdaderas, de ambas ideas, justificación y fe. Podemos pensar en cualquiera de ellas como el objeto de nuestra esperanza, la causa última de nuestra salvación. Así pensadas, son fantasmas, no, son ídolos. Vistas verdaderamente, no son más que expresiones para Jesucristo nuestro Señor tal como Él es dado y tomado. La justificación no es Salvador, ni lo es la fe. La justificación por la fe—¿qué es? Es la aceptación del culpable por razón de un Cristo en quien se confía.

“Por” Definido

Así que ahora podemos abordar la cuestión de esa palabra media y conectiva en nuestro título, “por”. justificación por la fe, ¿qué significa? Esta bienvenida divina del culpable como si no fuera culpable, por dependencia en Jesucristo, ¿qué tenemos que pensar sobre esto?

Hemos visto hace un momento que un significado ciertamente no puede ser soportado por la palabra “por”. No puede significar “a causa de”, como si la fe fuera una consideración valiosa que nos titulara a la justificación. El rebelde que se rinde no es amnistiado debido a la consideración valiosa de su rendición, sino debido a la gracia del soberano o estado que amnistía. Por otro lado, su rendición es el medio necesario para que la amnistía llegue a ser realmente suya: Es su única actitud apropiada (en un supuesto caso de rebelión ilegal) hacia el poder ofendido. Ese poder no puede, en la naturaleza de las cosas, hacer la paz con un súbdito que está en una actitud incorrecta hacia él. Le desea bien, o no proveería amnistía. Pero no puede hacer la paz con él mientras él rechaza la provisión. La rendición es, en consecuencia, no el precio pagado por la paz, sino que es, sin embargo, la mano abierta necesaria para apropiarse del regalo de ella.

En una medida justa esto ilustra nuestra palabra “por” en el asunto de la justificación por la fe. La fe, la dependencia, es, desde un lado, solo el “entrar” del hombre pecador para aceptar la sagrada amnistía de Dios en Cristo, tomando en su Palabra a su benigno Rey. Es el rebelde poniéndose en relaciones correctas con su Señor ofendido en este gran asunto del perdón y la aceptación... No es una virtud, no un mérito, sino un medio apropiado.

Unión con Cristo

La palabra “por” se presta mientras tanto a la expresión de otro aspecto del tema. Uno de los grandes problemas vinculados a la poderosa verdad de Cristo nuestra justicia, nuestro mérito, nuestra aceptación, es el del nexo, el vínculo, que nos atrae tanto a nosotros y a Él juntos que, no en ficción sino en realidad, nuestra carga puede pasar a Él y su riqueza a nosotros. El Nuevo Testamento enseña en gran medida, lo que yace seguramente en la misma naturaleza de las cosas, al poner los hechos de la salvación ante nosotros, que entramos “en” Cristo, llegamos a estar “en” Él, obtenemos parte y suerte en la vida eterna, que está en Él solamente, por la fe. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). “Pero éstas se han escrito para que creáis... y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31). La fe es nuestro contacto del alma con el Hijo de Dios, estableciendo (por nuestro lado) esa unión con Él en su vida de la cual la Escritura está tan llena.

Y así nos está abierto, seguramente, decir que la justificación por la fe significa, desde un aspecto trascendental, justificación a causa del Cristo con quien a través de la fe somos hechos misteriosamente pero verdaderamente uno. Creyendo, somos uno con Él, uno en la vida común con la cual los miembros vivos viven con la cabeza, por el poder de su Espíritu. Uno con Él en vida, somos por lo tanto, por ninguna mera ficción legal sino en hecho vital, capaces de unidad con Él en interés también.

El Vínculo Matrimonial

“La fe”, dice el Obispo Hopkins de Derry, “es el vínculo matrimonial entre Cristo y un creyente; y por lo tanto todas las deudas del creyente son cargables a Cristo, y la justicia de Cristo es instaurada sobre el creyente. ... De hecho esta unión es un misterio alto e inescrutable, sin embargo es claro que hay tal unión cercana, espiritual y real entre Cristo y un creyente. ... Así la fe es el camino y medio de nuestra justificación. Por la fe estamos unidos a Cristo. Por esa unión tenemos verdaderamente una justicia. Y sobre esa justicia la justicia así como la misericordia de Dios está comprometida para justificarnos y absolvernos”. (E. Hopkins, “*The Doctrine of the Covenants*” [La Doctrina de los Pactos]).

Capítulo 14 Tributos a Cristo y a la Biblia por Hombres Inteligentes Que No Eran Conocidos como Cristianos Activos

Anónimo

“Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca, Y aun nuestros enemigos son de ello jueces”.
Deuteronomio 32:31.

Benjamin Franklin

“Joven, mi consejo para usted es que cultive una familiaridad y una firme creencia en las Sagradas Escrituras, pues esto es de su interés seguro. Creo que el sistema de moral y religión de Cristo, tal como Él nos lo dejó, es el mejor que el mundo jamás ha visto o que probablemente verá”.

Thomas Jefferson

“He dicho y siempre diré que la lectura estudiosa del volumen sagrado hará mejores ciudadanos, mejores padres y mejores esposos”.

Daniel Webster

“Si nos atenemos a los principios enseñados en la Biblia, nuestro país seguirá prosperando y prosperará; pero, si nosotros y nuestra posteridad descuidamos sus instrucciones y autoridad, ningún hombre puede decir cuán repentina catástrofe puede abrumarnos y sepultar toda nuestra gloria en profunda oscuridad. La Biblia es el libro superior a todos los otros tanto para abogados como para teólogos, y compadezco al hombre que no puede encontrar en ella un rico suministro de pensamiento y regla de conducta. Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Los milagros que Él obró establecen en mi mente su autoridad personal y hacen apropiado para mí creer lo que Él afirma”.

Ralph Waldo Emerson

“Jesús es el más perfecto de todos los hombres que han aparecido hasta ahora”.

Napoleón Bonaparte

“Conozco a los hombres, y les digo que Jesucristo no fue un hombre. Las mentes superficiales ven una semejanza entre Cristo y los fundadores de imperios y los dioses de otras religiones. Esa semejanza no existe. Hay entre el cristianismo y otras religiones la distancia del infinito. Alejandro, César, Carlomagno y yo fundamos imperios. Pero, ¿sobre qué descansamos las creaciones de nuestro genio? Sobre la pura fuerza. Jesucristo solo fundó su imperio sobre el amor; y a esta hora millones de hombres morirían por Él. ¡En toda otra existencia sino la de Cristo cuántas imperfecciones! Desde el primer día hasta el último Él es el mismo; majestuoso y simple; infinitamente firme e infinitamente gentil. Él propone a nuestra fe una serie de misterios y manda con autoridad que los creamos, no dando otra razón que esas tremendas palabras: ‘Yo soy Dios’”.

“La Biblia contiene una serie completa de hechos y de hombres históricos para explicar el tiempo y la eternidad, como ninguna otra religión tiene para ofrecer. Si no es la religión verdadera, uno es muy excusable en ser engañado; pues todo en ella es grandioso y digno de Dios. Cuanto más considero el Evangelio, más me aseguro de que no hay nada allí que no esté más allá de la marcha de los eventos y por encima de la mente humana. Incluso los impíos mismos nunca se han atrevido a negar la sublimidad del

Evangelio, que les inspira una especie de veneración obligatoria. ¡Qué felicidad procura ese Libro para aquellos que lo creen!”.

Goethe

“Es la creencia en la Biblia lo que me ha servido como guía de mi vida moral y literaria. Ninguna crítica será capaz de confundir la confianza que hemos mantenido de un escrito cuyos contenidos han avivado y dado vida a nuestra energía vital con la suya propia. Cuanto más avancen las épocas en civilización, más se usará la Biblia”.

Thomas Carlyle

“Jesús es nuestro símbolo más divino. Más alto no ha llegado aún el pensamiento humano. Un símbolo de carácter bastante perenne e infinito: cuyo significado siempre demandará ser nuevamente inquirido y nuevamente manifestado”.

James Anthony Froude

“El ser más perfecto que jamás ha pisado el suelo de este planeta fue llamado el Varón de Dolores”.

Charles Dickens

“Encomiendo mi alma a la misericordia de Dios, a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y exhorto a mis queridos hijos a tratar humildemente de guiarse a sí mismos por las enseñanzas del Nuevo Testamento”. (en su última voluntad y testamento)

Shakespeare

“Encomiendo mi alma en las manos de Dios, mi Creador, esperando y creyendo con seguridad, a través de los únicos méritos de Jesucristo mi Salvador, ser hecho partícipe de la vida eterna”. (en su última voluntad y testamento)

Lord Byron

“Si alguna vez un hombre fue Dios, o Dios hombre, Jesucristo fue ambas cosas”.

Matthew Arnold

“A la Biblia los hombres volverán porque no pueden vivir sin ella. El Dios verdadero es y debe ser, preeminentemente, el Dios de la Biblia: el Eterno que favorece la justicia, de quien Jesús procedió, y cuyo espíritu gobierna el curso de la humanidad”.

Diderot

“No puedo enseñar a mi hijo mejores lecciones que las de la Biblia”.

Profesor Huxley

“Siempre he estado fuertemente a favor de la educación secular sin teología, pero debo confesar que no he estado menos seriamente perplejo al saber por qué medidas prácticas el sentimiento religioso, que es la base

esencial de la conducta moral, puede mantenerse en el presente estado totalmente caótico de opinión sobre estos asuntos, sin el uso de la Biblia”.

John Stuart Mill

“¿Quién entre sus discípulos, o entre sus prosélitos, fue capaz de inventar los dichos de Jesús, o imaginar la vida y el carácter que se le atribuyen? Ciertamente no los pescadores de Galilea; con la misma certeza no San Pablo, cuyo carácter e idiosincrasias eran de un tipo totalmente diferente; y menos aún los primeros escritores cristianos. Cuando este genio preeminente se combina con las cualidades de probablemente el mayor reformador moral y mártir de su misión que haya existido sobre la tierra, no se puede decir que la religión haya hecho una mala elección al escoger a este hombre como el representante ideal y guía de la humanidad; ni aun ahora sería fácil, incluso para un incrédulo, encontrar una mejor traducción de la regla de la virtud de lo abstracto a lo concreto, que procurar vivir de tal manera que Cristo aprobaría su vida”.

Rousseau

“¿Puede ser posible que la persona sagrada cuya historia contienen las Escrituras sea un simple hombre? ¿Dónde está el hombre, dónde el filósofo, que pudiera vivir así y morir así sin debilidad y sin ostentación? Cuando Platón describe a su hombre justo imaginario, cargado con todos los castigos de la culpa, y sin embargo mereciendo las más altas recompensas de la virtud, describe exactamente el carácter de Jesucristo. ¡Qué desproporción infinita entre el hijo de Sofronisco y el Hijo de María! Sócrates muere con honor, rodeado de sus discípulos, escuchando las palabras más tiernas: la muerte más fácil que uno pudiera desear. Jesús muere con dolor, deshonor, burla, objeto de maldición universal: la muerte más horrible que uno pudiera temer. Al recibir la copa de veneno, Sócrates bendice a quien no pudo dársela sin lágrimas; Jesús, mientras sufre los dolores más agudos, ora por sus enemigos más amargos. Si Sócrates vivió y murió como filósofo, Jesús vivió y murió como un dios”.

“Recorra los libros de los filósofos con toda su pompa de dicción. ¡Qué pobres, qué despreciables son cuando se comparan con las Escrituras!... La majestad de las Escrituras me impresiona con admiración”.

Pecaut

“El carácter moral de Cristo se elevó, sin comparación, por encima del de cualquier otro gran hombre de la antigüedad. Nadie fue jamás tan manso, tan humilde, tan bondadoso como Él. En su espíritu vivía en la casa de su Padre celestial. su vida moral está totalmente penetrada por Dios. Él fue el maestro de todos, porque realmente era su hermano”.

Ernest Renan

“Toda la historia es incomprensible sin Él. Él creó el objeto y fijó el punto de partida de la futura fe de la humanidad. Él es el hombre incomparable a quien la conciencia universal ha decretado el título de Hijo de Dios, y con justicia. En el primer rango de esta gran familia de los verdaderos hijos de Dios debemos colocar a Jesús. La más alta conciencia de Dios que jamás existió en el pecho de la humanidad fue la de Jesús. ¡Reposa ahora en tu gloria, noble fundador! Tu obra está terminada, tu divinidad establecida. Te convertirás en la piedra angular de la humanidad de tal manera que arrancar tu nombre de este mundo lo desgarraría hasta sus cimientos. Entre tú y Dios ya no habrá ninguna distinción. Completo vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, adonde seguirán, por el camino real que tú has trazado, edades de adoradores. Cualesquiera que sean las sorpresas del futuro, Jesús nunca será superado. Su culto se renovará sin cesar; su leyenda provocará lágrimas sin fin; sus sufrimientos derretirán los corazones más nobles; y todas las épocas proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno mayor que Jesús. Aun Pablo no es Jesús. ¡Cuán lejos estamos todos de ti, querido maestro! ¿Dónde está tu mansedumbre, tu poesía? Tú,

a quien una flor te traía placer y éxtasis, ¿reconoces como tus discípulos a estos discutidores, a estos hombres furiosos por sus prerrogativas y deseando que todo les sea dado a ellos? Ellos son hombres; tú eres un dios”.

Benjamin Disraeli

“Los sueños más desenfadados de sus rabinos han sido superados con creces. ¿No ha conquistado Jesús a Europa y cambiado su nombre a cristiandad? Todos los países que rechazan la cruz se marchitan, y llegará el tiempo cuando las vastas comunidades y las incontables miríadas de América y Australia, mirando a Europa como Europa ahora mira a Grecia, y preguntándose cómo un espacio tan pequeño pudo haber logrado hechos tan grandes, encontrarán música en los cantos de Sión y consuelo en las parábolas de Galilea”.

Professor Hegard of the University of Copenhagen

“Las experiencias de la vida, sus sufrimientos y su dolor, han sacudido mi alma y han quebrado el fundamento sobre el cual antes creía que podía edificar. Lleno de fe en la suficiencia de la ciencia, pensé haber encontrado en ella un refugio seguro contra todas las contingencias de la vida. Esta ilusión se ha desvanecido; cuando vino la tempestad, que me hundió en tristeza, los amarres, el cable de la ciencia, se rompieron como hilo. Entonces me aferré a esa ayuda de la cual muchos antes que yo se han agarrado. Busqué y hallé paz en Dios. Desde entonces ciertamente no he abandonado la ciencia, pero le he asignado otro lugar en mi vida”.

Cuando un hombre inteligente habla bien de la Biblia y de Cristo, consciente o inconscientemente rinde tributo a la inspiración de la una y a la deidad del otro.

La Biblia afirma ser una revelación de Dios, y su carácter sostiene su afirmación.

“Vino palabra de Jehová al sacerdote Ezequiel, hijo de Buzi, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar; vino allí sobre él la mano de Jehová”. Ezequiel 1:13.

“Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande”. Jeremías 1:7.

“Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra”. Isaías 1:10.

“Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús”. Hechos 1:16.

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”. 2 Timoteo 3:16.

“Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. 2 Pedro 1:21.

Si los hombres que escribieron este Libro no fueron inspirados, eran mentirosos, y tenemos que explicar cómo el Libro que contiene la moral más alta jamás dada a la tierra pudo ser escrito por un conjunto de mentirosos.

Tributos a Cristo y a la Biblia por Hombres Inteligentes Que No Eran Conocidos como Cristianos
Activos

Y estos hombres malos, al mismo tiempo, escribieron su propia condenación, porque no hay vicio más severamente condenado en la Biblia que el engaño.

Afirmar que hombres buenos escribieron la Biblia, y negar su inspiración, es comparable a afirmar que Cristo fue un buen hombre, mientras Él pretendía ser lo que no era.

Capítulo 15 La Inspiración de la Biblia - Definición, Alcance y Prueba

Por James M. Gray, Doctor en Teología
Decano del Instituto Bíblico Moody, Chicago, Ill.

En este documento se asumen la autenticidad y credibilidad de la Biblia, con lo cual se quiere decir (1), que sus libros fueron escritos por los autores a quienes se atribuyen, y que su contenido está en todos los puntos materiales tal como salió de sus manos; y (2), que esos contenidos son dignos de total aceptación en cuanto a sus declaraciones de hechos. Si hubiera necesidad de probar estas suposiciones, la evidencia es abundante, y plumas más capaces han tratado con ello.

No se suponga, sin embargo, que porque se asumen estas cosas se subestima su importancia relativa. Por el contrario, subyacen a la inspiración y, como dice el presidente Patton, entran en la planta baja. Tienen que ver con la historicidad de la Biblia, que para nosotros justo ahora es la base de su autoridad. Nada puede resolverse hasta que esto se resuelva, pero admitiendo su resolución, lo cual, considerando todo, ahora se nos puede permitir hacer, ¿qué puede ser de mayor interés que la pregunta sobre hasta dónde se extiende esa autoridad?

Esta es la cuestión de la inspiración, y mientras tantos se han ocupado de discutir las otras, ¿no puede uno tener la libertad de discutir esta? Es una vieja pregunta, tan vieja, de hecho, que en la recurrencia habitual del pensamiento se ha vuelto nueva. Nuestros padres la discutieron, fue la gran pregunta en un tiempo, fue tamizada hasta el fondo, y se ha dejado un gran almacén de hechos, argumentos e ilustraciones para que recurramos a él en un día de necesidad.

Durante mucho tiempo el ataque del enemigo ha dirigido nuestras energías a otra parte del campo, pero la victoria allí nos hará volver aquí de nuevo. Las otras preguntas están fuera de la Biblia misma, esta está adentro. Aquellas llevan a los hombres lejos del contenido del libro para considerar cómo llegaron, esta nos trae de vuelta para considerar lo que son. Feliz el día en que la investigación regrese aquí, y feliz la generación que no ha olvidado cómo enfrentarla.

I. Definición de la Inspiración

1. *La inspiración no es revelación.* Como lo expresó el Dr. Charles Hodge, la revelación es el acto de comunicar conocimiento divino a la mente, pero la inspiración es el acto del mismo Espíritu controlando a aquellos que dan a conocer ese conocimiento a otros. En la feliz frase de Chalmer, uno es el influjo, el otro el eflujo. Abraham recibió el influjo, se le concedió una revelación; pero Moisés fue investido con el eflujo, siendo inspirado para registrarlo para nuestra enseñanza. En un caso hubo un fluir hacia adentro y en el otro un fluir hacia afuera. A veces ambas experiencias se encontraban en la misma persona, de hecho Moisés mismo es una ilustración de ello, habiendo recibido una revelación en otro momento y también la inspiración para darla a conocer, pero es importante distinguir entre las dos.

2. *La inspiración no es iluminación.* Todo cristiano regenerado es iluminado por el simple hecho de que es habitado por el Espíritu Santo, pero no todo aquel es también inspirado, sino solo los escritores del Antiguo y Nuevo Testamento. La iluminación espiritual está sujeta a grados, poseyendo algunos cristianos más de ella que otros, pero, tal como lo entendemos, la inspiración no está sujeta a grados, siendo en cada caso el aliento de Dios, expresándose a través de una personalidad humana.

3. *La inspiración no es genio humano.* Este último es simplemente una cualidad natural, por exaltada que pueda ser en algunos casos, pero la inspiración en el sentido del que ahora se habla es sobrenatural en todo momento. Es una investidura que viene sobre los escritores del Antiguo y Nuevo Testamento dirigiéndolos

y capacitándolos para escribir esos libros, y sobre ningunos otros hombres, y en ningún otro tiempo, y para ningún otro propósito. Ningún genio humano del que hayamos oído introdujo sus escritos con la fórmula “Así ha dicho Jehová”, o palabras con ese efecto, y sin embargo tal es la expresión común de los autores de la Biblia. Ningún genio humano ha estado jamás de acuerdo con ningún otro genio humano en cuanto a las cosas que más les concierne saber a los hombres, y, por lo tanto, por exaltado que sea su equipamiento, difiere no meramente en grado sino en especie de la inspiración de las Escrituras.

En su modo la agencia divina es inescrutable, aunque sus efectos son conocibles. No nos comprometemos a decir exactamente cómo operó el Espíritu Santo en las mentes de estos autores para producir estos libros más de lo que nos comprometemos a decir cómo Él opera en el corazón humano para producir la conversión, pero aceptamos lo uno como hacemos con lo otro por el testimonio que apela a la fe.

4. Cuando hablamos del Espíritu Santo viniendo sobre los hombres para la composición de los libros, debe entenderse además que *el objeto no es la inspiración de los hombres sino de los libros* —no los escritores sino los escritos. Termina en el registro, en otras palabras, y no en el instrumento humano que lo hizo.

Para ilustrar: Moisés, David, Pablo, Juan, no siempre y en todas partes fueron inspirados, porque entonces siempre y en todas partes habrían sido infalibles e inerrantes, lo cual no fue el caso. A veces cometieron errores en el pensamiento y erraron en la conducta. Pero por muy falibles y errantes que hayan sido como hombres rodeados de debilidad como nosotros, tal falibilidad o error nunca fue bajo ninguna circunstancia comunicado a sus escritos sagrados.

Eclesiastés es un caso pertinente, el cual, bajo la suposición de su autoría salomónica, nos da una historia de su búsqueda de la felicidad “debajo del sol”. Algunas declaraciones en ese libro son solo parcialmente verdaderas mientras que otras son totalmente falsas, por lo tanto no puede significar que Salomón fue inspirado mientras probaba este o aquel experimento para encontrar lo que ningún hombre ha podido encontrar fuera de Dios. Sino que significa que su lenguaje es inspirado mientras registra los diversos sentimientos y opiniones que lo poseían en la búsqueda.

Esto dispone de una gran clase de objeciones que a veces se presentan contra la doctrina de la inspiración —aquellas, por ejemplo, asociadas con la cuestión de si la Biblia *es* la Palabra de Dios o solo *contiene* esa Palabra. Si por lo primero se quiere decir que Dios pronunció cada palabra en la Biblia, y por ende que cada palabra es verdadera, la respuesta debe ser no; pero si se quiere decir que Dios causó que cada palabra en la Biblia, verdadera o falsa, fuera registrada, la respuesta debe ser sí. Hay palabras de Satanás en la Biblia, palabras de falsos profetas, palabras de los enemigos de Cristo, y sin embargo son palabras de Dios, no en el sentido de que Él las pronunció, sino que Él causó que fueran registradas, infalible e inerrantemente registradas, para nuestro provecho. En este sentido, la Biblia no meramente contiene la Palabra de Dios, *es* la Palabra de Dios.

De cualquier autor meramente humano es lo mismo. Este documento es palabra del escritor en su totalidad, y sin embargo él puede citar lo que otras personas dicen para elogiarlas o disputarlas. Lo que ellas dicen él lo registra, y al hacerlo hace suyo el registro en el sentido de que él es responsable de su precisión.

5. Permítase declarar además en esta conexión definitoria, que *el registro por cuya inspiración contendemos es el registro original* —los autógrafos o pergaminos de Moisés, David, Daniel, Mateo, Pablo o Pedro, según sea el caso, y no cualquier traducción o traducciones particulares de ellos cualesquiera que sean. No hay traducción absolutamente sin error, ni podría haberla, considerando las enfermedades de los copistas humanos, a menos que a Dios le placiera realizar un milagro perpetuo para asegurarlo.

¿Pero hace esto nula nuestra contención? Algunos dirían que sí, y argumentarían engañosamente que insistir en la inerrancia de un pergamino que ningún ser viviente ha visto jamás es una cuestión meramente

académica, y sin valor. ¿Pero no fallan ellos en ver que el carácter y la perfección de la deidad están involucrados en esa inerrancia?

Hace algunos años un teólogo “liberal”, despreciando esta discusión como que no valía la pena, comentó que era un asunto de pequeña consecuencia si un par de pantalones eran originalmente perfectos si ahora estaban rasgados. A lo cual el valiente e ingenioso David James Burrell respondió, que podría ser un asunto de pequeña consecuencia para el usuario de los pantalones, pero el sastre que los hizo preferiría que se entendiera que no salieron de su taller de esa manera. Y luego añadió, que si el Altísimo debe entrenarse entre los caballeros de las tijeras, Él podría al menos ser considerado como el mejor del gremio, y Uno que no deja caer puntadas y no envía ningún trabajo imperfecto.

¿No es con la Palabra escrita como con la Palabra encarnada? ¿Debe considerarse a Jesucristo como imperfecto porque su carácter nunca ha sido reproducido perfectamente ante nosotros? ¿Puede Él ser la Palabra encarnada a menos que fuera absolutamente sin pecado? Y por la misma señal, ¿pueden las Escrituras ser la Palabra escrita a menos que fueran inerrantes?

Pero si esta cuestión es tan puramente especulativa y sin valor, ¿qué sucede con la ciencia de la crítica bíblica por la cual propiamente ponemos tanto valor hoy? ¿Clavan los constructores pilotes en la tierra blanda si nunca esperan tocar fondo? ¿Disputan los eruditos sobre el texto de la Escritura y examinan minuciosamente la historia y el significado de palabras individuales, “el delicado colorido del modo, tiempo y acento”, si al final no hay aproximación a un absoluto? Como dice el Dr. George H. Bishop, ¿no nos habla fuertemente nuestra concordancia, cada vez que la tomamos, de un pergamino una vez inerrante? ¿Por qué no poseemos concordancias para las palabras mismas de otros libros?

Tampoco es ese pergamino original una cosa tan remota como algunos suponen. ¿No hacen el número y variedad de manuscritos y versiones existentes comparativamente fácil llegar a un conocimiento de su texto, y no afirma la erudición competente hoy que en cuanto al Nuevo Testamento al menos, tenemos en 999 casos de cada mil la palabra misma de ese texto original? Permítase que se dé una consideración cándida a estas cosas y se verá que no estamos persiguiendo un fantasma al contender por un autógrafo inspirado de la Biblia.

II. Alcance de la Inspiración

1. *La inspiración de la Escritura incluye el todo y cada parte de ella.* Hay algunos que niegan esto y lo limitan solo a las porciones proféticas, las palabras de Jesucristo, y, digamos, las enseñanzas espirituales más profundas de las epístolas. Los libros históricos a su juicio, y como ejemplo, no requieren inspiración porque sus datos eran obtenibles de fuentes naturales.

La Biblia misma, sin embargo, no conoce de limitaciones, como veremos: “Toda la Escritura es inspirada por Dios”. Los datos históricos, la mayoría de ellos al menos, podrían haber sido obtenidos de fuentes naturales, ¿pero qué hay de la guía sobrenatural requerida en su selección y narración? Compárense, para responder, los registros de la creación, la caída, el diluvio, etc., encontrados en Génesis con aquellos recientemente descubiertos por excavaciones en tierras bíblicas. ¿No apuntan los resultados del pico y la pala al mismo original que la Biblia, y sin embargo no dan evidencia a menudo su infantilismo y grotesco del molde humano y pecaminoso a través del cual corrieron? ¿No muestran la necesidad de algún poder distinto del hombre mismo para sacarlo del laberinto del error hacia el terreno abierto de la verdad?

Además, ¿no son los libros históricos en algunos aspectos los más importantes en la Biblia? ¿No son las bases de su doctrina? ¿No necesita la doctrina del pecado para su punto de partida el registro de la caída? ¿Podríamos entender tan satisfactoriamente la justificación si no tuviéramos la historia de los tratos de Dios

con Abraham? ¿Y qué del sacerdocio de Cristo? Descarte Levítico y ¿qué se puede hacer de Hebreos? ¿No son los Hechos de los apóstoles históricos, pero podemos permitirnos perder su inspiración?

Y entonces, también, los libros históricos son, en muchos casos, proféticos así como históricos. ¿No muestran los tipos y símbolos en ellos al Salvador en todos los variados aspectos de su gracia? ¿No tiene la historia de Israel la relación más cercana como tipo y antitipo con nuestra redención espiritual? ¿No enseña Pablo esto en 1 Corintios 10:6-11? Y si estas cosas fueron así escritas para nuestra enseñanza, ¿no implica esto su inspiración?

De hecho, los libros históricos tienen el testimonio más fuerte dado a su importancia en otras partes de la Biblia. Esto aparecerá más particularmente a medida que avancemos, pero tome, de paso, el uso de Cristo de Deuteronomio en su conflicto con el tentador. Tres veces lo vence Él mediante una cita de ese libro histórico sin nota o comentario. ¿No es difícil creer que ni Él ni Satanás lo consideraran inspirado?

Así, sin ir más lejos, podemos decir, con el Dr. DeWitt de Princeton, que es imposible asegurar la infalibilidad religiosa de la Biblia —que es todo lo que el objetor considera como necesario— si excluimos la historia bíblica de la esfera de su inspiración. Pero si incluimos la historia bíblica en absoluto, debemos hacerlo en la totalidad de ella, pues ¿quién es competente para separar sus partes?

2. La inspiración incluye no solo todos los libros de la Biblia en general sino en detalle, la forma así como la sustancia, la palabra así como el pensamiento. Esto es a veces llamado la teoría verbal de la inspiración y se habla vehementemente en contra de ella en algunos sectores. Es demasiado mecánica, degrada a los escritores al nivel de máquinas, tiene una tendencia a hacer escépticos, y todo eso.

Este último comentario, sin embargo, no es tan alarmante como suena. Se dice que la doctrina de la retribución eterna de los impíos hace escépticos, y también la de una expiación vicaria, por no mencionar otras revelaciones de la Sagrada Escritura. La mente natural no acepta ninguna de estas cosas. Pero si no estamos preparados para ceder el punto en un caso por tal razón, ¿por qué se nos debería pedir hacerlo en otro?

Y en cuanto a degradar a los escritores al nivel de máquinas, incluso si fuera cierto, como no lo es, ¿por qué debería encontrarse falta cuando uno considera el resultado? ¿Cuál es más importante, el libre albedrío de una veintena o dos de mortales, o la divinidad de su mensaje? Todo el argumento es solo una chispa del yunque en el cual la raza está siempre tratando de martillar la deificación de sí misma.

Pero no estamos insistiendo sobre ninguna teoría —ni siquiera la teoría verbal— si excluye totalmente el elemento humano en la transmisión de la palabra sagrada. Como dice el Dr. Henry B. Smith, “Dios habla a través de la personalidad así como de los labios de sus mensajeros”, y podemos verter en esa palabra “personalidad” todo lo que va para formarla —la época en la que vivió la persona, su entorno, su grado de cultura, su temperamento y todo lo demás. Como lo expresó Wayland Hoyt, “La inspiración no es una compulsión mecánica, crasa y escueta de los escritores sagrados, sino más bien una influencia dinámica y divina sobre sus facultades actuando libremente” a fin de que estas últimas en relación con el tema entonces en mano puedan mantenerse inerrantes, es decir, sin error o falta. Es limitar al Santo de Israel decir que Él es incapaz de hacer esto sin convertir a un ser humano en un autómatas. ¿Se ha dejado Él, que creó al hombre como un agente libre, sin oportunidad para moldear sus pensamientos en formas de habla inerrantemente expresivas de su voluntad, sin destruir aquello que Él ha hecho?...

Y, de hecho, ¿dónde reside el libre albedrío del hombre, en su mente o en su boca? ¿Diremos que él es libre mientras Dios controla su pensamiento, pero que se convierte en una mera máquina cuando ese control se extiende a la expresión de su pensamiento?

Pero volviendo al argumento, si la influencia divina sobre los escritores no se extendió a la forma así como a la sustancia de sus escritos; si, en otras palabras, Dios les dio solo el pensamiento, permitiéndoles expresarlo en sus propias palabras, ¿qué garantía tenemos de que lo han hecho así?

Una ilustración que el escritor ha usado frecuentemente ayudará a dejar esto claro. A un taquígrafo en una casa mercantil su empleador le pidió escribir lo siguiente:

“Caballeros: Malinterpretamos su carta y *ahora* llenaremos su pedido”. Imagine la sorpresa del empleador, sin embargo, cuando un poco más tarde esto fue puesto ante él para su firma:

“Caballeros: Malinterpretamos su carta y *no* llenaremos su pedido”.

El error fue solo de una sola letra [en inglés *now* vs *not*], pero fue enteramente subversivo de su significado. Y sin embargo el pensamiento fue dado claramente al taquígrafo, y las palabras, también, para el caso. Además, este último era capaz y fiel, pero era humano, y es humano errar. Si su empleador no hubiera controlado su expresión hasta la letra misma, el pensamiento destinado a ser transmitido habría fallado de expresión.

De la misma manera los autores humanos de la Biblia eran hombres de pasiones semejantes a las nuestras. Sus motivos eran puros, sus intenciones buenas, pero aun si su tema fueran los lugares comunes de los hombres, por no decir nada de la misteriosa y trascendente revelación de un Dios santo, ¿cómo podría ser una transcripción absoluta de la mente de la cual vino en ausencia de control milagroso?

En el último análisis, es la Biblia misma, por supuesto, la que debe resolver la cuestión de su inspiración y el alcance de ella, y a esto llegamos en la consideración de la prueba, pero se nos puede permitir una pregunta final. ¿Puede incluso Dios mismo dar un pensamiento al hombre sin las palabras que lo visten? ¿No son los dos inseparables, tanto así “como una suma y sus cifras, o una melodía y sus notas”? ¿Se ha conocido algún caso en la historia humana donde una mente sana haya sido capaz de crear ideas sin expresarlas a su propia percepción? En otras palabras, como observó una vez el Dr. A. J. Gordon: “Negar que el Espíritu Santo habla en la Escritura es una proposición inteligible, pero admitir que Él habla, es imposible saber lo que Él dice excepto si tenemos sus Palabras”.

III. Prueba de la Inspiración

1. *La inspiración de la Biblia se prueba por la filosofía, o lo que puede llamarse la naturaleza del caso.* La proposición puede enunciarse así:

La Biblia es la historia de la redención de la raza, o desde el lado del individuo, una revelación sobrenatural de la voluntad de Dios a los hombres para su salvación. Pero fue dada a ciertos hombres de una época para ser transmitida por escrito a otros hombres en épocas diferentes. Ahora bien, todos los hombres experimentan dificultad en dar reflejos fieles de sus pensamientos a otros debido al pecado, la ignorancia, la memoria defectuosa y la inexactitud siempre incidente al uso del lenguaje.

Por lo tanto, puede deducirse fácilmente que si la revelación ha de comunicarse precisamente como se recibió originalmente, se requiere el mismo poder sobrenatural en un caso como en el otro. Esto ha sido suficientemente elaborado en lo anterior y no necesita ser recalcado nuevamente.

2. *Puede probarse por la historia y el carácter de la Biblia*, es decir, por todo lo que se ha asumido en cuanto a su autenticidad y credibilidad. Todo lo que sirve para probar estas cosas sirve para probar su inspiración.

Para tomar prestado en parte, el lenguaje de la Confesión de Westminster, “lo celestial de su materia, la eficacia de su doctrina, la unidad de sus diversas partes, la majestad de su estilo y el alcance y la plenitud de su diseño” todo indica la divinidad de su origen.

Cuanto más pensamos en ello, más debemos estar convencidos de que hombres sin la ayuda del Espíritu de Dios no podrían haber concebido, ni armado, ni preservado en su integridad ese precioso depósito conocido como los Oráculos Sagrados.

3. *Pero la prueba más fuerte son las declaraciones de la Biblia misma* y las inferencias que se extraen de ellas. Tampoco es esto un razonamiento en círculo como algunos podrían pensar. En el caso de un hombre sobre cuya veracidad no hay duda, no se siente vacilación en aceptar lo que dice sobre sí mismo; y dado que la Biblia está demostrada como verdadera en sus declaraciones de hechos por evidencia inatacable, ¿no podemos aceptar su testimonio en su propio nombre?

Tómese el argumento de Jesucristo como una ilustración. Él se contentó con ser probado por las profecías que le precedieron, y el resultado de esa prueba fue el establecimiento de sus reclamos de ser el Mesías más allá de una aventura. Ese complejo sistema de profecías, haciendo imposible la colusión o la falsificación, es la prueba incontestable de que Él era lo que reclamaba ser. Pero, por supuesto, aquel en cuyo nacimiento, y vida, y muerte, y resurrección tales maravillosas profecías encontraron su cumplimiento, se convirtió, desde la hora en que sus reclamos fueron establecidos, en un testigo de la autoridad divina y la verdad infalible de los registros sagrados en los cuales se encuentran estas profecías. —(*The New Apologetic*, por el Profesor Robert Watts, Doctor en Teología)

Es así con la Biblia. El carácter de sus contenidos, la unidad de sus partes, el cumplimiento de sus profecías, los milagros realizados en su atestación, los efectos que ha logrado en las vidas de las naciones y de los hombres, todo esto sirve para mostrar que es divina, y si es así, que puede ser creída en lo que dice sobre sí misma.

A. Argumento para el Antiguo Testamento

Para comenzar con el Antiguo Testamento, (a) considere cómo hablan los escritores sobre el origen de sus mensajes. El Dr. James H. Brookes es autoridad para decir que la frase, “Así ha dicho Jehová” o su equivalente es usada por ellos 2.000 veces. Supongamos que eliminamos esta frase y su contexto necesario del Antiguo Testamento en cada instancia, uno se pregunta cuánto del Antiguo Testamento permanecería.

(b) Considere cómo las expresiones de los escritores del Antiguo Testamento son introducidas en el Nuevo. Tome Mateo 1:22 como una ilustración, “Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta”. No fue el profeta quien habló, sino el Señor quien habló a través del profeta.

(c) Considere cómo Cristo y sus apóstoles consideran el Antiguo Testamento. Él vino “no para abrogar, sino para cumplir la ley y los profetas”. Mateo 5:17. “La Escritura no puede ser quebrantada”. Juan 10:35. Él a veces usó palabras individuales como bases de doctrinas importantes, dos veces en Mateo 22, en los versículos 31, 32 y 42-45. Los apóstoles hacen lo mismo. Véase Gálatas 3:16, Hebreos 2:8, 11 y 12:26, 27.

(d) Considere lo que los apóstoles enseñan directamente sobre el tema. Pedro nos dice que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). “Profecía” aquí se aplica a la palabra escrita como se indica en el versículo anterior, y significa no meramente la predicción de eventos, sino las expresiones de cualquier palabra de Dios sin referencia en cuanto a tiempo pasado, presente o por venir. Como cuestión de hecho, lo

que Pedro declara es que la voluntad del hombre no tuvo nada que ver con ninguna parte del Antiguo Testamento, sino que todo él, desde Génesis hasta Malaquías, fue inspirado por Dios.

Por supuesto Pablo dice lo mismo, en lenguaje aun más claro, en 2 Timoteo 3:16, “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil”. La frase “inspirada por Dios” significa literalmente insuflada por Dios. Todo el Antiguo Testamento es *inspirado por Dios*, porque es a esa parte de la Biblia a la que el lenguaje se refiere particularmente, ya que el Nuevo Testamento como tal no era entonces generalmente conocido.

Como este versículo se da de manera algo diferente en la Versión Revisada nos detenemos en él un momento más. Allí se lee, “Toda escritura inspirada por Dios es también útil”, y el objetor está dispuesto a decir que por lo tanto alguna Escritura puede ser inspirada y alguna puede no serlo, y que la utilidad se extiende solo a la primera y no a la última.

Pero aparte del hecho de que Pablo difícilmente sería culpable de una perogrullada tan débil como esa, se puede afirmar en respuesta primero, que la traducción King James del pasaje no es solo la Escritura más consistente, sino el griego más consistente. Varios de los mejores eruditos griegos del período afirman esto, incluyendo a algunos de los revisores mismos que no votaron por el cambio. Y en segundo lugar, incluso los revisores lo colocan en el margen como de autoridad prácticamente igual con su traducción preferida, y para ser elegida por el lector si lo desea. No hay pocos cristianos devotos, sin embargo, que estarían dispuestos a retener la traducción de la Versión Revisada como siendo más fuerte que la King James, y que interpolarían una palabra al aplicarla para hacerla significar, “Toda escritura (porque es) inspirada por Dios es también útil”. Creemos que tanto Gaussen como Wordsworth toman este punto de vista, dos tan acérrimos defensores de la inspiración plenaria como podrían nombrarse.

B. Argumento para el Nuevo Testamento

A veces se nos recuerda que, por muy fuerte y convincente que sea el argumento para la inspiración del Antiguo Testamento, aquel para el Nuevo Testamento es solo indirecto. “Ninguno de los evangelistas nos dice que es inspirado”, dice cierto profesor teológico, “y ningún escritor de una epístola, excepto Pablo”.

Estaremos preparados para disputar esta declaración un poco más adelante, pero mientras tanto reflexionemos que estando asegurada la inspiración del Antiguo Testamento como lo está, ¿por qué debería requerirse evidencia similar para el Nuevo? Quienquiera que sea competente para hablar como una autoridad bíblica sabe que la *unidad* del Antiguo y Nuevo Testamento es la demostración más fuerte de su fuente común. Se ve que no son dos libros, sino solo dos partes de un libro.

Para tomar entonces la analogía del Antiguo Testamento. El argumento anterior prueba su inspiración como un todo, aunque hubo largos períodos separando a los diferentes escritores, Moisés y David digamos, o David y Daniel, el Pentateuco y los Salmos, o los Salmos y los Profetas. Tan largos, o más largos, que entre Malaquías y Mateo, o Esdras y los Evangelios. Si entonces para llevar convicción para la inspiración plenaria del Antiguo Testamento como un todo, no es necesario probarla para cada libro, ¿por qué, para llevar convicción para la inspiración plenaria de la Biblia como un todo es necesario hacer lo mismo?

Citamos aquí un párrafo o dos del Dr. Nathaniel West. Él se está refiriendo a 2 Timoteo 3:16, que él traduce, “Toda la escritura es inspirada por Dios”, y añade:

“La palabra distributiva ‘toda’ se usa no solo para particularizar cada escritura individual del canon que Timoteo había estudiado desde su juventud, sino también para incluir, junto con el Antiguo Testamento las Escrituras del Nuevo Testamento existentes en los días de Pablo, y cualesquiera otras, tales como las que Juan escribió después de él.

“El apóstol Pedro nos dice que él estaba en posesión, no meramente de algunas de las Epístolas de Pablo, sino de ‘todas sus epístolas’, y las coloca, canónicamente, en el mismo rango con lo que él llama ‘las otras escrituras’, es decir, de igual inspiración y autoridad con las ‘palabras dichas antes por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles’. 2 Pedro 3:2, 16.

“Pablo enseña la misma coordinación del Antiguo y Nuevo Testamento. Habiéndose referido al Antiguo como una unidad, en su frase ‘Sagradas Escrituras’, que los revisores traducen ‘Escritos Sagrados’, procede a particularizar. Él le dice a Timoteo que ‘toda la escritura’, ya sea de producción del Antiguo o Nuevo Testamento, ‘es inspirada por Dios’. Sea en el Pentateuco, los Salmos, los Profetas, los Libros Históricos, sea un capítulo o un versículo; sea en los Evangelios, los Hechos, sus propias Epístolas o las de Pedro, o incluso los escritos de Juan, aún por existir, aun así cada parte de la sagrada colección es dada por Dios y debido a eso posee autoridad divina como parte del Libro de Dios”.

Leímos esto del Dr. West hace veinte años, y lo rechazamos como su dictamen. Lo leemos hoy, con un conocimiento más profundo y completo del tema, y creemos que es verdad.

Es algo así como sigue que el Dr. Gaussen en su exhaustivo [libro titulado] “*Theopneustia*” da el argumento para la inspiración del Nuevo Testamento.

(a) El Nuevo Testamento es la revelación posterior, y por esa razón la más importante de las dos, y por ende si la primera fue inspirada, ciertamente debe ser verdad de la última. Los versículos iniciales del primer y segundo capítulo de Hebreos sugieren claramente esto: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo... Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído”.

Y esta inferencia se hace aún más concluyente por la circunstancia de que el Nuevo Testamento a veces explica, a veces prueba, y a veces incluso deroga ordenanzas del Antiguo Testamento. Véase Mateo 1:22, 23 para una ilustración de lo primero, Hechos 13:19 a 39 para lo segundo y Gálatas 5:6 para lo tercero. Seguramente estas cosas no serían verdad si el Nuevo Testamento no fuera de igual, y en cierto sentido, incluso mayor autoridad que el Antiguo.

(b) Los escritores del Nuevo Testamento eran de un rango igual o superior a aquellos del Antiguo. Que eran profetas es evidente por alusiones tales como Romanos 16:25-27, y Efesios 3:4, 5. Pero que eran más que profetas se indica en el hecho de que dondequiera que en el Nuevo Testamento profetas y apóstoles son ambos mencionados, el último nombrado es siempre mencionado primero (véase 1 Corintios 12:28; Efesios 2:20, Efesios 4:11). También es cierto que los escritores del Nuevo Testamento tenían una misión superior a los del Antiguo, ya que fueron enviados por Cristo, como él había sido enviado por el Padre (Juan 20:21). Debían ir, no a una sola nación solamente (como Israel), sino a todo el mundo (Mateo 28:19). Recibieron las llaves del reino de los cielos (Mateo 16:19). Y han de ser preeminentemente recompensados en la regeneración (Mateo 19:28). Tales consideraciones y comparaciones como estas no deben pasarse por alto al estimar la autoridad por la cual escribieron.

(c) Los escritores del Nuevo Testamento estaban especialmente calificados para su obra, como vemos en Mateo 10:19, 20; Marcos 13:11; Lucas 12:2; Juan 14:26 y Juan 16:13, 14. Estos pasajes se tratarán con más detalle en una división posterior de nuestro tema, pero justo ahora se puede notar que en algunas de las instancias, la inspiración del carácter más absoluto fue prometida en cuanto a lo que debían hablar, estando justificada la inferencia de que no menos serían guiados en lo que escribían. Sus palabras habladas eran limitadas y temporales en su esfera, pero sus expresiones escritas cubrían todo el rango de la revelación y debían durar para siempre. Si en un caso fueron inspirados, ¿cuánto más en el otro?

(d) Los escritores del Nuevo Testamento reclaman directamente inspiración divina. Véase Hechos 15:23-29, donde, especialmente en el versículo 28, se registra a Jacobo diciendo: “Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias”. Aquí se afirma muy claramente que el Espíritu Santo es el verdadero escritor de la carta en cuestión y simplemente usando los instrumentos humanos para su propósito. Añádase a esto 1 Corintios 2:13, donde Pablo dice: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual”, o como el margen de la Versión Revisada lo pone, “impartiendo cosas espirituales a hombres espirituales”. En 1 Tesalonicenses 2:13 el mismo escritor dice: “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios”. En 2 Pedro 3:2 el apóstol coloca sus propias palabras al nivel de las de los profetas del Antiguo Testamento, y en los versículos 15 y 16 del mismo capítulo hace lo mismo con los escritos de Pablo, clasificándolos con “las otras escrituras”. Finalmente, en Apocalipsis 2:7, aunque es el apóstol Juan quien está escribiendo, está autorizado para exclamar: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”, y así a lo largo de las epístolas a las siete iglesias.

C. Argumento para las Palabras

La evidencia de que la inspiración incluye la forma así como la sustancia de las Sagradas Escrituras, la palabra así como el pensamiento, puede reunirse de esta manera.

1. *Hubo ciertamente algunas ocasiones cuando las palabras fueron dadas a los agentes humanos.* Tome la instancia de Balaam (Números 22:38; 23:12, 16). Es claro que este profeta egoísta pensó, es decir, deseó hablar de manera diferente de lo que hizo, pero fue obligado a hablar la palabra que Dios puso en su boca. Hay dos testigos incontrovertibles de esto, uno siendo Balaam mismo y el otro Dios.

Tome a Saúl (1 Samuel 10:10), o en un momento posterior, a sus mensajeros (1 Samuel 19:20-24). Nadie reclamará que no hubo una inspiración de las palabras aquí. Y Caifás también (Juan 11:49-52), de quien se dice expresamente que cuando profetizó que un hombre debía morir por el pueblo, “esto no lo dijo por sí mismo”. ¿Quién cree que Caifás quiso decir o realmente conoció el significado de lo que dijo?

Y cuán enteramente esto armoniza con la promesa de Cristo a sus discípulos en Mateo 10:19, 20 y en otras partes. “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros”. Marcos es aún más enfático: “No os preocupéis de antemano... sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo”.

Tome la circunstancia del día de Pentecostés (Hechos 2:4-11), cuando los discípulos “comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”. Partos, medos, elamitas, los que habitaban en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, cretenses y árabes todos testificaron, “les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios”. ¿No incluyó esta inspiración las palabras? ¿No excluyó de hecho el pensamiento? ¿Qué ejemplo más claro podría desearse?

Con el mismo propósito considere la enseñanza de Pablo en 1 Corintios 14 sobre el don de lenguas, el que habla en lengua desconocida, en el Espíritu habla misterios, pero nadie le entiende, por lo tanto ha de orar para que pueda interpretar. Bajo algunas circunstancias, si no hay intérprete presente, ha de guardar silencio en la iglesia y hablar solo a sí mismo y a Dios.

Pero mejor aún, considere la expresión de 1 Pedro 1:10, 11, donde habla de aquellos que profetizaron de la gracia que vendría, como “escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba

en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló”, etc.

“Si viéramos a un estudiante que, habiendo tomado la conferencia de un profundo filósofo, estuviera ahora estudiando diligentemente para comprender el sentido del discurso que había escrito, entenderíamos simplemente que él era un alumno y no un maestro; que no tenía nada que ver con originar ni los pensamientos ni las palabras de la conferencia, sino que era más bien un discípulo cuya incumbencia era entender lo que había transcrito, y así ser capaz de comunicarlo a otros.

“¿Y quién puede negar que esta es la imagen exacta de lo que tenemos en este pasaje de Pedro? Aquí había escritores inspirados estudiando el significado de lo que ellos mismos habían escrito. Con toda la tolerancia posible para las peculiaridades humanas de los escritores, deben haber sido reporteros de lo que oyeron, en lugar de formuladores de aquello que se les había hecho entender”. —A. J. Gordon en *“The Ministry of the Spirit”*, pp. 173, 174.

2. *La Biblia enseña claramente que la inspiración se extiende a sus palabras.* Hablamos de Balaam como pronunciando aquello que Dios puso en su boca, pero la misma expresión es usada por Dios mismo con referencia a sus profetas. Cuando Moisés quiso excusarse del servicio porque no era elocuente, Él que hizo la boca del hombre dijo: “Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éxodo 4:10-12). Y el comentario del Dr. James H. Brookes es muy pertinente. “Dios no dijo estaré con tu mente, y te enseñaré lo que has de pensar; sino estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de hablar. Esto explica por qué, cuarenta años después, Moisés dijo a Israel: ‘No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella’. (Deuteronomio 4:2.)” Siete veces Moisés nos dice que las tablas de piedra conteniendo los mandamientos eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las tablas (Éxodo 31:16).

Pasando del Pentateuco a los libros poéticos encontramos a David diciendo: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, Y su palabra ha estado en mi lengua” (2 Samuel 23:1, 2). Él, también, no dice, Dios pensó por mí, sino habló por mí.

Llegando a los profetas, Jeremías confiesa que, como Moisés, retrocedió ante la misión a la cual fue enviado y por la misma razón. Era un niño y no podía hablar. “Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca” (Jeremías 1:6-9).

Todo lo cual sustenta la declaración de Pedro citada anteriormente, que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. Seguramente, si la voluntad del hombre no tuvo nada que ver con la profecía, no podría haber tenido libertad en la selección de las palabras.

Esto en cuanto al Antiguo Testamento, pero cuando llegamos al Nuevo, tenemos la misma precisión infalible y verbal garantizada a los apóstoles por el Hijo de Dios, como hemos visto. Y tenemos a los apóstoles reclamándola, como cuando Pablo en 1 Corintios 2:12, 13 distingue entre las “cosas” o los pensamientos que Dios le dio y las palabras en las cuales las expresó, e insistiendo en la divinidad de ambas; “lo cual también hablamos”, dice él, “no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu”. En Gálatas 3:16, siguiendo el ejemplo de su divino maestro, él emplea no meramente una sola palabra, sino una sola letra de una palabra como la base de un argumento para una gran doctrina. La bendición de la justificación que Abraham recibió se ha convertido en la del creyente en Jesucristo. “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo”.

El escritor de la epístola a los Hebreos basa un argumento similar en la palabra “todo” en Hebreos 1:8, en la palabra “uno” en Hebreos 1:11, y en la frase “aún una vez” en Hebreos 12:26, 27.

Para recurrir al argumento de Pablo en Gálatas, el Archidiácono Farrar en uno de sus escritos niega que por ninguna posibilidad tal hebraísta como él, y tal maestro del uso griego pudiera haber argumentado de esta manera. Él dice que Pablo debió haber sabido que el plural de los términos hebreos y griegos para “simiente” nunca es usado por escritores hebreos o griegos para designar descendencia humana. Significa, dice él, varias clases de grano.

Su ingenuidad es gracioso. Aceptamos su estimación del conocimiento de Pablo del hebreo y griego, dice el Profesor Watts, él ciertamente era hebreo de hebreos, y en cuanto a su griego no solo podía escribirlo sino hablarlo como sabemos, y citar lo que convenía a su propósito de los poetas griegos. Pero bajo esta suposición nos sentimos justificados en preguntar al Dr. Farrar si un lexicógrafo al buscar en autores griegos los significados que ellos atribuían a *spermata*, el griego para “semillas”, ¿no estaría inclinado a añadir “descendencia humana” bajo tan buena autoridad como Pablo?

Ni de hecho estarían limitados a su autoridad, ya que Sófocles lo usa de la misma manera, y Esquilo. “Fui expulsado de mi país por mi propia descendencia” (*spermata*) —literalmente por mis propias semillas, es lo que el primero hace decir a uno de sus personajes.

La traducción del Dr. Farrar de *spermata* en Gálatas 3:16 por otro lado haría un sinsentido si no un sacrilegio. “No dice a varias clases de grano como de muchas, sino como de una, y a tu grano, el cual es Cristo”.

“Concediendo entonces, lo que no agradecemos a ningún hombre por conceder, que *spermata* significa descendencia humana, es evidente que a pesar de todas las opiniones en contrario, este pasaje sostiene la enseñanza de una inspiración de la Sagrada Escritura que se extiende hasta sus mismas palabras”.

3. Pero el argumento más singular para la inspiración de las palabras de la Escritura es la relación que Jesucristo guarda con ellas. En primer lugar, Él mismo fue inspirado en cuanto a sus palabras. En la referencia más temprana a su oficio profético (Deuteronomio 18:18), Jehová dice: “Pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare”. Una limitación en su expresión que Jesús reconoce en todas partes. “Según me enseñó el Padre, así hablo”; “el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar”; “lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho”; “las palabras que me diste, les he dado”; “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”. (Juan 6:63; 8:26, 28, 40; Juan 12:49, 50).

El pensamiento es aún más impresionante cuando leemos sobre la relación del Espíritu Santo con el Dios-hombre. “El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres”; “habiendo dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles”; “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio”; “El que tiene las siete estrellas en su diestra dice esto”; “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Lucas 4:18; Hechos 1:2; Apocalipsis 1:1; 2:1, 11). Si la Palabra encarnada necesitó la unción del Espíritu Santo para dar a los hombres la revelación que Él recibió del Padre en Cuyo seno Él habita; y si la agencia del mismo Espíritu se extendió a las palabras que Él habló al predicar el evangelio a los mansos o dictar una epístola, ¿cuánto más deben ser estas cosas así en el caso de hombres ordinarios cuando están ocupados en el mismo servicio? ¿Con qué apariencia de razón puede uno contender que algún escritor del Antiguo o Nuevo Testamento estuvo, en lo que concernía a sus palabras, sin necesidad de tal agencia? —*The New Apologetic*, pp. 67, 68.

En segundo lugar Él usó las Escrituras como si fueran inspiradas en cuanto a sus palabras. En Mateo 22:31, 32, Él sustancia la doctrina de la resurrección contra el escepticismo de los saduceos enfatizando el tiempo

presente del verbo “ser”, es decir, la palabra “soy” en el lenguaje de Jehová a Moisés en la zarza ardiente. En los versículos 42-45 del mismo capítulo Él hace lo mismo para su propia deidad aludiendo al segundo uso de la palabra “Señor” en el Salmo 110. “Dijo el Señor a mi Señor... Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?” En Juan 10:34-36, Él se vindica a Sí mismo de la acusación de blasfemia diciendo: “¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?”

Ya lo hemos visto (en Mateo 4) venciendo al tentador en el desierto mediante tres citas de Deuteronomio sin nota o comentario excepto, “Escrito está”. Refiriéndose a lo cual Adolphe Monod dice: “No conozco nada en toda la historia de la humanidad, ni siquiera en el campo de la revelación divina, que pruebe más claramente que esto la inspiración de las Escrituras. ¡Qué! ¿Jesucristo, el Señor del cielo y de la tierra, llamando en su ayuda en ese momento solemne a Moisés su siervo? ¿Aquel que habla desde el cielo fortificándose contra las tentaciones del infierno por la palabra de aquel que habló desde la tierra? ¿Cómo podemos explicar ese misterio espiritual, esa maravillosa inversión del orden de las cosas, si para Jesús las palabras de Moisés no fueran las palabras de Dios más que las de los hombres? ¿Cómo explicaremos esto si Jesús no estuviera plenamente consciente de que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo?”

“No olvido las objeciones que se han planteado contra la inspiración de las Escrituras, ni la oscuridad real con la que esa inspiración está rodeada; si a veces turban vuestros corazones, han turbado el mío también. Pero en tales momentos, para revivir mi fe, solo tengo que mirar a Jesús glorificando las Escrituras en el desierto; y he visto que para todos los que confían en Él, el más embarazoso de los problemas se transforma en un hecho histórico, palpable y claro. Jesús sin duda estaba consciente de las dificultades relacionadas con la inspiración de las Escrituras, pero ¿le impidió esto apelar a su testimonio con confianza sin reservas? Que lo que fue suficiente para Él sea suficiente para vosotros. No temáis que la roca que sostuvo al Señor en la hora de su tentación y angustia ceda porque os apoyéis demasiado pesadamente sobre ella”.

En tercer lugar, Cristo enseña que las Escrituras son inspiradas en cuanto a sus palabras. En el Sermón del Monte Él dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”.

Aquí hay testimonio confirmado por un juramento, porque “de cierto” en los labios del Hijo del Hombre conlleva tal fuerza. Él afirma la indestructibilidad de la ley, no su sustancia meramente sino su forma, no el pensamiento sino la palabra.

“Ni una jota ni una tilde pasará de la ley”. La “jota” significa la *yod*, la letra más pequeña en el alfabeto hebreo, mientras que la “tilde” significa el *cuerno*, una pequeña proyección en ciertas letras extendiendo la línea base más allá de la vertical que descansa sobre ella. Un lector no acostumbrado al hebreo necesita un ojo fuerte para ver la tilde, pero Cristo garantiza que como parte del texto sagrado ni la tilde ni la *yod* perecerán.

El anciano Lightfoot, el hebraísta y erudito rabínico del tiempo de la Asamblea de Westminster, ha llamado la atención sobre una historia interesante de cierta letra *yod* encontrada en el texto de Deuteronomio 32:18. Está en la palabra *teshi*, abandonar, traducida en la King James como “*unmindful*” [en español “te olvidaste”]. Originalmente parece haber sido escrita más pequeña incluso de lo usual, es decir, de tamaño reducido, y sin embargo a pesar del número casi infinito de veces en que se han hecho copias, esa pequeña *yod* permanece allí hoy tal como siempre lo hizo. Lightfoot habló de ello a mediados del siglo diecisiete y aunque han pasado dos siglos y medio más desde entonces con todas sus copias adicionales del libro, todavía retiene su lugar en el texto sagrado. Su tamaño diminuto es referido en el margen, “pero ninguna

mano se ha atrevido a añadir el ancho de un cabello a su longitud”, de modo que todavía podemos emplear sus palabras, y decir que es probable que permanezca allí para siempre.

El mismo erudito habla del efecto que un ligero cambio en la forma de una letra hebrea podría producir en la sustancia del pensamiento que representa. Él toma como ejemplo dos palabras, *Chalal* y *Halal*, que difieren una de otra simplemente en sus primeros radicales. La “Ch” en hebreo se expresa por una letra igual que la “H”, siendo la única distinción una ligera ruptura o abertura en la extremidad izquierda de la última. Parece demasiado insignificante para notarlo, pero déjese romper esa línea donde debería ser continua, y “Y no profanes el nombre de tu Dios” en Levítico 18:21, se convierte en “Y no alabes el nombre de tu Dios”. A través de esa apertura, por pequeña que sea, el pensamiento entero de la mente divina se filtra, por así decirlo, y se vuelve bastante antagónico a lo que fue diseñado.

Esto muestra cuán verdaderamente el pensamiento y la palabra que lo expresa están unidos, y que cualquier cosa que afecta al uno pone en peligro al otro. Como dice otro, “Las botellas no son el vino, pero si las botellas perecen, el vino seguramente se derramará”. Puede parecer estrechez mental contender por esto, y una evidencia de iluminación o erudición liberal tratarlo con indiferencia, pero deberíamos estar preparados para tomar nuestra posición con Jesucristo en las premisas, y si es necesario, salir fuera del campamento llevando nuestro vituperio.

IV. Dificultades y Objeciones

Que hay dificultades en el camino de aceptar una visión de la inspiración como esta se da por sentado. Pero para la mente finita siempre debe haber dificultades conectadas con una revelación del Infinito, y no puede ser de otra manera. Esto se ha mencionado antes. Los hombres de fe, y es a tales a quienes nos dirigimos, y no a hombres del mundo, no esperan a entender o resolver todas las dificultades asociadas con otros misterios de la Biblia antes de aceptarlos como divinos, y ¿por qué deberían hacerlo en este caso?

Además, el dictamen del arzobispo Whately es generalmente aceptado, de que no estamos obligados a despejar cada dificultad sobre una doctrina para crearla, siempre provisto que los hechos sobre los cuales descansa sean verdaderos. Y particularmente es este el caso donde el rechazo de tal doctrina implica mayores dificultades que su creencia, como lo hace aquí.

Porque si esta visión de la inspiración es rechazada, ¿qué tienen sus oponentes para dar en su lugar? ¿Se dan cuenta de que cualquier objeción a ella es leve en comparación con aquellas a cualquier otra visión que pueda nombrarse? ¿Y se dan cuenta de que esto es cierto porque esta visión tiene la inmensurable ventaja de estar de acuerdo con las claras declaraciones de la Escritura sobre el tema? En otras palabras, como dice el Dr. Burrell, aquellos que afirman la inerrancia de los autógrafos de la Escritura lo hacen bajo la autoridad de Dios mismo, y negarlo es de una pieza con la negación de que enseñan el perdón de los pecados o la resurrección de los muertos. Ninguna cantidad de giros y vueltas exegéticas puede explicar las afirmaciones ya citadas en estas páginas, por no decir nada del trasfondo constante de evidencia que encontramos en la Biblia en todas partes para su verdad.

Y hablando de esto más allá, ¿no estamos justificados en requerir del objetor dos cosas? Primero, sobre cualquier base justa de investigación científica, ¿no está obligado a disponer de la evidencia aquí presentada antes de impugnar la doctrina que sustancia? Y segundo, después de haber dispuesto de ella, ¿no está igualmente obligado a presentar la prueba escritural de cualquier otra visión de la inspiración que quiera que aceptemos? ¿Ha hecho esto alguna vez, y si no, no estamos más justificados en decir que no se puede hacer? Pero consideremos algunas de las dificultades.

1. *Están las llamadas discrepancias o contradicciones entre ciertas declaraciones de la Biblia y los hechos de la historia o la ciencia natural.* La mejor manera de enfrentar estas es tratarlas por separado a medida

que se presentan, pero cuando preguntas por ellas no infrecuentemente te encuentras con silencio. Son difíciles de producir, y cuando se producen, ¿quién es capaz de decir que pertenecen a los pergaminos originales? Como no estamos conteniendo por una traducción inerrante, ¿no descansa la carga de la prueba en el objetor?

Pero algunas de estas “discrepancias” son fácilmente explicadas. No existen entre declaraciones de la Biblia y hechos de la ciencia, sino entre interpretaciones erróneas de la Biblia y conclusiones inmaduras de la ciencia. La vieja historia de Galileo es pertinente, quien no contradijo la Biblia al afirmar que la tierra se movía alrededor del sol sino solo las falsas suposiciones teológicas al respecto. De esta manera la luz que avanza ha eliminado muchas de estas discrepancias, y es justo presumir con el Dr. Charles Hodge que más luz las eliminaría todas.

2. *Están las diferencias en las narrativas mismas.* En primer lugar, los escritores del Nuevo Testamento a veces cambian palabras importantes al citar del Antiguo Testamento, lo cual se asume que no podría ser el caso si en ambas instancias los escritores fueran inspirados. Pero se olvida que en las Escrituras estamos tratando no tanto con diferentes autores humanos como con un Autor divino. Es un principio en la literatura ordinaria que un autor puede citarse a sí mismo como le plazca, y dar un giro diferente a una expresión aquí y allá a medida que una condición cambiada de los asuntos lo haga necesario o deseable. ¿Negaremos este privilegio al Espíritu Santo? ¿No podemos encontrar, de hecho, que algunas de estas supuestas citas erróneas muestran tal progreso de la verdad, tal aplicación evidente de la enseñanza de una dispensación anterior a las circunstancias de una posterior, como para proporcionar una confirmación de su origen divino en lugar de un argumento contra él?

Ofrecimos ilustraciones de esto anteriormente, pero a aquellas añadiríamos ahora Isaías 59:20 citado en Romanos 11:26, y Amós 9:11 citado en Hechos 15:16. Y a cualquiera que desee examinar más a fondo el tema recomendaríamos la valiosa obra del profesor Franklin Johnson, de la Universidad de Chicago, titulada *The Quotations in the New Testament from the Old*.

Otra clase de diferencias, sin embargo, es donde el mismo evento se da a veces de manera diferente por diferentes escritores. Tome aquel más frecuentemente usado por los objetores, la inscripción en la cruz, registrada por todos los evangelistas y sin embargo de manera diferente por cada uno. ¿Cómo pueden ser inspirados tales registros, se pregunta?

Es de recordarse en respuesta, que la inscripción fue escrita en tres idiomas requiriendo un arreglo diferente de las palabras en cada caso, y que un evangelista puede haber traducido el hebreo, y otro el latín, mientras que un tercero registró el griego. No se dice que alguno diera la inscripción completa, ni podemos afirmar que hubiera alguna obligación sobre ellos de hacerlo. Además, nadie contradice a ningún otro, y nadie dice lo que es falso.

Recordando lo que se dijo acerca de que no tenemos que tratar con diferentes autores humanos sino con un Autor divino, ¿no puede el Espíritu Santo aquí haber elegido enfatizar algún hecho particular, o fase de un hecho de la inscripción para un fin específico e importante? Examine los registros para determinar cuál pudo haber sido este hecho. Observe que cualquiera que sea otra cosa omitida, todas las narrativas registran las circunstancias trascendentales de que el que sufría en la cruz era EL REY DE LOS JUDÍOS.

¿Pudo haber habido una causa para esto? ¿Cuál fue el cargo preferido contra Jesús por sus acusadores? ¿No fue Él rechazado y crucificado porque dijo que era el Rey de los Judíos? ¿No fue esta la idea central que Pilato fue guiado providencialmente a expresar en la inscripción? Y si es así, ¿no fue eso de lo que los evangelistas debían dar testimonio? ¿Y no debería haberse dado ese testimonio de una manera para disipar el pensamiento de colusión en las premisas? ¿Y no implicaba esto una variedad de narrativa que debería al

mismo tiempo estar en armonía con la verdad y el hecho? ¿Y no tenemos esta misma cosa en los cuatro evangelios?

Estos relatos se complementan, pero no se contradicen entre sí. Los colocamos ante el ojo en el orden en que están registrados.

Este es Jesús,	EL REY DE LOS JUDÍOS
	EL REY DE LOS JUDÍOS
Este es	EL REY DE LOS JUDÍOS
Jesús nazareno,	EL REY DE LOS JUDÍOS

La inscripción completa evidentemente era “Este es Jesús nazareno, el Rey de los Judíos”, pero sometemos que lo anterior presenta un argumento razonable para las diferencias en los registros.

3. *Está la variedad en el estilo.* Algunos piensan que si todos los escritores fueran igualmente inspirados y la inspiración se extendiera a sus palabras, todos deberían poseer el mismo estilo ¡como si el Espíritu Santo tuviera un solo estilo!

El estilo literario es un método de seleccionar palabras y juntar oraciones que estampa el trabajo de un autor con la influencia de sus hábitos, su condición en la sociedad, su educación, su razonamiento, su experiencia, su imaginación y su genio. Estos dan su fisonomía mental y moral y conforman su estilo.

¿Pero no es Dios libre para actuar con o sin estas leyes fijas? No hay circunstancias que tiñan sus puntos de vista o razonamientos, y Él no tiene idiosincrasias de habla, y ninguna lengua materna a través de la cual exprese su carácter, o deje la marca del dedo del genio sobre sus fábricas literarias.

Es una gran falacia entonces, como dijo una vez el Dr. Thomas Armitage, suponer que la uniformidad de estilo verbal debió haber marcado la autoría de Dios en la Biblia, si Él hubiera seleccionado sus palabras. Como el autor de todos los estilos, más bien los usa todos a su placer. Él otorga todos los poderes de la individualidad mental sobre sus instrumentos para usar las Escrituras, y luego usa sus poderes como Él quiere para expresar su mente por medio de ellos.

De hecho, la variedad de estilo es una prueba necesaria de la libertad de los escritores humanos, y es esto lo que entre otras cosas nos convence de que, por muy controlados por el Espíritu Santo, no eran meras máquinas en lo que escribían.

Considere el método de Dios en la naturaleza. En cualquier departamento de la vida vegetal puede haber un solo género, mientras que sus miembros están clasificados en mil especies. De la raíz bulbosa vienen el tulipán, el jacinto, el azafrán y el lirio en cada forma y matiz, sin ninguna causa ni de química natural ni de cultivo. Es exclusivamente atribuible a la variedad de estilos que la mente de Dios idea. Y así en los escritos sagrados. Su mente se ve en la infinita variedad de expresión que dicta la redacción de cada libro. Para citar a Armitage de nuevo: “No puedo decir cómo el Espíritu Santo sugirió las palabras a los escritores más de lo que algún otro hombre puede decir cómo Él sugirió los pensamientos a ellos. Pero si la diversidad de expresión prueba que Él no eligió las palabras, la diversidad de ideas prueba que Él no dictó los pensamientos, porque la una es tan variada como la otra”.

William Cullen Bryant era un hombre de periódico pero un poeta; Edmund Clarence Stedman era un corredor de Wall Street y también un poeta. ¿Qué diferencia en estilo había entre sus editoriales y cartas comerciales por un lado, y su poesía por el otro! ¿Es Dios más limitado que un hombre?

4. *Hay ciertas declaraciones de la Escritura misma.* ¿No dice Pablo en uno o dos lugares “hablo como hombre”, o “según hombre”? Ciertamente, pero ¿no está usando los argumentos comunes entre los hombres por el bien de elucidar un punto? ¿Y no puede él tan verdaderamente ser guiado por el Espíritu para hacer eso, y para registrarlo, como para hacer o decir cualquier otra cosa? Por supuesto, lo que él cita de los hombres no es del mismo valor esencial que lo que recibe directamente de Dios, pero el registro de la cita es tan verdaderamente inspirado.

Hay otras dos o tres expresiones de él de este carácter en el capítulo 7 de 1 Corintios, donde está tratando del matrimonio. En el versículo 6 dice: “esto digo por vía de concesión, no por mandamiento”, y lo que quiere decir no tiene referencia a la fuente de su mensaje sino al tema del mismo. En contradicción a la falsa enseñanza de algunos, él dice que a los cristianos se les permite casarse, pero no se les ordena hacerlo. En el versículo 10 dice: “A los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor”, mientras que en el versículo 12 sigue: “Y a los demás yo digo, no el Señor”. ¿Se declara a sí mismo inspirado en la primera instancia, y no en la segunda? De ninguna manera, sino que en la primera está aludiendo a lo que el Señor habló sobre el tema mientras estaba aquí en la carne, y en la segunda a lo que él, Pablo, está añadiendo a ello bajo la autoridad del Espíritu Santo hablando a través de él. En otras palabras, poniendo sus propias expresiones en igualdad con las de nuestro Señor, él simplemente confirma su inspiración.

En el versículo 40 usa una expresión desconcertante: “y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios”. Como estamos contendiendo solo por un registro inspirado, parecería fácil decir que aquí él registra una duda sobre si estaba inspirado, y por ende en todas partes más en ausencia de tal registro de duda la inspiración ha de asumirse. Pero esto sería dar por sentada la cuestión, y preferimos la solución de otros de que la respuesta se encuentra en la condición de la iglesia de Corinto en ese tiempo. Sus enemigos habían buscado contrarrestar sus enseñanzas, reclamando que ellos tenían el Espíritu de Dios. Refiriéndose al reclamo, él dice con ironía justificable: “pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios”. “Pienso” en la boca de uno que tiene autoridad apostólica, dice el Profesor Watts, puede tomarse como llevando la afirmación más fuerte del juicio en cuestión. El pasaje es algo parecido a otro en la misma epístola en el capítulo 14, versículo 37, donde dice: “Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor”.

El tiempo prohíbe una mayor amplificación sobre las dificultades y objeciones ni es necesaria, ya que no hay una que no haya sido enfrentada satisfactoriamente para el hombre de Dios y el hijo de fe una y otra vez.

Pero hay un obstáculo al cual quisiéramos llamar la atención antes de concluir —no una dificultad u objeción, sino un obstáculo real, especialmente para los jóvenes e insuficientemente instruidos. Es la ilusión de que esta visión de la inspiración es sostenida solo por los ignorantes. Una ilusión que crece de otra más sobre quiénes constituyen los instruidos.

Existe una impresión popular de que en la esfera de la teología y la religión estos últimos están limitados en su mayor parte a los altos críticos y sus parientes, y cuanto más racionalista e iconoclasta el crítico más instruido se estima que es. Pero la falacia de esto se ve en que las cualidades que hacen a un filólogo, un experto en lenguas humanas, o que dan a uno un amplio conocimiento con la literatura de cualquier tipo, en otras palabras las cualidades del alto crítico, dependen más de la memoria que del juicio, y no dan la más mínima garantía de que sus poseedores puedan sacar una conclusión sólida de lo que saben.

Como lo expresa el autor de *Faith and Inspiration*, el trabajo de tal erudito es a menudo como el de un cantero para un arquitecto. Su logro completo, aunque inmensamente valioso en su lugar, es solo una masa de material crudo y sin forma hasta que una mente dotada en una dirección diferente, y poseyendo el gusto y equilibrio necesarios lo reduzca o lo ponga en forma para su uso. Las perplejidades de los astrónomos tocante al cometa Halley son pertinentes. Ellos conocían hechos que la gente común no sabía, pero cuando

llegaron a generalizar sobre ellos, el hombre en la calle sabía que debería haber mirado en el oeste para el fenómeno cuando ellos le pidieron mirar en el este.

Mucho se dice por ejemplo sobre un conocimiento del hebreo y griego, y ningún hombre sensato los subestimaré para el teólogo o el erudito bíblico, pero son enteramente innecesarios para un entendimiento de la doctrina de la inspiración o cualquier otra doctrina de la Sagrada Escritura. El lector inteligente de la Biblia en la lengua inglesa, especialmente cuando es iluminado por el Espíritu Santo, es abundantemente capaz de decidir sobre estas cuestiones por sí mismo. Él no puede determinar cómo operó el Espíritu Santo en las mentes de los escritores sagrados porque eso no está revelado, pero puede determinar sobre los resultados asegurados porque eso está revelado. Él puede determinar si la inspiración cubre todos los libros, y si incluye no solo la sustancia sino la forma, no solo los pensamientos sino las palabras.

Hemos hablado de eruditos y de los instruidos, lleguemos a los nombres. Suponemos que el Dr. Sanday, de Oxford, es un erudito, y el Arzobispo de Durham, y el Decano Burgon, y el Profesor Orr, de Glasgow, y el Director Forsyth, de Hackney College, y Sir Robert Anderson, y el Dr. Kuyper, de Holanda, y el Presidente Patton, de Princeton, y Howard Osgood del comité de revisión del Antiguo Testamento y Matthew B. Riddle del Nuevo, y G. Frederick Wright y Albert T. Clay, los arqueólogos, y los Presidentes Moorehead y Mullins, y C. I. Scofield, y Luther T. Townsend, por veinticinco años profesor en la Escuela Teológica de la Universidad de Boston, y Arthur T. Pierson de la *Missionary Review of the World*, y una multitud de otros testigos vivientes —episcopales, presbiterianos, congregacionalistas, bautistas, luteranos, metodistas, reformados holandeses.

Habíamos pensado que Juan Calvino era un erudito, y el distinguido Bengel, y el Canónigo Faussett, y Tregelles, y Auberlen, y Van Oosterzee, y Charles Hodge y Henry B. Smith, y tantos más que sería una necesidad recordarlos. Estos hombres pueden no apoyar cada declaración en estas páginas, podrían no querer ser citados como sosteniendo técnicamente la teoría verbal de la inspiración por razones ya nombradas, pero afirmarán el corazón de la contención y testificarán de su creencia en una inspiración de los Oráculos Sagrados que incluye las palabras.

Una vez cuando el escritor fue desafiado por el editor de un diario secular a nombrar un solo erudito viviente que así creyera, presentó el de un rector de una gran universidad, ¡y se le dijo que él no era la clase de erudito que se quería decir! La clase de erudito no infrecuentemente querido decir por tales opositores es aquel que está buscando destruir la fe en la Biblia como la Palabra de Dios, y sustituir en su lugar una Biblia de su propia creación.

El *Outlook* tuvo un editorial recientemente, titulado “¿A Quién Creeremos?”, en el cual el escritor reafirmó las perogrulladas de que vivir es un proceso vital mucho más que intelectual, y que la verdad del tipo más profundo se destila de la experiencia más que de los procesos lógicos. Esta es la razón dijo él por la cual muchas cosas están ocultas de los llamados sabios, que siguen métodos formales de observación exacta, y son reveladas a los niños y a los que maman que no saben nada de estos métodos, pero están profundamente en el proceso de vivir. Ningún espectador entendió jamás un gran movimiento humano contemporáneo en el cual no entrara.

¿Explica esto por qué el erudito enclaustrado es incapaz de aceptar la inspiración sobrenatural de las Escrituras mientras que los hombres en la línea de fuego del ejército del Señor creen en ella incluso hasta las mismas palabras? ¿Explica esto la fe de nuestros misioneros en tierras extranjeras? ¿Es esto lo que llevó a J. Hudson Taylor al interior de China, y al Dr. Guinness a establecer la obra en el Congo, y a George Mueller y William Quarrier a mantener a los huérfanos en Bristol y el Bridge of Weirs? ¿Es esto —la creencia en la inspiración plenaria de la Biblia— el secreto del poder evangelístico de D. L. Moody, y Chapman, y Torrey, y Gipsy Smith, y prácticamente cada evangelista en el campo, pues hasta dónde llega nuestro conocimiento no hay ninguno de estos que lo dude? ¿Dice esto por qué “los más vendidos en el

mercado”, al menos entre la gente cristiana, han sido los libros devocionales y expositivos de Andrew Murray, y Miller y Meyer, y escritores de ese sello? ¿Es esta la razón por la que la gente sencilla ha amado escuchar a predicadores como Spurgeon, y McLaren, y Campbell Morgan, y Len Broughton y A. C. Dixon y han pasado de largo a hombres de la otra clase? Es, en una palabra, seguro desafiar a todo el mundo cristiano por el nombre de un hombre que se destaque como un ganador de almas que no crea en la inspiración de la Biblia como se ha tratado de explicar en estas páginas.

Pero concluimos con una especie de testimonio concreto —el de la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana de América, y de una fecha tan reciente como 1893. El escritor no es presbiteriano, y por lo tanto con mayor gracia puede pedir a sus lectores considerar el carácter y el intelecto representados en tal Asamblea. Aquí están algunos de nuestros más grandes comerciantes, nuestros más grandes juristas, nuestros más grandes educadores, nuestros más grandes estadistas, así como nuestros más grandes misioneros, evangelistas y teólogos. Puede verse una reunión tan capaz y augusta de representantes del cristianismo en otros lugares y en otras ocasiones, pero pocas que puedan superarla. Por sobriedad de pensamiento, por profundidad así como amplitud de aprendizaje, por riqueza de experiencia espiritual, por honestidad de expresión, y virilidad de convicción, la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana en América debe comandar atención y respeto en todo el mundo. Y esto es lo que dijo sobre el tema que ahora estamos considerando en su reunión en la ciudad de Washington, la capital de la nación, en la fecha nombrada:

“LA BIBLIA COMO LA TENEMOS AHORA, EN SUS DIVERSAS TRADUCCIONES Y REVISIONES, CUANDO ES LIBERADA DE TODOS LOS ERRORES Y EQUIVOCACIONES DE TRADUCTORES, COPISTAS E IMPRESORES, (ES) LA MISMA PALABRA DE DIOS, Y CONSECUENTEMENTE TOTALMENTE SIN ERROR”.

Capítulo 16 La Gloria Moral de Jesucristo: Una Prueba de Inspiración

Por William G. Moorehead, Doctor en Teología
Presidente del Seminario Teológico Xenia, Xenia, Ohio

Las glorias del Señor Jesucristo son triples: Esencial, oficial y moral.

Su gloria esencial es la que le pertenece como Hijo de Dios, el igual al Padre. Su gloria oficial es la que le pertenece como el Mediador. Es la recompensa conferida a Él, la augusta promoción que recibió cuando hubo llevado su gran obra a una conclusión final y triunfante. Su gloria moral consiste en las perfecciones que marcaron su vida y ministerio terrenal; perfecciones que se adjuntaron a cada relación que sostuvo, y a cada circunstancia en la que se encontró. Sus glorias esencial y oficial estuvieron comúnmente veladas durante su estancia terrenal. Su gloria moral no podía ocultarse; Él no podía ser menos que perfecto en todo; le pertenecía a Él; era Él mismo. Esta gloria moral ahora ilumina cada página de los cuatro Evangelios, como una vez lo hizo en cada camino que pisó.

La tesis que emprendemos ilustrar y establecer es esta: Que la gloria moral de Jesucristo tal como se establece en los cuatro Evangelios no puede ser el producto del intelecto humano sin ayuda, que solo el Espíritu de Dios es competente para ejecutar este inigualable retrato del Hijo del Hombre. La discusión del tema se divide en dos partes: I. Un breve estudio de la gloria moral de Cristo tal como se exhibe en los Evangelios. II. La aplicación del argumento.

I. La Gloria Moral de Cristo

La Humanidad de Jesús

1. La gloria moral de Jesús aparece en su desarrollo como Hijo del Hombre. La naturaleza que Él asumió fue nuestra naturaleza, exceptuando solo el pecado y las tendencias pecaminosas. La suya fue una humanidad real y verdadera, una que debía pasar por las diversas etapas de crecimiento como cualquier otro miembro de la raza. Desde la infancia a la juventud, desde la juventud a la virilidad, hubo un aumento constante tanto de sus poderes corporales como de sus facultades mentales; pero el progreso fue ordenado. “Ninguna precocidad enfermiza marcó la más santa de las infancias”. Él fue primero un niño, y después un hombre, no un hombre en años de niño.

Como Hijo del Hombre, estuvo rodeado de todas las debilidades sin pecado que pertenecen a nuestra naturaleza. Él tiene necesidades comunes a todos; necesidad de alimento, de descanso, de simpatía humana y de asistencia divina. Él está sujeto a José y María, Él es un adorador en la sinagoga y el templo; Él llora sobre la ciudad culpable y endurecida, y ante la tumba de un ser querido; Él expresa su dependencia de Dios mediante la oración.

Nada es más cierto que el hecho de que las narrativas del Evangelio presentan al Señor Jesús como un hombre verdadero, un miembro verdadero de nuestra raza. Pero no bien reconocemos esta verdad, nos confrontamos con otra que coloca estos registros solos e inalcanzables en el campo de la literatura. Este segundo hecho es este: En cada etapa de su desarrollo, en cada relación de la vida, en cada parte de su servicio, Él es absolutamente perfecto. A ninguna parte de su vida se adjunta un error, sobre ninguna parte de ella descansa una nube, en ninguna parte hay defecto. Nada es más sorprendente, más sin ejemplo, que el profundo contraste entre Jesús y el conflicto y la discordia a su alrededor, aquel entre Él y aquellos que estuvieron más cerca de Él, los discípulos, Juan el Bautista, y la madre, María. Todos caen inmensamente por debajo de Él.

El Hombre Modelo

2. Los Evangelios exaltan a nuestro Señor infinitamente por encima de todos los otros hombres como el representante, el ideal, el hombre modelo. Nada en el juicio de los historiadores se destaca tan nítidamente distinto como la raza, el carácter nacional —nada es más imborrable. Los hombres más grandes son incapaces de liberarse de las influencias en medio de las cuales han nacido y sido educados. Las peculiaridades de la raza y el espíritu de la época dejan en sus caracteres huellas que son imperecederas. Hasta la última fibra de su ser Lutero fue alemán, Calvino fue francés, Knox fue escocés; Agustín lleva la inconfundible impresión del romano, y Crisóstomo es tan ciertamente griego. Pablo, con toda su gran generosidad y simpatías es un judío, siempre un judío. Jesucristo es el Único que tiene el justo derecho a ser llamado el Hombre Universal. Nada local, transitorio, individualizante, nacional o sectario empequeñece las proporciones de su maravilloso carácter. “Él se eleva por encima del parentesco, la sangre, el horizonte estrecho que limitaba, según parecía, su vida; porque Él es el hombre arquetípico en cuya presencia las distinciones de raza, intervalos de edades, tipos de civilización y grados de cultura mental son como nada” (Liddon). Él pertenece a todas las edades, Él está relacionado con todos los hombres, ya sea que tiemblen en medio de las nieves del círculo ártico, o jadeen bajo el calor ardiente del ecuador; porque Él es el Hijo del Hombre, el Hijo de la humanidad, el descendiente genuino de la raza.

El Desinterés y la Dignidad

3. La gloria moral del Señor aparece en su preocupación por otros y dignidad personal. La ausencia total de egoísmo en cualquier forma en el carácter del Señor Jesús es otra característica notable de los Evangelios. Él tuvo frecuentes y justas oportunidades de gratificar la ambición si su naturaleza hubiera estado contaminada con esa pasión. Pero “ni aun Cristo se agradó a sí mismo”; Él “no busco mi gloria”; Él no vino “para hacer mi voluntad”. Su cuerpo y su alma con todas las facultades y actividades de cada uno se dedicaron a los objetivos supremos de su misión. Su abnegación incluyó toda la gama de su pensamiento, afecto y acción humanos; duró a lo largo de su vida; su máxima expresión fue su muerte ignominiosa en la cruz del Calvario.

La extraña belleza de su desinterés, tal como se muestra en las narrativas del Evangelio, aparece en esto: que nunca busca llamar la atención sobre sí mismo, desaprueba la publicidad. En su humildad, Él parece como alguien naturalmente contento con la oscuridad; como carente del deseo inquieto de eminencia que es común a los hombres realmente grandes; como ansioso y cuidadoso de que incluso sus milagros no aumentaran su reputación. Pero en medio de toda su humildad abnegada, Él nunca pierde su dignidad personal ni el respeto propio que le corresponde. Él recibe ministerio de los humildes y de los nobles; Él a veces tiene hambre, sin embargo alimenta a las multitudes en lugares desiertos; Él no tiene dinero, sin embargo nunca mendiga, y Él provee la moneda para el tributo al gobierno de la boca de un pez. Él puede pedir una taza de agua en el pozo, pero es para poder salvar un alma. Él nunca huye de los enemigos; Él se retira tranquilamente o pasa desapercibido. La hostilidad no lo excita ni lo exaspera. Él está siempre tranquilo, sereno. Él parece preocuparse poco por Sí mismo, por su propia comodidad o confort o seguridad, pero todo por el honor y la gloria del Padre. Si las multitudes, ansiosas y expectantes, se agolpan sobre Él, gritando: “¡Hosanna al Hijo de David!”, Él no se exalta; si todos se apartan, atónitos por sus palabras de poder, Él no se abate. Él no buscó un lugar entre los hombres, Él estaba serenamente contento con ser el siervo del Señor, el obediente y el humilde. Fue invariablemente cierto de Él que “ni aun Cristo se agradó a sí mismo”.

Y sin embargo, a través de toda su asombrosa auto-renuncia, de vez en cuando destella algo de la infinita majestad y suprema dignidad que le pertenecen porque Él es el Hijo de Dios. Las palabras de Van Oosterzee son tan verdaderas como hermosas y significativas: “Es el mismo Hijo del Rey quien hoy mora en el palacio de su Padre, y mañana, por amor a sus súbditos rebeldes en un rincón remoto del Reino, renunciando a su gloria principesca, viene a morar entre ellos en forma de siervo... y es conocido solo por la dignidad de su

mirada, y la estrella de la realeza en su pecho, cuando el manto humilde se abre por un momento, aparentemente por accidente”.

Superioridad al Juicio Humano y la Intercesión

4. Los Evangelios exhiben al Señor Jesús como superior al juicio y a la intercesión de los hombres. Cuando es desafiado por los discípulos y por los enemigos, como a menudo lo fue, Jesús nunca se disculpa, nunca se excusa, nunca confiesa un error. Cuando los discípulos, aterrorizados por la tormenta en el lago, lo despertaron diciendo: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?”, [Marcos 4:38] Él no vindicó su sueño, ni defendió su aparente indiferencia ante sus temores. Marta y María, cada una a su turno, con profundo dolor, dicen: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”. [Juan 11:21] No hay un ministro del evangelio en todo el mundo que en circunstancias similares no explicaría o trataría de explicar por qué no pudo acudir de inmediato a la casa de duelo cuando fue convocado allí. Pero Jesús no excusa su ausencia, ni su demora de dos días en el lugar donde estaba cuando el mensaje urgente de las hermanas llegó a Él. En la conciencia de la perfecta rectitud de sus caminos, Él solo responde: “Tu hermano resucitará”. [Juan 11:23] Pedro una vez intentó amonestarlo, diciendo: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca”. [Mateo 16:22] Pero Pedro tuvo que aprender que era Satanás quien impulsaba la amonestación. Tampoco retira Él una palabra cuando los judíos infirieron correctamente de su lenguaje que Él “siendo hombre, se hacía Dios” [Juan 10:30-36]. Él señaló la aplicación del nombre *Elohim* (Dios) a los jueces bajo la teocracia; y sin embargo, insinúa de forma irrefutable que su derecho a la divinidad es superior y de naturaleza distinta al de los magistrados judíos. Así llega por segunda vez a la afirmación que tanto había ofendido, al anunciar su identidad con el Padre, lo cual implica su propia divinidad. Los judíos lo entendieron. Él no se retractó de lo que consideraban blasfemia, y de nuevo intentaron quitarle la vida. Él nunca se equivoca ni se retracta.

De igual manera, es superior a la intercesión humana. Nunca pide a sus discípulos ni a sus amigos más cercanos, y ciertamente tampoco a su madre María, que oren por él. En Getsemaní les pidió a los tres que velaran con él, pero no les pidió que oraran por él. Les mandó orar para que no cayeran en la tentación, pero no les pidió que oraran para que él no cayera en ella, ni para que fuera librado de ella. Pablo escribió repetidamente: «Hermanos, oren por nosotros», «oren por mí». Pero ese no era el lenguaje de Jesús. Cabe destacar que el Señor no se pone al mismo nivel que su pueblo en sus oraciones. Mantiene la distancia de su propia dignidad y supremacía personal entre él y ellos. En su intercesión, nunca usa pronombres personales en plural en sus peticiones; siempre dice «yo» y «mí», «estos» y «los que me has dado»; nunca «nosotros» ni «nos», como hablamos y debemos hablar en nuestras oraciones.

La Impecabilidad de Jesús

5. La impecabilidad del Salvador da testimonio de su gloria moral. Los Evangelios nos presentan un hecho solitario y único de la historia humana: ¡un Hombre absolutamente sin pecado! En su nacimiento inmaculado, en su infancia, juventud y madurez, en público y en privado, en la muerte y en la vida, Él fue intachable. Escuchemos a algunos testigos. Existe el testimonio de sus enemigos. Durante tres largos años, los fariseos estuvieron observando a su víctima. Como escribe otro: “Allí estaba el fariseo mezclándose en cada multitud, escondiéndose detrás de cada árbol. Examinaron a sus discípulos, interrogaron a todos a su alrededor. Miraron en su vida ministerial, en su privacidad doméstica, en sus horas de retiro. Se presentaron con la única acusación que pudieron reunir: que Él había mostrado falta de respeto a César. El juez romano, que debía saberlo, la declaró nula”. Hubo otro espía: Judas. Si hubiera habido un solo fracaso en la carrera del Redentor, en su terrible agonía Judas lo habría recordado para su consuelo; pero la amargura de su desesperación, aquello que hizo su vida intolerable, fue: “Yo he entregado sangre inocente”. [Mateo 27:4]

Existe el testimonio de sus amigos. Sus discípulos afirman que durante su trato con Él, su vida fue inmaculada. Si hubiera habido una sola mancha, la habrían detectado, y, como historiadores honestos que

eran, la habrían registrado, tal como lo hicieron con sus propios defectos y errores. El hombre más puro y austero que vivió en aquel día, Juan el Bautista, se retrajo de bautizar al Santo, y en consciente indignidad dijo: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. [Mateo 3:14] Tampoco debe pasarse por alto su propio testimonio. Jesús nunca confiesa pecado. Nunca pide perdón. Sin embargo, ¿no es Él quien reprende tan agudamente la autojustificación de los fariseos? ¿No parece ignorar Él, en su enseñanza, toda piedad humana que no esté basada en un corazón quebrantado? Pero aún así, Él nunca deja caer una insinuación, nunca respira una oración que implique el menor rastro de culpabilidad. Él pinta el destino de los pecadores incorregibles y no arrepentidos con los colores más terribles que se encuentran en toda la Biblia, pero Él mismo no siente aprensión, no expresa temor del futuro penal; su paz mental, su comunión con el Dios Todopoderoso nunca es perturbada ni interrumpida. Si Él insta al dolor sobre otros y a lágrimas de penitencia, es por los pecados de ellos; si Él gime en agonía, no es por pecados propios, es por los de otros. Él desafía a sus enemigos más acérrimos a condenarlo de pecado (Juan 8:46). Tampoco es esto todo. “El alma”, se ha dicho, “como el cuerpo, tiene sus poros”, y los poros están siempre abiertos. “Instintivamente, inconscientemente, y quiera el hombre o no, la insignificancia o la grandeza de la vida interior siempre se revela”. Desde su mismo centro y esencia, la naturaleza moral está siempre lanzando a su alrededor círculos de influencia, rodeándose a sí misma con una atmósfera de autorrevelación. En Jesucristo, esta autorrevelación no fue involuntaria, ni accidental, ni forzada: fue en el más alto grado deliberada. Hay en Él un aire de santidad superior, de alejamiento del mundo y sus caminos, una separación del mal en cada forma y de cada grado, tal como ningún otro que haya vivido jamás ha mostrado. Aunque descendía de una ascendencia impura, Él no trajo ninguna mancha de pecado al mundo con Él; y aunque se mezcló con hombres pecadores y fue asaltado por feroces tentaciones, no contrajo culpa, no fue tocado por ninguna mancha. Él no era meramente incontaminado, sino que era incontaminable. Era como un rayo de luz que, partiendo de la fuente de luz, puede pasar a través del medio más sucio y aún así permanecer sin mancha y sin tocar. Él descendió a todas las circunstancias de la humanidad actual en su pecado y miseria, y sin embargo mantuvo la pureza infinita del cielo con Él. En los anales de nuestra raza no hay nadie próximo o semejante a Él.

Conjunto y Correlación de Virtudes

6. La exquisita reunión y correlación de virtudes y excelencias en el Señor Jesús forman otra característica notable de las narrativas del Evangelio. Ha habido aquellos que han mostrado rasgos distinguidos de carácter; aquellos que por razón de dones extraordinarios se han elevado a alturas que son inaccesibles para la gran masa de hombres. Pero, ¿quién entre los más poderosos de los hombres se ha mostrado equilibrado y correctamente balanceado en todas sus facultades y poderes? En los más grandes y mejores, se encuentran la desigualdad y la desproporción. Generalmente, las fallas y vicios de los hombres están en razón inversa a sus virtudes y sus poderes. “Los cuerpos más altos proyectan las sombras más largas”. En Jesucristo no hay desnivel. En Él no hay preponderancia de la imaginación sobre el sentimiento, del intelecto sobre la imaginación, de la voluntad sobre el intelecto. Hay en Él una armonía ininterrumpida de todos los poderes del cuerpo y el alma, en la cual sirve aquello que debe servir, y gobierna aquello que debe gobernar, y todo trabaja junto para un fin adorable. En Él, cada gracia está en su perfección, ninguna en exceso, ninguna fuera de lugar y ninguna faltante. Su justicia y su misericordia, su amor inigualable y su verdad, su santidad y su perdón más libre nunca chocan; uno nunca nubla al otro. Su firmeza nunca degenera en obstinación, ni su calma en indiferencia. Su mansedumbre nunca se convierte en debilidad, ni su elevación de alma en olvido de los demás. En sus mejores siervos, las virtudes y gracias son desiguales y a menudo chocan. Pablo tuvo horas de debilidad e incluso de petulancia. Él parece haber lamentado haberse llamado a sí mismo fariseo en el Sanedrín judío y haber apelado a ese partido por ayuda, pues en su discurso ante el procónsul Félix dijo: “O digan estos mismos si hallaron en mí alguna cosa mal hecha, mientras estuve delante del concilio, a no ser esto solo, que exclamé estando entre ellos: Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros”. [Hechos 24:20-21] Juan, el apóstol del amor, incluso deseó hacer descender fuego del cielo para consumir a los samaritanos inhospitalarios. Y la virgen madre debe aprender que incluso ella no puede dictarle a Él qué debe hacer o no hacer. En Jesús existe el equilibrio más perfecto, la

equiponderancia más asombrosa de cada facultad y gracia y deber y poder. En toda su vida, el caminar de un día nunca contradice al otro, el servicio de una hora nunca choca con otro. Mientras Él muestra que es señor de las tremendas fuerzas de la naturaleza, y el Señor del mundo invisible, Él se aparta y deja a un lado su gloria para tomar a los niños pequeños en sus brazos y bendecirlos. Mientras debe caminar entre las trampas que sus enemigos han tendido en privado para sus pies, Él está a la altura de cada ocasión, está en armonía con los requisitos de cada momento. “Él nunca habla donde sería mejor guardar silencio, Él nunca guarda silencio donde sería mejor hablar; y Él siempre deja la arena de la controversia como vencedor”. Su majestad natural, tan maravillosamente descrita en los Evangelios, corre a través de toda su vida, y es tan manifiesta en medio de la pobreza y el desprecio, en Getsemaní y el Calvario, como en el Monte de la Transfiguración y en la resurrección de la tumba.

Omnipotencia y Omnisciencia

7. Los evangelistas no se retraen de atribuir al Señor Jesús atributos divinos, particularmente Omnipotencia y Omnisciencia. Lo hacen como una mera cuestión de hecho, como lo que podría y debería esperarse de un personaje tan exaltado como lo era el Señor Jesús. ¡Cuán asombroso es el poder que Él ejerce cuando le place hacerlo! Se extiende a las fuerzas de la naturaleza. A su palabra, la tormenta se aquieta en calma, y el furor del mar cesa. A su placer, Él camina sobre el agua como sobre tierra seca. Se extiende al mundo de los espíritus malignos. Ante su presencia, los demonios gritan de miedo y sueltan su dominio sobre sus víctimas. Su poder se extiende al reino de la enfermedad. Toda forma de enfermedad parte a su mandato, y Él cura a los enfermos tanto cuando está junto a ellos como a distancia de ellos. La muerte asimismo, ese tirano inexorable que la riqueza nunca ha sobornado, ni las lágrimas ablandado, ni el poder humano detenido, entregó instantáneamente su presa cuando la voz del Hijo de Dios se lo ordenó.

Pero Jesús poseía igual de ciertamente y tan plenamente un rango sobrehumano de conocimiento, así como un poder sobrehumano. Él conocía a los hombres; los conocía como Dios los conoce. Así, Él vio en las profundidades del corazón de Natanael cuando estaba debajo de la higuera; Él vio en las profundidades del mar, y la moneda exacta en la boca de un pez particular; Él leyó toda la vida pasada de la mujer en el pozo, aunque nunca antes se había encontrado con ella. Juan nos dice que “no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Juan 2:25). Él conocía el mundo de los espíritus malignos. Estaba perfectamente familiarizado con los movimientos de Satanás y de los demonios. Él le dijo a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:31, 32). Él a menudo hablaba directamente a los espíritus malignos que tenían control de las personas, ordenándoles que callaran, que salieran y no entraran más en sus víctimas. Él conocía al Padre como ninguna mera criatura podría posiblemente conocerlo. “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27).

Se sentirá una dificultad cuando intentemos reconciliar este conocimiento infinito de los hombres, del mundo invisible y de Dios mismo, que el Hijo de Dios poseía, con la declaración en Marcos de que Él no sabía el día ni la hora de su segunda venida. Pero la dificultad no es mayor que aquella otra en Juan, donde se nos dice que su rostro estaba húmedo con lágrimas humanas mientras la voz todopoderosa gritaba: “¡Lázaro, ven fuera!”. En ambos casos, lo divino y lo humano se ven entremezclados, y sin embargo son perfectamente distintos.

Tales son algunos de los rayos de las glorias morales de Cristo tal como brillan en todas partes en las páginas de los cuatro Evangelios. Muy pocos de ellos están reunidos aquí. Sin embargo, ¡qué cuadro tan estupendo forman! En los anales de nuestra raza no hay nada como esto. ¡Aquí se nos presenta a Uno que es un hombre verdadero y genuino, y sin embargo es el ideal, el representante, el hombre modelo, reclamando parentesco en la universalidad de su humanidad con todos los hombres; sin pecado, pero lleno de ternura y piedad; más

alto que lo más alto, pero inclinándose a lo más bajo y a lo más necesitado; perfecto en todas sus palabras y caminos, en su vida y en su muerte!

¿Quién enseñó a los evangelistas a dibujar este retrato inigualable? La pluma que trazó estas glorias de Jesús, ¿pudo haber sido otra que una pluma inspirada? Esta pregunta nos lleva a la segunda parte de nuestra tarea, que pronto puede ser despachada.

II La Aplicación del Argumento

Nada es más obvio que el axioma muy común, que cada efecto requiere una causa adecuada. Dada una pieza de maquinaria, compleja, delicada, exacta en todos sus movimientos, sabemos que debe ser el Producto de un mecánico competente. Dada una obra de arte consumado, sabemos que debe ser el producto de un artista consumado. Nadie sino un escultor con el genio de un Ángel podría tallar el “Moisés”. Nadie sino un pintor con la mano, el ojo y el cerebro de un Rafael podría pintar la “Transfiguración”. Nadie sino un poeta con los dones de un Milton podría escribir *El Paraíso Perdido*.

Aquí hay cuatro breves registros de la vida terrenal de nuestro Señor. Tratan casi exclusivamente de su ministerio público; no profesan ni siquiera relatar todo lo que Él hizo en su obra oficial (cf. Juan 21:25). Los autores de estos memoriales eran hombres cuyos nombres son palabras familiares en todo el mundo; pero más allá de sus nombres sabemos poco más. El primero fue recaudador de impuestos bajo el gobierno romano; el segundo fue, se cree generalmente, aquel Juan Marcos que por un tiempo sirvió como asistente de Pablo y Bernabé, y que después se convirtió en el compañero y colaborador de Pedro; el tercero fue un médico y el amigo devoto y colaborador de Pablo; y el cuarto fue un pescador. Dos de ellos, Mateo y Juan, fueron discípulos de Jesús; si los otros, Marcos y Lucas, alguna vez lo vieron durante su estancia terrenal no puede determinarse.

Estos cuatro hombres, no practicados en el arte de escribir, no familiarizados con los ideales de la antigüedad, escribieron los memoriales de la vida de Jesús. Tres de ellos atraviesan sustancialmente el mismo terreno, registran los mismos incidentes, discursos y milagros. Mientras están penetrados con la más profunda admiración por su maestro, nunca una vez se dilatan en sus grandes cualidades. Todo lo que hacen es registrar sus acciones y sus discursos con escasamente un comentario. Uno de ellos de hecho, Juan, entremezcla comentario reflexivo con la narrativa; pero al hacer esto Juan se abstiene cuidadosamente del elogio y el panegírico. Él se detiene en su narrativa solo para explicar alguna referencia, para abrir algún dicho profundo del Señor, o para presionar alguna verdad vital. Sin embargo, a pesar de esta ausencia del menor intento de delinear un carácter, estos cuatro hombres han logrado lo que ningunos otros han hecho o pueden hacer: han presentado al mundo el retrato de un Hombre divino, un Salvador Glorioso. Mateo lo describe como el Mesías prometido, la gloria de Israel, el Hijo de David, el Hijo de Abraham; aquel en quien los pactos y las promesas encuentran su amplio cumplimiento; aquel que cumple toda justicia. Marcos lo exhibe como el poderoso Siervo de Jehová que cumple el deber descuidado del hombre, y satisface la necesidad de todos a su alrededor. Lucas lo representa como el Amigo del hombre, cuyo amor es tan intenso y comprensivo, cuya piedad es tan divina, que su poder salvador sale al judío y al gentil, al más humilde y al más elevado, al publicano, al samaritano, al pródigo andrajoso, a la ramera, al ladrón, así como al culto, al moral, al grande. Juan lo presenta como el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne; como Luz para un mundo oscuro, como Pan para un mundo hambriento, como Vida para un mundo muerto. Mateo escribe para el judío, Marcos para el romano, Lucas para el griego, y Juan para el cristiano; y todos ellos escriben para cada parentela, y tribu, y lengua y pueblo de todo el globo, ¡y para todo tiempo! Lo que el filósofo, el poeta, el erudito, el artista no pudieron hacer; lo que los hombres de la mente más grande, el genio más estupendo ha fallado en hacer, estos cuatro hombres no practicados han hecho: han presentado al mundo al Hijo del Hombre y al Hijo de Dios en todas sus perfecciones y glorias.

Un Hecho para Ser Explicado

¿Cómo sucede que estos hombres iletrados y del vulgo (Hechos 4:13) hayan cumplido tan completamente una tarea tan grande? Aferrémonos a nuestro axioma común, cada efecto debe tener una causa adecuada. ¿Qué explicación daremos de este maravilloso efecto? ¿Atribuiremos su obra al genio? Pero multitudes de hombres tanto antes como desde su día han poseído genio del orden más alto; y estos hombres dotados han trabajado en campos afines a este de nuestros cuatro evangelistas. Las mentes más poderosas de la raza — hombres de Caldea, de Egipto, de India, de China y de Grecia— han tratado de dibujar un carácter perfecto, han gastado toda su fuerza para pintar a un hombre semejante a un dios. ¿Y con qué resultado? O bien está investido con las pasiones y las brutalidades de los hombres caídos, o es un espectador despiadado e impasible de las penas y aflicciones del mundo. En cualquier caso, el carácter es uno que puede imponer el miedo pero no el amor y la confianza de los hombres.

De nuevo, preguntamos, ¿Cómo resolvieron los evangelistas este poderoso problema de la humanidad con tal perfecta originalidad y precisión? Solo dos respuestas son racionalmente posibles: 1. Tenían ante ellos al Cristo personal e histórico. Los hombres no podían inventar al Dios-hombre de los Evangelios más de lo que podían crear un mundo. Las palabras casi irreverentes de Theodore Parker se basan en la verdad absoluta: “Habría hecho falta un Jesús para forjar a un Jesús”. 2. Escribieron por inspiración del Espíritu de Dios. No puede ser de otra manera. No es suficiente decir que el modelo divino estaba ante ellos: deben haber tenido algo más, de lo contrario nunca podrían haber tenido éxito.

Asumamos que estos cuatro hombres, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, fueron asistentes personales en el ministerio de Jesús —que lo vieron, lo escucharon, lo acompañaron durante tres años. Sin embargo, según su propia demostración, no lo entendieron. Ellos testifican que los discípulos, los apóstoles entre el número, obtuvieron solo las concepciones más tenues de su persona y su misión a partir de sus enseñanzas muy explícitas. Nos hablan de una maravillosa incapacidad y debilidad en todas sus aprehensiones de Él. ¡El Sol de Justicia brillaba sobre ellos y a su alrededor, y ellos podían ver solo lo menos! Él les dijo repetidamente de su muerte inminente, y de su resurrección, pero no lo entendieron; incluso cuestionaron entre sí qué significaría el levantarse de los muertos (Marcos 9:10) —¡pobres hombres! Y, sin embargo, estos hombres, una vez tan ciegos e ignorantes, escriben cuatro pequeñas piezas sobre la persona y la obra del Señor Jesús que el estudio y la investigación de la cristiandad durante mil ochocientos años no han agotado, y que la crítica más aguda y hostil ha fallado totalmente en desacreditar.

Pero esto no es todo. Otros han probado su mano en componer la vida y hechos de Jesús. Compare algunos de estos con nuestros cuatro Evangelios.

Evangelios Espurios

La narrativa del Evangelio observa un silencio casi ininterrumpido en cuanto a la larga estancia de Jesús en Nazaret. Del vacío así dejado, la iglesia se impacientó temprano. Durante los primeros cuatro siglos se hicieron muchos intentos para llenarlo. Algunos de estos evangelios apócrifos todavía existen, notablemente aquel que trata de la infancia y juventud del Redentor; y es instructivo notar cómo tuvieron éxito aquellos que intentaron levantar el velo que cubre los primeros años de Cristo. Dejemos que otro establezca el contraste entre los registros del Nuevo Testamento y los evangelios espurios: “El caso se presenta así: nuestros Evangelios nos presentan una imagen gloriosa de un Salvador poderoso, los evangelios míticos con la de uno despreciable. En nuestros Evangelios Él exhibe una sabiduría sobrehumana; en los míticos un absurdo sobrehumano casi igual. En nuestros Evangelios Él está vestido con toda la belleza de la santidad; en los míticos este aspecto del carácter falta por completo. En nuestros Evangelios ni una mancha de pecaminosidad contamina su carácter; en los míticos el Niño Jesús es tanto petulante como malicioso. Nuestros Evangelios nos exhiben una moralidad sublime; ni un rayo de ella brilla en los de los mitólogos. Los milagros del uno y del otro permanecen contrastados en cada punto”. (Row).

Estos evangelios espurios fueron escritos por hombres que vivieron no mucho después de la era apostólica; por cristianos que deseaban honrar al Salvador en todo lo que decían sobre Él; por hombres que tenían el retrato de Él ante ellos que los Evangelios suministran. Y sin embargo estos hombres, muchos de ellos mejor enseñados que los apóstoles, con la ventaja de dos o tres siglos de pensamiento y estudio cristianos, no pudieron producir un bosquejo de fantasía del niño Jesús sin violar nuestro sentido de propiedad, y conmocionar nuestro sentido moral. La distancia entre los Evangelios del Nuevo Testamento y los pseudo evangelios se mide por la distancia entre el producto del Espíritu de Dios, y el de la mente humana caída.

“Vidas de Cristo” No Inspiradas

Tomemos otra ilustración. El siglo XIX ha sido muy fructífero en la producción de lo que comúnmente se llaman “Vidas de Cristo”. Contraste con los Evangelios cuatro de tales “vidas”, tal vez las más completas y las mejores, tomadas en conjunto, de las escritas por personas de habla inglesa —las de Andrews, Geikie, Hanna y Edersheim. Los autores de nuestros Evangelios no tenían modelos en los cuales enmarcar su obra. El camino que pisaron nunca antes había sido presionado por pies humanos. Los autores de las “vidas” no solo tienen estas narrativas incomparables como su modelo y la fuente principal de todo su material, sino innumerables otras de tales “vidas” sugerentes en cuanto a forma y construcción, y la cultura y la investigación de dieciocho siglos yaciendo detrás de ellos. ¿Pero se aventuraría alguien por un momento a presentar estas “vidas” como rivales de nuestros Evangelios? Mucha información y ayuda se derivan de las labores de estos eruditos cristianos, y otros que se han esforzado en el mismo campo; pero cuán lejos caen todos ellos por debajo del registro del Nuevo Testamento es innecesario mostrar. De hecho, todos esos escritos están en gran parte anticuados y escasamente leídos, aunque son bastante jóvenes en años, tan pronto decae y muere la obra del hombre.

Note el contraste en cuanto a tamaño o volumen. El libro de Andrews contiene 615 páginas; el de Geikie más de 1.200; el de Hanna más de 2.100; el de Edersheim, 1.500 páginas. Los cuatro combinados tienen no menos de 5.490 páginas, suficiente en estos días ocupados para requerir meses de lectura para pasar tan solo una vez a través de su contenido. Bagster imprime los cuatro Evangelios en 82 páginas; la Oxford, en 104; Amer. Rev., 120. En la Bagster, Mateo tiene solo 23; Marcos, 13; Lucas, 25; y Juan, 21. Menos de cien páginas de los Cuatro Evangelios contra más de cinco mil cuatrocientas de las cuatro “vidas”.

Innumerables volúmenes, grandes y pequeños, en forma de comentario, exposición, notas, armonía e historia están escritos sobre estos breves registros. ¿Cómo sucede que tales tesoros de sabiduría y conocimiento estén almacenados en estas piezas cortas? ¿Quién enseñó a los evangelistas este poder sobrehumano de expansión y contracción, de combinación y separación, de revelación en las palabras y más revelación debajo de las palabras? ¿Quién les enseñó a describir así la persona y obra del Señor Jesús de tal manera que la descripción satisface al más analfabeto y al más docto, se adapta a mentes de la capacidad más limitada, y a aquellas de la comprensión más amplia? ¿De dónde derivaron la habilidad infinita que muestran al agrupar eventos, discursos y acciones de tal manera que vívidamente ante nosotros está la belleza inmortal de una vida perfecta? Solo hay una respuesta a estas preguntas, no puede haber otra. El Espíritu del Dios vivo llenó sus mentes con su sabiduría infalible y controló su habla humana. Para ese Espíritu creativo que ha poblado el mundo con organismos vivos tan diminutos que solo el microscopio puede revelar su presencia, no es difícil darnos en una brújula tan breve el retrato sublime del Hijo del Hombre. Para los hombres es imposible.

La Inspiración se Extiende a través de la Biblia

Ahora, si se concede que los cuatro Evangelios son inspirados, estamos obligados por toda regla de la razón correcta a conceder la inspiración del resto del Nuevo Testamento. Porque todas las comunicaciones posteriores contenidas en los Hechos, las Epístolas y Apocalipsis, están ya en forma de germen en los Evangelios, justo como el Pentateuco sostiene en germen el resto del Antiguo Testamento.

Si el Espíritu Santo es el autor de los cuatro Evangelios, Él no es menos el autor de todo el Nuevo Testamento. Si Él crea el germen, es Él también quien debe desplegarlo en fruto maduro. Si Él hace la semilla, Él debe igualmente dar el crecimiento. A esta verdad fundamental los escritores de las comunicaciones posteriores dan el testimonio más explícito. Pablo, Juan, Santiago, Pedro y Judas intiman individualmente que lo que tienen para impartir es de Cristo por su Espíritu.

Además, si admitimos la inspiración del Nuevo Testamento debemos también admitir la del Antiguo. Porque, si alguna cosa ha sido establecida por el estudio devoto y profundo y la investigación de la erudición evangélica es esto, que las Escrituras del Antiguo Testamento sostienen en germen la revelación contenida en el Nuevo. El padre latino habló tan profundamente como verdaderamente cuando dijo: “El Nuevo Testamento yace escondido en el Antiguo, y el Antiguo se revela en el Nuevo”. El judaísmo antiguo tenía una voz suprema para el pueblo elegido, y su voz era profética. Su voz era la palabra significativa, *Espera*. Como si siguiera recordando a Israel que las Instituciones Mosaicas eran solo temporales y típicas, que algo infinitamente mejor y más santo iba a tomar su lugar; y así decía, *Espera*. *Espera*, y el verdadero Sacerdote vendrá, el Sacerdote mayor que Aarón, mayor que Melquisedec —el Sacerdote de quien estos no eran sino sombras delgadas, imágenes tenues. *Espera*, y el verdadero Profeta, semejante a Moisés, mayor que Moisés, aparecerá. *Espera*, y el sacrificio real, aquel del cual todas las otras ofrendas no eran sino imágenes débiles, se hará y el pecado será quitado. Si algún hombre niega la inspiración del Antiguo Testamento, tarde o temprano negará la del Nuevo. Porque los dos están inseparablemente unidos. Si el uno cae, así lo hará el otro. Ya las consecuencias desastrosas de tal curso de procedimiento son aparentes en la cristiandad. Durante años el conflicto ha rugido sobre la confiabilidad, la integridad y la autoridad del Antiguo Testamento. No hace mucho, uno que se identifica con el partido atacante alineado contra esa Escritura anunció que la victoria está ganada, y nada queda ahora salvo determinar la cantidad de la indemnización. Es muy notable que la lucha de hecho ha disminuido mensurablemente en cuanto al Antiguo Testamento, aunque no hay signos de fe debilitada en él por parte de los hijos fieles de Dios, y la lucha ahora gira con vigor creciente sobre el Nuevo Testamento, y preeminentemente sobre la persona del Señor Jesucristo. Hombres que son cristianos al menos de nombre, que ocupan asientos influyentes en grandes Universidades e incluso escuelas teológicas, no se retraen de impugnar el registro del Nuevo Testamento tocante al nacimiento virginal del Señor Jesús, su resurrección de los muertos, y su promesa de un día regresar a esta tierra en majestad y poder. Uno no puede renunciar a las Escrituras del Antiguo Testamento sin relajar su agarre, tarde o temprano, en el Nuevo.

Cristo es el centro de toda la Escritura, como Él es el centro de todos los propósitos y consejos de Dios. Los cuatro evangelistas toman la vida y la gloria moral del Hijo del Hombre, y la colocan junto a la imagen del Mesías tal como fue bosquejada por los profetas, lo histórico al lado de lo profético, y muestran cuán exactamente coinciden los dos. Mientras los cuatro Evangelios permanezcan sin mutilar y confiados por el pueblo de Dios, así de larga está asegurada la doctrina de la autoridad suprema de la Biblia.

Dios habló a los padres en los profetas: Él ahora nos habla en su Hijo a quien Él ha hecho heredero de todas las cosas. En cualquier caso, ya sea por los profetas o por el Hijo, el hablante es Dios.

Capítulo 17 Dios en Cristo, la única revelación de la paternidad de Dios

Por Robert E. Speer

“Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”. (Juan 16:2, 3).

Estas palabras nos sugieren que no es suficiente para un hombre simplemente creer en Dios. Todo depende de qué clase de dios es aquel en quien cree. Es una comparación bastante sorprendente y extraña al principio la que nuestro Señor establece aquí entre una mera creencia en Dios y las posibles consecuencias morales horribles, por un lado, y un conocimiento de Dios en Cristo y sus seguros efectos morales, por el otro. Y la lección parecería ser la insuficiencia de cualquier fe religiosa que no reconozca la revelación del Padre en Jesucristo y que no conozca a Jesucristo como Dios. Es un poco difícil para nosotros llevar un pensamiento tan grande como este a nuestras vidas, y sin embargo nuestro Señor lo presenta con una claridad inconfundible: por un lado, la insuficiencia moral de una mera creencia en Dios; por el otro lado, la suficiencia moral y espiritual de un reconocimiento de Dios como Padre expuesto en Cristo como Dios.

El teísmo no es suficiente

En el primero de estos dos versículos nuestro Señor hace el primero de estos dos puntos inconfundiblemente claro. Él no vio ninguna garantía adecuada de rectitud moral y justicia en una mera fe teísta. Él sufrió en su propia muerte los posibles frutos amargos de una mera fe teísta. Los hombres que lo mataron eran creyentes fervientes en Dios, y pensaban que estaban haciendo algo bueno para Dios cuando crucificaron al Hijo de Dios. Y Él les dijo a sus discípulos que llegaría el día cuando hombres conscientes considerarían servicio a Dios el ejecutarlos, y que aquellos que los matarían no serían hombres malos, sino hombres que pensarían que al matarlos estarían haciendo la voluntad de Dios.

Vemos exactamente el mismo gran error en nuestros propios días. No es suficiente protección para un hombre creer en un solo Dios. No hay monoteístas más rígidos en el mundo que los mahometanos, y hay algunos que nos dicen que en la India las condiciones morales de los mahometanos son aún peores que las condiciones morales de los hindúes politeístas a su alrededor. No es tanto una cuestión de en cuántos dioses crees. Yo preferiría creer en tres dioses buenos que en uno malo. Una religión es superior a otra religión, no porque tenga menos o más dioses que esa otra religión, sino porque el carácter de sus dioses es superior al carácter de los dioses de esa otra religión. Nuestro Señor entendió completamente que una mera fe en Dios no iba a hacer un hombre bueno, que un hombre podría creer en Dios y ser un asesino, o un adúltero, podría creer en Dios y matar a los mismos apóstoles de Jesucristo y pensar que así estaba haciendo un gran servicio a Dios.

La rectitud de conciencia no es suficiente

Me parece que vale la pena detenerse aquí por un momento incidentalmente para notar cuán fácil es para un hombre ser culpable de error y crimen consciente. No es defensa de la conducta de un hombre decir que está conscientemente satisfecho con lo que hizo. Supongo que la mayoría de las cosas malas se han hecho con toda buena conciencia, y que la mayoría de los pecados que cometemos hoy los cometemos con una conciencia perfectamente limpia. Existe tal cosa como una ceguera moral al color que es tan real como una ceguera física al color. Estuve visitando hace poco una de nuestras conocidas escuelas de niñas, y tuve una discusión con una de las maestras, quien dijo que ella pensaba que no importaba tanto lo que una alumna creyera o hiciera, con tal de que fuera consciente en su creencia y conducta. Le dije que debía ser bastante fácil asistir a su escuela si no importaba si respondías bien o no, con tal de que fueras conscientemente honesta en lo que dijeras. Ella podría obtener dos respuestas absolutamente contrarias a una pregunta y

marcar cada una de ellas como perfecta. Todos los fundamentos del universo moral se derrumban debajo del hombre o la mujer que tome ese punto de vista, que no existe realmente ningún estándar objetivo de lo correcto o lo incorrecto, que todo depende de cómo se sienta una persona al respecto, y si sólo se sienten cómodos con la cosa está bien. Estos hombres que iban a matar a los discípulos de Jesucristo no tenían escrúpulos de conciencia al respecto. Pensarían que al hacerlo estaban prestando un servicio a Dios. La idea que nuestro Señor quiere expresar es esta, que los estándares de un hombre dependen de su concepción de Dios, y Él no vio ninguna garantía de rectitud moral y justicia en la vida de un hombre excepto en la medida en que ese hombre captara la revelación de Dios como Padre que había sido hecha en Jesucristo, y él mismo conociera a Jesucristo como Dios.

La mención de Cristo del “Padre”

No hay espacio aquí para trazar este gran pensamiento a través de toda la enseñanza de nuestro Señor, pero sería algo bueno y útil si muchos de nosotros tomáramos los cuatro Evangelios y nos sentáramos con dos hojas de papel, y escribiéramos en una hoja todo lo que Jesús tenía que decir acerca del Padre, y en la otra cada mención en la enseñanza de Cristo del nombre de Dios. Recientemente, leí los últimos discursos de Jesús en Juan con esto en mente. Sólo cuatro veces Jesús menciona siquiera el nombre de Dios, mientras que habla del Padre al menos cuarenta veces. Evidentemente nuestro Señor concibió que su gran mensaje a los hombres era un mensaje de Dios como Padre revelado en su propia vida, y Él concibió esto como una gran verdad moral práctica, que iba a salvar a los hombres de aquellos errores de juicio, de acto y de carácter acerca de los cuales un hombre no tiene ninguna garantía segura bajo una mera fe monoteísta.

En relación con nuestra fe religiosa

1. Creo que podríamos ir directamente al corazón del asunto considerando, en primer lugar, LA RELACIÓN DE ESTA REVELACIÓN QUE JESUCRISTO HIZO DEL CARÁCTER PATERNAL DE DIOS EN SÍ MISMO CON NUESTRA PROPIA FE RELIGIOSA. Comenzamos nuestro credo cristiano con la declaración, “Creo en Dios Padre Todopoderoso”. Creo que ningún hombre puede decir esas palabras sincera y honestamente, con un entendimiento intelectual de lo que está diciendo, quien no las esté diciendo con sus pies sólidamente apoyados en la convicción evangélica; porque no sabemos prácticamente nada acerca de Dios como Padre excepto lo que aprendemos de la revelación de Dios como Padre en Jesucristo. Los hombres dicen a veces que la idea de Dios como Padre estaba en el Antiguo Testamento, y hay un sentido sin duda en el cual podemos encontrarla allí: un sentido patriótico por una cosa, un sentido poético por otra cosa. Los hebreos pensaban en Dios como el Padre, el Padre nacional de Israel.

De vez en cuando hay algún estallido espléndido en los profetas que contiene esa idea, como cuando Jeremías, clamando por Dios, dice, “Porque yo soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito”. [Jeremías 31:9] O cuando Israel mismo está clamando a través de Isaías, “Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste”. [Isaías 64:8] Pero en cada sentido es una especie de concepción nacionalista de Dios como el Padre de todo el pueblo Israel. Y aun cuando la nota surge poéticamente, sigue siendo patriótica. Acude alguna vez al Salmo 103, donde está la mejor expresión de ello, “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”, [Salmos 103:13] y aun allí es el clamor nacional. O acude al Salmo 89, y allí, también, es nacional y patriótico: “Él me clamará: Mi padre eres tú, mi Dios, y la roca de mi salvación”. [Salmos 89:26] Y si en todo el gran cuerpo de la poesía religiosa de Israel sólo hay dos o tres notas distintas de la paternidad de Dios, no podemos creer que esa idea llenara ningún lugar muy grande en el corazón de Israel. Y en la última de todas las profecías del Antiguo Testamento, la queja de Dios es precisamente esta, que los israelitas no quisieron concebirlo como su Padre, y que aun la concepción política de Dios como el Padre de la nación no era ninguna realidad en la experiencia del pueblo.

Una nueva concepción

La revelación de Dios como el Padre de los hombres fue una concepción prácticamente nueva expuesta en la enseñanza y en la vida de nuestro Señor Jesucristo —no en su enseñanza solamente. Nunca habríamos conocido a Dios como Padre sólo por el mensaje de Jesucristo; nunca habríamos sido capaces de concebir cuál era la idea de Cristo acerca de Dios si no hubiéramos visto esa idea desarrollada en la persona misma de Jesucristo mismo. No fue solamente que Él nos dijo lo que Dios era. Él dijo que cuando caminaba delante de los hombres, Él mismo era uno con el Padre sobre quien los ojos de los hombres podían contemplar: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”. [Juan 14:6-10]

Juan y Mateo

No podemos separar los elementos cristológicos del Evangelio del Evangelio. El esfuerzo se hace desechando el Evangelio de Juan, y luego nos dicen que con el Evangelio de Juan fuera, la obra real de Cristo fue sólo en su mensaje, dando a conocer el Padre a los hombres, y que el carácter cristológico que imponemos sobre el Evangelio fue algo insertado sobre él más tarde, y no algo que yacía en la mente y el pensamiento de Jesucristo mismo. Pero no veo cómo los hombres pueden tomar ese punto de vista hasta que eliminen también el capítulo 11 de Mateo. Cristo expone allí el carácter esencialmente cristológico de su evangelio tan inconfundiblemente como se expone en cualquier lugar del Evangelio de Juan: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. [Mateo 11:27] Lo que quiero decir es precisamente esto, que la única defensa de la posición unitaria es un desgarramiento del Evangelio de tal manera que no puedes reconocerlo como el Evangelio ya. No puedes arrancar la revelación de Cristo de la paternidad de Dios de la persona de Cristo. Él no expuso la paternidad de Dios por lo que dijo; Él expuso la paternidad de Dios por lo que era; y es una especie de error intelectual tomar ciertas palabras suyas y decir que esas palabras nos dan derecho a creer en Dios como nuestro Padre, mientras rechazamos a Jesucristo como su Hijo divino, y pensar que es posible aferrarse al primer artículo de nuestro credo cristiano sin continuar al segundo artículo de él, “Y creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor”.

Cristo es todo

Si tú y yo restamos de nuestra concepción de Dios lo que debemos a la persona de Jesucristo, prácticamente no nos queda nada. Los discípulos sabían que les quedaría poco. Cuando se propuso que se separaran de Cristo y la revelación que Él estaba haciendo, estos hombres se quedaron absolutamente atónitos. “Señor”, dijeron, “¿qué va a ser de nosotros? No tenemos ningún lugar adónde ir. Tú tienes palabras de vida eterna. Ya no hay nada para nosotros en el judaísmo”. El monoteísmo estaba en el judaísmo; la revelación de Dios estaba en el judaísmo; pero eso no era nada para los discípulos ahora que habían visto esa gloriosa visión de su Padre dada a conocer a los hombres en Jesucristo su Hijo. Parecería seguirse que nuestra actitud hacia Jesucristo es determinante de nuestra vida en el Padre, y que la imaginación de que tenemos una vida en el Padre que descansa sobre un rechazo de las afirmaciones de Jesucristo es una imaginación sin fundamentos debajo de ella en absoluto. Toma esas grandes palabras de nuestro Señor: “El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”. [Juan 14:23-24] A lo largo de estos últimos discursos de Jesús te encuentras con los dos términos, “palabra” y “palabras”. En el griego no son simplemente el singular y el plural de la misma palabra. El término que se traduce “palabra” aquí es el mismo término que al principio de este Evangelio se traduce “palabra”, *logos*, que no significa los pronunciamientos de Jesús, que no significa las cosas que Jesús dijo, que no significa los ideales de vida

que Jesús erigió. No estamos cumpliendo con esa condición cuando tratamos de ser amables y desinteresados y obedecer la Regla de Oro. Lo que Jesús está exponiendo allí como la condición de una actitud correcta hacia Dios es la aceptación de un hombre del secreto interno de su propia vida, el compromiso deliberado de un hombre con los grandes principios que subyacen al carácter y la persona de Jesús, una unión simpática con Él mismo. Y Él lo resumió todo en esas palabras a Felipe, “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. [Juan 14:9] Es en este sentido, digo, que tú y yo no podemos honestamente declarar que “creemos en Dios el Padre” a menos que sigamos adelante para decir, “Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor”, porque no sabemos prácticamente nada acerca de Dios como Padre excepto lo que fue revelado de Dios como Padre en aquel que dijo, “Yo y el Padre uno somos”. [Juan 10:30] ¿Creemos en la paternidad de Dios en ese sentido?

Aplicación práctica

2. Quizás podamos responder esa pregunta mejor continuando para preguntar, en segundo lugar, si ESTAMOS REALIZANDO EN NUESTRAS VIDAS TODAS LAS IMPLICACIONES PRÁCTICAS DE ESTA REVELACIÓN DEL CARÁCTER PATERNAL DE DIOS EN JESUCRISTO. Por una cosa, piensa en cómo interpreta el misterio y la prueba de la vida. Ahora la vida es simplemente un enigma en la mera hipótesis teísta. No obtenemos absolutamente ningún consuelo, ninguna luz, ninguna iluminación sobre lo que sabemos que es el gran problema de la vida de una simple creencia en Dios. Sólo se vuelve inteligible para nosotros cuando entendemos que Dios es nuestro Padre en el sentido en que Jesucristo lo reveló. El Dr. Babcock solía ponerlo en la frase simple: “Tienes que tomar una de dos interpretaciones de ello. Tienes que leer tu vida en los términos del destino, o tienes que leerla en los términos de la paternidad”. Una vez que acepto la revelación de Dios hecha en Jesucristo, mi vida sigue siendo un problema difícil para mí. Hay muchas cosas en ella que son terriblemente confusas y difíciles todavía; pero comienzo a obtener un poco de luz sobre sus misterios profundos e impenetrables. Fue justo en este punto de vista que el escritor de la gran epístola a los Hebreos pensó que tenía alguna pista al misterio de su propia vida, a la disciplina de ella, a la disciplina dura y ardiente por la cual ve que todos estamos pasando. Fue sólo cuando se concibió a sí mismo como siendo un hijo del gran Alfarero que estaba formando el barro Él mismo que el misterio comenzó a aclararse un poco de su camino. Y fue precisamente así, recuerdas, que Cristo obtuvo luz sobre el misterio de su vida: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. [Lucas 22:42] Sólo cuando Él recordaba y descansaba profundamente sobre el carácter de Dios como su Padre aquellas grandes experiencias por las cuales estaba pasando tenían plena inteligibilidad para Él. Después de todo, no fue ninguna fantasía la que conectó las dos grandes ideas de Isaías, la idea viviente de la paternidad de Dios y la idea metafórica de Dios como el Alfarero formando su barro. Es sólo así que entendemos ambos aspectos de nuestra vida humana. Nos volvemos al Rabí Ben Ezra y vemos el misterio desarrollado allí:

“Él te fijó en medio de esta danza
De circunstancia plástica,
Este Presente, tú, en verdad, querrías detener:
Maquinaria justamente diseñada
Para dar a tu alma su inclinación.
Probarte y transformarte, suficientemente impresionado”.

Cuando la rueda se mueve rápido, y la mano del Alfarero parece cruel sobre el barro, y la fricción está llena de calor terrible, comenzamos a entender algo de todo ello al darnos cuenta de que la mano del Alfarero es la mano de un Padre formando en disciplina paternal la vida de su hijo. “Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos”. [Hebreos 12:7]

Nuestros ideales

O piensa, en segundo lugar, cómo esta concepción de Dios inspira y rectifica los ideales de nuestras vidas. Fue esto lo que sugirió la idea a Jesús aquí. Él vio que no había absolutamente ninguna garantía de estándares correctos de vida en una mera fe teísta, y no los hay. No podemos confiar moralmente en el unitarismo si lo apartamos del contacto viviente con la tradición evangélica. Hay demasiado capricho subjetivo suelto en él, no hay suficiente anclaje firme e inexpugnable en las realidades objetivas de una revelación del carácter de Dios dada a conocer a nosotros en su divino Hijo. No tenemos ninguna garantía en absoluto de ideales morales justos y perfectos que no obtenemos de la exposición del carácter paternal de Dios en la persona de Jesucristo y de la unión personal con Dios en Él.

Como simple cuestión de hecho, los mejores ideales de nuestra vida todos los debemos a precisamente esa revelación. El ideal de pureza —los judíos nunca lo tuvieron. Tenían un ideal de limpieza ritual, pero no tenían ningún ideal cristiano de pureza moral. No puedes encontrar el ideal de pureza en ninguna parte del mundo donde la concepción de la revelación paterna de Dios en Cristo no haya ido. Explícalo como quieras, es un simple hecho de religión comparada. ¿Puede algún hombre encontrar el ideal completo de pureza moral en alguna parte de este mundo donde no haya sido creado por la revelación del carácter paternal de Dios en Cristo? Se lo debemos a eso, y no podemos estar seguros de su perpetuación excepto donde la convicción de esa gran revelación permanece en la fe del hombre.

O toma nuestro ideal de trabajo. ¿De dónde obtuvo Cristo su ideal de trabajo? “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. [Juan 5:17] ¿Sobre qué base descansó su reclamo sobre los hombres para trabajar? “Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña”. [Mateo 21:28] Nuestro ideal completo de la vida de un trabajador, de un hombre usando su vida a la plenitud de su poder en un servicio desinteresado es un ideal nacido de la revelación del carácter paternal de Dios en Cristo. Y el perdón es un ideal del mismo tipo. Debemos todos los ideales más altos y nobles de nuestra vida a esa revelación. Y nos parece algo menos que justo para un hombre tomar esos ideales y luego negar su origen, pisoteando las afirmaciones de aquel de quien esos ideales vinieron a nuestras vidas.

Endulza la obediencia

Y piensa cuán racional y dulce esta concepción de Dios hace la obediencia. Hay algo racional pero difícilmente dulce en el pensamiento de obediencia a Él bajo la simple concepción teísta. Toda la alegría de la obediencia viene cuando pienso en mí mismo como el hijo de mi Padre y enviado a hacer la voluntad de mi Padre. Nuestro Señor pensó en su vida precisamente así. “Simón”, dijo —esa última noche que Simón trató de defenderlo por la fuerza— “mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” [Juan 18:11] Obtenemos nuestros ideales de obediencia y la alegría y el deleite de la obediencia del pensamiento de que después de todo simplemente debemos obedecer a nuestro Padre. En el capítulo 14 del Evangelio de Juan, obtenemos una pequeña visión de lo que Cristo concibe que sea la dulzura y la ternura y la belleza que pueden venir a la vida de una aceptación real de esta revelación suya. “En aquel día”, dice, “vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. ... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”. [Juan 14:20-21, 23]

Recuerdo una entrevista que tuve hace algunos años en Asheville. Mientras nos sentábamos bajo los árboles, el hombre con quien estaba hablando me dijo que había tenido un hogar; estaba seguro de que era el hogar más dulce que podía encontrarse en todos los Estados del Sur; y ya no lo tenía más. El ojo que había marcado su llegada y se iluminaba cuando venía ya no lo esperaba más, y los bracitos que habían sido arrojados alrededor de su cuello, y que hacían de su regreso a casa por la tarde un verdadero sabor del cielo para él, ya no estaban allí para recibirlo, ni ninguna vocecita para llamarlo cuando llegaba. Y me dijo que cuando primero cayó ese gran eclipse sobre su vida le pareció que todo estaba terminado y que un hombre no estaba justificado en tratar de vivir más. Pero encontró aquí en este capítulo 14 de Juan estas grandes

seguridades de las cuales acabo de hablar, que había otro ojo que podía tomar el lugar de ese ojo que había esperado en los años que habían pasado, otros brazos que podían tomar el lugar de esos bracitos que ahora estaban ocupados con los otros niños alrededor del trono de Dios en el cielo. Había vuelto a su vida la ternura y —nota, ese también es un pensamiento que vino cuando Jesucristo reveló al Padre en sí mismo— había vuelto a su vida la ternura y la alegría y la gentileza que había conocido antes, simplemente porque ahora había llegado un poco más completamente a darse cuenta de lo que era que Jesucristo por su vida y enseñanzas había expuesto para la vida del hombre.

Valor y esperanza

¿Y qué nuevo valor y esperanza trae a la vida de un hombre! Me dices, “Hombre, tienes que ser como Dios”, y respondo, “Llévate tu blasfemia absurda lejos. ¿Ser como Dios?” Pero me dices, “Él es tu propio Padre, y tú eres su hijo. No te estamos pidiendo que te vuelvas como aquello a lo cual eres esencialmente diferente; simplemente te estamos pidiendo que te vuelvas como tu Padre. Es su propia naturaleza en ti la que Él desarrollará hasta restaurarla a su plena relación con Él de quien vino”. Nos hablas de esa manera acerca de nuestro deber como hombres en el mundo, y hace toda la diferencia entre la muerte y la vida para nosotros. Si Dios el Padre no se acercó a los hombres en Jesucristo, no sé qué voy a hacer; no sé dónde encontrar la ayuda que sé que necesito. En ninguna otra parte del mundo ha surgido ninguna voz para ofrecerla a los hombres. Pero si Dios se acercó a los hombres en Jesucristo y así garantizó nuestro propio parentesco con Él, puedo creer que puedo llegar a ser como aquel de quien soy hijo. Es sobre precisamente este fundamento que San Pablo hace su apelación: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”. [Efesios 5:1]

Relación con la vida de oración

3. Y, por último, piensa en LA LUZ QUE ESTA CONCEPCIÓN DE DIOS ARROJA SOBRE NUESTRA VIDA DE ORACIÓN. Sospecho que la oración ha sido simplemente una farsa para muchos de nosotros, o una cosa que hemos hecho porque otras personas nos dijeron que era lo que había que hacer. Nunca obtuvimos nada de ella; nunca significó nada para nosotros. Podríamos igual de bien haber hablado con paredes de piedra que orar de la manera que hemos orado. Salimos y dijimos, “Dios”, y podríamos igual de bien haber dicho, “colinas”, o “montañas”, o “árboles”, o cualquier otra cosa. ¿Por qué no hemos entrado en la escuela de Cristo y aprendido allí, tanto de su práctica como de su doctrina, qué es la oración real y cómo un hombre puede hacerla? No puedes encontrar una sola oración de Cristo dirigida a Dios, ni una; tampoco puedes encontrar una sola oración de Cristo en la cual Él siquiera mencione a Dios. El tercer versículo del capítulo 17 de Juan, que dice, “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”, [Juan 17:3] puede ser una excepción, pero encontrarás que Westcott, y otros de los mejores comentaristas del Nuevo Testamento, consideran esa frase como un paréntesis de Juan el Evangelista, y no parte de la gran oración de nuestro Señor.

Espero no ser malentendido. Sólo quiero decir que la concepción de Cristo de Dios y su práctica de oración no descansaron meramente en la interpretación teísta del universo y la naturaleza de su Creador en su majestad y omnipotencia. Descansaron en la concepción paterna que Él reveló en sí mismo. Sólo repasa en tu pensamiento sus oraciones: la oración que Él nos enseñó a orar, “Padre nuestro que estás en los cielos”; la oración que Él mismo ofreció cuando los discípulos de Juan el Bautista vinieron a Él: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó”. [Lucas 10:21] La oración que Él ofreció en el templo, cuando Felipe y Andrés vinieron a Él con el mensaje acerca de los griegos que buscaban verlo: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora”. [Juan 12:27] La oración que Él ofreció delante de la tumba de Lázaro, “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes”. [Juan 11:41-42] La oración que Él elevó en Getsemaní, “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad”. [Mateo 26:42] Y la última oración de todas,

cuando, como un niño pequeño cansado, se recostó en los brazos de su Padre y se durmió: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. [Lucas 23:46] Él nunca empujó a Dios hacia su omnipotencia; ni una sola vez en toda su vida de súplica puedes encontrarlo tratando con Dios de esta manera. Él nunca golpeó el corazón con el frío de los atributos divinos. Quizás estés recordando, tal vez, ese clamor suyo desde la cruz, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” [Marcos 15:34] —una cita de uno de los Salmos y un grito de victoria. Creo que podría demostrarse que fue un grito de victoria y no un clamor de aislamiento; pero eso solo sería tu excepción. Todas las otras veces fue, “Padre”, “mi Padre”, “Padre santo”, “Padre justo” —a veces, podemos creer, en la intimidad silenciosa de su conciencia secreta, “mi querido Padre”. Qué realidad da esta concepción de la oración a ella. No estamos orando a ningún dios teísta frío solamente; estamos orando a nuestro Padre hecho real para nosotros, cálido con la calidez de una gran ternura por nosotros, viviendo con una gran conciencia de todo nuestro sufrimiento humano y lucha y conflicto y necesidad.

Hace a la oración, por una cosa, una cosa racional. Puedo ir a mi Padre y pedirle las cosas que necesito. Hay un pasaje exquisito en los diarios de Andrew Bonar en el cual habla de estar sentado un día en su estudio y mirando por su ventana y viendo a dos de sus hijos pasar por los campos. Dijo que cuando vio a esos pequeños niños haciendo su camino a través de los campos, el amor en su corazón lo venció, y empujó sus libros lejos de él sobre la mesa, y fue a la puerta y llamó a través del campo a ellos, y vinieron corriendo con entusiasmo en respuesta al llamado amoroso de su padre. Y cuando habían venido, y él los había acariciado, dijo que le dio a cada uno de ellos algo simplemente porque el éxtasis de su amor paternal hizo imposible que no hiciera algo entonces para esos dos niños que eran tan queridos para su corazón. ¿Supones que Dios es un tipo inferior de padre? ¿Supones que hay impulsos en nosotros hacia nuestros hijos, o en nuestros padres hacia nosotros, que no son simplemente la sugerencia tenue y descolorida de impulsos más nobles y divinos del corazón paternal de Dios? La oración en el sentido de súplica por cosas reales se convierte en una realidad racional para los hombres que creen en Dios en Jesucristo.

Comunión

¿Y cuán dulce hace la oración en el sentido de comunión viviente! ¿Supones que somos caracteres más nobles que ese gran Padre según quien estas paternidades humanas nuestras son nombradas? ¿Supones que si es dulce para nosotros tener a nuestros pequeños niños viniendo arrastrándose a nosotros en la oscuridad, no es dulce para nuestro Padre celestial aquí, en todas partes, tener a los hombres, sus hijos, viniendo a hurtadillas a su lado y su amor? Esta no es una manera excesiva de ponerlo. ¿No nos está garantizado por esas palabras que nuestro Señor habló esa mañana de Pascua cuando estaba allí junto a su tumba abierta, y la mujer que lo adoraba estaba a punto de agarrar sus pies, “María, ve y di a mis discípulos que subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”? [Juan 20:17] Sí, esa es la manera correcta de ponerlo hoy. Ningún Dios para nosotros, en ninguna parte a través de todo el universo un Dios real y satisfactorio para nosotros, excepto el Dios que es descubierto para nosotros en Jesucristo, y que nos está llamando hoy por los labios de Cristo, “Hijo mío, oh hijo mío”, y que querría que le llamemos de vuelta, si somos hombres verdaderos, “Padre mío, oh Padre mío”.

Capítulo 18 El Testimonio de la Experiencia Cristiana

Por el presidente [del Seminario Teológico Bautista del Sur] E. Y. Mullins, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Louisville, Kentucky, EE. UU.

La experiencia humana es el único dato de toda filosofía y toda ciencia. La experiencia del individuo y de la raza es el grano que se vierte en todos los molinos científicos y filosóficos. Por lo tanto, la experiencia cristiana como una forma distinta de experiencia humana debería recibir más atención de la que jamás ha recibido antes.

El profesor Bowne ha enfatizado el hecho de que, cualquiera que sea su filosofía, su experiencia es la misma. Usted puede llamar a las cosas por los nombres que desee y eso no afectará la experiencia. La Ciencia Cristiana dice que todo es mente; que un adoquín, por ejemplo, es simplemente una idea y no un pedazo real de materia. Supongamos que alguien lo arroja y le golpea la cabeza y lo envía a buscar alivio. Entonces usted tiene una experiencia en el reino de lo ideal. Tiene una piedra ideal, golpeando una cabeza ideal, y levantando un chichón ideal y produciendo un mareo y dolor ideales, y requiriendo la aplicación de un linimento ideal, que produce una cura ideal, y le brinda una satisfacción y paz mental ideales. Pero todo esto no altera en lo más mínimo la experiencia misma. Y si usted fuera a construir un sistema filosófico sobre el principio deducido del contacto repentino de adoquines con cráneos humanos, se vería obligado a tomar esta experiencia humana concreta para empezar.

La filosofía de John Jasper

La ciencia y la filosofía están comenzando a reconocer el valor probatorio de la experiencia cristiana, aunque son muy lentas al respecto y muy reacias al respecto incluso todavía, aparentemente porque no es tan obvia para los sentidos como los hechos del mundo físico. El mundo se ha reído mucho tiempo del hermano John Jasper, quien sostiene que el “sol se mueve” alrededor de la tierra porque lo ve a un lado de su casa por la mañana y al otro lado por la noche. Pero sabemos que hay un sistema y un conjunto de movimientos en el fondo más comprensivos y maravillosos de lo que el sol naciente y poniente por sí solo puede explicar. Ahora bien, negarse a aceptar el testimonio de la experiencia cristiana porque yace en un reino detrás de la experiencia sensorial es adoptar la actitud de John Jasper hacia la verdad. La ciencia y la filosofía han sido culpables de esto en mayor o menor medida. Han estado siguiendo el sistema ptolemaico de la verdad con el hermano Jasper en lugar del copernicano con la astronomía moderna.

Radio religioso

Nadie duda ahora de la existencia del radio, y sin embargo, como dice alguien, ha estado “bombardeando” el universo durante eones y bajo las mismas narices de la ciencia, y sin embargo, solo se descubrió ayer y ya amenaza con revolucionar la ciencia. Ahora bien, la experiencia religiosa es el radio del universo espiritual, que solo necesita ser descubierto para revolucionar el pensamiento de cualquier hombre en cuanto a la vida y el destino. La experiencia cristiana, la experiencia de la regeneración y la conversión, de la transformación moral a través de agencias cristianas, tiene valor probatorio en varias direcciones.

Experiencia y filosofía

I. Es el eslabón suplementario para completar la filosofía. La filosofía es el hombre alcanzando hacia Dios. La experiencia cristiana es el efecto de Dios alcanzando hacia el hombre.

La filosofía parece estar siempre a punto de descubrir el secreto del universo, pero nunca logra hacerlo. Pensamos hace un tiempo que el idealismo había llegado al Reino para salvarnos de la ciencia materialista, e hizo un buen servicio. Pero el idealismo se ha vuelto tan abstracto e impersonal que no se puede distinguir del naturalismo. Estas dos filosofías todavía están debatiendo y disputando, pero sus diferencias son principalmente imaginarias. La disputa recuerda la respuesta del estadounidense inculto que había viajado al extranjero. Estaba diciendo que había visitado el Matterhorn y el Jungfrau, y el lago de Ginebra y el lago Lemán. “Pero”, intervino un amigo, “el lago de Ginebra y el lago Lemán son sinónimos”. “Oh, yo sé eso, pero el lago de Ginebra es mucho más sinónimo que el lago Lemán”, respondió. El idealismo en su forma abstracta es quizás solo un poco más “sinónimo” que el naturalismo, eso es todo.

El secreto del fracaso de la filosofía

Ahora bien, ¿por qué es que la filosofía parece gastar tanto trabajo para nada? Para mí es claro que la razón por la que parece trabajar tanto tiempo sin resultados satisfactorios es que se niega a considerar toda la experiencia humana, incluida la religiosa. Divide la experiencia en pequeños pedazos y busca entre los pedazos algún principio abstracto único que explique todo el resto. Es muy parecido a si uno fuera a intentar explicar el océano y todo su contenido, su variedad y maravillosa abundancia de vida, y en lugar de buscar en sus profundidades, tomara un solo pez y le quitara una sola escama, y sobre esa escama como fundamento construyera su teoría del océano y su contenido; ¿cuán preciso supone usted que sería su relato? Y sin embargo, esto es análogo a lo que han hecho los filósofos. Spinoza quitó del mundo de la experiencia y del ser la idea de sustancia, y construyó un sistema panteísta sobre esa escama. Hegel quitó la concepción de la razón o la idea y levantó un vasto sistema idealista sobre eso. Schopenhauer quitó la concepción de la voluntad y levantó su sistema pesimista de filosofía sobre eso. Haeckel ha quitado la concepción de la materia y construye su sistema materialista sobre eso. Otro toma el movimiento o la energía y la fuerza, y así sucesivamente, casi había dicho *ad infinitum*.

El resultado del proceso es que los filósofos se alejan claramente de la vida y la experiencia humanas. Fijan su mirada en la fotografía de una imagen tenue y lejana de la realidad y se absorben en una excesiva contemplación de las estrellas, escalada de acantilados metafísicos y soplado de pompas de jabón trascendentales. Son como el malabarista indio que colgó su escalera en el aire delgado sin tocar el suelo abajo, saltó sobre ella, trepó fuera de la vista, tiró de la escalera tras de sí y desapareció en las nubes.

El remedio

Todo esto no debería desacreditar a la filosofía, sino enseñarle una lección. Los hombres fracasan en encontrar el secreto del mundo hasta que Dios y el trato de Dios con los hombres son considerados. El Dr. Ashmore cuenta de unos hombres en una balsa flotando río abajo por el río Misisipi que se detuvieron para cenar una noche, y su flotador siguió, pero regresó después de un rato al mismo lugar o a uno similar. Hicieron esto varias veces hasta que descubrieron que estaban atrapados en un remolino de vastas dimensiones y estaban siendo arrastrados en un círculo de regreso repetidamente al punto de partida. Así se ha movido la filosofía en un círculo, con estaciones a lo largo de la ruta pero nunca capaz de escapar del movimiento circular del pensamiento humano. Hay una manera para que la filosofía escape de su situación y encuentre la corriente en el seno del río del pensamiento que la llevará a su destino. Esa corriente es la experiencia religiosa donde el pensamiento del hombre que se eleva hacia arriba se encuentra con la revelación y el amor descendentes de Dios. Cuando esta corriente de pensamiento se alcanza una vez, amanecerá un nuevo día para la filosofía y dentro de poco los filósofos verán el destello en las puertas de perlas y el brillo de los muros de jaspe de la ciudad de Dios, a donde quisieran encontrar el camino.

La clave de todas las filosofías

La experiencia cristiana toma todas las abstracciones de la filosofía y las recombina y nos da la concepción de la Paternidad de Dios. La sustancia única del Monismo regresa como la única persona detrás del mundo. La idea única de Hegel regresa como el pensamiento y el plan del amor eterno. La energía única de aquellos que glorifican la fuerza y el cambio regresa como la voluntad benéfica del Santo y amoroso Padre. El plan y el progreso de la naturaleza y el curso moral del mundo regresan como el diseño infinito y eterno del Santo y Amoroso. Así, cuando en nuestros corazones podemos decir y saber lo que queremos decir cuando lo decimos, la palabra “Abba” Padre, sostenemos en nuestras manos la clave de todas las filosofías que permanecen en un estado de equilibrio inestable hasta que encontramos esta llave. Toda la filosofía se resume así como en las palabras del Dr. Fairbairn: “Dios es el Padre, eterno en su amor. El amor fue el fin para el cual Él hizo el mundo, para el cual hizo cada alma humana. Su gloria es difundir felicidad, llenar los lugares silenciosos del universo con voces que hablan desde corazones alegres. Porque Él hizo al hombre para el amor, no puede soportar que el hombre se pierda. En lugar de ver la pérdida, Él sufrirá sacrificio. En el lugar que llamamos infierno, el amor es tan real como en el lugar que llamamos cielo, aunque en un lugar es la complacencia del placer en lo santo y lo feliz que parece como el brillo de la luz del sol eterna o la música alegre de las olas que rompen en risa perenne, pero en el otro es la compasión de la piedad por el malo y el miserable que parece como un rostro sombreado con arrepentimiento eterno o el llanto ahogado de un dolor demasiado profundo para ser escuchado”. Y podemos agregar, no puede fallar en convertirse en la única generalización lo suficientemente grande y amplia para incluir todos los datos de la vida y la historia y de la ciencia y la filosofía.

Afirmaciones únicas del cristianismo

II. En segundo lugar, la experiencia cristiana arroja luz sobre todas las afirmaciones únicas del cristianismo.

El profesor James, usted sabe, y otros observadores científicos conceden que la experiencia religiosa es un testigo de lo sobrenatural; solo que él se niega a admitir que Cristo es el autor de ella, y no concede las otras afirmaciones cristianas únicas. El intento es encontrar un denominador común, por así decirlo, entre el cristianismo y otras religiones y mostrar que todas son esencialmente iguales y que las ideas cristianas distintivas son creencias añadidas. Pero estos hombres no han pensado a fondo el problema de la experiencia cristiana, en particular son tímidos al enfrentar la afirmación real de Cristo y su relación con todo ello.

El lugar de Cristo en la experiencia cristiana es el asunto supremo. Todas las otras afirmaciones cristianas van con esto.

La deidad de Cristo probada

Ahora bien, el hombre espiritualmente regenerado y moralmente transformado prueba la deidad de Cristo, prueba su presencia en la experiencia religiosa por las siguientes razones:

a. Primero que nada porque ningún hombre tiene recursos morales para transformarse a sí mismo. El mito indio de que el Creador primero puso el huevo mundial y luego se incubó a sí mismo fuera de él difícilmente proporcionará una explicación de la vida regenerada. La ley de la gravitación moral en la vida de un hombre no se invierte repentinamente más de lo que lo hace la ley de la gravitación física. Cuando las manzanas comiencen a caer hacia las nubes y las cataratas del Niágara se conviertan en un salto del Niágara hacia arriba, entonces podemos esperar que los hombres sean cambiados repentinamente de asesinos en santos. Usted no puede hacer malabarismos con los elementos inmorales de la naturaleza de un pecador hacia los elementos morales de un santo más de lo que puede combinar el ácido de un limón verde y una manzana verde y una toronja verde y obtener el sabor de un caramelo. Usted no puede combinar sombras morales mediante ningún tipo de manipulación y producir luz solar moral.

b. La vida moralmente transformada prueba la deidad de Cristo también porque cuando el pecador se vuelve a Cristo obtiene la respuesta. Cristo lo invita y él responde. Él llama y Cristo contesta. Él llama a Mahoma y Mahoma no viene; él llama a Confucio y Confucio no viene; él llama a Buda y Buda no viene; él llama a Cristo y Cristo viene. Todo el proceso es tan simple como eso. En su vida exterior también una nueva fuerza comienza a obrar un nuevo diseño, una nueva labor trabajando hacia un fin. Pero especialmente en el interior hay Otro, uno con quien hay comunión, a quien se vuelve apasionadamente devoto, cuya presencia es felicidad y cuya ausencia es dolor, quien puede cantar con pleno significado: “Cuán tediosas y sin sabor las horas, cuando a Jesús ya no veo”, etc.

El milagro de la experiencia

Así Cristo actúa sobre el alma en la experiencia como Dios y manifiesta todo el poder de Dios.

Tal vida prueba la afirmación de Cristo nuevamente porque las dificultades intelectuales mueren a la luz de esta experiencia. Los misterios no están todos resueltos. Pero las dificultades dejan de ser relevantes.

Los milagros no le preocupan ahora, porque tiene una muestra del poder de obrar milagros en su propia alma. El argumento de Hume de que los milagros no pueden ser verdaderos porque son contrarios a la experiencia se invierte exactamente y el cristiano dice que los milagros son verdaderos porque concuerdan precisamente con su experiencia.

Él no puede explicar en última instancia por qué la gloria de la mañana se abre bajo la luz del sol y se cierra bajo la oscuridad más de lo que podía antes. Tampoco puede explicar la vida y el espíritu. Él tiene lo que es mejor que la explicación de la vida, la vida misma.

En particular tiene refuerzo moral. Esta es la prueba final de cualquier religión, ¿qué puede hacer con un hombre malo? Ninguna de ellas puede competir con Cristo en este respecto. Mire a Pedro y a Saulo de Tarso, y a Agustín, y a Juan Bunyan, y a George Müller, y a S. H. Hadley y a miles de otros. Un sentido de poder moral viene con la experiencia cristiana. Las alturas morales se elevan hasta los mismos cielos, pero ya no parecen imposibles. El espíritu de un corredor fuerte entra en un hombre, el espíritu y el sentido de conquista y la transformación moral siguen. No hay una gracia o virtud que Cristo no pueda y no haya producido en el carácter humano, no todas al mismo tiempo o en la misma persona, pero todas han sido producidas.

Cristo una finalidad

De esta manera Cristo se vuelve definitivo para el hombre, definitivo para su razón, definitivo para su conciencia, definitivo para su voluntad, definitivo para su intelecto y sobre todo, definitivo para su fe, su esperanza y su amor, su aspiración. Nada superior puede ser concebido. Él ahora entiende por qué todos los credos de la cristiandad tienen a Cristo como su centro. Se convierte en juez y crítico de otros sistemas religiosos distintos al cristiano discerniendo que su ineficacia se debe a su falta de Cristo. Entiende el poder perenne y notable de las Escrituras sobre el corazón humano como el poder de Cristo. Diez mil otros testigos y confesores a su alrededor y una larga línea de ellos corriendo hacia atrás hasta Cristo confirman su experiencia y crean así una comunidad espiritual cuyas partes se apoyan mutuamente.

Por supuesto, esta experiencia es convincente para el hombre que la tiene y debería serlo para el observador externo. Para este último se presenta un nuevo cosmos espiritual, un gran sistema con leyes y fuerzas análogas al cosmos físico. No hay aquí planetas girando alrededor de un sol, sino que hay almas redimidas por millones girando alrededor de un Salvador. No hay una ley de gravitación física actuando entre cuerpos directamente como la masa e inversamente como el cuadrado de la distancia, sino que hay un Reino de personas cuya ley de gravitación es el amor. No hay una ley física de la transformación de la energía

impregnando el cosmos espiritual, sino que hay la ley de la transfiguración del carácter, según la cual “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen”.

Cristo la clave

Cristo es la única clave para esta experiencia. El Sr. James, buscando desacreditar cierto tipo de razonamiento a partir del diseño, dice que si arrojas un puñado de frijoles sobre una mesa puedes, manipulando los frijoles, hacer cualquier tipo de figura que tu propio diseño desee producir, y así con los argumentos del diseño en la naturaleza, dice él. Pero no logra declarar que lo contrario es cierto. Puedes manipular los frijoles para destruir una figura o diseño ya presente. Cristo es la figura vista en la experiencia religiosa, en la historia cristiana, en los credos de la cristiandad, en la Biblia. No puedes deshacerte de esa figura excepto manipulando los frijoles con un propósito destructivo.

Pragmatismo cristiano

III. En tercer lugar, la experiencia cristiana transfiere todo el problema de las evidencias cristianas a la esfera de la vida práctica.

En esta fase de ella, el cristianismo tiene un punto de contacto con la nueva filosofía del Pragmatismo. La filosofía pragmática dice que la pregunta última para cada hombre es: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”, y que la tarea última de la filosofía no es resolver el enigma insoluble del universo sino salvar a los hombres del pesimismo. Ahora bien, el Pesimismo, dice el pragmatista, es solo uno de los dos modos posibles de reaccionar ante o interpretar la experiencia total de la vida. El optimista ve motivo para la esperanza, el pesimista no. El niño a quien se le preguntó mientras pescaba cuántos peces había atrapado, ejemplifica al optimista. No dispuesto a confesar el fracaso, respondió: “Cuando atrape este que busco y dos más, tendré tres”. Como intérprete de la experiencia era un experto y soportaría las pruebas más inquisitivas de la filosofía pragmática; era una instancia de un propósito para “crear realidad”.

Ahora bien, el método cristiano en todo momento es el método práctico de responder a la pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Su respuesta está en la experiencia cristiana. Dice a cada hombre: Puedes probar la realidad y el poder de Cristo prácticamente. Dice a cada hombre: Tienes un “punto de visión” en tu alma que Dios da y que reconocerá a Cristo, si te sometes a Él, tal como la filosofía nos dice que todos tenemos un punto ciego y que si nos enfocamos bien no podemos ver una marca negra en una tarjeta blanca con los ojos abiertos, y la tarjeta frente a nosotros.

El cristianismo no dice renuncia a la razón sino solo renuncia a tus dificultades especulativas en el interés de tu bienestar moral.

El Evangelio es práctico en sus métodos. El hombre ciego de nacimiento no tuvo que aceptar ninguna teoría de Cristo, Dios o el universo, ni Monismo ni Idealismo, ni ninguna forma especial de teísmo. Solo se requirió una cosa. Dice Cristo: “Déjame ungir tus ojos con lodo y ve a lavarte en el estanque de Siloé”. Esto hizo. Su fe funcionó. Creció con el ejercicio. Lo acribillaron con preguntas y él dijo: “Aquel hombre que se llama Jesús me sanó”. Más tarde: “Era un hombre bueno”. Más tarde: “Que es profeta”. Y finalmente: “Le adoró”. Se elevó de fe en fe bajo la guía e inspiración de Cristo y esta es la experiencia de todos los que ponen su confianza en Él.

Capítulo 19 El Cristianismo No Es Una Fábula

Por el Rev. Thomas Whitelaw, Maestro en Artes, Doctor en Teología
Kilmarnock, Escocia

I. La primera señal de la veracidad del cristianismo se encuentra en

Su Excelencia Suprema

como un sistema religioso. La belleza inigualable y el encanto irresistible de su concepción, y el carácter único de los medios por los cuales busca llevar a cabo sus propósitos, no son reconciliables con la noción de fábula.

Sin embargo, si a pesar de esto, el cristianismo es una fábula, entonces es la fábula más divina jamás vestida en lenguaje humano. Nada como ello puede encontrarse en la literatura del mundo. Pablo solo habló la pura verdad cuando declaró que cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre son las cosas que Dios había revelado a los hombres en el Evangelio.

No De Origen Humano

1. La concepción misma del evangelio como un esquema para rescatar a un mundo perdido de la culpa y el poder del pecado, para transformar a los hombres en siervos de justicia, seguidores de Cristo, e hijos de Dios, cada uno asemejándose a Él y participando de su naturaleza, y para eventualmente elevarlos a un estado de santa y bendita inmortalidad como aquella en la que Él mismo mora—esa concepción nunca tuvo su origen en los cerebros de un fabricante de fábulas humano, y menos aún en el de un astuto sacerdote o engañador político—no, ni siquiera en el del mejor y más brillantemente dotado pensador, poeta, profeta o filósofo que jamás haya vivido. Los hombres no escriben novelas y componen ficciones con el fin de redimir a sus semejantes de la culpa y el pecado, para consolarlos y apoyarlos en la muerte, y para prepararlos para la inmortalidad. Incluso aquellos que consideran que el cristianismo se basa en delirios y engaños no afirman que el objeto de sus instructores fuera algo tan elevado y espiritual, sino más bien que sus fabricantes buscaron con ello enriquecerse imponiéndose sobre sus crédulos semejantes, cegándolos a la verdad al poner ante ellos ficciones como si fueran hechos, asustándolos con terrores fantasmales y asegurando así un dominio sobre sus servicios o sus medios. La última sensación provista por la especulación alemana en cuanto al origen del cristianismo es que fue fabricado en Roma en la época de Trajano, es decir, alrededor del comienzo del segundo siglo, con el fin de ayudar en un gran movimiento de liberación entre el proletariado de esclavos judíos contra sus amos tiránicos, y que de hecho fue un compuesto imaginario de socialismo romano, filosofía griega y mesianismo judío. Ninguno de estos, sin embargo, es el relato proporcionado por el cristianismo mismo en sus documentos acreditados, de su objetivo, el cual, como ya se ha dicho, es librar a los hombres del pecado y de la muerte. La grandeza misma de este objetivo prueba que el cristianismo no ha emanado de la mente del hombre, sino que debe haber procedido del corazón de Dios. Y se puede sostener con seguridad que la sabiduría y el amor infinitos no hacen uso de fábulas y engaños, leyendas y ficciones para promover sus propósitos y realizar sus objetivos.

2. Si, además, se consideran los detalles del esquema cristiano, es decir, los medios particulares por los cuales propone efectuar su objetivo, aparecerá además que la idea de ficción y fábula debe ser dejada de lado y la de realidad y verdad puesta en su lugar. No se cuestionará seriamente que los detalles del esquema cristiano son sustancialmente y brevemente estos: (1) que Dios en amor infinito y por pura gracia, desde la eternidad se propuso proveer salvación para la raza caída del hombre; (2) que para llevar a cabo ese propósito envió a su propio Hijo, unigénito y amado, el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, a este mundo en semejanza de carne de pecado, para morir por los pecados de los hombres, rindiendo así satisfacción por los mismos, y para resucitar de entre los muertos, mostrando así que Dios

había aceptado el sacrificio y podía sobre la base de ello ser justo, y el que justifica al impío, así como sacar a luz la vida y la inmortalidad; y (3) que sobre la base de esta obra expiatoria la Salvación se ofrece a todos bajo la única condición de la fe. Siendo esto así, ¿puede alguien por un momento creer que falsificadores y fabricantes de fábulas hubieran o podrían haber inventado un relato tan divino? Toda la experiencia certifica lo contrario.

Siempre que los hombres han intentado construir esquemas de salvación, no han buscado el origen de estos esquemas en Dios sino en sí mismos. Los esquemas humanos siempre han sido planes mediante los cuales los hombres pudieran ser capaces de salvarse a sí mismos, con tal salvación como han supuesto que necesitan—no siempre una salvación del pecado y la muerte; más frecuentemente una salvación de la pobreza material, la incomodidad corporal, la ignorancia mental y generalmente necesidades temporales. Tampoco han soñado jamás con una salvación que viniera a ellos a través de la mediación de otro, y ciertamente no de Dios mismo en la persona de su Hijo; sino siempre de una salvación a través de sus propios esfuerzos. Nunca de una salvación por gracia por medio de la fe y por tanto gratuita; sino siempre de una salvación por obras y por mérito y por tanto como una deuda—una Salvación por formas externas y ritos mágicos, o por educación y cultura.

¿Quién Lo Inventó?

3. Entonces, se puede añadir: Si el esquema cristiano es una fábula, ¿quién inventó la idea de una encarnación? Porque para las mentes judías, en todo caso, tal idea era extraña, estando prohibida por su fuerte monoteísmo. ¿Quién armó la imagen de Jesús tal como aparece en los Evangelios? ¿Quién concibió la noción de hacerlo un hombre sin pecado, y hacerlo tan exitosamente que todas las generaciones posteriores de observadores, con pocas excepciones a lo sumo, lo han considerado como sin pecado? Sin embargo, un hombre sin pecado nunca se había visto antes ni se ha contemplado desde su aparición. ¿Quién proveyó a este Jesús con el poder sobrehumano que realizó obras solo posibles para Dios, y con la sabiduría sobrehumana que cayó de sus labios, si tal sabiduría nunca fue hablada sino solo imaginada? Se admite universalmente que el poder y la sabiduría de Jesús nunca han sido superados ni siquiera igualados. ¿De quién fue el genio audaz que ideó la noción no meramente de hacer expiación por el pecado, sino de hacer esto mediante Cristo dando su vida en rescate por muchos y demostrando su realidad a través de su resurrección de entre los muertos? Estas concepciones eran tan increíbles para sus seguidores al principio y han sido tan inaceptables para el hombre natural desde entonces que es difícil creer que algún fabricante de fábulas las hubiera seleccionado para su obra, aun si se le hubieran ocurrido. ¿Y quién sugirió la doctrina de una resurrección general al final de los tiempos?—una doctrina a la cual la ciencia o filosofía humana sin ayuda nunca ha sido capaz de llegar.

El razonador imparcial debe percibir que en todos estos temas no estamos tratando con pensamientos puramente humanos sino con pensamientos que son divinos y que es ocioso hablar de ellos como fabulosos o falsos. “Dios no es hombre, para que mienta”. Él no es ni un tirano para que busque oprimir a los hombres, ni un falso sacerdote para que quiera engañar a los hombres, ni un escritor de novelas para que estudie divertir a los hombres, sino un Padre cuyo interés más querido es salvar a los hombres, quien es luz y no hay ningunas tinieblas en él, y cuyas palabras son como Él mismo, el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

II. La segunda señal de la veracidad del Esquema Cristiano es

Su Perfecta Adaptación al fin para el cual fue diseñado.

1. Asumiendo por el momento que el sistema cristiano es enteramente un producto de la mente humana, o una pura fabricación, la cuestión a considerar es, si es del todo probable que respondería perfectamente al fin para el cual fue intencionado. Si ese fin era engañar a los hombres para esclavizarlos y degradarlos, entonces sus inventores se han burlado señaladamente de sí mismos; porque tan pronto como un hombre

acepta el cristianismo encuentra que si es engañado con ello, es un engaño bendito que hace imposible mantenerlo en sujeción o degradación, dado que ilumina su entendimiento, purifica su corazón, limpia su imaginación, aviva su conciencia, fortalece su voluntad y ennoblece toda su naturaleza. “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”, dijo Cristo. Por otro lado, si su fin era hacer esta misma cosa, entonces indudablemente su fin ha sido alcanzado; pero el mero hecho de que ha sido alcanzado muestra que el esquema no ha procedido de la mente humana como una obra de ficción, sino del corazón de Dios como una Escritura de verdad.

2. Si hay una cosa más característica de las obras del hombre que otra, es la imperfección. Magníficos como han sido algunos de los inventos del hombre, pocos de ellos están absolutamente libres de defectos, y aquellos que son más libres han sido llevados a su estado presente de excelencia solo por etapas lentas y cortas y después de repetidas modificaciones y mejoras—testigo de ello la imprenta, la máquina de vapor, la telegrafía, la energía eléctrica y la iluminación, instrumentos musicales, aviones, etc. Y lo que es más, por perfecto que cualquier invento humano pueda parecer en el momento presente, no hay garantía de que no sea con el tiempo reemplazado por algo más adaptado al fin que tiene en vista.

El caso, sin embargo, es diferente con las obras de Dios que, como Él mismo, son todas perfectas; y si resulta en el examen que el sistema cristiano está perfectamente adaptado al fin que tiene en vista, a saber, la salvación, y nunca ha necesitado ser cambiado, modificado o mejorado, entonces la inferencia será inevitable de que es obra de Dios y no del hombre, y como consecuencia no una ficción sino un hecho, no fábula sino verdad.

Soy consciente de que en el momento presente hay quienes declaran que el cristianismo está agotado, que ha servido su día, que ha perdido su dominio sobre las mentes de los hombres y requerirá dar lugar a alguna otra panacea para los males de la vida. Pero en su mayor parte ese es el grito de aquellos que no han probado el cristianismo ellos mismos y difícilmente entienden lo que significa. Y en cualquier caso ningún sustituto efectivo para el cristianismo ha sido jamás presentado por sus oponentes o críticos. Tampoco ha sido exitoso ningún intento de modificar o mejorar el cristianismo como un sistema de doctrina religiosa. Quizás uno de los esfuerzos más extenuantes en esta dirección ha sido el de la llamada teología liberal (alias racionalista) que busca despojar al cristianismo de todos sus elementos sobrenaturales, y en particular de su Jesús divino-humano reduciéndolo a las dimensiones de un hombre ordinario—en cuyo caso es obvio, toda la superestructura del cristianismo caería al suelo. Sin embargo, un colaborador del *Hibbert Journal* (Ene. 1910) que él mismo no acepta el cristianismo ortodoxo escribe sobre “El Colapso del Cristianismo Liberal”, y francamente confiesa que “el Jesús simple del cristianismo liberal no puede ser encontrado”, lo cual equivale a una admisión de que la imagen de Jesús en los Evangelios como un hombre divino, un Cristo sobrenatural, no es ficción sino una verdad sublime.

3. Un examen detallado del esquema cristiano muestra que medios mejor ajustados para asegurar sus fines no podrían haber sido ideados.

a. No se negará que parte del objetivo del cristianismo es restaurar a la humanidad en general y a los individuos en particular al favor y la comunión de Dios, de los cuales han sido echados por el pecado. Si la Biblia tiene razón en su explicación del origen del pecado no necesita ser argumentado ahora. La observación común así como la conciencia individual testifica del hecho del pecado; y la condición desastrosa de la raza inducida por el pecado el cristianismo propone remediar—no diciendo a los hombres que el pecado es solo una ficción de la imaginación (lo cual los hombres saben mejor que creer); o, si una realidad, un asunto tan insignificante que Dios lo pasará por alto (lo cual los hombres en sus mejores momentos dudan); y ciertamente no pidiendo a los hombres que se salven a sí mismos (lo cual pronto descubren que no pueden hacer); sino primero exponiendo el pecado en toda su repugnancia moral y culpabilidad legal, y luego anunciando que Dios mismo había provisto un cordero para holocausto, incluso

su propio Hijo, sobre quien Él ha cargado el pecado de todos nosotros, y que ahora Él estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados.

b. Una segunda cosa propuesta por el cristianismo es hacer a los hombres santos, liberarlos del amor y la práctica del pecado, conformarlos en el amor y la práctica de la verdad y la justicia; y esto busca hacerlo dando al hombre un nuevo corazón y un espíritu recto, cambiando su naturaleza, implantando en ella principios santos y poniéndola bajo el gobierno del espíritu divino y eterno.

Que los medios son adecuados ha sido probado por la experiencia de los pasados diecinueve siglos, en los cuales millones de almas humanas han sido trasladadas de las tinieblas a la luz y vueltas del servicio de Satanás al servicio del Dios Vivo. Y lo que es más, otros métodos han sido probados sin efectuar ninguna transformación permanente ni de corazones ni de vidas. Encantamientos mágicos, pantomimas sin sentido, ceremonias laboriosas, penitencias dolorosas, legislaciones, educación, filantropía, han sido recurridos a su vez, pero en vano. Nunca una sola vez el método del Evangelio ha sido probado imparcialmente y demostrado ineficiente.

c. Una tercera cosa que el cristianismo se compromete a hacer, es conferir a aquellos que lo aceptan una inmortalidad bendita—sostenerlos cuando lleguen a morir, alegrarlos con la perspectiva de una existencia feliz mientras sus cuerpos están en la tumba, traer esos cuerpos fuera de nuevo y al final otorgar a su personalidad entera una vida gloriosa sin fin bajo cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Y el cristianismo hace esto asegurando primero a sus adherentes un título a la vida eterna a través de la obediencia hasta la muerte de Cristo, luego haciéndolos aptos para la herencia a través de la morada y operación del espíritu de Cristo, entonces abriendo para ellos las puertas de la inmortalidad a través de la resurrección de Cristo, y finalmente por la venida de Cristo por ellos al final de la era.

Ahora bien, ¿puede pensarse en algo más completo como un esquema de salvación? ¿Hay alguna parte de él que no esté exactamente ajustada a su lugar y adecuada a su fin? Tan lejos está esto de ser el caso que ni un solo clavo puede ser removido del edificio sin traer abajo toda la superestructura. Abstraiga del cristianismo la encarnación, o la expiación, o la resurrección, o la exaltación, o la venida futura, y su armazón queda destrozado. Quite el perdón o la pureza o la paz o la filiación o el cielo, y su valor como sistema de religión se ha ido. Pero estas no son afirmaciones que valgan para fábulas y ficciones, mitos y leyendas, los cuales podrían todos ser manipulados, quitados o añadidos, sin poner en peligro su valor. Por tanto, es justo argumentar, que un esquema tan admirablemente ajustado en todas sus partes, tan completo en sus provisiones y tan exquisitamente adaptado a su diseño, solo podría haber emanado de la mente de aquel que es admirable en consejo y magnífico en sabiduría, quien es el verdadero Dios, y la vida eterna.

III. La tercera señal de la veracidad del sistema cristiano es su conspicuo éxito en efectuar el fin para el cual fue diseñado.

Si el cristianismo hubiera sido una imaginación sin fundamento, o una leyenda supersticiosa, ¿hay razón para suponer que hubiera vivido tanto tiempo o que hubiera logrado las maravillas que ha hecho durante los pasados diecinueve siglos—ya sea sobre individuos o sobre el mundo en general? Es cierto que la mera duración del tiempo en que una religión ha prevalecido cuando se considera por sí misma, no es garantía suficiente de la verdad de esa religión, de lo contrario el budismo poseería un certificado de veracidad más alto que el cristianismo; pero cuando se ve en conexión con los resultados beneficiosos en elevar a la humanidad, tanto individual como colectivamente, que han seguido a una religión, la duración del tiempo durante el cual ha continuado no es un testimonio pequeño de su verdad. Aun así, los efectos prácticos de una religión sobre los individuos y sobre el mundo en general, como se ha dicho, forman un argumento a su favor que no puede ser dejado de lado fácilmente.

1. En cuanto al INDIVIDUO. Si los hechos sobre los cuales se basa el cristianismo hubieran sido puramente ficticios, si la historia de la encarnación, muerte y resurrección de Jesús hubiera sido solo una leyenda, y si la promesa de perdón, pureza y paz, de vida eterna y gloria que el cristianismo ofrece a los hombres hubiera sido un engaño en lugar de una verdad, ¿alguien imagina que hubiera efectuado las transformaciones que ha obrado en corazones y vidas individuales? Recuerdo que la primera mentira dicha por el diablo en el Edén hundió a toda la raza de la humanidad en la muerte espiritual. Aún tengo que aprender que una mentira tramada incluso por buena gente pueda salvar a los hombres de la perdición y elevarlos al cielo, pueda bendecirlos con felicidad interior y asegurarles el favor divino, pueda consolarlos en la tristeza, fortalecerlos en la debilidad, sostenerlos en la muerte y prepararlos para la eternidad. Y sin embargo eso es lo que el cristianismo puede hacer—ha hecho en edades pasadas a millones que lo han probado, y está haciendo hoy a miles que lo están probando. Tomará más de lo que ha sido dicho por críticos y burladores para persuadirme de que estas cosas han sido hechas por una fábula. He oído de fábulas y ficciones, leyendas y supersticiones divirtiendo a hombres y mujeres, distrayéndolos cuando están cansados, ocupándolos cuando están ociosos, quitando sus pensamientos de asuntos serios, e incluso ayudándolos a cerrar sus ojos ante el acercamiento de la muerte; nunca oí de que trajeran almas a Dios, asegurándoles su favor, limpiándolas del pecado, bendiciéndolas con paz, preparándolas para la eternidad. Pero estas de nuevo son las cosas que el cristianismo puede hacer y hace; y así razono que no es una fábula, sino un hecho, no una leyenda sino una historia, no un cuento imaginario, sino una sólida verdad.

2. Y cuando a esto añado lo que ha hecho en el AMPLIO TEATRO DEL MUNDO, mi fe en su verdad se confirma. Hace diecinueve siglos el cristianismo comenzó su carrera conquistadora. No tenía ni riqueza ni poder, ni aprendizaje, ni influencia social, ni patrocinio imperial de su lado. Era despreciado por los grandes de la tierra como una superstición. Era mirado por judío y gentil como subversivo de la religión y la moral. Sus adherentes eran recolectados de las heces de la población, de los pobres y los ignorantes (al menos en la estimación del mundo); y sus apóstoles eran una banda humilde, mayormente de pescadores—aunque pronto vieron sus filas agrandadas por la accesión de uno (Pablo) cuya fuerza mental y seriedad religiosa valían para el cristianismo batallones enteros de discípulos comunes o de predicadores promedio. Pero, ¿qué era uno, aunque fuera un gigante intelectual y espiritual, para la poderosa tarea puesta ante él de conquistar el mundo y hacer a todas las naciones obedientes a la fe? Sin embargo, esa tarea fue inmediatamente tomada en mano y con qué éxito lo declaran los anales de los siglos pasados.

En el primer siglo, que puede ser llamado la era apostólica, prácticamente derrotó al judaísmo, estableciéndose como una religión organizada, no solo en Palestina, sino en Asia Menor, y en algunas de las principales ciudades de Europa. A esto sin duda fue ayudado por la destrucción de Jerusalén en el año 70 por los ejércitos de Tito; pero el socavamiento del judaísmo estaba siendo traído gradualmente por la expansión de la fe cristiana.

En los siguientes dos siglos, que pueden ser llamados la era de los padres, venció al paganismo, sustituyendo en amplios círculos la adoración de Jesús por la adoración de divinidades paganas y del emperador Romano. No sin pasar a través de feroz tribulación en la larga sucesión de persecuciones con las que fue asaltado logró la victoria, pero en su experiencia se repitió la experiencia de Israel en Egipto —“cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían”, de modo que para el final del tercer y el comienzo del cuarto siglo tenía dentro de su esfera alrededor de un quinto del Imperio Romano.

Desde ese tiempo en adelante el cristianismo se aplicó a la tarea de convertir a los cristianos nominales en reales; y a no ser por la misericordia de Dios en la Reforma podría haber sido derrotado. Pero el Espíritu de Dios se movió sobre el desierto moral y espiritual como antaño lo hizo sobre el material en el principio, y la Palabra de Dios dijo —“¡Sea la luz!” y fue la luz. Lutero en Alemania, Calvino en Ginebra, y Knox en Escocia, con otros en diferentes partes se levantaron como campeones de la verdad y llamaron de nuevo los pensamientos de los hombres a las simplicidades y certezas del Evangelio; y un gran despertar se extendió sobre el mundo nominalmente cristiano. A partir de entonces el cristianismo dio un paso adelante

entre las naciones; y ahora está haciendo por el mundo lo que ninguna otra religión ha hecho o puede hacer —ni el budismo, ni el confucianismo, ni el mahometismo— lo que ningún sustituto moderno para el cristianismo puede hacer ya sea materialismo, o agnosticismo, o espiritismo, o socialismo; y justo debido a esto podemos estar seguros de que el cristianismo no es una fábula artificiosa sino una verdad divinamente revelada —que solo él contiene esperanza para el mundo, como un todo, y para generación tras generación a medida que pasa, y que el día aún vendrá cuando llenará el mundo.

En resumen, cuando uno recuerda que el cristianismo ha edificado la iglesia cristiana y que la iglesia cristiana ha sido el factor más poderoso en crear la civilización moderna. Se vuelve una imposibilidad dar crédito a la alegación o incluso albergar la sospecha, de que está fundado en una mentira. Por sus frutos puede ser probado. A pesar de las imperfecciones que se adhieren a la iglesia cristiana, en tanto que es una institución humana, pocos negarán que su existencia en el mundo ha sido productiva de resultados preponderantemente buenos; y solo en ese certificado puede reclamarse que el cristianismo del cual la iglesia es una encarnación concreta y viva no es una “fábula artificiosa” sino una “Escritura de Verdad”.

Capítulo 20 Mi Experiencia Personal con la Alta Crítica

Por el Profesor J. J. Reeve

Seminario Teológico Bautista del Suroeste, Fort Worth, Texas

El propósito de este artículo es declarar de una manera muy breve las influencias que me llevaron a aceptar ciertas de las opiniones de la alta crítica, y después de mayor consideración, a rechazarlas. Necesariamente las razones para rechazar serán dadas con mayor extensión que aquellas para aceptar. El espacio no me permitirá mencionar nombres de personas, libros, artículos y varias otras influencias que se combinaron para producir estos resultados. Me limitaré a un bosquejo de los procesos mentales que resultaron de mi contacto con el movimiento crítico. Al bosquejar este cambio de opinión, trataré con

1. Las Presuposiciones de la Alta Crítica

Estas presuposiciones y suposiciones son los elementos determinantes en el movimiento entero. Una vez que son entendidas, no es difícil entender a los altos críticos. Es su filosofía o cosmovisión la que es responsable de todas sus especulaciones y teorías. Su actitud mental hacia el mundo y sus fenómenos es la misma que su actitud hacia la Biblia y la religión allí revelada. Estas presuposiciones me atrajeron muy fuertemente, habiendo pasado algún tiempo en una de las grandes universidades americanas, entrando así en contacto con algunas de las mentes principales del país, la opinión crítica me fue presentada muy hábilmente y atractivamente. Aunque resistida por un tiempo, la contundencia de la enseñanza y la influencia de la atmósfera universitaria ganaron en gran medida mi asentimiento. Los críticos parecían tener la lógica de las cosas de su lado. Los resultados a los cuales habían llegado parecían inevitables. Pero al pensar más detenidamente vi que el movimiento entero con sus conclusiones era el resultado de la adopción de la hipótesis de la evolución. Mis profesores habían aceptado esta opinión, y estaban completamente convencidos de su corrección como una hipótesis de trabajo. Así fui hecho sentir el poder de esta hipótesis y adoptarla. Esta cosmovisión es maravillosamente fascinante y casi obligatoria. La visión de un cosmos desarrollándose desde los tipos y etapas más bajos hacia arriba a través de bestia y hombre a un hombre más alto y mejor es encantadora y casi abrumadora. Que hay un grano de verdad en todo esto la mayoría de los pensadores concederá. Uno difícilmente puede rehusarse a creer que a través de las edades “corre un propósito creciente”, que hay “un Dios, una ley, un elemento, y un evento divino lejano al cual toda la creación se mueve”. Esta cosmovisión tuvo para mí al principio un encanto y hechizo que era casi intoxicante. Creó más de una revolución que una evolución en mi pensamiento. Pero una consideración más cuidadosa me convenció que la pequeña verdad en ella servía para endulzar y dar plausibilidad a algunos errores mortales que acechaban adentro. Vi que la hipótesis no aplicaba a una gran parte de los fenómenos del mundo.

Que esta teoría de la evolución subyace y es la inspiración de la alta crítica va sin decir. Que hay un grano de verdad en ella podemos admitir o no, como nos parezca conveniente, pero toda la cuestión es, ¿qué clase de evolución es la que ha dado lugar a esta crítica? Hay muchas variedades de la teoría. Está el idealismo de Hegel, y el materialismo de Haeckel; una evolución teísta y una antiteísta; la opinión de que es el único método de Dios, y la opinión de que es solo uno de los métodos de Dios; la teoría que incluye un Creador, y la teoría que lo excluye; la evolución deísta, que empieza el mundo con Dios, quien luego se retira y lo deja como un sistema cerrado de causa y efecto, antecedente y consecuente, que no admite ninguna ruptura o cambio en el proceso natural. También está la teoría que en general hay progreso, pero debe hacerse concesión para la retrogresión y degeneración. Esto admite la acción directa de Dios en arrestar el proceso descendente y revertir la corriente; es decir, hay una evolución a través de revelación, etc., en lugar de una revelación por evolución. Al examinar la evolución de los líderes de la escuela crítica, descubrí que era de un tipo naturalista o prácticamente deísta. Todos los fenómenos naturales y mentales están en un sistema

cerrado de causa y efecto, y la hipótesis aplica universalmente, a la religión y revelación, así como a los mecanismos.

Este tipo de evolución puede que no sea aceptado por todos los adherentes de la escuela crítica, pero es sustancialmente la opinión de los líderes, Reuss, Graf, Vatke, Kuenen y Wellhausen. Para ellos toda la naturaleza e historia son un producto de fuerzas dentro y en proceso de desarrollo. No ha habido y no podría haber ninguna acción directa de Dios sobre el hombre, no podría haber ninguna ruptura en la cadena de causa y efecto, de antecedente y consecuente. Por lo tanto no puede haber milagro o algo de lo que se conoce como lo sobrenatural. No podría haber ninguna “interferencia” de ninguna manera con el curso natural de los eventos, no podría haber ninguna “inyección” de ningún poder en el proceso cósmico desde afuera, Dios está encerrado al único método de hacer que las cosas sucedan. Él es así poco más que un prisionero en su propio cosmos. Así descubrí que el movimiento crítico era esencial y fundamentalmente anti-sobrenatural y anti-milagroso. Según él todos los movimientos religiosos son desarrollos humanos a lo largo de líneas naturales y materialistas. La religión de Israel y la Biblia no es una excepción, ya que no puede haber ninguna excepción a este principio. La revelación contenida en la Biblia es, estrictamente hablando, ninguna revelación; es un desarrollo natural con Dios en el proceso cósmico detrás de él, pero sin embargo un desarrollo constante, en línea recta, mecánico tal como puede ser trazado paso a paso como una escalera puede ser medida por una regla. No podría haber habido ninguna revelación de época, ningún avivamiento y lapso, ninguna exhibición maravillosa de poder divino, ninguna redención real. Con estas conclusiones previas fijadas en sus mentes, toda la cuestión está prácticamente resuelta de antemano. Como es transparentemente claro que la Biblia en su faz no corresponde a esta opinión, debe ser reorganizada para corresponder a ella. Para hacer esto, deben negar rotundamente las afirmaciones y declaraciones de la mayoría de los escritores bíblicos. Ahora, si la Biblia afirma ser algo, afirma ser una revelación de Dios, un libro milagroso o sobrenatural, registrando los numerosos actos directos de Dios en la naturaleza y la historia, y su interferencia con el curso natural de los eventos. ¿Están correctos los escritores de la Biblia, o están los críticos? Es imposible que ambos estén en lo correcto.

Razonando así, me quedó perfectamente claro que las presuposiciones y creencias de los escritores bíblicos y de los críticos eran absolutamente contradictorias. Mantener que la opinión moderna es un desarrollo y avance sobre la opinión bíblica, es absurdo. Ninguna presuposición puede desarrollar una presuposición que la contradiga y anule. Decir que la posición crítica y la posición bíblica, o la opinión evangélica tradicional que es la misma que la bíblica, son reconciliables, es la más fatua locura y engaño. Kuenen y otros han reconocido esta contradicción y la han admitido, no dudando en dejar de lado la opinión bíblica. Muchos de sus discípulos han fallado en ver tan claramente como sus maestros. Piensan que las dos pueden ser combinadas. Yo tenía la misma opinión, pero una reflexión adicional mostró que esto era una imposibilidad. Pensé que era posible aceptar los resultados de la alta crítica sin aceptar sus presuposiciones. Esto es decir que uno puede aceptar como válidos y verdaderos los resultados de un proceso y al mismo tiempo negar la validez del proceso mismo. ¿Pero no involucra esto una contradicción interna y absurdo? Si acepto los resultados de la hipótesis de Kuenen-Wellhausen como correctos, entonces acepto como correctos los métodos y procesos que llevaron a estos resultados, y si acepto estos métodos, también acepto las presuposiciones que dan lugar a estos métodos. Si los “resultados asegurados” de los cuales los críticos están tan aficionados a jactarse son verdaderos, entonces la hipótesis de evolución naturalista que produjo estos resultados es correcta. Entonces es imposible aceptar lo milagroso o sobrenatural, la Biblia como un registro autorizado de revelación sobrenatural está completamente trastornada y sus afirmaciones respecto a sí misma son falsas y engañosas. No puedo ver ninguna manera de escapar de estas conclusiones. No hay ningún terreno medio posible como una vez imaginé afectuosamente que había. Así fui obligado a concluir que, aunque hay algo de verdad en la opinión evolucionista del mundo, sin embargo, como una explicación de la historia y revelación es completamente inadecuada, tan inadecuada que es errónea y falsa. Una cosmovisión debe ser lo suficientemente amplia para admitir todos los hechos de la historia y experiencia. Aun entonces es solo un punto de vista humano y necesariamente imperfecto. ¿Se atreverá alguien a decir que la hipótesis evolucionista es divina? Entonces tendríamos una Biblia y una filosofía ambas afirmando

ser divinas y absolutamente contradiciéndose entre sí. Intentar eliminar lo milagroso y sobrenatural de la Biblia y aceptar el resto como divino es imposible, porque son todos uno e inextricablemente tejidos juntos. En cualquier caso el Libro es robado de sus afirmaciones de autoridad. Algunos críticos no dudan en negar su autoridad y así soltarse de la cristiandad histórica.

A pesar, sin embargo, de las fallas serias de la alta crítica, ha dado lugar a lo que se conoce como el método científico e histórico en el estudio del Antiguo Testamento. Este método está destinado a quedarse y prestar ayuda invaluable. A la mente erudita su atractivo es irresistible. Solo a la luz de la ocasión histórica sobre la cual fue producido, puede el Antiguo Testamento ser propiamente entendido. Un diluvio de luz ya ha sido derramado sobre estos escritos. El espíritu científico que dio lugar a él es uno de los instintos más nobles en la vida intelectual del hombre. Es una sed por lo real y lo verdadero, que no se satisfará con nada más. Pero, noble como es este espíritu científico, e invaluable como es el método histórico, hay peligros sutiles en conexión con ellos. Todo depende de las presuposiciones con las cuales usamos el método. Una cierta actitud mental debe haber. ¿Cuál será? ¿Una evolución materialista tal como Kuenen y sus colegas, o una evolución teísta que admite lo sobrenatural? Investigando en la actitud mental del primero de estos, el erudito inevitablemente llegará a o aceptará los resultados de los críticos. Otro, trabajando en el mismo problema con presuposiciones cristianas, llegará a conclusiones muy diferentes. ¿Cuál tendremos, el punto de vista del cristiano o del crítico? Encontré que la afirmación de los críticos de poseer el único método realmente científico era ligeramente verdadera pero mayormente falsa. Sus resultados eran científicos porque encajaban con su hipótesis. El erudito cristiano con sus presuposiciones más amplias era perentoriamente descartado del tribunal. Cualquier cosa que saboreara a lo milagroso, etc., no podía ser científico para el crítico, y por lo tanto no podía ser verdadero, por consiguiente, debe ser descartado o marcado como mito, leyenda, poesía, saga, etc. Tal estrechez de opinión es escasamente creíble de parte de eruditos que afirman ser tan amplios y liberales.

Otra cuestión me confrontó. ¿Cómo pueden tantos eruditos y predicadores cristianos aceptar las opiniones de los críticos y aun adherirse a la cristiandad evangélica con intensa devoción? Como hemos visto, aceptar los resultados de la crítica es aceptar los métodos y presuposiciones que produjeron estos resultados. Aceptar sus suposiciones es aceptar una evolución naturalista que es fundamentalmente contradictoria al punto de vista bíblico y cristiano. Es por lo tanto esencialmente contradictoria a la cristiandad, porque ¿qué es esta última si no es un conocimiento sobrenaturalmente revelado del plan de salvación, con poder sobrenatural para efectuar esa salvación? Todos los que han experimentado el poder de la cristiandad en lo principal asentirán a esta definición. ¿Cómo entonces pueden los cristianos que son altos críticos escapar de endosar las presuposiciones de los críticos? Hay una contradicción interna entre las suposiciones de su razón científica y las suposiciones de su fe religiosa. Un estudio cuidadoso de la actitud de estos críticos mediadores, como son llamados, ha revelado un sentido de contradicción en algún lugar de lo cual están vagamente conscientes. Mantienen su actitud por una inconsistencia. Así es que tienen muchas dificultades que no pueden explicar. Esta contradicción interna corre a través de mucha de su exégesis y se preguntan que los cristianos evangélicos no acepten sus opiniones. Ya muchos de ellos no están tan seguros de sus “resultados asegurados” como estaban. Muchos cristianos evangélicos no aceptan estas opiniones porque pueden “ver a través” de ellas.

La segunda línea de pensamiento que me llevó a rechazar la opinión de los críticos fue una consideración de:

2. Sus Métodos

Al principio estaba entusiasmado sobre el método. Ahora por fin tenemos el método correcto que a tiempo resolverá todas las dificultades. Sea concedido prontamente que el método histórico ha resuelto muchas dificultades y continuará haciéndolo, sin embargo, toda la cuestión yace en la actitud mental que un hombre trae a la tarea. Entre los críticos su hipótesis es absoluta y domina cada intento de entender el registro, forma

cada conclusión, arregla y reorganiza los hechos en su propio orden, descarta lo que no encaja o lo reforma para que encaje. Los críticos pueden negar esto pero su tratamiento del Antiguo Testamento es demasiado bien conocido para necesitar alguna prueba de ello. El uso del redactor es un caso a mano. Este ser puramente imaginario, no histórico y no científico, es traído a requisición en casi cada dificultad. Es reconocido que a veces actúa de una manera completamente inexplicable. Asumir tal persona interpolando nombres de Dios, cambiando nombres y haciendo explicaciones para convenir a los propósitos de su hipótesis e imaginación es la negación misma de la ciencia, no obstante de su jactancia de un método científico. Sus mentes parecen estar en esclavitud abyecta a su teoría. Ninguna razón es más impermeable a los hechos que una preocupada con una teoría que no concuerda con estos hechos. Su actitud mental siendo sesgada y parcial, sus métodos son parciales y los resultados muy unilaterales y no confiables. Dan más credibilidad a las conjeturas de algún llamado erudito, una tableta de arcilla, la jactancia de un rey pagano, o un dibujo rudo en piedra, que al registro de las Escrituras. Sienten instintivamente que aceptar las declaraciones bíblicas sería la ruina de su hipótesis, y lo que llaman su método histórico ganado con dificultad. En esto su instinto es verdadero. La Biblia y su hipótesis son irreconciliables. Como su teoría no debe ser interferida, ya que es idéntica con la verdad misma, la Biblia debe hacerse a un lado en los intereses de la verdad.

Por esta razón niegan toda historicidad a Génesis 1-11, las historias de la creación, la caída, el diluvio, etc. Ninguna teoría de evolución naturalista puede posiblemente admitir la verdad de estos capítulos. Igualmente, hay solo un substrato de verdad en las historias de Abraham, Isaac, Jacob, José y Moisés. Casi toda la legislación es negada al último, porque representa un avance demasiado rápido, o una etapa demasiado avanzada. ¿Pero es tal el caso? Siglos antes de Moisés, leyes, gobierno, civilización, cultura, arte, educación, religión, templos, ritual y sacerdocio habían florecido en Babilonia y Egipto y fueron un factor principal en la educación de Moisés. Con todo este desarrollo previo sobre el cual construir, ¿qué objeciones a adscribir estas leyes a Moisés, quien, durante los cuarenta años bajo guía divina, seleccionó, purificó, elevó, y adoptó tales leyes como mejor servían las necesidades del pueblo? El desarrollo de leyes y costumbres externas había precedido a Moisés y no hay necesidad de suponer un desarrollo después en la historia del pueblo. Esa historia registra los intentos irregulares de la asimilación de estas leyes. Mantener que fueron puestas al principio en la forma exacta en la cual han llegado a nosotros es completamente innecesario y contrario a ciertos hechos en los registros mismos. Pero para mi mente una de las más grandes debilidades de la posición crítica es, que porque hay poca o ninguna mención de las leyes en la historia que sigue la muerte de Moisés, por lo tanto, estas leyes no podrían haber existido. Para el crítico este es uno de los argumentos más fuertes a su favor. Ahora ha descubierto cómo hacer que la historia y las leyes correspondan. ¿Pero prueba la no-mención o no-observancia de una ley su no-existencia? Toda la historia muestra que tal no es el caso. Además, los libros de Josué, Jueces y Samuel no hacen ninguna pretensión de dar una historia detallada completa. Si la no-mención o no-observancia fueran prueba de no-existencia, entonces el libro del pacto y Deuteronomio no podrían haber existido hasta el retorno del Exilio; porque las leyes contra la idolatría no fueron cumplidas hasta entonces. Aplique este mismo método de razonamiento a las leyes en general y los resultados más absurdos seguirán. El Decálogo nunca podría haber existido, porque todas sus leyes están siendo constantemente quebrantadas. Ningún Nuevo Testamento podría haber existido a través de las Edades Oscuras, porque casi cada precepto en él fue violado durante ese período. Los hechos de la vida muestran claramente que los hombres con la ley de Dios en sus manos continuamente las violarán. ¿Pero por qué no cumplieron Josué y aquellos que le sucedieron por varios siglos la ley de Moisés? La respuesta es obvia. Las circunstancias no lo permitieron, y nadie, ni siquiera Moisés, tenía ninguna idea de que la ley fuera completamente observada de inmediato. Él miró hacia adelante a un tiempo cuando deberían estar asentados y deberían tener una capital y santuario central. Además, una gran porción de las leyes estaba destinada solo para el sacerdote y puede haber sido observada. Las leyes eran flexibles y debían ser cumplidas según las circunstancias lo permitieran. Si el libro de Deuteronomio no podía ser observado, el libro del pacto podía ser seguido. Cambios y modificaciones fueron hechos a propósito por Moisés para satisfacer las demandas de las circunstancias cambiantes. Si el no-cumplimiento de estas leyes

probó su no-existencia, entonces el libro del pacto y Deuteronomio no estaban en existencia en el tiempo de Joacim, porque la idolatría era entonces rampante.

Por sus métodos arbitrarios, la crítica moderna hace violencia al por mayor al registro del descubrimiento del libro de la ley como está registrado en 2 Reyes 22:8-20. Niega cualquier descubrimiento real, implica distintamente fraude de parte de los escritores, asume un engaño demasiado fácil del rey, la profetisa, los consejeros del rey, Jeremías y el pueblo. Implica un éxito maravilloso en perpetrar este documento falsificado sobre el pueblo; Los escritores hicieron el mal para que el bien pudiera venir, y Dios parece haber estado detrás de todo y lo endosó. Tal transacción es completamente increíble. “El pueblo no oiría a Moisés y al profeta, sin embargo, fueron fácilmente persuadidos por un documento mosaico falsificado”. Los críticos no están de acuerdo entre sí respecto a la autoría del libro de Deuteronomio. Algunos mantienen que fue por la clase sacerdotal y algunos por la clase profética, pero hay objeciones insuperables a cada una. Han fallado en mostrar por qué había tantas leyes incorporadas en él que absolutamente contradicen una fecha posterior y por qué el vestido mosaico tuvo tanto éxito aunque contradictorio a algunas de las leyes genuinamente mosaicas.

Según los críticos también, Esdras perpetró un fraude tremendo cuando endosó su código completado como de origen mosaico. Que el pueblo debiera aceptarlo como genuinamente mosaico, aunque aumentó sus cargas y contradijo muchas leyes previamente conocidas como mosaicas, es increíble. Que tal pueblo en tal tiempo y bajo tales circunstancias pudiera ser tan fácilmente impuesto y engañado, y que tal hombre como Esdras pudiera realizar tal fraude colosal y tenerlo todo tener tanto éxito, parece inconcebible excepto por una persona cuya conciencia moral está embotada o adormecida por alguna teoría filosófica. Según los críticos, los autores de Deuteronomio y el código levítico no solo produjeron tales libros y leyes intensamente religiosos, sino que fueron al mismo tiempo inventores deliberados y falsificadores de la historia, así como engañadores del pueblo. Lo que tales opiniones implican respecto al carácter de Dios quien está detrás de todo esto consideraremos más adelante.

El espacio no me permite más que referirme al análisis J. E. P. que ciertos documentos existieron y fueron finalmente combinados para componer los cinco libros de Moisés nadie necesita dudar. De ninguna manera resta de su inspiración o autenticidad hacerlo, ni de ninguna manera niega el origen esencialmente mosaico de la legislación. Pero el análisis J. E. P. sobre la base de los diferentes nombres para Dios encontré que requería tal manejo arbitrario y manipulación artificial del texto, necesitar la ayuda de tantos Redactores cuyos métodos y motivos son completamente inexplicables, con una multitud de excepciones para dar cuenta, que estaba convencido que el análisis no podía ser mantenido. La clave de Astruc en Éxodo 6:3, que fue el punto de partida para el análisis, no puede hacerse decidir el tiempo del uso de los nombres de Dios, porque el texto no es perfectamente cierto. Hay considerable diferencia entre las dos lecturas, “fue conocido”, “me di a conocer”. Aun si Dios no se había revelado previamente por el nombre Jehová, eso no prueba que el nombre fuera desconocido o que Dios no fuera conocido por ese nombre. Y aun si él se hubiera revelado así, el registro anterior no sería menos auténtico, porque fueron escritos o reescritos y editados después de la revelación a Moisés a la luz de una revelación más completa. Así fue hecho perfectamente claro que El, Elohim, El-Elyon, El-Shaddai, eran idénticos con Jehová.

Los métodos de los críticos al considerar las historias anteriores como poco más que ficción e invención, para endosar ciertas leyes como genuinamente mosaicas, encontraron algún alojamiento en mi mente por un tiempo. Pero mientras más lo consideraba, más estaba convencido que eran los críticos quienes eran los inventores y falsificadores. Eran ellos quienes tenían tal imaginación fácil, podían “manufacturar” historia en sus “mesas verdes” para convenir a sus teorías y estaban haciéndolo rápido y suelto. Podían crear naciones e imperios de un desierto, y como los alquimistas de la edad media con su varita mágica, transformar todas las cosas en su propio metal especial y favorito. Acusar a los escritores de las Escrituras con esta invención y falsificación es groseramente calumniarlos y difamar al Dios que obró a través de ellos. La calidad de sus productos no presta apoyo a tal opinión, y es aborrecible a la conciencia cristiana.

Tal concepción no puede ser sostenida largo tiempo por ninguno cuyas naturalezas moral y religiosa no han sido embotadas por sus presuposiciones filosóficas. El hábito de descartar los libros de Crónicas, porque no dan ninguna historia del Israel del norte, ponen considerable énfasis sobre el templo y sacerdocio, pasan por encima las faltas y pecados de los reyes, etc., y son por lo tanto una historia sesgada y no confiable, me ha parecido una aberración del sentido común, y es escasamente creíble entre hombres de tal inteligencia. Cuando el compilador de Crónicas cubre la misma historia de Reyes, concuerda con estas historias sustancialmente, aunque variando en algunos detalles menores. Si es confiable en este material, ¿por qué no en el otro material, no encontrado en Reyes? La razón real es que registra muchos hechos acerca del templo y sus servicios que no encajan con la hipótesis de los críticos, y por lo tanto algo debe ser hecho para desacreditar al cronista y deshacerse de su testimonio.

Pero mi tercera razón para rechazar el punto de vista crítico es

3. El Espíritu del Movimiento

Conceda que hay un interés científico genuino subyaciendo todo ello, la cuestión real es, ¿cuál es el punto de vista de la mente científica que investiga? ¿Qué es autoritativo con él? ¿Su teoría filosófica e hipótesis de trabajo, o su fe religiosa? En otras palabras, ¿controla su pensamiento su religión o filosofía? ¿Es la razón o la fe la que es suprema? ¿Es su autoridad humana o divina? No hay cuestión aquí de tener una sin la otra, es decir, tener fe sin razón, porque eso es imposible. La cuestión es, ¿cuál es suprema? Por algún tiempo pensé que uno podía sostener estas opiniones del Antiguo Testamento y aun retener su fe en la cristiandad evangélica. Encontré, sin embargo, que esto podía ser hecho solo sosteniendo mi filosofía en control y dentro de ciertos límites. No podía ser rigurosamente aplicada a todas las cosas. Dos cosas supremas no podían existir en la mente al mismo tiempo. Si mis teorías eran supremas, entonces estaba siguiendo la razón humana, no la fe, y era un racionalista en esa medida. Si las presuposiciones de mi fe religiosa eran supremas y de acuerdo con las presuposiciones y creencias bíblicas, entonces mi filosofía debía ser sostenida en suspenso. Los fundamentos de nuestra fe religiosa, como se conocen en la Biblia y la historia, son una creencia en revelación divina, el nacimiento milagroso, la vida y resurrección de Jesucristo, el Dios-Hombre. Inseparables de estos también está el hecho de un poder sobrenatural en la regeneración. La filosofía de los críticos no puede consistentemente hacer espacio para estos. Así la cuestión real se convierte en una de autoridad, a saber: ¿será la hipótesis científica suprema en mi pensamiento, o las presuposiciones de la fe cristiana? Si hago mi punto de vista filosófico supremo, entonces soy obligado a interpretar la Biblia y la cristiandad a través de mi teoría y todo lo que no pueda encajar en esa teoría debe ser rechazado. Este es el punto de vista actual del crítico. El suyo es un espíritu filosófico más que religioso. Tal fue el gnosticismo en los primeros siglos. Interpretó a Cristo y la cristiandad a través de las categorías de una filosofía greco-oriental y así fue obligado a rechazar algunos de los esenciales de la cristiandad. Tal fue la escolástica de la edad media, que interpretó la cristiandad a través de las categorías de la lógica aristotélica y la filosofía neo-platónica. Tal es la alta crítica que interpreta todo a través de la hipótesis de la evolución. El espíritu del movimiento es así esencialmente escolástico y racionalista.

Se hizo más y más obvio para mí que el movimiento era enteramente intelectual, un intento en realidad de intelectualizar todos los fenómenos religiosos. Vi también que era un intelectualismo parcial y unilateral, con un sesgo fuerte contra los principios fundamentales de la cristiandad bíblica. Tal movimiento no produce esa humildad intelectual que pertenece a la mente cristiana. Al contrario, es responsable de una vasta cantidad de orgullo intelectual, una aristocracia del intelecto con todo el esnobismo que usualmente acompaña ese término. ¿No corresponden exactamente a la palabra de Pablo, “vanamente hinchado en su mente carnal y no reteniendo la cabeza, etc”.? Tienen un desprecio espléndido por todas las opiniones que no concuerdan con las suyas. Bajo el hechizo de este desprecio sublime piensan que pueden ignorar cualquier cosa que no cuadre con su hipótesis evolucionista. El centro de gravedad de su pensamiento está en lo teórico no en lo religioso, en la razón, no en la fe. Supremamente satisfecha con su autoridad autoconstituida, la mente piensa que es competente para criticar la Biblia, el pensamiento de todos los

siglos, y aun a Jesucristo mismo. Los seguidores de este culto tienen su parte completa de las fragilidades de la naturaleza humana. Raramente, si alguna vez, puede un crítico completo ser un evangelista, o aun evangelístico; él es educativo. ¿Cómo es posible para un predicador ser un poder para Dios, cuya fuente de autoridad es su propia razón y convicciones? La Biblia escasamente puede contener más que buen consejo para tal hombre.

Estaba muy impresionado con su jactancia de tener toda la erudición de su lado. Es muy gratificante sentirse a la par con los tiempos, actualizado, y en la primera fila del pensamiento. Pero algo de investigación y consideración me llevó a ver que la jactancia de erudición está tremendamente exagerada. Muchos eruditos principales están con ellos, pero una mayoría de los eruditos más reverentes y juiciosos no lo están. Las jactancias arrogantes de estas personas serían muy divertidas, si no fueran tan influyentes. Ciertamente la mayoría de los libros presentados últimamente por eruditos del Antiguo Testamento están de su lado, pero hay una lista formidable del otro lado y está creciendo más grande cada día. La erudición conservadora está despertando rápidamente, y, mientras retendrá el uso legítimo del invaluable método histórico, barrará del campo la mayoría de las especulaciones de los críticos. Una característica llamativa de estas personas es un ignorar persistente de lo que está escrito del otro lado. Piensan matar a su antagonista ya sea ignorándolo o despreciándolo. Tratan a sus oponentes algo como Goliat trató a David, y al final el resultado será similar. No han hecho ningún intento de responder a *The Early Religion of Israel* ("La Religión Temprana de Israel") de Robertson; *The Problem of the Old Testament* ("El Problema del Antiguo Testamento") de Orr, *Studies in Biblical Law* ("Estudios en Ley Bíblica") de Wiener y *Studies in Pentateuchical Criticism* ("Estudios en Crítica Pentateucal"), etc. Todavía tratan estos libros que han minado los cimientos mismos de sus teorías con el mismo desprecio magnífico. Hay una némesis en tal actitud.

Pero el espíritu del movimiento crítico manifiesta algunos aspectos muy dudosos en su funcionamiento práctico entre los pastores e iglesias. Los adherentes de este movimiento aceptan la supervisión espiritual de iglesias que se aferran a la opinión bíblica de la Biblia, mientras saben que sus propias opiniones minarán muchas de las creencias más acariciadas de las iglesias. Muchos tratan de ser críticos y conservadores al mismo tiempo. Querrían "correr con la liebre y cazar con los perros", profesando estar en completa simpatía con la cristiandad evangélica mientras aguardan su oportunidad de inculcar sus propias opiniones, que, como hemos visto, es realmente abandonar el punto de vista cristiano. La moralidad de tal conducta es, para decir lo menos, muy dudosa. Ha llevado a mucho daño entre las iglesias y daño al trabajo. Un predicador que ha imbuido completamente estas creencias no tiene lugar apropiado en un púlpito cristiano evangélico. Tal espíritu no está de acuerdo con el espíritu de la religión que profesan creer.

Pero otra razón importante para rechazar la alta crítica es:

4. Una Consideración de Sus Resultados

Diez o veinte años atrás estos eruditos creían que sus opiniones avanzarían inmensamente la causa de la cristiandad y la religión verdadera. De ninguna manera están tan seguros de eso ahora. No está encontrando la aceptación universal que anticiparon. Haciendo una mera hipótesis la cosa suprema en nuestro pensamiento, somos forzados a interpretar todo en consecuencia. Así la Biblia, el Cristo y las experiencias religiosas de los hombres son sujetas al mismo análisis científico. Lleve esto a su conclusión lógica y ¿cuál sería el resultado? Habría toda la ciencia y ninguna religión. En la formación de hechos científicos toda religión sería evaporada. Dios, Cristo, la Biblia, y todo lo demás serían reducidos a una fórmula matemática o química. Este es el ideal y meta de la hipótesis evolucionista. El racionalista se regocijaría con ello, pero la mente cristiana se encoge con horror de ello. La conciencia cristiana percibe que una hipótesis que lleva a tales resultados es uno de sus enemigos más mortales.

Otro peligro también surge aquí. Cuando uno hace su filosofía su autoridad, no es un paso largo hasta que se hace a sí mismo su propio dios. Su propia razón se vuelve suprema en su pensamiento y esta razón se

convierte en su señor. Esta es la lógica inevitable de la hipótesis mencionada, y algunos adherentes de la escuela han tomado este paso. No reconocen ninguna autoridad sino sus propios instintos morales y razón filosófica. Ahora, como la teoría de la evolución hace que todas las cosas existan solo en un estado de cambio, de flujo, o de devenir, Dios está por lo tanto cambiando y desarrollándose, la Biblia y Cristo serán superados, la cristiandad misma será dejada atrás. Por lo tanto, no hay verdad absoluta, nada en el mundo religioso moral es fijo o cierto. Toda verdad está en solución; no hay precipitado sobre el cual podamos confiar. No hay estándar absoluto de ética, ninguna autoridad en religión, cada uno es prácticamente su propio dios. Jesucristo es cortésmente agradecido por sus servicios en el pasado, galantemente conducido a los confines de su mundo y despedido con una reverencia ya que Él no es más necesitado y su presencia podría ser muy problemática para algunas personas. Tal religión es la negación misma de la cristiandad, es una reversión distinta al paganismo. Puede ser un paganismo culto y refinado con un barniz cristiano, pero sin embargo un paganismo genuino.

Estoy lejos de decir que todos los adherentes de esta escuela van a tales extremos, pero ¿por qué no lo hacen? La mayoría de ellos tuvo un entrenamiento temprano bajo las mejores influencias conservadoras que inculcaron una reverencia saludable por la Biblia como una autoridad en religión y moral. Este entrenamiento nunca pueden superarlo completamente. Muchos de ellos son de una buena, robusta ascendencia religiosa, de entrenamiento conservador rígido y experiencia religiosa genuina. Bajo estas influencias han adquirido un fuerte asidero sobre la cristiandad y nunca pueden ser removidos de ella. Sostienen un punto de vista teórico y una experiencia religiosa juntos, fallando, como creo, en ver la contradicción fundamental entre ellos. Lentamente la conciencia cristiana y la erudición cristiana se están afirmando a sí mismas. Los hombres están empezando a ver cuán irreconciliables son las dos posiciones y habrá la división inevitable en el futuro. Las iglesias no están demasiado pronto o demasiado seriamente alarmadas. La cristiandad está empezando a ver que su existencia misma está en juego en este intento sutil de deshacerse de lo sobrenatural. He visto al unitario, al judío, al librepensador, y al cristiano que ha imbuido opiniones críticas, en completo acuerdo sobre el Antiguo Testamento y sus enseñanzas. Pueden prontamente intimar juntos, porque el elemento religioso se convierte en una cantidad perdida; la Biblia misma se convierte en un juguete para el intelecto, un carrusel para la mente parcialmente intoxicada con su teoría.

Como ya se ha insinuado, uno de los resultados de los procesos críticos ha sido reorganizar la Biblia según su propio punto de vista. Esto significa que en gran medida la ha dejado de lado como una autoridad. Tal resultado es lo suficientemente serio, pero un resultado mucho más serio sigue. Este es el reflejo que tal Biblia proyecta sobre el carácter y métodos de Dios en su revelación de Sí mismo a los hombres. Apenas será dudado incluso por un crítico radical, que la Biblia es el libro más edificante en el mundo, que sus enseñanzas religiosas son las mejores que el mundo ha conocido. Si tal es el caso, debe reflejar más del carácter y métodos de Dios que cualquier otro libro. Los escritores mismos deben ejemplificar muchos de los rasgos del Dios sobre el que escriben. ¿Cuáles entonces deben ser los métodos de un Dios santo y amoroso? Si Él enseña a los hombres la verdad por parábola o historia o ilustración, la única cosa esencial acerca de estas parábolas o historias es que sean fieles a la vida o historia o naturaleza. ¿Puede un Dios que es absolutamente justo y santo enseñar a los hombres verdades acerca de Sí mismo por medio de aquello que es falso? Los hombres pueden haber enseñado la verdad por medio de falsedades y otros instrumentos y quizás tenido éxito, pero Dios difícilmente puede ser legítimamente concebido como usando tales medios. Jesucristo enseñó las más grandes de las verdades por medio de parábolas, ilustraciones, etc., pero cada una era fiel a la vida o naturaleza o historia. La conciencia cristiana, que es la expresión más alta de la vida religiosa de la humanidad, nunca puede concebir a Jesús como usando aquello que era en sí mismo falso, como un vehículo para transmitir aquello que es verdadero. De igual manera si Dios tuvo algo que ver con el Antiguo Testamento, ¿haría Él uso de meros mitos, leyendas, sagas, historia inventada y falsificada, que no tienen fundamento en el hecho y no son fieles ni a la naturaleza, historia ni vida? ¿Buscará Dios edificar a la humanidad por medio de la falsedad? ¿Sancionará Él el uso de tales medios deshonestos y fraudes piadosos, tales como una gran parte del Pentateuco lo es, si los críticos están en lo correcto? ¿Podría Él hacer uso de tales medios para tal propósito santo y dejar a su pueblo alimentarse de falsedad por siglos y

siglos y engañarlos hacia la justicia? La falsedad no hará la voluntad de Dios; solo la verdad puede hacer eso. ¿No hay nada en la historia de la creación, de la caída, el diluvio, el llamado y promesa a Abraham, la vida de Jacob y José y la gran obra de Moisés? Si todas estas cosas no son fieles al hecho o a la vida, entonces Dios ha sido un archi-engañador y actúa en la máxima Jesuita, “El fin justifica los medios”. Esto aplicaría al hallazgo de la Ley en el tiempo de Josías, y la entrega de la ley bajo Esdras. Que tal montón de historia espuria, invenciones engañosas e historia falsificadora debiera lograr tal éxito es de lo más asombroso. ¿Es posible que un Dios santo debiera estar detrás de todo esto y promover la justicia de ese modo? Esto seguramente es confabularse con el mal y usar métodos indignos del nombre de Dios. Decir que Dios estaba encerrado a tal método es absurdo. Tal concepción de Dios como está implicada en la posición crítica es aborrecible para uno que cree en un Dios de verdad.

Quizás el libro de Daniel en las manos del crítico ilustra mejor este punto. Nadie puede negar la calidad religiosa del libro. Tiene alturas y profundidades sublimes y ha tenido una influencia poderosa en el mundo. Nadie puede leer el libro cuidadosamente y reverentemente sin sentir su poder. Sin embargo, según la opinión moderna los primeros seis o siete capítulos tienen solo un grano de verdad en ellos. Pintan de una manera maravillosamente vívida la ayuda sobrenatural de Dios en dar a Daniel poder para interpretar sueños, en liberar del horno de fuego, en salvar de la boca del león, hiriendo al Rey Nabucodonosor, etc. Todo esto es alta enseñanza religiosa, ha tenido una gran influencia para bien y fue destinada para un mensaje de Dios para alentar la fe. Sin embargo, según los críticos estos eventos no tuvieron fundamento en el hecho, lo sobrenatural no tuvo lugar, los supuestos hechos sobre los cuales estas lecciones religiosas sublimes están basadas nunca podrían haber ocurrido. Sin embargo, el Dios de verdad ha usado tal libro con tal enseñanza para hacer gran bien en el mundo. Él así hizo uso abundante de ficción y falsedad. Según esta opinión Él también ha estado engañando a las mejores personas del mundo por milenios, usando lo falso y endosándolo como verdadero. Tal Dios puede ser creído por un crítico, pero la conciencia cristiana se rebela ante ello. Es digno de un Zeus, o quizás el Demiurgo de Marción, pero Él no es el Dios de Israel, no el Dios y Padre de Jesucristo. “Pero”, dice el crítico, “las lecciones religiosas son grandes y buenas”. ¿Lo son? ¿Puede una historia o ilustración o parábola enseñar buenas lecciones religiosas cuando es en sí misma esencialmente infiel a la naturaleza, historia y vida? Afirmar tal cosa parecería implicar una ceguera moral y religiosa que es escasamente creíble. Es verdad que hay muchas dificultades graves en el libro de Daniel, ¿pero son tan grandes como la dificultad moral implicada en la opinión crítica?

Lo anterior resume mis principales razones para rechazar la postura de la escuela crítica con la que alguna vez simpaticé. Sus posturas no son meras divagaciones, sino esencialmente intentos de socavar la revelación, la Biblia y el cristianismo evangélico. Si estas perspectivas finalmente prevalecen, el cristianismo quedará relegado a un segundo plano en favor de lo que se conoce como la “nueva religión”, que no es una religión, sino una filosofía. Todos los críticos creen que el cristianismo tradicional cederá en gran medida, si no totalmente, a la llamada perspectiva moderna. Pero sostenemos que el cristianismo tradicional tiene la primacía. Debe ser, y será, modificado en cierta medida por la concepción de una revelación en desarrollo y la aplicación del método histórico, pero debe prevalecer en todos sus aspectos esenciales. Tiene una noble ascendencia y una gloriosa historia. Los escritores bíblicos están todos de su lado; la mayoría de los eruditos judíos del pasado están en la procesión; tiene a Jesús, el Hijo de Dios, en sus filas junto a los apóstoles, profetas, mártires, reformadores, teólogos, misioneros y grandes predicadores y evangelistas. La gran mayoría del pueblo de Dios está con él. Prefiero pertenecer a esa noble compañía antes que al pagano Porfirio, al panteísta Spinoza, al inmoral Astruc, al racionalista Reuss, Vatke, Graf, Kuenen y Wellhausen, con una multitud de sus discípulos de todos los niveles. El suyo es un nuevo tradicionalismo iniciado por aquellos hombres y transmitido a otros en Inglaterra y América. La mayoría de estos discípulos deben su vida y formación religiosa casi por completo a la visión tradicional. El movimiento ha acelerado el estudio del Antiguo Testamento, ha proporcionado un método valioso, una gran cantidad de datos, un punto de vista nuevo, pero sus extravagancias, sus caprichos, sus falsas suposiciones e inmoralidades serán con el tiempo desechadas por la conciencia cristiana, como en el pasado se deshizo

del gnosticismo, el panteísmo, la escolástica y una multitud de otras modas y fantasías filosóficas o científicas.

Capítulo 21 El Testimonio Personal de Charles T. Studd

Fui criado en la Iglesia de Inglaterra y era bastante religioso, o eso pensaba la mayoría de la gente. Me llevaban a la iglesia y fui bautizado el día indicado, y después de un tiempo fui confirmado y tomé la comunión. Pero yo no conocía nada de Jesucristo en forma personal. Sabía un poco de Él, como uno puede saber un poco del presidente Taft, pero no lo conocía. No hubo jamás en mi vida un momento en que yo dudara de que hubiera un Dios, o de que Jesucristo fuera el Salvador del mundo; pero yo no lo conocía como mi Salvador personal. Nosotros, los muchachos, fuimos criados para ir regularmente a la iglesia, pero, aunque teníamos una especie de religión, no era una religión que valiera gran cosa. Era como tener dolor de muelas. Siempre nos daba tristeza que llegara el domingo y alegría cuando llegaba el lunes por la mañana. El día de reposo era el día más aburrido de toda la semana, y eso porque nos habíamos aferrado de la religión por el lado equivocado. Un hombre puede agarrar del lado equivocado un atizador, y yo agarré la religión por el lado equivocado y me salió muy caro. Teníamos muchos ministros y muchas iglesias a nuestro alrededor, pero nunca vimos algo que fuera un verdadero convertido. En esos días no creíamos mucho en convertidos. Pensábamos que los chinos y los africanos tenían que convertirse; pero la idea de que un inglés fuera convertido era absurda, porque eso lo hacía parecer un pagano antes de convertirse.

Mi padre era simplemente un hombre mundano, que amaba todo tipo de cosas mundanas. Había hecho una fortuna en la India y había regresado a Inglaterra para gastarla. Le gustaban mucho los deportes de todo tipo. Él se sometía a un entrenamiento regular para poder ir a cazar zorros, pero sobre todo era un entusiasta de las carreras de caballos. Era apasionadamente amante de los caballos desde el principio, y cuando veía buenos caballos los compraba y los entrenaba, y luego los hacía competir. Tenía una gran propiedad en el campo donde hizo una pista de carreras, y ganó la carrera de steeplechase más importante de Londres tres veces. Finalmente consiguió un caballo mejor que cualquiera que hubiera tenido antes, y tan seguro estaba de ganar la carrera que le escribió a un amigo en Londres y le dijo: “Si eres un hombre sabio, vendrás a la carrera mañana y apostarás hasta el último centavo que tengas a mi caballo”.

Sin que mi padre lo supiera, este hombre se había convertido. El señor Moody había venido a Inglaterra y había estado predicando. En aquel tiempo casi nadie creía en un hombre que se levantara a predicar el Evangelio a menos que tuviera dos cosas: el título de “Reverendo” y una corbata blanca al cuello. Los periódicos no podían entender a un predicador como el señor Moody, que no tenía ninguna de las dos cosas, y por supuesto escribían columna tras columna en contra de él. Pero no podían dejar de ver que él lograba reunir más gente en sus reuniones que media docena de arzobispos, y que se convertían más personas que con veinte ministros comunes. Claro que no interpretaban las cosas de la manera correcta. Decían que el señor Sankey había venido a vender armonios, y el señor Moody a vender sus himnarios. Mi padre leía los periódicos día tras día y todo eso le divertía muchísimo. Recuerdo una noche que tiró el periódico y dijo: “Bueno, de todos modos, cuando este hombre venga a Londres, voy a ir a escucharlo. Algo bueno debe tener ese hombre, o no lo criticarían tanto en los periódicos”.

Pues bien, mi padre fue a Londres al día siguiente, como había prometido, y se encontró con su amigo. Este hombre había estado en Irlanda cuando el señor Moody estuvo allí, y cuando estaba por salir de Dublín perdió su tren. Dios estuvo incluso en eso de perder el tren. Era sábado en la noche, y el hombre tuvo que quedarse hasta el domingo. Mientras caminaba por las calles esa noche, vio unos grandes carteles anunciando a Moody y Sankey, y pensó: “Voy a ir a oír a esos americanos”. Fue, y Dios se encontró con él; volvió a ir, y Dios lo convirtió. Era un hombre nuevo, y aun así, cuando mi padre escribió aquella carta, él no dijo nada sobre eso. Cuando se encontraron y fueron paseando en un coche, mi padre no habló de otra cosa que de caballos y le dijo a este hombre que, si era sabio, apostaría hasta el último centavo que tenía a ese caballo. Cuando mi padre terminó sus asuntos, volvió con este amigo y le dijo: “¿Cuánto dinero has

apostado a mi caballo?” “Nada”. Mi padre dijo: “Eres el mayor tonto que he visto; ¿no te dije qué buen caballo era?” “Pero aunque eres un tonto, ven conmigo a cenar”. Después de la cena, mi padre dijo: “Ahora, ¿a dónde vamos para divertirnos?” Su amigo dijo: “A donde sea”. Mi padre dijo: “Bueno, tú eres el invitado; tú vas a escoger adónde iremos”. “Pues iremos a escuchar a Moody”. Mi padre dijo: “Oh, no, hoy no es domingo. Vamos al teatro o a un concierto”. Pero el hombre dijo: “Tú prometiste ir a donde yo escogiera”. Así que mi padre tuvo que ir. Encontraron que el edificio estaba lleno y que no había asientos en el salón, salvo algunos lugares especiales. Este hombre sabía que nunca lograría llevar otra vez a mi padre si esa vez no entraban y se sentaban, así que se abrió paso entre la multitud hasta que llegó a uno de los miembros del comité. Le dijo: “Mire, he traído aquí a un caballero rico, muy aficionado a los deportes, pero jamás lo volveré a traer si no conseguimos asiento”. Aquel hombre los hizo entrar y los puso justo enfrente del señor Moody. Mi padre no apartó los ojos del señor Moody hasta que terminó su mensaje. Después de la reunión mi padre dijo: “Voy a venir a escuchar a este hombre otra vez. Él acaba de contar todo lo que he hecho en mi vida”. Mi padre siguió asistiendo hasta que fue convertido de una manera bien firme.

Aquella tarde mi padre estaba lleno de algo que toma posesión del corazón y de la mente de un hombre más que ninguna otra cosa: esa pasión por las carreras de caballos; y en la noche era un hombre cambiado. Era la misma piel, pero un hombre totalmente nuevo por dentro. Cuando nosotros, los muchachos, regresamos del colegio, no entendíamos qué le había pasado, pero mi padre no dejaba de decirnos que había nacido de nuevo. Nosotros pensábamos que más bien había nacido al revés, porque siempre nos preguntaba por nuestras almas, y eso no nos gustaba. Por supuesto, nos llevó a escuchar al señor Moody, y quedamos bastante impresionados, pero no fuimos convertidos.

Cuando mi padre se convirtió, por supuesto ya no podía seguir viviendo la misma vida de antes. No podía seguir asistiendo a bailes, reuniones de cartas y todo ese tipo de cosas. Su conciencia se lo decía, y le dijo al señor Moody: “Quiero ser sincero con usted. Si me hago cristiano, ¿tendré que dejar las carreras, y la caza, y la cacería de zorros, y los teatros, y los bailes?” “Pues,” dijo el señor Moody, “señor Studd, usted ha sido sincero conmigo; yo seré sincero con usted. Las carreras significan apuestas, y las apuestas significan juego, y no veo cómo un jugador puede ser cristiano. Haga las otras cosas todo lo que quiera”. Mi padre volvió a preguntar sobre el teatro y las cartas, y el señor Moody dijo: “Señor Studd, usted tiene hijos y personas a quienes ama; y ahora usted mismo es un hombre salvo y quiere que ellos también sean salvos. Dios le dará algunas almas, y tan pronto como usted haya ganado un alma ya no le importarán ninguna de esas otras cosas”. Y efectivamente, para nuestra sorpresa, vimos que a mi padre ya no le importaban ninguna de esas cosas; solo le importaba una cosa, y era ganar almas para Cristo.

Nos llevó a escuchar a Moody y a otros hombres, y cuando Moody se fue de Inglaterra, mi padre abrió su casa de campo y allí celebraba reuniones por las noches. Invitaba a ministros y hombres de negocios de Londres para que vinieran y hablaran a la gente acerca de sus almas. La gente venía de muchos kilómetros para asistir a las reuniones, y muchos fueron convertidos. Uno de estos caballeros vino a predicar un día y, cuando yo iba a salir a jugar críquet, me tomó desprevenido y me dijo: “¿Eres cristiano?” Yo dije: “No soy lo que tú llamarías un cristiano. He creído en Jesucristo desde que estaba chiquito. Por supuesto que también creo en la iglesia”. Pensé que, dándole una respuesta más o menos cercana, me lo quitaría de encima, pero él se pegó como cera y dijo: “Mira, ‘Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.’ ¿Tú crees que Jesucristo murió?” “Sí”. “¿Crees que murió por ti?” “Sí”. “¿Crees la otra mitad del versículo: ‘tenga vida eterna’?” “No,” dije, “no creo eso”. Él dijo: “¿No te parece que eres un poco inconsecuente, creyendo una mitad del versículo y no la otra mitad?” “Supongo que sí”. “Bueno,” dijo, “¿vas a ser siempre inconsecuente?” “No,” dije, “supongo que no siempre”. Él dijo: “¿Quieres ser consecuente ahora?” Vi que estaba acorralado y empecé a pensar: “Si salgo de este cuarto siendo inconsecuente, no me va a quedar mucho respeto propio”. Dije: “Sí, voy a ser consecuente”. “Pues, ¿no ves que la vida eterna es un regalo? Cuando alguien te da un regalo en Navidad, ¿qué haces?” “Lo tomo y digo: ‘Gracias’”. Él dijo: “¿Le dirás ‘Gracias’ a Dios por este regalo?” Entonces me puse de rodillas y le dije “Gracias” a Dios. Y justo en ese momento el gozo y la paz

entraron en mi alma. Supe entonces lo que era nacer de nuevo, y la Biblia, que antes me había parecido tan seca, se volvió todo para mí.

Un día, cuando yo estaba en Londres, un amigo me invitó a tomar el té con él y con su esposa, que eran cristianos. Después del té, cuando estábamos hablando de la Biblia junto al fuego, este amigo dijo: “¿Has oído de la maravillosa bendición que la señora Watson ha recibido últimamente?” Yo dije: “Pero si ella ha sido cristiana por mucho tiempo”. Él dijo: “Sí, pero ahora está muy diferente”. Yo había oído a gente hablar de recibir otras bendiciones además de la conversión, pero no lo creía. Entonces mi amigo abrió su Biblia y mostró con bastante claridad, a partir de las Escrituras, que había otras bendiciones además de la conversión. Luego dijo: “¿Tienes tú esas otras bendiciones?” Yo dije: “No, no las tengo”. Yo estaba más bien enojado, porque quería saber qué era lo que iba a hacer por Dios. Nos arrodillamos y le pedimos a Dios, de una manera muy sencilla, que nos diera todo lo que Él tenía para nosotros. Cuando regresé a mi cuarto, tomé el libro *The Christian's Secret of a Happy Life* (El secreto del cristiano para una vida feliz). Aquella noche yo hablaba en serio, y todo pareció quedar tan claro, verdades antiguas tal vez, pero que en ese momento me tomaron con fuerza. Yo sabía que Jesucristo había muerto por mí, pero nunca había entendido que, si Él había muerto por mí, entonces yo no me pertenecía a mí mismo. Redención significa “comprar de nuevo”, de modo que, si yo le pertenecía a Él, o tenía que ser un ladrón y quedarme con lo que no era mío, o tenía que entregarle todo a Dios. Cuando me di cuenta de que Jesucristo había muerto por mí, no me pareció difícil entregarle todo a Él. Me pareció simplemente una honradez común y corriente. Luego leí en el libro: “Cuando tú has entregado todo a Dios, le has dado toda la responsabilidad, además de todo lo demás. Es Dios quien es responsable de cuidar de ti, y todo lo que tú tienes que hacer es confiar. Pon tu mano en la suya, y el Señor te guiará”. Después de eso, todo pareció algo muy distinto, y en muy poco tiempo Dios me había dicho qué hacer y adónde ir. Dios no le habla primero a una persona por la cabeza; primero le habla por el corazón. Dios lo puso en mi corazón y me hizo desear profundamente ir a China.

Había muchos obstáculos en el camino. Posiblemente algunos de ustedes tengan obstáculos en su camino. No se desvíen a causa de los obstáculos. No hubo un solo pariente mío que no pensara que me había vuelto completamente loco. Mi hermano mayor, que era un verdadero cristiano, me dijo una noche: “Charlie, creo que estás cometiendo un gran error”. Yo dije: “No hay ningún error en esto”. Él dijo: “Estás fuera todas las noches en las reuniones y no ves a mamá. Yo la veo, y esto le está destrozando el corazón. Creo que estás equivocado”. Yo dije: “Vamos a preguntarle a Dios. No quiero ser terco y marcharme para allá por mi propia cuenta; solo quiero hacer la voluntad de Dios”. Fue difícil que ese hermano, que había sido de tanta ayuda para mí, pensara que yo estaba equivocado. Nos pusimos de rodillas y pusimos todo el asunto en las manos de Dios. Aquella noche no podía dormir, pero me parecía oír a alguien repetir una y otra vez este versículo: “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra”. [Salmos 2:8] Supe que era la voz de Dios hablándome. Cuando llegué a China, supe por qué Él me había repetido tantas veces ese versículo. Ganar almas allá es lo mismo que aquí, solo que más difícil. El diablo se le acerca a uno y le dice: “¿Por qué no te vas a casa? Puedes ganar más almas allí que aquí”. Pero yo había recibido órdenes de marcha para ir a China, y necesitaba que Dios me las diera igual de claras para regresar. Dios no solo lo arregló todo con mi hermano, sino que, la noche en que yo salía de casa, Dios hizo que mi madre estuviera dispuesta a que yo fuera a China.

Mi padre hizo que yo alcanzara la mayoría de edad a los veinticinco años. Yo tenía veintitrés cuando fui a China; y durante dos o tres años pareció como si Dios me mantuviera caminando de un lado a otro por ese país. Finalmente, me enviaron a una estación donde había habido un motín. Todas las casas de los misioneros habían sido derribadas, y ellos habían sido enviados fuera; pero el cónsul británico estaba allí, aunque casi lo habían matado. Cuando un amigo y yo llegamos a ese pueblo, pensamos mantener la posición. Cuando el cónsul nos vio, fue como si hubiera visto a un par de fantasmas. Dijo: “¿Cómo han llegado aquí? Hay guardias en cada puerta de la ciudad para impedir que entre cualquier diablo extranjero”. Le dijimos que Dios nos había traído y le explicamos para qué habíamos venido. Él dijo: “No; no pueden quedarse aquí; puedo darles un pasaporte río arriba o río abajo, pero aquí no se permite ningún extranjero,

excepto yo”. Al poco rato dijo: “Si quieren quedarse en esa choza de allá, pueden hacerlo; pero no hay lugar más que para uno”. Entonces empezamos a discutir cuál de los dos se quedaría. Mi amigo iba a casarse y yo no, pero él quería quedarse. Por último, el cónsul nos invitó a cenar, y en medio de la cena se volvió hacia mí y dijo: “Studd, ¿te quedarás conmigo?” Eso resolvió el asunto. Yo no sabía por qué Dios me había enviado a ese lugar hasta algún tiempo después.

Un día, cuando estaba leyendo la armonía de los Evangelios, llegué al pasaje donde Cristo habló con el joven rico. Entonces Dios pareció recordarme todos los votos que yo había hecho. Unos días después, el correo, que llegaba solo cada medio mes, trajo cartas del abogado y del banquero para mostrarme de qué me había hecho heredero. Entonces Dios me hizo sencillamente honrado y me dijo lo que tenía que hacer. Entonces aprendí por qué me habían enviado a ese lugar en particular. Yo necesitaba redactar documentos otorgando un “poder legal”, y para eso necesitaba la firma de uno de los oficiales de su Majestad. Fui a ver a este cónsul y, cuando vio el documento, dijo: “No lo voy a firmar. No sabes lo que estás haciendo”. Finalmente dijo que me daría dos semanas para pensarlo y que, si después de ese tiempo yo seguía queriendo, él lo firmaría. Se lo llevé al final de las dos semanas y él lo firmó, y todo ese dinero fue enviado.

Dios ha prometido dar cien veces más por todo lo que le damos a Él. Cien veces más es un porcentaje maravilloso; es diez mil por ciento. Dios comenzó a devolverme el ciento por uno de una manera admirablemente rápida. No mucho tiempo después de esto fui enviado a Shanghái. Mi hermano, que había estado muy enfermo, había vuelto completamente al mundo otra vez. Por causa de su salud, los doctores lo enviaron a dar la vuelta al mundo buscando mejoría. Él pensó que solo haría una breve parada en Shanghái para verme. Dijo que no se iba a quedar mucho tiempo, porque tenía muchísimo miedo de “volverse demasiado religioso”. Reservó su camarote para ir a Japón casi para el día siguiente de su llegada. Pero Dios pronto le dio tanta religión como podía soportar, y canceló ese pasaje a Japón y se quedó conmigo seis meses. Cuando vi a ese hermano firmemente convertido, dije: “Esto es diez mil por ciento y más”.

Capítulo 22 El Tabernáculo en el Desierto: ¿Existió?

Una pregunta sobre la veracidad o falsedad de toda la teoría de la alta crítica

Por David Heagle, Doctor en Filosofía, Doctor en Teología

Profesor de Teología y Ética en Ewing College

Traductor de las *Bremen Lectures*; autor de *Moral Education*, *That Blessed Hope*, etc.

Introducción

La cuestión de si el antiguo tabernáculo mosaico realmente existió o no es de mucha mayor importancia de lo que la mayoría de las personas imagina. Es así, particularmente, por la íntima conexión que existe entre él y la verdad o falsedad de la teoría de la alta crítica en general. Si esa teoría es todo lo que los críticos afirman que es, entonces, por supuesto, el tabernáculo no tuvo existencia; y esta es la opinión sostenida por al menos la mayoría de los críticos. Pero si, por otro lado, el antiguo tabernáculo mosaico realmente existió, y la historia de él tal como se da en la Biblia no es, como los críticos afirman, simplemente una ficción, entonces el sistema de la alta crítica no puede ser verdadero.

La pregunta, por lo tanto, que ha de tratarse en las siguientes páginas, a saber, si el tabernáculo mosaico realmente existió o no, es ciertamente de gran y vasto alcance en su significado; significado que se hará más y más evidente a medida que la discusión avance. Con esta breve introducción tomamos el tema; añadiendo solamente, además, que este artículo fue originalmente preparado como un folleto, en cuya forma contenía una cantidad considerable de material que no aparece aquí.

La Discusión

Una peculiaridad de la alta crítica es lo que puede llamarse su audacia sin límites para atacar e intentar destruir muchos de los hechos más sólidamente establecidos de la Biblia. No importa con cuánta cantidad de evidencia cualquier hecho particular de la Escritura pueda ser demostrado, si sucede que se opone a alguna de las nociones más fundamentales de la hipótesis crítica, ese hecho tiene que desaparecer como indigno de ser aceptado por la llamada “ciencia”; o, en todo caso, se hace entrar en juego todo el conjunto de dudas e imaginaciones críticas, con el fin de arrojar sospechas sobre él, o deshacerse de él de alguna manera.

I. El Lado Bíblico de la Cuestión

Una ilustración notable de tal procedimiento la proporciona el trato peculiar que los críticos dan a aquella antigua estructura religiosa que, habiendo sido construida por Moisés cerca del monte Sinaí, se llama usualmente el tabernáculo, o el tabernáculo en el desierto. Que tal estructura no solo existió, sino que durante unos quinientos años fue un objeto muy conspicuo en la historia del antiguo Israel, es un hecho al que la misma Biblia presta no poca cantidad de evidencia. Por ejemplo, se hallan en el libro de Éxodo unos trece capítulos dedicados a una descripción minuciosa del plano y la construcción de ese edificio. Luego, como explicación de los servicios del tabernáculo, su dedicación, los medios de transporte, la obra de los sacerdotes y levitas hasta cierto punto, y varios otros asuntos relacionados con la estructura, pueden citarse todo el libro de Levítico con unos diez capítulos de Números. Además, esparcidas por todo el Antiguo y el Nuevo Testamento hay muchas alusiones y referencias —algunas de ellas meramente incidentales, pero otras de carácter más histórico— que todas contribuyen a establecer la historicidad del tabernáculo. Y, finalmente —lo cual es quizá el testimonio más convincente de todos— se nos da en el Nuevo Testamento un libro entero, la Epístola a los Hebreos, que se ocupa especialmente de explicar, desde un punto de vista cristiano, la tipología y el significado religioso de aquel antiguo edificio.

II. La Opinión de los Altos Críticos

Con tanta evidencia, por lo tanto, que puede aducirse aun de las Escrituras mismas en apoyo de la historicidad del tabernáculo, se pensaría que se requiere por lo menos cierto valor literario, por no decir una audacia presuntuosa, para que cualquier individuo o clase de hombres ataque, con la expectativa de derribar, un hecho tan sólidamente establecido como parecería serlo el de la real existencia del tabernáculo. No obstante, por difícil que tal tarea pueda parecer, los críticos no han vacilado en emprenderla con el mayor vigor. Según su opinión, toda la historia del tabernáculo, tal como se registra en la Biblia, es simplemente una ficción o, más propiamente hablando, una falsificación literaria: una invención producida quizá por algunos de aquellos escribas sacerdotales que regresaron con Esdras del exilio babilónico; su propósito especial al idear tal historia habría sido ayudar en la introducción de un nuevo ritual del templo en Jerusalén, o quizá también glorificar el pasado lejano en la historia de los israelitas. (Según lo explicado por Nöldeke, otro propósito de esta falsificación fue “dar preexistencia al templo y a la unidad de culto”. Pero esto está virtualmente incluido en los dos propósitos mencionados arriba).

III. La Cuestión Expuesta Más Plenamente

Así se nos presentan dos opiniones muy diferentes y opuestas respecto a la existencia del tabernáculo. Una de ellas, que es la opinión de por lo menos la mayoría de los altos críticos, es que esta antigua estructura nunca existió en absoluto; mientras que, por otro lado, la concepción ortodoxa y bíblica es que no solo en los días de Moisés, sino mucho después, este edificio tuvo una historia sumamente interesante e importante. ¿Cuál, entonces, de estas dos doctrinas tan diferentes estamos dispuestos a aceptar?

IV. Importancia de Esta Discusión

1. Sea cual sea de las dos opiniones la que aceptemos, es cierto que una discusión seria, como la que esperamos realizar, de la cuestión ya planteada, es algo de no poca importancia. Tal discusión es importante, ante todo, por la luz que arrojará sobre toda la historia del primer pueblo escogido de Dios: los israelitas. Por lo menos nos dirá algo acerca de la clase de civilización que este antiguo pueblo debió de tener; y más particularmente nos dirá si esa civilización era, como la representan los altos críticos, muy baja en la escala, o si estos israelitas ya habían alcanzado un buen grado de progreso en todas las artes, disciplinas y ramas de conocimiento que suelen pertenecer a un estado de civilización moderadamente elevado. Seguramente, entonces, hay al menos algún beneficio que obtener del estudio que tenemos delante.

2. Pero otra ventaja que resultará de este mismo estudio es que nos ayudará a resolver un problema histórico algo curioso, pero a la vez importante; a saber, si, como cuestión de historia, el templo precedió al tabernáculo, como afirman los altos críticos, y, por lo tanto, el tabernáculo debe considerarse solo “una copia diminuta” del templo; o, por el contrario, si, como enseña la Biblia, el tabernáculo vino primero, y de ahí que el templo fue, en su construcción, modelado según el tabernáculo. Es cierto que, a primera vista, esta no parece ser una cuestión muy importante; sin embargo, cuando se consideran las conexiones históricas, literarias y de otra índole que implica, se convierte después de todo en una cuestión de no poca significación.

3. Pero el interés más decisivo y, por lo tanto, el más significativo que tenemos en una discusión de la cuestión propuesta es la relación que ésta tiene con la verdad o falsedad de la alta crítica. Como saben las personas familiarizadas con ese peculiar método de estudiar la Biblia, uno de sus principales argumentos es que toda la ley levítica o ceremonial —es decir, la ley del culto, registrada especialmente en Éxodo, Levítico y Números— no se originó, o por lo menos no apareció, sino hasta cerca del final del exilio babilónico, o aproximadamente en la época en que Esdras aparece por primera vez en la historia judía. Al trasladar así toda esa parte del Pentateuco a través de los siglos, desde el tiempo de Moisés hasta el tiempo de Esdras, los críticos pueden no solo negar la autoría mosaica de esta literatura pentateuca, sino también

construir un sistema propio mediante el cual todos los distintos “documentos” en que acostumbran dividir el Pentateuco puedan ponerse juntos formando una especie de todo; cada documento particular siendo señalado y designado según la fecha, autoría y otras peculiaridades que ellos suponen que le pertenecen. Además, de esta manera el Pentateuco queda completamente despedazado, y en lugar de ser realmente un todo orgánico y conectado, como el mundo ortodoxo siempre lo ha concebido, mediante este peculiar método de la alta crítica se transforma en un simple mosaico, una cosa desarticulada, que no tiene más autoridad divina ni inspiración ligada a ella que cualquier otra pieza de literatura humana que haya llegado a existir por la ley de la evolución.

Tal, sin embargo, es exactamente lo que los críticos harían del Pentateuco, y en verdad de mucho más en la Biblia, si pudieran salirse con la suya.

Pero ahora supongamos que, después de todo, el antiguo tabernáculo mosaico sí existió realmente, ¿qué efecto tendría eso sobre el éxito de la hipótesis crítica? Frustraría absolutamente todo intento de llevar esa hipótesis a un resultado exitoso. Tal sería necesariamente el resultado porque, en primer lugar, si aquella porción del Pentateuco que contiene la ley ceremonial o levítica se traslada al tiempo de Esdras, el antiguo tabernáculo, para cuyos servicios fue diseñada esa ley, debe necesariamente trasladarse con ella. Pero luego, en segundo lugar, un tabernáculo realmente existente tan abajo en los siglos, es decir, mucho tiempo después de que el templo de Jerusalén había sido construido y era considerado por los judíos como su gran lugar central de adoración, habría sido no solo una curiosidad arquitectónica, sino un anacronismo tal que difícilmente podría atribuirse ni a la imaginación crítica el haberlo ideado o aceptado.

La única manera, por lo tanto, que les queda a los críticos, si aún han de aferrarse a su teoría, es hacer precisamente lo que han emprendido; es decir, borrar o destruir el tabernáculo como una realidad existente, presentando toda la historia de él, tal como aparece en la Biblia, como una ficción. Esto es lo que realmente han intentado.

Pero al hacerlo así, los críticos deben, después de todo, confesar que el fundamento sobre el cual edifican es muy inseguro, porque no es más que una suposición. Si, por consiguiente, en oposición a tal suposición, este artículo logra demostrar que el antiguo tabernáculo mosaico existió realmente, entonces queda removido de inmediato el sostén de la hipótesis crítica, y el edificio entero, con todos sus muchos pisos, debe derrumbarse. Y si todo esto es verdad, entonces no es exagerado decir, como se afirma en el subtítulo de este artículo, que toda la verdad o falsedad del sistema crítico depende de lo que pueda demostrarse respecto a la no existencia o existencia del tabernáculo.

Y así, además, se pone de manifiesto la enorme importancia de la discusión que hemos emprendido.

V. Citas de los Altos Críticos

Pero ¿qué dicen los mismos altos críticos con respecto a este asunto de la verdadera existencia del tabernáculo? Citando solo a unos pocos de ellos, Wellhausen, por ejemplo, que es el gran corifeo de la doctrina de la alta crítica, escribe lo siguiente: “El templo, que en realidad no fue construido hasta el tiempo de Salomón, es considerado por este documento (el llamado Código Sacerdotal) como tan indispensable, aun para los días agitados del desierto antes de la ocupación, que se le hace portátil, y en forma de tabernáculo se lo levanta al principio mismo de las cosas. Porque la verdad es que el tabernáculo es una copia, no el prototipo, del templo de Jerusalén” (*Proleg.*, trad. ingl., p. 37). Así también Graf, que precedió a Wellhausen en los trabajos de alta crítica, afirma que el tabernáculo es solo “una copia diminuta del templo”, y que “todo lo que se dice sobre esta estructura en los libros centrales del Pentateuco no es más que una adición posexilica”. Una vez más, para escuchar a una autoridad más reciente, el Dr. A. R. S. Kennedy, en el Diccionario de la Biblia de Hastings, tiene estas palabras: “La actitud de la erudición moderna del Antiguo Testamento hacia la legislación sacerdotal tal como hoy está formulada en el

Pentateuco, y en particular hacia aquellas secciones que tratan del santuario y su culto, es contraria a la historicidad del tabernáculo de P (es decir, el antiguo) tabernáculo (mosaico). La misma representación, o una similar, la da Benzinger en la *Encyclopaedia Biblica*; y, de hecho, esta es, y necesariamente debe ser, la actitud de todos los altos críticos consecuentes respecto al asunto que consideramos. Porque no les sería posible a los partidarios de la teoría crítica admitir que allá, en los antiguos tiempos mosaicos, el tabernáculo, con todo su elaborado ritual y con las elevadas ideas morales y espirituales que encerraba, haya podido existir; porque eso equivaldría a admitir la falsedad de su propia doctrina. Por consiguiente, con una sola voz, todos, o casi todos los críticos, proclaman firmemente que no debe permitirse ninguna historicidad al tabernáculo de Moisés.

VI. Ciertas Grandes Presunciones

Pasando, entonces, a la discusión misma de nuestro tema, podría decirse, en primer lugar, que hay ciertas grandes presunciones que se oponen a que aceptemos como verdadera la teoría de la alta crítica.

1. Una de estas presunciones es que toda esta hipótesis crítica se basa en la suposición de que lo que la Biblia nos dice acerca de la existencia real del tabernáculo no es verdad, o, en otras palabras, que en gran parte de su enseñanza la Biblia habla falsamente. ¿Podemos creer eso? De ningún modo, mientras tengamos una verdadera apreciación del elevado sistema de verdad moral que se enseña en este libro maravilloso que, más que cualquier otro jamás producido, ha enseñado al mundo entero la honradez común, ya sea en el trabajo literario o en otros actos. Por lo tanto, decimos, respecto a todo este asunto de que la Biblia hable falsamente: *¡Judaesus Apella credat, non ego!* ¡Que los altos críticos lo crean si quieren, pero ciertamente no nosotros!

Robert Burns tiene un poema en el que dice acerca de la mentira en general:

“Algunos libros son mentiras de principio a fin,
y algunas grandes mentiras nunca fueron escritas;
incluso ministros, han sido conocidos,
en santo éxtasis,
dirigiéndose con entusiasmo,
y clavarlo con las Escrituras”.

Seguramente, los altos críticos no querrán rebajar nuestras Santas Escrituras cristianas al nivel de un libro que no tiene verdad alguna de principio a fin; y, sin embargo, hay que confesar que una seria tendencia de su teoría es disminuir grandemente la credibilidad general de este volumen sagrado.

2. Pero otra presunción que se opone a la veracidad de esta alta crítica es que hace que todas las edades civilizadas, desde Esdras hasta el presente, hayan estado tan completamente faltas tanto de conocimiento histórico como de sagacidad literaria, que, excepto unos pocos altos críticos, nadie jamás haya sospechado que el mundo entero estaba siendo engañado por este relato falso de la verdadera existencia del tabernáculo; cuando, si se dijieran los hechos, todas esas numerosas edades no solo habrían sido engañadas ellas mismas, sino que también habrían sido instrumentos, una tras otra, para propagar esa misma antigua mentira a través de los siglos. De nuevo decimos: *¡Judaesus Apella credat, non ego!* Las pretensiones de los altos críticos de poseer una sabiduría y conocimiento mayores que los de todo el resto del mundo son muy bien conocidas; pero esta ilustración de tal peculiaridad nos parece, por así decirlo, el colmo.

3. Y aquí, si quisiéramos ir más lejos, podría mostrarse que, si esta doctrina peculiar es verdadera, entonces el Salvador y todos sus apóstoles estaban equivocados. Porque ciertamente Cristo (véase Mt. 12:3-4) y quizá todos los apóstoles sin excepción, creían en el tabernáculo como una realidad existente; y uno de los apóstoles, o al menos un escritor apostólico, fue tan lejos, en el libro de Hebreos, como para componer lo

que puede llamarse un comentario extenso e inspirado sobre aquella estructura sagrada —sobre sus departamentos, muebles, sacerdocio y servicios—, sacando en particular, desde un punto de vista cristiano, el rico significado típico de todas esas cosas. Ahora bien, que todos esos hombres inspirados y el mismo Salvador hayan sido engañados, o que hayan intentado engañar a otros respecto a un asunto importante de la historia del Antiguo Testamento, es algo realmente increíble.

VII. Evidencia Externa

1. Aquí deseamos introducir algunas consideraciones de otra naturaleza. Existe, aun fuera de la Biblia, una pequeña cantidad de evidencia en apoyo de la existencia del tabernáculo, y aunque ya hemos aludido a parte de este testimonio bajo el título de presunciones favorables, vale la pena repetirlo, o más bien considerarlo con mayor detalle. Ahora bien, según entendemos esta evidencia, consiste, en primer lugar, en varias referencias o incluso descripciones completas del tabernáculo como una realidad existente, las cuales se hallan en escritos muy antiguos, algunos de ellos bastante distintos de nuestras Escrituras cristianas. Es cierto que gran parte de esta literatura está copiada, de una manera u otra, de la Biblia, y que ninguno de esos escritos se remonta en el tiempo tan atrás como los libros más antiguos del Antiguo Testamento; y, sin embargo, como veremos, algunos de ellos son muy antiguos, lo suficiente como para darles un cierto peso confirmatorio en apoyo de lo que la Biblia dice acerca del asunto en cuestión.

El primer testimonio de esta clase al que aludimos es una descripción completa del tabernáculo en todas sus partes, servicios, sacerdocio e historia, casi igual a la que se encuentra en nuestras Biblias modernas, y que puede hallarse en la primera traducción que jamás se hizo del Antiguo Testamento, es decir, la Septuaginta. Esta traducción apareció unos dos o tres siglos antes del tiempo de Cristo, y por lo tanto debe constituir una evidencia bastante buena, por lo menos en cuanto a lo que sus contemporáneos, o aquellos tiempos tan lejanos, consideraban que era la verdad en relación con el asunto ante nosotros. Luego, otro testimonio semejante proviene de los libros apócrifos griegos del Antiguo Testamento, obra que apareció, o al menos en su mayor parte, antes del tiempo de Cristo; en esta producción se hallan varias alusiones al tabernáculo, y todas ellas lo presentan como algo realmente existente; por ejemplo, en Judit 9:8; Sabiduría 9:8; Eclesiástico 24:10, 15; y 2 Macabeos 2:5. Además, en sus Antigüedades, Josefo, que escribió hacia finales del primer siglo, da otra descripción completa de aquella antigua estructura en todas sus partes, incluyendo también algo de su historia. (Ver *Antiquities*, Bk. III., Chs. VI. a XII.; también Bk. V., Ch. I, Sec. 19; Ch. II, sec. 9; Cap. X., sec. 2; BK. VIII., cap. IV., sec. 1.) Y, finalmente, en esa vasta colección de antiguas tradiciones, comentarios, leyes, especulaciones, etc., de los judíos, que lleva el nombre de Talmud, se hacen no pocas referencias a esa misma antigua estructura; y uno de los tratados (parte de la Bereita)* en esa colección está dedicado exclusivamente al estudio de este edificio.

* (La Bereita (o Baraitha) es una parte apócrifa del Talmud; pero es muy antigua y contiene, en general, tradición de la misma clase que la recopilación hecha por Jehudah ha-Nasí, la cual suele considerarse la Mishná genuina, o base del Talmud).

Con tanta literatura, por tanto, de una clase u otra, toda ella diciéndonos algo sobre el tabernáculo, y toda o por lo menos la mayor parte remontándose en su origen a tiempos muy cercanos a aquellos en que se escribió al menos la última parte del Antiguo Testamento, tenemos en estas diversas fuentes, consideradas como un conjunto, si no un testimonio independiente o directo de la existencia del tabernáculo, ciertamente algo que apunta claramente en esa dirección. O, en otras palabras, puesto que estos antiguos escritos, que contienen las diversas referencias y descripciones mencionadas, existieron en épocas tan cercanas a los tiempos del Antiguo Testamento, debieron de estar familiarizados con las mejores tradiciones de su día respecto a lo que se enseña en aquella parte de nuestra Biblia; y, por lo tanto, debieron de saber más sobre la verdad de las cosas relacionadas con el tabernáculo y su existencia real que lo que pudieran saber cualesquiera autoridades que existan en estos tiempos tardíos nuestros. O, en todo caso, sabían más sobre

esos asuntos que cualquiera de las meras conjeturas especulativas de los modernos altos críticos puede saber, o está en condiciones de saber.*

* (El valor de esta evidencia es, por supuesto, solo el que pertenece a la tradición; sin embargo, debe recordarse que esta tradición es escrita, y se remonta hasta cerca de los tiempos del Antiguo Testamento. Además, podría demostrarse que este mismo tipo de tradición escrita se remonta, a través de los últimos libros del Antiguo Testamento, por lo menos de manera indirecta, hasta los días de Esdras; quien ciertamente debería saber si, como dicen los críticos, la historia del tabernáculo, como hecho histórico, fue inventada en su propia época y generación. Pero, puesto que Esdras no nos dice nada sobre ese asunto, es lógico que, tal como ha sido reportado desde entonces por esta larga línea de tradición, en su mayor parte de carácter positivo, nunca se produjo tal invención, sino que el relato es sencillamente una narración de hechos reales. En todo caso, como se dice en el texto, es mucho más probable que esta antigua y prolongada tradición sea correcta en lo que afirma, que lo sean las negaciones de los altos críticos).

2. Pero hay otro tipo de evidencia, de esta naturaleza externa, que es más directa e independiente, y por lo tanto más significativa en cuanto a la existencia del tabernáculo. Esa evidencia es lo que podemos llamar la contribución arqueológica a nuestro argumento. Parte de ella se dará más adelante; pero aquí simplemente llamaremos la atención, primero, al hecho de que en toda la región del monte Sinaí pueden verse por lo menos algunas evidencias de la posible presencia allí, tal como se registra en la Biblia, de los israelitas en el tiempo en que construyeron el tabernáculo. (véase Apéndices) Además, se han hecho recientemente algunos descubrimientos en la Tierra Santa relacionados con los diferentes lugares donde la Biblia ubica el tabernáculo durante el largo período de su historia en ese país, descubrimientos que, por decir lo mínimo, no contradicen, sino que más bien confirman las declaraciones bíblicas.

Uno de esos descubrimientos, como lo llamaremos, está relacionado con una exploración más completa, hecha recientemente, de aquel antiguo sitio donde, durante unos 365 años, según la tradición judía, estuvo el antiguo tabernáculo mosaico, y donde pasó las experiencias más interesantes de su historia en la Tierra Santa. Ese sitio era, como es bien sabido, la pequeña ciudad de Silo, ubicada cerca de la vía principal que subía de Betel a Siquem. En el año 1873, el Fondo de Exploración de Palestina de Inglaterra, por medio de algunos de sus agentes, hizo un examen minucioso de ese antiguo lugar, y entre otras ruinas muy interesantes se encontró un sitio que el coronel Charles Wilson cree que es precisamente el lugar donde, una vez y por tanto tiempo, estuvo el tabernáculo. Ese lugar particular está al norte de un “tell”, o montículo, más bien bajo, sobre el cual se encuentran las ruinas; y, copiando de la descripción del coronel Wilson, este tell “desciende hacia una especie de hombro ancho, a través del cual se ha cortado una especie de patio local de 77 pies de ancho y 412 pies de largo. La roca está en algunos lugares cortada en vertical hasta una altura de cinco pies, y a lo largo de los lados hay varias excavaciones y unas cuantas cisternas pequeñas”. Este es el lugar donde, según piensa el coronel Wilson, estuvo realmente el tabernáculo mosaico; y como confirmación de su conclusión añade que este sitio es el único, entre los relacionados con las ruinas, que es lo suficientemente grande como para albergar un edificio con las dimensiones del tabernáculo. Por lo tanto, su juicio es que “no es improbable” que este lugar haya sido originalmente “preparado” como un sitio para esa estructura.

Ahora bien, si el juicio general de los hombres, ya sea en el presente o en el futuro, coincidirá con el del coronel Wilson en cuanto al asunto en cuestión, no lo sabemos; pero simplemente repetiremos las palabras del coronel Wilson y diremos que no es improbable que este sitio, tal como se ha indicado, sea un verdadero descubrimiento del lugar donde una vez estuvo el antiguo tabernáculo. No necesitamos detenemos más en este punto, sino solo observar que si las mismas ruinas del antiguo tabernáculo, por lo menos en lo que respecta a su sitio, todavía pueden verse, eso ciertamente debería constituir una evidencia bastante sólida de que este edificio existió alguna vez.

VIII. Evidencias Bíblicas Positivas

Pero, pasando ahora a las evidencias más positivas y concluyentes respecto al asunto que consideramos, podemos observar que éstas consisten particularmente en varios datos históricos esparcidos por todo el Antiguo Testamento; y tan numerosas y claras en su testimonio son estas referencias, que parecen probar, más allá de toda posibilidad de duda, que el antiguo tabernáculo mosaico realmente existió.*

* (Según el obispo Hervey, en sus *Lectures on Chronicles* (p. 171), se menciona el tabernáculo unas dieciocho veces en los libros históricos posteriores al Pentateuco —es decir, en Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, y 1 y 2 Crónicas—; y en el mismo Pentateuco, que los altos críticos de ningún modo han demostrado que sea antihistórico, se menciona esa estructura más de ochenta veces).

1. Testimonio de Primer Libro de Reyes

Cumpliendo, pues, con ese requisito, al menos en parte, comenzamos nuestra investigación con el primer libro de los Reyes. Esta es una pieza de literatura contra cuya antigüedad y credibilidad general los críticos no pueden levantar ninguna objeción válida; por lo tanto, debe considerarse una evidencia particularmente sólida. Además, podría decirse de este libro que, habiendo sido probablemente compuesto a partir de los primeros registros de la corte, tal como eran llevados por los distintos reyes de Judá e Israel, esos documentos originales, o por lo menos algunos de ellos, nos llevan directamente a los mismos tiempos de Salomón y David, o al período en que, como pronto veremos, el tabernáculo mosaico aún estaba en pie en Gabaón. Este fue también, puede observarse, el período general durante el cual el tabernáculo, habiendo sido desarmado, fue trasladado de Gabaón y guardado en el templo de Salomón en Jerusalén; y es al relato de esta traslación al que, antes que nada, se dirige nuestra atención.

En 1 Reyes 8:4 leemos: “Y llevaron el arca de Jehová, y el tabernáculo de reunión, y todos los utensilios sagrados que estaban en el tabernáculo; los llevaron los sacerdotes y los levitas”. Una lectura meramente superficial de estas palabras da la impresión de que el “tabernáculo de reunión” que fue llevado desde algún lugar por los sacerdotes y levitas no era otra cosa que el antiguo tabernáculo mosaico; y en cuanto al lugar de donde fue llevado, eso no se nos dice en las Escrituras; pero una comparación de pasajes (véanse 2 Crónicas 1:3; 1 Reyes 3:1, 4) parecería indicar que el tabernáculo fue transportado primero desde Gabaón al monte Sion, donde en ese momento estaba el arca del pacto, y luego fue, con otras cosas sagradas, llevado al monte Moriah, donde fue colocado en el templo.

Todo esto parece suficientemente claro; solo que ahora surge la pregunta de si, después de todo, se trataba realmente de la antigua estructura mosaica o de alguna otra tienda, como, por ejemplo, aquella que David levantó en Jerusalén y que parece haber estado todavía en existencia en ese tiempo (véanse 2 Samuel 6:17; 7:2; 1 Crónicas 15:1; 16:1; cf. 1 Reyes 1:39). La mayoría de los críticos, incluso Wellhausen, están de acuerdo en que las palabras “tabernáculo de reunión” (*ohel moed*), tal como se usan en este y en varios otros pasajes de la Escritura, realmente significan la antigua estructura mosaica; y una razón de que así lo sostengan es que esas palabras forman una especie de expresión técnica mediante la cual esa antigua estructura era comúnmente, o por lo menos con frecuencia, designada en la Biblia.* Solo otro término se usa con tanta frecuencia para indicar esa estructura; este otro término es, en hebreo, *mishkan*, que suele traducirse en nuestras versiones castellanas “tabernáculo” y significa “morada”.

* (Las palabras *ohel moed* parecen haberse usado primero para designar la tienda más pequeña —véase p. 37 con la nota al pie— que Moisés usaba como lugar de comunión entre Jehová y su pueblo; de ahí que se la llamara “tabernáculo de reunión”. Pero después, cuando el tabernáculo regular llegó a ser ese lugar, las palabras se aplicaron también a esa estructura).

Ahora bien, si esta interpretación de esas palabras es correcta, parecería que ya hemos alcanzado la meta de nuestro esfuerzo. Es decir, hemos encontrado realmente el tabernáculo en existencia. Existió, como una

realidad indiscutible, en los tiempos de David y Salomón, o por lo menos en los de Salomón; y una prueba positiva de este hecho son las palabras que acabamos de citar de 1 Reyes 8:4.

Pero los altos críticos, especialmente Wellhausen, no se dejan atrapar tan fácilmente por una admisión relativa a la interpretación de las palabras; porque, aunque Wellhausen concede que la expresión “tabernáculo de reunión” significa lo que hemos indicado, sin embargo se las ingenia para anular su verdadero valor afirmando que, en este pasaje, esas palabras son una interpolación, o que no pertenecen al texto hebreo original. Sin embargo, ni él ni ningún otro alto crítico ha podido hasta ahora presentar alguna autoridad textual que apoye tal afirmación; solo intentan argumentar el asunto a partir de evidencia interna. Pero la evidencia interna por sí sola, y especialmente una evidencia tan débil de ese tipo como la que los críticos han podido aducir en este caso, es insuficiente para establecer el resultado que desean. Además, esas palabras, “tabernáculo de reunión”, se hallan ciertamente en nuestro texto hebreo actual, así como también en la versión de la Septuaginta; y siendo así ambas cosas, no es nada probable que el *ipse dixit* de Wellhausen logre cambiarlas. Siendo este el caso, podemos concluir que la estructura que fue llevada por los sacerdotes y levitas al monte Moriah y guardada en el templo fue realmente el antiguo tabernáculo mosaico.

Citamos solo otro pasaje de este primer libro de los Reyes. Es parte del relato de cómo Salomón fue a Gabaón y ofreció sacrificios allí. Las palabras se encuentran en 1 Reyes 3:4 y dicen así: “E iba el rey a Gabaón, porque aquel era el alto principal, y sacrificaba allí”. Luego, en el versículo 2 de este mismo capítulo, la conducta del rey al ir a Gabaón se explica aún más con la declaración de que el pueblo sacrificaba en los lugares altos porque “no había casa aún edificada al nombre de Jehová, hasta aquellos días”. Los “días” aquí indicados son, como se explica en el versículo anterior, aquellos en que “Salomón acabó de edificar su casa, y la casa de Jehová”; y el pasaje entero significaría entonces que, al menos, una de las razones por las que Salomón ofreció sacrificio en Gabaón fue porque ese era el modo acostumbrado entre el pueblo. Ellos ofrecían sacrificios en los lugares altos antes de que se construyera el templo en Jerusalén, pero no ordinaria o legítimamente después.

Luego se indica otra razón por la cual Salomón fue especialmente a Gabaón: porque este era el “alto principal”. El por qué se le llamó así debió de deberse a algún hecho o circunstancia especial relacionada con él; y entre las explicaciones dadas ninguna parece tan natural ni armoniza tan bien con otras enseñanzas de la Escritura como la sugerencia de que esa distinción se aplicó a Gabaón porque allí todavía estaba el antiguo tabernáculo mosaico, con el altar de bronce. Eso ciertamente sería razón suficiente para atribuirle una eminencia particular a este, de entre todos los muchos lugares altos que en aquel tiempo parecen haber existido en la tierra santa. En consecuencia, Salomón fue a Gabaón y ofreció sacrificios allí; y luego leemos que, en la noche siguiente a este acto de adoración, el rey tuvo un sueño en el cual Jehová se le apareció y le hizo promesas extraordinarias.

Ahora bien, esta aparición de Jehová en Gabaón es realmente otra razón para creer que el tabernáculo estaba ubicado en ese lugar. Porque no es de suponerse que algún escritor judío, escribiendo después de haber sido edificado el templo (época en que se puso por escrito este relato del sueño de Salomón), permitiera que se dijera que el gran Dios de los israelitas, que aborrecía la idolatría, hizo una revelación extraordinaria y graciosa de sí mismo en cualquiera de los lugares altos comunes de la tierra santa, semipaganos y en gran parte dedicados al servicio de ídolos, como estos lugares lo eran generalmente.

Pero si hay que admitir que el tabernáculo estuvo realmente en Gabaón, entonces todo se aclara: tanto el por qué Salomón fue allí a ofrecer sacrificios, como el por qué Jehová hizo en ese lugar una revelación misericordiosa de sí mismo; y también el por qué ese, de todos los lugares altos de la Tierra Santa, fue llamado enfáticamente “el principal”. Entonces, además, podría decirse que hemos demostrado ciertamente la existencia del tabernáculo, no solo como lo enseña este pasaje de primer libro de Reyes, sino también el otro que hemos considerado.

2. Testimonio de Crónicas

Pero, pasando ahora a los dos libros de Crónicas, encontramos allí varios pasajes que enseñan, de la manera más clara y positiva, que el tabernáculo existía en Gabaón no solo en el tiempo de Salomón, sino también antes. Debe recordarse que estos dos libros de Crónicas son realmente una especie de comentario, o una ampliación, sobre Samuel y Reyes. Tal es la opinión de muchos eruditos competentes; y una razón de que así lo sostengan es que, evidentemente, los libros de Samuel y Reyes estuvieron entre las principales fuentes de las cuales el autor de Crónicas obtuvo su información; aunque debe reconocerse también que utilizó otras fuentes además de las mencionadas.

Escribiendo, pues, en una fecha algo distante, digamos uno o dos siglos después del momento en que se hizo la composición final, o redacción, de Reyes y Samuel,* y sin duda teniendo a su disposición una cantidad considerable de tradición, además de sus fuentes escritas, el Cronista debió de estar en muy buenas condiciones para escribir lo que puede considerarse como un comentario interpretativo, no solo sobre los libros de Samuel, sino también sobre el primer libro de los Reyes, de los cuales hemos mencionado ya dos pasajes. Si así fue, y los dos libros de Crónicas han de entenderse como dándonos cierta información adicional acerca de lo que se halla en Reyes, entonces las referencias históricas en 1 Reyes que hemos examinado vienen a ser, por así decir, iluminadas y fortalecidas en su carácter positivo cuando se las considera junto con Crónicas.

* (Los críticos afirman que todos los libros históricos del Antiguo Testamento fueron revisados durante el exilio; y, según las mejores autoridades, Crónicas fue compuesto poco después del dominio persa, alrededor del 330 a. C. Si escogemos, entonces, aproximadamente la mitad del período del exilio (586–444 a. C.) como fecha para la revisión final de Reyes y Samuel, esto situaría la composición de Crónicas cerca de 200 años después de esa revisión. Pero, por supuesto, Samuel y Reyes fueron originalmente compuestos, o compilados, en una fecha mucho más temprana; el primero apareció probablemente hacia el 900 a. C., y el segundo hacia el 600 a. C.).

Por ejemplo, en 1 Reyes se nos dijo que Salomón fue a Gabaón y ofreció sacrificios allí, porque “aquel era el alto principal”; pero ahora, en 2 Crónicas 1:3, se nos explica todo: tanto cómo llegó Gabaón a ser llamado así, como cuál fue la razón especial de Salomón para ir allí a ofrecer sacrificios. Fue, según se enseña muy claramente aquí en Crónicas, porque “el tabernáculo de reunión de Dios, el que Moisés siervo de Jehová había hecho en el desierto”, se hallaba en ese tiempo en Gabaón. De esta manera, la mención algo incierta de los asuntos de Gabaón que se da en 1 Reyes queda clara y positiva por lo que se dice en Crónicas.

Asimismo, en 1 Crónicas 21:29 —parte del relato de cómo David ofreció sacrificios en la era de Ornán— volvemos a encontrar un lenguaje más enfático que el de Reyes acerca de la existencia del antiguo tabernáculo mosaico. Porque, al explicar la conducta de David, el Cronista dice lo siguiente: “Porque el tabernáculo de Jehová que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el lugar alto de Gabaón”. Cualquiera que sea la incertidumbre o falta de precisión que pueda existir en relación con los pasajes que hemos citado de Reyes, no hay tal incertidumbre ni falta de positividad aquí en Crónicas. Por el contrario, estos dos libros, que nos dan una buena cantidad de información respecto al tabernáculo, son siempre, o por lo menos generalmente, muy claros y afirmativos; y, a causa de esto, podría añadirse que las declaraciones de Crónicas han sido tomadas alguna vez como una especie de guía para el estudio de la historia del tabernáculo en general.

Pero aquí, de nuevo, los críticos hacen su aparición, y se muestran “todos en armas” contra cualquier uso que se haga de estos dos libros de Crónicas para determinar un asunto de historia antigua. De toda la literatura histórica poco fiable que se halla en el Antiguo Testamento, no hay nada tan malo, nos dicen los críticos, como, en general, Crónicas; y Wellhausen llega a decir que uno de los propósitos especiales que

cumplen estos dos libros es mostrar cómo un autor puede usar sus fuentes originales con tal libertad que las haga decir prácticamente lo que él quiera, o cualquier cosa que se acomode a sus propias ideas (véase *Prolegómenos*, trad. ingl., p. 49). Así también Graf, De Wette y otros han atacado muy enérgicamente la credibilidad de estos dos libros.

Pero, frente a todo lo que los críticos dicen acerca de la falta de veracidad del Cronista y del uso violento de sus fuentes, pondremos, en primer lugar, el testimonio de uno de los mismos altos críticos. Es lo que Dillmann —quien, en cuanto a erudición y confiabilidad, es reconocido como uno de los más destacados entre todos los críticos— dice respecto a este asunto: “Ahora se reconoce”, afirma ese eminente crítico, “que el Cronista ha trabajado conforme a fuentes, y no puede hablarse, en relación con él, de falsificaciones ni de tergiversaciones de la historia”. Asimismo, el Dr. Orr observa que no hay razón para dudar de “la perfecta buena fe” del autor de Crónicas; y el profesor James Robertson, de la Universidad de Glasgow, añade que todo lo que los críticos han alegado contra la veracidad del Cronista, o contra su abuso e incluso invención de fuentes, es “superficial e injusto”; y que “no hay motivo para dudar de la honradez del autor en el uso del material que tenía a su alcance, ni tampoco para cuestionar la existencia de los escritos a los cuales se refiere”.

Tomamos, pues, que estos dos libros de Crónicas contienen no solo el mejor conocimiento histórico, sino también las mejores tradiciones aún existentes en su época; y siendo así, es claramente incontrovertible que, tal como se enseña de manera tan inequívoca en estos libros, el antiguo tabernáculo mosaico debió de existir. Y mientras los críticos no puedan desacreditar el testimonio de estos libros —lo cual parecería imposible—, ese testimonio debe mantenerse.*

* (Los críticos, y en especial Wellhausen, afirman que durante el exilio, las nociones judías respecto al pasado de su historia nacional y tribal experimentaron un cambio radical, hasta el punto de que casi todos los rasgos religiosos de dicha historia se concibieron como muy diferentes de lo que realmente fueron. O, en otras palabras, los escritores judíos del período del exilio estaban acostumbrados, según nos dicen los críticos, a proyectar asuntos religiosos y sacerdotales pertenecientes a su historia en un período muy posterior, remontándose a los tiempos más remotos. En consecuencia, las ideas generales sobre el templo y su servicio se proyectaron incluso hasta la época de Moisés; y de esta manera, se explica, surgió la noción de un tabernáculo Mosaico con un elaborado servicio ritual. Pero en realidad no hay evidencia en todos los escritos del Antiguo Testamento, o al menos no hay evidencia de que los judíos supieran algo al respecto, de que tal cambio se haya producido. Por lo tanto, los críticos se equivocan rotundamente al afirmar que el autor de Crónicas solo se dejó influenciar por el espíritu de su época al intentar tergiversar, como se afirma, numerosos asuntos relacionados con la historia pasada de este pueblo. Lo cierto es que el Cronista o bien fue un vil falsificador, o bien lo que nos cuenta en su historia debe aceptarse como hechos auténticos).

3. Testimonio de Samuel

Ahora, sin embargo, prestemos atención a los libros de Samuel. Aquí tenemos ciertamente otra pieza de literatura contra cuya credibilidad general los críticos pueden tener poco que decir. ¿Y qué nos dicen estos libros respecto a la historia del tabernáculo? Mucho, en verdad; mucho más de lo que tendremos espacio aquí para examinar completamente. En primer lugar, estos libros nos dicen que durante al menos parte de los tiempos que ellos en general describen, el tabernáculo mosaico estaba ubicado en Silo, arriba en el distrito de Efraín. Luego aprendemos que al menos una de las grandes festividades conectadas con los servicios del tabernáculo —el “sacrificio anual” es llamado— aún estaba siendo observada. También aprendemos que este es el lugar donde los padres de Samuel, Elcana y Ana, subían cada año, para tomar parte en aquel sacrificio. Además, fue en el santuario en Silo, o en alguno de sus aposentos, que Samuel dormía en el tiempo cuando tuvo aquellas extraordinarias revelaciones de Jehová hablando con él, y donde también llegó a tener relaciones tan íntimas e importantes con el anciano Elí y su casa.

Y entre otros elementos aún reportados en aquellos libros hay uno que invita nuestra atención especial. En 1 Sam. 2:22, se hace mención de ciertas “mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión”. Y fue con estas mujeres, como aprendemos además, que los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, cometieron al menos una parte de su maldad, por la cual fueron tan severamente condenados, y después castigados por Jehová. Ahora bien, cualquier otra cosa que este pasaje pueda significar, ciertamente intenta enseñar, por su uso de las palabras “tabernáculo de reunión”, que en el tiempo de Samuel el viejo tabernáculo mosaico estaba en existencia en Silo. Porque, como ya hemos visto, aquellas palabras, “tabernáculo de reunión”, formaban una expresión característica por la cual en los tiempos del Antiguo Testamento el tabernáculo era, muy a menudo al menos, designado y conocido. Esto mucho, como ya hemos notado, aun Wellhausen está dispuesto a admitir.

Sin embargo, los críticos plantean aquí dos objeciones. Una de ellas es que el santuario en Silo no era realmente una tienda o tabernáculo, sino más bien una estructura sólida, construida quizás de piedra, madera, o algún otro material; y la razón especial dada por los críticos para esta vista es que, en el relato de Samuel sobre la estructura en Silo, se mencionan “postes”, “puertas”, y algunos otros asuntos usualmente indicativos de una estructura sólida. Pero esta dificultad puede ser muy fácilmente explicada de una declaración hecha en la Mishná judía, (Ver *Tent Work in Palestine*, Vol. 2, p. 84 por Conder) la cual es que la parte inferior del santuario en Silo “era de piedra”, pero que sobre esto había una tienda. O una respuesta más decisiva a esta objeción es que en varias Escrituras (tales como 2 Sam. 7:6; Sal. 78:60; 1 Reyes 8:4; Jos. 18:1, y otras aún) la estructura bajo consideración es positivamente llamada “una tienda” y “un tabernáculo”.

Luego la otra objeción planteada por los críticos es que estas palabras, “tabernáculo de reunión”, como se encuentran en 1 Sam. 2:22, son una interpolación, o que todo el pasaje que contiene aquellas palabras es espurio. La razón que ellos dan para tal afirmación es que este pasaje no se encuentra en la Septuaginta. Pero en respuesta a tal objeción puede decirse, primero, que este no es el único pasaje en la Biblia en el cual se hace mención de estas mujeres “a la puerta del tabernáculo de reunión”. En Ex. 38:8, se hace mención similar; y, como el Dr. Orr ha observado, es inconcebible aun sobre la suposición, la cual él no acepta, de un origen post-exílico del último pasaje indicado, que justamente esta única mención del asunto aludido debería ocurrir, a menos que hubiera detrás de este asunto alguna tradición vieja y bien establecida; o, en otras palabras, la genuinidad del texto en Éxodo argumenta por la genuinidad del texto en Samuel. Además, como el Dr. Orr ha sugerido de nuevo, puede haber habido alguna razón especial de delicadeza o de consideración por la buena reputación moral de los israelitas, por causa de la cual los hacedores de la versión Septuaginta excluyeron este ítem respecto a la maldad de Ofni y Finees como conectada con estas mujeres. Luego, además, como compensación a la autoridad de la Septuaginta —la cual, debido a lo conocido defectuoso de su texto presente y su inexactitud general como traducción, no es ciertamente grande— puede urgirse que la cláusula entera que contiene las palabras “tabernáculo de reunión” se encuentra igualmente en la antigua versión siríaca o Peshita, en la Vulgata, y en el único Targum existente (aquel de Jonatán Ben Uziel) sobre este pasaje particular; todas las cuales autoridades muy antiguas* lo hacen tan cierto como cualquier cosa de naturaleza textual podría bien hacerse, que el viejo texto original en 1 Sam. 2:22 fue exactamente como es ahora en nuestra Biblia hebrea del día presente.

* (El Targum sobre Samuel, el cual es atribuido a Jonatán Ben Uziel, se cree comúnmente que fue producido algún tiempo durante el primer siglo; la versión Peshita de las Escrituras se piensa que fue hecha algo más tarde, probablemente en el segundo siglo; mientras que la Vulgata latina, por Jerónimo, fue completada entre los años 390 y 405 d. C.)

Y, finalmente, como quizás el rasgo coronador de este conjunto de evidencia para la genuinidad del texto bajo consideración, puede afirmarse que, para los lectores de inglés al menos, existe una autoridad, fácil de ser consultada, la cual parecería poner más allá de toda duda razonable la genuinidad de este texto. Aquella autoridad es nuestra Versión Revisada en Inglés de las Escrituras —un trabajo literario que en punto de

erudición y confiabilidad general se sostiene quizás segundo a ninguno producido en años recientes. Y ahora, si alguien se toma la molestia de consultar esta Versión Revisada, verá que este pasaje entero disputado es retenido, o que los muchos eruditos eminentes, tanto ingleses como americanos, quienes trabajaron en esta traducción están de acuerdo en que las palabras, “tabernáculo de reunión”, o *ohel moed*, como en hebreo, son genuinas, y pertenecen propiamente a este pasaje.

Siendo este el caso, los críticos son puestos en una mala situación; y de todos modos no argumenta mucho al crédito de su hipótesis cuando, para llevarla adelante, se hace necesario tan a menudo hacer el reclamo de interpolación. Por supuesto, cualquiera puede hacer lo que le plazca de cualquier pasaje de la Escritura, con tal que solamente tenga el privilegio de doctorarlo suficientemente de antemano. Y con respecto a este pasaje particular puede decirse que ni Wellhausen ni ningún otro crítico más alto puede hacer nada para alterarlo; porque mientras aquellas palabras *ohel moed*, o “tabernáculo de reunión”, permanezcan en las varias autoridades textuales que hemos citado, tanto tiempo será imposible expurgarlas de nuestra Biblia hebrea presente; y no importa qué autoridades los críticos puedan ser capaces de citar como omitiendo estas palabras, la preponderancia de autoridad, como las cosas ahora están, siempre estará a favor de su retención. Reclamamos entonces una victoria real aquí, al ser capaces de sustanciar tan concluyentemente, como pensamos que hemos hecho, la genuinidad de este texto en Samuel.

Pero ¿cuál es ahora el resultado general de nuestros exámenes con respecto al testimonio que Samuel nos da? Si nuestra conclusión con respecto al pasaje justamente examinado es correcta, y estamos completamente persuadidos de que lo es, entonces seguramente hemos demostrado de la manera más clara que no solamente en los días de Samuel, sino probablemente mucho antes, el tabernáculo existió, y estaba ubicado en Silo.

4. Testimonio de Jeremías y Salmo 78

Y aquí, si nos importa ir aún más lejos en esta investigación de pasajes, podríamos encontrar algún testimonio muy interesante a la historicidad del tabernáculo en el Salmo 78 y en la profecía de Jeremías. Pero ya que deseamos ser tan breves como sea posible, sin descuidar la fuerza real de nuestro argumento, simplemente indicaremos, o citaremos, las Escrituras referidas, y dejaremos la discusión o interpretación de ellas al lector mismo. Uno de estos pasajes se encuentra, como se dijo, en Sal. 78, versículos 59, 60, y lee como sigue: “Lo oyó Dios, y se enojó, y en gran manera aborreció a Israel. Dejó, por tanto, el tabernáculo de Silo, la tienda en que habitó entre los hombres”. Otro pasaje, de Jer. 7:12-14, lee así: “Andad ahora a mi lugar en Silo, donde hice morar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel. Por tanto, haré yo a esta casa sobre la cual es invocado mi nombre [el templo en Jerusalén], en la que vosotros confiáis, y a este lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo”. Otro pasaje aún puede encontrarse en Jer. 26:6, y lee: “Yo pondré esta casa como Silo, y esta ciudad (Jerusalén) la pondré por maldición a todas las naciones de la tierra”. ... (Estos pasajes en Jeremías son muy importantes como evidencia a favor de la existencia real del tabernáculo, ya que aun los críticos más altos deben admitir que los capítulos que los contienen fueron escritos un tiempo considerable antes del exilio; y por lo tanto estos pasajes no pudieron, excepto sobre la teoría violenta de redacción, haber sido afectados por escritos que aparecieran durante o después del exilio. Y en cuanto al Salmo 78, el cual es aún más explícito acerca de que la estructura en Silo era el viejo tabernáculo mosaico, es mucho más fácil decir, como los críticos hacen, que este Salmo es post-exílico, que probar tal afirmación.)

Todos estos pasajes, debería observarse, comparan el templo en Jerusalén con el tabernáculo en Silo; y expresan la amenaza, que, a menos que los israelitas se arrepintieran, Dios destruiría el templo en Jerusalén como había mucho antes destruido, o removido, el tabernáculo en Silo.

5. Testimonio de Jueces y Josué

Sin embargo una vez más, para hacer nuestra historia del tabernáculo completa, es necesario para nosotros retroceder algo en la historia; y así citamos ahora de los libros de Jueces y Josué. En Josué 18:1 leemos: “Y toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión”. Luego, pasando a Jue. 18:31, leemos de nuevo, acerca de las imágenes idólatras erigidas en Dan, que estas continuaron allí “todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo”. De estos dos pasajes aprendemos no solamente cómo la “casa de Dios” llegó a estar ubicada en Silo —porque los hijos de Israel, probablemente bajo el liderazgo de Josué, la erigieron allí— sino que aprendemos también que los dos términos descriptivos, “tabernáculo de reunión” y “casa de Dios”, significan la misma cosa; porque es difícilmente posible que el “tabernáculo de reunión” erigido en Silo en los días de Josué hubiera sido reemplazado en el tiempo de los jueces por otra estructura, diferente en tipo, y ahora llamada la “casa de Dios”.

6. Argumento de la Historia del Arca Sagrada

Pero ahora sin embargo, antes de dar la historia entera del tabernáculo, deseamos notar otro tipo de argumento, el cual es sacado de la historia del arca sagrada. No parece haber ningún aviso del tabernáculo como una estructura por sí misma en el libro de Deuteronomio; pero en el décimo capítulo de este libro, versículos 1 al 5, se da una cuenta de la construcción, no del tabernáculo, sino de lo que debe ser considerado como su pieza más importante de mobiliario, eso es, el arca del pacto, como es usualmente llamada, o como los críticos prefieren denominarla, el arca de Yahweh (Jehová). Ahora, aunque los críticos toman una vista muy diferente respecto a la fecha y autoridad de Deuteronomio de aquella que siempre ha sido aceptada por eruditos ortodoxos, sin embargo especialmente sobre el fundamento del pasaje referido, ellos están dispuestos a admitir que al menos algún tipo de arca sagrada fue construida aun en los días de Moisés. Además, si es consistente con los hechos como están registrados en la Biblia, los críticos no pueden negar que esta misma arca sagrada, cualquiera que fuera su forma o propósito, no solamente fue llevada por los israelitas en todas sus jornadas a través del desierto; sino que fue también finalmente ubicada por ellos en Silo; desde donde, después de sufrir varias fortunas, fue depositada en el lugar santísimo del templo de Salomón. Esto los críticos en general admiten; y están obligados a hacerlo por sus propios documentos aceptados de “J”, “E”, etc.

Ahora, siendo ese el caso, se sigue que si la historia del arca sagrada puede ser trazada todo el camino a través, o más bien todo el camino de regreso desde los días del templo de Salomón hasta los días de Moisés, algo parecido puede hacerse también con el tabernáculo. Porque el tabernáculo, como es muy evidente de lo que los críticos llaman el Documento Sacerdotal, fue construido, entre otros propósitos, para alojar esta arca sagrada; y la misma evidencia documental que establece aquel hecho establece también el hecho adicional de que por un largo período tal fue realmente el caso. Es decir, el arca sagrada y el viejo tabernáculo mosaico fueron juntos, según la historia bíblica, hasta los tiempos de Silo; y fueron, después de algún período de separación, aun traídos juntos de nuevo en los servicios dedicatorios del templo de Salomón. Ciertamente, no todo esto es admitido por los críticos; pero ellos no pueden negar que la misma arca vieja, la cual, según Deut. 10:1-5, fue construida por Moisés, fue finalmente depositada en el templo de Salomón.* Con esto mucho concedido, todo el resto que hemos reclamado debe necesariamente seguir; o, en otras palabras, la historia admitida del arca de Jehová establece también la historicidad del tabernáculo mosaico, o al menos ayuda a hacerlo.

* (Wellhausen declara positivamente que según la Ley, es decir, el *Documento Sacerdotal*, el tabernáculo es “el compañero inseparable del arca”, y que “Las dos cosas necesariamente pertenecen una a la otra”. Él también admite, sobre el fundamento de otra evidencia bíblica, que hacia el fin del período de jueces hay trazas distintas del arca como existiendo: además, que esta misma “arca de Jehová” fue finalmente depositada en el templo de Salomón. (Ver *Proleg.*, trad. Ing., págs. 41, 42.)

IX. Historia Entera del Tabernáculo

Ahora entonces estamos preparados para dar la historia entera de aquella vieja estructura que fue construida en el Monte Sinaí; solamente falta un ítem aún. Este podemos aprenderlo de 1 Sam., Caps. 21 y 22; y es, que por un breve período el tabernáculo parece haber estado ubicado en Nob, alguna distancia al sur de Silo. Con este ítem entonces suplido, nuestra historia puede ir adelante. Como es avalado por los diferentes avisos históricos que hemos estado considerando, es como sigue:

Construido por los israelitas cerca del Monte Sinaí, fue después llevado por aquel pueblo todo a través del desierto. Luego, habiendo cruzado el Jordán con ellos, y siendo erigido en Silo, parece por un largo tiempo haber permanecido en aquel lugar. Después, por un breve período, parecería haber estado ubicado en Nob, abajo en el país de Benjamín; y desde este punto siendo llevado un poco al norte y al oeste, fue erigido en Gabaón, donde parece haber permanecido por muchos años. Y finalmente sobre la erección del templo en Jerusalén, fue transferido a aquel lugar, y almacenado allí para custodia; y este es el último aviso que la Biblia da de él como asunto de historia. Había servido su propósito, y llegó ahora el tiempo para que fuera puesto a un lado como un memorial, o para dar lugar a otra estructura más imponente.

X. Conexión Íntima de Esta Historia con Otra Historia Bíblica

Hablando en alguna parte de la extraordinaria influencia ejercida por el cristianismo en nuestro mundo, Renan dice que cualquier intento de separar esta religión de la historia de la humanidad sería como “arrancar el árbol de la civilización de raíz”. Muy parecida a esa, nos parece a nosotros, es la intimidad de relación existente entre la historia del tabernáculo y todo el resto de la historia registrada en el Antiguo Testamento. Cualquier intento, por lo tanto, tal como aquel que es hecho por los críticos, de remover el tabernáculo como un asunto de hecho de la historia del Antiguo Testamento, o de convertirlo en una mera ficción, necesariamente resultaría en fracaso. Lo haría porque el efecto de ello sería realmente destruir toda la historia circundante y conectada dada en el Antiguo Testamento; lo cual es, por supuesto, imposible. La extravagancia misma, por lo tanto, de esta teoría de crítica más alta, o la vastedad de su empresa, es una prueba segura de su falsedad inherente. El Dr. Valpy French, considerando solamente la construcción peculiar de esta historia del tabernáculo, cuán amplio alcance tiene, y cómo se hace conformar tan exactamente con muchos detalles de arqueología y topografía, la pronuncia, si es vista como una mera ficción, “una imposibilidad literaria”; y él sugiere que un método más simple a ser empleado por los críticos, al deshacerse de esta historia problemática, sería para ellos “acreditar al último redactor con la autoría de todas las Escrituras del Antiguo Testamento”. Así también el Profesor Sayce afirma que, considerada como una invención, la historia del tabernáculo es “demasiado elaborada, demasiado detallada para ser concebible”.

XI. Objeciones de los Críticos Más Altos

Nos queda aún, para hacer nuestra discusión realmente completa, notar algunas de las muchas objeciones que los críticos más altos han traído adelante contra la historicidad del tabernáculo. Estas objeciones, sin embargo, son, en su mayor parte, tan muy frívolas en carácter, o tan completamente carentes de apoyo ya sea de hecho o razón, que ellas realmente no merecen una respuesta. No obstante, para proveer al lector con alguna noción de su carácter real, emprendemos darles un examen superficial.

Ellas pueden todas ser divididas en cuatro clases. La primera clase abraza todas aquellas objeciones que están basadas sobre la idea de que el relato dado en la Biblia de la construcción y servicios del tabernáculo, es muy irrealista o impráctico en su naturaleza.

Una segunda clase procede sobre la noción de que el tabernáculo mosaico es completamente un asunto demasiado costoso, altamente artístico, y ponderoso, para haber sido producido por los israelitas en el Monte Sinaí, y después llevado por ellos todo a través del desierto. ... Otra de estas clases —la cual es realmente solamente una objeción— representa que en las fuentes más viejas mismas de las cuales el

Pentateuco fue, según la noción de los críticos, construido, se hace mención de otra tienda, mucho más pequeña que el tabernáculo mosaico, y diferente de aquella estructura también en otros aspectos; y que, por lo tanto, este segundo tabernáculo, como puede ser llamado, siendo mejor sustanciado por documentos literarios que la estructura mosaica, no es consistente con una aceptación de todos los hechos en el caso permitir que la tienda más grande o mosaica realmente existiera.

Y finalmente, hay aún una clase, o una objeción sola, la cual se atreve a afirmar que en todos los libros históricos más tempranos del Antiguo Testamento, aun desde Jueces hasta 2 Reyes, no hay mención segura hecha del tabernáculo como una existencia real.

Ahora, si fuéramos a tratar de contestar todas estas objeciones, podría decirse de la última, que ya está contestada. Hemos contestado aquella objeción al mostrar no solamente que hay mención hecha en aquellos libros históricos más tempranos del Antiguo Testamento del tabernáculo como una existencia real, sino también que esta mención es tanto segura como abundante. Los muchos avisos históricos que hemos examinado, todos contando acerca de la construcción e historia del tabernáculo, es prueba positiva a aquel efecto.

Luego, además, con respecto al hecho alegado de que en las fuentes más tempranas, de las cuales según la teoría de los críticos el Pentateuco fue construido, se hace mención de otra o segunda tienda, diferente de la estructura mosaica, tenemos que decir con respecto a esta objeción, primero de todo, que está lejos de ser probado que hay en el Pentateuco cualesquiera tales fuentes más viejas como los críticos alegan. Aquel ítem es solamente una parte de la teoría aún no probada de los críticos más altos, en su interpretación del Antiguo Testamento.* Y luego, en segundo lugar, podríamos decir, respecto a esta objeción, que es una dificultad que eruditos ortodoxos han notado a menudo y que ellos han explicado de varias maneras. Quizás la mejor explicación es permitir la realidad de la dificultad y atribuirle a alguna oscuridad o aun aparente contradicción existente en los avisos pentateucos. Pero cualquiera que la dificultad real pueda ser, ciertamente no es insuperable; y una explicación muy buena de ella es que había realmente dos tiendas, pero una de ellas, es decir, la tienda más pequeña, era solamente una especie de estructura provisional, quizás la morada de Moisés, la cual fue usada también para propósitos religiosos, mientras el tabernáculo más grande o sinaítico estaba siendo preparado.** Con alguna tolerancia para una o dos declaraciones hechas en el Pentateuco las cuales parecen no concordar completamente con esta vista, responderá todas las exigencias reales del caso. O, en todo evento, casi cualquier explicación que preserve la integridad de la literatura pentateucal, y trata de reconciliar sus aparentes diferencias de declaración, sobre el fundamento de que esta literatura trata con hechos, y no es en gran parte ficción pura, es vastamente preferible a cualquiera de las teorías que los críticos han hasta ahora avanzado con respecto a este asunto.

* (El hecho de que la teoría de crítica más alta está todavía en un estado no probado podría ser, urgido como una consideración importante a favor de la existencia real del tabernáculo; y especialmente podría hacerse legítimamente tal argumento, en tanto que la prueba de la corrección de aquella teoría no viene toda de una no-existencia asegurada de la estructura mosaica. Pero ya que un argumento de aquella clase sería, hasta cierto punto al menos, “razonamiento en un círculo”, no hacemos uso de él.)

** (Avisos de tal tienda más pequeña parecen ser hechos en Ex. 33:7-11; Núm. 11:16; 12:4, 5, y Deut. 31:14, 15; y de estos varios pasajes los críticos reclaman que pueden descubrir al menos tres puntos de diferencia existentes entre esta tienda más pequeña y la más grande o levítica. Estas diferencias son como sigue: (1) La tienda más pequeña siempre fue plantada fuera del campamento; pero según la historia sacerdotal o levítica la tienda más grande estaba ubicada dentro del campamento. (2) La tienda más pequeña era solamente un lugar de revelación de Jehová, o de su comunicación con su pueblo; pero la estructura más grande o sacerdotal era, además, un lugar de adoración más elaborada. (3) En la tienda levítica o más grande los sacerdotes y levitas regularmente servían, pero en la estructura más pequeña era solamente Josué, el “servidor” de Moisés, quien tenía cargo del edificio. Todas estas diferencias, sin embargo, son fácilmente

explicadas por la teoría, dada arriba, de haber habido realmente dos tiendas. Además, debería observarse que después de la muerte de Moisés no se hace más mención en las Escrituras de esta estructura más pequeña; cuyo hecho parecería ser una prueba fuerte de que la más pequeña de las dos tiendas era, primariamente al menos, una estructura privada usada por Moisés.)

Quedan entonces solamente dos clases de objeciones que necesitan aún ser contestadas. Y con respecto a una de estas clases, es decir, la primera en nuestra lista, puede declararse que aunque las objeciones presentadas bajo esta cabeza son bastante numerosas, sin embargo una sola ilustración de ellas mostrará cuán completamente carentes de carácter sustancial o razonabilidad cada una y todas ellas realmente son. La ilustración de la cual haremos uso es tomada del famoso ataque del Obispo Colenso sobre la veracidad del Pentateuco y el libro de Josué. En aquel ataque él presenta la objeción singular de que el tabernáculo era, en sus dimensiones, demasiado pequeño para acomodar a toda la vasta hueste de los israelitas parados ante su puerta, como las Escrituras parecen indicar fue el caso con ellos en unas pocas ocasiones.* Aquella vasta hueste debe haber numerado, según los datos dados en el Pentateuco, tantos al menos como unos dos millones de personas; y ahora Colenso hace la objeción de que esta gran hueste, parados en filas, como él lo haría, de nueve, una fila detrás de otra, enfrente de la puerta del tabernáculo, habrían formado una procesión de unas sesenta millas de largo; lo cual, seguramente, habría sido no solamente una imposibilidad práctica en cuanto a su reunión en la puerta del tabernáculo estaba concernida, sino que habría sido también una demostración completa de la inveracidad o no confiabilidad de este registro pentateucal. * (Vid. Lev. 8:35; Núm. 10:3, y 27:18-22. También comp. Núm. 16:16-19.)

Pero hay una cosa conectada con este registro que el Obispo Colenso parece no haber entendido. Es que cuando el autor de él estaba hablando de toda la congregación de Israel como parados, o reunidos, enfrente de la puerta del tabernáculo, él estaba hablando solamente en términos generales. Su lenguaje entonces implicaría, no que cada individuo perteneciente a la vasta hueste israelita se paró en el lugar mencionado, sino solamente que una multitud grande y representativa de estas personas fue así reunida. O las palabras podrían significar que aun toda la congregación de los israelitas fue, en unas pocas ocasiones, reunida alrededor del tabernáculo, como había sido reunida alrededor del Monte Sinaí cuando la ley fue dada —no toda la gente cerca de la puerta del tabernáculo, sino solamente los líderes, mientras el gran cuerpo de la congregación se paró detrás de ellos, o alrededor de la estructura, como un gran mar de seres humanos extendiéndose a lo lejos en la distancia.

Cualquiera de estas explicaciones respondería a todas las demandas del lenguaje usado; y, como el Dr. Orr ha observado, alguna partícula mínima de sentido común debe ser permitida al escritor de este registro pentateucal; de otra manera, con las “absurdidades crudas” atribuidas a él por el Obispo Colenso, él nunca podría haber escrito nada en el grado más mínimo racional, o que soportara un momento de reflexión aun por él mismo. Además, como el Dr. Orr ha notado, es solamente una manera acostumbrada de hablar decir que un pueblo entero o aun una ciudad grande fue reunida junta en convención en masa, cuando el lugar de tal reunión fue quizás solamente algún salón grande o iglesia de buen tamaño. Antes de atacar, por lo tanto, tan ávidamente con sus cálculos aritméticos la veracidad del relato bíblico, este obispo de crítica más alta habría hecho bien en haber reflexionado un poco sobre el uso común del lenguaje. Eso le habría salvado de caer en un error más grande que el que trata de fijar sobre el escritor de este registro pentateucal.

XII. La Mayor de las Objeciones

Pero hay aún una objeción planteada por los críticos que parece ser más seria en naturaleza. Es una objeción basada sobre lo que puede llamarse una imposibilidad física, o la incompetencia de los israelitas, mientras en el Monte Sinaí o viajando a través del desierto, ya sea para construir o llevar con ellos un tejido tan ponderoso, altamente artístico y costoso como fue el tabernáculo sinaítico. Esta gente en el desierto y en el Monte Sinaí, se nos dice, eran los más meros beduinos errantes, teniendo poca civilización y siendo “pobres

aun hasta la mendicidad”; y por supuesto tal pueblo no poseía ni los medios ni la capacidad intelectual necesaria para la construcción y transporte del tabernáculo.

Esta objeción peculiar, sin embargo, descansa sobre al menos dos errores. El primero es que los israelitas en este tiempo estaban en tal pobreza extrema. La Biblia nos dice que cuando los hijos de Israel salieron de Egipto salieron “cada hombre armado”; y llevaron con ellos todos sus hatos y rebaños, sin dejar “ni una pezuña atrás”. ... Además, por medio de los muchos regalos, o exacciones de “alhajas de plata” y “alhajas de oro” que recibieron de los egipcios, ellos “despojaron completamente” a aquel pueblo. Tal es la representación dada en la Biblia. Y luego, también, cuando estos israelitas llegaron al Monte Sinaí, aquí también, según los reportes de viajeros y exploradores modernos, ellos pudieron haber encontrado varios materiales necesarios para construir el tabernáculo, tales como una abundancia de cobre existiendo en minas, varias clases de piedras preciosas, así como, creciendo en esta región en considerable abundancia, el árbol de madera de acacia o sitim, del cual las tablas y pilares y la mayoría del mobiliario del tabernáculo fueron realmente contruidos. Hasta ahora, por lo tanto, en cuanto a poseer, o ser capaces de conseguir, los medios necesarios para una construcción del tabernáculo estaba concernido, esta gente parecería haber estado bastante bien suplida.

Y luego, con respecto al otro error hecho por los críticos, viz., que estos israelitas eran intelectualmente incompetentes para construir el tabernáculo, esta afirmación tampoco está sustentada por hechos. Porque, en primer lugar, debería recordarse que todos estos hebreos habían desde su nacimiento morado en Egipto, un país que, de todas las tierras en el mundo, era en aquel tiempo el más avanzado en toda clase de arte mecánico, arquitectónico e industrial. Este, e. g., era el país donde las grandes pirámides habían sido producidas, y donde existían, en aquel tiempo, al menos la mayoría de los magníficos templos, tumbas, obeliscos, estatuas y palacios, cuyas ruinas aún permanecen. Por consiguiente, cuando los hijos de Israel salieron de Egipto, deben haber traído con ellos una buena cantidad de la sabiduría arquitectónica y mecánica peculiar a aquel país. Además, se nos enseña en la Biblia que esta gente, mientras en Egipto, moraron en casas; las cuales, por supuesto, ellos deben haber construido para sí mismos; también que, como esclavos, sus vidas habían sido hechas amargas por “toda clase de servicio en el campo”, y por “servicio duro en ladrillo y en mortero”, y que ellos habían construido “ciudades de almacenaje”, tales como Pitón y Ramesés. Poniendo, por lo tanto, todas estas experiencias que los israelitas tuvieron en Egipto juntas, puede ser fácilmente visto cómo ellos pudieron haber aprendido, aun de los egipcios, suficiente sabiduría para construir y transportar el tabernáculo.

Pero si se nos requiere aún nombrar cualquier logro particular, jamás cumplido por esta gente, que fue lo bastante grande para garantizar la creencia de que eran capaces de construir y llevar con ellos todo a través del desierto el tabernáculo sinaítico, entonces, tanto con prontitud como alta apreciación, señalamos a aquella conquista muy extraordinaria que ellos hicieron de la Tierra Santa, y también a la marcha casi igualmente extraordinariamente larga hecha por ellos a través del desierto; y deseamos decir que cualquier pueblo que pudiera cumplir dos hechos tan prodigiosos como fueron estos pudieron fácilmente haber cumplido la tarea tan mucho más fácil de construir y transportar la vieja “tienda de reunión” mosaica.

Nuestra conclusión, por lo tanto, es que, todas las enseñanzas de los críticos más altos a lo contrario no obstante, aquellas personas israelitas eran abundantemente competentes, tanto en punto de habilidad intelectual como de suministros materiales, para cumplir cada una y todas las obras que les son acreditadas en la Biblia.

XIII. Marcas de Egipto y el Desierto

Pero esta línea de argumento es una que puede ser perseguida a una extensión mucho mayor, y puede mostrarse que en lugar de que las condiciones rodeando a los israelitas en el Monte Sinaí y mientras estaban en el desierto estén contra la veracidad del registro bíblico perteneciente a aquellos asuntos, tales

condiciones están realmente a favor de la veracidad de aquel registro, así como de la existencia real del tabernáculo. Para ilustración, se nos dice en la Biblia que la madera de la cual una gran parte del tabernáculo fue construida, no fue tomada de los cedros altos creciendo en Líbano, ni de los sicómoros creciendo en los valles palestinos, sino del humilde árbol de acacia o madera de sitim, el cual, como ya hemos visto, florece bastante abundantemente en la región sinaítica; todos los cuales particulares concuerdan completamente con los hechos topográficos en el caso. Así también, si vamos a creer en los testimonios de antiguos monumentos egipcios y los resultados de exploraciones egipcias modernas, hay muchas semejanzas que pueden encontrarse existiendo entre asuntos conectados con antiguos templos egipcios, su estructura; mobiliario, sacerdocio y servicios, y otros asuntos semejantes pertenecientes al tabernáculo. En efecto, algunas de estas semejanzas van tan lejos en sus detalles minuciosos en cuanto a un arreglo de edificios según los puntos de la brújula —una peculiaridad que fue encontrada tanto en Egipto como en conexión con el tabernáculo; diferentes aposentos en la estructura, graduados según santidad; la posesión de un arca o cofre sagrado, peculiarmente construido y ubicado; figuras aladas extrañas, las cuales como existiendo en el tabernáculo fueron llamadas “querubines”; una gradación de los sacerdotes; vestimenta y ornamentos sacerdotales; el pectoral y la mitra usados por el sumo sacerdote; diferentes animales ofrecidos en sacrificio; la quema de incienso, etc., que la impresión dejada sobre la mente de una persona que sabe acerca de estas cosas como existiendo en el antiguo Egipto y luego lee en la Biblia acerca de asuntos similares conectados con el tabernáculo es, que quienquiera que escribió este relato bíblico debe él mismo haber estado en Egipto y haber visto la adoración y templos egipcios antiguos, para hacer que su registro conforme en tantos respectos a lo que fue encontrado en aquel país.*

* (El Prof. Sayce intenta mostrar que las influencias extranjeras que afectaron la estructura del tabernáculo y la naturaleza de sus servicios vinieron más bien de Babilonia y Asiria que de Egipto; sin embargo, en lo que respecta a todos los detalles topográficos mencionados anteriormente, todos ellos pueden ser abundantemente confirmados por hechos de la historia y la arqueología.)

Así también, si prestamos atención a las experiencias particulares que tuvieron los israelitas durante su marcha a través del desierto, veremos de lo que la Biblia nos dice acerca de su montaje y desmontaje del tabernáculo; acerca de los carros provistos para su transporte; acerca de la columna de nube yendo delante de él o reposando sobre él, en conexión con su larga marcha; también acerca de la necesidad de salir fuera del campamento para realizar algunos de los servicios del tabernáculo, —de todas estas y varias otras indicaciones dadas en la Biblia, seguramente podemos percibir que las condiciones de estas personas eran tales como para justificar la creencia de que ellos efectivamente, como la Biblia representa, viajaron a través de un desierto, y que llevaron consigo su tienda de adoración.

En su libro, titulado *Nature and the Supernatural*, el Dr. Horace Bushnell cuenta de un importante caso legal que una vez fue ganado por uno de los abogados al notar, en la textura de una hoja de papel que sostenía en su mano, ciertas “marcas de agua” que habían sido hechas en el papel durante el proceso de su fabricación. Siendo estas marcas de agua indelebles, sirvieron como la mejor clase de prueba de ciertos hechos que se deseaba establecer. Y así caracterizaríamos todas aquellas evidencias que provienen de una correspondencia del relato bíblico con hechos arqueológicos, que tienen que ver con los israelitas estando en Egipto y su jornada a través del desierto del Sinaí, como tantas marcas de agua dejadas indeleblemente, no sobre, sino en la misma textura del registro bíblico; probando no solo la innegable veracidad de este registro, sino también la existencia real del tabernáculo.

XIV. Resumen del Argumento

Para resumir entonces los diferentes puntos que hemos procurado hacer en nuestro argumento, se recordará que, en primer lugar, después de haber delineado nuestra proposición general, y después de haber mostrado desde varias consideraciones la importancia de su discusión, afirmamos que hay ciertas grandes presunciones que se interponen en el camino de aceptar la teoría de la alta crítica como verdadera. Después

introducimos algún testimonio arqueológico y otro externo a la Biblia, que encontramos ser útil para probar la historicidad del tabernáculo. Y luego, mediante un examen bastante extenso de las muchas noticias históricas respecto al tabernáculo, o respecto al arca sagrada como conectada con él, que se encuentran en el Antiguo Testamento, establecimos, creemos, como un asunto más allá de toda duda razonable, la historicidad real de esta estructura; mostrando cómo fue construida cerca del Monte Sinaí y luego se supo que existió continuamente por unos quinientos años, o desde el tiempo de Moisés hasta el tiempo de David y Salomón. Y luego, finalmente, para hacer nuestro argumento tan completo como sea posible, notamos, algo brevemente y sin embargo con considerable plenitud, las muchas objeciones que los críticos más altos han planteado contra la existencia del tabernáculo, mostrando que ninguna de estas objeciones es realmente válida, y convirtiendo la última en una prueba positiva de nuestro lado de la cuestión.

XV. Conclusión

Y ahora, si queda aún algo que necesita ser dicho, nos parece que es solo la afirmación de que, ya sea que los críticos más altos lo admitan o no, el antiguo tabernáculo mosaico, ciertamente existió. O si hay personas que, a pesar de todos los numerosos e importantes testimonios que hemos aducido de la Biblia y otras fuentes a la historicidad del tabernáculo, todavía persisten en negar tal evidencia, y en decir que todo el asunto fue solo una ficción sacerdotal, entonces lo que el Salvador dice, con respecto a algunos de los escépticos que vivían en su día, es muy aplicable: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”. O para expresar el caso un poco diferente y algo humorísticamente, podría decirse que el hecho de que cualquier persona niegue la existencia real del tabernáculo, cuando existe tanta evidencia positiva a favor de él, le recuerda a uno lo que Lord Byron dice con respecto a la negación filosófica del Obispo Berkeley de la existencia de la materia:

“Cuando el obispo Berkeley dice que no importa.
Entonces no importa lo que diga”.

Pero si el tabernáculo en el desierto realmente existió, entonces ¿qué sucede con la teoría peculiar de los críticos más altos? Eso necesariamente cae por tierra, o se prueba que es falso; porque, como se mostró en la parte inicial de esta discusión, toda la hipótesis crítica descansa sobre, o tiene como uno de sus pilares principales, la asumida no existencia del tabernáculo, o lo que equivale a lo mismo, el supuesto origen tardío de la ley ritualista mosaica. Siendo ambas de estas premisas ahora demostradas como no sólidas, el tabernáculo “que hizo Moisés en el desierto” muy probablemente permanecerá donde la Biblia lo pone – entre los grandes hechos innegables de la historia del mundo, y no, como los críticos querrían, entre ficciones o falsificaciones.

Apéndices

Varios Hechos Respecto a Lugares Donde el Tabernáculo Fue Construido o Ubicado

I. Monte Sinaí

Su Ubicación y Apariencia Actual

El Dr. J. W. Dawson, en su *Modern Science in Bible Lands*, da los siguientes hechos con respecto a la ubicación y apariencia actual de la montaña cerca de la cual el tabernáculo fue construido.

“La posición real del Monte Sinaí ha sido objeto de una aguda controversia, que puede reducirse a dos preguntas: 1º, ¿Estaba el Monte Sinaí en la península de ese nombre o en otro lugar? 2º, ¿Cuál de las montañas de la península era el Monte de la Ley? En cuanto a la primera de estas preguntas, las afirmaciones de la península están respaldadas por una abrumadora masa de tradición y de autoridad, antigua y moderna.

“Si esta cuestión se considera como resuelta, entonces queda por investigar cuál de las cumbres montañosas de ese grupo de colinas en el extremo sur de la península, que parece ser designado en la Biblia por el nombre general de Horeb, debería ser considerada como el verdadero ‘Monte de la Ley’. Cinco de las cumbres montañosas de esta región han reclamado esta distinción; y sus méritos relativos los exploradores (aquellos del *English Ordnance Survey*) los prueban mediante siete criterios que deben ser cumplidos por la montaña real. Estos son: (1) Una montaña con vista a una llanura en la cual los millones de Israel pudieran ser reunidos. (2) Espacio para que el pueblo ‘se retire y permanezca lejos’ cuando la voz del Señor fuera oída, y sin embargo oír esa voz. (3) Un pico definido distintamente visible desde la llanura. (4) Una montaña tan escarpada que pudiera decirse que el pueblo estaba debajo de ella y tocaba su base. (5) Una montaña capaz de ser aislada por límites. (6) Una montaña con manantiales y arroyos de agua en su vecindad. (7) Pastos para mantener los rebaños del pueblo por un año.

“Por estos criterios los topógrafos rechazan dos de las montañas, Jebel el Ejneh y Jebel Ummalawi, como desprovistas de suficiente agua y pastos. Jebel Katharina, cuyas afirmaciones surgen de una declaración de Josefo de que el Sinaí era la montaña más alta del distrito, lo cual este pico realmente es, con la excepción de una cumbre vecina veinticinco pies más alta, la rechazan debido al hecho de que no es visible desde ninguna llanura adecuada para el campamento de los israelitas. El Monte Serbal ha tenido en tiempos modernos algunos defensores; pero los topógrafos alegan en oposición a estos que no encuentran, como se ha declarado, las inscripciones sinaíticas más abundantes allí que en otro lugar, que los rastros de ocupación cristiana temprana no apuntan a él más que la tradición temprana, y que no cumple los requisitos topográficos al presentar un pico definido, terreno de campamento conveniente, o una cantidad suficiente de pastos.

“Solo queda el establecido y venerado Jebel Musa desde hace mucho tiempo —el Sinaí ortodoxo; y este, de una manera notable y conspicua, cumple las condiciones requeridas, y, además, ilustra la narrativa misma en formas inesperadas. Esta montaña tiene, sin embargo, dos picos dominantes, el de Jebel Musa propiamente dicho, de 7.363 pies de altura, y el de Ras Sufsafeh, de 6.937 pies de alto; y de estos los exploradores no dudan en preferir de inmediato el último. Este pico o cresta se describe como casi aislado, como descendiendo escarpadamente a la gran llanura del distrito, Er Rahah, que es capaz de acomodar dos millones de personas a plena vista del pico, y tiene amplio terreno de campamento para toda la hueste en sus valles tributarios. Además, está tan completamente separado de las montañas vecinas que una descripción corta y completamente inteligible definiría sus límites, que podrían ser fácilmente marcados. ... “Otra característica notable es, que tenemos aquí el arroyo descendiendo de la montaña mencionado en Éxodo (32:20), y, además de este, cinco otros arroyos perennes además de muchos buenos manantiales. El país de ninguna manera es desierto, sino que suministra mucho pasto; y cuando es irrigado y atendido, forma buenos jardines, y es de hecho uno de los mejores y más fértiles lugares de toda la península. Los exploradores muestran que las declaraciones de algunos viajeros apresurados que han dado una vista diferente son completamente incorrectas, y también que hay razón para creer que había mayor precipitación pluvial y más verdor en tiempos antiguos que en el presente en esta parte del país. Además indican el Wady Shreick, en el cual está el arroyo descendiendo de la montaña, como el lugar probable de la fabricación y destrucción del becerro de oro, y una colina conocida como Jebel Moneijeh, la montaña de la conferencia, como el sitio probable del tabernáculo. Piensan que no es improbable que mientras Ras Sufsafeh era el Monte de la Ley, el retiro de Moisés durante su estadía en la montaña puede haber sido detrás del pico, en los recesos de Jebel Musa, que así podría apropiadamente llevar su nombre”.

II. Silo

Sus Ruinas Como Recientemente Investigadas

El Coronel Sir Charles Wilson así describe las ruinas actuales de Silo, en *Exploration Fund Quarterly Statement* para 1873, págs. 37, 38:

“Las ruinas de Seilun (Silo) cubren la superficie de un ‘tell’, o montículo, en un espolón que yace entre dos valles, que se unen aproximadamente un cuarto de milla arriba de Khan Lubban, y de allí corren al mar. Los restos existentes son los de una aldea fellahin, con pocas fundaciones más antiguas, posiblemente de la fecha de las Cruzadas. Las paredes están construidas con materiales antiguos, pero ninguno de los fragmentos de columnas mencionados por algunos viajeros puede ahora ser visto. En la cumbre hay unas pocas fundaciones pesadas, quizás las de una fortaleza, y en el lado sur hay un edificio con un pesado contrafuerte inclinado. La roca está expuesta sobre casi toda la superficie, de modo que poco puede esperarse de la excavación. Hacia el norte, el ‘tell’ descende hacia un ancho hombro a través del cual se ha cortado una especie de corte nivelado, de 77 pies de ancho y 412 pies de largo. La roca está en lugares escarpada a una altura de cinco pies, y a lo largo de los lados hay varias excavaciones y unos pocos pequeños cisternas. La porción nivelada de la roca está cubierta por unas pocas pulgadas de tierra. No es improbable que el lugar fuera así preparado para recibir el tabernáculo, el cual, según las tradiciones rabínicas, era una estructura de muros de piedra bajos, con la tienda extendida sobre la parte superior. En todo caso, no hay otro espacio nivelado en el ‘tell’ suficientemente grande para recibir una tienda de las dimensiones del tabernáculo.

“El manantial de Seilun está en un pequeño valle que se une al principal a corta distancia al noreste de las ruinas. El suministro, que es pequeño, después de correr unas pocas yardas a través de un canal subterráneo, era anteriormente conducido a un depósito excavado en roca, pero ahora corre sin provecho”.

A los artículos anteriores el Mayor Claude R. Conder, R. E., en su *Tent Life in Palestine*; Vol I, págs. 81, 82, añade como sigue:

“No hay sitio en el país fijado con mayor certeza que el de Silo. El nombre moderno Seilun preserva la forma más arcaica, que se encuentra en la Biblia en el gentilicio Silonita (1 Reyes 11:29). La posición de las ruinas concuerda exactamente con la descripción muy definida dada en el Antiguo Testamento de la posición de Silo, como ‘al norte de Bet-el (ahora Beitin), al lado oriental del camino que sube de Bet-el a Siquem, y al sur de Lebona’ (Lubbin) (Jueces 21:19). Es justo aquí que Silo todavía está en ruinas. El paisaje de las montañas salvajes es más fino que el de Judea; el color rojo de los acantilados, que son de gran altura, es mucho más pintoresco que las montañas de tiza sin forma cerca de Jerusalén; los huertos de higueras y olivares son más exuberantes, pero las cosechas son pobres comparadas con la llanura y alrededor de Belén. Un valle profundo corre detrás de la ciudad por el norte, y en sus lados hay muchos sepulcros excavados en roca.

“Los viñedos de Silo han desaparecido, aunque muy posiblemente una vez rodeaban el manantial, y quizás extendiéndose valle abajo hacia el oeste, donde el agua también se encuentra. Con la destrucción de la aldea, la desolación se ha extendido sobre las colinas estériles alrededor”.

III. Nob

Sitio de la Aldea Identificado

Así piensa el Rev. W. Shaw Caldecott. Vea su tratado sobre *The Tabernacle, Its History and Structure*, págs. 53, 54:

“Cuatro millas al norte de Jerusalén, y a la distancia de un cuarto de milla al este del camino principal, hay una colina curiosamente nudosa y de doble cumbre, nombrada por los árabes Tell (o Tuleil) el-Full. La corona de esta colina es treinta pies más alta que el Monte Sion, y Jerusalén puede ser claramente vista desde ella. En su cima hay un gran montículo piramidal de piedras sin labrar, que Robinson supone haber sido originalmente una torre cuadrada de 40 o 50 pies, y haber sido violentamente derribada. No se ven

otras fundaciones. Al pie de la colina hay substrucciones antiguas, construidas de grandes piedras sin labrar en muros bajos y macizos. Estos están en el lado sur, y colindan con el gran camino.

“Si tomamos las indicaciones escriturales en cuanto al sitio de Nob (altura), esta colina y estas ruinas cumplen todas las condiciones del caso.

“(a) Nob era tan considerada como perteneciente a Jerusalén, como una de sus aldeas (involucrando así su proximidad), que el traer David la cabeza y la espada de Goliath al tabernáculo en Nob fue considerado como traerlos a Jerusalén (1 Samuel 17:54).

“(b) Una indicación más clara en cuanto a su situación se obtiene, sin embargo, por el registro de las ciudades y aldeas de restauración en las cuales Nob es mencionada, ocurriendo el nombre entre los de Anatot y Ananías (Nehemías 11:32). Estos dos lugares todavía llevan prácticamente los mismos nombres, y sus sitios son bien conocidos. En el espacio estrecho entre Anata y Hanina está la colina Tell el-Full, que tomamos como el antiguo Nob.

“(c) Otra indicación está contenida en el relato de Isaías de la marcha de Senaquerib sobre Jerusalén, cuyo clímax pintoresco es, ‘Aun vendrá a Nob; alzaré su mano contra el monte de la hija de Sion, el collado de Jerusalén’ (Isaías 10:28-32). Hay solo dos colinas en el norte desde las cuales la ciudad puede ser vista, para dar realidad a las palabras del poeta. Una de estas es Neby Samwil, y la otra es Tell el-Full”.

IV. Gabaón

Identidad de la Antigua Ciudad con El-Jib, también el “Gran Lugar Alto” de 1 Reyes 3:4, Indicada

En el *Dictionary of the Bible* de Hastings, Art. Gibeon, J. F. Stenning dice como sigue:

“La identidad de Gabaón con la aldea de El-Jib, que yace unas seis o siete millas al noroeste de Jerusalén, está prácticamente más allá de disputa. La aldea moderna todavía preserva la primera parte del nombre más antiguo, mientras que su situación concuerda en todo respecto con los requisitos de la historia del Antiguo Testamento. Justo más allá de Tell el-Full (Gabaá), el camino principal al norte desde Jerusalén a Beitin (Bet-el) es unido por un camino rama que sube de la costa. Este último forma la continuación de la más al sur de tres rutas que conectan el valle del Jordán con las Llanuras Marítimas. ... Ahora justo antes de que este camino (viniendo desde el valle del Jordán) deje el terreno más alto y descienda a la Shefelá, se divide en dos, una rama llevando al Wady Suleiman, la otra corriendo en una dirección más al sur por vía de los Bet-horones. Aquí, en esta meseta fértil y abierta, ligeramente al sur del camino principal, se eleva la colina en la cual la aldea moderna de El-Jib está construida, justo en la línea fronteriza que atraviesa la cordillera central al sur de Bet-el. Era el paso natural a través de Palestina, que en tiempos tempranos sirvió como la frontera política entre el Norte y el Sur de Israel, y fue debido a su posición que Gabaón adquirió tanta prominencia en los reinados de David y Salomón. A corta distancia al este de la aldea, al pie de la colina, hay, además, un tanque de piedra o depósito de tamaño considerable, alimentado por un manantial que surge en una cueva más arriba”.

Este manantial, nos dicen los exploradores, fue probablemente el antiguo “estanque de Gabaón” mencionado en 2 Samuel 2:13.

También, respecto al “gran lugar alto”, el *Dictionary* de Smith tiene lo siguiente:

“La posición más natural para el lugar alto de Gabaón es la montaña gemela inmediatamente al sur de El-Jib, tan cerca como para ser casi una parte de la ciudad, y sin embargo completamente separada y distinta. El testimonio de Epifanio viz., que el ‘Monte de Gabaón’ era el más alto alrededor de Jerusalén, por el cual

el Deán Stanley apoya su conjetura (que el presente Neby Samwil era el gran lugar alto), debe ser recibido con precaución, estando, como está, completamente solo y perteneciendo a una edad que, aunque temprana, fue marcada por la ignorancia y por las conclusiones más improbables”.

Algunos hechos adicionales, como dados por el Rev. W. Shaw Caldecott (ibid. págs. 60-62), son como sigue:

“El-Jib está construido sobre una colina oblonga aislada que está en una llanura o cuenca de gran fertilidad. El extremo norte de la colina está cubierto sobre con antiguas ruinas macizas, que han caído en toda dirección, y en las cuales los aldeanos ahora viven. A través de la llanura al sur está la elevada cordillera de Neby Samwil. ... Gabaón era una de las cuatro ciudades en la división de Benjamín dadas como residencias para los hijos de Aarón (Josué 21:17). Así ya estaba habitada por sacerdotes, y esto, agregado a sus otras ventajas, la hizo, humanamente hablando, un lugar no inadecuado para la capital del nuevo reino. No se han descubierto restos de edificios (muy antiguos), como los de er-Ramah y Tell el-Full”.

Capítulo 23 El Testimonio de Cristo al Antiguo Testamento

Por William Caven, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Difunto Director del Knox College, Toronto, Canadá

Tanto los judíos como los cristianos reciben el Antiguo Testamento como conteniendo una revelación de Dios, mientras que estos últimos lo consideran como estando en estrecha y vital relación con el Nuevo Testamento. Todo lo relacionado con el Antiguo Testamento ha sido, en años recientes, sometido al escrutinio más riguroso: la autoría de sus diversos libros, el tiempo en que fueron escritos, su estilo, su valor histórico, sus enseñanzas religiosas y éticas. Aparte de la veneración con la que consideramos los escritos del Antiguo Testamento por su propio mérito, la íntima conexión que tienen con las Escrituras cristianas necesariamente nos da el más profundo interés en las conclusiones que puedan alcanzarse mediante la crítica del Antiguo Testamento. Para nosotros, la dispensación del Nuevo Testamento presupone y surge de la mosaica, de modo que los libros del Nuevo Testamento tocan a los del Antiguo en cada punto: *In vetere testamento novum latet, et in novo vetus patet*. (En el Antiguo Testamento el Nuevo está oculto, y en el Nuevo el Antiguo es revelado).

Nos proponemos tomar una vista resumida del testimonio de nuestro Señor al Antiguo Testamento, tal como es registrado por los evangelistas. Los escritores del Nuevo Testamento mismos citan y se refieren ampliamente al Antiguo Testamento, y las opiniones que expresan con respecto a la antigua economía y sus escritos están en armonía con las declaraciones de su maestro; pero, por varias razones, aquí nos limitamos a lo que se relata del Señor mismo.

Refiramos, primero, a lo que está contenido o necesariamente implícito en el testimonio del Señor a las Escrituras del Antiguo Testamento, y, segundo, al valor crítico de su testimonio.

I. El Testimonio del Señor al Antiguo Testamento

La autoridad de nuestro Señor —aunque esto es más bien el *argumentum silentio* [argumento del silencio]— puede citarse a favor del canon del Antiguo Testamento como fue aceptado por los judíos en su día. Él nunca los acusa de añadir o quitar de las Escrituras, o de alterar el texto de ninguna manera. Si hubieran sido culpables de tan gran pecado, apenas es posible que entre los cargos traídos contra ellos, este asunto ni siquiera sea aludido. El Señor reprocha a sus compatriotas por ignorancia de las Escrituras, y por hacer nula la ley por medio de sus tradiciones, pero Él nunca insinúa que hayan introducido algún libro en el canon, o rechazado alguno que mereciera un lugar en él.

Ahora, el canon del Antiguo Testamento del primer siglo es el mismo que el nuestro. La evidencia para esto es completa, y el hecho es apenas cuestionado. El Nuevo Testamento no contiene, en efecto, ningún catálogo de los libros del Antiguo Testamento, pero el testimonio de Josefo, de Melito de Sardis, de Orígenes, de Jerónimo, del Talmud, muestra decisivamente que el canon del Antiguo Testamento, una vez fijado, ha permanecido inalterado. Ya sea que la firme tradición judía de que el canon fue finalmente determinado por Esdras y la Gran Sinagoga sea del todo correcta o no, es cierto que la Septuaginta concuerda con el hebreo en cuanto al canon, mostrando así que el asunto no estaba en disputa dos siglos antes de Cristo. Ni el testimonio de la Septuaginta se debilita por el hecho de que los Apócrifos comunes del Antiguo Testamento son añadidos a los libros canónicos; porque “de ninguno entre los libros apócrifos se insinúa siquiera, ya sea por el autor, o por cualquier otro escritor judío, que fuera digno de un lugar entre los libros sagrados” (*Cyclo.*, art. “*Canon*” por Kitto). Se observa que el Señor nunca cita ninguno de los libros apócrifos, ni se refiere a ellos.

Ninguna Parte Atacada

Si nuestro Señor no nombra a los escritores de los libros del Antiguo Testamento en detalle, al menos puede decirse que ninguna palabra suya pone en duda la genuinidad de ningún libro, y que Él asigna distintamente varias partes de la Escritura a los escritores cuyos nombres llevan. La Ley es atribuida a Moisés; el nombre de David está conectado con los Salmos; las profecías de Isaías son atribuidas a Isaías, y las profecías de Daniel a Daniel. Después investigaremos si estas referencias son meramente por vía de acomodación, o si debe atribuírseles más importancia; mientras tanto, notamos que el Señor no expresa, en ninguna instancia, disenso de la opinión común, y que, en cuanto a varias partes de la Escritura, Él la respalda distintamente.

Las referencias a Moisés como legislador y escritor son como estas: Al leproso limpiado Él le dice: “Ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés” (Mateo 8:4). “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres” (Mateo 19:8). “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lucas 16:31). “Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente” (Marcos 7:10). “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27). “Que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44). “No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (Juan 5:45-47). “¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley?” (Juan 7:19). “Moisés os dio la circuncisión... Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada”, etc. (Juan 7:22, 23). Las palabras parentéticas omitidas: “no porque sea de Moisés, sino de los padres”— parecen mostrar claramente, puede señalarse de paso, que el Señor no es inobservante de la exactitud histórica.

Los Salmos son citados por nuestro Señor más de una vez, pero solo una vez se nombra a un escritor. El Salmo 110 es atribuido a David; y la validez del argumento del Señor depende de que sea davídico. La referencia, por tanto, hasta donde llega, confirma las inscripciones de los Salmos en relación con la autoría. Isaías 6:9 es citado así: “De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis” (Mateo 13:14, 15). Nuevamente, el capítulo 29:13 de la profecía de Isaías es citado: “Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas... Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí” (Marcos 7:6). Cuando, al principio de su ministerio, el Señor vino a Nazaret, le fue entregado en la sinagoga “el libro del profeta Isaías. Y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres”, etc. (Lucas 4:17,18). El pasaje leído por nuestro Señor es del capítulo 61 de Isaías, que pertenece a la sección del libro muy a menudo, en la actualidad, atribuida al segundo, o pseudo, Isaías; pero no insistimos en este punto, ya que puede decirse que el evangelista, más bien que Cristo, atribuye las palabras a Isaías.

En su gran profecía respecto a la caída del estado judío, el Señor se refiere a “la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel”: Como en Daniel 9:27, leemos que “por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador”, y en el capítulo 12:11, que “desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora (será puesta)”.

Narrativas y Registros Auténticos

Cuando Cristo hace referencia a narrativas y registros del Antiguo Testamento, Él los acepta como auténticos, como históricamente verdaderos. Él no da ni sugiere en ningún caso una interpretación mítica o alegórica. Los relatos de la creación, del diluvio, de la destrucción de Sodoma y Gomorra, así como muchos incidentes y eventos de ocurrencia posterior, son tomados como auténticos. Puede, por supuesto, alegarse

que las referencias del Señor a la creación del hombre y la mujer, el diluvio, las ciudades de la llanura, etc., sirven igualmente su propósito de ilustración ya sea que Él los considere como históricos o no. Pero al ponderar sus palabras se verá que pierden mucho de su fuerza y apropiación a menos que los eventos aludidos tuvieran un carácter histórico... Refiramos más particularmente a este asunto. Cuando los fariseos preguntan a Cristo si es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa, Él les responde: “¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?” (Mateo 19:4, 5). Nuevamente: “Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mateo 24:37, 39). Nuevamente: “Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:23, 24). Estas declaraciones, todos sienten, pierden su peso y solemnidad, si no hubo diluvio tal como se describe en Génesis, y si la destrucción de la malvada Sodoma puede ser solo un mito. Ilustraciones y paralelos pueden, para ciertos propósitos, ser aducidos de literatura ficticia, pero cuando el Señor quisiera despertar la conciencia de los hombres y alarmar sus temores por referencia a la certidumbre del juicio divino, Él no confirmará su enseñanza por instancias de castigo que son solo fabulosas. Su argumento de que el Santo y Justo Dios hará como Él ha hecho —desnudará su brazo como en los días antiguos— es despojado, en este caso, de toda validez.

Una opinión frecuentemente urgida en el día presente es que, como con otras naciones, también con los judíos, el período mítico precede al histórico, y así las narrativas más tempranas del Antiguo Testamento deben ser tomadas según su verdadero carácter. En períodos posteriores del Antiguo Testamento tenemos registros que, en general, son históricos; pero en los tiempos más tempranos no debemos buscar historia auténtica en absoluto. Un examen adecuado de esta teoría (que tiene, por supuesto, consecuencias exegéticas trascendentales) no puede ser intentado aquí. Meramente señalamos que las breves referencias de nuestro Señor a la narrativa temprana del Antiguo Testamento no sugerirían la distinción tan a menudo hecha entre registros tempranos y posteriores del Antiguo Testamento en el terreno de la confiabilidad.

El Antiguo Testamento de Dios

Avanzamos para decir que Cristo acepta la antigua dispensación y sus escrituras como, en un sentido especial, de Dios; como teniendo autoridad especial, divina. Muchos que no reconocen ninguna sacralidad o autoridad peculiar en la religión de los judíos por encima de otras religiones del mundo, admitirían fácilmente que es de Dios. Pero su argumento es que todas las religiones (especialmente lo que se complacen en llamar las grandes religiones) tienen elementos de verdad en ellas, que todas ellas proveen medios a través de los cuales las almas devotas tienen comunión con el poder que rige el universo, pero que ninguna de ellas debería exaltar sus pretensiones muy por encima de las otras, mucho menos reclamar sanción divina exclusiva; todas ellas siendo el producto de la naturaleza espiritual del hombre, tal como ha sido moldeada por su historia y ambiente, en diferentes naciones y edades. Esta es la opinión bajo la cual el estudio de la religión comparada es proseguido por muchos eruditos eminentes. Un estudio amplio y generoso de las religiones —sus características e historia— tiende, se sostiene, a llevarlas a una comunión más estrecha entre sí; y solo la ignorancia o el prejuicio (dicen estos pensadores imparciales) puede aislar la religión del Antiguo Testamento o del Nuevo, y rehusarse a reconocer en otras religiones los elementos divinos que les dan derecho a tomar rango con el judaísmo o el cristianismo.

Las declaraciones de Jesucristo sobre esta cuestión de la divinidad de la religión y cultos del Antiguo Testamento son inconfundibles; y no menos clara y decidida es su lenguaje respecto a los escritos en los cuales esta religión es entregada. Dios es la fuente en el sentido más directo, tanto de la religión como de los registros de ella. Ningún hombre puede reclamar la autoridad de Cristo para clasificar al judaísmo con

el confucianismo, hinduismo, budismo, y parsismo. No hay nada, en efecto, en la enseñanza del Señor que nos prohíba reconocer cualquier cosa que sea buena en las religiones étnicas —cualquiera de esos elementos de verdad espiritual que llegan a ser propiedad común de la raza y que no fueron completamente perdidos en la noche del paganismo; pero, por otro lado, es abundantemente evidente que la fe judía es, para nuestro Señor, la única fe verdadera, y que las Escrituras judías tienen un lugar propio —un lugar que no puede ser compartido con los libros sagrados de otros pueblos. El samaritanismo, aun cuando se había apropiado tan ampliamente de la religión de Israel, Él no lo reconocerá. “Porque la salvación es de los judíos”...

Casi cualquier referencia de nuestro Señor al Antiguo Testamento apoyará la afirmación de que Él considera la dispensación y sus escrituras como de Dios. Él muestra, p. ej., que la profecía del Antiguo Testamento se cumple en Él mismo, o Él vindica su enseñanza y sus reclamos por la Escritura, o Él ordena obediencia a la ley (como en el caso de los leprosos limpiados), o Él afirma la inviolabilidad de la ley hasta su cumplimiento completo, o Él acusa a una generación cegada y farisaica de suplantar y dejar sin efecto una ley que estaban obligados a observar. Unas pocas instancias de reconocimiento explícito de las Escrituras del Antiguo Testamento como procediendo de Dios y teniendo autoridad divina, pueden ser aquí aducidas. En su Sermón del Monte el Señor hace esta fuerte y comprensiva declaración: “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18). En el contexto la ley es distinguida de los profetas y designa, por tanto, el Pentateuco; y seguramente el origen divino de esta parte de la Escritura está incuestionablemente implícito. Tal inviolabilidad no podría ser reclamada para ninguna institución o producción meramente humana. Cuando el hijo hipócrita y sin corazón pretendía dedicar a Dios lo que debería haber ido para sostener a sus padres indigentes, él “invalidó el mandamiento de Dios”, “porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre” (Mateo 15:4). Al purificar el templo el Señor justifica su acción en estas palabras: “Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada” (Mateo 21:13). Nuevamente: “Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?” (Mateo 22:32). Nuevamente: “Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes” (Marcos 7:8). Tantos pasajes del Antiguo Testamento son citados o aludidos por el Señor como habiendo recibido, o como esperando cumplimiento, que apenas es necesario hacer citas de esta clase. Todas estas ciertamente implican la divinidad de la Escritura; porque ningún hombre, ninguna criatura, puede decir lo que está oculto en el futuro remoto.

No estamos olvidando que el Señor reconoce plenamente el carácter imperfecto y provisional de la ley mosaica y de la antigua dispensación. Si el Antiguo fuera sin falta, ningún lugar habría sido hallado para el Nuevo. Si la gracia y la verdad hubiesen venido por Moisés, el advenimiento de Jesucristo habría sido innecesario. Así que cuando los fariseos plantean la pregunta a Cristo de por qué Moisés mandó dar a la esposa que no ha hallado favor con su marido carta de divorcio y repudiarla, Él respondió: “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así” (Mateo 19:8). La legislación mosaica no era en cada parte absolutamente la mejor que podría ser dada, pero era tal como la sabiduría divina vio mejor para ese tiempo y bajo las circunstancias especiales del pueblo hebreo. No solo estableció el Antiguo Testamento una economía típica, que debe dar lugar a otra, sino que encarnaba elementos éticos de tipo provisional que deben pasar cuando el Hijo encarnado hubiera revelado plenamente al Padre. El Antiguo Testamento es consciente de sus propias imperfecciones, porque Jeremías escribe así: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto”. Pero en todo esto no hay nada que modifique la proposición que estamos ilustrando, a saber, que nuestro Señor acepta la economía del Antiguo Testamento y sus Escrituras como de Dios, como selladas con autoridad divina, y como verdaderamente dando a conocer la mente y voluntad divinas...

Marción y los gnósticos no recibieron ninguna parte de las Escrituras del Antiguo Testamento, y la antigua dispensación misma la sostuvieron ser de origen maligno. Tan decididos estaban contra el Antiguo

Testamento que no admitirían en su canon del Nuevo Testamento los libros que especialmente dan testimonio del Antiguo. Pero la iglesia cristiana ha seguido a su maestro en considerar el Antiguo Testamento como la Palabra de Dios, como la Biblia de las edades antes del advenimiento, y como todavía parte de la Biblia para la iglesia cristiana. No hasta los días del racionalismo desarrollado fue esta posición puesta en duda, excepto entre incrédulos. Pero es obvio que el estilo de crítica que, en nuestro propio tiempo, es frecuentemente aplicado al Antiguo Testamento (sin decir nada sobre el Nuevo), tocante a sus historias, sus leyes, su moralidad, es bastante inconsistente con el reconocimiento de cualquier característica o autoridad divina especial como perteneciente a él. La máxima misma tan a menudo repetida, que la crítica debe tratar con estos escritos precisamente como trata con otros escritos es un rechazo a la Escritura, in limine [en el umbral], del carácter peculiar que ella reclama, y que la iglesia ha siempre reconocido en ella. Si una autoridad divina especial puede ser vindicada para estos libros, o para cualquiera de ellos, este hecho, está claro, debería ser tomado en cuenta por el crítico lingüístico e histórico. Lógicamente, deberíamos comenzar nuestro estudio de ellos investigando su título a tal autoridad, y, si su reclamo prueba estar bien fundado, nunca debería ser olvidado en los procesos críticos subsiguientes. El establecimiento de este alto reclamo implicará en estos escritos características morales (sin mencionar otras) que deberían eximirlos de una cierta sospecha que el crítico puede no sin razón permitir que esté presente cuando comienza a examinar documentos de tipo ordinario. No es, por tanto, correcto decir que la crítica, al comenzar sus indagaciones, debería no saber nada del alegado origen divino o carácter sagrado de un libro. Si el libro no tiene buenos comprobantes para sus reclamos de poseer un carácter sagrado, la crítica debe proceder sin obstáculos; pero concepciones correctas de métodos críticos demandan que todo hecho importante ya comprobado en cuanto a cualquier escrito debería ser fielmente mantenido ante la mente en el examen de ellos. La ciencia debe aquí unirse con el sentimiento reverencial en requerir tratamiento correcto de un libro que reclama sanción divina especial, y está dispuesto a tener sus reclamos debidamente investigados. El examen de un testigo de probidad y rectitud establecidas no sería conducido precisamente de la misma manera que el de un testigo cuyo carácter es desconocido o bajo sospecha. El estilo de Wellhausen de tratar la historia de Israel no puede tener justificación a menos que él demuestre primero que el reclamo tan a menudo avanzado en “Así dice Jehová” es enteramente sin base. Tan lejos de admitir la validez del axioma referido, distintamente sostenemos que es anticientífico. Una crítica justa y verdadera debe tener respeto a todo lo ya conocido y establecido respecto a las producciones a las cuales es aplicada, y ciertamente tan trascendental reclamo como el de autoridad divina demanda examen preliminar cuidadoso.

Pero la crítica, puede urgirse, es el instrumento mismo por el cual debemos probar las pretensiones de estos escritos a un origen y carácter divino especial, y, por ende, no puede mantenerse al margen hasta que esta cuestión haya sido considerada. Al requerir que la crítica guarde silencio hasta que el veredicto haya sido rendido, la estamos poniendo bajo restricciones inconsistentes con sus funciones y prerrogativas. La respuesta, sin embargo, es que las evidencias externas e internas principales para el origen divino de las Escrituras pueden ser pesadas con suficiente exactitud para determinar el carácter general y autoridad de estos escritos antes de que la crítica, ya sea alta o baja, requiera aplicar su mano. “Lo celestial del asunto, la eficacia de la doctrina, la majestad del estilo, el consentimiento de todas las partes, el alcance del todo (que es dar gloria a Dios), el descubrimiento completo que hace del único camino de salvación del hombre, las muchas otras excelencias incomparables, y la entera perfección de ella, son argumentos por los cuales abundantemente evidencia ser la palabra de Dios” (Conf. de Fe 1:5). Pero todas estas consideraciones pueden, en todo lo que es material, ser pesadas y estimadas antes de que la crítica técnica comience sus labores, como han sido estimadas hasta la entera convicción de la divinidad de la Escritura por parte de miles que no tenían conocimiento de crítica. Si la aplicación justa de la crítica, cuando llega su tiempo apropiado, tiende a engendrar duda en cuanto a la conclusión general ya alcanzada respecto a la Biblia, sin duda será correcto revisar cuidadosamente la evidencia sobre la cual depende nuestra conclusión; pero las pruebas sustantivas y directas de que las Escrituras son de Dios deberían ser manejadas primero, y la decisión alcanzada debería ser mantenida en mente, mientras la crítica está ocupada con su tarea propia. Este nos parece el verdadero orden del procedimiento.

Dios Habla

Nuestro Señor ciertamente atribuye al Antiguo Testamento un carácter mucho más alto de lo que muchos han supuesto. Dios habla en él por todas partes; y mientras Él se revelará más perfectamente en su Hijo, nada contenido en la revelación más antigua fallará en su fin o será convicto de error. Cristo no usa el término “inspiración” al hablar del Antiguo Testamento, pero cuando hemos aducido sus palabras respecto al origen y autoridad de estos escritos, será evidente que para Él son dados por Dios en cada parte. Se verá que su testimonio no cae detrás del de sus apóstoles que dicen: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16), y “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21)...

Palabras y Mandamientos de Dios

Al hablar de Cristo como enseñando que el Antiguo Testamento es de Dios hemos referido a pasajes en los cuales Él dice que sus palabras y mandamientos son las palabras y mandamientos de Dios; p. ej., “Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente” (Mateo 15:4). Nuevamente: “¿No habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?”

De manera comprensiva las leyes del Pentateuco, o del Antiguo Testamento, son llamadas “los mandamientos de Dios”. “Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (Marcos 7:8, 9); y en el contexto de esta última cita el mandamiento de Dios es identificado con lo que “Moisés habló”, mostrando que las palabras de Moisés son también las palabras de Dios.

Pasajes como estos hacen más que probar que las Escrituras del Antiguo Testamento expresan en general la mente de Dios, y, por tanto, poseen muy alta autoridad. Si puede decirse ciertamente que Dios habló ciertas palabras, o que ciertas palabras y mandamientos son las palabras y mandamientos de Dios, tenemos más que un respaldo general; como cuando, p. ej., el editor de una publicación periódica declara que es responsable del carácter general y tendencia de artículos que admite, pero no de cada sentimiento o expresión de opinión contenida en ellos.

No necesita, por supuesto, prueba que las palabras citadas en el Nuevo Testamento como habladas por Dios no son las únicas partes del Antiguo que tienen autoridad divina directa. La misma cosa podría evidentemente ser dicha de otras partes del libro. La impresión dejada, pensamos, en toda mente sin prejuicio es que tales citas como el Señor hizo son solo especímenes de un libro en el cual Dios habla por todas partes. No hay aliento ciertamente para intentar ningún análisis de la Escritura en sus partes o elementos divinos y humanos —para repartir la autoría entre Dios y el escritor humano, porque, como hemos visto, las mismas palabras son atribuidas a Dios y a su siervo Moisés. El todo es hablado por Dios y por Moisés también. Todo es divino y al mismo tiempo todo es humano. Lo divino y lo humano están tan relacionados que la separación es imposible.

Absoluta Infalibilidad de la Escritura

Atención puede ser especialmente llamada a tres pasajes en los cuales el Señor se refiere al origen y la absoluta infalibilidad de la Escritura. Jesús preguntó a los fariseos: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” Le dijeron: El Hijo de David. Él les dijo: “¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor?” La referencia es al Salmo 110, el cual el Señor dice que David habló o escribió “en el Espíritu”; es decir, David estaba completamente bajo la influencia del Espíritu en la producción del Salmo, de modo que cuando llama al Mesías su “Señor” la palabra tiene autoridad absoluta. Tal es claramente el significado del Señor, y los

fariseos no tienen respuesta a su argumento. El Señor no dice que el Antiguo Testamento entero fue escrito “en el Espíritu”, ni aun que todos los Salmos fueron así producidos; Él no hace declaración directa de esta naturaleza; sin embargo el lector llano ciertamente consideraría esto como implícito. Sus oyentes entendían que sus Escrituras habían sido todas escritas por inspiración inmediata de Dios, y ser la palabra de Dios; y Él meramente se refiere al Salmo 110 como teniendo el carácter que pertenecía a la Escritura en general... En Juan 10:34-36 Cristo se vindica de la acusación de blasfemia al reclamar ser el Hijo de Dios: “Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?” “La Escritura no puede ser quebrantada” *ou dunatai luthenai*. El verbo significa soltar, desatar, disolver, y como aplicado a la Escritura significa subvertir o privar de autoridad. La autoridad de la Escritura es entonces tan completa —tan penetrante— que se extiende a sus términos individuales. “Dioses” es la palabra propia porque es usada para designar a los gobernantes judíos. Si esto no es inspiración verbal, se acerca mucho a ella. Uno puede, por supuesto, alegar que la declaración del Señor de inerrancia implica solo que las palabras principales de la Escritura deben ser tomadas precisamente como son, pero que Él no reclama la misma autoridad para todas sus palabras. Sin argumentar este punto, meramente decimos que no es cierto u obvio que el camino queda abierto para esta distinción. En vista de las declaraciones de Cristo, incumbe sobre aquellos que sostienen que la inspiración se extiende solo al pensamiento de la Escritura, pero no a las palabras, o a las palabras principales pero no a las palabras en general, aducir argumentos muy convincentes en apoyo de su posición. El *onus probandi* [carga de la prueba], nos parece, es aquí hecho descansar sobre ellos. La teoría de que la inspiración puede ser afirmada solo de las opiniones o posiciones principales de la Escritura, pero ni de las palabras ni del desarrollo de los pensamientos, no puede, parece claro, ser armonizada con la enseñanza del Señor. Antes de advertir a un tercer texto podemos permitirnos asentar estas palabras de Agustín escribiendo a Jerónimo: “Porque reconozco con alta estima por ti, he aprendido a atribuir tal reverencia y honor solo a aquellos libros de las Escrituras que ahora son llamados canónicos, que creo muy firmemente que ninguno de sus autores ha cometido un error al escribirlos. Y si tropezare con algo en aquellos escritos, que pueda parecer opuesto a la verdad, no contendere por nada más, que ya sea que el manuscrito estaba lleno de errores, o que el traductor no había comprendido lo que fue dicho, o que yo no lo había entendido en el menor grado”.

En su sermón del monte nuestro Señor así se refiere a su propia relación con la economía del Antiguo Testamento y sus Escrituras: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:17, 18). Ninguna palabra más fuerte podría ser empleada para afirmar la autoridad divina de cada parte del Antiguo Testamento; porque la ley y los profetas significan las Escrituras enteras del Antiguo Testamento. Si esta declaración contempla el elemento moral de estas Escrituras, significa que ninguna parte de ellas será puesta a un lado por la nueva dispensación, sino “cumplida” —es decir, llenada y completada por Jesucristo como un bosquejo es llenado y completado por el pintor. Si, como otros interpretan naturalmente, los rasgos típicos del Antiguo Testamento están incluidos en la declaración, el término “cumplir”, en cuanto a este elemento, será tomado en el significado más usual. En cualquier caso la inviolabilidad y, por implicación, el origen divino del Antiguo Testamento no podría ser más impresionantemente declarado. Noten cuán comprensivas y absolutas son las palabras: “Ni una jota ni una tilde”. “Jota” (iota) es yod, la letra más pequeña del alfabeto hebreo; “tilde”, literalmente pequeño cuerno o ápice, designa las pequeñas líneas o proyecciones por las cuales letras hebreas, similares en otros respectos, difieren una de otra. Tenemos aquí, uno podría decir, la inspiración de letras del Antiguo Testamento. Todo contenido en él tiene autoridad divina, y debe, por tanto, ser divino en origen; porque es innecesario mostrar que tal autoridad no podría ser atribuida a escritos meramente humanos, o a escritos en los cuales los intereses divinos y humanos podrían ser separados analíticamente.

Si se dijera que la “ley”, cada jota y tilde de la cual debe ser cumplida, significa aquí la economía misma, las ordenanzas del judaísmo, pero no el registro de ellas por escrito, la respuesta es que no conocemos nada de estas ordenanzas excepto a través del registro, de modo que lo que se afirma debe aplicar a las Escrituras así como a la dispensación.

Las únicas preguntas que pueden ser bien planteadas son, primero, si “la ley y los profetas” designan las Escrituras enteras o solo dos grandes divisiones de ellas; y, segundo, si las palabras de Jesús pueden ser tomadas en su pleno significado, o, por alguna razón u otra, deben ser descontadas. La primera pregunta apenas vale la pena discutir, porque, si ni jota ni tilde de “la ley y los profetas” fallará, difícilmente se argüirá que los Salmos, o cualesquiera partes del Antiguo Testamento que no están incluidas, tienen un carácter menos estable. La última pregunta, de importancia trascendental, la consideraremos luego.

Cumplimiento de la Profecía

La inspiración de las Escrituras del Antiguo Testamento está claramente implicada en las muchas declaraciones de nuestro Señor respecto al cumplimiento de profecías contenidas en ellas. Es prerrogativa de Dios conocer, y dar a conocer, el futuro. El presagio humano no puede ir más allá de lo que está prefigurado en eventos que han traspasado, o está envuelto en causas que vemos claramente en operación. Si, por tanto, el Antiguo Testamento revela, cientos de años de antemano, lo que está viniendo a pasar, la omnisciencia debe haber dirigido la pluma del escritor; es decir, estas Escrituras, o al menos sus partes predictivas, deben ser inspiradas.

El pasaje ya citado del Sermón del Monte puede ser notado en cuanto a su referencia sobre la profecía: “No he venido para abrogar la ley o los profetas, sino para cumplir”. Mientras *plerosai* (está lleno o cumplido), como refiriendo a la ley, tiene el significado especial arriba señalado; como refiriendo a los profetas, tiene su importación más común. Tenemos aquí, entonces, una declaración general en cuanto al Antiguo Testamento conteniendo profecías que fueron cumplidas por Cristo y en Él. Aquí hay ejemplos. El rechazo del Mesías por las autoridades judías, así como el triunfo final de su causa, es anunciado en el Salmo 118; en palabras que Cristo aplica a Sí mismo: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo”. La deserción de Jesús por sus discípulos cuando fue aprehendido cumple la predicción de Zacarías: “Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas” (Mateo 26:31). Si la intervención angélica rescatara a Jesús de la muerte, “¿cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” Todo lo que se relacionó con su traición, aprehensión, y muerte tuvo lugar, “para que se cumplan las Escrituras de los profetas” (Mateo 26:56). “Si creyeseis a Moisés”, dijo nuestro Señor, “me creeríais a mí, porque de mí escribió él” (Juan 5:46). El Salmo 41 denuncia la traición de Judas en estas palabras: “El que come pan conmigo levantó contra mí su calcañar”; y la defección del hijo de perdición tiene lugar, “para que la Escritura se cumpliera” (Juan 17:12). La persistente y maligna oposición de sus enemigos cumple lo que está escrito: “Me aborrecieron sin causa” (Juan 15:25). Finalmente, al discurrir a los dos discípulos en el camino a Emaús, el Señor, “comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. “Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (Lucas 24:44-46)...

No se niega que en algunos casos la palabra “cumplir” es usada en el Nuevo Testamento meramente como significando que algún evento o condición de cosas corresponde con o realiza algo que está escrito en el Antiguo Testamento; como cuando las palabras en Isaías, “De oído oiréis, y no entenderéis”, se dice son cumplidas en la ciega obstinación de los fariseos. Ni, nuevamente, se niega que “cumplir” tiene el significado de llenar, o expandir, o completar. Pero claramente nuestro Señor, en los pasajes aquí citados, emplea el término en otra acepción. Él no significa nada menos que esto: que las Escrituras que Él dice

fueron “cumplidas” fueron intentadas por el Espíritu de Dios para tener la aplicación misma que Él hace de ellas; eran predicciones en el sentido ordinariamente significado por ese término. Si el Mesías del Antiguo Testamento fuera meramente un personaje ideal, habría poca fuerza en decir que el Señor “abrió el entendimiento” de los discípulos para que pudieran ver su muerte y resurrección expuestas en las profecías. Pero enseñar que el Antiguo Testamento contiene predicciones auténticas es, como hemos dicho, enseñar que es inspirado. El desafío a las deidades paganas es: “Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses” (Isaías 41:23).

Así hallamos que nuestro Señor reconoce el mismo canon del Antiguo Testamento como tenemos nosotros, que en la medida en que Él hace referencia a libros particulares del canon los atribuye a los escritores cuyos nombres llevan, que Él considera la religión judía y sus libros sagrados como en un sentido especial —un sentido que no debe ser afirmado de ninguna otra religión— de Dios, que los escritores de la Escritura, en su opinión, hablaron en el Espíritu, que sus palabras son tan propiamente escogidas que un argumento puede descansar sobre la exactitud de un término, que ninguna parte de la Escritura fallará en su fin o será convicta de error, y que las predicciones de la Escritura son predicciones genuinas, que todas deben en su tiempo recibir cumplimiento.

No podemos aquí discutir la doctrina de la inspiración; pero sobre la base del testimonio del Señor al Antiguo Testamento, como arriba resumido, podemos seguramente afirmar que Él reclama para él por todas partes todo lo que se significa por inspiración cuando usamos ese término en el sentido más definido. Ninguna autoridad más alta podría bien ser atribuida a la enseñanza apostólica, o a cualquier parte de las Escrituras del Nuevo Testamento, que la que el Señor atribuye a las Escrituras más antiguas cuando declara que “ni una jota ni una tilde pasará de ellas hasta que todo se haya cumplido”, y que si los hombres “no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lucas 16:31).

II. El Valor del Testimonio de Cristo

Resta que brevemente advirtamos al valor, para el estudiante científico de la Biblia, del testimonio de Cristo al Antiguo Testamento. El anuncio mismo de tal tópico puede no ser oído sin dolor, pero en vista de teorías con las cuales los estudiantes bíblicos están familiarizados, se hace necesario mirar dentro de la cuestión. ¿Podemos, entonces, aceptar las declaraciones de Cristo sobre los asuntos referidos como teniendo valor —como de autoridad— en relación con la erudición bíblica? ¿Podemos tomarlas en su valor nominal, o deben ser descontadas? O nuevamente, ¿son estas palabras de Jesús válidas para la crítica sobre algunas cuestiones, pero no sobre otras?

Hay dos maneras en las cuales se busca invalidar el testimonio de Cristo al Antiguo Testamento.

1. Ignorancia de Jesús Alegada

Se alega que Jesús no tenía conocimiento más allá del de sus contemporáneos en cuanto al origen y características literarias de las Escrituras. Los judíos creían que Moisés escribió el Pentateuco, que las narrativas del Antiguo Testamento son todas historia auténtica, y que las palabras de la Escritura son todas inspiradas. Cristo compartió las opiniones de sus compatriotas sobre estos tópicos, aun cuando estaban en error. Sostener esta opinión, se mantiene, no detrae de las calificaciones del Señor para su obra propia, la cual era religiosa y espiritual, no literaria; porque en relación con el valor religioso del Antiguo Testamento y sus usos y aplicaciones espirituales Él puede con confianza ser aceptado como nuestro guía. Su conocimiento era adecuado para la entrega de las doctrinas de su reino, pero no necesariamente se extendía a cuestiones de erudición y crítica. De estas Él habla como cualquier otro hombre; y buscar arrestar, o dirigir, la crítica por apelación a su autoridad, es procedimiento que solo puede redundar sobre aquellos que lo adoptan. Esta opinión es avanzada, no solo por críticos que rechazan la divinidad de Cristo, sino por

muchos que profesan creer esa doctrina. En el prefacio a su primer volumen sobre el Pentateuco y Josué, Colenso así escribe: “Es perfectamente consistente con la creencia más entera y sincera en la divinidad de nuestro Señor sostener, como muchos lo hacen, que cuando Él se dignó hacerse ‘Hijo del hombre’ tomó nuestra naturaleza plenamente, y voluntariamente entró en todas las condiciones de la humanidad, y, entre otras, en aquella que hace nuestro crecimiento en todo conocimiento ordinario gradual y limitado... No se supone que, en su naturaleza humana, Él estuviera familiarizado más que cualquier judío de su edad con los misterios de todas las ciencias modernas, ni... puede seriamente mantenerse que, como infante o niño pequeño, Él poseyera un conocimiento sobrepasando el de los adultos más piadosos y eruditos de su nación, sobre el asunto de la autoría y edad de las diferentes porciones del Pentateuco. ¿En qué período, entonces, de su vida en la tierra, ha de suponerse que Él tuvo concedido a Él como el Hijo del hombre, sobrenaturalmente, información completa y exacta sobre estos puntos?”, etc. (vol. i., p. 32). “También debería observarse”, dice el Dr. S. Davidson, “que cuestiones históricas y críticas solo podían pertenecer a su cultura humana, una cultura sellada con las características de su edad y país”.

La doctrina de la Kenosis es invocada para explicar la imperfección del conocimiento de nuestro Señor sobre cuestiones críticas, como evidenciada por la manera en que Él habla del Pentateuco y de varios problemas del Antiguo Testamento. El asunto general de la limitación del conocimiento de Cristo durante su vida en la tierra es, por supuesto, un asunto muy difícil, pero no necesitamos aquí considerarlo. El Evangelio de Marcos sí habla del día y hora cuando el cielo y la tierra pasarán como siendo conocido solo del Padre, y no del Hijo; pero sin aventurar ninguna opinión sobre un asunto tan misterioso, podemos, al menos, afirmar que el conocimiento del Señor era enteramente adecuado para la descarga perfecta de su oficio profético. Imputar imperfección a Él como el maestro de la iglesia sería en efecto impío. Ahora el caso se presenta así: Por una cierta clase de críticos se nos asegura que, en los intereses de la verdad, a fin de tener una apologética tal como el tiempo presente absolutamente requiere, las opiniones tradicionales respecto a la autoría de los libros del Antiguo Testamento y el grado de autoridad que se adhiere a varios, si no todos ellos, deben ser revisadas. A fin de salvar el barco, debemos lanzar por la borda este aparejo voluminoso y anticuado. Mucho más, se nos asegura, que puntos de erudición están involucrados; porque hombres inteligentes y amantes de la verdad no pueden retener su confianza en la Biblia y su religión, a menos que desechemos las opiniones que han prevalecido en cuanto al Antiguo Testamento, aun cuando estas opiniones aparentemente puedan pleitear a su favor la autoridad de Jesucristo.

Ahora noten la posición en la cual el Señor, como nuestro maestro, es así colocado. Lo hemos seguido en sostener opiniones que resultan ser anticientíficas, no verdaderas; y tan necesario es abandonar estas opiniones que ni la fe judía ni la cristiana pueden ser satisfactoriamente defendidas si nos aferramos a ellas. ¿No es, por tanto, bastante claro que la enseñanza del Señor está, en algo material, hallada en error —que su oficio profético es asaltado? Porque la alegación es que, al aferrarnos a lo que Él es libremente permitido haber enseñado, estamos poniendo en peligro los intereses de la religión. Los críticos que tenemos en vista deben admitir ya sea que los puntos en cuestión son de ninguna importancia, o que el Señor estaba imperfectamente calificado para su obra profética. Aquellos que tienen reverencia por la Biblia no admitirán ninguna posición. Porque ¿por qué debería la erudición magnificar tanto la necesidad a la apologética de corregir la opinión tradicional en cuanto a la edad y autoría del Pentateuco, y otras cuestiones de crítica del Antiguo Testamento, a menos que signifique mostrar que el Antiguo Testamento requiere manejo más exacto, más iluminado, que el que el Señor le dio? Si se respondiera que el Señor, si hubiera estado en la tierra ahora, habría hablado de otra manera sobre los tópicos concernientes, la respuesta obvia es, que la enseñanza del Señor es para todas las edades, y que su palabra “no puede ser quebrantada”.

2. Teoría de la Acomodación

La teoría de la acomodación es traída hacia adelante en explicación de aquellas referencias de Cristo al Antiguo Testamento que respaldan lo que son consideradas como inexactitudes o errores populares. Él habló, se dice, respecto al Antiguo Testamento, según la opinión o creencia corriente. Esta creencia estaría

a veces correcta y a veces errada; pero donde ningún interés de religión o moralidad fue afectado —donde la verdad espiritual no estaba involucrada— Él se permitió, aun donde la creencia común era errónea, hablar en concordancia con ella. Algunos extienden el principio de acomodación a la interpretación del Antiguo Testamento así como a cuestiones de canon y autoría; y al seguirlo se declara que el Señor ha actuado prudentemente, porque ningún buen fin podría haber sido servido, se alega, cruzando la opinión vulgar sobre asuntos de poca importancia, y así despertando o fortaleciendo sospecha en cuanto a su enseñanza en general... En cuanto a la acomodación así supuesta haber sido practicada por nuestro Señor, observamos que si implica, como la propiedad del término requiere, un conocimiento más exacto de su parte que su lenguaje revela, se hace difícil, en muchas instancias, vindicar su perfecta integridad. En algunos casos donde se alega acomodación, podría, en efecto, ser bastante inocente, pero en otros sería inconsistente con el debido respeto a la verdad; y la mayoría de las declaraciones del Señor tocante al Antiguo Testamento a las cuales se ha dirigido atención en esta discusión parecen ser de este último tipo. Davidson mismo dice: “Estando de acuerdo como lo estamos en el sentimiento de que nuestro Salvador y sus apóstoles acomodaron su modo de razonar a las nociones habituales de los judíos, ninguna autoridad puede ser atribuida a ese razonamiento excepto cuando toma la forma de una declaración o afirmación independiente, y así descansa sobre el crédito del hablante”. Ahora las declaraciones de Cristo respecto a las Escrituras del Antiguo Testamento a las cuales deseamos especialmente dirigir atención son precisamente de esta naturaleza. ¿No son estas “declaraciones independientes”? “Ni una jota ni una tilde pasará”, etc.; “La Escritura no puede ser quebrantada”; “David en el Espíritu le llama Señor”; “Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”.

Además, podemos decir como antes, que si las declaraciones de nuestro Señor —sus *obiter dicta* [Por cierto, dijo], si se quiere— sobre la autoría de partes de la Escritura dan una medida de apoyo a opiniones que están interponiéndose en el camino tanto de la erudición genuina como de la fe, es difícil ver cómo pueden ser consideradas como instancias de una acomodación justificable. Nos parece (podemos reverentemente usar las palabras) que en este caso no se puede vindicar la veracidad absoluta del Señor excepto imputándole un grado de ignorancia que lo inhabilitaría para su oficio como maestro permanente de la iglesia. Aquí está el dilema para el crítico radical —o él está agitando a la iglesia sobre trivialidades, o, si sus opiniones tienen la importancia apologética que usualmente les atribuye, está censurando la descarga del Señor de su oficio profético; porque la alegación es que las palabras de Cristo prueban ser desconcertantes y engañosas en relación con cuestiones de peso que el progreso del conocimiento nos ha obligado a enfrentar. Seguramente deberíamos estar aprensivos de peligro si descubrimos que opiniones que reclaman nuestra adhesión, sobre cualesquiera bases, tienden a depreciar la sabiduría de aquel a quien llamamos “Señor y maestro”, sobre quien el Espíritu fue otorgado “sin medida”, y quien “hablaba como nunca hombre ha hablado”. Es una gran cosa en esta controversia tener al Señor de nuestro lado.

¿Son, entonces, las referencias del Señor a Moisés y la ley para ser consideradas como evidencia de que Él creía que el Pentateuco fue escrito por Moisés, o deberían ser clasificadas como instancias de acomodación? Cuando tomamos in cumulo todos los pasajes en los cuales la legislación del Pentateuco y la escritura de él están conectadas con Moisés, un caso muy fuerte es hecho contra la mera acomodación. La obvia exactitud de habla observada en algunas de estas referencias no puede ser pasada por alto; p. ej., “Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres)”. Nuevamente, “Hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza; porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él; pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” ¡Este no es el estilo de uno que no desea que sus palabras sean tomadas estrictamente!

Dos Posiciones Claras

Dos posiciones pueden, creo, ser afirmadas: 1. La legislación del Pentateuco es realmente atribuida a Moisés por el Señor. Si esta legislación es, en lo principal, larga después de Moisés, y una buena parte de ella posterior al exilio, el lenguaje del Señor es positivamente engañoso, y respalda un error que vicia la

entera construcción de la historia del Antiguo Testamento y el desarrollo de la religión en Israel. 2. Moisés es hasta tal extensión el escritor de la ley que puede, con propiedad, ser hablada como “sus escritos”. Todos admiten que hay pasajes en los libros de Moisés que fueron escritos por otra mano u otras manos, y aun si adiciones que no sean ciertas breves interpolaciones explicatorias y el último capítulo de Deuteronomio tienen que ser reconocidas (lo cual no ha sido aún demostrado) el Pentateuco permanecería mosaico. Si Moisés hubiera dictado mucho de sus escritos, como Pablo lo hizo, serían, es innecesario decir, no menos suyos: Las palabras de Jesús las consideramos como evidencia de que Él consideraba a Moisés como, sustancialmente, el escritor de los libros que llevan su nombre. Menos que esto despoja a varias de las declaraciones de nuestro Señor de su punto y propiedad.

Es apenas necesario decir que no tenemos deseo de ver una crítica verdadera y reverente del Antiguo Testamento, y del Nuevo también, arrestada en su progreso, o en lo más mínimo obstaculizada. La crítica debe cumplir su tarea, y todo amante de la verdad está más que dispuesto a que así lo haga. Renuencia a ver la verdad plenamente investigada, plenamente comprobada y establecida, en cualquier departamento de pensamiento e indagación, y más que todo en aquellos departamentos que son más altos, es evidencia lamentable de debilidad moral, de confianza imperfecta en aquel que es el Dios de verdad. Pero la crítica debe proceder por métodos legítimos y en un espíritu verdadero. Debe firmemente mantener ante sí todos los hechos esenciales para ser tomados en cuenta. En el caso de su aplicación a la Biblia y la religión, es muy razonable demandar que pleno peso sea permitido a todas las enseñanzas, todas las palabras de aquel que solo conoce al Padre, y quien vino para revelarlo al mundo, y quien es Él mismo la Verdad. Si toda Escritura da testimonio a Cristo, no podemos rehusarnos a oírlo cuando habla de sus características. Es locura, es impiedad inefable, decidir diferentemente del Señor cualquier cuestión respecto a la Biblia sobre la cual tenemos su veredicto; ni mejora el caso decir que lo escucharemos cuando habla de verdad espiritual, pero nos contaremos libres cuando la cuestión es de erudición. ¡Ay de nuestra erudición cuando nos trae a controversia con aquel que es el Profeta, como es el Sacerdote y Rey de la iglesia, y por cuyo Espíritu tanto profetas como apóstoles hablaron!

Nada ha sido dicho en este artículo respecto al método apropiado de interpretar los diferentes libros y partes del Antiguo Testamento, ni la manera de tratar con dificultades específicas.

Nuestro objeto ha sido mostrar que el Señor considera el libro entero, o colección de libros, como divino, autoritativo, infalible. Pero en la amplia variedad de estos escritos hay muchas formas de composición, y cada parte, es obvio decir, debe ser entendida y explicada en concordancia con las reglas de interpretación que aplican a literatura de su tipo. No hemos estado tratando de antemano de atar al intérprete a un literalismo no inteligente en la exégesis, el cual no tome cuenta de lo que es peculiar a diferentes especies de escritura, tratando poesía y prosa, historia y alegoría, lo simbólico y lo literal, como si todos fueran lo mismo. La consideración de este asunto importantísimo de interpretación con el cual los intereses apologéticos están, en efecto, estrechamente conectados, no ha estado ante nosotros. Pero nada que pudiéramos ser llamados a avanzar respecto a la interpretación del Antiguo Testamento podría modificar los resultados aquí alcanzados en relación con el asunto del cual hemos hablado. El testimonio de nuestro Señor al carácter del Antiguo Testamento debe permanecer inafectado.

Capítulo 24 La Biblia y la Crítica Moderna

Por F. Bettex, Doctor en Teología

Profesor Emérito, Stuttgart, Alemania

Traducido del alemán original por David Heagle, Doctor en Teología

Es innegable que el universo, incluyéndonos a nosotros, existe. ¿De dónde viene todo esto? Para cualquier mente que piensa claramente, solo hay tres posibilidades. O el universo ha existido siempre, se produjo a sí mismo, o fue creado por un ser divino, un ser supremo.

EL UNIVERSO NO ES ETERNO

La eternidad del universo es desmentida muy claramente por su evolución. Desde un punto de vista científico, esa hipótesis ahora está desacreditada y prácticamente abandonada. Los astrónomos, físicos, biólogos y filósofos están comenzando a reconocer cada vez más, y hombres como Secchi, Dubois-Reymond, Lord Kelvin, Dr. Klein y otros, afirman unánimemente que la creación ha tenido un comienzo. Siempre tiende hacia una entropía, es decir, hacia un equilibrio perfecto de sus fuerzas, un estancamiento completo; y el hecho de que todavía no ha alcanzado tal condición es prueba de que no siempre ha existido. Sin embargo, si la creación alguna vez llegara a detenerse, nunca podría ponerse en movimiento de nuevo. Ha tenido un comienzo, y tendrá un final. Eso se demuestra muy claramente por su evolución aún inacabada. Si alguien nos dijera, de un árbol en crecimiento o de un niño pequeño, que cualquiera de estas formas de vida ha existido para siempre, responderíamos de inmediato: ¿Por qué no ha crecido entonces hace mucho tiempo, en la eternidad pasada, para alcanzar el cielo de los cielos? De la misma manera, razona ese gran astrónomo, William Herschel, con respecto a la vía láctea, que así como su desintegración en diferentes partes muestra que no puede durar para siempre, así tenemos, en este mismo hecho, prueba de que no ha existido eternamente.

Dios el Autor de Todas las Cosas

Por lo tanto, solo queda esta alternativa: o el mundo se produjo a sí mismo, o fue creado. Que todas las cosas llegaron a existir espontáneamente, y por lo tanto que debemos suponer una originación de efectos inmensurablemente grandes sin ninguna causa, o creer que en algún momento una nada, sin desecharlo ni saberlo, y sin el uso de medios, se convirtió en algo —esta es la suposición más irrazonable que posiblemente podría atribuirse a un ser humano. ¿Cómo podría algo actuar antes de existir? ¿O una cosa aún no creada producir algo? No hay nada más irrazonable que el credo del incrédulo, a pesar de toda su charlatanería sobre la excelencia de la razón.

Pero si este mundo no se produjo a sí mismo, entonces debe haber sido creado por algún poder superior, alguna causa de todas las causas, como fue ese primer principio al que invocó el moribundo Cicerón. O, para usar las palabras del Dr. Klein, esa causa originadora debe haber sido una “Inteligencia Suprema que tiene a su disposición un poder creativo ilimitado”. (*Kosmologische Briefe*, p. 27). Por lo tanto, lo que esa Inteligencia hace es tanto ilimitado como insondable, y puede en cualquier momento cambiar este mundo o hacer uno nuevo. Por lo tanto, es prima facie absurdo para nosotros, con nuestra experiencia prodigiosamente limitada, establecer cualquier tipo de límites al ser supremo; y un Dios que no hace milagros y es esclavo de sus propias leyes implantadas en la naturaleza; tal Dios como el que predica la nueva teología, carece tanto de ser una verdadera divinidad como lo es el inconsciente, pero sabio “éter cósmico” de Spiller, o la “materia eterna” de otros materialistas.

Concluimos, entonces, que el universo fue creado, o que Dios es el autor de todas las cosas.

Revelación en la Naturaleza

Pero ahora surge la pregunta de si Dios, que es tanto el Creador de todas las cosas como el Padre de los espíritus, se ha revelado a sus criaturas, o a sus propios hijos, la obra de sus manos. Tal pregunta seguramente podría provocar la risa de uno. Porque ¿qué es todo el universo? ¿Qué es esta naturaleza creada de la cual formamos parte? ¿Qué es el aire? ¿Y el agua? ¿Y el fuego? ¿Qué son todos los seres organizados, mi cuerpo con sus muchas partes unidas de una manera tan altamente artística e inescrutable; mi alma con sus capacidades infinitas tan poco entendidas por mí mismo?

¿Qué son todos estos asuntos sino una revelación progresiva de Dios, dada a nosotros, por así decirlo, en una serie de círculos concéntricos que se elevan uno sobre otro hacia su fuente? Para este propósito fue que Dios creó lo visible, para que a través de ello pudiéramos percibir lo invisible, y para este propósito fue hecha toda la creación, para que a través de ella se manifestaran las cosas invisibles de Dios, su eterno poder y deidad (Romanos 1:20). La creación es solo el lenguaje de “el Verbo que era en el principio, y estaba con Dios, y era Dios, y por quien todas las cosas fueron hechas”. (Juan 1:1-3). ¿Qué declara este Verbo? ¿Qué otra cosa sino el gran nombre infinito de Dios el Padre, la fuente primordial de todas las cosas, el nombre que debe ser santificado? Hubo un tiempo, sin embargo, incluso antes de que existiera el mundo, cuando no existía nada más que Dios y su nombre. Todas las diferentes obras de la creación son solo letras en este gran nombre.

Revelación en la Biblia

Pero hay otra revelación que Dios ha dado de sí mismo a los hombres —una más definida y personal. Así, por ejemplo, se declaró a Adán, y a través de Enoc y Noé a los antediluvianos, y nuevamente después del diluvio a otras generaciones a través de Noé y sus hijos. Pero porque en la construcción de la torre de Babel los hombres se apartaron obstinadamente de Dios, Él los entregó a los pensamientos de su propio corazón, y seleccionó a un hombre, Abraham, para que saliera de sus amigos y parientes, para que en su simiente todas las naciones del mundo pudieran ser bendecidas. Entonces, primero, de Abraham vino el pueblo de Israel, a quienes fueron confiados los oráculos de Dios; y desde este período comenzó la historia de la Palabra escrita. Moisés narra el principio de las cosas, también registra la ley, y santos hombres de Dios hablan y escriben según son movidos por el Espíritu Santo. Eso es inspiración —un soplo divino.

Pero aquí debe hacerse una distinción. La Biblia relata asuntos de historia, y al hacerlo incluye muchas genealogías que fueron compuestas, en primer lugar, no para nosotros, sino para aquellos más inmediatamente interesados, y para los ángeles (1 Corintios 4:9).

También relata muchos pecados y hechos vergonzosos; porque así como el sol primero se ilumina a sí mismo y luego derrama su resplandor sobre el océano y el charco, el águila y el gusano, así la Biblia se propone representarnos no solo a Dios, sino también al hombre tal como es. Al darnos estas narraciones, puede decirse, además, que Dios, que cuenta los cabellos mismos de nuestra cabeza, ejerció un control providencial, de modo que lo que fue relatado por sus hombres escogidos debería ser los hechos reales, y nada más.

Hasta qué punto Él inspiró a esos hombres con las mismas palabras usadas por ellos, no nos corresponde saberlo, pero probablemente más completamente de lo que sospechamos.

Pero cuando Dios, después de haber comunicado la ley a Moisés en el Monte Sinaí y en el tabernáculo, comulga con él como un amigo con un amigo, y Moisés escribe “todas las palabras de esta ley en un libro”. (Deuteronomio 28:58; 31:24), entonces Moisés realmente se convierte en la pluma de Dios. Cuando Dios habla a los profetas: “He aquí, pongo mis palabras en tu boca”, y “todas las palabras que oigas las dirás a

este pueblo”, entonces estos profetas se convierten en la misma boca de Dios. Cuando Cristo se aparece a Juan en Patmos, y dice: “Escribe al ángel de la iglesia estas cosas”, este es un ejemplo de dictado verbal. Pero justo aquí nos divierten esos críticos débiles de mente que, con frases trilladas, hablan tan fácilmente sobre “instrumentos mecánicos”, y “mero dictado verbal”. ¿Acaso entonces una auto-revelación del Todopoderoso y un dar a conocer sus consejos, un acto de gracia que exalta al agente humano para ser un colaborador con Jehová, aniquila la libertad personal? ¿O más bien no amplía esa libertad, y la eleva a una actividad más alta y más gozosa? ¿Soy entonces un “instrumento mecánico”. cuando con profunda devoción y con entusiasmo repito después de Cristo, palabra por palabra, la oración que Él enseñó a sus discípulos? La Biblia es, por consiguiente, un libro que se originó según la voluntad y con la cooperación de Dios; y como tal es nuestra guía hacia la eternidad, conduciendo al hombre, aparentemente sin un plan y sin embargo con absoluta certeza, desde la primera creación y desde el paraíso hasta la segunda o más alta creación y hasta la nueva Jerusalén (Compárese Génesis 2:8-10 con Apocalipsis 21:1, 2).

PRUEBA DE LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA

¿Cómo se prueba a sí misma la Biblia como un libro divinamente inspirado, dado por el cielo, una comunicación de un Padre a sus hijos, y por lo tanto una revelación?

Primero, por el hecho de que, como no lo hace ningún otro libro sagrado en el mundo, condena al hombre y todas sus obras. No alaba ni su sabiduría, ni su razón, ni su arte, ni ningún progreso que haya hecho; sino que lo representa como siendo, a la vista de Dios, un miserable pecador, incapaz de hacer algo bueno, y mereciendo solo la muerte y la perdición sin fin. Verdaderamente, un libro que es capaz de hablar así, y en consecuencia hace que millones de hombres, turbados en conciencia, se postren en el polvo, clamando: “Dios, sé propicio a mí, pecador”, debe contener más que la mera verdad ordinaria.

Segundo, la Biblia se exalta a sí misma muy por encima de todos los libros meramente humanos por su anuncio del gran misterio incomprensible de que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16). ¿Dónde hay un dios entre todas las naciones paganas, sea Osiris, Brahma, Baal, Júpiter u Odín, que hubiera prometido a esas personas que, al tomar sobre sí el pecado del mundo y sufrir su castigo, se convertiría así en un salvador y redentor para ellos?

Tercero, la Biblia sella su origen divino sobre sí misma por medio de las profecías. Muy apropiadamente Dios pregunta, a través del profeta Isaías: “¿Quién como yo proclamará el porvenir, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir”. (Isaías 44:7). O dice otra vez: “Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré”. (Isaías 46:9-11).

O, dirigiéndose a Faraón: “¿Dónde están ahora aquellos tus sabios? Que te digan ahora, o te hagan saber qué es lo que Jehová de los ejércitos ha determinado sobre Egipto”. (Isaías 19:12).

Otra vez decimos, ¿dónde hay un dios, o dioses, un fundador de religión, como Confucio, Buda o Mahoma, que pudiera, con tal certeza, haber predicho el futuro incluso de su propio pueblo? ¿O dónde hay un estadista que en estos tiempos pueda predecir cuál será la condición de las cosas en Europa cien o incluso diez años a partir de ahora? Sin embargo, las profecías de Moisés y sus juicios amenazados sobre los israelitas se han cumplido literalmente.

Literalmente también se han cumplido (aunque ¿quién en ese tiempo lo habría creído?) las profecías respecto a la destrucción de esas grandes ciudades antiguas, Babilonia, Nínive y Menfis. ¿Quién en estos

tiempos creería una profecía semejante respecto a Londres, París o Nueva York? Además, de manera literal se ha cumplido lo que los profetas David e Isaías previeron concerniente a los últimos sufrimientos de Cristo —su muerte en la cruz, su beber del vinagre, y el echar suertes por sus vestidos. Y hay otras profecías que aún se cumplirán de manera muy literal, como las promesas hechas a Israel, el juicio final, y el fin del mundo. “Porque”, como dice Habacuc: “la visión es aún para el tiempo señalado, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará”. (Habacuc 2:3).

Además, la Biblia ha demostrado su poder peculiar por su influencia con los mártires. Piense en los cientos de miles que, en diferentes épocas y entre diferentes pueblos, han sacrificado todo, sus esposas, sus hijos, todas sus posesiones, y finalmente la vida misma, a causa de este libro. Piense en cómo ellos, en el potro de tortura y en la estaca, han confesado la verdad de la Biblia, y han dado testimonio de su poder. Sin embargo, oh críticos y despreciadores de la Palabra de Dios, si tan solo ustedes escribieran tal libro y luego murieran por él, les creeríamos.

Por último, la Biblia se muestra cada día como un libro dado divinamente por su influencia benéfica entre toda clase de personas. Convierte a una vida mejor a los ignorantes y a los instruidos, al mendigo en la calle y al rey en su trono, a aquella pobre mujer que habita en un ático, al poeta más grande y al pensador más profundo, a europeos civilizados y a salvajes incultos. A pesar de todas las burlas y escarnios de sus enemigos, ha sido traducida a cientos de idiomas, y ha sido predicada por miles de misioneros a millones de personas. Hace humilde al orgulloso y virtuoso al disoluto; consuela al desafortunado, y enseña al hombre cómo vivir pacientemente y morir triunfalmente. Ningún otro libro o colección de libros logra para el hombre los grandes beneficios extraordinarios logrados por este libro de verdad.

La Crítica Moderna y su Método Racionalista

En estos tiempos ha aparecido una crítica que, constantemente volviéndose más audaz en sus ataques sobre este libro sagrado, ahora decreta, con toda seguridad y confianza en sí misma, que es simplemente una producción humana. Además de otros defectos encontrados en él, se declara que está lleno de errores, que muchos de sus libros son espurios, escritos por hombres desconocidos en fechas posteriores a las asignadas, etc., etc. Pero preguntamos, ¿sobre qué principio fundamental, qué axioma, se basa este veredicto de los críticos? Es sobre la idea de que, como Renan lo expresó, la razón es capaz de juzgar todas las cosas, pero no es juzgada por nada. Eso es ciertamente un dictamen orgulloso, pero vacío si realmente se nota su carácter. Sin duda, Dios ha dado la razón al hombre, para que, en su manera acostumbrada de plantar y construir, comprar y vender, pueda hacer uso práctico de la naturaleza creada que lo rodea. Pero ¿está la razón, incluso con respecto a asuntos de esta vida, de acuerdo consigo misma? De ninguna manera. Porque, si así fuera, ¿de dónde viene toda la lucha y contienda de los hombres en casa y en el extranjero, en sus lugares de negocios y sus asambleas públicas, en el arte y la ciencia, en la legislación, la religión y la filosofía? ¿No procede todo de los conflictos de la razón? Toda la historia de nuestra raza es la historia de millones de hombres dotados de razón que han estado en conflicto perpetuo unos con otros. ¿Es con tal razón, entonces, que se debe pronunciar sentencia sobre un libro dado divinamente? Una revelación puramente racional sería ciertamente una contradicción de términos; además, sería completamente superflua. Pero cuando la razón se propone hablar de cosas completamente sobrenaturales, invisibles y eternas, habla como un ciego habla sobre colores, discurriendo sobre asuntos de los cuales no sabe ni puede saber nada; y así se hace ridícula. No ha ascendido al cielo, ni tampoco ha descendido a lo profundo; y por lo tanto, una religión puramente racional no es religión en absoluto.

Incompetencia de la Razón para la Verdad Espiritual

La razón sola nunca ha inspirado a los hombres con grandes concepciones sublimes de verdad espiritual, ya sea por vía de descubrimiento o invención; pero usualmente las ha rechazado y ridiculizado al principio. Y así es con estos críticos racionalistas, no tienen apreciación ni comprensión de lo alto y sublime en la

Palabra de Dios. No entienden ni la majestad de Isaías, el pathos del arrepentimiento de David, la audacia de las oraciones de Moisés, la profundidad filosófica de Eclesiastés, ni la sabiduría de Salomón que “clama en las calles”. Según ellos, sacerdotes ambiciosos, en una fecha posterior a la comúnmente asignada, compilaron todos esos libros a los que hemos aludido; también escribieron la ley sinaítica, e inventaron toda la historia de la vida de Moisés. (“Una ficción magnífica” —así uno de los críticos llama esa historia). Pero si todo esto es así, entonces debemos creer que falsificadores astutos, que eran, sin embargo, según dicen los críticos, hombres devotos, productos genuinos de su época (aunque llama la atención que la época en que vivían esos hombres devotos debería, como se hizo con Cristo, haberlos perseguido y matado, cuando usualmente una época ama a sus propios hijos); es decir, debemos creer no solo que hombres superficiales nos han descubierto verdades eternas y el futuro más distante, sino también que mentirosos vulgares e interesados nos han declarado la justicia inexorable de un Dios santo. Por supuesto, todo eso es un sinsentido; nadie puede creerlo.

Pero si estos críticos discurren, como a veces lo hacen, con gran seguridad en sí mismos sobre temas como la historia de Israel, el trabajo peculiar de los profetas, la revelación, la inspiración, la esencia del cristianismo, la diferencia entre las enseñanzas de Cristo y las de Pablo, cualquiera que lee inteligentemente lo que dicen queda impresionado con la idea de que, aunque muestran mucha ingeniosidad en sus esfuerzos, después de todo realmente no entienden los asuntos sobre los cuales hablan. De manera similar hablan con mucha ingeniosidad y despliegue de erudición sobre hombres con quienes tienen solo un conocimiento lejano; y discuten eventos en el reino del Espíritu donde no han tenido experiencia personal. Así, tanto ilustran como prueban la verdad de la enseñanza bíblica de que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”. Estos críticos dicen que Dios, no siendo un hombre, no puede hablar; en consecuencia ¡no hay palabra de Dios! También, Dios no puede manifestarse en forma visible; ¡por lo tanto, todos los relatos de tales epifanías son cuentos míticos! La inspiración, nos dicen, es impensable; ¡de ahí que todas las representaciones de tales actos sean imaginación enferma! No hay profecía; ¡lo que pretende ser tal fue escrito después de los eventos! Los milagros son imposibles; ¡por lo tanto, todos los relatos de ellos, como se dan en la Biblia, son meras ficciones! Los hombres siempre buscan, así se explica, su propia ventaja y gloria personal, y así fue con esos “profetas de Israel”.

Tal es lo que ellos llaman “ciencia imparcial”, “investigación sin prejuicios”, “demostración objetiva”.

Nada Nuevo en estas Opiniones “Nuevas”.

Además, estos críticos reclaman para sus opiniones peculiares que son “nueva teología”, y la “última investigación”. Pero eso también es falso. Incluso en los tiempos de Cristo, el famoso rabino Hillel y su discípulo Gamaliel sustituyeron por la ley mosaica toda clase de “tradiciones”. (Mateo 15:2-9; 23:16-22). Desde entonces, otros rabinos instruidos, como Ben Akiba, Maimónides y otros, se han dedicado a la crítica bíblica; no solo poniendo en duda la genuinidad de varios libros del Antiguo Testamento, sino también negando los milagros y hablando eruditamente sobre “mitos”. Incluso hace mil ochocientos años, Celso presentó las mismas objeciones que las ahora planteadas por la crítica moderna; y en su débil y torpe producción, la “Vida de Jesús”. David Strauss las ha repetido en parte. También ha habido otros herejes notables, como Arrio (317 d.C.), que negó la divinidad de Cristo, y Pelagio en el siglo quinto, que rechazó la doctrina del pecado original. De hecho, esta teología sumamente nueva adopta incluso la incredulidad de aquellos viejos saduceos que dijeron “que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu”. (Hechos 23:8), y a quienes Cristo reprendió con las palabras: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”. (Mateo 22:29). Ciertamente no argumenta a favor del progreso espiritual de nuestra raza, que tal clase de ciencia incrédula gastada y desgastada debería de nuevo, en estos días, engañar e incluso embrutecer a miles de personas.

No Hay Acuerdo Entre los Críticos

Entonces estos críticos, para pedirles lo mínimo, ¿están de acuerdo entre sí? Lejos de ello. Sin duda, niegan unánimemente la inspiración de la Biblia, la divinidad de Cristo y del Espíritu Santo, la caída del hombre y el perdón de los pecados a través de Cristo; también la profecía y los milagros, la resurrección de los muertos, el juicio final, el cielo y el infierno. Pero cuando se trata de sus supuestos resultados seguros, ni dos de ellos afirman las mismas cosas; y sus numerosas publicaciones crean una inundación de hipótesis disputables, contradictorias y mutuamente destructivas. Por ejemplo, el Jehová del Antiguo Testamento se hace ser algún dios pagano, ya sea un dios nómada o de la estepa, el dios del clima Jahu, o el dios del Semitismo occidental. Fue David quien primero introdujo esta divinidad; y según algunos autores, el culto peculiar de este dios era, con sus sacrificios humanos (!), solo una continuación del culto de Baal-Moloc. De Abraham se afirma a veces que nunca existió, pero otras veces que era un jefe cananeo, que habitaba en Hebrón. ¡No! es el mito de la Aurora; y Sara, o Scharratu, es la esposa del dios luna Sin, y así sucesivamente. Los doce hijos de Jacob son muy probablemente los doce meses del año. En cuanto a Moisés, algunos enseñan que nunca existió tal hombre, también que los diez mandamientos fueron compuestos en el tiempo de Manasés. ¡No! los escritores más moderados dicen que Moisés es un personaje histórico. Fue en Madián que aprendió sobre Jah, el dios tribal de los ceneos; y determinó con esta divinidad liberar a su pueblo. Elías es simplemente un mito; o era algún profeta desafortunado que tal vez había sido alcanzado por un rayo. Y así también, esta crítica moderna sabe con seguridad que no fue Salomón, sino un rey completamente desconocido, que vivió después del tiempo de Esdras, quien escribió *Eclesiastés*; también que nunca hubo un Daniel, sino que de nuevo algún autor desconocido escribió el libro que lleva ese nombre. Además, Kautsch nos dice que este libro apareció por primera vez en enero de 164 a.C., mientras que otros críticos están seguros de que fue en 165. Pregunta: ¿Por qué no podría ese autor desconocido haber sido llamado Daniel?

Así también Wellhausen conoce veintidós autores diferentes —todos ellos, sin duda, desconocidos— para los libros de Moisés, mientras que Kuenen está satisfecho con dieciséis.

El notable crítico inglés, el Canónigo Cheyne, se dice que tomó grandes dolores para desgarrar el libro de las profecías de Isaías en ciento sesenta piezas, todas de escritores desconocidos; cuyas piezas se dispersaron a través de diez épocas diferentes incluyendo cuatro siglos y medio (*Modern Puritan*, 1907, p. 400). Asimismo, este crítico sabe que el primer capítulo de 1 Samuel se originó con un escritor desconocido que vivió unos quinientos años después del tiempo de ese profeta; también que el cántico de gloria de Ana, como se encuentra en 2 Reyes, fue escrito por algún otro “desconocido”. Que Elí gobernó sobre Israel durante cuarenta años es, “con toda probabilidad”, la declaración no auténtica de una época posterior (*Hastings' Bible Dictionary*). ¿Por qué así? podemos preguntar. —El libro de Deuteronomio fue escrito, nos dicen, en 561 a.C., y *Eclesiastés* en 264 a.C.; y un crítico alemán, Budde, está seguro de que el libro de Job ha perdido de alguna manera su último capítulo, y que cincuenta y nueve versículos de este libro deberían ser completamente expurgados.

Tales son algunas ilustraciones de la manera en que la Sagrada Escritura es tratada por la crítica que estamos considerando.

Pero, seguramente, no requeriría mucha sagacidad e inteligencia para uno, aplicando tales métodos peculiares, digamos, a las obras de Goethe, demostrar críticamente que una buena parte de esas producciones, tales como *Erlkönig*, *Iphigenia*, *Götz von Berlichingen*, las *Wahlverwandschaften*, Fausto (Partes I y II), pertenecen, si se juzgan por su estilo de composición y sus puntos de vista históricos y filosóficos, a épocas completamente diferentes, y que se originaron con muchos autores diferentes. Además, fácilmente podría mostrarse que ninguno de esos autores vivió en los tiempos cuando Napoleón Bonaparte revolucionó Europa, ya que su nombre no se menciona en ninguna de las producciones especificadas.

Crítica Aplicada al Nuevo Testamento

Por supuesto, esta crítica moderna no se detiene ante el Nuevo Testamento. Esta parte de la Biblia, dice Harnack, nos narra historias increíbles respecto al nacimiento y la infancia de Cristo. “Nunca más”, continúa afirmando: “creeremos que caminó sobre el mar y mandó a la tormenta”. Es lógico que no resucitó de entre los muertos. El cuarto Evangelio es espurio, y también lo es (según la última autoridad crítica) la epístola a los Romanos. El libro de Apocalipsis es solo la ocasión para risa burlona por parte de estos críticos escépticos; y porque es así, la maldición mencionada en su último capítulo se les hace aplicable (vs. 18, 19). Sin embargo, estos hombres pecan muy seriamente contra Cristo. En su opinión, el mismo Hijo de Dios, el Verbo que era en el principio con Dios, y que era Dios, y sin quien nada existe, es solo un joven rabino fanático; enredado en las opiniones peculiares y supersticiones de su pueblo; y murió en la cruz solo porque malinterpretó el carácter de su propia misión y la naturaleza de sus tiempos. Jesús “no es indispensable para el Evangelio”, escribe Harnack.

Ahora bien, todo esto es lo que se denomina crítica bíblica. Es una mezcla de meras hipótesis, imaginaciones y afirmaciones, presentadas a menudo sin siquiera la sombra de prueba, y sin certeza real. Aun así, en estos tiempos se representa a sí misma ante miles de cristianos nominales y ante cientos de estudiantes de teología miserablemente engañados que van a convertirse en predicadores de la palabra de Dios, como los “resultados asegurados de la investigación científica más reciente”. ¡Que Dios tenga misericordia, si tal es el caso!

¿Cuáles Son los Frutos de esta Crítica?

Ahora, si estas personas fueran de la verdad, y si tan solo creyeran a aquel que dice: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”, no estarían bajo la necesidad de trabajar tediosamente a través de las numerosas publicaciones (las estadísticas muestran que aparecen en Europa y América anualmente unas ochocientas de estas obras); sino que encontrarían en su enseñanza un medio simple y seguro para probar el carácter de estas doctrinas críticas. “Por sus frutos los conoceréis” es lo que Cristo dice de los falsos maestros que vinieron en su nombre. “¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?”. (Mateo 7:16). ¿Son buenos los frutos de la crítica moderna? ¿Dónde están las uvas o los higos que crecen en este espino? ¿No ha robado ya esta crítica, y quizás para siempre, a miles de personas de su primer amor, su fe indudable, y su esperanza gozosa? ¿No ha sembrado disensión, fomentado el orgullo y la presunción, y herido ante todo el mundo la autoridad tanto de la iglesia como de sus ministros? ¿No ha ofendido a los “pequeños” de Cristo? (Mateo 18:6, 7). ¿Y no proporciona cada día a los enemigos de Dios oportunidades para escarnecer y burlarse de la verdad? ¿Dónde están las almas que ha llevado a Dios —consolándolas, fortaleciéndolas, purificándolas y santificándolas? ¿Dónde están los individuos que incluso en la hora de la muerte han continuado regocijándose en los beneficios de esta crítica?

En la sala de estudio enreda, en salas de conferencia hace grandes pretensiones, para meras conferencias populares todavía es útil; pero cuando los truenos del poder de Dios irrumpen en el alma, cuando la desesperación por la pérdida de todo lo que uno ha amado se apodera de la mente, cuando se siente y se realiza el recuerdo de una vida miserable y perdida o de malas acciones pasadas, cuando uno está en un lecho de enfermedad y la muerte se acerca, y el alma, apreciando que ahora está al borde de la eternidad, pide un Salvador justo en este momento cuando su ayuda es más necesaria, esta religión moderna falla completamente. En el año 1864, en Ginebra, uno de esos teólogos modernos fue convocado para preparar para la ejecución a un joven que había cometido asesinato y robo. Pero él exclamó sinceramente: “Llamen a alguien más, no tengo nada que decirle”. Esta crítica incompetente no conocía ningún consuelo para el alma cargada de pecado; por lo tanto, se obtuvo un clérigo ortodoxo, y el hombre desgraciado, asesino aunque era, murió reconciliado con Dios a través de la sangre de Cristo.

Pero supongamos que todas las enseñanzas de esta crítica fueran verdaderas, ¿de qué nos aprovecharía? Nos pondría en una condición triste de verdad. Porque entonces, sentados junto a templos arruinados y altares derribados, sin gozo con respecto al más allá, sin esperanza de vida eterna, sin Dios que nos ayude,

sin perdón de pecados, sintiéndonos miserables, todo desolado en nuestros corazones y caótico en nuestras mentes, estaríamos completamente incapaces de conocer o creer nada más. ¿Puede tal visión del mundo, tal religión, que, como se dijo de las conferencias del Profesor Harnack en América, solo destruye, remueve y derriba, ser verdadera? ¡No! Si esta crítica moderna es verdadera, entonces ¡fuera con todo el llamado cristianismo, que solo nos engaña con cuentos ociosos! ¡Fuera con una religión que no tiene nada que ofrecernos sino las enseñanzas comunes de la moralidad! ¡Fuera con la fe! ¡Fuera con la esperanza! ¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!

Estas Enseñanzas a la Luz de las Escrituras

Pero escuchemos lo que la palabra de Dios tiene que decir con respecto a este tema:

2 Pedro 1:21 – “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

2 Timoteo 3:16, 17 - “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.

Gálatas 1:11, 12 - “Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”.

Romanos 1:16 - “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”.

Hechos 20:30 - Pero “de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”.

2 Pedro 2:1 - “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató”.

1 Corintios 1:20, 21 - “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”.

Colosenses 2:4-8 - “Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas”, o “para que nadie os engañe con filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo”.

1 Corintios 3:19 - “Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios”.

1 Corintios 2:5 - “para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

1 Corintios 2:4 - “y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder”.

1 Corintios 2:12, 13 - “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual”.

Colosenses 1:21 y 2 Corintios 10:5 - Por lo tanto “a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras”, ahora “llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”.

Gálatas 1:9 - “Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema”.

1 Corintios 15:17 - “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”.

2 Juan, vs. 7, 9, 10, 11 - “Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. ... Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras”.

Lucas 11:52 - “¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis”.

Conclusión

Repudiamos entonces esta crítica moderna, mostrando así nuestra condenación de ella.

¿Qué nos ofrece? Nada. ¿Qué nos quita? Todo. ¿Tenemos algún uso para ella? ¡No! No nos ayuda en la vida ni nos consuela en la muerte; no nos juzgará en el mundo venidero. Para nuestra fe bíblica no necesitamos ni los elogios de los hombres, ni la aprobación de unos pocos pobres pecadores. No intentaremos mejorar las Escrituras y adaptarlas a nuestro gusto, sino que las crearemos. No las criticaremos, sino que nosotros mismos seremos dirigidos por ellas. No ejerceremos autoridad sobre ellas, sino que las obedeceremos. Confiamos en aquel que es el camino, la verdad y la vida. Su palabra nos hará libres.

Respice finem, (“considera el fin”) —eso es lo que incluso los antiguos romanos decían. El verdadero racionalismo juzga todas las cosas desde el punto de vista de la eternidad; y pregunta de cada religión: ¿Qué puedes hacer por mí con respecto al gran más allá? ¿Qué nos ofrece aquí esta crítica bíblica? Solo niebla y bruma, o, en el mejor de los casos, un estado interminable de indecisión, algo impersonal e inactivo, justo como su dios, cuya naturaleza misma es inconcebible. “La vida eterna”, escribe uno de estos modernistas: “es solo el vestigio infinitamente débil de la vida presente”. (!) Aquí también la máxima se prueba a sí misma verdadera: “Por sus frutos los conoceréis”. Así como para nuestra vida presente esta crítica no nos ofrece consuelo, ni perdón de pecados, ni liberación del “temor de la muerte, por el cual estamos durante toda la vida sujetos a servidumbre”, así tampoco sabe nada respecto al gran más allá —nada con respecto a ese cielo nuevo y tierra nueva en los cuales mora la justicia, nada con respecto a esa ciudad de oro que brilla con luz eterna, nada con respecto a un Dios que enjuga toda lágrima de nuestros ojos. Es completamente ignorante de la gloria de Dios, y por esa razón está condenada. “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. (Juan 6:68, 69).

Y Él respondió: “He aquí yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”. (Apocalipsis 3:11).

Capítulo 25 Ciencia y Fe Cristiana

Por el profesor James Orr, Doctor en Teología
United Free Church College, Glasgow, Escocia

En muchos sectores se difunde con empeño la creencia de que el avance de la “ciencia”, entendiendo por esto principalmente las ciencias físicas –astronomía, geología, biología y otras semejantes– ha resultado perjudicial, si no destructivo, para las afirmaciones de la Biblia y la verdad del cristianismo. Se enfrentan la ciencia y el cristianismo. Se sostiene que sus intereses son opuestos. Se escriben libros, como *Conflict Between Religion and Science* de Draper, *Warfare of Science with Theology in Christendom* de White, y *Finality of the Christian Religion* de Foster, para mostrar que esta guerra entre la ciencia y la religión siempre ha estado en marcha, y que por la naturaleza de las cosas nunca puede cesar hasta que la teología sea destruida y la ciencia tenga dominio exclusivo en la mente de los hombres.

Esta no era la actitud de los investigadores antiguos de la ciencia. La mayoría de ellos eran cristianos devotos. Naville, en su libro, *Modern Physics*, ha mostrado que los grandes descubridores de la ciencia en tiempos pasados casi siempre fueron hombres devotos. Esto fue cierto de Galileo, Kepler, Bacon y Newton; fue cierto de hombres como Faraday, Brewster, Kelvin, y muchos otros en tiempos más recientes. El difunto profesor Tait, de Edimburgo, escribiendo en *The International Review*, dijo: “La supuesta incompatibilidad entre religión y ciencia se ha afirmado tan a menudo y con tanta confianza en tiempos recientes que ha llegado ... a darse por sentada por los escritores de artículos principales, etc., y, por supuesto, se presenta continuamente ante sus lectores demasiado confiados. Pero todo esto es un error, y un error tan grave que ningún hombre verdaderamente científico ... corre, al menos en Gran Bretaña, el menor riesgo de cometerlo. ... Con unas pocas, y muy singulares, excepciones, los hombres verdaderamente científicos y los verdaderos teólogos de hoy no se han visto en la necesidad de pelearse”. El difunto profesor G. J. Romanes, en su *Thoughts on Religion*, dejó el testimonio de que una cosa que influyó mucho en su regreso a la fe fue el hecho de que en su propia universidad de Cambridge casi todos los hombres de logros científicos más eminentes eran cristianos declarados. “Lo curioso”, dice, “es que todos los nombres más ilustres estaban del lado de la ortodoxia. Sir W. Manson, Sir George Stokes, los profesores Tait, Adams, Clerk Maxwell, y Bayley –por no mencionar a varias luces menores, como Route, Todhunter, Ferrers, etc.– eran todos cristianos declarados” (página 137). Se puede sostener que ahora las cosas han cambiado. Hasta cierto punto esto quizá sea verdad, pero cualquiera que conozca las opiniones de nuestros principales hombres de ciencia sabe que acusar a la mayoría de ser hombres de sentimiento anticristiano o incrédulo es decir una calumnia enorme.

Si por un conflicto entre ciencia y religión se quiere decir que con frecuencia se han cometido errores lamentables, y han surgido malentendidos desgraciados, de un lado y del otro, en el curso del progreso de la ciencia; –que nuevas teorías y descubrimientos, como en astronomía y geología, han sido mirados con desconfianza por quienes pensaban que la verdad de la Biblia estaba siendo afectada por ellos–; que en algunos casos la iglesia dominante buscó detener el avance de la verdad por medio de persecución–; esto no puede negarse. Es un ejemplo triste de cómo los mejores hombres a veces pueden equivocarse en asuntos que entienden de manera imperfecta, o cuando se ven afectados sus prejuicios e ideas tradicionales. Pero no prueba nada contra el valor de los descubrimientos mismos, ni contra la visión más profunda de los caminos de Dios de los hombres que los hicieron, ni contra una verdadera contradicción entre la nueva verdad y la enseñanza esencial de las Escrituras. Al contrario, como una minoría generalmente percibió desde el principio, la supuesta desarmonía con las verdades de la Biblia era irreal, y pronto dio paso a una mejor comprensión de ambos lados, y finalmente abrió nuevas perspectivas en la contemplación del poder, la sabiduría y la majestad del Creador. Tampoco debe olvidarse que el error pocas veces estuvo todo de un solo lado; que la ciencia también, en innumerables casos, ha presentado teorías apresuradas e injustificadas, y a menudo ha tenido que retractar incluso sus especulaciones más verdaderas dentro de límites que las

trajeron a una armonía más perfecta con la verdad revelada. Si la teología ha resistido novedades de la ciencia, a menudo ha tenido buenas razones para hacerlo.

En todo caso, conviene que este supuesto conflicto del cristianismo con la ciencia sea examinado cuidadosamente, y que se vea dónde exactamente está la verdad al respecto.

1. Ciencia y ley –Milagro

Tal vez sea más en su visión general del mundo que en sus resultados específicos donde se alega que la ciencia está en conflicto con la Biblia y el cristianismo. La Biblia es un registro de revelación. El cristianismo es un sistema sobrenatural. El milagro, en el sentido de una entrada directa de Dios, en palabra y en obra, en la historia humana para fines de gracia, es esencial a él. Por otro lado, el avance de la ciencia ha hecho mucho para profundizar la impresión del dominio universal de la ley natural. El efecto ha sido llevar a multitudes cuya fe no está fundada en una experiencia espiritual directa a mirar con recelo toda la idea de lo sobrenatural. Se supone que Dios tiene su propia manera de obrar, y que esa manera es por medio de agencias secundarias que operan de forma absolutamente uniforme; por tanto, no pueden admitirse los milagros. Y puesto que los milagros se encuentran en la Escritura; –puesto que todo el Libro descansa en la idea de una economía sobrenatural de gracia–; todo debe rechazarse como en conflicto con la mente moderna. El profesor G. B. Foster llega tan lejos como para declarar que un hombre apenas puede ser intelectualmente honesto si en estos días profesa creer en los milagros de la Biblia.

Es exagerar el caso hablar de esta repugnancia hacia el milagro y su rechazo en la Biblia como si realmente fuera algo nuevo. Es tan antigua como el racionalismo mismo. La encuentras en Spinoza, en Reimarus, en Strauss, y en muchísimos otros. DeWette y Vatke, entre críticos anteriores del Antiguo Testamento, la manifestaron con tanta fuerza como sus seguidores lo hacen ahora, y la hicieron un punto clave de su crítica. Gobernó los ataques contra el cristianismo en la época de los deístas. David Hume escribió un ensayo contra los milagros que pensó que había resuelto la cuestión para siempre. Pero, considerado seriamente, ¿puede defenderse este ataque a la idea de milagro, derivado de nuestra experiencia de la uniformidad de las leyes de la naturaleza? ¿No implica en sí mismo una suposición enorme, y no va contra la experiencia y el sentido común? Es una pregunta que vale mucho la pena hacer.

Primero, ¿qué es un milagro? Se podrían dar varias definiciones, pero bastará hablar aquí de él como cualquier efecto en la naturaleza, o desviación de su curso ordinario, debido a la intervención de una causa sobrenatural. Debe observarse que no es parte necesaria de la idea bíblica del milagro que no se empleen agencias naturales hasta donde puedan llegar. Si el secamiento del Mar Rojo para que los israelitas pasaran fue debido en parte a un gran viento que sopló, esto no fue menos ordenado por Dios, y no quitó el carácter sobrenatural del acontecimiento como un todo. Seguía siendo por mandato de Dios que las aguas se apartaron, y que se abrió un camino en ese tiempo y lugar particular para que el pueblo pasara. A esto los teólogos llaman milagros “providenciales”, en los cuales, hasta donde uno puede ver, agencias naturales, bajo dirección divina, bastan para producir el resultado. Sin embargo, hay otra clase más llamativa, como la limpieza instantánea del leproso, por ejemplo, o la resurrección de los muertos, en la cual las agencias naturales obviamente quedan por completo superadas. Es sobre esta clase donde se centra la discusión principal. Son milagros en el sentido más estricto de una superación completa de las leyes de la naturaleza.

¿Qué se entiende, en segundo lugar, por la uniformidad de la naturaleza? Desde luego, hay leyes de la naturaleza; nadie lo discute. Es un gran error suponer que la Biblia, aunque no fue escrita en el siglo veinte, no sabe nada de un orden y un sistema regulares en la naturaleza. El mundo es el mundo de Dios; está establecido por su decreto; Él ha dado a cada criatura su naturaleza, sus fronteras, sus límites; “Por tu ordenación subsisten todas las cosas hasta hoy, Pues todas ellas te sirven” (Salmo 119:91). Solo que la ley, en la Biblia, nunca se ve como si tuviera una existencia independiente. Siempre se considera como una expresión del poder o la sabiduría de Dios. Y esto da el punto de vista correcto para considerar la relación

entre la ley y el milagro. Para comenzar, ¿qué entendemos por una “ley” de la naturaleza? Es, como la ciencia concederá, solo nuestra observación registrada del orden en el que encontramos enlazadas causas y acontecimientos en nuestra experiencia. Que están así enlazadas nadie lo cuestiona. Si no lo estuvieran, no tendríamos un mundo en el cual pudiéramos vivir. Pero entonces, además, ¿qué queremos decir por “uniformidad” en este contexto? No queremos decir más que esto: que, dadas causas semejantes, operando bajo condiciones semejantes, seguirán efectos semejantes. Muy cierto; nadie lo niega tampoco. ...

Pero entonces, como J. S. Mill, en su *Logic*, señaló hace mucho tiempo, un milagro en el sentido estricto no es una negación de ninguna de estas verdades. Un milagro no es la afirmación de que, operando las mismas causas, se produce un resultado distinto. Es, por el contrario, la afirmación de que ha intervenido una causa nueva, y esta una causa que los teístas no pueden negar que sea una *vera causa* —la voluntad y el poder de Dios. Así como, cuando levanto mi brazo o arrojo una piedra muy alto en el aire, no abolo la ley de la gravedad, sino que contrarresto o domino su acción puramente natural introduciendo una nueva fuerza espiritual; así, pero de un modo infinitamente más alto, un milagro se debe a la intervención de la causa primera de todo, Dios mismo. Lo que el hombre de ciencia necesita probar para establecer su objeción al milagro no es simplemente que las causas naturales operan uniformemente, sino que no existen otras causas aparte de las naturales; que las causas naturales agotan toda la causalidad en el universo. Y eso, sostenemos, nunca podrá hacerlo.

Es evidente, por lo que se ha dicho, que la verdadera cuestión en el milagro no es la ley natural, sino el teísmo. Debe reconocerse de inmediato que el milagro solo puede discutirse provechosamente sobre la base de una visión teísta del universo. No se discute que existen visiones del universo que excluyen el milagro. El ateo no puede admitir milagro, porque no tiene un Dios que haga milagros. El panteísta no puede admitir milagro, porque para él Dios y la naturaleza son uno. El deísta no puede admitir milagro, porque ha separado a Dios y al universo de tal manera que ya nunca puede unirlos de nuevo. La pregunta no es: ¿es posible el milagro en una visión atea, materialista, panteísta, del mundo?, sino: ¿es posible en una visión teísta?, —en la visión de Dios como a la vez inmanente en su mundo, y en infinitas maneras trascendiéndolo. No digo nada de “honestidad” intelectual, pero sí me asombra, como he dicho muchas veces, la seguridad de cualquiera que se atreve a decir que, para los fines más altos y santos en sus relaciones personales con sus criaturas, Dios solo puede obrar dentro de los límites que la naturaleza impone; que no puede actuar fuera de y por encima del orden de la naturaleza si le place hacerlo. Los milagros se sostienen o caen por su evidencia, pero el intento de descartarlos por algún dictamen a priori sobre la uniformidad de la ley natural inevitablemente fracasará. Lo mismo se aplica a la negación de la providencia o de las respuestas a la oración con el argumento de la uniformidad de la ley natural. Aquí no se afirma ninguna ruptura del orden de la naturaleza, sino solo un gobierno o dirección de la naturaleza, de lo cual el uso humano de las leyes naturales, sin romperlas, para fines especiales, ofrece ejemplos diarios.

2. La Escritura y las ciencias especiales

Al acercarnos más al supuesto conflicto de la Biblia o del cristianismo con las ciencias especiales, una primera pregunta importante es: ¿cuál es la relación general de la Biblia con la ciencia? ¿Cómo afirma relacionarse con los avances del conocimiento natural? Aquí, es de temer, a menudo se cometen errores de ambos lados: del lado de la ciencia, al afirmar oposición entre la Biblia y resultados científicos donde realmente no existe; del lado de los creyentes, al exigir que la Biblia sea tomada como un libro de texto de los descubrimientos científicos más nuevos, e intentar, por métodos forzados, leer estos descubrimientos dentro de ella. La verdad en este punto está realmente a la vista. La Biblia claramente no pretende anticipar los descubrimientos científicos de los siglos diecinueve y veinte. Su propósito es muy distinto; a saber, revelar a Dios y su voluntad y sus propósitos de gracia a los hombres, y, como parte de esto, su relación general con el mundo creado, la dependencia de todas sus partes en Él, y su gobierno ordenado en providencia para sus fines sabios y buenos. Las cosas naturales se toman tal como se dan, y se habla de ellas en lenguaje sencillo y popular, como nosotros mismos hablamos de ellas cada día. El mundo que

describe es el mundo que los hombres conocen y en el que viven, y se describe como aparece, no como, en sus investigaciones profundas, la ciencia nos revela su constitución interna. Intérpretes sabios de las Escrituras, antiguos y modernos, siempre han reconocido esto, y no han intentado forzar su lenguaje más allá. Para tomar solo un ejemplo, Juan Calvino, quien escribió antes de que el sistema copernicano de astronomía hubiera obtenido aceptación común, en su comentario sobre el primer capítulo de Génesis escribió estas sabias palabras: “El que quiera aprender astronomía y otras artes recónditas, que vaya a otra parte. Moisés escribió en un estilo popular cosas que, sin instrucción, todas las personas comunes dotadas de sentido común pueden entender. ... No nos llama a subir al cielo; solo propone cosas que están abiertas ante nuestros ojos”. Hasta hoy, con toda la luz de la ciencia moderna alrededor de nosotros, hablamos del sol, la luna y las estrellas “saliendo” y “poniéndose”, y nadie lo malentiende ni afirma contradicción con la ciencia. Sin duda hay otro lado a esto, porque también es cierto que, al describir las cosas naturales, la Biblia, por el Espíritu de revelación que la anima, capta las cosas en una luz tan justa –siempre con referencia a sus propios propósitos– que la mente queda impedida de desviarse de las grandes verdades que se pretenden comunicar.

Servirá para ilustrar estas posiciones sobre la relación de la Biblia con la ciencia si las miramos brevemente en su aplicación a las dos ciencias de la astronomía y la geología, respecto de las cuales con frecuencia se ha alegado conflicto.

1. El cambio del sistema ptolemaico al sistema copernicano de astronomía –del punto de vista que consideraba la tierra como el centro del universo al punto de vista moderno y sin duda verdadero de la tierra moviéndose alrededor del sol, el cual, con sus planetas, es solo uno de innumerables orbes en los cielos estrellados– necesariamente creó grandes angustias en quienes pensaban que el lenguaje de la Biblia los comprometía con el sistema antiguo. Por un tiempo hubo fuerte oposición, de parte de muchos teólogos, así como de estudiantes de ciencia, a los nuevos descubrimientos del telescopio. Galileo fue encarcelado por la iglesia. Pero la verdad prevaleció, y pronto se percibió que la Biblia, usando el lenguaje de las apariencias, no estaba más comprometida con el movimiento literal del sol alrededor de la tierra que nuestros almanaques modernos, que emplean las mismas formas de hablar. Hoy en día habría que viajar muy lejos para encontrar a un cristiano cuya fe se sienta afectada en lo más mínimo por el descubrimiento de la verdadera doctrina del sistema solar. Se alegra de entender mejor la naturaleza, y lee su Biblia sin la menor sensación de contradicción. Sin embargo, Strauss estaba seguro de que el sistema copernicano había dado el golpe de muerte al cristianismo; así como Voltaire antes de él había afirmado que el cristianismo sería derribado por el descubrimiento de la ley de la gravedad y no sobreviviría un siglo. Newton, el cristiano humilde que descubrió la ley de la gravedad, no tenía tal temor, y el tiempo ha mostrado que era él, y no Voltaire, quien tenía razón. Estos son ejemplos de los “conflictos” del cristianismo con la ciencia.

...

La llamada “objeción astronómica” al cristianismo toma más especialmente la forma de insistir en la inmensidad del universo revelada por la ciencia en contraste con el interés especial de Dios en el hombre que se muestra en el evangelio cristiano. “Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, Y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmo 8:4). ¿Es creíble que este pequeño punto en una infinidad de mundos sea escogido como el escenario de una demostración tan tremenda del amor y la gracia de Dios como la que está implicada en la encarnación del Hijo de Dios, el sacrificio de la cruz, la redención del hombre? Casi ha pasado el día en que aun esta objeción se siente como si tuviera mucho peso. Aparte del hecho extraño de que hasta hoy no parece existir evidencia de otros mundos habitados por inteligencias racionales como el hombre –ningún planeta, ningún sistema conocido (sobre este punto puede consultarse *Man and the Universe* de A. R. Wallace)– la gente reflexiva ha llegado a comprender que la grandeza cuantitativa no es medida del amor y el cuidado de Dios; que el valor de un alma no puede estimarse en términos de estrellas y planetas; que el pecado no es un hecho menos terrible aun si se probara que este es el único lugar en el universo donde ha surgido. Es propio de la infinitud de Dios que se preocupe por lo pequeño tanto como por lo grande; ni una hoja de hierba podría moverse, ni el insecto de un día vivir su

breve vida en vuelo, si Dios no estuviera realmente presente y cuidándolo minuciosamente. La posición del hombre en el universo sigue siendo, por consenso, o más bien por prueba, de la ciencia, una posición totalmente peculiar. Enlace entre lo material y lo espiritual, parece ser el único ser apto, como la Escritura afirma que lo es, para ser el lazo de unidad en la creación (Hebreos 2:6-9). Esta es la esperanza que se nos presenta en Cristo (Efesios 1:10). También debe considerarse que, aunque la extensión del universo físico es un pensamiento moderno, nunca ha habido un tiempo en la iglesia cristiana en que Dios –Él mismo infinito– no haya sido concebido como adorado y servido por incontables huestes de espíritus ministradores. Nunca se pensó que el hombre fuera la única inteligencia en la creación. El misterio del amor divino hacia nuestro mundo era en realidad tan grande antes como después de que se descubrieran las inmensidades estelares. La sensación de “conflicto”, por tanto, aunque no la sensación de asombro, despertada por las “riquezas” de la gracia de Dios al hombre en Cristo Jesús, se desvanece con una mayor comprensión de las profundidades y alturas del amor de Dios “que excede a todo conocimiento” (Efesios 3:19). La espléndida demostración de la astronomía de la majestad de la sabiduría y el poder de Dios no se disminuye por ningún sentimiento de desarmonía con el Evangelio.

2. Como sucede con la astronomía, así ha sucedido con las revelaciones de la geología sobre la edad y la formación gradual de la tierra. Aquí también, de manera natural en las circunstancias, al principio se despertaron duda y sospecha. El amable Cowper pudo escribir en su *Task* acerca de aquellos:

“...que taladran y perforan
La tierra sólida, y de los estratos de allí
Extraen un registro, por el cual aprendemos
Que aquel que la hizo, y reveló su fecha
A Moisés, se equivocó en su edad”.

Si la intención del primer capítulo de Génesis fuera realmente darnos la “fecha” de la creación de la tierra y los cielos, la objeción sería incontestable. Pero las cosas, como en el caso de la astronomía, ahora se entienden mejor, y pocos se inquietan al leer sus Biblias porque se haga cierto que el mundo es inmensamente más antiguo que los 6.000 años que le daba la cronología antigua. Se siente que la geología solo ha ampliado nuestras ideas de la grandeza y la maravilla de las operaciones del Creador a través de los eones de tiempo durante los cuales el mundo, con sus poblaciones llenas de vida de peces, aves, reptiles y mamíferos, se preparaba para ser la morada del hombre; —cuando las montañas eran levantadas, los valles eran excavados, y vetas de metales preciosos eran incrustadas en la corteza de la tierra.

¿Contradice entonces la ciencia, en realidad, Génesis 1? No, seguramente, si se recuerda lo que se ha dicho arriba sobre el carácter esencialmente popular de las alusiones a las cosas naturales en la Biblia. Aquí ciertamente no hay una descripción detallada del proceso de la formación de la tierra en términos que anticipen la ciencia moderna —términos que habrían sido ininteligibles para los primeros lectores— sino un cuadro sublime, fiel al orden de la naturaleza, como también lo es a los hechos generales incluso de la sucesión geológica. Si cuenta cómo Dios llamó a la existencia el cielo y la tierra, separó la luz de las tinieblas, el mar de la tierra seca, vistió el mundo de vegetación, dio al sol y la luna su dominio señalado del día y la noche, hizo que las aves volaran, y que los monstruos marinos surcaran lo profundo, creó el ganado y las bestias del campo, y por último hizo al hombre, varón y hembra, a su imagen, y lo estableció como señor sobre toda la creación de Dios; este ascenso ordenado de formas creadas, coronado por el hombre; estas ideas profundas del relato, que colocan al mundo desde el principio en su correcta relación con Dios, y ponen los fundamentos de una filosofía perdurable de la religión; son verdades que la ciencia no hace nada por derribar, sino que de mil maneras confirma. Los “seis días” pueden seguir siendo una dificultad para algunos, pero, si esto no es parte del marco simbólico del cuadro —una gran “semana” divina de trabajo— bien puede preguntarse, como lo hizo Agustín mucho antes de que se pensara en la geología, ¿qué clase de “días” fueron estos que transcurrieron antes de que el sol, con sus veinticuatro horas de medición diaria, fuera puesto para ese fin? No se hace violencia al relato al sustituir en el pensamiento “días

eónicos” –vastos períodos cósmicos– por “días” en nuestra escala más estrecha, medida por el sol. Entonces desaparece el último rastro de aparente “conflicto”.

3. Evolución y el hombre

En años recientes, el punto en el que más frecuentemente se insiste en el “conflicto” entre la Escritura y la ciencia es la aparente oposición de la teoría de la evolución al relato bíblico de la creación directa de los animales y del hombre. Esto podría enfrentarse, y con frecuencia se hace, como ocurrió en los casos anteriores, negando la realidad de cualquier proceso evolutivo en la naturaleza. Aquí también, sin embargo, aunque debe concederse que la evolución aún no está probada, parece haber una creciente valoración de la fuerza de la evidencia a favor del hecho de alguna forma de origen evolutivo de las especies; es decir, de alguna conexión genética de formas superiores con inferiores. Junto con esto, al mismo tiempo, se manifiesta una disposición creciente a limitar el alcance de la evolución, y a modificar la teoría en puntos muy esenciales; –precisamente aquellos puntos en los que surgió un aparente conflicto con la Escritura.

Gran parte de la dificultad sobre este tema ha surgido de la confusión o identificación injustificada de la evolución con el darwinismo. El darwinismo es una teoría del proceso de la evolución, y tanto por la habilidad con que fue presentada como por la singular eminencia de su proponente, obtuvo por un tiempo un prestigio muy notable. En estos últimos días, como puede verse consultando un libro como *Naturalism and Religion* de R. Otto, publicado en *The Crown Library*, ese prestigio ha decaído mucho. Ha surgido una evolución más nueva que rompe con Darwin en los tres puntos más esenciales de su teoría: 1. El carácter fortuito de las variaciones sobre las cuales trabaja la “selección natural”. Ahora se siente que las variaciones van por líneas definidas, y son guiadas hacia fines definidos. 2. La insuficiencia de la “selección natural” (en la cual Darwin confió casi por completo) para realizar las tareas que Darwin le asignó. 3. La tasa lenta e imperceptible de los cambios por los cuales se suponía que se producían nuevas especies. En lugar de esto, la tendencia más nueva es buscar el origen de nuevas especies en cambios rápidos y repentinos, cuyas causas están dentro del organismo –en “mutaciones”, como se les está llamando– de modo que el proceso pueda ser tan breve como antes se suponía que era largo. “Evolución”, en resumen, está llegando a reconocerse como solo un nuevo nombre para “creación”, solo que el poder creador ahora obra desde dentro, en vez de, como en la concepción antigua, de una manera externa y plástica. Sin embargo, sigue siendo creación, no menos. ... En verdad, no puede formarse ninguna concepción de la evolución, compatible con todos los hechos de la ciencia, que no tome en cuenta, al menos en ciertos grandes puntos críticos, la entrada de nuevos factores en el proceso que llamamos creación. 1. Uno de esos puntos es la transición de la existencia inorgánica a la orgánica –la entrada del nuevo poder de la vida. Es inútil intentar explicar la vida por agencias puramente mecánicas y químicas, y la ciencia casi ha abandonado el intento. 2. Un segundo punto está en la transición del desarrollo meramente orgánico a la conciencia. Una sensación es un hecho mental diferente en clase de cualquier cambio meramente orgánico, e inexplicable por él. Aquí, por consiguiente, hay un nuevo ascenso, que revela poderes espirituales antes desconocidos. 3. El tercer punto está en la transición a la racionalidad, la personalidad y la vida moral en el hombre. Esto, como lo muestra la capacidad del hombre para una vida autoconsciente, autodirigida y progresiva, es algo distinto de la conciencia puramente animal, y marca el comienzo de un nuevo reino. Aquí, otra vez, se siente que la Biblia y la ciencia están en armonía. El hombre es el último de las obras creadas de Dios –la corona, y explicación del todo– y está hecho a la imagen de Dios. Para dar cuenta de él, debe presuponerse un acto especial del Creador, constituyéndolo como lo que es. Este acto creador no se refiere solo al alma, porque poderes espirituales más altos no podrían ponerse en un cerebro meramente animal. Debe haber un ascenso también del lado físico, correspondiente al avance mental. En el cuerpo, como en el espíritu, el hombre sale de la mano de su Creador.

Si se acepta esta nueva concepción evolutiva, la mayoría de las dificultades que rodeaban la teoría darwiniana desaparecen. 1. Por una parte, ya no es necesario pensar en el hombre como un desarrollo lento desde la etapa animal; un ascenso a través de la brutalidad y la vida salvaje desde una forma parecida al

mono. Su origen puede ser tan repentino como lo representa Génesis. 2. Ya no se siente la necesidad de suponer una antigüedad enorme del hombre para permitir ese desarrollo lento. Y (3) desaparece la necesidad de suponer que la condición original del hombre fue de pasión brutal y sujeción al impulso natural. El hombre pudo haber salido de la mano de su Creador en un estado tan moralmente puro, y tan capaz de un desarrollo sin pecado, como afirman Génesis y Pablo. Esta también es la visión más digna para tomar del origen del hombre. Es una visión apoyada por la ausencia de toda evidencia confiable de esas formas intermedias parecidas al mono que, según la otra hipótesis, debieron haber intervenido entre los progenitores animales y el ser humano terminado. Es una visión no contradicha por las supuestas evidencias de la gran antigüedad del hombre –100.000, 200.000, o 500.000 años– en las que con frecuencia se confía; pues la mayoría de estas, y las mediciones extravagantes de tiempo conectadas con ellas, son extremadamente precarias. El libro del autor, *God's Image in Man and its Defacement*, puede consultarse sobre estos puntos.

La conclusión de todo es que, hasta la hora presente, la ciencia y las perspectivas bíblicas de Dios, del hombre y del mundo, no están en ninguna relación real de conflicto. Cada libro de la escritura de Dios refleja luz sobre las páginas del otro, pero ninguno contradice el testimonio esencial del otro. La ciencia misma parece ahora dispuesta a adoptar una visión menos materialista del origen y la naturaleza de las cosas que la que tenía hace una década o dos, e interpretar la creación más a la luz de lo espiritual. La experiencia del creyente cristiano, con la obra de misiones en tierras paganas, aporta un testimonio que no puede desestimarse sobre la realidad de este mundo espiritual, y de las fuerzas regeneradoras y transformadoras que proceden de él. ¡A Dios sea toda la gloria!

Capítulo 26 Un Testimonio Personal (Philip Mauro)

Por Philip Mauro, Abogado
Ciudad de Nueva York

Llegué a un conocimiento salvador del Señor Jesucristo el 24 de mayo de 1903, estando entonces en mi cuadragésimo quinto año. En ese tiempo no entendí plenamente lo que me había sucedido, y sólo supe después, mediante el estudio de las Escrituras, que, por la gracia de Dios mediante la fe en su Hijo Jesucristo, yo había sido vivificado (Efesios 2:5), y había pasado de muerte a vida (Juan 5:24).

La Profesión Formal No Es Un Ancla Para El Alma

Por muchos años antes de ese tiempo yo me había estado alejando constantemente aun de una profesión formal de Cristo. No había aspiración en mi alma más allá de la gratificación del yo; y todo el esfuerzo que yo estaba haciendo tenía por único objeto la adquisición y acumulación de medios para servir a esa gratificación a lo largo de la vida. No exceptúo de esta categoría la consideración que daba a mi familia (quienes sin duda me darían un buen carácter como esposo y padre indulgente), pues cuento estas cosas como dentro de la definición de “yo”. Las cosas que yo valoraba, tales como reputación, la buena opinión de los hombres, el éxito en empresas de negocios y cosas semejantes, absorbían mi tiempo y pensamiento, y más allá de estas, que eran todas de naturaleza temporal, no había ningún objetivo a la vista. Ahora puedo ver claramente que yo, inconscientemente, había hecho del dinero un dios en quien confiar y al cual dar mis afectos, y por lo tanto puedo comprender la afirmación de la Escritura de que la avaricia es idolatría.

Que si existía o no una existencia más allá de la tumba era un asunto sobre el cual yo había especulado mucho, pero lo había desechado de mi pensamiento. Habiéndome vuelto un racionalista completo (y no siendo más irracional que la generalidad de los que asumen ese título que halaga al yo) tomé la posición de que sólo era posible creer lo que pudiera hacerse evidente a los sentidos físicos, y habiendo rechazado el testimonio de Dios, y así haciéndole mentiroso (1 Juan 5:9, 10), y habiendo despreciado “la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1), yo parecía por falta de conocimiento mientras pasaba, en mi propia estimación y en la de otros, como un “hombre muy bien informado”.

Me había hecho miembro de iglesia y comulgante a la edad de dieciséis años; había sido por muchos años después un asistente bastante regular a los servicios de la iglesia, y había oído innumerables sermones; y, sin embargo, yo era tan ignorante como cualquier hotentote en cuanto al único y exclusivo camino de salvación de Dios. Tal es la miserable condición de millones de excelentes personas en esta tierra “cristiana” y en este siglo “ilustrado”. El evangelio está encubierto para ellos porque “el dios de este siglo” cegó el entendimiento de los incrédulos “para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:4).

La Prosperidad Mundana No Satisface

“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed” (Juan 4:13). Permítanme añadir brevemente, en cuanto a mis circunstancias materiales, que en el ejercicio de mi profesión escogida (la abogacía) yo tuve suficiente éxito como para satisfacer mi propia ambición y despertar la envidia de otros; que fui bendecido con excelente salud física; y que mis relaciones domésticas eran todo lo que podía desearse. Parecía no faltar nada que pudiera asegurar o contribuir a la felicidad y el contentamiento.

Pero la paz de la mente y el descanso de la conciencia no se encuentran en lo que el mundo llama “circunstancias fáciles”. A pesar de que aparentemente yo tenía toda razón para estar bien satisfecho con mi suerte, y toda oportunidad para disfrutar de las cosas buenas de este mundo, mi condición mental era

cualquier cosa menos satisfactoria. Es difícil describir el estado de una mente sujeta a períodos de depresión cada vez más frecuentes y prolongados, para los cuales parecía no haber razón ni explicación. Ciertamente yo estaba completamente descontento, desesperadamente infeliz, y cada vez más una presa fácil de pensamientos sombríos y temores vagos e indefinibles. Ya no podía encontrar satisfacción mental y distracción en los lugares y cosas que antes me las daban. Mis gratificaciones habían sido en gran medida de orden intelectual, y mi mente había estado muy ocupada en esfuerzos por penetrar el velo del universo material, y descubrir qué, si algo, estaba oculto detrás de él. Esta búsqueda me había llevado a los dominios de la ciencia, la filosofía, el ocultismo, la teosofía, etc., etc. Toda esta búsqueda no había producido nada más confiable que conjeturas, y había dejado al que indaga por la verdad cansado, desconcertado e intelectualmente hambriento. La vida no tenía significado, ventaja, propósito ni justificación; y las facultades del tan alabado intelecto humano parecían desiguales para la solución de los misterios más sencillos. La perspectiva delante de mí era indeciblemente oscura y amenazante.

“¿Dónde Está El Sabio?” (1 Corintios 1:20)

Pero tenía que hallarse algún remedio contra la desesperación establecida. Así que seguí a otros en el intento de encontrar distracción en las alegrías, diversiones y excitaciones de un mundo impío, buscador de placeres, entre los cuales yo era tan impío como cualquiera. Algunas buenas personas que se interesaban en mí, y que tenían alguna idea de mi condición, me aseguraban que lo que yo necesitaba era más “diversión” y “relajación”, y que yo “trabajaba demasiado”, etc. Esta opinión era sostenida por miembros de iglesia. Nadie me dijo la simple verdad; a saber, que yo necesitaba a Cristo y su salvación. ¡Oh, los innumerables millones que tropiezan a través de la vida, vagamente conscientes de una gran necesidad, pero ignorantes de su naturaleza, y sin nadie que se las diga!

He dado esta descripción de mi estado infeliz con cierta extensión, creyendo que entre los que puedan leerla, muchos la reconocerán como una descripción de los rasgos principales de su propia condición.

A tales puedo decir con la mayor seguridad que hay liberación para ustedes, plena y completa, y que no está lejos, sino que está cerca. “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:8, 9). So completamente ha desaparecido aquella vieja condición de angustia mental e inquietud que ahora no podría ni siquiera recordarla y describirla, de no ser por un registro que hice dentro de los seis meses de mi conversión.

“¿Quién me libraré? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:24, 25). Una noche en la ciudad de Nueva York, que nunca podré olvidar, salí a pasear en mi acostumbrado estado de ánimo infeliz, con la intención de buscar distracción en el teatro. Este propósito me llevó hasta el vestíbulo de un teatro en Broadway, y me hizo tomar mi lugar en la fila de compradores de boletos. Pero una mano invisible me desvió, y lo siguiente que recuerdo es que había vagado lejos del teatro y mi atención fue detenida por un sonido muy tenue de canto que llegó a mis oídos en medio de los ruidos de la Octava Avenida, cerca de la calle Cuarenta y cuatro. No hay explicación natural de que yo fuera atraído por ese sonido, y de que lo siguiera. Sin embargo, me abrí paso dentro del edificio (un lugar muy sencillo, nada atractivo, que llevaba el letrero “Tabernáculo del Evangelio”), de donde provenía el sonido, y me encontré en una reunión de oración. No me impresionaron mucho los ejercicios, y de hecho no estaba en absoluto en simpatía con lo que ocurría. Lo que sí me impresionó, sin embargo, fue la circunstancia de que, mientras yo iba hacia la puerta después de la reunión, varias personas me saludaron con una palabra agradable y un apretón de manos, y una me preguntó acerca de mi estado espiritual. Me fui de esa reunión todavía en completa ignorancia de la simple verdad de que mi miseria se debía toda al hecho de que yo era un pecador no reconciliado y no perdonado, y de la verdad mayor de que había Uno que había muerto por mis pecados, que me había reconciliado con Dios por su sangre, y por medio de quien yo podía obtener perdón de pecados y vida eterna. De nuevo digo que ninguna explicación natural dará razón del hecho de que yo me sentía

obligado a volver a un lugar tan totalmente carente de atractivos y tan ajeno a todos mis gustos e inclinaciones naturales. La gente no pertenecía al nivel social al cual yo estaba acostumbrado, y yo no habría encontrado nada en absoluto que me fuera agradable en su sociedad.

Y aquí deseo llamar atención particular a un ejemplo notable del hecho de que los caminos de Dios no son nuestros caminos, y de que la sabiduría del hombre es necedad para con Dios. Yo habría supuesto que, para convencerme de la verdad de la Biblia y del cristianismo, sería necesario emplear los mejores esfuerzos de una facultad de los teólogos más profundos, versados en todos los argumentos de la filosofía escéptica, y capaces de dar respuestas plausibles a ellos. Pero Dios, en su sabiduría, me envió a aprender el camino de la vida eterna de una compañía de personas sumamente sencillas y humildes, de poca educación, a quienes yo me consideraba como inmensamente superior en todas las ramas más altas del conocimiento. Es verdad que estas personas sabían muy poco de lo que se enseña en colegios y seminarios; pero sí tenían aquel conocimiento que es el más alto y excelente de todos, aquel conocimiento por el cual uno de los hombres más eruditos de su día estuvo dispuesto a sacrificar todas sus ventajas, contándolas como basura, y a desechar todas sus brillantes perspectivas, diciendo: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Filipenses 3:8).

Así que mi estimación de mis propios logros era totalmente equivocada; y la verdad real era que, en comparación con el más sencillo de los que tenían conocimiento de Jesucristo como Salvador y que le confesaban como Señor, yo no era más que un ignorante.

No recuerdo cuántas veces fui a estas reuniones antes de ceder a la influencia del Espíritu, y no recuerdo haber sido consciente de algún beneficio por asistir a las reuniones, las cuales, desde el punto de vista ordinario, habrían sido consideradas decididamente aburridas. La crisis en mi vida llegó en la noche del 24 de mayo de 1903, cuando, cediendo a un impulso interior que, aunque suave, venció toda mi renuencia y repugnancia natural a tal acto, avancé y me arrodillé con algunos otros al frente del salón de reunión. Tomé el lugar del pecador, y confesé que necesitaba la gracia de Dios. Un hombre cristiano (el mismo que al principio me preguntó por mi alma) se arrodilló junto a mí y clamó al Señor Jesús que me salvara. Por supuesto, el acto de arrodillarse públicamente y clamar el nombre del Señor no es una parte necesaria del proceso de conversión. No hay un lugar o una manera especificada en que se reciba el don de la vida eterna. Lo que es necesario, sin embargo, es que uno crea a Dios, primero en cuanto al hecho de que es pecador y no puede hacer nada por sí mismo; y segundo, que Jesucristo, resucitado de los muertos, el Hijo eterno de Dios, es el Cargador del pecado para todos los que creen en Él —“el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

Yo no sabía la naturaleza de lo que estaba sucediendo, pues no creía en conversiones repentinas. Yo suponía que un cambio de naturaleza, si ocurría, debía ser muy gradual —una “evolución”, en realidad. Pero mi ignorancia del proceso no estorbó el gran poder de Dios, obrando en gracia, para vivificarme a nueva vida (Efesios 1:19; 2:5). Yo invoqué el nombre del Señor, con una profunda convicción de pecado en mi corazón, y eso fue suficiente.

“Si Alguno Está En Cristo, Nueva Criatura Es”

En los años que han transcurrido he llegado a una mejor comprensión del tremendo cambio que tuvo lugar aquella noche —aunque sólo en la eternidad lo comprenderé plenamente. Ciertamente fue vida de entre los muertos. Las cosas espirituales desde ese momento llegaron a ser realidades, y tomaron un lugar en mi pensamiento y conciencia. Las cosas que antes me sujetaban comenzaron a perder su atracción. Pronto aprendí, por una experiencia feliz, que si alguno está en Cristo, nueva criatura es —un ambiente enteramente nuevo— las cosas viejas pasaron, y he aquí todas son hechas nuevas; y que todo esto proviene de Dios. (2 Corintios 5:17, 18). En muy corto tiempo los hábitos de mi vida, así como las ocupaciones de mi corazón y mente, sufrieron un gran cambio. El hábito de la lectura diaria de la Biblia, y de la oración de la mañana

y de la tarde, quedó establecido inmediatamente. Muchas veces antes yo había tratado de orar, cuando sentía la presión de la miseria y la angustia de la mente; e innumerables veces tanto pública como privadamente, yo había “dicho mis oraciones”; pero eso no era orar, pues yo estaba en incredulidad. Yo no creía la Palabra de Dios, sino que la criticaba y la rechazaba. No creía en el nacimiento virginal de nuestro Señor, ni en su muerte vicaria, ni en su resurrección física. La doctrina de su derramamiento de sangre por los pecados de otros, y de que él fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Corintios 5:21). Yo la consideraba no filosófica e indigna de creerse. El único dios que yo conocía era el dios del materialismo, una criatura de la vana imaginación del hombre. Yo no tenía conocimiento del “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

Dudas y Dificultades Barridas

Quizás el cambio más maravilloso que se manifestó a mi conciencia, cuando mi mente comenzó a reanudar su actividad normal y a indagar en lo que había sucedido, fue este, que todas mis dudas, cuestionamientos, escepticismo y crítica concernientes a Dios el Padre, Hijo y Espíritu Santo, concernientes a la plena inspiración, exactitud y autoridad de las Santas Escrituras como la Palabra incorruptible de Dios, concernientes a la suficiencia de la expiación de Cristo para resolver la cuestión del pecado, y para proveer un terreno sobre el cual Dios pudiera, en perfecta justicia, perdonar y justificar a un pecador, y concernientes a una salvación segura y perfecta aceptación en Cristo, fueron barridas completamente. Desde ese día hasta hoy nunca he sido turbado por dudas de Dios y su Palabra.

“Si Creyeres En Tu Corazón”

Esta experiencia es para mí, y lo será para cualquiera que reflexione sobre ella, muy maravillosa e impresionante. Yo no tenía ninguna noción en absoluto de que las dificultades intelectuales y los cuestionamientos pudieran ser removidos de ninguna manera excepto al ser respondidos, uno por uno, a la satisfacción intelectual de la persona en cuya mente existían. Pero mis dudas y dificultades no fueron enfrentadas de esa manera. Fueron simplemente removidas cuando creí en el Crucificado, y le acepté como el Cristo de Dios, y como mi Salvador personal.

La explicación de esto es que el asiento de la incredulidad no está en la cabeza, sino en el corazón (Romanos 10:9). Es la voluntad la que está mal; y la erizada formación de dudas y dificultades que surgen en la mente son meros disfraces y pretextos suministrados por el enemigo de las almas, detrás de los cuales el corazón incrédulo trata de refugiarse y de justificar su incredulidad.

Esta es la explicación de aquellas palabras de nuestro Señor, quien sabía lo que había en el hombre: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

Es la voluntad inquebrantada y no rendida del hombre la que le impide venir a la fuente de vida eterna y recibir ese don inefable de Dios. Y esto, también, es por lo que está escrito: “Porque con el corazón se cree para justicia” (Romanos 10:9). La mente natural es el lugar de cría agradable de dudas y cuestionamientos, y (como considera que estos son de gran importancia) supone que estos deben ser tratados uno por uno. El hombre natural no sabe nada acerca de ser “transformados por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2), y él “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Pero cuando el corazón, el centro del ser del hombre, ese lugar íntimo al cual sólo Dios tiene acceso, es persuadido, todo el hombre es cambiado, y la mente igualmente renovada y purgada de su pestilente cría de dudas y razonamientos. Por lo tanto, lo que anteriormente me había retenido de aceptar la salvación que se ofrece gratuitamente mediante Cristo Jesús no era la cría de dudas y razonamientos con los que mi cabeza bullía. Al suponer que la dificultad yacía allí yo estaba miserablemente engañado, como lo están miríadas de otros “en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la

luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:4). Dios no tomó nota en absoluto de los cuestionamientos de mi mente insignificante, que me parecían muy formidables y dignos de la consideración más respetuosa. Él trató con ellos según su propia voluntad soberana y los removió en un momento. Esto no fue difícil en absoluto para aquel para quien “las islas le son como polvo que se desvanece”.

Por tanto el cambio estupendo, por el cual uno muerto en delitos y pecados es vivificado juntamente con Cristo (Efesios 2:5), no se logra mediante ningún proceso de razonamiento, ni es el resultado de ningún proceso de desarrollo. Es la obra inmediata y poderosa de Dios –“la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Efesios 1:19, 20); y es una obra que se hace instantáneamente en los que creen en el Señor Jesucristo.

Yo estaría, por supuesto, totalmente perdido para interpretar esta experiencia de no ser por las Escrituras; y por ello la autoría divina de estas es confirmada aún más. A la luz de las Escrituras es fácil ver que lo que había ocurrido era una convicción interna producida por el Espíritu Santo, aquel que ahora ministra en el mundo, testificando de un Cristo resucitado, ascendido y glorificado, a la diestra de Dios, y convenciendo de pecado, de justicia y de juicio.

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado” (Isaías 26:3). Otro resultado marcado de creer “el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (1 Juan 5:9) ha sido la completa liberación de los períodos de depresión mental, que se estaban desarrollando rápidamente en un estado de melancolía establecida, o lo que se llama “postración nerviosa”, de la cual tantos están sufriendo en estos tiempos de alta presión, y concerniente a la causa de la cual son totalmente ignorantes. La mente no puede ser guardada en completa paz que “persevera” en cosas materiales y perecederas. Es manifiestamente una explicación satisfactoria y suficiente de la paz mental que esta “persevera” en el Dios inmutable. Esta liberación de la depresión mental no fue inmediata, pues no aprendí de una vez a apoyar mi mente en Él; pero el cambio comenzó inmediatamente y progresó hasta que la paz establecida llegó a ser la condición mental normal.

He aprendido, en una palabra, que la redención que es en Cristo Jesús cubre y satisface todas las consecuencias del pecado ya sean manifestadas en alma, o mente, o cuerpo. Nuestra salvación es del Señor y es para el hombre completo, “espíritu, alma y cuerpo”.

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31). Dentro de dos meses del evento relatado arriba (el cual, por cierto, por timidez y temor al comentario y al ridículo traté de guardar tanto como fuera posible para mí mismo) fui puesto en una posición donde fui obligado a abrir mis labios a un miembro amado de mi propia familia, sufriendo como yo podía ver claramente, de lo que anteriormente me había oprimido, y a predicar a Cristo por primera vez. El esfuerzo que me costó la entrega de este sermón no puede describirse. Consistió en estas palabras: “Lo que tú necesitas es al Señor Jesucristo”; y después de su pronunciación el predicador no tuvo otra palabra que decir, y el único resultado visible fue un silencio muy incómodo y forzado. Sin embargo este testimonio sencillo, dado torpemente, junto con algunos versículos de la Escritura leídos al azar, fueron usados por el Espíritu de Dios para vivificar a otra alma muerta. Había aún dos más de la casa para ser traídos a un conocimiento de Cristo, pero no pasó mucho tiempo antes de que estos igualmente, y sin ninguna presión de nuestra parte, aceptaran a Cristo, y fueran trasladados de las tinieblas a su luz admirable.

“Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18). Fue una gran y maravillosa sorpresa para nosotros encontrar que existía tal cosa como una seguridad de la salvación, con bendiciones inmediatas e inconfundibles dadas a los creyentes como unas arras y primicias de la herencia de los santos. Toda nuestra instrucción teológica previa había sido en el sentido de que si uno vivía “una buena vida cristiana” (lo cual muchas almas engañadas están tratando

de hacer antes de haberla obtenido) podría posiblemente ser salvo en el más allá, pero que no había certeza para nadie hasta el “día del juicio”.

Pero sorpresas aún mayores nos esperaban. Bendito como es saber sobre la evidencia de la propia declaración de Cristo, precedida por su “De cierto, de cierto os digo”, que el que oye su Palabra y cree al que le envió tiene vida eterna y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida (Juan 5:24), había mucho más por seguir. La bondad de Dios hacia nosotros no se detuvo en revelar la verdad en cuanto a nuestra aceptación en Cristo y nuestra consecuente seguridad eterna. Él nos guió a ver que era nuestro deber y privilegio tomar de una vez el lugar de rechazo con Cristo, quien ha sido echado fuera de este siglo y de todos sus asuntos y empresas, habiendo los gobernantes (o líderes) de este siglo crucificado al Señor de gloria (1 Corintios 2:8). Él nos mostró que Cristo se había dado a sí mismo por nuestros pecados con el propósito expreso de “librarnos del presente siglo malo” (Gálatas 1:4) y que su voluntad para los redimidos de este siglo es que salgan “a él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (Hebreos 13:13).

El campamento es, superficialmente al menos, un lugar atractivo, lleno de alegría y diversión, con todo dispositivo posible para deleitar el ojo y gratificar la mente de la carne. Al mantener las cosas brillantes tanto como es posible en evidencia, y empujando la desdicha, el sufrimiento y la miseria al fondo, el campamento se las arregla para mantener las apariencias, particularmente ya que sus ocupantes están bastante dispuestos a ser engañados, y están bastante bien de acuerdo en que es el deber de cada habitante allí ser un “optimista”. Habiendo llevado al Cristo de Dios fuera de la puerta, y habiéndole dado muerte, los líderes de este “presente siglo malo” han dedicado sus grandes talentos y energías, bajo la soberbia dirección y administración del “dios de este siglo”, al único objeto de hacer tal “progreso”, y desarrollar tal gloriosa “civilización”, como demostrará que el mundo no tiene necesidad de Cristo. Al llevar a cabo esta gran empresa los “líderes de este siglo” son suficientemente astutos para proveer un lugar dentro del campamento incluso para aquellos “que profesan y se llaman a sí mismos cristianos”, haciéndoles bienvenidos en el mundo, e incluso dándoles posiciones de prominencia en él, bajo la única condición fácil de que acepten el evangelio de progreso del siglo, y se suscriban de todo corazón a la doctrina de que “el mundo se está poniendo mejor cada día”. Esta condición los antedichos “cristianos” están en su mayor parte bastante listos, no sólo a aceptarla, sino incluso a hacer de ella un artículo de religión, cambiando las Escrituras hasta donde sea necesario para ese fin.

“Vosotros Estáis Completos En Él” (Colosenses 2:10)

El Señor nos ha mostrado además que, lejos de encontrar que sea una privación el retirarnos de las ocupaciones y diversiones del campamento y de su regocijo impío, que es como el estruendo de los espinos debajo de la olla, hemos de hecho ganado indeciblemente con ello. Los nuevos intereses que ahora nos ocupan (teniendo que ver con Él en cuya presencia hay plenitud de gozo, y a cuya diestra hay delicias para siempre,) son mucho más satisfactorios, y contribuyen mucho más gratificación real que todas las cosas en las cuales, por falta de conocimiento de algo mejor, solíamos estar interesados, y en la búsqueda de las cuales gastamos nuestro tiempo y dinero. Parece, humanamente hablando, imposible hacer entender a nuestros amigos y asociados en la vieja vida que no hemos sufrido ninguna privación en absoluto. “Teniendo el entendimiento entenebrecido”, ellos sólo pueden ver las cosas sin valor que hemos echado a un lado, y no pueden tomar conocimiento de las riquezas de gracia y gloria que el creyente en Cristo tiene, “por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Colosenses 1:19). Es como si a un mendigo se le diera, mediante munificencia real, un traje de ricas vestiduras, y se apresurara a ponérselo, echando a un lado con gozo los trapos con los cuales estaba vestido anteriormente, y algunos espectadores, igualmente vestidos con ropas sucias, pudieran ver sólo los trapos desechados, y entonces se apresuraran a alejarse apretando sus propios trapos fuertemente alrededor de ellos por miedo a que una experiencia semejante pudiera ocurrirles.

“Y Si Me Fuere... Vendré Otra Vez” (Juan 14:3)

El Señor también nos ha capacitado para mirar más allá de “este presente siglo malo”, del cual Satanás es el dios, al siglo que pronto ha de venir, en el cual Cristo volverá a la tierra, y todos sus redimidos con Él, como fue profetizado desde el tiempo de Enoc (Judas 14; Apocalipsis 19:11-16; etc.), y “a los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:21).

Pero, más que eso, hemos sido guiados a esperar, no la felicidad terrenal o la dicha después de la muerte, sino aquel evento, que está más cerca aún, y que es el Privilegio del creyente esperar en cualquier momento, cuando el Señor mismo llamará a los suyos a recibirle en el aire (1 Tesalonicenses 4:16, 17; 1 Corintios 15:51, 52). Y así la gracia de Dios, que trae salvación, se ha manifestado, “enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros” (Tito 2:11-14).

Esta no es la enseñanza de la sabiduría de este siglo, ni de los líderes de este siglo; ni es la enseñanza de aquellos profesantes ministros de Cristo que han aceptado el evangelio de este siglo—el evangelio de su progreso y mejoramiento; pero es la enseñanza de “la gracia de Dios” y de la Palabra de Dios, y nosotros la hemos aceptado y nos regocijamos en ella.

“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”. No sería una representación veraz del asunto hacer parecer que no ha habido experiencias desagradables acompañando y resultando de esta partida de nuestros viejos caminos y entrada en “el camino vivo y verdadero”. Ha habido, por supuesto, mucho comentario adverso, mucha irritación, mucha hostilidad despertada, hemos oído muchas referencias a “justicia propia”, “fanatismo”, y cosas semejantes. Desertar los caminos del mundo es, por supuesto, condenar esos caminos; y no se puede esperar que los que andan en ellos lo tomen amablemente. Se vuelven exclamando: “¿Abana y Farfar, ríos de Damasco, no son mejores que todas las aguas de Israel?” (2 Reyes 5:12). Entonces, ¿por qué esta estrechez de mente e intolerancia? Y, como también podría esperarse, el mayor resentimiento de nuestra conducta ha sido despertado en aquellos que, mientras profesan pertenecer a Cristo, están echando su suerte indiscriminadamente con aquellos que abiertamente le rechazan.

Esto, por supuesto, podemos soportarlo pacientemente, porque Él dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Juan 15:18); y tanto más, porque sabemos que aquellos que abrigan y muestran tales sentimientos lo hacen en ignorancia de la verdad. Recordamos que nosotros estábamos, y no hace mucho tiempo, en precisamente la misma oscuridad, y que se requirió el poder y la gracia de Dios para dejar entrar la luz en nuestras mentes entenebrecidas. Sabemos, también, que podemos ayudar a estas preciosas almas por quienes Cristo murió, sólo manteniendo nuestra senda separada, y orando que las escamas caigan de sus ojos también, para que puedan ver cuál es la verdadera “corriente de este mundo” (Efesios 2:2), de la cual sus líderes son tan jactanciosos, y a dónde llevará inevitablemente a los que la siguen hasta el fin; y sobre todo puedan ver que hay vida eterna sólo en Cristo y mediante la fe en su sacrificio expiatorio y en su resurrección de entre los muertos (Romanos 10:9; Hechos 17:3; Romanos 4:24, 25; 1 Corintios 15:1-4 y 13, 19, etc.).

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

Capítulo 27 Vida en la Palabra

Por Philip Mauro, abogado, ciudad de Nueva York

Introducción

Debe ser evidente para todos los que prestan mucha atención a las condiciones espirituales de nuestro día, que en este tiempo se está haciendo un esfuerzo muy decidido y muy extendido para dejar completamente a un lado la autoridad de la Biblia. Observemos que una de las características únicas de ese Libro es que reclama el derecho de controlar las acciones de los hombres. Habla “como quien tiene autoridad”. Asume, y de la manera más tajante e inflexible, reprender a los hombres por su mala conducta, y decirles lo que harán y lo que no harán. Habla a los hombres, no como desde el plano humano, ni siquiera desde el punto de vista de una sabiduría y moralidad humana superior; sino como desde un plano muy por encima del más alto nivel humano, y como con una sabiduría que no admite pregunta ni disputa por parte de los hombres. Exige en todo momento una sumisión sin reservas.

Pero esta pretensión de control sobre los hombres es un obstáculo directo para el espíritu democrático de los tiempos, que no tolera ninguna autoridad más alta que la del “pueblo”, es decir, del Hombre mismo. Establecer y hacer universales los principios de la democracia pura es el objetivo, sea consciente o inconsciente, de los grandes movimientos de pensamiento de nuestra era; y la esencia y el corazón de la democracia es la autoridad suprema del hombre. De ahí el conflicto con la Biblia.

No solo la Biblia, con su afirmación tajante de supremacía y control sobre la humanidad, es directamente contraria al movimiento democrático, sino que ahora es el único obstáculo real para la completa independencia de la humanidad. Si tan solo se elimina la autoridad de las Escrituras, la humanidad habrá alcanzado el estado largamente codiciado de independencia absoluta, lo cual equivale a una completa falta de ley. El estado de democracia ideal se describiría con exactitud como “falta de ley”, pues es evidente que un individuo o una sociedad que no está bajo ninguna restricción excepto la que él mismo se impone, en realidad no está bajo ninguna restricción. Alcanzar este estado ideal es el fin y propósito de los movimientos actuales; y, para impulsar estos movimientos, esa poderosa inteligencia espiritual que es designada como “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2) dirige muy sabiamente, y con consumada sutileza, el ataque, desde muchos frentes distintos, contra la autoridad de la Biblia.

La gran masa de los hombres, incluyendo a la mayoría de los líderes de la época, ya está completamente absorbida en las actividades del mundo y es totalmente indiferente a las demandas de la Biblia. En cuanto a estos, solo es necesario procurar que no se les despierte de su indiferencia. Pero la Biblia, sin embargo, por razón del dominio que ejerce sobre las conciencias de unos pocos, ejerce sobre la sociedad en conjunto una poderosa influencia restrictiva, contra la cual ahora se dirigen los ataques de los enemigos de la verdad. En algunos lugares se ataca directamente la autoridad de la Biblia y se discute su origen divino en nombre de la “ciencia” y de la “erudición”. Gran parte del saber y de la actividad teológica del día se concentra en el intento de desacreditar la Biblia, y de difundir puntos de vista y teorías directamente contrarios a sus afirmaciones de inspiración divina y autoridad.

En otros lugares el ataque toma la forma de fingir conceder la inspiración de la Biblia, junto con la afirmación de que otros escritores y otras grandes obras literarias fueron igualmente inspiradas. Se nos dice: “Dios no está limitado”, y “puede hablar al hombre, y habla al hombre, en nuestros días, de la misma manera que en los días de Moisés, Isaías o Pablo”.

Es evidente que, en la práctica, casi no hace diferencia si la Biblia es rebajada al nivel de otros libros, o si otros libros son elevados al nivel de la Biblia. El resultado es el mismo en ambos casos; a saber, que se deja a un lado la autoridad única de la Biblia.

Pero aun en lugares donde el origen divino de la Biblia es plenamente reconocido, el enemigo trabaja activamente con el fin de debilitar su influencia. Se oye mucha enseñanza (por lo general en relación con ciertas manifestaciones espirituales que últimamente se han vuelto bastante comunes) en el sentido de que quienes tienen al Espíritu morando en ellos, y hablando directa y personalmente a ellos y por medio de ellos, son independientes de la Palabra de Dios. Esta es la forma que toma la idea de una revelación continua en lugares donde un ataque directo a la autoridad de la Escritura fracasaría. Pero el resultado es el mismo. En un estado de cosas así, es evidente que es de la más alta importancia insistir sin cesar en la suficiencia, finalidad y plenitud de la revelación dada por Dios en su Palabra. Con el deseo de servir a este propósito, aunque sea en un grado muy pequeño, se escriben estas páginas. Sin embargo, sería una tarea muy por encima de la capacidad del escritor presentar todas las características únicas de la Biblia, por las cuales se distingue tanto de otros libros que ocupa una clase por sí misma. Por eso, el escritor ha escogido para considerar un atributo o característica especial de las Santas Escrituras; a saber, lo que se indica con la palabra “viviente”.

Si uno puede captar, aunque sea débilmente, el tremendo hecho de que la Palabra de Dios es una Palabra VIVIENTE, ese conocimiento hará mucho para darle protección contra lo que quizá sea el mayor peligro de estos “tiempos peligrosos”.

1. El Verbo Encarnado y la Palabra Escrita: Ambos Son “Vivientes”

De las muchas declaraciones que hace la Biblia acerca de la Palabra de Dios, ninguna es más significativa, y seguramente ninguna es de mayor importancia para los hombres moribundos, que la declaración de que la Palabra de Dios es una Palabra VIVIENTE.

En Filipenses 2:16 tenemos la expresión: “la palabra de vida”. La misma expresión ocurre en 1 Juan 1:1. Aquí se usa de Jesucristo, el Verbo encarnado, mientras que en Filipenses aparentemente se habla de la Palabra escrita. La Palabra escrita y el Verbo encarnado están tan identificados en la Escritura que no siempre está claro a cuál se hace referencia. Se dicen las mismas cosas de cada uno, y se atribuyen los mismos caracteres a cada uno. El parecido fundamental reside en el hecho de que cada uno es el revelador o expresión tangible del Dios invisible. Así como la palabra escrita o hablada expresa, con el propósito de comunicar a otro, el pensamiento invisible e inaccesible, así Jesucristo como el Verbo encarnado, y las Santas Escrituras como la Palabra escrita, expresan y comunican el conocimiento del Dios invisible e inaccesible. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí” (Juan 14:9, 11).

En Hebreos 4:12 encontramos la declaración de que “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos”. Claramente esto se refiere a la Palabra escrita. Pero el versículo siguiente, sin ningún cambio de tema, dirige nuestra atención al que escudriña la mente y el corazón (Apocalipsis 2:23), diciendo: “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”.

Nuevamente en 1 Pedro 1:23 leemos de “la palabra de Dios que vive”, o más literalmente, “la palabra de Dios viviente”. Aquí nuevamente podría haber incertidumbre en cuanto a si se refiere al Verbo encarnado o a la Palabra escrita; pero se entiende generalmente que esta última es la que se tiene en vista, y la cita de Isaías 40:6-8 confirmaría esta idea.

De estos pasajes aprendemos que se habla de la Palabra de Dios como una Palabra “viviente”. Esta es una declaración muy notable, y es digna de nuestro examen más cercano y nuestra consideración más seria. ¿Por qué se habla así de la Palabra de Dios? ¿Por qué se le atribuye la extraordinaria propiedad de VIDA, o vitalidad? ¿En qué aspectos se puede decir que es una Palabra viviente?

Pero la expresión “viviente”, aplicada a la Palabra de Dios, manifiesta significar algo más que participar del tipo de vida con el cual estamos familiarizados por observación. Dios habla de sí mismo como el “Dios Viviente”. El Señor Jesús es el “Autor de la vida”. (Hechos 3:15). Él se anunció a Juan en la visión de Patmos como “el que vivo”. La vida eterna está en Él. (1 Juan 5:11).

Está claro, entonces, que cuando leemos, “La Palabra de Dios es viva”, debemos entender por ello que vive con una vida espiritual, inagotable, inextinguible, en una palabra, divina. Si la Palabra de Dios es en verdad viviente en este sentido, entonces tenemos aquí un hecho de la más tremenda importancia. En el mundo que nos rodea, los seres y cosas que llamamos “vivos” podrían ser llamados con igual propiedad “moribundos”. Lo que llamamos “la tierra de los vivos” podría describirse mejor como la tierra de los moribundos. Dondequiera que miremos vemos que la muerte está en posesión, y está obrando según su método invariable de corrupción y decadencia. La muerte es el verdadero monarca de este mundo, y encontramos a cada paso la evidencia espantosa y los resultados del dominio universal de aquel que tenía “el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). “Reinó la muerte” (Romanos 5:17), y todavía reina sobre todo. El poderoso y terrible poder de la muerte ha hecho de esta tierra nuestra un gran cementerio —un camposanto gigantesco.

¿Puede ser que haya una excepción a esta regla aparentemente universal? ¿Existe, en verdad, en este mundo de seres moribundos, donde las fuerzas de la corrupción se aferran inmediatamente a todo aquello en lo que ha entrado la vida, y sobre todas las obras de las llamadas criaturas vivientes, un objeto que es realmente VIVIENTE, un objeto sobre el cual la corrupción no puede aferrarse, y que resiste y desafía todo el poder de la muerte? Tal es la afirmación de los pasajes de la Escritura que hemos citado. Seguramente, entonces, si estas declaraciones son verdaderas, tenemos aquí el fenómeno más asombroso en todo el universo accesible; y valdrá bien la pena investigar un objeto del cual se hace una afirmación tan sorprendente de manera seria, aunque muy discreta.

Antes de proceder con nuestra investigación, notemos uno de los muchos puntos de semejanza entre el Verbo encarnado y la Palabra escrita. Cuando “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó (“tabernaculizó”) entre nosotros” (Juan 1:14), no había nada en su apariencia para manifestar su deidad, o para mostrar que “en él estaba la vida” (Juan 1:4). Ese hecho fue demostrado, no por su conducta intachable y desinteresada, ni por sus enseñanzas y discursos incomparables, sino por su resurrección de entre los muertos. El único poder que es mayor que el de la muerte es el poder de la vida. Él tenía, y ejerció, ese poder, y tiene ahora las llaves de la muerte y del Hades. (Apocalipsis 1:18).

De manera similar, no hay nada en la apariencia y el comportamiento (por así decirlo) de la Biblia que muestre que tiene una vida característica, incluso divina, que otros libros no tienen. Guarda la misma semejanza con otros escritos que Jesús, el hijo de María, guardaba con otros hombres. Se da en lenguaje humano tal como Él vino en carne humana. Sin embargo, hay entre ella y todos los otros libros la misma diferencia que entre Él y todos los otros hombres, a saber, la diferencia entre lo que vive y lo que muere. “La palabra de Dios es viva”.

Requerirá, por tanto, algo más que una mirada apresurada o una inspección casual para discernir esta maravillosa diferencia; pero la diferencia está ahí, y con diligencia y atención podemos descubrir algunos indicios claros de ella.

2. Sin Definiciones de Vida

La sabiduría y el saber del hombre son incapaces de proporcionar una definición de la vida. Los intentos de los más sabios y eruditos para proporcionar tal definición solo sirven para exhibir la futilidad del intento. Herbert Spencer, quien ha hecho el intento más ambicioso de los tiempos modernos para explicar el universo visible, da esto como el resultado de sus mejores esfuerzos para definir la vida: “La vida es el ajuste continuo de las relaciones internas a las relaciones externas”.

Esta definición manifiestamente necesita tanta explicación como lo que pretende explicar. Pero servirá al menos para recordarnos que la sabiduría de los hombres es insensatez para con Dios.

Otro hombre eminente de ciencia definió la vida como “el doble movimiento interno de composición y descomposición, a la vez general y continuo”.

Estas definiciones modernas apenas son una mejora sobre la de Aristóteles, quien definió la vida como “el conjunto de las operaciones de nutrición, crecimiento y destrucción”.

¡Qué cosa tan maravillosa es la vida, y cuán lejos trasciende la comprensión del hombre, ya que sus mejores esfuerzos para definirla dan resultados tan ridículamente inadecuados! La ignorancia de los hombres de ciencia sobre este tema es francamente confesada por Alfred Russel Wallace, quien en uno de sus últimos libros, *Man's Place in the Universe* (“El Lugar del Hombre en el Universo”), dice: “La mayoría de la gente da a los hombres de ciencia crédito por mucho mayor conocimiento del que poseen en estas materias”. Y de nuevo: “En cuanto a los problemas más profundos de la vida, y el crecimiento, y la reproducción, aunque nuestros fisiólogos han aprendido una cantidad infinita de hechos curiosos e instructivos, no pueden darnos ninguna explicación inteligible de ellos”.

Pero, si ninguno de nosotros puede decir qué es la vida, todos podemos distinguir entre lo que es viviente (incluso en el sentido ordinario de la palabra) y lo que no es viviente; y nuestra mejor idea del significado de la vida se obtiene comparando lo que tiene vida (sea animal o vegetal) con lo que no tiene vida, como los minerales, o cualquier materia no viviente. Sabemos que entre los dos hay un gran abismo, que solo el poder divino puede cruzar; porque es solo el Dios vivo quien puede impartir vida a lo que no tiene vida.

Miramos entonces a la Palabra escrita de Dios para ver si manifiesta características que se encuentran solo en las cosas vivientes, y para ver si exhibe, no meramente la posesión de vida del tipo perecedero y corruptible con el cual estamos tan familiarizados por observación, y que está en cada uno de nosotros, sino vida de un orden diferente, imperecedera e incorruptible.

3. Frescura Perenne

La Biblia difiere radicalmente de todos los otros libros en su frescura perpetua. Esta característica será reconocida solo por aquellos que conocen el Libro de esa manera íntima que proviene de vivir con él, como con un miembro de la familia de uno. Lo menciono primero porque fue una de las primeras propiedades únicas de la Biblia que me impresionó después de que comencé a leerla como un creyente en Cristo. Es un hecho muy notable que la Biblia nunca se agota, nunca adquiere monotonía, nunca disminuye en su poder de respuesta al alma vivificada que acude a ella. Los pasajes más familiares rinden tanto (si no más) refrigerio en la milésima lectura, como en la primera. Es en verdad como una fuente de agua viva. La fuente es la misma, pero el agua es siempre fresca, y siempre refrescante. No podemos comparar esto con nada más que con lo que encontramos en un compañero vivo, a quien amamos y a quien acudimos en busca de ayuda y comunión. La persona es siempre la misma, y sin embargo sin monotonía. Nuevas condiciones evocan nuevas respuestas; y así es con la Biblia. Como un Libro vivo, se adapta a las nuevas fases de nuestra experiencia y a las nuevas condiciones en las que nos encontramos. Del pasaje más familiar viene una y

otra vez un mensaje nuevo; tal como nuestro amigo o compañero más familiar tendrá algo nuevo que decir, a medida que las condiciones cambiantes y las nuevas situaciones lo requieran de vez en cuando.

Esto no es cierto de ningún otro libro. Lo que el libro del hombre tiene que decir lo podemos obtener la primera vez; y las excepciones surgen meramente de la falta de claridad por parte del escritor, o falta de comprensión por parte del lector. El hombre puede tocar solo la superficie de las cosas, y solo le importan las apariencias superficiales. Así, en todos sus escritos, cualquier sustancia que contengan yace en la superficie, y puede ser recogida por un lector capaz de inmediato. Si la Palabra de Dios puede compararse en este particular con una persona viva, los libros de los hombres pueden compararse con cuadros o estatuas de personas vivas. Por muy bellamente o artísticamente ejecutados que estén, una sola vista puede agotar fácilmente a estos últimos, y una segunda y tercera mirada serán meras repeticiones. La diferencia es la que existe entre los vivos y los muertos. La Palabra de Dios es VIVIENTE.

Pero aunque la Biblia se asemeja en este aspecto importante a una persona viva, que es nuestro compañero familiar, comprensivo y receptivo, difiere de tal compañero humano en que el consejo, consuelo y apoyo que proporciona están muy por encima y más allá de lo que cualquier ser humano puede suministrar; y la única explicación de esto es que la fuente de su vida y poderes no es humana, sino divina.

4. La Biblia No Se Vuelve Obsoleta

Una de las características más prominentes de los libros escritos por hombres con el propósito de impartir información e instrucción es que muy rápidamente se vuelven obsoletos, y deben ser dejados a un lado y reemplazados por otros. Esto es particularmente cierto de los libros sobre ciencia, libros de texto, libros escolares y similares.

De hecho, es motivo de jactancia (aunque sería difícil explicar por qué) que el “progreso” sea tan rápido en todos los departamentos del saber como para hacer que los libros científicos de una generación sean casi inútiles para la siguiente. Los cambios en el conocimiento humano, el pensamiento y la opinión ocurren tan velozmente, que los libros, que eran los estándares ayer, son dejados a un lado hoy por otros, que a su vez serán descartados por otras “autoridades” mañana. De hecho, todo libro que se escribe con un propósito serio comienza a volverse obsoleto antes de que la tinta se seque en la página. Esto puede ser hecho ocasión de jactancia del gran progreso de la humanidad, y de los maravillosos avances de la “ciencia”; pero el verdadero significado del hecho es que los libros del hombre son todos, como él mismo, criaturas moribundas... La Biblia, por otro lado, aunque trata de los temas más grandes y serios de todos, tales como Dios, Cristo, la eternidad, la vida, la muerte, el pecado, la justicia, el juicio, la redención, es siempre la última, mejor y única autoridad en todos estos y otros asuntos de peso de los que trata. Siglos de “progreso” y “avance” no han añadido absolutamente nada a la suma de conocimiento sobre ninguno de estos temas. La Biblia es siempre fresca y completamente “actualizada”. De hecho, está muy, muy por delante de la ciencia humana. El progreso no puede alcanzarla, ni ir más allá de ella. Una generación sucede a otra, pero cada una encuentra a la Biblia esperándola con sus almacenes de información siempre frescos y nunca fallidos tocante a asuntos del más alto interés, tocante a todo lo que afecta el bienestar de los seres humanos.

5. La Ciencia y la Biblia

Los maestros y enseñanzas humanas, de hecho, se han puesto frecuentemente en oposición a algunas de las declaraciones de la Biblia; y a menudo se ha anunciado, bajo autoridad humana, que se han detectado errores en historia y en asuntos de ciencia en la Biblia. Algunos, de hecho, se han esforzado por salvar la reputación y autoridad de la Biblia diciendo que no fue escrita para enseñar a los hombres “ciencia”. En un sentido esto es cierto. La Biblia no fue escrita para impartir ese tipo de conocimiento que “envanece”, sino justo lo contrario. Fue escrita para impartir ese tipo de información que baja los humos al hombre mostrándole su verdadera posición como una criatura arruinada y perecedera, bajo la condenación y el

poder de la muerte, y totalmente “sin fuerzas”, es decir, incapaz de hacer nada para librarse de esta condición deplorable. Declara que, “si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo” (1 Corintios 8:2). Tal es la clara declaración de la Escritura en cuanto a las limitaciones de todo conocimiento humano; y el que más sabe es el más consciente de estas limitaciones. Pero si, por la declaración de que la Biblia no fue escrita para enseñar “ciencia”, se quiere decir que la Biblia es no científica, esa declaración no es verdadera. Por el contrario, la Biblia es el único libro en el mundo que es verdaderamente “científico”; porque es el único libro que da información precisa, exacta y absolutamente confiable sobre cada tema del que trata. Es el único libro en el mundo sobre cada declaración del cual uno puede poner con seguridad confianza implícita. Incontables millones han creído las declaraciones de la Palabra de Dios, cada uno de ellos para su inefable ventaja, ni uno de ellos para su daño.

Solíamos oír mucho, hace unos treinta años, sobre los muchos “errores de Moisés”, y los errores que la “ciencia”, con su ojo agudo, había detectado en las Escrituras. Pero oímos muy poco hoy de los científicos mismos sobre los “conflictos entre la ciencia y la religión”. Estos conflictos han cesado, uno por uno, a medida que la “ciencia” ha revisado sus conclusiones apresuradas y corregido sus errores. El escritor ha sido un estudiante diligente de las ciencias físicas y de las filosofías basadas en ellas, por más de veinticinco años, y un abogado en ejercicio por un período aún más largo, y habiendo adquirido ahora un conocimiento razonable del texto de la Escritura, puede decir que no tiene conocimiento de ningún hecho demostrado de la ciencia que esté en conflicto con una sola declaración de la Biblia. Entre todos los “resultados asegurados de la ciencia” no existe, a su saber, evidencia suficiente en carácter y cantidad para condenar a la Biblia de un solo error o declaración falsa. Por supuesto, tal evidencia no podría existir. El Señor Jesús dijo de la Palabra de Dios: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17); y por supuesto, el verdadero conocimiento de la creación de Dios no puede entrar en conflicto con su Palabra.

Un libro reciente de Alfred Russel Wallace titulado, *Man's Place in the Universe* [“El Lugar del Hombre en el Universo”] (1904), proporciona una ilustración llamativa, a gran escala, de la manera en que la “ciencia”, después de alejar el pensamiento de las mentes cultas y altamente educadas de la verdad revelada por la Escritura, a veces lo lleva de vuelta.

La lectura de la Escritura indudablemente da, y estaba claramente intencionada para dar, la impresión de que la tierra es el centro de interés en el universo, y el objeto del cuidado especial del Creador; que fue acondicionada con dolores elaborados para ser la habitación de criaturas vivientes, y especialmente del hombre; y que el sol, la luna y las estrellas fueron creados con referencia especial a su servicio a la tierra. Por tanto, durante muchos siglos, el hombre creyó que la tierra era el centro del universo, y (aunque la Biblia no lo dice) que el sol y las estrellas eran cuerpos relativamente pequeños que se movían alrededor y la servían.

Pero estas ideas han sido completamente trastornadas por los descubrimientos de los astrónomos modernos, quienes determinaron, al menos para su entera satisfacción, que no solo el sol es enormemente más grande que la tierra, sino que es asistido por otros planetas, el mayor de los cuales es mil doscientas veces más grande que la tierra. Además, también se ha aprendido, así se nos dice, que nuestro sol mismo es solo una de un número casi infinito de estrellas, muchas de las cuales son inmensamente mayores en tamaño, y las cuales, se puede asumir, son ellas mismas los centros de sistemas planetarios en una escala mucho más grandiosa que nuestro pequeño sistema solar... En un universo tal como la astronomía moderna ha traído a la vista del hombre, nuestra pequeña tierra, una vez pensada como su centro de interés e importancia, se encoge hasta una insignificancia total. En proporción al vasto universo del cual es miembro, su tamaño es relativamente menor que el de una diminuta partícula de polvo en proporción a la masa de la tierra misma. ¿Cómo, por tanto, se puede suponer que el Creador de un universo tan inconcebiblemente grande y complejo tendría una consideración especial por este insignificante asistente de un sol de cuarta categoría, y por las criaturas aún más insignificantes que moran en él? La tierra con todos sus ocupantes podría caerse

del universo y no ser extrañada más que un solo grano de arena de la orilla del mar o una sola gota de agua del océano.

Es inevitable que estas enseñanzas de la astronomía concernientes al universo debieran haber producido impresiones directamente opuestas a las producidas por la Escritura, y debieran haber puesto obstáculos en el camino de creer la doctrina de la redención por la encarnación y muerte sacrificial del Hijo de Dios.

Pero ahora viene el Sr. Wallace, el contemporáneo de Charles Darwin, y probablemente en el día presente uno de los hombres de ciencia más prominentes, y revierte las ideas que han sido tan ampliamente difundidas en nombre de la ciencia. El Sr. Wallace reúne una gran masa de evidencia, derivada tanto de la astronomía como de la física, para apoyar las proposiciones: Primero, que el sistema solar ocupa (y siempre ha ocupado) aproximadamente la porción central de este vasto universo, obteniendo todas las ventajas debidas a tal posición favorable; Segundo, que la tierra es ciertamente el único planeta habitable en el sistema solar, y presumiblemente el único lugar habitable en todo el universo. El Sr. Wallace, por una vasta acumulación de hechos e inferencias, muestra que las condiciones físicas necesarias para el mantenimiento de la vida dependen de una gran variedad de ajustes complejos y delicados, tales como la distancia del sol, la masa del planeta, su oblicuidad a su órbita, la cantidad de agua comparada con la tierra, la distribución superficial de tierra y agua, la permanencia de esta distribución, la densidad de la tierra, el volumen y densidad de la atmósfera, la cantidad de dióxido de carbono en ella, etc. Estas, y otras condiciones esenciales, se cumplen (dice el Sr. Wallace) solo en un planeta como esta tierra, situada y construida como está. De las premisas del Sr. Wallace, si se asume que el universo es la obra de un Creador inteligente, se seguiría que todo en este universo inconcebiblemente vasto y complejo ha sido planeado y arreglado con referencia especial a hacer de esta pequeña tierra nuestra un lugar adecuado para la habitación de seres vivientes, y especialmente de la humanidad.

Damos las conclusiones del Sr. Wallace en sus propias palabras. Él dice: “Esto completa mi trabajo como un argumento conectado, fundado totalmente sobre los hechos y principios acumulados por la ciencia moderna; y conduce, si mis hechos son sustancialmente correctos y mi razonamiento sólido, a una gran y definida conclusión: que el hombre, la culminación de la vida orgánica consciente, se ha desarrollado AQUÍ SOLAMENTE en todo el vasto universo material que vemos a nuestro alrededor”.

Así tenemos el hecho sorprendente de que uno de los principales exponentes vivos de las enseñanzas de la ciencia, un hombre que ciertamente no atribuye importancia a las enseñanzas de la Escritura, se ha tomado grandes molestias para mostrar que la tierra es, después de todo, el centro de, y el lugar más importante en, todo el universo; y que, hasta donde se puede detectar cualquier propósito en él, bien se puede suponer que el universo existe para el beneficio exclusivo de la tierra, y por el bien de producir en ella esas condiciones peculiares necesarias para la existencia y mantenimiento de la vida.

Podemos decir entonces que, considerada meramente como un libro de instrucción, la Biblia está, en cuanto a cada tema del que trata, no meramente al día, sino muy por delante, del saber de estos y todos los otros tiempos, sean pasados o futuros. Las impresiones que hace sobre las mentes creyentes son las impresiones de la verdad, aunque (como en la instancia que acabamos de considerar) la ciencia contemporánea pueda dar, como sus conclusiones establecidas, impresiones directamente a lo contrario.

A diferencia de otros libros de instrucción, LA BIBLIA NO SE VUELVE OBSOLETA. Este es un hecho de inmensa importancia; y su única explicación es que la Biblia es un libro VIVIENTE, la Palabra del Dios vivo. Todos los otros libros participan de la debilidad de sus autores, y están muriendo o muertos. Por otro lado, “La palabra de Dios es viva”.

6. La Biblia es Indestructible

La Biblia manifiesta la posesión de vida inherente e imperecedera en que sobrevive a todos los intentos que se han hecho para destruirla... La Biblia es el único libro en el mundo que es verdaderamente odiado. El odio que despierta es amargo, persistente, asesino. De generación en generación este odio se ha mantenido vivo. Hay sin duda una explicación sobrenatural para esta continua exhibición de hostilidad hacia la Palabra de Dios, porque esa Palabra tiene un enemigo sobrenatural que ha experimentado personalmente su poder. (Mateo 4:1-10).

Pero la explicación natural de este odio es que la Biblia difiere notablemente de otros libros en que no da una imagen halagadora del hombre y su mundo, sino justo lo contrario. La Biblia no dice que el hombre es un ser noble, siempre aspirando hacia el logro de ideales exaltados. No describe la carrera de la humanidad como “progreso”, como la valiente y exitosa lucha del hombre contra los males de su entorno; sino todo lo contrario, declara que es una carrera de desobediencia y alejamiento de Dios, una preferencia por las tinieblas más que por la luz, “porque sus obras eran malas”.

La Biblia no representa al hombre como habiendo llegado, sin culpa propia, a circunstancias adversas, y como estando ocupado en superar gradualmente estas mediante el desarrollo y ejercicio de sus poderes inherentes. No aplaude sus logros, ni ensalza su maravillosa civilización. Todo lo contrario. Registra cómo vio Jehová que “la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. (Génesis 6:5). Habla del hombre como “estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia” (Romanos 1:29-31). Dice que “todos están bajo pecado”, que “No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:10-12). La condición del hombre por naturaleza se describe como “muertos en vuestros delitos y pecados”, “hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira” (Efesios 2:1-3).

La Biblia no tiene nada que decir en alabanza del hombre o de sus dotes naturales. Por el contrario, ridiculiza su sabiduría como “insensatez para con Dios”. Declara que Dios ha enloquecido la sabiduría del mundo (1 Corintios 1:20); que el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Corintios 2:14); y que si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo. (1 Corintios 8:2).

Tampoco predice la Biblia el triunfo final de la “civilización”. No dice que el progreso de la humanidad la llevará eventualmente a un estado de cosas inmensamente mejor. No dice que la naturaleza humana mejorará bajo las influencias de la educación y el autocultivo, incluso con la del cristianismo añadida. Por el contrario, declara que “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados” (2 Timoteo 3:13).

Incluso de “el presente siglo malo” (Gálatas 1:4), durante el cual la iglesia profesante es el objeto más conspicuo en la tierra, y durante el cual el mundo tiene el enorme beneficio resultante de la luz de la revelación y una Biblia abierta, no se predice que el hombre y su mundo experimentarían alguna mejora, o que los desarrollos de la época irían en la dirección de mejores condiciones en la tierra. Por el contrario, la Biblia declara que “en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:1-5).

Tal es el carácter del hombre, y tal ha de ser el resultado, como la Escritura lo predice, de todos sus esquemas de mejoramiento, educación, desarrollo, autocultura, civilización y formación del carácter. Y debido a esto la Biblia es detestada de todo corazón. Los hombres no han buscado nada más seriamente de lo que han buscado destruir este retrato terriblemente exacto de sí mismos y sus hechos. ¡Qué asombroso es que cualquier persona inteligente suponga que el hombre dibujó este cuadro de sí mismo, y predijo esto como el resultado de todos sus propios esfuerzos! No es de extrañar que la Biblia sea odiada, y por la simple y suficiente razón de que declara la verdad sobre el hombre y su mundo. El Señor Jesús expuso claramente tanto el hecho como su explicación cuando dijo a sus hermanos incrédulos: “No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas” (Juan 7:7).

Nuevamente, la Biblia es odiada porque reclama el derecho a ejercer, y asume ejercer, autoridad sobre el hombre. Habla como quien tiene autoridad. Emite mandatos a todos. Dice: “Tú harás” y “Tú no harás”. No aconseja o recomienda simplemente un curso de acción en lugar de otro, como uno se dirigiría a un igual, sino que dirige a los hombres imperativamente lo que harán, y lo que no harán. De esta manera se dirige a todos los rangos y condiciones de hombres: reyes y gobernadores, padres e hijos, maridos y esposas, amos y siervos, ricos y pobres, altos y bajos, libres y esclavos. En esto, también, tenemos una característica de la Biblia que la distingue de todos los otros libros. No hace acepción de personas. Pero por esta causa también es odiada; porque los hombres se están volviendo más y más impacientes de toda autoridad externa. Los principios de la democracia, cuya esencia es la supremacía (virtualmente la divinidad) del hombre, han leudado completamente toda la sociedad en las naciones progresistas de la tierra. Hay un sentimiento en el exterior, que encuentra expresión frecuente y encuentra siempre una recepción comprensiva, en el sentido de que el hombre ha sido encadenado a través de las edades por ideas teológicas estrechas de las cuales la Biblia es la fuente, y que ha llegado el momento de que él se quite esta esclavitud, se levante en su verdadero poder y majestad, y haga grandes cosas por sí mismo.

Es un hecho de lo más impresionante que, en todo el universo visible, no hay nada que asuma autoridad sobre el hombre, o que le imponga leyes, excepto la Biblia. Una vez completamente librado de ese libro problemático, y el hombre estará finalmente librado de toda autoridad, y habrá llegado a ese estado de anarquía predicho en las profecías del Nuevo Testamento; en el cual la sociedad estará lista para aceptar el liderazgo de aquel “inícuo”, cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. (2 Tesalonicenses 2:7-10).

Este es tal vez el propósito principal de los intentos persistentes en nuestros días, mayormente en nombre de la erudición y la teología liberal, para derribar la autoridad de la Escritura; y podemos ver con nuestros propios ojos que la medida de éxito de esta gran apostasía es justo lo que la Biblia ha predicho.

Otros libros no despiertan odio. Puede haber libros que a los hombres les disgusten, y a esos simplemente los dejan en paz. Pero la Biblia es, y siempre ha sido, odiada a muerte. Es el único libro que ha sido perseguido de siglo en siglo, como los hombres persiguen a un enemigo mortal. Al principio su destrucción ha sido buscada por la violencia. Todos los poderes humanos, políticos y eclesiásticos, se han combinado para sacarla de la existencia. La muerte ha sido la pena por poseer o leer una copia; y las copias que se encontraban eran entregadas al verdugo público para ser tratadas como lo fue el Verbo encarnado. Ningún expediente que el ingenio humano pudiera idear o la crueldad humana poner en efecto, ha sido omitido en el intento desesperado de sacar este libro detestado de la existencia. Pero el poder concentrado del hombre fracasó totalmente en el intento. ¿Por qué?

Aquí hay un libro entre incontables millones que es señalado para un odio implacable, y ese hecho solo es suficiente para provocar asombro e invitar al escrutinio más cercano para determinar la explicación del fenómeno único. ¿Qué característica es la que distingue a este Libro de todos los otros libros de una manera tan extraña? ¿Ha sido su influencia sobre los hombres corruptora o de otra manera mala? ¿Enseña doctrinas

peligrosas para individuos o comunidades? ¿Promueve el desorden, el vicio o el crimen? Por el contrario, no se cuestionará que su influencia, dondequiera que ha ido, ha sido beneficiosa más allá de la de todos los otros libros combinados, y que las vidas humanas más fructíferas son aquellas que han sido moldeadas por sus enseñanzas. Una sola explicación dará cuenta del hecho asombroso de que tal Libro sea el único ahora o jamás en existencia en provocar animosidad activa y persistente entre los hombres que se niegan a reconocerlo como de Dios; a saber, que declara que el hombre es una criatura caída, y que toda su carrera es el mero resultado de su naturaleza corrupta en el camino de la desobediencia; y que predice en lenguaje claro cuál será el fin de ese camino para todos los que no acepten el método de liberación de Dios fuera de él a través de Jesucristo.

Pero, habiendo fallado la violencia para librar al hombre de la Biblia, se ha recurrido a otros medios en el esfuerzo persistente para lograr ese objetivo. Con este fin se han alistado el intelecto y el saber del hombre. El Libro ha sido asaltado desde todos los lados por hombres de la más alta inteligencia, cultura y erudición. Desde que se desarrolló el arte de la imprenta ha estado en progreso una guerra continua de libros. Muchos libros contra EL Libro —libros del hombre contra el Libro de Dios. Su autoridad ha sido negada, y su veracidad e incluso su moralidad han sido impugnadas, sus demandas sobre las conciencias de los hombres han sido ridiculizadas; pero todo en vano, excepto para resaltar más conspicuamente el hecho de que “La palabra de Dios es viva”, y con una vida indestructible.

Si cualquier otro libro incurriera en el odio del hombre (lo cual ningún otro libro ha hecho jamás, viendo que todos los demás son producciones propias del hombre) no sería necesario tomar medidas para su destrucción. Un libro producido por hombres moribundos solo necesita ser dejado en paz para morir por su propio acuerdo. Las semillas de la muerte están en él desde el principio. Un solo Libro ha incurrido en el odio del hombre, porque es el único Libro que no es suyo propio. Es la única cosa en todo el mundo que es hostil a todo el sistema mundial. Un solo Libro ha intentado el hombre destruir; y sin embargo, en este intento, aunque en él se han empleado todos sus poderes y recursos, ha fracasado de la manera más conspicua e ignominiosa. ¿Por qué?

Hace poco menos de un siglo y medio apareció un libro que atrajo amplia atención, particularmente en los círculos superiores del intelecto y la cultura. Se titulaba jactanciosamente *Age of Reason* (la “Edad de la Razón”), y su autor, Thomas Paine, era probablemente sin superior en inteligencia entre sus contemporáneos. Tan confiado estaba el autor de este libro de que sus razonamientos probaban la falta de fiabilidad de la Escritura, y destruían su reclamo sobre las conciencias de los hombres como la revelación del Dios vivo, que predijo que en cincuenta años la Biblia estaría prácticamente agotada. Pero han pasado casi tres veces cincuenta años desde que se pronunció esta jactancia. El jactancioso y su libro han pasado; y sus mismos nombres están casi olvidados. Pero la Palabra de Dios ha mantenido su lugar, y no por poder humano. Los que creen y la aprecian son un pueblo débil. No muchos sabios, no muchos poderosos, no muchos nobles hay entre ellos. No tienen fuerza propia para oponerse a los enemigos de la Biblia. La situación se asemeja a una escena registrada en 1 Reyes 20:27, donde los israelitas salieron contra los sirios, y leemos que “los hijos de Israel acamparon delante de ellos como dos rebañuelos de cabras, y los sirios llenaban la tierra”.

Pero a pesar de tan grandes probabilidades en contra, la victoria es segura. Los enemigos de la Biblia, de hecho, han llenado el país. Sin embargo, todos ellos pasarán; mas la Palabra del Señor no pasará.

Nuevamente, en tiempos más recientes, se publicó un libro de hombre, y fue aclamado como una obra que destruiría rápidamente la credibilidad de la Escritura y pondría fin a su autoridad e influencia. Este fue “El Origen del Hombre” de Charles Darwin, un libro cuya influencia ha sido mayor, indudablemente, que cualquier otro que haya hecho su aparición durante el último siglo. La característica principal de esta obra fue que expuso una explicación del origen de los seres vivos, incluyendo al hombre, radicalmente diferente de la de Génesis, y propuso una teoría de propagación de especies vivas directamente contraria a la gran e

inmutable ley declarada nueve veces en el primer capítulo de la Biblia en la breve pero significativa expresión: “según su especie”.

El deleite que el libro de Darwin causó entre los enemigos de la Biblia, y el espíritu con el cual su aparición fue bienvenida, están bien ilustrados por el título que le otorgó el eminente naturalista Haeckel, quien lo llamó el “Anti-Génesis”, declarando que de un solo golpe Darwin había aniquilado el dogma de la creación. Pero no fue por su supuesta contribución a la verdad que el libro de Darwin fue tan amplia y cordialmente recibido, y su hipótesis totalmente no probada tan fácilmente aceptada como un “resultado asegurado de la ciencia”. Su boga se debió en gran medida al hecho de que atacaba el fundamento mismo de la Escritura. Es inútil pretender que la teoría de Darwin podría ser cierta, y que la Biblia sin embargo tenga derecho a respeto. El Señor Jesús dijo a un hombre docto de su día: “Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?” (Juan 3:12). Si la Biblia no nos da un relato veraz de los eventos de los seis días registrados en su primer capítulo, no es de fiar en cuanto a ninguna de sus declaraciones.

Pero tenemos ahora el registro de aproximadamente medio siglo desde la publicación del libro de Darwin; y, aunque los grandes movimientos de incredulidad y apostasia están corriendo velozmente su curso predicho, nunca hubo un tiempo cuando la exactitud absoluta y divina de la Escritura de principio a fin, fuera más firmemente captada y tenazmente sostenida por aquellos que mejor la conocen, y nunca un tiempo desde que la “ciencia” comenzó a ser mirada como una autoridad e instructor de hombres cuando hubo menos base “científica” para el cuestionamiento prevaleciente de las declaraciones de la Biblia.

No puede haber, por supuesto, ningún conflicto real entre la Biblia y cualquier descubrimiento verdadero de la ciencia. Tales conflictos como se ha supuesto que existen surgieron de conclusiones apresuradas e incorrectas, cuyo valor principal a los ojos de muchos residía en el hecho de que contradecían la Biblia. A medida que la ciencia se ha visto obligada, aunque a regañadientes, a corregir sus errores, o a reconocer que las verdades supuestamente demostradas eran en el mejor de los casos conjeturas no probadas, los “conflictos” se han extinguido; de modo que, en el momento actual, las enseñanzas aseguradas de la “ciencia” no ofrecen armas contra las declaraciones de la Biblia. Por el contrario, las investigaciones de los hombres, en los campos de la geología, la física y la paleontología, han traído a la vista mucha información registrada hace siglos en la Biblia, información que, en el momento en que esta última fue escrita, no estaba en el conocimiento del hombre. Como ya se ha dicho, no hay una sola afirmación de la Biblia que esté en conflicto con ningún hecho demostrado de la ciencia. Todas las investigaciones, de todos los buscadores, en todos los diversos campos de búsqueda, no han servido para producir evidencia suficiente en carácter y cantidad para condenar a la Escritura de una sola declaración falsa. Pero es tiempo de poner fin a nuestras observaciones bajo este encabezado, aunque podrían extenderse mucho más.

Hemos llamado la atención sobre el extraño hecho de que, de todos los millones de libros que han existido, la Biblia es el único que ha excitado un odio profundo y persistente, el único Libro del que los hombres han buscado deshacerse, y eso por todos los medios imaginables. Hemos llamado más la atención sobre el hecho aún más extraño de que, en este intento de destruir la Biblia, los poderes del estado, de la religión y del saber, han sido todos alistados, y que, sin embargo, el número de copias de la Biblia sigue aumentando constantemente. ¿Cómo pueden explicarse estos hechos excepto por la declaración de que “la palabra de Dios es viva”, y que la fuente de su vida está más allá del alcance del hombre —en el ser mismo del Dios Vivo?

7. La Biblia Es un Discernidor de Corazones

El poder de discernimiento pertenece solo a un ser vivo inteligente; y el poder de discernimiento que posee el hombre no va por debajo de la superficie de las cosas. Sin embargo, el pasaje en Hebreos, ya citado (4:12), afirma que la Palabra de Dios “discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”.

Esta es una declaración muy notable, y sin embargo es verdadera, y millones de hombres han sentido y reconocido el poder escudriñador y discernidor de la Palabra de Dios. Vamos a ella no tanto para aprender los pensamientos de otros hombres, como para aprender nuestros propios pensamientos. Vamos a otros libros para encontrar lo que había en los corazones y mentes de sus autores; pero vamos a este Libro para encontrar lo que hay en nuestros propios corazones y mentes. Para uno que lo lee con aunque sea poca inteligencia espiritual, viene una percepción del hecho de que este Libro entiende y sabe todo acerca de él. Deja al descubierto los secretos más profundos de su corazón, y trae a la superficie de su conciencia, desde las profundidades insondables y los recovecos inexplorables de su propio ser, “pensamientos e intenciones” cuya existencia no se sospechaba. Revela al hombre a sí mismo de una manera difícil de describir, y absolutamente peculiar a sí misma. Es un espejo fiel que nos refleja exactamente como somos. Detecta nuestros motivos, discierne nuestras necesidades; y habiéndonos descubierto verazmente nuestros verdaderos yoes, aconseja, reprende, exhorta, guía, refresca, fortalece e ilumina.

Se ha señalado que la palabra griega traducida como “discierne” en Hebreos 4:12, significa literalmente “crítico” (*kritikos*), y que esta es su única ocurrencia en la Escritura. Qué muy significativo es que la designación “altos críticos” haya sido asumida por esa pequeña camarilla de hombres que afirman ser capaces, por sus propios poderes de discernimiento literario, de asignar las fechas de producción de libros y partes de libros de la Escritura, de detectar pasajes espurios, supuestas interpolaciones y similares, y de dividir libros en fragmentos, asignando pedazos a un autor imaginario y otros pedazos a otro; mientras que, de hecho, es la Biblia misma la que es el “crítico” de los hombres.

Esto está en consonancia con los principios subversivos de este presente siglo malo, en el que el hombre está buscando ponerse en el lugar de Dios. Este es el “día del hombre”. El hombre es ahora el crítico de todo, y particularmente de la Palabra de Dios. De eso él es un “alto crítico”.

No hay, sin embargo, ninguna evidencia externa para apoyar los puntos de vista de la alta crítica en cuanto al origen tardío del Pentateuco, Daniel, la última parte de Isaías, etc.; *per contra*, cada descubrimiento pertinente en las ruinas de ciudades antiguas corrobora las declaraciones de la Escritura. Estas teorías descansan enteramente sobre las supuestas percepciones intuitivas de hombres pecadores, rodeados de debilidad, que afirman ser capaces de juzgar infaliblemente sobre el estilo y contenido de cada libro de la Biblia, decidir cuándo fue escrito, por quién no pudo haber sido escrito, e incluso dividirlo en varias porciones, asignando cada una a una “fuente” diferente.

Pero la alta erudición no es incompatible con la creencia en la plena inspiración y exactitud de la Escritura. Dean Burgon, uno de los famosos eruditos de Oxford, dice: “Debo contentarme con repudiar, de la manera más incondicional, la noción de que un error de cualquier tipo sea consistente con la textura de una narrativa inspirada por el Espíritu Santo de Dios.

“La Biblia no es otra cosa que la Palabra de Dios, no una parte de ella más y otra parte de ella menos, sino toda por igual la expresión de aquel que se sienta en el trono, absoluta, impecable, infalible, suprema —’El testimonio de Dios que ha dado de su Hijo’”.

El tiempo está cerca cuando la altivez del hombre será abatida, y el Señor solo será exaltado en aquel día. Entonces la Palabra de Dios juzgará a los críticos.

Mientras tanto, la Palabra viviente continuará siendo la compañera discernidora de todos los que recurren a ella en busca de la ayuda que no se puede tener en otro lugar en este mundo de los moribundos. Al ir a la Biblia nunca pensamos en nosotros mismos como yendo atrás a un libro del pasado distante, a una cosa de la antigüedad; sino que vamos a ella como a un libro del presente —un libro viviente. Y así es en verdad, viviendo en el poder de una vida sin fin, y capaz de edificarnos y darnos herencia con todos los santificados. (Hechos 20:32).

8. La Traducibilidad de la Escritura

La Palabra de Dios se manifiesta a sí misma como una Palabra viviente en la muy única propiedad que tiene de adaptarse a sí misma y su mensaje a todos los pueblos, y de hablar en todos los idiomas, lenguas y dialectos. La extrema movilidad y adaptabilidad de la Escritura, como se manifiesta de esta manera, es comparable solo al poder que tiene un ser vivo de sentirse como en casa en países diferentes de aquel en el que nació.

Tenemos aquí nuevamente una característica que distingue a la Biblia de todos los otros libros, como cualquiera puede, con un poco de atención, percibir claramente. Es una regla universal que un libro no prospera excepto en el idioma en el que fue escrito. Los libros de los hombres no siempre soportarán la traducción; y cuanto mayor sea el valor literario de un libro, más probable es que sufra pérdida al ser traducido de un idioma a otro. El cambio de localidad es, para la gran mayoría de los libros, absolutamente destructivo.

Pero a esta regla la Biblia es una maravillosa excepción. Parece correr libremente en el molde de cada idioma, adaptarse perfectamente a él, y hablar con igual franqueza, claridad y autoridad a todos los pueblos y tribus y naciones, en su lengua materna. No se nos ocurre que, al leer nuestra Biblia común en inglés, estamos leyendo una traducción de un libro oriental; y de hecho, cuando se desea un ejemplo del inglés más puro y mejor, los hombres van de común acuerdo a la Biblia.

Considerado meramente como un poema, no hay nada más exquisito en el idioma inglés que el Salmo Veintitrés; y se ha declarado que en otros idiomas además del inglés este Salmo del Pastor es un modelo de excelencia poética. Nunca se le ocurre a uno que lo lee que está leyendo una traducción de otro idioma muy diferente.

¿No es esto en verdad un hecho muy extraordinario, y tanto más cuando consideramos que la Biblia, aunque una unidad, es al mismo tiempo altamente compuesta? Comprende muestras de todo tipo de literatura, histórica, poética, biográfica, didáctica, profética, epistolar, etc.

Además, no es la producción de un solo ser humano, vestido con un estilo literario uniforme de traje. Por el contrario, sus diversas partes fueron escritas por hombres en posiciones muy variables en la vida, desde pastores y pescadores iletrados, hasta reyes y estadistas; y sus estilos son tan divergentes como sus escritores.

Tampoco fue el producto de una era o período, lo que tendería a impartir algunas características comunes, y a prevenir amplias divergencias. Hasta mil quinientos años transcurrieron entre la escritura de sus primeras y sus últimas páginas. Sin embargo, todas las partes y estilos por igual se acomodan al cambio de idioma mucho más fácil y perfectamente de lo que cualquier ser humano es capaz de hacer al adquirir otra lengua.

La propiedad que estamos considerando ahora es tanto más notable cuando consideramos también la nación de la cual ha venido este volumen único. Los judíos eran cualquier cosa menos un pueblo literario. No eran en absoluto notables por la cultura, el saber, el arte o la filosofía; y estaban bastante aislados por sus costumbres peculiares, tradiciones e instituciones religiosas, de las naciones progresistas a su alrededor. No hay otra literatura judía de la que valga la pena hablar. Sin embargo, de tal pueblo ha venido un volumen cuyos sesenta y seis libros, ahora que los tenemos todos juntos, evidentemente constituyen una estructura completa, unitaria en diseño, pero que tardó quince siglos en alcanzar su estado completo. Este libro; después de que el pueblo judío fue desintegrado y dispersado —aun como ese mismo libro había predicho claramente— y se había convertido en el pueblo más despreciado y perseguido de la tierra, ha entrado en

el lugar de supremacía en cada nación que ha alcanzado algún grado de civilización, y ha mantenido ese lugar sin rival durante dieciocho siglos, durante cuyo período de tiempo cada institución humana ha sido trastornada, no una sola vez, sino una y otra vez.

¿Por qué es que el Libro universal no tuvo su origen en la literatura de Grecia, o de la antigua Roma, o en la época isabelina de la literatura inglesa? ¿Por qué es que las naciones que han sido famosas por su cultura y genio literario no han producido nada comparable a la Biblia? ¿Qué colección de sesenta y seis libros de los escritos de unos treinta autores de cualquier nación podría hacerse que presentara alguna de las características que hemos estado notando? Sin embargo, es cierto que, si la Biblia tuviera un origen natural, en lugar de uno sobrenatural, sería ampliamente superada por el producto literario de las naciones literarias de la tierra.

Esta propiedad de adaptabilidad a todos los idiomas y pueblos nos impresionará aún más si la comparamos en este aspecto con otros libros orientales. El mero hecho de que sea un libro oriental hace que su carrera entre las naciones occidentales sea aún más milagrosa. Todos los intentos de domesticar otros libros orientales, particularmente libros sagrados, han sido fracasos completos. Otros libros orientales son buscados solo por eruditos, o por otros que tienen un interés especial por investigar su contenido.

Ya la Biblia, o porciones de ella, ha sido traducida a más de cuatrocientos idiomas y dialectos; de modo que está revelando la gracia de Dios en el don de su Hijo, a prácticamente cada nación, parentela, lengua y tribu, en todo el mundo, y está hablando a todos los pueblos en sus propias lenguas nativas.

Como una persona viva, la Biblia se ha abierto camino en todas las tierras, se ha adaptado a todos los entornos, ha entrado en relaciones del tipo más íntimo con todos los pueblos, y ha ejercido sobre todos ellos su propia influencia única. No hace ninguna diferencia cuáles sean las personas a las que va, cuán radicalmente diferentes sean todas sus costumbres e instituciones de las de ese pueblo muy peculiar, Israel; la Biblia se siente perfectamente en casa, y toma su propio lugar sin demora. ¿Puede decirse esto, o algo que se le acerque remotamente, de cualquier otro libro? Y si no, ¿no estamos obligados, si queremos tener una explicación de esta extraordinaria diferencia, a recurrir a la declaración de que “la Palabra de Dios es viva”? Ninguna otra explicación dará cuenta de ninguno de los hechos que hemos estado considerando. Esta explicación da cuenta de todos ellos.

El hecho que estamos considerando aquí, es decir, la carrera de la Biblia entre los pueblos de la tierra, es, en verdad, un milagro estupendo y continuo. ¿Por qué este Libro en particular ha ido hasta los fines de la tierra, y ha asumido en todas partes, y mantenido contra toda oposición, el lugar de supremacía? ¿Qué ha dado a esta colección de escritos, proveniente de un pueblo insignificante, peculiar, de mente estrecha y aislado, su carácter universal? ¿Por qué es que todos los otros libros, o colecciones de libros, incluyendo las producciones de los intelectos más poderosos y encarnando los especímenes más soberbios y elevados del pensamiento humano, sabiduría, saber y experiencia, han sido estrechamente circunscritos en su área de influencia, tanto en cuanto a tiempo como a espacio? ¿Por qué este Libro en particular ha continuado ensanchando siempre su esfera de influencia a medida que pasan los siglos, mientras que cualquier otro libro, después de su primera boga, se contrae y disminuye constantemente? ¿Por qué este Libro aumenta mientras todos los otros disminuyen?

No hay explicación natural para estos hechos notables. En este día, cuando se busca una explicación natural para todas las cosas, los hombres sabios no pueden proponer ninguna teoría para explicar estos hechos. A veces oímos, de los enemigos de la verdad, la admisión de que la Biblia es inspirada, pero junto con la declaración de que otros libros son igualmente inspirados. Por ejemplo, un predicador prominente en la ciudad de Nueva York dijo recientemente en un artículo publicado en una revista popular: “Dios habló a Abraham, y a Samuel y a Isaías. Él ha hablado a Henry Ward Beecher, a Tennyson y a Ruskin”. Pero ni este predicador prominente, ni ningún otro hombre que esté tratando de la misma manera de poner la Palabra

de Dios al mismo nivel que otros libros, es capaz de decirnos por qué los escritos de estos otros hombres “inspirados” no ofrecen algunos indicios de su origen divino similares a esas características de la Biblia sobre las cuales estamos llamando la atención ahora.

El apóstol Pablo en el último de sus escritos (2 Timoteo 2:8-9) dijo: “Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio, en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa”.

En estas palabras tenemos la explicación suficiente y única de la extraordinaria y única carrera de la Biblia. El custodio humano de la Palabra de Dios puede estar preso, y puede ser tratado como un malhechor por meramente ser el portador del mensaje; pero la Palabra viviente del Dios vivo no está, y no puede estar, presa. Jehová mismo ha dicho: “así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Isaías 55:11).

Pero hay más que notar bajo este encabezado. La Biblia es el Libro universal también en que no solo habla a todos los pueblos en su propia lengua materna, sino que se dirige a todas las clases de la sociedad. Misioneros de todas partes del mundo han informado cómo la gente más depravada, ignorante y viciosa escuchará de inmediato las palabras de la Escritura como a ningún otro libro, y las reconocerá como “buenas palabras”. Como Dios mismo, su Palabra no hace acepción de personas. De hecho, sus denuncias más severas están dirigidas a personas de rango y de prominencia social, eclesiástica o política. Sus mejores promesas son para los mansos y humildes. Tiene un mensaje para todos los hombres, y a los más altos así como a los más bajos habla “con autoridad”, nunca exhortando desde el punto de vista meramente de una sabiduría e inteligencia humana superior, sino siempre como entregando el mensaje de Dios. La Biblia se adapta así a las generaciones sucesivas de hombres, exhibiendo a cada ser humano individual un conocimiento íntimo de sus características, pruebas y necesidades. Parece estar esperando una oportunidad para familiarizarse con cada hijo de Adán, para dirigir los pasos de su viaje de vida a través de este gran y terrible desierto, para advertirle de peligros y trampas, y para ser el hombre de su consejo para todo aquel que quiera no rechazar su oferta de comunión. ¿No nos justifica esto al decir que “la Palabra de Dios es viva”?

9. La Palabra Exhibe la Característica de Crecimiento

El crecimiento es una de las características de un ser vivo. La Palabra de Dios se aloja y crece en los corazones humanos, pues allí es su verdadero alojamiento, más bien que en la página impresa. El Salmista dice: “En mi corazón he guardado tus dichos” (Salmos 119:11).

El libro de Deuteronomio tiene mucho que decir acerca de la Palabra de Dios. En el capítulo treinta declara (versículo 14) que “muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. Esto se repite en Romanos 10:8, con la adición: “esta es la palabra de fe que predicamos”.

En 1 Tesalonicenses 2:13 Pablo dice a los tesalonicenses: “cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes”. El corazón creyente es su alojamiento, y allí trabaja para efectuar algunos resultados definidos.

En Colosenses 3:16 tenemos la amonestación: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros en toda sabiduría”. Es en el corazón creyente que la Palabra mora ricamente.

El Señor Jesús, al explicar la parábola del sembrador, dijo: “La semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8:11); y nuevamente: “El sembrador es el que siembra la palabra” (Marcos 4:14). (Una semilla, por supuesto, no vale nada a menos que tenga vida en ella). Y Él explicó además que la semilla que cayó en buena tierra

“estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (Lucas 8:15). A los judíos incrédulos el Señor dijo: “ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis” (Juan 5:38).

En Colosenses 1:5-6, Pablo habla de “la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto”.

En estos pasajes se nos presenta el pensamiento de la Palabra como una semilla o germen vivo, encontrando primero alojamiento en el corazón del hombre, y luego permaneciendo y creciendo allí.

El crecimiento de la Palabra de Dios se menciona específicamente en varios pasajes llamativos en los Hechos de los apóstoles. Hechos 6:7: “Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén”.

Aquí se nos dice específicamente que la Palabra de Dios crecía. Aprendemos de esto que la mera multiplicación de copias de las Escrituras no es en sí misma de ninguna importancia. De nada sirve tener el Libro en la casa, y en el estante o mesa, si no se lleva al corazón. Pero cuando se recibe así en el corazón, la Palabra de Dios crece y aumenta. Se asimila a la vida de quien la recibe, y de aquí en adelante es una parte de sí mismo.

Es importante notar qué estimuló este aumento registrado de la Palabra de Dios. Los apóstoles, que eran sus custodios o depositarios, se habían encontrado ocupados atendiendo las necesidades materiales del rebaño, y trajeron este asunto ante el cuerpo de discípulos diciendo: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas”, y pidieron que se nombraran hombres adecuados para ese servicio mientras ellos se dedicarían continuamente a “la oración y en el ministerio de la palabra”.

El crecimiento de la Palabra entonces, acompañado por una gran multiplicación del número de discípulos, fue el resultado del ministerio fiel de la Palabra —un ministerio que fue sostenido por la oración.

Este método de promover el crecimiento de la Palabra de Dios es sumamente importante. Todo creyente, teniendo la Palabra en su corazón y en su boca, puede ser y debe ser el medio de su propagación; y la medida en que la Palabra se ha esparcido en el extranjero de esta manera discreta no se conocerá hasta el momento en que todas las cosas sean manifestadas. Hay grandes multitudes que nunca obtendrían la Palabra de la página impresa, o del sermón o discurso hablado. De ahí la importancia de estas cartas de Cristo escritas no con tinta, sino con el ESPÍRITU del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. (2 Corintios 3:3). Tales cartas son leídas por muchos que nunca leen la página impresa; y el destino eterno de muchas almas puede depender de la claridad y legibilidad de esa escritura. Que nuestras vidas, como creyentes, sean tan transparentes que la Palabra escrita en nuestros corazones pueda ser vista distintamente; y así, como hijos de Dios resplandeceremos “como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida” (Filipenses 2:15-16).

El segundo pasaje que habla expresamente del crecimiento de la Palabra de Dios es Hechos 12:21-24. En este capítulo se narran los últimos episodios en la vida de Herodes Antipas. En la primera parte del capítulo leemos cómo mató a Santiago, el hermano de Juan, con la espada, y encontrando que este curso era popular con los judíos, prendió también a Pedro, y lo puso bajo custodia, con la intención después de la pascua de hacer de este líder de los apóstoles el objeto de una demostración pública, lo cual sin duda habría fortalecido a Herodes aún más en la consideración del pueblo. Pero Pedro fue librado de la prisión por un ángel del Señor que fue enviado para ese propósito.

Los versículos finales del capítulo hablan de un desacuerdo entre Herodes y los ciudadanos de Tiro y Sidón, habiendo ocurrido algún incidente no descrito que causó que el primero estuviera muy disgustado con los

últimos. Pero ellos, habiendo ganado el favor del camarero del rey Herodes, un tal Blasto, hicieron propuestas de paz y enviaron una delegación al rey. La recepción de esta embajada se convirtió en una ocasión de mucha pompa y circunstancia. Herodes se puso su ropa real, se sentó en su trono, recibió a la delegación, “y les arengó”. Esta arenga fue recibida con demostraciones extravagantes. “Y el pueblo aclamaba gritando: ¡Voz de Dios, y no de hombre!”.

Herodes aceptó este tributo, y sin duda estaba muy complacido con ello. Pero es una cosa peligrosa para el hombre mortal y pecador, por muy alta que sea su posición, aceptar la gloria que pertenece solo a Dios. Porque inmediatamente un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos. “Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba”.

Hay una lección tremenda aquí para los muchos que, en estos días finales de la era, están participando en los diversos movimientos que, por muy diversos que sean en apariencia, tienen todos el objeto común de poner al hombre en el lugar de Dios, y la palabra del hombre en el lugar de la Palabra de Dios. Herodes no fue derribado por perseguir a la iglesia, por encarcelar a Pedro, o por matar a Santiago, ni tampoco por su asesinato anterior de Juan el Bautista. Fue herido por permitir que su palabra fuera aclamada como la Palabra de Dios. Herodes había oído a menudo la Palabra del Señor, pues había escuchado atentamente la predicación del Bautista. Había oído del ministerio y los milagros del Señor Jesús, e incluso lo había visto en esa oscura noche de traición. No fue, por lo tanto, herido por algo hecho en ignorancia.

El ángel de Jehová tuvo dos ministerios en ese capítulo. Uno fue liberar a Pedro, quien, según la palabra de su Señor, debía servirle hasta la vejez (Juan 21:18). El otro fue declarar, hiriendo al Rey, la diferencia entre la Palabra de Dios y la del hombre más importante del país.

Sin duda fue una gran oratoria la que Herodes pronunció ese día. Contenía muy probablemente declaraciones llamativas, preñadas de sabiduría y vestidas con los atractivos de la elocuencia humana. Era, además, el Rey en su trono quien hablaba, y sabemos cómo las multitudes se reúnen para escuchar en tales ocasiones. Por otro lado, y en contraste llamativo, la Palabra de Dios estaba a cargo de “hombres sin letras y del vulgo”, una compañía despreciada y perseguida, cuyo Líder acababa de sufrir la muerte ignominiosa de un malhechor. ¿Qué ha sido entonces de las palabras del rey Herodes? Todas han perecido totalmente, hace siglos, de la memoria de los hombres. Él mismo fue comido de gusanos, “Pero la palabra del Señor crecía y se multiplicaba”, y ha continuado haciéndolo desde ese tiempo hasta el presente.

No hace mucho tiempo, en la convocación del congreso americano, un mensaje del presidente fue dirigido a ese cuerpo. Se hizo mucho comentario sobre ese mensaje debido a su gran longitud. Alguna persona laboriosa contó las palabras, y encontró que eran más de treinta mil. Eran palabras serias, también, y de peso, en cuanto a declaraciones humanas. Trataban de los asuntos e intereses más importantes de la nación que se considera a sí misma como la más grande de la tierra. Pero no eran “las palabras de vida eterna”. Y a pesar de que la ocasión fue tan reciente, y el tema tan importante, es dudoso que alguna persona pueda ahora recordar una sola oración de ese gran mensaje. Pocos, de hecho, se molestarían en hacerlo, o recibirían el menor beneficio de ello, si pudieran.

Las palabras de reyes, y emperadores, y presidentes, son palabras moribundas. Desde el momento de su pronunciación comienzan a perecer; pero “la palabra de Dios es viva”. Siendo la expresión del Dios vivo, esa Palabra nunca puede pasar.

El último de los tres pasajes que habla del crecimiento de la Palabra de Dios está en Hechos 19; y nuevamente el contexto añade grandemente a la impresión de la lección enseñada por el pasaje.

La escena del primero de los tres incidentes fue en Jerusalén, del segundo en Cesarea, justo al oeste de Galilea, y del tercero en Éfeso, una ciudad gentil. Así se hace mención especial del crecimiento de la Palabra

de Dios en Judea, en Palestina fuera de Judea, y en las regiones gentiles más allá. Esto parecería significar que la Palabra de Dios no debía limitarse a límites territoriales, sino que debía extenderse y crecer en cada parte de la tierra.

El apóstol Pablo había pasado dos años en Éfeso, predicando con tal propósito que “todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús”. Y Dios, además, “hacía milagros extraordinarios por mano de Pablo” (Hechos 19:10-11).

Un resultado de este ministerio fue que “asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor” (versículos 19-20).

Este es, de hecho, un evento muy notable —una gran demostración del poder y suficiencia de la Palabra de Dios. Estos libros, intrínsecamente valiosos por una suma tan grande como cincuenta mil piezas de plata, se volvieron peores que inútiles en las manos de sus dueños después de que estos últimos habían recibido la Palabra de Dios. Los libros así destruidos habían sido tenidos en la más alta estimación, porque eran los manuales de necromancia, o artes ocultas. Instruían a sus lectores en cosas tales como las que están entrando en gran favor en el día presente. Pero cuando sus dueños “creyeron”, ya no pudieron practicar las “artes curiosas”, ni siquiera retener los libros que las describían.

Es muy fácil destruir los libros de los hombres. Grandes y poderosos como son los poderes de las tinieblas que estaban detrás de los libros quemados en Éfeso, esos poderes malignos no son comparables a aquel que ha dirigido la carrera de la Palabra de Dios. Muchos han sido los intentos de consumirla en las llamas, pero en vano; porque la Palabra de Dios es viva.

Esta escena en Éfeso se ha vuelto a representar en muchas vidas humanas. Cuando en busca de ayuda, iluminación, sabiduría, guía y conocimiento de lo invisible, los hombres recurren a los libros; y aunque decepcionados una y otra vez, la mente inquisitiva, que ha sentido la necesidad de una fuente de luz externa a sí misma, y se ha dado cuenta de que debe haber tal fuente en alguna parte, nunca se sacude el hábito de buscarla en los libros. Parece haber una conciencia profundamente arraigada de que la ayuda deseada se encuentra en algún libro. Pero los hombres no pueden impartir a los libros escritos por ellos lo que no está en ellos mismos; y así, los que reúnen muchos libros ganan poco para compensar su costo y trabajo. Las conjeturas y opiniones humanas, filosofías y vanos engaños, con todas las oscuridades y contradicciones contenidas en ellos, no hacen sino dejar la mente en perplejidad y desconcierto concerniente a cada asunto de real importancia. Y, después de todo, si uno no puede tener certezas, sino que debe conformarse con meras opiniones, ¿por qué no debería preferir la suya propia a la de otro hombre, viendo que todas son en el mejor de los casos meras conjeturas, de las cuales una es tan probable que sea verdadera como otra? Los “sabios” no pueden decirnos nada, porque “he aquí que aborrecieron la palabra de Jehová; ¿y qué sabiduría tienen?” (Jeremías 8:9).

Pero cuando, para uno que ha pasado por este cansancio de una búsqueda vana de algo seguro y satisfactorio en los libros de los hombres, la Palabra de Dios viene con el poder convincente que ella sola posee, y con la seguridad tranquila que ella sola puede impartir, los libros de los hombres se vuelven inútiles —mera basura, apta solo para ser alimento de las llamas. Las conjeturas se cambian ahora por certezas, y las especulaciones sin provecho por conocimiento certificado por el testimonio seguro de aquel que sabe y entiende todas las cosas.

El escritor escuchó últimamente a un siervo de Cristo relatar un incidente en su propia vida que ilustra aptamente lo que hemos estado diciendo. Hablando sobre el mandato de Efesios 6:10, “fortaleceos en el Señor”, dijo: “Recuerdo bien una sección en mi biblioteca hace mucho tiempo que contenía un juego muy apreciado de las obras de Emerson. Un ensayo en particular leí y releí, y había marcado pasajes favoritos

en él. La carga de él era: ‘Joven, sé fuerte’. Esta frase ocurría una y otra vez, y me emocionaba y excitaba. Pero no me señalaba ninguna fuente de fuerza, pues el escritor no conocía ninguna. Nunca dijo una vez: ‘Fortaleceos en el Señor’; y llegó el momento en que, dándome cuenta de la cruel burla de las palabras, y la vacuidad de todo este sistema de filosofía, puse el juego de volúmenes bien impresos y exquisitamente encuadernados en las llamas”. Descubrió en la Biblia la fuente de toda fuerza, y el Libro desplazó todo el juego de filosofías y vanos engaños del hombre. “Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor”.

Feliz es el hombre que ha “recibido la palabra de Dios” (Hechos 8:14; 11:1, etc.), que ha hecho lugar para ella en su vida, y en cuyo corazón y mente ha crecido y prevalecido.

10. Una Palabra que Da Vida

Venimos ahora a algo más alto y más profundo. El gran misterio de una cosa viviente es el poder que posee de propagar su especie. Rastrear la corriente de la vida hasta su fuente es reconocidamente imposible para el hombre, ni ninguna teoría filosófica da cuenta de esa corriente. El intento hecho en años recientes de explicar la vida como una mera propiedad de átomos de materia no viva agrupados en ciertas combinaciones complejas, ha sido reconocidamente un fracaso. El profesor Huxley, probablemente el defensor más hábil de esta teoría, y quien en un tiempo predijo que el “protoplasma” (como llamó a la base física de la vida) podría un día ser producido en el laboratorio, se vio obligado a admitir, antes de su muerte, que no había ningún eslabón conocido entre lo vivo y lo no vivo.

En la era de gran actividad científica que marcó la última mitad del siglo diecinueve, se hicieron muchos y persistentes esfuerzos para lograr la generación espontánea; es decir, para demostrar que la vida podría ser causada por manipulación humana para brotar de la materia no viva, y aparte de la vida antecedente. Grande era el deseo de los hombres de ciencia incrédulos de encontrar un apoyo para esta teoría, porque si se estableciera contradiría rotundamente el primer capítulo de la Biblia, y así desacreditaría las declaraciones de esta última sobre un tema de la más alta importancia. En ese capítulo la primera ley de la biología se enuncia en las palabras “según su género”; y esta ley se aplica tanto al reino vegetal como al animal —a la hierba, y a la hierba que da semilla, y al árbol de fruto, a las aves y los peces, y a los reptiles, a las bestias salvajes y a las bestias domésticas. A cada uno se le ordenó producir “según su género”; y no es necesario decir que cada uno ha obedecido estrictamente ese mandato divino.

El relato inspirado de la creación no describe el método por el cual Dios trajo a la existencia las diversas especies de criaturas vivientes, y dio a cada una las características distintas que debían ser su dote perpetua e invariable. Este asunto, por lo tanto, pertenece al reino de la especulación, en el cual no es provechoso entrar. Lo que nos concierne es el hecho, claramente declarado, y manifiestamente considerado por el Espíritu de Dios como de gran importancia para nuestra instrucción en la verdad, de que Dios, al crear las numerosas especies de criaturas vivientes, vegetales y animales, puso una diferencia permanente entre ellas, confinando rígidamente a cada especie a la reproducción de su propia especie.

Tan importante era esta ley en la mente del Creador, y tan cuidadoso fue Él de imprimirla en la mente del hombre, que la fórmula se declara nueve veces en el primer capítulo de Génesis. Hay un énfasis en esto que tiene gran significado en vista de la teoría de la evolución orgánica, que, hace solo unos pocos años, fue avanzada como una explicación “científica” del origen de las especies de seres vivos, y fue aceptada como tal por casi todos los sabios y eruditos de este mundo.

Después de muchos años de investigación de la filosofía de la evolución, una investigación llevada a cabo en plena simpatía con la aplicación más amplia de esa teoría cautivadora, todavía tengo que ver prueba de un solo hecho que muestre, o tienda a mostrar, la operación de la llamada “ley” o “principio” de evolución en el mundo de la naturaleza. Nunca se ha encontrado ningún caso de una cosa viviente de una especie que

provenga de antepasados de otra especie; y no hay el menor fundamento para la creencia de que tal cosa haya sucedido alguna vez. Por otro lado, cada una de los incontables billones de reproducciones de criaturas vivientes —la hierba, la hierba que da semilla, y el árbol de fruto que da fruto— que ocurren cada año, están de acuerdo con el mandato divino registrado en el primer capítulo de Génesis. Los robles nunca han traicionado la menor tendencia a producir ningún fruto excepto bellotas, ni las bellotas a producir ningún árbol excepto robles. La teoría de la evolución orgánica, promulgada por Darwin y Wallace, no tiene nada que la recomiende excepto que ofrece una alternativa a la aceptación del relato del origen de las especies dado en la Biblia.

Los intentos hechos por los empiristas del siglo pasado para lograr, o demostrar la posibilidad de, la generación espontánea de organismos vivos por manipulación humana aparte de organismos preexistentes de la misma especie, se pensó al principio que habían tenido éxito. Se prepararon infusiones de heno que, después de ser selladas herméticamente en matraces adecuados, se calentaron a una temperatura suficientemente alta (como se suponía) para destruir toda la vida dentro de los matraces. Estos fueron luego dejados a un lado por un tiempo, y mantenidos bajo observación; y en el transcurso del tiempo se encontró que contenían organismos vivos diminutos. Estos “resultados de la ciencia” fueron anunciados por todas partes, y grande fue el regocijo ocasionado por ello.

Pero otros hombres de ciencia, entre los cuales el más prominente fue Liebig; repasaron el terreno nuevamente, repitiendo los experimentos con más cuidado; y sus resultados mostraron que, en los experimentos anteriores, o bien los matraces no habían sido sellados herméticamente, o bien el calor al que fueron expuestos no había sido suficientemente grande para destruir todos los organismos vivos en ellos. Tan concluyentes fueron estos experimentos posteriores que la teoría de la generación espontánea (o “abiogénesis”) no ha tenido ninguna reputación en absoluto desde ese tiempo hasta el presente. Las siguientes citas informarán con precisión al lector sobre la mejor opinión científica sobre este tema.

Lord Kelvin quien, hasta su reciente muerte, ocupó el lugar principal entre los hombres científicos, usó este lenguaje positivo:

“La materia inanimada no puede volverse viviente excepto bajo la influencia de materia ya viviente. Este es un hecho en la ciencia que me parece tan bien comprobado como la ley de la gravitación”.

Nuevamente dijo: “Estoy listo para aceptar como un artículo de fe en la ciencia, válido para todo tiempo y en todo espacio, que la vida es producida por la vida y solo por la vida”.

El profesor Huxley, el defensor de la teoría del “automatismo animal”, quien en un tiempo sostuvo fervientemente que la vitalidad era meramente una propiedad del “protoplasma”, (es decir, la propiedad de un compuesto químico particular de carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno) dejó este registro antes de su muerte: “El estado actual del conocimiento no nos proporciona ningún eslabón entre lo vivo y lo no vivo”.

El profesor Tyndall dice: “Todo intento hecho en nuestro día para generar vida independiente de la vida antecedente ha fracasado completamente”.

Tal ha sido en verdad, y tal debe ser siempre, el resultado de todos los intentos humanos de iniciar el flujo de una corriente de vida, o de desviar una que Dios ha iniciado, de modo que cambie la forma de manifestación que el autor y dador de vida ha dado a cada especie de criaturas vivientes.

Deseamos que el lector entienda que no descansamos nada en absoluto sobre el resultado de la controversia científica anterior, ni sobre las declaraciones citadas anteriormente (o cualquier otra) de opinión humana por muy alta que sea su fuente. La fe no tiene otro fundamento que la Palabra de Dios.

Los hombres de ciencia pueden estar en lo correcto o equivocados en sus deducciones de la información fragmentaria que poseen. Generalmente están equivocados, como se muestra con bastante claridad por el hecho de que una gran parte del trabajo de cada generación de hombres de ciencia consiste en derribar o modificar las teorías de sus predecesores. Lo anterior se da como una ilustración de la total futilidad de oponer las deducciones de la razón humana contra las afirmaciones de la Palabra de Dios, y como una advertencia al lector, si es un hijo de Dios por la fe en Jesucristo, de no dar el menor crédito a ninguna declaración hecha en nombre de la “ciencia” o la “erudición” que ponga en duda lo que está escrito en las Escrituras inspiradas.

Podemos preguntar entonces: ¿Es la Palabra de Dios una Palabra viviente en este sentido particular? ¿Tiene el poder misterioso de impartir vida; y si es así, es la vida que imparte del mismo tipo que la suya propia? ¿Se reproduce “según su género”?

Esto nos lleva al gran tema de la concepción y generación espiritual, sobre el cual la Escritura da no poca información. En este tema altamente interesante pero difícil no entraremos ahora. Incluso el comienzo y mantenimiento de la vida física en plantas y animales (incluyendo al hombre) son grandes e inescrutables misterios. Esto es cierto en todas las etapas del proceso, particularmente en la etapa inicial de germinación, que es el comienzo de una nueva existencia individual por la vivificación de una semilla derivada de un individuo previamente existente de la misma especie. ¡Cuánto más misterioso, entonces, debe ser el proceso de la generación espiritual! El Señor Jesús, en su conversación con el docto e intelectual fariseo, Nicodemo, indicó que el tema era muy misterioso, con las palabras: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido [o engendrado] del Espíritu”.

Por lo tanto, incluso después de que hemos aprendido todo lo que se nos da a conocer concerniente al comienzo de la vida física en los engendrados naturalmente, y de la vida espiritual en los engendrados sobrenaturalmente, el tema permanece tan misterioso como siempre, ya que el Autor de la vida lo ha reservado entre las “cosas secretas” que “pertenecen a Jehová nuestro Dios” (Deuteronomio 29:29).

Pero el hecho de la generación natural no puede ser cuestionado, aunque el proceso esté envuelto en un misterio insondable. El hecho de la generación espiritual es igualmente seguro para todos los que creen en la Palabra de Dios. La Biblia lo declara claramente, y aquellos que creen en el Cristo de Dios saben también por experiencia el comienzo de un nuevo tipo de vida en sus propias almas.

Para los propósitos actuales es suficiente señalar que la generación espiritual es análoga (como podría esperarse) a la generación natural, siendo efectuada por medio de una semilla, la cual, habiendo sido depositada en un lugar preparado, es vivificada por el Espíritu de Dios, y se convierte ella misma en “espíritu”, —es decir, una nueva naturaleza que es espiritual en su carácter; porque “lo que es nacido (o engendrado) del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6).

El hecho de la concepción espiritual, y la naturaleza de la semilla por la cual se efectúa, se declaran claramente en 1 Pedro 1:23: “siendo renacidos [o habiendo sido engendrados de nuevo], no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”.

Hay una inmensa cantidad de verdad de la más alta importancia contenida en este pasaje; pero la declaración que nos concierne especialmente es que la semilla del nuevo nacimiento es de la Palabra viviente (“la palabra de Dios que vive”). Esta declaración enseña claramente que la Palabra de Dios posee la más alta dote de un ser vivo, a saber, la de impartir vida. Y con esto concuerda la enseñanza del Señor Jesús en la parábola del sembrador, en cuya explicación Él dijo: “La semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8:11).

Como consecuencia de la transgresión y caída del primer hombre, quien fue el depositario original de la vida de la humanidad (Génesis 2:7), la vida en él, siendo “corruptible”, se vició. Por lo tanto, por ley inexorable, la semilla de sus generaciones también se corrompió. Se sigue que todos los hombres en su generación natural son engendrados de semilla corruptible (y corrompida); y han recibido (y por lo tanto deben impartir a sus generaciones sucesivas) una vida corrompida. Lo que, por lo tanto, se necesitaba, para traer a la existencia una familia humana que respondiera al propósito de Dios en la creación del hombre (Génesis 1:26), era una semilla nueva e incorruptible. Esta ha sido suministrada en la Palabra de Dios. Todos los que creen esa Palabra son engendrados de nuevo (o de arriba); no esta vez de semilla corruptible, “sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive”. Es una Palabra viviente. Debe notarse que esta Escritura testifica que la semilla de la Palabra viviente no es meramente no corrompida, sino que es “incorruptible”. Participa, por lo tanto, de la naturaleza del “Dios incorruptible” (Romanos 1:23).

Esta es la garantía para nosotros de que la Palabra de Dios no está sujeta a las influencias corruptoras del mundo corrompido y decadente en el que ha entrado. Es la única cosa que no ha sucumbido a las fuerzas de decadencia y muerte que reinan universalmente en la tierra. De hecho, no ha sido afectada en el menor grado por esas fuerzas. Esto se ha señalado extensamente en las páginas anteriores; pero la gran verdad viene a nosotros con fuerza peculiar en conexión con el pasaje en 1 Pedro. No necesitamos estar en absoluto preocupados en cuanto a si la verdad de Dios, encarnada por Él en su palabra, ha sido corrompida, pues es incorruptible. Y por esa Palabra los que creen son engendrados de nuevo a través de la operación del Espíritu Santo. Para ellos “el espíritu vive” (Romanos 8:10).

La misma verdad se declara en Santiago 1:18, en las palabras: “El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad”. Tal es la concepción espiritual de los “hijos de Dios”. Estos nacen, o son engendrados. De ninguna otra manera se trae a la existencia un “hijo” salvo siendo engendrado de un padre. Los hijos de Dios deben ser engendrados de Dios. El apóstol Juan nos dice que son engendrados, “no de voluntad de carne, ni de voluntad de varón” (Juan 1:13). El apóstol Santiago nos dice que “de su voluntad” son engendrados. Por lo tanto, aunque el proceso sea inescrutablemente misterioso, no puede haber duda en cuanto al hecho. Cuando la Palabra de Dios es verdaderamente “oída” y por lo tanto recibida en un corazón preparado, esa palabra se convierte verdaderamente en una semilla, espiritual e incorruptible en naturaleza, la cual, cuando es vivificada por el Espíritu de Dios, se convierte en el germen de vida de una nueva criatura —un hijo de Dios.

La misma verdad se enseña muy claramente en la explicación de nuestro Señor de su parábola del sembrador, a la cual ya se ha hecho referencia. Dado que tenemos su propia interpretación de esta parábola, no necesitamos estar en ninguna incertidumbre en cuanto a su significado. Él dice: “Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven” (Lucas 8:12). Y de nuevo: “Mas la que cayó en buena tierra, estos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia”.

El método de concepción espiritual expuesto en estas Escrituras, que se efectúa de una manera bastante análoga a la concepción natural, proporciona la explicación de la conexión entre “creer” y “vida” referida en muchos pasajes de la Escritura. Uno de los más familiares de estos es Juan 5:24 donde el Señor Jesús declara en el lenguaje más simple que el hombre que oye su Palabra y cree al que le envió tiene vida eterna, y ha pasado de muerte a vida. Tal hombre recibe la semilla en su corazón, y la semilla es allí vivificada a la vida.

De hecho, el gran propósito de la Palabra Escrita es impartir vida —incluso vida eterna (es decir, divina)— a aquellos que están muertos por delitos y pecados. El Evangelio de Juan, que está dedicado en gran parte al gran tema de la vida eterna, y del cual se deriva una gran parte de nuestra información concerniente a ella, se ha escrito “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:31).

La misma verdad se declara en el pasaje familiar en Romanos 10:9, que expone muy definidamente la verdad especial que constituye la sustancia y médula de la revelación de Dios en su Palabra, y que Él llama a los hombres a creer y obedecer a través de la predicación del Evangelio, a saber, que Jesucristo, quien murió por los pecadores, ha sido levantado de entre los muertos, y que Él es Señor de todos, para la gloria de Dios el Padre.

El punto principal a ser captado en esta conexión es que cierto estado de preparación del corazón es necesario para que la “buena semilla” de la Palabra pueda germinar y crecer allí. Tal corazón preparado se describe en la Escritura como un corazón creyente. Ese estado preparado se manifiesta cuando un hombre cree a Dios, como hizo Abraham (Romanos 4:17); o, en otras palabras, cuando un hombre está listo para recibir la Palabra de Dios como la Palabra de Dios, como hicieron los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 2:13).

Cuando un hombre ha sido llevado, por la operación del Espíritu de Dios, quien es el “Espíritu de vida en Cristo Jesús” (Romanos 8:2, 10), a este estado de preparación, entonces la Palabra de Dios, siendo recibida en el corazón, actúa como una semilla que cae en buena tierra. Aunque sea (como podríamos decir) solo la porción más diminuta de la verdad de Dios revelada en su Palabra la que es así recibida por fe, sin embargo basta a través de su poder como el medio por el cual Él puede vivificar un alma muerta. Porque seguramente la vida de la Palabra está en cada parte de ella.

Tal es el poder de la verdad viva para impartir vida; y aquí reside la diferencia entre la verdad que Dios ha revelado en su Palabra, y la verdad que se puede encontrar en otros lugares. Porque hay mucha verdad que no es verdad viva. La tabla de multiplicar es verdad; pero no es verdad viva. No tiene poder vivificador. Los teoremas de la geometría son verdad; pero no son verdad viva. Nunca jamás se ha oído a ningún hombre testificar que había sido el esclavo miserable y desesperado del pecado, y había continuado en la oscuridad espiritual, atado fuertemente en la miseria y el vicio hasta que sus ojos fueron abiertos por la gran verdad de que dos y dos son cuatro, o que tres ángulos de un triángulo son iguales a dos ángulos rectos; y que por ello su vida había sido transformada, su alma liberada de la esclavitud, y su corazón lleno de gozo y paz al creer. Por otro lado, en el caso de una conversión verdadera, puede haber sido solo la declaración más corta y simple de “la palabra verdadera del evangelio” (Colosenses 1:5) la que fue oída y creída, tal como que “Cristo murió por los impíos” (Romanos 5:6), sin embargo basta, a través del poderoso poder de aquel que levantó a Cristo de entre los muertos, para vivificar juntamente con Cristo a un alma que anteriormente estaba muerta en delitos y pecados (Efesios 1:20; 2:5).

Así, la Palabra de verdad se convierte, de alguna manera inescrutable, en el vehículo para impartir esa vida de la cual el Cristo resucitado, el Verbo encarnado, es la única fuente. La vida eterna para el alma individual comienza a través de creer el “testimonio de Dios” (1 Corintios 1:2), y el testimonio de Dios que Él ha dado en gracia a los pecadores que perecen para que puedan creer y ser salvos, es “acerca de su Hijo” (Romanos 1:3; 1 Juan 5:10). “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5:11). Por lo tanto está escrito de aquellos que experimentaron el nuevo nacimiento: “pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26).

La enseñanza y predicación del día están en gran medida impregnadas de una noción en el sentido de que la “ciencia” está de alguna manera indefinida suministrando en mayor o menor medida nuevos fundamentos para la fe religiosa. No podemos, por lo tanto, insistir demasiado fuertemente en la diferencia vital (porque es vital —siendo una diferencia de la cual depende la vida) entre la verdad revelada por Dios a través de su Palabra, y la verdad descubierta por las investigaciones del hombre, y generalmente llamada verdad “científica”. La verdad así obtenida no tiene relación alguna con la fe y la vida eterna; y el esfuerzo de sustituirla por, o de oponerla a, la verdad revelada en la Palabra de Dios como la base de la fe, debe atribuirse a la actividad del “espíritu de error”.

Muchos maestros no espirituales en estos últimos días, y muchos lectores superficiales de la Escritura, consideran increíble que la salvación, que es el comienzo de la vida del Cristo resucitado en el alma de un hombre que perece, deba ser efectuada a través de una operación tan aparentemente simple como la de recibir la Palabra de Dios, a través de la fe, en el corazón.

Las declaraciones claras de la Palabra de Dios sobre este tema son de hecho frecuentemente ridiculizadas en las declaraciones desde el púlpito. Pero para tales mentes la germinación de una semilla por el mero hecho de arrojarla en la tierra sería igualmente increíble. Estos ciegos espiritualmente, sabios en su propia opinión, pierden por completo la enseñanza de la Biblia concerniente al maravilloso proceso de la concepción y generación espiritual, el cual, en vista del proceso igualmente misterioso de la concepción natural, no debería considerarse “cosa increíble”. “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas” (Romanos 1:20).

El pasaje en 1 Pedro 1 expone, además, el hecho de que la generación espiritual a través de la Palabra de Dios se ajusta a la gran ley biológica declarada con tal iteración enfática en el primer capítulo de Génesis, a saber, que la vida impartida es la misma en especie que la de su fuente, siendo reproducidas en ella todas las características de esta última. Se pone énfasis en el hecho de que la semilla es incorruptible, y que la Palabra, que es su fuente, es eterna. Además, como en el Evangelio de Juan, la vida nueva, incorruptible y eterna, que procede de la concepción espiritual por la Palabra de Dios, se pone en contraste directo con la vida natural o “carne”. “Porque”, continúa el apóstol Pedro, “Toda carne es como hierba, Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba”. La característica prominente de la hierba es que se seca, y de la flor de la hierba, o de la vida vegetal, es que se cae. “La hierba se seca, y la flor se cae; Mas” —en contraste directo con esto— “la palabra del Señor permanece para siempre”. Así lo hace, y así lo hacen todos los que son engendrados de la semilla incorruptible de la Palabra.

El pasaje cierra con la declaración inconfundiblemente clara: “Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada”.

El resultado de la generación espiritual es, por supuesto, un infante Espiritual —un bebé. En consecuencia, las siguientes palabras del apóstol inspirado están en plena consonancia con, y en confirmación de, la verdad que hemos estado considerando. “Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones” (que son características del “viejo hombre”) “desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:1-2). Todos sabemos que es de la primera importancia que un bebé tenga el alimento apropiado para que pueda crecer; pero esto pertenece al tema de la nutrición espiritual, que será considerado más adelante.

Otras Escrituras testifican con igual claridad la gran y gloriosa verdad de que aquellos que son engendrados del Espíritu, a través de la semilla incorruptible de la Palabra, reciben una naturaleza del mismo tipo que la de la fuente divina de su vida. En el octavo capítulo de Romanos hay una sección dedicada a los “hijos de Dios”, en quienes mora el Espíritu (versículos 9-16); y de estos se declara que Dios los predestinó “para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (versículo 30).

Aquí la verdad de la semejanza con el Hijo de Dios se declara ampliamente. Otros pasajes declaran características específicas incluidas en esta semejanza general. Así 1 Juan 3:9 declara que “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido (engendrado) de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios”. La nueva naturaleza que caracteriza a la nueva criatura es una que no puede pecar; y por lo tanto, cuando esta nueva naturaleza comienza a manifestarse en el alma vivificada, hay una lucha entre sus deseos y los de la vieja naturaleza

("la carne"); porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí (Gálatas 5:17). Todo aquel que ha sido engendrado de arriba sabe por experiencia lo que significa esta lucha.

Nuevamente, en 1 Juan 3:2-3, se declara que ahora, incluso en el tiempo presente, somos (los creyentes) hijos de Dios, aunque parezcamos tan poco como eso. Lo que hemos de ser aún no se ha manifestado; pero sabemos, por el claro testimonio de la Escritura, que "cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es". Estas declaraciones son tan claras que no es necesario citar a aquellos que creen en la Palabra de Dios otros pasajes que declaren que la procreación espiritual es según la ley repetida nueve veces en Génesis 1, "según su género".

Al cerrar esta importante sección de nuestro tema (que podría ampliarse grandemente si nuestro propósito fuera tratar exhaustivamente la gran verdad de la generación espiritual) será provechoso notar brevemente la estrecha relación entre la Palabra Escrita y el Verbo encarnado en el asunto de la impartición de la vida Espiritual.

Esta verdad nos presenta al Hijo de Dios en su maravilloso y único carácter de fuente de vida para un mundo y para seres humanos, que habían caído bajo el poder y dominio de la muerte.

"Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre (Adán), y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres" (Romanos 5:12). Así la muerte entró y estableció su soberanía universal sobre todos los hombres. Expresiones tales como "reinó la muerte", "el pecado reinó para muerte" (Romanos 5:14, 17, 21), declaran un hecho del cual las evidencias encuentran nuestros ojos miremos a donde miremos.

Por lo tanto, después de la transgresión de Adán y la ruina causada por ella, la necesidad más urgente del mundo era VIDA. Para este fin el Hijo de Dios participó de carne y sangre, "para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (Hebreos 2:14). "yo he venido", dijo Él, "para que tengan vida" (Juan 10:10).

En el Evangelio según Juan, lo primero que se afirma de Él, después de exponer su deidad eterna, y su poderosa obra como Creador, es la declaración significativa: "En él estaba la vida" (Juan 1:4). Este es el que "desciende del cielo y da vida al mundo" (Juan 6:33).

No necesitamos citar los muchos pasajes de la Escritura que testifican de Cristo como la nueva fuente de vida para un mundo que había caído bajo el poder de la muerte; sino que llamaríamos la atención solo sobre unos pocos de aquellos que lo conectan directamente con el maravilloso proceso de la generación espiritual. La primera de todas las profecías, la concerniente a la "simiente" de la mujer (Génesis 3:15) se cumple así en Él; y la designación "simiente", así aplicada desde el principio a Él como viniendo en carne y sangre, conlleva la gran promesa de una nueva humanidad que brotaría de Él y fuera de Él mismo. Nuevamente, como la "simiente" de Abraham, Él es el heredero (para Sí mismo y para sus generaciones) de todas las promesas hechas "a Abraham y a su simiente". Para que no perdiéramos el significado de esta verdad, tan preciosa para aquellos que, por la fe, "son hijos de Abraham" (Gálatas 3:6), se declara expresamente de la siguiente manera: "Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo" (Gálatas 3:16). Finalmente, como simiente de David, Él es el Heredero legítimo al reino, que establecerá en la tierra en la era venidera. En promesa de esto hay muchos pasajes como estos: "levantaré descendencia después de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmaré su reino" (1 Crónicas 17:11). "mas sobre David y sobre su descendencia, y sobre su casa y sobre su trono, habrá perpetuamente paz de parte de Jehová" (1 Reyes 2:33). "Hice pacto con mi escogido; Juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, Y edificaré

tu trono por todas las generaciones” (Salmos 89:3-4). “Su descendencia será para siempre, Y su trono como el sol delante de mí” (Salmos 89:36).

Así Cristo es presentado como la Simiente de la mujer, como la Simiente de Abraham, y como la Simiente de David.

Pero el gran propósito de una semilla, y su maravilloso poder inherente, es reproducir su especie; y la designación “simiente” aplicada al Hijo del Hombre tiene este significado también. Él mismo retoma esta gran lección cuando se refiere a Sí mismo como el grano de trigo, diciendo: “De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24).

Así, aquel que solo tenía derecho a vivir como un hombre de carne y sangre, puso esa vida, sometiéndose voluntariamente al poder de la muerte, para que, en lugar de morar para siempre “solo” (como hombre), pudiera llevar “mucho fruto”. Estas son sus generaciones, los “muchos hijos” que Él lleva a la gloria (Hebreos 2:10), los “hijos” de quienes habla diciendo: “He aquí, yo y los hijos que Dios me dio” (Hebreos 2:13).

Si tenemos en mente el hecho de que los granos de trigo en la espiga son todas reproducciones de la semilla original, veremos cuán forzosa y bellamente la parábola del “grano de trigo” enseña la lección de la generación espiritual. La vida en aquellos que han sido vivificados juntamente con Cristo (Efesios 2:5) es verdaderamente su vida reproducida en ellos por el Espíritu Santo, quien es el Espíritu de vida en Cristo Jesús, y cuya ley nos libra de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8:2). Podemos decir así: “Cristo, vuestra vida” (Colosenses 3:4); y a medida que esta nueva vida se despliega en el ser del creyente, y manifiesta las características de aquel que es su fuente, el primero es capaz también de decir: “Porque para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21).

Por lo tanto, ya sea que estemos considerando la Palabra escrita o el Verbo encarnado, es cierto (como se ha dicho bien) que “la Palabra” es toda la materia o sustancia de lo que Dios ha revelado; pero también es cierto que cualquier porción de esa materia o sustancia que entra en un corazón humano, y que, como una semilla, germina y realiza allí el estupendo milagro de la reproducción, es también la Palabra, impartiendo vida “según su género” —vida incorruptible y eterna como la Palabra misma.

Así, en el sentido más alto del cual podemos tener conocimiento, la Palabra de Dios es una “Palabra de Vida” —viviendo y reproduciendo su especie; y así se está cumpliendo la promesa a aquel que murió para que pudiéramos vivir, de quien se dijo antiguamente: “Verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:10-11).

El creyente, también, puede decir con David: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmos 17:15). Eso será gloria para nosotros; pero, lo que es más importante, será gloria también para Él.

11. La Palabra que Sustenta la Vida

La vida poseída por los seres humanos no es solo una vida derivada, es decir, una vida obtenida de una fuente externa, sino que es una vida dependiente, que requiere sustento continuo. Debe ser sostenida por una nutrición constante y adecuada, recibida en el cuerpo a intervalos cortos. La fuerza del hombre de la cual se jacta, y de hecho su existencia misma en el cuerpo, dependen del alimento, y este alimento mismo debe ser materia orgánica, es decir, materia que una vez ha estado viva. El hecho de esta dependencia del alimento, y del alimento que el hombre es totalmente incapaz de hacer para sí mismo a partir de materia

inorgánica, aunque todos los materiales están a su alcance, debería enseñarle una lección de humildad; pero parece no tener ese efecto.

Decimos que el hombre es totalmente incapaz de producir alimentos aunque todos los materiales de los que están compuestos están abundantemente a mano. Este es un hecho pertinente y obvio, aunque uno del cual se toma poca cuenta. Dios ha impartido a la humilde planta el ministerio de suministrar alimento a toda la creación animal, y le ha enseñado a ella, y solo a ella, el maravilloso secreto de convertir los minerales de la tierra y el aire —elementos inertes, sin vida, totalmente incapaces de proporcionar nutrición a los animales o al hombre— en tejido vivo, dotado de la propiedad de nutrir a las criaturas vivientes más altas en la escala de la vida. “El hace producir el heno para las bestias, Y la hierba para el servicio del hombre, Sacando el pan de la tierra” (Salmos 104:14).

El humilde organismo vegetal sabe cómo extraer el nitrógeno de la tierra, y el carbono del dióxido de carbono en la atmósfera, y combinarlos, en exactamente las proporciones adecuadas, con el oxígeno e hidrógeno en el agua, y con trazas de cal y otros elementos, formando con la ayuda del calor y la luz del sol, tejido vivo, adecuado y necesario para el alimento. Esta maravillosa operación de síntesis química es llevada a cabo por el modesto vegetal tan discretamente que atrae poca atención; y aunque ha estado bajo la observación del hombre inquisitivo e imitativo durante miles de años, no tiene la más mínima noción de cómo se hace. Todo el saber y la habilidad de todos los químicos del mundo, con los recursos de todos los laboratorios del mundo, no podrían producir una onza de alimento, aunque los elementos de los que está hecho existen en todas partes, y en la mayor abundancia.

Pero Dios, habiendo impartido vida física a sus criaturas, también ha hecho amplia provisión para el mantenimiento de esa vida, suministrando a través de la inescrutable síntesis llevada a cabo incesantemente por el reino vegetal, alimento abundante, capaz, cuando se toma en el cuerpo y se asimila adecuadamente, de suplir el desgaste que está constantemente en progreso en cada parte del cuerpo, y de mantener la fuerza del mismo.

Además, si la conversión de minerales en alimentos por los miembros del reino vegetal es un proceso que muestra la maravillosa sabiduría de Dios, el proceso de digestión y nutrición no lo es menos. Nada podría ser más improbable que el hecho de que el alimento, tomado en el cuerpo por medio de la boca, debiera, sin ninguna atención o supervisión del inquilino de ese cuerpo, ser digerido, las partes valiosas separadas de las inútiles, estas últimas descargadas del cuerpo, las primeras convertidas en tejido, músculo, hueso, tendón, célula nerviosa, glóbulo sanguíneo, cabello, uñas, etc., y distribuidas automáticamente por todo el cuerpo, cada una al lugar que la requiere, y todo en la debida proporción.

En esto tenemos nuevamente un proceso que trasciende con mucho la comprensión de los hombres más doctos, quienes deben comer y ser nutridos como otros hombres, y quienes son igualmente ignorantes del proceso por el cual sus vidas son sostenidas, y por el cual ganan la fuerza que usan para negar a Dios y glorificar al hombre.

Los hombres se jactan en estos días de su “independencia”, y hacen mucho alarde de la “autosuficiencia”. Pero esta es la altura de la locura presuntuosa; porque el hombre es una criatura de lo más desamparadamente dependiente, ni siquiera capaz, como la planta, de preparar su propio alimento de los elementos minerales, sino dependiente diariamente de criaturas vivientes mucho más bajas que él mismo en la escala del ser. Y tan lejos de tener una base para la autosuficiencia, no sabe cómo conducir el más simple de los procesos vitales de su propio cuerpo. Si su Creador, de quien principalmente el hombre ama imaginarse independiente, debiera entregarle la operación del menor de esos procesos esenciales por el tiempo más breve, la pobre criatura perecería miserablemente.

Como con la vida física, así es con la vida espiritual de aquellos que han sido engendrados de nuevo de la semilla incorruptible de la Palabra. Estos seres espirituales requieren alimento apropiado; y Dios ha provisto abundantemente para esta necesidad. Al estudiar el importante tema de la nutrición espiritual aprenderemos nuevamente la relación entre Cristo, el Verbo encarnado, y la Palabra Escrita. De ambos se habla repetidamente como alimento para los hijos de Dios.

El tercer, cuarto y quinto capítulo del Evangelio según Juan tratan de la impartición de la vida eterna como el don gratuito de Dios a través de Jesucristo, el Hijo de Dios, a todos los que creen en Él; y el sexto capítulo trata de la nutrición espiritual. Allí, después de alimentar a la multitud milagrosamente, mostrándose así como aquel por cuyo poder se multiplica el alimento en la tierra, Él se revela a Sí mismo como “el Pan de Vida”. Dos veces dice: “Yo soy el pan de vida” (versículos 35 y 48) y en el versículo 33: “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo”. El que da la vida es aquel que también la sustenta. Nuevamente dice: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo” (versículo 51). Y de sus palabras dice: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (versículo 63).

Estos dichos para la mente natural son, por supuesto, sin sentido; pero están dirigidos a la fe. “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?” es la pregunta que hace el corazón incrédulo. Cómo Cristo puede impartirse a Sí mismo para sustentar al “hombre interior” es una pregunta para la cual no se puede tener respuesta ahora. El proceso es incomprensible para el hombre. Pero hemos visto que el proceso de nutrición física está igualmente más allá de la comprensión humana y es contrario a todas las probabilidades a priori.

Mirando más particularmente lo que se dice en esta conexión concerniente a la Palabra de Dios escrita o hablada, encontramos que la Palabra de Dios es “viva” en el sentido de que, como otra sustancia viva, tiene la propiedad de suministrar nutrición, y por lo tanto de sustentar la vida. Es una Palabra que sustenta la vida. Pero aquí una diferencia notable atrae nuestra atención. El alimento físico sube de la tierra (Salmos 104:14), mientras que el alimento espiritual desciende del cielo. (Juan 6:50).

Ya se ha hecho referencia al hecho de que, después de exponer la gran verdad de la concepción y generación espiritual a través de la semilla incorruptible de la Palabra de Dios, el apóstol Pedro ordena atención a la nutrición espiritual. “Desead”, dice él, “como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 Pedro 2:2). Evidentemente la triple orden de su Señor: “Apacienta mis ovejas”, “Apacienta mis corderos”, le había impresionado la importancia de la nutrición espiritual. Pero la alimentación adecuada requiere apetito por alimento saludable, y por eso busca despertar un deseo en los jóvenes cristianos por aquello mediante lo cual puedan crecer. E inmediatamente conecta la Palabra con Cristo diciendo: “si es que habéis gustado la benignidad del Señor”.

La importancia de nutrir y sustentar la nueva vida recibida al venir a Cristo, y las infelices consecuencias que siempre resultan del descuido de la dieta apropiada, han sido declaradas tan a menudo y tan forzosamente por los siervos de Cristo que parece apenas necesario detenerse en este asunto. Lo que nuestro tema requiere especialmente es notar la correspondencia entre la manera de Dios de sustentar la vida física del hombre mediante alimento derivado de una fuente viva, y su manera de sustentar la vida espiritual del creyente mediante alimento de una fuente viva, es decir, de la Palabra viva.

Los pasajes que presentan la Palabra de Dios como el alimento para sus hijos son muy familiares; y al traerlos a la mente nuevamente impresionaríamos a nuestros lectores de que estas declaraciones no deben tomarse como si fueran poéticas o figurativas, sino como muy literales, prácticas e inmensamente importantes. Al hacer al hombre no fue el plan de Dios que viviera solo de pan, o alimento físico, sino “de todo lo que sale de la boca de Jehová” (Deuteronomio 8:3). El maná fue dado a su pueblo en el desierto para enseñarles esta lección, y para que pudieran aprender su dependencia de Dios. Por lo tanto, este pasaje fue usado por el Segundo Hombre en su combate con el diablo en el desierto, siendo el propósito de este

último inculcar en el hombre la idea de independencia de Dios. Así el Hombre Jesucristo, con la Espada del Espíritu, golpeó seguro y verdadero al propósito central de su gran adversario.

Es por cada palabra de Dios que el hombre ha de ser alimentado. Ninguna parte de la Biblia puede ser descuidada sin pérdida y detrimento; y se observará que hay, en la Biblia, una variedad de nutrimento espiritual análogo a la variedad de alimento físico que Dios ha provisto para las necesidades del hombre físico. Si hay leche para los bebés, hay también alimento sólido para aquellos que son maduros. Y hay la pena de crecimiento detenido pagada por aquellos que permanecen contentos con la dieta relativamente débil adecuada para infantes, quienes saben, tal vez, solo que sus pecados son perdonados; como dice el apóstol Juan: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados” (1 Juan 2:12). Pero aquellos que tienen que ser alimentados con una dieta de leche, es decir, las verdades elementales más simples del Evangelio, son inexpertos en la palabra de justicia. Los infantes no pueden hacer nada por sí mismos, mucho menos pueden preparar comida, o rendir algún servicio a otros. De ahí que el apóstol Pablo, escribiendo a los Hebreos, reprende a algunos de ellos porque, en un momento en que debían haber sido maestros, tenían necesidad de ser enseñados nuevamente los primeros principios, y habían llegado a ser “tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez” (Hebreos 5:12-14).

Jeremías dice: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí” (Jeremías 15:16). Con ello encontró fuerza espiritual para sostenerlo en su ministerio más difícil y probatorio, del cual, debido a su disposición tímida y sensible, retrocedía en agonía de alma. Para ser un buen y eficaz ministro de Cristo es necesario que uno esté bien nutrido participando grandemente del abundante alimento espiritual que la Palabra viva suministra. Así Pablo amonestó a su hijo en la fe, Timoteo, a quien escribió: “Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina” (1 Timoteo 4:6). Un punto práctico con referencia al proceso de nutrición debe notarse. Mientras que la criatura viviente no puede comprender el proceso, y no tiene parte alguna en supervisararlo, o llevarlo a cabo, y mientras que por lo tanto no es responsable de los resultados, el proceso no puede llevarse a cabo a menos que tome el alimento en su ser y lo mastique adecuadamente. Por lo tanto, hasta el punto de tragar el alimento, el ser vivo es responsable, y su voluntad se ejerce. Después de eso el proceso pasa más allá de su conocimiento y control. El alimento puede ser de la mejor calidad, y puede estar en la mayor abundancia, pero no imparte nutrición mientras permanece en la despensa, o en la mesa.

De igual manera, la responsabilidad es del hijo de Dios de participar del alimento espiritual tan abundantemente provisto, y de meditar en él de día y de noche (Salmos 1:2). La meditación sobre lo que se lee es a la nutrición espiritual lo que la masticación es a la nutrición física; y toma tiempo. El resultado, sin embargo, es una amplia compensación por el tiempo así ocupado, pues leemos de aquel que observa esta regla simple de dieta espiritual que “Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, Que da su fruto en su tiempo, Y su hoja no cae; Y todo lo que hace, prosperará” (Salmos 1:3). Significa una vida fructífera, una vida vigorosa y saludable, y una vida próspera.

Estos resultados son tan seguros de seguir a la obediencia a las leyes de la dieta espiritual como la nutrición física es de seguir a la atención a la recepción adecuada de alimento material; y los resultados contrarios son tan seguros de seguir al descuido de esas leyes en un caso como en el otro. La mente natural probablemente exigiría una explicación; pero la fe no requiere conocer el proceso, siendo suficiente oír el mandato. Si uno se negara a participar de su alimento natural hasta ser instruido en cuanto al proceso de digestión, moriría de hambre. En cada caso el proceso es inescrutable, pero el hecho es cierto.

12. La Palabra Transformadora de Vida

ALIMENTARSE de la Palabra de Dios, el pan de vida, debe necesariamente ser beneficioso para todo el hombre, incluyendo su ser intelectual y físico así como su espiritual.

Se paga mucha deferencia en estos días a los “poderes de la mente”. La destreza intelectual es lo que gana las victorias en la feroz lucha comercial de los tiempos. Los hombres de negocios están, por supuesto, ansiosos por aprovechar esta condición, como puede verse por los muchos y costosos anuncios de “alimentos para el cerebro”; y muchos millones de dólares son adquiridos anualmente por los astutos explotadores de estas preparaciones. Esto, por supuesto, no podría ser a menos que hubiera multitudes que prestaran atención a la seguridad de que, mediante el uso del artículo anunciado, es posible producir “un nuevo conjunto de cerebros”.

La Biblia no habla de un nuevo conjunto de cerebros, pero sí dice a los creyentes: “renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Efesios 4:23), y, “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2). El nuevo hombre requiere una nueva mente, y se hace provisión para ese fin. La vieja mente, con todos sus hábitos de auto-ocupación (un criador seguro de infelicidad y descontento), sus tendencias morbosas, su anhelo de excitación y sensación, sus imaginaciones, apetitos, gustos, inclinaciones y deseos, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, ha de ser desplazada, y una nueva mente sustituida; porque la piedad tiene la promesa del vigor de la vida que ahora es, así como de la venidera.

¿Cómo, entonces, ha de llevarse a cabo este mandato? Es de importancia para millones de almas ansiosas tener una respuesta clara a esta pregunta. Y se puede tener. Los incidentes cotidianos y la atmósfera en medio de la cual el hombre y la mujer promedio pasan su tiempo son tales que producen perturbaciones y desórdenes mentales en una medida que, si se entendiera, y si algo pudiera impresionar a esta época irreflexiva y excitada, crearía una alarma generalizada. Se declaró recientemente que había veintiocho mil internos en los asilos de locos del estado de Nueva York (un solo estado de la Unión) antes de octubre de 1907, y que en los seis meses siguientes a la convulsión industrial de ese mes el número de internos aumentó en tres mil. El aumento sorprendente en el número de suicidios añade su testimonio forzoso; y la frecuencia con la que uno encuentra casos de depresión mental, insomnio, melancolía y otros desórdenes nerviosos, habla de enemigos generalizados e insidiosos que atacan la sede de la razón, y que requieren métodos y medios de defensa y reparación que están más allá de los recursos de la medicina.

El escritor conoce por experiencia los horrores indescriptibles de los estados mentales deprimidos y morbosos, y sabe, también, qué transformación se efectúa por la “renovación de vuestro entendimiento” según el mandato bíblico. Se hace plena provisión para esta maravillosa transformación, y las condiciones en las que se efectúa se exponen claramente y son accesibles a todo creyente.

En este caso, el estudio de la palabra usada en el mandato (“transformaos”) nos familiarizará con las condiciones esenciales para la transformación. La palabra en cuestión parece haber sido apartada por el Espíritu Santo con el propósito de enseñar el importante y maravilloso secreto de la transformación del creyente, durante su existencia en el cuerpo, a la semejanza de Cristo; de modo que todos los creyentes pudieran decir con Pablo: “tenemos la mente de Cristo”. Por lo tanto, seguramente recompensará al lector notar cuidadosamente los usos de esta palabra particular. Su primera ocurrencia es en las narrativas del Evangelio de la transfiguración de Jesucristo, y es de hecho la misma palabra allí traducida “transfiguró” (Mateo 17:2; Marcos 9:2). La palabra es literalmente “metamorfoseado”. “resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz”. Esto bien puede servir para enseñar la naturaleza del cambio contemplado. Es uno que trae el resplandor del cielo a la mente y tiñe incluso las cosas comunes con un brillo de luz celestial.

La siguiente ocurrencia de la palabra es, como ya hemos visto, en Romanos 12:2, donde se ordena a los creyentes no ser cortados según el patrón de este siglo, sino ser metamorfoseados o transfigurados por la renovación de sus mentes.

La tercera y última ocurrencia de la palabra nos dice claramente cómo se lleva a cabo esta gran transformación. Porque la Biblia es un libro muy práctico. Viene, además, de aquel que entiende perfectamente las limitaciones del hombre, quien sabe y declara que este último está, en su estado natural, “débil”, es decir, totalmente impotente (Romanos 5:6). Podemos estar seguros, por lo tanto, de que cuando Dios llama al alma vivificada a hacer una cosa, pone los medios requeridos para ello a su alcance. Y así, en estas palabras claras leemos las condiciones requeridas para efectuar la transformación deseada: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

La palabra aquí traducida “somos transformados” es la misma palabra (metamorfoseados o transfigurados) usada en los otros pasajes citados; y estas son las únicas ocurrencias de esa palabra en la Biblia.

La enseñanza es muy clara. Cuando los judíos leen la Palabra de Dios un velo está sobre sus corazones, sus mentes estando cegadas (versículo 14). O, como se declara en Romanos 11:25: “ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”. Por lo tanto, no contemplan allí a aquel de quien testifican las Escrituras. Pero, para nosotros que creemos, el velo es quitado en Cristo, y consecuentemente, todos nosotros mirando somos transfigurados en la misma imagen por la operación divina e irresistible del Espíritu Santo.

Si, cuando miramos en la Palabra de Dios, no vemos a Cristo allí, miramos sin propósito, porque Él está en todas partes en el Libro.

Nótese cuidadosamente que esta transformación no es obra del hombre que contempla a Cristo en la Palabra; porque el proceso se lleva a cabo mientras el primero no está ocupado consigo mismo en absoluto, o con su transformación, sino que está absorto en la contemplación de la gloria del Señor. La transformación se efectúa por el poder del Espíritu de Dios; y podemos aprender de este pasaje la importante lección de que la ocupación con, y la preocupación por, la obra del Espíritu en nosotros solo puede obstaculizar esa obra. Bástenos que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. (Filipenses 1:6). Nuestra parte, y debería ser también nuestro deleite, es estar continuamente mirando o contemplando la gloria del Señor; y mientras lo hacemos “somos transformados” en la misma imagen, y tanto más rápido si somos inconscientes de nosotros mismos.

Nótese también que la transformación es una operación gradual, que requiere firmeza en contemplar el objeto puesto ante nosotros por el Espíritu Santo. Poco a poco, a medida que nuestra mirada se fija en Él, los viejos rasgos y disposiciones que son diferentes a Él son reemplazados por sus propias características. Así la obra procede “de gloria en gloria”. La conformación a su imagen, que es el propósito de Dios para todos los hijos de Dios (Romanos 8:29), no se logra, como algunos quisieran, por una transfiguración instantánea, una convulsión y desplazamiento de la vieja naturaleza, provocada por trabajar las emociones de uno hasta un estado extático; sino que se logra gradualmente mientras el creyente está continuamente ocupado con Cristo (“mirando”). No hay atajo histérico al resultado deseado. Porque Cristo debe ser conocido de la Palabra Escrita bajo la tutela del Espíritu Santo; y el proceso debe continuar durante todo el término de la existencia del creyente en el cuerpo.

Así la Palabra viva se convierte en el regulador y transformador de las mentes de aquellos que la buscan diligentemente. Bajo su potente influencia la confusión de pensamiento, perplejidades, estados mentales deprimidos y otras condiciones dañinas se disipan, y la serena tranquilidad y reposo de la mente de Cristo se reproducen en aquellos que son redimidos por su sangre preciosa.

Estamos pasando por el dominio de la muerte, el país del postrer enemigo que será destruido, y quien ha puesto todas las cosas en esta escena bajo sus pies (1 Corintios 15:26-27). Por todos lados nuestros ojos encuentran las evidencias inconfundibles de la soberanía suprema de la muerte. Pero en este dominio de la muerte hay una Palabra Viva —una Palabra Viva en un mundo moribundo. Las fuerzas de la corrupción y la decadencia no pueden aferrarse a ella, y se ríe de los ataques de sus enemigos.

Pero esa Palabra está aquí, no meramente para manifestar vida, sino más bien para impartir vida a aquellos que están pereciendo, y para traerlos en contacto vital con la nueva fuente de vida de la humanidad, el Hijo de Dios, el segundo hombre, el Señor del cielo, que vive y estuvo muerto, y he aquí que vive por los siglos de los siglos, y tiene las llaves de la muerte y del hades (1 Corintios 15:47; Apocalipsis 1:18). Él, como hombre, ha cruzado el abismo entre el reino de la muerte y el de la vida. Para ese fin Él participó de carne y sangre, no para mejorar la carne y sangre, sino para “destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14-15). Habiendo Él mismo cruzado ese abismo, es el Camino de vida a todos los que creen en Él, quienes, habiendo oído su Palabra —la Palabra de vida— han pasado igualmente de muerte a vida (Juan 5:24).

Esta es la maravillosa provisión de Dios para la liberación de los hombres moribundos. Para que no murieran, y porque Dios no quiere que ninguno perezca (2 Pedro 3:9), Él ha enviado a este mundo moribundo una Palabra de Vida. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo 22:32).

En comparación con la provisión de la sabiduría, poder y gracia divina, del Dios que da vida a los muertos (Romanos 4:17), ¡cuán lastimosamente necios y vanos son todos los esquemas humanos para el mejoramiento, reforma y cultivo de ese viejo hombre que ha caído bajo la soberanía de la muerte! Los hombres son muy ingeniosos, pero ninguno ha presentado todavía un esquema para abolir o escapar de la muerte, o para resucitar a los muertos. Sin eso, ¿de qué sirven los planes de mejora? ¿Y qué fin sirven sino cegar las mentes de los hombres a la verdad de que están muertos, y así están más allá de todo menos del poder de un Dios que resucita a los muertos? Seguramente estos esquemas son los dispositivos más exitosos del “dios de este siglo”.

Lo que los hombres necesitan no es moralidad, sino vida; no hacer respetable la muerte, sino recibir el don de la vida eterna; no un entierro decente, sino un camino fuera del reino de la muerte. Muchos hombres han presentado sus esquemas para la “elevación de la humanidad” (aunque los resultados de los mismos no son todavía discernibles); pero hay solo Un Hombre que hace, o jamás hizo, la oferta de la vida eterna. Ningún otro ha dicho jamás: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Juan 11:25-26). Él solo reclama ser la “fuente de agua viva” (Jeremías 2:13; Juan 4:14; 7:37), y dice a todos los que están sufriendo la sed de la muerte: “venga a mí y beba” (Juan 7:37).

Por lo tanto, al concluir estas reflexiones sobre la Palabra Viva, obedecemos el mandato: “el que oye, diga: Ven”, y repetiríamos amorosamente la última invitación de gracia registrada en la Palabra de Vida:

“Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. (Apocalipsis 22:17).

Capítulo 28 Las Escrituras

Por el Rev. A. C. Dixon, Doctor en Teología
Pastor de la Iglesia del Tabernáculo Metropolitano, Londres, Inglaterra

Cuando nuestro Señor dijo: «Escudriñad las Escrituras», cada judío a quien Él habló sabía lo que quería decir. Había otros escritos en hebreo, griego y latín, pero las Escrituras eran un conjunto de escritos separados de todos los demás por su carácter sagrado y su autoridad como la Palabra de Dios. Su historia puede rastrearse desde el tiempo de Moisés hasta Cristo. En Éxodo 17:14 leemos: «Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que del todo borraré la memoria de Amalec de debajo del cielo». En cuanto al material de escritura que Moisés usó, no lo sabemos, pero sí sabemos que en Egipto se usaban la planta de papiro, telas de lino y algodón, las pieles de animales y piedra para hacer libros de varios tipos. Los diez mandamientos fueron escritos en tablas de piedra, y con las momias egipcias hemos conservado hasta el día de hoy tela de algodón y lino como la que se usaba frecuentemente para escribir.

En Deuteronomio 31:9 tenemos el registro histórico del hecho de que Moisés obedeció el mandato de Dios: «Y escribió Moisés esta ley, y la dio a los sacerdotes hijos de Leví, que llevaban el arca del pacto de Jehová». Y en el versículo 24: «Y cuando acabó Moisés de escribir las palabras de esta ley en un libro hasta concluirse, dio órdenes Moisés a los levitas que llevaban el arca del pacto de Jehová, diciendo: Tomad este libro de la ley, y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová vuestro Dios». El libro fue terminado y colocado al lado del arca para su custodia.

En Josué 1:8 leemos: «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien». Ahora que la columna de fuego de noche y de nube de día se ha ido, el Libro ha de ser la guía de Israel y su religión ha de ser en gran medida una religión de libro. Dios les está hablando desde el «Libro de la Ley».

Es probable que el libro que Josué leyó fuera el manuscrito idéntico que Moisés escribió en el desierto. Puede que se hayan hecho copias de él, pero no tenemos registro del hecho. Se hace mención frecuente de él a través de los libros de la Biblia. El mismo libro, o una copia de él, aparece nuevamente mil años después bajo el reinado de Josías, como aprendemos de 2 Reyes 22:8: «Entonces dijo el sumo sacerdote Hilcías al escriba Safán: He hallado el libro de la ley en la casa de Jehová. Y dio Hilcías el libro a Safán, y lo leyó».

En Esdras lo encontramos nuevamente en las manos del profeta sobre el púlpito de madera al aire libre, leyéndolo y aclarando su significado al pueblo. De estas y otras Escrituras pueden sacarse justamente tres inferencias:

1. La Biblia es literatura escrita por mandato de Dios. Él ciertamente mandó a Moisés escribir el libro de la ley. A Juan en la isla de Patmos una gran voz como de trompeta dijo: «Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias». Y antes de que la visión desaparezca se le manda «Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas». Él ha de escribir historia, eventos actuales y predicciones; y mucho de «las Escrituras» puede clasificarse bajo estos tres encabezados.
2. La Biblia es literatura escrita por mandato de Dios, y bajo la guía de Dios. En 2 Pedro 1:21 leemos: «Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo».

3. La Biblia es literatura escrita por mandato de Dios, bajo la guía de Dios, y preservada por el cuidado providencial de Dios. Moisés mandó que el libro de la ley fuera colocado al lado del arca. No podría haberse encontrado un lugar más seguro, y mientras más estudio la historia de la Biblia más profundamente estoy convencido de que Dios ha guardado su libro al lado de alguna arca a través de todas las edades. Así como la iglesia ha estado bajo su cuidado y protección, así ha estado el Libro.

No es difícil para mí creer que el manuscrito que Hilcías encontró en el templo fuera el libro idéntico que Moisés escribió en el desierto, y que este mismo manuscrito estuvo en las manos de Esdras sobre el púlpito de madera mientras predicaba al aire libre. Son solamente mil años de Josué a Josías y solamente ciento setenta y cinco años de Josías a Esdras. Ahora hay en nuestras bibliotecas decenas de manuscritos que sabemos que tienen más de mil años de antigüedad, y dos o tres que ciertamente se han preservado más de mil cuatrocientos años. Con el clima oriental bondadoso y el cuidado que la reverencia judía por el libro naturalmente los llevaría a tener, no es para nada improbable que el manuscrito de Moisés se haya preservado por más de mil años. Y la historia de la Biblia desde el tiempo de Cristo hasta el presente confirma la proposición de que ha sido preservada por el cuidado providencial de Dios.

Ahora miremos «las Escrituras» en su propia luz. En Juan 5:39 Jesús dijo: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí». Y en 2 Timoteo 3:16 leemos: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». En estas Escrituras hay cuatro cosas:

I. Una Definición Bíblica de la Biblia

La frase, «las Escrituras», sugiere una definición sintética de la Biblia. Había otros escritos, pero estos eran los escritos. Los tenían en la lengua hebrea, y también una traducción al griego, conocida como la «Septuaginta», hecha casi trescientos años antes de Cristo. Pero se necesita nuestra segunda Escritura para completar esta definición de la Biblia: «Toda la Escritura es inspirada por Dios». Un erudito notable se ha tomado el trabajo de cotejar los textos en el Nuevo Testamento donde ocurre este modismo griego, y él declara que la versión King James, y no la Revisada, es la traducción correcta, y varios eruditos eminentes en el comité de revisión estuvieron de acuerdo con él. «Toda la Escritura es inspirada por Dios» es evidentemente lo que el Espíritu Santo quiso escribir. Por supuesto, los escritores fueron inspirados. «El Espíritu Santo habló por boca de David» (Hechos 1:16). «Vino palabra de Jehová al sacerdote Ezequiel» (Ezequiel 1:3). Pero los escritos tanto como los escritores fueron inspirados, porque «toda la Escritura es inspirada por Dios». Dios, quien «sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente», también ha soplado en su Libro el aliento de vida, de modo que es «la palabra de Dios que vive y permanece para siempre».

Hay muchos escritores, pero un solo Autor. Estos escritores no fueron autómatas. Cada uno muestra su propio estilo y personalidad que el Espíritu Santo usa.

II. Un Uso Bíblico de la Biblia

Es cuádruple: «Útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». «Doctrina» es la enseñanza, no del hombre como puede expresar su opinión en conversación social, sino del embajador que lleva consigo el peso de la autoridad de su gobierno; y en la Biblia encontramos la proclamación oficial de Dios de amor, perdón, limpieza, justicia y paz.

La palabra «redargüir» viene después de doctrina, porque tiene que ver con el carácter que la doctrina forma. La Biblia es útil no solo por la doctrina que sacamos de ella, sino que es el estándar por el cual probamos

nuestras doctrinas. Prueba y reprueba. Es la plomada que dejamos caer junto a la pared para ver si está derecha. Es la vara de medir con la cual medimos cada credo.

La palabra «corregir» significa restauración, y da un pensamiento más avanzado que doctrina y redargüir. Tiene en sí el pensamiento de hacer correcto lo que hemos encontrado que está equivocado. La plomada puede mostrar que la pared se inclina, pero no puede enderezarla. La vara de medir puede revelar que la tela es demasiado corta, pero no puede alargarla. La Biblia, sin embargo, no solo nos muestra en qué estamos equivocados, sino que puede corregirnos. Cuando Canova vio la pieza de mármol que, a gran costo, había sido adquirida para una estatua célebre, su ojo experimentado descubrió un pedacito de negro atravesándola, y la rechazó. Él podía descubrir lo negro, pero no podía hacer lo negro blanco. La Biblia descubre lo negro y lo hace blanco.

La cuarta palabra, «instruir», significa literalmente «crianza de niños», y tiene en ella todo lo que el padre necesita para el crecimiento, desarrollo y madurez del niño. La Biblia es una escuela de entrenamiento en justicia. Otros libros dan entrenamiento en música, retórica, oratoria, pero la especialidad de la Biblia es el entrenamiento en justicia.

III. Un Método Bíblico de Estudio de la Biblia

Se sugiere por las dos palabras «escudriñad» y «útil». Lo que sea útil es probable que cueste trabajo. Lo que no vale nada podemos conseguirlo sin esfuerzo. De ahí la fuerza de la frase, «Escudriñad las Escrituras». Significa «mirar a través y a través». Es la palabra usada en la Escritura: «El Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios». Así como Dios escudriña nuestros corazones, así escudriñemos la Biblia.

La Biblia no escudriñada es una mina no trabajada, la diferencia entre el Klondike hace años y el Klondike enriqueciendo a sus dueños laboriosos hoy. Aprender la Palabra de Dios requiere escudriñamiento diligente y persistente. Un hombre que murió en un hospicio inglés hace varios años dio a sus parientes un pedazo de tierra improductivo, tan sin valor que no tenía que pagar impuestos sobre él. Los parientes lo escudriñaron, y como resultado hoy son millonarios. El indigente era rico sin saberlo, y era ignorante del hecho por que no escudriñó sus posesiones.

Todo cristiano con la Biblia en la mano es rico lo sepa o no. Que escudriñe y encuentre tesoros escondidos. Este escudriñamiento implica vista y luz. Hay necesidad de discernimiento espiritual. «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios». Y de ahí la necesidad de inspiración que viene de confiar en el Espíritu Santo como el revelador de la verdad. Cuando Galileo apuntó su pequeño telescopio a los cielos, descubrió que realmente tenía un par nuevo de ojos. Ahora podía ver las montañas de la luna, los satélites de Neptuno, y el anillo alrededor de Saturno. Así leemos la Biblia a la luz de la Biblia, y conforme viene más luz, se imparte mejor vista; mientras que, por otro lado, conforme se imparte mejor vista, se revela más luz.

El cristiano con discernimiento espiritual puede darse el lujo de «escudriñar las Escrituras» con el Espíritu Santo solo como su guía. Los comentarios son buenos, pero no buenos como sustitutos de la búsqueda independiente. Cuando Alejandro Magno se paró frente a Diógenes mientras él se sentaba junto a su tina, el general le preguntó al filósofo qué podía hacer por él. La respuesta bastante severa fue: «Simplemente quítate de mi luz». Y cualquier escudriñador tiene derecho a decir «Quítate de mi luz» a cualquiera cuya sombra venga entre él y la verdad.

Cualquier método de escudriñar es bueno, aunque algunos pueden ser mejores que otros. El «método del saltamontes» por el cual tomamos una palabra o tema y saltamos de un lugar a otro, cotejando los textos que tienen la palabra o tema en ellos, no debe despreciarse. Dios sacudió al mundo a través de Dwight L.

Moody, quien era aficionado a este método. He aprendido a amar lo que, por falta de una mejor palabra, llamo el método seccional, por el cual uno comienza en cierto lugar y continúa a través de párrafo, capítulo o libro, reuniendo y clasificando cada pensamiento. Recuerda a uno del dicho del Sr. Spurgeon sugerido por la Biblia comida por gusanos que encontró sobre la mesa de una posada escocesa al lado del camino. Sosteniéndola hacia la luz, notó solo un agujero a través del cual brillaba la luz. Un gusano, parece, había comenzado en Génesis y comido hasta Apocalipsis, y Spurgeon oró: «Señor, hazme un gusano de libros como ese». Tal gusano de libros nunca se convierte en una lombriz de tierra. Tendrá alas dentro de poco.

Pero cualquiera que sea su método, no deje de leer la Biblia por libros. Lea Génesis de una sentada. Puede hacerlo en menos de tres horas. Luego tome Éxodo; luego Levítico, y así sucesivamente a través de toda la biblioteca de sesenta y seis volúmenes. El astrónomo debe mirar los cielos como un todo antes de tomar su telescopio. El botánico debe mirar los campos y jardines antes de tomar su microscopio. Si usted no ha leído las Escrituras, un libro de una sentada, puede dar por sentado que no conoce su Biblia.

Un estudio de palabras produce una cosecha rica de conocimiento y bendición.

Lutero dijo que estudiaba la Biblia como recogía manzanas. Primero, sacudía todo el árbol, para que las más maduras cayeran. Luego subía al árbol y sacudía cada rama, y cuando había sacudido cada rama, sacudía cada ramita, y luego miraba debajo de cada hoja. Escudriñemos la Biblia como un todo; sacudamos todo el árbol; léala tan rápidamente como leería cualquier otro libro; luego sacuda cada rama, estudiando libro tras libro. Luego sacuda cada ramita dando atención a los capítulos cuando no interrumpan el sentido. Luego sacuda cada rama por el estudio cuidadoso de los párrafos y oraciones, y será recompensado, si mirará debajo de cada hoja, escudriñando el significado de las palabras.

IV. Un Motivo Bíblico para el Estudio de la Biblia

Este es doble:

1. Para que podamos tener pensamiento correcto acerca de la vida eterna. «Porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna». En Cristo tenemos la vida eterna, pero en las Escrituras está nuestro pensamiento acerca de ella. Tenemos la bienaventuranza del hombre cuya «delicia está en la ley de Jehová, y en su ley medita de día y de noche». Mi arco de salvación descansa sobre dos pilares. El primer pilar es lo que Cristo hizo por mí, y eso es siempre de la misma longitud. Hubo un tiempo cuando el segundo pilar era la seguridad de salvación a través de mis sentimientos. Si me sentía bien y feliz, ese pilar era de la longitud correcta, y parecía bastante sólido, pero cuando venían sentimientos deprimidos, el pilar parecía más corto y amenazaba el arco. Un día, sin embargo, leí 1 Juan 5:13: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna». Y vi que se esperaba que confiara en las Escrituras y no en mis sentimientos para tener seguridad. Desde ese día el pilar de la seguridad ha sido todo el tiempo de la misma longitud, porque la Palabra de Dios nunca cambia. Los sentimientos pueden ir y venir, pero «sigo creyendo» la promesa. Pienso que tengo vida eterna, no porque me siento de tal o cual manera, sino porque Dios lo dice. Ahora el pilar del mérito de Cristo y el pilar de su promesa son de la misma longitud, y el arco de salvación ya no está amenazado por sentimientos cambiantes.
2. Para que podamos aprender de Jesús. «Ellas son las que dan testimonio de mí». Pocas cosas son más interesantes y ninguna más provechosa que rastrear la idea mesiánica a través de la Biblia. Comienza con la maldición sobre la serpiente en Génesis, y termina con «el Cordero como inmolado, en medio del trono» en Apocalipsis. En el carácter cristiano la imagen de Cristo está estropeada por imperfecciones, pero en las Escrituras el retrato es perfecto. Un amigo me describió una pintura que colgaba en la pared de su hogar de niñez. Cuando la veía por primera vez, era un hermoso paisaje con árboles, arroyos, casas y gente, pero, mientras la miraba, todas estas cosas

hermosas comenzaban a formar un rostro humano. En una inspección más cercana percibía que toda la pintura estaba diseñada para dar el rostro de Cristo. El estudiante devoto de las Escrituras está constantemente teniendo experiencias como esta. Él ve en la Biblia árboles de fidelidad, arroyos de verdad, paisajes de hermosura en acción y carácter, pero todos están arreglados de tal manera en su relación con Cristo que sacan a relucir los rasgos de su carácter. Mientras así Lo vemos como Él es, nos volvemos más y más como Él, hasta que dentro de poco veremos su rostro sin velo y seremos completamente transformados a su semejanza. «Escudriñad las Escrituras» para una visión del Señor Jesucristo.

Capítulo 29 La Certeza e Importancia de la Resurrección Corporal de Jesucristo de entre los Muertos

Por el Rev. R. A. Torrey, Doctor en Teología

La resurrección de Jesucristo de entre los muertos es la piedra angular de la doctrina cristiana. Se menciona directamente ciento cuatro veces o más en el Nuevo Testamento. Fue el punto más destacado y cardinal en el testimonio apostólico. Cuando la compañía apostólica, después de la apostasía de Judas Iscariote, sintió necesario completar su número nuevamente con la adición de uno para tomar el lugar de Judas Iscariote, fue para que él pudiera “uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección” (Hechos 1:21, 22). La resurrección de Jesucristo fue el único punto que Pedro enfatizó en su gran sermón en el Día de Pentecostés. Todo su sermón se centraba en ese hecho. Su nota clave fue: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos” (Hechos 2:32, cf. vv. 24-31). Cuando los apóstoles fueron llenos nuevamente con el Espíritu Santo algunos días después, el único resultado central fue que “con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús”. La doctrina central que el apóstol Pablo predicó a los filósofos epicúreos y estoicos en el Monte de Marte fue Jesús y la resurrección (Hechos 17:18, cf. Hechos 23:6; 1 Corintios 15:15). La resurrección de Jesucristo es una de las dos verdades fundamentales del Evangelio, siendo la otra su muerte expiatoria. Pablo dice en 1 Corintios 15:1, 3, 4: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”. Estas fueron las buenas nuevas, primero, que Cristo murió por nuestros pecados e hizo expiación; y segundo, que resucitó. La crucifixión pierde su significado sin la resurrección. Sin la resurrección, la muerte de Cristo fue solamente la muerte heroica de un noble mártir. Con la resurrección, es la muerte expiatoria del Hijo de Dios. Muestra que esa muerte es de suficiente valor para cubrir todos nuestros pecados, porque fue el sacrificio del Hijo de Dios. En ella tenemos un fundamento completamente suficiente para saber que el pecado más negro es expiado. Refuta la resurrección de Jesucristo y la fe cristiana es vana. “Y si Cristo no resucitó”, exclama Pablo, “vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe” (1 Corintios 15:14). Y más adelante añade: “y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”. Pablo, como el contexto claramente muestra, está hablando acerca de la resurrección corporal de Jesucristo. La doctrina de la resurrección de Jesucristo es la única doctrina que tiene poder para salvar a cualquiera que crea en ella con el corazón. Como leemos en Romanos 10:9: “que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Conocer el poder de la resurrección de Cristo es una de las ambiciones más altas del creyente inteligente, para alcanzar la cual sacrifica todas las cosas y las tiene por basura (Filipenses 3:8-10).

Mientras que la resurrección corporal literal de Jesucristo es la piedra angular de la doctrina cristiana, también es el Gibraltar de la evidencia cristiana, y el Waterloo de la infidelidad y el racionalismo. Si las afirmaciones bíblicas de la resurrección de Cristo pueden establecerse como certezas históricas, las demandas y doctrinas del cristianismo descansan sobre un fundamento incommovible. Por otro lado, si la resurrección de Jesucristo de entre los muertos no puede establecerse, el cristianismo debe irse. Fue un instinto verdadero el que llevó a un destacado y brillante agnóstico en Inglaterra a decir que no tiene caso perder tiempo discutiendo los otros milagros. La pregunta esencial es: ¿Resucitó Jesucristo de entre los muertos? añadiendo que si lo hizo, fue bastante fácil creer en los otros milagros; pero, si no, los otros milagros deben irse.

¿Son las declaraciones contenidas en los cuatro Evangelios acerca de la resurrección de Jesucristo declaraciones de hecho o son ficción, fábulas, mitos? Hay tres líneas separadas de prueba de que las declaraciones contenidas en los cuatro Evangelios acerca de la resurrección de Jesucristo son declaraciones exactas de hecho histórico.

I. La Evidencia Externa de la Autenticidad y Veracidad de las Narrativas del Evangelio

Este es un argumento completamente satisfactorio. Las pruebas externas de la autenticidad y veracidad de las narrativas del Evangelio son abrumadoras, pero el argumento es largo e intrincado y tomaría un volumen discutirlo satisfactoriamente. Los otros argumentos son tan completamente suficientes y abrumadores y convincentes para una mente sincera que podemos prescindir de este, bueno como es en su lugar.

El siguiente argumento es de

II. Las Pruebas Internas de la Veracidad de los Registros del Evangelio

Este argumento es completamente concluyente, y lo expondremos brevemente en las páginas que siguen. No asumiremos nada en absoluto. No asumiremos que los cuatro registros del Evangelio son historia verdadera; no asumiremos que los cuatro Evangelios fueron escritos por los hombres cuyos nombres llevan, aunque podría probarse fácilmente que lo fueron; ni siquiera asumiremos que fueron escritos en el siglo en el cual se alega que Jesús vivió y murió y resucitó, ni en el siguiente siglo, ni en el siguiente. No asumiremos absolutamente nada. Comenzaremos con un hecho que todos sabemos que es un hecho, a saber, que tenemos los cuatro Evangelios hoy, quienquiera que los haya escrito y cuandoquiera que fueron escritos. Colocaremos estos cuatro Evangelios lado a lado, y veremos si podemos discernir en ellos las marcas de la verdad o de la ficción.

1. Lo primero que nos llama la atención al comparar estos Evangelios uno con otro es que son cuatro relatos separados e independientes. Esto aparece claramente en las aparentes discrepancias en los cuatro relatos diferentes. Estas aparentes discrepancias son marcadas y muchas. Habría sido imposible que estos cuatro relatos hubieran sido inventados en colusión uno con otro, o que hubieran sido derivados uno del otro y que se encontraran en ellos tantas y tan marcadas discrepancias. Hay armonía entre los cuatro relatos, pero la armonía no yace en la superficie; sale solamente mediante estudio prolongado y minucioso. Es precisamente tal armonía como existiría entre relatos escritos o relatados por varias personas diferentes, cada una mirando los eventos registrados desde su propio punto de vista. Es precisamente tal armonía como no existiría en cuatro relatos fabricados en colusión, o derivados uno del otro. En cuatro relatos fabricados en colusión, cualquier armonía que hubiera aparecería en la superficie. Cualquier discrepancia que hubiera solamente saldría mediante estudio minucioso y cuidadoso. Pero con los cuatro Evangelios el caso es justo lo opuesto. La armonía sale mediante estudio minucioso y cuidadoso, y la aparente discrepancia yace en la superficie. Sean verdaderos o falsos, estos cuatro relatos son separados e independientes uno del otro. (Los cuatro relatos también se complementan uno al otro, el tercer relato a veces reconciliando aparentes discrepancias entre dos).

Estos relatos deben ser o un registro de hechos que realmente ocurrieron o ficciones. Si ficciones, deben haber sido fabricados de una de dos maneras: independientemente uno del otro, o en colusión uno con otro. No pueden haber sido fabricados independientemente uno del otro; los acuerdos son demasiado marcados y demasiados. Es absolutamente increíble que cuatro personas sentándose a escribir un relato de lo que nunca ocurrió independientemente una de otra hubieran hecho que sus historias concordaran hasta el grado en que estas lo hacen. Por otro lado, no pueden haber sido inventados, como ya hemos visto, en colusión uno con otro; las aparentes discrepancias son demasiado numerosas y demasiado notorias. Está probado que no fueron inventados independientemente uno del otro; está probado que no fueron inventados en colusión uno con otro, así que somos llevados a la conclusión de que no fueron inventados en absoluto, que son una relación verdadera de hechos como realmente ocurrieron. Podríamos descansar el argumento aquí y razonablemente dar el caso por resuelto, pero continuaremos aún más:

2. Lo siguiente que notamos es que cada uno de estos relatos lleva indicaciones sorprendentes de haber sido derivado de testigos oculares.

El relato de un testigo ocular es fácilmente distinguible del relato de uno que está simplemente repitiendo lo que otros le han dicho. Cualquiera que esté acostumbrado a pesar evidencia en la corte o en el estudio histórico pronto aprende cómo distinguir el reporte de un testigo ocular de mera evidencia de oídas. Cualquier estudiante cuidadoso de los registros del Evangelio de la resurrección detectará fácilmente muchas marcas del testigo ocular.

Hace algunos años cuando daba conferencias en una universidad americana, un caballero me fue presentado como siendo un escéptico. Le pregunté: “¿Qué línea de estudio está usted siguiendo?” Él respondió que estaba siguiendo un curso de posgrado en historia con miras a un profesorado en historia. Le dije: “Entonces usted sabe que el relato de un testigo ocular difiere en aspectos marcados del relato de uno que está simplemente contando lo que ha escuchado de otros?” “Sí”, respondió. Luego pregunté: “¿Ha leído usted cuidadosamente los cuatro relatos del Evangelio de la resurrección de Cristo?” Él respondió: “Lo he hecho”. “Dígame, ¿no ha notado indicaciones claras de que fueron derivados de testigos oculares?” “Sí”, respondió, “he quedado muy impresionado por esto al leer los relatos”. Cualquiera que los lea cuidadosa e inteligentemente quedará impresionado con el mismo hecho.

3. La tercera cosa que notamos acerca de estas narrativas del Evangelio es su naturalidad, franqueza, sencillez y simplicidad.

Los relatos, es verdad, tienen que ver con lo sobrenatural, pero los relatos mismos son muy naturales. Hay una ausencia notable de todo intento de colorido y efecto. No hay nada sino el relato simple y directo de los hechos como realmente ocurrieron. Frecuentemente sucede que cuando un testigo está en el estrado, la historia que cuenta es tan sencilla, tan directa, tan natural, hay tal ausencia completa de cualquier intento de colorido o efecto que su testimonio tiene peso independientemente de cualquier cosa que podamos saber del carácter o historia previa del testigo. Al escuchar su historia, nos decimos a nosotros mismos: “Este hombre está diciendo la verdad”. El peso de este tipo de evidencia se incrementa grandemente y alcanza certeza práctica cuando tenemos varios testigos independientes de este tipo, todos dando testimonio de los mismos hechos esenciales, pero con variedades de detalle, uno omitiendo lo que otro cuenta, y el tercero reconciliando inconscientemente aparentes discrepancias entre los dos. Este es precisamente el caso con las cuatro narrativas del Evangelio de la resurrección de Cristo. Los escritores del Evangelio no parecen haber reflexionado en absoluto sobre el significado o importancia de muchos de los hechos que relatan. Simplemente cuentan directamente lo que vieron en toda simplicidad y franqueza, dejando la filosofía a otros. El Dr. William Furness, el gran erudito y crítico unitario, quien ciertamente no estaba demasiado dispuesto a favor de lo sobrenatural, dice: “Nada puede exceder en sencillez y simplicidad los cuatro relatos de la primera aparición de Jesús después de su crucifixión. Si estas cualidades no son discernibles aquí, debemos desesperar de alguna vez poder discernirlas en algún lugar”.

Supongamos que debiéramos encontrar cuatro relatos de la batalla de Monmouth. Supongamos, además, que nada decisivo se supiera en cuanto a la autoría de estos cuatro relatos, pero, cuando los colocáramos lado a lado, encontráramos que eran manifiestamente relatos independientes. Encontráramos, además, indicaciones sorprendentes de que eran de testigos oculares. Los encontráramos todos marcados por esa sencillez, franqueza y simplicidad que siempre lleva convicción; encontráramos que, mientras aparentemente discrepan en detalles menores, concordaban sustancialmente en su relato de la batalla —aun cuando no tuviéramos conocimiento de la autoría o fecha de estos relatos, ¿no diríamos, en la ausencia de otros relatos: “Aquí hay un relato verdadero de la batalla de Monmouth”? Ahora este es exactamente el caso con las cuatro narrativas del Evangelio. Manifiestamente separadas e independientes una de otra, llevando las claras marcas de haber sido derivadas de testigos oculares, caracterizadas por una sencillez, simplicidad y franqueza sin paralelo, aparentemente discrepando en detalles menores, pero en perfecto

acuerdo en cuanto a los grandes hechos centrales relatados. Si somos justos y honestos, si seguimos los cánones de evidencia seguidos en la corte, si seguimos cualquier ley sana y sensata de crítica literaria e histórica, ¿no somos lógicamente llevados a decir: “Aquí hay un relato verdadero de la resurrección de Jesús”? Aquí nuevamente podríamos descansar nuestro caso y llamar probada la resurrección de Jesús de entre los muertos, pero continuamos aún más:

4. Lo siguiente que notamos es la evidencia no intencional de palabras, frases y detalles accidentales.

Frecuentemente sucede que cuando un testigo está en el estrado, la evidencia no intencional que da mediante palabras y frases que usa, y mediante detalles accidentales que introduce, es más convincente que su testimonio directo, porque no es el testimonio del testigo, sino un testimonio de la verdad a sí misma. Los relatos del Evangelio abundan en evidencia de este tipo.

Tomemos, como primera instancia, el hecho de que en todos los registros del Evangelio de la resurrección, se nos da a entender que Jesús no fue reconocido al principio por sus discípulos cuando se les apareció después de su resurrección, por ejemplo, Lucas 24:16; Juan 21:4. No se nos dice por qué fue así, pero si pensamos un rato sobre ello, pronto descubriremos por qué fue así. Pero las narrativas del Evangelio simplemente registran el hecho sin intentar explicarlo. Si las historias fueran ficticias, ciertamente nunca hubieran sido inventadas de esta manera, porque el escritor habría visto de inmediato la objeción que surgiría en las mentes de aquellos que no quisieran creer en su resurrección, es decir, que no era realmente Jesús a quien los discípulos vieron. ¿Por qué, entonces, se cuenta la historia de esta manera? Por la razón evidente de que los evangelistas no estaban inventando una historia para efecto, sino simplemente registrando eventos precisamente como ocurrieron. Esta es la manera en que ocurrió, por lo tanto esta es la manera en que lo contaron. No es una fabricación de incidentes imaginarios, sino un registro exacto de hechos cuidadosamente observados y registrados con precisión.

Tomemos una segunda instancia: En todos los registros del Evangelio de las apariciones de Jesús después de su resurrección, no hay una sola aparición registrada a un enemigo u oponente de Cristo. Todas sus apariciones fueron a aquellos que ya eran creyentes. Por qué fue así podemos verlo fácilmente con un poco de pensamiento, pero en ninguna parte de los Evangelios se nos dice por qué fue así. Si las historias hubieran sido fabricadas, ciertamente nunca hubieran sido inventadas de esta manera. Si los Evangelios fueran, como algunos nos harían creer, fabricaciones construidas cien, doscientos o trescientos años después de los eventos alegados registrados, cuando todos los actores estaban muertos y desaparecidos y nadie podía contradecir ninguna mentira contada, Jesús habría sido representado apareciendo a Caifás, y Anás, y Pilato, y Herodes, y confundiéndolos por su reaparición de entre los muertos. Pero no hay sugerencia ni siquiera de nada de este tipo en las historias del Evangelio. Cada aparición es a uno que ya es creyente. ¿Por qué es esto así? Por la razón evidente de que esta fue la manera en que las cosas ocurrieron, y las narrativas del Evangelio no están preocupadas con producir una historia para efecto, sino simplemente con registrar eventos precisamente como ocurrieron y como fueron observados.

Encontramos otra instancia más en el hecho de que las apariciones registradas de Jesús después de su resurrección fueron solamente ocasionales. Él aparecería en medio de sus discípulos y desaparecería, y no sería visto nuevamente quizás por varios días. Por qué fue así, podemos pensarlo fácilmente por nosotros mismos —Él evidentemente buscaba destetar a sus discípulos de su antigua comunión con Él en el cuerpo, y prepararlos para la comunión con Él mismo en el Espíritu que habría de seguir en los días venideros. Sin embargo, no se nos dice esto en las narrativas del Evangelio. Se nos deja descubrirlo por nosotros mismos, y esto es tanto más significativo por esa razón. Es dudoso si los discípulos mismos comprendieron el significado de los hechos. Si hubieran estado inventando la historia para producir efecto, habrían representado a Jesús estando con ellos constantemente, viviendo con ellos, comiendo y bebiendo con ellos, día tras día. ¿Por qué entonces se cuenta la historia como está registrada en los cuatro Evangelios? Porque

esta es la manera en que todo había ocurrido. Los escritores del Evangelio están simplemente preocupados con dar la representación exacta de los hechos como fueron atestiguados por ellos mismos y otros.

Encontramos otra instancia muy sorprendente en lo que está registrado concerniente a las palabras de Jesús a María en su primer encuentro (Juan 20:17). Jesús está registrado diciendo a María: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre”. No se nos dice por qué Jesús dijo esto a María. Se nos deja descubrir la razón de ello si podemos, y los comentaristas han tenido mucha dificultad en descubrirlo. Sus explicaciones varían ampliamente una de otra. Tengo una razón propia que nunca he visto en ningún comentario, pero de la cual estoy persuadido que es la razón verdadera, pero probablemente sería difícil persuadir a otros de que era la razón verdadera. ¿Por qué entonces está esta pequeña expresión de Jesús puesta en el registro del Evangelio sin una palabra de explicación, y que ha tomado dieciocho siglos explicar, y que aún no está completamente explicada satisfactoriamente? Ciertamente un escritor inventando una historia no pondría un pequeño detalle como ese sin significado aparente y sin un intento de explicación de ello. Las historias que se inventan se inventan con un propósito; los detalles que se insertan se insertan con un propósito, un propósito más o menos evidente, pero dieciocho siglos de estudio no han podido descubrir el propósito de por qué esto fue insertado. ¿Por qué entonces lo encontramos aquí? Porque esto es exactamente lo que sucedió. Esto es lo que Jesús dijo; esto es lo que María oyó decir a Jesús; esto es lo que María contó, y por lo tanto esto es lo que Juan registró. No podemos tener una ficción aquí, sino un registro preciso de palabras habladas por Jesús después de su resurrección.

Encontramos otra instancia más en Juan 20:4-6: “Corrieron los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí”. Todo esto está en sorprendente armonía con lo que sabemos de los hombres de otras fuentes. María, regresando apresuradamente de la tumba, irrumpe ante los dos discípulos y exclama: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto”. Juan y Pedro saltaron a sus pies y corrieron a toda velocidad a la tumba. Juan, el más joven de los dos discípulos (es tanto más sorprendente que la narrativa no nos dice aquí que era el más joven de los dos discípulos), era más veloz de pie y sobrepasó a Pedro y llegó primero a la tumba, pero siendo hombre de disposición retraída y reverente (no se nos dice esto aquí pero lo sabemos de un estudio de su personalidad como se revela en otra parte) no entró en la tumba, sino simplemente se agachó y miró adentro. Pedro impetuoso pero mayor viene tropezando detrás tan rápido como puede, pero cuando una vez alcanza la tumba, nunca espera un momento afuera sino que se lanza de cabeza adentro. ¿Esto está inventado, o, es vida? Él fue de hecho un artista literario de habilidad consumada quien tuvo la destreza de inventar esto si no ocurrió justo así. Hay incidentalmente un toque de colorido local en el reporte. Cuando uno visita hoy la tumba que los eruditos ahora aceptan como el lugar de sepultura real de Jesús, se encontrará inconscientemente obligado a agacharse para mirar adentro.

Otra instancia más se encuentra en Juan 21:7: “Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar”. Aquí nuevamente tenemos las marcas inconfundibles de verdad y vida. Los apóstoles habían ido al mandato de Jesús a Galilea para encontrarlo allá, pero Jesús no aparece de inmediato. Simón Pedro, con la pasión del pescador aún agitándose en su seno dice: “Voy a pescar”. Los otros respondieron: “Vamos nosotros también contigo”. Pescaron toda la noche, y, con la suerte característica de los pescadores, no pescaron nada. En el amanecer temprano Jesús está de pie en la orilla, pero los discípulos no lo reconocieron en la luz tenue. Jesús les llama: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” Y ellos responden: “No”. Él les manda echar la red al lado derecho de la barca y encontrarán. Cuando la echaron, no podían sacarla por la multitud de peces. En un instante, Juan, el hombre de percepción espiritual rápida, dice: “¡Es el Señor!” Tan pronto como Pedro, el hombre de acción impulsiva, lo oye, agarra su ropa de pescador, la echa sobre su forma desnuda y se lanza por la borda y nada hacia la orilla para alcanzar a su Señor. ¿Esto está inventado, o, es vida? Esto no es ficción. Si algún autor desconocido del cuarto Evangelio inventó esto,

él es el artista literario maestro de las eras, y deberíamos quitar cada otro nombre de nuestro panteón literario y colocarlo arriba de todos ellos.

Encontramos una instancia aún más conmovedora en Juan 20:15: “Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”. Aquí hay seguramente un toque que sobrepasa el arte de cualquier hombre de ese día o cualquier otro día. María había ido a la ciudad y notificado a Juan y Pedro que había encontrado el sepulcro vacío. Ellos parten corriendo al sepulcro. Como María ya había hecho el viaje dos veces, fácilmente la sobrepasan de lejos, pero con corazón pesado y pies lentos y cansados, ella hace su camino de regreso a la tumba. Pedro y Juan hace mucho se han ido cuando ella la alcanza, con el corazón quebrantado, pensando que no solamente su amado Señor ha sido asesinado, sino que su tumba ha sido profanada. Ella está afuera llorando. Hay dos ángeles sentados en la tumba, uno a la cabecera y el otro a los pies donde el cuerpo de Jesús había yacido. Pero la mujer afligida por el dolor no tiene ojos para ángeles. Ellos le dicen: “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella responde: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto”. Un crujido en las hojas a su espalda y ella se voltea para ver quién viene. Ve a Jesús de pie allí, pero, cegada por las lágrimas y la desesperación, no reconoce a su Señor. Jesús también le dice: “¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?” Ella, pensando que es el hortelano quien le está hablando, dice: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”. Ahora recuerda quién es la que hace la oferta, y qué ofrece hacer; una mujer débil ofrece llevar a un hombre adulto. Por supuesto, ella no podía hacerlo, pero cuán verdadero al amor de una mujer que siempre olvida su debilidad y nunca se detiene ante imposibilidades. Hay algo que hacer y ella dice: “Yo lo haré”, “Dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”. ¿Esto está inventado? ¡Nunca! Esto es vida; esto es realidad; esto es verdad.

Encontramos otra instancia en Marcos 16:7: “Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo”. Lo que quisiera que notaran aquí son las dos palabras: “y a Pedro”. ¿Por qué “y a Pedro”? ¿No era Pedro uno de los discípulos? Seguramente lo era, la cabeza misma de la compañía apostólica. ¿Por qué entonces “y a Pedro”? No se da explicación en el texto, pero la reflexión muestra que fue la expresión de amor hacia el discípulo abatido, desesperanzado que había negado a su Señor tres veces. Si el mensaje hubiera sido simplemente a los discípulos, Pedro habría dicho: “Sí, yo fui una vez un discípulo, pero ya no puedo ser contado como tal. Negué a mi Señor tres veces en esa noche terrible con juramentos y maldiciones. No se refiere a mí”. Pero nuestro tierno y compasivo Señor a través de su mensajero angélico envía el mensaje: “Ve, di a sus discípulos, y a quienquiera que digas, asegúrate de decir al pobre, débil, vacilante, descarriado, quebrantado de corazón Pedro”. ¿Esto está inventado, o es este un cuadro real de nuestro Señor? Lamento al hombre que es tan torpe que puede imaginar que esto es ficción. Incidentalmente nótese que esto está registrado solamente en el Evangelio de Marcos, el cual, como es bien sabido, es el Evangelio de Pedro. Cuando Pedro dictaba a Marcos un día lo que debía registrar, con ojos llorosos y corazón agradecido se volvería hacia él y diría: “Marcos, asegúrate de poner eso, ‘Decid a sus discípulos, y a Pedro’”.

Tomemos otra instancia más en Juan 20:27-29: “Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, créiste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. Noten aquí dos cosas; la acción de Tomás y la reprensión de Jesús. Cada una es demasiado característica para ser atribuida al arte de algún maestro de la ficción. Tomás no había estado con los discípulos en la primera aparición de nuestro Señor. Una semana había pasado. Otro día del Señor había llegado. Esta vez Tomás se asegura de estar presente; si el Señor va a aparecer, él estará allí. Si hubiera sido como algunos de nuestros escépticos modernos, habría tenido cuidado de estar ausente, pero, aunque era un incrédulo, era un incrédulo honesto y quería saber. De repente Jesús está en medio. Él dice a Tomás: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Por fin los ojos de Tomás son abiertos. Su fe reprimida por largo tiempo rompe cada barrera y barriendo hacia adelante lleva a Tomás a una altura más alta que cualquier otro discípulo había alcanzado

hasta ahora —exultante y adorando exclama, al mirar al rostro de Jesús: “¡Señor mío, y Dios mío!” Entonces Jesús tierna, pero escrutadoramente, lo reprende. “Tomás”, Él dice, “porque me has visto, creíste. Bienaventurados los (que están tan ansiosos de encontrar y tan rápidos para ver, y tan listos para aceptar la verdad, que no esperan demostración visible real sino que están listos para tomar la verdad sobre testimonio suficiente) que no vieron, y creyeron”. ¿Esto está inventado, o es vida? ¿Es un registro de hechos como ocurrieron, o una producción ficticia de algún artista maestro?

Tomemos otra instancia más: En Juan 21:15-17 leemos: “Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas”. Noten especialmente aquí las palabras: “Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas?” ¿Por qué preguntó Jesús a Pedro tres veces: “¿Me amas?” ¿Y por qué se entristeció Pedro porque Jesús le preguntó tres veces? No se nos dice en el texto, pero, si lo leemos a la luz de la negación tres veces repetida de Pedro de su Señor, lo entenderemos. Como Pedro había negado a su Señor tres veces, Jesús tres veces dio a Pedro oportunidad de reafirmar su amor. Pero esto, tierno como fue, trae de vuelta a Pedro esa noche terrible cuando en el patio de Anás y Caifás, negó a su Señor tres veces, y “Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas?” ¿Esto está inventado? ¿Inventó el escritor esto con este hecho en vista? Si lo hizo, seguramente lo habría mencionado. No puede haber sido inventado. No es ficción. Es simplemente reportar lo que realmente ocurrió. La veracidad precisa del registro sale aún más sorprendentemente en el griego que en la versión inglesa. Dos palabras diferentes son usadas para “amor”. Jesús, al preguntar a Pedro: “¿Me amas?” usa una palabra fuerte denotando la forma más alta de amor. Pedro, respondiendo: “Señor, tú sabes que te amo”, usa una palabra más débil, pero que denota una forma más tierna de amor. Jesús, la segunda vez usa la palabra más fuerte, y la segunda vez en su respuesta Pedro usa la palabra más débil. En su tercera pregunta, Jesús desciende al nivel de Pedro y usa la palabra más débil que Pedro había usado desde el principio. Entonces Pedro responde: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”, usando la misma palabra más débil. Esto no puede ser ficción. Es hecho reportado con precisión.

Tomemos otra instancia más: En Juan 20:16 leemos: “Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, maestro)”. ¡Qué toque delicado de la naturaleza tenemos aquí! María está de pie afuera de la tumba vencida por el dolor. No ha reconocido a su Señor, aunque Él le ha hablado. Lo ha confundido con el hortelano: Ha dicho: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré”. Entonces Jesús pronuncia solamente una palabra. Él dice: “María”. Como ese nombre vino temblando en el aire de la mañana, pronunciado con el tono familiar de antaño, hablado como nadie más lo había hablado jamás sino Él, en un instante sus ojos fueron abiertos. Ella cae a sus pies e intenta agarrarlos, y mira hacia su rostro, y exclama: “Raboni, mi maestro”. ¿Esto está inventado? ¡Imposible! Esto es vida. Este es Jesús, y esta es la mujer que lo amaba. Ningún autor desconocido del segundo, tercer o cuarto siglo, podría haber producido tal obra maestra como esta. Estamos aquí incuestionablemente cara a cara con la realidad, con la vida, con Jesús y María como realmente fueron.

Una ilustración importante más: En Juan 20:7 leemos: “y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte”. Qué extraño que tal pequeño detalle como este sea añadido a la historia sin absolutamente ningún intento de explicar. Pero cuán profundamente significativo es este pequeño detalle inexplicado. Recuerden las circunstancias. Jesús está muerto. Por tres días y tres noches su cuerpo está yaciendo frío y silencioso en el sepulcro, tan verdaderamente muerto como cualquier cuerpo jamás ha estado muerto, pero al final la hora señalada ha llegado, el aliento de Dios barre a través del barro durmiente y silencioso, y en ese momento supremo de su propia vida terrenal, ese momento supremo de la historia humana, cuando Jesús se levanta triunfante sobre la muerte y la tumba y Satanás, no hay excitación de su parte, sino con esa misma majestuosa autocompostura y serenidad que

marcó toda su carrera, esa misma calma divina que mostró sobre el Galilea agitado por la tormenta, cuando sus discípulos asustados lo despertaron de su sueño y dijeron: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?” y Él se levantó serenamente en la cubierta del buque sacudido y dijo a las olas tempestuosas salvajes y vientos: “Calla, enmudece”, y hubo una gran calma: así ahora nuevamente en este sublime, este momento tremendo, Él no arranca excitadamente el sudario de su rostro y lo lanza a un lado, sino absolutamente sin prisa humana o agitación, o desorden, Él lo desata calmadamente de su cabeza, lo enrolla y lo pone en un lugar aparte de manera ordenada. ¿Fue eso inventado? ¡Nunca! No contemplamos aquí una exquisita obra maestra del arte del romancista; leemos aquí la narrativa simple de un detalle sin igual en una vida única que fue realmente vivida aquí sobre la tierra, una vida tan hermosa que uno no puede leerla con una mente honesta y abierta sin sentir las lágrimas viniendo a sus ojos.

Pero alguien dirá, todas estas son pequeñas cosas. Verdad, y es de ese mismo hecho que ganan mucho de su significado. Es justo en tales pequeñas cosas que la ficción se revelaría. La ficción se muestra diferente del hecho en lo minucioso; en los grandes delineamientos sobresalientes puedes hacer que la ficción parezca verdad, pero cuando vienes a examinarla minuciosa y microscópicamente, pronto detectarás que no es realidad sino fabricación. Pero cuanto más microscópicamente examinamos las narrativas del Evangelio, más quedamos impresionados con su veracidad. Hay una sencillez y naturalidad y veracidad evidente en las narrativas, hasta el detalle más minucioso, que sobrepasa todas las posibilidades del arte.

La tercera línea de prueba de que las declaraciones contenidas en los cuatro Evangelios acerca de la resurrección de Jesucristo son declaraciones exactas de hecho histórico, es:

III. La Evidencia Circunstancial para la Resurrección de Cristo

Hay ciertos hechos probados y admitidos que demandan la resurrección de Cristo para explicarlos.

1. Más allá de cualquier duda, la verdad fundacional predicada en los primeros años de la historia de la iglesia fue la resurrección. Esta fue la única doctrina sobre la cual los apóstoles estaban constantemente haciendo énfasis. Si Jesús realmente resucitó de entre los muertos o no, es cierto que la única cosa que los apóstoles constantemente proclamaban era que Él había resucitado. ¿Por qué deberían los apóstoles usar esto como la piedra angular misma de su credo, si no estaba bien atestiguado y firmemente creído?

Pero esto no es todo: Dieron sus vidas por esta doctrina. Los hombres nunca dan sus vidas por una doctrina que no creen firmemente. Ellos declararon que habían visto a Jesús después de su resurrección, y en vez de renunciar a su declaración, dieron sus vidas por ella. Por supuesto, los hombres pueden morir por el error y a menudo lo han hecho, pero fue por error que firmemente creyeron. En este caso habrían sabido si habían visto a Jesús o no, y no meramente habrían estado muriendo por error sino muriendo por una declaración que sabían que era falsa. Esto no es solamente increíble sino imposible. Además, si los apóstoles realmente firmemente creyeron, como se admite, que Jesús resucitó de entre los muertos, tenían algunos hechos sobre los cuales fundaron su creencia. Estos habrían sido los hechos que habrían relatado al contar la historia. Ciertamente no habrían inventado una historia de incidentes imaginarios cuando tenían hechos reales sobre los cuales fundaron su creencia. Pero si los hechos fueron como se relatan en los Evangelios, no hay escape posible de la conclusión de que Jesús realmente resucitó. Aún más, si Jesús no hubiera resucitado, habría habido evidencia de que no lo hizo. Sus enemigos habrían buscado y encontrado esta evidencia, pero los apóstoles fueron arriba y abajo por la ciudad misma donde Él había sido crucificado y proclamaron justo en la cara de sus asesinos que Él había sido resucitado y nadie pudo producir evidencia de lo contrario. Lo mejor que pudieron hacer fue decir que los guardias se durmieron y los discípulos robaron el cuerpo mientras los guardias dormían. Hombres que dan evidencia de lo que sucede mientras están dormidos no son usualmente considerados como testigos creíbles. Aún más, si los apóstoles hubieran robado el cuerpo, ellos mismos lo habrían sabido y no habrían estado listos para morir por lo que sabían que era un fraude.

2. Otro hecho conocido es el cambio en el día de descanso. La iglesia primitiva vino de entre los judíos. Desde tiempos inmemoriales los judíos habían celebrado el séptimo día de la semana como su día de descanso y adoración, pero encontramos a los cristianos primitivos en los Hechos de los apóstoles, y también en escritos cristianos primitivos, reuniéndose en el primer día de la semana. Nada es más difícil de lograr que el cambio en un día santo que ha sido celebrado por siglos y es una de las costumbres más queridas del pueblo. Lo que es especialmente significativo acerca del cambio es que fue cambiado no por decreto expreso sino por consentimiento general. Algo tremendo debe haber ocurrido que llevó a este cambio. Los apóstoles afirmaron que lo que había ocurrido en ese día fue la resurrección de Cristo de entre los muertos, y esa es la explicación más racional. De hecho es la única explicación razonable del cambio.

3. Pero el hecho más significativo de todos es el cambio en los discípulos mismos, la transformación moral. En el tiempo de la crucifixión de Cristo, encontramos a toda la compañía apostólica llena de desesperación absoluta y total. Vemos a Pedro, el líder de la compañía apostólica, negando a su Señor tres veces con juramentos y maldiciones, pero unos días después vemos a este mismo hombre, lleno de un coraje que nada podía sacudir. Lo vemos de pie ante el concilio que había condenado a Jesús a muerte y diciéndoles: “sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano” (Hechos 4:10). Un poco más adelante cuando se le ordenó por el concilio no hablar en absoluto ni enseñar en el nombre de Jesús, oímos a Pedro y a Juan respondiendo: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:19, 20). Un poco más tarde aún después de arresto y prisión, en peligro de muerte, cuando severamente procesados por el concilio, oímos a Pedro y a los apóstoles respondiendo a su demanda de que debían guardar silencio respecto a Jesús, con las palabras: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas” (Hechos 5:29-32). Algo tremendo debe haber ocurrido para explicar tal transformación moral radical y asombrosa como esta. Nada menos que el hecho de la resurrección y de haber visto al Señor resucitado la explicará.

Estos hechos incuestionables son tan impresionantes y tan concluyentes que aun los eruditos incrédulos y judíos ahora admiten que los apóstoles creían que Jesús resucitó de los muertos. Aun Ferdinand Baur, padre de la Escuela de Tubinga, admitió esto. Aun David Strauss, quien escribió la más magistral *Life of Jesus* [Vida de Jesús] desde el punto de vista racionalista que jamás se haya escrito, dijo: “Solo se necesita reconocer esto: que los apóstoles creían firmemente que Jesús había resucitado”. Strauss evidentemente no deseaba admitir más de lo que tenía que admitir, pero se sintió obligado a admitir esto. Schenkel fue aun más lejos y dijo: “Es un hecho indiscutible que en la madrugada del primer día de la semana después de la crucifixión, la tumba de Jesús fue hallada vacía. Es un segundo hecho que los discípulos y otros miembros de la comunión apostólica estaban convencidos de que Jesús fue visto después de la crucifixión”. Estas admisiones son fatales para los racionalistas que las hacen. La pregunta surge de inmediato: “¿De dónde vienen estas convicciones y creencias?” Renan intentó dar una respuesta diciendo que “la pasión de una mujer alucinada (María) le da al mundo un Dios resucitado”. (*Life of Jesus* de Renan, página 357). Con esto, Renan quiere decir que María estaba enamorada de Jesús; que después de su crucifixión, meditando sobre ello, en la pasión de su amor, ella soñó hasta llegar a una condición donde tuvo una alucinación de que había visto a Jesús resucitado de los muertos. Ella reportó su sueño como un hecho, y así la pasión de una mujer alucinada le dio al mundo un Dios resucitado. Pero la respuesta a todo esto es evidente por sí misma, a saber, la pasión de una mujer alucinada no era competente para esta tarea. Recuerden la composición de la compañía apostólica; en la compañía apostólica había un Mateo y un Tomás que debían ser convencidos, afuera había un Saulo de Tarso que debía ser convertido. La pasión de una mujer alucinada no convencerá a un incrédulo terco como Tomás, ni a un recaudador de impuestos judío como Mateo. ¿Quién ha oído de un recaudador de impuestos, y más aún de un recaudador de impuestos judío, que pudiera ser engañado por la pasión de una mujer alucinada? Tampoco la pasión de una mujer alucinada convencerá

a un enemigo feroz y concienzudo como Saulo de Tarso. Debemos buscar alguna explicación más sensata que esta. Strauss trató de explicarlo preguntando si la aparición podría no haber sido visionaria. Strauss ha tenido, y todavía tiene, muchos seguidores en esta teoría. Pero a esto respondemos, en primer lugar, que no había punto de partida subjetivo para tales visiones. Los apóstoles, lejos de esperar ver al Señor, apenas podrían creer sus propios ojos cuando lo vieron. Además, ¿quién ha oído de once hombres teniendo la misma visión al mismo tiempo, por no mencionar quinientos hombres (1 Corintios 15:6) teniendo la misma visión al mismo tiempo? Strauss nos exige que renunciemos a un milagro razonable y sustituyamos quinientos milagros imposibles en su lugar. Nada puede superar la credulidad de la incredulidad.

El tercer intento de explicación es que Jesús no estaba realmente muerto cuando lo bajaron de la cruz, que sus amigos trabajaron sobre él y lo trajeron de vuelta a la vida, y lo que se suponía que era la aparición del Señor resucitado era la aparición de alguien que nunca había estado realmente muerto y ahora simplemente fue resucitado. Esta teoría de Paulus ha sido presentada y renovada por varios escritores racionalistas en nuestro propio tiempo y parece ser una teoría favorita de aquellos que hoy negarían la realidad de la resurrección de nuestro Señor. Para sostener este punto de vista, se ha apelado al corto tiempo que Jesús colgó en la cruz y al hecho de que la historia nos habla de uno en el tiempo de Josefo que fue bajado de la cruz y cuidado de vuelta a la vida. Pero a esto respondemos: (1). Recuerden los eventos que precedieron la crucifixión; la angustia en el huerto de Getsemaní; la terrible prueba de los cuatro juicios; los azotes y la consecuente condición física en la que todo esto dejó a Jesús. Recuerden también el agua y la sangre que brotaron de su costado traspasado. (2). En segundo lugar, respondemos, sus enemigos habrían tomado, y tomaron, todas las precauciones necesarias contra tal cosa que sucediera. (Juan 19:34). (3). Respondemos, en tercer lugar, si Jesús hubiera sido meramente resucitado, él habría estado tan débil, tal ruina física total, que su reaparición habría sido medida en su verdadero valor, y la transformación moral en los discípulos, por la cual estamos tratando de dar cuenta, todavía quedaría sin explicación. El oficial en el tiempo de Josefo, quien es citado como prueba, aunque fue traído de vuelta a la vida, era una ruina física total. (4). Respondemos en cuarto lugar, si fue traído de vuelta a la vida, los apóstoles y amigos de Jesús, que son los que se supone que lo trajeron de vuelta a la vida, habrían sabido cómo lo trajeron de vuelta a la vida, y que no era un caso de resurrección sino de resucitación, y el hecho principal por el cual se debe dar cuenta, a saber, el cambio en ellos mismos, quedaría sin explicación. La explicación intentada es una explicación que no explica. (5). En quinto lugar, respondemos, que la dificultad moral es la mayor de todas, porque si realmente fue un caso de resucitación, entonces Jesús trató de hacerse pasar por uno resucitado de los muertos, cuando en realidad él no era nada de eso. En ese caso, él sería un gran impostor, y todo el sistema cristiano descansa sobre un fraude como su fundamento final. ¿Es posible creer que tal sistema de religión como el de Jesucristo, que incorpora tales principios y preceptos elevados de verdad, pureza y amor, se originó en un corazón sincero que no está carcomido por el fraude y el engaño? Ningún hombre cuyo corazón sincero no está carcomido por el fraude y el engaño puede creer que Jesús haya sido un impostor, y que su religión haya sido fundada sobre el fraude. Un líder de las fuerzas racionalistas en Inglaterra recientemente ha tratado de probar la teoría de que Jesús solo aparentemente estaba muerto apelando al hecho de que cuando el costado de Jesús fue traspasado salió sangre y pregunta: “¿Puede un hombre muerto sangrar?” A esto la respuesta suficiente es que cuando un hombre muere de lo que se llama en lenguaje popular, un corazón roto, la sangre escapa al pericardio, y después de permanecer allí por un corto tiempo se separa en suero (el agua) y coágulo (los glóbulos rojos, sangre), y así si un hombre estuviera muerto, si su costado fuera traspasado por una lanza, y la punta de la lanza entrara en el pericardio, “sangre y agua” fluirían tal como el registro declara que sucedió, y lo que se presenta como una prueba de que Jesús no estaba realmente muerto, es en realidad una prueba de que él estaba muerto, y una ilustración de la minuciosa exactitud de la historia. No podría haber sido inventada de esta manera, si no fuera un hecho real.

Hemos eliminado todas las otras suposiciones posibles. Solo nos queda una, a saber, que Jesús realmente resucitó de los muertos al tercer día como se registra en los cuatro Evangelios. Las situaciones desesperadas a las que son llevados aquellos que intentan negarlo son en sí mismas prueba del hecho.

Tenemos entonces varias líneas independientes de argumento que señalan decisiva y concluyentemente a la resurrección de Cristo de los muertos. Algunas de ellas tomadas por separado prueban el hecho, pero tomadas juntas constituyen un argumento que hace imposible la duda de la resurrección de Cristo para la mente sincera. Por supuesto, si uno está determinado a no creer, ninguna cantidad de prueba lo convencerá. Tal hombre debe ser dejado a su propia elección deliberada del error y la falsedad; pero cualquier hombre que realmente desea conocer la verdad y está dispuesto a obedecerla a cualquier costo debe aceptar la resurrección de Cristo como un hecho históricamente comprobado.

Un brillante abogado en la ciudad de Nueva York hace algún tiempo habló con un ministro prominente de esa ciudad preguntándole si él realmente creía que Cristo resucitó de los muertos. El ministro respondió que sí, y pidió el privilegio de presentar la prueba al abogado. El abogado tomó el material ofrecido como prueba y lo estudió. Regresó al ministro, y dijo: “Estoy convencido de que Jesús realmente resucitó de los muertos. Pero”, entonces añadió, “no estoy más cerca de ser cristiano de lo que estaba antes. Pensé que la dificultad estaba en mi cabeza. Descubro que realmente está en mi corazón”.

Realmente hay solo una objeción importante a la doctrina de que Jesús resucitó de los muertos, y es: “No hay evidencia concluyente de que algún otro haya resucitado”. A esto una respuesta suficiente sería, aun si fuera cierto que ningún otro haya resucitado, no probaría en absoluto que Jesús no resucitó, porque la vida de Jesús fue única, su naturaleza fue única, su carácter fue único, su misión fue única, su historia fue única, y no es de sorprenderse, sino más bien de esperarse, que el resultado de tal vida también fuera único. Sin embargo, toda esta objeción es simplemente el argumento explotado de David Hume contra la posibilidad de lo milagroso renovado. Según este argumento, ninguna cantidad de evidencia puede probar un milagro, porque los milagros son contrarios a toda experiencia. ¿Pero son los milagros contrarios a toda experiencia? Comenzar diciendo que lo son es evadir la misma cuestión en debate. Pueden estar fuera de tu experiencia y la mía, pueden estar fuera de la experiencia de esta generación entera, pero tu experiencia y la mía y la experiencia de esta generación entera no es “toda experiencia”. Todo estudiante de geología y astronomía sabe que cosas han ocurrido en el pasado que están completamente fuera de la experiencia de la generación presente. Cosas han ocurrido dentro de los últimos diez años que están completamente fuera de la experiencia de los cincuenta años anteriores. La verdadera ciencia no comienza con una hipótesis *a priori* de que ciertas cosas son imposibles, sino simplemente examina la evidencia para averiguar qué ha ocurrido realmente. No tuerce sus hechos observados para hacerlos concordar con teorías *a priori*, sino que busca hacer que sus teorías concuerden con los hechos como se observan. Decir que los milagros son imposibles, y que ninguna cantidad de evidencia puede probar un milagro, es ser supremamente no científico. Dentro de los últimos años, en el dominio de la química por ejemplo, se han hecho descubrimientos con respecto al radio que parecían ir en contra de todas las observaciones previas con respecto a elementos químicos y a teorías químicas bien establecidas. Pero el científico no ha dicho por lo tanto que estos descubrimientos acerca del radio no pueden ser verdad; más bien ha ido a trabajar para averiguar dónde estaba el problema en sus teorías previas. Los hechos observados y registrados en el caso ante nosotros prueban hasta la demostración que Jesús resucitó de los muertos, y la verdadera ciencia debe aceptar esta conclusión y conformar sus teorías a este hecho observado. El hecho de la resurrección real y literal de Jesucristo de los muertos no puede ser negado por ningún hombre que estudie la evidencia en el caso con un deseo sincero de encontrar cuál es el hecho, y no meramente para apoyar una teoría *a priori*.

Capítulo 30 Observaciones sobre la Conversión y el Apostolado de Pablo

Por Lord Lyttelton

Analizado y Condensado por J. L. Campbell, Doctor en Teología
Cambridge, Mass.

El objetivo de este documento es presentar de forma abreviada el famoso argumento de Lord Lyttelton en defensa del cristianismo basado en la conversión del apóstol Pablo. A pocas palabras sobre el hombre mismo y sobre las interesantes circunstancias en las que se escribió este tratado introducirán adecuadamente el tema.

George Lyttelton nació en Hagley, Worcestershire, Inglaterra, el 17 de enero de 1709, y murió el martes por la mañana, 22 de agosto de 1773, a la edad de sesenta y cuatro años. Pertenecía a una distinguida “familia de larga ascendencia y sangre noble, que habitó durante siglos en el mismo lugar”. Educado en Eton y Oxford, poco después entró en el Parlamento, “y durante muchos años el nombre de George Lyttelton se vio en cada relato de cada debate en la Cámara de los Comunes”. Desde allí, avanzó sucesivamente al puesto de lord comisionado del tesoro y de canciller del tesoro, tras lo cual fue elevado a la nobleza. También fue un hombre de letras y sus años finales los dedicó casi por completo a actividades literarias. Fue escritor tanto de verso como de prosa y el Dr. Samuel Johnson nos ha proporcionado su biografía en su *Lives of the Poets* [Vidas de los Poetas]. Fuera de sus libros, que comprenden nueve volúmenes en octavo, sus memorias y correspondencia forman dos volúmenes adicionales que fueron compilados y editados por Robert Phillimore en 1845.

El siglo XVIII fue el periodo más oscuro religiosamente en la historia de Inglaterra desde la época de la Reforma. Fue la era de los grandes deístas, agnósticos, racionalistas e incrédulos, cuando “se pensaba que todos los hombres de rango eran infieles”. Al igual que tantos hombres literarios de su tiempo, George Lyttelton y su amigo Gilbert West fueron llevados al principio a rechazar la religión cristiana. En la mañana del sábado antes de morir, en una entrevista con el Dr. Johnson, Lyttelton dijo: “Cuando me inicié en el mundo tuve amigos que se esforzaron por sacudir mi creencia en la religión cristiana. Vi dificultades que me asombraron”, etc. En su biografía de Lord Lyttelton, el Dr. Johnson añade: “Él, en el orgullo de la confianza juvenil, con la ayuda de conversaciones corruptas, había albergado dudas sobre la verdad del cristianismo”. Su intimidad con Bolingbroke, Chesterfield, Pope y otros de la misma clase sin duda lo había influenciado en esa dirección. T. T. Biddolph nos cuenta que tanto Lyttelton como West, “hombres de talentos reconocidos, habían asimilado los principios de la infidelidad. ... Plenamente persuadidos de que la Biblia era una impostura, estaban decididos a exponer el engaño. Lord Lyttelton eligió la conversión de Pablo y el Sr. West la resurrección de Cristo como tema de crítica hostil. Ambos se sentaron a sus respectivas tareas llenos de prejuicios; pero el resultado de sus intentos separados fue que ambos se convirtieron por sus esfuerzos para derribar la verdad del cristianismo. Se reunieron, no como esperaban, para regocijarse por una impostura expuesta al ridículo, sino para lamentar su propia folla y felicitarse mutuamente por su convicción conjunta de que la Biblia era la palabra de Dios. Sus hábiles investigaciones han proporcionado dos de los tratados más valiosos a favor de la revelación, uno titulado *Observations on the Conversion of St. Paul* [Observaciones sobre la Conversión de San Pablo] y el otro *Observations on the Resurrection of Christ* [Observaciones sobre la Resurrección de Cristo]. El libro de West fue el primero publicado.

La obra de Lyttelton apareció al principio de forma anónima en 1747, cuando él tenía treinta y ocho años de edad. La edición que tengo ante mí contiene setenta y ocho páginas compactas. Está dirigida en forma de carta a Gilbert West. En el párrafo inicial dice: “La conversión y el apostolado de San Pablo por sí solos, debidamente considerados, fueron en sí mismos una demostración suficiente para probar que el cristianismo es una revelación divina”. El Dr. Johnson comentó que es un tratado “para el cual la infidelidad nunca ha sido capaz de fabricar una respuesta plausible”. El Dr. Philip Doddridge, quien se convirtió en el amigo

religioso más íntimo de Lyttelton, habla de la obra como “maestra” y “tan perfecta en su género como cualquiera que nuestra época haya producido”. Testimonios de este tipo podrían multiplicarse indefinidamente.

Pasemos ahora a un examen del libro mismo. Lyttelton comienza naturalmente presentándonos todos los hechos que tenemos en el Nuevo Testamento con respecto a la conversión de San Pablo; los tres relatos dados en Hechos; lo que tenemos en Gálatas, Filipenses, Timoteo, Corintios, Colosenses y en otros lugares. (Hechos 9:22-26; Gálatas 1:11-16; Filipenses 3:4-8; 1 Timoteo 1:12,13; 1 Corintios 15:8; 2 Corintios 1:1; Colosenses 1:1, etc.). Luego establece cuatro proposiciones que considera agotan todas las posibilidades del caso.

1. O bien Pablo era “un impostor que decía lo que sabía que era falso, con la intención de engañar”; o
2. Era un entusiasta que se impuso a sí mismo por la fuerza de “una imaginación acalorada”; o
3. Fue “engañado por el fraude de otros”; o, finalmente,
4. Lo que él declaró ser la causa de su conversión realmente sucedió; “y, por lo tanto, la religión cristiana es una revelación divina”.

I. Pablo no fue un impostor

Más de la mitad de su argumento (unas cuarenta páginas) está dedicada a la primera de estas proposiciones, que es realmente la clave de toda la situación. ¿Es esta historia de la conversión de Pablo, tan a menudo repetida en Hechos y en las Epístolas, una fabricación presentada por un hombre calculador con el propósito deliberado e intención de engañar?

Lyttelton plantea de inmediato la cuestión del motivo. ¿Qué pudo haberlo inducido, mientras iba camino a Damasco, lleno de odio implacable contra toda esta secta, a dar media vuelta y convertirse en discípulo de Cristo?

1. ¿Fue por riqueza?

No, toda la riqueza estaba en manos de aquellos a quienes había abandonado; la pobreza estaba del lado de aquellos con quienes ahora se identificaba. Tan pobres habían sido, que aquellos entre ellos que poseían alguna pequeña propiedad vendían lo que les pertenecía para proveer para las extremas necesidades de los demás. De hecho, una de las cargas impuestas posteriormente a Pablo fue recaudar medios para aquellos que estaban amenazados por el hambre. Tal era la condición humilde de estos primeros cristianos, que a menudo se negaba a aceptar nada de ellos, incluso para las necesidades básicas de la vida, sino que trabajaba él mismo para proveer para sus escasas necesidades. A los corintios les escribe: “Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos”. (1 Corintios 4:11, 12. Ver también 2 Corintios 12:14; 1 Tesalonicenses 2:4-9; 2 Tesalonicenses 3:8, etc.). En su despedida a los ancianos de Éfeso, apela a ellos sabiendo que es verdad que: “Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para mis necesidades y las de los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hechos 20:33, 34). Abandonó la gran jerarquía judía con su magnífico templo y sus tesoros rebosantes, donde su celo por reprimir a la odiada secta del Nazareno habría sido casi con seguridad recompensado con una fortuna. Unió su suerte a la de los discípulos pobres de Jesucristo, entre quienes su ambición era ser pobre. Cerca del final de su vida nos presenta la imagen de un anciano tiritando en una mazmorra romana y pidiendo patéticamente que se le envíe un capote para cubrir sus miembros desnudos y sufrientes durante la severidad de un invierno italiano.

2. ¿Fue por reputación?

No; aquellos con quienes se unió eran tenidos en desprecio universal; su Líder había sido ejecutado como un criminal entre ladrones; los jefes de la causa que él había adoptado eran hombres iletrados. Por otro lado, los hombres más sabios y grandes de toda la tierra rechazaban indignados las enseñanzas de esta nueva secta. La predicación de Cristo crucificado era para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura. No había reputación para el gran discípulo de Gamaliel al desprenderse de sus espléndidos honores e identificarse con un grupo de pescadores ignorantes. Solo sería execrado como un desertor y traidor de la causa judía, y podía estar seguro de que el mismo cuchillo sangriento que mató al Pastor del rebaño disperso pronto sería desenvainado contra él mismo. Toda la reputación que tan celosamente había construido desapareció en la hora en que se pasó a la nueva religión, y desde ese día en adelante el desprecio fue su porción. Llegó a ser considerado como la escoria del mundo y el desecho de todas las cosas. (1 Corintios 4:13).

3. ¿Buscaba el poder?

Sabemos lo que los hombres han hecho para alcanzar posiciones de prominencia y dominio sobre sus semejantes. Mahoma, los papas y muchos otros presentaron reclamos espirituales para promover con ello sus propios fines temporales. ¿Cómo fue con Pablo? Toda su carrera estuvo marcada por una ausencia total de búsqueda de sí mismo. No tenía la mira en ambiciones mundanas. No interfirió en nada “del gobierno o asuntos civiles; no se entrometió en la legislación; no formó estados; no provocó sediciones; no pretendió poder temporal”. No asumió preeminencia sobre otros cristianos. Se consideraba a sí mismo como no digno de ser llamado apóstol, como menos que el más pequeño de todos los santos, como el primero de los pecadores. A los que participaban en el mismo trabajo los llamaba “compañeros de trabajo” y “conservos”. Incluso si la verdad era difundida por aquellos hostiles a él, por “envidia y contienda”, con tal que Cristo fuera proclamado, “en esto me gozo, y me gozaré aún” (Filipenses 1:18). No se enseñoreó de las iglesias, ni siquiera de aquellas que él mismo había fundado. A la facción paulina en Corinto exclama: “¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿o fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?”. (1 Corintios 1:13). “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (2 Corintios 4:5). Aquellos que, por motivos egoístas, buscan influencia sobre las personas, las complacen y las adulan [como, por ejemplo, hizo Absalón]. No hubo nada de esto con Pablo. Reprendió a las iglesias sin reservas por sus pecados, y no dudó, si era necesario, en incurrir en su desagrado. Renunciando a toda preeminencia, posición y poder, predicó a Cristo y a Éste crucificado como la cabeza, y ocultó y enterró el yo detrás de la cruz. La tierra para él no era nada. Su ojo estaba fijo en el “galardón” (Hebreos 11:26).

4. ¿Fue su motivo la gratificación de alguna otra pasión?

Los impostores han fingido recibir revelaciones divinas como un pretexto para poder permitirse una conducta disoluta. ¿Fue así aquí? No; porque todas las enseñanzas de Pablo estaban en la más absoluta oposición a cualquier propósito de ese tipo. “Sus escritos no respiran más que la moralidad más estricta, obediencia a los magistrados, orden y gobierno, con el mayor aborrecimiento de toda licencia, ociosidad o comportamiento relajado bajo el manto de la religión”. Escribiendo a los tesalonicenses, lanza el desafío: “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprehensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:10). “A nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado” (2 Corintios 7:2). Toda la enseñanza del apóstol está en la más severa e intransigente hostilidad hacia todo lo que no sean los ideales más altos y santos.

5. ¿Fue un fraude piadoso?

Es decir, ¿fingió Pablo recibir una revelación divina para tener prestigio al promover las enseñanzas del cristianismo? Pero el cristianismo era la única cosa que él se había propuesto destruir. Convertirse en cristiano era incurrir en el odio, el desprecio, los tormentos y las muertes violentas que sufrían los cristianos

en aquel día. ¿Por qué entonces este cambio repentino en las propias opiniones de Pablo con respecto a las impopulares enseñanzas del Nazareno? ¿Habría soportado “la pérdida de todas las cosas” y se habría regocijado por ello, por lo que sabía que era un fraude? ¿Habría pasado una vida de trabajo tan arduo para inducir a otros a hacer cada sacrificio terrenal mientras sabía que detrás de todo estaba practicando un engaño? Sería una impostura tan poco provechosa como peligrosa, tanto para él mismo, el engañador, como para los otros a quienes engañaba. La teoría se refuta a sí misma. Solo la convicción más firme de que había recibido una revelación divina pudo haber inducido a Pablo a pasar por lo que él mismo sufrió, o haber pedido a otros que hicieran lo mismo. “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

Pero si hubiera practicado un engaño, no podría haberlo llevado a cabo con éxito. Los hombres a veces actúan por capricho. Supongamos que Pablo “simplemente lo hizo” sin ningún motivo que se pueda imaginar; entonces debe haber fracasado ignominiosamente en su intento de perpetuar tal fraude. ¿Cómo pudo, por ejemplo, haberse vuelto tan experto en los misterios y secretos de la nueva religión como para ser una autoridad y un apóstol de ella, si tuviera que depender para su conocimiento especial de la información recibida de hombres que sabían bien por amarga experiencia que él era su principal enemigo? Debió de venir de otra manera, y su propio relato lo aclara. “Pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:12). Si hubiera fabricado la historia de su conversión, ciertamente la habría ubicado en un lugar tan remoto u oculto que no pudiera haber testigos para refutarla. (Joe Smith, por ejemplo, y las planchas de oro del *Libro de Mormón*). En cambio, el milagro de la conversión de Pablo, con su gran luz del cielo que excedía el resplandor del sol, se sitúa en el camino público cerca de Damasco; al mediodía, cuando sus sentidos no podían ser engañados, y cuando todos los soldados y comisionados que lo acompañaban estaban con él en el lugar. Si hubiera habido una sombra de refutación, qué prontitud habrían tenido los judíos en Damasco para cortar de raíz la falsedad mediante el testimonio de los testigos que estaban presentes con Pablo en ese momento. O, cuando el apóstol se puso en pie en las gradas de la fortaleza en Jerusalén y contó toda la historia, ¿por qué las autoridades judías no lo silenciaron de una vez y para siempre demostrando que nada de eso había sucedido jamás, y lo probaron con la abundante evidencia de los testigos competentes que estaban con él, si no fuera cierto? Fue un evento que tuvo lugar ante los ojos del mundo, y sería sometido de inmediato al más estricto escrutinio. And the truth of the fact was so incontestably established that it had become a matter of common knowledge. Los judíos dijeron lo máximo que pudieron contra Pablo ante el tribunal romano, y sin embargo Pablo apeló directamente al rey Agripa en presencia de Festo en cuanto a su propio conocimiento personal de la verdad de la historia. “Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en algún rincón” (Hechos 26:26) – “una prueba muy notable tanto de la notoriedad del hecho como de la integridad del hombre, quien, con tan intrépida confianza, pudo pedir a un rey que diera testimonio por él, incluso mientras este estaba sentado juzgándole”. Además, ¿cómo es que Ananías fue al encuentro de tal enemigo en Damasco, si la historia de su conversión era inventada? Si Pablo fuera un impostor, entonces todos sus milagros no fueron más que trucos o juegos de manos. Sin embargo, él, un judío despreciado y odiado, se propuso la abrumadora tarea de convertir al mundo gentil –enseñando doctrinas que escandalizaban cada prejuicio y de las cuales solían burlarse con escarnio. En su contra estaban los magistrados con su política y poder, los sacerdotes con sus intereses y astucia, el pueblo con sus prejuicios y pasiones, los filósofos con su orgullo y sabiduría. ¿Podría él, mediante actos de prestidigitación en presencia de un pueblo astuto y hostil, dejar ciego a Elimas el mago; sanar a un cojo en Listra; restaurar a la pitonisa en Filipos; abrir con una oración las puertas de una prisión; resucitar a los muertos, etc., de modo que miles se convirtieran y se establecieran grandes iglesias puras, que renunciaban a todo pecado y deshonestidad, por todo el mundo romano? Nuestro autor muestra que esto sería imposible sin la ayuda divina y, por lo tanto, concluye que ha probado (1) que Pablo no era un tramposo contando una historia inventada sobre su conversión, y (2) que si lo fuera, no habría podido tener éxito.

II. Pablo no fue un entusiasta que se impuso a sí mismo

Este segundo argumento cubre veinte páginas. ¿Fue Pablo un entusiasta engañado cuya imaginación acalorada se impuso sobre él de modo que imaginó que era verdad aquello que nunca había sucedido realmente? Lord Lyttelton hace un análisis de los elementos que entran en la constitución de un hombre de este tipo. Encuentra que estos son cinco.

(1) Gran ardor de temperamento.

Aunque Pablo tenía un fervor intenso, como todos los grandes hombres, este estaba en todas partes gobernado por la discreción y la razón. Su celo era su sirviente, no el amo de su juicio. Poseía un tacto consumado que prueba su autocontrol. En asuntos indiferentes se hacía “a todos... de todo”; a los judíos se hizo como judío, a los que están sin ley, como si estuviera sin ley, a los débiles se hizo débil –todo, para ganar a algunos. (1 Corintios 9:19-23). “Su celo era ansioso y cálido, pero templado con prudencia, e incluso con las cortesías y decoros de la vida, como aparece por su comportamiento hacia Agripa, Festo y Félix; no el celo ciego, desconsiderado e indecente de un entusiasta”.

(2) Melancolía.

Él considera esto como una marca prominente de celo mal guiado. No encuentra nada de ello en Pablo. Hay una gran tristeza por su anterior persecución ignorante de la iglesia, pero no hay penitencias sombrías impuestas por él mismo, tales como las que los fanáticos melancólicos se infligen a sí mismos. Tenía el deseo de partir y estar con Cristo, pero no había nada morboso en ello. Todo se basaba en la revelación que ya tenía de las recompensas que le esperaban en la vida venidera. Con tacto se encontró con los atenienses, afirmando hábilmente ser el intérprete del “Dios no conocido” cuyo altar ellos mismos habían erigido. Nunca dudó en evitar la injusticia reclamando sus privilegios como ciudadano romano. Él era la antítesis misma de la melancolía. En cualquier estado en que se encontrara, había aprendido a estar contento. Ni sus acciones, ni sus escritos, ni sus interesados saludos y saluciones muestran el más mínimo tinte de melancolía.

(3) Ignorancia.

Este cargo no podía imputarse al apóstol. Educado a los pies del gran Gamaliel, parecía ser maestro no solo del aprendizaje judío, sino también del griego (y romano).

(4) Credulidad.

Como residente de Jerusalén, Pablo no podía ser ajeno a la fama de los milagros realizados por Jesús. Tenía los hechos de la resurrección de nuestro Señor, de Pentecostés y todos los milagros realizados por los apóstoles hasta la muerte de Esteban. Lejos de ser crédulo, había cerrado su mente contra toda prueba y se negaba a creer. “Nada menos que la evidencia irresistible de sus propios sentidos, libre de toda posibilidad de duda, pudo haber vencido su incredulidad”.

(5) Vanidad o presunción.

La vanidad y el fanatismo suelen ir juntos. Los hombres de este tipo se halagan pensando que, debido a su mérito superior, son los receptores de favores y dones extraordinarios de Dios, y de estos hacen alarde. No hay ni una palabra en sus Epístolas, ni un acto registrado en su vida, en el que aparezca la más mínima marca de esto. Cuando se ve obligado a vindicar su pretensión apostólica de un ataque injustificado, lo hace con eficacia, pero de la manera más breve y con muchas disculpas por verse obligado a hablar así de sí mismo. (2 Corintios 11:1-30). Cuando tuvo una visión del cielo, modestamente ocultó su propio nombre y lo cubrió en tercera persona. Durante catorce años observó un silencio absoluto con respecto a esta marca especial del favor divino. (2 Corintios 12:1-12). ¿Sería esta la forma en que actuaría un hombre vanidoso?

Ni Pablo es el que planta, ni Apolos el que riega, nada son, sino Dios que da el crecimiento. (1 Corintios 3:4-7). En lugar de presunción, escribe sobre sí mismo en términos de la más completa abnegación. En todas partes es “no yo, sino la gracia de Dios conmigo”. (1 Corintios 15:10). Su modestia aparece en cada página.

(6) Pero supongamos ahora que, de alguna manera totalmente inexplicable, Pablo hubiera sido realmente arrastrado por el entusiasmo en ese momento, y se hubiera impuesto a sí mismo imaginando los eventos que tuvieron lugar. La respuesta de Lyttelton es que tal cosa era imposible. Utiliza aquí el argumento que desde entonces se ha empleado tan eficazmente para refutar la teoría de la visión de Renan sobre la resurrección de nuestro Señor. En tales circunstancias, los hombres siempre ven lo que esperan ver. Una visión imaginada estará de acuerdo con las opiniones ya impresas en la mente de uno. El propósito de Pablo estaba claramente fijado. A petición propia, había sido investido con autoridad para perseguir a los cristianos, y ahora se dirigía de Jerusalén a Damasco en este mismo cometido. Consideraba a Cristo como un impostor y un blasfemo que había sido justamente ejecutado. Todas sus pasiones estaban inflamadas en el más alto grado contra sus seguidores. Comenzó su viaje hacia el norte “respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor” (Hechos 9:1). “Y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras” (Hechos 26:11) “Estaba el orgullo de sostener un papel en el que se había comprometido voluntariamente, y el crédito que encontraba que le procuraba entre los principales sacerdotes y gobernantes, cuya comisión portaba”. En estas circunstancias, un entusiasta salvaje podría en efecto imaginar que veía una visión, pero sería una que lo urgiera a seguir adelante para hacer lo que había salido a cumplir. Sin que nada hubiera sucedido para cambiar sus opiniones o alterar la inclinación de su mente, sería tan imposible para él, en un momento, haber imaginado la revolución completa que se registra en el Nuevo Testamento como lo sería para un río caudaloso “llevar un bote contra la corriente de su propio flujo”. Podríamos añadir, es de esperar tanto que el mismo río impetuoso se detenga en su curso sin causa alguna y retroceda violentamente montaña arriba, como esperar que toda la corriente del pensamiento, sentimiento, imaginación y propósito de Pablo se invirtiera instantáneamente sin ninguna causa. No pudo haber ocurrido. Y habría sido igualmente imposible para todos los que estaban con él haber experimentado el mismo engaño, porque ellos también vieron la luz por encima del resplandor del sol del mediodía y oyeron la voz del cielo, aunque no entendieron las palabras. ¿Pero supongamos que fue un meteoro lo que estalló sobre ellos? ¿Cómo explicar entonces las palabras que Pablo oyó hablar en lengua hebrea y el diálogo que siguió? ¿Cómo explicar su ida a un lugar determinado en Damasco, de acuerdo con las instrucciones recibidas aquí? ¿Cómo explicar el conocimiento que tenía Ananías y que condujo a su entrevista? ¿Cómo explicar el milagro después de tres días por el cual se curó la ceguera de Pablo? ¿Y cómo explicar las obras poderosas y maravillas después realizadas por Pablo, todas consecuentes con esta primera revelación? (Siguiendo la sugerencia de, tal vez, Krenkel, se le atribuye a un profesor de Nueva Inglaterra la enseñanza de que en su conversión Pablo simplemente tuvo un ataque epiléptico. Pero, ¿tuvieron todos los de la compañía que estaban con él un ataque similar en el mismo instante, ya que todos vieron algo? Y, además, ningún trastorno de este o cualquier otro tipo puede explicar los hechos del caso. La maravillosa obra de la vida de Pablo revolucionó la historia de su época, y su influencia se siente poderosamente todavía, después de casi dos mil años, en todo el mundo. Uno casi se siente tentado a decir que si tal es el resultado de un ataque de epilepsia, qué lástima que un profesor como este no haya tenido un ataque similar. Entonces posiblemente él también podría ser escuchado aún en el mundo).

III. Pablo no fue engañado por otros

Esta tercera posible solución la descarta Lyttelton en una sola página. El fraude de otros no pudo haberle engañado; porque, (1) era moralmente imposible que los discípulos de Cristo pudieran haber pensado en tal fraude en el instante de la mayor furia de Pablo contra ellos. (2) Era físicamente imposible para ellos hacerlo. ¿Podían producir una luz más brillante que el sol del mediodía; causarle oír una voz hablando desde esa luz; dejarle ciego durante tres días y luego devolverle la vista con una palabra, etc.? No había cristianos alrededor cuando tuvo lugar el milagro de su conversión. (3) Ningún fraude pudo haber producido

esos milagros posteriores que él mismo realizó activamente y a los que apeló con tanta confianza como prueba de su misión divina.

IV. El cristianismo es una revelación divina

Nuestro autor considera que ha proporcionado suficiente evidencia para mostrar (1) que Pablo no fue un impostor que proclamaba deliberadamente lo que sabía que era falso con la intención de engañar; (2) que no fue engañado por una imaginación acalorada, y (3) que no fue engañado por el fraude de otros. A menos que, por lo tanto, estemos dispuestos a dejar de lado el uso de nuestro entendimiento y todas las reglas de evidencia por las cuales se determinan los hechos, debemos aceptar toda la historia de la conversión de Pablo como literal e históricamente verdadera. Tenemos, por lo tanto, lo sobrenatural, y la religión cristiana queda probada como una revelación de Dios.

Esforzándome por seguir lo más cerca posible el original y, sin embargo, considerablemente en mi propio lenguaje, he buscado dar la esencia del argumento inigualable de Lord Lyttelton, que ha sido de bendición para miles de almas que dudaban. Que este esquema conduzca a un examen sincero, ya que tal examen debería inevitablemente conducir a aquel a quien Pablo vio en medio de la gloria cerca de la puerta de Damasco.

Capítulo 31 Un Testimonio Personal (H. W. Webb-Peploe)

Por el Rev. H. W. Webb-Peploe, Maestría en Teología

Vicario de St. Paul's, Onslow Square, Londres, y Prebendado de la Catedral de San Pablo

Todo hombre, creo yo, si se le pidiera registrar sus propias experiencias espirituales, estaría dispuesto a reconocer que en su caso al menos —mientras que debe mucho al santo celo de algún pariente amado o amigo— la obra del Espíritu Santo fue llevada a cabo tan maravillosamente que nada más que la sabiduría divina podría haber satisfecho y superado las necesidades que surgían día a día, desde el momento en que fue primeramente “convencido” o hallado convicto “de pecado” y hecho comprender su verdadera posición ante Dios. De todos modos, al buscar registrar mis propias experiencias personales (como se me ha pedido encarecidamente que haga, o nunca hubiera pensado en escribir así) solo puedo maravillarme y regocijarme por la manera maravillosa en que Dios proveyó tan gentilmente para mis necesidades espirituales a medida que surgían. La única maravilla real en tal caso es que el amor de Dios pudiera continuar exhibiéndose hacia uno que tan ingratamente buscaba resistirlo, hasta que al final Él me ha permitido “aun a mí” decir de corazón:

“Más alto que el cielo más alto,
Más profundo que el mar más profundo,
Señor, Tu amor al fin ha conquistado;
Nada de mí, y todo de Ti”.

A mis honrados padres debo prácticamente más de lo que puedo contar. Desde mi más tierna juventud tuve toda ventaja y ayuda espiritual. No puedo dudar que, en días posteriores, la instrucción recibida tanto de sus palabras como de su ejemplo tendió a hacerme obediente a la voz de Dios en mi alma. De hecho, nunca podía ceder a la tentación sin dolorosos remordimientos de conciencia; y especialmente después de mi confirmación (para la cual fui preparado por el Dr. Boyd, después Decano de Exeter) pasé por dolores y tristezas por un tiempo siempre que había pecado contra la luz.

Pero ni las advertencias ni las súplicas tuvieron efectos duraderos, hasta que finalmente en el otoño de 1856, mientras residía con el Sr. Jenkins, Vicario de Hazlewood, Derbyshire, como alumno privado antes de ir a Cambridge, fui invitado a quedarme por una noche en Osmaston Manor, el espléndido hogar del difunto Sr. Frank Wright. Por la noche su hijo (quien sería más tarde el Reverendo Henry Wright, Secretario Honorario de la Sociedad Misionera de la Iglesia) —en ese momento apenas entrando a la virilidad como yo— me pidió que fuera con él al techo para ver los efectos de la luz de la luna.

Su invitación tenía un propósito —pues él era incluso entonces “un maestro” en ganar almas; y aunque ahora no puedo recordar ningún argumento particular que usara, sé que me envió a mi habitación profundamente conmovido con el sentido de mi propia locura y pecado al dar mi vida al mundo en lugar de a Dios. A la mañana siguiente me dio una Biblia (pues yo no había, creo, llevado una a casa de mi tutor), después de escribir en ella las palabras de San Pablo a Tito: “retenedor de la palabra fiel”. Esa Biblia la tengo y la atesoro aún después de cuarenta y siete años de tiempo.

Desde Osmaston Manor conduje hasta el pueblo de Derby, y para el momento en que llegué allí había comenzado a pensar que era un tonto por escuchar tan prontamente a uno que de hecho me había convencido de pecado, pero no había logrado persuadirme de aceptar a Cristo Jesús como mi Señor. En consecuencia, comencé (como tantos otros han hecho en circunstancias similares) a desear poder deshacerme de las impresiones dolorosas producidas; y habiendo observado en los muros del pueblo que las carreras se

llevaban a cabo en Derby ese día, y teniendo unas pocas horas libres antes de presentarme donde mi tutor, pensé que vería si con mi primera visita al hipódromo podía sacudirme mi sentido de pesadez y angustia.

Al llegar al hipódromo las puertas estaban cerradas para permitir que se corriera una carrera sin peligro de interrupción, y al llegar yo a esas puertas los caballos pasaron a toda velocidad, y vi la única carrera de caballos que he presenciado en mi vida.

En ese momento un joven —casi tan joven como yo— tocó su sombrero y, extendiéndome un pequeño trozo de papel, dijo: “Pido perdón, señor; ¿sería tan amable de leer esto?”.

Pensé que él quería que yo se lo leyera, así que lo tomé y lo miré como para ayudarlo. Cuál fue mi asombro al encontrar solo estas palabras (impresas) en el papel: “Lector, si murieras esta noche, ¿estaría tu alma EN EL INFIERNO?”.

Simplemente di la vuelta y huí como un cobarde aterrorizado (como lo era), ya no pensando en las carreras, sino solo en cómo escapar del juicio de Dios y de las terribles garras del diablo, ambos de los cuales parecían ser igualmente terribles.

Tenía unas seis o siete millas para ir a casa de mi tutor, pero creo que logré esta distancia (cuesta arriba) en una hora, tan ansioso estaba de huir de la ira que yo había invocado. Pero aún así, como se observará, solo estaba convencido de mi propia locura, y no estaba descansando mi alma en Cristo. “por medio de la ley es el conocimiento del pecado”, y “la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo”. “Conociendo los terrores de la ley” Dios me había, a través de su mensajero, “persuadido” hasta tal punto que estaba totalmente avergonzado del pasado; pero aunque la impresión fue profunda, no me atrevo a decir qué habría sucedido si el buen Señor no hubiera levantado de una manera notable a otros ayudadores para mi alma.

Las amables palabras de mi tutor ahora comenzaron a impresionarme, y mi buen amigo Henry Wright me escribió hermosas cartas; pero (por las pocas semanas que quedaban antes de que tuviera que enfrentar las tentaciones de Cambridge) quizás mi principal y más valioso ayudador fue un joven granjero llamado Stephens, que vivía en la parroquia. A él lo había evitado cuidadosamente hasta entonces, porque había oído que se había “convertido de una manera muy notable después de vivir una vida de grave locura y pecado”, y que “ahora siempre estaba tratando de hablar a la gente sobre sus almas”.

Unos dos o tres días después de mi experiencia en Derby, llegué a uno de los llamados “stiles” (pasos de cerca) en Derbyshire, que son simplemente como una estrecha “V”. Al poner mi pie a través de él, mi amigo Stephens me encontró en el paso y repentinamente dijo: “Al fin estamos cara a cara. Ahora, ¿por qué me evitabas? Deseo que vengas y leas la Biblia conmigo. Quiero saber más de ella, y estoy seguro de que tú debes querer también”. ¡Aquí estaba al menos una tercera persona que, en el curso de una semana, había sido guiada por Dios para ofrecer un llamado especial a mi alma! ¿Cómo podría resistir la voz de gracia, misericordia y paz?

¡Gracias a Dios, no lo hice! Fui regular y frecuentemente, por el corto tiempo que quedaba, a leer la Palabra de Dios y a orar con mi joven amigo; y aunque nunca le he visto a él ni al extraño de Derby de nuevo, siento que es solo un deber y un privilegio reconocer (cuando se me pide narrar mi conversión) cuánto bajo Dios debo a sus dos humildes mensajeros.

¿Y fue la vida consistente y espiritual siempre después? Se me pregunta. ¡Ay, no! Hubo muchas subidas y bajadas, y muchas declinaciones de la gracia. Tan débil vio el Señor a su siervo ser, que en misericordia y amor Él tuvo que salvarme de la tentación permitiendo que ocurriera una terrible caída de unos quince o dieciséis pies, cuando estaba presumiendo como gimnasta campeón poco después de subir a Cambridge. Desde ese momento tuve que pasar tres años casi enteramente en mi sofá, pasando todos mis exámenes

(incluso el de mi ordenación) en una posición recostada. De esto me levanté dos veces, como determinado a salirme con la mía. Un año gané la copa Universitaria de salto alto y largo, y al siguiente aseguré la copa de clavados y natación; pero en cada ocasión tuve que volver a mi sofá para aprender de Dios por otro año entero.

Mucho más podría contarse de los tratos misericordiosos del Señor con un pecador; pero lo que se ha dicho, espero, bastará para probar la verdad de las palabras con las cuales abrí este relato, y también para mostrar cuán enteramente la obra es del Señor, aunque Él se digna hacer uso de sus vasos humanos para llevar gracia al alma. A Él permitidme ofrecer mi tributo de gracias, y dar toda la gloria y alabanza posible por que Él se haya dignado tomar a tan pobre pecador y contarlo entre sus hijos, permitiéndome decir con todo mi corazón: “habiendo yo sido ciego, ahora veo”. Jesucristo es de hecho para mí todo en todo, y “¡Gracias a Dios por su don inefable!”.

Capítulo 32 El Testimonio de las Misiones Extranjeras sobre la Providencia Supervisora de Dios

Por el finado Arthur T. Pierson

Dios está en la creación; el cosmos seguiría siendo un caos si se dejara a Dios fuera. Él también está en los eventos; toda la historia de las misiones es un misterio hasta que se lee como su historia.

Ahora vamos a ver las pruebas de una providencia supervisora de Dios en las misiones extranjeras. La palabra “providencia” significa literalmente pre-visión, y por lo tanto, pre-acción —preparación para lo que se prevé— expresando un gobierno divino e invisible de este mundo, que incluye cuidado, control y guía, ejercido sobre la creación animada e inanimada. En su alcance más amplio implica presciencia y preordenación, preservación y administración, ejercidas en todos los lugares y en todo momento.

Para nuestro propósito actual, la palabra “providencia” puede limitarse a la actividad divina en el control total de personas y eventos. Esta esfera de acción y administración, o superintendencia, abarca tres departamentos: primero, el natural o material —creación; segundo, el espiritual o inmaterial— nueva creación; y tercero, la historia intermedia en la que Él adapta y ajusta el uno al otro, de modo que incluso los elementos estropeados y hostiles, introducidos por el pecado, se hacen tributarios del triunfo final de la redención. La degeneración del hombre se corrige en la regeneración; lo natural se hace subordinado a lo sobrenatural, e incluso la ira del hombre al amor y la gracia de Dios.

Manifestaciones de Dios

Así, intermedio entre el misterio de la creación y el misterio de la nueva creación yace el misterio de la historia, vinculando a los otros dos. Ahora vamos a trazar brevemente la obra del Creador y Gobernante tanto de los mundos materiales como de los mundos temporales, controlando las fuerzas ciegas de la naturaleza y las fuerzas inteligentes de la naturaleza humana, para hacer que todos los eventos y agencias sirvan a sus fines como Redentor.

En la creación Dios manifiesta especialmente su eternidad, poder y sabiduría; en la historia, su soberanía y majestad, justicia y rectitud; en la redención, su santidad y benevolencia, y, sobre todo, gracia o el ejercicio voluntario de su amor. Una vez admitidas estas posiciones, podemos esperar encontrar, especialmente en la historia de las misiones, pruebas de la providencia supervisora de Dios, de su triple administración como Legislador, Rey y Juez; en su capacidad legislativa, mandando y aconsejando; en su capacidad ejecutiva, gobernando y dirigiendo; en su capacidad judicial, recompensando y castigando. El espacio permite solo un vistazo general como el de un paisaje desde la cima de una montaña.

La Empresa de Dios

La obra de las misiones es eminentemente la empresa de Dios —tiene en ella el sello de su autoridad. Él la llama su propia visita a los gentiles: “...Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre”. [Hechos 15:14] Así, todo el curso de las misiones se convierte en la marcha de Dios a través de las edades. Él tiene su vanguardia, los precursores que preparan su camino, alistando y anunciando su acercamiento. Él tiene su guardia personal, los asistentes inmediatos que señalizan su avance real, portan sus estandartes y ejecutan su voluntad; y Él tiene su retaguardia, los movimientos resultantes consecuentes y complementarios al resto.

En otras palabras, la providencia supervisora de Dios en las misiones se ve desde tres puntos de vista:

1. En las preparaciones divinas para la evangelización mundial.
2. En la cooperación divina en la actividad misionera.
3. En la bendición divina sobre todo servicio fiel.

Las Preparaciones de Dios

Cada uno de estos abarca muchos detalles que exigen más que un vistazo rápido. Las preparaciones de Dios alcanzaron a través de milenios. Pero dentro del siglo que acaba de cerrarse le vemos moviéndose, abriendo puertas y moldeando eventos, causando la eliminación de obstáculos y el hundimiento de barreras, levantando e impulsando obreros, y suministrando nuevas facilidades; y conspicuamente en la promoción de la traducción y difusión de la Biblia.

La Cooperación de Dios

Su cooperación se ve en la unidad y continuidad de la obra, en la marcada idoneidad entre los obreros y la obra, los nuevos campos y las nuevas facilidades.

Sorprendentes correspondencias en la historia de las misiones revelan su omnipresencia y fidelidad, tales como sincronismos y sucesiones entre sus siervos elegidos, líneas de labor paralelas y convergentes, y enlaces de servicio. Todo esto, y mucho más, muestra, detrás de las vidas y hechos de los obreros, un poder superior que obró en ellos tanto el querer como el hacer.

La Bendición de Dios

La historia de las misiones muestra también claros rastros del Juez. Obstáculos y obstaculizadores a veces eliminados por repentinos juicios retributivos; naciones que no servirían a sus fines declinando e incluso pereciendo; e iglesias, malditas con apatía y letargo espiritual, decayendo. Por otro lado, su aprobación ha sido tan marcada en compensaciones por la abnegación y en recompensas por el servicio; en hacer de la sangre de los mártires la semilla de nuevas iglesias, y en elevar a un nivel superior la vida individual y de la iglesia que ha sido más desinteresadamente celosa y ferviente de su reino.

Los filósofos paganos consideraban la *vía láctea* como un viejo camino en desuso del sol, sobre el cual Él había dejado alguna leve impresión de su gloriosa presencia en el polvo de estrellas dorado de sus pasos. Para quien observa con oración la historia de las misiones, es la *vía láctea* de Dios; Él ha pasado por ese camino, e hizo el lugar de sus pies glorioso.

La brevedad prohíbe más que la cita de instancias suficientes para demostrar e ilustrar estas posiciones. La evidencia de la cooperación divina será, por supuesto, más clara donde haya la adherencia más cercana a sus métodos declarados de trabajo. En cuanto a ...

Preparación Divina para las Misiones

¿qué eventos y qué mensajeros han sido sus precursores elegidos? La primera mitad del siglo dieciocho parecía más propensa a ser la madre de la iniquidad y la idolatría que a mecer la cuna de las misiones mundiales. El deísmo en el púlpito y el ateísmo práctico en la banca engendraron naturalmente apatía, si no antipatía, hacia la difusión del Evangelio. Hace ciento cincuenta años, en el cuerpo de la iglesia, la enfermedad era dominante y la muerte parecía inminente. La infidelidad y la irreligión acechaban, negando a Dios y desafiando a Dios. En el campamento y la corte, en el tribunal y en el estrado, en el hogar y en la iglesia, había una plaga de herejía y una lepra moral.

Tres Grandes Fuerzas

¡Cómo llegó entonces un siglo de misiones modernas! Tres grandes fuerzas reunió Dios para cooperar: los oscuros moravos, los despreciados metodistas, y un pequeño grupo de intercesores dispersos por Gran Bretaña y América. Había habido una banda consagrada en Sajonia durante unos cien años, cuyos altares de corazones habían prendido fuego en la estaca de Huss, y alimentado ese fuego del pietismo de Spener, y el celo de Zinzendorf. Su gran ley era trabajar por las almas, todos en ello y siempre en ello.

Dios ya había hecho de Herrnhut la cuna de las misiones y había revivido allí la iglesia apostólica. Tres principios subyacían a toda la vida de los Hermanos Unidos: Cada discípulo debe, primero, encontrar su trabajo en el testimonio para Dios; segundo, su hogar donde se abra la puerta más ancha y la mayor necesidad llame; y tercero, su cruz en la ABNEGACIÓN por Cristo. Como dijo el Conde Zinzendorf: “De Jehová es la tierra; las almas de los hombres son todas suyas; a todos soy deudor”.

Una Sinfonía de Alabanza

Los moravos moldearon providencialmente a John Wesley; y el Club Santo del Lincoln College, Oxford, tocado por esta influencia, adquirió un carácter distintivamente misionero. Su lema había sido, “Santidad a Jehová”; pero la santidad se casó con el servicio, y el evangelismo se convirtió en el santo y seña de los metodistas. Justo entonces, en América, y por una extraña coincidencia, Jonathan Edwards se unía inconscientemente a John Wesley en la preparación del camino para las misiones modernas. En 1747, exactamente 300 años después de que los Hermanos Unidos se organizaran como seguidores de Huss, en Lititz en Bohemia, Edwards envió su toque de clarín desde Northampton, Nueva Inglaterra, llamando al pueblo de Dios a una unión visible de oración por una efusión rápida y mundial del Espíritu. Ese toque de clarín encontró eco en Northampton en la vieja Inglaterra, y William Carey resolvió organizar el esfuerzo misionero —con qué resultados todos sabemos. Y, justo cuando la Revolución Francesa soltaba el infierno, una nueva sociedad misionera en Gran Bretaña guiaba a la iglesia despierta a asaltar el infierno en sus mismas puertas. Sonadlo y que toda la tierra lo oiga: Las misiones modernas vinieron de una sinfonía de oración; y en la hora más improbable de la historia moderna, los intercesores de Dios en Inglaterra, Escocia, Sajonia y América repararon el altar roto de la súplica, e invocaron el fuego celestial. Esa fue la forma de preparación de Dios.

El “concierto mensual” hizo que ese espíritu de oración se extendiera ampliamente y fuera permanente.

Los humildes bautistas, en la sala de la viuda Wallis en Kettering, hicieron su pacto de misiones; y los regimientos comenzaron a formarse y tomar la línea de marcha, hasta que, antes de que el siglo dieciocho hubiera recorrido una cuarta parte de su curso, toda la iglesia se estaba uniendo al ejército misionero. Sydney Smith se burló de los “zapateros consagrados” e intentó ahuyentarlos de su nido; pero el lema de unos pocos despreciados se convirtió en el grito de guerra de toda la iglesia de Dios.

Cooperación Divina en las Misiones

Nos volvemos ahora para mirar la historia del siglo como un movimiento misionero.

Nada es más notable que la rápida apertura de puertas en cada rincón. Al comienzo del siglo, la empresa de las misiones parecía, para los hombres sabios y prudentes según el mundo, desesperada y visionaria. El canibalismo en las islas del mar, el fetichismo en el continente negro, el exclusivismo en China y Japón, el rígido sistema de castas en la India, la intolerancia en tierras papales, y la ignorancia, idolatría, superstición, depravación, en todas partes, en la mayoría de los casos conspirando juntas, alzaban ante la iglesia muros impasables, con puertas de acero. La mayoría de los países dejaban fuera a las misiones cristianas mediante una oposición organizada, de modo que intentar llevar las buenas nuevas era desafiar a la muerte por causa

de Cristo. La única bienvenida que esperaba a los mensajeros de Dios era la de los hornos de caníbales, prisiones despiadadas o tumbas de mártires.

Obstáculos Eliminados

A medida que la pequeña banda avanzaba, en cada lado los muros de oposición caían, y las puertas de hierro se abrían por su propio acuerdo. India, Siam, Birmania, China, Japón, Turquía, África, México, América del Sur, los Estados Papales y Corea fueron sucesiva y exitosamente entrados. ¡Dentro de cinco años, de 1853 a 1858, se dieron nuevas facilidades para la entrada y ocupación de siete países diferentes, abrazando juntos a la mitad de la población del mundo! Hubo también un notable hundimiento de obstáculos, como el hundimiento de la tierra bajo el nivel del mar para dejar entrar su inundación, como cuando los ídolos de Oahu fueron abolidos justo antes de que la primera banda de misioneros desembarcara en las costas hawaianas, o como cuando la guerra preparó extrañamente el camino justo cuando Robert W. McAll fue a París a establecer su primera calle.

Misioneros Llamados y Colocados

Al mismo tiempo Dios estaba levantando, en números sin precedentes, hombres y mujeres, tan maravillosamente aptos para el trabajo y los campos exactos como para mostrar una previsión y propósito inconfundibles. Las biografías de los misioneros líderes se leen como capítulos donde la profecía ilumina la historia. Piensen en la adaptación innata de William Carey como traductor en la India, en la carrera de Livingstone como explorador misionero y general en África, en la capacidad de Catherine Booth como madre del Ejército de Salvación, en la preparación de Jerry McAuley para el trabajo de rescate en la ciudad de Nueva York, en la idoneidad de Alexander Duff para el trabajo educativo en la India, en la escuela de Adoniram Judson para la edificación de una iglesia apostólica en Birmania, en el entrenamiento inconsciente de John Williams para evangelista en los Mares del Sur. Luego marquen la unidad y continuidad de la labor —un obrero sucediendo a otro en crisis imprevistas por el hombre, como cuando Gordon partió para el Sudán el día en que se conoció por primera vez la muerte de Livingstone en Londres, o Pilkington llegó a Uganda el mismo año en que la muerte de Mackay iba a dejar un gran vacío que llenar. Luego estudien la teología de las invenciones y observen el suministro de nuevas facilidades para el trabajo a medida que avanzaba.

¡Aquel que retuvo las cuatro invenciones más grandes de los tiempos de la reforma —la brújula del marino, la máquina de vapor, la imprenta y el papel— hasta que su iglesia se puso sus nuevas vestiduras, esperó para desvelar los secretos más profundos de la naturaleza, que harían a todos los hombres vecinos, hasta que la iglesia reformada se movilizó como un ejército de conquista!

Interferencia Divina

A veces esta providencia supervisora de Dios ha inspirado asombro por golpes de juicio inconfundiblemente judiciales, como cuando en Turquía en 1839, en la crisis de las misiones, el Sultán Mahmud murió repentinamente, y su edicto de expulsión no tuvo ejecutivo para llevarlo a cabo, ¡y su sucesor Abdul Medjid señaló la sucesión mediante la emisión de una nueva carta de libertad!; o, como cuando en Siam, doce años después, en otra crisis tal, Dios por la muerte destronó a Chaum Klow, el enemigo imprudente y malicioso de las misiones, y puso en el trono vacante a Maha-Mong-Kut, ¡el único hombre en el imperio enseñado por un misionero y preparado para ser el amigo y patrón de las misiones, así como su hijo y sucesor, Chulalangorn!

La Sangre de los Mártires

Estas son solo partes de sus caminos. Las páginas de la historia del siglo están aquí y allá escritas en sangre, pero incluso la sangre tiene un lustre dorado. Mártires ha habido, como John Williams, y Coleridge Patteson, y James Hannington, Allen Gardiner, y Abraham Lincoln, y David Livingstone, los Gordon de Erromanga y el Gordon de Jartum, el converso del Líbano, y los pajes de la corte en Uganda; pero cada una de estas muertes ha sido como semilla que cae en la tierra para morir para que pueda dar fruto. Las iglesias de Polinesia y Melanesia, de Siria y África, de India y China, permanecen arraigadas en estas tumbas de mártires como el roble permanece en la tumba de la bellota, o la cosecha de trigo en los surcos de la semilla sembrada. Es parte del plan de Dios que así los heraldos consagrados de la cruz cumplan lo que falta de las aflicciones de Cristo en su carne por su cuerpo, que es la iglesia.

La Bendición Divina de las Misiones

La misma providencia supervisora se ve en los resultados de las misiones. Dos frases breves resumen adecuadamente toda la situación en cuanto a los resultados directos en el campo extranjero: Primero, se han levantado iglesias nativas con las tres características de una vida eclesiástica completa; autosostenimiento, autogobierno y autopropagación; y segundo, los frutos más ricos del cristianismo, tanto en el individuo como en la comunidad, se han encontrado creciendo y madurando dondequiera que ha habido un esfuerzo fiel del Evangelio. Luego, en cuanto a la acción refleja de las misiones en la iglesia en el hogar, otros dos dichos breves son igualmente exhaustivos: primero, la observación de Thomas Chalmers de que “las misiones extranjeras actúan sobre las misiones nacionales, no por agotamiento, sino por fermentación”; y segundo, el sabio dicho de Alexander Duff, de que “la iglesia que ya no es evangelística, dejará de ser evangélica”. Los cien años enteros de misiones son un comentario histórico sobre estas cuatro declaraciones exhaustivas. La Palabra de Dios nunca ha vuelto a Él vacía. Como la lluvia del cielo, ha descendido, no para volver atrás hasta que ha hecho que la tierra produzca y brote, dando no solo pan para el que come, sino semilla para el que siembra, proveyendo para la salvación de las almas y la expansión del servicio. En todas partes se ha obrado la única señal eterna de Dios; en lugar de la zarza ha crecido el ciprés, y en lugar de la ortiga, el arrayán —el suelo de la sociedad exhibiendo un cambio total en sus productos, como en el grupo Fiji, donde mil iglesias desplazan templos paganos y hornos de caníbales, o como entre los Karen, donde en colinas opuestas la Pagoda Schway Mote Tou confronta el Salón Conmemorativo Kho Thah Byu, típico de lo viejo y lo nuevo. A lo largo del valle del Éufrates se han plantado iglesias por docenas; con pastores nativos sostenidos por diezmos abnegados de sus miembros. En todas partes, siendo sembrada la semilla de la Palabra de Dios, ha brotado en una cosecha de almas renovadas que a su vez se han convertido ellas mismas en la buena semilla del reino, para convertirse también en los gérmenes de una nueva cosecha.

Iglesias en el Hogar

Por otro lado, Dios ha mostrado distintivamente aprobación del celo y entusiasmo misionero en la iglesia en el hogar que ha suministrado los misioneros. La prosperidad y el progreso espiritual pueden medirse tan absolutamente por la medida de la actividad misionera, que el espíritu de las misiones se reconoce ahora como el espíritu de Cristo. El proverbio de la Escritura se prueba verdadero: “Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza”; [Proverbios 11:24] y la paradoja de Cristo se ilustra: “La vida que se salva se pierde, y la vida que se pierde se salva”. ¡El obispo Phillips Brooks comparó a la iglesia que se disculpa por no hacer nada para difundir las buenas nuevas basándose en su pobreza y debilidad, con el parricida que, procesado en la corte por el asesinato de su padre, suplica clemencia a cuenta de su orfandad! Los cien años han demostrado que “la religión es una mercancía de la cual cuanto más exportamos más nos queda”.* La lógica de los eventos prueba que la manera más segura de mantener a la iglesia pura en fe y vida, es impulsar las misiones con inteligencia y santo celo.

* (El Sr. Crowninshield objetó en el Senado de Massachusetts a la incorporación de la A. B. C. F. M. que estaba diseñada para “exportar religión, mientras que no había ninguna de sobra entre nosotros mismos”. Esta es la respuesta del Sr. White.)

Caracteres Misioneros

¡Qué sello distintivo de Dios sobre la obra misionera se ve en los altos ideales de carácter encontrados en los propios misioneros! Si el obrero deja su impresión en su obra, no es menos cierto que la obra deja su marca en el obrero. Incluso aquellos que atacan las misiones, aplauden a los misioneros; pueden dudar de la política de enviar a los mejores hombres y mujeres al extranjero para morir por fiebre o violencia, o desperdiciar su dulzura en el aire del desierto; pero incluso ellos no dudan de que el tipo de carácter, desarrollado por la obra misionera, es el más alto conocido por la humanidad; en este campo han madurado en belleza y fragancia las flores y frutos más hermosos de la vida cristiana; e ilustrado, como en ningún otro lugar, la devoción desinteresada a Cristo, la lealtad inquebrantable a la Palabra, y el sacrificio sin reservas por los hombres. ¿No fue Theodore Parker quien dijo, que no era un desperdicio haber gastado todo el dinero que las misiones habían costado, si nos dieron un Judson? En el campo misionero se han de encontrar, si en algún lugar, la verdadera sucesión de los apóstoles, la nueva accesión a la buena comunión de los profetas, y la procesión perpetua del noble ejército de mártires.

Seguramente todo esto es la prueba permanente de la providencia supervisora de Dios. Aquel que dio las órdenes de marcha dio al mismo tiempo la promesa de su presencia perpetua en la marcha; y Él ha cumplido su palabra: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. [Mateo 28:20] En cada paso la fe ha visto al capitán invisible de las huestes del Señor, y, en todas las victorias, detrás de la espada de Gedeón, la espada del Señor.

Dios en Todo

En los Hechos de los Apóstoles, dentro del compás de veinte versículos, quince veces se pone a Dios audazmente al frente como el único Actor en todos los eventos. Pablo y Bernabé refirieron, en los oídos de la iglesia en Antioquía y después en Jerusalén, no lo que ellos habían hecho por el Señor, sino todo lo que Él había hecho con ellos, y cómo Él había abierto la puerta de la fe a los gentiles; qué milagros y maravillas Dios había obrado entre los gentiles por medio de ellos. Y, en el mismo espíritu, Pedro, ante el concilio, enfatiza cómo Dios había hecho su elección de él como la boca misma por la cual los gentiles debían oír la palabra del Evangelio y creer; cómo Él les había dado el Espíritu Santo y no puso ninguna diferencia entre judío y gentil, purificando sus corazones por la fe; y cómo aquel que conocía todos los corazones les había dado así testimonio. Luego Jacobo, en el mismo tono, se refiere a la manera en que Dios había visitado a los gentiles para tomar de ellos pueblo para su nombre; y concluye con dos citas del Antiguo Testamento que resumen adecuadamente todo el asunto: “El Señor, que hace todas estas cosas”. “Dicen las Escrituras: Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras” (Hechos 14:27 a 15:18).

El significado de tal fraseología repetida no puede confundirse. Dios se presenta así como el único Agente o Actor, siendo incluso apóstoles conspicuos, como Pablo y Pedro, solo sus instrumentos. Ningún número igual de versículos en la Palabra de Dios contiene lecciones tan enfáticas y repetidas sobre la insuficiencia y la nada del hombre, y la autosuficiencia y omnipotencia de Dios. Dios estaba obrando sobre el hombre a través del hombre, eligiendo al hombre para ser su portavoz; con su llave abriendo puertas cerradas; Él mismo visitando las naciones; tomando un pueblo para su nombre, convirtiendo pecadores en santos, purificando corazones y dándoles testimonio; Él solo hizo todas estas cosas maravillosas, de acuerdo con su conocimiento y plan de lo que haría desde el principio. Estos no son los hechos de los apóstoles, sino los hechos de Dios a través de los apóstoles. En el mismo espíritu el santo orante de Bristol nombra su diario: “Los Tratos del Señor con George Müller”.

Las Reservas de Dios

Hay así, de hecho, una providencia supervisora de Dios en las misiones extranjeras; el Rey está allí en conducta imperial, el Legislador en decreto autoritativo; el Juez en recompensa y castigo: Dios, el eterno, ordenando las edades con sus eventos; Dios, el omnipresente, en todos los lugares controlando igualmente; Dios, el omnisciente, adaptando sabiamente todas las cosas a sus fines. El Padre de los espíritus, discerniendo la idoneidad mutua del obrero y su obra, levanta hombres de los tiempos para los tiempos. Él mismo inmortal, su obra es inmortal aunque sus obreros son mortales, y el edificio avanza desde la piedra angular hasta la piedra final, mientras los constructores moribundos dan lugar a otros. Él ha abierto las puertas y hecho del mar y la tierra las carreteras para el intercambio internacional, y las avenidas para la hermandad internacional. Él ha multiplicado las facilidades para la evangelización mundial, aniquilando prácticamente el tiempo y el espacio, y demoliendo incluso las barreras del lenguaje. La impresión y circulación de la Biblia en quinientas lenguas, revierte el milagro de Babel y repite el milagro de Pentecostés.

Dentro del siglo pasado el Dios de las batallas ha estado llamando a sus reservas.

Tres movimientos más conspicuos del siglo fueron la creación de un nuevo regimiento de misiones médicas, la brigada de mujeres y la cruzada de los jóvenes. La organización del ejército de la iglesia es ahora tan completa que solo una cosa más es necesaria; a saber, reconocer al Capitán invisible de las huestes del Señor como en el campo, oír su llamada de clarín convocándonos al frente, hacer eco de su Palabra de mando; y, en la firme fe de su liderazgo, atravesar el centro mismo del enemigo, hacer girar sus alas tambaleantes y avanzar como una hueste unida en una carga abrumadora.

Vivificaciones Históricas

Quizás el sello más conspicuo de Dios sobre la obra misionera del siglo pasado se encuentra en las vivificaciones espirituales que en algún momento han visitado con el poder de Dios cada campo de labor que ha sido ocupado en su nombre con energía de esfuerzo y persistencia de oración. Hemos llamado a estos “vivificaciones” en lugar de “avivamientos”, porque avivamiento realmente significa una restauración del vigor de vida después de una temporada de lapso en la indiferencia y la inacción, y se aplica propiamente a la iglesia. Tratamos ahora de vivificaciones fuera de un estado de muerte espiritual absoluta; y de nuevo señalamos estos como la sanción y sello más indiscutible e irrefutable de Dios en las misiones modernas.

Los siguientes están entre los más memorables del siglo, organizados por conveniencia, en orden de tiempo:

1815-1816 Tahití, bajo las labores de Nott, Hayward, etc.
1818-1823 Sierra Leona, bajo William A. B. Johnson.
1819-1839 Mares del Sur, bajo John Williams.
1822-1826 Islas Hawaianas, bajo Bingham, etc.
1831-1835 Nueva Zelanda, bajo Samuel Marsden, etc.
1832-1839 Birmania y Karens, bajo Judson, etc.
1835-1839 Hilo y Puna, bajo Titus Coan.
1835-1837 Madagascar, bajo Griffiths, Johns, Baker, etc.
1842-1867 Alemania, bajo J. Gerhard Oncken, etc.
1844-1850 Islas Fiji, bajo Hung y Calvert, etc.
1848-1872 Aneityum, bajo John Geddie, y otros.
1845-1895 Viejo Calabar, bajo J. J. Fuller, etc.
1845-1847 Persia, bajo Fidelia Fiske, etc.
1856-1863 Indios de Norteamérica, bajo William Duncan.
1859-1861 Universidades Inglesas, bajo D. L. Moody y otros.

1863-1870 Egipto y Valle del Nilo, bajo los Dres. Lansing, Hogg, etc.
1863-1888 China, generalmente, especialmente Hankow, etc.
1864-1867 Distrito del Éufrates, bajo Crosby H. Wheeler, etc.
1867-1869 Aniwa, bajo John G. Paton, etc.
1872-1875 Japón, bajo J. H. Ballach, Verbeck, etc.
1872-1880 París, Francia, bajo Robert McAll.
1877-1878 Telugus, bajo Lyman Jewitt y el Dr. Clough.
1877-1885 Formosa, bajo George L. Mackay.
1883-1890 Banza Manteke, bajo Henry Richards.
1893-1898 Uganda, bajo Pilkington, Roscoe, etc.

Se podrían añadir otros pero estas veinticinco instancias ilustran suficientemente el hecho de que, a través del amplio dominio del esfuerzo cristiano, Dios ha otorgado bendiciones señaladamente. Las instancias en cursiva fueron marcadas por derramamientos peculiares, rápidos y repentinos de poder espiritual, y se verá que estos forman aproximadamente la mitad del número total, mostrando que Dios trabaja en dos formas muy diversas, en algunos casos recompensando el trabajo duro mediante visitaciones rápidas y repentinas del Espíritu, y en otros tantos casos mediante un crecimiento y desarrollo más lento pero igualmente seguro.

“De Diversas Maneras”

Es también muy notable que en casi cada uno de estos marcados derramamientos algún principio o ley peculiar del otorgamiento de bendición de Dios se exhibe y ejemplifica.

Por ejemplo, la obra en Tahití siguió a una larga noche de trabajo duro, y fue la corona de una persistencia peculiar frente a la resistencia más obstinada. En Sierra Leona, Johnson encontró una masa de humanidad tan desesperada como jamás fue rescatada de barcos de esclavos, y él mismo era un hombre sin educación, y al principio un laico no ordenado.

John Williams ganó sus victorias en los mares del sur por el poder de una simple proclamación del Evangelio, como un itinerante; y entonces por primera vez entró en plena vista el poder de los conversos nativos como evangelistas. En el grupo Hawaiano y particularmente en Hilo y Puna, fue la predicación oral a las multitudes lo que trajo bendición —Titus Coan celebrando una reunión de campamento de tres años.

En Nueva Zelanda Marsden tuvo primero que poner cimientos, pacientemente y con oración, y mostró gran fe en el Evangelio. Judson y Boardman, en Birmania, encontraron entre los Karens un pueblo que Dios había preparado misteriosamente, aunque una raza sujeta y virtualmente esclavizada.

El Viejo Calabar fue la escena del triunfo sobre costumbres profundamente arraigadas y supersticiones seculares; en Persia, la bendición vino sobre una obra educativa intentada por uno solo entre mujeres y niñas. William Duncan en su Metlakatla levantó un estado modelo a partir de indios hasta entonces tan feroces y hostiles que no se atrevió a reunir a tribus hostiles en una sola reunión. El avivamiento en las universidades inglesas es especialmente memorable como el tiempo de nacimiento real de la banda misionera de Cambridge y el Movimiento de Estudiantes Voluntarios que cristalizó completamente veinticinco años después. En Egipto la transformación fue gradual, dependiente tanto de la enseñanza como de la predicación, pero ha hecho del Valle del Nilo una de las maravillas del triunfo misionero. En China las características más marcadas fueron la influencia de las misiones médicas y el levantamiento de un cuerpo de evangelistas laicos no remunerados, que generaron a través de su propio territorio natal. En el Éufrates la característica conspicua fue la organización de un gran número de iglesias autosostenibles bajo el sistema del diezmo —a veces comenzando con solo diez miembros— con pastores nativos. En Aniwa tres años y medio vieron una subversión total de toda la estructura social de la idolatría. En Japón el éxito señalado se encontró en la plantación de los cimientos de una iglesia nativa, y el notable espíritu de oración

derramado sobre los conversos nativos. En Formosa, Mackay ganó sus victorias entrenando a una banda de jóvenes como evangelistas, quienes con él salieron a plantar nuevas misiones. En Banza Manteke, Richards llegó a una crisis, y se aventuró a obedecer literalmente los mandatos del Nuevo Testamento en el Sermón del Monte —por ejemplo, “al que te pida, dale”. [Mateo 5:42] En Uganda fue la nueva entrega total y unción de los misioneros, y la lectura de las Escrituras por los nativos inconversos, sobre lo que Dios sonrió tan singularmente. Pilkington dijo en Londres que nunca había conocido a tres conversos que no hubieran sido lectores de la Biblia.

Lecciones

Así, al tomar toda la experiencia del siglo junta, encontramos las siguientes lecciones enfáticas enseñadas a nosotros:

1. Dios ha puesto honor especial sobre su propio Evangelio. Donde se ha predicado más simple y puramente, los frutos más grandes han seguido finalmente.
2. La traducción, publicación y lectura pública y privada de las Escrituras han sido particularmente reconocidas por el Espíritu.
3. Las escuelas, distintivamente cristianas, y consagradas a los propósitos de la educación de un tipo completamente cristiano, han sido escuelas del Espíritu de Dios.
4. La organización de iglesias nativas, sobre una base de autosostenimiento con pastores nativos, y enviando a sus propios miembros como evangelistas laicos, ha sido sellada con bendición.
5. La crisis siempre ha sido cambiada por la oración. En los períodos más desalentadores, cuando todo parecía sin esperanza, la espera paciente en Dios con fe ha traído inundaciones repentinas y abundantes de bendición.
6. La entrega más completa de los misioneros mismos, y su nuevo equipamiento por el Espíritu Santo, a menudo ha sido la apertura de una nueva era para la iglesia nativa y toda la obra.

Estas son lecciones que vale la pena aprender. Los secretos del éxito no son diferentes de lo que fueron en los días apostólicos.

“El Dedo de Dios”

Nuestro Dios es el mismo Dios, y sus métodos no cambian esencialmente. Él nos ha mandado ir a todo el mundo y predicar las buenas nuevas a toda la creación; y la promesa, “he aquí yo estoy con vosotros todos los días”, [Mateo 28:20] es inseparable de la obediencia. En conexión con este mensaje del Evangelio Él nos ha dado ciertas ayudas prominentes, que de ninguna manera deben ser consideradas como pertenecientes a un reino de menor importancia, y entre ellas la enseñanza cristiana, la búsqueda de la Biblia, la oración ferviente y el poder del Espíritu Santo superan a todas las demás condiciones de servicio exitoso.

El estudio del siglo es como leer nuevos capítulos en los Hechos; ningún verdadero creyente puede intentarlo cuidadosamente sin encontrar un nuevo Libro de Dios en la historia de estos cien años. Cualquier hombre o mujer que tome la veintena o más de vivificaciones marcadas que hemos esbozado, y dedique un mes sólido a su estudio consecutivo, encontrará todas las dudas disipadas de que el Dios vivo ha estado obrando, y que ningún campo, por duro y pedregoso y desesperadamente estéril que sea, puede resistir finalmente el cultivo en las líneas del Nuevo Testamento. En nada necesitamos una visión nueva y

clarificada más que en la percepción y convicción clara de que los días de lo sobrenatural no han pasado. Aquí está la escuela donde se enseñan estas lecciones. Diez siglos de fuerzas meramente naturales en acción nunca habrían obrado lo que diez años han logrado, incluso cuando cada condición humana prohibía el éxito. Una banda débil de misioneros en medio de una vasta hueste de paganos se han visto obligados a dominar una lengua extranjera, y a menudo reducirla por primera vez a forma escrita, traducir la Palabra de Dios, establecer escuelas, ganar conversos y entrenarlos para ser miembros consistentes y evangelistas competentes; eliminar montañas de supersticiones ancestrales y desarraigar sicómoros de costumbres paganas; establecer misiones médicas, colegios cristianos, crear literatura cristiana, modelar la sociedad sobre una nueva base; ¡y han hecho todo esto dentro de la vida de una generación, y a veces dentro de una década de años! Incluso los magos de Faraón se habrían visto obligados a confesar: “¡Dedo de Dios es este!”

Capítulo 33 ¿Existe un Dios?

Por Thomas Whitelaw, Maestría en Teología, Doctor en Filosofía
Kilmarnock, Escocia

Si existe o no una inteligencia personal suprema, infinita y eterna, omnipotente, omnisciente y omnipresente, el Creador, sustentador y gobernante del universo, inmanente en todas las cosas y, sin embargo, trascendiendo a ellas, misericordioso y piadoso, el Padre y Redentor de la humanidad, es seguramente el problema más profundo que puede agitar la mente humana. Yaciendo como yace en el fundamento de todas las creencias religiosas del hombre —en cuanto a responsabilidad y deber, pecado y salvación, inmortalidad y bienaventuranza futura, en cuanto a la posibilidad de una revelación, de una encarnación, de una resurrección, en cuanto al valor de la oración, la credibilidad del milagro, la realidad de la providencia— con la respuesta dada a ello están ligadas no solo la felicidad temporal y eterna del individuo, sino también el bienestar y progreso de la raza. Sin embargo, a ello se han devuelto las respuestas más variadas.

El ateo, por ejemplo, afirma que no hay Dios. El agnóstico profesa que no puede decir si hay un Dios o no. El materialista se jacta de que no necesita un Dios, que puede manejar el universo sin uno. El necio (de la Biblia) desea que no hubiera Dios. El cristiano responde que no puede prescindir de un Dios.

I. La Respuesta del Ateo “No Hay Dios”

En estos días difícilmente servirá pasar por alto esta audaz y confiada negación diciendo simplemente que el ateo teórico es un espécimen de la humanidad totalmente excepcional, y que su audaz declaración es tanto el resultado de la ignorancia como de la impiedad. Cuando uno encuentra en el *Hibbert Journal* de la pluma de su editor una declaración como esta: “La sociedad abunda en personas serias y educadas que han perdido la fe en un Dios personal vivo, y ven a sus semejantes y se prevén a sí mismos pasando fuera de la vida enteramente sin esperanza”, y cuando Blatchford en el *Clarion* inglés escribe: “No hay un Padre Celestial velando tiernamente sobre nosotros, sus criaturas, él es la sombra sin base de un sueño anhelante”, se hace evidente que el ateísmo teórico no está extinto, incluso en círculos cultos, y que algunas observaciones con respecto a él pueden ser aún necesarias. Sean estas observaciones las siguientes:

1. La creencia de que no hay Dios no equivale a una demostración de que Dios no es.

Tampoco, es cierto, la creencia de que Dios es prueba la verdad de la proposición excepto para el individuo en cuyo corazón esa creencia ha sido despertada por el Espíritu divino. Para otro que no sea él, carece de peso como argumento en apoyo de la posición teísta. Al mismo tiempo es de importancia, al conceder esto, enfatizar el hecho de que la incredulidad en la existencia de un ser divino no es equivalente a una demostración de que no hay Dios.

2. Tal demostración es, por la naturaleza del caso, imposible.

Aquí de nuevo puede ser cierto como sostiene Kant que la razón no puede demostrar (es decir, por lógica) la existencia de Dios; pero es igualmente cierto, como admite el mismo filósofo, que la razón puede igual de poco refutar la existencia de Dios. Fue bien observado por el difunto Prof. Calderwood de la Universidad de Edimburgo que “la existencia divina es una verdad tan clara que no necesita prueba, así como es una verdad tan alta que no admite ninguna”. Pero la situación se altera cuando se llega a una negación positiva de esa existencia. La idea de Dios una vez formada en la mente, ya sea como una intuición o como una deducción, no puede dejarse de lado sin evidencia convincente de que es ilusoria e irreal. Y tal evidencia no puede ser producida. Como observó hace mucho tiempo el Dr. Chalmers, antes de que uno pueda afirmar

positivamente que no hay Dios, debe arrogarse a sí mismo la sabiduría y ubicuidad de Dios. Debe explorar el circuito entero del universo para estar seguro de que no hay Dios allí. Debe haber interrogado a todas las generaciones de la humanidad y a todas las jerarquías del cielo para estar seguro de que nunca habían oído de un Dios.

En resumen, como lo pone Chalmers, “Para que el hombre no conozca a Dios, solo tiene que hundirse por debajo del nivel de nuestra naturaleza común. Pero para negar a Dios debe ser Dios mismo”.

3. La negación de la existencia divina no está justificada por la incapacidad de discernir rastros de la presencia de Dios en el universo.

El Prof. Huxley, quien una vez se describió a sí mismo en una carta a Charles Kingsley como “exactamente lo que el mundo cristiano llamaba, y, hasta donde podía juzgar, estaba justificado en llamarlo, un ateo e infiel”, parecía pensar que lo estaba. “No puedo ver”, escribió, “ni una sombra ni tilde de evidencia de que el gran desconocido que subyace a los fenómenos del universo esté para con nosotros en la relación de un Padre, nos ame y se preocupe por nosotros como afirma el cristianismo”. Blatchford también con igual énfasis afirma: “No puedo creer que Dios sea un Dios personal que interfiere en los asuntos humanos. No puedo ver en la ciencia, o en la experiencia, o en la historia, ningún signo de tal Dios o de tal intervención”. Ninguno de estos escritores, sin embargo, se puede presumir, presentaría al reflexionar su incapacidad para percibir las huellas o escuchar las voces del Creador como prueba de que no existía Creador, no más que un hombre ciego mantendría que no había sol porque no podía verlo, o un hombre sordo sostendría que no había sonido porque nunca lo oyó. La incapacidad de Huxley y Blatchford para ver u oír a Dios puede, y sin duda lo hace, servir como una explicación de su credo ateo, pero seguramente no es justificación del mismo, ya que un razonador más profundo que cualquiera de los dos ha dicho: Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. [Romanos 1:20]

4. La mayoría de la humanidad, no solo en países cristianos, sino también en tierras paganas, desde el principio del mundo en adelante, ha creído en la existencia de un ser supremo.

Ellos pueden frecuentemente, como dice Pablo, haber “cambiado la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”; pero profundamente asentado en sus naturalezas, aunque estas estuvieran degradadas por el pecado, yacía la concepción de un poder sobrehumano a quien debían lealtad y cuyo favor era indispensable para su felicidad. Era un dicho de Plutarco que en su día un hombre podía viajar por todo el mundo sin encontrar una ciudad sin templos y dioses; en nuestro día se han citado casos aislados de tribus —los isleños de Andamán por Sir John Lubbock, y los fueguinos, por el Almirante Fitzroy— que no han exhibido signos de que poseyeran un conocimiento ni de Dios ni de religión. Pero está al menos abierto a cuestionamiento si los investigadores en cuyo testimonio se presentan tales instancias no fallaron en descubrir rastros de lo que buscaban ya sea por falta de familiaridad con el lenguaje de los nativos, o por comenzar con la presuposición de que las concepciones religiosas de los nativos debían ser igualmente exaltadas que las suyas propias. En cualquier caso, bajo el principio de que las excepciones prueban la regla, se puede establecer como incontrovertible que la vasta mayoría de la humanidad ha poseído alguna idea de un ser supremo; de modo que si la verdad o falsedad de la proposición, “No hay Dios”, ha de ser determinada por el conteo de votos, la cuestión se resuelve en negativo, es decir, contra el credo del ateo.

II. La Confesión del Agnóstico “No Puedo Decir Si Hay un Dios o No”

Sin afirmar dogmáticamente que no hay Dios, el agnóstico prácticamente insinúa que si hay un Dios o no, nadie puede decirlo y no importa mucho —que el hombre con sus más elevados poderes de pensamiento y razón y con sus mejores instrumentos de investigación, no puede llegar a hablar con Dios u obtener

información confiable concerniente a Él, solo puede construir una imagen imaginaria, como un hombre exagerado o crecido en exceso, y llamar a eso Dios —en otras palabras, solo puede hacer un Dios a su propia imagen y a su propia semejanza sin estar seguro de si alguna realidad correspondiente está detrás de ello, o incluso si la hay, si puede decirse que esa realidad alcanza la medida de un ser divino o tener derecho a ser designada Dios. El agnóstico no niega que detrás de los fenómenos del universo pueda haber un poder, pero si lo hay o no, y si lo hay, si ese poder es una fuerza o una persona, están entre las cosas desconocidas e incognoscibles, de modo que prácticamente, estando Dios fuera y más allá de la esfera del conocimiento del hombre, nunca puede ser de consecuencia si hay un Dios o no —nunca puede ser más que un tema de especulación curiosa, como la que ocupa el tiempo libre de algunos astrónomos, si hay habitantes en el planeta marte o no.

Tal como se expone así, el credo del agnóstico está abierto a serias objeciones.

1. Ignora completamente el factor espiritual en la naturaleza del hombre

—ya sea negando la existencia del alma por completo, o viéndola como meramente una función del cuerpo; o, si considerándola como una entidad separada distinta del cuerpo, y usando sus facultades para aprehender y razonar sobre objetos externos, negando aun así su capacidad para discernir realidades espirituales. En cualquier alternativa, es contradicho tanto por la Escritura como por la experiencia. Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia procede bajo la suposición de que el hombre es más que “seis pies de arcilla”, “curiosamente tallado y maravillosamente articulado”, que “ciertamente espíritu hay en el hombre”, y que este espíritu tiene poder no solo para aprehender cosas invisibles sino para entrar en contacto con Dios y ser tocado por Él, o, en frase de la Escritura, para ver y conocer a Dios y ser visto y conocido por Él. Tampoco se puede negar que el hombre es consciente de ser más que materia animada, y de tener poder para aprehender más de lo que entra dentro del rango de sus sentidos, pues puede y de hecho alberga ideas y abriga sentimientos que tienen al menos ninguna conexión directa con los sentidos, y puede originar pensamientos, emociones y voliciones que no han sido excitados por objetos externos. Y en cuanto a conocer a Dios, la experiencia cristiana atestigua la verdad de la Escritura cuando dice que este conocimiento no es figura de lenguaje o ilusión de la mente, sino una sobria realidad. Es tan cierto como el lenguaje puede hacerlo que Abraham y Jacob, Moisés y Josué, Samuel y David, Isaías y Jeremías, no tenían duda alguna de que conocían a Dios y eran conocidos de Él; y multitudes de cristianos existen hoy a quienes no sería fácil convencer de que no podían y no conocían a Dios, aunque no a través del medio de los sentidos o incluso de la razón pura.

2. Da por sentado que las cosas no pueden ser adecuadamente conocidas a menos que sean plenamente conocidas.

Esta proposición, sin embargo, no puede sostenerse ni en la ciencia ni en la filosofía, en la vida ordinaria o en la experiencia religiosa. La ciencia sabe que hay cosas tales como la vida (vegetal y animal), y fuerza (electricidad y magnetismo por ejemplo), pero confiesa su ignorancia de lo que la vida y la fuerza son en cuanto a su esencia —todo lo que se entiende sobre ellas siendo sus propiedades y efectos. La filosofía puede exponer las leyes del pensamiento, pero está desconcertada para descifrar el secreto del pensamiento mismo, cómo es excitado en el alma por movimientos nerviosos causados por impresiones desde fuera, y cómo puede expresarse originando contra-movimientos en el cuerpo. En la vida ordinaria los seres humanos se conocen entre sí adecuadamente para todos los propósitos prácticos mientras son conscientes de que en cada uno hay profundidades que el otro no puede sondear, estando cada uno cerrado al otro por lo que el Prof. Dods llama “las limitaciones de la personalidad”. Tampoco es el caso diferente en la experiencia religiosa. El cristiano, como Pablo, puede no tener dificultad en decir, “Cristo vive en mí”, pero no puede explicar a sí mismo o a otros, cómo. De ahí que la inferencia debe ser rechazada de que porque la mente finita no puede comprender plenamente al infinito, por lo tanto no puede conocer al infinito en absoluto, y debe permanecer para siempre incierta si hay un Dios o no. La Escritura, debe notarse, no dice que ninguna

mente finita pueda descubrir plenamente a Dios; pero sí dice que los hombres pueden conocer a Dios por las cosas que Él ha hecho, y más especialmente por la Imagen de Sí mismo que ha sido provista en Jesucristo, de modo que si fallan en conocerle, no tienen excusa.

3. Virtualmente socava los fundamentos de la moralidad.

Porque si uno no puede decir si hay un Dios o no, ¿cómo puede uno estar seguro de que hay tal cosa como la moralidad? Las distinciones entre el bien y el mal que uno hace en la regulación de su conducta pueden ser totalmente infundadas. Es cierto que se puede hacer una lucha para mantenerlas por una consideración prudencial para la seguridad futura, por un deseo de estar en el lado ganador en caso de que hubiera un Dios. Pero es dudoso si el imperativo “debería” resonaría por mucho tiempo dentro del alma de uno, si se alcanzara una vez la conclusión de que nadie podía decir si detrás de los fenómenos de la naturaleza o de la conciencia había un Dios o no. La moralidad no más que la religión puede descansar en incertidumbres.

III. El Jactarse del Materialista “No Necesito un Dios; Puedo Manejar el Universo Sin Uno”

Solo concédele para empezar un océano de átomos y una fuerza para ponerlos en movimiento y él explicará inmediatamente el misterio de la creación. Si tenemos lo que él llama una imaginación científica, él nos dejará ver el proceso entero, —las moléculas o átomos circulando y girando, bailando y saltando, combinándose y dividiéndose, avanzando y retirándose, seleccionando parejas y formando grupos, cerrando sus filas y abriéndolas de nuevo, construyendo masas que llenan el espacio, volviéndose más y más calientes a medida que ruedan por el espacio, girando más y más rápido, hasta que por pura velocidad se hinchan y estallan, después de lo cual se rompen en fragmentos y se enfrían en un sistema planetario completo.

Invitándonos a posarnos sobre este globo, el materialista nos mostrará cómo a través de largos siglos, remontándose a millones de años, las diversas rocas que forman la corteza de la tierra fueron depositadas. Más aún, si nos sumergimos con él al fondo del océano él señalará la primera mota de materia muerta que saltó a la vida, protoplasma, aunque no puede decir cuándo o cómo. Habiéndonos sorprendido con esto, nos guiará por la gran escalera de la naturaleza con sus 26 o 27 escalones, y nos dirá cómo en este escalón el vegetal creció en un animal, y cómo después de muchos más escalones el animal se convirtió en un hombre, y así el drama evolutivo entero será desenrollado.

Concerniente a esta teoría del universo, sin embargo, es pertinente hacer estas observaciones:

1. Tomada en su valor total, con admisión incuestionable de los supuestos hechos científicos en los que se basa, es en el mejor de los casos solo una inferencia o hipótesis de trabajo, que puede o no ser verdadera y que ciertamente no puede reclamar estar más allá de la disputa.
2. Lejos de asegurar aceptación universal, ha sido repudiada por científicos de la más alta reputación. “La teoría de Kant-Laplace del origen del sistema solar por las masas giratorias de materia nebulosa, hasta que anillos volaron y se convirtieron en los mundos que vemos”, dice un escritor alemán, “no puede ser defendida más por ningún científico” (*Neue Kirchliche Zeitschrift*, 1905; p. 957). El intento de explicar de esta manera el origen del universo, dice Merz, puede ser descrito como “perteneciente al romance de la ciencia” (*European Thought in the 19th Cent.*, p. 285). De hecho el mismo Laplace lo presentó “con gran reserva, y solo como una sugerencia probable” (ibid., p. 285). En cuanto a la derivación del hombre de los animales inferiores, es suficiente recordar que el difunto Prof. Virchow mantuvo que “no podemos designarlo como una revelación de la ciencia, que el hombre descienda del simio o de cualquier otro animal” (*Nature*, Dic. 8, 1877); que el Prof. Paulsen, hablando de Haeckel, dice “él pertenece ya a una generación muerta”, y llama a su teoría de evolución materialista “un ejemplo de increíble frivolidad en el tratamiento de problemas serios” (ver *Princeton Review*, Oct., 1906, p. 443); que el Prof. Von E. Pfenningdorf declara “la

explicación materialista del mundo como insostenible” (ver *Theologische Rundschau*, 1905, p. 85); que Fleischman en su libro, *Die Deszendenz Theorie*, niega la evolución por completo; que el Dr. Rudolph Otto admite que el “Darwinismo popular (*Darwinisms Vulgaris*)”, por el cual él quiere decir “que el hombre realmente descende de monos”, es “teóricamente inútil” (*Naturalism and Religion*, p. 94); y que el Prof. Pettigrew de la Universidad de St. Andrew escribe: “No hay, me parece a mí, prueba de que el hombre descienda directamente del simio, e indirectamente del molusco o mónada” (*Design in Nature*, Vol. III, p. 1324).

3. Concediendo todo lo que los evolucionistas demandan, que de materia y fuerza el presente cosmos ha sido desarrollado, la pregunta permanece, si esto excluye o hace innecesaria la intervención de Dios como el motor principal en el proceso. Si lo hace, a uno le gustaría saber de dónde vinieron la materia y la fuerza. Porque los átomos o moléculas, anteriormente supuestos como últimos e indivisibles, ahora han sido probados por la ciencia como manufacturados y capaces de ser analizados en miríadas de electrones; y es difícilmente supponible que se manufacturaran a sí mismos. Además, ¿a uno le gustaría saber cómo estos átomos o electrones llegaron a atraerse y repelerse unos a otros y formar combinaciones, si no había causa original detrás de ellos y ningún objetivo delante de ellos? Si incluso la materia se interpreta como una forma de energía, o fuerza, la dificultad no se elimina, ya que la fuerza en su último análisis es el resultado de la voluntad y la voluntad implica inteligencia o personalidad consciente.

De esta conclusión el escape es imposible, excepto asumiendo que la materia y la fuerza existieron desde la eternidad; en cuyo caso deben haber contenido en sí mismas los gérmenes de vida e inteligencia —en otras palabras deben haber sido ellas mismas Dios —*in posse*, si no *in esse*, en potencia si no en realidad. Pero contra esta asunción panteísta debe yacer siempre la dificultad de explicar cómo o por qué el Dios que estaba latente en la materia o fuerza tardó tanto en llegar a la conciencia en el hombre, y cómo antes de que apareciera el hombre, el Dios latente siendo inconsciente pudo haber dirigido el proceso evolutivo que formó el cosmos. Hasta que estas indagaciones sean contestadas satisfactoriamente, no será posible aceptar la solución materialista del Universo.

IV. El Deseo del Necio (de la Biblia): “Deseo Que No Hubiera Dios”

Solo unas pocas palabras necesitan darse a esta réplica, ya que el necio no dice en su intelecto, sino solo en su corazón, no hay Dios. En su caso el deseo es padre del pensamiento. Secretamente persuadido en su mente de que hay un Dios, preferiría mucho que no hubiera habido ninguno. Le convendría mejor. Pero el hecho de que no puede avanzar a una negación categórica de la existencia divina es un testigo indirecto de la convicción innata que el corazón humano posee, de que hay un Dios en quien el hombre vive, y se mueve, y es.

V. La Declaración del Cristiano

“No puedo prescindir de un Dios, sin un Dios no puedo ni dar cuenta del universo a mi alrededor, ni explicar a Jesucristo sobre mí, ni entender las experiencias espirituales dentro de mí”.

1. Sin un Dios el universo material alrededor del cristiano es y permanece un enigma desconcertante.

Cuando él examina esa porción del universo que yace abierta a su mirada, ve marcas de sabiduría, poder y bondad que irresistiblemente sugieren la idea de un Dios. Cuando mira sobre el firmamento estelar con sus innumerables orbes, y considera su disposición y orden, su equilibrio y circulación, instintivamente argumenta que estos soles y sistemas brillantes deben haber sido creados, arreglados y sostenidos por una mente divina. Cuando, restringiendo su atención a la tierra sobre la cual está parado, nota las indicaciones de diseño o de adaptación de medios a fin que son visibles en todas partes, como se atestigua, por ejemplo,

en la constancia de las leyes y fuerzas de la naturaleza, en la variedad sin fin de las formas de la naturaleza, inanimadas y animadas, así como en su maravillosa gradación no solo en sus clases sino también en los tiempos de su aparición, y en el maravilloso ajuste de órganos al ambiente, se siente constreñido a razonar que estas cosas no son el resultado del azar que es ciego o el resultado espontáneo de la materia, la cual en sí misma, hasta donde es conocida por él, es impotente, sin vida y no inteligente, sino que solo puede ser la obra de manos de una mente creativa. Cuando además reflexiona que en toda la ronda de la experiencia humana, nunca se ha sabido que los efectos sean producidos sin causas; que nunca se ha sabido que los diseños sean concebidos o elaborados sin diseñadores y artífices; que nunca se ha sabido que la materia muerta salte a la vida ya sea espontáneamente o por la aplicación de medios; que nunca se ha sabido que una clase de vida se transmute a sí misma espontáneamente o sea transmutada artificialmente en otra, ni un vegetal en un animal, ni un animal en un hombre; y cuando por último, aceptando la guía de la ciencia, percibe que en el ascenso hacia arriba o evolución de la naturaleza la materia muerta fue, después de un intervalo, tal vez de millones de años, seguida por vida vegetal, y esta de nuevo por existencia animal, y esta por el hombre precisamente como afirma la Escritura, una vez más se siente encerrado en la conclusión de que el cosmos entero debe ser la producción de mente, incluso de una Inteligencia Suprema infinitamente poderosa, sabia y buena. Como el salmista hebreo se siente impulsado a decir: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría”.

Si el filósofo interpusiera, que este argumento no requiere necesariamente una Inteligencia Infinita sino solo un artífice capaz de construir tal universo como el presente, la respuesta es que si tal artífice existiera él mismo requeriría ser explicado, ya que seres que son finitos deben haber comenzado a ser, y por lo tanto deben haber sido causados.

En consecuencia, este artífice debe haber sido precedido por otro mayor que él mismo, y ese por otro aún mayor, y así sucesivamente viajando hacia atrás para siempre. De ahí que fue argumentado por Kant que la razón pura no podía demostrar la existencia de Dios, sino solo de un demiurgo competente o constructor de mundos. Pero este razonamiento es falaz. La mente humana no puede descansar en una sucesión interminable de efectos sin una primera causa, como una cadena dependiendo de la nada. Kant mismo pareció reconocer el carácter insatisfactorio de su lógica, ya que, después de echar a Dios del universo como Creador, buscó traerlo de nuevo como supremo gobernador moral.

Pero si la naturaleza moral del hombre no puede ser explicada sin un supremo legislador moral, ¿bajo qué principio se puede razonar que la naturaleza intelectual del hombre demanda menos que una Inteligencia Suprema?

2. Sin un Dios el cristiano no puede explicarse a sí mismo la persona de Jesús.

Dejando fuera de vista lo que los Evangelios reportan acerca de su nacimiento virginal (aunque no consideramos las narrativas como ahistóricas o el hecho registrado como increíble), y fijando la atención únicamente en los cuatro registros, el cristiano discierne una personalidad que no puede ser explicada bajo principios ordinarios. No es meramente que Jesús realizó obras tales como ningún otro hombre hizo, y habló palabras tales como nunca cayeron de labios mortales; es que además su vida fue una de bondad incomparable —de filantropía incansable, amor abnegado, humildad baja, mansedumbre paciente y pureza sin mancha— tal como nunca antes había sido presenciada en la tierra, y nunca desde entonces ha sido exhibida por ninguno de sus seguidores. Es que Jesús, siendo tal personalidad como descrita por aquellos que contemplaron su gloria como la de un unigénito de un Padre, lleno de gracia y verdad, presentó tales pretensiones y reclamos como eran totalmente impropios en los labios de un mero hombre, y mucho más de un hombre pecador, declarándose a sí mismo ser la Luz del Mundo y el Pan de Vida: dando a entender que tenía poder para perdonar pecados y para levantar a los muertos; que Él había preexistido antes de venir a la tierra y regresaría a ese estado preexistente cuando su obra estuviera hecha, cuya obra era morir por los pecados de los hombres; que Él se levantaría de los muertos y ascendería al cielo, ambas cosas que Él

realmente hizo; y afirmando que Él era el Hijo de Dios, el igual del Padre y el futuro Juez de la humanidad. El cristiano estudiando este cuadro percibe que, mientras a él pertenecen los lineamientos de un hombre, también lleva la semejanza de un Dios, y razona que si ese cuadro fue dibujado de la vida (¿y cómo de otra manera podría haber sido dibujado?) entonces un Dios debe una vez haber caminado esta tierra en la persona de Jesús. Para el cristiano ninguna otra conclusión es posible. Ciertamente no la de la nueva teología, que hace de Jesús un hombre pecador, distinguiéndolo de Cristo, la llamada figura ideal de los credos, y llamándolo divino solo en el sentido en que otros hombres son divinos aunque en un grado menor que Él. Pero incluso la Nueva Teología no puede escapar de la implicación de su propio credo. Porque si Jesús fue el hombre más divino que jamás vivió en la tierra, entonces naturalmente su Palabra debería llevar más peso que la de cualquier otro, y Él enseñó enfáticamente, no solo que había un Dios personal cuyo Hijo Él era, sino que los hombres debían orar: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

3. Sin un Dios el cristiano no puede entender los hechos de su propia conciencia.

Tome primero la idea de Dios de la cual se encuentra poseído al llegar a la edad de inteligencia y responsabilidad. Cómo llega a suceder que esta gran idea surja dentro de él si no existe tal ser como Dios, es algo que no puede entender. Decir que simplemente la ha heredado de sus padres o la ha absorbido de sus contemporáneos no es resolver el problema, sino solo retrocederlo de generación en generación. La pregunta permanece: ¿Cómo se originó primero esta idea en el alma? Responder que creció gradualmente fuera del totemismo y animismo como practicado por las razas de bajo grado que, impulsadas por miedos supersticiosos, concibieron objetos materiales para ser habitados por fantasmas o espíritus, es igualmente una evasión del problema. Porque de nuevo surge la pregunta: ¿Cómo llegaron estas razas de bajo grado a la concepción de espíritus como distinguidos de cuerpos u objetos materiales en general? Si se respondiera que la veneración por ancestros fallecidos engendró la concepción de un Dios, uno debe demandar además por qué proceso de razonamiento fueron conducidos desde la concepción de tantos dioses como había ancestros fallecidos a la de una deidad suprema o Señor de todos. La única explicación satisfactoria de la conciencia latente de Dios que el hombre en todas las edades y tierras ha demostrado poseer es, que es una de las intuiciones del alma, una parte del mobiliario intelectual y moral con el cual viene al mundo; que al principio esta idea o intuición yace dentro del alma como una semilla de maíz que gradualmente se abre a medida que el alma se eleva a la plena posesión de sus poderes y es apelada por la naturaleza externa; que si el pecado no hubiera entrado en el mundo esta idea o intuición se habría expandido en todas partes en plena floración, llenando el alma con una concepción clara y radiante del ser divino, en cuya imagen ha sido hecha; pero que ahora como consecuencia de la influencia destructora del pecado esta idea o intuición ha sido en todas partes más o menos oscurecida y debilitada y en naciones paganas corrompida y degradada.

Luego elevándose a la experiencia distintivamente religiosa de la conversión, el cristiano encuentra toda una serie o grupo de fenómenos que para él son inexplicables, si no hay Dios. Consciente de un cambio parcialmente intelectual pero principalmente moral y espiritual, un cambio tan completo como para equivaler a una revolución interior, lo que la Escritura llama un nuevo nacimiento o una nueva creación, no puede rastrearlo a la educación o al ambiente, a la reflexión filosófica o a consideraciones prudenciales. La única cuenta razonable que puede dar de ello es que ha sido sostenido por un poder invisible pero sobrehumano, de modo que se siente constreñido a decir como Pablo: “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy”. Y no solo así, sino como resultado de este cambio interior sobre su naturaleza, se da cuenta de que está en una nueva relación con ese poder supremo que lo ha vivificado y renovado, que puede y de hecho entra en comunión personal con Él a través de Jesucristo, dirigiéndole oraciones y recibiendo de Él beneficios y bendiciones en respuesta a esas oraciones.

Estas experiencias de las cuales el cristiano es consciente pueden ser caracterizadas por el no cristiano como ilusiones, pero para el cristiano son realidades; y siendo realidades hacen simplemente imposible para él creer que no hay Dios. Más bien le inspiran con confianza de que Dios es, y es el galardonador de los que

¿Existe un Dios?

le buscan diligentemente, y que de él, y por él, y para él, son todas las cosas; a quien sea la gloria por los siglos. Amén.

Capítulo 34 El Pecado y el Juicio Venidero

Por Sir Robert Anderson, Caballero Comendador de la Orden de Bath, Doctor en Derecho
Londres, Inglaterra

El libro de Jueces relata que en días malos, cuando la guerra civil asolaba a Israel, la tribu de Benjamín se jactaba de tener 700 hombres que “tiraban con la honda a un cabello y no erraban”. Casi doscientas veces la palabra hebrea *chatha*, aquí traducida “errar”, se vierte como “pecar” en nuestra Biblia en inglés; y este hecho llamativo puede enseñarnos que, aunque “toda injusticia es pecado”, el pensamiento básico del pecado es mucho más profundo. El hombre es pecador porque, como un reloj que no da la hora, no cumple el propósito de su existencia. Y ese propósito es (como lo expresan admirablemente los teólogos de Westminster) “glorificar a Dios y gozar de Él para siempre”. Nuestro hacedor quiso que “seamos para alabanza de su gloria”. Pero fracasamos por completo en esto; “estamos destituidos de la gloria de Dios”. El hombre es pecador no solo por lo que hace, sino por lo que es.

El hombre, un fracaso

Que el hombre es un fracaso lo niegan solamente los que dicen en su corazón: “No hay Dios”. Porque, ¿no somos conscientes de aspiraciones frustradas y de anhelos insatisfechos hacia lo infinito? Ciertamente se nos dice que hay algunos que no tienen tales aspiraciones. No hay duda de que hay aparentes excepciones —el señor A. J. Balfour menciona a los “niños de la calle y pensadores avanzados”—, pero tales excepciones se pueden explicar. Y estas aspiraciones y anhelos —estos deseos de nuestro ser superior— son totalmente distintos del gemido de la creación inferior. ¿Cómo, entonces, podemos explicarlos? La evolución atea que ha reemplazado al darwinismo nada puede decirnos aquí. Son parte del gran conjunto de pruebas de que el hombre es por naturaleza un ser religioso; y ese hecho indiscutible apunta además al hecho de que es criatura de Dios. Las personas dotadas de una capacidad anormal para la “fe sencilla” quizá atribuyan los fenómenos intelectuales y estéticos del ser humano al gran “germen primordial”, un germen que no fue creado en absoluto, sino que (según la filosofía de una de las divertidas historias de Mark Twain) “simplemente ocurrió”. Pero la mayoría de nosotros somos tan poco agudos que no podemos llegar a creer en un efecto sin una causa adecuada; y si aceptáramos la hipótesis del germen todopoderoso, la consideraríamos una manifestación más sorprendente de poder creador que la “cosmogonía mosaica” descrita.

¿Por qué un fracaso?

Pero todo esto, que es tan claro para todo pensador libre y sin miedo, genera una dificultad de primera magnitud. Si el hombre es un fracaso, ¿cómo puede ser criatura de un Dios que es infinito en sabiduría, bondad y poder? Es como un ave con un ala rota, y Dios no hace aves con las alas rotas. Si un ave no puede volar, hasta el niño más pequeño concluye que algo le ha ocurrido. Y por un proceso de razonamiento igualmente sencillo concluimos que algún mal le ha sobrevenido a nuestra raza. Y aquí la caída en Edén ofrece una explicación suficiente de las extrañas anomalías de nuestro ser, y no se presenta ninguna otra explicación. Es seguro, entonces, que el hombre es criatura de Dios, y no menos seguro es que es una criatura caída. Aun si la Escritura callara aquí, los hechos evidentes nos llevarían a deducir que algún desastre, como el que relata Génesis, tuvo que sobrevenir a la raza humana.

El hombre sin excusa

Pero, aunque esto sirve para resolver una dificultad, sugiere otra. El dogma de la depravación moral del hombre, y de que sea irremediable, no puede reconciliarse con la justicia divina al castigar el pecado. Si, por la ley de su naturaleza caída, el hombre fuera incapaz de hacer lo recto, sería claramente injusto

castigarlo por hacer lo malo. Si la caída lo hubiera vuelto jorobado, castigarlo por no estar erguido sería digno de un tirano cruel y sin escrúpulos. Pero debemos distinguir entre el dogma teológico y la verdad divina. Que el hombre es inexcusable es el claro testimonio de la Sagrada Escritura. Además, esto se afirma enfáticamente de los gentiles; y su verdad queda plenamente demostrada por el hecho de que aun entre los paganos ha habido algunas vidas limpias y rectas. Sin duda, tales casos son pocos y esporádicos; pero eso de ningún modo afecta el principio del argumento; porque lo que algunos han hecho, todos podrían hacerlo. Es verdad que en la era anterior al diluvio toda la raza estaba hundida en el vicio; y tal era también la condición de los cananeos en tiempos posteriores. Pero los juicios divinos que cayeron sobre ellos prueban que su condición no era solamente consecuencia inevitable de la caída. Porque, en ese caso, los juicios habrían sido una manifestación, no de justicia divina, sino de venganza despiadada.

Depravación en la naturaleza religiosa

Además, si este dogma fuera verdadero, todos los hombres no regenerados estarían igualmente degradados, mientras que, en realidad, el religioso inconverso puede mantener un nivel de moralidad tan alto como el cristiano espiritual. En este aspecto, la vida de Saulo el fariseo era tan correcta como la de Pablo, el apóstol del Señor. Su propio testimonio a este respecto es inequívoco. (Hechos 26:4, 5; Filipenses 3:4–6). No menos clara es su confesión de que, a pesar de su vida de moral intachable, era un blasfemo perseguidor y el primero de los pecadores. (1 Timoteo 1:13).

La solución de este aparente enigma se halla en el hecho, declarado tan claramente en la Escritura, de que no es en la esfera moral, sino en la religiosa o espiritual, donde el hombre está irremediabilmente depravado y perdido. De ahí la terrible palabra —tan cierta para los que están en la cumbre de una alta moralidad como para los que se revuelcan en pecados viles—: “los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”. “El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor”. Pero en cuanto a nosotros, nos hemos descarriado como ovejas perdidas. El hombre natural no conoce a su Dios.

El hombre, pecador por carácter

Así pues, aunque el pecado tiene muchos aspectos, el hombre es pecador, repito, principalmente y en esencia, no por lo que hace, sino por lo que es. Y esto pone de relieve la verdad evidente de que el pecado debe juzgarse desde el punto de vista divino, y no desde el humano. Tiene que ver con los requerimientos de Dios y no con la opinión que el hombre tiene de sí mismo. Y esto se aplica a todos los muchos aspectos bajo los que puede considerarse el pecado. “Puede contemplarse como errar un blanco o una meta; entonces es ἁμαρτία [*hamartia*] o ἁμαρτήμα [*hamarthma*]; el pasar o transgredir una línea; entonces es παράβασις [*parabasis*]; la desobediencia a una voz; en ese caso es παρακοή [*parakoe*]; la caída donde uno debía mantenerse en pie; esto será παράπτωμα [*paraptoma*]; la ignorancia de lo que uno debía haber sabido; esto será ἀγνόημα [*agnoema*]; la disminución de lo que debía haberse dado en medida plena, lo cual es ἥττημα [*etema*]; la no observancia de una ley, que es ἀνομία [*anomia*] o παρανομία [*paranomia*]; una discordancia, y entonces es πλημέλεια [*plemleia*]; y de otras maneras casi sin número”.

Este conocido pasaje de los “Sinónimos” del arzobispo Trench no debe tomarse como una declaración teológica de doctrina. Como el doctor Trench señala en una página posterior, la palabra ἁμαρτία tiene un alcance mucho más amplio que “errar un blanco o una meta”. Se usa en el Nuevo Testamento como término genérico para el pecado. Y ἀνομία [*anomia*] tiene un significado mucho más profundo que la “no observancia de una ley”. Ἡ ἁμαρτία ἐστὶν ἡ ἀνομία [*Hamartia estin anomia*], leemos en 1 Juan 3:4; y “el pecado es infracción de la ley” es la traducción admirable de las palabras del apóstol. Lo que la anarquía es en otra esfera, eso es la *anomia* aquí: no mera falta de observancia de una ley, sino rebelión y desafío contra la ley. El “pecado original” puede, a veces, expresarse en un “no puedo”; pero detrás de todo pecado actual está el “no quiero”; su principio básico es la afirmación de una voluntad que no se somete a la voluntad de Dios.

La mente carnal

Las verdades espirituales se discernen espiritualmente; pero cuando el apóstol Pablo declara que “el ocuparse de la carne” —es decir, la mente no iluminada del hombre natural— “es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios” (Romanos 8:7), está afirmando algo que es un hecho en la experiencia de todos los hombres reflexivos. No es que los hombres, por naturaleza, prefieran el mal al bien; esa condición se debe a prácticas viciosas. “Entregados a una mente reprobada” es la descripción del apóstol de aquellos que están así depravados por entregarse a “pasiones vergonzosas”. El tema es delicado y desagradable; pero todos los que tienen experiencia con criminales pueden atestiguar que la práctica de vicios antinaturales destruye toda capacidad de apreciar las virtudes naturales. Como nos dice el primer capítulo de Romanos, los esclavos de tales vicios se hunden en la degradación, no solo de “hacer tales cosas”, sino también de “aplaudir a los que las practican” (Romanos 1:24-32). Todo poder de recuperación se ha perdido; no hay en ellos nada a lo que se pueda apelar.*

* (No puedo dejar de decir que, si puedo “justificar los caminos de Dios” con entendimiento al destruir las ciudades de la llanura y decretar la exterminación de los cananeos, lo debo al conocimiento adquirido en el trabajo policial en Londres, pues el vicio antinatural parece ser hereditario).

Pero esto es algo anormal. A pesar de la entrega al vicio “natural”, hay en el hombre un sentido latente de respeto propio al que se puede apelar. Ni siquiera un gran criminal es insensible a tal llamado. Porque, aunque sus fuerzas de dominio propio estén casi paralizadas, no llama al mal bien, sino que reconoce que es mal. Y así, para usar las palabras del apóstol, “reconoce que la ley es buena”. Pero, si lo hace, es porque reconoce que es la ley de su propia naturaleza mejor. Está pensando en lo que se debe a sí mismo. Háblale de lo que se debe a Dios, y de inmediato se despierta la enemistad latente de la “mente carnal”. En el caso de alguien que ha tenido una formación religiosa, las manifestaciones de esa enemistad pueden verse modificadas o contenidas; pero, aun así, él es consciente de ella.

Los hombres reflexivos del mundo, repito, no comparten las dudas que algunos teólogos abrigan respecto a la verdad de la enseñanza bíblica en este tema. Porque cada hora despierta aporta pruebas “de que la relación entre el hombre y su Hacedor se ha oscurecido, y de que, aun cuando conoce la voluntad de Dios, hay en su naturaleza algo que lo impulsa a rebelarse contra ella”. Además, tal estado de cosas es evidentemente anormal, y si se rechaza la explicación divina de ello, debe seguir siendo un misterio sin resolver e insoluble. La caída en Edén lo explica, y no puede darse otra explicación.

La raíz del pecado

Podría argumentarse que un pecado no premeditado —un pecado en el que la mente y la voluntad no intervienen— es una contradicción de términos. Pero esto no necesitamos discutirlo, porque para el propósito presente basta notar el hecho evidente de que, en seres no caídos, tal pecado sería imposible. Como declara la epístola de Santiago, todo pecado es resultado de un mal deseo. Y comer del fruto prohibido fue el resultado de un deseo despertado al ceder a los engaños del tentador. Cuando una mujer alberga el pensamiento de romper su voto matrimonial, deja de ser pura; y una vez que nuestros primeros padres prestaron oído dispuesto al evangelio de Satanás —“No moriréis”, “Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”—, su caída ya era un hecho consumado. El acto abierto de desobediencia, que naturalmente siguió, no fue más que la manifestación externa de ello. Y, como su ruina se produjo, no por la corrupción de su moral, sino por el socavamiento de su fe en Dios, no es, repito, en la esfera moral, sino en la espiritual, donde la ruina es completa y sin esperanza.

La reconciliación, la gran necesidad

Por eso también, aunque la “perseverancia en bien hacer” está dentro de la capacidad humana, Romanos 2:6–11 se aplica a todos, tengan o no una revelación divina; pero, por supuesto, la prueba y la norma serían distintas para el judío y para el gentil, y negar esto no solo provee una excusa adecuada para una vida de pecado, sino que pone en duda la justicia del juicio divino que le espera; ningún grado de éxito, ninguna medida de logro en esta esfera puede servir para ponernos bien con Dios. Si mi casa está en tinieblas porque se cortó la corriente eléctrica, por más cuidado que ponga en mis aparatos e instalaciones, no recuperaré la luz. Mi primera necesidad es que se restablezca la corriente. Y así también aquí; el hombre, por naturaleza, está “ajeno de la vida de Dios”, y su primera necesidad es reconciliarse con Dios. Y aparte de la redención, la reconciliación es imposible.

Neo-cristianismo

Un análisis de la cuestión del pecado aparte del remedio de Dios para el pecado presentaría la verdad en una perspectiva tan completamente falsa que sugeriría un error positivo. Pero, antes de seguir para hablar del remedio, es necesario decir algo más acerca de la enfermedad. Porque las ideas vagas tan comunes hoy respecto a la expiación se deben en gran parte a una apreciación totalmente inadecuada del pecado; y esto, a su vez, depende de la ignorancia de Dios. El pecado, en todos sus aspectos, tiene, por supuesto, relación con un salvaje; y como el hombre es criatura de Dios, la norma es, de nuevo por supuesto, la perfección divina. Pero el dios del neo-cristianismo de hoy —no debemos llamarlo cristianismo— es un “Jesús” humano, débil y suave, que ha reemplazado al Dios tanto de la naturaleza como de la revelación.

El elemento de necedad en las herejías religiosas ofrece material para un interesante estudio psicológico. Si los evangelios no fueran auténticos, en cuanto a la enseñanza de Cristo se refiere, el agnosticismo inteligente sería la actitud de todo aquel que no sea un religioso supersticioso. Pero si los relatos de su ministerio son dignos de confianza, es seguro, primero, que las Escrituras hebreas fueron el fundamento de la enseñanza del Señor; y segundo, que sus advertencias del juicio divino sobre el pecado fueron más terribles que los mismos truenos del Sinaí. Durante toda la época en que el eco de esos truenos se mezclaba con la adoración de su pueblo, el espíritu profético podía discernir la llegada de un día futuro de plena redención. Y fue en la calma y la luz del amanecer de ese día tan largamente prometido cuando Él habló de una condenación más terrible que la que alcanzó a los pecadores de Sodoma y Gomorra, para todos los que vieron sus obras y oyeron sus palabras, y aun así no se arrepintieron.

La norma perfecta

Y aquí podemos aferrarnos a un gran principio que nos ayudará a reconciliar declaraciones de la Escritura que parecen contradictorias y a silenciar algunas de las objeciones de la incredulidad. Los que piensan reconocerán que, en el juicio divino, la norma debe ser la perfección. Y probados así, tanto el religioso orgulloso de la cristiandad, “exaltada hasta el cielo” como Capernaúm por privilegios y bendiciones externas, como el salvaje típico de un paganismo degradado, deben quedar juntos. Si Dios aceptara una norma inferior a la justicia perfecta, se declararía a sí mismo injusto; y el gran problema de la redención no es cómo puede ser justo al condenar, sino cómo puede ser justo al perdonar. En un tribunal penal, “culpable o no culpable” es la primera cuestión que debe tratarse en cada caso, y esto nivela todas las distinciones; y así ocurre aquí: todos los hombres “están destituidos”, y por tanto “todo el mundo” queda “bajo el juicio de Dios”. Pero, después del veredicto, viene la sentencia, y en esta etapa la cuestión de los grados de culpabilidad exige consideración. Y en ese “gran juicio” esa cuestión será decidida con perfecta equidad. Para algunos habrá muchos azotes, para otros pocos. En la visión que se nos da de esa escena terrible leemos que “fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:12).

Y este será el alcance y propósito del juicio de aquel gran día. La cuestión trascendente del destino final de los hombres debe quedar resuelta antes de la llegada de ese día; porque la resurrección lo declarará, y la

resurrección precede al juicio. Porque hay “resurrección de vida” y “resurrección de condenación” (Juan 5:29). Mientras que los redimidos, se nos dice expresamente, serán “resucitados en gloria” —y “sabemos que seremos semejantes a Él”, con cuerpos “semejantes al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21)—, los perdidos serán resucitados en cuerpos; pero aquí me detengo, porque la Escritura guarda casi silencio sobre este tema, y la conjetura no es segura; puede ser que, así como los criminales salen de la cárcel con un atuendo parecido al que llevaban al entrar, así los condenados reaparezcan en cuerpos parecidos a aquellos que fueron instrumentos de sus vicios y pecados en la tierra. Si los salvos han de ser resucitados en gloria, honra e incorrupción (1 Corintios 15:42-44), ¿no podrían los perdidos ser devueltos a la vida corporal en corrupción, deshonra y vergüenza?

Juicio venidero

Pero, aunque la cuestión suprema del destino de los hombres no espere a esa espantosa investigación, el “juicio venidero” es una realidad para todos. Porque es del pueblo de Dios que la Palabra declara: “todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” y “cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14:10, 12). Y ese juicio traerá recompensa para algunos y pérdida para otros. Un daño incalculable resulta de ese tipo de enseñanza que machaca en los oídos del inconverso que no tiene poder para vivir una vida pura y decente, y que engaña al cristiano haciéndole pensar que en la muerte perderá su personalidad al perder todo conocimiento del pasado, y que el cielo es un paraíso de necios donde las aguas del Leteo borrarán nuestros recuerdos de la tierra. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10). Pero este juicio del “tribunal de Cristo” tiene solo una relación incidental con el tema del presente artículo, y no debe confundirse con el juicio del “gran trono blanco”. De un juicio en ese sentido el creyente tiene inmunidad absoluta: “no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 4:26), es la declaración explícita del Señor. Él da la “potestad de ser hechos hijos de Dios” “a los que creen en su nombre” (Juan 1:12); y no recurriendo a un tribunal penal tratamos las faltas y malas acciones de nuestros hijos.

Grados de recompensas y castigos

Hemos visto, entonces, que el hombre es pecador tanto por lo que es como por lo que hace. Hacemos lo que no debemos y dejamos sin hacer lo que debemos hacer. Porque el pecado puede deberse a ignorancia o descuido, así como a pasiones malas que incitan a actos que ahogan la conciencia y atropellan la ley. Y también hemos visto que todo pecado da lugar a dos grandes cuestiones que deben distinguirse, aunque en cierto sentido sean inseparables. Una se expresa en la fórmula “culpable o no culpable”, y en esto no cabe elemento alguno de limitación ni de grado. Pero, después del veredicto, viene la sentencia; y cuando se trata del castigo, los grados de culpabilidad son infinitos.

Se ha dicho que no habrá dos redimidos que tengan el mismo cielo; y, en ese sentido, no habrá dos perdidos que tengan el mismo infierno. Esto no es una concesión a las herejías populares sobre este tema. Porque la ficción de un infierno de duración limitada o bien desfigura el carácter de Dios, o, en la práctica, niega la obra de Cristo. Si la extinción del ser fuera el destino del impenitente, mantenerlo sufriendo durante un eón o un siglo se asemejaría a la crueldad de un tirano que, habiendo decretado la muerte de un criminal, aplaza la ejecución de la sentencia para torturarlo. De hecho, sería mucho peor que esto, porque, *ex hypothesi*, la resurrección de los injustos no podría tener otro propósito que aumentar su capacidad de sufrir.

O, si adoptamos la herejía alternativa —que el infierno es una disciplina punitiva y purgatoria por la cual el pecador pasará al cielo—, menospreciamos la expiación y socavamos la verdad de la gracia. Si el preso consigue su libertad cumpliendo su condena, ¿dónde entra la gracia? Y si los sufrimientos del pecador pueden expiar su pecado, lo máximo que podría decirse de la muerte de Cristo es que abrió un camino corto y fácil hacia la misma meta que se podría alcanzar por un viaje tedioso y doloroso. Pero, además, a menos

que el pecador sea hecho justo y santo antes de entrar al infierno —y, en ese caso, ¿por qué no dejarlo entrar al cielo de una vez?—, seguirá pecando sin cesar; y como cada nuevo pecado implicará una nueva pena, su castigo nunca podrá terminar.

Argumento falso

Todo tratado que apoya estas herejías se basa en el argumento de que las palabras de nuestra versión en inglés, que connotan duración interminable, representan palabras del texto original que no tienen tal significado. Pero este argumento queda destruido por el hecho de que el crítico se vería obligado a usar estas mismas palabras si se le encargara la tarea de retraducir nuestra versión al griego. Porque ese idioma no tiene otra terminología para expresar esa idea. Y, sin embargo, es aprovechando argumentos *ad captandum* de este tipo y los prejuicios que naturalmente se despiertan por declaraciones parciales o exageradas de la verdad, como estas herejías se abren camino. Así se desvía la atención de las dificultades insuperables que las rodean y de su relación con la verdad de la expiación.

Pero el cristianismo barre con todos estos errores. El Dios del Sinaí no se ha arrepentido de sus truenos, pero se ha revelado plenamente en Cristo. Y lo maravilloso de la revelación no es el castigo, sino el perdón. El gran misterio del evangelio es cómo Dios puede ser justo y, a la vez, el que justifica a los hombres pecadores. Y las Escrituras que revelan ese misterio dejan claro como la luz que esto es posible solo mediante la redención: “No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”. La redención es única y totalmente por la muerte de Cristo. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Introducir limitaciones aquí es limitar a Dios.

La cruz de Cristo

En la sabiduría de Dios, la plena revelación del “juicio eterno” y del destino de los perdidos esperó la manifestación suprema de la gracia y el amor divinos en el evangelio de Cristo; y cuando estos temas terribles se separan del evangelio, la verdad se presenta en una perspectiva tan falsa que parece teñida de error. Porque ni siquiera la ley divina y las penas de la desobediencia nos permitirán comprender correctamente la gravedad y maldad del pecado. Esto solo podemos aprenderlo en la cruz de Cristo. Nuestra valoración del pecado será proporcional a nuestra comprensión del costo de nuestra redención. No “con cosas corruptibles, como oro o plata” —las medidas humanas de valor no sirven aquí—, sino “con la sangre preciosa de Cristo”. Aparentemente más increíble que las supersticiones más extravagantes de los cultos humanos es el evangelio de nuestra salvación. Que aquel que era “Hijo de Dios” en todo lo que ese título significa —Dios manifestado en carne; porque “todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”— descendió a la tierra, y después de vivir en rechazo y desprecio, murió una muerte de vergüenza, y que, en virtud de su muerte, es la propiciación por el mundo. (1 Juan 2:2)

Aquí, y solo aquí, podemos conocer el verdadero carácter y la profundidad del pecado humano, y solo aquí podemos conocer, en la medida en que la mente finita puede hacerlo, las maravillas de un amor divino que sobrepasa todo conocimiento.

Y el beneficio es para “todo aquel que en él cree”. Fue por la incredulidad que el hombre se apartó primero de Dios; cuán apropiado es, entonces, que nuestro regreso a Él sea por la fe. Si este evangelio es verdadero —¿y qué pocos hay que realmente crean que lo es!—, ¿quién puede atreverse a poner en duda la justicia del “castigo eterno”? Porque Cristo ha abierto el reino de los cielos a todos los creyentes; el camino a Dios está libre, y “el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. No hay artificio en esto, y la gracia no es un manto para cubrir el favoritismo. Hay misterios no resueltos en la Sagrada Escritura, pero cuando leemos de “Dios nuestro Salvador”, que quiere que “todos los hombres sean salvos”, y de “Cristo Jesús, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:3-6), estamos en la luz plena del día.

Esto es tan claro como las palabras pueden expresarlo —y nada más que esto nos concierne—: que las consecuencias de aceptar o rechazar a Cristo son finales y eternas. Pero, ¿quiénes son los que serán tenidos por culpables de rechazarlo? ¿Qué de aquellos que, aunque viven en la cristiandad, nunca han oído el evangelio correctamente? ¿Y qué de los paganos que nunca lo han oído en absoluto? Nadie puede pretender resolver estos problemas sin parecer asumir, de manera irreverente, el papel de árbitro entre Dios y los hombres. Sabemos, y es nuestro gozo saberlo, que la decisión de todas estas cuestiones descansa en un Dios de perfecta justicia y amor infinito. Y que esta sea nuestra respuesta a quienes exigen una solución de estas cosas. La fe sin vacilación es la actitud correcta ante la revelación divina, pero donde la Escritura guarda silencio, guardemos silencio.*

* (El alcance de este artículo está limitado no solo por exigencias de espacio, sino por la naturaleza del tema. Por tanto, no contiene referencia especial a la obra del Espíritu Santo.)

Capítulo 35 La Expiación

Por el profesor Franklin Johnson, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Autor de *Old-Testament Quotations in the New Testament*, etc., Chicago, Ill.

El mundo cristiano en su conjunto cree en una expiación sustitutiva. Esto ha sido su creencia desde que comenzó a reflexionar. La doctrina fue expuesta por Atanasio con tanta claridad y plenitud como por cualquier escritor posterior. Todos los grandes credos históricos que presentan la expiación con cierto detalle, presentan una expiación sustitutiva, y todos los grandes sistemas históricos de teología la guardan como el arca misma del pacto, el objeto central del lugar santísimo.

Aunque el mundo cristiano en general cree en una expiación sustitutiva, está menos inclinado que antes a considerar cualquier teoría existente de sustitución como totalmente adecuada. Acepta la sustitución de Cristo como un hecho, y tiende a considerar las teorías acerca de ella solo como vislumbres de una verdad más grande que todas ellas. Observa que una teoría temprana encontró la necesidad de la expiación en la veracidad de Dios, que una teoría posterior la encontró en el honor de Dios, y que otra más reciente la encontró en el gobierno de Dios, y estima todas estas especulaciones como útiles, mientras anhela más luz.

Fundamentos de la creencia en la sustitución

Si preguntáramos a quienes sostienen esta doctrina sobre qué base creen que Cristo es el sustituto de los pecadores, habría muchas respuestas, pero quizás solo en dos de ellas estarían de acuerdo todas las voces. El primero de estos fundamentos serían las repetidas declaraciones de la Sagrada Escritura, que son tan claras, tan precisas, tan numerosas y tan variadas, que no dejan lugar para dudar de su significado. El otro fundamento es el testimonio del corazón humano dondequiera que se duele de su pecado o se regocija en una liberación ya realizada. La declaración de las Escrituras de que Cristo llevó nuestros pecados en la cruz es necesaria para satisfacer los anhelos del alma.

El mundo cristiano, en general, diría: “Creemos en la gravitación, en la luz, en la electricidad, en el éter que todo lo llena, porque tenemos que hacerlo, y no porque podamos explicarlos por completo. Así también creemos que Cristo murió en lugar del pecador porque tenemos que hacerlo, y no porque conozcamos todas las razones que llevaron a Dios a ordenar y aceptar su sacrificio”.

La teoría de la influencia moral

Aunque el mundo cristiano como un todo cree en una expiación sustitutiva, la doctrina es rechazada por una minoría de hombres piadosos y capaces, que presentan en su lugar lo que a menudo se ha llamado la “teoría de la influencia moral”. Según esta, la única misión de Cristo fue revelar el amor de Dios de una manera tan conmovedora que ablandara el corazón e indujera a los hombres a abandonar el pecado. A veces esta teoría se expone con tanta elocuencia y ternura, que uno desearía poder encontrarla suficiente como interpretación, al mismo tiempo, de las Escrituras y de la necesidad humana.

Ahora bien, nadie pone en duda la profunda influencia espiritual de Cristo donde Él es predicado como la propiciación de Dios, y quienes creen en la doctrina de una expiación sustitutiva levantan la cruz como el único medio señalado para alcanzar y salvar a los perdidos. Solo se oponen cuando “la teoría de la influencia moral” se presenta como una explicación suficiente de la expiación, negando que la obra de Cristo haya hecho que Dios sea propicio hacia el hombre. Uno puede apreciar la luna sin desear que apague el sol y las estrellas.

Argumentos contra la sustitución

Los defensores de esta teoría tienen que apartar de en medio la doctrina de la sustitución. Intentan hacerlo presentando muchos argumentos, de los cuales solo dos necesitan retenernos aquí, ya que, desapareciendo estos, los otros, de menor peso, caerán por sí mismos.

a. Sustitución imposible.

Dicen que la doctrina de la sustitución supone algo imposible. La culpa no puede ser transferida de una persona a otra. El castigo y la pena no pueden ser transferidos de una persona culpable a una inocente. Una persona inocente puede ser acusada de pecado, pero si esto sucede seguirá siendo inocente y no culpable. Una persona inocente puede sufrir, pero si esto sucede, su sufrimiento no será castigo ni pena. Tal es la objeción: el mundo cristiano, al creer que Cristo ha realizado una expiación sustitutiva, cree algo que está en contra de las leyes necesarias del pensamiento.

El lector observará que esta objeción tiene que ver totalmente con las definiciones de las palabras culpa y castigo y pena. Es, tal vez, digna de la seria atención del teólogo que desea mantener sus términos libres de ofensa; pero no tiene fuerza más allá del campo de la crítica verbal. Es cierto que la culpa, en el sentido de merecer personalmente la censura, no puede ser transferida del malhechor al bienhechor. Es cierto que el castigo, en el sentido de pena infligida por la culpabilidad personal, no puede ser transferido del malhechor al bienhechor. Esto no es un descubrimiento, y es sostenido con la misma firmeza por quienes creen en una expiación sustitutiva como por quienes la niegan.

La dificultad puede desaparecer si usamos otras palabras.

La culpa, en el sentido de responsabilidad por haber hecho el daño que se ha hecho, puede ser compartida por el malhechor y por el bienhechor. El castigo, en el sentido de una pena para la cual Dios ha fijado un propósito de bien, puede ser compartido por el malhechor y por el bienhechor. Cuando un hombre ha cometido un crimen, alguien puede entregarse a sí mismo, o puede ser entregado por otros, para compartir su responsabilidad, tomando una parte de sus sufrimientos a fin de lograr un resultado mejor. El mundo está lleno de casos de este tipo. El malhechor, según el conjunto del canon de veracidad, queda siendo culpable; el bienhechor, según el conjunto del canon de veracidad, sigue siendo inocente; Dios, según el conjunto del canon de veracidad, sigue siendo justo, mientras que la víctima voluntaria de la compasión comparte los sufrimientos del culpable por su propio bien.

Esto es lo que ya hace miles de veces lo que ahora se dice ser imposible. Llamamos a estos sufrimientos compartidos “sustitucionales”. Si a algunos no les gusta el término, que no luchen acerca de las palabras. Pero que no olviden tantas contraseñas sagradas de heroísmo noble con las cuales el mundo se ha animado. Si preferimos, podemos decir que son “vicarios” y dejar en paz la palabra “sustitucional”.

Que nos esforcemos por evitar malentendidos en cuanto a las palabras culpa y castigo y pena, pero que no nos engañemos con la idea de que al aclarar las palabras hemos destrozado los hechos de las experiencias que intentamos describir mediante las palabras. Si tal supresión pudiera lograrse, el mundo moral se hundiría. Hablaríamos de estas experiencias indefinidamente, aunque no tuviéramos palabras con las que referirnos a ellas.

La misma dificultad, que desaparece cuando uno desciende de las alturas místicas de la estrecha lógica para volver al mundo de los hechos, reaparece de nuevo cuando subimos a las alturas místicas de una lógica aún más estrecha. Se dice: “Si Cristo sufrió como nuestro sustituto, ¿por qué debería sufrir alguien más? Si Él pagó el precio del pecado, ¿por qué se debe pagar un precio adicional?” La respuesta es que al preguntar

de esta forma nos aislamos a nosotros mismos artificialmente de la humanidad. En realidad, nosotros formamos parte de la raza humana, y continuamente sufrimos como miembros de esta raza por los pecados de nuestros semejantes. Solo participando en los sufrimientos comunes, como miembros de la familia humana, podemos ser librados, por lo que Cristo ha hecho, de los sufrimientos comunes como individuos.

De modo que nuestras penas pueden suplantar otras penas peores, si aceptamos al que es la Cabeza de la humanidad. Pero si nos separamos de Cristo y de la familia humana, nuestra posición se vuelve totalmente diferente. Si nos separamos de Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y rechazamos toda participación en sus sufrimientos de simpatía y amor, no podemos esperar ningún beneficio de su expiación como individuos. Para que se cumpla en nosotros, debemos ser participantes de ella como miembros de una generación que está siendo salvada.

El gran invento de la sustitución, por el cual se eximen ciertos sufrimientos, fraudes, vergüenzas, vergüenzas más grandes, es uno de los métodos empleados por Dios en el gobierno del mundo. Los hombres a menudo se oponen a la parte del plan divino que los obliga a llevar los pecados que han cometido; raramente se oponen a la parte del plan divino que los exime de sufrir en la medida total en que han pecado.

Un sistema que patrones de gobierno lo suficientemente sabios como para establecerlo ciertamente no tiene nada que temer de ataques hechos en nombre de un hábito formal del pensamiento. Este hábito formal contradice experiencias ya existentes en la familia humana.

Los términos “sustitución”, “castigo vicario”, “pena vicaria” deben manejarse con cuidado, pero no deben abandonarse del todo por los teólogos, y ello por dos razones.

Por un lado, no hay posibilidad de substitución, por muy imperfectas que sean, por otras palabras, sin una pérdida de energía espiritual. Podemos llenar el campo con locuciones explicativas, sustituyendo una frase llena por un término condensado, pero entonces nuestro discurso será tan pedregoso que la autopista de la verdad quedará bloqueada y la causa lo habrá perdido todo, mientras que habrá ganado poco, exceptuando quizás la corrección verbal.

Por otro lado, la experiencia universal del mundo ya ha empleado estas palabras para expresar un grupo completo de hechos, los hechos de vicariedad en el sufrimiento en todas partes. Los padres las han empleado muchas veces; los hijos las han empleado muchas veces, aun los niños las han empleado a menudo.

Si ahora los teólogos las desechan, le quitan cuanto han tenido en cuenta, y es posible que esto sea considerado apto para reforzar su fe. La iglesia cristiana conserva muchos restos de expresiones engañosas que debe apartar de sí; tiene bastantes fuentes de sospecha y dudas que debe quitar de los labios de los hombres. No debe añadir innecesariamente nuevos motivos de desconcierto en cuanto a su lenguaje.

Que usemos otras palabras si estas no son claras, pero mantengamos firmemente la verdad que en otro tiempo se buscó expresar con ellas. El mundo está constituido de tal manera que lleva la idea de sustitución grabada en su propio corazón. Ningún hombre o mujer o niño escapa de sufrir por las faltas de otros. En miles de casos estos sufrimientos sustitutivos se asumen voluntariamente y son útiles. Los maridos sufren para librar a las esposas de sufrimientos bien merecidos. Las esposas sufren para librar a los maridos de sufrimientos bien merecidos. Los hijos sufren para librar a los padres de sufrimientos bien merecidos. Los padres sufren para librar a los hijos de sufrimientos bien merecidos. Los pastores a menudo protegen a iglesias culpables de esta manera, y a veces al costo de la vida. Estadistas a menudo protegen a naciones culpables de esta manera, y a veces al costo de la vida.

Si ahora enseñamos que Cristo sufrió para librarnos de sufrimientos que merecemos plenamente, evitaremos una discusión sobre palabras, y sostendremos que, viniendo al mundo como miembro de nuestra

raza, Él sufrió hasta lo máximo, como muchos otros espíritus heroicos han sufrido en menor grado, sujetándose a sí mismo a la regla común del sufrimiento vicario, establecida por Dios en la formación de la sociedad humana, que está unida por lazos de simpatía y amor, y que existe en operación diaria desde el amanecer de la historia hasta el tiempo presente.

Los sufrimientos vicarios, por medio de los cuales los inocentes libran a los culpables de sufrimientos bien merecidos, a menudo se asumen por temor de que un exceso de dolor endurezca al culpable, y con la esperanza de que una suspensión del juicio y el paso suavizante del tiempo lo lleven a algo mejor. ¿No podemos creer que Cristo fue movido por un motivo semejante y que ha obtenido ese retraso de la justicia divina que maravilla a toda persona reflexiva? Pero los sufrimientos vicarios que observamos en el mundo a menudo se asumen por una razón más fuerte, con la convicción de que el culpable ya muestra señales de arrepentimiento, y con la seguridad de que la espera paciente, aun a gran costo, será recompensada con el desarrollo de los tiernos comienzos de una nueva vida, que las tormentas de una justicia sin temperamento tal vez destruirían. De Cristo se había predicho antes de su venida que “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”.

Así, si Cristo sufrió para librarnos de sufrimientos que merecemos plenamente, fue también para librarnos del pecado por el cual merecíamos tales sufrimientos.

b. Sustitución inmoral.

El segundo argumento con el que los defensores de “la teoría de la influencia moral” intentan refutar la doctrina de una expiación sustitutiva es tan desafortunado como el primero, ya que, como el primero, critica palabras más bien que los pensamientos que ellas intentan expresar. Se dice que la doctrina de una expiación sustitutiva es inmoral. Preguntémonos qué es esta doctrina inmoral.

La doctrina, responden, de que nuestra culpa fue transferida a Cristo y de que Él fue castigado por nuestros pecados. Aquí de nuevo “no debemos luchar acerca de palabras”. Admitamos que el teólogo podría expresarse mejor en otros términos, que no crearían prejuicio contra su significado. Pero, si corrige su declaración, que conserve cada parte de su sentido. Que diga que Cristo sufrió para que el hombre culpable escapara de sufrimientos bien merecidos. ¿Es inmoral esta enseñanza? Entonces la constitución de la raza humana, ordenada por Dios, es inmoral, porque, como sus lazos son de simpatía y amor, los seres humanos constantemente sufren para que otros escapen de sufrimientos bien merecidos. Entonces la simpatía es inmoral, porque esto es lo que hace. Entonces el amor es inmoral, porque esto es lo que hace. Entonces las mejores personas son las más inmorales, porque ellas hacen esto más a menudo que las demás.

El objetor no sostiene que la doctrina de una expiación sustitutiva haya producido por igual inmoralidad dondequiera que se ha proclamado. No se atreve a poner a prueba esta acusación apelando a la historia. Tal apelación sería fatal. Durante diecinueve siglos, los únicos grandes avances morales de la raza humana han sido producidos por la predicación de una expiación sustitutiva. “Por sus frutos los conoceréis”. Es imposible que una doctrina esencialmente inmoral sea causa de moralidad entre los hombres.

La teoría de la influencia moral no es adecuada

Pasemos ahora a “la teoría de la influencia moral” y consideremos por qué no debe ser aceptada.

a. Demasiado limitada.

Como teoría completa de la expiación, es demasiado estrecha y demasiado superficial. Si fuese adoptada universalmente, sería el fin del pensamiento sobre este tema elevado. La expiación sustitutiva promete una eternidad de progreso delicioso en el estudio. No puede ser agotada. Todas las teorías que se han presentado

para arrojar luz sobre ella son valiosas, pero dejan todo un universo por explorar, y uno puede esperar ampliar el campo de descubrimiento en cualquier momento.

Cerrarnos esta perspectiva sin límites y confinarnos a los estrechos límites de “la teoría de la influencia moral” sería reducir el océano a las dimensiones de un estanque y decirle al almirante que navegue sus flotas allí, o borrar todos los mundos excepto los del sistema solar y decirle al astrónomo que amplíe su ciencia.

Así como la adopción de esta visión limitada sería el fin del pensamiento, también lo sería del sentimiento. El corazón siempre ha sido encendido por la predicación de un Cristo que llevó nuestros pecados ante Dios en la cruz. Mediante esta verdad el pecador endurecido ha sido doblegado, y en ella el pecador arrepentido ha encontrado una fuente de gozo. Una expiación de costo infinito, que fluye de un amor infinito y que produce liberación de una pérdida infinita, derrite el corazón más frío y enciende el más ardiente. Predicar un sacrificio menor sería esparcir escarcha en lugar de fuego.

Pero la voluntad es alcanzada por medio de la razón y de las emociones. Aquello que dejaría de provocar un pensamiento profundo y apagaría las llamas de la emoción, no alcanzaría la voluntad ni transformaría la vida. La teoría hace que la muerte de Cristo sea, principalmente, una escena, un espectáculo, un esfuerzo por mostrar el amor de Dios más bien que una ofrenda a Dios, de naturaleza necesaria para la salvación del hombre. Lucha en vano por encontrar una razón digna para el tremendo sacrificio. Por ello se le puede acusar de ser, en esencia, inmoral. En todo caso, la obra de Cristo, si se interpreta de esta manera, no resultará ser “poder de Dios para salvación”. La especulación es llamada “la teoría de la influencia moral”, pero cuando se predica como teoría exclusiva de la expiación, es incapaz de ejercer una influencia moral profunda. El hombre que muere para rescatar de la muerte a alguien a quien ama, es recordado con lágrimas de reverencia y gratitud; el hombre que se da muerte a sí mismo para mostrar que ama, es recordado con horror.

b. No bíblica.

Aún más, el fallo principal de quienes sostienen esta postura se encuentra en el campo de la exégesis. La Biblia está tan llena de una expiación sustitutiva, que el lector se encuentra con ella en todas partes. Los textos que la enseñan no son expresiones raras y aisladas; se juntan en multitudes; avanzan en tropel; ocupan cada colina y cada valle. Causan la mayor vergüenza a quienes niegan que la relación de Dios con el mundo esté determinada por la cruz, y varios métodos son usados por distintos escritores para reducir su número y su fuerza.

Abundan especialmente en las epístolas del apóstol Pablo, y algunos menosprecian su autoridad como maestro del cristianismo. La doctrina está implicada en las palabras que nuestro Señor pronunció en la última cena, y algunos atacan estas como no genuinas. A Cristo se le declara repetidas veces ser una propiciación. “a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:25). “Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (Hebreos 2:17). Muchas súplicas especiales se interponen contra el sentido sencillo de estas declaraciones. No parece difícil entenderlas. Una propiciación debe ser una influencia que hace que alguien quede propicio, y la persona que es hecha propicia por ella debe ser la persona que fue ofendida. Sin embargo, algunos no vacilan en afirmar que estos textos consideran al hombre como el único ser que es propiciado por la cruz. Se aplican torturas especiales a muchas otras Escrituras para impedir que proclamen una expiación sustitutiva.

Cristo es “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28; Marcos 10:45). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). Tales son algunos ejemplos de las incontables declaraciones de una expiación sustitutiva que las Escrituras hacen, y con las cuales luchan en vano quienes rechazan la doctrina. Cualquier especulación que se levante contra esta poderosa corriente que fluye por toda la Biblia, está destinada a ser barrida.

Aún más. Una teoría teológica, como una persona, debe juzgarse en parte por la compañía que frecuenta. Si muestra una inclinación persistente a asociarse con otras teorías que yacen totalmente en la superficie, que no sondean profundidades ni resuelven problemas, y que la experiencia cristiana más profunda rechaza, evidentemente es de la misma clase.

La teoría que estoy aquí combatiendo tiende a asociarse con una visión inadecuada de la inspiración, y algunos de sus representantes cuestionan la inerrancia de la Escritura incluso en asuntos que pertenecen a la fe y a la conducta. Tiende a asociarse con una visión inadecuada de Dios, y algunos de sus representantes, al alabar su amor, olvidan su santidad y su terrible ira contra los malos incorregibles. Tiende a asociarse con una visión inadecuada del pecado, y algunos de sus representantes hacen que la alienación del hombre respecto a Dios consista meramente en actos, en lugar de un estado subyacente del cual proceden esos actos. Finalmente, tiende a asociarse con una visión inadecuada de la responsabilidad y la culpa, y algunos de sus representantes enseñan que estas cesan cuando el pecador se vuelve, de manera que no hay necesidad de propiciación, sino solo de arrepentimiento.

Un representante distinguido de esta teoría ha escrito las siguientes frases: “Todas las demandas justas quedan satisfechas si el pecado es eliminado”. “La ley divina está dirigida contra el pecado y queda satisfecha cuando el pecado llega a su fin”. “Si la gracia pone fin al pecar, se ha alcanzado el fin buscado por la ley”. “No puede ser, por lo tanto, que a los ojos de Dios haya alguna necesidad de satisfacer a la ley antes de que la gracia pueda salvar a los pecadores”. Estas palabras son como la voz de “una canción muy hermosa”; pero muchas almas perdonadas han entonado una melodía más angustiada. Un hombre puede dejar de pecar sin deshacer el daño que ha causado. Supongamos que, en el curso de sus negocios, ha defraudado a viudas y huérfanos, y que ellos ahora han muerto. O que, en su vida social, ha inducido a los jóvenes a la incredulidad y al vicio, y que ahora se ríen de sus esfuerzos por deshacer el mal, o se han ido a la eternidad sin ser salvos. En cierto sentido, su pecar ha llegado a su fin, pero sus efectos dañinos siguen en plena carrera. Su conciencia le dice que es responsable no solo por cometer sus pecados, sino por la ruina producida por ellos. En otras palabras, es responsable por todo el tren de males que puso en marcha. Las profundidades de su responsabilidad son demasiado hondas para que plumadas tan ligeras puedan medirlas.

Estas son algunas de las razones que llevan al mundo cristiano en su conjunto a rechazar como inadecuada “la teoría de la influencia moral” de la expiación.

Cristo, el que lleva el pecado

No intentaré presentar ninguna teoría sustitutiva de la expiación. No es absolutamente necesario que tengamos una teoría. Puede bastarnos con mantener la doctrina sin una teoría. Los escritores del Nuevo Testamento hicieron esto. Los primeros padres de la iglesia hicieron esto. El mundo fue profundamente influenciado por la predicación de la doctrina antes de que los líderes de la iglesia empezaran a construir una teoría. Lo que se hizo en el primer siglo puede hacerse en el siglo veinte. Podemos proclamar a Cristo como el que lleva el pecado y ganar multitudes para Él sin una teoría. Los hombres aceptarán el hecho, como los que se mueren de sed aceptan el agua, sin preguntar sobre su composición química.

Sin embargo, el pensador cristiano nunca dejará de buscar una teoría adecuada de la expiación, y puede ser útil considerar algunas de las condiciones que le es necesario cumplir si quiere tener éxito en arrojar nueva luz sobre este misterio divino.

La suficiencia de la expiación sustitutiva

1. Toda teoría de la expiación, para ser adecuada, debe partir de una interpretación justa y natural de todas las declaraciones bíblicas sobre el tema. No debe escoger unas y desechar otras. No debe acallar ninguna hasta dejarla en silencio.

2. Debe aprovechar el pensamiento que otras generaciones han encontrado útil. No debe desechar estos viejos materiales. Aunque no sean un edificio terminado, constituyen un fundamento que no podemos darnos el lujo de destruir. Pueden estar cubiertos por una acumulación de expresiones verbales poco afortunadas, de las cuales debemos liberarlos; pero quien desee avanzar en nuestro conocimiento de la paz hecha para nosotros por Cristo no debe desdeñar edificar sobre ellos.

3. Debe tomar en cuenta todos los atributos morales de Dios, porque todos intervienen en nuestra salvación. Encontrará el motivo principal de la expiación en el amor de Dios, quien “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Hallará una de las necesidades de la expiación en la justicia de Dios, quien “a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:25, 26). Verá uno de los efectos de la expiación en el apartar del hombre la ira de Dios, producto del amor y de la justicia ultrajados por el pecado: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:8, 9).

4. Debe concordar con una profunda experiencia cristiana. No jugará con interpretaciones socinianas de la deidad, porque la doctrina de la trinidad es el producto no solo de una exégesis sana y de una filosofía sana, sino también de una experiencia cristiana sana. No presentará a Dios como Padre en un sentido que niegue su realeza, como un padre de mente débil que se lamenta por la rebelión de sus hijos pero no tiene valor para usar la vara. No cubrirá su rostro con sonrisas débiles o lágrimas insensatas negándole los ceños fruncidos de la ira, porque una experiencia cristiana profunda declara que tales retratos no son verdaderos. No se unirá a aquellos excelentes cristianos que ven en el pecado solo una falta temporal, una enfermedad superficial, producto sobre todo de las circunstancias, y probablemente una etapa necesaria del hombre hacia cosas más altas, porque quienes han entrado con seriedad en la batalla contra la corrupción de nuestra naturaleza y han alcanzado grandes triunfos morales saben que esos colores rosados son engañosos. No disminuirá la culpa del transgresor, porque es el transgresor perdonado quien mejor conoce el terrible demérito de sus hechos y del estado de alejamiento de Dios del que surgieron. En resumen, tomará en cuenta el juicio de aquellas almas sabias que han aprendido “las cosas profundas de Dios” en muchos conflictos espirituales, y llegará a conclusiones aceptables para ellas.

5. Debe ver el sacrificio de Cristo como un acontecimiento planeado desde la eternidad y eficaz delante de Dios desde la eternidad. Él es “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). Él “ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos” (1 Pedro 1:20). El pecado no tomó a Dios por sorpresa. Él lo había previsto y había provisto un Redentor antes de que el pecado nos llevara cautivos.

6. Debe tener una visión más amplia del autosacrificio de Cristo que la que se nos presentó antes. Su autosacrificio culminó en su muerte, y hablamos de esto, con toda propiedad, como su expiación. Pero su autosacrificio tuvo otros aspectos.

Tuvo dos momentos principales, uno en la eternidad y otro en el tiempo. El primero fue el dejar a un lado algunos de sus atributos divinos para poder tomar nuestra naturaleza; el segundo fue soportar los males de la vida humana y de la muerte, que Él no quiso apartar de su suerte por medio de milagros. Ambos momentos se presentan en esta declaración: “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8). Y toda esta conmovedora historia de autosacrificio se vuelve aún más conmovedora cuando recordamos que Él anticipó sus sufrimientos desde la eternidad, y que obró en la creación y el gobierno del universo con la visión de sus futuros dolores siempre delante de sus ojos.

No podemos formarnos ninguna idea adecuada del costo con el cual dejó de lado algunos de sus atributos divinos para encarnarse. Apenas podemos formarnos alguna idea del costo con el cual murió por el mundo. Ningún simple hombre ha entregado su vida por otros en el sentido en que Cristo entregó su vida por el mundo. Todo hombre debe morir en algún momento; “de aquello no hay alta” (no hay licencia en esa guerra). Cuando un hombre sacrifica su vida, solo sacrifica unos días o años; solo la entrega antes en vez de después. Pero Cristo no eligió entre morir en un momento y morir en otro; Él eligió entre morir y no morir. Así, mirado desde cualquier ángulo, los sufrimientos voluntarios de Cristo sobrepasan nuestras facultades de pensamiento e imaginación, elevándose infinitamente por encima de toda experiencia humana.

7. Debe hacer mucho del efecto producido en Dios por el sacrificio infinito, voluntario y desinteresado de Cristo por el mundo. Aquí cualquier lenguaje humano se queda corto, y suena débil decir que Dios el Padre admira con el mayor entusiasmo esta vida santa y heroica de sufrimiento para la salvación del hombre. Sin embargo, debemos usar tales palabras, aunque sean frías. Las Escrituras describen su actitud hacia su Hijo encarnado como una de apreciación y aprobación sin límites, y nos dicen que su voz fue oída repetidas veces desde el cielo diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Cuando decimos que el sacrificio de Cristo es meritorio delante de Dios, queremos decir que despierta su suprema admiración. Tal fue su sentimiento hacia ese sacrificio cuando lo previó desde la eternidad; tal fue su sentimiento mientras lo veía llevarse a cabo; y tal es su sentimiento ahora, mientras lo contempla en retrospectiva y glorifica a Cristo en honor de dicho sacrificio.

8. Debe encontrar que la obra de Cristo ha producido una diferencia inmensa en las relaciones de Dios con el mundo caído. La obra fue infinita en el amor que la impulsó y en el autosacrificio que la acompañó, y por ello es infinita en su valor moral. No podemos menos que considerarla apta para obtener para el mundo una administración de gracia. Prevista desde la eternidad y eficaz delante de Dios desde la eternidad, ha obtenido una administración de gracia desde el momento en que se cometió el primer pecado.

Sin duda, por esta razón Dios ha permitido que el mundo permanezca a través de todas las edades de su historia rebelde. Lo ha mirado desde el principio en Cristo y, por esa causa, lo ha tratado con paciencia, con amor, con misericordia. El mundo no entró bajo la gracia recién cuando Cristo fue crucificado; siempre ha estado bajo la gracia, porque Cristo siempre ha presentado su sacrificio en el plan y propósito de Dios, y de este modo siempre ha ejercido una influencia propiciatoria. La gracia de Dios hacia el hombre no fue plenamente revelada y explicada hasta que fue manifestada en la persona y la obra de Cristo, pero siempre ha sido el principio rector del gobierno divino. Los hombres son salvos por gracia desde la muerte de Cristo, y siempre han sido salvos por gracia cuando han sido salvos en absoluto. Todo el argumento del apóstol Pablo en sus epístolas a los Romanos y a los Gálatas tiene como propósito defender la proposición de que

Dios siempre ha justificado a los hombres por gracia mediante la fe y que nunca ha existido otro camino de salvación.

Toda la administración de Dios en la historia humana se presenta, a la luz del “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”, [Apocalipsis 13:8] como una administración de bondad y benignidad infinitas, a pesar de aquellas severidades que han expresado su aborrecimiento del pecado.

Pero si el autosacrificio de Cristo ha producido una diferencia en la actitud práctica de Dios hacia el mundo, también la ha producido en su sentimiento hacia el mundo. Dios es uno. No está en guerra consigo mismo. No es un hipócrita. No tiene un modo de actuar y un sentimiento diferente. Si ha tratado con paciencia y gracia a nuestra raza pecadora, es porque ha sentido paciencia y gracia, y la obra de su Hijo, por medio de la cual su administración ha sido hecha paciente y llena de gracia, ha hecho que su sentimiento sea paciente y lleno de gracia.

Es a esta administración diferente y a su fundamento en un sentimiento diferente a lo que se refieren las Escrituras cuando nos presentan a Cristo como “la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. [1 Juan 2:2]

Capítulo 36 El Dios-Hombre

Por el finado John Stock

Jesús de Nazaret no fue mero hombre, que sobresaliera a otros en pureza de vida y conducta y en sinceridad de propósito, simplemente distinguido de otros maestros por la plenitud de su conocimiento. Él es el Dios-Hombre. Tal visión de la persona del Mesías es el fundamento seguro de todo el testimonio bíblico acerca de Él, y se infiere irresistiblemente del estilo y tono con que Él acostumbraba hablar de Sí mismo. De este argumento inferencial del Salvador podemos dar aquí solo los puntos principales en la presentación más breve.

Jesús afirmó ser el Hijo de Dios. Nos encontramos con este título en el libro de Daniel. Fue usado por Nabucodonosor para describir a esa cuarta persona maravillosa que caminó con los tres confesores hebreos en el fuego (3:25), y que era, sin duda, el Señor Jesucristo revelándose a sus siervos heroicos en una forma corporal asumida. Este título majestuoso es repetidamente aplicado a Sí mismo por nuestro maestro. (Véase Juan 5:25; 9:35; 11:4, etc.). En su entrevista con Nicodemo Él se designó a Sí mismo, “El unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18).

Cuando fue confrontado con el Sanedrín, Jesús fue interrogado de cerca acerca de su uso de este título; y Él se declaró culpable de la acusación. (Véase Mateo 26:63, 64, y 27:43; cf. Lucas 22:70, 71, y Juan 19:7). Es claro por el relato que los judíos entendieron este nombre glorioso en los labios de Jesús como una afirmación blasfema de atributos divinos para Sí mismo. Entendieron que Jesús, al hacerlo, reclamaba igualdad con Dios (véase Juan 5:18); y que se hacía a Sí mismo Dios. (Véase Juan 10:33).

¿Lo entendieron? ¿Sobreestimaron el significado de este título tal como lo reclamaba nuestro Señor? Qué fácil habría sido para Él corregirlos. Qué imperiosas eran sus obligaciones de hacerlo, no solo para consigo mismo, sino para con estos hombres infelices que, por un malentendido, estaban sedientos de su sangre. ¿No requería todo principio de filantropía que Él los salvara de perpetrar el terrible asesinato que Él sabía que estaban contemplando? Sí, si ellos estaban equivocados, fue un crimen atroz en nuestro Señor no desengañarlos. Pero ni una palabra dijo Él para suavizar lo ofensivo de su reclamo. Dejó que permaneciera con toda su repulsión para la mente judía, y murió sin dar señal alguna de que hubiera sido malentendido. Así aceptó la interpretación judía de su significado, y selló ese sentido del título, Hijo de Dios, con la sangre de su corazón. Nada puede ser más claro, entonces, que el hecho de que Jesús murió sin una protesta por reclamar igualdad con Dios, y así hacerse a Sí mismo Dios. No nos atrevemos a escribir lo que debemos pensar de Él en tales circunstancias, si Él fuera un mero hombre.

2. Jesús, en varias ocasiones, reclamó una supremacía divina en ambos mundos. Tome por ejemplo su descripción del juicio final: “Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13:41-42). El reino es suyo, y todos los ángeles de Dios son sus siervos obedientes.

Declaró en los términos más claros que Él presidirá como el Juez Universal en el último gran día, y que su sabiduría y autoridad adjudicarán a cada hombre su destino apropiado. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda” (Mateo 25:31-33). Su voz pronunciará las palabras alentadoras, “Venid, benditos”, y la terrible sentencia, “Apartaos de mí, malditos” (Mateo 25:31-46). Sin vacilación, equivocación o compromiso, Jesús de Nazaret asumió repetidamente el derecho y la capacidad de discriminar el carácter moral y los merecimientos de toda la humanidad desde

Adán hasta el día del juicio. Su sublime conciencia de supremacía universal relevó al reclamo de cualquier cosa parecida a la audacia, y solo lo hizo la secuencia natural de su deidad encarnada. “Toda potestad”, dijo Él, “me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

Esta idea germinó en las mentes de sus seguidores y apóstoles. La vívida imagen registrada en el capítulo veinticinco de Mateo dio un color a todos sus pensamientos subsiguientes sobre su divino maestro. Desde entonces siempre hablaron de Él como quien fue “puesto por Dios por Juez de vivos y muertos” (Hechos 10:42; 17:31). Ellos testificaron que: “Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10; Romanos 14:10).

Así, la mente de Juan el apóstol fue preparada para las revelaciones subsiguientes de Patmos, cuando escuchó a su Señor glorificado reclamar tener “las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:18), y vio la visión del “gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo” (Apocalipsis 20:11).

Pero, ¿quién es este que reclama asir y blandir los rayos de la retribución eterna; quién profesa ser capaz de escudriñar los propósitos y motivos secretos, así como las palabras y hechos, de cada hombre que ha nacido, desde el primer amanecer de la responsabilidad personal hasta el día de la muerte? ¿Puede algo menos que la omnisciencia inmanente calificarle para una investigación tan intrincada, complicada y vasta? Si Él no pudiera escudriñar “la mente y el corazón” (para usar sus propias palabras a Juan), ¿cómo podría dar a cada uno de nosotros según sus obras? (Apocalipsis 2:23). El cerebro se tambalea cuando pensamos en las tremendas transacciones del último día, y los intereses trascendentales que entonces se decidirán por los siglos de los siglos; y la razón nos dice, que si el Juez que ha de presidir sobre estas solemnidades es un hombre, Él debe ser un Dios-Hombre. Si Jesús ha de ser el Juez universal y absoluto de nuestra raza—un Juez de cuyas decisiones no habrá apelación, Él debe ser “Dios manifestado en carne”. Pero, ¿qué podemos pensar de Él, si al establecer este reclamo nos engaña?

3. Jesús siempre reclamó poder absoluto e indiscutible al tratar con cada cuestión de deber moral y destino. Para citar al Sr. Newman, el mero deísta, “Encuentro que Jesús mismo establece pretensiones oraculares. Encuentro una asunción de preeminencia y sabiduría moral inalcanzable que impregna cada discurso de principio a fin de los Evangelios. Si no puedo creer que Jesús asumió una manera oracular, no sé qué peculiaridad moral en Él se me permite creer”.* No hay posibilidad de negar la verdad de estas palabras. Jesús reclamó ser Señor absoluto en toda la región de la moral. Él estableció el significado y la fuerza de las leyes antiguas, e instituyó nuevas por su propia autoridad.

* (En *Phases of Faith*, por Francis William Newman, M. A., página 150.)

Tome el Sermón del Monte como una ilustración. ¡Con qué perentoriedad sosegada define la legislación existente de Dios, y amplía sus límites! ¡Con qué dignidad consciente decide cada cuestión en toda la gama del deber humano con el simple “Pero yo os digo”! Siete veces en un capítulo utiliza esta fórmula. (Ver Mateo 5:20, 22, 28, 32, 34, 39, 44). Y en la aplicación del sermón declaró que solo es el hombre prudente y edificado sobre roca sólida, quien oye sus palabras y las hace. (Mateo 7:24). Bien podía la gente estar atónita ante su doctrina; porque en verdad “les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mateo 7:28, 29). Pero el tono que impregna el Sermón del Monte corre a través de toda la enseñanza de Jesús de Nazaret. Él siempre habla como si fuera el Autor y Dador de la ley; como si tuviera el poder de modificar cualquiera de sus provisiones según sus propias ideas de idoneidad; y como si fuera el Señor supremo de las conciencias humanas. Su estilo es completamente diferente al de cualquier maestro inspirado antes o después de Él. Ellos apelaban a la ley y al testimonio. (Ver Isaías 8:20). Pero Jesús reclamó un poder inherente para modificar y alterar ambos.

El día de reposo era el símbolo del pacto entero hecho por Dios con Israel a través del ministerio de Moisés. (Ver Éxodo 31:12-17). Pero Jesús afirmó su completa supremacía sobre esta institución divina. Estas fueron sus palabras enfáticas: “Porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo” (Mateo 12:8; Marcos 2:28; Lucas 6:5). Él podía, por su propia voluntad, relajar los terrores del día de reposo judío, e incluso reemplazarlo por completo por el “Día del Señor” cristiano. Él era Señor de todas las instituciones divinas.

Y en la iglesia Él reclama el derecho de regular sus doctrinas y sus ordenanzas según su voluntad. A los apóstoles comisionó a bautizar en su nombre, y les encargó enseñar a sus convertidos a guardar todas las cosas que Él les había mandado. (Mateo 28:19-20). Así Juan fue preparado para la sublime visión del Hijo del hombre como “El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro” (Apocalipsis 2:1); y como “el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre” (Apocalipsis 3:7).

Y la autoridad que Jesús reclamó se extiende hasta el cielo, y al estado final de las cosas. Él afirmó que ascendería para compartir el dominio de su Padre, y para sentarse en el trono de su gloria. (Ver Mateo 19:28). La contraparte de cuyo anuncio se encuentra en su declaración a Juan en Patmos: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21). La manera en la que el Señor habló de Sí mismo en conexión con el estado celestial dio mucho fruto en los corazones y sentimientos de sus discípulos. Para ellos esta vida era estar “ausentes del Señor” en cuanto a su presencia visible: y su única hermosa idea del cielo era que era estar “presentes al Señor” (2 Corintios 5:6, 8). Él les había enseñado a considerarlo como su “todo en todo”, incluso en su estado eterno; y con fe incuestionable abrigaban la única esperanza bienaventurada de estar para siempre con el Señor. Todas las otras ideas del mundo celestial se perdían de vista en comparación con esta anticipación absorbente.

Las mismas moradas que ellos habían de ocupar en la casa del Padre Eterno, Jesús dijo, Él se las asignaría (Juan 14:2). Él afirmó su derecho a regalar las coronas y glorias de la bienaventuranza inmortal como si fueran Suyas por derecho indiscutible. Él lo quiere, y es hecho. Constantemente recordaba a sus discípulos las recompensas que Él daría a cada siervo a quien, en su venida, hallara fiel. (Compare Mateo 24:44 con 45, 46, 47; 25:14-46, etc.)

Es verdad que Jesús dará estos honores solo a aquellos para quienes están preparados por su Padre; porque, en sus designios de misericordia, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo son uno. Aun así Él, por derecho, dispensará la bendición a todos los que la reciban. Porque estas fueron las verdaderas palabras de nuestro Señor: “el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre” (Mateo 20:23). El lenguaje lógicamente implica el derecho absoluto de nuestro Señor de dar las coronas; pero solo a aquellos que son designados para estos honores por el Padre.

Estas ideas se repiten en visión a Juan. Jesús da “a comer del árbol de la vida” (Apocalipsis 2:7). En las alabanzas de la hueste redimida, como se describe en ese maravilloso Apocalipsis, siempre atribuyen su salvación y gloria a Jesús, y los ángeles sin pecado aumentan el coro de las alabanzas de Emanuel, mientras el universo, desde sus miríadas de mundos, hace eco de la melodía. (Apocalipsis 5:8-14).

En la descripción del estado final de las cosas—un estado que será posterior al milenio (cualquiera que sea eso)—(Apocalipsis 20:1-10), y también al juicio final tanto de justos como de impíos (Apocalipsis 20:11-15), y al acto de homenaje y lealtad descrito en 1 Corintios 15:24-28, encontramos al Cordero todavía y para siempre en el trono. La iglesia es todavía “la desposada, la esposa del Cordero” (Apocalipsis 21:9). En ese estado consumado de todas las cosas, “el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22), la gloria de Dios la ilumina, “y el Cordero es su lumbrera” (Apocalipsis 21:23), el río limpio de agua de vida todavía fluye de debajo del trono de Dios y del Cordero (Apocalipsis 22:1), “el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus

frentes” (Apocalipsis 22:3, 4). A lo largo de Apocalipsis nunca encontramos a Jesús entre los adoradores, Él está allí como el Único adorado en el trono, y con esa imagen cierra la majestuosa visión.

Los apóstoles inspirados habían embebido estas ideas de la enseñanza personal de su Señor, y revelaciones subsiguientes no hicieron más que expandir en sus mentes los pensamientos-semilla que Él había dejado caer allí de sus propios labios sagrados. Pablo expresó noblemente los sentimientos de todos sus hermanos cuando escribió: “Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:8). Pero seguramente aquel que reclama supremacía, absoluta e indiscutible, en la moral, en las instituciones divinas, en la iglesia en la tierra, en el cielo, y en un universo consumado para siempre, debe ser Señor de todo, manifestado en forma humana. Si no lo fuera, ¿qué debe haber sido Él para promover tales asunciones, y qué debe ser el libro que las impone?

4. Jesús afirmó su plena posesión del poder para perdonar pecados. Los instintos morales de los judíos eran correctos cuando hicieron la pregunta: “¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?” (Marcos 2:7). No nos extraña que, con sus ideas sobre Cristo, preguntaran con asombro: “¿Quién es este, que también perdona pecados?” (Lucas 7:49), o que exclamaran, en referencia a tal afirmación, de tal procedencia: “Este blasfema” (Mateo 9:3).

Y, sin embargo, Cristo declaró de la manera más enfática, en más de una ocasión, su posesión de esta prerrogativa divina, y sanó al paralítico en declarada atestiguación del hecho (Lucas 5:24). Aquellos que eliminarían por completo el elemento milagroso del segundo relato, deben admitir que Mateo, Marcos y Lucas relatan de manera muy circunstancial que Jesús al menos profesó obrar un milagro en apoyo de su afirmación de poseer el poder para perdonar pecados. Si Él obró el milagro, su afirmación queda establecida; y si no lo obró, sino que engañó a la gente, ¿entonces fuera con Él para siempre como un impostor redomado! Pero si lo obró y probó su afirmación, Él debe ser igual a su Padre; porque los judíos tenían razón, y nadie “puede perdonar pecados, sino solo Dios”. ¿Podría un mero hombre cancelar con una palabra el pecado de una criatura contra su Hacedor? El solo pensamiento es una blasfemia.

5. Jesús reclamó el poder de levantar su propio cuerpo de la tumba, de vivificar las almas de los hombres a la vida espiritual, y de resucitar a todos los muertos en el último gran día.

Jesús comparó su cuerpo con un templo que los judíos destruirían, y que Él volvería a levantar en tres días. (Juan 2:19-21). Afirmó que tenía poder para poner su vida, y poder para volverla a tomar. (Juan 10:18). Declaró que los muertos espiritualmente —porque la resurrección física se menciona después como un tema distinto— oirían su voz y vivirían. (Juan 5:25). Y luego nos dice que no nos maravillemos de esto, porque viene el día en que, por su *omnificent fiat*, todas las generaciones de los muertos “saldrán; los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28, 29).

Pero si Jesús no fuera, en algún sentido misterioso, el Señor de su propia vida, ¿qué poder tenía Él para disponer de ella como le placiera? ¿Y cómo podría recuperarla una vez ida? ¿Y cómo podría comunicar vida espiritual, si Él no fuera su fuente divina? ¿Y cómo podría resucitar a los muertos de sus tumbas, si no fuera el Creador todopoderoso? Todas estas afirmaciones, si son genuinas, hacen necesaria la fe en la deidad de Jesús.

6. Jesús declaró que Él tenía la capacidad de hacer todas las obras de su Padre. El Salvador había sanado al hombre impotente en el estanque de Betesda en el día de reposo. Cuando fue acusado de pecado por los judíos por este acto, nuestro Señor se justificó a Sí mismo con las siempre memorables palabras: “Mi Padre hasta ahora trabaja (es decir, en el día de reposo al sostener y bendecir los mundos), y yo trabajo” —en el mismo día, por lo tanto, al sanar a los enfermos— afirmando así indirectamente su derecho a hacer todo lo

que su Padre hacía y, como lo expresaron los judíos, reclamando tal filiación que lo hacía “igual a Dios”. Pero nuestro Señor no rebajó ni un ápice de su afirmación. Es cierto, admitió que, como el Mediador encarnado, había recibido su autoridad del Padre, pero declaró que “todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:17-19). Ahora bien, ningún lenguaje puede sobrestimar la sublimidad de esta afirmación. Cristo afirmó que poseía el pleno derecho y la capacidad de hacer todo lo que el Padre Eterno tenía el derecho y la capacidad de hacer. ¿Acaso fue tal lenguaje utilizado alguna vez por el más inspirado o el más audaz de los meros mortales? No olvidamos que nuestro Señor fue cuidadoso al declarar que el Padre le dio todo el juicio al Hijo (Juan 5:22), pero si Él mismo no hubiera sido partícipe de la deidad, ¿cómo podría Él, como el encarnado, haber estado calificado para ser armado con una prerrogativa tan vasta? ¡Aquel que puede hacer todas las obras de Dios debe ser Dios!

7. Jesús habló de Sí mismo como el mayor don de la infinita misericordia incluso. En su conversación con Nicodemo. Cristo habló de Sí mismo en estos términos: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16), mediante lo cual nuestro Señor evidentemente pretendía transmitir la idea de que el don del Hijo era el regalo más rico del amor divino.

Y esta idea demostró ser poderosamente germinante en las mentes de los apóstoles. Ellos elaboraron el argumento. Mediante el don de Cristo por encima de todos los demás, nos enseñaron: “Dios muestra su amor para con nosotros” (Romanos 5:8; ver también, Juan 4:10). Razonaron así, habiendo aprendido su lógica de los labios de su Señor: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32). El argumento del apóstol va de mayor a menor. Asume que Cristo Jesús es mayor que todas las cosas. No tendría fuerza bajo ningún otro principio. Más que esto, asume que Cristo es infinitamente mayor que todas las cosas, de modo que todas las demás expresiones de bondad divina a nuestra raza se reducen a la insignificancia cuando se comparan con el don de Cristo. Pero, ¿pueden armonizarse representaciones como estas con la noción de que Cristo es simplemente un hombre dotado? ¿No merecerían ser llamadas una hipérbole desenfrenada bajo tal hipótesis? E imagine a un mero hombre dar un paso al frente y proclamarse a sí mismo como el regalo más selecto del amor de Dios a nuestra raza. ¡Qué exageración y egoísmo tan monstruosos! Si Cristo es mayor que todos los demás dones divinos combinados, ¿no debe ser Él el Dios-Hombre? Bajo la hipótesis evangélica se ve que tales representaciones no son ni grandilocuencia ni exageración retórica; podemos decir con el seráfico Pablo, sin reservas: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:15).

8. Jesús se anunció a Sí mismo como el centro de descanso para el alma humana. ¿Quién no se ha emocionado bajo el poderoso hechizo de esas poderosas palabras: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”? (Mateo 11:28-30). En esta invitación, nuestro Señor se proclama a Sí mismo como el todo para el alma. Debemos ir a Él, tomar su yugo sobre nosotros, y aprender de Él. Al recibirlo, hallaremos descanso para nuestras almas, porque Él nos dará descanso.

Ahora bien, solo Dios es el lugar de descanso del espíritu humano. En Él, y solo en Él, podemos encontrar paz asegurada. Pero Jesús afirma ser nuestro descanso. ¿No debe Él, entonces, ser Dios encarnado? Y muy notable es el hecho de que, en el mismo aliento en que habla de Sí mismo en estos términos augustos, dice: “soy manso y humilde de corazón”. Pero, ¿dónde estarían su mansedumbre y humildad al hacer tal afirmación, si Él fuera simplemente un hombre como nosotros?

En el mismo espíritu están aquellos pasajes memorables en los que este maravilloso personaje habla de Sí mismo como nuestra paz. “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da” (Juan 14:27). “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz” (Juan 16:33). Así, el Señor siempre concentra nuestros pensamientos en Sí mismo. Pero, ¿qué debe ser Él para ser digno de tan suprema atención?

9. Jesús permitió que Tomás lo adorara como su Señor y su Dios, y pronunció un elogio sobre la fe así manifestada. (Juan 20:28). Sobre este hecho citamos el admirable comentario del decano Alford: “La perspectiva sociniana, de que estas palabras, ‘¡Señor mío, y Dios mío!’, son meramente una exclamación, es refutada, (1) Por el hecho de que tales exclamaciones no estaban en uso entre los judíos. (2) Por el εἶπεν αὐτῷ (le dijo a Él, es decir, a Cristo). (3) Por la imposibilidad de referir ὁ κύριός μου, mi Señor, a otro que no sea Jesús. (Ver versículo 13). (4) Por el uso del Nuevo Testamento de expresar el vocativo mediante el nominativo con un artículo. (5) Por el absoluto absurdo psicológico de tal suposición; de que alguien que acaba de convencerse de la presencia de aquel a quien amaba profundamente, debiera, en lugar de dirigirse a Él, estallar en un grito irrelevante. (6) Por el mayor absurdo de suponer que si tal fuera el caso, el apóstol Juan, quien, de todos los escritores sagrados, mantiene más constantemente en mente el propósito por el cual está escribiendo, hubiera registrado algo tan ajeno a ese propósito. (7) Por la íntima conexión de πεπίστευκας, has creído. (Ver versículo siguiente).

“Descartándola, por lo tanto, observamos que esta es la más alta confesión de fe que se haya hecho hasta ahora; y que demuestra que (aunque todavía no plenamente) el significado de las confesiones previas de que Él es ‘el Hijo de Dios’ fue comprendido. Así Juan, en el mismo cierre de su Evangelio reitera el testimonio con el que lo comenzó—a la deidad del Verbo que se hizo carne, y, mediante esta confesión final, muestra cómo el testimonio de Jesús sobre Sí mismo había profundizado y exaltado gradualmente la convicción de los apóstoles, desde el momento en que lo conocieron solo como ὁ υἱὸς τοῦ Ἰωσήφ (1:45), ‘el hijo de José’, hasta ahora, cuando es reconocido como su Señor y su Dios”. (*Alford’s Greek New Testament*, sobre el pasaje).

Estas juiciosas observaciones no dejan nada que añadir en cuanto a la aplicación real de las palabras, “¡Señor mío, y Dios mío!”. Pero, ¿cómo recibió el Salvador este acto de adoración? Él lo elogió y lo presentó para la imitación de las épocas venideras —“Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (29). Así Él declaró de la manera más enfática su Señorío y deidad. Pero, ¡cuán temible habría sido su crimen al hacer eso, si Él fuera solo un Cristo sociniano!

Esta conversación produjo una profunda impresión en la mente apostólica y en la iglesia primitiva. Esteban invocó a Jesús en oración con su último aliento. (Hechos 7:59). Pablo rogó tres veces al Señor (Jesús) en súplica, para que este aguijón en la carne fuera quitado de él, y recibió una respuesta del Señor. (2 Corintios 12:8, en comparación con el siguiente versículo, el 9). La oración fue ofrecida a Jesús, y fue respondida por Jesús, como lo demuestra el contexto.

Los discípulos primitivos son descritos así: “con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Corintios 1:2). Cada converso era, por órdenes de Cristo, bautizado en su nombre conjuntamente con el del Padre y del Espíritu Santo; y así se enseñó a toda la iglesia a adorarlo como igual a Dios en la hora solemne de la profesión religiosa. (Mateo 28:19).

La bendición apostólica invoca a Jesús en oración con Dios y el Espíritu Santo (2 Corintios 13:14), y todo el registro sagrado se cierra con una solemne letanía al Hijo: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén” (Apocalipsis 22:21). Nuevamente preguntamos: ¿Quién es este si no es el Dios-Hombre?

10. Jesús se comparó indirectamente a Sí mismo con Dios. Lo hizo con estas palabras: “nadie conoce al Hijo (Lucas dice, ‘quién es el Hijo’), sino el Padre, ni al Padre conoce alguno (Lucas dice, ‘ni quién es el Padre’), sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Ver Mateo 11:27 y Lucas 10:22). Estas declaraciones son, quizás, las más notables que jamás cayeron de los labios de Jesús. En ellas Él afirmó que el Hijo es un misterio tan grande como el Padre, y por consiguiente tan difícil de conocer. Esto era en efecto reclamar igualdad con Dios. Nada menos se puede deducir de esto. Entonces, también, el Señor profesó tal

conocimiento de Dios como solo puede ser poseído por Dios. De hecho, afirmó que conocía al Padre tan bien como el Padre le conocía a Él. En conjunto, ningún lenguaje puede ser más escandalosamente familiar y profano que estas palabras del Salvador, si Él no fuera más que un hombre. Que el lector las pondere bien tanto en la versión de Mateo como en la de Lucas.

En una ocasión nuestro Señor declaró: “Mi Padre que me las dio, es mayor que todos” (Juan 10:29); y en otra, “el Padre mayor es que yo” (Juan 14:28). Pero si nuestro Señor fue solo un hombre, ¿qué necesidad había de que nos dijera esto? ¿Qué pensaríamos de cualquier mero mortal que se pusiera de pie en medio nuestro y nos dijera deliberadamente que el Padre Eterno es mayor que él? ¿Acaso no cuestionaríamos su cordura? ¿O acaso no consideraríamos la comparación misma como una blasfemia? Porque, ¿qué puede justificar a una criatura en tal virtual asimilación de sí mismo a Dios? Nos vemos obligados a concluir que debe haber habido algún otro elemento en la naturaleza de nuestro Señor, además del humano, que lo autorizaba a hacer tan notable declaración. ¿Qué peligro había de que no reconociéramos la superioridad del Padre Eterno sobre el hombre Cristo Jesús, si este último no era más que un hombre? Estas palabras, que generalmente se suponen ser un bastión del unitarismo, son, en verdad, un testimonio indirecto de la fe ortodoxa. Porque, ¿qué comparación puede haber entre el Creador y una mera criatura, entre la infinitud y uno que es “menos que nada, y que lo que no es”?

11. Jesús exige de nosotros una fe sin vacilaciones e ilimitada en Él mismo; tal fe, en resumen, como la que solo deberíamos ejercer en Dios. Debemos creer en Él para la salvación de todo nuestro ser; no meramente como indicándonos el camino al cielo, sino como siendo Él mismo el camino. Él pone la fe en Él en la misma categoría que la fe en el Padre. (Juan 14:1). El espíritu de su enseñanza acerca de la fe que ha de depositarse en Él se da en sus palabras a la mujer de Samaria: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”. “mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:10-14). A menos que ejerzamos fe en su persona y obra, figurativamente llamado comer su carne y beber su sangre, no tenemos vida en nosotros (Juan 6:53); pero si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre (51).

Aquellos que se han entregado a los brazos de Cristo por fe reciben de Él vida eterna, y no perecerán jamás. (Juan 10:28). Están tan seguros en los brazos de Jesús como en los brazos del Padre; y su seguridad está tan garantizada por uno como por el otro (compare 28, 29, 30). De hecho, en esta transacción de gracia, el Hijo y el Padre son uno (30). Con razón los judíos, con sus puntos de vista sobre su origen, tomaron piedras para apedrearle por estas afirmaciones, diciendo mientras lo hacían: “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios” (33). La vindicación que hace nuestro Señor de Sí mismo, mediante una referencia al lenguaje del Salmo 82:6, es una ilustración del argumento de menor a mayor. Si en algún sentido los gobernantes judíos podían ser llamados dioses, ¿con cuánta más propiedad podría Él, el Hijo unigénito del Padre, ser designado así? “Separados de mí nada podéis hacer”, es en resumen la esencia de la enseñanza del Salvador acerca de Sí mismo. (Ver Juan 15:1-5).

Esta es la suma del mensaje del Evangelio: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo. Fue una demanda presionado repetida y fervientemente por el Salvador, e inculcada por sus apóstoles; y decimos deliberadamente que, ejercer tal fe en Jesús como Él requirió y el Evangelio impone, sería, con perspectivas socinianas, exponernos al terrible anatema: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo” (Jeremías 17:5). ¿Cómo podría mi alma estar segura en los brazos de un mero hombre? ¿Cómo me atrevo a confiar mi redención eterna al cuidado de tal Cristo? Y, ¿bajo qué principio dijo Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”? (Filipenses 4:13). Y, ¿cómo puede Jesús ser “el todo, y en todos” para los verdaderos creyentes de toda nación? (Colosenses 3:11).

12. El afecto y la devoción a su gloria, que Jesús exige, son tales que solo pueden ser propiamente rendidos a Dios. Así como debemos confiar en Cristo para todo, así debemos renunciar a todo por Él, si Él exigiera

el sacrificio. Esta fue una doctrina que el Señor enseñó repetidamente. Que nuestros lectores estudien Mateo 10:37-39, y el pasaje paralelo, Lucas 14:26, 27, y verán de inmediato cuán intransigente es la demanda del Salvador. Padre, madre, hijo, hija, esposa, e incluso la vida misma han de ser sacrificados todos, si la devoción a Cristo requiere la rendición. Todas las criaturas, y todas las cosas, y nuestras propias vidas han de ser para nosotros como nada en comparación con Cristo. Dios mismo no nos exige menos, ni más. ¿Qué más podría requerir el Creador eterno? La ley moral dice: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y solo a él servirás”. Pero Cristo nos manda amarlo de esta manera, y nos exige el homenaje y sacrificio de todo nuestro ser; ahora bien, si Él no es el Autor de nuestro ser, ¿qué derecho tiene a urgirnos tal demanda? No podría amar a Cristo como Él requiere ser amado, si no creyera en Él como el Dios encarnado. Hacerlo con puntos de vista socinianos sería idolatría. Sin embargo, los motivos que reinaban en los corazones de los apóstoles inspirados se resumen en este único: “el amor de Cristo nos constriñe”, y establecieron la ley de que todos los hombres de ahora en adelante deben vivir “no para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14, 15). Y Jesús declaró que nuestro destino eterno tomará su carácter de nuestro cumplimiento o incumplimiento de sus demandas: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 10:32, 33, 38-42, cf. Mateo 25:45, 46), y el sentimiento tiene eco en la enseñanza apostólica, cuyo lenguaje es: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene” (1 Corintios 16:22). Pero claramente la suspensión de temas tan trascendentales sobre el decreto de nuestro amor por la persona de una mera criatura, es una idea completamente repugnante a nuestro sentido moral. Él debe ser el Dios-Hombre.

13. Jesús se presentó a Sí mismo como el fin apropiado de nuestras vidas y de todas las providencias divinas. Requiere de nosotros vivir para Él, y para su gloria. Como hemos visto, la vida debe ser sacrificada, si la fidelidad a Él así lo requiriera. La enfermedad de Lázaro, enseñó Él, fue ordenada, “para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Juan 11:4). Él expuso el alcance de la misión del Espíritu Santo en una oración preñada de significado: “Él me glorificará” (Juan 16:14; Juan 15:26).

Esta lectura mesiánica de todas las cosas resultó maravillosamente sugerente. Se amplía en las epístolas apostólicas. Así, Cristo es “Señor así de los muertos como de los que viven” (Romanos 14:9). El gran objeto del deseo apostólico era que Cristo pudiera ser magnificado en sus cuerpos, ya sea por vida o por muerte. (Filipenses 1:20). La única idea de la iglesia primitiva del estado presente era: “Porque para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Y ellos anhelaban la epifanía final, porque Cristo entonces “venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron”, y porque su nombre será entonces “glorificado en vosotros” (2 Tesalonicenses 1:10-12).

Bajo Él, como la Cabeza Universal, todas las cosas han de ser finalmente reunidas, y hacia esta consumación están obrando ahora todas las cosas. (Ver Efesios 1:10). Ahora bien, tal presentación de Cristo por Cristo, y por sus apóstoles inspirados por Él mismo y su Espíritu, no podemos armonizarla con puntos de vista socinianos. Porque seguramente aquel, para cuya gloria debemos vivir, y para quien existe el universo entero, debe ser el Señor de todo, Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. ¿Qué derecho tiene nuestro Señor a ser el fin supremo de la vida, si Él no es su fuente, su Preservador, en suma, su Dios?

14. Muy sugestivos también son aquellos pasajes en los que Jesús prometió su continua presencia a sus discípulos después de su ascensión. Hermosas son las palabras: “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Una de las últimas promesas de nuestro Señor fue: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Ninguna crítica perversa puede explicar estas seguridades; ellas garantizan la perpetua presencia personal de Jesús con todos sus discípulos hasta el fin del tiempo.

Y esta idea tuvo una influencia maravillosa sobre los pensamientos y acciones de los hombres a quienes Jesús inspiró. Vivían como aquellos que estaban perpetuamente bajo la mirada de su Señor. Así uno habla en nombre de todos: “Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes (de Cristo en cuanto a su presencia corporal, ver 6 y 8), serle agradables (a Cristo)” (2 Corintios 5:9). Aunque privados de su presencia corporal, sabían que su presencia divina estaba siempre con ellos; de ahí que se esforzaran por agradarle, y el mejor deseo que podían expresarse mutuamente era: “El Señor Jesucristo esté con tu espíritu” (2 Timoteo 4:22).

Y Juan lo vio en visión sosteniendo siempre las estrellas ministeriales en su mano derecha, y andando en medio de las lámparas de oro —las iglesias. (Apocalipsis 2:1). Pero, ¿cómo podemos explicar tales representaciones como estas, si el Mesías posee solo una naturaleza —la humana, que por necesidad debe ser local y limitada en cuanto a su presencia? ¿Quién es este que siempre está con sus discípulos en todos los países al mismo tiempo, sino el Infinito en forma humana? Sentimos su presencia; sabemos que Él está con nosotros; y en este hecho tenemos evidencia de que Él es más que un hombre.

La línea de argumento que hemos seguido no está ni mucho menos agotada, pero nuestro espacio está lleno. Cada vez que leemos el Nuevo Testamento de principio a fin, detectamos nuevas ilustraciones de la fuerza del testimonio ilustrado en este artículo. Que el lector vuelva a releer por sí mismo el registro sagrado con atención a las insinuaciones que hemos lanzado. Que sopesen de nuevo las viejas frases familiares en las que el Señor habla, o se habla de Él, y se pregunte cómo puede explicarlas bajo ningún otro principio que no sea la visión ortodoxa de la persona y obra de nuestro Señor, y quedará asombrado al encontrar cuán profundamente esta visión está tejida en la misma textura de todo el Evangelio. Jesucristo no era ni el Santo, ni el Justo, si no era el Dios-Hombre. (Ver Hechos 3:14; Hechos 2:27; Hechos 7:52). En resumen, debemos arrancar nuestras Biblias y esperar a un nuevo Cristo, si el de Nazaret no es lo que todas sus enseñanzas nos obligan a creer que era, Dios encarnado.

Un sociniano bien puede preguntar: “¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros?” (Mateo 13:54); pero para nosotros esa pregunta está respondida para siempre por la seguridad de que “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

El argumento es acumulativo, y debe mirarse como un todo, así como en detalle. Para nosotros parece irresistible.

Que ningún unitario trate de evadir su fuerza refugiándose en aquellos pasajes que afirman la inferioridad de Cristo, como hombre y mediador, con respecto a su Padre; tales como Marcos 13:32; Juan 10:29, y Juan 14:28. Tales pasajes no hacen al caso. Nadie niega que, como hombre y mediador, nuestro Señor era inferior a su Padre. Pero probar que era inferior en un sentido, no desaprueba que fuera igual en otro sentido. Cuando haya demostrado que era un hombre, no ha sacudido, ni siquiera tocado, la evidencia de que era Dios. El Salvador tenía un alma humana con su natural limitación de conocimiento, y un cuerpo humano con exposición a la muerte. Esto se admite por todas las partes. Los ortodoxos lo creen tan verdaderamente como sus amigos unitarios. Pero el testimonio del Evangelio nos enseña algo más. Revela la deidad de Jesús de Nazaret, y nos dice que Él no estimó como robo el reclamar igualdad con su Padre. Es, por tanto, deshonesto, o al menos ilógico, citar testimonios de la humanidad de Cristo en respuesta a la prueba de su posesión de una naturaleza divina también. Las dos cuestiones son bastante distintas. Es un *non sequitur* afirmar que Jesús no es Dios porque era un hombre. El punto a demostrar es que Él no era ambos.

Hay dos clases de Escrituras relacionadas con nuestro Señor: la primera, que afirma su posesión de una naturaleza humana, con todas sus inocentes fragilidades y limitaciones; la segunda, que le atribuye una naturaleza divina, poseedora de los atributos de la deidad, realizando obras divinas, y digna de honor supremo y adoración. Los unitarios solo pueden explicar con justicia una de estas clases de Escrituras, la

primera; pero los trinitarios pueden aceptar ambas clases, y exponerlas en su integridad y plenitud. No nos hacemos tropezar por las evidencias de que Jesús era “hueso de nuestros huesos, y carne de nuestra carne”. Nos regocijamos en Él como en aquel que “se compadece de nuestras debilidades”; pero no tenemos necesidad de desvirtuar, mediante una crítica sutil e injusta, la atribución a su persona de perfecciones y obras divinas.

Reconocemos con agrado la erudición y los talentos de muchos de los distinguidos teólogos unitarios. Sabemos que al lado de algunos de ellos somos apenas niños en intelecto y logros. Pero recordamos que hubo un tiempo cuando “Jesús respondió y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mateo 11:25).

Los tiempos nos exigen una vigorosa reafirmación de las viejas verdades, que son los mismos fundamentos del sistema del Evangelio. La humanidad necesita un Cristo a quien todos puedan adorar y venerar. El relato mítico del *Leben Jesu* de Strauss; el Cristo irreal y romántico de la *Vie de Jesus* de Renan; e incluso el Cristo meramente humano de *Ecce Homo*, nunca podrán obrar ninguna liberación en la tierra. Tal Mesías no satisface los anhelos de la naturaleza humana caída. No responde a la apremiante pregunta: “¿Cómo se justificará el hombre con Dios?” No proporciona ninguna agencia efectiva o suficiente para la regeneración de los poderes morales del hombre. No trae a Dios hasta nosotros en nuestra naturaleza. A tal Cristo podemos criticarlo y admirarlo, como haríamos con Sócrates, o Platón, o Milton, o Shakespeare; pero no podemos confiarle nuestra salvación; no podemos amarlo con todo nuestro corazón; no podemos derramar a sus pies el homenaje de todo nuestro ser; porque hacerlo sería idolatría.

Un llamado Salvador, cuyo único poder para salvar reside en los excelentes preceptos morales que dio, y la pura vida que vivió; que ya no es el Dios-Hombre, sino el mero hombre; cuya sangre no tuvo ningún poder sacrificial expiatorio o propiciatorio en el gobierno moral de Jehová, sino que fue simplemente el testimonio de un mártir a un sistema superior de ética —no es el Salvador de los cuatro Evangelios, ni de Pablo, ni de Pedro, ni de Juan. No es bajo las banderas de tal Mesías que la iglesia de Dios ha logrado sus triunfos. El Cristo del Nuevo Testamento, de la iglesia primitiva, de la cristiandad universal; el Cristo, cuyo nombre ha revolucionado el mundo y lo ha elevado a su nivel actual, y bajo cuya guía el huésped sacramental de los redimidos de Dios avanza y avanzará hacia victorias aún mayores sobre la superstición y el pecado, es Emanuel, Dios con nosotros, en nuestra naturaleza, cuya sangre “nos limpia de todo pecado”, [1 Juan 1:7] y quien es “poderoso para salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. [Hebreos 7:25]

Capítulo 37 Los Primeros Relatos de Génesis

Por el profesor James Orr, Doctor en Teología
United Free Church College, Glasgow, Escocia

Por los primeros relatos de Génesis deben entenderse los primeros once capítulos del libro, aquellos que preceden a los tiempos de Abraham. Estos capítulos presentan peculiaridades propias, y limito mi atención a ellos, aunque el tratamiento crítico que se les aplica no se limita a estos capítulos, sino que se extiende por todo el libro de Génesis, el libro del Éxodo y la historia posterior con casi el mismo resultado de reducirlos a leyenda.

Podemos empezar analizando el material que abarcan estos once capítulos de los que nos ocuparemos. Veamos qué contienen. Primero, tenemos el sublime proemio del libro de Génesis, y de la Biblia en su conjunto, en el relato de la creación en Génesis 1. Como sea que haya llegado ahí, este capítulo ocupa claramente su lugar adecuado como la introducción a todo lo que sigue.

¿Dónde hay algo parecido en toda la literatura? No hay nada en ninguna parte, ni en la leyenda babilónica ni en ningún otro lugar. Quizás se pregunten qué interés tiene la fe religiosa en la doctrina de la creación, ¿en cualquier teoría o especulación sobre cómo llegó a existir el mundo? Respondo que tiene el interés más profundo. El interés de la religión en la doctrina de la creación es que esta doctrina es nuestra garantía de la dependencia de todas las cosas en Dios, el fundamento de nuestra certeza de que todo en la naturaleza y en la providencia está a su disposición. “Mi socorro viene de Jehová, Que hizo los cielos y la tierra”. Supongamos que hubiera algo en el universo que no hubiera sido creado por Dios, que existiera independientemente de Él, ¿cómo podríamos estar seguros de que ese elemento no podría frustrar, derrotar o destruir el cumplimiento de los propósitos de Dios? La doctrina bíblica de la creación excluye para siempre esa suposición.

Siguiendo este relato principal de la creación, hay una segunda narrativa con un estilo diferente —de los capítulos 2 al 4—, pero estrechamente conectada con la primera por las palabras: “...el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos”. A veces se habla de esto como una segunda narrativa de la creación, y a menudo se dice que contradice a la primera. Pero esto es un error. Como señala el crítico Dillmann, esta segunda narrativa no es en absoluto una historia de la creación en el sentido de la primera. No dice nada de la creación del cielo ni de la tierra, de los cuerpos celestes, ni del mundo vegetal en general. Trata simplemente del hombre y de los tratos de Dios con el hombre cuando fue creado por primera vez, y todo en el relato es considerado y agrupado desde este punto de vista. El corazón de la narrativa es la historia de la tentación y la caída del hombre. A veces se dice que no se alude a la caída en las Escrituras posteriores del Antiguo Testamento, y por lo tanto no puede ser considerada como una parte esencial de la revelación. Sería más cierto decir que la historia de la caída, estando ahí al comienzo de la Biblia, proporciona la clave para todo lo que sigue. ¿Cuál es el panorama que se ofrece en toda la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento? ¿Acaso no es el de un mundo apartado de Dios, viviendo en rebelión y desafío hacia Él, desobediente a sus llamados y resistiendo su gracia? ¿Cuál es la explicación de esta apostasía y transgresión universales, si no es que el hombre ha caído de su estado original? Porque ciertamente este no es el estado en el que Dios hizo al hombre, o en el que desea que esté. La verdad es que, si esta historia de la caída no estuviera ahí al principio de la Biblia, tendríamos que ponerla ahí nosotros mismos para poder explicar el estado moral del mundo tal como la Biblia nos lo describe, y tal como sabemos que es. En el capítulo 4, como apéndice a estas narrativas, le sigue la historia de Caín y Abel, con breves menciones del inicio de la civilización en la descendencia de Caín, y del comienzo de un linaje más santo en Set.

Luego, volviendo al estilo de Génesis 1 —lo que se llama el estilo “elohista”—, tenemos la línea genealógica de Set que se extiende desde Adán hasta Noé. A uno le llama la atención la longevidad atribuida

a aquellas figuras patriarcales en los albores del tiempo, pero no menos el constante y lúgubre estribillo que termina cada mención, con la única excepción de Enoc: "...y murió". Este capítulo se conecta directamente con el relato de la creación en Génesis 1, pero presupone igualmente la narrativa de la caída en los capítulos intermedios. A menudo leemos en libros críticos afirmaciones en sentido contrario a esto. El "escritor sacerdotal", se nos dice, "no sabe nada" de una caída. Pero eso no es así. Wellhausen, ese crítico maestro, está de mi lado aquí. Hablando de las llamadas secciones "sacerdotales" en la historia del diluvio, dice: "El diluvio está bien preparado; en Q. (ese es su nombre para el escrito sacerdotal) nos inclinaríamos a preguntar con sorpresa cómo la tierra ha llegado a corromperse tanto de repente después de estar en el mejor de los órdenes. ¿Acaso no lo sabíamos por J. E.? (es decir, la narrativa de la caída)". Otra importante autoridad crítica, el Dr. Carpenter, escribe en el mismo sentido.

Luego se llega a la historia del diluvio en Génesis 6:9, en la cual se sostiene que hay dos narrativas entrelazadas. Hay dos escritores aquí, dice la crítica —el elohista y el jehovista—; sin embargo, la crítica debe admitir que estas dos historias encajan maravillosamente la una con la otra, y la una está incompleta sin la otra. Si una, por ejemplo, da el mandato a Noé y a su casa de entrar en el arca, es la otra la que narra la construcción del arca. Si una habla de la "casa" de Noé, es la otra la que da los nombres de los hijos de Noé. Lo que es aún más sorprendente, cuando se comparan estas historias bíblicas con el relato babilónico del diluvio, se descubre que se necesitan ambas de estas llamadas "narrativas" de Génesis para formar la única historia completa de las tablillas. Luego, después del diluvio y el pacto con Noé, la raza humana se dispersa nuevamente, como se describe en la tabla de las naciones en el capítulo 10. En el versículo 25 se anota que en los días de Peleg la tierra fue dividida; luego, en el capítulo 11, se tiene la historia del juicio divino en Babel que confundió el habla humana, y a esto le sigue una nueva genealogía que se extiende hasta Abraham.

Tal es un breve repaso del material, y a simple vista debe reconocerse que lo que tenemos ante nosotros es un fragmento de historia maravillosamente bien entretelado en su propio género, que no se parece en lo más mínimo a las mitologías sueltas, incoherentes y confusas de otras naciones. No hay nada que se le parezca en ninguna otra historia o libro religioso, y cuando llegamos a hablar de las grandes ideas que lo impregnan, y que le dan su unidad, nuestro asombro aumenta todavía más.

Ah, sí, nos dirán nuestros amigos críticos, las grandes ideas están ahí, pero no estaban ahí originalmente. Fueron introducidas más tarde por los profetas. Los profetas tomaron las viejas leyendas y pusieron estas grandes ideas en ellas, y las hicieron religiosamente provechosas. Si esa fue la manera en la que Dios eligió darnos su revelación, estaríamos obligados a aceptarla con gratitud, pero se me debe perdonar si prefiero creer que las grandes ideas no necesitaron ser introducidas en estas narrativas; que ya estaban ahí en las cosas mismas desde el primer momento.

La verdad es que mucho aquí depende de su método de abordaje hacia estas antiguas narrativas. Hay un dicho: "Todo se puede agarrar por dos asas", y eso es cierto en el caso de estas historias antiguas. Abórdelas de una manera y hará que parezcan un puñado de fábulas, leyendas y mitos, sin base histórica de ningún tipo. Entonces se pueden realizar proezas maravillosas en el manejo de los mitos. El profesor Gunkel, por ejemplo, ese erudito tan capaz del Antiguo Testamento, no se conforma con el análisis de libros, capítulos y versículos, sino que le añade el análisis de personalidades. Él le mostrará, por ejemplo, que Caín está compuesto originalmente por tres figuras distintas, fusionadas entre sí, Noé por otras tres, y así sucesivamente. Me he atrevido a describir la teoría de Gunkel como la explicación de la historia patriarcal basada en el antiguo principio de una concurrencia fortuita de átomos. Solo que eso no responde exactamente al tipo de historia que tenemos en estas narrativas, las cuales mantienen una conexión tan orgánica con el resto de la revelación. Aborde estas narrativas de otra manera y serán las tradiciones más antiguas y preciosas de nuestra raza; dignas por su mérito intrínseco de estar donde están al comienzo de la Palabra de Dios, y capaces de reivindicar su derecho a estar ahí; no siendo meramente vehículos de grandes ideas, sino presentando a su propia manera arcaica —porque son arcaicas en su forma— la memoria de

grandes verdades históricas. La historia de la caída, por ejemplo, no es un mito, sino que atesora la estremecedora memoria de una catástrofe moral real en los comienzos de nuestra raza, la cual trajo la muerte al mundo y toda nuestra aflicción.

Pasando ahora a tratar un poco más de cerca estas narrativas, supongo que debería decir algo sobre el aspecto crítico de la cuestión. Pero debo pasar esto por alto brevemente, ya que quiero llegar a asuntos más importantes. Solamente en dos puntos desearía indicar mi ruptura decidida con la teoría crítica actual. El primero es la postergación de todo el sistema levítico y de la historia relacionada con este a la era posexílica. Eso, creo yo, no es un resultado sólido de la crítica, sino uno que en muy poco tiempo tendrá que ser abandonado, como de hecho ya está siendo abandonado o modificado en gran medida en círculos influyentes. Esto se aplica especialmente a la fecha de Génesis 1. El profesor Delitzsch, un comentarista a menudo citado por haber adoptado prácticamente la visión crítica más reciente, mantiene una postura firme aquí. En su nuevo comentario sobre Génesis 1, nos dice: “Los asuntos esenciales en el relato de la creación se encuentran entre los cimientos más antiguos de la religión de Israel —no hay marcas de estilo que nos obliguen a relegar el relato elohísta de la creación al exilio—, es en cualquier caso una tradición que se remonta al período mosaico”.

El otro punto en el que disiento es la idea de que los israelitas comenzaron su historia religiosa sin la idea del único Dios verdadero, Creador del cielo y de la tierra; que empezaron con un dios tribal, el dios de las tormentas del Sinaí o alguna otra deidad local, y gradualmente lo revistieron desde sus propias mentes con los atributos que pertenecen a Jehová. De esto, que es el producto de la teoría evolutiva de la religión, y no una deducción justa de ninguna evidencia que poseamos, descreo por completo, y me alegra decir que esta visión también está siendo ampliamente modificada o abandonada. Es esta teoría, sin embargo, la que se encuentra detrás de gran parte de la crítica a estas narrativas antiguas de Génesis. Esas cosas, se dice, no podrían ser; esas grandes ideas no podrían estar ahí; porque el hombre en esa etapa tan temprana no podría haberlas desarrollado. Incluso Dios, al parecer, no podría habérselas dado. Nuestros “podría ser”, sin embargo, tendrán que regirse por los hechos, y mi argumento es que los hechos son adversos a la teoría tal como se expone en la actualidad.

Llego ahora a la pregunta: ¿existe alguna corroboración o confirmación externa de estas narrativas antiguas en Génesis? Aquí permítanme decir un poco sobre la relación de estas narrativas con Babilonia. Todo el mundo ha oído algo de los maravillosos descubrimientos en Babilonia, y sería difícil exagerar la brillantez y la importancia de estos maravillosos descubrimientos. El punto que nos concierne principalmente es la extraordinaria luz que arrojan sobre la alta cultura de la antigua Babilonia. Aquí, mucho antes de la época de Abraham, nos encontramos en medio de ciudades, artes, letras, libros, bibliotecas, y la propia época de Abraham —la de Hammurabi— fue la época de florecimiento de esta civilización. En lugar de que Israel fuera un pueblo que apenas emergía del oscuro amanecer de la barbarie, descubrimos a la luz de estos hallazgos que era un pueblo sobre el cual, desde su propio punto de vista, habían llegado los fines de la tierra, heredero de las riquezas de una civilización que se extendía milenios hacia el pasado. Si ustedes dicen que esto crea una dificultad para representar la cronología (puede que toque esto más adelante), les respondo que proporciona una ayuda mucho mayor al mostrar cómo el conocimiento de cosas muy antiguas pudo ser transmitido de manera segura. Para nosotros, el principal interés de estos descubrimientos es la ayuda que nos brindan para responder a la pregunta: ¿hasta qué punto estas narrativas en Génesis encarnan para nosotros las tradiciones más antiguas de nuestra raza? Hay dos razones que nos llevan a mirar con cierta confianza hacia Babilonia para encontrar la respuesta a esta pregunta. Por un lado, en la antigua Babilonia ya estamos muy atrás en los tiempos a los que se relacionan muchas de estas tradiciones; por otro, la Biblia misma señala a Babilonia como la ciudad Original de esas tradiciones. El Edén estaba en Babilonia, como lo demuestran sus ríos, el Éufrates y el Tigris. Fue en Babilonia donde se construyó el arca; y sobre una montaña en las cercanías de Babilonia descansó el arca. Fue desde la llanura de Sinar, en Babilonia, que tuvo lugar la nueva distribución de la raza. Hacia Babilonia, por lo tanto, si acaso a algún lugar, tenemos el derecho de mirar en busca de luz sobre estas antiguas tradiciones, y ¿acaso no la

encontramos? Leo a veces con asombro la afirmación de que el descubrimiento babilónico ha hecho poco o nada por la confirmación de estas partes antiguas de Génesis, sino que más bien ha demostrado que pertenecen a la región de lo mítico.

Tome solo uno o dos ejemplos. Dejo de lado por el momento la historia babilónica de la creación y el diluvio, y tomo ese antiguo décimo capítulo de Génesis, la “Tabla de las Naciones”. El profesor Kautzsch, de Halle, un crítico notable, dice de esa antigua tabla: “La llamada Tabla de las Naciones sigue siendo, de acuerdo con todos los resultados de la exploración monumental, un documento original etnográfico de primer orden que nada puede reemplazar”. En este décimo capítulo de Génesis, versículos 8-10, tenemos ciertas declaraciones sobre el origen de la civilización babilónica. Aprendemos (1) que Babilonia es la más antigua de las civilizaciones; (2) que la civilización asiria se derivó de Babilonia; y (3) lo más extraño de todo, que los fundadores de la civilización babilónica no eran semitas, sino camitas, descendientes de Cus. Cada una de estas declaraciones estaba en contradicción con las antiguas notas clásicas y con lo que se creía habitualmente hasta hace poco sobre esos pueblos antiguos. Sin embargo, no se discutirá que la exploración ha justificado a la Biblia en cada uno de estos puntos. Asiria, sin duda, era más joven que Babilonia; derivó su civilización, artes, religión, instituciones, todo lo que tenía, de Babilonia. Lo más extraño de todo es que los creadores de la civilización babilónica, los acadios o sumerios, no eran un pueblo de origen semítico, sino aparentemente de origen turanio o lo que la Biblia llamaría de estirpe camítica. Tome otro ejemplo; en el versículo 22, Elam aparece como el hijo de Sem, pero aquí había una dificultad. Los elamitas de la historia no eran un pueblo semítico, sino ario, y su idioma era ario. Incluso el profesor Hommel, al defender la antigua tradición hebrea, pensó que tenía que admitir un error aquí. ¿Pero lo hubo? Una expedición francesa salió a excavar Susa, la capital de Elam, y debajo de las ruinas de la Elam histórica descubrió ladrillos y otros restos de una civilización más antigua, con inscripciones babilónicas que demostraban que el pueblo era de origen semítico; así que Elam era, después de todo, el hijo de Sem. En la historia de la torre de Babel en el capítulo 11, de nuevo, ¿no es interesante encontrar a la Biblia derivando a todas las corrientes de la humanidad desde la llanura de Sinar, y encontrar a la arqueología aportando pruebas corroborativas de que probablemente todas las corrientes más grandes de la civilización realmente tienen su origen en esta región? Porque esa es la perspectiva hacia la cual tienden ahora las opiniones de los eruditos.

Eche un vistazo ahora a las historias de la creación, del paraíso y del diluvio. Podemos descartar la historia del paraíso y la caída en este contexto, ya que, excepto por el caso de la imagen en un antiguo sello que sí guarda cierta relación con la historia de la tentación en el Edén, todavía no ha habido un paralelo adecuado para la historia bíblica de la caída. Por otro lado, de las ruinas de las bibliotecas asirias se han desenterrado fragmentos de un relato de la creación, y la versión babilónica de la historia del diluvio, los cuales han sido puestos en comparación con las narrativas de la Biblia. Poco hace falta decir sobre la historia de la creación babilónica. Es un asunto degradado, politeísta, interminable y mítico, sin orden, que solo aquí y allá sugiere analogías con las obras divinas en Génesis. La historia del diluvio tiene mucha más semejanza, pero también es degradada y mítica, y carece por completo de las ideas más elevadas que le dan su carácter al relato bíblico. Sin embargo, esta es la cantera de la que nuestros amigos críticos quisieran que deriváramos las narrativas de la Biblia. Se cree que los israelitas las tomaron prestadas, y purificaron estas confusas leyendas politeístas y las convirtieron en los vehículos de una enseñanza más noble. No necesitamos discutir el momento y la manera de este préstamo, porque de ninguna manera veo cómo aceptar esta versión de los hechos. No solo no hay pruebas de que estas historias fueran tomadas prestadas en su forma cruda de los babilonios, sino que el contraste en el espíritu y el carácter entre los productos de los babilonios y los de la Biblia me parece que prohíbe cualquier derivación de este tipo. Es concebible que la forma degradada surja de la corrupción de la más elevada, pero no viceversa. Mucho más bien podemos sostener, con eruditos como Delitzsch y Kittel, que la relación es de cognación, no de derivación. Estas tradiciones provienen de una fuente mucho más antigua, y son preservadas por los hebreos en su forma más pura. Esto me parece explicar los fenómenos como ninguna teoría de derivación puede hacerlo, y está de acuerdo con la propia representación de la Biblia sobre la línea de revelación desde el principio a lo largo de la cual se puede transmitir la sagrada tradición.

Dejando a Babilonia, debo decir ahora unas pocas palabras sobre los aspectos científicos e históricos de estas narrativas. Se invoca a la ciencia para demostrar que las narrativas de la creación en Génesis 1, la historia del origen y la caída del hombre en los capítulos 2 y 3, el relato de la longevidad patriarcal en los capítulos 5 y 11, la historia del diluvio y otros asuntos, deben ser todos rechazados por estar en patente contradicción con los hechos del conocimiento moderno. Sin embargo, les pediría que suspendan el juicio hasta que hayamos analizado la relación en la que se encuentran estas dos cosas, la ciencia y la Biblia. Cuando se dice que la ciencia contradice a la Biblia, me gustaría preguntar primero: ¿qué se entiende aquí por contradicción? La Biblia nunca se nos dio con el fin de anticipar o prevenir los descubrimientos de la ciencia moderna del siglo veinte. La Biblia, como siempre ha sostenido todo intérprete sensato de las Escrituras, toma al mundo tal como es, no como es visto a través de los ojos de los especialistas del siglo veinte, sino tal como yace extendido ante los ojos de los hombres originales, y utiliza el lenguaje popular y cotidiano apropiado para este punto de vista. Como dice Calvino en su comentario sobre Génesis 1: “Moisés escribió en el estilo popular, el cual, sin instrucción, todas las personas comunes dotadas de sentido común son capaces de entender. ... Él no nos llama a subir al cielo; solamente propone las cosas que están a la vista ante nuestros ojos”.

No se deduce que debido a que la Biblia no enseña ciencia moderna, estemos justificados al decir que la contradice. Lo que veo en estas narrativas de Génesis es que el punto de vista del autor es tan certero, es tan divina la iluminación con la que está dotado, es tan infalible su percepción del orden de la naturaleza, que hay poco en su descripción que aún hoy, con nuestro conocimiento avanzado, necesitemos cambiar. Ustedes dicen que están los “seis días” y la cuestión de si se supone que esos días deben ser medidos por las veinticuatro horas de la revolución del sol alrededor de la tierra; hablo de estas cosas de manera popular. Es difícil ver cómo deberían ser medidos así cuando el sol que ha de medirlos no es introducido hasta el cuarto día. No piensen que esta lectura más amplia de los días es una especulación nueva. Uno encuentra a Agustín en los primeros tiempos declarando que es difícil o totalmente imposible decir de qué forma son estos días, y Tomás de Aquino, en la Edad Media, deja el asunto como una cuestión abierta. Para mí, estas narrativas de Génesis se destacan como una maravilla, no por su discordancia con la ciencia, sino por su concordancia con ella.

El tiempo no me permite entrar en los detalles de la historia del origen del hombre en Génesis, pero ya he indicado el punto de vista general desde el cual creo que esta narrativa debe ser considerada. Sería bueno que aquellos que hablan de desacuerdo con la ciencia se fijaran en las grandes verdades incrustadas en estas narrativas que la ciencia puede ser llamada a confirmar. Existe, por ejemplo:

(1) La verdad de que el hombre es la última de las obras creadas por Dios: la corona y la cumbre de la creación de Dios. ¿Acaso la ciencia contradice eso?

(2) Está la gran verdad de la unidad de la raza humana. Ningún pueblo antiguo que yo conozca creía en tal unidad de la raza, e incluso la ciencia hasta hace poco arrojaba dudas sobre ella. Qué extraño es encontrar esta gran verdad de la unidad de la humanidad confirmada en las páginas de la Biblia desde el principio mismo. Esta verdad ya encierra en sí misma la doctrina del monoteísmo, porque si Dios es el Creador de los Seres de quienes surgió toda la raza, Él es el Dios de toda la raza que surgió de ellos.

(3) Está la declaración de que el hombre fue hecho a imagen de Dios, que Dios sopló en el hombre un espíritu afín al suyo; ¿acaso la ciencia de la naturaleza del hombre contradice eso, o no muestra más bien que en su naturaleza personal y espiritual el hombre se erige en solitario como portador de la imagen de Dios en la tierra, y funda un nuevo reino en el mundo cuyo origen solo puede remontarse a la causa creativa divina?

(4) Podría citar incluso la región del origen del hombre, pues creo que la ciencia apunta cada vez más a esta

misma región en Babilonia como el lugar de origen del hombre. ¿Es entonces la imagen de la condición en la que fue creado el hombre, puro y sin haber caído, y la idea de que el hombre, cuando fue introducido en el mundo, no fue dejado como un ser huérfano —el cuidado divino estaba sobre él—, que Dios habló con él y le dio a conocer su voluntad en formas tales que él era capaz de asimilar, es esto lo que está en contradicción con la historia? Queda fuera de la esfera de la ciencia el contradecir esto. Personalmente, no conozco ninguna concepción más digna que aquella que supone que Dios se puso en comunicación con el hombre, en relaciones vivas con sus criaturas morales, desde el primer momento. Ciertamente habría contradicción si la teoría darwiniana se saliera con la suya y tuviéramos que concebir al hombre como un ascenso lento y gradual desde la etapa bestial, pero estoy convencido, y en otro lugar he intentado demostrar, que la ciencia genuina no enseña tal doctrina. La evolución no debe ser identificada de buenas a primeras con el darwinismo. La teoría evolutiva posterior puede describirse más bien como una rebelión contra el darwinismo, y deja la historia abierta a una concepción del hombre bastante en armonía con la de la Biblia. De la caída, ya he dicho que si la historia de la misma no estuviera en la Biblia, tendríamos que ponerla allí nosotros mismos para poder explicar la condición del mundo tal como es.

Sobre la cuestión de la longevidad patriarcal, solamente diría que aquí se encuentra, por un lado, la cuestión de la interpretación, ya que, como los teólogos más conservadores han llegado a ver gradualmente, los nombres en estas genealogías no deben interpretarse necesariamente como solo individuos. Pero agregaría que no estoy dispuesto a cuestionar la tradición de la extraordinaria longevidad en esos tiempos antiguos. La muerte, tal como la entiendo, no es en absoluto una parte necesaria del destino del hombre. Si el hombre no hubiera pecado, nunca habría muerto. La muerte —la separación del alma y del cuerpo, las dos partes integrales de su naturaleza— es para él algo anormal, antinatural. No es extraño, entonces, que en el período más temprano la vida haya sido mucho más larga de lo que llegó a ser después. Incluso un fisiólogo como Weissmann nos dice que el problema para la ciencia hoy en día no es por qué los organismos viven tanto, sino por qué mueren.

Me he referido a la historia babilónica del diluvio, y solo puedo agregar unas palabras sobre la supuesta contradicción de la ciencia en este tema. A menudo se hacen afirmaciones muy seguras en cuanto a la imposibilidad de una sumersión semejante del mundo habitado, y de la destrucción de la vida humana y animal que la Biblia representa. Sería bueno que aquellos que hablan con tanta seguridad estudiaran la evidencia acumulada que hombres de ciencia distinguidos han presentado, de que una catástrofe como la que describe Génesis no solo es posible, sino que realmente ha tenido lugar desde la aparición del hombre. Mi atención fue atraída por primera vez hacia este tema por una interesante conferencia del difunto Duque de Argyll dada en Glasgow, y la misma postura ha sido defendida por otros eminentes especialistas geológicos en los tiempos glaciales y posglaciales, como Prestwich, Dawson, Howorth, el Dr. Wright, etc. No es necesario interpretar que los términos universales empleados se extiendan más allá de las regiones habitadas por el hombre. Parece no haber ninguna razón sustancial para dudar de que en el diluvio de Noé tenemos un suceso histórico real del cual parecen haber sobrevivido tradiciones en la mayoría de las regiones del mundo.

En conclusión, es evidente que las narrativas de la creación, la caída y el diluvio no son mitos, sino narrativas que atesoran el conocimiento o la memoria de acontecimientos reales. La creación del mundo ciertamente no fue un mito, sino un hecho, y la representación de las etapas de la creación se ocupó de igual manera de los hechos. El lenguaje utilizado no fue el de la ciencia moderna, sino que, bajo la guía divina, el escritor sagrado ofrece un panorama amplio y general que transmite una idea verdadera del orden de la obra divina en la creación. La caída del hombre fue igualmente un hecho tremendo, con consecuencias universales en pecado y muerte para la raza. El origen del hombre solo puede explicarse a través de un ejercicio de actividad creativa directa, sin importar qué factores subordinados pueda haber aportado la evolución. El diluvio fue un hecho histórico, y la preservación de Noé y su familia es una de las tradiciones humanas mejor y más ampliamente atestiguadas. En estas narrativas de Génesis y en los hechos que

encarnan, realmente se establecen los cimientos de todo lo demás en la Biblia. La unidad de la revelación las vincula con el Evangelio cristiano.

Capítulo 38 La Persona y la Obra de Jesucristo

Por John L. Nuelsen, Doctor en Teología
Iglesia Metodista Episcopal, Omaha, Nebraska

Todo problema del Antiguo Testamento se convierte con el tiempo en una cuestión del Nuevo Testamento. Toda cuestión bíblica nos sitúa después de un tiempo cara a cara con aquel que es el centro de toda la Biblia, con Jesucristo. En la discusión actual sobre la persona y el Evangelio de Jesucristo, me limitaré a señalar brevemente algunas de las características más interesantes e importantes de este tema.

¿Fue Jesús una persona real e histórica?

En los últimos años del siglo dieciocho, varios teólogos racionalistas propusieron la idea de que las doctrinas sostenidas por la iglesia y formuladas en sus credos eran el producto conjunto de la religión del Nuevo Testamento y la filosofía griega. Este pensamiento fue retomado por el profesor Harnack de Berlín, y en su gran obra, *History of the Christian Doctrine* [Historia de la doctrina cristiana], reveló el complicado proceso mediante el cual la iglesia, al desarrollar sus doctrinas, se helenizó; así, se hizo indispensable para el estudiante de historia de la iglesia desenredar, mediante un proceso de cuidadoso análisis y comparación, los elementos genuinamente cristianos de las redes del pensamiento extranjero. Es cierto que Harnack aplicó este principio solo a los tiempos posapostólicos, pero desde la aparición de su libro, la investigación ha procedido en la misma línea y ahora abarca también los escritos bíblicos.

Los eruditos del Antiguo Testamento y semitistas —como Gunkel, Meyer, Meinhold, Gressmann, Winckler, Simmern, Jensen— siguieron los rastros de las influencias babilónicas a lo largo del período del judaísmo tardío hasta los tiempos del Nuevo Testamento; los eruditos del Nuevo Testamento —como Schurer, Baldensperger, Bousset, Pfleiderer, Schmiedel, Holtzman, Weinel, Wernle, Wrede— estudiaron el pensamiento griego y judío en su influencia sobre los primeros escritos cristianos. Consideraron necesario eliminar primero toda la teología joánica como una sustancia extraña; luego tiraron por la borda al apóstol Pablo como el gran pervertidor de las sencillas enseñanzas de Cristo; después limpiaron los Evangelios sinópticos de todo material babilónico, egipcio, frigio, judío, griego y otros elementos extraños. Casi han terminado este arduo trabajo de purificar y simplificar los Evangelios mediante este doble proceso de análisis y comparación *religionsgeschichtliche*, con el fin de descubrir al Cristo real e histórico; se reúnen a los pies de este Cristo, para verlo tal como realmente es; pero ¡he aquí, ya no existe! No queda ni rastro de Él. Rasgo tras rasgo, característica tras característica, ha sido analizado y comparado, hasta que no quedan ni el pesebre ni la cruz ni la tumba, ni siquiera sus vestiduras. Hace unos años teníamos, por la gracia de la erudición más avanzada, al menos a un sencillo campesino galileo con un muy buen corazón. Incluso si su mente era más bien demasiado simple, se nos permitía creer en un hijo de carpintero de buen corazón, que andaba haciendo el bien, y a quien se le podían rastrear históricamente al menos ocho dichos bastante inofensivos; como, por ejemplo, el dicho: “Más bienaventurado es dar que recibir”; pero incluso este campesino se ha evaporado, o más bien, la gran inundación babilónica que el poderoso Bel provocó para ahogar a toda la humanidad ha tragado por completo lo poco que quedaba de Jesús de Nazaret.

Pido perdón por este tono de ligereza. El asunto entero sería muy serio si no fuera tan completamente absurdo. Pero el hecho es que la teología alemana se enfrenta justo ahora a la pregunta: ¿fue Jesucristo una persona real e histórica, o no es más que un héroe literario?

Desde dos sectores muy diferentes se ha planteado la pregunta sobre la historicidad de Jesús de Nazaret. A primera vista podemos pensar que es ridículo siquiera plantear la pregunta. Y lo es. Pero el solo hecho de que los eruditos planteen la pregunta y pretendan ser tomados en serio, es el resultado necesario de tendencias en la teología que han sido fomentadas hasta alcanzar este punto culminante. Confío en que este

hecho abrirá los ojos de muchos en Alemania, y también en Estados Unidos, que tienen la costumbre de confiarse a la guía de líderes brillantes y encantadores sin darse cuenta desde el principio hacia dónde se dirigían.

¿Fue Cristo un producto de la mitología babilónica?

El primer camino que condujo a la negación de la historicidad de Jesucristo es la comparación *religionsgeschichtliche*. El estudio *religionsgeschichtliche* del Nuevo Testamento tiene como objetivo, como lo expresa el profesor Boussett, “comprender el origen y el desarrollo del cristianismo mediante una investigación de todo el entorno del cristianismo primitivo”. Aplicando este principio a la persona y obra de Cristo, el profesor Pfleiderer de Berlín, en sus “Concepciones tempranas de Cristo”, encuentra que el Cristo de la iglesia ha sido formado a partir de aquellos mitos y leyendas que son propiedad común de la religión en todo el mundo.

Los elementos de la figura son divisibles a grandes rasgos en cinco grupos. Está Cristo, el Hijo de Dios; Cristo el conquistador; Cristo el obrador de milagros; Cristo el vencedor de la muerte y el dador de vida; Cristo el Rey de reyes y Señor de señores. Los materiales para cada una de estas concepciones se tomaron de diversas fuentes. Vinieron del judaísmo, del helenismo, del mitraísmo y de la religión greco-egipcia, del zoroastrismo e incluso del budismo. Llegaron gradualmente, y gradualmente la concepción tomó forma.

La contribución específica de la mitología babilónica a la imagen de Cristo, tal como se describe en los Evangelios, consiste, según el profesor Zimmern, en los siguientes puntos: (1) “La concepción de Cristo como un ser divino, celestial y premundano, que es al mismo tiempo el Creador del mundo; (2) Los relatos del nacimiento milagroso de Cristo, del homenaje ofrecido al niño recién nacido y de las persecuciones; (3) La concepción de Cristo como el Salvador del mundo, y como el que introduce un nuevo período de tiempo, apareciendo como lo hace en el cumplimiento del tiempo; (4) La concepción de Cristo como siendo enviado al mundo por el Padre; (5) Los aspectos doctrinales del sufrimiento y la muerte de Cristo, aparte de los hechos históricos; (6) La doctrina del descenso de Cristo al Hades; (7) La doctrina de la resurrección de Cristo al tercer día después de su muerte; (8) La doctrina de su ascensión después de cuarenta días; (9) La doctrina de la gloria de Cristo, sentado a la diestra de Dios y reinando con el Padre; (10) La creencia en la segunda venida de Cristo al final de los días con gloria de rey, y también del último conflicto con los poderes del mal; (11) La idea del matrimonio de Cristo con su Esposa al comienzo del nuevo tiempo, del nuevo cielo y la nueva tierra”.

Mientras que el profesor Zimmern avanza estos pensamientos con mucho cuidado y cautela, el profesor Jensen, de la Universidad de Marburgo, afirma de la manera más positiva que toda la vida de Cristo es esencialmente una versión judía de la Epopeya de Gilgamesh babilónica. su libro apareció en febrero de 1907, es un volumen grande de más de mil páginas y lleva el título: *La epopeya de Gilgamesh en la literatura mundial. Los orígenes de las leyendas del patriarca, profeta y redentor del Antiguo Testamento, y de la leyenda de Jesús del Nuevo Testamento*.

El argumento principal del libro lo expone el propio autor con las siguientes palabras: “Que prácticamente todo el relato evangélico es puramente legendario, y que no hay ninguna razón en absoluto para considerar como histórico nada de lo que se cuenta de Jesús. La leyenda de Jesús es una leyenda israelita de Gilgamesh. —Como leyenda de Gilgamesh, la leyenda de Jesús es una leyenda hermana de numerosas leyendas, particularmente de la mayoría de las leyendas del Antiguo Testamento”. En su capítulo final, el profesor Jensen escribe: “Jesús de Nazaret, en quien, como en el Hijo de Dios y el Salvador del mundo, el cristianismo ha creído durante casi dos mil años, y que es considerado, incluso por la erudición más avanzada de nuestros días, como un hombre bueno y grande que vivió y murió siendo el patrón sublime de la vida ética ideal —este Jesús nunca ha vivido en la tierra; ni tampoco ha muerto, porque no es más que un Gilgamesh israelita. Nosotros, los hijos de una época tan elogiada por el progreso y los logros, nosotros que

menospreciamos las supersticiones del pasado con una sonrisa indulgente, nosotros adoramos en nuestras catedrales e iglesias, en nuestras casas de reunión y escuelas, en palacios y chozas, a una deidad babilónica”. Hubo un tiempo en el que el análisis crítico de los textos bíblicos se descontroló. El libro del profesor Jensen es la comparación vuelta loca.

No me habría tomado el tiempo para citar a Jensen, sino que habría descartado su libro con una sonrisa indulgente, si no fuera porque varios eruditos lo toman en serio. Para mi asombro noté que un erudito tan cuidadoso y sensato como el profesor Zimmern escribió una extensa reseña del libro aprobándolo casi sin reservas, y diciendo: “Jensen difícilmente logrará de inmediato que sus ideas sean aceptadas. Pero la verdad no depende del éxito inmediato, y en este caso, al igual que en otros, saldrá victoriosa, aunque no sin gran dificultad, y solo lentamente. El peso de los hechos que este libro aduce es demasiado inmenso”.

La otra razón por la que me referí a este libro es para mostrar que el resultado lógico e inevitable de explicar todo lo distintivamente cristiano en la Biblia aplicando el principio de la comparación, o, en otras palabras, que el seguimiento estricto y sin trabas del método *religionsgeschichtliche*, tal como está de moda en la actualidad, debe conducir a absurdos.

El mito de Teodoro Roosevelt

Permítanme una digresión. Deseo aplicar estos mismos principios de análisis y comparación a una personalidad moderna, siguiendo estrictamente los métodos del profesor Jensen. Supongamos que el famoso neozelandés de Lord McCauley, a quien él describe de pie sobre un arco roto del Puente de Londres, en medio de una vasta soledad, para dibujar las ruinas de San Pablo, viniera a los Estados Unidos y excavara en las colinas de arena que cubren la Biblioteca del Congreso en Washington. Él encuentra una gran pila de literatura que se originó en los primeros años del siglo veinte. En el libro muy erudito que publica nuestro académico neozelandés, él hace referencia al hecho de que a principios del siglo veinte se suponía que el jefe de la gran nación estadounidense era un hombre fuerte e influyente llamado Theodore Roosevelt. Su nombre ha pasado a la historia, pero nuestro erudito demuestra que Theodore Roosevelt no fue una persona histórica en absoluto. Él nunca vivió; es simplemente la personificación de las tendencias y los rasgos mitológicos dominantes en la nación estadounidense de entonces.

Por ejemplo, a este héroe legendario se le suele representar con un gran garrote. Ahora bien, esto es claramente un rasgo mitológico, tomado de los griegos y los romanos, y representa en realidad el rayo de Júpiter. Se le representa usando un sombrero de ala ancha y anteojos grandes. Esta característica mitológica está tomada de la antigua mitología nórdica y representa a Woden tratando de perforar las pesadas nubes de niebla que cubren su cabeza. Una gran cantidad de imágenes muestran al héroe legendario sonriendo y mostrando los dientes. Esta es una característica muy interesante, que muestra las fuertes influencias africanas en la civilización estadounidense. Se cuentan muchas leyendas contradictorias sobre este hombre. Era un gran cazador; era un jinete rudo; pero también era un erudito y autor de varios libros eruditos. Vivió en las montañas, en la pradera y en una gran ciudad. Fue un líder en la guerra, pero también un pacificador. Se dice que facciones enemigas, e incluso naciones en guerra, acudieron a él para que arbitrara. Es evidente que aquí tenemos simplemente la personificación de los rasgos de carácter prominentes del pueblo estadounidense en varias etapas de su desarrollo histórico. Les encantaba cazar, montar a caballo, hacer la guerra; al alcanzar una etapa superior de civilización, se volcaron al estudio, a escribir libros, a hacer la paz; y todos estos rasgos contradictorios se utilizaron, con el tiempo, para dibujar la imagen de este héroe nacional legendario. Algunas características mitológicas aún no se han aclarado del todo; por ejemplo, que a menudo se le representa con la forma de un oso o acompañado de osos. Durante un tiempo, estos “osos Teddy” estuvieron en casi todas las casas, y parece como si incluso fueran adorados, al menos por los niños. No hay duda de que alguna concepción astral remota se encuentra en la raíz de esta característica bastante desconcertante.

Pero dos razones son concluyentes para establecer la tesis legendaria: (1) La nación estadounidense, a principios del siglo veinte, apenas había emergido de la crudeza del fetichismo y la brujería. Muchos rastros de adivinación, amuletos, hechicería y otras formas de superstición se pueden encontrar estudiando los periódicos diarios. Incluso este héroe Roosevelt era dado a algunas de estas supersticiones. Cada vez que deseaba poner a alguien bajo su hechizo y encantarlos, lo tomaba de la mano y pronunciaba una cierta palabra mágica. Por lo que puedo descubrir, se deletrea algo así como *delighted* [deleitado]. (2) La otra prueba concluyente es el nombre. Theodore se toma del idioma de un pueblo que representa la parte sur de Europa y significa “Don de Dios”; Roosevelt se toma del idioma de un pueblo que representa la parte norte de Europa, y significa “Campo de Rosas”. La idea es evidente. Este héroe personifica la unión de las dos razas europeas que sentaron las bases de la civilización estadounidense primitiva: las razas románica y teutónica; y los estadounidenses imaginaron que un hombre que uniera en sí mismo todos esos maravillosos rasgos de carácter debía ser necesariamente un milagroso “Don de Dios”, y además pensaron que, si un hombre que personificaba sus ideales realmente tuviera pleno dominio, su país se transformaría en un “Campo de Rosas”.

Esta explicación es estrictamente científica. Sin duda, muchos políticos de la maquinaria y jefes de fideicomisos estarían encantados de despertar una mañana y descubrir que Theodore Roosevelt no es más que una figura mitológica. Pero no lo es. Él es un hecho vivo y un poder tremendo en la vida de nuestra nación. Y también lo es Jesucristo.

El Cristo de la teología liberal

El otro camino que condujo a la negación de la historicidad de Jesucristo es la conocida modernización y reducción de la vida y obra de Jesús que los teólogos liberales han llevado a cabo por medio de la crítica literaria e histórica. La historia de la investigación crítica de la vida de Jesús durante los últimos ciento cincuenta años es un estudio intensamente interesante e instructivo. Ha sido resumida recientemente por el Dr. A. Schweitzer en su libro *From Reimarus to Wrede* (Reimarus, contemporáneo de Lessing, cuyos *Wolfenbuttlter Fragmente* marcan el comienzo de la investigación crítica moderna sobre la vida de Cristo; el profesor William Wrede, que murió en noviembre de 1906, fue uno de los teólogos liberales más destacados). El profesor Grutzmacher presenta una exposición más popular del tema, que abarca las fases más recientes, en su folleto *Is the Liberal Picture of Jesus Modern?* (¿Es moderna la imagen liberal de Jesús?)

Sin entrar en la historia de esta investigación, simplemente afirmo que la vida de Cristo tal como la presentan ahora todos los teólogos liberales —como Harnack, Bousset, Weinel, Wrede, Holtzmann, Julicher, Wernle— como el resultado establecido de la investigación científica crítica, se obtiene, no a partir de un examen de todo el material del Nuevo Testamento, sino por medio de un complicado proceso para encontrar las supuestas fuentes verdaderas a partir de las cuales se puede construir esta vida. Las porciones más antiguas de la literatura del Nuevo Testamento, los escritos paulinos, no deben ser consideradas como fuentes genuinas, porque, como afirma el profesor Wernle: “Jesús no sabía nada de aquello que para san Pablo lo es todo. Debe dudarse de que Jesús se considerara a sí mismo como objeto de adoración; que haya atribuido alguna expiación meritoria a su muerte es del todo improbable. Pablo no es un discípulo de Jesús. Es un fenómeno nuevo. Pablo está mucho más alejado de Jesús en su enseñanza de lo que parecería estar cuando se le considera únicamente en el aspecto cronológico”.

Pasamos ahora a los cuatro Evangelios, pero de estos “el Evangelio de Juan no puede de ninguna manera ser considerado una fuente histórica”, dice Harnack; y es secundado en esta afirmación por todos los liberales. Wernle dice: “San Juan debe retirarse en favor de los Evangelios sinópticos como fuente de la vida de Cristo. Jesús era como lo representan los sinópticos, no como lo describe san Juan”. Y de nuevo: “En los primeros Evangelios no se enseña nada sobre la redención, la expiación, la regeneración, la

recepción del Espíritu Santo. Una imagen totalmente diferente es presentada por la mayor parte de los demás escritos del Nuevo Testamento, especialmente por los escritos de Pablo y Juan”.

Pero incluso los Evangelios sinópticos tienen que ser analizados críticamente para encontrar el verdadero retrato de Cristo. Los Evangelios de Mateo y Lucas, especialmente en sus relatos de la infancia y de la muerte de Jesús y de los eventos que tuvieron lugar después de su muerte, y también en muchos otros casos, son más bien un retrato de las crudas creencias de las primeras iglesias cristianas que un relato históricamente confiable de los hechos reales. Incluso en el Evangelio de Marcos, que es considerado el más antiguo y el más puro, encontramos, según el profesor Wernle, que “el retrato histórico de Jesús está bastante oscurecido; su persona es colocada bajo una luz grotescamente fantástica”.

Por lo tanto, la crítica analítica se ve obligada a buscar las fuentes de los Evangelios y afirma haber encontrado principalmente dos de ellas: a saber, el documento más antiguo de Marcos, la fuente del actual Evangelio de san Marcos, y la Logia, o colección de dichos de Jesús, la supuesta fuente del Evangelio de san Mateo. Es probable que sea cierto que nuestros Evangelios actuales se basen en fuentes anteriores; pero, ante la ausencia de datos fijos, es imposible determinar con algún grado de certeza qué contenían exactamente esas fuentes. Pero la perspicacia crítica no puede quedarse satisfecha ni siquiera con esas fuentes. Wernle dice: “No están libres de la posibilidad de modificación y adulteración. Representan la creencia de los cristianos tal como se desarrolló en el transcurso de cuatro décadas”. Por lo tanto, es necesario distinguir entre los elementos genuinos y las adiciones posteriores en esas fuentes. Esta es una tarea sumamente difícil y delicada, especialmente porque no conocemos con certeza ni la forma ni la sustancia de esas fuentes. ¿Cómo se logra? Hemos notado una “conciencia interior” de muchos críticos textuales. Me acuerdo de esto cuando escucho a Harnack decir con suavidad: “Quien tenga buen ojo para lo vital y un sentido verdadero de lo realmente grande debe ser capaz de verlo, y distinguir entre el núcleo y la cáscara transitoria”; o cuando oigo al profesor Pfleiderer hablar de “ojos sanos”; o veo cómo Bousset encuentra las pruebas de la autenticidad en el hecho de que “es psicológicamente comprensible”, o Mehlhorn en el hecho de que “no pudo haber sido inventado”. Es con una sensación de alivio que leemos la concesión refrescantemente ingenua del profesor Bousset de que donde encontramos las fuentes demasiado exiguas “podemos hacer uso ocasionalmente de nuestra imaginación”.

Por desgracia, nuestra imaginación no es una guía más segura en asuntos históricos y científicos de lo que lo es nuestra conciencia interior, y la vista de ningunos dos hombres es exactamente igual. Hace unos años hubo en Berlín una exposición de pinturas que representaban escenas de la vida de Cristo. Cientos de cuadros fueron exhibidos; eran muy interesantes de ver, pero no aportaban nada a nuestro conocimiento sobre el verdadero aspecto de Jesucristo. No eran otra cosa que los retratos de las concepciones que los distintos artistas albergaban en cuanto a los rasgos de Cristo. Cada artista retrató su propio ideal de Jesús. Algunos de los retratos se veían tan extraños que nadie habría pensado que era un cuadro de Jesucristo si no hubiera estado etiquetado como tal.

Este es precisamente el caso con todos estos intentos modernos de escribir una vida de Jesucristo sin san Pablo, sin san Juan, sin Mateo, Lucas ni Marcos. Si se examina de cerca el carácter de este Jesús, se encontrará que en realidad Él es un retrato de lo que el autor considera su ideal de una vida pura y santa, vestido con el atuendo de un campesino oriental de hace dos mil años.

No podemos reproducir aquí los detalles de este ideal del siglo veinte en sus extraños y antiguos entornos; es la imagen de un hombre del que se ha borrado todo rasgo sobrenatural, milagroso y misterioso. “Jesús no ha traspasado en ninguna parte los límites de lo puramente humano”, dice Bousset; y de nuevo: “Ya no partimos de la idea de que Jesús era absolutamente diferente a nosotros; de que Él era de arriba, nosotros de abajo. Y en consecuencia ya no hablamos más de la divinidad de Cristo”.

Dudas y temores, alegrías y penas, momentos de éxtasis y de total abatimiento, todos los estados de ánimo cambiantes de un pobre corazón humano se pueden encontrar en su vida. “Era un hombre pobre e inquieto, a veces gritando de alegría, a veces terriblemente abatido”, escribe Gustave Frenssen, y añade: “A veces caminaba sobre el mismo límite de la locura exaltada”.

En general, Jesús era la personificación de la fe en Dios, del amor fraternal y de la fe en la inmortalidad; a veces parece haberse considerado a sí mismo como el Mesías de su pueblo; en todo estaba sujeto a las limitaciones de la humanidad. Hay solo una diferencia entre esta visión moderna y la antigua visión racionalista. Mientras que los antiguos racionalistas, mediante toda clase de malabares exegéticos, intentaron en vano demostrar que su visión humana y puramente naturalista de Jesús estaba contenida realmente en los registros del Nuevo Testamento, los racionalistas modernos son francos en su afirmación de que su propia visión es radicalmente diferente a la de los escritores del Nuevo Testamento. No tratan en lo más mínimo de tender un puente sobre este abismo, sino que declaran enfáticamente como lo hace Julicher: “Allí donde incluso los primeros apóstoles han entendido totalmente mal a Jesús, debemos tratar de entenderlo mejor”.

Esta es la imagen de Cristo que los principales teólogos liberales de hoy en día han esparcido de forma masiva en decenas de miles de copias de folletos baratos, la cual se describe domingo tras domingo en miles de pulpitos tanto en Alemania como, un tanto modificada y apenas retocada, también en los Estados Unidos. Pero, de nuevo, se ha producido una reacción, cuyo alcance aún no se puede comprender del todo.

El veredicto de la infidelidad

Un alumno de los teólogos liberales modernos, el ex pastor Gustav Frenssen, quien es un escritor de novelas de gran fuerza, escribió una novela, *Hilligenlei* (Tierra Santa), de la cual se vendieron cientos de miles de copias. El héroe de esta novela, Kai Jans, es, como se admite generalmente, una fiel reproducción de la imagen de Cristo tal como la pintan los teólogos liberales. Este libro, así como algunas otras publicaciones recientes, dieron lugar a una serie de reseñas sobre el “Cristo moderno” por parte de hombres de letras eminentes y de filósofos que no afirman ser cristianos, pero que son conocidos y desean ser conocidos como líderes del librepensamiento. Algunos de ellos fueron antiguamente teólogos, pero han perdido su fe en las verdades fundamentales del cristianismo. De estos escritores menciono a Adolph Bartels, editor del *Kunstwart*, Leo Berg, Eduard von Hartmann, A. Drews, W. Von Schnehen, C. A. Bernoulli, el Dr. Kalthoff, presidente de la Liga de Monistas, y también a dos médicos, los doctores De Loosten y E. Rasmussen.

¿Qué dicen estos hombres? Los dos médicos afirman que la única explicación racional de este Cristo es considerarlo como una de las grandes figuras patológicas de la historia del mundo; eso significa, en otras palabras, que estaba parcialmente loco. Los demás dicen exactamente lo que los teólogos conservadores — como B. Weiss, Ihmels, Kahler, Zahm, Haussleiter, Grutzmacher, Lemme y otros— han dicho siempre contra esta representación naturalista de Jesús, y lo cual fue ignorado por los teólogos liberales. Pero aquí hay hombres que fueron entrenados en los métodos de Pfeleiderer, Bousset y los de su clase; hombres que poseen tanta perspicacia crítica y penetración filosófica como los líderes liberales; hombres cuyo pensamiento no está de ninguna manera encadenado a prejuicios dogmáticos, y su veredicto casi unánime es realmente notable.

Todos ellos dicen que esta imagen de Cristo es tanto no científica como no histórica. Es no científica, porque los métodos aplicados son puramente subjetivos. Dice el Dr. Kalthoff, después de analizar al Jesús de varios teólogos modernos: “Cada erudito deja de las palabras de Cristo solamente lo que puede utilizar de acuerdo a sus nociones preconcebidas de lo que es históricamente posible. Careciendo de toda definición histórica, el nombre de Jesús se ha convertido en una vasija vacía en la que cada teólogo vierte sus propios pensamientos e ideas”.

Eduard von Hartmann muestra que los únicos resultados a los que ha llegado este método de crítica analítica son resultados negativos. “El Cristo histórico sigue siendo una figura problemática que no tiene ningún valor religioso en absoluto”. W. von Schnehen cita al profesor liberal Steck, quien dice: “Una aplicación estricta de estos principios de investigación demostrará que no hay una sola palabra de Jesús de la que sepamos con certeza que fue dicha así y no de otra manera por Jesús”, y utiliza esta afirmación para demostrar que todas las imágenes de Cristo son reconocidamente inciertas, y por consiguiente no científicas.

Pero se presenta otro argumento que es de mucha mayor importancia. Kalthoff, von Schnehen y von Hartmann razonan así: Si los teólogos liberales admiten que su imagen de Cristo es diferente a la que creyó la iglesia durante todos los siglos de su existencia, diferente a la de san Pablo, a la de san Juan, a la de los Evangelios sinópticos, a la de las fuentes de los Evangelios sinópticos; si, como dice el profesor Pfleiderer: “la profecía judía, las enseñanzas rabínicas, la gnosis oriental y la filosofía griega ya habían puesto los colores en la paleta de la cual se pintó la imagen de Cristo en los escritos del Nuevo Testamento”; si, como se admite, la iglesia fue edificada, desde el principio mismo, no sobre el campesino galileo Jesús, sino sobre el Cristo, el Hijo de Dios; y si este Cristo no es más que la creación de teólogos especulativos, como Pablo y Juan, entonces no hay en absoluto ninguna necesidad de un Cristo histórico. No es necesario en absoluto que un hombre llamado Jesús de Nazaret haya vivido jamás para explicar el hecho del cristianismo.

Incluso desde el punto de vista de las necesidades religiosas actuales de la naturaleza humana, este Jesús de la teología liberal es innecesario. La teología ortodoxa es cristocéntrica; la teología liberal es teocéntrica. “De vuelta a Cristo”, exclama el profesor Wernle, “pero solo como un medio para regresar a Dios Padre. Dios el Padre debe recuperar esa supremacía sobre nuestras vidas que Jesús había tenido la intención de darle, pero de la que el dogma teológico le ha privado”. Los pensadores modernos mencionados anteriormente no pueden ver la necesidad de ningún mediador humano entre Dios y el hombre. Quieren a un Dios vivo y presente, y una comunión presente y constante con Él, si es que acaso quieren a un Dios. Ni un santo católico ni un judío muerto deben interponerse entre sus propias vidas y Dios. El profesor Drews dice: “La creencia en la grandeza personal y en la belleza del carácter del hombre Jesús no tiene nada que ver con la religión”. W. von Schnehen escribe de forma todavía más explícita: “Incluso si Dios se hubiera revelado a sí mismo en la personalidad del hombre Jesús de Nazaret, esto me es completamente inútil a menos que Dios se me revele a mí de igual manera. Si Él se me revela, entonces su revelación a Jesús no tiene más importancia para mí que su revelación a cualquier buen hombre o su revelación en la naturaleza. La perfección moral y religiosa ejemplar de Jesús no es de ningún beneficio para nadie, excepto que tenga en su ser las mismas fuerzas morales y religiosas que estaban en Jesús. Pero si estos poderes son inherentes a él y pueden ser desarrollados en su vida, entonces no hay diferencia por quién sean energizados, si por Jesús o por algún otro”.

Bastante patéticas son las palabras del profesor Drews, que muestran, como lo hacen, la inquietud de una mente honesta pero irreligiosa y la insatisfacción con los sustitutos en la religión: “Nos consume un ardiente deseo de salvación y se supone que debemos estar satisfechos con esta invención de los teólogos, esta imagen del Cristo histórico, que cambia sus rasgos bajo las manos de cada profesor de teología que trabaja en ella. Necesitamos la presencia de Dios, y no su pasado”. Y el Dr. Kalthoff escribe con bastante acierto: “Un Dios en el que debemos creer porque los eruditos dicen que hace dos mil años el hijo de un carpintero judío creyó en Él, no vale la tinta de imprenta que se está despilfarrando sobre Él”.

El Cristo del Nuevo Testamento es el Único Cristo

Llegaré al final. ¿Por qué les he pedido que lean todas estas citas? Por dos razones: En primer lugar, deseaba mostrar que el método moderno de análisis subjetivo de las fuentes y de la comparación *religionsgeschichtliche* conduce, y de hecho condujo, a una completa negación de la historicidad de la

persona de Cristo. En segundo lugar, deseaba señalar que la concepción liberal moderna de Cristo, la cual lo despoja de todos los elementos distintivamente divinos y hace de Él un mero hombre, por más bueno y santo que sea, por más sublime que sea como patrón de una vida perfecta, por más confiable que sea como guía hacia Dios, no satisface ni puede satisfacer al hombre moderno. Él repudia a este Jesús hecho por el hombre e incluso acusa a sus creadores de falta de espíritu científico y de deshonestidad. Von Schnehen dice: “El cristianismo no es la creencia en el hombre Jesús, sino la fe en Cristo el Salvador y el Hijo de Dios. No ha sido el hombre Jesús, el amable predicador y maestro de moral, que no retrocedió ante la muerte en obediencia a la que era su convicción, el que ha conquistado el mundo, sino Cristo el Hijo de Dios, que murió en la cruz para redimir a un mundo perdido. Este es el Cristo de los Evangelios y de la iglesia. Es deshonesto llamar cristiana o evangélica a esta visión moderna de Jesús y de su religión”.

Siempre ha sido el error del racionalismo intentar hacer que el cristianismo sea aceptable para el hombre promedio quitándole los bordes a su sobrenaturalismo. Siempre ha sido un fracaso, y siempre lo será. Los testimonios de estos hombres modernos muestran que el retrato de Cristo pintado por los teólogos liberales de nuestros días es un completo fracaso. Demuestran que el hombre moderno, así como el hombre de hace siglos, necesita y quiere exactamente al Cristo de la iglesia y de los Evangelios, o a ningún Cristo en absoluto.

La única imagen verdadera, histórica y científicamente verdadera, de la vida y la obra y del Evangelio de Cristo es aquella que se da en el Nuevo Testamento en su conjunto. Los historiadores y filósofos modernos les dicen a los teólogos liberales modernos en un lenguaje muy claro que sean honestos y dejen de llamarse a sí mismos predicadores del Evangelio de Cristo si no creen en el Cristo de los Evangelios, y que dejen de llamar a sus congregaciones iglesias de Cristo si no creen en el Cristo de la iglesia. El hombre moderno se opone a todas las farsas y la falta de sinceridad. No tiene paciencia con los hombres que, mientras usan la antigua terminología, sustituyen hábilmente su Jesús hecho a su manera por el Cristo dado por Dios. El Cristo no puede ser cambiado. Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos de los siglos.

Capítulo 39 La Esperanza de la Iglesia

Por el Rev. John McNicol, Licenciatura en Teología
Director de la Escuela de Entrenamiento Bíblico de Toronto

Hay muchas indicaciones de un avivamiento del interés en el estudio de la escatología. El último ataque contra la fe cristiana se está dirigiendo contra la enseñanza escatológica del Nuevo Testamento. La iglesia cristiana fue fundada sobre la promesa de un pronto regreso de Cristo para establecer su reino en el mundo, pero su historia ha tomado un curso enteramente diferente. La expectativa de los primeros cristianos no se cumplió. La enseñanza de los apóstoles ha sido falsificada. Tal es el argumento que se está utilizando ahora en algunos sectores para desacreditar a los fundadores del cristianismo. Esto está obligando a los eruditos cristianos a prestar una atención renovada a la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la segunda venida del Señor, y sin duda conducirá a un examen más serio y exhaustivo de toda la perspectiva de Cristo y sus apóstoles sobre el futuro.

Se reconoce que la escatología del Nuevo Testamento no es la escatología de la iglesia en la actualidad. La esperanza de los primeros cristianos no es la esperanza del cristiano promedio actual. Se ha convertido en nuestro hábito pensar en el cambio que ocurre en la muerte, o en nuestra entrada al cielo, como el punto culminante en la vida del creyente, y el objeto apropiado de nuestra esperanza. Sin embargo, los apóstoles nunca hablan de la muerte como algo que el cristiano deba anhelar o para lo cual deba prepararse. No ignoran la muerte por completo, ni le ponen una aureola a su alrededor. Es siempre un enemigo, el postrer enemigo que será destruido. Pero no la toman en cuenta en absoluto en el esquema de las cosas con las que tenemos que lidiar ahora. De hecho, a los primeros cristianos se les enseñó que ya habían muerto: “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3).

Tampoco el cielo se presenta como la esperanza del cristiano. El Nuevo Testamento representa a la iglesia como si ya estuviera en el cielo. Hemos sido resucitados con Cristo y nos hizo sentar en los lugares celestiales. (Efesios 2:6). Nuestra lucha se lleva a cabo contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. (Efesios 6:12). Nuestra ciudadanía está allí. (Filipenses 3:20). La concepción de Browning sobre la experiencia de Lázaro cuando regresó de la tumba:

“El cielo abierto a un alma mientras aún está en la tierra,
La tierra impuesta al uso de un alma mientras ve el cielo”,

es casi con exactitud la representación apostólica de la vida del creyente en la tierra. Es potencialmente una vida en el cielo. Ni la muerte ni el cielo, entonces, pueden ser la esperanza de la iglesia, porque, en su relación esencial con la vida cristiana, la muerte yace en el pasado y el cielo en el presente.

La conversión del mundo no es el objeto de la esperanza de la iglesia. Es muy cierto que esta gloriosa consumación yace en el futuro, porque “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”, pero la tarea de llevar esto a cabo no fue encomendada a la iglesia. Por el contrario, las descripciones del Nuevo Testamento de los últimos días de la iglesia en la tierra excluyen la idea. Se describen en colores oscuros. (2 Timoteo 3:1-5; 2 Pedro 3:1-4). La historia de la predicación del Evangelio en el mundo debería ser suficiente para mostrar que este no puede ser el objeto que se nos ha puesto por delante, porque, aunque naciones enteras han sido evangelizadas, ni una sola comunidad ha sido convertida por completo, es un hecho sorprendente que los apóstoles no tuvieran nada que decir sobre la conversión del mundo. Mientras estaban ocupados predicando el Evangelio en el mundo no dieron indicación alguna de que esperaban que esta obra resultara finalmente en la transformación del mundo. No estaban buscando un cambio en el mundo, sino la presencia personal de su Señor. Jesucristo mismo era su esperanza, y su aparición amaban y anhelaban intensamente.

La actitud de la iglesia del Nuevo Testamento es representada por el apóstol Juan en las palabras finales de Apocalipsis. Visiones de gloria celestial y paz milenaria han pasado delante de él. Él ha visto el cielo nuevo y la tierra nueva en los cuales mora la justicia, y la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, cuya luz era semejante a una piedra preciosísima. Pero, al final de todo, el anhelo del anciano apóstol no es que estas cosas vengan. Más grande que todas estas glorias, más querido que todas estas cosas queridas, es el maestro mismo, y la oración que se eleva de su corazón al cerrar su maravilloso libro es simplemente: “ven, Señor Jesús”.

La esperanza de la iglesia, entonces, es el regreso personal de su Señor. Como lo expresó el Dr. David Brown en su libro sobre el segundo advenimiento, hace sesenta años: “la segunda aparición del Redentor es la verdadera estrella polar de la iglesia”. Veamos cómo se encuentra esta esperanza en las páginas de la revelación del Nuevo Testamento, y cómo influyó en la vida de la iglesia del Nuevo Testamento.

1. Cristo enseñó a sus discípulos a esperar su regreso. Esta fue la última de las etapas a través de las cuales avanzó su enseñanza acerca de Sí mismo. En la primera parte de su ministerio parece haber mantenido su personalidad en un segundo plano; prohibió a los que sanaba que hablaran de Él. Luego llegó un momento en que preguntó a los discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”, y los llevó a pensar en su origen divino. Después de eso comenzó a instruirlos sobre su inminente muerte y resurrección, “su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). En los últimos días de su ministerio su regreso al mundo ocupó en gran medida sus propios pensamientos, y lo mantuvo de manera destacada ante las mentes de sus discípulos. Durante su último viaje a Jerusalén. Él prefiguró su propia historia en la parábola del hombre noble que se fue a un país lejano para recibir un reino y volver, quien dejó a sus siervos atrás con el mandato: “Negociad entre tanto que vengo” (Lucas 19:12, 13). Una noche durante la última semana Él se sentó en el Monte de los Olivos, mirando hacia abajo sin duda a los enormes edificios del templo, cuya destrucción total acababa de predecir. Los discípulos se acercaron a Él con la petición: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mateo 24:3). Es evidente por la forma de esta pregunta que su venida no era un pensamiento nuevo para ellos. Ya estaba ocupando sus mentes. Sabían que Él vendría de nuevo, y deseaban saber cómo reconocer la proximidad de ese evento. En respuesta a la pregunta, el Señor desplegó un panorama de la historia intermedia, y enfatizó la necesidad de vigilancia porque el tiempo de su venida sería incierto. “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. [...] Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis”. Él reforzó esta enseñanza con dos sorprendentes ilustraciones sobre el doble tipo de preparación necesaria por parte de los discípulos, la preparación interna de la vida espiritual expuesta en la parábola de las vírgenes, y la preparación externa del servicio diligente en la de los talentos. Luego cerró su discurso con una imagen gráfica de las condiciones cambiadas en las que Él aparecería cuando viniera por segunda vez como el Hijo del Hombre sentado en el trono de su gloria.

A través de las tristes y oscuras horas de la mismísima última noche sus pensamientos estaban ocupados con su regreso. En el aposento alto, cuando el pequeño grupo fiel estaba reunido alrededor de Él en tristeza por la partida que todos sentían vagamente que estaba cerca, comenzó sus palabras de despedida para ellos con esta consoladora seguridad: “No se turbe vuestro corazón; [...] voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere [...] vendré otra vez” (Juan 14:1-3). Unas horas después estaba en medio de las vergonzosas escenas de su juicio. Nótese su respuesta al sumo sacerdote, cuando con calma reconoció la afirmación de ser el Cristo, el Hijo de Dios: “Además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 24:64). No parecía el Mesías en ese momento mientras estaba allí de pie con las manos atadas ante sus acusadores. Su apariencia parecía desmentir sus palabras. Pero llegaría el tiempo en que verían que su afirmación era verdadera. Esto era lo que estaba en sus pensamientos. A través de toda la vergüenza de esas terribles horas, la visión de su regreso en gloria al mundo que lo estaba rechazando ahora brillaba como un faro en su alma; y “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio”.

En su ascensión la misma verdad fue traída nuevamente a las mentes de los discípulos. Mientras estaban de pie mirando asombrados hacia el lugar por donde el Señor había desaparecido de su vista, los dos ángeles fueron enviados para recordarles su regreso. “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11). Fue este pensamiento el que envió a los discípulos de regreso a Jerusalén con el gozo que Lucas describe en los versículos finales de su Evangelio. Está muy claro, por lo tanto, que cuando Jesús partió de este mundo después de su primera venida, dejó a sus discípulos radiantes con la gozosa seguridad de su venida otra vez.

2. Los apóstoles enseñaron a sus conversos a esperar la venida del Señor. Todas las iglesias del Nuevo Testamento tienen la actitud expectante. Sin importar en qué parte del mundo o en qué etapa de desarrollo se encuentren, tienen esta característica en común. La conversión de los tesalonicenses se describe como “os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:9, 10). Los corintios “de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1:7). A los gálatas Pablo escribe: “Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia” Gálatas 5:5; y a los filipenses: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Filipenses 3:20). En la Epístola a los Hebreos se revela la misma actitud, porque allí leemos: “así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28). Es evidente que los primeros cristianos no solo miraban hacia atrás a un Salvador que había muerto por ellos, sino hacia adelante a un Salvador que había de venir. Había dos polos en su conversión. Su fe estaba anclada en el pasado en los hechos de la muerte y resurrección del Señor, y también en el futuro en la esperanza segura de su regreso. Es manifiesto, por lo tanto, que la segunda venida del Salvador ocupó un lugar sumamente importante en el Evangelio que los apóstoles predicaron, y que estos cristianos recibieron.

3. Toda la vida y obra de la iglesia del Nuevo Testamento tiene en vista la venida del Señor. Todas las líneas de su actividad y experiencia conducen a este evento. La santificación del discípulo es una preparación para la venida del Señor. Pablo escribe a los tesalonicenses: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5:23). Juan expresa lo mismo a su tierna manera: “Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Juan 2:28). El servicio cristiano obtiene su aliento en el mismo asunto inspirador. Pablo exhorta a Timoteo a la fidelidad, encargándole “que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo” (1 Timoteo 6:14). Y Pedro escribe a sus consiervos ancianos: “Apacenta la grey de Dios que está entre vosotros [...] Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:2, 4). La paciencia de los primeros cristianos en el sufrimiento y la prueba está delimitada por el mismo evento. “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. [...] afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (Santiago 5:7, 8). “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Filipenses 4:5). Su vida de comunión y amor fraternal alcanza su santa consumación en el regreso del Señor. “Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Tesalonicenses 3:12, 13). Sus actos de adoración; como por ejemplo, su observancia de la cena del Señor, tienen el mismo fin en vista. “Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). Por lo tanto, cualquier aspecto de la vida y obra de la iglesia que consideremos, encontramos que es una corriente que avanza hacia un futuro glorioso. La aparición del Señor Jesús mismo llena todo el horizonte.

4. La gracia neotestamentaria de la esperanza descansa sobre la venida del Señor. Esta palabra está vaciada hoy de gran parte del significado que tenía entre los primeros cristianos. Ha llegado a ser una cosa vaga y

nebulosa, el hábito general de esperar que de alguna manera las cosas salgan bien. Su esperanza no era un optimismo tan superficial. Era la luz que brillaba de aquel único y gozoso evento venidero, proyectando su resplandor sagrado sobre todas sus vidas. Pablo resume la verdadera actitud cristiana con estas palabras: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”. (Tito 2:11-13).

La palabra esperanza estaba a menudo en los labios de los apóstoles. Se usa más de una veintena de veces en las epístolas en conexión directa con la venida del Señor. No es improbable que, aun cuando se usa sola sin ninguna frase calificativa, como en las expresiones: “Porque en esperanza fuimos salvos”, “gozosos en la esperanza”, tenga la misma referencia específica. La Epístola a los Hebreos hace un uso frecuente de la palabra de esta manera. Había una razón especial para esto. Los cristianos hebreos eran una comunidad pequeña y despreciada, que vivía bajo la continua influencia de aquel majestuoso ritual que todavía se llevaba a cabo en el templo de Jerusalén. El regreso de Cristo se demoraba, y había una fuerte tendencia a recaer en el antiguo sistema ceremonial. Su paciencia y esperanza tenían necesidad de todo estímulo. El escritor de la epístola vuelve sus ojos una y otra vez de las sombras del pasado a las realidades que yacían ante ellos. Su Mesías de hecho había venido para quitar el pecado por el sacrificio de sí mismo, pero Él vendría una segunda vez, en gloria, con una salvación final y completa. Esta era la esperanza puesta delante de ellos a la cual habían acudido en busca de refugio. (Hebreos 6:18). Que retengan firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. (Hebreos 3:6).

En un hermoso pasaje de su primera epístola, el apóstol Juan señala el valor práctico de esta gracia cristiana en su relación esencial con la venida del Señor: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. (1 Juan 3:2, 3).

5. La redención no está completa hasta la segunda venida del Señor. Los apóstoles piensan en la salvación de tres maneras diferentes; a veces con referencia al pasado, como un hecho ya asegurado en el momento de creer en el Señor Jesucristo; a veces con referencia al presente, como un proceso que aún continúa; y a veces con referencia al futuro, como un acto que aún debe cumplirse. En este último sentido Pablo usa la palabra cuando dice: “porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”. (Romanos 13:11); y Pedro también, en la frase: “que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”. (1 Pedro 1:5). Nuestro Señor se refiere a lo mismo cuando, después de hablar a los discípulos sobre las señales de su venida, añade: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca”. (Lucas 21:28). Uno de los tipos más completos de la historia de la redención se encuentra en las ceremonias del día de la expiación. Era una parte esencial de la obra del sumo sacerdote en ese día que saliera de adentro del velo, y dejando a un lado sus vestiduras de lino, reapareciera para bendecir a la congregación que esperaba. Nuestro gran Sumo Sacerdote está ahora dentro del velo. Él ha ofrecido el sacrificio expiatorio en el altar del Calvario, y con el mérito de ese sacrificio ha entrado para presentarse ante Dios por nosotros. Pero el gran día de la expiación aún no ha concluido. Cuando su obra dentro del velo haya terminado, Él saldrá, vestido nuevamente con sus vestiduras de gloria y hermosura, para la bendición final de su pueblo que espera. “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”.

Piense en lo que significará este acto culminante de redención para el Redentor mismo, cuando, acompañado de gloria celestial, se prepare para descender al mismo mundo que presencié su sufrimiento, dolor y vergüenza. ¿Qué significará para Él cuando las multitudes de los redimidos se reúnan a su alrededor,

y por fin vea el fruto de la aflicción de su alma y quede satisfecho? ¿No es razonable que deba haber tal manifestación del Redentor al mundo? ¿Es razonable que el despreciado Hombre de Nazaret sea la única visión que el mundo deba tener de aquel que ha de ser el Heredero de todo? ¿Es probable que Dios permitiera la retirada de su Hijo del mundo en aparente derrota sin ninguna vindicación posterior? Si la visión profética del Siervo sufriente tuvo un cumplimiento personal real, seguramente la visión profética del Rey conquistador también tendrá un cumplimiento personal. Así como el mundo se asombró de Él cuando vino la primera vez, porque “De tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”, así se asombrará cuando venga por segunda vez, y la visión del profeta irrumpa ante su vista: “¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra con vestidos rojos? ¿éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder?”. (Isaías 63:1).

¿Y qué significará para los redimidos? Habrá, por supuesto, la feliz reunión de todos los santos cuando los muertos sean resucitados y los vivos sean transformados, porque, cuando el Señor descienda del cielo con voz de mando, “los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire”. Pero por gloriosas que sean estas cosas, son solo pasos preliminares hacia una dicha superior y más santa. El clímax de la redención será la unión manifiesta de la iglesia con su Señor en las bodas del Cordero. Porque entonces el Esposo vendrá a reclamar a su Esposa, y a llevarla a compartir su gloria y su trono. Entonces la iglesia que Cristo amó y compró le será presentada como una iglesia gloriosa, que no tiene mancha ni arruga ni cosa semejante. Entonces el mundo asombrado, al contemplar su transformación, clamará: “¿Quién es ésta que sube del desierto, Recostada sobre su amado?”. Piense en lo que significará cuando, después de compartir su humillación en medio de un mundo burlón e incrédulo, la iglesia redimida sea exaltada a su lado y, como la consorte del Rey de reyes y Señor de señores, se mantenga “toda arrobada por completo ante la santísima mirada de Dios”. Nada menos que esto es el destino que le espera a la iglesia de Jesucristo.

Si el Señor encomendó a sus discípulos la promesa de su regreso personal, y si esto ocupó un lugar tan grande en las vidas de los primeros cristianos, seguramente es injusto desterrarlo de la iglesia actual. Es injusto para el mundo, porque esta verdad es parte del Evangelio que debería ser entregado al mundo. Es injusto para la iglesia, porque priva al pueblo de Cristo de uno de los motivos más poderosos para la vida y el servicio espiritual. Es injusto para Cristo mismo, porque oscurece la realidad de su presencia personal dentro del velo celestial y la sustituye por el aire enrarecido de una mera influencia espiritual.

La esperanza de la segunda venida de nuestro Señor tiene una importante repercusión en la vida y doctrina cristianas. Tiene una relación vital especialmente con algunos puntos de nuestra fe que están siendo atacados u oscurecidos por las tendencias sutiles del pensamiento moderno.

1. Está ligada a la creencia en la autoridad suprema e infalible de las Sagradas Escrituras. Nunca sería adoptada sobre bases racionalistas. Quienes la reciben apoyan su creencia enteramente en la autoridad de las Escrituras, creyendo que en ellas Dios ha hablado de una manera en la que se puede confiar. Ellos aceptan la Biblia como el registro de la revelación de Dios al hombre, y creen que en la profecía Él ha revelado su propósito con respecto al futuro del mundo. Es una protesta contra la tendencia dentro de la iglesia de exaltar la razón humana por encima de la Palabra de Dios, y de reducir la profecía inspirada al nivel de la mera previsión humana.

2. Da testimonio de la presencia de Dios en la historia humana. La tendencia de nuestros tiempos es restar importancia mediante explicaciones al elemento sobrenatural en la historia, ya sea en el pasado, el presente o el futuro. A esta tendencia se niegan a ceder aquellos que aceptan la doctrina de la segunda venida. La historia del mundo está controlada por Dios; su mano está sobre los asuntos de los hombres. En la persona de Jesucristo, Él ya ha intervenido sobrenaturalmente en el curso de la historia humana. Se cree, bajo la autoridad de su Palabra, que Él intervendrá sobrenaturalmente de nuevo. La primera venida de Cristo fue

un descenso de Dios a la vida de la raza humana. Las Escrituras nos enseñan a esperar otro descenso divino, no para poner fin a la historia, sino para introducir nuevas fuerzas y para inaugurar una nueva dispensación.

3. Exalta la persona divina y la obra del Hijo de Dios encarnado. Está en oposición directa a las tendencias unitarias que impregnan una parte tan grande del pensamiento religioso moderno. Sostiene la verdad de la existencia continua del Señor en un cuerpo glorificado, y considera este hecho como de primordial importancia y de significado profético. La existencia personal del Hijo del Hombre resucitado no debe disolverse en una mera presencia espiritual general. El Redentor resucitado y ascendido existe hoy en el cielo en la verdadera realidad de su humanidad glorificada; y “este mismo Jesús”, se cree, será revelado un día en su gloriosa personalidad desde detrás del velo invisible, para llevar la redención del mundo a su plena consumación.

4. Toma debidamente en cuenta la caída de la raza humana. La tendencia de hoy en día es exaltar en gran medida al hombre e ignorar el hecho de la caída. El gran avance que se está logrando en cada departamento del conocimiento y la actividad humana predispone a los hombres a formar las concepciones más elevadas de las posibilidades de la raza. La teoría de la evolución, que domina el pensamiento moderno, lleva a los hombres a esperar un perfeccionamiento gradual de la raza bajo las leyes de su propio ser, que desembocará al fin, con la ayuda benéfica del cristianismo, en un estado perfecto de la sociedad humana y la redención de la raza en su conjunto. Pero el pecado humano está demasiado arraigado y demasiado extendido para el logro de este fin en el actual orden de cosas, incluso con la ayuda de las agencias espirituales existentes; reconociéndose como enseñanza de las Escrituras que, aun con la ayuda de la gracia divina, el triunfo del reino de Dios en el individuo no está completo en el orden presente, sino solo en su traslación a un orden superior en la resurrección. Parecería que la analogía debería mantenerse en lo que respecta a la raza, y que el triunfo del reino en la raza como una unidad orgánica será provocado solo por una intervención sobrenatural del poder divino y la introducción de la humanidad en un nuevo orden de cosas.

5. Presenta una visión sublime del gran propósito de Dios en su creación. Coloca la redención del mundo entero, la restauración de todas las cosas, en la vanguardia misma del propósito divino con respecto al hombre caído. Todo ha sido arreglado y preordinado por Dios para este fin. Este es el evento divino hacia el cual se mueve toda la creación. Aquel que tiene esta esperanza tiene una visión amplia, una visión no limitada al día presente y a sus asuntos. Él ve la voluntad de Dios avanzando a través de la historia de los siglos. La época actual no es más que preparatoria. Una época más grandiosa ha de ser introducida por el advenimiento del Redentor victorioso, una época en la que el hombre finalmente recibirá lo suyo, y la creación será restaurada a su armonía, bajo su verdadera cabeza, el Hijo del Hombre glorificado.

6. Proporciona el motivo más inspirador para la vida y el servicio cristianos. Es una esperanza sumamente práctica. Las repetidas instrucciones del Señor y de sus apóstoles de estar preparados para su regreso indican la fuerza que esta doctrina tenía como motivo en las vidas de los primeros cristianos. Los grandes líderes que han dejado su huella en la historia de la iglesia no descartaron esta doctrina, sino que la hicieron una esperanza real en sus propias vidas. Martín Lutero, en medio de la agonía de la Reforma, escribió: “Espero ardientemente que, en medio de estas disensiones internas en la tierra, Jesucristo apresure el día de su venida”. El agudo y erudito Calvino vio que esta era la verdadera esperanza de la iglesia. “Debemos tener hambre de Cristo”, dijo, “hasta el amanecer de aquel gran día en que nuestro Señor manifestará plenamente la gloria de su reino. Toda la familia de los fieles mantendrá a la vista ese día”. El alma intrépida de John Knox fue fortalecida por esta esperanza. En una carta a sus amigos en Inglaterra escribió: “¿No ha llevado el Señor Jesús, a pesar de la malicia de Satanás, nuestra carne al cielo? ¿Y no ha de regresar? Sabemos que Él regresará, y con prontitud”. John Wesley creía esta misma verdad, como lo demuestra su comentario sobre los versículos finales de Apocalipsis: “El espíritu de adopción en la esposa en el corazón de cada verdadero creyente dice, con ferviente deseo y expectativa: ‘Ven y cumple todas las palabras de esta profecía’”. Constituyó la carga de la sublime súplica de Milton: “Sal de tus cámaras reales, oh Príncipe de todos los reyes de la tierra; vístete con las túnicas visibles de tu majestad imperial; toma ese cetro ilimitado

que tu Padre Todopoderoso te ha legado. Porque ahora la voz de tu esposa te llama, y todas las criaturas suspiran por ser renovadas”. Era el anhelo ardiente del seráfico Rutherford: “Oh, que Cristo quitara la cubierta, descorriera las cortinas del tiempo, y descendiera. Oh, que las sombras y la noche se hubieran ido”. Era la oración de Richard Baxter en *The Saints’ Everlasting Rest* [El descanso eterno de los santos]: “Apresura, oh mi Salvador, el tiempo de tu regreso. Envía a tus ángeles y haz que suene esa terrible y gozosa trompeta. Tu Esposa desolada dice ven. Toda la creación dice ven. Así sea, ven, Señor Jesús”. Y si quisiéramos seguir los pasos de estos hombres, volveremos al tipo de experiencia sencillo e inconfundible del Nuevo Testamento, y, con los rostros elevados hacia el velo, dentro del cual espera el Señor de gloria, y con los corazones todos encendidos con un amor personal por Él, llevaremos a cabo a lo largo de toda nuestra vida y servicio la misma oración apostólica.

Capítulo 40 La Desaparición de la Evolución

Por el Profesor George Frederick Wright, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Oberlin College, Oberlin, Ohio

La palabra *evolución* es en sí misma bastante inocente, y tiene un amplio campo de uso legítimo. La Biblia, de hecho, enseña un sistema de evolución. El mundo no fue hecho en un instante, ni siquiera en un solo día (cualquiera que sea el período que la palabra día pueda significar), sino en seis días. A lo largo de todo el proceso hubo un progreso ordenado desde formas inferiores hacia formas superiores de materia y vida. En resumen, hay un orden establecido en toda la obra del Creador. Aun el reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, pues “El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas”. Así, en todas partes hay “Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”.

Pero recientemente la palabra ha caído en un descrédito muy merecido por la inyección en ella de implicaciones teológicas y filosóficas erróneas y dañinas. La doctrina de la evolución, tan difundida hoy, que ahora nos vemos obligados a combatir, es una que prácticamente elimina a Dios de todo el proceso creador y deja a la humanidad a merced de un universo mecánico, cuyas ruedas de maquinaria se dejan seguir moviéndose sin ninguna dirección divina inmediata.

Esta doctrina de la evolución recibió un impulso tal del darwinismo, y ha sido confundida tan a menudo con él, que es importante desde el principio distinguir los dos. El darwinismo no era, en la mente de su autor, una teoría de evolución universal, y Darwin rara vez usó la palabra. El título de la gran obra de Darwin fue, *The Origin of Species by Means of Natural Selection* [El origen de las especies por medio de la selección natural]. El problema que él se propuso resolver tocaba solo una pequeña parte del campo de la evolución. Su proposición era simplemente que razonablemente puede suponerse que las especies no son más que variedades agrandadas o acentuadas, las cuales todos admiten que descenden de un linaje común. Por ejemplo, hay muchas variedades de robles. Pero todos los botánicos suponen que estas se han originado de un antepasado común. Sin embargo, algunos castaños difieren menos de algunos robles que lo que las variedades extremas de ambos difieren entre sí. No obstante, el roble y el castaño se consideran no como variedades, sino como especies diferentes. Pero la línea divisoria entre ellos es tan incierta que es imposible definirla con palabras; por eso, algunos botánicos han establecido una especie independiente entre las dos, a la cual llaman *chestnut oak* [roble castaño].

¿Qué es una “Especie”?

Sin embargo, esto no es más que una sola ilustración de la gran dificultad que los hombres de ciencia han tenido para obtener una definición satisfactoria de especie. La más generalmente aceptada es “una colección de plantas y animales individuales que se parecen entre sí tan estrechamente que razonablemente puede suponerse que han descendido de un antepasado común”. Sin embargo, es fácil ver que esta definición supone todo el asunto en discusión. Porque no tenemos un medio seguro de saber cuánto puede diferir en algunos casos la descendencia del progenitor; y no sabemos sino que las semejanzas pueden resultar de la acción de otras causas además de la conexión parental. La definición está lejos de ser una que sería aceptada en las ciencias exactas.

Puede ser “razonablemente supuesto” que diferencias tan pequeñas como las que separan a las especies han resultado por variaciones de individuos descendientes de una ascendencia común; sin embargo, es un salto

largo afirmar que, por lo tanto, puede suponerse razonablemente que todas las diferencias entre animales o entre plantas pueden haber surgido de una manera similar.

Una diferencia característica entre el elefante africano y el elefante indio, por ejemplo, es que el elefante africano tiene tres dedos en las patas traseras y el indio tiene cuatro. Así que, aunque quizá no sea una gran exageración de la imaginación suponer que esta diferencia haya surgido por un proceso natural, sin intervención externa, es una exageración indefinidamente mayor de la imaginación suponer que todos los miembros de la familia general a la cual pertenecen se hayan originado de manera semejante; porque esta familia, u orden, incluye no solo al elefante, sino también al rinoceronte, hipopótamo, tapir, jabalí y caballo.

Pero muchos de los seguidores e intérpretes de Darwin han ido a extremos en sus afirmaciones, y han anunciado conclusiones mucho más asombrosas que estas. No solo afirman, con una positividad de la cual Darwin nunca fue culpable, que las especies han tenido un origen común por causas naturales, sino que todos los seres orgánicos habían sido igualmente independientes de fuerzas sobrenaturales. Es poca cosa que las dos especies de elefante hayan descendido de un tronco común. Nada los satisface sino afirmar que el elefante, el león, el oso, el ratón, el canguro, la ballena, el tiburón, el sábalo, las aves de toda descripción –en verdad, todas las formas de vida animal, incluyendo la ostra y el caracol– han surgido por procesos estrictamente naturales a partir de alguna diminuta motita de vida, que se originó en un tiempo muy lejano.

Origen de la vida

No hace falta decir que tales conclusiones deben descansar sobre evidencia muy débil, como la que no se permite que tenga peso en los asuntos ordinarios de la vida. Pero aun esto es solo el comienzo con los evolucionistas a ultranza. Para ser consistentes, deben no solo tener todas las especies de animales o plantas, sino todos los animales y plantas descendiendo de un origen común, el cual afirman que es un protoplasma casi sin forma, que se supone que apareció en las edades geológicas más tempranas. Tampoco esto los lleva en modo alguno a su meta final, porque para llevar a cabo su teoría deben saltar a la conclusión de que la vida misma se ha originado espontáneamente, por un proceso natural, a partir de materia inorgánica.

Pero de esto confiesan que no tienen prueba científica. Porque, hasta donde se sabe todavía, la vida brota solo de vida antecedente. El primer capítulo de Génesis, al cual ya se ha hecho referencia, da una definición de la vida vegetal tan perfecta como la que jamás se ha dado. La vida vegetal, que es la forma más temprana de materia viviente, se describe como “hierba que dé semilla” y “según su género, que su semilla esté en él”. Hace medio siglo, la teoría de la generación espontánea tenía muchos partidarios. Se creía que formas diminutas de vida vegetal habían surgido de ciertas condiciones de la materia inorgánica sin la intervención de semillas o esporas. Se halló que botellas de agua, que se suponía habían sido cerradas de modo que no tuvieran acceso alguno de gérmenes vivos, después de estar el tiempo suficiente, estaban llenas de diminutos organismos vivientes.

Pero los experimentos mostraron que los gérmenes debían haber estado en el agua antes de que se apartara. Porque, al someterla a un grado mayor de temperatura, de modo que aparentemente se mataran los gérmenes, nunca se desarrolló vida en ella. Así, toda base positiva para tender un puente sobre el abismo entre la materia viviente y la materia inerte ha sido eliminada del campo de la ciencia.

El misterio de los primeros comienzos

Esto nos lleva a la importante conclusión de que el origen de la vida, y podemos añadir el de las variaciones, es para las mentes finitas un problema insoluble; y así lo consideraba Darwin. Desde el comienzo mismo de su especulación, se apoyó en la suposición de que el Creador al principio insufló las fuerzas de la vida

en varias formas de plantas y animales, y al mismo tiempo las dotó con la maravillosa capacidad de variar que sabemos que poseen.

Esta misteriosa capacidad de variar está en la base de su teoría. Si algo ha de evolucionar de manera ordenada a partir de las fuerzas residentes de la materia primordial, primero debió haber estado implicado por el acto creador del ser divino. Pero nadie sabe qué causa la variación en las plantas o en los animales. Como el viento viene, pero no sabemos de dónde viene ni a dónde va: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va”. Los criadores y jardineros no intentan producir variedades directamente. Simplemente observan las variaciones que ocurren, y seleccionan para propagación aquellas que mejor servirán a sus propósitos. Ellos saben muy bien que las variaciones que perpetúan no solo son misteriosas en su origen, sino superficiales en su carácter.

En el darwinismo, las condiciones cambiantes de la vida, a las cuales todo individuo está sujeto, se hacen ocupar el lugar del criador y asegurar lo que se llama selección natural. En este caso, sin embargo, las peculiaridades seleccionadas y preservadas deben ser siempre positivamente ventajosas para la vida de los individuos preservados. Pero para que sea ventajosa, una variación debe ser a la vez considerable en cantidad, y correlacionada con otras variaciones de modo que no sean antagónicas entre sí. Por ejemplo, si un venado naciera con la capacidad de desarrollar astas tan grandes que fueran una ventaja decidida para él en su lucha por la existencia, al mismo tiempo tendría que tener un cuello lo bastante fuerte para sostener su peso, y otras partes de su estructura capaces de soportar el aumento de tensión. De otro modo, sus astas serían la ruina de todas sus esperanzas en vez de una ventaja. Es imposible concebir esta combinación de variaciones ventajosas sin traer la mano y la mente que diseña del Creador original.

De esto, como de toda otra variedad de evolución, puede decirse con verdad, en las palabras de uno de los físicos más distinguidos, Clerk Maxwell: “He examinado todo lo que ha llegado a mi alcance, y he hallado que cada cosa debe tener un Dios para hacer que funcione”. Ningún estiramiento del razonamiento legítimo puede hacer que el darwinismo excluya el diseño. De hecho, si se probara que las especies se han desarrollado a partir de otras de un orden inferior, como se supone que las variedades lo han hecho, fortalecería más bien que debilitaría el argumento estándar del diseño.

Pero la prueba aun del darwinismo no es de ninguna manera totalmente convincente, y sus devotos están divididos en tantas sectas en guerra como los teólogos. Nuevas escuelas de evolucionistas surgen tan rápidamente como surgen nuevas escuelas de críticos bíblicos. Extrañamente, los *Neo Darwinians* vuelven a la teoría de Lamarck de que las variaciones son el resultado del esfuerzo y del uso por parte del animal; mientras que Darwin negó la herencia de características adquiridas; en tanto que Weissmann va al extremo de sostener que la selección natural debe llevarse hacia atrás hasta los átomos últimos de la materia primordial, donde él establecería su lucha competitiva por la existencia. Romanes y Gulick, sin embargo, insisten en que variaciones específicas a menudo ocurren por “segregación”, totalmente independientes de la selección natural.

Tampoco los campeones de la evolución tienen una estimación muy elevada de las opiniones de los demás. En una carta a Sir Joseph Hooker en 1866, refiriéndose a Spencer, Darwin escribió: “Me siento más bien mezquino cuando lo leo: podría soportar y más bien disfrutar sentir que él era dos veces más ingenioso y listo que yo, pero cuando siento que él es como una docena de veces superior a mí, aun en el arte maestro de retorcerse, me siento agraviado. Si él se hubiera entrenado a observar más, aun a costa, por una ley de equilibrio, de alguna pérdida de poder de pensar, habría sido un hombre maravilloso”. (*Life and Letters*, Vol. II, p. 239).

Para explicar la herencia, Darwin, en su teoría de la *pangeneses*, sugirió que infinitesimales *gemmules* eran desprendidas de cada parte del cuerpo o planta, y que tenían “una afinidad mutua entre sí que llevaba a su agregación ya sea en yemas o en los elementos sexuales”. Pero cuando se atrevió a opinar que estas eran lo

mismo que las “moléculas vitalizadas” de Spencer, en las cuales habitaba una “aptitud intrínseca para agregarse en las formas” de la especie, Spencer salió de inmediato y dijo que no era tal cosa. No eran en absoluto parecidas. Darwin, en respuesta, dijo que lamentaba el error. Pero él había temido que, como no sabía exactamente lo que Spencer quería decir con sus “moléculas vitalizadas”, podría levantarse contra él un cargo de plagio si no le daba a Spencer el debido crédito. Pero a otros les pareció tan difícil entender lo que Darwin quería decir por sus *gemmules* con su maravillosa afinidad mutua “afinidad” entre sí, como lo era entender lo que Spencer quería decir con “moléculas vitalizadas”. Bates le escribió que después de leer el capítulo dos veces no logró entenderlo; y Sir H. Holland lo calificó como “muy duro”, mientras que Hooker y Huxley pensaron que el lenguaje era mera tautología, y ambos no lograron “obtener una idea distinta” de ello. (*Letters of Darwin*, Vol. II, p. 262).

De hecho, la evolución a ultranza no tiene una aceptación tan universal como con frecuencia se representa que es el caso. Pocos naturalistas están dispuestos a proyectar la teoría más allá de los límites estrechos de su propia provincia. Naturalistas como Asa Gray y Alfred Russel Wallace, quienes en general aceptaban las proposiciones principales del darwinismo, ambos insistían en que la selección natural podía alcanzar sus fines solo al dar efecto a los diseños del Creador. Agassiz, Owen, Mivart, Sir William Dawson, y Weissmann o rechazaron la hipótesis por completo o la modificaron tanto que guardaba poca semejanza con la original. El profesor Shaler declaró, poco antes de su muerte, “que la hipótesis darwiniana todavía no ha sido verificada”. El Dr. Etheridge del Museo Británico dice que “en todo este gran museo no hay una partícula de evidencia de transmutación de especies”. El profesor Virchow de Berlín declaró que “el intento de encontrar la transición del animal al hombre ha terminado en un fracaso total”. La lista podría extenderse indefinidamente. Haeckel, en verdad, había suplido desde su imaginación el eslabón perdido entre el hombre y los simios, llamándolo *Pithecanthropus*. Mientras, pocos años después, Du Bois descubrió en depósitos volcánicos recientes en Java un cráneo pequeño e incompleto en un lugar, y cerca de allí un fémur enfermo (hueso del muslo), y no lejos de allí dos muelas. Estos fueron aclamados como restos del eslabón perdido, y en seguida se le puso el nombre *Pithecanthropus Erectus*. El cráneo era en verdad pequeño, siendo solo dos tercios del tamaño del de un hombre promedio. Pero el profesor Cope, uno de nuestros anatomistas comparativos más competentes, concluyó que como “el fémur es el de un hombre, en ningún sentido es un eslabón de conexión”. La forma erecta trae consigo todas las características anatómicas de un hombre perfecto. (*Primary Factors*, 1896, pt. 1, chap. vi.)

Pero los mismos darwinistas han hecho su buena parte de suposiciones erróneas de hechos, y de conclusiones ilógicas. Bastará para nuestro propósito presente referirnos a unas pocas de estas.

El mismo Darwin cometió dos grandes equivocaciones que a los ojos de estudiantes perspicaces vician toda su teoría.

1. En cuanto al tiempo geológico. El establecimiento de la teoría de Darwin, como él la propuso originalmente, implicaba la existencia de la tierra en sustancia en su condición presente por un período indefinido, por no decir infinito, de tiempo. En uno de sus cálculos en la primera edición de *Origin of Species*, llegó a la sorprendente conclusión de que 306.662.400 años es “una mera bagatela” del tiempo geológico. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que su hijo, Sir George H. Darwin, demostrara para la satisfacción general de físicos y astrónomos que la vida no pudo haber comenzado en la tierra hace más de 100 millones de años, y probablemente no más de 50 millones; mientras que Lord Kelvin reduciría el período a menos de 30 millones de años, lo cual Alfred Russel Wallace afirma que es tiempo suficiente para la deposición de todos los estratos geológicos. Los evolucionistas ahora luchan con fuerza y contra grandes probabilidades para que se les permita 100 millones de años para el desarrollo del drama presente de la vida sobre la tierra.

La diferencia entre 306.662.400 años, considerados como “una mera bagatela”, y 24.000.000, o aun 100.000.000 años, como constituyendo la suma total, es tremenda. Porque exige una rapidez en el desarrollo

de las especies que debe considerarse como a saltos y brincos, y así concordaría bien con la teoría de la creación por intervención divina especial.

Si un crítico del darwinismo hubiera cometido un error tan enorme como este que Darwin introdujo en el fundamento mismo de su teoría, habría sido objeto de una inmensa cantidad de ridículo. La única excusa que Darwin podía dar era que en ese tiempo nadie sabía algo mejor. Pero esa excusa muestra la necesidad de construir una teoría tan enorme sobre un fundamento desconocido.

2. En cuanto a la Pequeñez de las Variaciones Beneficiosas. El tiempo geológico ilimitado que requiere la teoría original de Darwin está estrechamente ligado a su opinión sobre la pequeñez de los pasos mediante los cuales se ha logrado el progreso. Las palabras que usa constantemente al hablar de variaciones son «ligera,» «pequeña,» «extremadamente gradual,» «gradaciones imperceptibles.» Pero al comienzo de la discusión, Mivart demostró que «las variaciones incipientes minúsculas en cualquier dirección especial» serían inútiles; ya que, para ser ventajosas en cualquier caso, deben ser considerables en cantidad. Y es más, para ser de ventaja permanente, la variación de un órgano debe ir acompañada de numerosas otras variaciones en otras partes del organismo.

El absurdo de suponer la adquisición de cualidades ventajosas mediante variaciones fortuitas se muestra en la pertinente ilustración aducida por Herbert Spencer de la anatomía del gato. Para darle al gato el poder de saltar a cualquier altura ventajosa, debe haber una variación simultánea en todos los huesos, tendones y músculos de las extremidades traseras; y, al mismo tiempo, para salvar al gato de un desastre cuando desciende de una altura, debe haber una variación de carácter totalmente diferente en todos los huesos, tendones y músculos de las extremidades delanteras. Para conocer el carácter de estos cambios, basta con «contrastar las patas traseras notablemente dobladas de un gato con sus patas delanteras casi rectas, o contrastar el silencio del salto hacia arriba sobre la mesa con el golpe que hacen las patas delanteras cuando salta de la mesa». Tan numerosos son los cambios simultáneos necesarios para asegurar cualquier ventaja aquí, que las probabilidades en contra de que surjan de manera fortuita llegan a miles de millones, si no al infinito; de modo que están fuera de todo reconocimiento racional.

El Origen del Hombre

El fracaso de la evolución para dar cuenta del hombre es notorio. Al comienzo de la discusión darwiniana, Alfred Russel Wallace, el colaborador más distinguido de Darwin, señaló diversas peculiaridades físicas del hombre que no podían haber tenido su origen únicamente mediante la selección natural, sino que requerían la intervención de un poder superior que las dirigiera.

Entre estas se encuentran: (a) la ausencia en el hombre de cualquier cubierta protectora natural. La desnudez del hombre, que lo expone a las inclemencias del tiempo, nunca podría haber sido en sí misma una ventaja de la que la selección natural pudiera aprovecharse. Solo podría haber sido útil cuando su inteligencia estaba tan desarrollada que podía construir herramientas para desollar animales y para tejer y coser prendas de vestir. Y eso implica prácticamente todos los atributos humanos esenciales.

(b) El tamaño del cerebro humano. El cerebro del hombre está completamente desproporcionado con respecto a las necesidades mentales del más alto de los seres de la creación animal por debajo de él. Sin la inteligencia del hombre, tal cerebro sería una carga más que una ventaja. El peso del cerebro más grande de un gorila es considerablemente menor que la mitad del del hombre promedio, y solo un tercio del del ser humano más desarrollado de la raza.

(c) Este aumento en el tamaño del cerebro también está relacionado con otras adaptaciones especiales del cuerpo a las necesidades de la mente humana. Por ejemplo, el pulgar de la extremidad trasera del simio se convierte en dedo gordo del pie en el hombre, el cual es un miembro de suma importancia para un ser que

caminaría en posición erguida, pero una desventaja para uno que camina en cuatro patas. Las extremidades delanteras del simio se acortan hasta convertirse en los brazos del hombre, adaptándolas así a su posición erguida y a los diversos usos que son ventajosos en dicha posición. Además, para que sea posible mantener la posición erguida del hombre, se requiere una construcción especial de las articulaciones esféricas en los huesos de la cadera y en el ajuste de todas las vértebras de la espalda y del cuello. Todo esto sería desventajoso para una criatura similar al simio carente de la inteligencia del hombre.

(d) La capacidad intelectual del hombre pertenece a un orden diferente al de los animales inferiores. Los naturalistas, en efecto, clasifican a los hombres y a los simios juntos en el mismo género anatómicamente. Pero para designar la especie humana añaden la palabra «sapiens». Es decir, deben considerar su inteligencia como una característica específica. Los animales inferiores tienen, en efecto, muchos instintos comunes con el hombre, y en muchos casos sus instintos son muy superiores a los del hombre. Pero en sus poderes de razonamiento, el hombre está aparentemente separado de los animales inferiores, todos y cada uno de ellos, por un abismo infranqueable.

Romanes, tras recopilar las manifestaciones del razonamiento inteligente de todas las especies conocidas de animales inferiores, descubrió que estas igualaban en total la inteligencia de un niño de 15 meses de edad. No pudo encontrar en los animales inferiores una perspectiva tan ilimitada de inteligencia como la que hay en el hombre. Como cualquiera puede ver, sería absurdo tratar de enseñarle geología a un elefante, astronomía a un águila, o teología a un perro. Sin embargo, no hay raza de seres humanos que no tenga la capacidad de comprender estas ciencias.

Asimismo, el hombre es a veces, y no impropriamente, definido como un «animal que usa herramientas». Ningún animal jamás usa, y mucho menos fabrica, una herramienta. Pero las razas más primitivas de los hombres demuestran gran ingenio para fabricar herramientas, mientras que incluso el instrumento de pedernal más tosco lleva evidencia indudable de un poder para adaptar los medios a los fines, lo que coloca a su creador en una categoría propia.

Asimismo, el hombre es a veces, y apropiadamente, definido como un «animal que usa el fuego». Ningún animal hace fuego. Los monos, en efecto, se reúnen alrededor de un fuego cuando este está encendido. Pero hacer uno está totalmente fuera de su capacidad. El hombre, sin embargo, incluso en sus etapas más primitivas sabe cómo hacer fuego a su voluntad. Tan grande es este logro, que no es de extrañar que los griegos lo consideraran un regalo directo del cielo.

Asimismo, el hombre puede ser propiamente descrito como un «animal que habla». Ningún otro animal usa un lenguaje articulado. Pero el hombre no solo lo usa en el habla sino también en la escritura. Qué absurdo sería tratar de enseñarle a un cerdo instruido a traducir y comprender las inscripciones cuneiformes desenterradas de los montículos abandonados de Babilonia.

Finalmente, el hombre puede ser propiamente descrito como un «animal religioso», pero ¿a quién se le ocurriría mejorar la naturaleza de los animales inferiores predicando sermones en su presencia o distribuyendo Biblias entre ellos? Sin embargo, la Biblia —un Libro compuesto de toda especie de literatura, que contiene los más altos vuelos de poesía y elocuencia jamás escritos, y que presenta las concepciones más sublimes de Dios y de la vida futura jamás concebidas— ha sido traducida a todos los idiomas del mundo, y ha encontrado en esos idiomas las figuras retóricas apropiadas para presentar eficazmente sus ideas.

El Argumento Acumulativo

Ahora bien, todas estas peculiaridades tanto en el cuerpo como en la mente del hombre, para haber sido ventajosas, deben haberse producido simultáneamente y al mismo tiempo haber sido considerables en

cantidad. Suponer que todo esto ocurra sin la intervención de la suprema mente diseñadora es cometer un «hara-kiri» lógico. Tales combinaciones fortuitas están más allá de toda posibilidad de creencia racional.

Es justo añadir, sin embargo, que Darwin nunca supuso que el hombre descendiera de alguna especie de simios existentes; sino que siempre habló de nuestro supuesto ancestro como «similar a un simio», una forma de la cual se suponía que los simios habían variado en una dirección tanto como el hombre lo había hecho en otra. Sin embargo, todos los esfuerzos por encontrar rastros de los eslabones conectores que esta teoría supone han fracasado. El cráneo de Neandertal era, según Huxley, suficientemente capaz para contener el cerebro de un filósofo. El *Pithecanthropus Erectus* de Du Bois tenía, como ya se observó, la forma erguida de un hombre; de hecho, era un hombre. Los esqueletos del hombre prehistórico hasta ahora desenterrados no difieren más de las razas actuales de hombres de lo que las razas e individuos existentes difieren entre sí.

En resumen, todo apunta a la unidad de la raza humana, y al hecho de que, si bien está construida siguiendo el patrón general de los animales superiores asociados con él en las edades geológicas más recientes, difiere de ellos en tantos particulares de suma importancia, que es necesario suponer que llegó a existir tal como la Biblia lo representa, mediante la creación especial de una sola pareja, de la cual han surgido todas las variedades de la raza.

Es importante observar, además, en este contexto, que el progreso de la raza humana no ha sido uniformemente ascendente. De hecho, la degeneración de las razas ha sido más notoria que su avance; mientras que el avance ha sido principalmente a través de la influencia de fuerzas externas. El arte primitivo de Babilonia y Egipto era mejor que el posterior. Las concepciones religiosas de las primeras dinastías de Egipto eran más elevadas que las de las últimas. Todas las formas posteriores de civilización brillan principalmente con luz prestada. Nuestra propia era sobresale, en efecto, en avance material. Pero en arte y literatura estamos muy por debajo del pasado, y para nuestra mejor religión aún recurrimos a los Cantores de Salmos y a los profetas de Judea, y a las palabras de aquel que habló «como jamás hombre alguno ha hablado». La democracia no tiene guías en quienes se atreva a confiar implícitamente. Tenemos muchas razones para temer que aquellos a quienes seguimos son guías ciegos que nos llevan hacia un fin que no es agradable contemplar, y del cual solo podemos ser librados por la venida del Hijo del Hombre.

Conclusión

El título de este artículo es quizás un nombre equivocado. Pues, sin duda, el paso de la fase actual de la evolución no es definitivo. Las teorías de la evolución se han desplazado unas a otras del campo en rápida sucesión durante miles de años. La evolución no es algo nuevo en filosofía, y tal es la fragilidad de la naturaleza humana que no es probable que desaparezca de repente de entre los hombres. La manía de la última mitad del siglo no es más que la reaparición de una filosofía que ha dividido la opinión de los hombres desde los tiempos más remotos. Tanto en la mitología egipcia como en la de la India oriental, el mundo y todas las cosas en él se desarrollaron a partir de un huevo; y lo mismo ocurre en los mitos polinesios. Pero los polinesios necesitaban un pájaro para poner el huevo, y los egipcios y los brahmanes necesitaban algún tipo de deidad para crear el suyo. Los filósofos griegos lucharon con el problema sin llegar a ninguna conclusión más satisfactoria. Anaximandro, como el profesor Huxley, rastreó todo hasta una «infinitud» que gradualmente se fue transformando en una especie de «barro» primigenio (algo parecido al *bathybius* desacreditado de Huxley), del cual evolucionó todo lo demás; mientras que Tales de Mileto intentó pensar en el agua como la madre de todo, y Anaxímenes prácticamente deificó el aire. Diógenes imaginó una «materia mental» (algo parecido a los «bióforos» de Weissmann, las «gémulas con afinidad entre sí» de Darwin, y las «moléculas vitalizadas» de Spencer) que actuaba como si tuviera inteligencia; mientras que Heráclito pensaba que el fuego era el único elemento suficientemente puro para producir el alma del hombre. Estas especulaciones culminaron en el gran poema de Lucrecio titulado *De Rerum Natura*, escrito poco antes del comienzo de la era cristiana. Su teoría atómica era algo parecida a la

que prevalece en la actualidad entre los físicos. En medio del incesante movimiento de estos átomos, aparecieron de algún modo, según él, las formas ordenadas y los procesos vitales de la naturaleza.

Las especulaciones evolutivas modernas no han logrado un avance real significativo sobre las de los antiguos. Como ya se observó, en sus formas más atrevidas son ateas; mientras que en sus formas más moderadas son «deístas» —admitiendo, en efecto, la intervención de Dios al principio, pero en ningún otro lugar. El intento, sin embargo, de dar respaldo al dogma mediante la teoría de Darwin sobre *El Origen de las Especies por Medio de la Selección Natural* no ha tenido éxito; pues en el mejor de los casos, dicha teoría puede ampliar muy poco nuestra comprensión de la idoneidad de las fuerzas residentes para producir y conservar variaciones de las especies, y no puede en lo más mínimo desterrar la idea del diseño del proceso.

Es, por tanto, imposible obtener prueba alguna de la evolución que modifique seriamente nuestra concepción del cristianismo. El mecanismo del universo es tan complicado que ningún hombre puede afirmar que esté cerrado a la interferencia divina. Esto se ve especialmente en el caso en que sabemos que el libre albedrío del hombre sí penetra las articulaciones del arnés de la naturaleza e interfiere con su orden en cierta medida. El hombre, mediante el cultivo, hace que los frutos y las flores crezcan donde de otro modo las malezas cubrirían el suelo. El hombre realiza diez mil combinaciones de fuerzas naturales que no ocurrirían sin su intervención. El curso regular de la naturaleza es interferido cada vez que un salvaje talla un instrumento de pedernal o construye una canoa, o produce fuego por fricción. No podemos desterrar a Dios del universo sin antes volvernos insensatos nosotros mismos y reducir el libre albedrío del hombre al nivel de una mera fuerza mecánica. Pero el hombre es más que eso; y esto lo sabe todo el mundo.

Además, se comete un grave error cuando se aceptan los dictámenes de los especialistas en investigación científica en asuntos religiosos como si tuvieran algún valor particular. En efecto, la concentración de los especialistas en líneas estrechas de investigación los incapacita realmente para sopesar debidamente las evidencias religiosas.

Las cosas espirituales no pueden descubrirse con instrumentos materiales ni detectarse por los sentidos materiales. La ciencia física no puede penetrar en el origen de nada; sino que debe contentarse con tratar procesos que ya han comenzado. Un profundo misterio rodea el nacimiento de toda alma humana. ¿Quién puede decir cuándo se convierte en una personalidad libre, que refleja la imagen de su Creador? ¿El alma, así como el cuerpo, es engendrada por los padres? Esta pregunta ha dividido a los teólogos desde la época de Agustín hasta el presente.

Los peores enemigos del cristianismo no son los físicos sino los metafísicos. Hume es más peligroso que Darwin; el agnosticismo de Hamilton y Mansel es más difícil de combatir que el de Tyndall y Huxley; el fatalismo de los filósofos es más temible que el materialismo de cualquier hombre de ciencia. Las sofisterías de la filosofía socrática acerca de la libertad de la voluntad son más sutiles que las de la escuela spenceriana. El cristianismo, siendo una religión de hecho e historia, es un hijo libre en la familia de las ciencias inductivas, y no está especialmente limitado por las paradojas inevitablemente relacionadas con todos los intentos de dar expresión a las concepciones últimas de la verdad. El campo está ahora tan libre como siempre lo ha estado para aquellos que están dispuestos a actuar sobre evidencias positivas de la verdad del cristianismo tales como el Creador ha tenido a bien proporcionarles. La evidencia de la evolución, incluso en su forma más moderada, no comienza a ser tan sólida como la de la revelación de Dios en la Biblia.

Capítulo 41 Inspiración

Por el evangelista L. W. Munhall, Maestría en Teología, Doctor en Teología
Germantown, Pensilvania
Autor de *The Highest Critics Vs. The Higher Critics*

La Biblia es inspirada. Es por lo tanto la Palabra de Dios. Esto es fundamental para la fe cristiana. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Pero, se pregunta, ¿Qué quiere decir con inspiración? Debido a que hay numerosas teorías de la inspiración, esta es una pregunta apropiada. Además, es bueno, antes de contestar la pregunta, declarar algunas de estas teorías:

Primera, “Los pensamientos del escritor fueron inspirados”.

Segunda, “Los pensamientos fueron parcialmente inspirados”. Pero los que se aferran a esta opinión son muy indefinidos en sus declaraciones sobre el alcance de esta inspiración.

Tercera, “Hubo diferentes grados de inspiración”. Los defensores de esta opinión utilizan la diferencia entre “iluminación” e inspiración para probar su teoría.

Cuarta, “En un momento los escritores fueron inspirados en la supervisión de la obra que hicieron”; en otro, “En la perspectiva que tomaron de la obra que fueron llamados a hacer”; y en otro, “En dirigir la obra”. Pero en todas estas opiniones los teóricos están a la deriva, y dejan a todos los que confían en su pilotaje a la deriva, en cuanto al carácter exacto y las limitaciones de la inspiración.

Quinta, “Inspiración dinámica”. Pero los esfuerzos de aquellos que se aferran a esta opinión, para explicar lo que quieren decir con el término, son sumamente vagos y confusos. Pero la teoría popular y actual ahora es que el “concepto” es inspirado. Pero nadie intenta decir qué es el “concepto”; de hecho, dudo que alguien lo sepa.

También permítase decir esto en este sentido: Aquellos que se aferran a cualquiera o a todas las teorías antes mencionadas, en parte o en su totalidad, son enfáticos al declarar que la Biblia no es inspirada verbalmente. Los escandalosos dirán: “Ningún erudito cree en la inspiración verbal”. En esto dan falso testimonio. Otra expresión de uso común entre ellos es esta: “Tal creencia empuja a los hombres a la infidelidad”. Y sin embargo, ninguno de ellos supo jamás de un caso. Esta clase, con tanto cuidado y evidente satisfacción como un infiel, buscan las aparentes contradicciones y errores en las versiones autorizada y revisada, y declaran exultantes: “Aquí hay evidencia concluyente de que la Biblia no es inspirada verbalmente”. Algunos de estos caballeros son deshonestos porque: Primero, saben que la mayoría de estos aparentes errores y contradicciones fueron contestados satisfactoriamente hace mucho tiempo, incluso hasta silenciar a los burladores infieles; y Segundo, saben que nadie cree que las traducciones y revisiones son inspiradas. La doctrina de la inspiración verbal es simplemente esta: Los escritos originales, *ipsissima verba*, vinieron a través de los escritores directamente de Dios; y los críticos sólo están lanzando polvo al aire cuando despotrican contra la inspiración verbal e intentan refutarla señalando los aparentes errores y discrepancias de los textos autorizados y revisados.

La Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, en 1893, por voto unánime hizo la siguiente declaración: “La Biblia tal como la tenemos ahora en sus diversas traducciones y revisiones cuando se libera de todos los errores y equivocaciones de traductores, copistas e impresores, es la misma Palabra de Dios, y en consecuencia, totalmente sin error”.

Queremos decir por *inspiración* que las palabras que componen la Biblia son exhaladas por Dios. Si no lo son, entonces la Biblia no es inspirada en absoluto, ya que está compuesta única y exclusivamente de palabras.

“Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16). La palabra traducida como *Escritura* en este pasaje es *Grphe*. Significa escritura, cualquier cosa escrita. La escritura está compuesta de palabras. ¿Qué más es esto sino inspiración verbal?; y tuercen las “Escrituras para su propia perdición”, quienes enseñan lo contrario.

El Prof. A. A. Hodge dice: “La línea nunca se puede trazar racionalmente entre los pensamientos y las palabras de la Escritura. ... De que tenemos una Biblia inspirada, y una inspirada verbalmente, tenemos el testimonio de Dios mismo”.

El Prof. Gaussen dice: “La teoría de una revelación divina, en la cual tendrías la inspiración de pensamientos, sin la inspiración del lenguaje, es tan inevitablemente irracional que no puede ser sincera, y resulta falsa incluso para aquellos que la proponen”.

El Canónigo Westcott dice: “La más mínima consideración mostrará que las palabras son tan esenciales para los procesos intelectuales como lo son para la interacción mutua. ... Los pensamientos están unidos a las palabras tan necesariamente como el alma al cuerpo. Sin ella los misterios develados ante los ojos del vidente serían sombras confusas; con ella, se hacen lecciones claras para la vida humana”.

El Decano Burgon, un hombre de vasto aprendizaje, dice: “No se puede diseccionar la inspiración en sustancia y forma. En cuanto a que los pensamientos sean inspirados, aparte de las palabras que les dan expresión, bien podrías hablar de una melodía sin notas, o de una suma sin cifras. Ninguna teoría de la inspiración de este tipo es siquiera inteligible. Es tan ilógica como inútil, y no puede ser suprimida con demasiada severidad”.

Esta doctrina de la inspiración de la Escritura, en todos sus elementos y partes, siempre ha sido la doctrina de la iglesia. El Dr. Westcott ha probado esto por una copiosa catena de citas de Padres Ante-Nicenos en el Apéndice B de su *Introduction to the Study of the Gospels* [“Introducción al Estudio de los Evangelios”]. Él cita a Clemente Romano diciendo que las Escrituras son “las verdaderas declaraciones del Espíritu Santo”.

Tome unas pocas citas de los Padres:

1. Justino, hablando de las palabras de la Escritura, dice: “No debemos suponer que el lenguaje procede de los hombres que son inspirados, sino de la Palabra divina misma, quien los mueve. Su obra es anunciar aquello que el Espíritu Santo propone enseñar, a través de ellos, a aquellos que desean aprender la verdadera religión. El poder divino actúa sobre los hombres al igual que una púa sobre un arpa o lira”. “La historia que Moisés escribió fue por la inspiración divina”. Y así, de toda la Biblia.

2. Ireneo. “Los escritores hablaron siendo impulsados por el Espíritu. Todos los que profetizaron la venida de Cristo (Moisés, David, Isaías, etc.), recibieron su inspiración del Hijo, porque ¿de qué otra manera podría la Escritura ‘testificar’ de Él solo?”. “Mateo podría haber escrito: ‘La generación de Jesús fue de esta manera’, pero el Espíritu Santo, previendo la corrupción de la verdad, y fortificándonos contra el engaño, dice, a través de Mateo: ‘La generación de Jesucristo fue de esta manera’”. “Los escritores están más allá de toda falsedad”, es decir, son inerrantes.

3. Clemente de Alejandría. Los cimientos de nuestra fe no descansan en una base insegura. Los hemos recibido de Dios mismo a través de la Escritura, de la cual ni una jota ni una tilde pasará hasta que todo se haya cumplido, porque la boca del Señor, el Espíritu Santo, lo habló. Deja de ser hombre aquel que desprecia la tradición de la iglesia, y se desvía a las opiniones humanas; porque las Escrituras son verdaderamente santas, ya que nos hacen santos, semejantes a Dios. De estos santos escritos o palabras, se compone la Biblia. Pablo los llama exhalados por Dios. (2 Timoteo 3:15, 16). Los Escritos Sagrados consisten en estas santas letras o sílabas, ya que son “exhaladas por Dios”. Nuevamente, “Los judíos y cristianos concuerdan en cuanto a la inspiración de las Sagradas Escrituras, pero difieren en la interpretación. Por nuestra fe, creemos que toda Escritura, ya que es exhalada por Dios, es útil. Si las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada, probada siete veces, y el Espíritu Santo, con todo cuidado, las ha dictado con precisión, fue por esta razón que el Salvador dijo que ni una jota ni una tilde de ellas pasaría”.

4. Orígenes. “Es la doctrina reconocida por todos los cristianos, y evidentemente predicada en las iglesias, que el Espíritu Santo inspiró a los santos, profetas y apóstoles, y estuvo presente en los de la antigüedad, como en los que Él inspiró en la venida de Cristo; porque Cristo, la Palabra de Dios, estaba en Moisés cuando escribió, y en los profetas, y por su Espíritu Él les habló todas las cosas. Los registros de los Evangelios son los Oráculos del Señor, Oráculos puros, purificados como plata probada siete veces. Están sin error, ya que fueron escritos con precisión, por la cooperación del Espíritu Santo”. “Es bueno adherirse a las palabras de Pablo y de los apóstoles, como a Dios y a nuestro Señor Jesucristo. Hay muchos escritos, pero sólo un Libro; cuatro evangelistas, pero sólo un Evangelio. Todos los Escritos Sagrados respiran la misma plenitud. No hay nada, en la Ley, los Profetas, el Evangelio, los Apóstoles, que no haya venido de la plenitud de Dios. Cualquiera que haya recibido estas Escrituras como inspiradas por el Creador del mundo, debe esperar encontrar en ellas todas las dificultades que encuentran los que investigan el sistema del universo. Pero la mano de Dios no es destruida por nuestra ignorancia en puntos particulares. La divinidad de las Escrituras permanece inalterada por nuestra debilidad. Es un punto en la enseñanza de la iglesia, que las Escrituras fueron escritas por el Espíritu de Dios, y en esto la opinión de toda la iglesia es una. Todas las cosas que están escritas son verdaderas. El que es un estudiante de los Oráculos de Dios debe ponerse bajo la enseñanza de Dios”. Hasta aquí sobre este padre de la “crítica bíblica”, poderoso en la iglesia.

5. Agustín. La opinión de las Sagradas Escrituras sostenida por Agustín era la sostenida por Tertuliano, Cipriano y todos los padres de la iglesia norteafricana. Ninguna opinión de la inspiración verbal podría ser más rígida. “Las Escrituras son las cartas de Dios, la voz de Dios, los escritos de Dios”. “Los escritores registran las palabras de Dios. Cristo habló por Moisés, porque Él era el Espíritu del Creador, y todas las profecías son la voz del Señor. Del Espíritu vino el don de lenguas. Toda Escritura es útil ya que es inspirada de Dios. Las Escrituras, ya sea en Historia, Profecía, Salmos o Ley, son de Dios. No pueden sostenerse en parte y caer en parte. Son de Dios, quien las habló todas”. “Como no fueron los apóstoles los que hablaron, sino el Espíritu del Padre en ellos, así es el Espíritu el que habla en todas las Escrituras”. “No vale nada lo que yo diga, lo que él diga, sino lo que dice el Señor”.

El Prof. B. B. Warfield, del Seminario Teológico de Princeton, dijo en un artículo sobre La Doctrina de Inspiración de Westminster: “Sin duda se ha dicho lo suficiente para mostrar que la confesión enseña precisamente la doctrina que se enseña en los escritos privados de los redactores, que era también la doctrina protestante general de la época, y no sólo de esa época o sólo de los Protestantes; porque a pesar de la afirmación contraria que recientemente se ha vuelto tolerablemente común, esencialmente esta doctrina de la inspiración (verbal) ha sido la doctrina de la iglesia de todas las épocas y de todos los nombres”.

No hay nada más cierto en el mundo que el hecho de que tanto la iglesia judía como la iglesia cristiana creían en la doctrina, debido a su concepción de las Sagradas Escrituras como el resultado del “aliento creativo de Dios”, así como la materia misma, el alma del hombre, y el mundo, fueron creados por el mismo

“aliento del Todopoderoso” –la mismísima concepción que Pablo tuvo cuando dijo: “¡Toda Escritura es exhalada por Dios!”.

La evidencia omnipresente de la inspiración verbal salta a la vista al abrir cada página de la Biblia. No depende de unos “pocos textos”, aquí y allá, sino que se “mantiene” enraizada en todo el cuerpo de la Palabra de Dios. El que sabe lo que los judíos entendían por la expresión, “los oráculos de Dios”, un Libro divinamente oracular, diferente a cualquier otro –un Libro del propio “Testimonio” de Dios– sabrá que no podría prevalecer otra concepción de su contenido que esta, que fue “divinamente inspirado”, teniendo a “Dios” como su Autor, y la verdad sin error como su materia. La forma en que el Antiguo Testamento es citado en el Nuevo es una demostración suprema de su inspiración verbal. Ese verbo sin sujeto, “dice” (traducido, “Dice”), ese nominativo, la “Escritura dice”, ese sujeto personal, “Él” (“Él dice”), esa identificación de Dios con la “Escritura”, (“previendo la Escritura”, dándole ojos, boca y presciencia, como un organismo viviente igual a Dios), ese reconocimiento del escritor humano, como “Moisés dice”, “David dice”, “Isaías dice”, es una autoría divinamente gobernada; por lo tanto da lo mismo decir, “Moisés dice”, “Dice”, “la Escritura dice”, “Él dice”, ya que en todo es “Dios dice” –todo esto prueba el “lugar alto”, la estima y la concepción que Cristo, sus apóstoles, y toda la iglesia judía y cristiana, tenían de las “Escrituras”, y que son un Libro exhalado por Dios, oracular, creado por el Aliento de Dios –un Libro verbalmente inspirado, cuyas “palabras” eran las “Palabras de Dios”, infalible, autoritativo, final, la corte de última apelación, la mismísima “declaración” y “voz” “de Dios”, quien habló en el tiempo pasado en los Profetas, y quien nos ha hablado en estos últimos días en su Hijo –“palabras” que se mandaron escribir en los días de Moisés y se mandaron escribir en los días de los apóstoles– el Espíritu prometió “guiar”, no permitir ningún lapso de “recuerdo”, y “revelar” el futuro.

Tal forma de cita, cita literal, referencia y alusión al Antiguo Testamento provino de la concepción de las Escrituras como el Libro de Dios verbalmente inspirado. Fue por medio de esta fórmula de cita específica y habitual que Cristo y sus apóstoles dieron a conocer a la iglesia su exaltada estima por el “volumen del Libro”. Sólo sobre esta base surgieron todos los altos atributos que se le atribuyen –su origen divino, santidad, sublimidad, infalibilidad, autoridad y suficiencia para la humanidad. Este énfasis uniforme de las Escrituras como el producto del “aliento de Dios”, no mera “literatura humana”, como los críticos quisieran que fuera, ni un “elemento humano” no controlado por lo divino, ni la miserable excusa de “pensamientos sin palabras”, los pensamientos “inspirados”, pero las “palabras no” –es característico del trato que las Escrituras del Antiguo Testamento reciben en todas partes en el Nuevo Testamento. Bajo ningún otro punto de vista que no sea el de la inspiración verbal podría haber surgido tal manera de citar, ya sea estricta o libre. Es como la “creación” y los “oráculos” de Dios a los que se hace referencia. Sobre esto descansan su autoridad, santidad, perfección y perpetuidad. Y en cuanto a la “autoría” de los “Libros” de la Escritura, la cita de diferentes textos que existen en diferentes “Libros”, que dan los nombres de diferentes autores humanos, como “Moisés dice”, “David dice”, “Isaías dice”, es prueba de que los autores de los textos son los autores de los “Libros” en los que se encuentran, y que llevan su nombre. Sólo los “críticos altos” podrían disputar esto.

Algunas pruebas de la inspiración verbal

La Biblia enseña claramente que sus palabras son inspiradas, y que es la Palabra de Dios. Examinemos este asunto un poco, considerando brevemente tres clases de evidencia, a saber:

Primera. Testimonio directo.

Segunda. Testimonio inferencial.

Tercera. Testimonio resultante.

PRIMERA. Notemos el testimonio directo de la Biblia al hecho de la inspiración verbal.

“Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre?” ... Ahora pues, vé, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar, (Éxodo 4:10-12). “Y Jehová dijo a Moisés: Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel” (Éxodo 34:27). “Y él les dijo: Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él ... Cara a cara hablaré con él (Moisés), y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia de Jehová” (Números 12:6,8). “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella” (Deuteronomio 4:2). “El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, ... el tal profeta morirá” (Deuteronomio 18:20).

En Marcos 12:36, Jesús dijo: “Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo”. Si nos dirigimos a 2 Samuel 23:2, encontraremos lo que dijo David: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua”.

Jeremías dijo: “¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño. Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca” (Jeremías 1:6-9).

Balaam fue obligado a hablar en contra de su voluntad. Él dijo: “He aquí yo he venido a ti; mas ¿podré ahora hablar alguna cosa? La palabra que Dios pusiere en mi boca, esa hablaré”. Hizo todo lo posible para maldecir a los israelitas, pero cada vez que lo intentó, los bendijo. Balac al fin le dijo: “Ya que no lo maldices, tampoco lo bendigas”. Pero Balaam respondió: “¿No te he dicho que todo lo que Jehová me diga, eso tengo que hacer?” (Números 22:38; 23:26).

En los cinco libros de Moisés, en los libros llamados históricos, y en los libros incluidos bajo el título general de los Salmos, tales expresiones como las siguientes ocurren cientos de veces: “Así ha dicho Jehová”; “Dijo Jehová”; “Habló Jehová”; “Ha hablado Jehová”; “La palabra de Jehová”; y “Palabra de Jehová”. No hay otro pensamiento expresado en estos libros concerniente a la inspiración que el de que los escritores hablaron y escribieron las mismas palabras que Dios les dio.

Al pasar a los libros llamados proféticos, encontramos a Isaías diciendo: “Oíd palabra de Jehová” (Isaías 1:10); y no menos de veinte veces declara explícitamente que sus escritos son las “palabras de Jehová”. Casi cien veces Jeremías dice: “Vino a mí palabra de Jehová”, o declara que estaba pronunciando las “palabras de Jehová”, y la “palabra del Dios viviente”. Ezequiel dice que sus escritos son las “palabras de Dios” casi sesenta veces. Aquí hay una muestra: “Hijo de hombre, toma en tu corazón todas mis palabras que yo te hablaré, y oye con tus oídos. Y vé y entra a los cautivos, a los hijos de tu pueblo, y háblales y diles: Así ha dicho Jehová el Señor” (Ezequiel 3:10-11). Daniel dijo: “y al oír el sonido de sus palabras” (Daniel 10:9). Oseas dijo: “Palabra de Jehová” (Oseas 1:1). “Palabra de Jehová que vino a Joel” (Joel 1:1). Amós dijo: “Oíd esta palabra que ha hablado Jehová” (Amós 3:1). Abdías dijo: “Así ha dicho Jehová el Señor” (Abdías 1:1). “Vino palabra de Jehová a Jonás” (Jonás 1:1). “Palabra de Jehová que vino a Miqueas” (Miqueas 1:1). Nahúm dijo: “Así ha dicho Jehová” (Nahúm 1:12). Habacuc escribió: “Y Jehová me respondió, y dijo” (Habacuc 2:2). “Palabra de Jehová que vino a Sofonías” (Sofonías 1:1). “Vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo” (Hageo 1:1). “Vino palabra de Jehová al profeta Zacarías” (Zacarías 1:1). “Profecía de la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías” (Malaquías 1:1). Y en este último de los libros del Antiguo Testamento, se dice veinticuatro veces: “Así ha dicho Jehová”.

Las palabras que el mismo Jesús pronunció fueron inspiradas. Las palabras que Él habló no eran Suyas, sino que realmente fueron puestas en su boca. De la manera más expresa se predijo que Cristo hablaría así, tal como habló Moisés. “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios;

a él oiréis”. Dos veces se dice, “como yo”. ¿Y cómo igual a Moisés, excepto como muestra todo el contexto, “como” él en inspiración verbal? A Moisés Dios dijo: “Yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar. Tú pondrás las palabras en la boca de Aarón, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de decir. Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios” (Éxodo 4:11-16). Por lo tanto, Jesús, el Profeta, pronunció palabras inspiradas “como Moisés”. Las mismas palabras que habló, Dios las puso en su boca y en su lengua. Por tanto, dijo, asegurando a los judíos que Moisés escribió de Él: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (Juan 12:49, 50). “Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron” (Juan 17:8). “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo” (5:19). Puesto que Jesucristo tuvo que ser divinamente ayudado, “como Moisés”, las mismas palabras puestas en su boca, Siendo Él mismo la boca de Dios, y como Dios para el pueblo, ¿cómo no iban a necesitar los evangelistas y los apóstoles la misma guía y ayuda divinas para calificarlos para su obra, y garantizar su inerrante veracidad y su autoridad divina? Si Moisés e Isaías, si el mismo Jesucristo, tuvieron que ser asistidos divinamente, ¿cómo habrían de ser eximidos los narradores de la historia y los oráculos del Nuevo Testamento de la misma actividad divina del Espíritu, que todo lo controla y guía hacia la verdad plena? ¿Qué son las palabras de Jesús a Juan, y a las siete iglesias de Apocalipsis, sino las palabras literales de Dios dictadas verbalmente por Jesucristo?

Jesús dijo a los discípulos: “Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo” (Marcos 13:11).

Este mismo don incluyó a todos los discípulos en el día de Pentecostés, porque “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:1, 4). La multitud que escuchaba “estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido?... les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios” (Hechos 2:7, 11).

Pablo dice: “lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Corintios 2:13). “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios” (1 Tesalonicenses 2:13).

Y así la Biblia enseña uniformemente la doctrina de la inspiración verbal. Es la Palabra de Dios. Este es el testimonio invariable del Libro mismo. Nunca, en una sola instancia, dice que los pensamientos de los escritores fueron inspirados; o que estos escritores tenían un “concepto”. Las Escrituras son llamadas “La palabra de Dios” (Romanos 3:2); “La palabra de Dios” (Lucas 8:11); “La palabra del Señor” (Hechos 13:48); “La palabra de vida” (Filipenses 2:16); “La palabra de Cristo” (Colosenses 3:16); “La palabra de verdad” (Efesios 1:13); “La palabra de fe” (Romanos 10:8); y, por medio de estas y otras declaraciones similares, declaran, más de dos mil veces, que la Biblia es la Palabra de Dios —que las palabras son exhaladas por Dios, son inspiradas (*theopneustos*).

SEGUNDA. ¿Qué pasa con el *Testimonio Inferencial* al hecho de la inspiración verbal? Quiero decir por *Testimonio Inferencial* aquello que es asumido por la Biblia, y la implicación natural que pertenece a muchas de sus declaraciones.

La Biblia asume ser de Dios en que encuentra al hombre cara a cara con espada desenvainada y dice: “¡Harás!” y “¡No harás!” y exige sumisión inmediata, incondicional e irreversible a la autoridad del cielo, y sumisión a todas las leyes y voluntad de Dios, tal como se dan a conocer en sus páginas. Esto por sí solo no significaría mucho, aunque fuera único, si no fuera por los sorprendentes y significativos resultados de

tal sumisión; pero, la inferencia natural de tal asunción es que las palabras de exigencia y mandato son de Dios.

Un gran número de declaraciones de la Biblia indican claramente que las palabras son inspiradas. Los siguientes son unos pocos ejemplos: “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Salmo 119:89). Esto es característico de todo el Salmo. “Las palabras de Jehová son palabras limpias” (Salmo 12:6). “¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?” (Jeremías 23:29). “La palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:8); y así sucesivamente, casi ad infinitum. En todas partes del registro sagrado usted encuentra esta misma sugerencia de autoría divina. Jesús y los apóstoles siempre la reconocieron, y le dieron preeminencia y énfasis. Su importancia y valor no deben ser subestimados.

TERCERA. El testimonio resultante. ¿Qué hay sobre él? Pablo nos dice que “Toda la Escritura” es “exhalada por Dios”. (*Pasa Graphe Theopneustos*). “porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados [*pheromenoi*, llevados a lo largo] por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21). (Este pasaje no justifica la llamada “teoría mecánica de la inspiración”. Tal teoría no se enseña en ninguna parte de las Escrituras. De hecho, el hecho obvio de que las características individuales de los escritores no fueron de ninguna manera cambiadas o destruidas, refuta tal teoría). Se dice: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). Eliú dijo: “El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4). Ahora, pues, el mismo poder Todopoderoso que dio vida a Adán y a Eliú, y que hizo los “cielos... y todo el ejército de ellos”, está, en algún sentido misterioso, en las palabras del Registro Sagrado. Por eso se nos dice: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12). ¿Qué resultados seguirán al creer en la Palabra y al someterse a sus exigencias?

1. Impartirá vida espiritual y salvará el alma. “recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Santiago 1:21). “siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23). “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad” (Santiago 1:18). Jesús dijo: “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63).

Así como una buena semilla contiene el germen de la vida, de modo que cuando se arroja en la tierra en la estación adecuada, bajo la influencia de la luz del sol y las lluvias, germina y brota para reproducirse a su propia especie; de la misma manera las palabras de la Biblia, si son recibidas en la mente y el corazón para ser creídas y obedecidas, germinan, y la vida espiritual es el resultado, reproduciendo su especie; y esa alma creyente se hace partícipe de la naturaleza divina. (2 Pedro 1:4). “nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). El poder y la vida del Todopoderoso yacen escondidos en las palabras del registro sagrado; son exhaladas por Dios; y ese poder y esa vida se manifestarán en el caso de todo aquel que las reciba con mansedumbre para creerlas y someterse a sus exigencias. Todos los libros que los hombres han escrito no pueden hacer esto.

2. Tiene poder purificador. “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Salmo 119:9). Jesús dijo: “Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado” (Juan 15:3). “para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26).

3. Por la Palabra somos guardados del mal y del poder del maligno. El Salmista dijo: “Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del violento” (Salmo 17:4); y, “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). Por tanto, Jesús dijo: “Yo les he dado tu palabra. ... Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:14,17).

La voz que decía: “Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. ... Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:6, 8). “Porque nada podemos contra la verdad, sino por la verdad” (2 Corintios 13:8).

Esta, entonces, es la suma de nuestra contención: La Biblia está hecha de escritos, y estos están compuestos de palabras. Las PALABRAS son inspiradas, exhaladas por Dios. Por lo tanto, la Biblia es inspirada –es la Palabra de Dios.

Esto se ve claramente: Primero, en la declaración uniforme del Libro. Todos los profetas del Antiguo Testamento, Jesús nuestro Señor, y todos los escritores del Nuevo Testamento, dan el mismo testimonio concerniente a este asunto transcendentamente importante. No se puede encontrar en ninguna parte de todas sus declaraciones una sola palabra o pensamiento que diga lo contrario. La actitud de Jesús hacia el Antiguo Testamento y sus declaraciones confirman sin lugar a dudas nuestra contención. Él tenía el mismo Antiguo Testamento que nosotros tenemos hoy. Él creía que era la Palabra de Dios, y lo proclamó como tal. Él dijo: “ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. Al frustrar al tentador, Él dijo: “¡Escrito está! ¡escrito está! ¡escrito está!”. Al confundir a los judíos, Él dijo: “Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él”. Él nunca criticó las Escrituras, sino que siempre apeló a ellas como las palabras de su Padre, autoritativa y final.

Jesús es la vida y la luz del hombre. Lo mismo es cierto de las Escrituras. Jesús dijo: “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”. El Salmista dijo: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”. De una manera inexplicable, Jesús está identificado con la Palabra. “el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne”. Y cuando las victorias del Evangelio finalmente se hayan cumplido, y Jesús afirme sus derechos regales, su nombre es llamado: “EL VERBO DE DIOS”. (Véase Apocalipsis 19:11,13).

Segundo. La Biblia asume ser la Palabra de Dios por sus imperiosas exigencias. ¿Quién sino Dios tiene el derecho de requerir de los hombres lo que la Biblia hace?

Tercero. La Biblia ha cumplido todas sus afirmaciones y promesas. Los maravillosos resultados de gran alcance de proclamarla y creerla, prueban demostrablemente su origen y carácter sobrenatural.

Que hay dificultades, lo sé muy bien. Pero muchas dificultades han desaparecido como resultado de una investigación paciente, reverente y erudita; y sin duda otras pronto irán por el mismo camino. Así que, mientras deseo a los eruditos y críticos reverentes que Dios los prospere en su noble obra, con el difunto y erudito Obispo Ryle digo: “Dadme la teoría plenaria verbal con todas sus dificultades, antes que la duda. Acepto las dificultades, y humildemente espero su solución; pero mientras espero estoy de pie sobre una roca”.

Que esta sea, pues, nuestra actitud: decirlo al ancho mundo que la bendita Biblia, las “Sagradas Escrituras” de ambos Testamentos, son el producto del “aliento de Dios”, quien hizo el cielo y la tierra, y “sopló” en el hombre su alma; el producto de ese “aliento” divino que regenera, que ilumina y santifica el alma; unas “Escrituras exhaladas por Dios”, cuyas “palabras” son las “palabras de Dios”. Díselo a la iglesia en sus seminarios, universidades y colegios, desde sus púlpitos, escuelas dominicales y clases de Biblia, y pronúncialo en cada convención, conferencia y asamblea que su concepción y estima de las Escrituras no debe ser más baja ni menor que la alta concepción y estima del “volumen del Libro” que tuvieron nuestro Señor y sus apóstoles; que lo que ellos consideraban como el “aliento de Dios”, ella debe considerarlo igualmente en oposición a todo aliento de hombre que se atreva a respirar de otra manera. Di, con el inmortal Atanasio, quien sabía leer el griego mejor que la “corriente de la opinión erudita” “de nuestro tiempo”: “Oh hijo mío, no sólo las Escrituras antiguas, sino las nuevas son exhaladas por Dios, como dice Pablo: ‘Toda

Escritura es inspirada por Dios”. Di al ministerio en formación: “Habla como hablan los Oráculos de Dios” –las palabras que “Dios ha hablado”, las palabras que Cristo ha escrito. ¡Sé al menos tan decente como Balaam! “Cualquier cosa que la vida os diga, hacedla”; y cualquier cosa que Él os diga, decidla. Díselo a cada lector y oyente de la Palabra, que lo que “Moisés dice” y “David dice” e “Isaías, Pedro, Pablo, Juan y la Escritura dicen”, es lo que “Dios dice”. Díselo al santo moribundo, cuando su último pulso tiembla en la muñeca, y los amigos lloran junto a su lecho, y la “ciencia” ha agotado en vano todos sus pobres recursos, que Dios, quien exhaló las Escrituras, “no puede mentir”, que Jesús es una roca, y que el “firme fundamento” puesto en la Palabra para su fe nunca defraudará su confianza. A cada pregunta de exégesis o de crítica, devuelve la respuesta: “¿Qué dice la Escritura?” “¿Cómo lees?” “¡Escrito está!” Y cesa de ridiculizar la tradición más sagrada, establecida por siglos y honrada por el tiempo, que la iglesia apostólica nos ha dejado. Con tal actitud, los días volverán a visitar a la iglesia, como en un tiempo fueron “en el principio”, y Dios, honrado en su Palabra, ya no retendrá al Espíritu, sino que abrirá las ventanas de los cielos, y derramará sobre ella una bendición tan grande que no habrá lugar suficiente para recibirla. ¡Que Dios apresure ese día!

Capítulo 42 El Testimonio de las Escrituras de Sí Mismas

Por George S. Bishop, Doctor en Teología
East Orange, Nueva Jersey

Mi tema es, El Testimonio de las Escrituras de Sí Mismas –su propia autoevidencia– el testimonio abrumador y no compartido que traen.

Permítanme expandir este testimonio bajo los siguientes encabezados:

1. Inmortalidad.
2. Autoridad.
3. Doctrina Trascendente.
4. Afirmación Directa.

1. INMORTALIDAD – “¡He escrito!”. Todos los demás libros mueren. Pocos libros antiguos sobreviven, y menos aún de los que sobreviven tienen alguna influencia. La mayoría de los libros que citamos han sido escritos dentro de los últimos tres o incluso cien años.

Pero aquí hay un Libro cuyas voces antemundanas habían envejecido, cuando las voces hablaron en el Edén. Un Libro que ha sobrevivido no solo con un continuo sino creciente lustre, vitalidad, vivacidad, popularidad, rebote de influencia. Un Libro que pasa por todos los choques sin una torcedura, y todos los hornos de todas las épocas –como una caja fuerte de hierro– con cada documento en cada casillero, sin una deformación en él, o el olor a fuego. Aquí hay un Libro del cual se puede decir, como del inmortal Cristo mismo: “Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud”. Un Libro que data de días tan antiguos como los del Anciano de Días, y que cuando todo lo que conforma lo que vemos y llamamos el universo sea disuelto, todavía seguirá hablando en tonos de trueno de majestad, y tonos de susurro de luz, y tonos de música de amor, porque está envolviendo en sí mismo el pasado eterno, y abriendo y expandiendo de sí mismo el futuro eterno; y, como un sol totalmente irradiante, todavía seguirá rodando, mientras rueden las edades inmortales, la única e inmutable, inalterable revelación de Dios.

2. La inmortalidad está en estas páginas, y LA AUTORIDAD PONE AQUÍ SU SELLO. Este es el segundo punto. Un estándar.

Es inútil hablar de que no hay un estándar. La naturaleza señala hacia uno. La conciencia clama por uno – la conciencia que, sin una ley, libra constantemente la guerra interna y atroz de acusarse o de lo contrario excusarse a sí misma.

Debe haber un estándar y un estándar inspirado -porque la inspiración es la esencia de la autoridad, y la autoridad es en proporción a la inspiración –mientras más inspirado, mayor es la autoridad– mientras menos, menor. Incluso el racionalista Rothe, un oponente muy intenso, ha admitido que “aquello en la Biblia que no es producto de inspiración directa no tiene poder vinculante”.

La inspiración verbal y directa es, por lo tanto, las “termópilas” de la fe bíblica y escritural. Sin aliento, no hay sílaba; sin sílaba, no hay palabra; sin palabra, no hay Libro; sin Libro, no hay religión.

Sostenemos, de principio a fin, que no puede haber un posible avance en la revelación –ninguna nueva luz. Lo que fue escrito al principio, lo mismo sigue escrito hoy, y permanecerá para siempre. La emanación de la mente de Dios es completa, perfecta. “[S]obre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá”; su *ipse dixit* es perentorio, final. “Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas

en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro”.

La Biblia es la Palabra de Dios, y no simplemente LA CONTIENE. Esto está claro.

Porque la Biblia se autodenomina la Palabra de Dios. “Porque recta es la palabra de Jehová”, dice el Salmista. Nuevamente, “Lámpara es a mis pies tu palabra”. “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra”. “Sécase la hierba”, dice Isaías, “marchitase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre”.

La Biblia no solo es llamada la Palabra de Dios, sino que se distingue de todos los demás libros por ese mismo título. Así se distingue en el Salmo 119, y en todas partes el contraste entre ella y todo libro humano se profundiza y se sostiene.

Si no vamos a llamar a la Biblia la Palabra de Dios, entonces no podemos llamarla de ninguna otra manera. Si insistimos en una descripción rigurosamente exacta y no expuesta a los dardos de la crítica desenfrenada, entonces el Libro permanece anónimo. No podemos decir de manera más consistente, “Santa Escritura”, porque los crímenes registrados en sus páginas no son santos; porque expresiones como “Maldice a Dios, y muérete”, y otras de los labios de Satanás y de hombres malvados, son profanas. La Biblia, sin embargo, es “santa” porque su objetivo y sus métodos son santos. La Biblia, de igual manera, es la Palabra de Dios, porque proviene de Dios; porque cada una de sus palabras fue escrita por Dios; porque es el único exponente de Dios; la única regla de su procedimiento, y el Libro por el cual debemos ser juzgados al final.

(1) La Biblia es autoridad porque en ella, de tapa a tapa, Dios es el orador. Dijo un líder de nuestra así llamada ortodoxia a una audiencia abarrotada hace tan solo un momento: “La Biblia es verdad. Cualquier hombre que no sea un tonto debe creer lo que es verdad. ¿Qué diferencia hace quién la escribió?”. ¡Esta diferencia, hermanos; la solemne presión de Dios sobre el alma! Mi amigo puede decirme lo que es verdad; mi esposa puede decirme lo que es verdad; pero lo que ellos dicen no es solemne. La solemnidad entra cuando Dios me mira a la cara –¡Dios! Y detrás de Él el destino eterno– y habla conmigo sobre mi alma. En la Biblia Dios habla, y Dios es escuchado, y los hombres nacen de nuevo por la Palabra de Dios. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”. Es la revelación de Dios lo que la fe escucha, y es en el Dios revelado en lo que la fe descansa.

(2) La Biblia es la Palabra de Dios. Llega a nosotros anunciada por milagros y pregonada con fuego. Tomen el Antiguo Testamento –el Monte Sinaí; tomen el Nuevo Testamento– Pentecostés. ¿Extendería Dios mismo su mano y escribiría en tablas en la entrega, y enviaría lenguas de fuego para la proclamación de una revelación, de la cual cada partícula y fragmento no fuera suyo propio? En otras palabras, ¿haría milagros y enviaría lenguas de fuego para señalar una obra meramente humana, o incluso en parte humana y en parte divina? ¡Qué indigno de Dios, qué impío, qué completamente imposible es la suposición!

(3) La Biblia viene revestida de autoridad en los términos autoritarios y exaltados de su discurso. Dios en la Biblia habla desde un torbellino y con la voz de Elías. ¿Qué prueba más grandiosa de inspiración literal puede haber que en el método autoritario y el tono imperativo de profetas y apóstoles que les permitió – pobres hombres, oscuros, y sin una influencia; pescadores, artesanos, publicanos, jornaleros– desafiar y enseñar valientemente al mundo desde Faraón y desde Nerón para abajo? ¿Se debió esto a algo menos que a Dios hablando en ellos -al impulso abrumador y a la posesión de Dios? ¿Quién puede creerlo? ¿Quién no se sorprende con el poder y la sabiduría de Dios? “Sus palabras estaban en mis huesos”, clama uno. “traté de sufrirlo, y no pude. Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?”.

(4) La Biblia es el óptimo de autoridad, porque es de principio a fin una gloriosa proyección en la escala más amplia de los decretos de Dios. El alcance de la Biblia es desde la creación de los ángeles hasta un

nuevo cielo y una nueva tierra, a través de un lago de fuego. ¡Qué campo para los eventos! ¡Qué expansión más allá del alcance o incluso de la llegada de la previsión, la crítica o la cooperación humana! ¡Qué laberinto de cuya más pequeña y diminuta vuelta depende la redención entera, ya que una cadena nunca es más fuerte que su eslabón más pequeño! ¿Quién entonces se atreverá a hablar hasta que Dios haya hablado? “¡Yo publicaré el decreto!”. Eso hace a un lado todo –eso hace a la declaración una extensión, por así decirlo, del declarante. “¡Yo publicaré el decreto!”. Cuando consideramos que la Biblia es una proyección exacta de los decretos de Dios hacia el futuro, se ve que este argumento se eleva, en efecto, a un clímax; y, de hecho, llega al punto crucial de la controversia; porque lo más difícil de creer sobre Dios para nosotros es creer que Él conoce exacta y absolutamente, porque ha ordenado, el futuro. Cada atributo de Dios es más fácil de comprender que el de una omnisciencia infalible. “Yo publicaré el decreto”, por lo tanto, exige una inspiración directa.

(5) La Biblia es el óptimo de autoridad, porque los ganchos al final de la cadena prueban la inspiración dictada de cada uno de sus eslabones. Compare la caída en Génesis –un eslabón– con la resurrección en Apocalipsis– el otro. Compare la antigua creación en los primeros capítulos del Antiguo Testamento con la nueva creación en los últimos capítulos del Nuevo. “Abrimos las primeras páginas de la Biblia”, dice Vallotton, “y encontramos allí el relato de la creación del mundo por la Palabra de Dios, de la caída del hombre, de su exilio lejos de Dios, lejos del paraíso, y lejos del árbol de la vida. Abrimos las últimas páginas del último de los 66 libros que datan de 4.000 años más tarde. Dios sigue hablando. Él sigue creando. Él crea un nuevo cielo y una nueva tierra. El hombre se encuentra allí recuperado. Él es restaurado a la comunión con Dios. Él habita de nuevo en el paraíso, bajo la sombra del árbol de la vida. ¿Quién no queda asombrado por la extraña correspondencia de este final con aquel principio? ¿No es el uno el prólogo, el otro el epílogo de un drama tan vasto como único?”.

(6) Otro argumento a favor de la autoridad suprema de la Escritura es el carácter de la investigación desafiada para la Palabra de Dios. La Biblia corteja el escrutinio más minucioso. Sus páginas abiertas resplandecen con la leyenda: “¡Escudriñad las Escrituras!”. *Ereunao* –“Escudriñad”. Es un término de deportistas, y tomado de la caza. “Rastrear”, “seguir el rastro” –seguir la palabra en todos sus usos y vericuetos. Olfatearla hasta sus significados más remotos, como un perro a la liebre. “Ellos escudriñaban”, dice nuevamente San Lucas, en los Hechos, acerca de los bereanos. Allí es otra palabra, *anakrino* –“ellos dividían”, analizaban, tamizaban, pulverizaban, como en un mortero-hasta el último pensamiento.

¡Qué desafío tan solemne es este! ¿Qué libro sino un Libro divino se atrevería a pronunciar tal desafío? Si un libro ha sido escrito por el hombre, está a merced de los hombres. Los hombres pueden revisarlo, acribillarlo, tamizarlo, y dejarlo atrás, desgastado. Pero la Biblia, un Libro caído del cielo, es “respirada por Dios”. Se hincha, se dilata, con la plenitud corporificada de Dios. Dios la ha escrito, y nadie puede agotarla. Aplique sus microscopios, aplique sus telescopios, al material de la Escritura. Separan, pero no deshilachan, sus hilos. Ensanchan sus nebulosas, pero las encuentran como estrellas agrupadas. No alcanzan la más mínima señal de pobreza en la Escritura. En ninguna parte tocan aspereza en el tejido, ni limitaciones en el horizonte, como siempre es el caso cuando pruebas de tal carácter se aplican sobre cualquier obra del hombre. Usted pone una gota de agua, o el ala de una mosca, bajo un microscopio. Mientras más fuerte sea el lente, más se expandirá esa gota de agua, hasta que se convierte en un océano lleno de animálculos juguetones. Mientras mayor sea el poder, más exquisitos, más sedosos, se vuelven los tejidos del ala de la mosca, hasta que se atenúan casi a los hilos dorados y de telaraña de un serafín. Así es con la Palabra de Dios. A más escrutinio, más divinidad; a más disección, más perfección. No podemos aplicarle una prueba demasiado penetrante, ni una luz demasiado lacerante, ni una piedra de toque demasiado exigente.

La Biblia está más allá de todos los intentos no solo de agotamiento, sino de comprensión. Ninguna mente humana puede, al investigar, descubrir la plenitud de Dios. “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”.

3. Eso nos lleva al tercer punto. Las Escrituras testifican de su original divino por su DOCTRINA TRASCENDENTE, SU LUZ RESPLANDECIENTE, SU RESPLANDOR NATIVO, EL BRILLO DE LO DIVINO, EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU.

Deberíamos esperar encontrar un Libro, que vino de Dios, dibujado a lápiz con puntos de jaspe y de piedra sardio –rodeado de un halo con un brillo de las colinas eternas. Deberíamos buscar aquello acerca del Libro que, destellando convicción de inmediato, debería llevar de manera abrumadora y en todas partes por su testimonio puro y desnudo –por lo que simplemente es. Que, así como Dios, al extender una mano para escribir sobre el “yeso” de un palacio babilónico, estampó, a través de palabras misteriosas y desarticuladas, convicción de divinidad sobre Belsasar, y cada uno de sus mil “señores”; así, siguiendo ese mismo análogo –¿por qué no?– Dios debería extender su mano a lo largo de los palimpsestos desenrollados de todas las épocas, y escribir sobre ellos palabras más grandes, que, para el reconocimiento secreto de cada alma humana, deberían decir, no solo, “Esta es la verdad”, sino “¡Esta es la verdad, hablada por Dios!”.

La Biblia es la Palabra de Dios, porque es el Libro de los infinitos –la revelación de lo que la naturaleza, sin ella, nunca podría haber alcanzado, y, de quedarse corta en el conocimiento de lo cual, la naturaleza estaría perdida.

La mayor necesidad del alma es la salvación. Es tal conocimiento de Dios que nos asegure el “consuelo” aquí y en el más allá. Tal conocimiento, la naturaleza fuera de la Biblia no lo contiene. A tientas por todas partes en su oscuridad, el hombre se enfrenta a dos hechos inmutables. Uno, su culpa, que, al mirar hacia abajo, se hunde más y más profundo. El otro, la justicia de Dios, que al mirar hacia arriba, se eleva más y más alto. Infinito contra infinito –infinito aquí, infinito allá– ¡ningún puente entre ellos! La naturaleza no ayuda a ningún puente. En ninguna parte habla de expiación.

De pie con Uriel en el sol, lanzamos la proposición de que las Escrituras son divinas en su propio mensaje porque tratan con tres infinitos: culpa infinita; santidad infinita; expiación Infinita.

Un libro debe ser en sí mismo infinito si trata con infinitos; y un libro debe ser divino si reconcilia divinamente los infinitos.

¡Culpa Infinita! ¿Tiene mi culpa algún fondo? ¿Es el infierno más profundo? ¿Existe, en la introspección, un posible nadir más bajo, más insondable? ¡Culpa infinita! Eso es lo que se abre, se derrumba bajo mis pies, cuanto más tiempo, cuanto más cuidadosamente sondeo mi propio corazón-mi naturaleza, mi historial. ¡Infinitamente culpable! Eso es lo que soy –lejos, Oh, cuán lejos, por debajo del plano de la autoapología, o de la espantosa “crítica” del Libro que testifica esto. ¡Infinitamente culpable! Eso es lo que soy. Hundiéndome infinitamente, y, debajo de mí un Tofet infinito. Yo sé eso. Tan pronto como la Biblia lo declara, lo sé, y con ello sé que esa Biblia testificante es divina. Lo sé –no sé cómo– por un instinto, por conciencia, por iluminación, por el poder del Espíritu de Dios, por la Palabra externa, y por la convicción destellada en mí que concuerdan.

Y, contrapesado por encima de mí, un Infinito correlativo –¡Dios! ¿Qué puede ser más alto? ¿Qué cenit más elevado? ¿Qué cúpula de responsabilidad más temible o más portentosa? ¡Dios infinito –por encima de mí– viniendo a juzgarme! En camino ahora. Debo encontrarme con Él. Yo sé eso. Lo sé, tan pronto como la Biblia lo declara. Lo sé –no sé cómo– por un instinto. Incluso el hombre natural debe imaginárselo a sí mismo cuando se describe así, y debe temer,

“A un Dios en grandeza, y a un mundo en llamas”.

Un Dios infinitamente santo por encima de mí, viniendo a juzgarme. Ese es el segundo Infinito.

Luego el tercero y lo que completa el triángulo, y hace que sus lados sean eterna, divinamente iguales –expiación infinita– un Salvador infinito –Dios en la cruz dando respuesta a Dios en el trono– mi Jesús –mi refugio– mi Jehová eterno.

Por estos tres infinitos –especialmente este último– esta expiación infinita, por la cual todo mi ser clama su último grito de agotamiento –por este tercer lado del estupendo triángulo–el lado que, dejado a mi suerte, nunca podría descifrar –la Biblia prueba ser la geometría del alma, las únicas matemáticas eternas, la verdadera revelación de Dios.

Tomamos la postura de que estas tres cosas –culpa, Dios, expiación– dispuestas de este modo en una aposición y conjunción semejantes a las estrellas, hablan desde el cielo, de manera más penetrante que como lo hacen las estrellas, diciendo: “¡Pecador y sufriente, esta revelación es divina!”.

Tomamos la postura abierta de que una sola hoja suelta de la Palabra de Dios, hallada junto al camino por alguien que nunca la había visto antes, lo convencería de inmediato de que las extrañas y maravillosas palabras eran las de su Dios –que eran divinas.

Las Escrituras son su propia autoevidencia. Tomamos la postura de que el sol no requiere de ningún crítico –la verdad de ninguna campana de buceo. Cuando el sol brilla, brilla el sol. Cuando Dios habla, su evidencia está en el acento de sus palabras.

¿Cómo sabían los profetas de antaño, cuando Dios les hablaba, que Era Dios? ¿Sometían a una prueba crítica la voz que hacía temblar cada uno de sus huesos y que hacía que su carne se disolviera sobre ellos? ¿Acaso ponían a Dios, por así decirlo –como algunos de nuestros modernos parecen haber hecho– en un crisol, en una retorta de químico, a fin de certificar que Él era Dios? ¿Encontraron necesario sostener la caligrafía de Dios frente al soplete de un examen filosófico ansioso, a fin de sacar a la luz y hacer visible lo invisible? La mera sugerencia es locura.

Las Escrituras son su propia autoevidencia. El rechazo de la Biblia en su simple presentación es suficiente para condenar a cualquier hombre, y, si se persiste en ello, lo condenará –porque:

“Una gloria dora la página sagrada,
Majestuosa, como el sol;
Da una luz a cada época;
Da, pero no toma prestada ninguna”.

4. La gloria se esparce sobre el rostro de las Escrituras, pero esta gloria, cuando se escudriña de cerca, se ve que contiene ciertas características y contornos –testimonios dentro de sí misma, afirmaciones directas, que conspiran para ilustrar nuevamente su alta divinidad, y para confirmar su afirmación.

Este es nuestro cuarto punto: LAS ESCRITURAS DICEN DE SÍ MISMAS QUE SON DIVINAS. Ellas no solo lo asumen; lo dicen. Y esto, “Así ha dicho Jehová”, es intrínseco –un testimonio dentro del testimonio, y uno del cual depende algo más que la convicción –la confianza, o la fe nacida del Espíritu y salvadora.

El argumento de la autoafirmación de la Escritura es acumulativo.

(1) La Biblia afirma que, como Libro, proviene de Dios. De diversas maneras insta esta afirmación.

Una cosa: lo dice. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”. La cuestión de la Inspiración es, en su

primera declaración, la cuestión de la revelación misma. Si el Libro es divino, entonces lo que dice de sí mismo es divino. Las Escrituras están inspiradas porque dicen que están inspiradas. La cuestión es simplemente una de testimonio divino, y nuestro asunto es, con igual simplicidad, recibir ese testimonio. “La inspiración es tanto una afirmación”, dice Haldane, “como lo es la justificación por la fe. Ambas se mantienen por igual en la autoridad de la Escritura, la cual es una autoridad tan definitiva sobre este punto como sobre cualquier otro”. Cuando Dios habla, y cuando dice, “¡Yo hablo!”, ahí está todo. Él está obligado a ser escuchado y obedecido.

En la Biblia Dios habla, y habla no solo por medio de un representante. Levítico es un ejemplo notable de esto. Capítulo tras capítulo de Levítico comienza: “Habló Jehová a Moisés, diciendo;” y así continúa a lo largo del capítulo. Moisés es simplemente un oyente, un escriba. El orador autoanunciado es Dios.

En la Biblia Dios mismo descende y habla, no en el Antiguo Testamento solamente, y no solamente por medio de un representante. “El Nuevo Testamento nos presenta”, dice el Deán Burgon, “el augusto espectáculo del Anciano de Días sosteniendo el volumen entero de las Escrituras del Antiguo Testamento en sus manos, e interpretándolo de sí mismo. Él, el Verbo encarnado, que en el principio estaba con Dios, y que era Dios—ese mismo todopoderoso es expuesto en los Evangelios sosteniendo el «volumen del Libro» en sus manos, abriéndolo y desplegándolo, y explicándolo en todas partes acerca de sí mismo”.

Cristo en todas partes recibe la Escritura, y habla de las Escrituras, en su totalidad —la Ley, los Profetas y los Salmos, todo el canon del Antiguo Testamento— como el Oráculo viviente de Dios. Él acepta y Él respalda todo lo escrito, e incluso hace más prominentes aquellos milagros que la infidelidad considera como los más increíbles. Y Él hace todo esto sobre la base de la autoridad de Dios. Él pasa por alto al escritor —lo deja fuera de consideración. En todas sus citas del Antiguo Testamento, Él menciona solo a cuatro de los escritores por su nombre. La cuestión para Él no es una cuestión del reportero, sino del Dictador.

Y esta posición de nuestro Salvador que exaltaba la Escritura como el portavoz del Dios viviente fue mantenida constantemente por los apóstoles y la iglesia apostólica. Una y otra vez, en el libro de los Hechos, en todas las Epístolas, encontramos expresiones tales como “Él dice”, “Dios dice”, “las palabras de Dios”, “el Espíritu Santo dice”, “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías”.

La Epístola a los Hebreos proporciona una espléndida ilustración de esto, donde, al exponer toda la economía de los ritos mosaicos, el autor añade, “dando el Espíritu Santo a entender con esto”. Más adelante, y citando palabras de Jeremías, las refuerza con el comentario, “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo”. El argumento imperial sobre el Salmo 95 lo remata con la aplicación, “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz”. A lo largo de toda la Epístola, sin importar quién haya sido el escritor citado, las palabras de la cita son referidas a Dios.

(2) Pero ahora acerquémonos a la afirmación muy exacta, categórica e inequívoca. Si las Escrituras como Libro son divinas, entonces lo que dicen de sí mismas es divino. ¿Qué dicen?

En esta investigación, mantengamos nuestros dedos sobre dos palabras, y siempre sobre dos palabras —las claves apostólicas para toda la posición de la iglesia:

“*Graphe*” —la escritura, la escritura, la Escritura— no alguien, ni algo detrás de la Escritura. La Escritura. “*He Graphe*”, eso fue inspirado.

¿Y qué se quiere decir con inspirado? “*Theopneustos*”, exhalado por Dios.

“¡Respirado por Dios!”. Eso abarca todo el terreno. Dios desciende como una ráfaga sobre los tubos de un órgano –con voz como un torbellino, o en susurros quietos como tonos eólicos, y diciendo la Palabra, Él agarra la mano, y hace de esa mano, en la suya, la pluma de un escribiente muy ligero.

¡Pasa Grafe Theopneustos! “Toda escritura sagrada”. Más exactamente, “Cada escritura sagrada”, cada marca en el pergamino, es “respirada por Dios”. Así lo dice San Pablo.

¡Pasa Grafe Theopneustos! La sagrada afirmación no es de los instrumentos, sino del Autor; no de los agentes, sino del producto. Es la única y soberana vindicación de lo que se ha dejado en la página cuando la Inspiración termina. “¿Qué está escrito en la ley?”, dice Jesús, “¿Cómo lees?”. El hombre solo puede leer lo que está escrito.

¡Pasa Grafe Theopneustos! Dios no inspira hombres, sino el lenguaje. La frase, “hombres inspirados”, no se encuentra en la Biblia. La Escritura nunca la emplea. La Escritura dice que “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados” –*pheromenoi*– pero que su escritura, su manuscrito, lo que anotaron y dejaron en la página, fue exhalado por Dios. Usted respira sobre un panel de vidrio. Su aliento se congela allí; se hiela allí; se queda allí; fija una imagen de hielo allí. Esa es la noción. La escritura en la página bajo la mano de Pablo fue tan respirada sobre, respirada hacia dentro de esa página, como lo fue su alma respirada en Adán.

El quirógrafo era la voz encarnada de Dios, tan verdaderamente como la carne de Jesús durmiendo sobre un “cabezal” era Dios encarnado.

Tomamos la postura de que en el pergamino original –la membrana– cada oración, palabra, línea, marca, punto, trazo de pluma, jota y tilde fue puesta allí por Dios.

En el pergamino original. No se cuestionan otros pergaminos anteriores. Incluso si nos permitiéramos la violenta noción extra-escritural de que Moisés o Mateo transcribieron de memoria o de otros libros las cosas que nos han dejado; aun así, en cualquier, en cada caso, la selección, la expresión, la forma y el giro de la frase en la membrana fue obra de un Dios sin ayuda.

¿Pero qué? Terminemos con las suposiciones extra-escriturales y presuntuosas. El ardiente Isaías, el perferviente Ezequiel que miraba las ruedas; el apasionado y seráfico San Pablo, arrebatado, arriba, arriba, arriba hacia ese paraíso que él mismo llama el “tercer cielo” –¿eran estos hombres solo “copistas”, meros “redactores” impulsados por sí mismos? Yo creo que no. Sus plumas, urgidas, mecidas, movidas de aquí para allá por el barrido de una corriente celestial, estiraron sus puntas de cuero, como la de Lucas sobre la cúpula de San Pedro, hacia el lejano Empíreo, aladas desde el trono de Dios.

Tomamos la postura de que en el pergamino original –la membrana– cada oración, palabra, línea, marca, punto, trazo de pluma, jota y tilde fue puesta allí por Dios.

En el pergamino original. Los hombres pueden destruir ese pergamino. El tiempo puede destruirlo. Decir que las membranas han sufrido en manos de los hombres, no es sino decir que todo lo divino debe sufrir, así como sufrió el diseño del tabernáculo, cuando fue confiado a nuestras manos. Decir, sin embargo, que la escritura ha sufrido –las palabras y las letras– es decir que Jehová ha fallado.

La escritura permanece. Como la de un palimpsesto, sobrevivirá y reaparecerá, sin importar qué circunstancias, qué cambios, sobrevengan para esparcirla, oscurecerla, desfigurarla o borrarla. Ni siquiera un solitario *THEOS** escrito en grande por el Espíritu de Dios en el Gran Uncial “C”, tal como, con mis propios ojos lo he visto –claro, vívido, brillante, sobresaliendo de detrás de la pálida y superpuesta tinta de Efrén el Sirio– puede ser enterrado. Como el fantasma de Banquo, se levantará; y Dios mismo lo

reemplazará y, con un golpe de martillo, derribará las manos que borran. Los pergaminos, las membranas, decaen; las escrituras, las palabras, son eternas como Dios. Arranque el yeso del palacio de Belsasar, sin embargo, ¡MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN! permanecen. Permanecen.

* (Dios fue manifestado en carne 1 Timoteo 3:16).

Repasémoslas, y desde el principio, y veamos qué dicen las Escrituras de sí mismas.

Una cosa; dicen que Dios habló, “antiguamente y todo a lo largo del camino, en los profetas”. Uno puede hacer si lo desea que el “en” sea instrumental –como a menudo es instrumental– es decir, “por” medio de los profetas; pero en cualquier caso, en ellos o por ellos, el Orador era Dios.

Nuevamente; las Escrituras dicen que las leyes que los escritores promulgaron, las doctrinas que enseñaron, las historias que registraron –por encima de todo, sus profecías de Cristo– no eran de ellos mismos; no fueron originadas, ni concebidas por ellos a partir de ninguna fuente externa– no eran lo que ellos tuvieran medio alguno para saber, o de comprender de antemano, sino que provenían inmediatamente de Dios; siendo ellos mismos solo recipientes, solo concurrentes con Dios, a medida que Dios se movía sobre ellos.

Algunos de los oradores de la Biblia, como Balaam, el viejo profeta de Betel, Caifás, son atrapados y obligados a hablar a pesar de sí mismos; y, con la mayor renuencia, a pronunciar lo que está más lejos de sus mentes y corazones. Otros –de hecho todos– son miopes a los mismos oráculos, instrucciones, visiones, que anuncian. “¡escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos!”, es decir, los profetas mismos no sabían lo que escribían. ¿Qué cuadro puede ser más impresionante que el del propio profeta inclinado sobre su propio autógrafo y contemplándolo con sorpresa, con asombro, con maravilla –como si hubiera sido dejado sobre la mesa allí– como la reliquia de alguna mano extraña y sobrenatural? ¡Cómo aparta ese cuadro a la Biblia de toda mano humana y la coloca de nuevo, como su depósito original, en las manos de Dios!

Nuevamente; se dice que “vino palabra de Jehová” a tal o cual escritor. No se dice que el Espíritu vino, lo cual es verdad; sino que la Palabra misma vino, la Dabar-Jehovah. Y se dice: “*Hayo Haya Dabar*”, que sustancialmente vino, esencialmente vino; “*essendo fuit*” –así lo dicen Pagnino, Montano, Polano– es decir: vino germen, semilla y cáscara y flor –en su totalidad– con palabras que enseña el Espíritu Santo –las “palabras”.

Nuevamente; se niega, y de la manera más enfática, que las palabras sean las palabras del hombre –del agente. “su palabra ha estado en mi lengua”. San Pablo afirma que “habla Cristo en mí” (2 Corintios 13:3). “¿Quién dio la boca al hombre? ... ¿No soy yo Jehová? [...] pondré mis palabras en tu boca”. Eso se parece mucho a lo que ha sido estigmatizado como la “teoría mecánica”. Seguramente hace del escritor un mero órgano, aunque no un órgano inconsciente, o renuente, no espontáneo. ¿Podría el lenguaje afirmar o defender más claramente una inspiración directa verbal?

En línea con el hecho, nuevamente se dice que la palabra vino a los escritores sin ningún estudio –“repentinamente”– como a Amós cuando es tomado de tras el rebaño.

Nuevamente; cuando la palabra venía así a los profetas, no tenían el poder para ocultarla. Era “como un fuego ardiente metido en mis huesos” que debía hablar o escribir, como dice Jeremías, o consumir su receptáculo humano.

Y para hacer esto más claro, se dice que los santos hombres fueron *pheromenoi*, “movidos”, o más bien llevados a lo largo de una corriente extática sobrenatural –una *delectatio scribendi*. No fueron dejados ni un instante a su propio ingenio, sabiduría, fantasías, recuerdos o juicios, ya fuera para ordenar, o arreglar,

o disponer, o redactar. Eran solo reporteros, reporteros inteligentes, conscientes, pasivos, plásticos, dóciles, exactos y precisos. Eran como hombres que escribían con diferentes clases de tinta. Colorearon su obra con los tintes de su propia personalidad, o más bien Dios la coloreó, habiendo hecho al escritor como la escritura, y al escritor para esa escritura especial; y porque la obra corría a través de ellos del mismo modo en que la misma agua, corriendo a través de tubos de vidrio amarillos, verdes, rojos, violetas, será amarilla, violeta y verde, y roja.

Dios escribió la Biblia, toda la Biblia, y la Biblia en su conjunto. Escribió cada palabra de ella tan verdaderamente como escribió el Decálogo en las tablas de piedra.

La alta crítica nos dice –la “Nueva Partida” nos dice– que Moisés fue inspirado, pero el Decálogo no. Pero Éxodo y Deuteronomio declaran siete veces que Dios extendió la punta de su dedo desde el cielo y dejó las marcas, las grabaduras, los caracteres tallados, los rasguños en las piedras. (Éxodo 24:12). “te daré tablas de piedra, y la ley, y mandamientos que he escrito” (Éxodo 31:18). “Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios” (Éxodo 32:16). Las tablas eran obra de Dios y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas. (Deuteronomio 4:12). “Y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego, [...] Y él os anunció su pacto, los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra” (Deuteronomio 5:22). “Estas palabras habló Jehová, [...] y las escribió en dos tablas de piedra, y me las dio” (Deuteronomio 9:10). ¡”y me dio Jehová las dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios”!

Siete veces, y a hombres para quienes la escritura es un instinto; a seres que se impresionan más que nada, no por voces vagas y desvanecientes, sino por palabras arrestadas, fijadas, establecidas; y que a su vez no pueden resistir el impulso de entregar sus propias palabras a algún depósito escrito, incluso de piedra, o de corteza, si no tienen el papel; siete veces, a hombres, para quienes la escritura es un instinto y que están inclinados a depender para su máxima convicción en lo que han llamado “evidencia documental”, es decir, en libros; Dios entra y declara: “¡He escrito!”.

Las Escrituras, ya sea con el instrumento humano o sin el instrumento humano, con Moisés o sin Moisés, fueron escritas por Dios. Cuando Dios hubo terminado, Moisés no tuvo más que hacer sino llevar consigo el autógrafo de Dios. Esa es nuestra doctrina. Las Escrituras –si diez palabras, entonces todas las palabras– si la ley, entonces los Evangelios– la escritura, las escrituras, *He Graphe-Hai Graphai* –expresiones repetidas más de cincuenta veces tan solo en el Nuevo Testamento– esta, estas fueron inspiradas.

Hermanos, el peligro de nuestro día presente –la “bajada de grado” como se le ha llamado, de doctrina, de convicción, del sentimiento moral– un declive más constantemente patente, así como es más descaradamente proclamado –¿no encuentra acaso su primer paso en nuestra pérdida de control sobre la mismísima inspiración de la Palabra de Dios?

¿No yace una convicción fresca aquí en la raíz de cada remedio que deseamos, así como su triste falta yace en la raíz de cada ruina que deploramos?

Capítulo 43 El Testimonio de la Unidad Orgánica de la Biblia a su Inspiración

Por Arthur T. Pierson

El argumento a favor de la inspiración de la Biblia que voy a presentar es el que se extrae de su unidad. Esta unidad puede verse en varios detalles sobresalientes, sobre algunos de los cuales será bueno explayarse.

1. LA UNIDAD ES ESTRUCTURAL. En el Libro mismo aparece un cierto plan arquetípico, arquitectónico. Los dos Testamentos están contruidos sobre el mismo esquema general. Cada uno está en tres partes: histórica, didáctica, profética; mirando al pasado, al presente y al futuro.

Aquí hay una colección de libros; en su estilo y carácter hay una gran variedad y diversidad; algunos son históricos, otros poéticos; algunos contienen leyes, otros lírica; algunos son proféticos, algunos simbólicos; en el Antiguo Testamento tenemos divisiones históricas, poéticas y proféticas; y en el Nuevo Testamento tenemos narrativas históricas, luego veintiuna epístolas, luego un poema simbólico apocalíptico en imaginería oriental. Y sin embargo, este no es un arreglo artificial de fragmentos. Encontramos “el Antiguo Testamento patente en el Nuevo; el Nuevo latente en el Antiguo”.

En tal Libro, entonces, no es probable que hubiera unidad; porque todas las condiciones eran desfavorables para un testimonio y una enseñanza moral armoniosa. Aquí hay unos sesenta o más documentos separados, escritos por unas cuarenta personas diferentes, esparcidos a lo largo de amplios intervalos de espacio y tiempo, extraños entre sí; estos documentos están escritos en tres idiomas diferentes, en tierras diferentes, entre pueblos diferentes y a veces hostiles, con marcadas diversidades de estilo literario, y por hombres de todos los grados de cultura y capacidad mental, desde Moisés hasta Malaquías; y cuando miramos dentro de estas producciones, hay incluso en ellas una gran desemejanza, tanto en la materia como en la forma de declaración; y sin embargo, todos ellos constituyen un solo volumen.

Todos están enteramente de acuerdo. Hay diversidad en la unidad, y unidad en la diversidad. Es “*e pluribus unum*”. Cuanto más lo estudiamos, más aparecen su unidad y armonía. Incluso la Ley y el Evangelio no están en conflicto. Están, como los querubines, mirando en diferentes direcciones, pero sus rostros están orientados el uno hacia el otro. Y los cuatro Evangelios, como las criaturas querúbicas en la visión de Ezequiel, mirando en cuatro direcciones diferentes, se mueven en una sola. Toda la crítica de más de tres mil años ha fracasado en señalar una sola contradicción importante o irreconciliable en el testimonio y las enseñanzas de aquellos que están más separados –¡no hay colisión, sin embargo, no pudo haber colusión!

¿Cómo se puede explicar esto? No hay respuesta que se pueda dar a menos que usted admita el elemento sobrenatural. Si Dios realmente supervisó la producción de este Libro, entonces su unidad es la unidad de un plan divino y su armonía la armonía de una Inteligencia Suprema.

¡A medida que la batuta sube y baja en la mano del director de alguna gran orquesta, desde el violín y el contrabajo, la corneta y la flauta, el trombón y la trompeta, el caramillo y el clarinete, el clarín y el corno francés, los platillos y el tambor, surge una gran armonía! No hay duda, aunque el director estuviera oculto a la vista, de que una sola mente maestra controla a todos los intérpretes instrumentales. ¡Pero Dios hace que su oratorio se toque durante más de mil años; la clave nunca se pierde y nunca cambia excepto por aquellas exquisitas modulaciones que muestran al compositor maestro; y cuando el último acorde se desvanece se ve que todos estos gloriosos movimientos y melodías han sido variaciones sobre un gran tema! ¿Acaso cada músico compuso mientras tocaba, o hubo un solo compositor detrás de todos los intérpretes? – ¿“una mente suprema y reguladora” en este oratorio de los siglos? Si Dios fue el músico maestro planeando el todo y arreglando las partes, entonces podemos entender cómo el gran himno de creación de Moisés se deslizó hacia el oratorio del Mesías de Isaías; poco a poco se hunde en el lamento quejumbroso

de Jeremías, se hincha en el imponente coro de Ezequiel, cambia a la extasiada lírica de Daniel; y, después del cuarteto de los evangelistas, ¡cierra con el coro completo de santos y ángeles de Juan!

El templo, construido primero sobre el monte Moriah, fue construido de piedra, preparada antes de ser traída allí; no se oyó ni martillo ni hacha ni ninguna herramienta de hierro en la casa mientras se estaba construyendo. ¿Qué aseguró la simetría en el templo cuando fue construido, y la armonía entre los trabajadores en las canteras y los talleres, y los constructores en la colina? Una mente que presidía planeó el todo; una inteligencia construyó toda esa estructura en lo ideal antes de que fuera un hecho. Los constructores construyeron más sabiamente de lo que sabían, uniendo las ideas del arquitecto y no las suyas propias. Solo así podemos explicar la unidad estructural de la Palabra de Dios. La estructura fue planeada y elaborada en la mente de un arquitecto divino, quien supervisó a sus propios trabajadores y obra. Moisés sentó sus cimientos, sin saber quién construiría después de él, o qué forma asumiría la estructura. Trabajador tras trabajador lo siguió; él podía ver que había acuerdo con lo que le precedió, pero no podía prever que lo que vendría después sería solo la sublime ejecución del gran plan. Durante todos esos dieciséis siglos a través de los cuales la construcción se elevó hacia su finalización, no hubo sonido de hacha o martillo, ni cincelado o corte para hacer que una parte encajara con su compañera. Todo está de acuerdo con todo lo demás, porque toda la Biblia fue construida en el pensamiento de Dios antes de que se ordenara un solo libro. El edificio se elevó constantemente desde la piedra angular hasta la piedra de remate, los cimientos primero, luego piso tras piso, pilares sobre pedestales, y capiteles sobre pilares, y arcos sobre capiteles, hasta que, como una cúpula que refleja los esplendores del mediodía, Apocalipsis abarca y corona y completa el todo, glorioso con visiones celestiales.

2. LA UNIDAD ES HISTÓRICA. Toda la Biblia es la historia del reino de Dios. Israel representa ese reino. Y dos cosas son notables. Todo se centra en la nacionalidad hebrea. Con su origen y progreso comienza la principal porción histórica; y con su apostasía y cautiverio se detiene. Los tiempos de los gentiles llenaron el intervalo y no tienen historia propia; la profecía, que es historia anticipada, retoma el hilo roto, y nos da el bosquejo del futuro cuando Israel tomará de nuevo su lugar entre las naciones.

3. LA UNIDAD ES DISPENSACIONAL. Hay ciertas características dispensacionales uniformes que distinguen cada nuevo período. Cada dispensación está marcada por siete características, en el siguiente orden: (a) Luz aumentada; (b) Declive de la vida espiritual; (c) Unión entre los discípulos y el mundo; (d) Una civilización gigantesca de tipo mundano; (e) Desarrollo paralelo del bien y del mal; (f) Apostasía por parte del pueblo de Dios; (g) Juicio concluyente. Ahora estamos en la séptima dispensación, y las mismas siete marcas han estado sobre todas por igual, mostrando un poder controlador –*Deus in Historia*.

4. LA UNIDAD ES PROFÉTICA. De toda la profecía, hay un solo centro, El reino y el Rey. 1. Adán, el primer rey, perdió su cetro por el pecado. Su prueba terminó en fracaso y desastre. 2. El segundo Adán, en su prueba, obtuvo la victoria, derrotó al tentador, y se mantuvo firme. Las dos venidas de este Rey constituyeron los dos focos de la elipse profética. Su primera venida fue para hacer posible un imperio en el hombre y sobre el hombre. Su segunda venida será para establecer ese imperio en gloria. Toda la profecía se mueve alrededor de estos dos advenimientos. Toca a Israel solo en lo relacionado con el reino: y a los gentiles solo en lo relacionado con Israel. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento, Nínive, Babilonia y Egipto se perfilan como los principales enemigos del reino, tal como lo representaban los hebreos; y en el Nuevo Testamento, la bestia, el profeta y el dragón son conspicuos como los gigantescos adversarios de ese reino después de que Israel toma nuevamente su lugar.

Hay unas seiscientas sesenta y seis profecías generales en el Antiguo Testamento, trescientas treinta y tres de las cuales se refieren particularmente al Mesías venidero, y se cumplen solo en Él.

5. LA UNIDAD ES POR LO TANTO TAMBIÉN PERSONAL:

“En el rollo del libro está escrito de mí;” [Salmos 40:7]

Solo hay un Libro, y dentro de él una sola persona. Cristo es el centro de la profecía del Antiguo Testamento, como lo es de la historia del Nuevo Testamento. Desde Génesis 3 hasta Malaquías 3, Él llena el perfil histórico y profético. No solo las trescientas treinta y tres predicciones se unen en Él, sino que incluso los ritos y ceremonias encuentran en Él a su único intérprete. Más aún, los personajes históricos lo prefiguran, y los eventos históricos son las ilustraciones pictóricas de su ministerio vicario. El Antiguo Testamento es una cerradura de la cual Cristo es la llave. La planta profética se convierte en una zarza ardiente, a medida que ramita tras ramita de predicción arde con el cumplimiento. El hilo carmesí corre a través de toda la Biblia. Comenzando en cualquier punto usted puede predicar a Jesús. El perfil –al principio un dibujo, sin color, un mero contorno– es rellenado por artistas sucesivos, hasta que los tintes de vida brillan en el lienzo de los siglos, y se revela el retrato perfecto del Mesías.

6. LA UNIDAD ES SIMBÓLICA. Me refiero a que hay un uso correspondiente de símbolos, Ya sea en forma, color o números. En forma, tenemos el cuadrado, el cubo y el círculo, en todas partes, y usados como tipos de las mismas verdades. En color, tenemos el blanco para la pureza, el blanco lustroso para la gloria, el rojo para la culpa del pecado y el sacrificio por el pecado, el azul para la verdad y la fidelidad a la promesa, el púrpura para la realeza, el tono pálido o lívido para la muerte, y el negro para la aflicción y el desastre. En los números hay claramente un sistema numérico. El uno parece representar unidad, el dos correspondencia y confirmación o contradicción, el tres es el número de la deidad, el cuatro del mundo y el hombre. El siete, que es la suma de tres y cuatro, representa la combinación de lo divino y lo humano; el doce, el producto de tres y cuatro, representa lo divino interpenetrando lo humano; el diez, la suma de uno, dos, tres y cuatro, es el número de la completitud; el tres y medio, el número roto, representa tribulación; el seis, que se queda corto del siete, es inquietud; el ocho, que está más allá del número de descanso, es el número de la victoria. Todo esto implica una mente que preside, y no podría ser la mente del hombre.

7. LA UNIDAD ES DIDÁCTICA. En todo el rango y alcance de la enseñanza ética de la Biblia no hay inconsistencia o adulteración. Pero necesitamos observar una distinción mantenida en todo momento en cuanto a la religión natural y la religión espiritual. Hay una religión natural. Si el hombre hubiera permanecido leal a Dios, la paternidad universal de Dios y la hermandad universal del hombre habrían sido los dos grandes hechos y leyes de la humanidad; la base amplia y adecuada del reclamo natural de Dios a la obediencia filial, y del hombre al amor fraternal. Pero el hombre pecó. Cayó de la relación filial; desconoció a Dios como su Padre. De ahí, la necesidad de una relación y religión nuevas y espirituales. En Cristo, la paternidad de Dios es restaurada y la hermandad del hombre restablecida, pero estas son tratadas como universales solo para el círculo de creyentes. Una nueva obediencia se impone ahora, basando su reclamo, no en la creación y la providencia, sino en la nueva creación y la gracia. El hombre aprende un amor y una vida sobrenaturales.

Sobre esta unidad didáctica nos detenemos para explayarnos.

En ningún aspecto están estas enseñanzas doctrinales y éticas en conflicto, de principio a fin; encontramos en ellas una unidad positiva de doctrina que nos asombra. Incluso donde a primera vista parece haber conflicto, como entre Pablo y Santiago, encontramos, tras un examen más detenido, que en lugar de estar cara a cara, golpeándose el uno al otro, están espalda con espalda, repeliendo a enemigos comunes.

Observamos, además, un desarrollo progresivo de la revelación. Bernhard dedicó los poderes de su mente maestra a trazar el “progreso de la doctrina en el Nuevo Testamento”. Muestra que aunque los libros del Nuevo Testamento ni siquiera están ordenados en el orden de su producción, ese orden no podría, en una sola instancia, cambiarse sin perjudicar o destruir la simetría de todo el libro; y que hay un progreso regular en el despliegue de la doctrina desde el Evangelio según Mateo hasta Apocalipsis de San Juan.

Un examen más amplio mostrará el mismísimo progreso de doctrina en toda la Biblia. Lo más maravilloso de todo, esta unidad moral y didáctica no podía ser completamente entendida hasta que el Libro fue completado. El progreso de la preparación, como un andamio alrededor de un edificio, oscurecía su belleza; pero cuando Juan colocó la piedra de remate en posición y declaró que nada más debería añadirse, el andamio cayó y una gran catedral fue revelada.

8. LA UNIDAD ES CIENTÍFICA. La Biblia no es un libro científico, pero sigue una ley consistente. Como una locomotora en su propia vía, truena a través de la vía de la ciencia, pero nunca se desvía de la suya propia.

- (1). No se encuentra aquí enseñanza directa o anticipación de verdad científica.
- (2). Ningún hecho científico es jamás mal declarado, aunque se pueda emplear fraseología común y popular.
- (3). Se utiliza un conjunto elástico de términos, los cuales contienen, en germen, toda la verdad científica como la bellota encierra al roble.

Estas declaraciones merecen una pequeña amplificación, ya que se ha supuesto que este es el lado débil de la Biblia. Sin embargo, después de un estudio de la Palabra por un lado y de la ciencia natural por el otro, ¡creo que podemos desafiar con seguridad a cualquier hombre vivo a traer un hecho bien establecido de la ciencia contra el cual la Biblia milite real e irreconciliablemente!

Dios guio a hombres inspirados a usar tal lenguaje, que sin revelar hechos científicos por adelantado, se acomoda con precisión a ellos cuando son descubiertos.

El lenguaje es tan elástico y flexible como para contraerse a la estrechez de la ignorancia, y sin embargo expandirse a las dimensiones del conocimiento. Si la Biblia puede, a partir del lenguaje humano imperfecto, seleccionar términos que puedan contener verdades ocultas hasta que las épocas venideras revelen el significado interior, esa parecería ser la mejor solución a este difícil problema. Y ahora, cuando llegamos a comparar el lenguaje de la Biblia con la ciencia moderna, encontramos que esto es justamente el hecho.

Por ejemplo, se nos dice que el término bíblico “firmamento” no es más que un antiguo error cristalizado. La ciencia moderna dice: “Habéis oído que fue dicho por los antiguos, hay una esfera sólida sobre nosotros que gira con sus lámparas estelares; pero esta es una vieja noción de ignorancia, porque no hay nada sino un vasto espacio lleno de éter sobre nosotros, y las estrellas tienen un movimiento aparente porque la tierra gira sobre su eje”.

Pero esta palabra “firmamento”, que ha sido declarada “irreconciliable con la astronomía moderna”, encontramos, al consultar nuestro léxico hebreo, que significa simplemente una “expansión”. Si Moisés hubiera sido Mitchell, no podría haber elegido una palabra mejor para expresar la apariencia, y sin embargo acomodar la realidad. Él realmente anticipó a la ciencia. ¡Este es uno de los “errores de Moisés” al cual el blasfemo moderno no se refiere!

La correspondencia general entre el relato mosaico de la creación y los descubrimientos más avanzados de la ciencia, prueba que solo aquel que construyó el mundo, construyó el Libro.

En cuanto al orden de la creación, Moisés y la geología concuerdan. Ambos enseñan que al principio había un abismo, o desierto acuoso, cuyos densos vapores ocultaban la luz. Ambos hacen que la vida preceda a la luz; y que la vida se desarrolle debajo del abismo. Ambos hacen que la atmósfera forme una expansión al elevar los vapores acuosos en nube, y así separar las fuentes de las aguas de arriba de las fuentes de abajo. Ambos nos dicen que los continentes luego se levantaron de debajo del gran abismo, y produjeron hierba, planta y árbol. Ambos enseñan que los cielos se despejaron de nubes, y el sol y la luna y las estrellas, que aparecieron entonces, comenzaron a servir para dividir el día de la noche, y para ser señales para las

estaciones y los años. Ambos representan entonces a las aguas produciendo criaturas que se mueven y se arrastran, y aves volando en la expansión, seguidas luego por la raza de mamíferos cuadrúpedos, y, lo último de todo, por el hombre mismo.

Existe el mismo acuerdo en cuanto al orden de la creación animal. La geología y la anatomía comparada se combinan para enseñar que el orden fue de tipos inferiores a superiores. Primero, el pez, en el cual la proporción de cerebro a médula espinal es como 2 a 1; luego reptiles, en los cuales es como 2 1/2 a 1; aves, 3 a 1; mamíferos, 4 a 1; el hombre, 33 a 1. Ahora, este es exactamente el orden de Moisés. ¿Quién le dijo lo que la ciencia moderna ha descubierto, que los peces y los reptiles pertenecen debajo de las aves? Como dice el Sr. Tullidge: “Con el avance del descubrimiento, la oposición que se suponía existía entre la revelación y la geología ha desaparecido; y de las ochenta teorías que el Instituto Francés contó en 1806 como hostiles a la Biblia, ni una sola se mantiene ahora”.

Tome un ejemplo de esta exactitud científica de la astronomía. Dice Jeremías en 33:22, “no puede ser contado el ejército del cielo, ni la arena del mar se puede medir”. Hiparco, alrededor de un siglo y medio antes de Cristo, dio el número de estrellas como 1.022, y Ptolomeo, en el comienzo del segundo siglo de la era cristiana, no pudo encontrar sino 1.026. Podemos, en una noche clara, con el ojo desnudo, ver solo 1.160 o en toda la esfera celeste, alrededor de 3.000. Pero cuando el telescopio comenzó a ser apuntado a los cielos, hace menos de tres siglos, por Galileo, entonces los hombres comenzaron a saber que las estrellas son tan incontables como la arena en la orilla del mar. Cuando Lord Rosse giró su gran espejo hacia el cielo, ¡he aquí! ¡el número de estrellas visibles aumentó a casi 400.000.000! John Herschel resuelve las nebulosas en soles, y encuentra en la bufanda nubosa alrededor de Orión, “un lecho magnífico de estrellas”, y la Vía Láctea misma demuestra ser simplemente una gran procesión de estrellas absolutamente sin número. Y así, la exclamación del profeta, 600 años antes de Cristo, 2.200 años antes de Galileo, “no puede ser contado el ejército del cielo”, demuestra no ser una exageración poética salvaje, sino verdad literal. ¿Quién fue el maestro de Jeremías en astronomía?

Tomemos un ejemplo de la filosofía natural. Moisés concuerda con los descubrimientos modernos en cuanto a la naturaleza de la luz, al no representar este misterio como siendo hecho, sino “llamado”, ordenado a brillar. Si la luz es solo “un modo de movimiento”, ¿qué apropiada es tal fraseología!

En Job 38:13, 14, leemos del alba que echa mano de los fines de la tierra; ella cambia como el barro bajo el sello, y viene a estar como con vestidura. Los antiguos sellos cilíndricos rodaban sobre el barro, y dejaban una impresión de belleza artística. Lo que antes no tenía forma, sobresalía en un relieve audaz, como una escultura. Así, a medida que la tierra gira, y pone cada porción de su superficie sucesivamente bajo la luz y el calor del sol, lo que antes era opaco, oscuro, muerto, revela y desarrolla belleza, y el barro se destaca como una vestidura, curiosamente labrada en relieve audaz y colores brillantes. Considerado ya sea como ciencia o poesía, ¿dónde, en cualquier otro libro de la antigüedad, puede encontrar algo igual a eso? Esa frase, “echa mano de los fines de la tierra”, transmite la idea de una curvatura de los rayos de luz, como los dedos de la mano cuando se agarran. Cuando la luz del sol tocaría las extremidades de la tierra, es curvada por la atmósfera para asegurar el contacto, y, si no fuera por esto, vastas porciones, fuera de la línea directa de los rayos del sol, estarían oscuras, frías y muertas. ¿Quién le enseñó a Job, 1.500 años o más antes de Cristo, a usar términos que Longfellow o Tennyson podrían codiciar para describir la refracción?

“Cuando alababan todas las estrellas del alba”, Job 38:7, siempre se ha tomado como un alto vuelo de poesía. Y cuando en los Salmos, 65:8, leemos, “Haces alegrar las salidas de la mañana y de la tarde”, la palabra hebrea significa emitir un sonido trémulo, o hacer vibraciones-cantar. En estas expresiones poéticas, ¿qué verdad científica estaba envuelta! La luz llega al ojo en ondulaciones o vibraciones, como los tonos de sonido al oído. Hay un punto en el cual estas vibraciones son demasiado rápidas o delicadas para ser detectadas por nuestro sentido del oído; entonces un órgano más delicado, el ojo, debe tomar nota de ellas; apelan al nervio óptico en lugar del nervio auditivo, y como luz y no sonido. Así, la luz realmente canta.

“El tono audible más bajo se hace por 16.5 vibraciones de aire por segundo; el más alto, por 38.000; entre estos extremos yacen once octavas. Las vibraciones no cesan en 38.000 pero nuestros órganos no están aptos para oír más allá de esas limitaciones”. Y así es literalmente cierto que “alababan todas las estrellas del alba”. Aquí hay fraseología divina que ha estado allí durante épocas ininterrumpida. Y ahora podemos leerla tal como está: “Haces cantar las salidas [o radiaciones de luz] de la mañana y de la tarde”, es decir, emitir sonido por vibración.

Salomón, en Eclesiastés 12:6, nos ha dejado una descripción poética de la muerte. ¡Cómo esa “cadena de plata” describe la médula espinal; el “cuenco de oro”, la cuenca que sostiene el cerebro; el “cántaro”, los pulmones; y la “rueda”, el corazón!

La circulación de la sangre fue descubierta dos mil seiscientos años después por Harvey. ¿No es muy notable que el lenguaje que usa Salomón se ajusta exactamente al hecho –una rueda bombeando a través de una tubería para descargar a través de otra?

9. Lo último de todo, **LA UNIDAD DE LA BIBLIA ES ORGÁNICA**. Y esto significa que es la unidad del ser organizado. La unidad orgánica implica tres cosas: primero, que todas las partes son necesarias para un todo completo; en segundo lugar, que todas son necesarias para complementarse entre sí; y en tercer lugar, que todas están penetradas por un principio de vida.

Apliquemos estas leyes a la Palabra de Dios.

(1). Todas las partes de la Biblia son necesarias para su completitud. La unidad orgánica depende de la existencia y cooperación de órganos. Un oratorio no es una unidad orgánica. Cualquier parte de él puede separarse del resto, o ser desplazada por una nueva composición.

Pero si este cuerpo mío pierde un ojo, un miembro, o la articulación más pequeña del dedo, queda mutilado para siempre; su completitud se ha ido.

Ninguno de los libros de la Biblia podría perderse sin mutilar el cuerpo de la verdad aquí contenida. Cada libro llena un lugar. Ninguno puede omitirse.

Por ejemplo, el libro de Ester ha sido criticado durante mucho tiempo como no necesario para la completitud del canon, y particularmente, porque “no contiene ni una sola vez el nombre de Dios”. Pero ese libro es la exhibición más completa de la providencia de Dios. Enseña una mano divina detrás de los asuntos humanos; libertad imparcial de resolución y acción como consistente con la soberanía dominante de Dios; y todas las cosas obrando juntas para producir grandes resultados. El libro que así exhibe la providencia de Dios no contiene el nombre de Dios; quizás porque este libro está destinado a enseñarnos sobre la Mano Oculta que, invisible, mueve y controla todas las cosas.

“Rut” parece ser solo una historia de amor para algunos; pero cuán rico es este libro en presagios de la verdad del Evangelio, especialmente ilustrando la doble naturaleza del Dios-hombre, nuestro Redentor.

Booz es un tipo de Cristo –Señor de la cosecha, dispensador de pan, dador de descanso, Él es *Goel*– el Redentor. Booz, el pariente cercano, comprando de vuelta la herencia perdida y casándose con Rut, sugiere a Jesús, el Dios-hombre, nuestro Pariente cercano, pero de una familia superior, el Redentor de nuestro estado perdido, y Esposo de la iglesia redimida.

La Epístola a Filemón parece al principio solo una carta a un amigo sobre un esclavo fugitivo. Pero esta carta está llena de ilustraciones de gracia. El pecador ha huido de Dios, y le ha robado además. La ley no le

permite derecho de asilo; pero la gracia le concede el privilegio de apelación. Cristo, el Socio de Dios, intercede. Lo envía de vuelta al Padre, ya no como un esclavo sino como un hijo.

(2). La segunda ley de la unidad orgánica es que todas las partes son necesarias para complementarse entre sí.

Cuvier ha enmarcado en una declaración científica esta ley de unidad. El ser organizado en cada caso forma un todo –un sistema completo– todas las partes del cual se corresponden mutuamente; ninguna de estas partes puede cambiar sin que la otra también cambie; y consecuentemente cada una tomada por separado indica y da todas las demás. Por ejemplo, el diente de punta afilada del león requiere una mandíbula fuerte; estos exigen un cráneo apto para la fijación de músculos poderosos, tanto para mover la mandíbula como para levantar la cabeza; un omóplato ancho y bien desarrollado debe acompañar a tal cabeza; y debe haber un arreglo de huesos de la pata que admita que la pata-garra sea rotada y vuelta hacia arriba, a fin de ser usada como un instrumento para agarrar y desgarrar la presa; y por supuesto debe haber garras fuertes armando la pata. Por lo tanto, a partir de un diente, el animal podría ser modelado aunque la especie hubiera perecido.

Así, los cuatro Evangelios son necesarios entre sí y para toda la Biblia. Cada uno presenta el tema desde un punto de vista diferente, y la combinación nos da una persona divina reflejada, proyectada ante nosotros, como un objeto con proporciones y dimensiones.

Mateo escribió para el judío, y muestra a Jesús como el Rey de los judíos, el legislador real. Marcos escribió para el romano, y lo muestra como el poder de Dios, el obrero poderoso. Lucas escribió para el griego, y lo muestra como la sabiduría de Dios, el maestro y amigo humano. Juan, escribiendo para suplementar y complementar los otros Evangelios, lo muestra como Hijo de Dios, así como Hijo del hombre, teniendo y dando vida eterna.

Estos no son Evangelios de Mateo, etc., sino un Evangelio de Cristo, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los primeros tres presentan la persona y obra de Cristo desde el lado exterior y terrenal; el último, desde el interior y celestial. En el comienzo de cada Evangelio encontramos enfatizado: en Mateo, la genealogía de Cristo, en Marcos su majestad, en Lucas su humanidad, en Juan su divinidad. Así, en el cierre de cada uno: en Mateo su resurrección, en Marcos su ascensión, en Lucas su bendición de despedida y promesa de investidura, y en Juan la insinuación añadida de su segunda venida.

Las Epístolas son igualmente todas necesarias para completar el todo y complementarse entre sí. Hay cinco escritores, cada uno teniendo su propia esfera de verdad. El gran tema de Pablo es la fe, y sus relaciones con la justificación, la santificación, el servicio, el gozo y la gloria. Santiago trata de las obras, su relación con la fe, como su justificación ante el hombre. Él es la contraparte y el complemento de Pablo. Pedro trata con la esperanza, como la inspiración del pueblo peregrino de Dios. El tema de Juan es el Amor, y su relación con la luz y la vida de Dios tal como se manifiesta en el creyente. En su Evangelio, él exhibe la vida eterna en Cristo; en sus epístolas, la vida eterna tal como se ve en el creyente. Judas suena la trompeta de advertencia contra la apostasía, lo cual implica el naufragio de la fe, el engaño de la falsa esperanza, el amor enfriado, y la completa decadencia de las buenas obras. ¿A cuál de todos estos escritores podríamos eliminar del Nuevo Testamento?

La Unidad de la Biblia es la unidad de un todo orgánico. El Decálogo exige el Sermón del Monte. La profecía de Isaías hace necesaria la narrativa de los Evangelistas. Daniel encaja en Apocalipsis como el hueso encaja en la cavidad. Levítico explica, y es explicado por, la Epístola a los Hebreos. Los Salmos expresan la moralidad y espiritualidad más alta del Antiguo Testamento; vinculan el código mosaico con la ética divina de los Evangelios y las Epístolas. La pascua presagia la cena del Señor, y la cena del Señor interpreta y cumple la pascua. Incluso el pequeño libro de Jonás hace más completo el sublime Evangelio

según Juan; y Rut y Ester insinúan proféticamente los Hechos de los Apóstoles. Más aún, cuando usted llega a los últimos capítulos de Apocalipsis, se encuentra misteriosamente tocando los primeros capítulos de Génesis; y ¡he aquí! al examinar toda la trayectoria de su pensamiento, encuentra que ha estado siguiendo el perímetro de un anillo de oro; las extremidades realmente se curvan alrededor, se tocan y se mezclan. Usted lee en el primero de Génesis de la primera creación; en el último de Apocalipsis, de la nueva creación- el nuevo cielo y la nueva tierra; allí, del río que regaba el jardín; aquí, del río limpio de agua de vida; allí, del árbol de la vida en el primer Edén; aquí, del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios; allí, del Dios que descendió para caminar con y hablar con el hombre; aquí, leemos que el tabernáculo de Dios está con los hombres; allí, leemos de la maldición que vino por el pecado, aquí, leemos: “Y no habrá más maldición”.

(3). La tercera y última ley de la unidad orgánica es, que un principio de vida debe penetrar el todo. La vida de Dios está en su Palabra. Esa Palabra es “viva”. ¿Es un espejo? sí, pero un espejo tal como el ojo vivo; ¿es una semilla? sí, pero una semilla que esconde la vitalidad de Dios; ¿es una espada? sí, pero una espada que, omniscientemente discierne y omnipotentemente atraviesa el corazón humano. Sosténgalo con reverencia; porque tiene un Libro vivo en su mano. Hable con él, y le responderá. Inclínese y escuche; oírás en él los latidos del corazón de Dios.

Este Libro, así uno, debemos sostenerlo como la Palabra de vida y la luz de Dios, en medio de una generación maligna y perversa. Encontraremos oposición. Como las aves que se golpean hasta la insensibilidad contra la luz en la estatua de la libertad en el puerto de Nueva York, las criaturas de la oscuridad asaltarán esta Palabra, y buscarán en vano apagar su luz eterna. ¡Pero solo caerán aturdidas y derrotadas en su base, mientras ella todavía se eleva desde su pedestal de roca, inmóvil y serena!

Capítulo 44 Un Solo Isaías

Por el profesor George L. Robinson, Doctor en Teología
Seminario Teológico McCormick, Chicago, Illinois

“Por unos veinticinco siglos nadie soñó con dudar que Isaías el hijo de Amoz fuera el autor de cada parte del libro que lleva su nombre; y los que todavía mantienen la unidad de autoría están acostumbrados a señalar, con satisfacción, la unanimidad de la iglesia cristiana sobre el asunto, hasta que se levantaron unos pocos eruditos alemanes, hace aproximadamente un siglo, y cuestionaron la unidad de este libro”. Así escribió el difunto Dr. A. B. Davidson, profesor de hebreo en el New College, Edimburgo, (*Old Testament Prophecy*, p. 244, 1903).

La historia de la crítica

La desintegración crítica del libro de Isaías comenzó con Koppe, quien en 1780 dudó por primera vez de la autenticidad del capítulo 50. Nueve años más tarde, Doederlein sospechó de la totalidad de los capítulos 40-66. Le siguió Rosenmueller, quien fue el primero en negar a Isaías la profecía contra Babilonia en los capítulos 13:1-14:23. Eichhorn, a principios del siglo pasado, eliminó aún más el oráculo contra Tiro en el capítulo 23, y, con Gesenius y Ewald, también negó el origen isaánico de los capítulos 24-27. Gesenius también atribuyó a algún profeta desconocido los capítulos 15 y 16. Rosenmueller fue más allá, y se pronunció en contra de los capítulos 34 y 35; y no mucho después (1840), Ewald cuestionó los capítulos 12 y 33. Así, a mediados del siglo diecinueve, unos treinta y siete o treinta y ocho capítulos fueron rechazados como si no fueran parte de los escritos reales de Isaías.

En 1879-80, el célebre profesor de Leipzig, Franz Delitzsch, que durante años anteriores había defendido la autenticidad de todo el libro, finalmente cedió a la posición crítica moderna, y en la nueva edición de su comentario publicado en 1889, interpretó los capítulos 40-66, aunque con considerable vacilación, como provenientes del final del período del exilio babilónico. Casi al mismo tiempo (1888-90), el canónigo Driver y el Dr. George Adam Smith dieron ímpetu popular a puntos de vista similares en Gran Bretaña.

Desde 1890, la crítica de Isaías ha sido aún más mordaz y microscópica que antes. Duhm, Stade, Guthe, Hackmann, Cornill y Marti en el continente, y Cheyne, Whitehouse, Box, Glazebrook, Kennett y otros en Gran Bretaña y América, han cuestionado porciones que hasta ahora se suponían genuinas.

La desintegración del “Deutero-Isaías”

Incluso la unidad de los capítulos 40-66, que se suponía que eran la obra del Segundo, o “Deutero-Isaías”, se ha abandonado. Lo que antes de 1890 se suponía que era el producto único de algún sabio célebre pero anónimo que vivió en Babilonia (alrededor del 550 a.C.), ahora comúnmente se divide y subdivide y en gran parte se distribuye entre varios escritores desde Ciro hasta Simón.

Al principio se pensó que era suficiente separar los capítulos 63-66 como una adición posterior a las profecías del “Deutero-Isaías”; pero más recientemente se ha puesto de moda distinguir entre los capítulos 40-55, que se alega fueron escritos en Babilonia alrededor del 549-538 a.C., y los capítulos 56-66, que ahora se afirma fueron compuestos alrededor del 460-445 a.C. Algunos llevan la desintegración aún más lejos que esto, especialmente en el caso de los capítulos 56-66, que se subdividen en varios fragmentos y se dice que son el producto de una escuela de escritores en lugar de una sola pluma. Las opiniones también entran en conflicto en cuanto al lugar de su composición, ya sea en Babilonia, Palestina, Fenicia o Egipto.

Puntos de vista recientes

Entre los últimos en investigar el problema se encuentra el reverendo Robert H. Kennett, D. D., Profesor Regius de Hebreo y Miembro del Queen's College, Cambridge, cuyas Conferencias Schweich (1909) han sido publicadas recientemente para la Academia Británica por la Oxford University Press, 1910. El volumen se titula *The Composition of the Book of Isaiah in the Light of History and Archaeology*, y es un profeso “intento de contar de una manera sencilla la historia del libro de Isaías”. Los resultados de sus investigaciones los resume de la siguiente manera (pp. 84-85): (1) Todos los capítulos 3, 5, 6, 7, 20 y 31, y porciones de los capítulos 1, 2, 4, 8, 9, 10, 14, 17, 22 y 23, pueden ser asignados a Isaías el hijo de Amoz. (2) Todos los capítulos 13, 40 y 47, y porciones de los capítulos 14, 21, 41, 43, 44, 45, 46 y 48, pueden ser asignados a la época de Ciro. (3) Todos los capítulos 15, 36, 37 y 39, y porciones de los capítulos 16 y 38, pueden ser asignados al período entre Nabucodonosor y Alejandro Magno, pero no pueden ser fechados con precisión. (4) El capítulo 23:1-14 puede ser asignado a la época de Alejandro Magno (332 a.C.). (5) Todos los capítulos 11, 12, 19, 24-27, 29, 30, 32-35, 42, 49-66, y porciones de los capítulos 1, 2, 4, 8, 9, 10, 16, 17, 18, 23, 41, 44, 45 y 48, pueden ser asignados al segundo siglo a.C.

El Dr. Kennett así asigna más de la mitad del libro de Isaías a la Era Macabea.

El Prof. C. F. Kent, también, en su obra *Sermons, Epistles and Apocalypses of Israel's Prophets*, 1910, hace las siguientes observaciones notables sobre las profecías del llamado “Deutero-Isaías”. Él dice: “Las profecías de Hageo y Zacarías ... proporcionan por mucho el mejor enfoque para el estudio de los difíciles problemas que presenta Isaías 40-66. ... Los capítulos 56-66 son generalmente reconocidos como postexílicos. ... En Isaías 56 y los capítulos siguientes hay repetidas referencias al templo y su servicio, indicando que ya había sido restaurado. Además, estas referencias no se limitan a la última parte del libro. ... El hecho, por un lado, de que hay pocas, o ninguna, alusiones a eventos contemporáneos en estos capítulos, y, por otro lado, de que se sabe poco o nada de la condición y esperanzas de los judíos durante este período (los últimos años del exilio babilónico) hace que la datación de estas profecías sea posible aunque lejos de ser segura. ... También la suposición de que el autor de estos capítulos vivió en el exilio babilónico no está respaldada por un examen minucioso de las profecías mismas. Posiblemente su autor fue uno de los pocos que, como Zorobabel, había nacido en Babilonia y luego regresó a Palestina. También estaba lidiando con problemas tan amplios y universales que da pocas indicaciones de su fecha y lugar de residencia; pero toda la evidencia que se encuentra apunta a Jerusalén como el lugar donde vivió y escribió... El interés y punto de vista del profeta se centran en su totalidad en Jerusalén, y se muestra mucho más familiarizado con las condiciones en Palestina que en la distante Babilonia. La mayoría de sus ilustraciones están extraídas de la vida agrícola de Palestina. Su vocabulario es también el de un hombre que habita en Palestina, y en este respecto está en marcado contraste con los sinónimos empleados por Ezequiel, el profeta del exilio babilónico” (pp. 27, 28).

Es decir, los dos investigadores más recientes del libro de Isaías llegan a conclusiones bastante en desacuerdo con las opiniones defendidas en 1890, cuando Delitzsch permitió de tan mala gana que los capítulos 40-66 podrían haber surgido del período del exilio babilónico. Ahora se encuentra que estos últimos veintisiete capítulos han sido escritos muy probablemente en Palestina en lugar de en Babilonia, y ya no se afirma que hablen principalmente a los exiliados que sufren en cautiverio como se suponía anteriormente.

El estado actual de la cuestión

El estado actual de la cuestión de Isaías es, por decir lo menos, complejo, si no caótico. Aquellos que niegan la integridad del libro pueden dividirse en dos grupos que podemos llamar moderados y radicales. Entre los moderados se pueden incluir a los doctores Driver, G. A. Smith, Skinner, Kirkpatrick, Koenig, A. B. Davidson y Whitehouse. Todos estos prácticamente concuerdan en que los siguientes capítulos y versículos no son de Isaías: 11:10-16; 12:1-6; 13:1-14:23; 15:1-16:12; 21:1-10; 24-27; 34-66. Es decir, unos cuarenta

y cuatro capítulos del número total, sesenta y seis, no fueron escritos por Isaías; o, aproximadamente 800 de los 1.292 versículos no son genuinos.

Entre los radicales se encuentran los doctores Cheyne, Duhm, Hackmann, Guthe, Marti y Kennett. Todos estos rechazan aproximadamente 1.030 versículos del total de 1.292, reteniendo solo lo siguiente como el producto genuino de Isaías y su época: 1:2-26, 29-31; 2:6-19; 3:1, 5, 8, 9, 12-17, 24; 4:1; 5:1-14, 17-29; 6:1-13; 7:1-8:22; 9:8-10:9; 10:13, 14, 27-32; 14:24-32; 17:1-14; 18:1-6; 20:1-6; 22:1-22; 28:1-4, 7-22; 29:1-6, 9, 10, 13-15; 30:1-17; 31:1-4. Es decir, solo se permite que unos 262 versículos del total, 1.292, sean genuinos.

Esta es, creemos, una declaración justa de la cuestión de Isaías tal como existe hoy.

Por otro lado, hay quienes aún defienden la unidad del libro de Isaías, por ejemplo, Strachey (1874), Naegelsbach (1877), Bredenkamp (1887), Douglas (1895), W. H. Cobb (1883-1908), W. H. Green (1892), Vos (1898-99), Thirtle (1907) y Margoliouth (1910).*

* (Compare también *The Book of Isaiah* del autor, Y. M.C. A. Press, N.Y., 1910)

La razón principal para diseccionar a Isaías

El axioma fundamental de la crítica es el dictamen de que un profeta siempre habló a partir de una situación histórica definida a las necesidades presentes de las personas entre las que vivía, y que se debe señalar una situación histórica definida para cada profecía. Este postulado fundamental subyace en toda la crítica moderna de la profecía del Antiguo Testamento.

Este principio en general es sólido, pero puede ser fácilmente sobreexplotado. Ciertas precauciones son necesarias, por ejemplo:

(1) Es imposible rastrear cada sección separada de la profecía, independientemente de su contexto, hasta una situación histórica definida. Además, los profetas a menudo hablan en poesía, y la poesía por regla general no debe tomarse literalmente.

(2) No es necesariamente el evento más grande en la historia de una nación o el evento del cual, da la casualidad, sabemos más, el que en realidad puede haber dado origen, humanamente hablando, a una profecía en particular. La historia de Israel está llena de crisis y eventos, cualquiera de los cuales puede fácilmente ser reclamado para proporcionar un contexto apropiado, o al menos posible, para una profecía dada.

(3) Los profetas usualmente hablaban directamente a las necesidades de su propia generación, pero hablaban también a las generaciones venideras. Isaías, por ejemplo, ordenó: “Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos” (Isaías 8:16); es decir, preserven mis enseñanzas para el futuro. Nuevamente en Isaías 30:8, él dice: “Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre”. Y también en Isaías 42:23: “¿Quién de vosotros oirá esto? ¿Quién atenderá y escuchará respecto al porvenir?”

Supuesta evidencia externa contra la unidad

Recientemente, ciertos escritores han apelado al autor de 2 Crónicas para probar que los capítulos 40-66 existían como una colección separada en su época. Whitehouse en la *New Century Bible* (“Isaiah”, Vol. I, p. 70), dice: “Esto está claro por 2 Crónicas 36:22 y siguientes, en donde el pasaje de Isaías 44:28 (que Ciro causaría que el templo fuera edificado) es tratado como la palabra de Jeremías. El llamado ‘Deutero-Isaías’

(caps. 40-66) debe en ese momento (c. 300 a.C.) haber sido considerado como un cuerpo de literatura que se mantenía bastante apartado de la colección o colecciones isaánicas que entonces existían”. Pero la evidencia obtenida de esta fuente es tan dudosa que casi carece de valor. Porque no es la predicción con respecto a Ciro a la que el cronista señala como “la palabra de Jehová por boca de Jeremías”, sino a “los setenta años” de los que se habla en el versículo 21 del mismo contexto, los cuales Jeremías sí predijo. Cf. 2 Crónicas 36:21. Por otro lado, el orden de los profetas entre los judíos de la antigüedad era (1) Jeremías, (2) Ezequiel, (3) Isaías, y (4) Los doce; en consecuencia, cualquier porción de cualquiera de estas profecías podría ser citada como perteneciente a Jeremías, porque su libro estaba primero.

En cualquier caso, ¡buscar evidencia externa a favor de la disección del libro es revelador!

La historia literaria del libro

Cuándo o cómo el libro de Isaías fue editado y llevado a su forma actual es desconocido. Jesús ben Sirac, el autor del Eclesiástico, escribiendo c. 180 a.C., cita a Isaías como uno de los notables dignos de la antigüedad hebrea, en cuyos días, “el sol retrocedió y añadió vida al rey” (Eclesiástico 48:20-25; cf. Isaías 38:4-8); y añade, quien “vio por un espíritu excelente lo que habría de acontecer al final, y consoló a los que lloraban en Sion”. Evidentemente, por lo tanto, a principios del segundo siglo a.C., a más tardar, el libro de Isaías había alcanzado su forma actual, y los últimos veintisiete capítulos ya se atribuían al hijo de Amoz.

Además, no hay absolutamente ninguna prueba de que los capítulos 1-39, o cualquier otra sección considerable de las profecías de Isaías hayan existido alguna vez por sí mismos como una colección independiente; ni hay ninguna base para pensar que las porciones promisorias y mesiánicas hayan sido interpoladas sistemáticamente por editores muy posteriores a la época del propio Isaías. Es bastante arbitrario suponer que los primeros profetas solo amenazaban.

Ciertas presuposiciones falsas

Ciertas presuposiciones falsas gobiernan a los críticos en su desintegración del libro de Isaías. Solo es necesario dar unos pocos ejemplos a modo de ilustración.

(1) Para uno, “la conversión de los paganos” estaba bastante más allá del horizonte de cualquier profeta del siglo octavo, y en consecuencia Isaías 2:2-4 y todos los pasajes similares deberían ser relegados a una época posterior.

(2) Para otro, “el cuadro de paz universal” en Isaías 11:1-9 es un síntoma de fecha tardía, y por lo tanto esta sección y las afines deben ser eliminadas.

(3) Para otro, el pensamiento de “juicio universal” sobre “toda la tierra” en Isaías 14:26 trasciende por completo el rango de pensamiento de Isaías.

(4) Para otro más, el carácter apocalíptico de los capítulos 24-27 representa una fase del pensamiento hebreo que prevaleció en Israel solo después de Ezequiel.

(5) Incluso para aquellos que son considerados moderados el carácter poético de un pasaje como el capítulo 12 y las referencias a un regreso de la cautividad como en Isaías 11:11-16, y las promesas y consuelos tales como se encuentran en el capítulo 33; son citados como motivos para asignar estos y pasajes afines a una época mucho más tardía. Los radicales niegan in toto la existencia de pasajes mesiánicos entre las propias predicciones de Isaías.

Pero, negar a Isaías del siglo octavo toda catolicidad de gracia, todo universalismo de salvación o juicio, todo ideal mesiánico altamente desarrollado, toda rica nota de promesa y consuelo, toda fe sublime en el carácter sacrosanto de Sion, como algunos hacen, es crear injustificadamente un nuevo Isaías de proporciones muy reducidas, un mero predicador de justicia, un estadista de vena no muy optimista, y el exponente de una religión ética fría sin la calidez y el resplandor de los mensajes que en realidad se le atribuyen al profeta del siglo octavo.

La actitud personal del escritor

Cada vez más, el escritor está persuadido de que los postulados fundamentales de mucha de la crítica son defectuosos, y que los hechos generales deben decidir la unidad o el carácter colectivo del libro de Isaías. Determinar el contexto histórico exacto de cada sección individual es simplemente imposible, como la historia de la crítica muestra claramente. La exégesis verbal puede hacer más daño que bien. Se debe prestar mayor atención a la estructura del libro. Cuando se trata como un todo orgánico, el libro es una gran obra maestra. Un gran propósito domina al autor en todo momento, el cual, a medida que avanza, se lleva a un clímax en una imagen de la redención de Israel y la glorificación de Sion. El no reconocer esta unidad incapacita a un hombre para hacerle justicia exegetica. Las profecías del libro de Isaías simplemente no pueden entenderse adecuadamente sin cierta comprensión del esquema de pensamiento del autor como un todo. Hay una obvia, aunque puede ser en cierta medida editorial, unidad en las profecías de Isaías. Pero hay una unidad tan verdadera en el libro de Isaías como la que usualmente se encuentra en un volumen de sermones. Considerarlas como una masa heterogénea de profecías misceláneas que fueron escritas en tiempos muy separados y bajo variadas circunstancias desde el propio período de Isaías hasta la era macabea, y libremente interpoladas a lo largo de los siglos intermedios, es perder de vista las grandes realidades históricas y la perspectiva del profeta. En resumen, todo el problema de cuánto o qué tan poco escribió Isaías se simplificaría inmensamente si los críticos simplemente se despojaron de una masa de presuposiciones injustificadas y restricciones arbitrarias que fijan de manera rígida y estricta lo que cada siglo puede pensar y decir.

En consecuencia, la actitud del escritor es la de aquellos que, si bien dan la bienvenida a todos los resultados comprobados de la investigación, declinan aceptar meras conjeturas o teorías como conclusiones finales. Y aunque él reconoce su grandísima deuda con los críticos de todas las latitudes, sin embargo, cree que el libro de Isaías, prácticamente como lo tenemos, pudo haber sido, y probablemente fue, escrito en su totalidad por Isaías, el hijo de Amoz, en la segunda mitad del siglo octavo a.C.

Argumentos a favor de un solo Isaías

Es tan irrazonable esperar poder probar la unidad de Isaías como suponer que ha sido refutada. La evidencia interna es indecisa en ambos casos. Hay argumentos, sin embargo, que corroboran la creencia de que hubo un solo Isaías. Aquí están algunos de los que se podrían mencionar:

1. El círculo de ideas es sorprendentemente el mismo en todas partes. Por ejemplo, tome el nombre para Dios que es casi peculiar al libro de Isaías, “el Santo de Israel”. Este título para Jehová aparece en el libro de Isaías un total de veinticinco veces y solo seis veces en otros lugares del Antiguo Testamento (una de las cuales es en un pasaje paralelo). Esto entrelaza todas las diversas porciones entre sí y las sella con el imprimátur personal de aquel que vio la visión del Dios majestuoso sentado en su trono, alto y sublime, y escuchó a los coros angelicales cantar: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (capítulo 6). La presencia de este nombre divino en todas las diferentes secciones del libro tiene más valor para identificar a Isaías como el autor de todas estas profecías que si su nombre hubiera sido inscrito al principio de cada capítulo, por la razón de que su teología está tejida en la mismísima fibra y textura de todo el libro.

El título aparece doce veces en los capítulos 1-39, y trece veces en los capítulos 40-66; y es simplemente poco científico decir que los diversos presuntos autores de las porciones en disputa emplearon todos el mismo título por imitación. (Isaías 1:4; 5:19, 24; 10:20; 12:6; 17:7; 29:19; 30:11, 12, 15; 31:1; 37:23. También, 41:14, 16, 20; 43:3, 14; 45:11; 47:4; 48:17; 49:7; 54:5; 55:5; 60:9, 14. Compare 2 Reyes 19:22; Salmo 71:22; 78:41; 89:18; Jeremías 50:29; 51:5).

Otra idea única que aparece con considerable repetición en el libro de Isaías es el pensamiento de una “calzada”. Cf. 11:16; 35:8; 40:3; 43:19; 49:11; 57:14; 62:10.

Otra es la idea de un “remanente”. Cf. 1:9; 6:13; 10:20, 21, 22; 11:11, 12, 16; 14:22, 30; 15:9; 16:14; 17:3, 6; 21:17; 28:5; 37:31; 46:3; 65:8, 9.

Otra es la posición que ocupa “Sion” en los pensamientos del profeta. Cf. 2:3; 4:5; 18:7; 24:23; 27:13; 28:16; 29:8; 30:19; 31:9; 33:5, 20; 34:8; 46:13; 49:14; 51:3, 11; 52:1; 57:13; 59:20; 60:14; 62:1, 11; 65:11, 25; 66:8.

Otra más es la expresión, “dolores de mujer de parto”. Cf. 13:8; 21:3; 26:17, 18; 42:14; 54:1; 66:7.

Todas estas, y muchas otras que son menos distintivas, sellan psicológicamente al libro con una individualidad que es difícil de explicar si se divide en varias secciones y se distribuye, como hacen algunos, a lo largo de los siglos.

2. Estilo literario.

Como evidencia negativa, el estilo literario no es un argumento muy seguro, porque como dice el profesor McCurdy, “En el caso de un escritor con las dotes de Isaías, el estilo no es un criterio seguro de autoría” (*History, Prophecy and the Monuments*, II, p. 317 n.). Sin embargo, es notable que la cláusula, “porque la boca de Jehová lo ha dicho”, se encuentre tres veces en el libro de Isaías, y en ninguna otra parte del Antiguo Testamento. Cf. 1:20; 40:5; 58:14.

También es singular que el título divino, “el Fuerte de Israel”, aparezca tres veces en Isaías y en ninguna otra parte del Antiguo Testamento. Cf. 1:24; 49:26; 60:16.

Y es digno de notar que la frase, “corrientes de aguas”, aparezca dos veces en Isaías y en ninguna otra parte. Cf. 30:25; 44:4.

Y lo más peculiar es la tendencia por parte del autor a la reduplicación enfática. Cf. 2:7, 8; 6:3; 8:9; 24:16, 19; 40:1; 43:11, 25; 48:15; 51:12; 57:19; 62:10.

El estilo de Isaías difiere ampliamente del de cualquier otro profeta del Antiguo Testamento y está tan alejado como es posible del de Ezequiel y los profetas postexílicos.

3. Referencias históricas.

Tomemos por ejemplo, primero, la constante referencia del profeta a Judá y Jerusalén, 1:7-9; 3:8; 5:13; 24:19; 25:2; 40:2, 9; 62:4. También, al templo y su ritual de adoración y sacrificio. En Isaías 1:11-15, cuando todo era próspero, el profeta se quejó de que el pueblo era profuso y formal en sus ceremonias y sacrificios; en Isaías 43:23, 24, por el contrario, cuando el país había sido invadido por los asirios y Senaquerib había sitiado la ciudad, el profeta se queja de que no habían traído a Jehová las ovejas de sus holocaustos, ni lo habían honrado con sus sacrificios. En Isaías 66:1-3, 6, 20, no solo se presupone la existencia del templo y

la observancia del ritual del templo, sino que son sentenciados aquellos que ponen su confianza en el templo material y en los ceremoniales externos de la adoración en el templo.

En cuanto al “exilio”, la actitud del profeta hacia él en todo momento es tanto de anticipación como de realización. Así en Isaías 57:1, el juicio solo es amenazado, aún no infligido: “que de delante de la aflicción es quitado el justo”. Es decir, el exilio se describe como todavía en el futuro. Por otro lado, en el capítulo 3:8, “Pues arruinada está Jerusalén, y Judá ha caído”; mientras que en el capítulo 11:11, 12, “el Señor alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo... de los cuatro confines de la tierra”. Interpretar tales declaraciones literalmente sin tener en cuenta la actitud manifiesta de Isaías hacia el exilio, solo lleva a la confusión. Ningún profeta se dio cuenta tan profundamente ni describió tan vívidamente el destino de los hebreos. ...

4. El elemento predictivo.

Esta es la prueba más fuerte de la unidad del libro de Isaías. La predicción es la esencia misma de la profecía. Isaías fue preeminentemente un profeta del futuro. Con una rapidez sin igual, él salta repetidamente de la desesperación a la esperanza, de la amenaza a la promesa, de lo real a lo ideal. Lo que Kent dice del “Deutero-Isaías” puede decirse con igual justicia del propio Isaías: “Mientras está en contacto con su propia época, el gran profeta desconocido vive en la atmósfera del pasado y del futuro” (Cf. *Sermons, Epistles and Apocalypses of Israel's Prophets*, p. 28).

Isaías habló a su propia época, pero también se dirigió a las épocas venideras. Sus tiempos verbales son característicamente futuros y perfectos proféticos. Sobre él, las palabras de A. B. Davidson son particularmente ciertas: “Si se examina cualquier libro profético... parecerá que la enseñanza ética y religiosa es siempre secundaria, y que lo esencial en el libro o discurso es la perspectiva del profeta hacia el futuro” (*Hastings' Dictionary of the Bible*, artículo, *Prophecy and Prophets*).

Isaías era excepcionalmente dado a predecir: así,

(1) Antes de la guerra siro-efraimita (734 a.C.), predijo que dentro de sesenta y cinco años Efraín sería quebrantado (7:8); y que antes que el niño Maher-shalal-hasbaz supiera clamar, “Padre mío, y Madre mía”, la riqueza de Damasco y los despojos de Samaria serían quitados (8:4; cf. 7:16). Hay muchas otras predicciones entre sus primeras profecías. (Cf. 1:27, 28; 2:2-4; 6:13; 10:20-23; 11:6-16; 17:14).

(2) Poco antes de la caída de Samaria en el 722 a.C. Isaías predijo que Tiro sería olvidada setenta años, y que al cabo de setenta años sus mercaderías serían consagradas a Jehová. (Cf. Isaías 23:15).

(3) Asimismo, antes del sitio de Asdod en el 711 a.C., proclamó que dentro de tres años la gloria de Moab sería abatida (Isaías 16:14), y que dentro de un año toda la gloria de Cedar sería deshecha (Isaías 21:16).

(4) Y no mucho antes del sitio de Jerusalén por Senaquerib en el 701 a.C., predijo que en un instante, de repente, una multitud de enemigos de Jerusalén sería como el polvo (Isaías 29:5); que de aquí a muy poco tiempo el Líbano sería vuelto campo fructífero (Isaías 29:17); que Asiria se espantaría y caería a espada, mas no de hombre (Isaías 30:17, 31; 31:8). Además, que por días y años, las mujeres confiadas de Jerusalén tendrían turbación (Isaías 32:10, 16-20); y que los justos en Sion verían a Jerusalén morada de quietud, y regresarían y vendrían con alegría (Isaías 33:17-24; 35:4, 10); pero que Senaquerib, por el contrario, oíría un rumor y regresaría sin tirar saeta en la ciudad (Isaías 37:7, 26-29, 33-35).

De igual manera después del sitio de Jerusalén por Senaquerib, 701 a.C., el profeta continuó prediciendo; y, para demostrar al remanente sufriente a su alrededor la deidad de Jehová y la locura de la idolatría, señaló

las predicciones que ya había hecho en los primeros años de su ministerio, y el hecho de que se habían cumplido. Por ejemplo, él dice:

En el capítulo 41:21-23, 26 y ss.: “¿Quién lo anunció desde el principio, para que sepamos; o de tiempo atrás, y diremos: Es justo?”

En el capítulo 42:9, 23: “He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré notorias”.

En el capítulo 43:9, 12: “¿quién de ellos hay que nos dé nuevas de esto, y que nos haga oír las cosas primeras? (es decir, cosas por venir en el futuro inmediato). Yo anuncié, y salvé, y hice oír”.

En el capítulo 44:7, 8, 27, 28: “¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará...? Anuncien (los ídolos) lo que viene, y lo que está por venir. ... ¿No te lo he dicho desde tiempo antiguo, y te lo he enseñado? Luego vosotros sois mis testigos. ... que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado”.

En el capítulo 45:1-4, 11, 21: “yo soy Jehová... el Dios de Israel, que te llamo por tu nombre... te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre, aunque no me conociste. ... Preguntadme de las cosas por venir. Yo lo desperté (a Ciro) en justicia... él edificará mi ciudad, y soltará a mis cautivos”.

En el capítulo 46:10, 11: “que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho... que llamo desde el oriente al ave (Ciro)... al varón de mi consejo. ... Yo hablé, y lo haré venir”.

En el capítulo 48:3, 5: “Lo que pasó, ya antes lo dije... lo di a conocer; luego que lo hice, llegó a ser. ... te lo dije ya hace tiempo; antes que sucediera te lo advertí, para que no dijeras: Mi ídolo lo hizo”.

Y nuevamente en el capítulo 48:6-8, 14-16: “te he hecho oír cosas nuevas... y ocultas; ... antes de este día no las habías oído, ... Sí... ciertamente no se abrió antes tu oreja, ... ¿Quién de ellos anunció estas cosas?... Yo, yo hablé, y le llamé; ... desde el principio no hablé en secreto”. A esta larga lista de predicciones el profeta añade a modo de lamento: “¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos (incluyendo las predicciones)! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar” (Isaías 48:18).

Ciro un tema de predicción

De todas estas numerosas, explícitas y a menudo repetidas predicciones, una cosa es obvia, a saber, que se hace gran énfasis en la predicción a lo largo de todo el libro de Isaías. “Ciro” debe ser considerado como predicho desde cualquier punto de vista. La única pregunta es: ¿Enfatiza el profeta el hecho de que él mismo está prediciendo la venida de Ciro? o, ¿que las antiguas predicciones acerca de Ciro se están cumpliendo ahora en su tiempo?

El comentario del canónigo Cheyne sobre este punto es oportuno. Él dice: “El editor, que sin duda sostenía la teoría judía posterior de la profecía, puede haber inferido de varios pasajes, especialmente Isaías 41:26; 48:3, 6, 14, que la primera aparición de Ciro había sido predicha por un profeta antiguo, y observando ciertos elementos isaánicos en la fraseología de estos capítulos puede haber identificado al profeta con Isaías” (*Introduction to the Book of Isaiah*, p. 238). ¿Por qué no considerar legítima la inferencia del “editor”?

El Dr. George Adam Smith asimismo admite que Ciro es el cumplimiento de predicciones anteriores. Él dice: “Tampoco es posible argumentar como algunos han intentado hacer, que el profeta está prediciendo estas cosas como si ya hubieran sucedido. Pues como parte de un argumento a favor de la divinidad única

del Dios de Israel, Ciro, vivo e irresistible, y ya acreditado con éxito, es señalado como la prueba inconfundible de que las antiguas profecías de una liberación para Israel ya se están cumpliendo. Ciro, en resumen, no se presenta como una predicción sino como una prueba *de que una predicción se está cumpliendo*” (*Hastings’ Dictionary of the Bible*, art. “Isaiah”, p. 493). Además, él dice: “La afirmación principal, por lo tanto, que los capítulos 40 y ss. hacen a favor del Dios de Jehová es su poder para dirigir la historia del mundo en conformidad con un propósito largamente predicho y fielmente seguido. Esta afirmación parte de la prueba de *que Jehová ha predicho mucho antes eventos que ahora están ocurriendo* o a punto de ocurrir, con Ciro como su centro” (Ídem, p. 496).*

* (Las cursivas son nuestras).

Por lo tanto, en cualquier caso, se debe admitir que Ciro es el tema de predicción. Realmente hay poca diferencia en qué extremo de la historia se sitúe uno, ya sea en el siglo octavo a.C. o en el sexto, Ciro, para el autor de los capítulos 40-48, es el tema de predicción. Si, de hecho, él realmente está prediciendo a Ciro antes de todo cumplimiento, o si Ciro es para él el cumplimiento de alguna antigua predicción, no altera el hecho de que Ciro fue el tema de predicción por parte de alguien. Como se indicó anteriormente, toda la cuestión es, ¿qué enfatiza el profeta, (1) el hecho de que él está prediciendo? o, (2) ¿que las predicciones anteriores ahora ante sus ojos se están cumpliendo? La verdad es que el profeta parece vivir en la atmósfera tanto del pasado como del futuro. Esto es cierto acerca de Isaías, quien en su visión inaugural (cap. 6) pinta una escena que Delitzsch describe como “semejante a una predicción en proceso de cumplirse”. Lo mismo es presumiblemente cierto de los capítulos 24-27. Allí el profeta se proyecta repetidamente hacia el futuro, y habla desde el punto de vista del cumplimiento de su predicción. Esta era una característica destacada de Isaías. En un momento él enfatiza el hecho de que está prediciendo, y un poco más tarde parece enfatizar que sus predicciones se están cumpliendo. En consecuencia, si se debe tomar una decisión sobre cuándo se predijo realmente a Ciro, es obviamente necesario asumir que él fue predicho mucho antes de su aparición real.

Esto está en consonancia con la prueba deuteronomica de la profecía, que dice: “si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él” (Deuteronomio 18:22).

Hay una predicción similar en el Antiguo Testamento: El rey Josías fue predicho por nombre dos siglos antes de que viniera. (1 Reyes 13:2; cf. 2 Reyes 23:15, 16).

El Dr. W. H. Cobb, en el *Journal of Biblical Literature and Exegesis*, 1901 (p. 79), aboga por una “reducción de Ciro”, porque Ciro figura solo en los capítulos 40-48, y luego es descartado. El Dr. Thirtle en su volumen titulado, *Old Testament Problems* (pp. 244-264), argumenta que el nombre “Ciro” es un mero apelativo, siendo originalmente no Koresh (Ciro), sino Horesh (obrero, artífice, rompe-imágenes), y que el capítulo 44:27, 28 es por lo tanto una glosa. Pero en oposición a estos puntos de vista, el autor actual prefiere escribir a Ciro en grande, y admitir francamente que él es el tema de predicción; porque, el punto central del argumento del autor es, que él está prediciendo eventos que solo Jehová es capaz de prever o hacer que sucedan; en otras palabras, que la presciencia es la prueba de la deidad de Jehová.

Isaías vivió en una época en que la predicción era necesaria; cf. Amós 3:9. Los acontecimientos políticos eran caleidoscópicos y había toda clase de incentivos para predecir. Pero solo las predicciones de Jehová eran dignas de confianza.

Que las profecías de Isaías contienen predicciones maravillosas lo atestiguan tanto Jesús ben Sirac en Eclesiástico 48-20-25, que fue escrito alrededor del 180 a.C., como Josefo en sus *Antigüedades* XI, I, 1, 2, que datan de alrededor del 100 d.C.

¿Por qué habrían de objetar los hombres a la predicción a tan gran escala? A menos que haya definición sobre una predicción dada, a menos que trascienda el pronóstico ordinario, no hay en ella un valor especial. La única objeción posible es que la predicción de carácter tan minucioso es “abominable para la razón”. Pero la respuesta a tal objeción ya está a la mano; puede ser abominable para la razón, pero ciertamente es una sierva para la fe. La fe tiene que ver con el futuro, así como la predicción tiene que ver con el futuro; y el Antiguo Testamento es preeminentemente un libro que fomenta la fe.

La única característica diferenciadora sobresaliente de la religión de Israel es la profecía predictiva. Solo los hebreos predijeron jamás la venida del Mesías del reino de Dios. En consecuencia, predecir la venida de un Ciro como el agente humano de la salvación de Israel no es sino el reverso del cuadro que pinta el mismo profeta acerca del agente divino, el obediente y sufriente Siervo de Jehová, que redimiría a Israel de su pecado.

Niéguese a Isaías el hijo de Amoz las predicciones concernientes a Ciro, y la profecía es despojada de su carácter esencial y su perspectiva única; emásculese estos últimos capítulos de Isaías de su rasgo predictivo, y se reducen a un mero *vaticinium ex eventu*, y su valor religioso se pierde en gran medida.

Capítulo 45 El Libro de Daniel

Por el Profesor Joseph D. Wilson, Doctor en Teología
Seminario Teológico de la Iglesia Episcopal Reformada, Filadelfia, Pensilvania
Autor de *Did Daniel Write Daniel?*

Las objeciones modernas al libro de Daniel fueron iniciadas por eruditos alemanes que tenían prejuicios contra lo sobrenatural. Daniel predice eventos que han ocurrido en la historia. Por lo tanto, argumentan estos eruditos, las supuestas predicciones deben haber sido escritas después de los eventos.

Pero lo sobrenatural no es imposible, ni es improbable, si existe una razón suficiente para ello. No es imposible, por ejemplo, que un evento tan maravilloso como la venida de lo divino a la humanidad en la persona de Jesucristo fuera predicho. Lejos de ser imposible, al sentido común le parece sumamente probable; y además, no parece irrazonable que un profeta que predice un evento grande y muy lejano, como el indicado anteriormente, deba dar alguna evidencia a sus contemporáneos o sucesores inmediatos de que él era un verdadero profeta. Jeremías predijo los setenta años de cautiverio. ¿Podrían sus oyentes tener justificación para creer eso? Ciertamente. Porque él también predijo que todas esas tierras estarían sujetas al rey de Babilonia. Unos pocos años demostraron que esta última profecía era cierta, y los hombres razonables creyeron la predicción sobre los setenta años.

Pero los ataques de los eruditos alemanes habrían sido inofensivos de no haber sido por sus copistas. Los eruditos alemanes –incluso los profesores de teología– no son necesariamente cristianos. La religión es para ellos un fenómeno psicológico interesante. Sus actuaciones no son tomadas demasiado en serio por sus pares. Pero fuera de sus círculos eruditos, un número considerable de escritores y profesores en las escuelas, ansiosos por estar a la vanguardia, han tomado las teorías alemanas como hechos probados, y al decir “todos los eruditos están de acuerdo”, etc., han difundido la opinión de que el libro de Daniel es un fraude piadoso. Hay otra clase de impugnadores de Daniel: hombres buenos, que no niegan la capacidad de Dios para intervenir en los asuntos humanos y predecir a sus siervos lo que sucederá en el futuro. Estos hombres, aceptando como cierto lo que escuchan afirmar como el juicio de “todos los eruditos” y suponiendo con pesar que Daniel es una ficción, han intentado salvar algo del naufragio de un libro que ha sido el sostén de los santos que sufren a través de los siglos, explayándose sobre su enseñanza moral y religiosa. Es probable que estos apologistas –víctimas ellos mismos de un engaño que no crearon pero que han aceptado apresurada y tontamente– hayan hecho más daño que los eruditos equivocados o los copistas apresurados, porque han fomentado la noción de que un fraude puede ser usado para fines sagrados, y que un falsificador es un maestro adecuado de la verdad religiosa, y que el Hijo de Dios aprobó una mentira.

Los eruditos descubren que en el capítulo 8 de Daniel, bajo la figura de un cuerno muy pequeño, se predice que Antíoco Epífanes hace mucho daño a los judíos. La visión es del carnero y el macho cabrío que representan a Persia y Grecia, así especificados por su nombre. Un cuerno notable del macho cabrío, Alejandro Magno, fue quebrado, y en su lugar surgieron cuatro cuernos, los cuatro reinos en los que se dividió el imperio griego. De uno de estos cuatro surgió el cuerno pequeño. Que esto se refiere principalmente a Antíoco Epífanes no hay duda. Él murió alrededor del 163 a.C. La teoría de los críticos racionalistas es que algún “judío piadoso y erudito” escribió el libro de Daniel en esa época para animar a los Macabeos en su revuelta contra este mal rey; que el libro pretende haber sido escrito en Babilonia, 370 años antes, con el fin de hacerlo pasar como una revelación de Dios. Esta teoría ha sido apoyada por numerosos argumentos, en su mayoría conjeturales, todos sin valor y, en una publicación reciente, unos pocos diseñados engañosamente.

El judío imaginario es denominado “piadoso” porque elevadas ideas religiosas marcan el libro, y “erudito” porque exhibe un conocimiento muy íntimo de las condiciones y entornos de la corte babilónica cuatro

siglos antes de su fecha. Pero como ningún hombre, por muy erudito que sea, puede escribir una historia extensa a partir de su propia imaginación sin algunas inexactitudes, los críticos han buscado diligentemente errores. El principal de estos supuestos errores se considerará a continuación.

Nos encontramos con una dificultad en el umbral de la hipótesis de los críticos. Daniel 9:26 predice la destrucción de Jerusalén y del templo; una calamidad tan espantosa para la mente judía que la Septuaginta se abstuvo de traducir el hebreo. ¿Qué clase de estímulo era este? La hipótesis cojea en el umbral.

Teniendo a Antíoco Epífanes en el capítulo 8, los críticos racionalistas intentan forzarlo en el capítulo 7. Encuentran un cuerno pequeño en el capítulo 7, y luchan por identificarlo con el “cuerno muy pequeño” del capítulo 8. No hay ninguna semejanza entre ellos. Las palabras traducidas como “cuerno pequeño” son diferentes en los distintos capítulos. El cuerno pequeño del capítulo 7 surge como un undécimo cuerno entre diez reyes. Él es diferente de los otros reyes. Él continúa hasta que el Hijo del Hombre viene en las nubes del cielo y se establece el reino que nunca será destruido. Antíoco Epífanes, el cuerno pequeño del capítulo 8, surge de uno de los cuatro cuernos en los que se resolvió el reino de Alejandro. Él no era diferente de otros reyes, sino que era como decenas de otros malos monarcas, y no continuó hasta el Hijo del Hombre.

Estas divergencias hacen absurda la identificación intentada, pero un examen de los dos conjuntos de profecías en su totalidad muestra esto claramente. Los capítulos 2 y 7 son una profecía de la historia del mundo hasta el fin. Los capítulos 8 y 11 se refieren a una crisis en la historia judía, una crisis que ya ha pasado hace mucho tiempo.

El capítulo 2, la Imagen con su cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce, piernas de hierro, pies y dedos de hierro mezclado con barro cocido, habla de cuatro reinos mundiales, que serían sucedidos por una serie de soberanías, algunas fuertes, otras débiles, que continuarían hasta que el Dios del cielo estableciera un reino que nunca sería destruido. El capítulo 7, las cuatro bestias, es paralelo a la imagen. Se describen los mismos cuatro imperios mundiales; la cuarta bestia, fuerte y terrible, sería sucedida por diez reyes, que continuarían hasta la venida del Hijo del Hombre, quien establecería un reino eterno.

Estos cuatro imperios mundiales fueron Babilonia, Persia, Grecia y Roma. No ha habido otros imperios mundiales desde entonces. Se han hecho esfuerzos para unir las soberanías divididas de Europa mediante matrimonios reales y conquistas, pero el hierro y el barro no se mezclarían. La rapidez de la conquista griega está simbolizada por el veloz leopardo con cuatro alas; su división por cuatro cabezas. El imperio romano es diferente a los demás: fue una república y su fuerza de hierro se disipa entre las naciones que lo siguieron y que existen hoy en día, todavía de hierro y barro cocido.

Estas profecías, que están ilustradas en cada detalle por la historia hasta el momento presente, se interponen en el camino de la teoría incrédula. El imperio romano, el más grande de todos, debe ser eliminado para deshacerse de la predicción, y cualquier artimaña que prometa ese fin ha sido bienvenida. Un grupo de críticos convierte al reino de los seléucidas, que era una de las partes del imperio griego, en el cuarto reino mundial, pero nunca fue un reino mundial. Fue parte del imperio griego: una de las cuatro cabezas sobre el leopardo. Otro grupo crea un imperio medo imaginario entre Babilonia y Persia. No existió tal imperio. El imperio medopersa era uno solo. Ciro, el persa, conquistó Babilonia. Toda la historia lo dice y las excavaciones lo demuestran.

Entre las naciones que tomarían el lugar del imperio romano caído, se levantaría otro poder: “un cuerno pequeño”, astuto y arrogante. Desgastaría a los santos del Altísimo, sería diferente de las otras diez soberanías, tendría las otras soberanías entregadas en su mano, y mantendría su dominio hasta la venida del Hijo del Hombre.

Sea lo que sea o vaya a ser este temible poder, debía seguir a la caída del imperio romano y surgir entre las naciones que, desde entonces, de una forma u otra, han existido donde Roma alguna vez tuvo dominio. Ya sea que ese poder, que difiere de los gobiernos civiles y tiene dominio sobre ellos, exista ahora y haya existido durante más de mil años, o se vaya a desarrollar en el futuro, debía surgir en la era cristiana. Las palabras son tan descriptivas, que ningún lector habría dudado jamás si no fuera porque la profecía implica predicción.

El intento del “cuerno muy pequeño” del capítulo 8, Antíoco Epífanes, de extirpar la verdadera religión de la tierra, fracasó. Sin embargo, casi tuvo éxito. La mayoría de la nación fue llevada a abandonar a Jehová y a servir a Diana. El sumo sacerdote en Jerusalén envió los tesoros del templo a Antioquía como ofrenda a Hércules. Los judíos se superaban unos a otros en su sumisión a Antíoco. Sus crueldades fueron grandes, pero sus halagos fueron más efectivos para su propósito; “con paz destruyó a muchos”. Se ofrecieron sacrificios idolátricos por toda Judea. El judaísmo estaba casi muerto, y con su muerte la adoración del único Dios no habría encontrado lugar en toda la tierra.

Esta profecía animó a los pocos fieles a resistir a los griegos y a sus propios compatriotas infieles. Dios lo previó y lo advirtió. La advertencia fue atendida por la masa de los judíos. El saduceísmo de entonces no creía en lo sobrenatural y ha repetido su incredulidad. Afortunadamente hubo un remanente creyente y la verdadera religión se salvó de la extinción.

Las Setenta Semanas. (Daniel 9:24-27). Las “semanas” en esta profecía no son semanas de días sino “sietes”, probablemente años, pero no queda claro si son años astronómicos de 365 1/4 días o años proféticos de 360 días. El dicho de nuestro Señor al referirse a la profecía de Daniel (Mateo 24:15), “(el que lee, entienda)”, parece indicar una peculiaridad sobre el período predicho.

Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías habría sesenta y nueve sietes, es decir, 483 años. El Mesías sería quitado y no tendría nada, y el pueblo de un príncipe destruiría Jerusalén y el templo.

Sucedió en la procuraduría de Poncio Pilato. El Mesías apareció; Él fue quitado; Él no tenía nada, ningún lugar donde recostar su cabeza, nada excepto una cruz. Y antes de que pasara la generación que lo crucificó, los soldados del emperador romano destruyeron la ciudad y el santuario, mataron a todos los sacerdotes y pusieron fin a la iglesia y a la nación judía.

Hasta el Mesías Príncipe debía haber 483 años desde un edicto para reconstruir Jerusalén. Ese edicto fue emitido en el vigésimo año de Artajerjes Longimano. La fecha está en algún lugar entre el 454 a.C. y el 444 a.C., con la preponderancia de opinión a favor de la fecha posterior. Cuatrocientos ochenta y tres años nos llevan al 29-39 d.C. O, si se refieren a años proféticos, el *terminus ad quem* es el 22–32 d.C. Poncio Pilato fue procurador de Judea del 26 d.C. al 36 d.C.

Todo esto es bastante claro, y si las palabras de Daniel hubieran sido escritas después de la muerte de nuestro Salvador y la caída de Jerusalén, nadie podría dejar de ver que se indica a Jesucristo. Pero si se hubiera escrito en el exilio, esto sería una predicción sobrenatural, y de ahí las luchas de los críticos por evadir de alguna manera las implicaciones del pasaje. Encontrar a alguna persona prominente que fue “quitada” antes del 163 a.C. era el primer desiderátum. El sumo sacerdote Onías, quien fue asesinado a través de las intrigas de candidatos rivales para su cargo, era la persona más adecuada. Él no era de ninguna manera el Mesías, pero habiendo sido ungido, se le podría hacer servir. Él murió en el 171 a.C. El siguiente paso fue encontrar un edicto para restaurar y reconstruir Jerusalén, 483 años antes del 171 a.C. Esa fecha era el 654 a.C., durante el reinado de Manasés, hijo de Ezequías. Allí no se podía buscar ningún edicto. Pero al restar 49 años, la fecha se llevó al 605 a.C., y como en ese año Jeremías había predicho (Jeremías 25:9) la destrucción de Jerusalén, tal vez esto serviría.

Hubo dos objeciones a esta hipótesis; una, que una profecía de desolación y ruina para una ciudad y un santuario entonces existentes no era una orden para restaurar y edificar, y la otra objeción era que esto también era una predicción sobrenatural y, como tal, ofensiva para la mente crítica. En consecuencia, se recurrió al decreto de Ciro (Esdras 1:1-4) hecho en el 536 a.C. Pero el decreto de Ciro autorizó, no la construcción de Jerusalén, sino la construcción del templo. Se argumenta que los fuertes y otras defensas, incluyendo el muro de una ciudad, deben haber sido previstos por Ciro, y esto sería reconstruir Jerusalén; pero se dan los términos del edicto y no se mencionan tales defensas. Tampoco es probable que un hombre sabio como Ciro hubiera pretendido o permitido que se construyera una ciudad fortificada en un rincón remoto de su imperio, cerca de su enemigo, Egipto, enemigo con el cual los judíos habían coqueteado frecuentemente en años anteriores. En cualquier caso, la ciudad no fue restaurada hasta el vigésimo año de Artajerjes, como se desprende de Nehemías 2:3, 8, 13, etc., donde Nehemías lamenta la condición indefensa de Jerusalén. El permiso para construir podía darse de manera segura entonces, pues Egipto había sido conquistado y la lealtad de los judíos a Persia había sido probada. Además, la fecha del decreto de Ciro no cumple con las condiciones. Desde el 536 a.C. hasta el 171 a.C. hay 365 años y no 483. Un “judío erudito y piadoso” no habría cometido semejante error aritmético al imponer una falsificación a sus compatriotas. Hubo cuatro decretos sobre Jerusalén emitidos por la corte persa. El primero bajo Ciro, aludido anteriormente, el segundo bajo Darío Histaspes. (Esdras 6). El tercero en el séptimo año de Artajerjes. (Esdras 7:12-26). Todos estos se refieren al templo. El cuarto, en el vigésimo año de Artajerjes, fue el único para restaurar y edificar una ciudad amurallada.

El libro de Daniel fue traducido al griego alrededor del 123 a.C., cuarenta años después de la muerte de Antíoco Epífanes. Esta profecía de las setenta semanas perturbó a los traductores judíos. Predecía un desastre para Jerusalén. La ciudad y el santuario serían destruidos. Habían sido destruidos 464 años antes por Nabucodonosor. ¿Serían destruidos de nuevo? Los traductores no estaban dispuestos a creer que tal calamidad ocurriría de nuevo. ¿No podrían hacer ver que las palabras se referían a los problemas bajo Antíoco? Era cierto que no había destruido ni la ciudad ni el templo, pero había contaminado el templo. Tal vez eso equivalía a la destrucción. En todo caso, no se atrevieron a decir que otra destrucción de Jerusalén estuviera en el futuro.

Pero allí estaban las palabras. Desde la salida de la orden para restaurar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe habría siete semanas y sesenta y dos semanas, 483 años. No pudieron hacer nada con esas palabras. Las omitieron y mutilaron el resto del pasaje para dar oscuramente la impresión de que los desastres allí predichos eran cosa del pasado.

Esta mala traducción de un oráculo divino para hacerle decir lo que ellos deseaban que dijera fue un proceder arbitrario, pero no impidió su cumplimiento. En el tiempo señalado vino el Mesías y fue crucificado y Jerusalén cayó. Así se ve que los esfuerzos de los críticos por forzar algún significado en esta profecía, que no sea una predicción de Cristo, no carecen de precedentes.

Supuestas inexactitudes

Pero las interpretaciones racionalistas de las grandes profecías antes mencionadas son tan poco naturales, tan evidentemente forzadas para sostener una teoría preconcebida, que no habrían engañado a nadie excepto a los predispuestos a ser engañados. En consecuencia, se han hecho intentos de desacreditar el libro de Daniel; de mostrar que no pudo haber sido escrito en Babilonia; de exponer inexactitudes históricas y demás. Los eruditos descubrieron algunas supuestas inexactitudes y, una vez establecida la moda, los imitadores de eruditos buscaron con avidez más, y con la ayuda de la imaginación han recopilado un número considerable. En cada caso son ejemplos de la inexactitud de los críticos.

(1) En primer lugar, puede mencionarse, como el único que alguna vez ha tenido peso, el hecho de que ningún historiador menciona a Belsasar. Por lo tanto, se asumió que el “judío erudito y piadoso”, a quien imaginaban los críticos, había inventado el nombre. Desde 1854 esta “inexactitud” ha desaparecido de los diccionarios racionalistas y otras producciones. Las excavaciones han respondido a eso.

(2) Decepcionados por el descubrimiento de la verdad, los críticos ahora encuentran fallas en el título de “rey” que Daniel le da a Belsasar y afirman que no se han encontrado tablillas fechadas en su reinado. No es probable que se encuentren tales tablillas, porque su padre lo sobrevivió y, aunque Belsasar fuera co-rey, el nombre de su padre estaría en las fechas. Las tablillas, sin embargo, muestran que Belsasar era el comandante de las tropas, que era el hombre de acción –siendo su padre un recluso estudioso–, que era el favorito del pueblo y que la administración real estaba en sus manos. Él era el heredero al trono y, aunque no estuviera investido formalmente, era el rey virtual a los ojos del pueblo.

(3) A continuación se objeta que Belsasar no era el hijo de Nabucodonosor como dice la reina madre en Daniel 5:11. Si él fuera el nieto por parte de su madre se usaría el mismo lenguaje, y el reinado tranquilo de Nabonido en la turbulenta Babilonia se explica de esta manera.

(4) La objeción capciosa de que los monumentos no dicen que Belsasar fue asesinado en la toma de Babilonia es indigna del erudito que la hace. Se admite que Belsasar fue una figura prominente antes de que la ciudad fuera capturada, que “el hijo del rey murió” y que luego “desapareció de la historia”. Él era el heredero del reino. Era un soldado. Su dinastía fue derrocada. Desapareció de la historia. El sentido común puede sacar sus conclusiones.

(5) Es difícil, sin embargo, para los impugnadores de Daniel dejar ir el argumento de Belsasar. Que él aparezca prominentemente en las inscripciones, después de que la crítica había decidido que nunca existió, resulta incómodo. En consecuencia, tenemos una larga disertación (Sayce's *Higher Criticism and the Monuments*, 497-531) que muestra que la afirmación de Ciro de haber capturado Babilonia sin luchar es inconsistente con los relatos de los historiadores seculares, los cuales se detienen en el largo asedio, la lucha desesperada, el desvío del río, la sorpresa nocturna, etc. Muy bien, los dos relatos son inconsistentes. Pero ¿qué tiene esto que ver con Daniel? Su relato es el siguiente:

“La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino” (Daniel 5:31). Ni una palabra sobre un asedio, etc. Un relato completamente coherente con la inscripción de Ciro. ¡Y, sin embargo, el crítico tiene la audacia de decir que “la evidencia monumental se ha pronunciado aquí contra la precisión histórica de la narrativa bíblica”! (“H. C. & M”., 531). Esto no es crítica; es tergiversación.

(6) Daniel menciona a los “caldeos” como un gremio de sabios. Esto se ha convertido en un motivo de ataque. “En el tiempo del exilio”, nos dicen, “los caldeos eran una nación imperial. Cuatro siglos después el término significaba un gremio; por lo tanto, Daniel fue escrito cuatro siglos después”. Es extraño que ninguno de los críticos haya consultado a Heródoto, el historiador más cercano a Daniel en el tiempo. Él visitó Babilonia en el mismo siglo que Daniel y usa la palabra en el mismo sentido que Daniel y en ningún otro. (*Herod.* 1:181, 185).

(7) El libro de Daniel deletrea Nabucodonosor con una “n” en la penúltima sílaba en lugar de una “r”; por lo tanto, argumentan los críticos, debió haber sido escrito 370 años después. Pero Esdras lo deletrea con una “n”. Lo mismo hacen 2 Reyes, 1 y 2 Crónicas, y lo mismo hace Jeremías siete veces de dieciséis. Jeremías precedió a Daniel y, si Reyes o Crónicas se escribieron en Babilonia, tenemos la misma ortografía en el mismo país y alrededor de la misma época.

(8) En cuanto a las palabras griegas en Daniel, en las que se basa Driver para probar una fecha tardía: Cuando descubrimos que estos son los nombres de instrumentos musicales y que los babilonios conocían a

los griegos en el comercio y en la guerra y nos damos cuenta de que los instrumentos musicales llevan consigo sus nombres nativos, este argumento se desvanece como el resto.

(9) Pero, se insta, Daniel sitúa el inicio de la cautividad (Daniel 1:1) en el tercer año de Joacim, 606 a.C., mientras que Jerusalén no fue destruida sino hasta el 587 a.C., por lo tanto, etc.

Daniel fecha la cautividad desde el momento en que él y los demás jóvenes fueron llevados cautivos. Un vistazo a la historia sugerirá cuándo fue eso. El faraón Neco salió de Egipto contra Babilonia en el 609 a.C. Se encontró con Josías y lo derrotó en Meguido. Luego marchó hacia el norte. En tres meses regresó a Egipto, sin haber logrado nada contra Babilonia. El intervalo, del 609 al 605 a.C., fue la oportunidad para Nabucodonosor. Él consiguió como aliados o como súbditos a las diversas tribus de Palestina, como se desprende de Beroso. Entre los demás, Joacim (2 Reyes 24:1) “sirvió por tres años”. Durante ese tiempo tomó como huéspedes o como rehenes a los jóvenes nobles. Al final de los tres años, en 605, Neco reapareció en su camino hacia la fatídica Carquemis. Joacim renunció a Nabucodonosor y se puso del lado de Neco. Una providencia misericordiosa contó los setenta años de cautiverio desde la primera deportación, y Daniel nos dice cuándo fue eso. La cautividad terminó en el 536 a.C.

(10) El arameo. Un crítico dijo que el arameo no se hablaba en Babilonia. Otros, no tan seguros de sí mismos, dijeron que el arameo en Babilonia era diferente del arameo de Daniel. Ninguno de ellos sabía qué arameo se hablaba en Babilonia. Estaba el arameo de Esdras. Era como el de Daniel y Esdras era nativo de Babilonia. Para salvar su argumento, luego fecharon a Esdras con posterioridad también.

En 1906 y 1908, se desenterraron rollos de papiro en arameo escritos en el siglo V a.C. Es imposible sugerir redactores y otras personas imaginarias en este caso, y así el argumento del arameo sigue el camino de todos los demás. Antes de estos hallazgos recientes, el arma aramea había comenzado a perder su potencia. Las tablillas de arcilla, de las cuales se han encontrado miles en Babilonia, son documentos legales y están escritos en babilónico. En el reverso de algunos de ellos había marcas de archivo en arameo que indicaban brevemente el contenido. Estos archivos eran para referencia rápida y evidentemente en el lenguaje común de la gente, el mismo idioma que usaron los asustados caldeos cuando el enojado monarca los amenazó. (Daniel 2:4).

Hay algunas otras supuestas inexactitudes más frívolas que las anteriores. La falta de espacio prohíbe su consideración aquí.

Dos nuevas objeciones a la autenticidad de Daniel aparecen en un diccionario de la Biblia, editado por tres clérigos estadounidenses. El artículo sobre Daniel declara que “el BABA BATHRA* atribuye la escritura no a Daniel sino junto con la de algunos otros libros a los hombres de la Gran Sinagoga”. ESTA DECLARACIÓN ES CORRECTA EN SUS PALABRAS, PERO POR OCULTAMIENTO TRANSMITE UNA FALSA IMPRESIÓN. El truco radica en la frase “algunos otros libros”. ¿Cuáles son esos otros libros? Son Ezequiel, Oseas, Amós –todos los profetas menores– y Ester. La declaración en sí misma carece de sentido, como muchas otras cosas en el Talmud, pero sea cual sea su significado, coloca a Daniel en el mismo nivel que a Ezequiel y el resto.

* (El pasaje se encuentra en el Talmud de Babilonia, Tratado Baba Bathra, fol. 15a., y dice: “Los hombres de la Gran Sinagoga han escrito Ezequiel, los doce profetas menores, Daniel y Ester” -El Editor)

La otra objeción es la siguiente: “El capítulo 11 (de Daniel) con sus cuatro reinos mundiales se aclara maravillosamente cuando se ve desde este punto de vista (es decir, como una producción macabea). El tercero de estos reinos se nombra explícitamente como el persa. (11:2). El cuarto a seguir es evidentemente el griego”.

Cada frase en esto es falsa. El capítulo no dice nada sobre cuatro reinos mundiales. Tampoco dice Daniel 11:2 explícitamente, ni de ninguna otra manera, que el persa fuera el tercero; ni que el griego fuera el cuarto. No se ofrece ninguna explicación o modificación de estas sorprendentes afirmaciones. ¿Cómo podría el escritor esperar escapar de ser detectado? Es cierto que el Baba Bathra es inaccesible para la mayoría de las personas, pero el capítulo 11 de Daniel está en las manos de todos.

Daniel era un hombre sabio y muy conocido en la época de Ezequiel, de lo contrario se perdería todo el sentido de la ironía en Ezequiel 28:3. También fue eminente por su bondad y debe haber sido estimado como un receptor especial del favor de Dios y haber tenido comunicación con el Altísimo al igual que Noé y Job. Ezequiel 14:15, 20: “cuando la tierra pecare... si estuviesen en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia librarían únicamente sus propias vidas”. Una combinación sorprendente: Noé el segundo padre de la raza, Job el gentil y Daniel el judío.

Daniel está mejor atestiguado que cualquier otro libro del Antiguo Testamento. Ezequiel menciona al hombre. Zacarías parece haber leído el libro. El torpe intento de la Septuaginta de alterar una predicción de desastre a una de promesa; el reconocimiento de nuestro Salvador de Daniel como profeta; estas son atestaciones. Compárese con Ezequiel; no hay una palabra en la Biblia para mostrar que él haya existido alguna vez, pero como él no predice claramente al Salvador, no se alza ninguna voz ni se mueve ninguna pluma en su contra.

Capítulo 46 Tres Peculiaridades del Pentateuco que son Incompatibles con las Teorías de su Composición de Graf-Wellhausen

Por Andrew Craig Robinson, Maestría en Teología
Ballineen, condado de Cork, Irlanda
Autor de *What About the Old Testament?*

Existen —entre otras— tres peculiaridades muy notables en el Pentateuco que parecen ser incompatibles con las teorías modernas de su composición, y que exigen alguna explicación por parte de los críticos.

La primera de estas peculiaridades es:

La ausencia del nombre “Jerusalén” en el Pentateuco

La primera aparición del nombre “Jerusalén” en la Biblia está en el libro de Josué (Josué 10:1): “Cuando Adonisedec rey de Jerusalén oyó”, etc. En el Pentateuco la ciudad solo se nombra una vez (Génesis 14) y entonces se le llama “Salem” —una abreviatura de su nombre cuneiforme “Uru-salem”. Ahora bien, desde la perspectiva tradicional del Pentateuco la ausencia del nombre Jerusalén no presenta ninguna dificultad; el hecho de que Bet-el, Hebrón y otros santuarios sean nombrados, mientras que Jerusalén no, simplemente significaría que en estos otros santuarios los patriarcas habían construido sus altares, mientras que en Jerusalén no lo habían hecho.

Pero desde el punto de vista de los críticos modernos que sostienen que el Pentateuco fue en gran parte compuesto para glorificar el sacerdocio en Jerusalén, y que el libro de Deuteronomio en particular fue producido para establecer a Jerusalén como el santuario central y único aceptable para la adoración de Israel —esta omisión de nombrar a la gran ciudad, que en ese entonces gozaba de fama histórica y sagrada, la cual ellos deseaban exaltar y glorificar, parece verdaderamente muy extraña. Según las teorías de los críticos, los compositores del Pentateuco tenían plena libertad para escribir lo que desearan, y se considera que la ejercieron libremente. Parece extraño entonces encontrar al “Yahvista”, que se supone fue escrito en el Reino del Sur, y que estaba imbuido de todos sus prejuicios, consagrandolo a Bet-el mediante una notable teofanía (Génesis 28:16, 19), mientras que en todo lo que se supone que escribió en el Pentateuco nunca nombra ni una sola vez a su propia Jerusalén. Y así también, el “escritor sacerdotal”, para quien un santuario como Bet-el debería ser un anatema, se encuentra sin embargo consagrandolo a Bet-el con otra teofanía: “Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar donde Dios había hablado con él, Bet-el” (Génesis 35:14, 15), y él nunca siquiera nombra a Jerusalén.

¿Cuál es la explicación de todo esto? ¿Cuál es el significado interno de esta ausencia del nombre Jerusalén en el Pentateuco? ¿No es esto: que en la época en que se escribió el Pentateuco, Jerusalén, con todas sus glorias sagradas, aún no había entrado en la vida de Israel.

La segunda peculiaridad notable sobre la cual se llama la atención es:

La ausencia de cualquier mención de canto sagrado en el ritual del Pentateuco

Esto contrasta marcadamente con el ritual del segundo templo, en el cual los panderos, las arpas y los cantores levitas tenían un papel prominente. Sin embargo, fue justo en la misma época del segundo templo cuando los críticos alegan que gran parte del Pentateuco fue compuesta. ¿Cómo es entonces que ninguna de estas cosas aparece en el ritual mosaico? Se podría haber esperado que los sacerdotes en tiempos post-exílicos hubieran buscado establecer la mayor sanción posible para este ritual musical, representándolo como si hubiera sido ordenado por Moisés. Pero, de hecho, no aparece tal ordenanza, y el Pentateuco se

mantiene en su simplicidad primitiva, desprovisto de cualquier ordenanza de música en relación con el ritual, excepto en aquellos pasajes en los que se ordena el toque de las trompetas en la fiesta de las trompetas, el toque de la trompeta por toda la tierra en el año de jubileo, y el mandato, contenido en un solo pasaje (Números 10:10), de que en el día de vuestra alegría, y en los principios de vuestros meses, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos, y sobre los sacrificios de paz. Ninguna mención en relación con el ritual de címbalos, arpas, panderos o salterios; ninguna mención de canto sagrado, o de cantores levitas. NINGUNA música propiamente dicha entró en el ritual, solo el crudo y bélico sonido de las trompetas. Ninguna ordenanza de canto sagrado, ninguna banda de cantores levitas. Los deberes de los levitas, en el libro de Números, están definidos de manera especial. Los hijos de Gersón debían llevar el tabernáculo y sus cortinas en la marcha; los hijos de Coat llevaban los altares y los vasos sagrados; los hijos de Merari debían llevar las tablas, las barras y las columnas del santuario. Ninguna mención en absoluto de cualquier ministerio de canto sagrado. Sería esta una omisión extraña, si el “código sacerdotal” (así llamado) que define de esta manera los deberes de los levitas, hubiera sido compuesto en tiempos post-exílicos, cuando los cantores levitas —hijos de Asaf—, los címbalos, el arpa y el cántico de alabanza formaban características principales en el ritual. ¿Acaso no parece que el Código Mosaico, al no ordenar ninguna música más que el simple sonido del toque de trompeta, se encuentra muy por detrás de estas sutilezas de música y de canto, pareciendo no saber nada en absoluto de todas ellas?

La tercera peculiaridad notable sobre la cual se llama la atención es:

La ausencia del título divino “Jehová de los ejércitos” en el Pentateuco

La primera aparición de este título divino en la Biblia está en 1 Samuel 1:3: “Y todos los años aquel varón subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo”. Después de esto, ocurre en varios de los libros restantes de la Biblia, y con una frecuencia cada vez mayor. El período pre-samuelítico de la historia de Israel se diferencia así del período post-samuelítico por esta circunstancia, que en relación con el primer período este título nunca se utiliza, mientras que en relación con el último se utiliza, y con frecuencia creciente —en todas las etapas de la historia, incluso hasta el final del libro de Malaquías; ocurriendo en total 281 veces.

Ahora bien, la teoría de la crítica de la actualidad es que el Pentateuco fue compuesto, editado y manipulado, durante un período de más de cuatrocientos años, por grupos heterogéneos y series de escritores, de puntos de vista diferentes y diversas tendencias. Un escritor compuso una parte, y uno compuso otra; estas partes fueron unidas por una mano diferente; y luego otro compuso una parte adicional; y esta, por otro más, fue unida a las dos que le precedían; y después de esto, otra porción fue compuesta por otro escriba más, y posteriormente fue unida a las tres. El material fue absorbido, interpolado, armonizado, suavizado, coloreado, editado desde varios puntos de vista, y con motivos diferentes —por no decir opuestos—. Y, sin embargo, cuando se examina el producto terminado —el Pentateuco— que sale de esta curiosa olla hirviente literaria, se descubre que tiene esta característica notable: que ninguno de los múltiples manipuladores —ni “J”, ni “E”, ni “JE”, ni “D”, ni “RD”, ni “P”, ni “P2”, ni “P3”, ni “P4”, ni ninguno de los “Redactores de P”, que eran innumerables— parecería haberse dejado traicionar, ni siquiera por accidente, al usar este título, “Jehová de los ejércitos”, tan en boga en los días en los que se supone que escribió; y el Pentateuco, desprovisto como está de esta expresión, muestra una marca inconfundible de que no podría haber sido compuesto posiblemente de la manera afirmada por la crítica, porque habría sido una imposibilidad literaria para tal número de escritores, extendiéndose a lo largo de cientos de años, que todos y cada uno, nunca ni siquiera por accidente, cayeran en el uso de este título divino para Jehová, “Jehová de los ejércitos”, tan en boga durante esos siglos.

De hecho, el Pentateuco fue escrito antes de que se inventara el título.

Estas tres peculiaridades del Pentateuco sobre las cuales se llama la atención aquí, son puntos absolutamente innegables. Nadie puede decir que el nombre “Jerusalén” aparece en el Pentateuco; nadie puede decir que mención alguna de canto sagrado aparece en el ritual del Pentateuco; y nadie puede decir que el título divino “Jehová de los ejércitos” aparece en el Pentateuco.

Capítulo 47 Los Testigos de Jehová: Una Falsificación del Cristianismo

Por el Profesor William G. Moorehead, Doctor en Teología
Seminario Teológico Presbiteriano Unido, Xenia, Ohio

Seis volúmenes bastante voluminosos, que comprenden en total unas 2.000 páginas, son publicados por la “Sociedad Bíblica y de Tratados La Torre del Vigía” de Brooklyn, N.Y. El autor de esta obra es el Sr. Charles T. Russell. Anteriormente sus publicaciones salían de “*Zion’s Watch Tower*”, Pittsburgh, Pa. Entonces llevaban el título algo ostentoso, *Millennial Dawn* [“El Amanecer Milenario”], (1886). Los volúmenes ahora llevan la inscripción más modesta, “Estudios de las Escrituras”, (1911). Por qué se hace el cambio en el título solo se puede conjeturar. Algunas críticas bastante severas y censuras de los puntos de vista defendidos en estos libros han traído descrédito a los Testigos de Jehová en las mentes de muchas personas, y en consecuencia pensamos que el título anterior ha sido eliminado y el posterior y menos objetable sustituido por él. Se da cierto color a esta conjetura por el hecho de que ciertos términos evangélicos se aplican al movimiento del cual el Sr. Russell es la cabeza, como, por ejemplo, “Púlpito del Pueblo de Brooklyn”, “Liga Internacional de Estudiantes de la Biblia”, “Tabernáculo de Brooklyn”, “Casa Bíblica y Sociedad de Tratados”, (*Our Hope*, feb., 1911). El título posterior y los diversos nombres ahora usados libremente tienden a disipar la sospecha y a recomendar la propaganda del Sr. Russell y sus seguidores al público cristiano.

En la introducción al primer volumen se nos dice que “nuestra Sociedad, dándose cuenta de la necesidad, está buscando hacer todo lo que está en su poder para... levantar ‘bandera a los pueblos.’ Ha preparado seis series de estudios bíblicos para personas cristianas de todas las denominaciones. ... Estos se suministran al mero costo”. ¡Los seis volúmenes completos, “encuadernados en tela, con relieve en plata”, se venden por la suma ridículamente pequeña de \$2.25 —37½ centavos cada uno! El objeto es esparcir esta literatura por todo nuestro país, Canadá, y otras tierras, pues se nos asegura que está traducida a no menos de una docena de idiomas diferentes. Así se afirma en el primer volumen.

Se puede tener alguna idea de la circulación por la declaración hecha en la portada de cada uno de los tres primeros volúmenes: “Serie I. edición de 3.358.000”. “Serie II. edición de 1.132.000”. “Serie III. edición de 909.000”. La enorme circulación de los libros sirve para mostrar cuán industriosamente “Nuestra Sociedad” está propagando su literatura, y el vasto número de lectores que está alcanzando, es decir, ¡si estas cifras dicen la verdad! Que la enseñanza de los Testigos de Jehová ha hecho un daño inmenso es cierto; que está calculada para subvertir la fe de los cristianos sustituyendo la verdad de Jesucristo por las doctrinas calamitosas del Sr. Russell no puede negarse; porque todo el sistema es anti-Escritural, anti-cristiano, y una perversión deplorable del Evangelio del Hijo de Dios.

En la discusión del sistema son las doctrinas de los Testigos de Jehová las que son acusadas, no el autor, el Sr. Russell. Es concebible que él esté engañándose a sí mismo, como algunos piensan, y que crea que lo que ha publicado es la verdad de la Biblia. Esto está dentro del rango de posibilidad, por supuesto. Personalmente, sin embargo, el presente escritor retiene su asentimiento a esta opinión. Que el Sr. Russell está siendo usado por el Maligno para subvertir la verdad de Dios, que el Cristo que él recomienda a los hombres como un objeto de confianza, amor y adoración, no es el Cristo de Dios, es la profunda convicción de no pocos que están familiarizados con sus puntos de vista. Esta es una acusación grave, pero se hace deliberadamente. Establecerla más allá de toda duda y contradicción es el objetivo de este escrito. Se presenta aquí un resumen de los principales errores y herejías encarnados en las enseñanzas de los Testigos de Jehová.

1. Jesús, en su existencia prehumana, era un ser espiritual, superior a los ángeles, pero una criatura. (Vol. I, pp. 177, 178, 179, 188). El libro enseña expresamente que nuestro Señor, antes de su encarnación y durante

su vida terrenal, era solo una criatura, más alta en la escala de ser que otras criaturas, pero no Dios. “Se nos dice que nuestro Señor, antes de dejar su gloria para convertirse en hombre, estaba ‘en forma de Dios’ — una forma espiritual, un ser espiritual; pero dado que para ser un rescate por la humanidad Él tenía que ser un hombre, de la misma naturaleza que el pecador cuyo sustituto en la muerte Él iba a llegar a ser, era necesario que su naturaleza fuera cambiada. Y Pablo nos dice que Él no tomó la naturaleza de los ángeles, un paso más abajo que la suya propia, sino que Él bajó dos pasos y tomó la naturaleza de hombre — Él ‘se hizo hombre’; Él ‘fue hecho carne’. (Hebreos 2:16; Filipenses 2:7, 8; Juan 1:14.)”

“Note que esto enseña no solo que la naturaleza angélica no es el único orden de ser espiritual, sino que es una naturaleza inferior a la de nuestro Señor antes de que Él se convirtiera en hombre; y Él no era entonces tan alto como lo es ahora, porque ‘Dios también le exaltó hasta lo sumo’, debido a su obediencia al convertirse en el rescate voluntario del hombre. (Filipenses 2:8, 9). Él es ahora del orden más alto de ser espiritual, un participante de la naturaleza divina (de Jehová)”. El libro afirma además: “Si este principio es correcto, mostraría que Dios no tenía derecho a crear a Jesús superior a los ángeles, y luego exaltarlo aún más a la naturaleza divina, a menos que Él tuviera la intención de hacer lo mismo por todos los ángeles y por todos los hombres” (p. 188).

No hay error en el significado de esta enseñanza. Jesucristo fue originalmente un ser creado, ¡pero como recompensa de su obediencia hasta la muerte Él es ahora exaltado para ser Dios! Esto es peor que la doctrina de Arrio el libio que el Concilio de Nicea condenó tan solemnemente, o de los Unitarios modernos que todos los cristianos evangélicos repudian.

En contraposición a este error fundamental, uno que hace al Señor Jesús una deshonra infinita y nos roba un Salvador todopoderoso, colocamos la Palabra inspirada de la Escritura, Juan 1:1: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios”. Por el Verbo por supuesto se entiende el Hijo de Dios, Jesucristo. Tres verdades majestuosas se exponen aquí: (1). La eternidad del Verbo — “En el principio” — el sustantivo está sin el artículo; es duración no marcada, no contada lo que se entiende. “Era”, no llegó a existir; Él ya estaba en existencia, antes de la creación del universo; por lo tanto, antes de todo comienzo, en una era atemporal que trasciende el tiempo, en la eternidad, Cristo era. Los Testigos de Jehová dicen que hubo un tiempo cuando Cristo no era; el apóstol Juan afirma que nunca hubo un tiempo cuando Él no fuera. (2). Su existencia personal eterna se mantiene: “El Verbo era con Dios”; su igualdad con Dios, pues Juan continúa atribuyéndole la creación, (3). Su deidad: “Y el Verbo era Dios”. Muy enfático es el orden de las palabras en el original: “Y Dios era el Verbo”. Jesucristo no era ningún ser subordinado o creado.

“El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” (Filipenses 2:6-11). Se enseña aquí que Cristo existía en la forma de Dios. “La forma de una cosa es el modo en el que se revela a sí misma; y eso está determinado por su naturaleza”. Juan Crisóstomo dijo hace mucho tiempo: “No es posible ser de una esencia y tener la forma de otra”. Cristo existía en la forma de Dios porque Él mismo es Dios. Por ende el apóstol afirma que Él era igual a Dios, pero en su auto-humillación Él no se aferró a esta igualdad sino que se despojó a Sí mismo de ella, y en su lugar tomó la forma humilde de un siervo. Su humillación presupone su dignidad y gloria anteriores. Si Él no hubiera sido infinitamente más que un ser creado, no habría sido ninguna renuncia convertirse en un siervo; eso ya lo era, según la enseñanza blasfema de los Testigos de Jehová. De tal condición Él nunca podría haberse levantado. El ángel más alto en el cielo, lejos de tener que inclinarse para convertirse en un siervo, no es más que un siervo y nunca puede ser otra cosa. Pero el hecho mismo de que Él se humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, es prueba positiva de que Él no era ningún ser creado, ningún mero hombre, sino Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. (Romanos 9:5).

Pero aun en su asombrosa auto-humillación, Él no renunció a sus atributos gloriosos como una persona divina: Él los veló bajo su humilde vestidura humana, salvo cuando la ocasión demandaba su despliegue.

Tanto la omnipotencia como la omnisciencia le pertenecían mientras estaba en la tierra, y Él a menudo exhibió ambas a la vista de los hombres. La prueba de esto es abundante y concluyente.

2. En la encarnación nuestro Señor tenía una sola naturaleza, no dos naturalezas, como los cristianos siempre han sostenido. (Serie I, pp. 179, 180, 184). Citamos: “Tampoco era Jesús una combinación de las dos naturalezas, humana y espiritual. La mezcla de dos naturalezas no produce ni la una ni la otra, sino una cosa imperfecta, híbrida, que es ofensiva para el arreglo divino. Cuando Jesús estaba en la carne Él era un ser humano perfecto; anterior a eso Él era un ser espiritual perfecto; y desde su resurrección Él es un ser espiritual perfecto del orden más alto o divino. Así vemos que en Jesús no hubo mezcla de naturalezas, sino que dos veces Él experimentó un cambio de naturaleza; primero, de espiritual a humana; después, de humana al orden más alto de naturaleza espiritual, la divina; y en cada caso la una se entregó por la otra”. — “No tenemos registro de ningún ser, ya sea espiritual o humano, habiendo sido cambiado jamás de una naturaleza a otra, excepto el Hijo de Dios; y este fue un caso excepcional, para un propósito excepcional. Así encontramos que las Escrituras consideran las naturalezas espiritual y humana como separadas y distintas, y no proporcionan evidencia de que la una evolucionará o se desarrollará en la otra”... Aquí nuevamente no nos equivocamos al relatar las enseñanzas de los Testigos de Jehová. Antes de que Cristo apareciera en forma humana entre los hombres, Él era un ser espiritual de muy alto rango, pero una criatura. Cuando Él se convirtió en un hombre, su naturaleza espiritual fue de alguna manera desechada; no fue unida con la humana, ni siquiera fue fusionada en la humana, fue “cambiada” en la naturaleza puramente y distintivamente humana, de modo que mientras estuvo en la tierra, y durante todo el período de su vida terrenal, Él fue un hombre, solo un hombre, perfecto de hecho, pero un hombre con nada sobrehumano o sobrenatural en Él o acerca de Él. El ser espiritual dejó de ser. El libro afirma con una positividad que el error siempre asume, que en Jesucristo “no hubo mezcla de naturalezas”. La doctrina vital de la encarnación del Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, es negada, y Cristo es degradado al nivel de Adán antes de su pecado y caída. En resumen, el libro afirma virtualmente que no hubo encarnación alguna.

Parece innecesario señalar cuán completa y totalmente la Palabra de Dios contradice esta visión falsa y degradante de la bendita persona de nuestro Señor. Citemos solo unos pocos textos como evidencia de que Cristo realmente asumió nuestra naturaleza humana, sin pecado por supuesto, pero verdadera y genuina naturaleza humana.

Juan 1:14: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. Marque las características prominentes de esta gran Escritura: (a). El Verbo, Cristo, se hizo carne; Él no dejó de ser el Verbo al hacerlo; su encarnación no fue ni auto-extinción, ni fue Él cambiado en un mero hombre. (b). Él todavía permaneció siendo el Verbo después de que hubo asumido la naturaleza humana, pues se nos asegura que “habitó entre nosotros”, obviamente el Verbo habitó entre nosotros, pues el pronombre Él tiene al Verbo como su antecedente. (c). El término “habitó” literalmente es “tabernaculizó”, una alusión al tabernáculo del desierto. Dios dijo: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos”. [Éxodo 25:8] Y Él simbólicamente habitó en el Lugar Santísimo donde aparecía la gloria de su presencia. Así afirma Juan, “vimos su gloria”, como en la transfiguración. Lo que se veía antiguamente en el tabernáculo fue presenciado de una manera mucho más vívida en el monte cuando Moisés con Elías aparecieron en gloria y hablaron con el Hijo de Dios encarnado. Compare con esto la revelación adicional del mismo apóstol, 1 Juan 1:1-3, donde tres de los más confiables de nuestros sentidos, oído, vista, tacto, son convocados para dar testimonio de la realidad de la presencia y gloria del Verbo de Vida mientras Él residía entre los hombres. (d). “Unigénito” — *Unigenitus*. Como se usa en la Escritura este término siempre designa a una sola persona en el hogar. Como se aplica a Cristo, ocurre solo en los escritos de Juan; aquí, 1:18; 3:16, 18; 1 Juan 4:9. Marca su filiación como única, no compartida por ningunos otros, incluso de aquellos que son llamados los hijos de Dios.

Juan 16:28: “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre”. De Dios, al mundo, del mundo de regreso a Dios. Filiación eterna con el Padre (griego, salió de); encarnación;

exaltación; unidad con el Padre, procesión desde el Padre; redención completada. Él es el Dios-hombre, uniendo dos naturalezas en una, distintas pero misteriosamente constituyendo una sola personalidad.

1 Timoteo 3:16: “Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria”. Incluso si sustituimos la lectura revisada de este gran versículo rítmico, todavía testifica de la persona teantrópica de nuestro Señor: “Él fue manifestado en carne”, etc. La enseñanza clara y enfática es, que Cristo, el Hijo de Dios, fue manifestado, es decir, el invisible, eterno Hijo que moraba en el seno del Padre, ha sido hecho visible y es acercado a nosotros en que Él ha tomado en unión con Él mismo carne humana. Él fue justificado en el Espíritu, es decir, se demostró que Él era lo que afirmaba ser, el Hijo de Dios; Él fue visto y servido por ángeles; fue predicado a los gentiles como un Salvador divino, y creído como tal; y finalmente fue recibido arriba en gloria. Allí tenemos la historia inspirada de la encarnación, la vida y ministerio terrenal, y la exaltación del Señor Jesús, el Hijo de Dios.

Una otra Escritura debe dar su solemne advertencia contra cualquiera y todos los que niegan que Jesucristo asumió nuestra naturaleza y fue encarnado en carne humana: “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4:2, 3).

3. La expiación de Jesucristo fue la de un mero hombre. (*Study ix*) Los Testigos de Jehová reiteran hasta el cansancio que Cristo durante su estancia en la tierra fue única y solamente un ser humano. Incluso la naturaleza espiritual que Él tenía antes de venir al mundo fue cambiada en un hombre y así dejó de ser. Su muerte, por lo tanto, fue la muerte de una criatura; su sacrificio solo humano; su expiación la de un mero hombre. ¡Qué caricatura miserable de la persona y obra de Cristo! ¡Qué concepción inadecuada y pueril denota de la justicia y ley divina, y de la culpa y ruina del hombre por el pecado! La Escritura testifica que el hombre, por su riqueza, por su justicia, por su auto-sacrificio, nunca puede redimirse a sí mismo, mucho menos a su prójimo. (Salmos 49:6-12; Mateo 25:8, 9). Dios reclama esto para Sí mismo; Él ha encontrado un rescate, Él mismo es el Salvador de los hombres, y Él ha puesto socorro sobre su compañero, su igual, incluso Jesús nuestro Señor. En todas partes en la Escritura la justificación del pecador ante Dios descansa sobre lo que Pablo describe como “la justicia de Dios” (Romanos 3:21-26; 4:1-8; 2 Corintios 5:21; Filipenses 3:9, etc.). Es decir, es una justicia divina, provista en el Señor Jesucristo y ofrecida a todos los hombres que escuchan el Evangelio. No es en absoluto la justicia de un mero hombre lo que tenemos en Cristo; es la propia justicia de Dios, y por lo tanto cumple y satisface cada reclamo sobre nosotros ya sea de ley, o justicia, o satisfacción a Dios, o santidad. El apóstol Pablo no rehúye atribuir incluso divinidad a la sangre de Cristo: “apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28). Un hombre no inspirado nunca se habría atrevido a escribir palabras tan asombrosas, tan inigualables como estas. De su autenticidad hay prueba amplia.*

* (La Revisión Americana tiene “la iglesia del Señor”. Se mantiene sola en esta lectura. La Revisión Inglesa y los textos críticos de Alford, Westcott y Hort, Scrivener, Weymouth y Nestle retienen “iglesia de Dios”. La frase ocurre a menudo en los escritos de Pablo, nunca una vez “la iglesia del Señor”. Uno puede percibir por qué “iglesia de Dios” debería ser cambiado a “iglesia del Señor,” pero es difícil ver por qué si Pablo escribió “iglesia del Señor” debería ser convertido en “iglesia de Dios”).

4. El cuerpo de Jesús no fue levantado de la muerte. (Serie II, pp. 125-130). Para explicar la desaparición del cuerpo que fue crucificado el libro dice: “El cuerpo humano de nuestro Señor fue, sin embargo, removido sobrenaturalmente de la tumba; porque si hubiera permanecido allí habría sido un obstáculo insuperable para la fe de los discípulos. No sabemos nada sobre qué pasó con él, excepto que no se descompuso ni corrompió. Si fue disuelto en gases o si todavía está preservado en algún lugar como el gran memorial del amor de Dios, de la obediencia de Cristo, y de nuestra redención, nadie lo sabe; ni es tal

conocimiento necesario” (pp. 129, 130). En la Serie I, p. 231 leemos: “Jesús, por lo tanto, en y después de su resurrección, era un espíritu —un ser espíritu, y ya no un ser humano en ningún sentido”.

Tan malvadas y desastrosas como son las enseñanzas de los Testigos de Jehová señaladas anteriormente, esta es inconmensurablemente peor, si eso es posible. Aquí se alcanza el clímax en audacia y falsedad. Porque aquí la verdad básica, vital sobre la cual descansa el cristianismo, a saber, la certeza absoluta de la resurrección literal y corporal de Cristo es negada, es totalmente pervertida frente al testimonio de los cuatro Evangelios, de todas las Epístolas, y de Apocalipsis, y del glorificado Hijo de Dios mismo. Si Cristo no ha resucitado de los muertos, entonces el cristianismo es borrado como un sistema sobrenatural, y los cristianos son de todos los hombres los más dignos de lástima, los más terriblemente engañados. Los heresiarcas de los primeros siglos, Cerinto, Marción, Valentín no fueron más atrevidos ni más destructivos en sus locas extravagancias de lo que es el autor de estos libros. La mentira inventada por los principales sacerdotes y ancianos de que sus discípulos robaron su cuerpo durante la noche mientras los soldados dormían es menos impactante que la especulación sin base y malvada de que ¡fue disuelto en gas! Para la mente devota y creyente, nada casi podría ser más blasfemo o terrible que esta calumnia. Mil años antes de que Él apareciera en forma humana el Espíritu de Dios le prometió que su carne descansaría en esperanza, que no vería corrupción. (Salmos 16:9, 10; Hechos 2:26-28). Sabemos por el registro cuán cuidadosa, cuán ansiosa casi podemos decir, fue la providencia divina de que su cuerpo después de su muerte fuera protegido; de ahí la guardia romana, la tumba nueva en la cual nunca había yacido hombre, el sello oficial, la vigilancia de ángeles, la poderosa guardia de Dios, todo combinado para proteger y salvaguardar los restos sagrados hasta la resurrección. Entonces los discípulos, María Magdalena, Jacobo el hermano del Señor (Gálatas 1:19), Pedro, Juan, todos lo vieron vivo en su propio cuerpo verdadero; hablaron con Él, caminaron con Él, incluso comieron con Él. “¡Disuelto en gas!” ¡Chocante, sumamente chocante!

Aprendemos de la narrativa de los Evangelios que el Salvador resucitado apareció a los discípulos cinco veces en ese memorable primer día de la semana, que unas seis veces además Él fue visto por ellos; y cuán a menudo además durante los cuarenta días que transcurrieron entre su resurrección y su ascensión no se nos dice. Pero sabemos muy bien que Él dio a sus discípulos prueba sobre prueba de la realidad de su resurrección, que el mismo cuerpo en el cual Él sufrió y murió en la cruz ahora había resucitado en el poder de una vida interminable. Él era y todavía es, “Este mismo Jesús”.

Se sintió una ligera curiosidad por ver qué haría el autor de *Millennial Dawn* con las repetidas apariciones del Señor. He aquí cómo él dispone de ellas: “La creación del cuerpo y la ropa en que Él apareció a ellos, en la misma habitación en la que estaban reunidos, fue prueba incuestionable de que Cristo ya no era un ser humano. Como ser humano, Él no podía entrar en la habitación sin abrir la puerta, pero como espíritu Él podía, y allí Él instantáneamente creó y asumió tal cuerpo de carne y tal ropa como vio apropiado para el propósito pretendido”. El escritor ignora totalmente el hecho supremo de que el cuerpo de resurrección del Señor, mientras retenía su identidad, era un cuerpo espiritual (1 Corintios 15:44), es decir, un cuerpo perfectamente adaptado al espíritu y sus condiciones; en consecuencia, ya no estaba bajo el dominio de las leyes naturales que gobiernan otros cuerpos materiales. Para la noción de que Cristo creó instantáneamente un cuerpo con su vestimenta apropiada cada vez que apareció a sus discípulos, no hay la más distante insinuación en toda la Biblia, una noción inventada por las exigencias de una teoría. Las propias palabras del Salvador a sus asustados discípulos parecen estar diseñadas para prevenir una idea tan tonta y absurda: “¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lucas 24:36-40).

5. Después de su resurrección Jesús se volvió divino. (Serie I, pp. 178, 179; Serie II, pp. 107, 108, 131, 155). La enseñanza es, que como recompensa por su obediencia perfecta, Jesús fue exaltado después de su muerte a la naturaleza más alta, la divina. Para esta doctrina que deshonra a Cristo, no hay ni un fragmento de Escritura. La exaltación de Cristo siempre está unida con su resurrección corporal de los muertos, y con

su gloriosa persona como el Dios-Hombre mediador. (Hechos 2:32-36; Romanos 8:34; Efesios 1:19-23; Filipenses 2:6-11; 1 Tesalonicenses 1:9, 10; 1 Timoteo 2:5, 6; 3:16; Hebreos 1:3, 4; 1 Pedro 3:21, 22; Apocalipsis 1:17, 18). El Señor Jesús no se volvió y no pudo volverse divino en su exaltación, pues Él era divino desde la eternidad. ¿Puede una mera criatura convertirse en partícipe de la deidad, y ser dotada con la infinitud y la omnipotencia de Dios? ¿No es la esencia divina incommunicable? Se dice de hecho que los creyentes son participantes de la naturaleza divina, (2 Pedro 1:4), pero esto no significa que ellos participen de las perfecciones del Todopoderoso. “Participantes de Cristo” (Hebreos 3:14) es exactamente equivalente.

Pero, ¿hubo una resurrección de Cristo en absoluto si los Testigos de Jehová enseñan la verdad? Su cuerpo no fue levantado; “Él ya no es humano en ningún sentido o grado”, se nos dice. Su espíritu humano no murió, pues Él lo encomendó a su Padre. Él prometió al ladrón penitente que “hoy estarás conmigo en el paraíso”, y era su espíritu el que estaría en ese lugar bendito. El ser espíritu que Él tenía antes de su advenimiento fue cambiado en su espíritu humano, no retuvo una existencia separada en absoluto. Bueno entonces, ¿Quién o qué fue levantado?

Los libros proporcionan evidencia inconfundible de que el Sr. Russell sostiene que una clase particular de los salvados, llamada la “manada pequeña”, compartirá con Jesús en la posesión de la naturaleza divina. Esta noción se enseña con cautela y reserva, pero indicios de ella se encuentran aquí y allá en los volúmenes. Uno puede adivinar fácilmente quiénes constituyen esta compañía favorecida. Al encontrarse con ello uno recuerda instantáneamente la mentira de Satanás, “seréis como Dios” (Génesis 3:5).

6. El segundo advenimiento del Señor Jesucristo tuvo lugar en octubre de 1874. (Vol. II, 187, 199; 234-245). Este anuncio sorprendente se alcanza por un proceso de razonamiento cronológico y matemático fundado parcialmente en los años del Jubileo hebreo. De los resultados de sus cálculos el Sr. Russell no alberga ninguna duda. Él está persuadido, o afirma que lo está, de que el Señor realmente vino a nuestra tierra en el otoño de 1874 y Él está ahora presente aquí. (Vol. II, 240). ¡En consecuencia, el glorificado Hijo de Dios ya ha estado en el mundo personal y literalmente por treinta y siete años! Al leer esta asombrosa declaración que se hace una y otra vez uno se queda mirando, y se frota los ojos y mira. Los cristianos a la antigua han creído durante siglos que el glorioso advenimiento de Cristo será acompañado por las señales más majestuosas de la presencia divina y los cambios y revoluciones más estupefacientes tanto en la tierra como en el cielo. Ellos están profundamente convencidos de que la Palabra de Dios garantiza tal anticipación; más bien, es debido al propio testimonio del Señor tocante a este evento poderoso que ellos así creen y esperan. Pero este período de treinta y siete años desde 1874 difiere muy poco si es que algo de cualquier otros treinta y siete años durante mil años. Más bien, el estudiante de historia podría señalar período tras período en los últimos quinientos años marcados por eventos inmensamente más trágicos que cualquiera de estos.

Como para ponernos en guardia contra ser engañados por argumentos plausibles y evidencias de su presencia nuestro Señor con palabras sumamente solemnes nos ha advertido: “Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. ... Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mateo 24:23-27). El Sr. Russell se niega a aceptar la palabra “relámpago”, y él la sustituye por “resplandor brillante”, y hace que se refiera a la salida del sol. Él hace esto para escapar de la idea de la repentina aparición del advenimiento como simbolizada por el destello del relámpago, pues esta interpretación contradeciría su teoría de que la “presencia” de Cristo se revela gradualmente, que Él puede estar mucho tiempo en la tierra y que pocos (los Testigos de Jehová solamente) sean conocedores del hecho estupefaciente. Como de costumbre él está totalmente equivocado. Cada versión examinada (cinco inglesas, tres italianas, la Vulgata y la española); cada léxico (Thayer, Green, Liddell y Scott, Sófocles, y *Vincent's Word Studies*), traducen la palabra griega “relámpago”. Se llama la atención a esta instancia particular de traducción errónea de la Escritura por la razón de que es solo una muestra del esfuerzo uniforme para vaciar cada texto de su verdadero significado

si de alguna manera niega la perspectiva de los Testigos de Jehová. Puntuaciones de tales abusos de la Escritura como el anterior se encuentran en estos libros; más bien, las características distintivas de este sistema vicioso traicionan la perversión Bíblica en cada punto.

Por ejemplo, los tres acompañantes sobrenaturales de Pablo del advenimiento, la “voz de mando”, la “voz de arcángel”, y la “trompeta de Dios” 1 Tesalonicenses 4:16 son todos símbolos y denotan la agitación, insatisfacción e inquietud manifiesta en todas partes a través del mundo civilizado desde 1874. Así se nos dice oracularmente. Si esto fuera todo lo que el apóstol quiso decir, entonces debemos confesar que la “majestad de la predicción se pierde en la pobreza de su cumplimiento”. Que se mencione un otro texto — Apocalipsis 6:16: “Y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros (cubrid, protegéd), y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono”. “El pensamiento es el de protección, no de destrucción. El cumplimiento real ya está comenzando”.

Además, de acuerdo con la clara enseñanza de la Escritura, la resurrección de los santos tiene lugar en la venida del Señor. (1 Corintios 15:51-57; 1 Tesalonicenses 4:13-18). Parece también que los dos eventos son contemporáneos y simultáneos; la venida del Señor, incluso antes de que Él alcance la tierra, efectúa el levantamiento de los santos que duermen y la transformación de los creyentes vivos, cuando ambos juntos son arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire. (1 Tesalonicenses 4:16, 17). Se nos asegura que este majestuoso evento ocurrirá “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”, 1 Corintios 15:51. *Millennial Dawn* igualmente enseña que la resurrección tiene lugar en el advenimiento del Señor, pero no inmediatamente; cuatro años transcurren entre la “presencia”. del Señor en la tierra y la resurrección de los santos; lo uno ocurre en 1874, lo otro en 1878. (Vol. III, pp. 234-5; 302-306). Leemos: “¿Que en la primavera de 1878 todos los santos apóstoles y otros ‘vencedores’. de la era del Evangelio que durmieron en Jesús fueron resucitados seres espirituales, semejantes a su Señor y maestro?”. “El Señor Jesús y los santos resucitados que ya están aquí dedicados a la gran obra de la cosecha”. — “Tal es la situación actual: el gran Juez ha venido, no como en el primer advenimiento, en un cuerpo de humillación, para sacrificio, sino en la plenitud de su poder como un ser espiritual”. “Y aunque concluimos que su resurrección es ahora un hecho consumado, y por lo tanto que ellos, así como el Señor, están ahora presentes en la tierra, el hecho de que no los veamos no es obstáculo para la fe cuando recordamos que, al igual que su Señor, ahora son seres espirituales y, como Él, invisibles para los hombres”. Desde 1874 Jesucristo ha estado morando en la tierra; desde 1878 los santos resucitados también han estado residiendo en la tierra; ¡y ningún mortal tiene la más mínima idea de ello, excepto C. T. Russell y sus seguidores!

Todo esto es suficientemente asombroso, pero estas nociones no están solas. Otras cosas maravillosas se encuentran en los volúmenes que estamos revisando. “La primavera de 1878 marca la fecha en que los sistemas de la iglesia nominal fueron ‘vomitados’. Apocalipsis 3:16, y desde ese tiempo (1878 d.C.) no son los portavoces de Dios, ni en ningún grado reconocidos por Él” ... “Reconocemos el año 1881 d.C. como el que marca el cierre del favor especial a los gentiles —el cierre del ‘supremo llamamiento’, o invitación a las bendiciones peculiares de esta era —para convertirse en coherederos con Cristo y partícipes de la naturaleza divina”. (Vol. 235).

Se requiere valor o imprudencia para hacer las afirmaciones anteriores. ¡Durante treinta y tres años las iglesias evangélicas han estado sin reconocimiento divino, “vomitadas”. de la boca del Señor! Y, sin embargo, durante este mismo período, el Evangelio ha sido llevado a las secciones más irremediabilmente degradadas e ignorantes de nuestro planeta por los siervos de Jesucristo más devotos y verdaderamente apostólicos desde el primer siglo. ¡Durante treinta años ha cesado todo favor especial a los gentiles! Esto frente a los años más fructíferos de misiones durante casi diez siglos. Los Testigos de Jehová tienen un valor inigualable. Para una afirmación descarada sería difícil encontrar a sus iguales.

7. La consumación final de la era tendrá lugar en octubre de 1914. (Vol. II, p. 234, Vol. III, p. 153). Esta fecha, 1914, como la que termina absolutamente el orden actual de las cosas del mundo, se toma como fija más allá de toda duda o contingencia. Docenas de veces el escritor de estos libros la establece como positiva e inalterable. Él encuentra su paralelo en el ministerio y el rechazo del Salvador por los israelitas, del 33 d.C. al 70 d.C., cuando ocurrió el derrocamiento de Jerusalén y los judíos entraron en un exilio que aún perdura. Así que la “cosecha”, o la prueba final, va desde el 1874 d.C. hasta 1914 cuando el dominio de los gentiles será destruido, la cristiandad será aniquilada, todo el mal terminará, y la justicia y la paz llenarán el mundo redimido. ¡Es entonces cuando el milenio, tan esperado y tan anhelado, finalmente llega y el planeta celebra su alegre e interminable jubileo!

Uno se cansa de este intento interminable de fijar cronológicamente el fin de la era. Durante casi mil años los hombres, muchos de ellos cristianos devotos y sinceros, han estado bastante seguros de haber descubierto la clave de la profecía cronológica y han anunciado confiadamente el tiempo del fin. Un poco antes del año 1000 d.C. el mundo se llenó de pánico, porque se creía que esa fecha coincidiría con el juicio final y el fin del mundo. Miller, Cumming, Elliott, Dimbleby, Totten, y uno no sabe cuántos más, intentaron fijar la fecha de la consumación, basándose en motivos cronológicos y astronómicos: establecieron tanto el día como la fecha con exactitud, y fracasaron ignominiosamente, por supuesto. Marcos 13:32 debería detener esta tontería, pero por desgracia, no lo hace.

Solo quedan tres años de nuestra era. Uno puede percibir fácilmente qué entusiasmo debe despertar la cercanía del fin en los corazones de los creyentes en las fechas del Sr. Russell. Si solo tres años nos separan de las revoluciones y convulsiones cósmicas que sacudirán la tierra hasta sus cimientos, entonces por qué deberían los Testigos de Jehová aferrarse a su propiedad y agarrar fuertemente su dinero. Pronto no será necesario, la riqueza no valdrá nada y los bonos no tendrán mercado. No es una sorpresa, por lo tanto, que los seguidores del Sr. Russell viertan un flujo continuo en la tesorería de la *Watch Tower*, ni que los sermones puedan imprimirse en multitudes de periódicos por todo el país, ni que se puedan alquilar grandes salones para conferencias, ni que estos volúmenes puedan venderse a 37 centavos la copia.

8. En la resurrección final, que es simultánea para todos los muertos excepto para “la manada pequeña”, el Evangelio será predicado a los no salvos y la gran masa de la humanidad lo aceptará y será salva. (Vol. I, Estudio 6, 8, 9). La predicación a los muertos no salvos ahora por fin resucitados durará cien años por lo menos, y puede continuar a lo largo de todo el día de Cristo, es decir, durante el milenio (p. 144). Hay dos juicios mundiales registrados en la Biblia, el de las naciones, Mateo 25:31-46; y el de Apocalipsis 20:11-15 —el juicio ante el gran trono blanco, y que parece estar confinado exclusivamente a los muertos, grandes y pequeños. Los dos incluyen a la raza excepto a los santos que no vienen a juicio en cuanto a vida y muerte Juan 5:24. En ninguno de estos juicios hay una insinuación de que se tendrá la oportunidad para aquellos congregados ante estos tronos de arrepentirse, creer y ser salvos. Por el contrario, su destino eterno es fijado por el Juez Todopoderoso. Note cuán abarcadores son estos dos juicios; el uno incluye a “todas las naciones”, el otro, a “los muertos, grandes y pequeños”. Ninguno escapa excepto aquellos que tienen parte en “la primera resurrección”. (Apocalipsis 20:4-6). En ambos casos la condena eterna, irreparable e indescriptible, cae sobre los impenitentes e impíos que rechazaron a Cristo en este mundo y vida.

Además, se dice expresamente que el juicio ante el gran trono blanco sigue a los mil años: “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”. (Apocalipsis 20:5). “Los otros muertos”. incluyen a todos los que no tienen parte en la primera resurrección. El Sr. Russell se esfuerza vigorosamente por arrojar dudas sobre la autenticidad de Apocalipsis 20:5. Él busca negar su testimonio, porque contradice directamente su teoría de que todos los muertos que no comparten en la primera resurrección serán resucitados al comienzo de los mil años, y entonces se les dará la oportunidad de arrepentirse y ser salvos. Pero, como de costumbre, él está bastante equivocado. Él está solo en su rechazo del versículo. Cada texto griego crítico desde Griesbach hasta Nestle y Swete (1907) retiene las palabras, ni uno solo de estos eruditos abriga la más mínima sospecha de su integridad.

9. Otros dos errores de este vicioso sistema no pueden ser más que mencionados, no expandidos, debido a los límites a los que este documento debe estar confinado.

Uno de estos, el noveno error, esencial y fundamental en el cristianismo, es la persona y obra del Espíritu Santo. Hay un silencio extraño y ominoso con respecto a este tema tan importante, muy evidente en los escritos del Sr. Russell. Una lectura cuidadosa de estos volúmenes que comprenden más de mil páginas ha descubierto solo una referencia solitaria al Espíritu; es una mención casual del Espíritu en conexión con el día de pentecostés. La declaración se hace simplemente como un hecho histórico, o más bien como un evento que marca una etapa en el desarrollo de la iglesia cristiana. Ni una sola palabra de enseñanza ha encontrado el escritor en *Millennial Dawn* en cuanto a la personalidad distinta del Espíritu, o en cuanto a su agencia suprema en la salvación de los pecadores. A Él se le atribuye en la Biblia la regeneración, santificación y crecimiento espiritual del creyente. Cuán vasto es el lugar que se le asigna a Él en la Escritura, en la creación, en la capacitación de Israel para su misión, en la inspiración de los profetas y salmistas del Antiguo Testamento, en la investidura de Cristo mismo para su obra de redención, en la plantación y formación de la iglesia cristiana, en los dones otorgados a los apóstoles y profetas, en la guía de la iglesia por sus maestros elegidos, y en los escritores inspirados del Nuevo Testamento, todos los lectores atentos de la Escritura lo saben. Poco antes de su crucifixión el Señor Jesús dejó a sus discípulos esta majestuosa promesa: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador... el Espíritu de verdad”. “Otro Consolador”, es decir, uno en lugar de Sí mismo, uno como Él mismo y uno que continuaría y completaría su propia gran revelación (Juan 14:16-18, 26; 15:26, 27; 16:7-14). En el Día de Pentecostés esta promesa se cumplió mediante el don del Espíritu en un poder y eficiencia maravillosos. Pero el Russellismo es total y criminalmente silencioso respecto a esta poderosa verdad.

El Sr. Russell no es en ningún sentido bíblico un trinitario. Él ignora la persona y la obra del Espíritu en su sistema de doctrina y no tiene nada que supla su lugar salvo sus propios puntos de vista sobre la Palabra de Dios. Incluso afirma que el Hijo de Dios fue una vez una criatura, luego un mero hombre, pero ahora al fin exaltado a ser divino. Esto está en clara contradicción con la propia afirmación solemne de Dios en Isaías 43:10, 11: “Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí. Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve”. Tampoco es un monoteísta. Según su enseñanza, hay otros dioses además de Jehová. Sostiene que la “manada pequeña”, también se convertirá en participante de la naturaleza divina y será exaltada al igual que lo fue Jesús. Aquí, por lo tanto, la inferencia es bastante clara, a saber, que el Sr. Russell admite una pluralidad de dioses.

En todo esto hay una curiosa analogía entre la teología de Russell y el mormonismo; porque el mormonismo igualmente sostiene que hay muchos dioses; cada uno de estos fue una vez un ser humano como nosotros y ha crecido por evolución hasta convertirse en un dios. Uno de los maestros del mormonismo, Brigham Young, afirma que Adán es nuestro padre y nuestro Dios, el único Dios con el que tenemos que tratar. Los Testigos de Jehová son esencialmente politeístas; y como siempre ha sucedido con el politeísmo, este sistema, si perdura, se hundirá finalmente en la idolatría.

10. El otro error se relaciona con el destino de los impíos. En casi ningún otro punto el Sr. Russell se detiene tan constante y persistentemente como en la doctrina del castigo futuro y eterno. Él niega sin reservas que los impíos, los perdidos, sufran en otra vida. Como es habitual en él, la enseñanza de la Biblia sobre este terrible tema o la evade o le da una interpretación tipológica. El tema grotesco de una de sus conferencias más populares, una conferencia que ha pronunciado en todo nuestro país, en Canadá y también en Inglaterra, y publicada en una gran cantidad de periódicos y revistas, es “Al infierno y de regreso”. Las multitudes han escuchado con no poca satisfacción sus afirmaciones de que no hay infierno, ni castigo eterno, ni falta de esperanza después de la muerte. Él sostiene que en la resurrección, que ha de incluir tanto a los justos como a los impíos, el evangelio de salvación será predicado a todos los que no lo recibieron, a pesar de haberlo

escuchado, mientras estaban en esta vida, y a aquellos que nunca tuvieron la oportunidad mientras estaban en la vida terrenal de escuchar y creer. Durante cien años continuará la predicación a estas clases y la gran masa de ellos creará y entrará en la vida eterna. Aquellos que rechacen persistentemente la oferta de salvación y rechacen la misericordia del Señor serán aniquilados; un acto del poder divino los borrará de la existencia para siempre. Solo se necesita un comentario o dos para convencer a cualquier persona honesta y sensata de que tal enseñanza no solo no es bíblica sino todo lo contrario. Nuestro Señor mismo, Jesucristo el Hijo de Dios, reveló más del castigo eterno de los perdidos que cualquier otro testigo de Dios en la Biblia. En doce textos del Nuevo Testamento, Él habla del lugar donde los impíos son confinados como la *Gehena*, y en cada uno excepto uno, las palabras de la más solemne advertencia en cuanto a las consecuencias eternas del pecado cayeron de sus propios labios. Él lo describe como el lugar donde el gusano de ellos nunca muere y donde el fuego nunca se apaga. Él enseña que el castigo de los perdidos es de la misma duración que la vida de los salvos –eterno. Mateo 25:46. En Apocalipsis se le llama el lago de fuego y la muerte segunda. Estos son los términos que se usan para describir el estado eterno de los impíos. La muerte segunda no es la aniquilación. Leemos en Apocalipsis 19:20; 20:10 que después de mil años en el lago de fuego, la bestia y el falso profeta todavía están allí sin ser destruidos. Es un tema prohibitivo, espantoso para el corazón natural, pero no obstante, uno claramente enseñado en las Escrituras, que los que rechazan a Jesucristo, los que odian a Dios, sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.

Resumen de las Falsas Doctrinas de los Testigos en el libro *Millennial Dawn*:

1. Cristo antes de su advenimiento no era divino.
2. Cuando Él estaba en el mundo, todavía no era divino.
3. Su expiación fue exclusivamente humana, de un mero hombre.
4. Desde su resurrección, Él es solo divino, ya no es humano en absoluto.
5. Su cuerpo no fue resucitado de entre los muertos.
6. Su segundo advenimiento tuvo lugar en 1874.
7. Los santos fueron resucitados en 1878.
8. Tanto Cristo como los santos están ahora en la tierra y lo han estado durante treinta y siete y treinta y tres años respectivamente.
9. La iglesia cristiana profesante fue rechazada por Dios en 1878.
10. La consumación final y el fin tendrán lugar en 1914.
11. Silencio en cuanto a la persona y obra del Espíritu Santo.
12. El destino de los impíos.

Tal es el amanecer milenarismo de C. T. Russell, una mezcla de unitarismo, universalismo, segunda probación y restauracionismo, y el método suedenborgiano de exégesis. Que el lector recuerde que la imposición no es exposición, ni la eiségesis es exégesis. El Sr. Russell emplea constantemente ambas; él impone en la Escritura sus propios puntos de vista y lee en ella lo que nunca entró en la mente del escritor inspirado. Que

Dios en su infinita misericordia preserve a su pueblo de ser engañado y traicionado por esta falsificación del cristianismo.

[Nota del traductor: El título original fue *Millennial Dawn*. El mismo término a través del artículo ha sido sustituido por “Testigos de Jehová” en varias ocasiones por motivos de claridad.]

Capítulo 48 Crítica del Antiguo Testamento y Cristianismo del Nuevo Testamento

Por el profesor W. H. Griffith Thomas, Doctor en Teología
Wycliffe College, Toronto, Canadá

Un gran número de cristianos se siente obligado a objetar la actitud actual de muchos eruditos hacia las Escrituras del Antiguo Testamento. Ahora se enseña que los patriarcas de la historia judía no son personas históricas; que los relatos relacionados con Moisés y la entrega de la ley en el Sinaí no son históricos; que la historia del tabernáculo en el desierto es una narración fabricada de la época del exilio; que no se puede confiar en los profetas en sus referencias a la historia antigua de su propio pueblo, ni en sus predicciones del futuro; que los escritores del Nuevo Testamento, que sin duda creían en los relatos del Antiguo Testamento, estaban equivocados en el valor histórico que asignaban a esos relatos; que nuestro Señor mismo, en sus repetidas referencias a las Escrituras de su propia nación y en su supuesto reconocimiento de la autoridad divina de esas Escrituras y de la realidad de los grandes nombres que ellas registran, sólo pensaba y hablaba como un judío ordinario de su tiempo, y era tan propenso al error en cuestiones de historia y de crítica como cualquiera de ellos.

El presente escrito tiene por objeto expresar algunas de las preguntas que han surgido en el curso del estudio personal, en relación con el trabajo colegial y también durante varios años de ministerio pastoral ordinario. A menudo se insiste en que los problemas de la crítica del Antiguo Testamento son sólo para expertos y sólo ellos pueden decidirlos. Nos atrevemos a cuestionar la corrección de este punto de vista, especialmente si se recuerda que para muchas personas “expertos” significa únicamente expertos en filología hebrea. Por todos los medios, tengamos todo el conocimiento especializado posible; pero, como las cuestiones bíblicas son complejas e implican varias consideraciones, necesitamos conocimiento especializado en arqueología, historia, teología e incluso experiencia espiritual, además de en filología. Todo factor disponible debe tomarse en cuenta, y el objetivo del presente escrito es enfatizar ciertos elementos que parecen estar expuestos a ser pasados por alto, o al menos considerados de manera insuficiente.

No cuestionamos ni por un instante el derecho de la crítica bíblica considerada en sí misma. Al contrario, es una necesidad para todos los que usan la Biblia ser “críticos” en el sentido de usar constantemente su “juicio” respecto a lo que tienen delante. Lo que se llama “crítica superior” no sólo es un método legítimo, sino necesario para todos los cristianos, porque mediante su uso podemos descubrir los hechos y la forma de las Escrituras del Antiguo Testamento. Nuestra reserva, por consiguiente, no pretende aplicarse al método, sino a lo que se considera un uso ilegítimo, anticientífico y antihistórico del mismo. De hecho, basamos nuestras objeciones a gran parte de la crítica moderna del Antiguo Testamento en lo que consideramos un uso apropiado de una verdadera crítica superior.

1. ¿No tiene ningún valor el testimonio de diecinueve siglos de historia y experiencia cristianas en esta cuestión?

Durante casi dieciocho siglos no se oyeron estas opiniones modernas sobre el Antiguo Testamento. Y esto no se puede explicar por la ausencia de capacidad intelectual y erudición en la iglesia. Hombres como Orígenes, Jerónimo, Agustín, Tomás de Aquino, Erasmo, Calvino, Lutero, Melancthon, por no hablar de los puritanos ingleses y otros teólogos del siglo XVII, no eran intelectualmente débiles o inertes, ni estaban del todo desprovistos de agudeza crítica con referencia a la Sagrada Escritura. Sin embargo, ellos, y toda la iglesia con ellos, nunca vacilaron en aceptar la opinión acerca del Antiguo Testamento que les había llegado, no sólo como una herencia del judaísmo, sino como avalada por los apóstoles. Omitiendo toda referencia a nuestro Señor, no se puede poner en duda que las opiniones de San Pablo, San Pedro y San Juan acerca del Antiguo Testamento fueron las opiniones de toda la iglesia cristiana hasta finales del siglo

XVIII. Y, haciendo toda la concesión posible a la falta de espíritu histórico y de métodos críticos modernos, ¿hemos de suponer que la iglesia entera durante siglos nunca ejerció su mente en asuntos tales como el contenido, la historia y la autoridad del Antiguo Testamento?

Además, este es un asunto que no puede decidirse sólo por la crítica intelectual. La Escritura apela a la conciencia, al corazón y a la voluntad, así como a la mente; y la conciencia cristiana, la experiencia espiritual acumulada del cuerpo de Cristo, no debe ser tomada a la ligera, ni mucho menos dejada de lado, a menos que se pruebe que carece de fundamento en los hechos. Aunque no afirmamos que “lo que es nuevo no es verdadero”, la novedad de estas opiniones críticas modernas debería hacernos detener antes de que prácticamente dejemos de lado el instinto espiritual de siglos de experiencia cristiana.

2. ¿Concuerda fácilmente la nueva crítica con la posición histórica de la nación judía?

La nación judía es un hecho en la historia, y su registro se nos da en el Antiguo Testamento. No hay literatura contemporánea que pueda cotejar el relato allí dado, y la arqueología nos brinda ayuda sólo en puntos de detalle, no para ningún período largo o continuo. Puede demostrarse que este registro de la historia judía ha permanecido igual durante muchos siglos. Sin embargo, gran parte de la crítica moderna se ve obligada a reconstruir la historia de los judíos en varios puntos importantes. Implica, por ejemplo, una idea muy diferente del carácter de la forma más antigua de la religión judía de la que se ve en el Antiguo Testamento tal como ahora está; sus opiniones sobre los patriarcas son en gran medida distintas de las concepciones que se encuentran en la superficie del relato del Antiguo Testamento; sus opiniones sobre Moisés y David se modifican esencialmente de lo que tenemos ante nosotros en el Antiguo Testamento.

Ahora bien, ¿qué hay en la historia judía que apoye toda esta reconstrucción? Absolutamente nada. A través de los siglos vemos el gran hecho objetivo sobresaliente de la nación judía, y el Antiguo Testamento es a la vez el medio y el registro de su vida nacional. Nació con ellos, creció con ellos, y sólo a los judíos podemos acudir para obtener el testimonio más antiguo acerca del canon del Antiguo Testamento.

Frente a estos hechos, es pura verdad decir que las posiciones fundamentales de la crítica moderna del Antiguo Testamento son totalmente incompatibles con el desarrollo histórico y la posición del pueblo judío. ¿No tenemos razón, por lo tanto, en detenernos antes de aceptar esta reconstrucción subjetiva de la historia? Que cualquiera lea el artículo de Wellhausen sobre “Israel” en la *Encyclopaedia Britannica*, y luego se pregunte si allí reconoce en absoluto la historia tal como se presenta en el Antiguo Testamento.

3. ¿Están realmente establecidos los resultados de la opinión moderna sobre el Antiguo Testamento?

A veces se dice que la crítica moderna ya no es una cuestión de hipótesis; ha entrado en el dominio de los hechos. El principal George Adam Smith ha llegado a decir que “la crítica moderna ha ganado su guerra contra las teorías tradicionales. Sólo queda fijar el monto de la indemnización”. Pero, ¿es realmente así? ¿Podemos afirmar que los resultados de la crítica moderna son hechos establecidos? De hecho, el Dr. Smith mismo ha admitido, desde que escribió las palabras anteriores, que aún hay cuestiones abiertas que se suponía que estaban resueltas y cerradas hace veinte años.

En primer lugar, ¿es en absoluto probable o siquiera pensable desde el punto de vista literario el análisis literario excesivo del Pentateuco? Que cualquiera trabaje una sección de Génesis tal como la presenta el Dr. Driver en su *Introduction*, y vea si una combinación tan compleja de autores es en absoluto probable, o si, aun cuando lo fuera, se pueden distinguir ahora los diversos autores. ¿No es todo el método demasiado puramente subjetivo para ser probable y confiable?

Además, los críticos no están de acuerdo en cuanto al número de documentos ni en cuanto a las porciones que deben asignarse a cada autor. Puede darse un simple ejemplo de ello. No hace muchos años la crítica

se contentaba con decir que Isaías 40-66, aunque no es de Isaías, era obra de un solo autor, un profeta desconocido del Exilio. Pero los escritores más recientes, como Duhm, Macfadyen y Wade, consideran que estos capítulos son obra de dos escritores y que todo el libro de Isaías (de tres autores) no recibió su forma actual hasta mucho después del regreso del exilio.

Luego, estas diferencias en el análisis literario implican diferencias de interpretación y diferencias de fecha, carácter y significado de partes particulares del Antiguo Testamento. Para demostrar esto, pedimos atención a los siguientes extractos de una reseña de una obra sobre Génesis del profesor Gunkel, de Berlín. La reseña es del profesor Andrew Harper, de Melbourne, y apareció en la *Critical Review* de enero de 1902. La posición del profesor Harper, según imaginamos, podría caracterizarse acertadamente como generalmente favorable a la postura moderada del movimiento crítico. Sus comentarios sobre el libro de Gunkel son, por lo tanto, tanto más notables como significativos.

“Cambiará por completo la dirección del conflicto en cuanto a los primeros libros del Pentateuco y lo llevará por cauces más fructíferos, pues ha planteado la cuestión fundamental de si las narraciones de Génesis no son mucho más antiguas que los autores de los documentos señalados como J, E, P, y si no son testigos fieles de la religión de Israel antes de los tiempos proféticos”. “Su conclusión será, en muchos aspectos, bienvenida a quienes han sentido cuán increíbles son algunos de los supuestos de la escuela crítica de Kuenen-Wellhausen”.

“Saltará a la vista de inmediato qué trastorno de las concepciones corrientes respecto a la historia de la religión ha de seguirse si se acepta”.

“Son suficientes, si se prueban, para trastornar por completo todas las reconstrucciones corrientes de la religión de Israel. Para la mayoría de los lectores se verá que en gran parte las ha confirmado”.

“No cabe duda de que su libro inicia con gran habilidad una reacción sana y muy necesaria. Por tanto, debería ser leído y bien recibido por todos los estudiantes del Antiguo Testamento cuya mente esté abierta”.

A la luz de la postura de Gunkel, así respaldada por el profesor Harper, ¿es justo reclamar la victoria para las teorías críticas modernas del Antiguo Testamento? Cuando un erudito capaz como el profesor Harper puede hablar de una obra nueva como “suficiente para trastornar por completo todas las reconstrucciones corrientes de la religión de Israel”, es ciertamente prematuro hablar, aunque sea en un momento de entusiasmo retórico, como lo hace el Dr. George Adam Smith, de “victoria” e “indemnización”. El propio Dr. Smith admite ahora que Gunkel ha derribado la teoría de Wellhausen sobre las narraciones patriarcales. Y el mismo erudito nos ha dicho que la distinción en el uso del nombre de Dios es “demasiado precaria” como base de argumentos para distinguir fuentes. Por nuestra parte, respaldamos de todo corazón las palabras de un erudito estadounidense cuando dice:

“Estamos seguros de que no habrá ningún arreglo definitivo de las cuestiones bíblicas sobre la base de la crítica superior que ahora se llama comúnmente con ese nombre. Muchas enseñanzas específicas del sistema sin duda permanecerán. Pero en la medida en que se basa en la suposición de que las declaraciones de hechos en las Escrituras son bastante generalmente falsas, en esa medida es incapaz de establecer resultados realmente permanentes”.* Sir W. Robertson Nicoll, editor del *British Weekly*, observó hace muy poco que los “resultados asegurados” parecen desvanecerse, que en realidad nadie sabe cuáles son.

* (Dr. G. A. Smith, *Modern Criticism and the Preaching of the Old Testament*, p. 35. Dr. Willis J. Beecher, *The Bible Student and Teacher*, enero de 1904)

4. ¿Es realmente compatible la postura de la crítica moderna con la fe en el Antiguo Testamento como revelación divina?

El problema ante nosotros no es meramente literario ni sólo histórico; es esencialmente religioso, y todo el asunto se reduce a una sola pregunta: ¿Es el Antiguo Testamento el registro de una revelación divina? Este es el problema último. Ambas partes admiten que es casi imposible minimizar las diferencias entre las opiniones tradicionales y las modernas sobre el Antiguo Testamento. Como dice con acierto un reseñador del libro del Dr. George Adam Smith, *Modern Criticism and the Preaching of the Old Testament*:

“La diferencia es inmensa; implican distintas concepciones de la relación de Dios con el mundo; distintas opiniones acerca del curso de la historia de Israel, del proceso de la revelación y de la naturaleza de la inspiración. No podemos ser elevados de la antigua a la nueva posición por la influencia de un estilo literario encantador, ni por la fuerza de la más entusiasta elocuencia”.*

* (*American Journal of Theology*, Vol. VI, p. 114)

Ante esta diferencia fundamental, la cuestión de la confiabilidad del Antiguo Testamento se vuelve aguda y apremiante. Para examinarla de manera justa y completa, consideremos algunas de las afirmaciones hechas en defensa de la opinión moderna.

Podemos considerar primero el origen y el progreso de la religión en Israel. El Dr. G. A. Smith dice: “Es evidente, entonces, que, por muy altas que fueran las alturas a las que después se elevó la religión de Israel, antes de la época de los grandes profetas se mantuvo, no sólo semejante, sino en todos los aspectos mencionados arriba idéntica a la religión semítica general; la cual no era un monoteísmo, sino un politeísmo con una oportunidad para el monoteísmo en su centro, estando cada tribu ligada a un dios, como a su Señor y Padre particular”.*

* (*Modern Criticism*, p. 130)

Consideremos lo que significa la frase “en todos los aspectos mencionados arriba idéntica a la religión semítica general”, aplicada a la religión de Israel antes del siglo VIII a. C. ¿Puede esta opinión deducirse con justicia del Antiguo Testamento tal como ahora lo poseemos? Más aún, ¿es concebible tal opinión a la luz de los varios siglos precedentes de los tratos especiales de Dios con Israel? ¿En qué consistió, bajo esta suposición, la singularidad de Israel desde el tiempo de Abraham hasta el siglo VIII a. C.?

Podemos considerar luego el carácter de las narraciones de Génesis. La verdadera cuestión en disputa es el carácter histórico. La crítica moderna considera el relato de Génesis como en gran parte mítico y legendario. Sin embargo, es seguro que los judíos de los siglos posteriores aceptaron a estos patriarcas como personajes verdaderos y los sucesos relacionados con ellos como historia genuina. San Pablo y los demás escritores del Nuevo Testamento sin duda tenían la misma opinión. Si, entonces, no son históricos, ciertamente las verdades enfatizadas por profetas y apóstoles a partir de las historias patriarcales quedan hasta cierto punto debilitadas en sus apoyos.

Tomemos, además, la legislación que en el Pentateuco se asocia con Moisés y que casi invariablemente se introduce con la frase “Y habló Jehová a Moisés” (“El Señor habló a Moisés”). La crítica moderna considera que esta legislación fue desconocida hasta el Exilio, es decir, mil años después de la época de Moisés. ¿Es realmente posible aceptar esto como satisfactorio? ¿Debemos suponer que “Y habló Jehová a Moisés” no es más que un recurso literario bien conocido, destinado a revestir la declaración de mayor importancia y de una sanción más solemne? Esta postura, junto con la opinión generalmente aceptada por la crítica moderna acerca de la invención de Deuteronomio en los días de Josías, no puede considerarse de acuerdo con el hecho histórico ni con el principio ético.

Es verdad que el canónigo Driver y el Dr. G. A. Smith afirman enérgicamente la compatibilidad de las nuevas opiniones con la fe en la autoridad divina del Antiguo Testamento, y, en cuanto a ellos mismos, por supuesto aceptamos sus declaraciones *ex animo*. Pero quisiéramos que nos dieran, de manera más clara y definida que hasta ahora, las bases sobre las cuales puede decirse que descansa esta compatibilidad. Negar la historicidad, corregir fechas por cientos de años, invertir juicios sobre los que una nación ha descansado durante siglos, contradecir opiniones que han sido el sustento espiritual de millones, y luego decir que todo esto es compatible con considerar el Antiguo Testamento como una revelación divina es, como mínimo, desconcertante, y no proporciona satisfacción mental ni moral a muchos que no sueñan con poner en duda la buena fe de los eruditos que sostienen las opiniones aquí criticadas. Los extremos a los que ha llegado el Dr. Cheyne parecen a muchos la consecuencia lógica de los principios con los que la crítica moderna, incluso en su forma moderada, comienza. *Facilis descensus Averno*, y quisiéramos que se nos mostrara el lugar firme y lógico donde quienes se niegan a ir con Cheyne piensan que ellos y nosotros podemos permanecer.

Sir W. Robertson Nicoll, comentando el 12 de marzo de 1903 un discurso pronunciado por el entonces Primer Ministro de Gran Bretaña (el señor Balfour) en relación con el Centenario de la Sociedad Bíblica, hizo las siguientes observaciones significativas: “Los resultados inmediatos de la crítica son en alto grado perturbadores. Hasta ahora apenas han sido comprendidos por el cristiano medio. Pero el hombre sencillo, que ha estado acostumbrado a recibir todo en la Biblia como verdadera Palabra de Dios, no puede dejar de sentirse perplejo, y profundamente perplejo, cuando se le dice que gran parte del Antiguo Testamento y del Nuevo no es histórica, y cuando se le pide que acepte la afirmación de que Dios se revela a Sí mismo por medio de mito y leyenda tanto como por medio de la verdad de hecho. El señor Balfour debe saber sin duda que muchos de los críticos superiores han dejado de ser creyentes. Hace más de veinte años, el presente escritor, paseando con Julius Wellhausen por las pintorescas calles de Greifswald, se atrevió a preguntarle si, en caso de que se aceptaran sus opiniones, la Biblia podría conservar su lugar en la estimación del pueblo común. ‘No puedo ver cómo eso es posible’, fue la triste respuesta”.

No se trata simplemente de una cuestión de cómo podemos usar el Antiguo Testamento para la predicación, ni de cuánto queda disponible para su uso después de que se aceptan las opiniones críticas. Pero incluso nuestra predicación carecerá en gran medida de la nota de certidumbre. Si hemos de considerar ciertas biografías como no históricas, no será fácil extraer lecciones para la conducta, y si la historia es en gran parte legendaria, nuestras deducciones acerca del gobierno y la providencia de Dios tienen que quedar esencialmente debilitadas. Pero el único punto que hay que afrontar es la credibilidad histórica de aquellas partes del Antiguo Testamento cuestionadas por la crítica moderna, y el valor histórico y religioso de los documentos del pentateuco. Mientras tanto, pedimos que se nos dé una clara prueba de la compatibilidad de las opiniones modernas con la aceptación del Antiguo Testamento como el registro de una revelación divina.

5. ¿Está la crítica moderna basada en una filosofía sana que los cristianos puedan aceptar?

En la base de gran parte del pensamiento moderno se encuentra la filosofía conocida como Idealismo, la cual, tal como a menudo se interpreta, implica una teoría del universo que no encuentra espacio para intervenciones sobrenaturales de ninguna clase. Se dice que la gran ley del universo, que abarca los ámbitos físico, mental y moral, es la evolución, y aunque esto sin duda presupone un creador original, no permite, según la teoría que ahora tenemos ante nosotros, ninguna intervención directa posterior de Dios durante el proceso de desarrollo. Este principio filosófico general aplicado a la historia ha influido sin duda, si no ha moldeado casi por completo, gran parte de la crítica moderna del Antiguo Testamento. No se sostiene que todos los que aceptan incluso la postura de una crítica moderada lleguen hasta el extremo de la teoría evolutiva radical; pero no puede caber duda razonable de que la mayor parte de la crítica del Antiguo Testamento está afectada de manera importante por una teoría evolutiva de toda la historia que tiende a minimizar la intervención divina en los asuntos del pueblo de Israel. Es ciertamente correcto decir que el

presupuesto de gran parte del razonamiento crítico contemporáneo es la negación de lo sobrenatural y, en especial, del elemento predictivo en la profecía.

En cuanto a la teoría de la evolución, considerada como un proceso de diferenciación ininterrumpida de las existencias bajo leyes puramente naturales y sin ninguna intervención divina, bastará decir que no está “probada” en el campo de la ciencia natural, mientras que en los ámbitos de la historia y la literatura es palpablemente falsa. Los registros de la historia y de la literatura revelan de vez en cuando el gran hecho y factor de la personalidad, la realidad del poder personal, y este elemento determinante tiene una manera peculiar de dejar sin valor todas las teorías idealistas de un progreso puramente natural y uniforme en la historia y las letras. La literatura de hoy no es necesariamente superior a la producida en el pasado; la historia del siglo pasado no es en todos los aspectos y siempre superior a la de sus predecesores. Incluso un escritor “naturalista” como el profesor Percy Gardner da testimonio del hecho y de la fuerza de la personalidad en los siguientes términos notables:

“Hay, en efecto, una gran fuerza en la historia que no es, hasta donde podemos juzgar, evolutiva, y cuya ley es muy difícil de rastrear: la fuerza de la personalidad y del carácter”. Y, aparte por completo de tales ejemplos de personalidad como han surgido de tiempo en tiempo a través de los siglos, hay una Personalidad que aún no ha sido explicada por ninguna teoría de la evolución: la persona de Jesús de Nazaret.

Hay datos suficientes en la crítica actual del Antiguo Testamento que justifican la afirmación de que procede de presuposiciones acerca de los orígenes de la historia, de la religión y de la Biblia que, en su esencia, son subversivas de la fe en una revelación divina. Y siendo así el caso, miramos naturalmente con grave sospecha los resultados derivados de un fundamento filosófico tan poco sólido.

6. ¿Pueden aceptarse premisas puramente naturalistas sin llegar a conclusiones puramente naturalistas?

Kuenen y Wellhausen son reconocidamente aceptados como maestros por nuestros principales “críticos superiores” del Antiguo Testamento en Inglaterra, Escocia y América, y los resultados de su análisis literario del Pentateuco se consideran generalmente concluyentes por parte de sus seguidores. Sobre la base de esta disección literaria se forman ciertas conclusiones respecto al carácter y desarrollo de la religión del Antiguo Testamento y, como resultado, se reconstruye la historia de los judíos. Se dice que el libro de Deuteronomio es principalmente, si no totalmente, un producto del reinado de Josías; que los relatos del tabernáculo y del culto son de fecha exílica; que el monoteísmo en Israel fue de fecha tardía y fue el resultado de un desarrollo a partir del politeísmo; y que el actual libro de Génesis refleja los pensamientos de la época de su composición o compilación, hacia la fecha del exilio o cercana a ella.

Ahora bien, se sabe que Kuenen y Wellhausen niegan el elemento sobrenatural en el Antiguo Testamento. Este es el “presupuesto” de toda su postura. ¿Dirá alguien que esto no afecta de manera importante sus conclusiones? ¿Y existe algún punto de detención seguro o lógico para quienes aceptan tantas de sus premisas? La extrema subjetividad del canónigo Cheyne no debiera sorprender a quienes aceptan los principios fundamentales de la crítica superior moderna; forma parte del resultado lógico de la postura general. Nos complace distinguir entre los extremistas y otros eruditos que no ven incompatibilidad entre la aceptación de muchos de los principios literarios e históricos de Kuenen y Wellhausen y la fe en el origen y la autoridad divinos del Antiguo Testamento. Pero debemos añadir que el elemento poco satisfactorio en los escritos de hombres moderados como el canónigo Driver y el principal George Adam Smith es que, mientras aceptan tanto del “naturalismo” de la escuela alemana, no nos dan ninguna seguridad clara sobre la solidez del fundamento en el que se apoyan y en el que nos piden que nos apoyemos. La tendencia de su postura se dirige ciertamente hacia una minimización de lo sobrenatural en el Antiguo Testamento.

Tomemos, como ejemplo, el elemento mesiánico. A pesar de la creencia universal de judíos y cristianos en un Mesías personal, creencia derivada en primer lugar únicamente del Antiguo Testamento y apoyada, para

los cristianos, por el Nuevo, la crítica moderna no permite que haya muchas predicciones claras e indudables de Él. Se concede fácilmente a los profetas una penetración en las condiciones existentes, pero no se les permite haber tenido mucha previsión de las condiciones futuras relacionadas con el Mesías. Sin embargo, las encendidas palabras de Isaías permanecen y exigen una exégesis justa y plena, tal como no la reciben de muchos eruditos modernos. El Dr. James Wells, de Glasgow, escribió en el *British Weekly* hace algún tiempo acerca de la nueva crítica en este punto:

“El temor a la predicción en el sentido propio del término está siempre ante sus ojos. Se complace en explayarse sobre prefiguraciones, un desarrollo moral e histórico que alcanza su culminación en Cristo, y anticipaciones del Espíritu de Cristo; pero su tendencia es siempre minimizar el elemento profético en el Antiguo Testamento”.

Puede darse otro ejemplo de la tendencia de la crítica moderna a minimizar y explicar el elemento sobrenatural a partir de un libro titulado *The Theology and Ethics of the Hebrews*, del Dr. Archibald Duff, profesor en el Yorkshire College, Bradford. Así describe él a Moisés en la zarza ardiente:

“Estaba apacentando sus ovejas entre las montañas de granito rojo. ... El hombre se sentó al amanecer junto al arroyo y contempló las rocas ardientes. Allí brillaba la luz horizontal del sol sobre la vegetación baja. Cada espina relucía frente al sol naciente. El hombre era un poeta, apto para la inspiración. Sintió que los sueños de su alma eran los susurros de su Dios, el lugar su santuario. Él se inclinó y adoró” (p. 6). Esta, por lo menos, no es la impresión *prima facie* derivada del relato que se da en Éxodo.

Puede añadirse una ilustración más de los métodos críticos modernos al tratar narraciones del Antiguo Testamento que evidentemente fueron destinadas a ser consideradas históricas. En el *International Critical Commentary* sobre Números, el Dr. G. B. Gray, del Mansfield College, Oxford, escribe así sobre lo que llama “la sección sacerdotal del libro”:

“Para la historia de la época mosaica, toda la sección carece de valor”. “La impresión histórica que (P) da de la edad mosaica es por completo antihistórica, y muchos de los detalles... pueden... demostrarse que son enteramente irreales, o al menos no verdaderos respecto a la época en cuestión”. “Esta historia es ficticia”.

Estas afirmaciones dejan de lado de inmediato la historia contenida en más de las tres cuartas partes de todo el libro de Números, mientras que, en cuanto al resto, el veredicto del Dr. Gray no es en modo alguno tranquilizador, y claramente no posee gran confianza ni siquiera en la pequeña parte que escapa a su condena. Se dice que la serpiente de bronce es una invención por parte de algunos “que habían estado bajo la enseñanza profética superior” antes de Ezequías, y que tiene por objeto “refutar la creencia popular” en el poder curativo de la serpiente atribuyéndolo a Jehová. En cuanto a la historia de Balaam, escribe el Dr. Gray:

“Puede, en realidad, contener otros rasgos históricos, como el nombre de Balac, que pudo haber sido un verdadero rey de Moab; pero en el presente no existen medios para distinguir con mayor precisión entre los elementos históricos o legendarios y aquellos que son provistos por la facultad creadora y el sentimiento religioso de los escritores”.

¿Qué ha de pensar de todas estas afirmaciones cualquier cristiano sincero común y corriente? El autor del libro de Números evidentemente compuso algo que pretende ser historia y que él quiso que se leyera como historia, y sin embargo, según el Dr. Gray, todo esto no tiene ningún fundamento histórico. Sólo podemos decir que la iglesia cristiana necesitará pruebas mucho más convincentes antes de poder aceptar la postura crítica, y no facilita nuestra aceptación de este amplio proceso de invención que se nos diga que se debe a “la facultad creadora y al sentimiento religioso de los escritores”.

En cuanto al hecho de que tantos de nuestros “críticos superiores” británicos y estadounidenses son firmes creyentes en la autoridad divina del Antiguo Testamento y en una revelación divina encarnada en él, no podemos dejar de sentir la fuerza de las palabras del difunto Dr. W. H. Green, de Princeton: “Quienes han sido profundamente afianzados en la fe cristiana pueden, mediante una feliz inconsistencia, mantener firmes sus antiguas convicciones mientras admiten principios, métodos y conclusiones que están lógicamente en guerra con ellas. Pero, ¿quién puede sorprenderse si otros, con una lógica más estricta, llevan lo que así se les ha recomendado hasta sus conclusiones legítimas?”

7. ¿Podemos pasar por alto la evidencia de la arqueología?

Es bien sabido que durante los últimos sesenta años se ha hecho un gran número de descubrimientos arqueológicos en Egipto, Palestina, Babilonia y Asiria. Muchos de ellos han arrojado una luz notable sobre los rasgos históricos del Antiguo Testamento. Una serie de personas y períodos ha sido iluminada por estos descubrimientos y ahora se ven con una claridad que antes era imposible.

Ahora bien, es un hecho sencillo y, sin embargo, llamativo, que ninguno de estos descubrimientos, durante todo este tiempo, ha dado apoyo alguno a los rasgos distintivos y a los principios de la postura crítica superior, mientras que, por otra parte, muchos de ellos han brindado abundante confirmación de la opinión tradicional y conservadora del Antiguo Testamento.

Consideremos algunos de estos descubrimientos. Hace sólo poco más de cuarenta años, el conservador *Speaker's Commentary* tuvo realmente que tomar en cuenta los argumentos críticos entonces tan frecuentes a favor de la invención tardía de la escritura. Este es un argumento que ahora nunca se oye en los círculos críticos. El cambio de ataque es sumamente llamativo. Mientras que, hace cuarenta o cincuenta años, se argumentaba que Moisés no podía haber tenido suficiente instrucción como para escribir el Pentateuco, ahora se argumenta, como resultado de estos descubrimientos modernos, que habría estado por completo por detrás de sus contemporáneos si no hubiera sabido escribir. De nuevo, la historia babilónica del diluvio concuerda en largas secciones con el relato de Génesis, y se sabe que la versión babilónica existía siglos antes de las fechas asignadas al relato de Génesis por la escuela crítica. El profesor Sayce califica con razón esto como una prueba crucial de la postura crítica. La historicidad de los reyes mencionados en Génesis 14 fue en otro tiempo seriamente cuestionada por la crítica, pero esto hoy es imposible, pues su carácter histórico ha sido probado más allá de toda duda, y, en particular, ahora se sabe que el Amrafel de ese capítulo es el Hammurabi de los Monumentos y contemporáneo de Abraham. La desconcertante historia de Sara y Agar también se ve ahora en exacta concordancia con la costumbre babilónica. Luego, el Egipto de José y de Moisés es fiel hasta en los menores detalles a la vida del Egipto de aquella época y es por completo distinto del Egipto muy diferente de épocas posteriores. Sargón, que durante siglos fue conocido sólo por la única referencia a él en Isaías 20:1, se ve ahora que fue uno de los reyes más importantes de Asiria. Y la lengua aramea de Daniel y Esdras, que tantas veces ha sido acusada de ser tardía, se ha demostrado que está en exacto acuerdo con el arameo de aquella época, tal como lo muestran los papiros descubiertos en Elefantina, en Egipto.

Ahora bien, estos y otros semejantes son pruebas tangibles que la gente común puede verificar. La filología hebrea está fuera del alcance de la mayoría de nosotros y es demasiado subjetiva para que se pueda fundamentar en ella un argumento convincente, pero la arqueología ofrece un método objetivo para poner a prueba las teorías históricas.

No es la menor de las características importantes del argumento arqueológico el hecho de que un número de destacados arqueólogos que antes estaban en pleno acuerdo con la escuela crítica han abandonado ahora esta opinión y se oponen a ella. Como ha dicho con fuerza sir William Robertson Nicoll: “El hecho significativo es que los grandes arqueólogos de primera mano, por regla general, no se fían de la crítica

superior. Esto significa mucho más de lo que se puede poner por escrito para explicar su duda. Significa que ellos viven en una atmósfera en la que los argumentos que prosperan fuera no prosperan”.

El profesor Flinders Petrie, el gran egiptólogo, pronunció estas palabras no hace mucho: “He llegado a la conclusión de que hay una base mucho más sólida de lo que muchos críticos parecen suponer. ... No tengo la menor duda de que los documentos contemporáneos dan un fundamento verdaderamente sólido a los relatos contenidos en el Pentateuco. ... El punto esencial es que algunas de estas personas críticas se apoyan en una base a priori en lugar de escribir sobre hechos comprobados. Debemos recordar que la escritura en la época del Éxodo era tan familiar como lo es ahora. ... El hecho es que es inútil que estas personas, mediante la simple crítica verbal, intenten resolver todas las dificultades que surgen”.

8. ¿Son las opiniones de la crítica moderna coherentes con el testimonio de nuestro Señor acerca del Antiguo Testamento?

La iglesia cristiana se acerca al Antiguo Testamento principalmente y predominantemente desde el punto de vista de la resurrección de Cristo. Naturalmente indagamos qué pensaba nuestro maestro acerca del Antiguo Testamento, porque si nos llega con su autoridad y podemos descubrir su opinión sobre él, debemos estar satisfechos.

En los días de la vida de nuestro Señor en la tierra, una pregunta apremiante era: “¿Qué pensáis del Cristo?” Otra era: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lo lees?” Estas preguntas siguen planteándose hoy en una forma u otra, y hoy, como en el pasado, los dos grandes problemas –dos “centros de controversia”, como bien se les ha llamado– son Cristo y la Biblia.

Los dos problemas se reducen realmente a uno solo, porque Cristo y la Biblia son inseparables. Si seguimos a Cristo, Él nos enseñará acerca de la Biblia; y si estudiamos nuestra Biblia, nos apuntará a Cristo. A cada uno se le llama la Palabra de Dios.

Seamos, ante todo, completamente claros en cuanto a lo que entendemos por nuestro Señor como “La Palabra de Dios”. “En el principio era el Verbo”. Una palabra es una expresión oral o visible de un pensamiento invisible. El pensamiento necesita la palabra para su expresión, y la palabra está destinada a representar el pensamiento con exactitud, aunque no completamente. No podemos estar seguros en ningún grado del pensamiento a menos que podamos estar seguros de la palabra. Nuestro Señor como el Verbo es, por tanto, la expresión personal y visible del Dios invisible. (Juan 14; Hebreos 1:3) Creemos que Él es una “expresión” exacta de Dios, y que como el Verbo revela a Dios y transmite la voluntad de Dios a nosotros de tal manera que es inerrante e infalible. Como el Verbo encarnado es infalible.

Él vino, entre otras cosas, para dar testimonio de la verdad (Juan 18:37), y es una consecuencia necesaria de este propósito que Él diera un testimonio infalible. Vino a revelar a Dios y la voluntad de Dios, y esto implica y requiere un conocimiento especial. Exige que toda afirmación suya sea verdadera. El conocimiento divino no sufrió ningún cambio por la encarnación, porque no podía sufrirlo. Él continuó subsistiendo en la forma de Dios aun mientras existía en la forma de hombre. (Filipenses 2:6. Véase *The Incarnation* del Dr. Gifford.)

Ante esta postura, creemos que, como dice el obispo Ellicott (*Christus Comprobator*), tenemos derecho a hacer este llamamiento al testimonio de Cristo acerca del Antiguo Testamento. El lugar que ocupó en su vida y ministerio es garantía suficiente para referirnos a su uso de él. Es bien sabido que, en cuanto al canon del Antiguo Testamento, nuestra máxima autoridad es la de nuestro propio Señor; y lo que es cierto del Antiguo Testamento en su totalidad, ciertamente lo es de aquellas partes a las que nuestro Señor se refirió específicamente.

Seamos claros, sin embargo, en cuanto a lo que queremos decir al hacer este llamamiento. No pretendemos ni por un instante cerrar con ello toda posible crítica del Antiguo Testamento. Hay un número de cuestiones completamente intocadas por nada de lo que nuestro Señor dijo, y por consiguiente hay amplio campo para una crítica sobria, necesaria y valiosa. Pero lo que sí decimos es que cualquier cosa en el Antiguo Testamento afirmada por nuestro Señor como un hecho, o implícita como un hecho, queda, o debería quedar, cerrada para quienes tienen a Cristo por infalible. La crítica puede hacer cualquier cosa que no sea incompatible con las declaraciones de nuestro Señor; pero donde Cristo ha hablado, ciertamente “el asunto está cerrado”.

Entonces, ¿cuál es la opinión general de nuestro Señor acerca del Antiguo Testamento? No hay duda de que su Antiguo Testamento era prácticamente, si no realmente, el mismo que el nuestro, y que lo consideraba de autoridad divina, como el tribunal final de apelación para todas las cuestiones relacionadas con él. La manera en que lo cita lo muestra. Para el Señor Jesús, el Antiguo Testamento era autoritativo y final porque era divino.

Nadie puede leer los Evangelios sin quedar impresionado por la profunda reverencia de nuestro Señor hacia el Antiguo Testamento y por su uso constante de él en todos los asuntos del pensamiento y la vida religiosa. Su pregunta: “¿Nunca habéis leído?”, su afirmación: “Escrito está”, su testimonio: “Escudriñáis las Escrituras”, indican claramente su opinión acerca de la autoridad divina del Antiguo Testamento tal como lo tenemos. Él pone su sello a su historicidad y a su revelación de Dios. Lo suplementa, pero nunca lo suplanta. Lo amplifica y modifica, pero nunca lo anula. Lo cumple, es decir, lo llena por completo, pero nunca lo hace vano.

Esta opinión general se confirma por sus referencias detalladas al Antiguo Testamento. Consideremos sus testimonios acerca de las personas y de los hechos del antiguo pacto.

Casi no hay un libro histórico, desde Génesis hasta 2 Crónicas, al que nuestro Señor no se refiera; mientras que quizás sea significativo que su testimonio incluya referencias a cada libro del Pentateuco, a Isaías, a Jonás, a Daniel y a los milagros –precisamente las partes que más se cuestionan hoy.

Sobre todo, es ciertamente de la mayor importancia que en su tentación usara tres veces como Palabra de Dios el libro sobre el cual ha habido, quizás, más controversia que sobre ningún otro.

De nuevo, por tanto, decimos que todo aquello a lo que Cristo puede decirse, en cualquier interpretación honesta, que se refirió, o que usó como hecho, queda sancionado y sellado por la autoridad de nuestro Señor infalible. *Dominus locutus est; causa finita est.*

Tampoco puede refutarse esta postura afirmando que Cristo simplemente adoptó las creencias de su tiempo sin necesariamente sancionarlas como correctas. No hay la menor prueba de esto, sino mucho en contrario. En algunos de los temas más importantes de su tiempo fue directamente en contra de la opinión prevaleciente. Su enseñanza acerca de Dios, de la justicia, del Mesías, de la tradición, del sábado, de los samaritanos, de las mujeres, del divorcio, del bautismo de Juan, eran diametralmente opuestas a las de la época. Y esta oposición se fundaba deliberadamente en el Antiguo Testamento, que nuestro Señor les acusaba de malinterpretar. La única cuestión de desacuerdo entre Él y los judíos respecto al Antiguo Testamento era la de la interpretación. No se puede aducir ni un vestigio de prueba de que Él y ellos diferían en absoluto en su opinión general acerca de su carácter histórico o de su autoridad divina. Si las opiniones judías corrientes eran erróneas, ¿podemos pensar que nuestro Señor habría guardado silencio sobre un asunto de tal importancia, acerca de un libro que cita o alude más de cuatrocientas veces y que tomó como tema constante en su enseñanza acerca de Sí mismo? Si los judíos estaban equivocados, Jesús o lo sabía o no lo sabía. Si lo sabía, ¿por qué no los corrigió, como lo hizo en tantos otros casos detallados? Si no lo sabía –pero no acabaré.

Tampoco puede refutarse este testimonio al Antiguo Testamento afirmando que la limitación de la vida terrenal de nuestro Señor lo mantuvo dentro de las opiniones corrientes acerca del Antiguo Testamento, que no necesitaban ser opiniones verdaderas. Esta afirmación ignora la fuerza esencial de su reclamación personal de ser “el Verbo”.

En más de una ocasión nuestro Señor reclamó hablar desde Dios, y que todo lo que decía tenía la garantía divina. Notemos con cuidado lo que esto implica. A veces se dice que el conocimiento de nuestro Señor era limitado y que vivió aquí como hombre, no como Dios. Supongamos que lo concedemos por amor al argumento. Muy bien; como hombre vivió en Dios y por Dios, y reclamó que todo lo que decía y hacía era de Dios y por medio de Dios. Si, entonces, las limitaciones eran de Dios, también lo eran las declaraciones; y, como se reclamaba la garantía de Dios para cada una de ellas, son por tanto divinas e infalibles. (Juan 5:19; 5:30; 7:13; 8:26; 12:49; 14:24; 17:8.) Aun cuando concedamos plenamente una teoría que nos obligue a aceptar un desuso temporal o no uso de las funciones de la deidad en la persona de nuestro Señor, sin embargo, las palabras realmente pronunciadas como hombre se reclamaban como de Dios, y por tanto las tenemos por infalibles. Nos apoyamos, por tanto, en la reclamación personal de nuestro Señor de decir todo y hacer todo por el Padre, desde el Padre, para el Padre.

Por supuesto, no hay cuestión de conocimiento parcial después de la resurrección, cuando nuestro Señor se mostró manifiestamente libre de todas las limitaciones de las condiciones terrenales. Sin embargo, también fue después de su resurrección que puso su sello al Antiguo Testamento. (Lucas 24:44.)

Concluimos que las declaraciones positivas de nuestro Señor sobre el tema del Antiguo Testamento no deben rechazarse sin acusarlo de error. Si, en estos puntos en los que podemos probarlo y verificarlo, encontramos que no es confiable, ¿qué consuelo real podemos tener al aceptar su enseñanza superior, donde la verificación es imposible? Creemos que estamos en terreno absolutamente seguro cuando decimos que lo que el Antiguo Testamento era para nuestro Señor, debe serlo y lo será para nosotros.

Conclusión

Pedimos una consideración cuidadosa de estas ocho indagaciones. Tomadas por separado, tienen peso, pero tomadas juntas tienen un efecto acumulativo y deben ser seriamente ponderadas por todos los que buscan conocer la verdad sobre este tema tan importante.

Podemos estar perfectamente seguros de que ninguna crítica del Antiguo Testamento será nunca aceptada por la iglesia cristiana en su totalidad si no satisface plenamente las siguientes condiciones:

1. Debe admitir en todas sus suposiciones y tomar plenamente en consideración el elemento sobrenatural que diferencia la Biblia de todos los otros libros.
2. Debe estar en armonía con la experiencia espiritual ilustrada de los santos de Dios en todas las edades, y hacer un llamamiento efectivo a la piedad y a la percepción espiritual de aquellos que conocen por experiencia personal el poder del Espíritu Santo.
3. Debe estar históricamente en línea con la tradición general de la historia judía y la posición única de la nación hebrea a través de los siglos.
4. Debe estar en sintonía con aquel concepto apostólico de la autoridad e inspiración del Antiguo Testamento que es tan manifiesto en el Nuevo Testamento.

5. Sobre todo, debe estar de acuerdo con la creencia universal de la iglesia cristiana en la infalibilidad de nuestro Señor como maestro y como “el Verbo hecho carne”.

Si y cuando la crítica superior moderna pueda satisfacer estos requisitos, no sólo será aceptada, sino que contará con la adhesión universal, leal e incluso entusiasta de todos los cristianos. Hasta entonces, esperamos y mantenemos también nuestra posición de que “lo antiguo es mejor”.

Capítulo 49 Evolucionismo en el Púlpito

Por un ocupante de la banca

(De *Herald and Presbyterian*, 22 de noviembre de 1911, Cincinnati, Ohio. Reimprimimos este excelente escrito como la notable declaración de un laico cristiano sobre un tema muy importante. –Editor)

Quizá el movimiento más notable en el pensamiento filosófico que ha ocurrido en cualquier época fue el surgimiento y la aceptación general, por los círculos científicos, de la teoría evolutiva tal como fue propuesta por Darwin, Huxley y Spencer. Fue notable que hombres de ciencia, cuyo orgullo particular es que tratan sólo con hechos comprobados, se apartaran tan fácilmente de esta regla y aceptaran un sistema basado únicamente en hipótesis, y que estaba, y todavía está, después de cuarenta años, sin un solo hecho conocido que lo apoye. Aun tomando en cuenta el bien conocido afán de muchos científicos por eliminar todo dualismo, que era el propósito del Sr. Darwin, seguía siendo notable que hombres de intelecto entrenado aceptaran tan pronto, al pie de la letra, sus dos obras principales, en las cuales la expresión, “bien podemos suponer”, ocurre más de ochocientas veces, como base del argumento. La pura suposición puede servir como fundamento para bosquejos fantasiosos como los de Jules Verne; pero como base para un argumento científico sobrio, al hombre promedio le parece poco menos que una farsa. Por qué no les pareció así a la mente científica, quizá la mente científica pueda explicarlo. Confesamos francamente nuestra incapacidad para hacerlo.

Aún más notable fue el hecho de que tantos teólogos y ministros cristianos adoptaran la nueva filosofía y estuvieran tan dispuestos a renunciar a grandes porciones de la Santa Escritura porque no podían reconciliarlas con ella; inventando, como un bálsamo para la conciencia, la doctrina de que “la Biblia no fue destinada a enseñar ciencia”, una de esas medias verdades que son más engañosas que una mentira rotunda.

De esta manera se dejó de lado la historia de la creación tal como se da en Génesis, y se desacreditó todo el libro. Como Cristo no podía, por ninguna posibilidad lógica, ser presentado como un producto de la evolución sin una negación absoluta de su nacimiento sobrenatural y de sus pretensiones divinas, y el nuevo nacimiento, o creación, para el hombre en Él estaba abierto a la misma objeción, estas verdades fueron o bien oscurecidas, minimizadas, o totalmente descuidadas e incluso negadas. Hasta tales extremos estaban dispuestos a llegar algunos de los juramentados defensores de “la fe que ha sido una vez dada a los santos” [Judas 1:3] con tal de evitar que se les considerara irremediamente “no científicos” y “atrasados en los tiempos en erudición”. Eso fue hace veinte años o más.

Pero lo más extraño de todo es el hecho de que unos pocos de estos ministros todavía se aferran al “evangelio del lodo”, como Carlyle lo llamó acertadamente, y se refieren a él de una manera que indica que creen que tal referencia sigue siendo evidencia de erudición al día.

Ya en 1889 el profesor Virchow, de Berlín, admitidamente el antropólogo más capaz de los tiempos modernos, al resumir los resultados de investigaciones sobre este tema realizadas por él mismo y por otros científicos destacados, durante un período de veinte años, declaró: “En vano se han buscado los eslabones que deberían unir al hombre con el mono; no hay ni uno solo que lo muestre. El llamado *proanthropos*, que debería exhibir este eslabón, no ha sido hallado. Ningún hombre verdaderamente instruido afirma que lo haya visto. ... Quizá alguien lo haya visto en un sueño, pero cuando despierte nunca podrá decir que se ha acercado a él. Aun la esperanza de descubrirlo pronto se ha desvanecido; casi no se habla de ello”. Poco antes de su muerte, unos diez años después, en un discurso ante la Sociedad Médica Internacional, habló en el mismo sentido, y con un grado todavía mayor de positividad, afirmando que “los intentos de hallar la

transición del animal al hombre han terminado en un fracaso total. El eslabón intermedio no ha sido encontrado y nunca será encontrado”.

Que la teoría darwiniana de la descendencia no tiene, en los ámbitos de la naturaleza, un solo hecho que la confirme, es el testimonio inequívoco de hombres tan distinguidos en sus respectivos departamentos de investigación científica como el Dr. N. S. Shaler, de la Universidad de Harvard; el Dr. Etheridge, fósilólogo del Museo Británico; el Prof. L. S. Beale, del King's College, Londres; el Prof. Fleischmann, de Erlangen, y otros.

Dice el Dr. Etheridge: “Nueve décimas partes de lo que hablan los evolucionistas es pura tontería, no fundada en la observación y totalmente sin apoyo de hechos. Este museo está lleno de pruebas de la absoluta falsedad de sus puntos de vista”. El profesor Beale afirma: “No hay evidencia de que el hombre haya descendido de, o sea, o haya sido, de alguna manera especialmente relacionado con, cualquier otro organismo en la naturaleza mediante la evolución o por cualquier otro proceso. En apoyo de todas las conjeturas naturalistas sobre el origen del hombre, no existe en este momento ni una sombra de evidencia científica”.

El profesor Fleischmann resume su estimación de la teoría darwiniana de la descendencia del hombre afirmando que “no tiene en los ámbitos de la naturaleza un solo hecho que la confirme. No es el resultado de la investigación científica, sino puramente el producto de la imaginación”.

Aun el profesor Haeckel admite en su vejez que él, entre todos sus contemporáneos, está solo. “La mayoría de los investigadores modernos”, confiesa, “han llegado a la conclusión de que la doctrina de la evolución, y particularmente el darwinismo, es un error y no puede sostenerse”. En cuanto a su última reafirmación de sus puntos de vista naturalistas, el Dr. A. C. Dixon nos dice que un hombre erudito en Ginebra le dijo en aquel tiempo que era “la nota del cisne moribundo”, y que Haeckel era el “único hombre científico de eminencia en Alemania hoy que cree en la evolución darwiniana”.

Varios libros notables relacionados con este tema han aparecido durante los últimos dos años. Uno, de George Paulin, publicado por Scribners, titulado, *No Struggle for Existence; No Natural Selection*, presenta un conjunto de hechos en apoyo de las dos afirmaciones hechas en este título, y contra la evolución, que debe llevar convicción a cualquier mente imparcial. Otro, con el mismo propósito, es del Prof. L. T. Townsend, titulado, *Collapse of Evolution*. Otro más, y creemos que un libro que marca una época, es de la pluma del Prof. E. Dennert, Doctor en Filosofía, publicado recientemente en Alemania y titulado, *At the Death Bed of Darwinism*. La lectura de este libro “no deja lugar a duda”, como se afirma en el prefacio de la edición estadounidense, “sobre la decadencia de la teoría darwiniana en los más altos círculos científicos de Alemania; y fuera de Alemania el mismo sentir es compartido generalmente por los líderes del pensamiento científico”.

Así vemos que; con el testimonio de la gran mayoría de los más capaces de sus antiguos principales defensores, la teoría evolutiva está in articulo mortis. Más aún, ya está muerta, pues el espíritu (la teoría de la selección natural) hace mucho que se ha ido. Algunos de sus amigos pueden sentarse alrededor de los restos, observando con atención por si aparece alguna señal de vida renovada, pero observan en vano.

Y, sin embargo, hay ministros del Evangelio que, desacreditando el relato bíblico de la creación, todavía basan argumentos en la teoría darwiniana del origen de las especies; refiriéndose con ligereza al tiempo “cuando nuestros antepasados eran moradores de los árboles”, y a su propia “descendencia de monos, renacuajos y peces”, “una concepción mucho más elevada del origen del hombre”, según su gusto refinado, que la que se da en Génesis. En, o un poco antes, del comienzo de la década que acaba de terminar, esto podría haber pasado por hablar erudito sobre “los resultados establecidos de la ciencia”; pero hoy, entre los que realmente están al tanto del movimiento del pensamiento científico, se considera simplemente como

hacer eco en esta generación de las especulaciones siempre no probadas y ahora debidamente rechazadas de una generación pasada y desaparecida de filósofos incrédulos”.

Que entre los que lamentan la desaparición de la evolución hay algunos naturalistas y otros que se aferran a ella, como dijo el Dr. Goette, el eminente zoólogo de Estrasburgo, “simplemente porque parece proporcionar una explicación mecánica muy deseada de las adaptaciones con propósito”, no es sorprendente, pues no les deja nada más que la odiada alternativa de aceptar Génesis con su Dios personal y actos creativos.

Pero cuando consideramos que la teoría evolutiva fue concebida en el agnosticismo, y nacida y nutrida en la infidelidad; que es la columna vertebral de la crítica superior destructiva que ha atacado tan viciosamente tanto la integridad como la autoridad de las Escrituras; que fracasa por completo en explicar –lo que Génesis hace tan claro– esos hechos tremendos en la historia humana y en la naturaleza humana, la presencia del mal y su sufrimiento acompañante; que no ofrece más que una respuesta negativa a esa pregunta suprema de los siglos, “Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?”; [Job 14:14] que, de hecho, sustituye a un Dios personal por “una Energía infinita y eterna” que no tiene cualidades morales ni atributos positivos, no es sabia, ni buena, ni misericordiosa ni justa; no puede amar ni odiar, recompensar ni castigar; que niega la personalidad de Dios y del hombre, y los presenta, junto con la naturaleza, bajo un proceso de evolución que no tiene ni principio ni fin; y considera al hombre como simplemente una forma pasajera de esta Energía universal, y por lo tanto sin libre albedrío, responsabilidad moral, ni inmortalidad, resulta evidente para todo laico inteligente que tal sistema no puede tener ningún punto de contacto posible con el cristianismo. Bien puede ser perdonado si mira con asombro a ministros del Evangelio que todavía se aferran a él, y alberga una duda sobre su sinceridad o su cordura.

Si se dijera que la mayoría de los ministros que aceptan la evolución lo hacen sólo en su forma más suave, la sobrenaturalista, que permite creer en un Dios personal, pero afirma que la evolución es su método de obrar, siendo el hombre y la naturaleza productos de ella, puede responderse que este punto de vista, tanto como el naturalista, exige abandonar el relato de Génesis, y por lo general trae consigo la creencia de que la Biblia no es más que una historia de la evolución de la idea religiosa, y no lo que en todas partes afirma ser: una revelación divina y sobrenatural. Además, es precisamente esa parte del sistema que ellos aceptan (el origen de las especies) la que ha sido, en silencio, pero con firmeza, etiquetada y puesta en un estante como meramente una de las fases pasadas del pensamiento filosófico. Aferrarse todavía a ella es exponerse a dudas en la mente de sus oyentes como las expresadas respecto de los que sostienen el punto de vista naturalista.

No sostenemos que no exista una esfera en la que la ley de la evolución, tal como la propuso el Sr. Spencer, sea operativa. Al contrario, creemos que sí la hay; pero, como dijo Philip Mauro, está “enteramente confinada a la esfera de las actividades del hombre caído”. Es un hecho muy significativo que sea sólo de esta esfera de donde el Sr. Spencer toma todas sus ilustraciones, y por la simple razón de que fuera de ella, en todo el gran universo de Dios, hasta donde se sabe, no hay ni una chispa de evidencia de que la ley de la evolución esté, o haya estado alguna vez, en operación. Este hecho ha sido la piedra de tropiezo de los evolucionistas desde el principio. Toda la fraseología pomposa del Sr. Spencer acerca de una masa homogénea primitiva que pasa en ciclos interminables de “lo imperceptible a lo perceptible, y de vuelta otra vez de lo perceptible a lo imperceptible”, y de “uniformidad indeterminada a multiformidad determinada”, no tiene más fundamento en hechos reales que un castillo en el aire o Los viajes de Gulliver.

Los límites de este artículo impiden hacer más referencia al interesante hecho –cuyas evidencias son superabundantes y convincentes– de que la ley de la evolución está estrictamente confinada a la esfera de las actividades humanas, salvo para notar que no es, como tantos suponen, una “ley natural”, sino, para tomar un término del Dr. H. Bushnell, una de “antinaturaleza”. Es la ley del progreso humano aparte de Dios, y bajo el liderazgo del príncipe de este sistema del mundo que la originó.

Si, como algunos afirman, los clérigos que aceptaron la teoría evolutiva fueron empujados a ella por temor al ridículo, o a que no se les considerara al tanto de “la tendencia del pensamiento moderno”, no sólo fue cobarde de su parte, sino groseramente inconsistente con su profesión cristiana. Pues aun una investigación parcial del tema debió haberles dejado claro que el evolucionismo y el cristianismo son, esencialmente, intensamente antagónicos. Los esfuerzos desde el púlpito de algunos ministros por reconciliarlos serían risibles desde un punto de vista lógico, si no fueran tan serias las cuestiones involucradas y tan lamentables los efectos sobre algunos de sus oyentes irreflexivos. Ciertamente, ya no puede alegarse la erudición como excusa para aferrarse al darwinismo; y, en interés de la honestidad común, estos hombres deberían o abandonar su materialismo o dejar el púlpito cristiano.

Entre las sorpresas que esperan al laico que quiera informarse sobre este tema está el hecho de que mucho de lo que fue presentado por los líderes, incluyendo al mismo Sr. Darwin, en apoyo de la hipótesis evolutiva, era meramente tentativo: Sólo la fauna menor, los pececillos y los gobios, estaban completamente seguros de su verdad, y se atiborraron de ese alimento malsano. Esto puede afirmarse con la misma verdad de una gran parte de lo que enseñan los más capaces de los críticos superiores. Tampoco es difícil hallar la razón. Se hace evidente de inmediato en cuanto uno percibe cuán débil, insatisfactoria e ilusoria es la evidencia que ofrecen en apoyo de sus teorías destructivas; evidencia tan insuficiente e incluso trivial que, como dijo Sir Robert Anderson, “sería echada a risas en cualquier tribunal de la cristiandad”.

El laico, al llegar a conocer este hecho, halla que su primer sentimiento es de asombro al ver que hombres que se llaman cristianos pueden, por motivos tan frívolos, repudiar grandes partes de la Escritura, y deliberadamente sembrar la semilla de la incredulidad en las mentes y corazones de miles de sus oyentes. Esto suele ser seguido por uno de indignación ante la baja calidad moral y la cobardía de su proceder, al socavar así la fe de la iglesia mientras aceptan su paga. Pues es notable que por grande que sea su cambio de actitud hacia las Escrituras y hacia las normas doctrinales de las iglesias a las que se supone que sirven, nunca se percibe cambio alguno en la actitud de estos caballeros respecto de aceptar los sueldos pagados por estas iglesias. Y esto a pesar de que, según su propio testimonio acerca de sí mismos, su punto fuerte es la posesión y predicación de una calidad muy superior de ética (?). En efecto, al escucharlos, uno difícilmente puede escapar a la convicción de que la justicia, personal y cívica, era cosa casi desconocida antes de su llegada.

Ciertamente nadie puede culpar al individuo común que, no estando capacitado en las sutilezas intelectuales y sofisterías plausibles con las que estos caballeros buscan justificar su proceder, siente que algo parecido al disgusto se apodera de él al escuchar su charla acerca de estar “gobernados sólo por un deseo de la verdad”, en sus acciones en este asunto, y del “consuelo, placer y provecho diez veces mayor” que obtienen al leer sus Biblias policromas; todo lo cual, para su mente práctica y sin formación, suena como pura hipocresía farisaica. Es como un hombre que, habiendo quitado todo el cimientito de su casa salvo unos pocos soportes delgados, se acuesta en ella declarando que lo hace con un sentido de seguridad y paz que antes no había conocido.

Aparentemente, las conjeturas salvajes de un disoluto e incrédulo como Astruc, o las especulaciones filológicas igualmente salvajes de un escéptico como Wellhausen, tienen más peso para estos buscadores de la verdad que el “Así dice Jehová el Señor” de los profetas inspirados, o el testimonio del Hijo de Dios y de sus apóstoles. Además, parecen ignorar completamente, y ser totalmente incapaces de dar testimonio por experiencia personal de, el poder regenerador del Espíritu Santo obrando en los corazones de los hombres por medio de la Palabra.

Mucho mejor sería para todos los interesados si estos ministros tuvieran el valor de sus convicciones, y suficiente sentido del honor como para obligarse a dejar la iglesia cristiana, llevándose con ellos a aquellos de sus rebaños que piensan como ellos y desean seguirlos, pues pueden estar seguros de que las bonitas

amenidades de moralidad y sociología que han sustituido por el Evangelio de la regeneración jamás podrán ocupar su lugar, ni sacar a una sola alma de la muerte y tinieblas del pecado a la vida y la luz que se encuentran sólo en Cristo.

Mientras tanto, unos pocos naturalistas, vestidos de ropa de saco, pueden sentarse alrededor del lecho de muerte del materialismo como dolientes y, desesperados por hallar otra cosa que llene el nicho en su templo de mentiras dejado vacío por la remoción de su ídolo, pueden en ocasiones galvanizar los restos para darles una apariencia de vida. Sus simpatizantes clericales, también, pueden negarse a leer el boletín de defunción ya emitido, o a tomar parte en las exequias. Sin embargo, no puede haber ninguna duda razonable en ninguna mente inteligente de que el darwinismo, en cuanto se relaciona con el origen del hombre y el de las especies en general, está muerto; y todos los que creen en un Dios personal y en una revelación divina pueden decir de ello, parafraseando la respuesta de Cusí al rey David: “Los enemigos filosóficos de nuestro Señor y Rey, y todos los ismos que se levantan contra su verdad, sean como este ismo muerto”.

Capítulo 50 La Decadencia del Darwinismo

Por el Rev. Henry H. Beach
Grand Junction, Colorado

Este documento no es una discusión sobre las variaciones que se encuentran dentro de los límites de la herencia; tampoco recordamos que las Escrituras hebreas y griegas revelen algo sobre ese tema; ni creemos que pueda discutirse racionalmente hasta que se definan la especie y el género.

El fracaso en condicionar la generación espontánea mediante la infusión de heno esterilizada, y una incapacidad crónica para descubrir el eslabón perdido, han sacudido la popularidad del darwinismo. ¿Se recuperará? ¿O está cayendo en una condición fija de desuso inocuo?

Como una cuestión puramente académica, ¿a quién le importa si una célula protoplásmica, o una ameba, o una larva de ascidia, fue su progenitor primordial? No nos atrapa. Es dudoso que alguna cuestión puramente académica atrape a alguien alguna vez. Pero el problema entre el darwinismo y la humanidad no es una cuestión puramente académica.

Durante la mitad de su vida, Charles Darwin tuvo miedo de los reproches de los cristianos. Fue algo así como el miedo sentido por otro Carlos, a los reproches de los hugonotes si él consintiera el asesinato de Coligny. Él se refiere a esto en la “Introducción a la descendencia del hombre”:

“Durante muchos años reuní notas sobre el origen y la descendencia del hombre, sin ninguna intención de publicar sobre el tema, sino más bien con la determinación de no publicar; ya que pensé que así aumentaría los prejuicios contra mis puntos de vista”.

Al final del libro, él dice: “Soy consciente de que las conclusiones a las que se llega en esta obra serán denominadas por algunos como altamente irreligiosas; pero el que las denuncia está obligado a mostrar por qué es más irreligioso explicar el origen del hombre como una especie distinta por descendencia de alguna forma inferior, a través de las leyes de variación y selección natural, que explicar el nacimiento del individuo a través de las leyes de reproducción ordinaria”.

Él confesó su miedo al protestar su inocencia: “No he hecho nada, solo he explicado una elección entre dos teorías de traer al hombre al mundo”. Esta forma de expresarlo es característica. A menudo se refiere a atravesar la doctrina de las creaciones sucesivas como la suma de su ofensa. El prestidigitador llama especialmente la atención sobre una mano mientras hace el truco con la otra. Sus aprensiones no eran del todo infundadas.

El profesor Haeckel fue más valiente, o más imprudente, cuando catalogó “El origen del hombre” como “anti-Génesis”; con igual verdad y moderación podría haber añadido, anti-Juan, anti-Hebreos y anti-Cristo. El punto que perfora los asuntos y los pechos de los hombres es una negación de la integridad y confiabilidad de la Palabra de Dios. No podemos depender de la Biblia para que nos muestre “cómo ir al cielo” si nos engaña sobre “cómo van los cielos” con respecto al origen, la naturaleza, la descendencia y el destino de los brutos y los hombres. Los darwinistas han estado cavando en los cimientos de la sociedad y las almas; y sus poderes de resistencia son un asunto de cierta importancia.

Nos aventuramos a diferenciar la vida y, si vamos demasiado lejos, estamos seguros de que nos corregirán:

1. La vida vegetal es la suma de las fuerzas que impregnan el organismo, lo hacen crecer y lo preservan de la descomposición.

2. La vida bruta es la suma de las fuerzas que impregnan el organismo, lo hacen crecer, lo preservan de la descomposición, es consciente y piensa.

3. La vida humana es la suma de las fuerzas que impregnan el organismo, lo hacen crecer, lo preservan de la descomposición, es consciente, piensa y es religiosa.

Es lógico suponer, hasta que se demuestre lo contrario, que estos tres tipos de vida se tocan entre sí, pero nunca se fusionan. Se asocian tan íntimamente como el aire y la luz, pero están tan lejos de pasar de las plantas a los brutos y de los brutos a los hombres como del no ser al ser. “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”. (Hebreos 11:3).

Aquel que quisiera derrocar el cristianismo bíblico espera tomar la iniciativa. Él reconoce que siempre hay una presunción a favor de una institución existente; y siempre ha sido rápido para abrir la batalla.

El profesor Huxley, en su artículo sobre la evolución, en la novena edición de la *Britannica*, ha reunido hábilmente los argumentos a favor del darwinismo; y seguiremos su orden.

Crecimiento

Dada una célula nucleada, y los darwinistas han observado el proceso de generación desde su inicio hasta el nacimiento, “con los mejores instrumentos ópticos”. Ha habido dos teorías. La primera teoría es que no se produce nada nuevo en el mundo vivo; los gérmenes a partir de los cuales se han desarrollado todos los organismos han contenido en miniatura, y han transmitido a través de generaciones sucesivas, todos los órganos esenciales de los adultos. Para sacar algo de algo, primero debe estar en él. Esto es arcaico. La segunda teoría es que la evolución es progresiva; resulta de algo innato en las cosas, dinámico y panteísta. Esto está actualizado.

Todo lo que los darwinistas, “con los mejores instrumentos ópticos”, han visto en realidad es crecimiento; pero han inferido todo un panteón. La selección natural es el demiurgo supremo; la selección sexual y la variación son subordinadas. Hace mil millones de años había un Dios, pero Él desapareció inmediatamente. Era necesario tenerlo a Él entonces, para tender un puente en el abismo entre la nada y el algo. Habiendo descubierto el crecimiento, lo llamaron evolución, pensando quizás que el nombre podría resultar útil, pero confiamos en no ser culpados por preferir el crecimiento, ya que la “evolución” es algo así como un arlequín, habiendo dado una voltereta completa en cien años, mientras que se reconoce universalmente que el crecimiento es un carácter de la vida vegetal, animal y humana.

Además de encontrar un crecimiento natural, el profesor Huxley afirma el descubrimiento de una “tendencia a asumir una forma viva definida”. Esto, por supuesto, es ridículo. El sol sale con suficiente regularidad como para convertirse en un fenómeno sorprendente, y hemos descubierto una tendencia hacia los amaneceres. Se invoca la especulación, pero la especulación murió con el gran dios Pan cuando nació Jesús. Las observaciones científicas son mudas, excepto para decir que todas las criaturas de Dios están hechas de manera formidable y maravillosa.

Semejanzas

Está establecido que las formas adultas inferiores y los embriones de orden superior son sorprendentemente similares. Un reptil embrionario pasa por las transformaciones de un pez, y un hombre en el germen no puede distinguirse de ningún otro mamífero. Aquí el darwinista deja caer su lente y salta a la conclusión de que todas las creaciones, incluso los vegetales, son hermanos consanguíneos. Su microscopio le ha fallado y ha olvidado al ardiente astrónomo que vio extraños cuadrúpedos en la luna, hasta que descubrió el nido

de ratones en el telescopio. Las células aparentemente similares son diferentes. El resultado lo demuestra. Una es una mariposa y la otra es una ballena. De hecho, Oscar Hertwig ahora afirma haber encontrado las diferencias del desenlace en las células mismas. Pero no importa. El darwinista ha confundido la semejanza con la prueba de parentesco; de hecho, nunca lo prueba. Es más probable que el parentesco pruebe la semejanza. En cualquier caso, primero debe establecerse el origen y luego la semejanza puede ilustrarlo.

Pero recurriendo a la diferenciación de la vida, así como nuestro Hacedor nos ha conferido consciencia, pensamiento y religiosidad, y a los brutos, consciencia y pensamiento, y a todos nosotros aquello que preserva nuestros cuerpos de la descomposición y los hace crecer, parece natural que, en el lugar santísimo de u laboratorio, Él nos haya construido con caracteres similares, transitorios o permanentes.

Pero la misma nomenclatura de la evolución ha sido seducida y corrompida. La “reversión” y el “rudimento” deben ser guardados junto con el flogisto y el calórico. No hay retrocesos ni abortos en la economía divina, sino que Dios ajusta cada rasgo a las condiciones presentes y futuras, y hace que todos marchen regularmente hacia adelante en la gran procesión del progreso eterno.

Pero, ¿por qué, se podría preguntar, tantas criaturas están construidas sobre el mismo plan como, por ejemplo, los vertebrados? La respuesta es axiomática. Toda la creación está dividida en vertebrados e invertebrados, porque debe haber, en la naturaleza de las cosas, al menos dos clases; o una monotonía ilimitada o una soledad eterna. Pero, ¿por qué tantos vertebrados? Porque solo puede haber uno mejor de una clase y los vertebrados son los mejores. El número redundante en la gloria de Dios, no en la gloria de la evolución. Esta es instrucción de jardín de infantes, pero algunos parecen no entenderla.

Pero sometemos una generalización más amplia. Todo el universo tiene un parecido familiar. Es el toque cálido del Hacedor, y su estilo universal. La luz es la verdad, y la oscuridad es el error. La santidad es pureza, y el pecado es suciedad. El nacimiento y crecimiento físicos, la decadencia y la muerte, tipifican el nacimiento y crecimiento espirituales, la decadencia y la muerte.

Dos cuadros cuelgan uno al lado del otro. Los temas difieren enormemente y difieren en tamaño. El más grande es las “Cúpulas de Yosemite” y el más pequeño el “Atardecer en California”. Pero parecen extrañamente similares. El más pequeño debe haber evolucionado del más grande. Algún Mahatma, un adepto de los Himalayas, capaz de hacer “el truco de la planta”, lo ha hecho. ¡No! El mismo artista pintó ambos.

La red ilimitada de tipos, símbolos y semejanzas de la naturaleza es maravillosamente hermosa. Despierta el espíritu de la poesía en el alma, pero un soñador distraído ha mirado y se ha olvidado de sí mismo, y está perdido en un laberinto de extravagancias. Los darwinistas han estado volteando el mundo buscando una paternidad común, pero han encontrado un Hacedor común. Un italiano –un Dr. Barrago– dio a su libro el título: “El hombre, hecho a imagen de Dios, también fue hecho a imagen de un simio”, y el Sr. Darwin se refiere a ello sin desaprobación, y la blasfemia es lógica. El darwinismo degrada a Dios y al hombre.

Rudimentos

La noción darwiniana de los rudimentos es que son reversiones abortivas a tipos ancestrales. Dondequiera que alguien del culto haya oído hablar de algo cercano o remotamente parecido a los rudimentos –por ejemplo, Stanley Hall sobre el ritmo, el batir de las olas, los peces ancestrales y el baile– particularmente fuera de los límites de la herencia, ha llevado agua a su molino. Y, sin embargo, apenas saben dónde colocar estas estructuras. Si afirman que son absolutamente inútiles, las sitúan fuera del alcance de la selección natural; y si, por otro lado, admiten que sirven para algún propósito, admiten que Dios pudo haberlas hecho. Huxley sintió la dificultad cuando confesó:

“Es casi imposible probar que cualquier estructura, por rudimentaria que sea, es inútil; es decir, que no juega ningún papel en absoluto en la economía; y si es útil en el más mínimo grado, no hay ninguna razón por la cual, en la hipótesis de la creación directa, no debiera haber sido creada”. (*Britannica*, Art. sobre Evolución).

¿Podemos añadir que si el Sr. Huxley, el Sr. Darwin, yo y usted no hemos logrado descubrir el uso de algo, “no hay razón por la cual no debiera haber sido creado”? Recordamos que ni siquiera hemos definido la vida; que lo más que podemos hacer es distinguir algunas de sus fuerzas; que sabemos tan poco de su esencia como de la de la materia. Bien podríamos ser modestos.

Aceptando entonces el dictamen del profesor Huxley, que nadie ha estado nunca mejor calificado para emitir, de que es casi imposible probar la inutilidad de los rudimentos, dejamos el tema con la observación de que, al igual que las semejanzas, son un sello del Todopoderoso y un distintivo de sus criaturas, no necesariamente de parentesco, sino de relaciones más remotas. Hay algunos hombres que necesitan la evidencia de sus propias mamas rudimentarias para probarles que pertenecen a la misma raza que sus esposas y que deberían soportar las mismas dificultades y trabajar un poco más.

Selecciones

La selección sexual, como su nombre lo indica, se ocupa del emparejamiento y la reproducción; pero el fin darwiniano que se persigue, al igual que el de la selección natural, es la evolución. Pero la selección sexual no logra discriminar y resulta en degeneración. La selección sexual salvaje y no regenerada es más lujuria que amor. Desde las liebres hasta los elefantes, las criaturas salvajes están cegadas por los celos y enloquecidas por el celo. Como la familia Jukes, abandonan a sus crías junto a la carretera. Domesticamos brutos y plantas y, con gran cuidado y habilidad, los criamos para mejorar sus características; pero pronto nos cansamos y entonces los perros se convierten en parias, los gatos se vuelven vagabundos, las papas se vuelven pequeñas y los caballos no valen la pena de ser atrapados y domados. Las manzanas cultivadas nunca repiten a sus árboles progenitores, sino que novecientas noventa y nueve veces de cada mil caen muy por debajo de ellos. Los “amores de las plantas”, como los llamaba el caprichoso abuelo de Darwin, son de mala reputación e, incluso en esta época civilizada, los seres humanos necesitan ser restringidos por la ley para evitar que contraigan alianzas insalubres. Cuando la cuerda se rompe, la cometa cae.

Siglos antes del tiempo en que el Sr. Darwin soñó que en la tenue oscuridad del pasado podemos ver que el primer progenitor de todos los vertebrados debió haber sido un animal acuático, provisto de branquias, con los dos sexos unidos en el mismo individuo, con los órganos más importantes del cuerpo (como el cerebro y el corazón) desarrollados imperfectamente o en absoluto, y un animal “más parecido a las larvas de las ascidias marinas existentes que a cualquier otra forma conocida”, Dios hizo una célula protoplásmica y desapareció. Esa célula era un vegetal y, como todas las células son microscópicas, era invisible. También era hermafrodita. Contenía pelos y raicillas, núcleos y nucléolos, estrellas madres y estrellas hijas, agrupándose, avanzando y retrocediendo, como si bailaran cuadrillas. Y, según cuenta la historia, esta única célula ha sido el padre y la madre de todas las criaturas vivientes. La selección natural, ayudada solo por la selección sexual y el accidente, las ha evolucionado, en grados casi imperceptibles.

Evidentemente, Darwin y Wallace siguieron lo que pensaron que era la línea de menor resistencia al introducir a Dios antes del primer germen vivo, porque, de lo contrario, debió haber habido degeneración para satisfacer las condiciones actuales. Pero, ¿no fue un error en otro aspecto? Mientras estaban en el negocio de hacer dioses, habría sido fácil haber permitido tres: uno para las plantas, uno para los brutos y uno para los hombres. Nadie estaba mirando. Podrían haberlo hecho, pero, tal como están las cosas, hay un gran peso muerto en cada comienzo.

“Podemos estar seguros”, explica el Sr. Darwin, “de que cualquier variación perjudicial en el menor grado sería rígidamente destruida. A esta conservación de las diferencias y variaciones individuales favorables, y a la destrucción de las que son perjudiciales, la he llamado selección natural o supervivencia de los más aptos. Las variaciones que no son ni útiles ni perjudiciales no se verían afectadas por la selección natural y quedarían como un elemento fluctuante, como tal vez vemos en ciertas especies polimórficas, o en última instancia se fijarían, debido a la naturaleza del organismo y la naturaleza de las condiciones”. (*El Origen de las Especies*, Vol. I, página 121). La selección natural es destrucción y preservación. Todas las diferencias y variaciones “perjudiciales” son destruidas y algunos individuos con partes “favorables” son preservados. La muerte natural es el medio de destrucción; y la generación, de preservación. Los “favorables” siempre demuestran ser los más fuertes, los “perjudiciales” los más débiles. Aunque las gracias más dulces y las virtudes más resplandecientes del tipo más elevado de hombre son productos de la selección natural, están condicionadas promiscuamente a matar al prójimo y procrear a la propia especie. La matanza se lleva a cabo “por actos de Dios”, como lo expresan las compañías de transporte, y por odio, envidia, ira, avaricia, egoísmo. En la lucha por la existencia, los más fuertes se regodean sobre los caídos, mientras que la pobreza de espíritu, la mansedumbre, la misericordia y la paz mueren sin honra ni reconocimiento. Por estos medios, todo tipo de ser orgánico ganará eventualmente la cumbre de la finitud. Es inmoral.

El profesor Huxley hace una notable concesión a la verdad y la cordura cuando dice:

“Es bastante concebible que cada especie tienda a producir variedades de un número y tipo limitados, y que el efecto de la selección natural sea favorecer el desarrollo de algunas de estas, mientras que se opone al desarrollo de otras a lo largo de sus líneas de modificación predeterminadas”. (Britannica. Evolución). Tomando el lenguaje del profesor como exacto, él rinde la selección natural. Se nos enseñó que era tan confiable como la gravitación, pero si tenemos la noción de que algunas especies mejoran, algunas son estacionarias y algunas se deterioran, de acuerdo con la herencia y el entorno, ya no nos sirve de nada. Para resumir el caso de la selección natural:

(1) Es una moral deficiente. Una teoría de la naturaleza debe ser ideal para ser verdadera. La selección natural es un esquema para la supervivencia de los apasionados y los violentos, la destrucción de los débiles e indefensos. Para que sea verdad, lo negro debe ser blanco, lo incorrecto debe ser correcto y Dios un Iván el Terrible.

(2) Sus suposiciones son falsas. Es falso que la atenuación ilimitada de los pasos del proceso, y el tiempo ilimitado para el cumplimiento del mismo, nos aseguren que podría haber sido posible. La “atenuación” y el “tiempo” no habrían sido más que condiciones, no causas. No podrían probar nada.

Es falso que en la lucha por la existencia sobrevivan los “más aptos”. Los “más aptos” es una palabra ambigua. Con la selección natural significa los más fuertes y mejor armados. Ellos no sobreviven; degeneran y expiran. Los que portan armas desafían al ataque. Esta providencia puede ser penal o correctiva.

Es falso que el hombre derive de un bruto y un bruto de un vegetal. Una de las fuerzas de la vida humana se dirige al reconocimiento de Dios y a una consciencia de pecado contra Él. Esto no se desarrolló a partir de los simios antropoides, porque no está en ellos. Los brutos se distinguen de las plantas por la autoconsciencia, y esto no se desarrolló a partir de las plantas, porque no está en ellas.

(3) La selección natural es autocontradictoria e imposible. Hace cincuenta años, Alfred Russel Wallace ideó el esquema y le escribió a Charles Darwin al respecto. El Sr. Darwin publicó el plan. Posteriormente, se refiere a que el Sr. Wallace tiene “un genio innato para resolver dificultades”. (*Descent*, p. 344). Hace dos años, el Sr. Wallace, en un discurso en el aniversario de Darwin, ante la Institución Real en Londres, refiriéndose al profesor Haeckel, dijo:

“Estos esfuerzos inútiles parecen llevarnos a la conclusión irresistible de que, más allá y por encima de todos los agentes terrestres, hay alguna gran fuente de energía y guía, que de formas desconocidas impregna cada forma de vida organizada, y de la cual nosotros mismos somos el resultado final y predeterminado”.

Así, un propio autor de la teoría admite la contradicción de afirmar una “selección” y negar un selector.

Distribución

Los darwinistas asumen que debido a que ciertas criaturas viven ahora en áreas limitadas, como el perezoso en América del Sur y el ornitorrinco en Australia y Tasmania, han llegado a sus moradas actuales por evolución a través de los peces. Que lo asuman, pero pedimos misericordia para el hombre de la calle que retrocede ante ese modo de transporte y cree que podrían haber sido creadas en Asia Occidental, dispersadas por varios medios posibles, dondequiera que las condiciones climáticas y de otro tipo fueran favorables, y sufrido la extinción, excepto donde las encontramos; o que podrían haber sido creadas donde están. La rápida extinción del bisonte americano sugiere la posibilidad de la extinción, como un factor del proceso.

Sucesión geológica

El profesor Huxley aduce solo un argumento más: las formas geológicas sucesivas. “Debe”, comenta él, “bastar en este lugar, decir que las formas sucesivas del tipo equino han sido completamente descifradas, mientras que las de casi todos los demás tipos existentes de mamíferos ungulados y de los carnívoros han sido seguidas casi tan de cerca a través de los depósitos terciarios”. Tenemos un recuerdo confuso de haber conocido a ese *Equus* antes, y, de alguna manera, lo asociamos con el *pons asinorum*. El profesor basa su caso en el término “sucesivo”: “formas geológicas sucesivas”. Lo confunde con “similar”, pero ninguno de los dos es ofensivo. Los fósiles y las formas vivientes pertenecen a la misma categoría, pero una diferencia radical entre las formas “sucesivas” rompe la cadena de la evolución. Si los fósiles de ungulados son como las formas vivientes, los saludamos como a viejos amigos, si son diferentes rogamos una presentación. En cualquier caso, no es darwinismo, sino Don Quijote atacando a otro molino de viento.

El origen real del hombre, los brutos y las plantas, a partir de una forma más simple y más baja de vida orgánica, mediante selecciones y variaciones naturales y sin Dios, es la esencia del darwinismo. Se admite y no se discute que fue elaborado definitivamente por primera vez por Charles R. Darwin, y se sostiene o cae con los experimentos y argumentos de Darwin, y estos son maravillosamente no científicos. Habiendo fallecido Louis Agassiz, Lord Kelvin y el Dr. Virchow, el panorama para la ciencia experimental ha parecido oscuro; pero de repente la luz está irrumpiendo. El profesor Gaston Bonnier, de la Sorbona, M. de Cyon y otros, acaban de tocar una cuerda emocionante y la Europa científica está despertando. Criticando al Sr. Darwin en *Pour et Contre le Darwinisme*, M. Bonnier dice:

“El ilustre naturalista no tenía idea del método experimental”, y añade que era imaginativo y descuidado en sus observaciones. En corroboración de esto –pasando por alto el ciervo de cuernos en punta, el oso acuático y la cola humana desgastada, que todos los que estén familiarizados con “El origen del hombre” recordarán– tomemos, por ejemplo, lo siguiente:

“Algunos naturalistas han sostenido que todas las variaciones están conectadas con el acto de la reproducción sexual; pero esto es ciertamente un error; porque he dado, en otra obra, una larga lista de plantas con mutaciones espontáneas “plantas deportivas”, como las llaman los jardineros; es decir, de plantas que repentinamente han producido un solo brote con un carácter nuevo y a veces muy diferente del de los otros brotes en la misma planta. Estas variaciones de brotes, como se les puede llamar, pueden propagarse por injertos, retoños, etc., y a veces, por semilla”. (*El Origen de las Especies*, Vol. I, p. 35).

¿Cómo podía saber el Sr. Darwin que la semilla de la que había crecido el árbol del brote extraño no había sido polinizada, cualquier número de generaciones antes, por la cepa extraña? ¿Qué pasaría si se descubriera que el atavismo vegetal y animal (no una reversión al tipo ancestral, sino una generación latente, el despertar y la aparición de una cepa tan antigua, tal vez, como la raza, mejorada o dañada, incluso hasta el punto de fenómenos o monstruosidades) concuerda con todos los hechos conocidos del caso, y responde a las preguntas difíciles para las cuales se ideó el darwinismo? Seguramente la progresión de un carácter bajo la superficie, ya sea por un año o un millón (como el temperamento de un padre no discernible en un hijo, pero emergiendo en un nieto) es tan creíble como la reversión bajo condiciones similares. Retroceder difícilmente está en armonía con el siglo veinte.

La enseñanza del darwinismo, como una ciencia aprobada, a los niños y jóvenes de las escuelas del mundo es la característica más deplorable de toda la miserable propaganda. Sería difícil fijar la responsabilidad de ello. El propio Darwin dudó. Virchow intentó, noblemente, proteger las escuelas primarias de Alemania. El peso de su conferencia en Múnich es en todo momento una advertencia contra la evasión de la distinción entre lo problemático y lo probado; no están en el mismo nivel de evidencia. “Él enseñaría”, dijo, “la evolución, si tan solo estuviera probada; está, hasta el momento, en la etapa hipotética; se debe advertir a la audiencia que lo especulativo es solo lo posible, no la verdad real; que pertenece a la región de la creencia, y no a la de la demostración. Mientras un problema continúe en la etapa especulativa, sería perjudicial enseñarlo en nuestras escuelas. No debemos presentar nuestra conjetura como una certeza, ni nuestra hipótesis como una doctrina”. Haeckel, siempre imprudente, lo defendió. Mientras luchaban, alguien encendió el fuego. Fue como la quema del templo en Jerusalén. Tito había emitido una orden para perdonarlo, pero un soldado romano arrojó una antorcha encendida por una pequeña ventana y toda la estructura quedó en llamas. Fue como la venganza del Flautista de Hamelín. Era “Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque perecieron” [Mateo 2:18].

Capítulo 51 El Testimonio de Pablo a la Doctrina del Pecado

Por el profesor Charles B. Williams, Licenciatura en Teología, Doctor en Teología
Seminario Teológico Bautista del Sudoeste, Fort Worth, Texas

Theodore Parker dijo una vez: “Rara vez uso la palabra pecado. La doctrina cristiana del pecado es del mismo diablo. La odio por completo”. Su punto de vista sobre el pecado dio forma a sus puntos de vista en cuanto a la persona de Cristo, la expiación y la salvación. De hecho, la cuestión del pecado está detrás de la teología, la soteriología, la sociología, el evangelismo y la ética de uno. Uno no puede sostener un punto de vista bíblico de Dios y el plan de salvación sin tener una idea bíblica del pecado. Uno no puede proclamar una verdadera teoría de la sociedad a menos que vea la atrocidad del pecado y su relación con todos los males y desórdenes sociales. Ningún hombre puede ser un evangelista exitoso del Nuevo Testamento publicando el Evangelio como “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”, a menos que tenga una concepción adecuada de la enormidad del pecado. Tampoco puede un hombre sostener una teoría coherente de la ética o vivir a la altura del más alto estándar de moralidad, a menos que esté atrapado por un agudo sentido de la naturaleza seductora del pecado.

El pecado un hecho en la historia humana

Pablo tiene un extenso vocabulario de términos que denotan pecado o pecados. En la Epístola a los Romanos, donde elabora su doctrina del pecado, utiliza diez términos generales para pecado:

1. ἁμαρτία (hamartia), 58 veces en total, 43 en Romanos, errar al blanco, el pecado como principio.
2. ἁμαρτημα (hamartema), dos veces, el pecado como acto.
3. Παράβασις (parabasis), cinco veces, transgresión, literalmente caminar a lo largo de la línea pero no exactamente de acuerdo a ella.
4. Παράπτωμα (paraptoma), 15 veces, literalmente una caída, lapso, desviación de la verdad y la rectitud (Thayer), traducido como “ofensa” en la R.V en inglés.
5. Ἀδικία (adikia), 12 veces, injusticia.
6. Ἀσεβεία (asebeia), cuatro veces, impiedad, falta de reverencia hacia Dios.
7. Ἀνομία (anomia), anarquía, seis veces.
8. Ἀκαθαρσία (akatharsia), nueve veces, inmundicia, falta de pureza.
9. Παρακοή (parakoe), dos veces, desobediencia.
10. Πλάνη (plane), cuatro veces, extravío, error.

Además de estos términos generales para pecado, Pablo utiliza muchos términos específicos para varios pecados, encontrándose 21 de estos en la categoría de Romanos 1:29-31. Veintiuno equivale a tres veces siete y parece expresar la idea de completitud en el pecado alcanzada por los gentiles. Es literalmente cierto que Pablo utiliza decenas de términos que denotan y describen varios pecados personales, sensuales, sociales, éticos y religiosos. ¿No es esta una evidencia léxica inconfundible de que el apóstol de los gentiles creía en el pecado como un hecho en la historia humana?

Nuevamente, en todas las epístolas principales de Pablo él trata con el pecado en abstracto o con los pecados en concreto. En Romanos 1:18-3:20, discute el fracaso tanto de judíos como de gentiles para alcanzar la justicia. Estos capítulos constituyen la descripción más gráfica y comprensiva del pecado que se encuentra en la literatura bíblica, griega, romana o cualquiera. Es tan fiel a los hechos en la vida pagana de hoy que los paganos modernos a menudo acusan a los misioneros cristianos de escribirla después de haber tenido conocimiento personal de su vida y conducta.

En 1 Corintios, se tratan pecados graves: envidia, contiendas, divisiones, incesto, litigios, adulterio, fornicación, borrachera, avaricia, idolatría, etc. En 2 Corintios, algunos de los mismos pecados son

condenados. En Gálatas, él implica el fracaso del hombre en alcanzar la justicia al mantener la tesis de que ningún hombre es justificado por las obras de la ley, pero cualquier hombre puede ser justificado por la simple fe en Cristo Jesús (Gálatas 2:14), y menciona las obras de la carne, “fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría”, etc. (Efesios 5:19). En Efesios, reconoce que sus lectores estaban antes “muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1), y los exhorta a despojarse de ciertos pecados (Efesios 4:25). En Colosenses, él hace lo mismo. En Filipenses, él dice menos acerca del pecado, o los pecados, pero en Filipenses 3:3-9 él relata su experiencia de fracaso en alcanzar la justicia con todas sus ventajas de nacimiento, formación, cultura y circunstancias. En las epístolas pastorales, reprende ciertos pecados con voz inequívoca.

La experiencia de Pablo la prueba psicológica para él de su doctrina del pecado

Pablo era un fariseo. La justicia, o la relación correcta con Dios, era su meta religiosa. Como fariseo, sentía que podía y debía, en sí mismo, lograr la justicia guardando toda la ley escrita y oral. Este tipo de (supuesta) justicia él luego la describe y la repudia. “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne. Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:3-9).

Su experiencia como fariseo al tratar de obrar una justicia propia le demostró que era un fracaso moral y religioso. Esta experiencia la reflejó en Romanos 7:7-25 (así Orígenes, Tertuliano, Crisóstomo, Teodoreto y la mayoría de los eruditos modernos del Nuevo Testamento, aunque Agustín y unos pocos eruditos modernos del Nuevo Testamento piensan que el pasaje se refiere a la experiencia de un cristiano). “el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató ... a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser” (se mostrara como) “sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago ... ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”. Así que vemos que Pablo por su experiencia con la ley fue llevado a ver que “en él, esto es, en su carne, no moraba el bien”; que en sus miembros está el principio del pecado esclavizándolo de modo que “está vendido al pecado”, esto es, bajo el dominio de este principio de pecado. Él pensaba que la ley podía ayudarlo a ser justo. Todo lo que pudo hacer fue mostrarle su impotencia como pecador y empujarlo en su desesperación hacia Cristo como su único Rescatador “de este cuerpo de muerte”. Toda la justicia que él podía alcanzar era insuficiente. Solo la justicia misma de Dios, dada a través de la fe en Cristo Jesús, podía satisfacer la conciencia del pecador despertado o ser aceptable para Dios.

El origen del pecado

El apóstol no discute el problema mayor, el origen del pecado en el universo moral de Dios. ¿De dónde y cómo entró originalmente el pecado en el universo moral? Pablo no emprende la tarea de resolver este problema. Solo el origen relativo y temporal del pecado, su entrada en la raza humana en la tierra, no su fuente absoluta y última, ocupa el pensamiento de Pablo.

Pero, ¿cuál es su testimonio en cuanto a cómo y cuándo el pecado entró en la raza humana? El pasaje clásico sobre la fuente del pecado humano es Romanos 5:12-21. Considerémoslo. Pablo testifica que el pecado entró en nuestra raza en y a través de la desobediencia de Adán. “como el pecado (*ἁμαρτία*, *hamartia*, el

principio del pecado) entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron ... por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres ... porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores” (Romanos 5:12,18,19). En este paralelismo entre Adán y Cristo, Pablo busca mostrar, por contraste, la excelencia de la gracia y la bendición trascendente del hombre justificado en Cristo. No está discutiendo principalmente el origen del pecado humano. Pero eso no menosprecia su testimonio. El hecho de que sea un testimonio incidental y no estudiado lo hace aún más digno de confianza y convincente.

Tampoco Pablo está aquí simplemente dando voz al pensamiento de sus compatriotas no inspirados en cuanto a la entrada del pecado en nuestra raza. El Dr. Edersheim dice: “Por lo que se puede deducir de sus escritos, las grandes doctrinas del pecado original y la pecaminosidad de toda nuestra naturaleza no eran sostenidas por los antiguos rabinos”.* Weber resumió así la visión judía tal como se expresa en el Talmud: “Por la caída, el hombre quedó bajo maldición, es culpable de muerte y su relación correcta con Dios se vuelve difícil. Más que esto no se puede decir. El pecado, hacia el cual la inclinación y la tendencia ya habían sido plantadas por la creación, se había convertido en un hecho, ‘el impulso del mal’ (*cor malignum*, 4 Es. 3:21) ganó el dominio sobre la humanidad, quien solo puede resistirlo mediante los mayores esfuerzos; antes de la caída tenía poder sobre él, pero no tal ascendencia”.** Se remite al lector a Sab. 2:23ff, Eclesiástico 25:24 (33), 4 Es. 3:7, 21ff, Apoc. Baruch 17:3; 54:15, 19, como expresiones de la visión judía de la entrada del pecado en el mundo y la relación de Adán con la raza en la transmisión de la culpa. En uno de estos pasajes, Eclesiástico 25:24 (33) el pecado de la raza se remonta a Eva: “de una mujer fue el comienzo del pecado”.

* (*Life and Times of Jesus the Messiah*, I. 165.)

** (*Altsyn. Theol.*, p. 216.)

Nótese que Pablo va más allá de la afirmación de cualquier escritor judío no inspirado:

1. Al afirmar que Adán y no Eva es a través de quien entró el pecado en la raza.
2. Que, en algún sentido, cuando Adán pecó, “todos pecaron”, y en su pecar “todos fueron ... constituidos” (κατεστάθησαν, establecidos o constituidos) “pecadores” ... (Romanos 5:19). El apóstol aquí significa, sin duda, que todos ... la raza estaba seminalmente en Adán como su progenitor, y que Adán por el proceso de herencia transmitió a sus descendientes una naturaleza depravada. Él difícilmente puede significar que cada individuo estaba realmente en persona en Adán. Si Adán no hubiera pecado y, por tanto, depravado y corrompido la fuente de la raza, la raza misma no habría sido la heredera del pecado ni la segadora de sus frutos, el dolor, la pena y la muerte.
3. Que en la introducción del pecado en la raza por su progenitor, la raza misma quedó incapacitada para liberarse a sí misma del pecado y de la muerte. Esto lo afirma el apóstol una y otra vez y ya lo ha demostrado antes de llegar al paralelismo entre Adán y Cristo. “para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”; “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (3:19, 20).

La esencia y naturaleza del pecado

Esto nos lleva a preguntar, ¿qué constituía la esencia o núcleo del pecado, tal como lo veía Pablo? Los evolucionistas modernos enfatizan la tendencia ascendente de todas las cosas, y por eso consideran el pecado simplemente como un paso en el progreso ascendente de la raza; esto es, el pecado es “el bien en formación”. Los científicos cristianos van aún más lejos y consideran todo el dolor y el mal como meras

creaciones imaginarias de mentes anormales.* No hay mal real, no hay dolor verdadero, dicen ellos. ¿Encuentra alguna de estas opiniones respaldo en Pablo? Debe notarse que Pablo en ningún lugar da una definición formal de pecado. Pero estudiando los términos más frecuentes en su pluma podemos determinar su idea del pecado. Él usa mayormente el sustantivo ἁμαρτία (*hamartia*), 58 veces, del verbo ἁμαρτάνω (*hamartano*), errar al blanco, pecar. ¿Qué blanco errar? En el griego clásico significa “errar a un objetivo”, “errar en el juicio u opinión”. Para Pablo, pecar es errar al blanco ÉTICA Y RELIGIOSAMENTE. Otras dos palabras utilizadas por Pablo nos muestran cuál es el blanco errado: ἀδικία (*adikia*), injusticia, falta de conformidad con la voluntad de Dios; ἀνομία (*anomia*), anarquía, fracaso en actuar o vivir de acuerdo con la norma de la ley de Dios. Así que el blanco errado es la ley divina. Παράβασις (*parabasis*), transgresión, enfatiza la misma idea, fracaso en alcanzar la línea de rectitud establecida en la ley.

* (Ver *Science and Health*.)

Por otro lado, el pecado no es meramente una negación. Es una cualidad positiva. Es una “caída” (Παράπτωμα, 15 veces). Esto lo ilustra gráficamente Pablo en su descripción de la idolatría, sensualidad e inmoralidad del mundo gentil (Romanos 1:18-32). Primero, ellos conocían a Dios, porque Él les enseñó acerca de Sí mismo en la naturaleza y en la conciencia (Romanos 1:19, 20). Segundo, se negaron a adorarlo como Dios, o a darle gracias a Él como el dador de todas las cosas buenas (Romanos 1:21). Tercero, comenzaron a adorar a la criatura en lugar del Creador, luego se entregaron a la idolatría en una escala descendente, adorando primero imágenes humanas, luego las de aves, luego las de bestias y reptiles (Romanos 1:22-25). Cuarto, esta idea errónea de Dios y falsa relación con Él los degradó a la más grosera sensualidad y la más negra inmoralidad (Romanos 1:26-32). ¿Es esto progreso de la raza? Si es así, es progreso en el despliegue del poder acumulativo del pecado, y eso donde la filosofía y cultura humanas estaban haciendo todo lo posible para detener la marea del vicio y contribuir al avance del gobierno, pensamiento, arte y ética humanos, en el Imperio Romano donde florecía la cultura helenística. Pero Pablo estaba convencido por su propia experiencia y su observación de la sociedad, iluminado y guiado como estaba por el Espíritu divino, de que el principio del pecado en los hombres no era una tendencia ascendente sino descendente, y que a pesar de todas las filosofías, y de toda la cultura y la ética, para entrenar a los hombres en el camino ascendente, intelectual, estético, social y moralmente, aún eran arrastrados hacia abajo más y más profundamente en el vicio al olvidarse de Dios y seguir la tendencia de sus propios pensamientos y deseos. Es decir, si el pecado es un eslabón en la cadena de la evolución del hombre, Pablo diría que fue un paso hacia abajo y no hacia arriba en el largo camino del desarrollo del hombre.

Echemos un vistazo a otro término utilizado por Pablo para expresar la actitud de Dios hacia el pecado. Este es el término “ira” (ὀργή), que aparece 20 veces en las epístolas de Pablo.* Thayer define este término así: “Aquello en Dios que se opone a la desobediencia, obstinación y pecado del hombre, y se manifiesta a sí mismo castigando a los mismos”.** Es decir, el pecado es diametralmente opuesto al elemento de santidad y justicia en el carácter de Dios, y por eso el justo carácter de Dios se rebela contra el pecado en el hombre y manifiesta esta repulsión castigando el pecado. Esta manifestación del desagrado divino ante el pecado no es espasmódica ni arbitraria. Es la expresión natural de un carácter que aprueba el derecho y la bondad. Debido a que Él aprueba y ama el derecho y la bondad, Él debe desaprobado y odiar la injusticia y el mal. La expresión espontánea de esta actitud del carácter de Dios hacia el pecado es la “ira”. ¡Cuán atroz y enorme debe ser el pecado, si el Dios amoroso y lleno de gracia, en el que cree Pablo, lo odia y lo castiga de esta manera! Su naturaleza debe ser la opuesta a aquellos atributos supremos de Dios: santidad, justicia, amor.

* (Este recuento sigue a Moulton y Geden, Concordancia del Testamento Griego, y excluye a Hebreos de las epístolas de Pablo).

** (*Greek English Lexicon to New Testament*).

Tome otro término utilizado por Pablo, ὑπόδικος (*hupodikos*), culpable (Romanos 3:19). Thayer define este término de esta manera: “Bajo juicio, uno que ha perdido su pleito; con un dativo de persona, deudor de uno, que debe satisfacción”.* En este pasaje se usa con el dativo de Dios (θεῷ) y así “todo el mundo” es declarado por Pablo como “bajo el juicio de Dios, habiendo perdido su pleito con Dios, debiendo satisfacción a Dios” (y, estando implícito, no siendo capaz de rendirle satisfacción). Este pasaje implica que la esencia del pecado es la “culpa”. El hombre por el pecado está “bajo juicio”, “bajo sentencia”. Él ha acudido a los tribunales con Dios, se descubre que ha quebrantado la ley de Dios y, por tanto, es culpable y sujeto a castigo. Un elemento secundario en el pecado está implícito en este término, la impotencia del hombre en el pecado, “debiendo satisfacción a Dios”, pero sin ser capaz de rendirla.

* (*Greek English Lexicon to New Testament*).

Debe notarse que Pablo piensa en esta culpa como teniendo DIFERENTES GRADOS de acuerdo a la luz contra la cual el pecador peca (Romanos 2:12-14). El gentil peca sin la ley, esto es, sin conocer los requerimientos de la ley escrita, y así perece sin la ley, esto es, sin la severidad especialmente provista para el transgresor en la ley escrita. Pero el judío, que peca contra la luz superior de la revelación escrita, recibirá la pena más severa prescrita en la ley escrita. Todos los hombres son culpables de quebrantar la ley de Dios, pero los diferentes dominios de la ley ofrecen diferentes grados de luz, y por lo tanto los distintos transgresores son culpables en diversos grados, así como hay diferentes grados de asesinato y homicidio involuntario, según las circunstancias y motivos de los culpables.

Pablo utiliza el término pecado para expresar tres fases del pecado: Primero, el principio del pecado, o el pecado en abstracto. Él utiliza el término más a menudo en este sentido que en cualquier otro. A menudo personifica el principio del pecado, sin duda porque cree en el Satanás personal. Segundo, por implicación enseña que el hombre está en un estado de pecado. (Romanos 5:18, 19). “a todos los hombres la condenación” significa que los hombres están en un estado de condenación: culpables de quebrantar la ley de Dios y, por lo tanto, merecedores de castigo. “constituidos pecadores” significa que la naturaleza del hombre es esencialmente pecaminosa, y por eso se puede decir que el hombre está bajo el principio del pecado, o en el estado de pecado (aunque esta frase, “en el estado de pecado”, no ocurre en Pablo, sino primero en teólogos de una época posterior). Tercero, Pablo utiliza varios términos para pecado que significan actos de pecado. Aquí lo ve en concreto. Los hombres olvidan a Dios, odian a Dios, mienten, roban, matan, cometen adulterio, odian a sus padres, se aman a sí mismos, etc., etc. En este sentido, él ve la corriente de la conducta humana que es solo la expresión del principio del pecado.

Relación de la ley con el pecado

¿Produce la ley el pecado? ¿Es pecaminosa la ley en el sentido de que hace que los hombres pequen? En absoluto, afirma Pablo. “¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto”, etc., etc. (Romanos 7:7-14). Los siguientes puntos parecen estar claramente expresados en este pasaje:

1. La ley no es la verdadera causa del pecado del hombre. Ni siquiera se puede acusar a sus demandas más severas de causar el pecado del hombre.
2. Esto es verdad, porque la ley es esencialmente “santa, justa y buena”; santa en el doble sentido de ser un orden separado de ser y de conducta ordenado por Dios y también que requiere santidad, o el seguimiento de este orden separado de ser y conducta; justa en el sentido de ser la expresión de la voluntad de Dios y el estándar de los pensamientos y acciones del hombre; buena en el sentido de que está ordenada para fines benevolentes. También se le llama “espiritual” en el sentido de que

fue dada a través del Espíritu de Dios y conduce a la espiritualidad si se obedece con el motivo correcto.

3. Pero esta ley santa y justa, buena y espiritual, se convirtió en “LA OCASIÓN” de pecar. Esto lo ilustra Pablo con el décimo mandamiento. Él no habría codiciado si la ley no hubiera dicho: No codiciarás. La palabra griega para “ocasión” (ἁφορμὴν) significa literalmente “una base de operaciones” (Thayer). El principio del pecado hace del mandamiento de Dios su cuartel general para una campaña de lucha de toda la vida en el hombre, instándolo a malas acciones y disuadiéndolo de las buenas. Hay algo en el hombre que se rebela contra hacer lo que se le exige y lo inclina a hacer lo prohibido. Por lo tanto, el principio del pecado, utilizando esta tendencia en el hombre y haciendo así de la ley la base de sus operaciones, se convierte en la “ocasión” para pecar.
4. La ley muestra la pecaminosidad del pecado: muestra que es atroz en su naturaleza y mortal en sus consecuencias. Esto es lo que Pablo insinuó en Romanos 5:20, cuando dijo: “la ley se introdujo para que el pecado abundase”. La ley muestra a los hombres que son fracasos en la cuestión de lograr la justicia.
5. La ley así NEGATIVAMENTE prepara el camino para llevar a los hombres a Cristo como su único Rescatador. “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Romanos 7:24, 25). El apóstol fue llevado a la desesperación mientras se lanzaba de cabeza a la persecución y a sus enormes pecados, pero cuando llegó al final de sus propias fuerzas miró hacia arriba y aceptó la liberación del Cristo resucitado.

Relación de la carne con el pecado

Pablo utiliza a menudo el término *carne* (σάρξ) en contraste con el término *espíritu*. En este sentido, la carne, según Thayer, significa “mera naturaleza humana, la naturaleza terrenal del hombre aparte de la influencia divina y, por lo tanto, propensa al pecado y opuesta a Dios”. Él considera la carne (que aparece 84 veces) como el asiento del principio del pecado. “en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien” (Romanos 7:18). Él no tiene la intención de negar que el pecado como acto culpable descansa en la voluntad humana. Él siempre da por sentada la libertad humana para elegir. Sin embargo, considera la naturaleza inferior del hombre (su *sarx*) como el elemento de debilidad y corrupción en el hombre, lo que proporciona un campo para la operación del principio del pecado. La ley es la “BASE de operaciones” (ocasión), pero la carne es el CAMPO abierto donde opera el principio del pecado. Este principio del pecado arrastra al hombre superior (llamado “el hombre interior”, Romanos 7:22, “la mente, o razón”, νοῦς, 7:25, o más comúnmente, el espíritu) hacia abajo al reino de la carne y a través de las pasiones, apetitos, etc. (Gálatas 5:16; Efesios 2:3), lleva a todo el hombre a pensamientos, actos y rumbos de pecado.

Pero debemos apresurarnos a decir que Pablo no adopta el punto de vista platónico de que la materia es mala per se. Pablo no piensa en la estructura física del hombre como siendo pecaminosa en sí misma y en su espíritu, o alma, como santa en sí misma. Él simplemente enfatiza la servidumbre del hombre bajo el dominio del principio del pecado debido a la debilidad de la carne humana. Tampoco Pablo afirma que la razón humana esté libre de pecado porque aprueba la ley de Dios. Su expresión (Romanos 7:25) “yo mismo con la mente (razón) sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”, solo enfatiza el hecho de la lucha en el hombre; que la naturaleza superior sí aprueba los requerimientos de la ley de Dios, aunque no puede cumplir con esas demandas debido a la esclavitud de su naturaleza inferior (carne) al principio del pecado.

Las consecuencias del pecado

Este punto no necesita una discusión prolongada. Pablo piensa en la muerte, con su serie de antecedentes, dolor, pena y toda clase de sufrimiento, como la consecuencia del pecado. Esto significa la muerte física así como la espiritual, y la última (separación del hombre de la comunión con Dios) es de primordial importancia para Pablo. No necesitamos poner a Pablo en conflicto con las afirmaciones de los científicos naturales modernos de que el hombre habría sufrido la muerte física si Adán nunca hubiera pecado. El único hombre que conocen los científicos es el hombre mortal descendiente de Adán que pecó. Por lo tanto, no pueden afirmar lógicamente que el hombre habría muerto si Adán no hubiera pecado. Tampoco necesitamos decir que la visión cósmica de Pablo sobre el pecado, a saber, que la entrada del principio del pecado en la vida humana a través de Adán vició a todo el cosmos, que a causa del pecado “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8:22), no es científica. Él aquí simplemente afirmó el gran hecho de que toda la vida cósmica, vegetal, animal y humana, ha sido obligada a sufrir debido a la presencia del pecado en el hombre. ¿Quién puede dudar de ello? Ver Romanos 5:12-14, 21; 6:21; 7:10; 8:19-25; Efesios 2:1, etc.

La universalidad del pecado

Pablo considera a cada hombre como un pecador culpable, por muy grandes que puedan ser sus ventajas naturales o culturales. Él sentía que tenía las mayores ventajas “en la carne” para alcanzar la justicia (Filipenses 3:3-9), pero había fracasado miserablemente (Romanos 7:24). Por lo tanto, todos los hombres han fracasado (Romanos 1:18-2:29). Pero él no se satisface con una mera demostración experiencial de la universalidad del pecado. Asimismo, lo basa en el dictamen de la Escritura (Romanos 3:9-20). Más que eso, estudió los hechos de la vida humana, tanto judía como gentil, y así, mediante el método inductivo, es guiado por el Espíritu a declarar que “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20); “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

La persistencia del principio del pecado

En Gálatas 5:17, 18, Pablo dice a los cristianos gálatas que “el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”. Lightfoot dice: “Es una apelación a su propia conciencia: ¿No tenéis evidencia de estos dos principios opuestos en vuestros propios corazones?”* Se exhorta a los cristianos gálatas a “andar en el Espíritu” y a no dejar que el principio del pecado, que no es vencido por completo en la carne en la regeneración, prevalezca y los cubra en derrota y vergüenza. Esta misma persistencia del principio del pecado se describe en Romanos 8:5-9, donde seguramente está describiendo la experiencia de los creyentes. Luego, en Filipenses 3:12-14, alude a su propia experiencia cristiana así: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado ... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. Pablo sabía por experiencia que el viejo principio del pecado todavía lo perseguía y que, debido a la debilidad de la carne, no había alcanzado la “meta” de la justicia práctica. Incluso en su vejez (1 Timoteo 1:15) prorrumpe en la conciencia de su propia enorme pecaminosidad inherente: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”. Todo erudito griego sabe que en la última cláusula, “yo soy”, expresándose tanto el pronombre como el verbo y estando su orden invertido, es enfático. El pecado persiguió al gran y consagrado apóstol incluso hasta las canas. El pecado es un Napoleón que lleva a cabo sus campañas perturbadoras, destructivas y portadoras de muerte incluso en la vida del cristiano. Podemos, por la gracia de Dios y la ayuda del Espíritu, hacerlo prisionero en Elba, pero él escapará y continuará hasta el último aliento de la vida distrayendo nuestras mentes y derrotando nuestras ambiciones más santas. Pero este Napoleón en el ámbito de nuestra experiencia religiosa, al igual que el Napoleón en la experiencia de los reyes y naciones europeas, encontrará su Waterloo.

* (*Commentary on Galatians*, en su lugar.)

El pecado finalmente vencido en Cristo Jesús

Pablo tiene este pensamiento de conquista en mente en ese pasaje único, Romanos 5:12-21. La conquista del pecado por la gracia en Cristo Jesús trasciende por mucho el poder demoledor del pecado transmitido por Adán a su posteridad. “Pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. Este es el canto de triunfo del apóstol mientras traza el último trazo de pluma al describir la bendición del hombre justificado.

La primera conquista histórica del pecado en Cristo fue su concepción sin pecado; aunque nacido de una mujer pecadora, la naturaleza pecaminosa de ella no le fue transmitida a Él. Luego siguió victoria tras victoria: en esos treinta años de silencio en los que nunca cedió a un solo impulso pecaminoso; en la lucha en el desierto cuando en ese momento supremo dijo: Vete, Satanás; en el Calvario cuando se sometió mansamente a los sufrimientos del pecado humano, en cuya sumisión se mostró superior al pecado; en la resurrección cuando la muerte fue derrotada y expulsada de su propio campo de batalla, la tumba, mientras Él como el Hijo de Dios se levantó triunfante y en cuarenta días después se sentó a la diestra del Padre, para enviar a los hombres el Espíritu para aplicar y hacer valer su obra mediadora.

Luego, esta conquista del pecado se personaliza en cada creyente. En la regeneración, el principio del pecado es sometido por el Espíritu en Cristo y la naturaleza divina es implantada de tal modo que garantiza la completa conquista del pecado. En la vida de consagración y servicio, el principio del pecado cae derrotado paso a paso, hasta que en la muerte, cuyo aguijón es el pecado, el creyente triunfa en Cristo en el último campo de batalla; no siente ningún aguijón y sabe que la contienda con el monstruo del pecado ha pasado para siempre, y con júbilo recibe “una amplia entrada” al reino de gloria, tal como Pablo la recibió triunfalmente. (Filipenses 1:21, 23; 2 Timoteo 4:6-8).

Capítulo 52 La Ciencia de la Conversión

Por el Rev. H. M. Sydenstricker, Doctor en Teología
West Point, Mississippi

1. El Caso Planteado

La penetración de la investigación científica en las regiones hasta ahora desconocidas de las cosas es una de las maravillas de la era. Todos los departamentos de la creación están entregando sus secretos al ojo escrutador de la ciencia.

Se buscan las causas de las cosas, no solo en el mundo natural, sino también en todos los ámbitos, para que las cosas puedan ser sometidas con mayor certeza y directamente bajo la voluntad humana. Las operaciones invisibles mediante las cuales se producen resultados poderosos son forzadas a ceder y contar sus secretos. Se descubren nuevos poderes en todos los ámbitos de la investigación y se someten como nunca antes al servicio del hombre. Prácticamente todo se reduce a ciencia, y los hombres están aprendiendo el cómo y el porqué de las cosas físicas, mentales y espirituales. Cuanto mejor se entiendan estas cosas, más completamente seremos los amos del mundo para cuya sujeción fue comisionado el hombre.

Ahora nuestra investigación es si la conversión del alma humana –el nuevo nacimiento divinamente obrado– yace dentro del alcance de la investigación científica. ¿Pueden las operaciones de las fuerzas divinas y los medios divinamente designados para la conversión de un alma ser obligados a ceder a la investigación científica, de modo que podamos producir resultados con el mismo grado de certeza que lo hace el químico en su laboratorio? ¿Operan las leyes de causa y efecto en el ámbito espiritual como en el mundo natural, y podemos aplicar medios y causas espirituales con el mismo grado de certeza que en las cosas físicas? ¿Podemos salir del reino de lo incierto y lo vago al trabajar con almas humanas y operar con absoluta seguridad de resultados adecuados y satisfactorios?

En esta, la más grande de todas las obras, y la cual está prácticamente encomendada al hombre, ¿nos ha dejado Dios en absolutas incertidumbres en cuanto a los resultados? ¿No es cierto que si los medios divinamente ordenados se usan adecuadamente, los resultados pueden obtenerse con la misma certeza científica que en otras cosas, y resultados también que no son en ningún sentido espurios sino el efecto real de causas eficientes y adecuadamente aplicadas? ¿No son absolutas las promesas de Dios, y no demuestran muchos incidentes en la obra e historia de la iglesia que la conversión de las almas fue el resultado directo de medios designados por Dios y aplicados por el hombre para ello, operados por métodos puramente científicos, aunque los obreros no tuvieran pensamiento de ciencia en su obra? ¿No estamos obligados a obedecer las leyes de Dios en todas las operaciones científicas en el mundo físico, y no debemos obedecer científicamente sus leyes en el reino superior de su dominio?

2. El Caso Diagnosticado

Un diagnóstico cuidadoso del caso bajo consideración puede ayudarnos hacia una respuesta científica a nuestra investigación. Conocer al paciente, y especialmente conocer con precisión la naturaleza de la enfermedad, es de primordial importancia en el tratamiento exitoso de la misma. De lo contrario, todo tratamiento es mera conjetura.

Nuestro tema en esta investigación es un alma humana degenerada. Degenerada significando una injusticia inherente y una corrupción innata que ha afectado cada fibra y facultad del alma humana. Esta depravación total no significa que el hombre es actual y prácticamente tan malo como es capaz de ser, pero significa que el hombre total está depravado en todas sus partes, y que nace en esa condición.

Esta degeneración nativa es de una naturaleza doble: Primero, es una condenación legal que desciende a cada alma humana de una ascendencia justamente condenada que representó y sustituyó a toda la raza en el gobierno de Dios bajo el pacto de obras hecho primero con el hombre. Segundo, es una corrupción moral completa de toda el alma de modo que todas las facultades del alma son afectadas de tal manera que las hace incapaces de acción correcta, de modo que toda imaginación del corazón es de continuo solamente el mal. Este hombre moralmente degenerado, en la etapa adulta, es también culpable de múltiples pecados actuales, confirmando su condenación y haciendo su naturaleza moral aún más depravada. Además de esta condición ya depravada, este hombre degenerado no tiene deseo de una vida mejor; su gusto natural pervertido la rechaza, y ni siquiera está dispuesto a considerar nada mejor. Él realmente ama su condición depravada y se deleita en las cosas que desarrollan aún más los principios más bajos en él. Además, su intelecto está tan embotado que es incapaz de aprehender verdades espirituales y sus ojos están tan estigmatizados que no puede ver la luz.

Tal es entonces el carácter del hombre inconverso, el sujeto ahora bajo consideración. Y es muy evidente, que mientras podemos ser capaces con la ayuda de la revelación divina y la observación y experiencia humana de diagnosticar el caso correctamente, el remedio se encuentra en un reino superior, aunque pueda ser aplicado en parte a través de agencias humanas.

3. La Proposición Divina

En vista de este caso aparentemente desesperado, ¿cuál es la proposición divina con respecto a él? ¿Qué contempla el plan divino? Es bastante evidente que la meta final de la proposición divina es deshacerse del pecado. Pero para deshacerse del pecado debemos deshacernos del pecador, de lo contrario el pecado permanece.

Al deshacerse del pecador dos cosas son posibles, ya sea por juicio destruir al pecador y con él también el pecado, o por gracia divina convertir al pecador y así remover el pecado. Ambos métodos se usan en el gobierno divino, pero la conversión es lo que ahora nos concierne. La proposición divina no es destruir al pecador, sino salvarlo haciendo de él un hombre totalmente nuevo: transformarlo de un hijo de pecado en un verdadero hijo de Dios. No meramente un hijo de Dios, sino un hijo realmente nacido, de modo que por nacimiento se convierte en heredero de Dios y coheredero con Cristo de una herencia celestial.

Que el poder divino es suficiente para tal logro no ha de cuestionarse ni por un momento. ¿Pero cae la obra dentro del alcance de la investigación científica y son los métodos a usarse estrictamente científicos? ¿Es el método divino al aplicar la salvación completa a esta alma terriblemente degenerada realmente científico? ¿Es supponible que Dios es menos científico en esta la más grande de todas sus obras de lo que Él es en las cosas menores en su gobierno? ¿Trabaja Él por un conjunto de leyes en el mundo natural, y por leyes diferentes, o ninguna ley en absoluto, en el reino espiritual superior?

Pero si Dios es científico –si la conversión del alma humana se logra por métodos científicos– se sigue que la obra se hace mejor cuando se hace por los métodos de Dios, si es que de hecho puede hacerse en absoluto de alguna otra manera. Y si el método de Dios es científico, ¿nos ha revelado Él adecuadamente su método de modo que pueda ser usado con certeza y éxito por nosotros como sus obreros? Y si esta revelación se nos hace, no nos atrevemos a apartarnos del método de Dios, cualesquiera que sean los otros métodos que puedan sugerirse. Porque, si nos apartamos de los métodos que Dios ha dado y por los cuales Dios mismo obra, nuestra obra será un fracaso enteramente o los resultados serán inadecuados y espurios.

4. Los Medios Descubiertos

Siendo planteada la proposición de Dios y siendo sus métodos científicos, debemos descubrir a continuación los medios por los cuales la obra ha de lograrse. Recuértese que en todas las cosas

pertenecientes al hombre tanto en asuntos temporales como espirituales Dios obra por medios, y usualmente a través de agencias humanas.

Pero en la obra de convertir el alma humana es evidente que los medios son dobles. Primero, aquellos medios aplicados directamente de parte de Dios al alma desde adentro; y segundo, aquellos medios aplicados desde afuera a través de los sentidos por agencias e instrumentalidades humanas. Es un hecho, sin embargo, que incluso los medios usados directamente de parte de Dios son al menos en parte aplicados a través de agencias humanas; de modo que la conversión de almas adultas, hasta donde somos capaces de ver, es ordinariamente a través de instrumentalidades humanas.

Por lo tanto, los medios por los cuales el alma humana es convertida, o nacida en la familia de Dios, son:

(1) El Espíritu divino, que es el único Agente divino, y sin el cual ninguna alma, de infante o adulto, puede jamás pasar de muerte espiritual a vida espiritual. Este Espíritu divino opera cómo y dónde Él quiere y con o sin medios y agencias.

(2) La Palabra de Dios, que es la espada del Espíritu, alcanzando y vivificando las almas de los hombres a través de las facultades de razonamiento y emocionales. La Palabra es eficaz solo si es acompañada por el poder vivificador del Espíritu, mientras que al mismo tiempo puede ser aplicada diversamente externamente.

(3) La influencia benigna de los cristianos, demostrando la realidad y poder y bendición de la nueva vida en el alma del hombre convertido.

(4) La oración real, por la cual el alma regenerada trae al no regenerado a los mismos pies del Salvador divino e implora insistentemente la gracia divina.

(5) Una fe absoluta por parte del agente humano. Esta fe es una confianza absoluta en la habilidad de Dios y en su propósito de lograr la obra a través de los medios que se usan entonces, siempre que se cumplan las condiciones para ello. No puede haber fe verdadera cuando no se usan los medios disponibles y no se cumplen las condiciones conocidas.

5. Los Medios Aplicados

Aquí es donde la ciencia de la conversión es especialmente manifiesta. Todo en la naturaleza debe hacerse a la manera de Dios, y la manera de Dios es siempre científica, y todas las cosas se hacen mejor cuando nos adherimos más estrechamente a los métodos de Dios. La conversión del alma humana no es excepción a esta regla. Podemos convertir hombres más exitosamente cuando nos adherimos estrictamente a la ciencia divina de la obra. Nuestros fracasos se deben sin duda en gran parte a que no cumplimos con las maneras de Dios de hacer la obra.

Nos adherimos estrictamente a las leyes de Dios al cultivar nuestras cosechas. La semilla se coloca primero donde los poderes de vida latentes son despertados y se hace que la semilla germine. Después siguen la hierba, la espiga y el fruto maduro. Ningún poder o sabiduría humanos pueden cambiar esta ley de germinación y crecimiento. Así el alma humana estando espiritualmente muerta es incapaz de hacer nada hacia un despertar a una nueva vida; y siendo también incapaz incluso de querer hacer tal cosa, es bastante evidente que la primera cosa esencial es la aplicación directa del poder dador de vida del Espíritu divino al alma inactiva. Este toque dador de vida prepara el alma para la aplicación eficaz de todos los otros medios designados por los cuales el alma es traída a las realidades y plenitud de la nueva vida. Pero ordinariamente, si no siempre, la aplicación del Espíritu dador de vida a través de agencias humanas es en respuesta a la oración de alguna manera y en algún lugar. ¿No puede ser cierto que cada alma nacida en el reino de Dios

es en respuesta a la súplica de algún cristiano ferviente cuyo corazón es tan grande como la humanidad y cuya oración toca cada alma perdida del hombre?

Por lo tanto, la oración es científicamente el primer medio y la fuerza principal a ser aplicada por el verdadero cristiano al producir la conversión de un alma humana. Es perfectamente cierto que nada puede hacerse efectivamente hasta que se aplique el Espíritu, y el Espíritu es ordinariamente dado en respuesta a la oración —es decir, el Espíritu vivificador que despierta el alma y la prepara para la aplicación eficaz de otros medios divinamente designados. Cuestionamos si el Espíritu se da alguna vez sin oración donde la oración está disponible, como en todas las otras cosas se requieren agencias humanas cuando están disponibles.

Secundario a la obra del Espíritu, y junto con ella, está la aplicación de la Palabra por la cual el alma del oyente es alcanzada a través del intelecto, siendo despertadas las facultades de razonamiento, y a través de ellas la apelación del Evangelio es forzada en la conciencia recién despertada. Aquí todos los poderes de elocuencia y razón y persuasión entran en pleno juego y se hacen eficaces al volver los ojos del alma despertada a la cruz.

A continuación, el alma despertada ahora se vuelve cooperativa con el Espíritu divino, y con la Palabra y con otros medios externos, y el resultado es la creencia en la Palabra por parte del alma incitada, y a través de la recepción de la Palabra sigue una fe real, personal y viva en el Cristo expuesto en el Evangelio, seguida por confesión externa, obediencia y servicio cristiano.

Por lo tanto, el orden científico de la aplicación de los medios para la conversión de un alma es: La oración de la iglesia y del obrero cristiano para la aplicación del Espíritu vivificador por parte de Dios. La predicación de la Palabra y el uso de otros medios externos. El acto receptivo, cooperativo y de respuesta del pecador, ahora dispuesto por el Espíritu de Dios. Y el acto de fe en Cristo totalmente personal por parte del pecador por el cual él realmente recibe por su propia voluntad al Salvador tal como se le presenta, lo confiesa y se vuelve obediente a Él como su Señor y maestro.

6. Las Condiciones Impuestas

En todas las operaciones científicas hay condiciones que deben cumplirse, de lo contrario, los resultados son espurios o desastrosos. Esto explica el vasto número de conversiones espurias y recaídas en las iglesias. Hombres sin escrúpulos e ignorantes que buscan una exhibición de números usan todo tipo de artimañas de todo tipo de maneras para producir conversiones aparentes. Igual de bien podría el químico entrar a su laboratorio y mezclar cualquiera y todo tipo de sustancias químicas y esperar resultados correctos y científicos. Podrían seguir resultados correctos accidentalmente, pero los resultados casi inevitables serían venenos y explosiones. ¿No es lo mismo cierto en los métodos antibíblicos y acientíficos usados por muchos que se hacen pasar por conversionistas expertos en tantos de los seudo avivamientos ahora tan de moda?

Las condiciones impuestas para la verdadera conversión de las almas son tanto filosóficas como científicas, y al mismo tiempo supremamente llenas de gracia y benevolentes, buscando siempre el mayor bien de todos los involucrados, tanto para el alma que está siendo salva como para el obrero a través del cual se logran los resultados.

Estas condiciones son impuestas por Dios mismo. Por lo tanto, Él se hace responsable de los resultados cuando las condiciones se cumplen realmente por nuestra parte. Los resultados pueden no ser siempre como podamos calcular o desear, pero siempre corresponderán a los medios tal como se usaron.

Estas condiciones son dobles. Por parte del obrero cristiano al aplicar los medios de Dios para la salvación de los hombres en los caminos de Dios. El peligro aquí está en aplicar todo tipo de medios humanos de

cualquier manera que sea para obtener resultados aparentes. A menudo culpamos a Dios directa o indirectamente por la pobreza y el carácter de los resultados, cuando de hecho nunca hemos cumplido con las condiciones de Dios, las cuales son siempre naturales, razonables y científicas.

Segundo, por parte del pecador se aplican estas condiciones, porque aunque está espiritualmente muerto, está intelectualmente vivo y es moralmente un agente libre, y por lo tanto responsable de su conducta, incluyendo su incredulidad y su rechazo de Cristo como su Salvador. Él es responsable de las oportunidades puestas ante él, y consecuentemente, es responsable de las condiciones que Dios ha impuesto para la salvación de su alma. Ningún hombre, al menos en cualquier tierra del Evangelio, puede afirmar veraz y concienzudamente que ha cumplido plenamente las condiciones de Dios para su salvación y que Dios lo ha rechazado, o que los resultados no han sido adecuados y científicos. Por otro lado, ningún obrero cristiano tiene derecho a los resultados prometidos por Dios hasta que haya cumplido las condiciones impuestas por Dios. Un uso parcial de los medios, usados de una manera indiferente por solo un tiempo limitado, no es científico y no es cumplir las condiciones de Dios. Esto es cierto no solo en la obra de la salvación real de almas, sino también en la vida cristiana.

7. Los Resultados Obtenidos

Los resultados obtenidos en la conversión de un alma humana son igualmente científicos que los medios usados para ello.

El resultado primario es un hombre nuevo. No un hombre viejo rehecho, sino un hombre nuevo, poseedor de una nueva vida y dotado de posibilidades nuevas y ampliadas. Un hombre con una nueva visión tanto de esta vida como del futuro eterno. Un hombre inspirado con una nueva esperanza, cuyas anclas están clavadas en el mismísimo trono de Dios y la cual es un título positivo e inalienable a una herencia en el cielo. Un hombre con una fe personal positiva en Cristo. Una fe que hace a Cristo su posesión personal con todo lo que Cristo es y todo lo que Él tiene y todo lo que Él ha hecho. Un hombre cuya vida entera es revertida del servicio del pecado y del yo al servicio amable y dispuesto de Cristo como su nuevo maestro.

Que tal hombre sea el resultado científico de los medios que se han aplicado no admite discusión. Está solo en armonía con las grandes leyes de Dios que gobiernan su reino, desde la combinación de los átomos químicos más diminutos hasta el balanceo de las esferas en su universo ilimitado.

Antes que nada, la vida produce vida de su propia especie. Por lo tanto, el toque dador de vida del Espíritu divino imparte vida de su propia especie al alma inactiva y esta se convierte en el hijo viviente de Dios. Este resultado es tan manifiestamente científico como puede encontrarse en toda la naturaleza. El alma inmortal ya existe dotada de todas las posibilidades de un ser finito, pero la vida eterna es el resultado científico del toque dador de vida del Espíritu de Dios. Es de hecho imposible que el resultado sea de otra manera.

Otro resultado es el efecto producido sobre la voluntad del convertido. Su voluntad es renovada y está ahora en armonía con la voluntad divina, y esto es producido por la acción de la voluntad divina sobre la voluntad del pecador. Aquí nuevamente lo divino engendra su semejanza en la voluntad cambiada del alma convertida. Un resultado natural y científico.

De nuevo, a través del poder iluminador y persuasivo del Evangelio, el pecador es llevado a ver el error de su camino y la condición de su alma, y el arrepentimiento de los pecados y la fe en Cristo son el resultado. El hombre se convierte exteriormente y toda su vida y servicio se invierten. Estos son nuevamente los resultados científicos de los medios usados de acuerdo con el orden divino de las cosas. Que estos resultados no sigan siempre a la predicación de la Palabra puede deberse en gran parte al hecho de que los medios se han usado erróneamente para la mera gratificación de la concupiscencia del obrero, o que se han descuidado

otros medios necesarios, especialmente la oración. Y la razón por la cual tantas conversiones no son genuinas se debe al hecho de que son meramente conversiones externas, el resultado de una perorata emocionante que algunos llaman “predicación del Evangelio”, mientras que la oración por la obra interna del Espíritu ha sido totalmente ignorada.

En todo el proceso de conversión es un principio fundamental que lo semejante engendra a lo semejante, y los medios producen resultados de acuerdo con leyes puramente científicas, y si los resultados no son científicos son espurios, externos y temporales. Una ilustración hermosa y puntual se encuentra en la conversión de la congregación en la casa de Cornelio. Los medios se usaron –aunque inconscientemente por parte de los hombres– en el orden científico. La oración, el Espíritu Santo, la Palabra predicada; y los resultados fueron la conversión, la confesión y el servicio cristiano.

Capítulo 53 El Valor Doctrinal de los Primeros Capítulos de Génesis

Por Dyson Hague, Maestría en Teología

Vicario de Church of the Epiphany; Profesor de Liturgia, Wycliffe College, Toronto, Ontario, Canadá

El libro de Génesis es en muchos aspectos el libro más importante de la Biblia. Es de suma importancia porque responde, no exhaustivamente, pero suficientemente, a las preguntas fundamentales de la mente humana. Contiene la primera información autoritativa dada a la raza con respecto a estas preguntas de interés eterno: el ser de Dios; el origen del universo; la creación del hombre; el origen del alma; el hecho de la revelación; la introducción del pecado; la promesa de salvación; la división primitiva de la raza humana; el propósito del pueblo elegido; la parte preliminar en el programa del cristianismo. En una palabra, en este volumen inspirado de los principios, tenemos la explicación satisfactoria de todo el pecado y la miseria y la contradicción que hay ahora en este mundo, y la razón del plan de redención.

O, para decirlo de otra manera. El libro de Génesis es la semilla en la cual está envuelta la planta de la Palabra de Dios. Es el punto de partida del plan de las edades de Dios, desenvuelto gradualmente. Génesis es el plinto del pilar de la revelación divina. Es la raíz del árbol de las Escrituras inspiradas. Es la fuente de la corriente de los escritos santos de la Biblia. Si se quita la base del pilar, el pilar cae. Si se corta la raíz del árbol, el árbol se marchitará y morirá. Si se corta el manantial de la corriente, la corriente se secará. La Biblia en su conjunto es como una cadena que cuelga de dos argollas. El libro de Génesis es una argolla; el libro de Apocalipsis es la otra. Si se quita cualquiera de las argollas, la cadena cae en confusión. Si los primeros capítulos de Génesis no son confiables, la revelación del principio del universo, el origen de la raza y la razón de su redención se han perdido. Si los últimos capítulos de Apocalipsis son desplazados, la consumación de todas las cosas es desconocida. Si quitas Génesis, has perdido la explicación del primer cielo, la primera tierra, el primer Adán y la caída. Si quitas Apocalipsis, has perdido la verdad completa del nuevo cielo y la nueva tierra, el hombre redimido y el segundo Adán en el paraíso recuperado.

Además: en los primeros capítulos del libro de Génesis. usted tiene el cimiento fuerte y suficiente de los desarrollos subsecuentes del reino de Dios; el germen de raíz de toda la antropología, soteriología, cristología, satanología, por no hablar de los problemas antiguos y modernos del misterio y la culpabilidad del pecado, la ordenanza divina del Día del Señor, la unidad de la raza, y el establecimiento por Dios del matrimonio y la vida familiar.

Asumimos desde el principio la historicidad de Génesis y su autoría mosaica. Fue evidentemente aceptado por Cristo el infalible, nuestro Señor y Dios, como histórico, como una sola composición y como la obra de Moisés. Fue aceptado por Pablo el inspirado. Fue aceptado universalmente por los líderes divinamente inspirados del pueblo elegido de Dios. (Véase *Higher Criticism of the Pentateuch* de Green). Se ha validado a sí mismo ante la iglesia universal a través de las edades por su realismo y consistencia, y por lo que ha sido finamente denominado su veracidad subjetiva. Postulamos especialmente la historicidad de los primeros capítulos. Estos no solo son valiosos, son vitales. Son la esencia de Génesis. El libro de Génesis no es la obra de un teórico o de un analista tribal. Es aún menos el producto de algún compilador o compiladores anónimos en alguna era incognoscible, de una serie de mitos, históricos en forma pero no históricos de hecho. Su comienzo es un apocalipsis, una revelación directa del Dios de toda verdad. Si fue dado en una visión o de otra manera, sería imposible decirlo. Pero es posible, si no probable, que el mismo Señor Dios, que reveló a su siervo, estando él en el Espíritu en el día del Señor, el apocalipsis de los eventos humanamente desconocidos e incognoscibles de la historia del hombre que ocurrirán cuando este cielo y esta tierra hayan pasado, también le habría revelado a su siervo, estando en el Espíritu, el apocalipsis de los eventos humanamente incognoscibles y desconocidos que ocurrieron antes de que comenzara la historia de esta tierra. Se ha afirmado que el principio y el fin de las cosas están ambos absolutamente ocultos a la ciencia. La ciencia tiene que ver con los fenómenos. Es donde la ciencia debe confesar su impotencia que interviene la revelación, y, con la autoridad de Dios, revela aquellas cosas que están por encima de ella, El

principio de Génesis, por lo tanto, es una narrativa divinamente inspirada de los eventos considerados necesarios por Dios para establecer los cimientos de la ley divina en la esfera de la vida humana, y para exponer la relación entre el Creador omnipotente y el hombre que cayó, y la raza que iba a ser redimida por la encarnación de su Hijo.

La idea racionalista alemana, que ha pasado a miles de mentes cristianas más o menos ortodoxas, es que estos primeros capítulos incorporan antiguas tradiciones de la mente semítica-oriental. Otros van más allá, y no solo niegan que sean el producto de la mente reverente y religiosa del hebreo, sino que afirman que fueron simplemente leyendas orientales, no nacidas de arriba y de Dios, sino nacidas en el oriente, y probablemente en la Babilonia pagana.

Por lo tanto, postularíamos las siguientes proposiciones:

1. El libro de Génesis no tiene valor doctrinal si no es autoritativo.
2. El libro de Génesis no es autoritativo si no es verdad. Porque si no es historia, no es confiable; y si no es revelación, no es autoritativo.
3. El libro de Génesis no es verdad si no es de Dios. Porque si no es de Dios, no es inspirado; y si no es inspirado, no posee para nosotros ningún valor doctrinal en absoluto.
4. El libro de Génesis no es directo de Dios si es una compilación heterogénea de folclore mitológico por escritores incognoscibles.
5. Si el libro de Génesis es una narrativa legendaria, anónima, indefinidamente errónea, y las personas que describió son las meras personificaciones míticas del genio tribal, por supuesto, no solo es no auténtico, porque no está autenticado, sino que es una base insuficiente para la doctrina. El residuo de verdad dudosa, que podría extraerse de allí con diversos grados de consentimiento, nunca podría ser aceptado como fundamento para la superestructura de la doctrina eternamente digna de confianza, porque es un axioma que solo es de valor doctrinal aquello que es la Palabra de Dios. La ficción mítica y legendaria, y aún más, la tradición errónea y engañosa, son incompatibles no solo con el carácter del Dios de toda verdad, sino con la veracidad, confiabilidad y autoridad absoluta de la Palabra de Dios. No hemos tomado como nuestras credenciales mitos astutamente inventados. Los documentos primarios, si es que los hubo, fueron cotejados y revisados y reescritos por Moisés por inspiración de Dios.

Una oración en *Lines of Defence* de Margoliouth merece una atenta consideración hoy. Deberíamos tener alguna oportunidad, dijo el profesor de Oxford, de medir la habilidad de aquellos en cuya fe se ha abandonado la creencia anticuada en la autenticidad de las Escrituras. (p. 293). Uno quizás preferiría expresar la idea de esta manera. Nuestros cristianos modernos deberían tener más oportunidad no solo de evaluar la habilidad, sino también de medir las cualificaciones espirituales de una escuela crítica que se ha caracterizado notoriamente por un entusiasmo en contra de lo milagroso, y una adopción precipitada de lo cual milita en contra de la historicidad de Génesis.

Los cristianos están concediendo demasiado hoy en día al científico agnóstico y al hebraísta racionalista, y a menudo tienen la culpa si les permiten salirse de sus provincias específicas sin protestar. Sus suposiciones deben ser vigiladas con la mayor vigilancia y celo. (Véase *The Impregnable Rock of Holy Scripture* de Gladstone, pp. 62-83).

Pero para continuar. El libro de Génesis es el cimiento sobre el cual descansa la superestructura de las Escrituras. El cimiento del cimiento son los primeros tres capítulos, que forman en sí mismos una

monografía completa de revelación. Y de esta subestructura final, los primeros tres versículos del primer capítulo son el cimiento.

En el primer versículo de Génesis en palabras de grandeza sobrenatural, tenemos una revelación de Dios como la primera causa, el Creador del universo, el mundo y el hombre. El glorioso ser de Dios sale a la luz sin explicación y sin disculpa. Es una revelación del único, personal, Dios vivo. No hay en la antigua cosmogonía filosófica ningún rastro de la idea de tal ser, y mucho menos de tal Creador, porque todos los demás sistemas comenzaron y terminaron con concepciones panteístas, materialistas o hilozoístas. La Palabra divina se mantiene única al declarar la idea absoluta del Dios vivo, sin intento de demostración. La espiritualidad, infinitud, omnipotencia, santidad del ser divino, todo yace aquí en germen. Es más. La doctrina posterior y más plenamente revelada de la unidad de Dios en la Trinidad se puede decir que yace aquí en germen también, y la última y más profunda revelación que está involucrada en la primera y principal. El hecho de Dios en el primero de Génesis no se da como una deducción de la razón o una generalización filosófica. Es una revelación. Es una revelación de esa verdad primaria que es recibida por la mente humana universal como una verdad que no necesita prueba, y es incapaz de ella, pero que, siendo recibida, se verifica a la mente inteligente por una fuerza irresistible no solo con argumentos ontológicos y cosmológicos, sino con argumentos teleológicos y morales. Aquí tenemos en este primer versículo de Génesis, no solo un postulado aparte de la revelación, sino tres grandes verdades que han constituido la gloria de nuestra religión.

(1) La Unidad de Dios; en contradicción a todos los politeísmos y dualismos de la antigua y moderna filosofía pagana.

(2) La Personalidad de Dios; en contradicción a ese panteísmo ya sea materialista o idealista, que reconoce la inmanencia de Dios en el mundo, pero niega su trascendencia. Porque en todos sus multitudinarios desarrollos, el panteísmo tiene esta peculiaridad, que niega la personalidad de Dios y excluye del reino de la vida la necesidad de un mediador, un portador de pecados y un Salvador personal.

(3) La Omnipotencia de Dios; en contradicción, no solo a esas concepciones degradantes de las deidades antropomórficas del mundo antiguo, sino a todos esos ídolos hechos por el hombre que los millones del paganismo adoran hoy. Dios hizo estas estrellas y soles, que el hombre en su infatuación de buena gana adoraría. Así, en contradicción a todas las concepciones humanas y evoluciones humanas, se destaca no una mera abstracción deísta, sino el único Dios verdadero y vivo. El es nombrado por el nombre Elohím, el nombre de la Majestad divina, el Adorable, nuestro Creador y Gobernador; el mismo Dios que unos pocos versículos después es revelado como Jehová-Elohím, siendo Jehová el nombre del pacto, el Dios de la revelación y de la gracia, el Señor siempre existente, el Dios y Padre de todos nosotros. (Green, *Unity of Genesis*, pp. 31, 32; *Fausset's Bib. Ency.*, p. 258).

Una de las teorías del modernismo es que la ley de la evolución puede rastrearse a través de la Biblia en el desarrollo de la idea de Dios. ¿El desarrollo de la idea de Dios? ¿Hay en las Escrituras algún rastro real del desarrollo de la idea de Dios? Hay una revelación expansiva, y más rica, y más completa de los atributos y tratos y caminos y obras de Dios; pero no de la idea de Dios. El Dios de Génesis 1:1 es el Dios del Salmo 90; de Isaías 40:28; de Hebreos 1:1; y de Apocalipsis 4:11.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Aquí, en una revelación sublime, está el cimiento doctrinal de la creación del universo, y la contradicción de las concepciones antiguas y modernas de la eternidad de la materia. Solo Dios es eterno.

Uno bien puede creer la historia de un pensador japonés que tomó un libro extraño, y con asombro leyó la primera oración: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Le llamó la atención que había más

filosofía de carácter teológico, y satisfactoria para la mente y el alma, en esa sola oración que en todos los libros sagrados del oriente.

Esa sola oración separa a las Escrituras del resto de las producciones humanas. La filosofía más sabia de los antiguos, platónica-aristotélica o gnóstica, nunca alcanzó el punto de que el mundo fue creado por Dios en el sentido de una creación absoluta. En ninguna cosmogonía fuera de la Biblia hay un registro de la idea de que Dios creó el cielo y la tierra, como un esfuerzo de su voluntad, y el mandato de su personalidad eterna y autoexistente. *Ex nihilo nihil fit*. El punto más alto alcanzado por sus especulaciones filosóficas fue una especie de teoría atómica; de átomos y gérmenes y huevos cósmicos poseedores de algunas fuerzas inexplicables de desarrollo, de los cuales el cosmos actual evolucionó a lo largo de largas edades. Se creía casi universalmente que la materia había existido desde la eternidad. La Biblia enseña que el universo no fue causa sui o una mera evolución pasiva de su naturaleza, ni una mera transición de una forma de ser a otra, del no-ser al ser, sino que fue una creación directa del Dios personal, vivo y obrador, quien creó todas las cosas de la nada, sino el mandato de su voluntad, y la instrumentalidad del Logos eterno. En glorioso contraste con la ciencia agnóstica con su lamentable credo, “Creo que detrás y por encima y alrededor de los fenómenos de la materia y la fuerza permanece el misterio no resuelto del universo”, el cristiano proclama su solución triunfante, “Creo que en el principio creó Dios los cielos y la tierra”. (Juan 1:1-3; Hebreos 1:1; Colosenses 1:16). El primer versículo de la Biblia es una prueba de que el libro es de Dios.

Y así con respecto a los versículos subsecuentes. Se admite que Génesis no es una historia científica.* Es una narrativa para que la humanidad muestre que este mundo fue hecho por Dios para la habitación del hombre, y gradualmente estaba siendo preparado para los hijos de Dios. Así, en una serie de desarrollos creativos sucesivos desde el caos sin forma, conteniendo en condición embrionaria todos los constituyentes elementales, químicos y mecánicos, aire, tierra, fuego y agua, el proceso sublime es registrado, de acuerdo con la narrativa de Génesis en el siguiente orden:

*[Nota del traductor: Hay varias formas de entender esta declaración. La Biblia presenta la creación como un acto milagroso de parte de Dios, sin explicaciones científicas. En ese sentido, la historia de la creación es más milagrosa que científica.]

1. La creación por acto divino directo de la materia en su condición gaseosa, acuosa, terrestre y mineral sucesivamente. (Génesis 1:1-10; cf. Colosenses 1:16; Hebreos 11:3).
2. El surgimiento por poder creador divino de las formas más bajas de vida marina y terrestre, (Génesis 1:11-13).
3. La creación por acto divino directo de formas de vida más grandes, acuáticas y terrestres; los grandes monstruos marinos y gigantescos reptiles (los *sheretjim* y *tanninim*). (Dawson, *Origin of the World*, p. 213; Génesis 1:20-21).
4. El surgimiento por poder creador divino de animales terrestres de mayor organización, herbívoros y mamíferos más pequeños y carnívoros. (Génesis 1:24-25).
5. Y finalmente la creación por acto divino directo del hombre. (Génesis 1:26, 27). No el primero sino el último. El último para el cual el primero fue hecho, como Browning lo expresa tan bellamente. Aquí está la compatibilidad de Génesis y la ciencia, porque este orden sublime es exactamente el orden que algunos de los científicos más destacados del siglo diecinueve y veinte han proclamado. Es notable, también, que la palabra para creación absolutamente nueva solo se usa en conexión con la introducción de la vida. (Génesis 1:1, 2, 27). Estos tres puntos donde la idea de creación absoluta es introducida son los tres puntos principales en los que los campeones modernos de la evolución encuentran imposible hacer su conexión.

A continuación, tenemos en esta revelación sublime el cimiento doctrinal para el principio de la humanidad.

El hombre fue creado, no evolucionó. Es decir, no provino de una masa de lodo protoplasmática, o del fango marino batibio, ni por descendencia de un pez o una rana, o un caballo, o un simio; sino que a la vez, de manera directa, completamente hecho, el hombre salió de Dios. Cuando usted lee lo que algunos escritores, supuestamente religiosos, dicen sobre el hombre y su origen bestial, sus hombros se encogen inconscientemente; su cabeza cuelga; su corazón se siente enfermo. Su autoestima ha recibido un golpe. Cuando usted lee Génesis, sus hombros se enderezan, su pecho emerge. Usted se siente orgulloso de ser esa cosa que se llama hombre. Arriba va su corazón, y arriba va su cabeza. La Biblia se opone abiertamente al desarrollo evolutivo del hombre, y a su ascenso gradual a través de eones indefinidos a partir del animal. No en contra de la idea del desarrollo de los planes del Creador en la naturaleza, o una variación de especies por medio del medio ambiente y los procesos del tiempo. Eso se ve en Génesis, y en toda la Biblia, y en este mundo. Pero la Biblia sí se opone claramente a esa teoría llamativa de que todas las especies, vegetales y animales, se han originado a través de la evolución de formas inferiores mediante largos procesos naturales. La forma materialista de esta teoría es sumamente ofensiva para el cristiano. Prácticamente sustituye a la célula protoplasmática que todo lo engendra por el único y Dios verdadero. Pero incluso la teoría sobrenaturalista teísta se opone a la Biblia y a la ciencia por estas razones.

1. No existe tal ley universal de desarrollo. Por el contrario, la evidencia científica ahora defiende el deterioro. La flora y la fauna del último período no muestran ningún rastro de mejora, e incluso el hombre, el hombre orgulloso, desde el punto de vista biológico y fisiológico no ha ganado nada digno de mención desde los albores de la historia. Los restos arqueológicos más antiguos de Egipto, Asiria y Babilonia no muestran ningún rastro de un surgimiento lento de la barbarie. Que las especies pueden ser mejoradas artificialmente es cierto, pero eso no es transmutación de especies. (Dawson, *Origin of the World*, pp. 227-277).

2. Nunca se ha descubierto ningún tipo nuevo. La ciencia está proclamando universalmente la verdad de Génesis 1:11, 12, 21, 24, 25 “según su especie”, “según su especie”; es decir, especie por especie. La geología, con sus aproximadamente quinientas especies de ganoideos, proclama el hecho de la no transmutación de especies. Si, como dicen, los estratos cuentan la historia de incontables eones, es extraño que durante esos incontables eones el trilobite nunca haya producido nada más que un trilobite, ni el amonita haya producido nunca nada más que un amonita. Las excepciones elaboradamente artificiales de la ciencia moderna solo confirman la regla. (Véase Townsend, *Collapse of Evolution*).

3. Tampoco hay rastro alguno de transmutación de especies. El hombre se desarrolla a partir de una sola célula, y se dice que la célula de un mono es indistinguible de la de un hombre. Pero el hecho de que una célula de hombre se desarrolle en un hombre y la célula de mono se desarrolle en un mono, muestra que hay una diferencia inconmensurable entre ellas. Y el desarrollo de una célula a un hombre no tiene absolutamente nada que ver con la evolución de una especie a otra. “Para la ciencia, las especies son unidades prácticamente inmutables” (*Origin of the World*, p. 227). El hombre es la única especie de su género, y el único representante de su especie. Se dice que el abandono de cualquier tipo original es seguido pronto por la extinción completa de la familia.

4. Tampoco se ha encontrado el eslabón perdido. El finado Robert Etheridge del Museo Británico, jefe del departamento geológico, y uno de los más capaces paleontólogos británicos; ha dicho: “En todo ese gran museo no hay ni una partícula de evidencia de la transmutación de las especies. Nueve décimas partes de la charla de los evolucionistas no se basan en la observación, y carecen totalmente de respaldo en los hechos”. Y se dice que el profesor Virchow ha declarado con vehemencia con respecto a la evolución: “Todo es un disparate. Están tan lejos como siempre de establecer cualquier conexión entre el hombre y el simio”. Un gran abismo está fijado entre la teoría de la evolución y la sublime declaración de Génesis 1:26, 27. Estos versículos le dan al hombre su verdadero lugar en el universo como la consumación de la creación.

Hecho del polvo de la tierra, y creado en el mismo día con el grupo más elevado de animales, el hombre tiene afinidades fisiológicas con la creación animal. Pero fue hecho a imagen de Dios, y por lo tanto es transcendentemente superior a cualquier animal. “El hombre es un caminante, el mono es un trepador”, dijo el gran científico francés, De Quatrefages, hace años. Un hombre hace mil cosas todos los días que un mono no podría hacer si lo intentara durante diez mil años. El hombre tiene las facultades de diseño, control, orden, construcción y gobierno. El hombre tiene personalidad, entendimiento, voluntad, conciencia. El hombre está capacitado para aprehender a Dios, y para adorar a Dios. El relato de Génesis sobre el hombre es la única base posible de la revelación. La revelación de la paternidad; de lo bello, lo verdadero, lo bueno; de la pureza, de la paz; es impensable para un caballo, un perro o un mono. El simio más civilizado no podría tener afinidad con tales ideas. No hay posibilidad de que conciba tales conceptos, o de que los reciba si le fueran revelados. Es, además, la única base racional para la doctrina de la regeneración en oposición a la idea de la evolución del carácter humano, y de la gran doctrina de la encarnación. El hombre, una vez hecho a la imagen de Dios, por el poder regenerador del Espíritu Santo nace de nuevo y es hecho a la imagen de Dios el Hijo.

Además, tenemos en esta sublime revelación de Génesis el fundamento doctrinal de:

1. La unidad de la raza humana.
2. La caída del hombre.
3. El plan de redención.

1. Con respecto a lo primero, Sir William Dawson ha dicho que la Biblia no conoce más que un Adán. Adán no fue un mito, ni un nombre étnico. Él fue un verdadero hombre, hecho por Dios; no un desarrollo evolutivo de algún antropoide peludo en algún continente imaginario de Lemuria. ... La Biblia no conoce más que una especie de hombre, una pareja primitiva. ... Esto es confirmado por el Señor Jesucristo en Mateo 19:4. ... Es reafirmado por Pablo en Hechos 17:26, cualquiera que sea la lectura que se tome, y en Romanos 5:12; 1 Corintios 15:21, 47, 49. Tampoco hay base alguna para suponer que la palabra Adán se usa en un sentido colectivo, y así dejar espacio para las hipótesis del desarrollo evolutivo de un gran número de parejas humanas. Todas las cosas tanto en fisiología como en etnología, así como en las ciencias, que tienen que ver con el tema, confirman la idea de la unidad de la raza humana. (Saphir, p. 206).

2. Con respecto a la caída del hombre. El fundamento de toda la hamartiología y la antropología se encuentra en los primeros tres capítulos de Génesis. Nos enseña que el hombre fue creado originalmente para la comunión con Dios, y que ya sea que su personalidad fuera dicotómica o tricotómica, estaba completamente capacitado para el compañerismo personal e inteligente con su Hacedor, y estaba unido a Él en los lazos de amor y conocimiento. Cada elemento de la historia bíblica se recomienda a sí mismo como una narrativa histórica. Puesto en el Edén por su Dios, con un trabajo que hacer, y un mandato de prueba, el hombre era potencialmente perfecto, pero con la posibilidad de caer. El hombre cayó, aunque era la voluntad de Dios que el hombre se elevara de ese *posse non peccari* humano como agente libre al *non posse peccari* divino. (Agustín, *De Civitate Dei*, libro 22, cap. 30). El hombre cayó por desobediencia, y a través del poder de un engañador sobrenatural llamado esa serpiente antigua, el diablo y Satanás, quien desde Génesis 3 hasta Apocalipsis 19 aparece como el enemigo implacable de la raza humana, y la cabeza de esa banda de ángeles caídos que abandonaron por el pecado de orgullo su primer principado.

Esta historia es incomprensible si solo es un mito. El gran teólogo holandés, Van Oosterzee dice: “La narrativa se presenta claramente como historia. Semejante vestidura fantástica histórica de una idea filosófica pura concuerda poco con el espíritu genuino de la antigüedad judía”. (*Dog. II*, p. 403).

Aún más incomprensible es, si es meramente una alegoría que refiere el fruto, la serpiente, la mujer, el árbol, el comer, etc., a cosas completamente diferentes de las mencionadas en la Biblia. Es historia. Es tratada como tal por nuestro Señor Jesucristo, quien seguramente no confundiría un mito con historia, y por San Pablo, quien difícilmente construyó Romanos 5 y 1 Corintios 15, sobre fábulas hábilmente compuestas. Es la única explicación satisfactoria de la corrupción de la raza. Desde el tiempo de Adán la muerte ha reinado.

Esta historia de la caída se erige, además, como una barrera contra todo maniqueísmo, y contra ese pelagianismo que declara que el hombre no es tan malo después de todo, y se burla de la doctrina del pecado original que en todas las confesiones de nuestra iglesia declara claramente la posesión por parte de todos desde el nacimiento de esta naturaleza pecaminosa. (Véase, ej., Art. IX de *Anglican Church*.). La penalidad y el horror del pecado, la corrupción de nuestra naturaleza humana, y la desesperanza de nuestro estado pecaminoso son cosas definitivamente expuestas en la Sagrada Escritura, y son las deducciones divinamente inspiradas de San Pablo a partir de este hecho de la entrada del pecado y la muerte a través de la desobediencia y caída de Adán, la cabeza original de la raza humana. La raza se encuentra en una condición pecaminosa. (Romanos 5:12). La humanidad es una solidaridad. Como la raíz de un árbol vive en el tallo, rama, hoja y fruto; así en Adán, como dice Anselmo, una persona hizo pecaminosa a la naturaleza, en su posteridad la naturaleza hizo pecaminosas a las personas. O, como Pascal lo expresa finamente, el pecado original es locura a los ojos del hombre, pero esta locura es más sabia que toda la sabiduría del hombre. Porque sin él, ¿quién podría haber dicho lo que es el hombre? Su condición entera depende de este punto imperceptible. (*Thoughts*, cap. xiii-11). Esta historia de Génesis es además el fundamento de la doctrina bíblica de toda la responsabilidad humana, y la rendición de cuentas a Dios. Una antropología rebajada siempre significa una teología rebajada, porque si el hombre no fue una creación directa de Dios, si fue un mero desarrollo indirecto, a través de un proceso lento y doloroso, de nadie sabe qué, o cómo, o por qué, o cuándo, o dónde, el resorte principal de la rendición de cuentas moral ha desaparecido. La concepción fatalista de la vida personal y moral del hombre es el regalo mortal de la evolución naturalista a nuestra era, dijo recientemente el Prof. D. A. Curtis.

3. Con respecto a nuestra redención, el tercer capítulo de Génesis es la base de toda la Soteriología. Si no hubo caída, no hubo condenación, ni separación ni necesidad de reconciliación. Si no hubo necesidad de reconciliación, no hubo necesidad de redención; y si no hubo necesidad de redención, la encarnación fue una superfluidad, y la crucifixión una locura. (Gálatas 3:21). Tan estrechamente vincula el apóstol la caída de Adán y la muerte de Cristo, que sin la caída de Adán la ciencia de la teología queda vaciada de su característica más destacada, la expiación. Si el primer Adán no fue hecho un alma viviente y cayó, no había razón para la obra del segundo hombre, el Señor del cielo. El rechazo de la historia de Génesis como un mito, tiende al rechazo del Evangelio de salvación. Una de las principales piedras angulares de la doctrina cristiana es removida, si la realidad histórica de Adán y Eva es abandonada, porque la caída siempre permanecerá como el punto de partida de la revelación especial, de la salvación por gracia, y de la necesidad de la regeneración personal. En ella yace el germen de todo el Evangelio apostólico.

Finalmente, tenemos en Génesis 2 el fundamento doctrinal de esos grandes fundamentos, la necesidad del trabajo, el día de descanso del Señor, la ordenanza divina del matrimonio, y la vida hogareña de la humanidad. El día de descanso semanal fue provisto para el hombre por su Dios, y está plantado en la mismísima vanguardia de la revelación como una ordenanza divina, y así también lo están el matrimonio y el hogar. Nuestro Señor Jesucristo respalda la historia mosaica de la creación de Adán y Eva, se refiere a ella como la explicación de la voluntad divina con respecto al divorcio, y sanciona con su *imprimatur* infalible esa más trascendental de las cuestiones éticas, la monogamia. Así, los grandes elementos de la vida como Dios la planeó, los tres factores universales de una vida feliz, saludable y útil, la ley, el trabajo, el amor, están establecidos en el principio del Libro de Dios.

Otras tres características notables en los primeros capítulos de Génesis merecen una breve referencia.

La primera es la afirmación de la unidad original del lenguaje de la raza humana. (Génesis 11:1). Max Muller, un destacado etnólogo y filólogo, declara que todos nuestros idiomas, a pesar de sus diversidades, deben haberse originado en una fuente común. (Véase Saphir, *Divine Unity*, p. 206; Dawson, *Origin of the World*, p. 286; Guinness, *Divine Programme*, p. 75).

La segunda es ese milagro de profecía etnológica de Noé en Génesis 9:26,27, en el cual tenemos predichas en un sublime epítome las tres grandes divisiones de la raza humana, y sus destinos históricos finales. Las tres grandes divisiones, camítica, semítica y jafética, son los tres grupos étnicos en los que la ciencia moderna ha dividido a la raza humana. Los hechos de la historia han cumplido lo que se predijo en Génesis hace cuatro mil años. Las naciones camíticas, incluyendo la caldea, la babilónica y la egipcia, han sido degradadas, profanas y sensuales. Las semíticas han sido las religiosas con la línea del Mesías venidero. Las jaféticas han sido las razas en expansión y las dominantes, incluyendo todas las grandes monarquías mundiales, tanto de los tiempos antiguos como modernos, la griega, romana, gótica, celta, teutónica, británica y americana, y por investigación y descubrimiento recientes, las razas de la India, China y Japón. Así Cam perdió todo imperio hace siglos; Sem y su raza lo adquirieron ética y espiritualmente a través del Profeta, Sacerdote y Rey, el Mesías; mientras que Jafet, en una expansión que abarca el mundo y supremacía imperial, ha representado el dominio industrial, comercial y político.

La tercera es la gloriosa promesa dada a Abraham, el hombre a quien el Dios de gloria se apareció y en cuya simiente, personal y encarnada, todo el mundo iba a ser bendecido. La personalidad de Abraham es la explicación del monoteísmo de las tres religiones más grandes del mundo. Él se destaca en proporción majestuosa, como dice Max Muller, como una figura, superada solo por uno en toda la historia del mundo. Aparte de esa promesa, la historia milagrosa de la raza hebrea es inexplicable. En él se centra, y de él cuelga, el hecho central de todo el Antiguo Testamento, la promesa del Salvador y su gloriosa salvación. (Génesis 11:3; 22:18; Gálatas 3:8-16).

En una época, por lo tanto, cuando los críticos se vuelven audaces al reclamar firmeza para los resultados asegurados de sus excentricidades hipotéticas, los cristianos deberían volverse más audaces al contender ardientemente por los resultados asegurados de la revelación en los capítulos iniciales de Génesis.

El intento del modernismo de salvar lo sobrenatural en la segunda parte de la Biblia mitificando lo sobrenatural en la primera parte, es tan imprudente como fatal. En lugar de bajar la dominante de la fe en medio del coro de la duda, y admitir que un capítulo es dudoso porque algún doctrinario lo ha cuestionado, o que una doctrina es menos auténtica porque alguien ha hecho circular una hipótesis inverificable, sería mejor tomar nuestra posición con hombres como Romanes, Lord Kelvin, Virchow y Liebig, en sus ideas de un poder creador, y ponernos del lado de Cuvier, el eminente científico francés, quien dijo que Moisés, aunque fue educado en toda la ciencia de Egipto, fue superior a su época, y nos ha dejado una cosmogonía, cuya exactitud se verifica a sí misma todos los días de una manera razonable; con Sir William Dawson, el eminente científico canadiense, quien declaró que las Escrituras en todos sus detalles no contradicen ningún resultado recibido de la ciencia, sino que anticipan muchos de sus descubrimientos; con el profesor Dana, el eminente científico estadounidense, quien dijo, después de examinar los primeros capítulos de Génesis como geólogo: “Encuentro que está en perfecto acuerdo con la ciencia conocida”; o, mejor de todo, con aquel que dijo: “Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (Juan 5:46-47).

Capítulo 54 El Conocimiento de Dios

Por David James Burrell, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Ministro de la Iglesia Marble Collegiate, Ciudad de Nueva York

El hombre que no conoce a Dios no ha comenzado a vivir. Puede comer y beber, alegrarse, acumular una fortuna o usar una corona; pero no ha entrado en esa vida mejor de grandes esperanzas y nobles propósitos y aspiraciones que nos hacen dignos de nuestra primogenitura divina. Porque “esta es la vida eterna: que te conozcan a ti”.

Ponernos en una relación justa con Dios es literalmente una cuestión de vida o muerte. Vale la pena dominar todas las teologías, pero la TEOLOGÍA es indispensable. Debemos conocer a Dios.

Pero, ¿dónde está Él? ¡Oh, si yo supiera dónde hallarle! “He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré; Y al occidente, y no lo percibiré; Si muestra su poder al norte, yo no lo veré; Al sur se esconderá, y no lo veré”. [Job 23:8-9] Los horizontes retroceden a medida que nos acercamos a ellos, y la oscuridad se espesa mientras andamos a tientas como hombres ciegos buscando su camino a lo largo del muro.

Hay tres caminos que son pisados en vano por multitudes que persiguen esta santa búsqueda. Cada uno de ellos está marcado: “Este camino hacia Dios”; y cada uno de ellos es un callejón sin salida, que deja al alma todavía a tientas y clamando: “¡Oh, si yo supiera dónde hallarle!”.

El primero de estos caminos es la Intuición.

No hay ateos naturales. Todos nacen con un sentido inherente de Dios. No entramos en la vida consciente como los órdenes inferiores; sino que “arrastrando nubes de gloria venimos de Dios, que es nuestro hogar”. En las regiones del paganismo más oscuro hay rastros de dos convicciones innatas; a saber, un nacimiento divino y una alienación pecaminosa. De ahí el espíritu universal de inquietud tan conmovedoramente expresado por Agustín: “Salimos de Dios, y sentiremos nostalgia hasta que regresemos a Él”.

Sin duda ha habido algunos que, sin más luz que la que brilla a lo largo del camino de la Intuición, han llegado a conocer a Dios; pero la gran multitud simplemente ha llegado a la idolatría. Se han hecho dioses “a la semejanza de un hombre”; dioses, como el Brocken de las montañas de Harz, proyectados en los cielos. Un ídolo es un dios hecho por el hombre. Puede ser tallado en madera o conjurado a partir de la materia gris del cerebro; pero todos los dioses, de dondequiera que vengan, son ídolos, excepto el único Dios verdadero.

El segundo camino de los buscadores de Dios es la Razón.

Aquí nos encontramos con los filósofos y los que viajan con ellos. Esto también conduce a la decepción; como está escrito: “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría”. [1 Corintios 1:21]

La edad dorada de la filosofía en Grecia siguió de cerca a la decadencia del Panteón. Fue cuando el pueblo había perdido la confianza en sus ídolos y se escuchó el grito: “¡El gran Pan ha muerto!”, que las arboledas y jardines y los pórticos pintados surgieron a orillas del Iliso. Los hombres reflexivos que asumieron el nombre de *philosophoi*, es decir, “amantes de la sabiduría”, eran todos buscadores de Dios. Los estoicos, epicúreos, cínicos y peripatéticos esperaban descubrirlo a la luz de la razón. ¡Qué vana búsqueda!

Cuando se le pidió a Simónides una definición de Dios, necesitó algunas semanas para meditar y luego respondió: “¡Mientras más pienso en Él, más desconocido me resulta!”. Los innumerables dioses y altares

de Atenas habían sido objeto de burlas hasta ser descartados; y los resultados de la investigación filosófica quedaron registrados en ese otro altar que los sucedió: “AL DIOS NO CONOCIDO”. [Hechos 17:23]

El repertorio de los filósofos de Atenas era exactamente el mismo que el de los filósofos de nuestro tiempo. Consistía sustancialmente en cuatro argumentos, a saber: (A) El argumento ontológico; en el sentido de que el ser de Dios está implícito en la idea de Dios. Esto es bueno hasta cierto punto, pero se queda muy corto como demostración; y en cualquier caso no llega a ninguna conclusión en cuanto al carácter de Dios. (B) El argumento cosmológico, que razona del efecto a la causa y se expresa en el epigrama *ex nihilo nihil fit*; “de la nada, nada sale”. Este es igualmente inconcluso, ya que el “algo” necesario, al que conduce, no es más que la mera sombra de la sombra de un dios. (C) El argumento teleológico, que procede del diseño a un diseñador; llevando consigo una fuerte presunción en cuanto a la sabiduría infinita, pero prestando poca o ninguna atención a la naturaleza moral de Dios. (D) Y el argumento antropológico, que infiere la naturaleza moral de Dios a partir de la naturaleza moral del hombre. Este va más allá que los otros; sin embargo, está tan lejos de ser una prueba definitiva en el sentido matemático que uno podría razonablemente cuestionar si algún buscador de la verdad fue alguna vez realmente convencido por él.

Estos son los argumentos que han sido utilizados por los filósofos desde tiempos inmemoriales; y poco se ha añadido en el transcurso de los años. El resultado, en su conjunto, es un fracaso melancólico. El mundo por su sabiduría, es decir por el ejercicio de su razón no asistida, simplemente ha llegado al agnosticismo; no ha “descubierto a Dios”.

No a aquellos que se consideran a sí mismos sabios, sino más bien a los sencillos cuyos corazones están abiertos hacia Dios, llega la gran revelación. Una cosa es saber acerca de Dios y otra muy distinta es conocerle a Él. John Hay sabía todo acerca del presidente Lincoln desde su niñez; el pequeño “Tad” no tenía tal información, pero conocía a su padre, lo conocía profundamente. Los ojos de la fe ven más lejos que los de la razón. Por lo cual Jesús dijo: “el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él”. [Lucas 18:17]

El tercero de los caminos seductores es el de los cinco sentidos; es decir, el de las ciencias naturales, que llegan a sus conclusiones sobre la evidencia de los sentidos físicos.

Esto descarta la fe, que es el sexto sentido dado divinamente a los hombres para la aprehensión de las verdades espirituales. Empezar la resolución de cualquiera de los grandes problemas que tienen que ver con nuestra vida espiritual mediante el testimonio de las yemas de los dedos es esforzarse en vano; ya que, por la naturaleza del caso, “se han de discernir espiritualmente”. [1 Corintios 2:14] Intentar captar un hecho espiritual a través de los sentidos físicos es tan absurdo como sería insistir en ver con los oídos o escuchar con los ojos. La fe no es credulidad, ni carece de fundamento, ni es creer sin evidencia. Por el contrario, es a la vez sustancial y probatoria: solo que es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Negarse a ejercer este sexto sentido o poder de aprehensión espiritual es excluirse para siempre de la posibilidad de aprehender a Dios o cualquiera de las grandes verdades, intangibles pero reales, que se centran en Él.

Sin embargo, escuchamos constantemente, en ciertos sectores, sobre la importancia de proseguir nuestros estudios teológicos “por el método científico”. ¿Con qué resultado? “Tenemos un mundo de hechos”, dicen, “y a partir de estos hechos, mediante el proceso inductivo, debemos llegar a nuestras conclusiones”. Es como un ejemplo en álgebra: Dios es el término desconocido; que esto se exprese con la “x”: el problema entonces es resolver la “x” en términos conocidos mediante el uso de una multitud de hechos visibles y tangibles. ¿Se puede hacer? Siga adelante y continúe sus investigaciones en la línea de la evolución, hasta que detrás del cosmos llegue al caos, y detrás del caos a la nebulosa, y detrás de la nebulosa al germen primordial; y ese último átomo infinitesimal lo mirará con la vieja pregunta en sus labios, tan fuerte como siempre y planteando un problema tan profundo como cuando comenzó: “¿De dónde vine?”. ¿Cuál es su

respuesta? ¿Dios? Llámelo “¡Dios!”, si lo desea; sin embargo, de hecho, es simplemente una cosa u otra impersonal, indefinible e ineludible que, a falta de un término mejor, se designa como una “causa primera”, pero que está infinitamente lejos de lo que se entiende por un Dios personal.

Bueno, entonces, ¿debería abandonarse la búsqueda? ¿Es el pensamiento universal de Dios simplemente un fuego fatuo que lleva al viajero esperanzado hacia un reino de nieblas y sombras impenetrables? ¿O existe todavía alguna manera de descubrir a Dios?

Sí, **hay un cuarto camino** por el cual nos acercamos a Él; y es una calzada construida por el Rey mismo. **Se le llama “revelación”**, o el descorrimiento del velo.

Hay una presunción antecedente a su favor; a saber, que si hay un Dios en algún lugar del universo, Él no nos dejaría andar a tientas sin esperanza en la oscuridad hacia Él, sino que en algún lugar, de alguna manera, se revelaría a nosotros.

Bien, aquí hay un Libro, que afirma ser revelación. De todos los libros en la literatura de los siglos, es el único que afirma haber sido autorizado divinamente y que “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”. [2 Pedro 1:21]

Abre con las palabras: “En el principio creó Dios”; [Génesis 1:1] y procede a exponer las dos grandes doctrinas de la creación y la providencia. Afirma, por un lado, que todo en el universo tiene su origen en el poder creador de Dios; y, por otro, que todo está sostenido por la providencia de Dios.

En estas dos doctrinas tenemos la suma y la esencia de la verdad bíblica. Pero esto no es todo. En medio de las doctrinas de la creación y la providencia camina, por todos los pasillos de la Sagrada Escritura, una figura misteriosa que es el destello anticipado de otra revelación más adelante. Al principio esta figura aparece en el protoevangelio como la “simiente de la mujer”, que ha de venir en la plenitud de los tiempos para “herir en la cabeza” a la serpiente. Y Él aparece y reaparece, ora con atuendo de rey, ora como varón de dolores, experimentado en quebranto, y otra vez con un nombre escrito en su vestidura: “Emanuel”, que traducido es “Dios con nosotros”.

Este Libro, que afirma ser la Palabra escrita de Dios, nos hace conocer su ser, personalidad y atributos morales; pero no agota el tema. Nos conduce por un camino, iluminado por visiones y profecías, hasta que desemboca en otro camino más claro; a saber, “El Verbo encarnado de Dios”.

Y este quinto camino, la encarnación, es la vía que todos los buscadores de la verdad deben seguir si desean finalmente llegar a un conocimiento justo y salvador de Dios.

Es aquí donde nos encontramos con Cristo, trayendo el mensaje desde el trono. Él viene a nuestro mundo con el propósito expreso de darnos a conocer a Dios; como está escrito: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. [Juan 1:18]

Él es llamado el Verbo, porque es el medio de comunicación entre lo Infinito y lo finito; como está escrito: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”; [Juan 1:1, 14] es decir, la encarnación es la articulación del habla de Dios.

En las Escrituras tenemos una carta de Dios; pero en la encarnación, tenemos el descenso de Dios para revelarse ante nosotros.

El alma del hombre pecador es como un niño perdido entre extraños, con los ojos desorbitados, los labios temblorosos, los ojos buscando en vano un rostro familiar. ¡Ah, aquí viene la madre! Y el niño solloza de

felicidad en su pecho. “¡Acurrúcate, mi niño!”. Así es cuando el pecador encuentra a Cristo; o ¿no deberíamos más bien decir, cuando Cristo, el Dios que busca, lo encuentra a él?

Si, entonces, alguna vez hemos de aprender teología, debe ser como discípulos, sentados en una actitud dócil a los pies de Cristo. Él, como el Hijo encarnado, es nuestro maestro con autoridad. ¿Qué, por lo tanto, tiene Él que decir acerca de Dios?

En cuanto a su ser, Él tiene poco o nada que decir; por la obvia razón de que el ser de Dios es el sustrato de toda la doctrina de Cristo, sin el cual sería tan insignificante como un barco pintado sobre un océano pintado. Además, toda su enseñanza se postula sobre la Palabra escrita, de la cual dijo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. [Juan 5:39] Y en el momento en que pasamos del Verbo encarnado a la Palabra escrita, nos encontramos con el dicho: “En el principio creó Dios”. [Génesis 1:1]

En cuanto a los atributos morales de Dios, la enseñanza de Jesús es indudablemente clara. “Dios es Espíritu”, dice Él, “y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”. [Juan 4:24] Apenas hace falta decir que un espíritu, aunque invisible e impalpable, es una personalidad real consciente de sí misma. La comunión de Jesús con este Espíritu es la de una persona con otra. Él no le habla a la ley, ni a la energía, ni a un indefinible “algo ajeno a nosotros que obra para la justicia”, sino a uno con quien está en términos familiares. “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. [Juan 1:18]

En cuanto a la providencia divina Él habla sin tono de incertidumbre. El Dios al que Él revela está en todo y sobre todo. Allá en las laderas de las colinas nos invita: “Considerad los lirios del campo, cómo crecen”, [Mateo 6:28] y nos asegura que nuestro Padre, que cuida de ellos, cuidará mucho más de nosotros. En cumplimiento de este hecho, Él nos anima a orar, diciendo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. [Mateo 7:7] ¡Oh, gran corazón del Infinito, presto a responder a cada uno de nuestros clamores de ayuda! La doctrina de la oración, tal como la enseñó Jesús, es la simplicidad misma. Hemos de correr a Dios con nuestros anhelos como los niños hacia sus padres; “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”. [Mateo 7:11]

En cuanto a los atributos morales de Dios, la enseñanza de Jesús no solo es clara sino sumamente enfática; porque en este punto toca vitalmente nuestro bienestar eterno. La santidad divina se presenta no tanto como un atributo sino como la condición del ser de Dios. Es la luz que emana de su trono, de la cual Cristo es la manifestación suprema, como Él dijo: “Yo soy la luz del mundo”; [Juan 8:12] y esta luz debe reflejarse siempre en la vida de sus discípulos, como Él dijo: “Vosotros sois la luz del mundo; [...] así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. [Mateo 5:16] Esta santidad no es meramente estar libre de contaminación moral; sino una aversión al pecado tan sensible que hace imposible que Dios mire con complacencia a cualquier criatura que esté contaminada por él. De ahí el llamado a cultivar una vida santa; puesto que “sin la cual nadie verá al Señor”. [Hebreos 12:14]

De esta atmósfera de santidad proceden dos atributos que, como brazos abiertos, abrazan al mundo. Uno de ellos es la justicia, o el respeto por la ley. Ningún maestro jamás vivió, ni siquiera Moisés, que enfatizara tan profundamente como lo hizo Jesús la integridad de la ley moral. Él defendió no solo la ley en sí misma, sino los castigos fijados por su violación. El Decálogo no es una acusación tan severa del pecado como el Sermón del Monte, el cual resuena con la inviolabilidad de la ley.

El otro de los brazos extendidos es el amor. La plenitud del amor divino se expone en las palabras de Jesús: “Cuando oréis, decid: Padre nuestro”. [Lucas 11:2] Fue sabiamente observado por Madame de Staël que si Jesús nunca hubiera hecho nada en el mundo excepto enseñarnos el “Padre nuestro”, habría conferido una

bendición inestimable a todos los hijos de los hombres. El amor de Dios se manifiesta en los incesantes dones de su providencia; pero su muestra culminante es la gracia de la salvación: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. [Juan 3:16]

Y la reconciliación entre el amor y la justicia se encuentra en la cruz. Aquí “La misericordia y la verdad se encontraron; La justicia y la paz se besaron”. [Salmos 85:10] Como la ley es sagrada e inviolable, su castigo debe ser impuesto; debe ser impuesto ya sea sobre el malhechor o sobre algún sustituto competente que se ofrezca como voluntario para sufrir por él. Es el Hijo unigénito quien se ofrece como voluntario, diciendo: “¡Heme aquí, envíame a mí!”. [Isaías 6:8] La justicia de Dios se muestra en el sufrimiento infligido a su Hijo unigénito; y su amor se muestra correspondientemente en el ofrecimiento de todos los beneficios de ese sufrimiento vicario a cada uno con la única condición de la fe.

A Dios le agradó vindicar su suprema majestad ante su antiguo pueblo en la controversia en el Carmelo. Todo el día los sacerdotes paganos congregados en su altar clamaron: “¡Baal, respóndenos!”; [1 Reyes 18:26] pero no hubo voz, ni quien respondiese. Al atardecer, el solitario profeta de Jehová se paró junto a su altar y tranquilamente hizo su oración: “¡Dios de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios!”. [1 Reyes 18:36] ¿Hubo quien respondiese? ¡He aquí, allá en el cielo crepuscular caía un vellón de fuego! En un silencio sobrecogido, el pueblo lo vio descender, más y más bajo, hasta que tocó el sacrificio y lo consumió. La lógica del argumento era irresistible: clamaron de común acuerdo: “¡Jehová es el Dios!”. [1 Reyes 18:39]

El antitipo y paralelo de esa gran controversia está en el Calvario, donde Cristo, siendo a la vez el sacerdote ministrante y el sacrificio sobre el altar, hizo su última oración con las manos extendidas sobre la cruz; y el fuego que descendió lo consumió como una ofrenda del todo quemada por el pecado del mundo. La lógica, aquí también, es irrefutable. En todo el mundo no hay otro evangelio que exponga adecuadamente el amor divino. Por el poder de la verdad, por el triunfo de la justicia, por la lógica de los acontecimientos, por la filosofía de la historia, por la sangre de la expiación, que el mundo responda: “Dios es para nosotros Dios de salvaciones” [Salmos 68:20] y “¡no hay otro fuera de él!”. [Marcos 12:32]

El fracaso de otras religiones y filosofías ha sido grotescamente patético. La ironía de Elías en el Carmelo es meramente un eco de la carcajada divina desde el cielo en respuesta a los que claman: “Rompamos sus ligaduras, Y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; El Señor se burlará de ellos”. [Salmos 2:3-4] Los panteones se desmoronan y los sacerdotes mueren; un altar permanece, a saber, la cruz en el Calvario. ... Es el único altar y el argumento supremo del Dios verdadero.

Pero cada hombre debe, por sí mismo, dar respuesta a ese argumento. Cada uno por sí mismo, debe abrirse camino luchando hacia la verdad. Es como el forcejeo que Jacob tuvo con un antagonista invisible a la orilla del arroyo. A medida que avanzaba la noche, llegó a comprender que la omnipotencia se había apoderado de él. Luego vino un tirón repentino, y Jacob cayó, incapacitado. ¡Dios lo había derribado! Se hundió como un hombre indefenso, pero, aferrándose aún, clamó: “¡No te dejaré, si no me bendices!”. [Génesis 32:26] Y con ello le fue dada la bendición, una bendición que Dios había esperado durante años de fatiga para otorgarle: “No se dirá más tu nombre Jacob, (‘el suplantador’), sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido”. [Génesis 32:28] En ese mismo momento y lugar recibió su galardón de caballería y entró en la vida superior. Al final de ese conflicto, la luz de la mañana brillaba en las colinas de Edom: ¡cuán significativas son las palabras, “¡le salió el sol!”. [Génesis 32:31]

La nueva vida había comenzado; la larga búsqueda había terminado; Jacob había encontrado a Dios. Y siguió su camino cojeando de su encogido muslo, para llevar a través de todos los años posteriores la señal de esa lucha hasta que llegara a la puerta del cielo, en paz con Dios.

Es así como todo hombre encuentra a Dios; en un forcejeo cuerpo a cuerpo que termina en la rendición de uno mismo, una sumisión total al poder benéfico de Dios.

Así que la vida verdadera comienza con conocer a Dios. Comienza cuando un hombre, oprimido por la duda y la incertidumbre, oye su voz que dice: “¡acerca tu mano, y métela en mi costado!”. [Juan 20:27] Comienza cuando, de pie bajo la cruz, se da cuenta, como lo hizo Lutero, “¡Él murió por mí, por mí!”. Entonces rompe el día y huyen las sombras. El amor conquista a la duda, y el alma, contemplando la revelación de lo infinito en la pasión de Cristo, clama: “¡Señor mío, y Dios mío!”. [Juan 20:28]

Capítulo 55 Predica la Palabra

Por el finado Howard Crosby

Uno de los últimos mandatos del anciano Pablo, justo antes de su martirio, fue el dirigido a Timoteo, el cual constituye el texto de mi discurso: “Predica la palabra”. Treinta años de experiencia cristiana, quince años de supervisión apostólica y la inspiración del Espíritu Santo, todos hablaron en esas palabras. Fue un mandato del cielo mismo, no solo para Timoteo, sino para todos los que ocupan el cargo de evangelistas o predicadores en la iglesia del Nuevo Testamento. La orden, dada de manera tan sucinta, es una condensación de todo lo que Pablo había dicho a Timoteo o a la iglesia sobre el tema de la predicación.

La sana doctrina sobre la cual él pone tanto énfasis, y la evasión de las fábulas y la sabiduría del mundo, están ambas incluidas en este breve mandato. Ha habido una tendencia desde el principio mismo de conformar la doctrina de Cristo a la filosofía del hombre, de fusionar las dos cosas y de mostrar que todas las religiones tienen el mismo elemento divino en sus raíces. Esto se vio en el gnosticismo, en la escuela alejandrina de Clemente y Orígenes, y en una veintena de herejías que surgieron dentro de la iglesia posterior.

El carácter distintivo del cristianismo ha desagradado a la mente filosófica, y los hombres han buscado desestimar muchas de sus características desde el punto de vista de la conciencia humana y mediante una apelación a las enseñanzas de la naturaleza. Estos esfuerzos tienen ciertas marcas en común. Disminuyen la atrocidad del pecado, exageran los poderes del hombre y sugieren una uniformidad de destino. El pecado es un defecto, tal vez una enfermedad. El defecto puede ser suplido, la enfermedad puede ser curada mediante aplicaciones humanas; siendo la ayuda divina valiosa como un estímulo para el esfuerzo humano. Una alta civilización y una reforma moral son lo que el hombre necesita, y estas pueden obtenerse mediante el uso de principios generales comunes a nuestra raza, de los cuales el cristianismo es solo una de las formas.

Es natural e inevitable que, con esta enseñanza, la Palabra escrita de Dios sea descuidada, si no ignorada. Nadie puede estudiar esa Palabra y luego usarla para un propósito tan amplio e indiscriminado. Nadie puede estudiar esa Palabra y luego contentarse con un barniz superficial de la sociedad, y una hermandad universal fundada sobre tal esquema. Pablo vio esta tendencia en sus propios días, y advierte a la iglesia encarecidamente en contra de ella. “Mirad”, es su lenguaje: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:8). El principio del mal siempre está obrando. La naturaleza humana es siempre la misma. La iglesia siempre está sujeta a los mismos esfuerzos de la naturaleza humana dentro de sí misma para quitar los cimientos de la gracia y sustituirlos por los inventos del orgullo. Ya sea que aparezca en forma de presunción jerárquica, o en el carácter de la investigación racional y la investigación científica, el principio del mal oculta, mutila o contradice la Sagrada Escritura. No puede soportar las Escrituras, tal como son, con su afirmación divina y sus enseñanzas intransigentes, y considera la apelación a las Escrituras como una marca de credulidad y una exhibición de ignorancia.

Una de las vistas más tristes en la iglesia de Cristo es la sumisión a este espíritu de orgullo por parte de los predicadores ordenados de la Palabra. Muchos Timoteos modernos usan el púlpito para discursos sobre arte y literatura; otros aprovechan la oportunidad para la exhibición de retórica y oratoria; otros proclaman una ética de conveniencia; mientras que otros más solo buscan regalar los oídos de una audiencia que desea ser entretenida. En todo esto se busca en vano el Evangelio. Platón o Aristóteles, y en algunos casos Luciano, podrían haberlo dicho todo. Las iglesias se llenan apelando a los deseos carnales y a los gustos estéticos. La oratoria brillante, la música científica, los temas sensacionalistas y los feligreses de moda son los cebos para atraer a la gente a las iglesias, y una iglesia es llamada próspera a medida que estos miserables artilugios tienen éxito. El predicador se deleita en salir en el periódico y adapta su predicación al nivel del periódico. Tales iglesias tendrán, por supuesto, oficiales de mentalidad mundana y una membresía de

mentalidad mundana, mientras que las almas piadosas huyen de ellas o bien se lamentan en secreto, si es que ellas mismas no se enfrían por la falta del calor del Evangelio.

Es directamente en contra de todo esto que el santo apóstol emite su claro clamor a través de los siglos: “Predica la palabra”. ¿Qué es la Palabra? No es la filosofía del hombre ni la retórica del hombre. Es la revelación divina. Se llama la Palabra de Dios, porque no es del hombre. Al ser de Dios tiene tanto autoridad como poder: autoridad para exigir atención, y poder para convertir y salvar el alma. No debe ser machacada en el mortero del hombre, ni vertida en el molde del hombre. No debe ser torcida y adaptada a las ideas preconcebidas del hombre. No debe ser filtrada por el colador del hombre, ni mezclada con las presunciones del hombre. Es de Dios y, como de Dios, que ningún hombre se atreva a añadirle, o quitarle, o alterarla de ninguna manera. El Señor Jesús se para junto a su cruz, donde ofreció el sacrificio por el pecado, y señala hacia atrás al Antiguo Testamento, y hacia adelante al Nuevo, como igualmente la Palabra de Dios. Del primero Él clama: “Escudriñad las Escrituras”; del último Él les dice a sus apóstoles que el Paracleto vendría y les enseñaría todas las cosas, y ellos darían testimonio. Este Antiguo y Nuevo Testamento es una sola revelación de Dios —una sola Biblia— una sola regla infalible de fe. Dios no nos ha dado una luz dudosa y engañosa para nuestro camino. No nos ha dado un manojo de verdades y fábulas atadas juntas. No nos ha dejado a nuestra débil y discordante razón, y de este modo hecho superflua la revelación. Ha dado a su pueblo una “palabra profética más segura” como la única guía razonable para nuestra razón débil y nuestras naturalezas pecaminosas; y sobre esta Palabra segura está edificada su iglesia. Las doctrinas de la gracia no tienen origen humano ni apoyo humano. Son completamente divinas, y son recibidas solo por el alma que se hace participante de la naturaleza divina. Acudir, por lo tanto, a la filosofía humana o a la conciencia interior del hombre para su confirmación o explicación, es acudir al criminal sentenciado para comprender las excelencias de la ley penal. El error de los errores es buscar en el hombre las verdades de la religión. No es sino la adaptación de la religión al corazón carnal. Es la esencia del orgullo y la rebelión contra Dios. Miles de tomos han sido escritos por hombres que se llamaban a sí mismos eruditos cristianos y filósofos cristianos, los cuales no son sino volúmenes de metafísica confusa y racionalización engañosa desde la base de la experiencia natural, y que han socavado la fe en la Palabra de Dios, y pervertido por completo el Evangelio de Cristo. Los estudiantes de teología cristiana pierden un tiempo precioso estudiando las obras de estos pensadores engreídos, cuyos nombres son elogiados como los de gigantes en la iglesia, mientras están corrompiendo el púlpito y secularizando las bancas.

Es una acusación favorita de los defensores de esta relajación que estamos adorando un Libro. “Bibliolatría” es la formidable palabra que nos arrojan; pero no adoramos a ningún libro. Adoramos al Dios que envió el Libro, y no es una verdadera adoración a Dios la que menosprecia el Libro que Él da. Si honramos a Dios, honraremos la Palabra que Él ha enviado, y seremos celosos por esa Palabra, para que ni una jota ni una tilde de ella sea perturbada por los caprichos de los soñadores o las manos impías de los críticos jactanciosos. Es la Palabra de Dios, y, como tal, no permitiremos, ni por un momento, que las especulaciones, imaginaciones y conjeturas de los hombres, por muy eruditos que sean, pesen lo que pesa una pluma contra ella. Han sido convictos una y otra vez de las falacias más groseras en su ferviente esfuerzo por restar valor a la influencia de la santa Palabra, y sus críticas se han vuelto sobre ellos mismos para su confusión. ¡Qué grandes absurdos han sido promulgados por estos eruditos enemigos de la revelación! Mito, romance, la ficción de la poesía, un mosaico de tradiciones, registros contradictorios, fraude piadoso, estas son algunas de las etiquetas que el pomposo orgullo del hombre ha fijado a los libros de la Biblia, mientras que ni una sola de sus burlas se ha sostenido a la luz de la crítica honesta. No se ha encontrado ninguna verdad científica que se oponga, ni se ha declarado erróneamente ninguna verdad histórica, en todos los escritos sagrados, desde Moisés hasta Juan. Las investigaciones más microscópicas han sido hechas por los más ávidos y eruditos enemigos de la verdad con el fin de encontrar alguna inexactitud, pero no se ha descubierto ninguna, excepto aquellas que resultan necesariamente del proceso de transcripción, y aquellas imaginarias que son perfectamente resolvibles por el sentido común ordinario. Aplique estas pruebas a los Vedas, al Avesta o al Corán, y el contraste es abrumador. Estos están verdaderamente erizados de errores y falsedades, pero la Biblia sale del crisol sin mancha, como la pura

Palabra de Dios. Hombres tan eruditos como los críticos hostiles, y tan minuciosos en su investigación, hombres conocidos y reverenciados en el mundo de las letras, han aceptado la Biblia, toda la Biblia, como la verdad inerrante de Dios. Si el veredicto de los críticos hostiles puede ser así desestimado en un tribunal igualmente erudito, el resultado muestra que su erudición no vale nada en el asunto.

Pero muy por encima de todo este testimonio a la letra está el testimonio de millones que han encontrado un gozo inefable y la paz que sobrepasa todo entendimiento en el Volumen sagrado, y que son atraídos a él como un niño es atraído a su padre, sin cuestionar con respecto a su valor y autoridad. Ellos nunca suponen (y la posición es correcta) que la fuente que refresca su alma sea defectuosa o corrupta, sino que valoran cada gota de ella como un don de la gracia divina. Van constantemente a sus aguas benditas y siempre derivan fuerza del sorbo. Para tales personas, los críticos mordaces son tan indignos de consideración como aquellos que argumentarían en contra de la luz del sol. El conocimiento del corazón es una cosa más profunda que el conocimiento de la cabeza, y, en el discípulo guiado por el Espíritu, puede corregir y reprender los errores de esta última. Ahora bien, es esta santa Palabra, así inmaculada y así poderosa para la justicia y el consuelo, la que el predicador cristiano debe predicar. El predicador es un proclamador, un heraldo, no un profesor universitario o un creador de teorías. A él se le ha dado la Palabra, y eso es lo que debe proclamar. No debe sacar agua de los pozos de la filosofía humana, sino de la corriente que fluye directamente del trono de Dios. Debe decirle a la gente lo que Dios ha dicho. Debe esconderse detrás de su mensaje, y recibirlo por igual con aquellos a quienes se dirige. Tampoco es el predicador el portavoz de una iglesia para emitir decretos eclesiásticos y fulminar censuras eclesiásticas. Esto está tan lejos de predicar la Palabra como lo otro. Como heraldo de Cristo, si bien no hay nada delante de él más que corazones humanos y conciencias a las que apelar, no hay nada detrás de él excepto la Palabra revelada de Dios para pronunciar y hacer cumplir. Todos los mandatos de la iglesia que se le imponen en cuanto a su predicación no son nada, excepto en la medida en que se ajustan a esa Palabra. Él es responsable como heraldo ante Dios y no ante la iglesia. Es el heraldo de Dios y no de la iglesia. La misma razón que le prohíbe hacer de la aprobación de la gente la guía para su predicación, le prohibirá hacer de la autoridad de la iglesia su guía. Será feliz de complacer tanto a la gente como a las autoridades, pero no puede hacer de ese complacer un criterio o estándar. Su deber está por encima de todo eso. Su lealtad es superior.

AL LIMITARSE ASÍ A LA PREDICACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS, EL PREDICADOR NO ESTÁ CIRCUNSCRIBIENDO SU PODER, SINO AMPLIÁNDOLO. Mediante el uso celoso de esa Palabra solamente, él logrará mucho más para el reino de Cristo y la salvación de los hombres que mezclando recursos humanos con la Palabra. Los recursos humanos son muy engañosos y atractivos, y, ¡ay!, muchos predicadores recurren a ellos. Piensan que atraerán a la multitud y llenarán las bancas y producirán mayores ingresos; y puede que así sea, pero estos no son los objetivos por los cuales el Señor envió a sus heraldos. El éxito no se ha de calcular por iglesias llenas y aplausos populares, sino por corazones redargüidos y convertidos, y por el fortalecimiento de la fe y la piedad del pueblo de Dios. Una vida más santa, una separación más pronunciada del mundo, una integridad intachable en los negocios, una devoción cristiana a los intereses de los demás, un conocimiento más profundo de la Palabra: estas son las verdaderas señales de éxito que el predicador puede buscar con justicia, aunque vista ropa casera y su congregación se reúna en un granero. Estos son los resultados gloriosos por los cuales orará el alma consagrada, y en ellos se regocijará con un gozo más puro y más santo que el que proviene de los números, la riqueza o la admiración popular.

SI EL PREDICADOR PREDICA SOLO LA PALABRA, ENTONCES ENSEÑARÁ A SU PUEBLO A MANEJAR LA PALABRA: a seguirlo en su lectura y exposición, a estudiar la lección de las Escrituras en casa, y a orar para que sus benditas verdades entren en sus almas. Un pueblo, de esta manera, se volverá poderoso en las Escrituras; y el que es poderoso en las Escrituras es un poder tremendo para Cristo y la salvación, y en su propia alma tendrá una experiencia completa del poder de la verdad divina, derivándola directamente de su fuente, y comprobando cómo la exposición de las palabras de Dios alumbra.

UNA VEZ MÁS, SI EL PREDICADOR PREDICA SOLO LA PALABRA, ÉL MISMO SERÁ UN ESTUDIANTE DILIGENTE DE LA PALABRA. Se bañará en la revelación de Dios y será impregnado por ella; y así será inmune contra todos los dardos de la ignorancia y la presunción. Se familiarizará con cada detalle de la historia sagrada, la cronología, la etnología, la geografía, la profecía, el precepto y la doctrina, y no tomará nada de segunda mano. No acudirá al Papa ni al Concilio, ni a Calvino o Schleiermacher, para saber qué predicar, sino que en la ley de Jehová estará su delicia, y en su ley meditará de día y de noche.

Es un hecho lamentable que en demasiados de nuestros seminarios donde los predicadores son preparados para su obra, no se enseña la Palabra de Dios, sino que en su lugar se dan los esquemas filosóficos de los supuestos “padres”, y grandes teólogos como la base de la creencia doctrinal. Es cierto que estos esquemas son llevados a las Escrituras en busca de apoyo, y se citan textos en su defensa. También es cierto que algunos de estos esquemas son más o menos consonantes con las Escrituras. Pero, con estas admisiones, el error todavía existe de que la Palabra de Dios juega un papel secundario en la instrucción. No se enseña; es decir, no se convierte en el libro de texto con autoridad. A veces incluso se introduce como tema de crítica, y hombres como Reuss y Robertson Smith son presentados como los guías críticos o, al menos, como ayudantes. Como si una escuela de los profetas tuviera el propósito de examinar las credenciales de la Palabra de Dios, y no de tomarla con humildad y gratitud para uso personal y para uso ante el pueblo.

Algunas escuelas teológicas podrían llamarse sin exageración “escuelas para convertir a los creyentes en dudadores”. La excusa de que los hombres que van a ser predicadores deberían saber todo lo que se dice contra la credibilidad, genuinidad y autenticidad de las Escrituras, es endeble. Si ese fuera el objetivo, estas objeciones se considerarían solo a modo de paréntesis, y la evidencia abrumadora de las Escrituras sería la corriente principal de pensamiento; pero no es así como se hace. Por el contrario, las objeciones se magnifican, y sus autores son recomendados a los estudiantes para su lectura, y a menudo se deja caer la insinuación de que los puntos de vista conservadores sobre la inspiración de la Palabra de Dios son anticuados, obsoletos y marcas de ignorancia. Tenemos así, en los mismos lugares donde, más que en ningún otro, deberíamos esperar ver la más profunda reverencia por la Palabra de Dios, y su estudio fiel para la comprensión de la voluntad divina, la maquinaria para socavar la doctrina de la inspiración y autoridad de las Escrituras, sobre la cual descansa toda la verdad cristiana, y eso, además, en las mentes jóvenes que están siendo preparadas para convertirse en predicadores de Cristo para un mundo pecador y moribundo. Es un pensamiento sumamente doloroso, y le corresponde a la iglesia de Jesucristo despertar a un sentido del mal y corregirlo antes de que toda la iglesia sea envenenada por esta insidiosa influencia.

Deseamos que nuestros jóvenes Timoteos salgan a su obra con el único deseo controlador de poner la Palabra de Dios ante la gente y de evitar cuestiones y contiendas de palabras que no ministran a la edificación piadosa, sabiendo que el poder para convertir y edificar no es la sabiduría del hombre, sino el poder de Dios.

En estos días en que se le da tanta importancia a la ciencia, que dejen a la ciencia en paz. Todo el conocimiento del mundo material, del cual se ocupa la ciencia, no tiene nada que ver con la salvación del alma. Eso está en una esfera completamente diferente. Si bien está de acuerdo con la propiedad que un predicador deba tener un conocimiento general de la vida y las cosas que lo rodean, lo cual incluiría los principios fundamentales de las ciencias naturales (lo cual es simplemente decir que debe ser un hombre educado), sin embargo, no es a través de la ciencia material que él debe enseñar verdades celestiales, ni debe perder su tiempo en el protoplasma, el bathybius y la selección natural, a cuyos temas y otros similares Satanás lo arrastraría gustosamente, para que no presente los temas del pecado y la cruz de Cristo. Si un predicador ilustra la doctrina de las Escrituras con hechos del mundo natural, está bien. Él sigue el ejemplo del maestro. Pero si él presenta al mundo natural en sus aspectos científicos como el texto de su discurso, está usando una Biblia de un tipo muy débil e incierto, y de la cual sabe muy poco, y está haciendo que la Palabra de Dios se subordine a sus propias inferencias y conjeturas a partir de la naturaleza. Con demasiada

frecuencia se habla de la ciencia y la religión como si ocuparan el mismo plano. Tanto los que dicen que son antagónicas, como los que dicen que son una misma cosa, hablan por igual de las dos como si estuvieran al mismo nivel. Usted bien podría hablar de la elaboración de pan y de la religión como si fueran coordinadas. Por supuesto que hay una conexión entre la ciencia y la religión. También la hay entre la elaboración de pan y la religión. El hombre de ciencia debería ser religioso. También debería serlo el panadero. La ciencia puede proporcionar ejemplos de las maravillas de Dios en la naturaleza. También puede hacerlo la elaboración de pan. Pero tales conexiones no pueden poner los temas al mismo nivel.

La ciencia es meramente el estudio de la materia, un examen de las secuencias naturales; pero ¿qué tiene que ver eso con el alma inmortal del hombre, y la Palabra de Dios para esa alma? ¿Quién se atreve a rebajar esto último al nivel de lo primero? ¿Qué tiene que ver el análisis de cualquier cuerpo y su división en carbono, oxígeno e hidrógeno con mi relación eterna con Dios como un ser responsable y pecador? ¿Por qué mezclar cosas tan absolutamente diversas? Y, sin embargo, este balbuceo sobre la ciencia y la religión (donde la ciencia siempre se pone primero) se escucha ad nauseam de parte de aquellos que están comisionados para predicar la Palabra. ¿Es esta la manera de Pablo? ¿Es esta la manera de Juan? ¿Es esta la manera de Cristo? Entonces, ¿por qué debería ser la manera de nuestros Timoteos modernos? La ciencia en su máximo alcance nunca puede tocar la esfera de las necesidades apremiantes del alma. Todas sus verdades juntas no pueden causar ninguna impresión en una conciencia culpable que necesita el perdón divino. La naturaleza es tan muda como cualquiera de sus propias piedras en materia de la salvación del alma. Entonces, ¿por qué entrometerse con ella en el púlpito? ¿Por qué inclinarse ante ella como si fuera un maestro? ¿Por qué ser culpable de la blasfemia de ponerla al mismo nivel que la Palabra de Dios?

Es a medida que los predicadores se apartan de esa Palabra que su predicación se vuelve estéril e infructuosa. El Espíritu divino solo acompañará a la Palabra divina. Su tremendo poder actuará solo a su propia manera y por sus propios medios. La Palabra es sobrenatural, y ¡ay del predicador que deja lo sobrenatural por lo natural; que hace a un lado la espada del Espíritu para usar en su lugar una hoja templada por él mismo!

Capítulo 56 El Mormonismo: Su Origen, Características y Doctrinas

Por el Rev. R. G. McNiece, Doctor en Teología

Durante veinte años antes de 1897, pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana, Salt Lake City, Utah

El escritor ha vivido en Salt Lake City, la sede oficial del mormonismo, durante más de treinta años, y ha aprovechado la oportunidad para asegurar una comprensión completa del sistema. En el gran Tabernáculo de Salt Lake City, durante toda una generación, ha escuchado el mormonismo ser expuesto y defendido, una y otra vez, por sus principales oficiales: por el presidente Brigham Young y el presidente John Taylor, y sus sucesores, Wilford Woodruff, Lorenzo Snow y Joseph F. Smith. En varios centros de reuniones mormones, también, desde Idaho hasta Arizona, ha escuchado el sistema expuesto por muchos de sus principales apóstoles, obispos y ancianos [élderes en literatura mormona oficial en español].

Además, el escritor ha estudiado diligentemente los principales libros oficiales del mormonismo, especialmente el *Libro de Mormón*, *Doctrina y Convenios*, la *Perla de Gran Precio*, y, como complemento de estos, el *Catecismo Mormón*, el *Nuevo Testigo para Dios* del élder Robert, *Lectures on the Articles of Faith* [las Conferencias sobre los Artículos de Fe] del profesor Talmage, las obras del apóstol Orson Pratt, *History of the Prophet Joseph* [la “Historia del Profeta José”] de Lucy Smith y la autobiografía de Joseph Smith. Y además ha leído una gran masa de folletos y artículos de oficiales mormones. El punto de vista del escritor es de simpatía amistosa y buena voluntad hacia los hombres y mujeres entre la gente común en las filas mormonas, cuya sinceridad no tiene ningún deseo de poner en duda. Pero puesto que el mormonismo mantiene de 1.500 a 2.000 misioneros esparcidos por todo el país, propagando este sistema sumamente erróneo y dañino, organizando reuniones mormonas y separando familias, en los estados del Este, Medio, Sur y Noroeste, las personas patrióticas y cristianas de todas partes necesitan tener una idea clara de lo que realmente es el mormonismo, y la manera vergonzosa en que deshonra la Biblia y la religión cristiana, para que puedan ayudar a proteger a sus propias comunidades de la maldición. Y es imposible entender su carácter, sin entender su origen, así que consideremos eso primero.

El origen del sistema mormón

1. Como organización, solo tiene ochenta y dos años, remontándose a abril de 1830. Aproximadamente en esta época, o unos meses antes, se publicó el *Libro de Mormón*; y el 6 de abril de 1830, la Iglesia Mormona fue organizada con seis miembros, en Fayette, condado de Seneca, Nueva York. A pesar del esfuerzo continuo y prolongado por rodear este origen de un gran misterio, y de varios espectaculares fuegos artificiales desde el cielo, manipulados por Joseph Smith, no hay ningún misterio en ello. El período de ochenta y dos años no es lo suficientemente largo como para llevarnos de regreso a la región del misterio.

2. Las dos fuentes principales de su origen: La primera fuente es un grupo de tres hombres calculadores, que unieron sus mentes profanas para endilgar a varias comunidades en Nueva York, Pensilvania y Ohio, este sistema crudo, falso y creado por el hombre bajo el ropaje de fraseología cristiana, con el fin de engañar a los irreflexivos.

La gente en general piensa en Joseph Smith como el hombre que, por encima de todos los demás, originó el sistema mormón. Pero los hechos son contundentes en contra de tal proposición. Smith era ignorante y analfabeto, apenas capaz de leer hasta después de ser un hombre adulto. No sabía prácticamente nada acerca de la Biblia, según la declaración de su madre, y no hay evidencia sustancial en su vida y conducta de que alguna vez tuviera alguna religión en su corazón.

Se necesitaba un hombre religioso, por muy errático que fuera, que hubiera sido instruido en la Biblia y en la teología, para darle al sistema falso algún tipo de entorno religioso. El único hombre conectado con el plan desde su mismo comienzo, mucho antes de la organización pública, que tenía tales calificaciones, era

Revelation Sidney Rigdon. Alrededor de 1819, a los 26 años de edad, recibió licencia para predicar como ministro bautista, y en 1821 se convirtió en pastor de una pequeña iglesia bautista en Pittsburg.

Él era un orador interesante, pero muy errático, y constantemente presentaba todo tipo de teorías descabelladas y sorprendentes que inquietaban a la gente. En 1824 fue destituido de la denominación bautista porque no estaba dispuesto a trabajar en armonía con sus líderes. Unos dos años más tarde, se convirtió en ministro de la denominación campbellita, y quedó bajo la poderosa influencia de ese hombre fuerte, Alexander Campbell, quien lo adoctrinó a fondo en todas las doctrinas y puntos de vista peculiares en ese momento para la denominación. Pero Rigdon se peleó con Campbell, y argumentó que si este último podía asegurar fama y autoridad para sí mismo al organizar una nueva iglesia, entonces él, Rigdon, podría asegurar una fama y autoridad aún mayores al dar al mundo tanto una nueva revelación como una nueva religión, a través del *Libro de Mormón*.

Los dos hombres sin principios que ayudaron a Rigdon a elaborar este plan fueron Parley P. Pratt, quien después se convirtió en uno de los doce apóstoles, y Joseph Smith. Pratt proporcionó la audacia mental y moral necesaria para propagar tan deshonesto esquema, y Joseph Smith proporcionó la astucia avariciosa, la cual le permitió comercializar todo el asunto de tal manera que la gran mayor parte de las ganancias financieras y del poder eclesiástico cayó en sus manos. Él ocupó un lugar subordinado solo hasta que Rigdon pudo poner el falso *Libro de Mormón* en su forma actual. Pero tan pronto como se organizó la iglesia, Joseph Smith tomó las riendas del poder, pisoteó despiadadamente todo y a todos los que se interpusieron en su camino, y no renunció al poder hasta su muerte en junio de 1844.

El tipo de hombre que era Pratt queda ilustrado por el hecho de que perdió su vida en 1857 cerca de Fort Gibson, Arkansas, frente a la boca de una escopeta en manos de un esposo enfurecido, a cuya esposa Pratt había inducido a abandonar su hogar y a sus hijos, y a irse con él a Utah como una de sus esposas plurales.

Estos tres hombres sin principios fueron los fabricantes del sistema mormón.

Las características del mormonismo, que lo hacen ser lo que es

1. Es un sistema fuertemente antiamericano. Con eso se quiere decir que contradice rotundamente los principios fundamentales de nuestro gobierno libre y representativo, al insistir en que el gobierno del sacerdocio en los asuntos civiles es el único gobierno legítimo en este país, o en cualquier país. El apóstol Orson Pratt, hablando en nombre de la Iglesia Mormona, dicta la ley de esta manera:

“El reino de Dios (con lo cual se refiere al sacerdocio mormón) es un orden de gobierno establecido por autoridad divina. ... Todos los demás gobiernos son ilegales y no autorizados. ... Cualquier pueblo que intente gobernarse a sí mismo mediante leyes de su propia creación, y mediante funcionarios nombrados por ellos mismos, está en rebelión directa contra el reino de Dios”. (*Orson Pratt's Works*, pág. 41).

No se deja nada sin hacer para magnificar el poder y la autoridad del sacerdocio, y se instruye al pueblo que desobedecer al sacerdocio es lo mismo que desobedecer a Dios. Uno de los libros oficiales de la iglesia expone así esta afirmación extravagante y blasfema: “Los hombres que poseen el sacerdocio poseen autoridad divina para actuar así en nombre de Dios; y al poseer parte del poder de Dios, en realidad son parte de Dios; y aquellos que lo rechazan, rechazan a Dios, incluso el poder de Dios”. (*New Witness for God*, pág. 187).

Este sacerdocio tiránico dicta y controla todos los asuntos de las personas en la comunidad mormona promedio.

2. El sistema mormón es completamente anticristiano. Aunque se apropia para sí de fraseología cristiana, y de nombres y formas del Nuevo Testamento, pervierte o niega cada doctrina fundamental de la religión cristiana. No solo niega sino que ridiculiza la doctrina cristiana de la espiritualidad de Dios, y le enseña a la gente que Él es un hombre corpulento como Brigham Young. Pues el mormonismo enseña que Adán es el dios de este mundo. Niega que la expiación de Cristo tenga algo que ver con nuestros pecados, sino solo con los pecados de Adán. Para deshacernos de nuestros pecados, debemos forjar nuestra salvación a través de las enseñanzas, y formas, y ordenanzas de la Iglesia Mormona, con sus multiplicados bautismos por los muertos.

3. El mormonismo es una falsificación deliberada de la religión cristiana, con la intención de engañar a los ignorantes. Se llama a sí misma, “La Iglesia de Jesucristo”, un nombre sobre el cual no puede presentar ninguna reclamación. El término “iglesia” es un nombre cristiano y pertenece únicamente a los cristianos: a aquellos que son leales a la iglesia cristiana, a Jesucristo como la divina y única cabeza de la iglesia, y a la Biblia como la suprema y única revelación de Dios.

(1) El mormonismo intenta endilgarle al mundo un profeta falsificado en la persona de Joseph Smith. Él tenía todas las marcas de una falsificación o profeta falso, y ni una sola de las marcas de un profeta verdadero. En los tiempos proféticos, ¿cuáles eran las marcas de un profeta verdadero? En primer lugar, era un hombre de vida pura y recta; se destacaba por su espiritualidad mental, de modo que podía discernir la verdad espiritual y enseñarla a otros. Era leal a Dios, en todas partes y siempre, y nunca hacía mercadería de su oficio profético. Joseph Smith era justo todo lo opuesto a esto. En lugar de vivir una vida pura y recta, era inmoral y malvado, como veremos en breve. No tenía espiritualidad alguna, y constantemente hacía mercadería de su supuesta posición profética, de manera que le aseguraba casas y tierras, y valiosos lotes de esquina y oficios lucrativos, tales como el cargo de alcalde, magistrado municipal, juez municipal, teniente general de la Legión de Nauvoo y la nominación para ser presidente.

El pueblo mormón se ha permitido ser engañado gravemente por su autobiografía, escrita en 1838. Él intenta hacer creer que cuando tenía quince años, era un joven piadoso que oraba, sumamente preocupado por la religión, y especialmente atribulado porque había tantas sectas religiosas, que no podía decidir a cuál unirse.

Ahora veamos qué tienen que decir los vecinos inmediatos de Joseph Smith acerca de su carácter. No hay falta de evidencia. El padre y la madre de Joseph Smith, con los demás niños, se mudaron de Vermont a Palmyra, condado de Ontario, Nueva York, en el verano de 1815. Eran adivinos, soñadores, videntes de visiones. El padre era un excavador de dinero, y el hijo Joseph se hizo famoso por toda esa región como excavador de dinero. El joven Joseph tenía unos once años en este momento, habiendo nacido en Sharon, Vermont, el 23 de dic. de 1805. Después de dos o tres años se mudaron unas tres millas al sur a Manchester, donde vivieron hasta 1830. Tomemos primero el testimonio de Pomeroy Tucker, editor del “Wayne Sentinel”, en Palmyra, en cuya imprenta se imprimió la primera edición del *Libro de Mormón*. Dice el Sr. Tucker: “En este período (de 1820 a 1830) en la vida y carrera de Joseph Smith, Jr., o Joe Smith, como era llamado universalmente, y la familia Smith, eran considerados popularmente como una raza de personas analfabetas, bebedoras de whisky e irreligiosas; siendo el primero nombrado, el sujeto principal de esta biografía, votado unánimemente como el más perezoso y más inútil de la generación? Él podía pronunciar la exageración más palpable, o la absurdidad más maravillosa, con la mayor gravedad aparente”. (*Origin, Rise and Progress of Mormonism*, pág. 16).

En 1833 sesenta y dos residentes de Palmyra hicieron una declaración jurada, con sus propias firmas, de las siguientes declaraciones:

“Nosotros, los abajo firmantes, hemos estado familiarizados con la familia Smith durante varios años mientras residían cerca de este lugar, y no dudamos en decir que los consideramos desprovistos de Ese carácter moral que debería darles derecho a la confianza de cualquier comunidad. ... Joseph Smith, Sr., y su

hijo Joseph, fueron, en particular, considerados enteramente desprovistos de carácter moral y adictos a hábitos viciosos”. Hay mucha más evidencia de un carácter similar.

(2) El mormonismo intenta endilgar al mundo una Biblia falsificada, a la que llama el “Libro de Mormón” y expone como una revelación de Dios, poniéndola al mismo nivel que nuestra propia Biblia cristiana, colocando las dos lado a lado en el púlpito mormón. Ahora bien, el *Libro de Mormón* es simplemente una imitación pobre y débil de nuestra Biblia en inglés: una falsificación sin vida. ¿De dónde vino el *Libro de Mormón*?

Que toda esa historia absurda y ficticia de Joseph Smith, acerca de un ángel revelándole la caja escondida en el cerro de Cumorah, Nueva York, en cuyas planchas de oro, en el idioma egipcio reformado, estaba contenido el material a partir del cual él tradujo el *Libro de Mormón*: que todo eso sea eliminado por no tener ni una partícula de fundamento. No hubo ningún ángel. Las únicas planchas que Joseph Smith jamás desenterró del cerro de Cumorah, o de cualquier otro cerro, fueron puestas allí por él mismo o por uno de sus agentes. Si bien la literatura con respecto al origen del *Libro de Mormón* es bastante voluminosa, los hechos reales acerca de su origen pueden ser expuestos en un espacio reducido:

En 1808-09 el Revelation Solomon Spaulding se estableció como ciudadano en el pueblo de Conneaut, en el noreste de Ohio. Era un hombre de educación, habiéndose graduado del Dartmouth College en New Hampshire en 1785. Estudió teología, y durante varios años fue ministro de una de las denominaciones cristianas en el oeste de Nueva York. Había dejado de predicar y se había establecido en Conneaut como hombre de negocios, buscando establecer una fundición de hierro.

Siendo aficionado a la literatura bíblica y al romance religioso y a la arqueología, se interesó en los muchos montículos indios de esa región, y especialmente en sus constructores. Esto lo llevó a planear un romance religioso, en el cual trajo una colonia de las tribus perdidas desde Jerusalén a este país, donde se desarrollaron en dos naciones, los nefitas y los lamanitas, un pueblo puramente imaginario. El *Libro de Mormón*, compuesto de quince libros diferentes, da cuenta de sus vagabundeos, privaciones y batallas. Se alega que los registros fueron escritos en planchas de bronce. Estas planchas comienzan a tintinear en la segunda página del *Libro de Mormón*, y continúan tintineando hasta que finalmente son selladas y escondidas en el cerro de Cumorah, cerca de Palmyra, en el año 420 d.C.

Ahora hay diez testigos inteligentes, quienes declararon bajo declaración jurada en 1833, cuando el tema estaba fresco en la mente, que alrededor de 1811-12, escucharon a Solomon Spaulding leyendo una historia religiosa del *Manuscrito Encontrado*, intentando mostrar que los indios americanos son los descendientes de las tribus perdidas. Recordaron la curiosa fraseología, y los extraños nombres, Lehi, Nefi, Jarom, Moroni, y el resto. La expresión, “y aconteció que”, ocurría con tanta frecuencia, que los muchachos apodaron a Spaulding, “Viejo Aconteció-Que”. Cuando el *Libro de Mormón* fue publicado, estos testigos identificaron de inmediato los extraños nombres y la fraseología. Cuando el señor Wright escuchó leer el *Libro de Mormón* en Conneaut exclamó, “El Viejo Aconteció-Que ha vuelto a la vida”. Estos testigos fueron John Spaulding, hermano de Solomon, su esposa Martha Spaulding, Henry Lake, socio comercial de Solomon Spaulding, John N. Miller, quien trabajaba para Spaulding, Aaron Wright, Oliver Smith, y Naham Howard, tres de los vecinos de Spaulding, y Artemas Cunningham, del condado de Geauga, quien visitó a Spaulding en octubre de 1811, para cobrar una deuda. Spaulding le mostró una historia que estaba escribiendo sobre las tribus perdidas. El Sr. Cunningham pasó la mitad de la noche escuchando la historia. Cuando apareció el *Libro de Mormón*, reconoció que en sus líneas generales era la misma cosa que Spaulding le había leído. Los otros dos testigos son la viuda de Solomon Spaulding, y el Sr. Joseph Miller, de Amity, Pensilvania, donde murió Spaulding.

La evidencia muestra claramente que el *Libro de Mormón* surgió de la historia de Spaulding, pero los defensores del mormonismo pierden su equilibrio mental cada vez que se menciona este tema, y lo tratan

de manera deshonesto. Ellos dicen: “tenemos el manuscrito de Spaulding en la Biblioteca del Oberlin College, traído de Honolulu en 1884 por el presidente Fairchild, y no hay conexión entre este y el *Libro de Mormón*”. Ciertamente no. Ninguna persona bien informada sobre la historia del mormonismo jamás afirmó que exista conexión alguna. Pero, ¿por qué decir, “¿Tenemos el manuscrito de Spaulding”? Todo lo que los hechos justifican es, “Hay un manuscrito de Spaulding en Oberlin”, y la posesión de ese manuscrito no ofrecerá ninguna ayuda a los defensores del mormonismo contra el plagio del libro hasta que hagan una cosa que son incapaces de hacer; a saber, establecer una negativa general, y mostrar que este manuscrito en la Biblioteca del Oberlin College es el único manuscrito que Solomon Spaulding escribió jamás. Esto no se puede hacer, pues hay evidencia concluyente de que él escribió tres o cuatro manuscritos, y uno de ellos fue el *Manuscrito Encontrado*, que leyó a sus vecinos, y que formó la base del *Libro de Mormón*. Así que cuando los campeones del mormonismo dicen: “El *Libro de Mormón* no podría haber surgido del manuscrito de Spaulding, pues ese manuscrito está en Oberlin, y no hay conexión entre este y el *Libro de Mormón*”, adoptan una postura deshonesto al asumir falsamente que este es el único manuscrito que Spaulding escribió, mientras que hay evidencia positiva de que escribió varios manuscritos. El hecho, por lo tanto, queda establecido por abundante evidencia de que el *Libro de Mormón* es un plagio del romance religioso de Spaulding.

Exactamente cuándo Rigdon, Pratt y Smith se conocieron y tramaron el deshonesto esquema de las planchas enterradas no está del todo claro, probablemente alrededor de 1827. Se ha hecho un arduo intento por mostrar que Rigdon y Pratt no tenían conocimiento del *Libro de Mormón* hasta su publicación, y pasan por la miserable farsa de fingir haberse convertido al mormonismo después de que el *Libro de Mormón* hubiera sido publicado, del cual dicen que no sabían nada antes, aunque la evidencia muestra que ambos habían estado en el esquema para publicarlo desde 1827. ¡Qué grupo de engañadores!

El único hecho importante es el plagio del *Libro de Mormón* a partir del romance de Spaulding, titulado *Manuscrito Encontrado*. No es especialmente importante saber quién editó la historia de Spaulding, y la desarrolló en el actual *Libro de Mormón*. Pero toda la evidencia apunta a Sidney Rigdon, y no apunta a nadie más. La evidencia muestra las siguientes cosas: Que una copia del manuscrito de Spaulding estuvo en la imprenta de Patterson y Lambdin, en Pittsburg, por un buen tiempo después de 1814; que Rigdon y Lambdin estuvieron en términos íntimos desde 1818 hasta la muerte de Lambdin en agosto de 1825; que más de dos años antes de la publicación del *Libro de Mormón*, Rigdon había hablado con varios de sus amigos sobre la próxima publicación de un libro a partir de planchas de oro, el cual produciría una gran revolución religiosa. Durante estos dos años Rigdon estuvo predicando doctrinas descabelladas y sorprendentes, que después se encontraron en el *Libro de Mormón*.

Cualquiera familiarizado con las peculiares doctrinas campbellitas de ese tiempo no puede leer mucho del *Libro de Mormón* sin descubrir que el autor había sido un campbellita. Su “manera de hablar le descubre” en el empleo de fraseología a la cual se había acostumbrado mientras estuvo asociado con los hermanos de esa denominación. Además, el libro está lleno de los propios puntos de vista peculiares de Rigdon. Él merece crédito, sin embargo, por hacer que el *Libro de Mormón* condene la poligamia, y por condenarla él mismo, lo cual lo llevó a un agudo conflicto tanto con Joseph Smith como con su sucesor, Brigham Young.

(3) El mormonismo impone sobre el pueblo un sacerdocio falsificado, al que llama el “sacerdocio de Melquisedec y Aarón”, aunque nunca hubo ninguna orden de sacerdocio de Melquisedec. Hubo un hombre con ese nombre, a la vez rey y sacerdote, sin predecesor ni sucesor, y así elegido como un tipo del sacerdocio del Hijo de Dios. El sacerdocio aarónico descendió de padre a hijo, de una manera maravillosa, durante cuarenta y cinco generaciones, hasta que todo sacerdocio se cumplió en Jesucristo. Desde el único sacrificio perfecto de Sí mismo hecho por nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesucristo, cualquier persona que pretenda ser un sacerdote y reclame el derecho de interponerse entre nosotros y Dios, es lo que nuestro Salvador llama “un ladrón y un salteador”. ¡Qué sacerdocio falso es este pretendido sacerdocio mormón! No tiene más derecho a administrar las ordenanzas cristianas del bautismo y la cena del Señor, que cualquier otro

grupo de hombres sin principios que repudian a Jesucristo como la cabeza divina de la iglesia, y pasan por la blasfema farsa de elegirse a sí mismos miembros de “el santo sacerdocio”. Y, sin embargo, los mormones tiemblan ante los dictados de este sacerdocio falso, y temen ejercer la libertad de opinión que es su derecho. Los capítulos 7, 8, 9 y 10 de Hebreos nos dan instrucción divina en cuanto al hecho de que todo sacerdocio fue cumplido para siempre, y llegó a su fin en Jesucristo.

4. El mormonismo impone sobre el pueblo un grupo falsificado de apóstoles.

Se requieren cuatro cosas para hacer a un verdadero apóstol:

Primera, él debe haber estado familiarizado con Jesucristo antes de su crucifixión.

Segunda, él debe haber visto a Cristo después de su resurrección de entre los muertos.

Tercera, él debe haber recibido su comisión como apóstol directamente de Cristo, como cabeza divina de la iglesia.

Cuarta, él debe ser capaz de hacer milagros para mostrar que Dios lo envió.

De modo que cualquier grupo de hombres ahora que digan que son apóstoles, son simplemente engañadores intencionales, y la verdad no está en ellos.

Las Doctrinas del Sistema Mormón

Todo lo que se ha dicho bajo la división precedente acerca de las características del mormonismo, ha sido una exposición de sus enseñanzas falsas y antiescriturales sobre los cuatro temas importantes de profecía, revelación, autoridad divina del sacerdocio falso, y los falsos apóstoles. La Iglesia Mormona no publica sus enseñanzas y creencias peculiares. Si lo hiciera, no ganaría más conversos; espera hasta que sus conversos estén completamente atrapados antes de que sus doctrinas peculiares sean reveladas. Todo su sistema se lleva a cabo, en lo que respecta a los nuevos conversos, por medio del engaño más sistemático. Sus misioneros visten levitas negras y corbatas blancas para que la gente sea engañada al suponer que son ministros cristianos.

En la primavera de 1844, cuando la Iglesia Mormona estaba siendo severamente condenada por todo el país, John Wentworth, quien publicaba un periódico en Chicago, le pidió a Joseph Smith que declarara lo que creen los mormones. Smith y algunos de sus asociados se reunieron, y enviaron trece artículos como un resumen de la creencia mormona. Es simplemente otra pieza de engaño, pues estos artículos no contienen ni una sola doctrina peculiar al mormonismo, sino que son más bien un resumen de doctrinas sostenidas por las denominaciones cristianas. Y, sin embargo, hoy se mantienen como representantes de la creencia mormona. Cuando venimos a probar estos artículos mediante los libros oficiales del mormonismo, encontramos que son completamente engañosos. Tomemos los primeros seis o siete de estos pretendidos artículos de fe, y veamos cuán engañosos son.

“Artículo 1. Creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo”.

1. Por Dios el Padre eterno, los oficiales mormones se refieren a Adán. (Para mayor comodidad usaremos las siguientes abreviaturas: L. de M. para el *Libro de Mormón*; D. y C. para *Doctrina y Convenios*; P. de G. P. para la *Perla de Gran Precio*; Comp. para el *Compendio de Doctrina Mormona*; Clave, para *Pratt's Key to Theol*; J. of D. para el *Journal of Discourses* [Diario de Discursos] – volúmenes de *Mormon Sermons*; y C. M. para el *Catecismo Mormón*). Brigham Young enseñó que Adán fue promovido a ser el dios de este

mundo: “Él (Adán) es nuestro Padre y nuestro Dios, y el único Dios con quien tenemos que ver”. (J. of D., Vol. I, pág. 50).

2. Este Adán-dios es un polígamo. “Cuando nuestro Padre Adán vino al jardín de Edén, vino a él con un cuerpo celestial, y trajo consigo a Eva, una de sus esposas”. (Brigham Young, J. of D., I, 50).

3. Los oficiales mormones enseñan que aquellos que construyen grandes establecimientos polígamos en la tierra, serán promovidos a ser dioses en el mundo celestial, y gobernarán sobre reinos. Tome esta enseñanza pagana de Joseph Smith: “Dios mismo fue una vez como somos nosotros ahora, y es un Hombre exaltado (en otras palabras, simplemente un gran mormón). ... Y ustedes mismos tienen que aprender cómo ser dioses, lo mismo que todos los dioses han hecho antes de ustedes”. (J. of D., VI, 4; Comp. 283).

4. Se verá que el mormonismo cree en muchos dioses. “¿Hay más dioses que uno? Sí, muchos”. (*Catecismo*).

5. Estos dioses continúan tener hijos para siempre. “Cada dios, a través de su esposa o esposas, levanta una numerosa familia de hijos e hijas –pues cada padre y madre estarán en una condición de multiplicarse por los siglos de los siglos”. (*The Seer*, 1, 37). Esto es directamente contrario a la enseñanza de nuestro Salvador en Marcos 12:25: “Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos”.

Parece increíble que tales puntos de vista paganos y deshonorosos acerca de Dios, el Creador y Gobernador Todopoderoso del mundo, deban ser sostenidos y propagados en la América cristiana, por una organización que se hace llamar “La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”. La declaración de Pablo en Romanos 1:21-24 parece verificarse en ellos.

6. Ellos enseñan que el Espíritu Santo es una especie de sustancia etérea difundida a través del espacio. “La más pura, más refinada y sutil de todas estas sustancias (tales como la electricidad, el galvanismo, el magnetismo). ... es esa sustancia llamada el Espíritu Santo”. (*Clave*, pág. 39).

Qué refrescante es volverse a la Palabra divina y leer sus enseñanzas convincentes y autoritativas acerca de Dios. Leemos en Génesis 1:1: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”; en Deuteronomio 6:4: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”; en el Salmo 104:1: “Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; Te has vestido de gloria y de magnificencia”; en Isaías 45:5: “Yo soy Jehová, y ninguno más hay”; en Juan 4:24: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”; en Juan 14:26: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”. El Espíritu Santo, entonces, es una persona divina, y no una “sustancia etérea”.

“Artículo 2. Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán”.

Pero eso es muy diferente de sostener que Adán no transgredió la ley de Dios. Aquí está la enseñanza del *Catecismo Mormón*: “¿Era necesario que Adán participara del fruto prohibido? Sí, a menos que lo hubiera hecho, no habría conocido el bien y el mal aquí, ni podría haber tenido posteridad mortal”.

“¿Es apropiado que consideremos la transgresión de Adán y Eva como una grave calamidad, y que toda la humanidad habría sido infinitamente más feliz si la caída no hubiera ocurrido? No, sino que debemos considerar la caída de nuestros primeros padres como uno de los grandes pasos hacia la exaltación y felicidad eternas”. (*Catecismo*, Capítulo 8). ¿Qué dicen las Escrituras?: “Si decimos que no. tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” 1 Juan 1:8. “Por tanto, como

el pecado entró en el mundo por un hombre (Adán), y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” Romanos 5:12. “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”.

“Artículo 3. Creemos que por la expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio”.

1. Es decir, el falso Evangelio mormón. De acuerdo con las enseñanzas oficiales del mormonismo, ¿quién fue Jesucristo? El hijo del Adán-dios y María. “El Padre lo ha engendrado a su propia semejanza. Él no fue engendrado por el Espíritu Santo. ¿Y quién es el Padre? Él es el primero de la familia humana”. (Brigham Young, J. of D., I, 50).

2. Se representa a Cristo teniendo esposas plurales. “Nosotros decimos que fue Jesucristo quien se casó (en Caná con las Marías y Marta), con lo cual Él pudo ver su simiente antes de ser crucificado”. (Apóstol O. Hyde, *Sermon*).

“La expiación que hizo Jesucristo produjo la resurrección de los muertos, y restauró la vida”. (L. de M. Alma, 42:23). “La redención de los pecados personales solo se puede obtener mediante la obediencia a los requisitos del Evangelio [ceremonias mormonas] y una vida de buenas obras”.

“¿Se condenará a todas las personas que no son Santos de los Últimos Días? Sí, y a muchísimos de ellos a menos que se arrepientan rápidamente”. (Brigham Young, J. of D., I, 339). Nuestro Salvador dijo: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”.

“Artículo 4. Creemos que los primeros principios y ordenanzas de la Biblia son: primero, fe en el Señor Jesucristo; segundo, arrepentimiento; tercero, bautismo por inmersión para la remisión de los pecados; cuarto, imposición de manos para el don del Espíritu Santo”.

1. “La doctrina sectaria de la justificación por la fe sola ha ejercido una influencia para el mal desde los primeros días del cristianismo”. (*Articles of Faith* de Talmage, pág. 120). Pablo dice: “pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” Gálatas 3:26.

2. Cómo obtener el Espíritu Santo: “Hay un modo establecido por el cual este gran don (el Espíritu Santo) es conferido a la humanidad ... la imposición de manos por hombres que ellos mismos lo han recibido, y han sido llamados por Dios y ordenados para administrarlo”. (Eso significa el sacerdocio mormón). Nuestro Salvador dijo: “¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”. El Espíritu Santo, enseña nuestro Salvador, se da en respuesta a la oración, y no depende del sacerdocio de la Iglesia Mormona, ni de ninguna otra iglesia.

“Artículo 5. Creemos que el hombre debe ser llamado por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas”.

Según el mormonismo, las únicas personas que tienen algún derecho a administrar las ordenanzas del bautismo y la cena del Señor son los representantes del sacerdocio mormón. Este despoja de su condición de iglesia a todas las denominaciones cristianas, y afirma descaradamente que la Iglesia Mormona es la única iglesia verdadera; mientras que no es una iglesia en absoluto en el sentido del Nuevo Testamento, y no tiene más autoridad que la que tuvo Dowie, o la Sra. Eddy. Su sacerdocio es falso en su origen y su autoridad. Son lo que nuestro Salvador llama “ladrones y salteadores”.

Pablo dice en Efesios 4:11, 12: “Y él mismo [Cristo] constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”.

“Artículo 6. Creemos en la misma organización que existió en la iglesia primitiva; esto es, apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas, etc”..

Hemos mostrado que es imposible para los hombres ser verdaderos apóstoles ahora. Tampoco hay ninguna justificación en el Nuevo Testamento para oficiales falsos como la “Primera presidencia de la iglesia”, con sus dos consejeros, o para el “sumo consejo”, con sus métodos despóticos.

La Iglesia Mormona pronuncia la condenación sobre los creyentes cristianos que reciben el bautismo de manos de ministros cristianos. “Cualquier persona que sea tan malvada como para recibir una santa ordenanza del Evangelio de los ministros de estas iglesias apóstatas (cristianas), será enviada al infierno con ellos a menos que se arrepienta de tan profano e impío acto”. (*The Seer*, Vols. 1 y 2, pág. 255). Nuestro Salvador dijo a sus discípulos, y a todos los que habrían de convertirse en sus discípulos hasta el fin de los tiempos, en Mateo 28:19: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”.

“Artículo 7. Creemos en el don de lenguas, profecía, visiones, sanidades, interpretación de lenguas”.

“Artículo 8. Creemos que la Biblia es la palabra de Dios hasta donde esté traducida correctamente; también creemos que el *Libro de Mormón* es la palabra de Dios”.

1. El sacerdocio puede hacer Escrituras adicionales: “Wilford Woodruff es un profeta, ... y él puede hacer Escrituras tan buenas como aquellas en la Biblia”. (Apóstol J. W. Taylor, Conferencia, Salt Lake, 5 de abril de 1897). “Los oráculos vivos [pretendidas revelaciones sacerdotales] valen más para los Santos de los Últimos Días que todas las Biblias”. ... (Apóstol M. W. Merrill, Conferencia, Salt Lake, Oct., 1897).

2. Pablo nos dice, por otro lado, en 2 Timoteo 3:16, que toda Escritura genuina “es inspirada por Dios”.

La repugnante doctrina del matrimonio plural es omitida de estos Artículos de Fe. Pero todavía se encuentra en el libro de *Doctrina y Convenios* como una revelación de Dios a ser observada bajo pena de condenación eterna. Sin embargo, como dijo la Sra. de Orson Pratt: “Esta pretendida revelación fue simplemente un truco deshonesto por parte de Joseph Smith para encubrir su propia vida malvada e inmoral, y para mantener la paz en su hogar”, se verá que al pueblo mormón se le exige aceptar la pretendida revelación que sanciona el matrimonio plural, bajo pena de condenación eterna, a partir de la siguiente cita de esta revelación falsa que aún se mantiene en su libro oficial:

“Porque he aquí, te revelo un nuevo y sempiterno convenio; y si no cumples ese convenio, entonces serás condenado; porque nadie puede rechazar este convenio y que se le permita entrar en mi gloria? Y además, en lo que respecta a la ley del Sacerdocio, si un hombre desposa a una virgen y desea desposar a otra, y la primera da su consentimiento; y si desposa a la segunda y son vírgenes y no han hecho voto a ningún otro hombre, entonces él es justificado; porque él no puede cometer adulterio con lo que le pertenece a él y a nadie más; y si le son dadas diez vírgenes por esta ley, no puede cometer adulterio, porque a él le pertenecen; y le son dadas a él; por tanto, él es justificado”. (*Doctrina y Convenios*, cap. 132).

Ahora bien, ¿qué es esto sino un soborno depravado y astuto para toda clase de inmoralidad social? Y ese ha sido su resultado directo durante dos generaciones, con la iniquidad todavía en curso.

Es difícil para cualquiera estudiar este sistema mormón en su conjunto, sin llegar a la conclusión de que hay algo en él más allá del poder del hombre, algo positivamente satánico. ¿Y no parece ser un oprobio para las iglesias cristianas de este país que, después de ochenta años, tal sistema de absoluto paganismo deba aún mantener a la gente de uno de los grandes estados del oeste en absoluta esclavitud, y a través de su poder jerárquico, por medio de la colonización, ser capaz de influir en la elección de senadores y representantes en el congreso de otros cinco estados? Este último hecho lo convierte en un problema nacional y no local. La única cosa importante que debe hacerse es duplicar las fuerzas misioneras cristianas en Utah, con el fin de llevar liberación a aquellos que están en esclavitud.

Capítulo 57 La Iglesia Verdadera

Por el finado Obispo Ryle

¿Pertenece usted a la única iglesia verdadera; a la iglesia fuera de la cual no hay salvación? No le pregunto a dónde va el domingo; solo pregunto: “¿Pertenece usted a la única iglesia verdadera?”

¿Dónde está esta única iglesia verdadera? ¿Cómo es esta única iglesia verdadera? ¿Cuáles son las marcas por las cuales esta única iglesia verdadera puede ser conocida? Usted bien puede hacer tales preguntas. Présteme su atención, y le proporcionaré algunas respuestas.

La única iglesia verdadera está compuesta por todos los creyentes en el Señor Jesús. Está formada por todos los elegidos de Dios —por todos los hombres y mujeres convertidos— por todos los verdaderos cristianos. En quienquiera que podamos discernir la elección de Dios el Padre, el rociamiento de la sangre de Dios el Hijo, la obra santificadora de Dios el Espíritu, en esa persona vemos a un miembro de la verdadera iglesia de Cristo.

Es una iglesia de la cual todos los miembros tienen las mismas marcas. Todos son nacidos del Espíritu; todos poseen “el arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo”, [Hechos 20:21] y santidad de vida y conducta. Todos odian el pecado, y todos aman a Cristo. Adoran de manera diferente y de diversas formas; algunos adoran con un formato de oración, y otros sin ninguno; algunos adoran de rodillas, y otros de pie; pero todos adoran con un solo corazón. Todos son guiados por un solo Espíritu; todos edifican sobre un solo fundamento; todos extraen su religión de un solo Libro —que es la Biblia—. Todos están unidos a un gran centro —que es Jesucristo—. Incluso ahora, todos pueden decir con un solo corazón: “Aleluya”; y todos pueden responder con un solo corazón y voz: “Amén y Amén”.

Es una iglesia que no depende de ningún ministro sobre la tierra, por mucho que valore a aquellos que predicán el Evangelio a sus miembros. La vida de sus miembros no pende de la membresía de la iglesia, ni del bautismo, ni de la cena del Señor —aunque valoran mucho estas cosas, cuando se pueden obtener—. Pero tiene solo una gran Cabeza —un Pastor, un Obispo principal— y ese es Jesucristo. Solo Él, por su Espíritu, admite a los miembros de esta iglesia, aunque los ministros puedan mostrar la puerta. Hasta que Él abre la puerta ningún hombre en la tierra puede abrirla —ni obispos, ni presbíteros, ni asambleas, ni sínodos—. Una vez que un hombre se arrepiente y cree en el Evangelio, en ese momento se convierte en miembro de esta iglesia. Como el ladrón penitente, puede que no tenga oportunidad de ser bautizado; pero tiene aquello que es mucho mejor que cualquier bautismo en agua —el bautismo del Espíritu—. Puede que no sea capaz de recibir el pan y el vino en la cena del Señor; pero come el cuerpo de Cristo y bebe la sangre de Cristo por fe todos los días que vive, y ningún ministro en la tierra puede impedirselo. Puede ser excomulgado por hombres ordenados, y apartado de las ordenanzas externas de la iglesia profesante; pero todos los hombres ordenados del mundo no pueden excluirlo de la verdadera iglesia.

Es una iglesia cuya existencia no depende de formas, ceremonias, catedrales, iglesias, capillas, púlpitos, pilas bautismales, vestimentas, órganos, dotaciones, dinero, reyes, gobiernos, magistrados, ni de ningún acto de favor en absoluto de la mano del hombre. A menudo ha sobrevivido y continuado cuando todas estas cosas le han sido quitadas; a menudo ha sido expulsada al desierto o a las guaridas y cuevas de la tierra, por aquellos que deberían haber sido sus amigos. Su existencia no depende de nada más que de la presencia de Cristo y de su Espíritu; y estando ellos siempre con ella, la iglesia no puede morir.

Esta es la iglesia a la que pertenecen especialmente los títulos bíblicos de honor y privilegio presentes, y las promesas de gloria futura; este es el cuerpo de Cristo; este es el rebaño de Cristo; esta es la familia de la fe y la familia de Dios; este es el edificio de Dios, el fundamento de Dios y el templo del Espíritu Santo. Esta es la iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están inscritos en los cielos; este es el real sacerdocio,

el linaje escogido, el pueblo peculiar, la posesión adquirida, la morada de Dios, la luz del mundo; la sal y el trigo de la tierra; esta es la “santa iglesia católica” del credo de los apóstoles; esta es la “iglesia una, católica y apostólica” del credo niceno; esta es aquella iglesia a la cual el Señor Jesús le promete: “las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”, y a la cual Él dice: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” Mateo 16:18; 28:20.

Esta es la única iglesia que posee verdadera unidad. Sus miembros están completamente de acuerdo en todos los asuntos más importantes de la religión, pues todos son enseñados por un solo Espíritu. Acerca de Dios, y de Cristo, y del Espíritu, y del pecado, y de sus propios corazones, y de la fe, y del arrepentimiento, y de la necesidad de la santidad, y del valor de la Biblia, y de la importancia de la oración, y de la resurrección, y del juicio venidero —acerca de todos estos puntos ellos son de un mismo sentir—. Tome a tres o cuatro de ellos, desconocidos entre sí, de los rincones más remotos de la tierra; examínelos por separado sobre estos puntos; los encontrará a todos de un mismo parecer.

Esta es la única iglesia que posee verdadera santidad. Todos sus miembros son santos. No son meramente santos por profesión, santos de nombre y santos en el juicio de la caridad; todos son santos en acto, y en obra, y en realidad, y en vida, y en verdad. Todos están más o menos conformados a la imagen de Jesucristo. Ningún hombre impío pertenece a esta iglesia.

Esta es la única iglesia que es verdaderamente católica.* No es la iglesia de ninguna nación o pueblo en particular; sus miembros se encuentran en cada parte del mundo donde el Evangelio es recibido y creído. No está confinada dentro de los límites de un solo país, ni encerrada dentro de los confines de ninguna forma particular o gobierno externo. En ella no hay diferencia entre judío y griego, hombre negro y blanco, episcopal y presbiteriano —sino que la fe en Cristo lo es todo—. Sus miembros serán reunidos del norte, y del sur, y del este, y del oeste, en el día postrero, y serán de todo nombre y lengua—pero todos uno en Jesucristo.

* [Nota del traductor: Católica significa “universal”.]

Esta es la única iglesia que es verdaderamente apostólica. Está edificada sobre el fundamento puesto por los apóstoles, y sostiene las doctrinas que ellos predicaron. Los dos grandes objetivos a los que apuntan sus miembros son la fe apostólica y la práctica apostólica; y consideran que el hombre que habla de seguir a los apóstoles sin poseer estas dos cosas no es mejor que metal que resuena y címbalo que retiene.

Esta es la única iglesia de la cual es seguro que perdurará hasta el fin. Nada puede derrocarla y destruirla por completo. Sus miembros pueden ser perseguidos, oprimidos, encarcelados, golpeados, decapitados, quemados; pero la verdadera iglesia nunca se extingue del todo; se levanta de nuevo de sus aflicciones; sigue viviendo a través del fuego y del agua. Los faraones, los Herodes, los Nerones, las Marías Sanguinarias, han trabajado en vano para someter a esta iglesia; matan a sus miles, y luego mueren y van a su propio lugar. La verdadera iglesia sobrevive a todos ellos y los ve enterrados a cada uno a su turno. Es un yunque que ha roto muchos martillos en este mundo, y romperá muchos martillos todavía; es una zarza que, a menudo ardiendo, sin embargo, no se consume.

Esta es la iglesia que hace la obra de Cristo sobre la tierra. Sus miembros son un rebaño pequeño, y pocos en número, en comparación con los hijos del mundo; uno o dos aquí, y dos o tres allá. Pero estos son los que sacuden el universo; estos son los que cambian los destinos de los reinos mediante sus oraciones; estos son los obreros activos para difundir el conocimiento de la religión pura y sin mácula; estos son la sangre vital de un país, el escudo, la defensa, el puntal y el sostén de cualquier nación a la que pertenezcan.

Esta es la iglesia que será verdaderamente gloriosa al final. Cuando toda la gloria terrenal haya pasado, entonces esta iglesia será presentada sin mancha ante el trono de Dios el Padre. Los tronos, principados y

potestades sobre la tierra quedarán en nada; pero la iglesia de los primogénitos brillará como las estrellas al final, y será presentada con alegría ante el trono del Padre, en el día de la manifestación de Cristo. Cuando las joyas del Señor sean reunidas, y tenga lugar la manifestación de los hijos de Dios, solo se nombrará a una iglesia, y esa es la iglesia de los elegidos.

Lector, esta es la iglesia verdadera a la que un hombre debe pertenecer, si quiere ser salvo. Hasta que pertenezca a esto, usted no es nada mejor que un alma perdida. Puede tener innumerables privilegios externos; puede disfrutar de gran luz y conocimiento —pero si no pertenece al cuerpo de Cristo, su luz, y conocimiento, y privilegios, no salvarán su alma—. Los hombres se imaginan que si se unen a esta iglesia o a aquella iglesia, y se convierten en comulgantes, y pasan por ciertas formas, que todo debe estar bien con sus almas. No todos los que se llamaban Israel eran Israel, y no todos los que se profesan cristianos son miembros del cuerpo de Cristo. Preste atención, usted puede ser un acérrimo episcopal, o presbiteriano, o independiente, o bautista, o wesleyano, o hermano de Plymouth —y sin embargo no pertenecer a la iglesia verdadera—. Y si no lo hace, será mejor al final si nunca hubiera nacido.

Capítulo 58 La Autoría Mosaica del Pentateuco

Por el Profesor George Frederick Wright, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Oberlin College, Oberlin, Ohio

Durante el último cuarto de siglo, una influyente escuela de críticos ha inundado el mundo con artículos y volúmenes intentando probar que el Pentateuco no se originó durante el tiempo de Moisés, y que la mayoría de las leyes atribuidas a él no llegaron a existir sino varios siglos después de su muerte, y muchas de ellas no hasta el tiempo de Ezequiel. Por estos críticos los patriarcas son relegados al reino del mito o de la leyenda difusa y la historia del Pentateuco en general es desacreditada. Al responder a estas afirmaciones destructivas y defender la historia que ellos desacreditan, no podemos hacer nada mejor que dar un breve resumen de los argumentos del Sr. Harold M. Wiener, un joven judío ortodoxo, quien es a la vez un abogado bien establecido en Londres y un erudito de los más amplios conocimientos. Lo que él ha escrito sobre el tema durante los últimos diez años llenaría mil páginas en octavo; mientras que nuestra condensación debe limitarse a menos de veinte. Al abordar el tema, es oportuno considerar

1. La Carga de la Prueba

La autoría mosaica del Pentateuco ha sido, hasta tiempos muy recientes, aceptada sin lugar a dudas tanto por judíos como por cristianos. Tal aceptación, llegando a nosotros en línea ininterrumpida desde los tiempos más antiguos de los que tenemos alguna información, le da el respaldo de lo que se llama consentimiento general, el cual, aunque tal vez no sea absolutamente concluyente, obliga a aquellos que lo desacreditarían a producir evidencia opuesta incontrovertible. Pero la evidencia que los críticos producen en este caso es totalmente circunstancial, consistiendo en inferencias derivadas de un análisis literario de los documentos y de la aplicación de una teoría evolutiva desacreditada con respecto al desarrollo de las instituciones humanas.

2. El Fracaso del Argumento a Partir del Análisis Literario

(a) Evidencia de la Crítica Textual.

Es un comentario instructivo sobre las pretensiones eruditas de toda esta escuela de críticos que, sin un examen adecuado de los hechos, han basado su análisis del Pentateuco en el texto que se encuentra en nuestras Biblias hebreas ordinarias. Mientras que los estudiantes del Nuevo Testamento han gastado una inmensa cantidad de esfuerzo en la comparación de manuscritos, versiones y citas para determinar el texto original, estos críticos del Antiguo Testamento no han hecho casi nada en esa dirección. Este es ciertamente un proceder de lo más poco erudito, sin embargo, se admite que es el hecho por un alto crítico de no menos eminencia que el Director J. Skinner de Cambridge, Inglaterra, quien se ha visto obligado a escribir: “No conozco de ninguna obra que trate exhaustivamente el tema, la determinación de los textos hebreos originales desde los puntos de vista críticos”.

Ahora bien, el hecho es que, si bien el texto hebreo actual, conocido como el Masorético, no se estableció hasta aproximadamente el siglo séptimo d.C., tenemos material abundante con el cual compararlo y llevarnos de regreso a esa corriente mil años más cerca de la época de la composición original de los libros.

(1) La traducción griega conocida como la Septuaginta se hizo a partir de manuscritos hebreos en circulación dos o tres siglos antes de la era cristiana. Es a partir de esta versión que se hacen la mayoría de las citas en el Nuevo Testamento. De las 350 citas del Antiguo Testamento en el Nuevo, 300, aunque difieren más o menos del texto Masorético, no difieren materialmente de la Septuaginta.

(2) Los samaritanos se separaron tempranamente de los judíos y comenzaron la transmisión de un texto hebreo del Pentateuco en una línea independiente que ha continuado hasta el día de hoy.

(3) Además de esto, se hicieron otras tres versiones griegas mucho antes del establecimiento del texto Masorético. La más importante de estas fue una de Aquila, quien era tan puntilloso que transliteró la palabra Jehová en los antiguos caracteres hebreos, en lugar de traducirla por la palabra griega que significa Señor como se hizo en la Septuaginta.

(4) El material siríaco temprano proporciona a menudo mucha información sobre el texto hebreo original.

(5) La traducción al latín conocida como la Vulgata precedió al texto Masorético por algunos siglos, y fue hecha por Jerónimo, quien se destacaba como un erudito del hebreo. Pero Agustín pensó que era sacrílego no contentarse con la Septuaginta.

Todo este material proporciona base amplia para corregir en detalles menores el texto hebreo actual; y esto se puede hacer sobre principios científicos bien establecidos que eliminan en gran medida las enmiendas conjeturales. Este argumento ha sido elaborado por varios eruditos, notablemente por Dahse, uno de los más brillantes de los eruditos jóvenes de Alemania, primero en el *Archiv fuer Religionswissenschaft* de 1903, págs. 305-319, y de nuevo en un artículo que aparecerá en el *Neue Kirchliche Zeitschrift* para este año; y él está continuando su ataque a las teorías críticas con un importante libro titulado, *Textkritische Materialien zur Hexateuchfrage*, el cual será publicado en breve en Alemania. Aunque ha transcurrido tanto tiempo desde la publicación de su primer artículo sobre el tema, y a pesar de que atrajo la atención mundial y se ha hecho referencia a él a menudo desde entonces, ningún crítico alemán ha producido aún una respuesta a este. En Inglaterra y América, el Dr. Redpath y el Sr. Wiener han fundamentado el argumento con firmeza. (Ver *Essays in Pentateuchal Criticism*, y *Origin of the Pentateuch* de Wiener).

Al arrojar la luz de esta evidencia sobre el tema, surgen algunos resultados notables, los más importantes de los cuales se relacionan con la fundación misma sobre la cual se basan las teorías concernientes al carácter fragmentario del Pentateuco. La pista más prominente a la división documental se deriva del supuesto uso por diferentes escritores de las dos palabras, “Jehová” y *Elohim*, para designar a la deidad. Jehová fue traducido en la Septuaginta por una palabra que significa “Señor”, la cual aparece en nuestra Versión Autorizada [KJV] en forma capitalizada, “SEÑOR”. Los revisores de 1880, sin embargo, simplemente han transliterado la palabra, de modo que “Jehová” aparece usualmente en la revisión dondequiera que aparecía “SEÑOR” en la Versión Autorizada [KJV]. *Elohim* es traducido en todas partes por la palabra general para deidad, “Dios”.

Ahora bien, la división crítica original en documentos se hizo bajo el supuesto de que varios cientos de años más tarde que Moisés surgieron dos escuelas de escritores, una de las cuales, en Judá, usaba la palabra “Jehová” cuando hablaban de la deidad, y la otra, en el reino del norte, *Elohim*. Y así los críticos llegaron a designar un conjunto de pasajes como pertenecientes al documento J y el otro al documento E. Estos suponían ellos que habían sido cortados y unidos por un editor posterior para hacer la narrativa continua existente. Pero cuando, como ocurría frecuentemente, se encuentra una de estas palabras en pasajes donde se piensa que debería haberse usado la otra palabra, se supone, basándose totalmente en terrenos teóricos, que el editor, o, como lo llaman ellos, el “redactor”, había cometido un error y así, sin más ceremonia, la objeción se elimina arbitrariamente sin consultar la evidencia textual directa.

Pero al comparar los textos tempranos, las versiones y las citas, parece que las palabras, “Jehová” y *Elohim*, eran tan casi sinónimas que originalmente había poca uniformidad en su uso. Jehová es el nombre judío de la deidad, y *Elohim* el título. El uso de las palabras es precisamente como el de los ingleses al referirse a su rey o el de los estadounidenses a su presidente. En el uso ordinario, “Jorge V”, “el rey” y “Rey Jorge” son sinónimos en su significado. De manera similar, “Taft”, “el presidente” y “el Presidente Taft” son usados

por los estadounidenses durante su mandato para indicar un concepto idéntico. Así era con los hebreos. “Jehová” era el nombre, *Elohim* el título, y “Jehová *Elohim*” —Señor Dios— no significaba nada más. Ahora bien, al consultar la evidencia, parece que, si bien en Génesis y en los primeros tres capítulos de Éxodo (donde se suponía que esta pista era más decisiva) Jehová ocurre en el texto hebreo 148 veces, en 118 de estos lugares otros textos tienen ya sea *Elohim* o Jehová *Elohim*. En la misma sección, mientras que *Elohim* solo ocurre 179 veces en el hebreo, en 49 de los pasajes una u otra designación toma su lugar; y en los capítulos segundo y tercero de Génesis, donde el texto hebreo tiene Jehová *Elohim* (SEÑOR Dios) 23 veces, hay solo un pasaje en el que todos los textos son unánimes en este punto.

Estos hechos, que ahora están ampliamente verificados, destruyen por completo el valor de la pista que los altos críticos han propuesto ostentadamente desde el principio para justificar su división del Pentateuco en documentos E y J conflictivos, y esto los críticos mismos ahora se ven obligados a admitir. La única respuesta que pueden dar está en las palabras del Dr. Skinner de que el análisis es correcto incluso si la pista que condujo a él fuera falsa, añadiendo “incluso si se demostrara que es totalmente falaz, no sería la primera vez que una pista equivocada ha llevado a resultados verdaderos”.

En un examen más detenido, a la luz del conocimiento actual (como Wiener y Dahse muestran abundantemente), la crítica legítima elimina un gran número de las supuestas dificultades que son propuestas por los altos críticos y deja sin valor muchas de las supuestas pistas para los diversos documentos. Tenemos espacio para notar solo una o dos de estas. En el texto Masorético de Éxodo 18:6 leemos que Jetro le dice a Moisés: “Yo tu suegro Jetro vengo a ti”, mientras que en el séptimo versículo se dice que Moisés sale a recibir a su suegro y que intercambian saludos y luego entran en la tienda. Pero, ¿cómo podría Jetro hablar con Moisés antes de haber tenido un encuentro? Los críticos dicen que esta confusión surge de la obra chapucera de un editor que juntó dos relatos discordantes sin intentar encubrir la discrepancia. Pero la crítica textual científica elimina por completo la dificultad. La Septuaginta, la antigua versión siríaca, y una copia del Pentateuco Samaritano, en lugar de “Yo tu suegro Jetro vengo a ti”, leen: “Y le dijeron a Moisés: He aquí tu suegro Jetro viene”. Aquí la corrupción de una sola letra en el hebreo nos da “he aquí” en lugar de “Yo”. Cuando se observa esto, la objeción desaparece por completo.

Nuevamente, en Génesis 39:20-22 se dice que José fue puesto en la prisión “donde estaban los presos del rey. Y el jefe de la cárcel” lo promovió. Pero en Génesis 40:2-4, 7 se dice que él estaba “en la casa del capitán de la guardia... y el capitán de la guardia” promovió a José. Pero esta discrepancia desaparece tan pronto como se hace un esfuerzo para determinar el texto original. En hebreo, “jefe de la cárcel” y “capitán de la guardia” ambos comienzan con la misma palabra y en los pasajes donde el “capitán de la guardia” causa problemas por su aparición, la Septuaginta ya sea que omitió la frase o leyó “jefe de la cárcel”, en un caso estando apoyada también por la Vulgata.

En muchos otros casos también, la atención al texto original elimina las dificultades que se han fabricado a partir de aparentes discrepancias en el relato.

(b) Delusiones del Análisis Literario.

Pero incluso bajo el supuesto de la inerrancia práctica del texto Masorético, se ve que los argumentos en contra de la autoría mosaica del Pentateuco extraídos del análisis literario son el resultado de una erudición mal dirigida, y son totalmente falaces. Se ve fácilmente que las largas listas de palabras aducidas como características de los escritores a quienes se les asignan las diversas partes del Pentateuco son ocasionadas por los diferentes objetivos a los que apuntan en las porciones de las cuales se hacen las listas.

Aquí, sin embargo, es necesario agregar que además de los documentos E y J los críticos suponen que Deuteronomio, al que designan “D”, es una producción literaria independiente escrita en el tiempo de Josías. Además, los críticos pretenden haber descubierto mediante su análisis otro documento que llaman

el código sacerdotal y designan como “P”. Esto proporciona la base de la mayor parte de la narrativa, y comprende la porción ceremonial entera de la ley. Este documento, que, de acuerdo con estos críticos no llegó a existir hasta el tiempo de Ezequiel, consiste en gran parte en instrucciones especiales para los sacerdotes diciéndoles cómo debían realizar los sacrificios y las ceremonias públicas, y cómo debían determinar el carácter de enfermedades contagiosas y las condiciones insalubres. Tales instrucciones están compuestas necesariamente en gran parte de lenguaje técnico tal como se encuentra en las bibliotecas de abogados y médicos, y es bastante fácil seleccionar de tal literatura una larga lista de palabras que no se encuentran en la literatura contemporánea que trata con los asuntos ordinarios de la vida y que apunta directamente a elevar el tono de moralidad y estimular la devoción a fines espirituales más altos. Además, un examen exhaustivo (realizado por el Canciller Lias) de la lista completa de palabras encontradas en este documento P atribuido al tiempo de Ezequiel no muestra en absoluto ninguna indicación de que pertenezcan a una época posterior a la de Moisés.

Lo absurdo de las afirmaciones de los altos críticos de haber establecido la existencia de diferentes documentos en el Pentateuco mediante un análisis literario ha sido demostrado por una variedad de ejemplos. El difunto profesor C. M. Mead, el más influyente de los revisores estadounidenses de la traducción del Antiguo Testamento, con el fin de exhibir la falacia de su procedimiento, tomó el libro de Romanos y lo dividió arbitrariamente en tres partes, de acuerdo a cómo se usaban las palabras “Cristo Jesús”, “Jesús”, o “Dios”; y luego mediante análisis mostró que las listas de palabras peculiares características de estos tres pasajes eran aún más notables que las elaboradas por los críticos destructivos del Pentateuco a partir de los tres fragmentos principales en los que lo habían dividido. El argumento del análisis literario según los métodos de estos críticos probaría el carácter compuesto de la Epístola a los Romanos tan plenamente como el de los críticos probaría el carácter compuesto del Pentateuco. Un distinguido erudito, el Dr. Hayman, ex director de Rugby, mediante un análisis similar demostró el carácter compuesto del pequeño poema de Robert Burns dirigido a un ratón, la mitad del cual está en el inglés más puro y la otra mitad en el dialecto escocés más cerrado. Por el mismo proceso sería fácil probar a tres Macaulays y tres Miltons seleccionando listas de palabras de los documentos preparados por ellos cuando ocupaban altos cargos políticos y de sus diversos escritos en prosa y poéticos.

3. Malentendido de las Formas Legales y el Sistema Sacrificial

Otra fuente de razonamiento falaz en la que han caído estos críticos surge de un malentendido del sistema sacrificial de la ley mosaica. Los críticos destructivos afirman que no hubo un santuario central en Palestina hasta varios siglos después de su ocupación bajo Josué, y que en un período posterior todos los sacrificios por parte del pueblo fueron prohibidos excepto en el lugar central cuando eran ofrecidos por los sacerdotes, a menos que fuera donde hubiera habido una teofanía especial. Pero estas declaraciones evidencian un malentendido o tergiversación total de los hechos. En lo que los críticos consideran como los documentos más antiguos (J y E) se requería que el pueblo se presentara tres veces al año con sacrificios y ofrendas “¿en la casa de Jehová?” (Éxodo 34:26; 23:19). Antes de la construcción del templo esta “casa de Jehová estaba en Silo” (Josué 18:1; Jueces 18:31; 1 Samuel 2:24). La verdad es que los críticos destructivos sobre este punto cometen un error sumamente humillante al sustituir repetidamente “santuarios” por “altares”, asumiendo que puesto que había una pluralidad de altares en el tiempo de los Jueces había, por lo tanto, una pluralidad de santuarios. Ellos han entendido completamente mal el permiso dado en Éxodo 20:24: “Altar de tierra harás para mí, y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus ofrendas de paz, tus ovejas y tus vacas; en todos los lugares, A. V.; (en todo lugar, R. V.), donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré. Y si me hicieras altar de piedras, no las labres de cantería”. Al leer este pasaje es probable que seamos engañados por la traducción errónea. Donde los revisores leen en “todo lugar” y la versión autorizada en “todos los lugares”, la traducción correcta es “en todo el lugar” o “en el lugar entero”. La palabra está en número singular y tiene un artículo definido delante de ella. El lugar entero al que se refiere es Palestina, la Tierra Santa, donde los sacrificios tales como los que habían ofrecido los patriarcas siempre fueron permitidos a los laicos, siempre y cuando hicieran uso únicamente de un altar de tierra o de

pedras sin labrar que se mantuviera libre de los adornos y accesorios característicos de los altares paganos. Estos sacrificios laicos fueron reconocidos en Deuteronomio así como en Éxodo. (Deuteronomio 16:21). Pero los altares de tierra o piedra sin labrar, a menudo usados solo para la ocasión y no teniendo conexión con un templo de ningún tipo, no son casas de Dios y no se convertirán en tales al ser llamados santuarios por críticos varios miles de años después de haber caído en desuso.

De acuerdo con este mandato y permiso, los judíos siempre han limitado sus sacrificios a la tierra de Palestina. Cuando han sido exiliados a tierras extranjeras, los judíos hasta el día de hoy han cesado de ofrecer sacrificios. Es verdad que una cierta porción de los exiliados hizo un experimento de establecer un sistema sacrificial en Egipto por un tiempo; pero este fue pronto abandonado. Finalmente se estableció un sistema de sinagogas y la adoración fuera de Palestina se limitó a la oración y la lectura de las Escrituras.

Pero además de los sacrificios laicos que se continuaron desde los tiempos patriarcales y se guardaron de la perversión, hubo otras dos clases de ofrendas establecidas por estatuto; a saber, aquellas ofrendas individuales que eran llevadas a la “casa de Dios” en el lugar central de adoración y ofrecidas con asistencia sacerdotal, y las ofrendas nacionales descritas en Números 28 y siguientes, que eran llevadas en nombre de todo el pueblo y no de un individuo. El no distinguir claramente entre estas tres clases de sacrificios ha llevado a los críticos a una confusión interminable, y el error ha surgido de su incapacidad para entender los términos y principios legales. El Pentateuco no es mera literatura, sino que contiene un código legal. Es un producto de pericia política que consiste en tres elementos distintos que siempre han sido reconocidos por los legisladores; a saber, el civil, el moral y el ceremonial, o lo que Wiener llama las “leyes jurídicas”, el “código moral” y el “procedimiento”. Las leyes jurídicas son aquellas cuyas infracciones pueden ser llevadas ante un tribunal, tales como “No reducirás los límites de la heredad de tu prójimo”. Pero “amarás a tu prójimo como a ti mismo” solo puede ser hecho cumplir por el sentimiento público y las sanciones divinas. El libro de Deuteronomio está ocupado en gran parte con la presentación de exhortaciones y motivos, apuntando a asegurar la obediencia a un código moral más alto, y en esto es seguido en gran medida por los profetas de la antigua dispensación y los predicadores del día de hoy. La ley moral complementa la ley civil. La ley ceremonial consiste en instrucciones a los sacerdotes para realizar los diversos deberes técnicos, y eran de tan poco interés para la masa del pueblo como lo son los libros legales y médicos de la actualidad. Todos estos estratos de la ley existían natural y necesariamente al mismo tiempo. Al ponerlos como Estratos sucesivos, con la ley ceremonial al final, los críticos han cometido un error atroz y engañoso.

4. La Evidencia Positiva

Antes de proceder a dar en conclusión un breve resumen de la evidencia circunstancial que apoya la creencia ordinaria en la autoría mosaica del Pentateuco, es importante definir el término. Con él no queremos decir que Moisés escribió todo el Pentateuco con su propia mano, o que no se hicieron adiciones editoriales después de su muerte. Moisés fue el autor del código pentateucal, como Napoleón lo fue del código que lleva su nombre. Aparentemente, el libro de Génesis está compuesto en gran parte a partir de documentos existentes, de los cuales la historia de la expedición de Amrafel en el capítulo 14 es un espécimen notable; mientras que el relato de la muerte de Moisés y unos pocos pasajes más son evidentemente adiciones editoriales posteriores. Pero estos no son suficientes para afectar la proposición general. La autoría mosaica del Pentateuco es apoyada por las siguientes, entre otras consideraciones de peso:

1. La era mosaica fue una época literaria en la historia del mundo cuando tales códigos eran comunes. Habría sido extraño si un líder de tal magnitud no hubiera producido un código de leyes. Las tablillas de Tel-el-Amarna y el Código de Hammurabi testifican de los hábitos literarios de la época.

2. El Pentateuco refleja tan perfectamente las condiciones en Egipto en el período que se le asigna que es difícil creer que fue un producto literario de una época posterior.

3. Su representación de la vida en el desierto es tan perfecta y tantas de sus leyes están adaptadas solo a esa vida que es increíble que hombres literarios mil años más tarde la hubieran imaginado.
4. Las leyes mismas llevan marcas indudables de adaptación a la etapa de desarrollo nacional a la que se atribuyen. Fue el estudio de las obras de Maine sobre el derecho antiguo lo que impulsó al Sr. Wiener a su reinvestigación del tema.
5. El poco uso que se hace de las sanciones de una vida futura es, como argumentó hábilmente el obispo Warburton, evidencia de una fecha temprana y de un peculiar esfuerzo divino para guardar a los israelitas contra la contaminación de las ideas egipcias sobre el tema.
6. La omisión de la gallina de las listas de aves limpias e inmundas es increíble si estas listas se hicieron tarde en la historia de la nación después de que esa ave doméstica hubiera sido introducida desde la India.
7. Como A. C. Robinson demostró en el volumen VII de esta serie, es increíble que no hubiera habido ninguna indicación en el Pentateuco de la existencia de Jerusalén, o del uso de música en la liturgia, ni ningún uso de la frase, “Jehová de los ejércitos”, a menos que la compilación hubiera sido completada antes del tiempo de David.
8. La subordinación de los elementos milagrosos en el Pentateuco a las coyunturas críticas en el desarrollo de la nación es tal como solo podría obtenerse en la historia genuina.
9. Toda la representación se ajusta a la verdadera ley del desarrollo histórico. Las naciones no se levantan en virtud de fuerzas residentes inherentes, sino a través de las luchas de grandes líderes iluminados directamente desde lo alto o por el contacto con otros que ya han sido iluminados.

El defensor de la autoría mosaica del Pentateuco no tiene motivo para acobardarse en presencia de los críticos que niegan esa autoría y desacreditan su historia. Él puede desafiar audazmente su erudición, negar sus conclusiones, resentir su arrogancia y aferrarse a su confianza en la evidencia histórica bien autenticada que fue suficiente para aquellos que la aceptaron primero. Aquellos que ahora de segunda mano están popularizando en publicaciones periódicas, lecciones de la escuela dominical y volúmenes de mayores o menores pretensiones los errores de estos críticos deben responder a sus conciencias lo mejor que puedan, pero se les debe hacer sentir que asumen una gran responsabilidad al presentarse como guías de ciegos cuando ellos mismos no son capaces de ver.

Capítulo 59 La Sabiduría de este Mundo

Por el Rev. A. W. Pitzer, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Salem, Virginia

“Hay una creciente impresión entre eminentes pensadores privados de que el cristianismo está perdiendo su influencia sobre los hombres, y que la iglesia es un poder menguante; que el mundo religioso está a la deriva y la fe se está convirtiendo en una tradición del pasado”.

La cita anterior es de un editorial en el periódico más popular publicado en la capital de los Estados Unidos.

Si la fe de la iglesia ha de estar fundamentada en la sabiduría de los hombres, entonces será el juguete de todo viento de doctrina, y será llevada de aquí para allá, de acuerdo con el curso de la marea popular; y si la iglesia no tiene mejor ancla que la sabiduría de este mundo, entonces, en verdad, estará a la deriva de todas sus amarras, y será sacudida continuamente sobre los mares de la incesante especulación. Pero si la fe ha de estar fundamentada, no en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios, en la segura Palabra de Verdad que vive y permanece para siempre, entonces, al igual que su Autor divino, es y será la misma ayer, hoy y por los siglos. Si la fe está fundada sobre la Palabra de la Verdad Eterna, entonces la iglesia tiene un ancla segura y firme, que penetra hasta dentro del velo.

Una profecía de Daniel se cumple: “Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará”. [Daniel 12:4] El mundo nunca ha presenciado un período de actividad mental tan incesante e intensa. La naturaleza, en todos sus vastos dominios, en sus átomos y sus masas, ha sido escudriñada con el más agudo escrutinio, y obligada a revelar sus asombrosos secretos. El microscopio revela mundos de orden y belleza invisibles para el ojo sin ayuda; mientras que el telescopio barre los cielos silenciosos, y estrellas por miles y decenas de miles son descubiertas, y contadas, y catalogadas. La chispa eléctrica envía el pensamiento, en palabras impresas, con la velocidad del rayo alrededor del globo. El micrófono magnifica el sonido hasta que el andar de la araña por una ventana resuena como el paso de un hombre armado. El fonógrafo recibe sobre su brillante disco metálico las palabras y los tonos del orador viviente, y es capaz de reproducirlos después de mil años. Todas las lenguas, tribus y naciones son llevadas a un intercambio y comunión diarios y directos. El tiempo y el espacio ya no son barreras entre los hombres, las razas y los imperios. Incluso el continente oscuro, el África ecuatorial inexplorada, ha sido penetrada por el heroico e intrépido Stanley, desde Zanzíbar hasta Bomma; y las tribus caníbales del Alto Livingstone ya no son desconocidas para el mundo civilizado. Y aún los hombres corren de aquí para allá, inquietos e insatisfechos, clamando por más luz y más conocimiento.

Ningún Conflicto Real entre el Cristianismo y la Ciencia

El cristiano no mira con consternación estas investigaciones en la naturaleza, estos descubrimientos de la ciencia; por el contrario, acoge con gozo cada nuevo descubrimiento como una evidencia adicional de la sabiduría, el poder y la bondad de Dios. Él sabe muy bien que los hechos escritos en las hojas de roca abajo, las profundidades estelares arriba y las páginas de la Inspiración, cuando son entendidos e interpretados correctamente, se encontrará que están en exacto y perfecto acuerdo, mostrando la gloria del Escritor Infinito de todos ellos. No hay controversia entre el hombre de fe y el hombre de sabiduría, siempre y cuando cada uno actúe en su esfera apropiada. No hay, y nunca ha habido, ningún conflicto real entre la religión y la ciencia. Puede haber conflictos entre las interpretaciones de las Escrituras y las interpretaciones de los hechos de la naturaleza; pero lo que Dios ha escrito en su Palabra nunca entra en conflicto con lo que Dios ha escrito en su creación.

El escepticismo científico de este día debería recordar cuánto le debe la Ciencia a los hombres cristianos —a hombres que creyeron en un Dios personal; que creyeron en su Palabra escrita, y en su Hijo, Jesucristo,

el Redentor crucificado y resucitado—. ¿Qué se dirá del “piadoso cristiano, Copérnico, consagrando su vida a Dios, al hombre, a la ciencia; quien fue pionero en su camino hacia el universo desconocido, como el gran Colón de los cielos? ¿Qué hay del cristiano Galileo, quien, mientras enseñaba los hechos de la ciencia, también creía en las verdades de las Escrituras?”. ¿Qué hay de los líderes en todos los departamentos del progreso humano, nombres inmortales familiares como palabras de uso diario —qué hay de Bacon, y Kepler, y Newton, y Herschel, y Hugh Miller? O, aún más tarde, ¿qué hay de Chalmers, McCosh, Morse, Dawson, Southall, Cabell, LeConte, Henry y multitudes de otros que lideran la vanguardia del ejército de investigación y descubrimiento en todo el vasto dominio del conocimiento humano? El hombre de fe puede señalar a estos gigantes intelectuales y reclamarlos como los humildes discípulos del humilde Nazareno —como firmes creyentes en la Palabra escrita de Dios—. Ellos lideraron la marcha de avance del pensamiento humano, pero se inclinaron en devota adoración ante un Dios personal. Cuán densa oscuridad envolvería a la raza si toda la luz encendida por hombres cristianos fuera desterrada del horizonte del conocimiento humano.

La Esfera de la Ciencia

Pero que se recuerde que la sabiduría de este mundo es para este mundo solamente —no para el mundo venidero. Su esfera propia es lo visto y tangible; el aquí y el ahora, no lo no visto, el más allá, lo eterno. La sabiduría del hombre ha salido de su esfera propia cuando invade el dominio de lo Invisible y lo Infinito; cuando niega que el Espíritu personal omnipresente pueda revelar al hombre aquello que el ojo nunca vio, el oído nunca oyó y el corazón nunca concibió. Ha traspasado el límite de lo conocido, su única esfera propia, cuando asume negar que el Dios infinito se ha revelado o puede revelarse a Sí mismo en su Palabra, su Hijo, su Espíritu. Las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios.

Tenemos el derecho de exigir a la sabiduría de este mundo bajo qué autoridad afirma que no hay nada por encima y aparte de la naturaleza, nada en todo el universo ilimitado excepto materia y fuerza. ¡Por qué debemos renunciar a todo lo que el hombre valora ante las órdenes de la sabiduría de este mundo, cuya revelación más alta, mejor y más reciente es “una tumba sin resurrección y un universo sin un Dios”!

El Fracaso de la Sabiduría Terrenal para Encontrar y Conocer a Dios

El hombre de fe no afirma la inutilidad de la sabiduría terrenal, pero sí afirma que ha fracasado por completo en descubrir y conocer al Dios verdadero y viviente. Sin importar cuán útil y valiosa pueda ser la sabiduría de este mundo en su esfera apropiada, nunca le ha dado aún a los hombres ese conocimiento de Dios en el cual su alma pudiera descansar en satisfacción y paz. El mundo mediante la sabiduría nunca ha conocido a Dios. En ningún momento, en ningún país, entre ninguna gente, ha podido el hombre jamás, mediante la sabiduría, dar a conocer a Dios a sus semejantes. Sin el Evangelio del Señor Jesucristo, el Dios verdadero y viviente habría sido siempre el “Dios No Conocido”.

La Sabiduría Antigua y el Conocimiento de Dios

Los sabios de esta generación no se quedan atrás al jactarse del progreso y la sabiduría actuales del mundo, y sin embargo, la historia y las ruinas del mundo antiguo, antes de la venida de nuestro Señor, revelan evidencias de una civilización que soportará toda la luz y las pruebas de nuestros días.

Egipto, situado a orillas de ese extraño río cuya fuente ha sido descubierta muy lejos en las aguas que fluyen siempre del Lago Victoria del África ecuatorial, le habla a esta generación autosatisfecha en sus reyes momificados, su Esfinge silenciosa, sus pirámides inigualables. Egipto, que podía levantar piedras monstruosas cuatrocientos pies en el aire y ajustarlas a una línea matemática sin variar la mitad del grosor de un cabello; “que podía pintar sobre vidrio, moler oro hasta convertirlo en polvo, embalsamar el cuerpo de tal manera que la carne se hiciera inmortal;” que construyó casas gigantescas de piedra que han

sobrevivido a todas las naciones y civilizaciones —esta nación era sabia en toda la sabiduría de este mundo—. Y sin embargo, esta grandiosa y antigua civilización vivió y murió en crasa y total ignorancia del único Dios verdadero y viviente. La religión de los hombres más sabios de On y Menfis “era el fetichismo negroide, la forma más baja de adoración a la naturaleza”. El pueblo se inclinaba y adoraba al Nilo, al buey, a los árboles, a las colinas y a las “aves, a los cuadrúpedos y a los reptiles”. Egipto tenía sacerdotes sabios, sus magníficos templos, su adoración espléndida; ¡pero ay! todo era de la tierra, terrenal. No conoció a Dios; y sus sabios, Janes y Jambres, resistieron a Moisés cuando él vino a ellos con un mensaje del Viviente, en quien ellos vivían, se movían y tenían su ser. No es de extrañar que el pueblo fuera “mentiroso y ladrón, sensual y traicionero;” con toda su sabiduría no conocían a Dios.

Posterior a Egipto surgieron cuatro grandes potencias mundiales, siguiéndose una a la otra en sucesión, reclamando y ejerciendo el dominio universal, y reuniendo para sí mismas la civilización y la gloria del mundo conocido —Babilonia, Persia, Grecia y Roma—. Cuatro reinos vistos en sueño por el gran Nabucodonosor —la imagen con la cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce, piernas de hierro, pies en parte de hierro y parte de barro cocido, e interpretados por Daniel como los cuatro reinos nombrados anteriormente—. ¡Pero ay! ni una ni todas estas naciones jamás alcanzaron ese conocimiento de Dios que es vida eterna.

Los ladrillos de Babilonia, la púrpura de Tiro, el ejército de Jerjes, las conquistas de Alejandro, las legiones de Roma, la poesía de Homero, la filosofía de Sócrates, las estatuas de Fidias, las oraciones de Cicerón, las sátiras de Juvenal, los anales de Tácito —estos son los restos arrastrados de las olas de esa civilización antigua, sabia en toda la sabiduría de este mundo; estos son los restos que aún flotan en la corriente de la historia humana a medida que avanza en su majestuoso curso hacia esa eternidad donde el tiempo no se mide por días y noches, y semanas y años; y hacia ese infinito donde el espacio no se mide por islas, continentes y mares.

Había muros de setenta pies de alto, sobre los cuales se podían conducir carros de guerra de a cuatro en fondo; había jardines colgantes llenos de flores y pájaros; había templos de mármol pulido, revestidos de marfil y oro; había estatuas tan reales que casi hablaban; había carreteras, firmes y duras, que se extendían desde la Roma imperial hasta todos los confines del mundo conocido; había arcos y acueductos, fuentes y baños, pintura y poesía. ¡Pero, ay! sobre esa civilización se podría haber escrito la inscripción sobre el altar en la colina de Marte, “AL DIOS NO CONOCIDO”. Todo era de este mundo, y únicamente de este mundo; era exterior, material, transitorio; era terrenal, sensual, diabólico.

El Dr. Garbett, en su obra *Dogmatic Faith*, dice: “Con la única excepción del conocimiento del Dios verdadero, este mundo antiguo llevó el avance humano a su punto más alto. En esplendor de genio, brillantez de ingenio, fertilidad de imaginación, profundidad de pensamiento, gusto y habilidad artísticos, sensibilidades estéticas y vivo deleite por el placer, el último período de la civilización pagana nunca ha sido superado todavía, tal vez nunca igualado”. Y, sin embargo, en medio de todo esto, el vicio y la inmoralidad eran casi universales; la castidad era casi desconocida; miles de vírgenes eran dedicadas anualmente a la prostitución en los templos de los dioses; la vida de un hombre se estimaba de menos valor que la vida de un perro; la esclavitud era universal, y los esclavos eran ejecutados por las causas más triviales; los hombres peleaban entre sí y con bestias salvajes en anfiteatros, donde delicadas matronas romanas contemplaban con ávido deleite las agonías de hombres moribundos, y bajaban sus pulgares sobre el mármol pulido en señal de su deseo de más sangre.

Este mundo antiguo con toda su sabiduría no conoció a Dios. En sus espléndidos panteones había muchos señores y muchos dioses: dioses de la pintura y la estatuaría, de la poesía y la elocuencia, de la guerra y la venganza, de la embriaguez y la lujuria, pero ningún Dios verdadero, santo y viviente. Y cuando el refinado Pablo predicó a los sabios de Atenas a Jesús y la resurrección; le dijeron que era un palabrero, y un predicador de dioses extraños.

Los hombres de esta civilización honraron y dieron culto a las criaturas antes que al Creador; y por esta causa Dios los entregó a pasiones vergonzosas y contranaturales; estaban atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, homicidios, engaños y malignidades, sin afecto natural, implacables, sin misericordia. La inefable vileza de esta sabiduría impía es evidente en el hecho de que incluso ahora hay habitaciones en algunas de sus ciudades enterradas y exhumadas, en las cuales nunca se le permite entrar a ninguna mujer.

“Y así esta sociedad antigua pereció por su propia podredumbre inherente. Su vicio enorme, que todo lo impregnaba y universal minó los cimientos de la virtud. La masa estaba corrupta hasta su mismo núcleo. Su fuerza pereció por el mero agotamiento de sus vicios”. La impiedad y el vicio, la irreligión y la inmoralidad, fueron de la mano, como siempre lo hacen, hasta que el pueblo, habiendo perdido todo conocimiento de Dios, perdió también toda vergüenza y virtud; y esta espléndida civilización de este mundo antiguo pereció por su propia corrupción irremediable e irremediable. Cuanto menos conocía la gente de Dios, más vil y degradada se volvía.

El Fracaso de la Sabiduría Moderna para Encontrar a Dios

El mundo de nuestros días afirma haberse vuelto grandemente más sabio en los últimos diecinueve siglos, pero aún así no conoce a Dios; ni, aparte de su Palabra y de su Hijo, lo conocerá jamás. Hagan sonar el viejo grito de batalla, lo insensato de Dios es más sabio que los hombres; este conflicto nunca cesará; perezca el cobarde, que habiendo emprendido la lucha por Jehová y su Cristo, se espanta ante los tambores de guerra del enemigo. Que el astrónomo impío barra los cielos con su telescopio, y cuente y clasifique 270.000 estrellas, y luego venga a decirnos que ni vio ni oyó hablar de ningún Dios personal en toda la infinitud del espacio; que el aficionado científico informe gravemente a hombres inteligentes que la fe en Dios debe ceder ahora el paso al conocimiento de la naturaleza y sus leyes; que el materialista ateo nos diga que ha escudriñado el universo ilimitado, y no ha encontrado ningún Espíritu inteligente, sino solo materia y fuerza; que el blasfemo descarado proclame que Moisés es un mentiroso, Jesús un impostor y la inmortalidad del hombre un engaño; a todos y cada uno les decimos: estas cosas son casi tan antiguas como la raza humana; este credo impío fue sostenido por hombres más sabios que ustedes, mucho antes de que nacieran; fue sostenido por los sabios del mundo antiguo en los días de su más alta civilización; es sostenido ahora por las tribus caníbales de Urega, Manyema y Bengala, en los lugares tenebrosos de la tierra, llenos de habitaciones de crueldad; ustedes simplemente nos están pidiendo que regresemos a los tiempos en que el mundo mediante la sabiduría no conoció a Dios; y la raza ha tenido bastante y más que suficiente de esta sabiduría impía; si Cristo el crucificado no puede salvarnos, entonces en verdad estamos condenados y malditos para siempre.

La Exigencia de los “Sabios” Modernos

Los sabios de este mundo, llenos de la falsamente llamada filosofía, piden, primero, que renunciemos a los milagros del Antiguo Testamento; luego a los Salmos imprecatorios; luego a las “partes inmorales” de las Escrituras; luego, a las “leyes vindicativas y sangrientas de Moisés”; luego a Moisés mismo; luego, a todos los profetas; luego, a los milagros del Nuevo Testamento; luego, al Apocalipsis; luego, a la doctrina de la retribución eterna; luego, al Espíritu Santo; luego, a la inspiración; luego, a Jesucristo; luego a Dios mismo —esta es la modesta exigencia de la sabiduría incrédula de nuestro día y generación; este sustituir el “conocimiento de la naturaleza por la fe en Dios” —esto es “progreso”; esto es “pensamiento avanzado” —y así la raza queda con su “tumba sin resurrección”, su “universo sin un Dios”, su pecado sin un Salvador.

Los hombres reflexivos comprenden bien que el punto objetivo de todos estos ataques infieles es la cruz y el crucificado. ¿Renunciaremos a la sangre y a su poder limpiador y pacificador a instancias de la presuntuosa incredulidad? ¿Cesaremos de predicar a Cristo y a éste crucificado porque ahora, como en la

antigüedad, tropezadero para los judíos, y locura a los gentiles? ¿Ya no predicaremos a Jesús y la resurrección porque los sabios de la Atenas moderna preguntan con desdén: “¿Qué querrá decir este palabrero?”. La respuesta nos llega en eco a través de las edades; viene de patriarcas y profetas, de apóstoles y mártires; de santos de todas las edades y todas las tierras que han soportado todos los males y todas las miserias que la malignidad de hombres y demonios pudo infligir. Vayan a preguntarles si el Evangelio es verdadero, si es poder de Dios para salvación, si el crucificado es fuerte para salvar; y desde anfiteatros y catacumbas romanos, desde las guaridas y cavernas de la tierra, desde cárceles y horcas, desde haces de leña y llamas y hornos; desde la India y Groenlandia, desde China y Japón, desde Ceilán y Madagascar, desde las islas del océano, desde los millones lavados con sangre que han subido a la gloria y a Dios, vendrá esta respuesta: “Sabemos a quién hemos creído. Cristo crucificado es la sabiduría de Dios y el poder de Dios para salvación”.

Capítulo 60 Las Sagradas Escrituras y las Negaciones Modernas

Por el Profesor James Orr, Doctor en Teología
United Free Church College, Glasgow, Escocia

¿Existe hoy en día en medio de la crítica y la inestabilidad una doctrina sostenible de la Sagrada Escritura para la iglesia cristiana y para el mundo; y si la hay, ¿cuál es esa doctrina? Esa es incuestionablemente una pregunta muy apremiante en la actualidad. “¿Existe un libro que podamos considerar como el depósito de una verdadera revelación de Dios y una guía infalible en el camino de la vida, y en cuanto a nuestros deberes para con Dios y el hombre?”, es una pregunta de inmensa importancia para todos nosotros. Hace cincuenta años, tal vez menos que eso, la pregunta apenas necesitaba ser hecha entre el pueblo cristiano. Era universalmente concedido, dado por sentado, que existe tal libro, el libro que llamamos la Biblia. Aquí, se creía, hay un volumen que es un registro inspirado de toda la voluntad de Dios para la salvación del hombre; acepte como verdadera e inspirada la enseñanza de ese libro, siga su guía, y no podrá tropezar, no podrá errar en alcanzar el fin supremo de la existencia, en encontrar la salvación, en asir el premio de una inmortalidad gloriosa.

Ahora, ha ocurrido un cambio. No se puede ocultar el hecho de que vivimos en una época en la que, incluso dentro de la iglesia, hay mucho sentimiento de inquietud y desconfianza acerca de las Sagradas Escrituras —una vacilación para apoyarse en ellas como autoridad y para usarlas como las armas de precisión que una vez fueron; con una correspondiente ansiedad por encontrar alguna base más segura en la autoridad externa de la iglesia, o con otros, en Cristo mismo, o de nuevo en una conciencia cristiana, como se le llama,— una base más segura para la creencia y la vida cristianas. A menudo escuchamos en estos días referencias a la sustitución, en el protestantismo, de una “BIBLIA INFALIBLE POR UNA IGLESIA INFALIBLE”, y la implicación es que la primera idea es tan infundada como la segunda. A veces se asume la idea, muy comúnmente tal vez, de que el pensamiento de una autoridad externa a nosotros mismos —a nuestra propia razón o conciencia o naturaleza espiritual— debe ser abandonado por completo; que solo se puede aceptar aquello que lleva su autoridad en sí mismo por la apelación que hace a la razón o a nuestro ser espiritual, y en ello radica el juez para nosotros de lo que es verdadero y lo que es falso.

Esa proposición tiene un elemento de verdad en ella; puede ser verdadera o puede ser falsa según la interpretemos. Sin embargo, como se interpreta frecuentemente, deja a las Escrituras —pero más que eso, deja a Jesucristo mismo— sin ninguna autoridad para nosotros salvo aquella con la que nuestras propias mentes consideren oportuno revestirle. Pero con respecto a la BIBLIA INFALIBLE Y LA IGLESIA INFALIBLE, es apropiado señalar que hay una diferencia considerable entre estas dos cosas: entre la idea de una Escritura con autoridad y la idea de una iglesia infalible o un Papa infalible, en el sentido romano de esa palabra. Puede ser una antítesis astuta decir que el protestantismo sustituyó el antiguo dogma romano de una iglesia infalible por la idea de un Libro infalible; pero la antítesis, el contraste, desafortunadamente tiene una inexactitud fatal al respecto. La idea de la autoridad de la Escritura no es más reciente, sino más antigua que el romanismo. No es un invento tardío del protestantismo. No es algo que los protestantes inventaron y sustituyeron por la concepción romana de la iglesia infalible; sino que es la concepción original que se encuentra en las Escrituras mismas. Hay una gran diferencia allí. Es una creencia —esta creencia en la Sagrada Escritura— que fue aceptada y sobre la cual actuó la iglesia de Cristo desde el principio. La Biblia misma afirma ser un Libro con autoridad, y una guía infalible hacia el verdadero conocimiento de Dios y del camino de salvación. Este punto de vista está implícito en cada referencia hecha a ella, en la medida en que existía entonces, por Cristo y sus apóstoles. Que el Nuevo Testamento, la obra de los apóstoles y de hombres apostólicos, no se encuentra en un nivel inferior de inspiración y autoridad que el Antiguo Testamento, es, creo, algo que apenas vale la pena discutir. Y en ese sentido, como un cuerpo de escritos de autoridad divina, los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento fueron aceptados por los apóstoles y por la iglesia de la era postapostólica.

Tome los escritos de cualquiera de los padres de la iglesia primitiva —los he leído laboriosamente como profesor de historia de la iglesia— tome a Tertuliano o a Orígenes, u otros, y encontrará sus palabras saturadas con referencias a las Escrituras. Encontrará que las Escrituras son tratadas exactamente de la misma manera que se usan en la literatura bíblica de hoy; a saber, como la autoridad suprema en los asuntos de los que hablan. Realmente les hago una injusticia a los padres en esta comparación, pues encuentro cosas dichas y escritas sobre las Sagradas Escrituras por maestros de la iglesia de hoy que esos primeros padres nunca se hubieran permitido pronunciar. Ahora se ha puesto de moda entre una clase de maestros religiosos hablar despectivamente de o menospreciar las Sagradas Escrituras como una regla de fe con autoridad para la iglesia. La causa principal de esto ha sido indudablemente la tendencia que ha asumido la crítica de las Sagradas Escrituras durante el último medio siglo o más.

Por todos los medios, que la crítica tenga sus derechos. Que las cuestiones puramente literarias sobre la Biblia reciban una discusión completa y justa. Que la estructura de los libros sea examinada imparcialmente. Si una ciencia reverente tiene luz que arrojar sobre la composición o autoridad o antigüedad de estos libros, que se escuche su voz. Si esto es de Dios no podemos derrocarlo; si es del hombre, o en la medida en que sea del hombre, o en la medida en que entre en conflicto con la realidad de las cosas en la Biblia, se desvanecerá, —como en mi opinión gran parte de ello se está desvaneciendo rápidamente hoy en día a través de sus propios excesos. Por lo tanto, no hay que asustarse ante la mera palabra, “crítica”.

Por otro lado, no estamos obligados a aceptar toda teoría crítica descabellada que cualquier crítico elija proponer y afirmar, como la última palabra sobre este asunto. Tenemos derecho, es más, estamos obligados, a mirar las presuposiciones sobre las cuales procede cada crítica, y a preguntar: ¿Hasta qué punto está la crítica controlada por esas presuposiciones? Estamos obligados a mirar la evidencia mediante la cual se apoya la teoría, y a preguntar: ¿Está realmente respaldada por esa evidencia? Y cuando se proponen teorías con toda confianza como resultados fijos, y las encontramos, a medida que las observamos, todavía en constante proceso de evolución y cambio, volviéndose constantemente más complicadas, más extremas, más fantasiosas, tenemos derecho a inquirir: ¿Es esta la certeza que se alegaba que era? Ahora bien, esa es mi queja en contra de gran parte de la crítica actual de la Biblia: no que sea crítica, sino que parte de una base equivocada, que procede mediante métodos arbitrarios y que llega a resultados que creo que son demostrablemente falsos resultados. Eso es mucho decir, sin duda, pero tal vez tendré alguna justificación que ofrecer para ello antes de terminar.

No voy a entrar en ninguna diatriba general contra la crítica; pero es inútil negar que una gran parte de lo que se llama crítica es responsable de la incertidumbre y la inestabilidad de sentimiento que existe en la actualidad acerca de las Sagradas Escrituras. No hablo especialmente de aquellos cuyo punto de vista filosófico los obliga a adoptar una actitud de negación a la revelación sobrenatural, o a libros que profesan transmitir tal revelación. La crítica de este tipo, la crítica que parte de la base de la negación de lo sobrenatural, tiene por supuesto, que ser tomada en cuenta. En sus manos todo es diseñado desde esa base. Existe la negación para empezar, de que Dios alguna vez haya entrado en la historia humana, en palabra y obra, de manera sobrenatural alguna. El resultado necesario es que cualquier cosa en la Biblia que afirme o fluya de tal interposición de Dios es explicada o desestimada. Las Escrituras en esta demostración, en lugar de ser, los oráculos vivos de Dios, se convierten simplemente en los restos fragmentarios de una antigua literatura hebrea, cuyo valor principal parecería ser el empleo que le brinda al crítico para diseccionarla en sus diversas partes, para derrocar la tradición del pasado con respecto a ella, y para formular teorías siempre nuevas, siempre cambiantes, cada vez más asombrosas sobre el origen de los libros y las supuestas leyendas que contienen. Sin embargo, dejando fuera de cuenta esta crítica fútil y racionalista —porque ese no es el tipo de crítica con la que nosotros como personas cristianas tenemos que tratar principalmente en nuestros propios círculos— ciertamente hay un inmenso cambio de actitud por parte de muchos que aún mantienen sinceramente la fe en la revelación sobrenatural de Dios. Me resulta difícil describir esta tendencia, pues deseo no describirla de ninguna manera que le haga injusticia a ningún pensador cristiano, y está acompañada de tantos signos de un carácter ambiguo. Jesús es reconocido por la mayoría de los que la

representan como “el Hijo encarnado de Dios”, aunque con matices hacia afirmaciones más o menos indefinidas incluso sobre ese artículo fundamental, lo que hace a veces dudoso dónde se posicionan exactamente los escritores. El proceso de pensamiento con respecto a la Escritura se rastrea fácilmente. Primero, hay un descarte ostentoso, unido a alguna expresión de desprecio, de lo que se llama la inspiración verbal de la Escritura —un término muy abusado—. Todavía se habla de Jesús como el revelador supremo, y se admite que sus palabras, si tan solo pudiéramos llegar a ellas —y en general se piensa que podemos— proporcionan la regla más alta de guía para el tiempo y para la eternidad. Pero incluso la crítica, se nos dice, debe tener sus derechos. Incluso en el Nuevo Testamento los Evangelios entran al crisol, y en nombre de la crítica sinóptica, crítica histórica; son sujetos a procesos maravillosos, en el curso de los cuales gran parte de la historia se derrite o se pela como características cristianas. Se nos recuerda que Jesús, era aún un hombre de su generación, propenso a equivocarse en su conocimiento humano, y se deben tener en cuenta las limitaciones en sus concepciones y juicios. Se alega que Pablo está todavía en gran medida dominado por su herencia de ideas rabínicas y farisaicas. Él había sido criado como fariseo, criado con los rabinos, y cuando se convirtió en cristiano, llevó gran parte de eso a su pensamiento cristiano, y tenemos que despojarnos de ese pensamiento cuando llegamos al estudio de sus Epístolas. Por lo tanto, él es un maestro al que no se debe seguir más allá de lo que nuestro propio juicio de la verdad cristiana nos guíe. Eso elimina una gran cantidad de cosas que son inconvenientes acerca de la enseñanza de Pablo.

El Antiguo Testamento y los Críticos

Si se hacen estas cosas en el “árbol verde” del Nuevo Testamento, es fácil ver lo que se hará en el “árbol seco” del Antiguo. Las conclusiones de la escuela más avanzada de críticos son aquí generalmente aceptadas como resueltas de una vez por todas, con el resultado —a mi juicio, al menos— de que el Antiguo Testamento es inmensurablemente rebajado del lugar que una vez tuvo en nuestra reverencia. Su historia más temprana, hasta aproximadamente la época de los reyes, se resuelve en gran parte en mitos, leyendas y ficciones. Es descartado de la categoría de la historia propiamente dicha. Sin duda se nos dice que las leyendas son tan buenas como la historia, y tal vez un poco mejores, y que las ideas que nos transmiten son igual de buenas, viniendo en forma de leyendas, que si vinieran en forma de hechos.

Pero he aquí, que sus leyes, cuando venimos a tratar con ellas de esta manera, carecen de autoridad divina. Son los productos de las mentes humanas en diversas épocas. Sus profecías son las declaraciones de hombres que poseían en verdad el Espíritu de Dios, lo cual es solo en mayor grado lo que otros hombres buenos, maestros religiosos en todos los países, han poseído —no un espíritu que califique, por ejemplo, para dar predicciones reales, o para llevar mensajes de la verdad con autoridad a los hombres. Y así, en este torbellino y confusión de teorías —los encontrará en nuestras revistas, los encontrará en nuestras enciclopedias, los encontrará en nuestras reseñas, los encontrará en muchos libros que han aparecido para aniquilar a los creyentes conservadores— en este torbellino y confusión de teorías, ¿es de extrañar que muchos deban estar inquietos y desestabilizados, y sientan como si el suelo en el que solían descansar estuviera cediendo bajo sus pies? Y así la pregunta vuelve con urgencia renovada. ¿Qué se puede decir del lugar y valor de las Sagradas Escrituras?

¿Existe una Doctrina Sostenible para la Iglesia Cristiana de Hoy?

Una de las necesidades urgentes de nuestro tiempo, y una necesidad primordial de la iglesia, es simplemente un reemplazo de las Sagradas Escrituras, con el debido respeto, lo admito, a cualquier hecho realmente averiguado con respecto a su historia literaria, en la fe y la vida de los hombres, como el registro verdaderamente inspirado y sellado divinamente de la voluntad revelada de Dios para los hombres en las grandes cosas del alma. Pero entonces, ¿es tal posición sostenible? En la luz feroz de la crítica que golpea los documentos y sobre la revelación de la gracia de Dios que profesan contener, ¿se puede mantener esta posición? Me atrevo a pensar, de hecho, estoy muy seguro de que sí. Permítanme intentar indicar —pues

apenas puedo hacer algo más— las líneas a lo largo de las cuales yo respondería la pregunta, ¿Tenemos o podemos tener una doctrina sostenible de la Sagrada Escritura?

Para una doctrina satisfactoria de la Sagrada Escritura —y con eso me refiero a una doctrina que sea satisfactoria para las necesidades de la iglesia cristiana, una doctrina que responda al reclamo que la Escritura hace por sí misma, al lugar que ocupa en la vida cristiana y la experiencia cristiana, a las necesidades de la iglesia cristiana para edificación y evangelización, y en otras formas— yo digo, para una doctrina satisfactoria de la Sagrada Escritura me parece que tres cosas son indispensablemente necesarias. Es necesario, primero, una visión más positiva de la estructura de la Biblia de la que actualmente prevalece en muchos círculos. Es necesario, en segundo lugar, el reconocimiento de una verdadera revelación sobrenatural de Dios en la historia y religión de la Biblia. Es necesario, en tercer lugar, el reconocimiento de una verdadera inspiración sobrenatural en el registro de esa revelación. Estas tres cosas, a mi juicio, van juntas —una visión más positiva de la estructura de la Biblia; el reconocimiento de la revelación sobrenatural encarnada en la Biblia; y un reconocimiento de acuerdo con la afirmación misma de la Biblia de una inspiración sobrenatural en el registro de la Biblia. ¿Podemos afirmar estas tres cosas? ¿Soportarán la prueba? Creo que sí.

La Estructura de la Biblia

Primero, en cuanto a la estructura de la Biblia, se necesita una idea más positiva de esa estructura que la que prevalece en la actualidad. Usted toma gran parte de la crítica y encuentra que la Biblia se está desintegrando de muchas maneras, y que todo lo que se asemeja a una estructura se cae de ella. Se le dice, por ejemplo, que estos libros —digamos los libros de Moisés— están compuestos de muchos documentos, que son de origen muy tardío y no pueden reclamar valor histórico. Se le dice que las leyes que contienen también son, en su mayor parte, de origen tolerablemente tardío, y las leyes levíticas especialmente son de construcción post-exílica; no fueron dadas por Moisés; eran desconocidas cuando los hijos de Israel fueron llevados a la cautividad. Tal vez su uso en el templo esté incorporado en la ley levítica, pero la mayor parte del contenido de esa ley levítica era totalmente desconocido. Fueron la construcción —la invención, para usar un término empleado últimamente— de sacerdotes y escribas en el período post-exílico. Se les dio forma, se presentaron ante la comunidad judía que regresó de Babilonia y fueron aceptadas por esta como la regla de vida. De esta manera, se le da la vuelta por completo a la historia de la Biblia, y las cosas adquieren un aspecto totalmente nuevo.

¿Debo entonces, por deferencia a la crítica, aceptar estas teorías y renunciar a la estructura que presenta la Biblia? Tomando la Biblia tal como está, encuentro —y ustedes también lo encontrarán si buscan allí, sin necesidad de ningún aprendizaje crítico particular— lo que parece ser evidencia de una estructura interna muy definida, donde una parte encaja con otra y conduce a la siguiente, conformando una unidad del todo en esa Biblia. La Biblia innegablemente tiene una estructura tal como está. Se distingue de todos los demás libros de su tipo, de todos los libros sagrados en el mundo, del Corán y de las escrituras budistas y las escrituras indias y de cualquier otro tipo de libros religiosos. Se distingue justo por este hecho, de que es la encarnación de un gran plan, esquema o propósito de la gracia divina que se extiende desde el principio de los tiempos a través de eras y dispensaciones sucesivas hasta su culminación en Jesucristo y en los derramamientos pentecostales del Espíritu. La historia de la Biblia es la historia de ese desarrollo del propósito redentor de Dios. Las promesas de la Biblia marcan las etapas de su progreso y su esperanza. Los pactos de la Biblia se presentan ante nosotros en el orden de su despliegue. Se comienza con Génesis. Génesis sienta las bases y conduce al libro de Éxodo; y el libro de Éxodo, con su introducción de la entrega de la ley, conduce a lo que sigue. Deuteronomio mira hacia atrás a la historia de las rebeliones y las leyes dadas al pueblo, y conduce a la conquista. No es necesario que siga los desarrollos posteriores, bajando a través de la monarquía y la profecía y el resto, pero se encuentra que todo se reúne y se cumple en el Nuevo Testamento. La Biblia, tal como la tenemos, se cierra en Evangelio, Epístola y Apocalipsis, cumpliendo todas las ideas del Antiguo Testamento. Allí el círculo se completa a sí mismo con el nuevo cielo y la nueva

tierra en los cuales mora la justicia. Aquí hay una estructura; aquí está el hecho; aquí hay una estructura, una historia conectada, una unidad de propósito que se extiende a través de este Libro y une todas sus partes. ¿Es esa estructura una ilusión? ¿Solo nosotros, y muchos con nosotros, soñamos que está allí? ¿Nos engañan nuestros ojos cuando creemos verla? O ¿alguien de una fecha posterior la ha inventado, y la ha puesto toda, la ha entretejido toda, en estos registros anteriores, leyendas e historias, o como sea que se le quiera llamar —habilitosamente tejida en la historia hasta que presenta allí la apariencia de naturalidad y verdad? Me gustaría encontrar la mente capaz de inventarla, y luego la mente capaz de ponerla y trabajarla en una historia una vez que obtuvieron la idea misma. Pero si no es inventada, pertenece a la realidad y a la sustancia de la historia; pertenece a los hechos; y por lo tanto al Libro que registra los hechos. Y hay atestiguaciones internas en esa estructura de la Biblia hacia la genuinidad de sus contenidos que protestan contra los esfuerzos que tan a menudo se hacen para reducirla a fragmentos, hacer añicos esa unidad y ponerla de cabeza. “Andad alrededor de Sion, [...] Contad sus torres. Considerad atentamente su antemuro”, [Salmos 48:12-13] encontrarán que hay algo allí que el arte del hombre no logrará derrocar.

“Ahora bien, eso está muy bien”, escucho a alguien decir, “pero hay hechos del otro lado; existen esas múltiples pruebas que aducen nuestros amigos críticos de que la Biblia es realmente una colección de fragmentos y documentos de fecha muy posterior, y que la historia es realmente algo muy diferente de lo que la Biblia representa que es”. Bueno, ¿hemos de sentarnos y aceptar su dictamen sobre ese tema sin pruebas? Cuando me dirijo a las pruebas, no encuentro que tengan ese poder de convicción que nuestros amigos críticos les asignan.

No estoy rechazando este tipo de teoría crítica porque vaya en contra de mis prejuicios o tradiciones; la rechazo simplemente porque me parece que la evidencia no la sustenta, y que la evidencia más fuerte está en su contra. No puedo entrar en detalles; pero tomen tan solo el único punto que he mencionado: este origen post-exílico de la ley levítica. He expuesto lo que se dice sobre ese asunto: que esas leyes e instituciones que se encuentran en medio de los libros del Pentateuco —esas leyes e instituciones sobre sacerdotes y levitas y sacrificios y todo eso— realmente no tenían existencia, no tenían una forma autorizada, y en gran medida no tuvieron existencia de ningún tipo hasta después de que los judíos regresaron de Babilonia, y entonces fueron dadas como un código de leyes que los judíos aceptaron. Esa es la teoría que se afirma una y otra vez. Pero póngase el lector en la posición de esa comunidad que regresó y vea lo que significa la cosa. Estos exiliados habían regresado de Babilonia. Habían sido organizados en una nueva comunidad. Habían reconstruido su templo, y luego, largos años después de eso, cuando las cosas habían entrado en confusión, esos dos grandes hombres, Esdras y Nehemías, vinieron entre ellos, y al poco tiempo Esdras produjo y proclamó públicamente esta ley de Moisés —lo que él llamó la ley de Moisés, la ley de Dios por medio de Moisés— que había traído de Babilonia. En el octavo capítulo del libro de Nehemías se da una descripción completa de lo que sucedió. Esdras lee esa ley desde su púlpito de madera día tras día al pueblo, y el intérprete le da el sentido. Ahora, fíjense, la mayoría de las cosas en esta ley, en este libro que él le está leyendo al pueblo, nunca se habían escuchado antes; de hecho, nunca habían existido; sacerdotes y levitas como los que se describen allí nunca habían existido. La ley misma era larga, complicada y pesada, pero lo maravilloso es que el pueblo la acepta mansamente toda como verdadera —la acepta mansamente como ley, en cualquier caso— y se somete a ella, y toma sobre sí sus cargas sin un murmullo de disensión.

Esa es una cosa muy notable para empezar. Pero recuerden, además, qué era esa comunidad. No era una comunidad con unanimidad de mente, sino que era una comunidad profundamente dividida en sí misma. Si leen la narración encontrarán que había fuertes facciones opuestas en esa comunidad; había partidos fuertemente opuestos a Esdras y Nehemías y sus reformas; había muchos, como se ve en el libro de Malaquías, que eran religiosamente infieles en esa comunidad. Pero es maravilloso decirlo, todos se unen para aceptar esta ley nueva y pesada y hasta entonces inaudita como la ley de Moisés, la ley que descendía a ellos desde la remota antigüedad. Había sacerdotes y levitas en esa comunidad que sabían algo sobre su propio origen; tenían genealogías y sabían algo sobre su propio pasado. Según la nueva teoría, estos levitas

eran un orden bastante nuevo; no habían existido en absoluto antes de la época del exilio, y habían llegado a existir mediante la sentencia de degradación que el profeta Ezequiel había dictado sobre ellos en el capítulo 44 de su libro. La historia guarda bastante silencio sobre esta degradación. Si alguien pregunta quién llevó a cabo la degradación, o por qué se llevó a cabo, o cuándo se hizo, y cómo llegaron los sacerdotes a someterse a la degradación, no hay respuesta alguna que dar. Pero surgió de alguna manera, según se nos dice.

Y así estos sacerdotes y levitas están allí, y se paran y escuchan sin asombro al enterarse por Esdras cómo los levitas habían sido apartados muchos siglos antes en el desierto por la mano de Dios, y tenían una amplia provisión de diezmos hecha para su sostén, y ciudades, y qué sé yo, apartadas para que vivieran. La gente sabe un poco sobre su pasado. Estas ciudades nunca habían existido excepto en papel; pero se lo creyeron todo. Se les habla de estas ciudades, que ellos debían saber que nunca habían existido como ciudades levíticas. No solo escuchan, sino que aceptan las pesadas cargas de los diezmos sin una palabra de protesta, y hacen un pacto con Dios comprometiéndose a una fiel obediencia a todos esos mandamientos. Esas leyes de los diezmos, como descubrimos, no tenían relación real alguna con su situación. Habían sido redactadas para un caso totalmente distinto. Fueron redactadas para un estado de cosas en el que había pocos sacerdotes y muchos levitas. Los sacerdotes solo debían recibir el diezmo de una décima parte. Pero en esta comunidad restaurada había muchísimos sacerdotes y pocos levitas. Las leyes de los diezmos no aplicaban en absoluto, pero aceptaron estas como leyes de Moisés.

Y así podría repasar las disposiciones de la ley una por una —tabernáculo y sacerdotes y ritual y sacrificios y Día de la Expiación— estas cosas, en su forma post-exílica, nunca habían existido; fueron hiladas de los cerebros inventivos de los escribas; y sin embargo, el pueblo las aceptó todas como la obra genuina del antiguo legislador. ¿Alguna vez se había escuchado algo así antes? Inténtelo en cualquier ciudad. Trate de hacer que la gente asuma sobre sí misma una serie de pesadas cargas de impuestos o diezmos o lo que usted quiera, sobre la base de que había sido transmitido desde la edad media hasta la época actual. Trate de hacer que lo crean; trate de hacer que lo obedezcan, y se encontrará con la dificultad. ¿Es creíble para cualquiera que deja los libros y las teorías en el estudio y toma una visión amplia de la naturaleza humana con los ojos abiertos? Yo afirmo que para mí, al menos, no lo es; y será una maravilla para mí mientras se me permita vivir, cómo una teoría de este tipo ha ganado alguna vez la aceptación que ha logrado entre hombres incuestionablemente capaces y de mente sana. Estoy convencido de que la estructura de la Biblia se reivindica a sí misma, y que estas teorías en contra se desmoronan.

Una Revelación Sobrenatural

Creo que es un elemento esencial en una doctrina sostenible de las Escrituras, de hecho el núcleo del asunto, que contiene un registro de una verdadera revelación sobrenatural; y eso es lo que la Biblia afirma ser: no un desarrollo de los pensamientos del hombre acerca de Dios, y no lo que este hombre y aquel llegaron a pensar sobre Dios, cómo llegaron a tener las ideas de un Jehová o *Yahvé*, que era originalmente el dios de las tormentas del Sinaí, y cómo fabricaron de esto el gran Dios universal de los profetas, sino una revelación sobrenatural de lo que Dios se reveló a Sí mismo en palabra y obra a los hombres en la historia. Y si ese reclamo de una revelación sobrenatural de Dios cae, la Biblia cae, porque está ligada a él desde el principio hasta el fin. Ahora bien, es justo aquí que gran parte de nuestro pensamiento moderno se separa de la Biblia. Soy muy consciente de que muchos de nuestros amigos que aceptan estas nuevas teorías críticas, afirman ser creyentes tan firmes en la revelación divina como yo mismo, y en Jesucristo y todo lo que le concierne. Me regocijo en el hecho, y creo que están justificados en decir que hay eso en la religión de Israel que no se puede borrar, ni explicar en ninguna otra hipótesis que no sea la revelación divina.

Pero lo que yo sostengo es que esta teoría de la religión de la Biblia que ha evolucionado, que ha llegado a ser conocida peculiarmente como la visión crítica, tuvo un origen muy diferente: en hombres que no creían en la revelación sobrenatural de Dios en la Biblia. Esta escuela en su conjunto, como una escuela

ampliamente extendida, sostiene la posición fundamental —la posición que sus seguidores llaman la de la mente moderna— de que los milagros no sucedieron y no pueden suceder. Adopta la postura de que son imposibles; por lo tanto, sus seguidores tienen que descartar todo lo de ese tipo del registro de la Biblia.

Nunca he podido ver cómo esa posición es sostenible para un creyente en un Dios personal viviente que realmente ama a sus criaturas y tiene un deseo sincero de bendecirlas. ¿Quién se atreve a aventurarse a afirmar que el poder y la voluntad de un ser tal como debemos creer que es Dios —el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo— se agota en la creación natural? ¿Que no hay cosas más elevadas a alcanzar en la providencia de Dios que las que se pueden alcanzar por medio de la ley natural? ¿Que en un ser tal no hay capacidad de revelarse a Sí mismo en palabras y obras más allá de la naturaleza? Si hay un dogmatismo en el mundo, es el del hombre que pretende limitar al Autor del universo por este límite finito. A veces se nos dice que es una cosa mucho más elevada ver a Dios en lo natural que verlo en algo que trasciende lo natural; una cosa mucho más elevada ver a Dios en el funcionamiento regular y ordenado de la naturaleza que suponer que alguna vez ha habido algo que trascienda ese funcionamiento natural ordinario. Creo que todos vemos a Dios, y tratamos de verlo más y más, en el funcionamiento ordinario y regular de la naturaleza. Espero que todos traten cada día de ver a Dios allí. Pero la pregunta es, ¿acaso este funcionamiento natural no tiene sus límites? ¿Acaso no hay algo que la naturaleza y los funcionamientos naturales no pueden alcanzar, no pueden hacer por los hombres, que necesitamos que se haga por nosotros? ¿Y vamos a atar a Dios de tal manera que Él no pueda entrar en comunión con el hombre en una economía sobrenatural de gracia, una economía de revelación, una economía de salvación? ¿Vamos a negar que Él ha hecho esto? Esa es realmente la línea divisoria tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento entre las diferentes teorías. Ciertamente, todos deben admitir la revelación si el hombre ha de alcanzar el conocimiento claro de Dios que se necesita; y la pregunta es una cuestión de hecho: ¿Se ha revelado Dios de esta manera? Y creo que es una parte esencial de la respuesta, la verdadera doctrina de las Escrituras, decir: “Sí, Dios se ha revelado así, y la Biblia es el registro de esa revelación, y esa revelación brilla en su luz desde el principio hasta el fin de ella”. Y a menos que haya una aceptación sincera del hecho de que Dios ha entrado, en palabra y obra, en la historia humana para la salvación del hombre, para la renovación del hombre, para la liberación de este mundo, una revelación que culmina en el gran Revelador mismo —a menos que aceptemos eso, no obtenemos el fundamento para la verdadera doctrina de las Sagradas Escrituras.

El Libro Inspirado

Ahora, solo una palabra para terminar, sobre la Inspiración. No creo que nadie pese la evidencia de la Biblia en sí muy cuidadosamente sin decir que al menos afirma ser, de una manera peculiar y especial, un libro inspirado. No hay casi nadie, creo, que dudará de que Jesucristo trata al Antiguo Testamento de esa manera. Cristo lo trata como una etapa imperfecta de la revelación, sin duda. Cristo, como el Hijo del Hombre, adopta una actitud de señorío y discrecional hacia esa revelación, y reemplaza mucho de lo que hay en ella por algo superior, pero Cristo reconoce que hubo una verdadera revelación divina allí, que Él era la meta de todo ello; Él vino a cumplir la ley y los profetas. Las Escrituras son la última palabra con Él: “¿no habéis leído”, “Erráis, ignorando las Escrituras”. [Mateo 22:29] Y es igual de seguro que los apóstoles trataron al Antiguo Testamento de esa manera, y que ellos mismos reclamaron el Espíritu de Dios en un sentido peculiar. Reclamaron que en ellos y en su palabra se estableció “el fundamento sobre el cual se edificó la iglesia”, siendo Jesucristo mismo, como sustancia de su testimonio, la principal piedra del ángulo; “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas”. [Efesios 2:20] Y si usted dice: “Bueno, ¿son estos apóstoles y profetas del Nuevo Testamento?”. Eso está en Efesios, capítulo 2. Se va al quinto versículo del tercer capítulo y encuentra este misterio de Cristo que Dios había revelado a sus santos apóstoles y profetas por su Espíritu; y es sobre eso que se edificó la iglesia. Y cuando llega a Timoteo (2 Timoteo 3:14-17) a ese pasaje clásico, encuentra allí las marcas por las cuales se distingue la Escritura inspirada.

Tome el libro de la Escritura y haga solo esta pregunta: ¿Responde a la afirmación de este volumen inspirado? ¿Cómo vamos a probar esto? No entro aquí en la cuestión que ha dividido a hombres buenos en cuanto a teorías de la inspiración: preguntas sobre la inerrancia en detalle, y otros asuntos. Quiero alejarme de estas cosas en la circunferencia para ir al centro. Pero tome la prueba más amplia.

La Prueba de Inspiración Propia de la Biblia

¿Qué nos da la propia Biblia como prueba de su inspiración? ¿Qué nombra la misma Biblia como las cualidades que la inspiración le imparte? Pablo habla en Timoteo de las Sagradas Escrituras que te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Continúa para decirnos que “TODA la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. [2 Timoteo 3:16-17] Cuando regresa al Antiguo Testamento y su alabanza de la Palabra de Dios, encontrará que las cualidades de la inspiración son exactamente las mismas. “La ley de Jehová es perfecta”, [Salmos 19:7] etc. Esas son las cualidades que se alega que el Libro inspirado sostiene: cualidades que solo una verdadera inspiración del Espíritu de Dios podría dar; cualidades más allá de las cuales seguramente no necesitamos nada más.

¿Alguien duda de que la Biblia posea estas cualidades? Mire su estructura; mire su totalidad; mírela en la claridad y plenitud y santidad de sus enseñanzas; mírela en su suficiencia para guiar a cada alma que verdaderamente busca la luz hacia el conocimiento salvífico de Dios. Tome el Libro en su conjunto, en todo su propósito, en todo su espíritu, en todo su objetivo y tendencia, y en todo su entorno, y pregunte: ¿Acaso no es manifiesto el poder que solo puede rastrear, como se rastrea a sí mismo, al Espíritu Santo de Dios realmente en los hombres que lo escribieron?

Capítulo 61 La Salvación por Gracia

Por el Rev. Thomas Spurgeon
Londres, Inglaterra

¿QUÉ ES “LA GRACIA”?

Una vez, conocí, a bordo de un transatlántico australiano, a un anciano de temperamento genial y de aprendizaje profundo y extenso. Se las arreglaba para habitar en un sol casi perpetuo, pues seguía al sol alrededor del globo año tras año, y él mismo era tan soleado que los pasajeros se hacían amigos de él y buscaban información de él. Sucedió que al surgir una discusión en cuanto a qué era “la gracia”, alguien dijo: “Preguntémosle a *The Walking Encyclopedia*; de seguro él lo sabrá”. Así que acudieron a él con su pregunta sobre el significado del término teológico “gracia”. Regresaron tristemente decepcionados, pues todo lo que pudo decir fue: “Confieso que no lo entiendo”. Al mismo tiempo ofreció voluntariamente la siguiente extraordinaria declaración: “Tampoco creo que la entiendan quienes hablan tanto de ella”. Al igual que el médico del cual habló el Rev. T. Phillips en su sermón en el Congreso Mundial Bautista, quien dijo acerca de la gracia: “No tiene en absoluto sentido para mí”, este viajero muy leído no la comprendía. Algunos de nosotros apenas nos asombramos de esto, pero sí se nos ocurrió que podría haber concedido que era simplemente posible que en este tema particular, en cualquier caso, algunas personas menos cultas pudieran estar más iluminadas que él mismo. Ahora bien, se dio la casualidad de que en esa misma embarcación había un marinero cristiano, quien, si no hubiera podido dar una definición concisa y adecuada de “la gracia”, sin embargo conocía perfectamente bien su significado, y hubiera dicho: “Sí, sí, señor; es eso”, con el corazón saltando y el rostro radiante, si uno hubiera sugerido que “la gracia es el favor inmerecido y gratuito de Dios, concedido en su gracia a los indignos y pecadores”. Y si el propio Sr. Phillips hubiera estado a bordo, y hubiera predicado allí su sermón del congreso, y hubiera declarado que “la gracia es algo en Dios que está en el corazón de todas sus actividades redentoras, la inclinación y el alcance hacia abajo de Dios, Dios inclinándose desde las alturas de su majestad, para tocar y agarrar nuestra insignificancia y pobreza”, el rostro curtido por la intemperie habría brillado de nuevo, y el marinero convertido habría dicho dentro de sí mismo: “Oh, de la gracia cuán gran deudor, diariamente estoy constreñido a ser”.

Ciertamente, el mundo mediante su sabiduría no conoce a Dios. El verdadero significado de la “gracia” está escondido de los sabios y entendidos, y es revelado a los niños. Las “damas de cabaña” son a menudo más sabias en cuanto a las cosas profundas de Dios que los eruditos y científicos. Nuestro sabio viajero habitaba en un sol perpetuo, pero no era capaz, por experiencia, de decir: “Dios ha resplandecido en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”.

El Dr. Dale, hace largos años, lamentó que la palabra “gracia” estuviera cayendo en desuso. Desafortunadamente, se ha usado mucho menos desde entonces. Vale la pena recordar su propia definición de “gracia”: “La gracia es amor que va más allá de todos los derechos a amar. Es un amor que después de cumplir con las obligaciones impuestas por la ley, tiene una riqueza inagotable de bondad”. Y aquí está la del Dr. Maclaren: “Gracia: ¿qué es eso? La palabra significa, primero, amor en ejercicio hacia aquellos que están por debajo del amante, o que merecen algo más; amor que se inclina y condesciende, y amor paciente que perdona. Luego significa los dones que tal amor otorga; y luego significa el efecto de estos dones en las bellezas de carácter y conducta que se desarrollan en los receptores”.

El Dr. Jowett expresa el asunto de manera sorprendente: “La gracia es energía. La gracia es amor-energía. La gracia es una energía de amor redentor ministrando a los no amados, y dotando a los no amados con su propia amabilidad”. ¿Escucharemos al Dr. Alexander Whyte sobre este tema? “Gracia significa favor, misericordia, perdón. La gracia y el amor son esencialmente lo mismo, solo que la gracia es amor manifestándose a sí mismo y operando bajo ciertas condiciones, y adaptándose a ciertas circunstancias.

Como, por ejemplo, el amor no tiene límite o ley tal como tiene la gracia. El amor puede existir entre iguales, o puede elevarse hacia los que están por encima de nosotros, o fluir hacia los que están de alguna manera por debajo de nosotros. Pero la gracia, por su naturaleza, tiene solo una dirección que puede tomar. LA GRACIA SIEMPRE FLUYE HACIA ABAJO. La gracia es en verdad amor, pero es amor a criaturas que se humilla a sí mismo. El amor de un rey por sus iguales, o por su propia casa real, es amor; pero a su amor por sus súbditos se le llama gracia. Y así es que el amor de Dios por los pecadores siempre es llamado GRACIA en las Escrituras. Es en verdad amor, pero es amor a criaturas, y a criaturas que no merecen su amor. Y por lo tanto todo lo que Él hace por nosotros en Cristo, y todo lo que se nos revela de su buena voluntad en el Evangelio, se llama gracia”.

¿Es “La Gracia” Definible?

A pesar de lo encantadoras que son estas definiciones, somos conscientes de que no se ha contado ni la mitad. ¡Oh, las superabundantes riquezas de su gracia! ¿A qué asemejaremos la misericordia de Dios, o con qué comparación la compararemos? Desafía cualquier definición y sobrepasa toda descripción. Esto difícilmente sorprenda, puesto que es tan divina. Hay algunas cosas en la tierra a las que ninguna pluma o pincel humano le ha hecho justicia: tormentas, arcoíris, cataratas, atardeceres, icebergs, copos de nieve, gotas de rocío, las alas que juegan entre las flores del verano. Debido a que Dios las hizo, el hombre falla en describirlas. ¿Quién, entonces, expresará completamente lo que Dios tiene y es? La definición que hemos citado del Dr. Jowett es digna de su gran reputación, sin embargo, él mismo confiesa que la “gracia” es indefinible. Lo expresa de esta manera tan selecta: “Algún ministro de la cruz, trabajando en gran soledad, entre un pueblo primitivo y disperso, y en la periferia misma de oscuros bosques primigenios, me envió una pequeña muestra de su vasto y rico entorno. Era un ala de un pájaro nativo brillante y de colores alegres. ¡El color y la vida de leguas sin senderos mostradas como en el interior de un sobre! Y cuando hemos hecho una pequeña frase compacta para consagrar el secreto de la gracia, siento que, por muy bella y radiante que pueda ser, solo tenemos el ala de un pájaro nativo, y tramos desconcertantes de riqueza están intocados y sin revelar. No, no podemos definirla”.

El Deseo de Salvación

No se puede pretender que todos los hombres deseen ser salvados. ¡Quisiera Dios que así fuera! La falta de un sentido de pecado sigue siendo el augurio más peligroso de hoy en día, como declaró el Sr. Gladstone que lo era en su época. Si él estuviera vivo ahora, nosotros creemos que repetiría esas portentosas palabras con énfasis adicional, pues esta falta —esta falta fatal— es aprobada y fomentada por algunos de aquellos cuyo solemne esfuerzo debería ser el prevenirla y condenarla. Indudablemente es una falta fatal, pues si un sentido de pecado está ausente, ¿qué esperanza hay de un anhelo de salvación, de un clamor por misericordia o de apreciación de un Salvador? Mientras los hombres se imaginen a sí mismos ser Cristos potenciales, hay poca probabilidad de que estén lo suficientemente descontentos consigo mismos como para desviar la mirada hacia Jesús, o, de hecho, suponer que sean otra cosa que ricos y que se han enriquecido y que de ninguna cosa tienen necesidad. No, no; no todos los hombres desean la salvación, aunque a veces pensamos que ha llegado a todos los hombres en algún momento u otro, antes de que el proceso de endurecimiento se completara, alguna conciencia de pecado, alguna aprensión en cuanto al futuro, algunos anhelos, que pueden ser débiles e irregulares, por estar bien con Dios y asegurados del cielo. Hay, además, un número mucho mayor del que suponemos de almas verdaderamente ansiosas. El deseo profundo a menudo está escondido bajo un manto de indiferencia, y a veces hay un corazón quebrantado bajo un pecho descarado. Además de, y en parte como consecuencia de, esta falta de un sentido de pecado, hay mucho concepto erróneo en cuanto a la naturaleza de la salvación y la manera de asegurarla. Incluso es posible abrigar algún concepto verdadero sobre el pecado y la salvación, sin comprender o, en todo caso, sin someterse al método de salvación de Dios. Uno puede darse cuenta de que ser salvo del pecado es vencer su poder así como escapar de su castigo, y aun así suponer que esto no es imposible para los hombres caídos por medio de un arrepentimiento profundo, una reforma radical y una piedad precisa.

La Justicia Es Esencial

Una cosa es evidente: la justicia es esencial. ¿Pero cuál debe ser la naturaleza y cualidad de esa justicia, y cómo y de dónde se ha de obtener? ¿Deberá ser hecha en casa, o será de Dios y de lo alto? ¿Iré de un lado para otro para establecer la mía propia, o me someteré a la de Dios? ¿Será la salvación por obras, o por fe? ¿Ha de ser Cristo un sustituto para el pecador, o será el pecador un sustituto para el Salvador? ¿Deberá el altar oler a sacrificio, designado por Dios y provisto por Dios, o preferiremos adornarlo con flores que se marchitan y con frutos que se secan, por muy hermosos que parezcan al principio? ¿Es la bondad personal, o es la gracia de Dios, tal como se revela en Jesucristo, lo que nos ha de llevar al mundo donde todo está bien? La una es una escalera que nosotros mismos instalamos y subimos dolorosamente; el otro es un elevador que Dios provee, al cual, de hecho, entramos por fe penitencial, pero cuya fuerza de elevación es solo de Dios. La salvación por obras es la elección del fariseo, la salvación por la gracia es la esperanza del publicano.

Lo Uno o lo Otro

Tampoco pueden combinarse estos dos principios. Son totalmente distintos; es más, están en desacuerdo el uno con el otro. Una mezcla de los dos es imposible. “Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia”. [Romanos 11:6] Uno no puede merecer la misericordia. Este campo no debe ser sembrado con semilla mezclada. El buey de la misericordia y el asno del mérito no deben ser unidos en yugo; de hecho, no pueden serlo; son demasiado desiguales. No podemos tejer ninguna prenda de lana y lino de obras y gracia. Como lo expresa pintorescamente Hart:

“En todo lo que hacemos pecamos,
Los judíos escogidos
No deben usar
Lana mezclada con lino”.

Así que la elección debe hacerse entre estos dos caminos al cielo. La gran pregunta aún es: “¿Cómo puede el hombre justificarse con Dios?”, y parece que debe ser él mismo esencial y perfectamente santo, o debe, de alguna manera, adquirir una justicia que soporte el escrutinio de la omnisciencia y pase la prueba en el alto tribunal del cielo.

¿Qué Dice el Libro?

¿Qué tiene que decir la Palabra de Dios sobre este asunto tan importante? Declara con suma claridad que todos han pecado, que el pecado es en gran manera pecaminoso, que la retribución sigue a la iniquidad como la rueda de la carreta sigue las huellas del buey que la arrastra, que nadie puede limpiar sus manos ni renovar su propio corazón. También nos dice que Dios, en su infinita misericordia, ha ideado un camino de salvación, y que nadie más que Jesús puede hacerles bien a los pecadores indefensos. ¡Contemplen las víctimas sangrantes y los altares humeantes de la antigua dispensación! Hablan de pecado que necesitaba ser quitado, y presagiaban un sacrificio de nombre más noble y sangre más rica que ellos, el único Sacrificio que puede hacer perfectos a los que se acercan. Escuchen a David cuando clama: “No entres en juicio con tu siervo; Porque no se justificará delante de ti ningún ser humano”.

Los profetas cuentan exactamente la misma historia. “Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (Isaías 53:11). Luego está la maravillosa palabra que rompió las cadenas que estaban sobre el alma de Lutero mientras subía de rodillas la escalera santa: “El justo por la fe vivirá”.

Los apóstoles dan un testimonio similar. Pedro habla de Jesús de Nazaret, y declara: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Pablo es insistente en la justificación solo por fe: “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20). “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8 y 9). “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:5, 6, 7). (Véase también Gálatas 3:11; Filipenses 3:8 y 9; Hechos 13:39, y 2 Timoteo 1:9).

No Hay Vía de Tránsito alterno

¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Es evidente que el camino de las obras está cerrado. Atravesados a lo largo de la estrecha senda han caído el árbol de la vida y las tablas rotas de la ley, y Dios ha fijado un aviso allí, grande y legible, para que el que lo lea pueda correr hacia un camino mejor: ¡NO HAY VÍA DE TRÁNSITO! Es dado “Por orden”, y el sello rojo del Rey está en él; por lo tanto, se mantiene firme para siempre. Las instrucciones levíticas, las confesiones davídicas, las declaraciones proféticas y apostólicas son todas la voz del Señor —la voz que quebranta los cedros del Líbano y desnuda los bosques— declarando que la salvación es solo por gracia.

El Veredicto de la Historia

La historia del hombre es la historia del pecado. Es un registro largo y espeluznante de caída y fracaso. Adán tuvo la mejor oportunidad de todas. La ley era fragmentaria y rudimentaria en ese entonces. Solo había un mandamiento: una prueba solitaria. Pero fue uno de más para nuestros primeros padres. Más tarde, el mundo arrasado por el diluvio pronto fue profanado de nuevo. Aún más tarde, llegó una ley para Israel, santa y justa y buena. ¿Obedecieron? Que los cadáveres que cubren el desierto den testimonio. ¿Hay acaso una vida perfecta en todos los anales del tiempo? Los fariseos eran preeminentes como religiosos profesionales, sin embargo Jesús dijo: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. Ellos, por así decirlo, viajaban en un tren expreso, y, por supuesto, en primera clase, ¡pero era el tren equivocado! Saulo de Tarso era un fariseo de los fariseos, y no era ningún hipócrita, tengan en cuenta, pero él también estaba en la vía equivocada, hasta que cambió de tren en la estación Damasco. Allí, él renunció a toda confianza en la carne, y desde entonces exclamó: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”. [Filipenses 3:7-9]

La Gracia, no las Gracias

La experiencia personal da un testimonio similar. Nuestras propias gracias nunca pueden satisfacer como lo hace la gracia de Dios. El que no está lejos del reino, sin embargo pregunta: “¿Qué más me falta?”. Uno bien podría pensar en levantarse a sí mismo jalando de sus botas, como esperar ganar el cielo por las obras de la ley. El hecho es que la naturaleza humana caída es incapaz de guardar perfectamente la perfecta ley de Dios. Es bueno cuando esto se entiende y se reconoce con humildad; puede ser el amanecer de cosas mejores, así como lo fue con uno de quien he oído, quien fue llevado a Cristo por la aplicación del Espíritu de las palabras: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso”. [Jeremías 17:9] ¿Quién

puede sacar algo limpio de lo inmundo? Gulliver habla de un hombre que había pasado ocho años en un proceso de extracción de rayos de sol de los pepinos. Los rayos de sol debían ser colocados en frascos sellados herméticamente y liberados para calentar el aire en climas inclementes. Esta era en verdad una tontería, pero es aún más ridículo pensar en extraer justicia de un corazón depravado. “Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”. Ese fue un buen consejo dado a un buscador: “Nunca conocerás la paz hasta que renuncies a mirarte a ti mismo, y dejes que todas tus gracias queden en nada”. El diablo negro de la injusticia ha matado a sus miles, pero el diablo blanco de la justicia propia ha matado a sus decenas de miles. La salvación es por la gracia, no por las gracias. Hagan sonar en alto esta verdad, pues son buenas nuevas, para todos excepto para los fariseos. Ellos, en verdad, prefieren otro Evangelio, que no es otro, y uno moderno que es tan antiguo como la ofrenda de Caín. Su consigna es: “cree en ti mismo”, pero para los que se han visto a sí mismos como Dios los ve, para aquellos que de ninguna manera pueden levantarse a sí mismos, que están encerrados bajo el pecado, y ya han sido condenados, ¡oh! para estos, esta es noticia de verano, en verdad. Si la salvación es por gracia, los que no tienen gracia pueden ser salvos, los pródigos pueden aventurarse a casa, los más viles pueden ser limpiados. ¡Ah! sí, y hay un sentido en el que cuanto más culpable, mejor. Entonces hay menos temor de la intrusión de otra confianza, y la gloria obtenida para la gracia de Dios es mayor. Yo percibo que si la salvación fuera por las obras, entonces nadie podría ser salvo. De igual manera, estoy seguro de que si la salvación es por gracia, nadie necesita perderse, porque es omnipotente, y grandemente se regocija en ser probada al máximo. El otro día leí esta frase en la vitrina de un taller de un remachador: “Ningún artículo puede ser roto más allá de reparación; cuanto más aplastado esté, más nos gusta”, y dije dentro de mí mismo: “Así es con la gracia de Dios, y mientras viva, se lo diré a los pobres pecadores”.

En cuanto al orgulloso fariseo, “Que Dios le conceda gracia para gemir”.

¿Qué Dice la Cruz?

La gracia y la expiación van de la mano. El Dr. Adolph Saphir ha dicho bien: “El mundo no sabe lo que es la gracia. La gracia no es piedad; la gracia no es indulgencia ni indulgencia; la gracia no es longanimidad. La gracia es un atributo de Dios tan infinito como lo es su poder, y como lo es su sabiduría. La gracia se manifiesta en justicia, la gracia tiene una justicia que se basa en la expiación o la sustitución, y a través de toda la Escritura corre el hilo dorado de la gracia y el hilo escarlata de la expiación, que juntos nos revelan, para el hombre, una justicia que desciende del cielo”. El hecho de que Cristo haya muerto, un sacrificio por el pecado, seguramente resuelve la cuestión de si la salvación es o no por gracia. “Porque si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”. Aquel gran sacrificio habría sido peor que un desperdicio, si el hombre puede salvarse a sí mismo. Los que piensan ser salvados a través de las obras de la carne invalidan la gracia de Dios. El don inefable nunca habría sido donado; el sacrificio sustitutivo nunca se habría ofrecido, si hubiera sido posible cualquier otro camino. El Calvario dice, más claramente que cualquier otra cosa: “La salvación es de Jehová”. Lejos, traficantes de méritos, de la cruz, donde “la espada de la Justicia está envainada en la enjoyada vaina de la gracia”. Las penitencias, las piedades y las actuaciones son menos que vanidad en vista de los “sufrimientos desconocidos” del Cordero inmaculado de Dios. Es imposible que la justicia propia prospere en las laderas del monte llamado Calvario.

“¡Oh, no traigas ningún precio; la gracia de Dios es gratis
Para Pablo, para Magdalena, para mí!”.

Todo por Gracia

La salvación, entonces, es necesariamente toda de gracia. La caída del hombre es tan completa, la justicia de Dios es tan inexorable, el cielo es tan santo, que nada menos que el amor omnipotente puede levantar al pecador, magnificar la ley que él ha mutilado, y hacerlo lo suficientemente puro para habitar en la Luz. El pensamiento de salvar a los pecadores es de Dios, nacido en los lugares secretos de su gran corazón

amoroso. “La gracia ideó primero el camino para salvar al hombre rebelde”. La realización del maravilloso plan revela la gracia de Dios en todo momento; Él envió a su Hijo para ser el Salvador del mundo. Él lo entregó libremente por todos nosotros. Él lo reconoció en su humillación como su Hijo amado, pero lo desamparó en el madero, porque Él fue hecho pecado por nosotros. Además, Él trajo de nuevo de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, aquel gran Pastor de las ovejas, y lo entronizó a la diestra de la Majestad en las alturas. A esto siguió el derramamiento del Espíritu para convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Aquí hay gracia a cada paso.

“Por Medio de la Fe”

Una obra de gracia, también, se ha efectuado en cada corazón creyente. No somos salvos simplemente porque Cristo murió. Las buenas nuevas serían para nosotros como lluvia sobre el Sahara, si la gracia no inclinara a la penitencia, la oración y la fe.

“La gracia enseñó a mi alma a orar,
E hizo que mis ojos se desbordaran”.

La salvación por gracia se apropia por fe. La gracia es la fuente, pero la fe es el canal. La gracia es el salvavidas, pero la fe es la mano que lo agarra. Y, para excluir completa y definitivamente toda jactancia, se declara que la salvación y la fe son ambas don de Dios. “Y esto no de vosotros, pues es don de Dios”. Que la salvación es don de Dios es evidente. “La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo”. “El don gratuito”, “El don de la gracia”, “El don de la justicia”: estas frases determinan el hecho de que la salvación es en sí misma un regalo divino para el hombre. “¡La salvación”, exclamó C. H. Spurgeon en la gran congregación, “es todo por nada! - ¡Cristo gratis! - ¡Perdón gratis! - ¡Cielo gratis!” ¡Gracias a Dios por una salvación gratuita!

Pero, ¿es la fe también el don de Dios? Ciertamente lo es, aunque solo sea porque es una de las facultades más preciosas del corazón humano. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido? Pero la fe en Cristo es, en un sentido muy especial, un don divino. “No es que se nos dé algo diferente a la confianza absoluta tal como se ejerce en otros casos, sino que dicha confianza es guiada y fijada divinamente en el objeto correcto. Las manifestaciones llenas de gracia de la necesidad del alma, y de la gloria del Señor, prevalecen sobre la voluntad de depositar la confianza en ese objeto”. Confiar es natural, pero confiar en Cristo, más bien que en uno mismo, o en las ceremonias, es sobrenatural, es don de Dios. Además, la fe, para ser digna de ese nombre, no debe tener los ojos secos, y ¿quién puede derretir el corazón y convertir el pedernal en fuente de aguas sino el Dios de toda gracia?

“La gracia que me hizo sentir mi pecado,
Me enseñó a creer;
Luego, al creer, encontré la paz,
Y ahora vivo, vivo”.

Tampoco hay que suponer que la gracia ha terminado con nosotros tan pronto como hemos creído. El poderoso llamado de la gracia que resulta en nuestro despertar es solo el comienzo de cosas buenas. La gracia nos guarda hasta el fin. No nos dejará ir. Es la estrella de la mañana y de la tarde de la experiencia cristiana. ¡Nos pone en el camino, nos ayuda por el camino y nos lleva por todo el camino!

“Para Que Nadie se Gloríe”

Es difícil imaginar mediante qué otro proceso la salvación podría haberse asegurado, consistentemente con el honor de Dios. Supongamos, por un momento, que la salvación por obras fuera una alternativa posible. La jactancia, lejos de ser excluida, sería invitada. El hombre se jactaría en prospecto. Cuán orgulloso estaría

de sus propósitos y esperanzas. En una tarea como esta, él se embarcaría con bandas tocando y banderas ondeando. Habría crédito y eso desde el principio. ¡Ay! hombre vano; esto solo puede terminar desastrosamente. Estás construyendo sobre la arena. Esto no es de Dios, y por lo tanto debe quedar en la nada. El Espíritu divino humilla a los hombres a la convicción y al arrepentimiento profundo; Él nunca incita a la justicia propia y al orgullo; como lo expresa la simple estrofa de Hart:

“Él nunca mueve a un hombre a decir,
‘Gracias a Dios, soy tan bueno’,
Sino que desvía su mirada hacia otro lado
—A Jesús y a su sangre”.

Él se jactaría del progreso. ¡Cómo lo exaltaría su logro más insignificante! ¡Qué cacareo habría sobre el más mínimo avance! No habría necesidad de endeudamiento con Dios. El nuevo nacimiento, la sangre purificadora, el Espíritu que convierte: ¿qué necesidad hay de estos? El hombre que se hace a sí mismo, dicen, adora a su creador, y el hombre que se cree justo adora a su salvador, es decir, a sí mismo. Mientras el fariseo alardea de lo que hace, el publicano se lamenta de lo que es. Porque su corazón le remuerde, él se golpea el pecho; no puede mirar hacia arriba, pues ha mirado dentro de sí, pero porque clama por misericordia es justificado. Esto es como Dios lo tendría, pues Él ha dicho: “Y mi honra no la daré a otro”. [Isaías 48:11]

Él se jactaría cuando fuera perfecto. Si le pudiera llegar la paz real y el gozo duradero, él se jactaría de nuevo. “He limpiado mi corazón y he lavado mis manos en inocencia”, clamaría. No habría lugar para Dios, ni para su reclamo soberano de toda la alabanza de nuestra salvación. En lugar del dulce repique de las campanas de San Salvador: “Te perdoné —te perdoné— te perdoné toda esa deuda”, nos ensordecería el bronce ronco de la propia trompeta de cada hombre pregonando sobre el bien —algunos incluso se atreverán a decir, el Dios— que hay en todos.

Sé qué música prefiero. Desde la primera vez que escuché esa palabra perdonadora, como campanas repicando al atardecer, mi alma ha despreciado todas las demás melodías. ¡Sigan repicando, sigan repicando, dulces campanas!

De nuevo, él se jactaría en el paraíso. ¡Piénsenlo! El cielo tal como es, está lleno de perfecta alabanza a Dios. Cada una de sus canciones es en honor al Padre, al Hijo o al Espíritu. “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos”. [Apocalipsis 1:5-6] Ese es el coro de los cielos, el dulce estribillo de la canción eterna. “El Cordero [...] es digno”, [Apocalipsis 5:12] claman, y de nuevo dicen: “¡Aleluya!”.

Pero si la salvación fuera por obras en lugar de por gracia, los cánticos serían de alabanza al hombre. Cada uno alabaría a su prójimo o a sí mismo, y la eternidad se pasaría relatando virtudes y victorias personales. ¡Oh! qué eternidad tan aburrida sería esa.

Ah, es mejor como es, con el Cordero en medio del trono, y todas las arpas afinadas para la alabanza a Jesús. Allí no habrá auto-admiración y, en consecuencia, ninguna comparación y ninguna rivalidad, a menos que, en efecto, compitamos unos con otros en cuanto a quién honrará más a la gracia. El lema de cada uno será: “El que se gloria, gloriése en el Señor”. [2 Corintios 10:17] Como dice McCheyne, estaremos “vestidos con belleza que no es nuestra”. ¡Esa es la belleza de ello!

Así que, la salvación es de gracia, y solo de gracia. Dios no tendrá a ningún hombre jactándose, y ciertamente se jactaría, si fuera salvo, aunque fuera en parte, por las obras de sus propias manos. Es, hay que admitirlo, una doctrina que humilla. No nos maravilla que no sea popular. La verdad rara vez lo es. “La verdad es mal recibida, por muy divina que sea”. ¿Pero no es bueno ser humillado? No estamos dispuestos

a favorecer ninguna enseñanza que menosprecie a Dios, o magnifique al hombre. Se ha dicho bien y en verdad que “el hombre que ha sido arrebatado del desamparo y la desesperación por la gracia innmerecida, nunca olvidará comportarse como un hombre perdonado”. (T. Phillips). Él no dejará de mirar hacia atrás a la roca de donde fue cortado, y al hueco de la cantera de donde fue arrancado. Gipsy Smith mantiene el seto al final de su jardín de Cambridge para poder disfrutar de la vista ininterrumpida de la zona común donde se armaba la tienda de su padre, y de donde solía salir como joven comerciante maderero. (Vendía pinzas para la ropa, ustedes recordarán). Lo amamos por esto. Elevado al honor y a la utilidad por la gracia, le da la alabanza a Dios. La gracia divina hace hombres llenos de gracia. Las buenas obras y las gracias de ninguna manera están excluidas de la vida de los creyentes. Son el producto de la salvación gratuita, la evidencia de la fe salvadora, el reconocimiento de corazones agradecidos. El pecador salvado por la gracia obre la salvación que se ha obrado en él. Él es el esclavo dispuesto de su Salvador. Él no puede contentarse con triunfar en la gracia de Cristo; él también debe honrar su triunfo. A él le pasa como a los habitantes de la ciudad de Bath, quienes registran su aprecio por sus aguas curativas en una placa con la siguiente inscripción:

“Estas aguas curativas han fluido desde tiempos inmemoriales,
Su virtud intacta, su calor sin disminuir,
Su volumen incesante; explican el origen,
Dan cuenta del progreso, y exigen la gratitud
De la ciudad de Bath”.

La analogía es casi perfecta. La gracia de Dios bien puede asemejarse a aguas que fluyen, a arroyos calientes y dadores de salud, a arroyos que nunca se enfrían ni fallan. Además, “explican nuestro origen y progreso”, esto es, les debemos nuestro ser y bienestar espiritual a ellos. Y en cuanto a exigir gratitud, bueno, “Arroyos de misericordia que nunca cesan claman por cantos de la alabanza más alta”.

Oh, prediquemos la gracia, incluso si no es recibida con gracia. “Si al pueblo no le gusta la doctrina de la gracia”, dijo C. H. Spurgeon, “denles más de ella”. No lo que ellos quieren, sino lo que necesitan debemos suministrar. Si la época es amante de los placeres, incrédula, autosatisfecha, hay más motivo para el testimonio fiel en cuanto a la naturaleza del pecado, la actitud de Dios hacia él y las condiciones en las que Él ofrece la salvación. Debemos apuntar más al corazón y la conciencia. Debemos tratar de despertar e incluso alarmar al pecador, mientras invitamos de la manera más persuasiva posible al único Mediador. Un Evangelio completo trata por igual del pecado que abunda, y de la gracia que sobreabunda mucho más.

Ciertamente el Dr. Watts cantó la verdad cuando describió a los rescatados relatando sus experiencias de gracia:

“Entonces toda la simiente escogida
Se reunirá alrededor del trono,
Bendecirá la conducta de su gracia,
Y dará a conocer sus glorias”.

Para mí ha sido lo que el mismo poeta llama “una gota de cielo”, repasar el plan de Dios para mi salvación e intentar exponerlo. Hacia los recios barcos que me han llevado a través de los mares, siempre he albergado un sentimiento de gratitud. Cuánto más amo al buen barco de la gracia que me ha llevado hasta aquí en mi camino a los buenos puertos. Una vez se me ofreció una oportunidad inusual de ver la embarcación en la que era pasajero, antes de que el viaje estuviera del todo completo. Después de casi tres meses en un barco de vela, fuimos recibidos por un remolcador de puerto, cuyo capitán sin duda esperaba la tarea de remolcarnos hacia el puerto. Hubo, sin embargo, una brisa favorable que, aunque ligera, prometía mantenerse constante. Así que se declinaron los servicios del remolcador. Ansioso por ganarse un centavo honesto, su capitán se puso al costado del velero, y transbordó a los pasajeros a quienes les importara

obtener una vista desde otra cubierta del buen barco que los había traído unas quince mil millas. Pueden estar seguros de que yo fui uno de ellos. Fue una experiencia deliciosa alejarnos de nuestro hogar flotante, observar sus líneas gráciles, sus mástiles imponentes, sus vergas afiladas, sus velas hinchadas, la ola blanca encrespándose en su proa y la estela verde serpenteando en la popa. Desde nuestro nuevo punto de vista, los elementos que se habían vuelto familiares estaban revestidos de un nuevo interés. Allí estaba el timón al que habíamos visto a seis marineros amarrados en tiempos de tormenta, y allí la bitácora, cuya brújula resguardada había sido estudiada tan constantemente desde el comienzo, y allí la sala de mapas con sus tesoros de sabiduría, y allá las anclas de enormes uñas, y por encima de todo la red de cuerdas, una maraña para los no iniciados. Incluso el humo del fuego de la cocina inspiraba respeto, al recordar las muchas comidas que los apetitos, agudizados por el aire penetrante de los mares del sur, habían demolido. ¡Y allá está el ojo de buey de la propia cabina de uno! Qué cosas maravillosas se habían visto a través de esa estrecha mirilla, y qué dulce sueño se había disfrutado debajo de ella, “mecido en la cuna de las profundidades”. ¡Oh! era un espectáculo valiente, ese barco de aparejo completo, nuestro hogar oceánico por tanto tiempo, que, a pesar de los vientos contrarios y las corrientes cruzadas, y los vendavales aterradores y las calmas exasperantes, había rodeado la mitad del globo y había traído a sus numerosos pasajeros y valiosa carga a través de leguas sin sendero a salvo. ¿Les sorprende que vitoreáramos a la robusta embarcación, a su hábil comandante y a la compañía del barco una y otra vez? Puedo escuchar los ecos de esos hurras hoy. ¿Les sorprende que diéramos gracias por un viaje próspero por la voluntad de Dios, y en seguida regresáramos del remolcador al barco sin dudar que lo que quedaba del viaje se llevaría a cabo pronto y con éxito?

Permítanme aplicar este incidente. El buen barco es GRACIA GRATUITA, y he subido a mis lectores a bordo de mi remolcador para darles la oportunidad de ver los medios por los cuales ya se han acercado tanto —(cuán cerca no lo sabemos)— al puerto bajo la colina. Hemos navegado alrededor de él, y contado sus mástiles imponentes, y marcado bien sus baluartes. Hemos visto el aliento de Dios llenando sus velas, iluminadas por la sonrisa de su amor. Hemos notado el hilo escarlata en todo su aparejo, y la bandera carmesí ondeando en la proa. Hemos visto en la popa el timón de la soberanía de Dios, mediante el cual el gran barco es dirigido hacia donde al gobernador le place, y en la proa la principal esperanza del pecador: “y al que a mí viene, no le echo fuera”. [Juan 6:37] La sala de mapas es la Palabra, y la brújula es el Espíritu, y hay cuartos de almacenamiento bien abastecidos, y salones espaciosos, y cámaras inolvidables en las cuales Él les ha dado a sus amados cosas preciosas mientras dormían, y miradores desde donde han visto sus maravillas en lo profundo. A través de la presión de la tormenta y a través de lúgubres estancamientos; a través de leguas de algas enredadas, y pasando muchos icebergs escalofriantes y peligrosos, con velocidad variable y rumbo en zigzag, y clima cambiante, la GRACIA GRATUITA nos ha traído hasta aquí. Acaso tenemos unas cuantas leguas más por cubrir. Puede que incluso nos quedemos cerca y lejos por un tiempo, cerca de la entrada del puerto, pero, si Dios quiere, tendremos abundante entrada al final. Hemos rodeado el barco, y llamo a todos los pasajeros a bendecirlo en el nombre del Señor, y a gritar la alabanza de aquel que lo posee y lo navega. ¡Todo honor y bendición sean para el Dios de la gracia y para la gracia de Dios! ¡Diez mil, mil gracias a Jesús! ¡Y al Espíritu bendito igual alabanza!

Capítulo 62 La Eficacia Divina de la Oración

Por el Rev. Arthur T. Pierson, Doctor en Teología

Todas las necesidades más grandes, tanto de la iglesia como del mundo, se pueden incluir en una: la necesidad de un nivel más alto de piedad; y el secreto que todo lo abarca de una vida verdaderamente piadosa es el contacto estrecho y constante con el Dios invisible; ese contacto se aprende y se practica, como en ningún otro lugar, en el lugar secreto de la súplica y la intercesión.

La primera lección de nuestro Señor en la escuela de la oración fue, y todavía es: “ENTRA EN TU APOSENTO” (Mateo 6:6). El “aposento” es el lugar cerrado, donde estamos encerrados a solas con Dios, donde el espíritu humano espera en una Presencia invisible, aprende a reconocer a aquel que es un Espíritu, y cultiva su conocimiento, comunión y amistad.

Todo lo demás, por lo tanto, depende de la oración. Para el alma que ora se hace posible la fe, la cual es el asimiento del espíritu humano a las realidades y verdades del mundo invisible. Para el alma que ora se hace posible y natural la obediencia, la cual es el caminar diario del discípulo con el Dios invisible. Para el alma que ora se hace posible la paciencia, la cual es el hábito de esperar resultados aún no vistos y esperanzas aún no realizadas. Para el alma que ora se hace posible el amor que, como un diluvio celestial, ahoga los malos temperamentos y las disposiciones odiosas, y nos introduce a un nuevo mundo de estados de ánimo gentiles y generosos. Para el alma que ora se hace posible y cada vez más real la santidad, la cual es la conformidad personal a una imagen e ideal divino invisible, y el secreto más íntimo de una dicha celestial.

Aquellos que anhelan avivamientos naturalmente ponen mucho énfasis en la predicación. ¡Pero qué es la predicación sin la oración! Los sermones no son más que actuaciones de púlpito, ensayos eruditos, oraciones retóricas, conferencias populares o pueden ser arengas políticas, hasta que Dios da, en respuesta a la oración ferviente, la preparación del corazón y la respuesta de la lengua. Solo aquel que ora puede predicar verdaderamente. Más de un sermón que no ha mostrado ningún genio intelectual y ha violado todas las reglas y normas homiléticas ha tenido una fuerza espiritual dinámica. De alguna manera ha conmovido a los hombres, los ha derretido, los ha moldeado. El hombre cuyos labios son tocados por el carbón encendido de Dios sacado del altar puede incluso tartamudear, pero sus oyentes pronto descubren que está en llamas con una pasión consumidora por salvar almas.

Necesitamos santos en las bancas así como en el púlpito, y la santidad en todas partes se alimenta y nutre de la oración. El hombre de negocios que ora, aprende a permanecer en su llamado con Dios; sus asuntos y transacciones seculares se vuelven sagrados al ser llevados bajo la luz escrutadora de la presencia de Dios. Su propio negocio se convierte en el negocio de su Padre. No pisotea los mandamientos de Dios para ganar dinero, ni lleva a cabo su comercio y tráfico a través de los límites sagrados del día del Señor, ni defrauda a sus clientes, “quebrantando la ley de Dios por un dividendo”.

Las almas que oran se convierten en santos prevalecientes. Aquellos que llegan más lejos en la escuela de la oración y aprenden la mayoría de sus secretos ocultos a menudo desarrollan una especie de presciencia que se acerca más al espíritu profético, mostrando el Espíritu Santo a ellos “las cosas que han de venir”. Parecen, como Savonarola, conocer algo del propósito de Dios, anticipar sus planes y pronosticar la historia de sus propios tiempos. Los grandes suplicantes han sido también los videntes.

No hay virtud más alta en una iglesia que el que sea una iglesia que ora, pues es la oración la que hace que las realidades eternas sean tanto prominentes como dominantes. Una iglesia y un pastor pueden tener cualquiera de los tipos populares y actuales de vida “religiosa”, y puede que las almas no sean salvas; pero, como solía decir el difunto Dr. Skinner, de Nueva York: “Si el tipo peculiar de piedad es el que está inspirado

por un sentido de los poderes del mundo venidero; los pecadores serán salvos y los santos edificados”. Incluso el mundo actual sentirá el poder de tal piedad.

La oración alimenta las misiones a nivel nacional y en el extranjero. Promueve el dar. La parsimonia se asfixia en la atmósfera de la presencia de Dios. Los dones se multiplican y magnifican cuando el dador está consagrado. Cuando los discípulos comienzan a orar por las almas, comienzan a anhelar por ellas y a estar dispuestos a hacer sacrificios por su salvación. La llave que puede desbloquear la tesorería de las promesas de Dios tiene un poder maravilloso también para desbloquear los tesoros de la riqueza acumulada, y hace que incluso la abundancia de la profunda pobreza abunde en riquezas de liberalidad hasta que las blancas de la viuda caen en las manos del Señor incluso con más frecuencia que los millones de los príncipes comerciantes. Ningún hombre puede respirar libremente en la atmósfera de la oración mientras asfixia los impulsos benévolos. El dar dinero prepara para el darse a sí mismo, y de esta manera la oración hace obreros misioneros así como también dadores y sostenedores misioneros.

Pocos, incluso entre los más devotos, han sentido alguna vez plenamente hasta qué punto los obreros en “la mina del paganismo” dependen de los que “sostienen las cuerdas”. James Gilmour, cuyo espíritu raro y radiante impresionó tanto a los rudos mongoles, dijo que, sin que oraran por él, se sentiría como un buzo en el fondo del río sin aire que respirar, o como un bombero en un edificio en llamas sin agua en su manguera vacía.

La oración no debe ser menospreciada porque tan a menudo seamos impulsados al trono de la gracia como último recurso. Es parte de la filosofía de la oración que revelará su plena eficacia solo cuando y donde todo lo demás nos falle. Aquí, como en todo lo demás, es solo al final del yo con todas sus invenciones, que encontramos el comienzo de Dios con todas sus interposiciones.

Un corazón que ora es la única cosa que el diablo no puede falsificar fácilmente. Es bastante fácil imitar labios que oran, para que los hipócritas y los fariseos finjan devoción. Pero solo Dios puede abrir en las profundidades del corazón esos manantiales de súplica que a menudo no encuentran canal en el lenguaje, sino que fluyen en gemidos que no se pueden expresar con palabras.

No vale la pena perder mucho tiempo en defender o abogar por la oración. La experiencia hace innecesario el argumento. Esta no es tanto una ciencia a dominar por el estudio como un arte a aprender por la práctica. Como la Biblia, la oración se evidencia a sí misma. Es una misteriosa unión de elementos Divinos y humanos no fácil de explicar; pero a aquel que ora y pone a Dios a prueba en la línea de sus propios preceptos y promesas, Dios le prueba cuán real es la fuerza de la oración en su universo moral. La mejor manera de sostener la oración es practicarla.

El eje de la piedad, por lo tanto, es la oración. Un eje es de doble uso, actúa como un sujetador y como un centro; mantiene otras partes en su lugar, y es el eje de revolución. La oración, de la misma manera, mantiene a uno firme en la fe y ayuda a toda actividad santa. Por lo tanto, tan ciertamente como Dios está elevando a su pueblo a un nivel más alto de espiritualidad, y moviéndolos a un servicio más desinteresado y abnegado, habrá un nuevo énfasis puesto por ellos sobre la súplica, y especialmente sobre la intercesión.

El avivamiento del espíritu de oración no es solo el primero en orden de desarrollo, sino que es el primero en orden de importancia, porque sin él no hay avance. Generalmente, si no uniformemente la oración es tanto punto de partida como meta para todo movimiento en el que se encuentran los elementos de progreso permanente. Siempre que la lentitud de la iglesia es despertada y la maldad del mundo detenida, alguien ha estado orando. Si se pudiera escribir y leer la historia secreta de todo verdadero avance espiritual. se encontraría a algunos intercesores que, como Job, Samuel. Daniel, Elías, Pablo y Santiago; como Jonathan Edwards, William Carey, George Müller y Hudson Taylor, han sido llevados a encerrarse en el lugar secreto con Dios, y han trabajado fervientemente en oración. Y como el punto de partida se encuentra así en la

súplica y la intercesión, así el resultado final debe ser que el pueblo de Dios haya aprendido a orar; de lo contrario habrá una rápida reacción y una desastrosa recaída de las mejores condiciones aseguradas.

La Oración Pone a los Hombres en Contacto con Dios

Hay una filosofía divina detrás de este hecho. La mayor necesidad es mantenerse en estrecho contacto con Dios; el mayor riesgo es la pérdida del sentido de lo divino. En un mundo donde toda apelación es a los sentidos físicos y a través de ellos, la realidad está en proporción directa al poder y la libertad de contacto. Lo que vemos, oímos, saboreamos, tocamos u olemos —lo que es material y sensible— no podemos dudarlo. El presente y lo material absorben un pero el futuro, lo inmaterial, lo invisible, lo espiritual, parecen vagos, distantes, ilusorios, imaginarios. Prácticamente lo invisible tiene poca o ninguna realidad e influencia para la gran mayoría de la humanidad. Incluso el mismo Dios invisible es para la mayoría de los hombres menos una verdad que el objeto de visión más común; para muchos Él, la más alta verdad, es realmente vanidad, mientras que las vanidades del mundo son prácticamente las verdades más altas.

El gran correctivo de Dios para esta desastrosa inversión y perversión de la verdadera relación de las cosas es la oración. “Entra en tu aposento”. [Mateo 6:6] Allí todo es silencio, secreto, soledad, reclusión. Dentro de ese lugar santísimo el discípulo es dejado a solas —todos los demás excluidos, para que el suplicante pueda estar encerrado— con Dios. El silencio es para escuchar la voz apacible y delicada que se ahoga en el clamor mundano, y que incluso una voz humana puede hacer que no se escuche o sea indistinta. El secreto es para un encuentro con aquel que ve en lo secreto y es mejor visto en lo secreto. La soledad es con el propósito de estar a solas con alguien que puede impresionar plenamente con su presencia solo cuando no hay otra presencia que desvíe el pensamiento. el lugar de reclusión con Dios es la única escuela donde aprendemos que Él es, y es galardónador de los que le buscan diligentemente. El aposento es “no solo el oratorio, es el observatorio”, no solo para la oración, sino para la perspectiva —¡la perspectiva de amplio alcance, de visión clara, hacia lo eterno! El declive de la oración es, por lo tanto, la decadencia de la piedad; y, si la oración cesara por completo, sería la muerte espiritual, porque es para cada hijo de Dios el aliento de vida.

No podemos enfatizar con demasiada fuerza este hecho, que mantenerse en estrecho contacto con Dios en la cámara secreta de su presencia es el gran propósito fundamental y subyacente de la oración. Hablar con Dios es un privilegio invaluable; ¿pero qué se dirá de tener y escucharle hablar con nosotros! No le podemos decir nada que Él no sepa; pero Él puede decirnos lo que no sabemos, ninguna imaginación ha concebido jamás, ninguna investigación ha desvelado jamás. El más alto de todos los logros posibles es el conocimiento de Dios, y este es el modo práctico de su revelación de Sí mismo. Incluso su santa Palabra necesita ser leída a la luz de su propia presencia si se ha de entender. El alma que ora oye a Dios hablar. “Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión, para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines; y hablaba con él” (Números 7:89).

Donde hay este contacto estrecho con Dios, y esta visión clara de su nombre que es su naturaleza, y de su Palabra que es su voluntad dada a conocer, habrá un nuevo poder para caminar con Él en santidad, y trabajar con Él en servicio. “Sus caminos notificó a Moisés, Y a los hijos de Israel sus obras”. La masa del pueblo estaba de lejos y vio sus obras, tales como el derrocamiento de las huestes de Faraón en el Mar Rojo; pero Moisés se acercó a la densa oscuridad donde estaba Dios, y en esa densa oscuridad encontró una luz tal que nunca brilló en ningún otro lugar, y en esa luz leyó los planes y propósitos secretos de Dios e interpretó sus maravillosas maneras de obrar.

Todo poder práctico sobre el pecado y sobre los hombres depende de mantener esta comunión secreta. A Elías se le ordenó, primero: “ve, escóndete”, y luego: “ve, muéstrate”. Aquellos que permanecen en el lugar secreto con Dios salen para mostrarse poderosos para conquistar el mal, y fuertes para trabajar y caminar

para Dios. Se les permite leer los secretos de su pacto; conocen su voluntad; son los mansos a quienes Él guía en el juicio y les enseña su camino. Son sus profetas, que hablan por Él a otros; porque observan las señales de los tiempos, discernen sus señales y leen sus signos. A veces consideramos como místicos a aquellos que, como Savonarola y Catalina de Siena, afirman tener comunicaciones de Dios; tener revelaciones de un plan definido de Dios para su iglesia, o para ellos mismos como individuos, como el reformador de Erfurt, el fundador de los orfanatos de Bristol, o el líder de la Misión al Interior de China. ¿Pero no podría ser que si tropezamos con estas experiencias es porque nosotros mismos no las tenemos? ¿Acaso muchos de estos hombres y mujeres no han demostrado después con sus vidas que no estaban equivocados, y que Dios los ha guiado por un camino que ningún otro ojo podría rastrear?

La Oración Imparte el Poder de Dios

A favor del contacto estrecho con el Dios viviente en la oración, hay otra razón que se eleva tal vez a un nivel aún más alto. La oración no solo nos pone en contacto con Dios, y nos da conocimiento de él y de sus caminos, sino que nos imparte su poder. Es el toque que hace salir virtud de Él. Es la mano sobre el polo de una batería celestial, que nos carga con su vida secreta, energía, eficiencia. Las cosas que son imposibles para el hombre son posibles para Dios, y con un hombre en quien está Dios. La oración es el secreto del poder impartido de parte de Dios, y nada más puede tomar su lugar. La debilidad absoluta sigue al descuido de la comunión secreta con Dios, y la debilidad es tanto más deplorable, porque a menudo es inconsciente e insospechada, especialmente cuando uno nunca ha sabido aún qué es el verdadero poder.

Vemos hombres de oración logrando tranquilamente resultados del carácter más sorprendente. Tienen la calma de Dios, sin prisa, ni preocupación, ni agitación; sin ansiedad, ni cuidado, sin excitación o ajetreo o bullicio: hacen grandes cosas para Dios, y, como Juan el Bautista, son grandes a sus ojos, sin embargo, son pequeños a sus propios ojos; llevan grandes cargas, y sin embargo no están cansados ni desmayados; enfrentan grandes crisis, y sin embargo no están turbados. Y los que no saben qué tesoros de sabiduría y fuerza y valor y poder están escondidos en el pabellón de Dios se preguntan cómo es esto. Tratan de explicar todo esto por algo en el hombre: su talento, o tacto, métodos originales, o circunstancias favorables. Tal vez tratan de imitar tal carrera asegurando el patrocinio de los ricos y poderosos, o por dependencia en la organización, o la energía carnal —o lo que los hombres llaman “determinación para tener éxito”— van de un lado a otro, trabajan incesantemente, apelan por dinero y cooperación, y elaboran un éxito aparente, pero no hay nada de ese poder de Dios en él que no se puede imitar. Se rodean de chispas, pero no hay fuego de Dios; construyen una gran estructura, pero es madera, heno, hojarasca; hacen un gran ruido, pero Dios no está en el clamor.

Nada es a la vez tan indiscutible y tan sobrecogedor como la manera en que unos pocos hombres de Dios han vivido en Él y Él en ellos. El hecho es que en la vida del discípulo la ley fundamental es: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. En un sentido grandiosamente verdadero hay solo un obrero, un agente, y Él es divino; y todos los demás llamados “obreros” son instrumentos, e instrumentos solamente, en sus manos. La primera cualidad de un verdadero instrumento es la pasividad. Un instrumento activo frustraría su propio propósito; toda su actividad debe depender del hombre que lo usa. A veces una máquina se vuelve incontrolable, y entonces no solo se vuelve inútil, sino que se vuelve peligrosa, y causa daños y desastres. ¿Qué haría un hombre con un cepillo, un cuchillo, un hacha, una sierra, un arco, que tuviera alguna voluntad propia y se moviera por sí mismo? ¿Acaso no significa nada que, en la Palabra de Dios, nos encontremos tan frecuentemente con los símbolos de servicio pasivo: la vara, el báculo, la sierra, el martillo, la espada, la lanza, el instrumento de trilla, el mayal; y, en el Nuevo Testamento, la vasija? ¿Acaso significa que en la proporción en que un hombre es obstinado Dios no puede usarlo; que la primera condición de servicio es que la voluntad humana debe perderse en la de Dios para que no presente resistencia a la suya, ni persistencia más allá o aparte de la suya, e incluso no se atreva a ofrecer ninguna asistencia a la suya? George Müller enseñó bien que debemos esperar para saber si una cierta obra es de Dios; luego si es nuestra, por habérse nos encomendado; pero, aun entonces, necesitamos esperar el modo de Dios y el tiempo de Dios

para hacer su propia obra, de lo contrario nos precipitamos en aquello que Él tiene la intención de que hagamos, pero solo a su señal; o de lo contrario, tal vez, seguimos haciendo cuando Él llama a un alto. Más de un verdadero siervo de Dios ha comenzado, como Moisés, antes de que su maestro estuviera listo, o ha seguido trabajando cuando el tiempo de su maestro ya había pasado.

La Intercesión

Hay un aspecto de la oración al cual es necesario prestar particular atención, debido a que se enfatiza fuertemente en la Palabra, y debido a que es el menos usado en nuestra vida diaria, a saber, la intercesión.

Esta palabra, con lo que subyace a ella, tiene un uso y significado muy singular en las Escrituras. Difiere de la súplica, primero en esto, que la súplica tiene referencia principalmente al suplicante y a su propia provisión; y además, porque la intercesión no solo concierne a otros, sino que en gran medida implica la necesidad de una interposición divina directa. Hay muchas oraciones que, en su respuesta, permiten nuestra cooperación e implican nuestra actividad. Cuando oramos: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”, [Mateo 6:11] vamos a trabajar para ganarnos el pan por el cual oramos. Esa es la ley de Dios. Cuando le pedimos a Dios que nos libre del maligno, esperamos ser sobrios y vigilantes, y resistir al adversario. Esto es correcto; pero nuestra actividad en muchos otros asuntos obstaculiza la plena manifestación del poder de Dios, y por lo tanto también nuestra impresión de su obra. Las convicciones más profundas de la respuesta de Dios a la oración se obran, por lo tanto, en casos donde, por la naturaleza de las cosas, estamos impedidos de toda actividad en promover el resultado.

La Palabra de Dios nos enseña que la intercesión con Dios es más necesaria en los casos en que el hombre es más impotente. Elías se nos presenta como un gran intercesor, y el único ejemplo que se da es su oración por lluvia. Sin embargo, en este caso él solo podía orar; no había nada más que pudiera hacer para desbloquear los cielos después de tres años y medio de sequía. ¿Y no hay un toque de poesía Divina en la forma en que llegó la respuesta? ¡La nube que se elevaba tomó la forma de “la palma de la mano de un hombre”, como para asegurarle al profeta de qué manera Dios vio y prestó atención a la mano suplicante levantada a Él en oración! Daniel era impotente para mover al rey o revertir su decreto; todo lo que podía hacer era “que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio”; [Daniel 2:18] y fue porque no podía hacer nada más, ni siquiera podía adivinar la interpretación, por cuanto no conocía ni siquiera el sueño, que se hizo absolutamente seguro, cuando tanto el sueño como su significado fueron dados a conocer, que Dios había intervenido, y así hasta el mismo rey pagano lo vio, lo sintió y lo confesó.

A lo largo de toda la historia han surgido ciertas crisis en las que la ayuda del hombre era totalmente vana. Para el cristiano formal, el discípulo carnal, el alma incrédula, este hecho, de que no hay nada que el hombre pueda hacer, hace que la oración parezca casi una locura, tal vez una farsa, una pérdida de aliento. Pero para aquellos que mejor conocen a Dios, el extremo del hombre es la oportunidad de Dios, y la impotencia humana se convierte no en una razón para el silencio de la desesperación, sino en el argumento para orar con fe. Invariablemente, aquellos cuya fe en la oración es sobrenaturalmente fuerte son aquellos que más han comprobado que Dios ha obrado, por su cese obligatorio y consciente de todos sus propios esfuerzos como vanos y sin esperanza.

George Müller se propuso probar a una iglesia que creía a medias y a un mundo incrédulo que Dios sí responde directamente a la oración; y para hacer esto se abstuvo a propósito de todos los métodos ordinarios y por lo demás legítimos de apelación, o de esfuerzo activo para asegurar el alojamiento, la vestimenta y la alimentación de miles de huérfanos. Hudson Taylor emprendió la tarea de poner misioneros en el interior de China por dependencia exclusiva de Dios, sin pedir ofrendas e incluso rechazándolas en relación con reuniones públicas, no fuera que tales reuniones se interpretaran como peticiones de ayuda. Él y sus colaboradores se acostumbraron a presentar todas las necesidades ante el Señor y a esperar la respuesta, y la respuesta siempre llegó y todavía llega. El estudio de la historia de las misiones revela el hecho de que,

en los mismos momentos en que, en la más absoluta desesperación de cualquier ayuda que no fuera la de Dios ha habido oración de fe, la intervención de Dios se ha visto de la manera más conspicua; ¿cómo podría ser más conspicua sino en medio de tales condiciones?

Toda iglesia debería ser un círculo de oración; pero esto no será así en la medida en que esperemos a que toda la iglesia, como un cuerpo, se mueva unida. La masa de los cristianos profesantes está muy poco asida a Dios para entrar de corazón en un acuerdo tan santo. A todos los que anhelan un avivamiento del espíritu de oración les sugerimos que en cada congregación se forme un círculo de oración, sin importar el número. Que cualquier pastor se una consigo mismo a cualquier hombre o mujer en quien discierna marcas de una vida y poder espirituales peculiares, y sin publicidad ni ningún esfuerzo directo para agrandar la pequeña compañía, comience con ellos a presentar ante Dios cualquier asunto que demande guía y ayuda divina especiales. Sin ninguna invitación pública que pudiera atraer a personas no preparadas a una asociación formal, se descubrirá que el Espíritu Santo agrandará el círculo a medida que capacite a otros, o encuentre a otros aptos, para entrar en él, y así, en silencio y sin observación, la pequeña compañía de almas que oran crecerá tan rápido como Dios tenga el propósito de que lo haga. Que se lleve un registro de cada petición definida presentada ante Dios —pues un círculo de oración de este tipo solo debería ser con referencia a asuntos muy definidos— y a medida que Dios interviene y siguen las respuestas, que el registro de su intervención se guarde cuidadosamente, para que se convierta en una nueva inspiración tanto para la alabanza como para la oración de fe. Un recurso así a la intercesión unida hemos conocido nosotros mismos que ha transformado a una iglesia entera, eliminado disensiones, rectificado errores, asegurado armonía y unidad, y promovido la administración del Espíritu Santo y la vida y el crecimiento espiritual más allá de cualquier otro dispositivo posible. Si en alguna iglesia el pastor es desgraciadamente no un hombre que podría o quisiera liderar en un movimiento tal, que dos o tres discípulos que sienten la necesidad y tienen la fe se reúnan y comiencen, tal vez, orando por él. En este asunto no se debe esperar a nadie más; si hay tan solo un creyente que tenga poder con Dios que tal creyente comience la oración intercesora. Dios traerá al lado de tal intercesor, en su propio tiempo y manera, a otros a quienes Él haya preparado para actuar como suplicantes.

No hace mucho tiempo, en una iglesia en Escocia, un ministro de repente comenzó a predicar con un poder sin precedentes. Toda la congregación se despertó y pecadores fueron salvados maravillosamente. Él mismo no entendía la nueva investidura. En un sueño de la noche se le sugirió extrañamente que toda la bendición se podía rastrear hasta una pobre anciana que era completamente sorda, pero que venía regularmente a la iglesia, y no pudiendo oír una palabra, pasaba todo el tiempo en oración por el predicador y los oyentes individuales. En la biografía de Charles G. Finney se registran hechos similares del “Padre Nash”, de Abel Cleary y de otros.

Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente. Pero la única cosa que quisiéramos hacer prominente es esta: Dios está convocando a su pueblo a la oración. Él quiere que “los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda”; que, ante todo, se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres. (1 Timoteo 2:8). Si esto se hace antes que todo, otros resultados benditos seguirán. Dios espera que se le pida. En Él están las fuentes de la bendición y Él pone a disposición de sus santos que oran toda su abundancia; sin embargo, son fuentes selladas para los impíos y los incrédulos. Hay una llave que siempre desbloquea incluso las puertas del cielo; un secreto que pone canales de conexión entre esas fuentes eternas y nosotros. Esa llave, ese secreto, es la oración que prevalece.

Dios no tiene mayor controversia con su pueblo de hoy que esta: que, con promesas ilimitadas para la oración creyente, hay tan pocos que en realidad se entregan a la intercesión. Esto se representa como un asunto que causa incluso asombro divino:

“Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti” (Isaías 64:7).

El mero hecho de que tantos discípulos, y en tantas partes del mundo, estén formando círculos o uniones de oración es en sí mismo un gran incentivo para una oración mayor y unida.

La Oración Verdadera

Nuestro Señor enseñó una gran lección en Mateo 18:19. Él dijo: “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”. El acuerdo al que se refiere no es el de un mero pacto humano, ni siquiera simpatía; es sinfonía. Sinfonía es el acuerdo de sonidos en un acorde musical y depende de leyes fijas de armonía. No se puede asegurar mediante ningún arreglo arbitrario. Uno no puede poner sus dedos accidentalmente o descuidadamente sobre las teclas de un instrumento musical y producir una sinfonía de sonidos. Tal toque puede evocar solo una discordia intolerable, a menos que esté regulado por un conocimiento de los principios de armonía. Más aún, existe una necesidad incluso más profunda, a saber, que las teclas tocadas estén ellas mismas en sintonía con todo el instrumento. Dos condiciones, entonces, son necesarias; primero, que una mano hábil ponga a todo el instrumento en sintonía; y luego que una mano igualmente hábil toque teclas que sean capaces de producir juntas lo que se llama “un acorde verdadero”.

Este lenguaje evidencia el diseño divino. Él está enseñando una gran lección sobre el misterio de la oración, que de igual manera exige dos grandes condiciones; primero, que el alma que ora esté en armonía con Dios mismo; y luego que aquellos que se unen en oración, debido a tal unidad con Él, estén en armonía unos con otros. Debe haber, por lo tanto, detrás de toda súplica e intercesión que prevalece, Alguien que, con infinita habilidad, afina las teclas de acuerdo con su propio oído; y luego las toca, como un músico maestro, para que respondan juntas a su voluntad y emitan el acorde que está en su mente.

Ninguna verdadera filosofía de la oración puede jamás ser formulada que no incluya estas condiciones. Muchos tienen un falso concepto de lo que es la oración. Para ellos es simplemente pedir lo que uno quiere. Pero esto puede estar tan lejos del estándar de Dios como para carecer de los primeros elementos esenciales de la oración. Puede ser pedir algo para gastarlo en nuestras propias concupiscencias. Hemos de pedir “en el nombre” de Cristo. Pero eso no es simplemente usar su nombre en la oración. El nombre es la naturaleza; expresa el carácter, y es equivalente a la persona. Pedir en el nombre de Cristo es venir a Dios, estando identificado con la persona misma de Cristo. Una esposa hace una compra a nombre de su esposo. Literalmente, ella usa el nombre de él, no el suyo. Ella dice, “Soy la Sra. A---,” lo que significa, “Soy su esposa, identificada con su personalidad, carácter, riqueza, crédito comercial y prestigio empresarial”. Ir a Dios en el nombre de Cristo es reclamar identidad con Cristo como miembro de su cuerpo, uno con Él ante el Padre, y tener en Él el derecho a los dones del Padre, el derecho a aprovechar los recursos infinitos del Padre.

De nuevo, se nos dice que, si pedimos alguna cosa “conforme a su voluntad”, Él nos oye. ¿Pero qué es pedir de acuerdo con su voluntad sino dejar de pedir de acuerdo con nuestra propia voluntad? Aquí el impulso no es humano, sino esencialmente divino. Implica un conocimiento de su voluntad, una percepción de su propia mente y una simpatía con su propósito. Ahora bien, ¿es esto posible a menos que por el Espíritu Santo seamos llevados a tal comunión con Dios como para que Él pueda guiarnos en juicio y anhelo, y enseñarnos su camino? Ciertamente Él es “poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”, pero es “según el poder que actúa en nosotros”. [Efesios 3:20] Si ese poder no obra en nosotros primero, ¿cómo puede obrar para nosotros, en la oración contestada?

Para obtener resultados más elevados, obrados para la iglesia o el mundo, en respuesta a la súplica, primero se deben obrar resultados más profundos en el creyente por el Espíritu Santo. En otras palabras, debe haber un tipo más elevado de santidad personal si ha de haber una mayor medida de poder en la oración. La mente carnal no entra en armonía con Dios, ni siquiera ve y percibe su mente, y de allí que el discípulo de mente carnal no puede discernir la voluntad de Dios en la oración, sino que está continuamente obstaculizado y

estorbado al confundir peticiones impulsadas por uno mismo con oraciones divinamente inspiradas, confundiendo lo que la voluntad propia anhela con lo que es espiritualmente necesario y está garantizado en las Escrituras.

Dios está llamando a su pueblo a un avivamiento de la fe en la eficacia divina de la oración.

Nuestro Señor nos enseña que la oración de fe tiene el poder de un fiat o un decreto divino. Dios dijo sublimemente, “¡Sea la luz!”, y fue la luz. El Señor Jesucristo dice: “Si tuviereis fe como un grano de mostaza” —en el cual, por más pequeño que sea, se encuentra la posibilidad y potencia de la vida— “diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; diríais a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar; y os obedecerá”. [Mateo 17:20; Lucas 17:6] Este es el lenguaje no de petición, sino de decreto. Es, de alguna manera, asirse a la omnipotencia, de modo que nada es imposible para el alma que ora.

Cuando alcanzamos tales alturas de enseñanza y las comparamos con el bajo nivel de nuestra vida nos quedamos mudos de asombro, primero por las asombrosas posibilidades de la fe, tal como se nos presentan, y luego por las imposibilidades igualmente asombrosas que la incredulidad sustituye a la ofrecida omnipotencia de la súplica. Cuando pensamos en las posibles alturas de la intercesión nos parece volver a oír al santo McCheyne clamando: “¡Haced todo en serio! Si vale la pena hacerlo, entonces hacedlo con todas vuestras fuerzas. Sobre todo, manteneos mucho en la presencia de Dios; nunca veáis el rostro del hombre hasta que hayáis visto su rostro”. Esa es la preparación de la oración, el prevalecer primero con Dios para que podamos prevalecer con el hombre. Jacobi debe haber estado pensando en esta línea cuando dijo: “Mi consigna, y la de mi razón, no es yo, sino uno que es más y mejor que yo; uno que es enteramente diferente de lo que yo soy; me refiero a Dios. ¡Yo ni soy, ni me importa ser, si Él no lo es!”. Es la oración la que hace que Dios sea real —la realidad y verdad más alta—; y la que nos envía de vuelta al mundo con la convicción y conciencia de que Él es, y está en nosotros, poderoso para obrar en nosotros, y a través de nosotros, como instrumentos, para que nada le sea imposible al instrumento, debido al obrero, detrás de él, quien sostiene y empuña el arma.

El poder de tal oración desafía toda competencia o imitación por parte de las formas más perfectas de la liturgia. ¡Quién puede copiar o plasmar en lienzo la llama aprisionada de una gema invaluable con meros pinceles y pigmentos! ¡O falsificar la fotosfera del sol con tiza amarilla! Hay una llama de Dios que la oración enciende en el interior; hay un resplandor y una luz y un calor en la vida que solo puede encenderse con un carbón del altar de oro que está delante del trono. Son solo unos pocos los que encuentran su camino hasta allí y conocen el poder de encendido; pero a esos pocos la iglesia y el mundo les deben poderosos levantamientos y derramamientos. (Apocalipsis 8).

El galvanismo químico posee esta peculiaridad, que no se puede obtener un aumento de sus potencias aumentando las dimensiones de las células de la batería, pero sí se puede lograr aumentando su número. Necesitamos más intercesores si vamos a tener un poder grandemente incrementado. El número de células debe ser incrementado. Más personas del pueblo de Dios deben aprender a orar. Los enemigos son demasiados para que unos pocos se enfrenten a ellos, por más que estén empoderados de Dios. La variedad de las necesidades y aflicciones humanas, los millones dispersos de no salvados, el amplio territorio a cubrir con intercesión; todas estas y otras consideraciones similares demandan fuerzas multiplicadas. Cada ser humano tiene solo un conocimiento muy limitado de las necesidades humanas. Nuestro círculo individual de conocidos es tan comparativamente estrecho que ni siquiera el espíritu de oración más ferviente puede abarcar todo el campo. Pero cuando en todas partes del territorio indigente los suplicantes se multiplican, aun estos círculos estrechos, colocados uno al lado del otro y solapándose en gran medida, cubren todo el amplio campo de la necesidad. Nuestro propio conocimiento personal y limitado y el alcance de la simpatía inteligente se encuentran y tocan almas similares y simpáticas, de modo que aquello que no vemos o sentimos o por lo cual no oramos, apela a otros de nuestros condiscípulos; y así, en proporción a medida

que los intercesores se multiplican, cada interés de la humanidad encuentra a sus representantes en el lugar secreto y en el trono.

No podemos compensar la falta de oración con un exceso de trabajo. De hecho, trabajar sin orar es una especie de ateísmo práctico, porque deja fuera a Dios. Es la oración la que prepara para el trabajo, la que nos arma para la guerra, la que nos equipa para la actividad. Nos corresponde, estudiando atentamente las promesas a la oración, decirle al Señor: “Siendo esta Tu palabra, de aquí en adelante viviré como un hombre de oración y reclamaré mi privilegio y usaré mi poder como intercesor”.

Aquí está la más alta identificación con el Hijo de Dios. ¡Es casi ser admitido en una especie de comunión en su obra mediadora! Durante esta dispensación su obra es principalmente intercesión. ¡Él nos llama a tomar una parte subordinada en el santo oficio, estando, como Finees, entre los vivos y los muertos para detener la plaga; como Elías, entre el cielo y la tierra para desbloquear las compuertas de bendición del cielo y comandar el fuego y el diluvio de Dios! ¿Es esto cierto? ¡Entonces qué puede ser más imponente y augusto que tal dignidad y majestad de privilegio! Ignacio da la bienvenida al león nómada en la arena, diciendo: “Soy grano de Dios; debo ser molido entre los dientes de los leones para hacer pan para el pueblo de Dios”. Él sintió en la hora del martirio el privilegio de unirse a su Señor moribundo en un sacrificio que Bushnell llamaría “vicario”.

¿Quién se unirá al Señor resucitado en un servicio de intercesión? ¡La mayor dificultad en el camino de la conversión práctica de los hombres puede no ser a los ojos de Dios tanto una barrera de impiedad entre los paganos como una barrera de incredulidad entre sus propios discípulos!

El siglo dieciséis fue grande en pintores, el diecisiete en filósofos, el dieciocho en escritores, el diecinueve en predicadores e inventores; quiera Dios que el veinte pueda ser por siempre históricamente memorable como el siglo de los intercesores.

Capítulo 63 Lo que Enseña Cristo Acerca del Castigo Futuro

Por el Rev. William C. Procter, Profesor de Teología
Croydon, Inglaterra

Hay cuatro razones para limitar nuestra consideración del tema de la retribución futura a la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo:

(1) Limita el alcance de nuestra investigación a lo que es posible en un breve ensayo. No habrá ocasión de examinar los 56 pasajes de la Versión Autorizada de nuestra Biblia [KJV en inglés] que contienen la palabra “infierno”, (la mayoría de los cuales son las traducciones del hebreo “Seol” y del griego “Hades”, que significan “el sepulcro” y “el estado invisible”,) y podemos concentrar nuestra atención en los diez pasajes en los que nuestro Señor usa la palabra “Gehena” (que era la denominación habitual en su época para la morada de los perdidos) junto con aquellos otros versículos que evidentemente se refieren al estado futuro de los malvados.

(2) Proporciona una respuesta suficiente a la especulación de aquellos que no saben, al remitir a la revelación de aquel que sí sabe. Muchos otros pasajes podrían citarse del Nuevo Testamento, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, a quien nuestro Señor prometió a sus discípulos que los “guiará a toda la verdad”, y les “hará saber las cosas que habrán de venir” (Juan 16:12, 13); pero, al tomar las palabras de Cristo mismo, encontraremos la mayor base de acuerdo común en estos días de opiniones laxas sobre la inspiración. Seguramente, aquel que es “La Verdad” nunca la tergiversaría ni exageraría en un asunto de tan vital importancia, y no fomentaría errores populares ni excitaría temores innecesarios.

(3) También proporciona una respuesta suficiente a aquellos que representan la doctrina como irrazonable y deshonrosa para Dios, y que consideran a quienes la sostienen como de mente estrecha y corazón duro, para recordarles que todas las mismas expresiones que son denunciadas más ferozmente en la actualidad salieron de los labios del Salvador que murió por nosotros, y provinieron del corazón del “amante de las almas”. Seguramente no tenemos derecho a pretender ser de mente más abierta que Él, o a alimentar falsas esperanzas que no tienen una base sólida en su enseñanza; mientras que asumir un mayor celo por el honor de Dios, y una compasión más profunda por las almas de los hombres, es poco menos que blasfemia. Las objeciones actuales a la doctrina ortodoxa del infierno son hechas por aquellos que permiten que sus corazones dominen a sus cabezas, y se basan más en un sentimentalismo enfermizo que en una erudición sólida.

(4) Al considerar el tema como cristianos profesantes, las palabras del maestro mismo seguramente deberían poner fin a toda controversia; y estas son claras e inconfundibles cuando se toman en su significado simple y obvio, sin someterlas a ninguna interpretación forzada. Es muy de lamentar que no se aborden con más frecuencia en el púlpito moderno; pero los ministros son solo humanos, y existe una fuerte tentación de predicar lo que es agradable al paladar, en lugar de lo que es provechoso. En este caso, seguramente, la historia se repite; porque leemos en Isaías 30:10 de aquellos que dijeron a los profetas de la antigüedad: “No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras”; y un cobarde sometimiento a esta demanda ha producido un Evangelio emasculado y un ministerio debilitado en la actualidad.

Pasando ahora a considerar brevemente la enseñanza de Cristo sobre el tema, preguntémonos, antes que nada:

1. ¿QUÉ ENSEÑÓ NUESTRO SEÑOR EN CUANTO A LA CERTEZA DE LA RETRIBUCIÓN FUTURA?

La palabra “retribución” es preferible a “castigo” porque la Biblia nos enseña que el destino de los malvados no es una imposición arbitraria (y mucho menos vengativa), sino la consecuencia necesaria de sus propios pecados. Tomando los pasajes en su orden, en Mateo 5:22; Cristo habla de la ira sin causa contra los demás, y de la condena despectiva hacia ellos, como algo por lo que uno “quedará expuesto al infierno de fuego”, mientras que en los versículos 29 y 30 pronuncia una advertencia similar con respecto al pecado de la lujuria; ¡y estos se encuentran en el Sermón del Monte, que es la parte más generalmente aceptada de su enseñanza! En Mateo 8:12 habla de los incrédulos “hijos del reino” siendo “echados a las tinieblas de afuera”, y añade, “allí será el lloro y el crujir de dientes”, expresiones que se repiten en Mateo 22:13 y Mateo 25:30. En Mateo 10:28 Jesús dijo: “temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”, ¡un temor saludable del cual se carece decididamente en la actualidad, y que muchas personas consideran como un remanente de superstición muy poco adecuado para esta época ilustrada! En la propia explicación de nuestro Señor de la parábola del trigo y la cizaña, Él declaró: “Enviaré al Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. ... saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13:41, 42, 49, 50). En Mateo 23:15 Él se refiere a los fariseos hipócritas con el término “hijo del infierno”, mostrando que su conducta los había preparado para ello, y que ellos irían “a su propio lugar”, como Judas (a quien describe como “el hijo de perdición” en Juan 17:12), mientras que en el versículo 33 pregunta: “¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?”. La ley de la retribución no puede revocarse más de lo que puede hacerse con la de la gravedad; es fija e inalterable. Que el infierno no ha sido preparado para los seres humanos, sino que ellos mismos se preparan para él, es evidente por la sentencia que nuestro Señor dice que pronunciará sobre los que estén a su mano izquierda en el gran día final: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41).

Pasando al Evangelio según Marcos, encontramos a nuestro Señor diciendo, en Marcos 3:29: “pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno”. Cualquiera que sea la opinión que se tenga del carácter de la blasfemia contra el Espíritu Santo, la causa y la consecuencia están aquí estrechamente ligadas, donde el pecado eterno trae una retribución eterna. Las palabras en el original indican indudablemente un hábito inveterado más que un acto aislado, y probablemente se traducirían mejor como, “está bajo el poder de un pecado eterno”. Esto en sí mismo excluye la posibilidad de perdón, porque asume la imposibilidad de arrepentimiento; además, como cada repetición implica una nueva sanción, el castigo es naturalmente interminable. De manera similar, en Juan 8:21, 24, la declaración de nuestro Señor repetida dos veces a aquellos judíos que no creyeron en Él, “en vuestros pecados moriréis”, indica que el pecado no perdonado debe descansar sobre el alma en condenación y contaminación; porque la muerte, lejos de cambiar el carácter de los hombres, solo lo fija; y de ahí que Cristo hable en el capítulo 5:29 de “resurrección de condenación”. Una vez más, se pueden citar las palabras del Salvador ascendido y glorificado registradas en Apocalipsis 21:8: “Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”.

Un estudio cuidadoso de los usos bíblicos de las palabras “vida” y “muerte” mostrará claramente que las ideas fundamentales son respectivamente “unión” y “separación”. La vida física es la unión del espíritu con el cuerpo, la vida espiritual es la unión del espíritu con Dios, y la vida eterna es esta unión perfeccionada y consumada por toda la eternidad. De manera similar, la muerte física es la separación del espíritu del cuerpo, la muerte espiritual es la separación del espíritu de Dios, y la muerte eterna es la perpetuación de esta separación. Por lo tanto, para todos los que no han experimentado un segundo nacimiento, “la muerte segunda” se vuelve inevitable; porque el que solo nace una vez muere dos veces, mientras que el que “nace de nuevo” muere solo una vez. En contra de la doctrina de la aniquilación, se puede citar Apocalipsis 20:14: “Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda”.

2. ¿QUÉ ENSEÑÓ CRISTO EN CUANTO AL CARÁCTER DE LA RETRIBUCIÓN FUTURA?

Ya hemos visto que habló de ella como llena de dolor y miseria en su séptuple repetición de la sorprendente expresión: “allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 8:12; 13:42, 50; 22:13; 24:51; 25:30; Lucas 13:28). En Marcos 9:43-48, nuestro Señor habla dos veces “al fuego que no puede ser apagado”, y tres veces añade, “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga”. Por supuesto, Él estaba usando las metáforas judías comunes para la Gehena, tomadas de los fuegos perpetuos que ardían en el valle de Hinom para destruir la basura, y los gusanos que se alimentaban de los cadáveres insepultos que eran arrojados allí; pero, como ya hemos visto, Él nunca habría fomentado un engaño popular. Nuestro Señor habló dos veces de los profesantes sin fruto siendo “echados en el fuego” (Mateo 7:19; Juan 15:6); dos veces sobre “el horno de fuego” (Mateo 13:42, 50); dos veces sobre el “infierno de fuego” (Mateo 5:22; 18:9); y dos veces sobre el “fuego eterno” (Mateo 18:8; 25:41).

Concediendo que “el gusano que no muere y el fuego que nunca se apaga” sean metafóricos, estas impactantes figuras retóricas deben representar hechos asombrosos, deben ser simbólicas de una terrible realidad. No necesitamos considerarlas materialmente más de lo que hacemos con las calles de oro y las puertas de perlas del cielo; pero, si estas últimas son emblemáticas de los esplendores indescriptibles del cielo, las primeras deben ser simbólicas de los sufrimientos inefables del infierno. No se puede presumir de dogmatizar más sobre unas que sobre otras, pero no se requiere de una gran imaginación para concebir una conciencia acusadora actuando como el gusano que no muere, y unos deseos insaciables como el fuego que nunca se apaga. En la parábola de nuestro Señor del hombre rico y Lázaro, el primero es representado estando “en tormentos” y “atormentado” incluso en el “hades”, y, que la memoria sobrevive a la vida presente y nos acompaña más allá de la tumba, queda claro por las palabras de Abraham hacia él: “Hijo, acuérdate” (Lucas 16:23-25). ¿Podrían algunos tormentos materiales ser peores que la tortura moral de una conciencia agudamente afilada, en la que la memoria se convierte en remordimiento al reflexionar sobre el tiempo malgastado y los talentos mal utilizados, sobre los deberes omitidos y los pecados cometidos, sobre las oportunidades perdidas tanto de hacer como de recibir el bien, sobre los privilegios descuidados y las advertencias rechazadas? Ya es bastante malo aquí, donde la memoria es tan defectuosa, y la conciencia puede ser drogada tan fácilmente; pero ¿qué debe ser en el más allá, cuando ningún recurso servirá para desterrar el recuerdo y ahogar el remordimiento? El poeta Starkey estimula nuestra imaginación en las terribles líneas:

“Todo lo que ha sido que no debió haber sido,
Que pudo haber sido tan diferente; que ahora
No puede sino ser irrevocablemente pasado. Tu corazón gangrenado,
Despojado de su propia máscara, y expuesto por fin
Desnudo, en su horrible anatomía,
Ante tu propia mirada atormentada”;

... mientras que Cecil resume el asunto cuando escribe:

“El infierno es la verdad vista demasiado tarde”.

Una vez más, ¿qué dolor material podría igualar el tormento moral de pasiones y lujurias intensificadas que no encuentran medios de gratificación, de deseos insaciables que no pueden tener ninguna provisión para su complacencia, o que si se complacen, todo el placer ha desaparecido mientras el poder permanece? Ciertamente, tales expresiones como el gusano que no muere y el fuego que nunca se apaga representan, no ficciones piadosas, sino hechos evidentes; y podemos estar seguros de que la realidad superará, y no se quedará corta de, las figuras empleadas, como en el caso de la bienaventuranza de los redimidos. Las calamidades así pronunciadas son más terribles que los truenos del Sinaí, y la condena denunciada es más espantosa que la de Sodoma; pero nunca debemos olvidar que estas terribles expresiones salieron de los

labios del amor eterno, y provinieron de un corazón desbordante de tierna compasión por las almas de los hombres.

3. ¿QUÉ ENSEÑÓ CRISTO EN CUANTO A LA CONTINUIDAD DE LA RETRIBUCIÓN FUTURA?

¿Hay alguna base sólida en sus palabras registradas para la doctrina de la esperanza eterna, o la sombra de un fundamento para la idea de que todos los hombres finalmente serán salvos? Se ha insistido mucho en el hecho de que la palabra griega “aionios” (usada por nuestro Señor en Mateo 18:8 y 25:41, 46, y traducida como *everlasting* [para siempre] en la Versión Autorizada [KJV en inglés], y “eterno” en la Versión Revisada) significa literalmente “de una era”; pero un examen de los 25 lugares en los que se utiliza en el Nuevo Testamento revela el hecho de que se usa dos veces para el Evangelio, una vez para el pacto del Evangelio, una vez para el consuelo que nos trae el Evangelio, dos veces para el propio ser de Dios, cuatro veces para el futuro de los malvados, y quince veces para la vida presente y futura del creyente. Nadie piensa en limitar su duración en los primeros cuatro casos y en el último, ¿por qué entonces hacerlo en el otro? El dilema se vuelve agudo al considerar las palabras de nuestro Señor registradas en Mateo 25:46, donde exactamente la misma palabra se usa con respecto a la duración de la recompensa de los justos y la retribución de los malvados, porque solo mediante una violenta perversión y distorsión puede la misma palabra en la misma oración poseer un significado diferente. Una vez más; a veces se argumenta que, como la sal tiene un poder purificador, las palabras, “todos serán salados con fuego”, en Marcos 9:49, tienen este significado en el caso del castigo futuro; pero el contexto muestra claramente que se hace alusión a su poder preservador, porque el pasaje habla del gusano que no muere y del fuego que nunca se apaga. Además, si los castigos divinos son ineficaces aquí en el caso de cualquier individuo, cuando hay tanto que frena a los hombres y mujeres de hacer el mal, ¿cómo puede esperarse que resulten eficaces en el mundo venidero, con todas estas restricciones eliminadas, y solo con la sociedad de los demonios? Sin duda, es un tanto ilógico para aquellos que dan tanta importancia al amor de Dios argumentar que el castigo resultará correctivo en el más allá en el caso de aquellos a quienes el amor divino no ha logrado influenciar aquí. No solo no hay ni la más mínima insinuación en la enseñanza de nuestro Señor de que el castigo futuro resultará correctivo o reformador, sino que sus palabras con respecto a Judas en Mateo 26:24 son inexplicables bajo esa suposición. Seguramente su existencia todavía habría sido una bendición si su castigo hubiera sido seguido por una restauración final, y Cristo, por lo tanto, nunca habría pronunciado las palabras tristemente solemnes: “bueno le fuera a ese hombre no haber nacido”. De manera similar hay un contraste sorprendente y significativo entre las palabras de nuestro Señor a los judíos incrédulos registradas en Juan 8:21: “a donde yo voy, vosotros no podéis venir”, y las dichas a Pedro en el capítulo 13:36: “A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después”.

Dado que el carácter tiende a la permanencia, el cielo es un lugar de perfecta santidad y el infierno debe ser lo opuesto; y esto arroja luz sobre las palabras de Apocalipsis 22:11, que aparentemente fueron pronunciadas por nuestro Señor ascendido, glorificado y que ha de volver: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía”. La doctrina de la restauración universal surge de un deseo natural de querer que la historia de la humanidad tenga un final feliz, como en la mayoría de los libros de cuentos; pero ignora el hecho de que, al otorgar al hombre el libre albedrío, Dios ha (por así decirlo) establecido un límite a su propia omnipotencia, porque es una imposibilidad moral salvar a un hombre en contra de su voluntad. Seguramente el pecado eterno solo puede ser seguido por una retribución eterna; porque, si un hombre elige deliberadamente ser gobernado por el pecado, debe inevitablemente ser arruinado por él. Uno nunca escucha de la doctrina de la restauración final aplicada al diablo y a sus ángeles, pero ¿por qué no? Si la respuesta es: “Porque no pueden y no quieren arrepentirse”, lo mismo es ciertamente verdad de muchos seres humanos.

No solo no hay ningún vestigio de fundamento en las palabras de Nuestro Señor para la doctrina del universalismo, sino que también no hay sombra de una sugerencia de ninguna restauración de los malvados en el más allá. Lejos de que este sea el caso, la parábola del hombre rico y Lázaro toca las campanas de muerte para cualquier esperanza de ese tipo. Abraham es representado allí diciendo al rico: “una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá” (Lucas 16:26). Esa “gran sima puesta” es seguramente un abismo insondable demasiado profundo para ser llenado, y demasiado ancho para ser cruzado por un puente; y la espantosa descripción del infierno por el poeta Milton, en *El Paraíso Perdido*, sigue siendo tristemente cierta:

“Regiones de dolor, sombras lúgubres, donde la paz
Y el descanso nunca pueden morar; la esperanza nunca llega,
Esa que llega a todos, sino la tortura sin fin”.

4. ¿QUÉ ENSEÑÓ CRISTO EN CUANTO A LAS CAUSAS DE LA RETRIBUCIÓN FUTURA?

Un estudio cuidadoso de las palabras de nuestro Señor muestra que hay dos causas principales, a saber, la incredulidad deliberada y el rechazo voluntario de Él; y seguramente estos no son más que diferentes aspectos del mismo pecado. En Mateo 8:12, fue el contraste entre la fe del centurión gentil y la incredulidad de la nación judía lo que extrajo de sus labios las solemnes palabras: “los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera”; mientras que, en el capítulo 23 la terrible denuncia en el versículo 33 es seguida por el triste lamento: “¡cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisisteis!” (versículo 37). De manera similar, en Marcos 3:29, V. R., el “pecado eterno” del que se habla solo puede ser el del rechazo continuo de las ofertas de misericordia; y en Juan 8:24, nuestro Señor declara claramente: “si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. Finalmente, en Marcos 16:16, encontramos las palabras: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”. Una consideración cuidadosa de estos pasajes, y especialmente del último, ayudará a eliminar una gran dificultad con respecto a todo el tema, es decir, el estado futuro de aquellos a quienes nunca se les ha presentado el Evangelio tan claramente como para permitirles aceptar o rechazar deliberadamente a Cristo, creer de buena gana las buenas nuevas o no creer en ellas voluntariamente.

Otra dificultad se elimina cuando nos damos cuenta de que nuestro Señor enseñó que habría diferentes grados en el infierno como en el cielo. Así, en Mateo 11:20-24 enseñó que “será más tolerable el castigo... en el día del juicio” para Tiro y Sidón que para Corazín y Betsaida, y para Sodoma que para Capernaúm; y en Marcos 12:40 habla de “mayor condenación”. Es evidente que la retribución futura será proporcional a la cantidad de culpa cometida y de gracia rechazada. (Ver también Lucas 12:47, 48; Juan 19:11).

Hasta ahora hemos examinado, tan minuciosamente como ha sido posible dentro de este espacio limitado, todas las palabras registradas de nuestro Señor que tienen relación con este importante tema. Solo queda, en conclusión, señalar muy brevemente que toda la corriente de la enseñanza de Cristo confirma lo que aprendemos de estos pasajes aislados, y que la retribución futura no es simplemente una parte incidental, sino fundamental, del mensaje del Evangelio. Es el fondo oscuro sobre el cual se presentan sus amorosas invitaciones y tiernas amonestaciones, y el mensaje del Evangelio pierde gran parte de su fuerza cuando se omite la doctrina. Pero, lo peor de todo, es que las fervientes exhortaciones al arrepentimiento y la fe inmediatos pierden su urgencia si el resultado final será el mismo en caso de que esos deberes se pospongan más allá de la vida presente. ¿Se sostiene seriamente que Judas finalmente será como Juan, Nerón como Pablo, Ananías y Safira como Priscila y Aquila?

Finalmente, las doctrinas del cielo y del infierno parecen mantenerse o caer juntas, pues ambas descansan sobre la misma revelación divina, ambas se describen metafóricamente, y a ambas se les aplica la misma palabra “eterno” a su duración. Si las amenazas de la Palabra de Dios no son fiables, también podrían no serlo las promesas; si las denuncias no tienen un significado real, ¿qué sucede con las invitaciones? Ruskin

califica acertadamente la negación del infierno como “la forma más peligrosa, porque es la más atractiva, de la infidelidad moderna”. Pero, ¿es tan moderna? ¿No es un eco de la insinuante duda del diablo: “¿Conque Dios os ha dicho...?” seguida de su insistente negación, “No moriréis”, que llevó a la caída del hombre? Creamos, por lo tanto, en la verdad de Dios, en lugar de en la mentira del diablo; aceptemos la revelación divina, en lugar de la especulación humana; y prestemos atención a lo que Cristo enseñó tan claramente, sin mitigar, modificar, ni minimizar sus solemnes advertencias.

Capítulo 64 Un Mensaje de las Misiones al Ministerio Moderno

Por el Rev. Charles A. Bowen, Maestría en Teología, Doctor en Filosofía
Olympia, Washington

No es mi propósito entrar en una defensa de, ni defender la causa de, las misiones. Ellas permanecen allí inamovibles en el propósito de Dios. Son la piedra angular, así como la corona en la estructura de la iglesia cristiana. Esta piedra que por tantos años fue rechazada se ha convertido ahora en la cabeza del ángulo, y cualquiera que cayere sobre ella –cualquier iglesia que ignore sus demandas– será quebrantado.

Es mi propósito más bien buscar en el campo de las misiones algún mensaje para el ministerio moderno, alguna inspiración para la iglesia de origen. Sé que es imposible divorciar a la iglesia de las misiones – ambas son una; pero si podemos hacerlo en nuestro pensamiento por un tiempo, encontraremos que las misiones no están tan necesitadas de la iglesia de origen como la iglesia de origen está necesitada de las misiones. La iglesia de origen hoy en día no es tanto la fuente de aliento para las misiones como las misiones son la fuente de inspiración para la iglesia de origen. La pregunta ya no es si los paganos pueden salvarse sin el Evangelio, sino si el Evangelio puede ser salvado para la iglesia de origen si no se da rápidamente a los paganos.

A través de toda la iglesia de hoy en día hay una espantosa escasez de vida espiritual agresiva. Las almas sinceras están desanimadas, y muchas casi desesperadas. Están andando a tientas y preguntando cuál es el problema y qué se puede hacer. Cualquier estímulo que haya proviene en gran parte de los campos misioneros. Por otro lado, los fuegos en los altares de las misiones arden brillantemente, almas por decenas de miles están naciendo cada año. La fe del misionero nunca fue más fuerte, ni su esperanza más brillante. La única nube que cruza su horizonte es el temor de que la iglesia en su país no esté a la altura de su privilegio.

Si nosotros en las iglesias de origen, con toda nuestra maquinaria y miembros y riqueza y educación y condiciones favorables, como pensamos, somos en gran parte estorbos de la tierra; y si las misiones contra grandes obstáculos, apoyadas inadecuadamente, con un equipo muy imperfecto, humanamente hablando – si ellas están sembrando y cosechando abundantemente, y en gran medida están salvando a la iglesia de la humillación total cuando el maestro viene año tras año buscando fruto, entonces deberíamos preguntar a las misiones el secreto de su poder. Si nuestras lámparas en las iglesias de origen arden débilmente, si desde nuestro crepúsculo y sombras vemos la luz en la lejanía brillando constantemente, podría ser bueno que nos preguntáramos qué tipo de aceite llena esa lámpara. Al igual que el elocuente Apolos, la iglesia de origen debería estar dispuesta a ser instruida por esta Aquila y Priscila en “el camino de Dios más exactamente”.

Ahora bien, si leo correctamente la historia de las misiones, el secreto de su poder, el mensaje que traen al ministerio moderno y a toda la iglesia es el énfasis en esta trinidad de doctrinas: la expiación en Cristo, el ministerio del Espíritu, y la oración.

I. La Expiación y las Misiones

Al enfatizar la expiación en Cristo, creemos que las misiones tienen buenos fundamentos bíblicos para su posición. “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”, fue el grito de batalla de Pablo. Sin duda, al ir a Atenas y Corinto, Pablo puede haber sido tentado, debido a su educación y cultura, a predicar de manera diferente a como lo hizo con la gente ruda de Galacia. Pero no lo hizo. Este es su testimonio en cuanto al tipo de predicación: “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3). Y esto se hizo de la manera más ferviente. “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:2). Tan profundamente sintió aquel primer gran misionero la importancia

de esta verdad que él ora pidiendo una maldición sobre cualquiera que predique una doctrina diferente. Tan vital fue esto para Pablo y tan grande es el lugar que ocupa en las Escrituras, que creemos que las palabras de un escritor reciente son ciertas: “La muerte de Cristo no tiene el lugar asignado a ella, ni en la predicación ni en la teología, que tiene en el Nuevo Testamento”. Y de nuevo: “No es injusto decir que ningún hombre predicará el Evangelio de tal manera que deje la impresión de que tiene la Palabra de Dios respaldándolo si interiormente está en guerra con la idea de la expiación” (Denny, *Death of Christ*, Introducción y p. 285).

Pasando por alto las épocas intermedias hasta llegar al “padre de las misiones modernas”, lo encontramos diciendo: “Es absolutamente necesario ... que mantengamos el ejemplo de Pablo, y hagamos el gran tema de nuestra predicación a Cristo, el crucificado” (“el pacto” de Carey). Miren a la Iglesia Morava/Valdense; por cada cincuenta y ocho comulgantes en la iglesia local sostienen a un misionero en una tierra extranjera, y por cada miembro en la iglesia local tienen dos y seis décimas de miembros reunidos en congregaciones entre los paganos. ¿Cuál es la inspiración de esta iglesia que tanto inspiró a Carey que exclamó: “¡Miren lo que han hecho estos moravos!”? Su secretario de misiones en un discurso reciente nos dice que la compulsión de la Iglesia Morava no proviene de la gran comisión, sino de esta profecía: “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho. ... Por tanto, yo le daré parte con los grandes, porque derramó su vida hasta la muerte”. [Isaías 53:11-12] De aquí tienen su grito de batalla: “Ganar para el Cordero que fue inmolado, la recompensa de sus sufrimientos”. La única manera en que pueden recompensarlo es llevándole almas. Ellas son la única compensación por su sufrimiento. (*Ecumenical Conference Report*, I, 79).

Para mostrar el lugar y el poder de la expiación en las misiones, tengo tiempo para dar solo una ilustración de cada uno de varios campos misioneros diferentes.

En 1721 Hans Egede dejó Holanda para ir a Groenlandia. Su idea de los métodos misioneros se da en sus propias palabras: “El primer cuidado que se tiene en la conversión de los paganos es quitar del camino todos los obstáculos que impiden su conversión y los hacen no aptos para recibir la doctrina cristiana, antes de que algo pueda emprenderse con éxito a su favor” (*Holy Spirit and Missions*, p. 122). Durante quince años esta alma heroica trabajó arduamente en medio del hielo y la nieve sin un solo convertido. Al final de ese tiempo se rinde desesperado, predicando por última vez de: “¡Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios!”. Pero en 1730 Frederick Beck fue al mismo campo. Los nativos parodiaron y ridiculizaron su doctrina. En las reuniones fingían estar dormidos y roncaban. Le pedían que cantara, solo para ahogar la música con aullidos y tambores. Le lanzaron piedras, irrumpieron en su cabaña y rompieron o robaron sus cosas necesarias. Destruyeron sus botes, y cuando estaba al borde de la inanición no le vendían comida a este valiente moravo. Terrible era su condición; empequeñecidos en cuerpo, estaban aún más empequeñecidos en alma. Las madres lamían a sus hijos como un gato a sus gatitos, y se revolcaban como cerdos en su inmundicia. Después de ocho años, Beck estaba traduciendo la Biblia, y los nativos tenían curiosidad por ver cómo el papel podía oír, recordar y repetir la Palabra de Dios. Les leyó la historia de la cruz. El milagro se obró, y los corazones de piedra se quebrantaron. Kayarnak se acercó y le dijo a Beck con rostro y voz patéticos: “¿Cómo es eso? Cuéntamelo una vez más. Yo, también, quiero ser salvo”. Las lágrimas corrían por el rostro de Beck al pensar que después de estos años había un indagador. Contó la historia una y otra vez. Kayarnak vino día tras día. Pronto veinte vinieron con él. En la Pascua de 1739, él, su esposa y dos hijos fueron bautizados. Se convirtió en predicador y enseñó al misionero a depender, no de la lógica sino de la historia de la cruz. En 1747, veinticinco años después de que Egede hubiera desembarcado, se construyó la primera iglesia para los trescientos miembros. Los trabajadores escribieron en ese tiempo: “Una corriente de vida se derrama ahora sobre este pueblo. Mientras hablamos o cantamos de los sufrimientos de Jesús, ... lágrimas de amor y gozo ruedan por sus mejillas” (*New Acts of the Apostles*, p. 215).

En 1828 en la lejana Birmania, Adoniram Judson había estado trabajando muchos años con muy poco éxito. Él escucha hablar de los karen muy en el interior. El único hombre karen que pudo encontrar fue Kho-Thah-Byu, un esclavo de cincuenta años de edad. De joven había sido torpe, vicioso y brutal. De hombre había asesinado a treinta hombres por su propia mano. Judson pagó su rescate y lo llevó a su propia casa. Su mente oscurecida fue por fin iluminada por la historia de la cruz. Fue bautizado y fue inmediatamente a su pueblo a predicar. Durante doce años hizo giras itinerantes de entre una semana a seis meses entre los seiscientos mil karen. Pueblos enteros se convirtieron, y hoy hay cuarenta mil cristianos nativos karen como resultado casi en su totalidad de la predicación de Kho-Thah-Buu, un resultado superado solo en los anales de las misiones por el trabajo en las Islas de los Mares del Sur. Y este es un testimonio de su predicación: “Buscó en cada sermón dar prominencia a la muerte vicaria de Cristo. Y el resultado fue que un número mayor de conversos entendió la justificación por la fe de lo que podría encontrarse entre un número igual de cristianos en una tierra cristiana”.

El Rev. Henry Richards da esta experiencia en Banza Manteke, en África. Durante cuatro años trabajó en vano, enseñando a la gente acerca de Dios como Creador, que Él era bueno y ellos eran pecadores. Fue a casa para unas vacaciones, y mientras estuvo allí, se le aconsejó que predicara la ley cuando regresara. Al regresar, tradujo los mandamientos. Ellos dijeron que los diez mandamientos eran muy buenos y que los guardaban todos. Completamente desanimado, se volvió a la Palabra de Dios y pronto quedó profundamente impresionado con “predicad el evangelio”, no la ley o los mandamientos, sino el Evangelio. Si iba a predicar a Cristo crucificado, ellos querían saber quién era Jesús. Así que comenzó a traducir a Lucas y a leerse a ellos. Le fue muy bien hasta que llegó al capítulo 6:30, “A cualquiera que te pida, dale”. Aquí quedó perplejo, porque estos hombres eran mendigos notorios. Para tener tiempo de pensar, los hizo retroceder para un repaso de dos semanas. Después de batallar sobre lo que decían los comentarios y lo que el sentido común diría que era la explicación de este versículo, decidió que significaba exactamente lo que decía. Así se lo leyó a los nativos, diciendo que este era un alto estándar de vida pero que él tenía la intención de practicar lo que predicaba. Por supuesto, le tomaron la palabra, además de tomar casi todo lo que tenía. Un día escuchó casualmente una conversación. Un nativo le dijo a otro: “Obtuve esto del hombre blanco”. El otro respondió que él, también, iba a pedir cierto artículo, sobre lo cual un tercero dijo: “No, cómpralo. Este debe ser el hombre de Dios, porque nunca hemos visto a nadie como él”. Al fin llegaron a la historia de la cruz. Él dijo: “¿Dicen que no son pecadores? Ahí está Jesús muriendo por ustedes. Él nunca hizo nada malo, sino que murió por sus pecados y por los míos”. Después de siete años, la batalla fue ganada por la historia de la cruz, y ahora hay mil quinientos cristianos en la iglesia en Banza Manteke. (*New Acts of the Apostles*, p. 273; *Ecumenical Conference Report*, II, 93).

Hace treinta años, en la ciudad de Mukden, con su población de 400.000 habitantes, había una pequeña capilla en la calle. Cuando ninguna otra cosa podía alcanzar a esos impasibles chinos, la historia de la cruz, los sufrimientos de Jesús, los alcanzaron cuando fueron contados por el ignorante “Viejo Wang”, el empedernido fumador de opio convertido. Hace treinta años había en el registro de la iglesia presbiteriana en Manchuria tres miembros; hace cuatro años había en Manchuria, ganados en su mayoría desde Mukden como centro, veintisiete mil cristianos presbiterianos. ¿Les gustaría conocer el secreto de esta obra notable? “Para ganar a los chinos para el cristianismo, todos los demás métodos concebibles combinados no pueden compararse en eficiencia con la predicación pública. ... Pero, por más que la embarcación del predicador sea llevada en todas las direcciones por el flujo o el reflujo de las inclinaciones de sus oyentes, aunque suba y baje en las olas de mil temas diversos, y por larga que sea su cadena, el ancla debe estar siempre sujeta de manera inamovible a lo que se conoce como la cruz de Cristo. La misericordia y el amor de Dios, tal como se revelan en la vida y se confirman en la muerte de su Hijo, deben ser el centro en torno al cual gire y se base toda la predicación. Esta es la gran verdad central sobre la cual se ha fundado la iglesia en Manchuria” (Ross, *Missionary Methods in Manchuria*, p. 332).

Tal es el testimonio del poder de la cruz de testigos muy distantes y diferentes. La conclusión extraída por el profesor escocés y por el misionero en China es una y la misma. “No hay nada en el mundo”, dice el

Prof. Denny, “tan universalmente inteligible como la cruz” (*Death of Christ*, p. 200). Y el Dr. Ross desde China dice: “La cruz de Cristo con sus doctrinas implícitas satisface el alma del chino. es la respuesta inteligente del amor al clamor de su corazón angustiado” (*Missionary Methods in Manchuria*, p. 90). Nada más impresionantemente, que la predicación de la cruz a toda criatura y su aceptación por ellos, nos demuestra de manera tan concluyente que nuestro Evangelio es un Evangelio eterno; que el poder y la necesidad de la sangre de Cristo para salvar nunca pasan de moda.

Esta historia de la cruz se abre paso entre todos los pueblos porque es la antigua, antigua historia. Es más antigua que Wesley, más antigua que Calvino, Agustín, Pablo, Moisés o Abraham. Es tan antigua como Dios, esta historia de “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”. [Apocalipsis 13:8]

¿Han oído hablar alguna vez de una misión unitaria? Es posible que sí. Entonces, ¿han oído alguna vez de una misión unitaria teniendo un avivamiento en una tierra pagana? Yo nunca lo he hecho. Y la razón es que no tienen ninguna cruz, ninguna expiación que predicar. Cuando ustedes roban la cruz, quitan la corona de las misiones. Cuando ustedes desprecian la sangre del Calvario, habrán estrangulado las misiones.

De alguna manera siento que Pedro a menudo regresaba, al menos en pensamiento, a aquel patio donde negó a su Señor. Y mientras estaba allí renovaba sus votos, pidiendo a Dios que le ayudara a nunca más negar ni abandonar a su Salvador. Y de alguna manera siento que nosotros, los que hemos estado negando el poder de la cruz en nuestra predicación, deberíamos volver a los lugares donde hemos expuesto así el sacrificio de nuestro maestro a una vergüenza pública, confesar nuestro pecado, y prometer allí ser fieles en exaltar a “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. [Juan 1:29]

II. El Espíritu Santo y las Misiones

Cada época tiene su propia prueba de fidelidad. En los tiempos del Antiguo Testamento, la prueba era la unidad de Dios. Después de que Cristo vino, la prueba era el Hijo de Dios como divino Salvador y rey. La prueba para la iglesia de hoy en día es su disposición para aceptar al Espíritu Santo como el administrador divino del reino de Dios en este mundo, el Dr. Steele tiene razón cuando dice: “El conservador de la ortodoxia en cada época sucesiva es el Espíritu Santo”. Y si la iglesia es apóstata hoy en día en un lugar más que en otro, es en no entronizar al Espíritu Santo. Es en los campos misioneros y en la obra misionera donde esto se hace de la manera más cercana, y allí Dios está honrando a los que le honran.

En primer lugar, el Espíritu Santo debe ser entronizado como administrador y director. “Su tiempo no es menos importante que su camino”. La iglesia nunca ha sido capaz de seleccionar el tiempo y el lugar adecuados para el trabajo. A medida que leemos los “Hechos de los Apóstoles” sentimos que son los “Hechos del Espíritu Santo”. Los presagios de las misiones extranjeras fueron cuando el Espíritu Santo dirigió a Felipe hacia el eunuco y a Pedro hacia Cornelio. Y el primer acto en el drama mundial de la conquista cristiana fue cuando en la iglesia en Antioquía “dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. [Hechos 13:2] Y ningún misionero de los tiempos modernos ha tenido éxito sin haber salido bajo una ministración semejante del Espíritu Santo como director.

El hecho de que Pablo fuera apartado de Asia y Bitinia por el Espíritu Santo, porque los corazones en Europa estaban listos para el Evangelio, puede ser comparado una y otra vez con la administración del Espíritu en las misiones modernas.

Cuando Judson fue a la India y desembarcó en Calcuta, la Compañía de las Indias Orientales le prohibió desembarcar. Sintiendo seguro de que había sido llamado al campo misionero, se retiró a la Isla de Francia, y un año después fue a Madrás, donde tampoco pudo quedarse. El único lugar abierto era Rangún, en Birmania, el último lugar al que deseaba ir. Pero fue, guiado por el Espíritu, o más bien, compelido por

el Espíritu, en contra de sus deseos y juicio. Birmania estaba lista. Judson no lo sabía, pero el Espíritu sí, como lo testifica la obra pentecostal que siguió:

No tengo ninguna duda de que la sorpresa de Felipe y Pedro fue grande cuando el eunuco y Cornelio fueron hallados tan maravillosamente preparados por el Espíritu para recibir el mensaje. En 1820, cuando el barco “Thaddeus” recogió velas en el puerto de Oahu con dieciocho misioneros a bordo para comenzar la lucha contra el canibalismo y el paganismo en las Islas Hawaianas. cuál fue su sorpresa cuando Obookiah, su muchacho nacido en el lugar, que había ido a tierra en un bote, regresó trayendo esta noticia: “Los ídolos de Oahu ya no existen”. Y así fue. Antes de que los misioneros hubieran desembarcado, el Espíritu Santo había movido al rey pagano y a los sacerdotes a destruir todos los ídolos paganos.

¡Cómo se mueve Dios sobre los corazones de comunidades enteras mediante el Espíritu Santo en respuesta a la oración de un hombre devoto! El 7 de noviembre de 1837, Titus Coan había estado trabajando dos años en Hilo, en las Islas Hawaianas. Unos diez mil nativos de las tribus circundantes habían acudido para escuchar el Evangelio. Sus pequeñas cabañas bordeaban la costa, y unos seis mil se apiñaban en el rústico edificio de la iglesia a la hora del servicio vespertino. De repente, el mar, movido por una mano invisible, comenzó a rugir y la ola volcánica cayó sobre la gente, arrastrando a cientos hacia el mar. ¡Qué noche tan terrible fue esa! Pero, por poderoso que fuera el mar, no se podía comparar con las olas del Espíritu que se volcaron sobre aquel pueblo. Durante todo el día siguiente, aunque el mar estaba devolviendo a sus muertos uno por uno, la reunión continuó, y el reino de las tinieblas entregó a sus víctimas por centenares. Tan poderosa fue esta obra del Espíritu que el primer domingo de julio de 1838, el Sr. Coan, en aquella tarde, bautizó a 1.705 hombres, mujeres y niños, y unos 2.400 comulgantes se sentaron a la mesa del Señor. Durante los tres años siguientes, mientras el Espíritu se movía continuamente sobre la gente, 7.382 personas fueron recibidas en la iglesia de Hilo. Y durante sus treinta y cinco años de trabajo allí, el Sr. Coan bautizó con sus propias manos a 11.960 conversos.

De alguna manera, estos “nuevos hechos de los apóstoles” conmueven extrañamente nuestros corazones, incluso cuando leemos sobre ellos. El propio Espíritu parece respirar a través del relato, como a través del libro de los Hechos, dándole vida. ¡Qué debe ser entonces estar presente en tal atmósfera donde se desarrollan tales escenas! No nos sorprende que el obispo Foster diga sobre la primera reunión de oración a la que asistió en una estación misionera, que nunca vio una presencia tan manifiesta de Dios en una reunión de oración a mediados de semana. Y su asombro creció cuando le dijeron que esta no era una excepción, ¡sino que todas eran así! Y el obispo Foss, después de asistir a una reunión campestre al pie de las montañas del Himalaya, escribe: “Nunca en mi vida, en ningún período del fervor de las antiguas reuniones campestres, he escuchado más sermones, y exhortaciones, y oraciones, y experiencias sobre el tema del don del Espíritu Santo” (*Cleveland Missionary Convention*, p. 209).

“Hermanos míos, hemos desaprendido al Espíritu Santo”. Estas palabras son ciertas. Aquel que fue el inspirador de los primeros misioneros; que una y otra vez ha despertado a la iglesia de su letargo y le ha señalado el deber aún no cumplido; que hoy está dando pruebas de su poder para dirigir y obtener resultados, a este Espíritu Santo lo hemos ignorado, si no olvidado. Nosotros, aquí en nuestro país, no nos hemos dado cuenta, como sí lo han hecho los misioneros, de que la vida que “nació de arriba” también debe ser dirigida desde arriba; que la iglesia con un comienzo sobrenatural debe tener un liderazgo sobrenatural; que así como Cristo fue necesario, por su expiación, para encaminar los pies de los hombres en el camino de la vida, así el Espíritu Santo, al conocer la voluntad de Dios, es necesario para mantener a los hombres cantando y triunfando en ese camino. Desde muchos campos misioneros, que rinden abundantes cosechas, el Espíritu Santo nos está llamando aquí en nuestro país a cederle el derecho de paso, prometiendo convencer a los hombres de pecado, de justicia y de juicio, y tomar de las cosas de Cristo y hacérselas saber a nosotros y a muchos.

III. La Oración y las Misiones

La oración precedió al Pentecostés. La oración precedió a que Dios levantara a los obreros necesarios. La oración precedió al envío de los primeros misioneros. La razón dada para nombrar diáconos fue que los apóstoles pudieran entregarse a la oración. Todo hombre o mujer que ha sido poderoso en el campo misionero, primero ha sido poderoso de rodillas ante Dios. En muchos “apartamientos”, en decenas de temporadas de “toda la noche”, una y otra vez, en muchos Getsemaníes, él tiene comunión con el maestro, y capta su Espíritu. El espíritu del verdadero misionero es el de Neesima, de Japón, cuando dijo: “Debemos avanzar de rodillas”.

Los nueve hijos del Sr. y la Sra. John Scudder de la India han entregado sus vidas al servicio misionero en esa tierra: siete hijos y dos hijas. Esta sola familia ha dado un total de quinientos treinta años de servicio misionero continuo para la India. La única explicación es la que dio el Sr. Scudder: “Los niños fueron literalmente introducidos en el reino por medio de las oraciones de su madre”. Ella acostumbraba pasar el cumpleaños de cada hijo orando por él durante todo el día.

Allí está Eliza Agnew, durante cuarenta y tres años misionera en Oodooville, Ceilán. Durante todo ese tiempo nunca regresó a Inglaterra, ni una sola vez tomó unas vacaciones. “No tengo tiempo”, decía ella. Es llamada “la madre de mil hijas”, habiendo enseñado a las hijas y nietas de sus primeras alumnas. Cuando ella murió, se descubrió que de las mil niñas que habían pasado por completo por la escuela, ni una sola volvió a su hogar siendo pagana. Al igual que su Salvador, ella podría decir: “De los que me diste, no perdí ninguno”. Y solo de esa escuela, mientras estuvo bajo el cuidado de la Srta. Agnew, más de seiscientas niñas salieron a llevar la luz del Evangelio a los hogares zenana de la India. ¿El secreto? ¡Ella pasaba literalmente horas cada día orando por las niñas por su nombre! “Yo conozco mis ovejas, y las mías me conocen... y a sus ovejas llama por nombre”.

En Japón, desde abril de 1900 hasta mayo de 1902, hubo oración continua y unida por parte de los cristianos en todo el reino. En mayo de 1902, estalló el avivamiento, y durante el año se añadieron a la iglesia de cuarenta mil cristianos nativos veintisiete mil conversos en respuesta a esa oración. En respuesta a la oración por la Misión al Interior de China, el Dr. Schofield, después de ganar siete mil quinientos dólares en premios por becas en colegios ingleses, se entregó a la obra médica en China. Trabajó solo tres años antes de ser “llamado más arriba”; pero durante ese tiempo su esposa nos cuenta que a menudo lo escuchaba orar en su estudio para que Dios impulsara a jóvenes de las universidades inglesas a trabajar en China. Su temprana muerte fue lamentada y no comprendida. Cristo murió a los treinta y tres años, después de solo tres años de trabajo y oración. Un año después de la muerte del Dr. Schofield, los “siete de Cambridge” salieron al campo. Antes de ir a China, hicieron una gira por los colegios de Inglaterra y Escocia, y conmovieron la vida estudiantil de toda Gran Bretaña por Dios y las misiones. Hoy en día, uno es obispo en el oeste de China, uno es superintendente auxiliar de la Misión al Interior de China, uno es un misionero pionero en el Tíbet, y todos los demás son obreros útiles.

La iglesia del Dr. Gordon, en Boston, daba cinco mil dólares anuales a las misiones. Un día el Dr. Gordon dijo en el púlpito: “No es suficiente; sigamos usando todos nuestros planes y agencias que han tenido éxito en el pasado. Pero además, en la Escuela Dominical, en la Sociedad de Jóvenes del Esfuerzo Cristiano, en las organizaciones misioneras, en el altar familiar, en secreto, en el servicio público, oremos para que Dios nos capacite para hacer más generosamente por esta gran causa”. El resultado: al año siguiente dieron más de diez mil dólares a las misiones, ¡solo el Esfuerzo Cristiano dio mil seiscientos dólares!

¿Nos detenemos a menudo a pensar que una de las organizaciones misioneras más poderosas de nuestros días ha sido traída a la existencia por medio de la oración? Escuchen la historia:

J. Hudson Taylor, fundador de la Misión al Interior de China, fue un hijo dado en respuesta a la oración de un padre pidiendo que se le diera un hijo que pudiera evangelizar a los millones de habitantes de China.

Este hijo nos cuenta que, cuando era joven, “Dios me dijo: ‘Hijo mío, voy a evangelizar el interior de China, y si te gustaría caminar Conmigo, lo haré a través de ti’”. Mientras aún estaba en Inglaterra, fue guiado a creer en las posibilidades ilimitadas de la oración. Él nos cuenta que se dijo a sí mismo: “Cuando llegue a China, mi única exigencia será a Dios. ... Qué importante es, por lo tanto, aprender antes de dejar Inglaterra a mover al hombre a través de Dios por medio de la oración solamente” (“Misión al Interior de China”, p. 66). Se toma la decisión de abrir la misión. Durante meses Hudson Taylor ha estado llevando la carga de la China no evangelizada. Pero la carga mucho mayor es que no puede confiar y orar para que Dios levante obreros para China y los sostenga. Parece que su vida se extinguirá bajo esa terrible tensión. Va a Brighton, junto al mar, en busca de alivio. Allí en la playa, en una brillante mañana de domingo en junio, lo vemos confiando plenamente en Dios, y la carga se levanta. Entonces fue cuando en el margen de su Biblia hizo un pequeño apunte, que debería ser por siempre memorable en los anales de las misiones: “Oré por veinticuatro obreros dispuestos y capacitados en Brighton, el 25 de junio de 1865. El conflicto había terminado todo. La paz y la alegría llenaron mi alma” (*China Inland Mission*, p. 224). Este número y más zarparon hacia China.

En el otoño de 1881, en Wu Chang, los misioneros del Interior de China se reunieron para encontrarse con Hudson Taylor. Los fondos eran escasos. Habían pasado cinco años desde la Convención de Chefu, que abrió cada provincia al misionero, y esta banda heroica había entrado en cada provincia. Ellos dijeron: “Dios ha abierto las puertas a tierras antes selladas; ¿por qué son tan pocos los obreros?”. La respuesta llegó: “Ustedes han sido definidos en la oración para que las puertas se abran; ¿por qué no ser definidos en la oración para que los obreros entren por ellas?”. Conscientes de su fracaso, esta pequeña compañía se sienta, cada uno con lápiz y papel. Repasan las once provincias del interior de China, preguntando qué debe tener la obra de Dios. ¡Veintiocho mujeres y cuarenta y dos hombres, exactamente setenta en total! Allí están, un pequeño grupo, pobre, sin influencia, apenas conocido fuera de Inglaterra, aunque conocido, creemos, por Dios y todos sus ángeles en las alturas. Toda la fuerza de trabajo, después de quince años de labor, ahora es menos de un centenar. ¿Cómo podrían pedir setenta? Pero aquí estaba la necesidad. Dios les había enseñado, así lo creían plenamente, a orar como debían. No se atrevían a pedir menos y seguir creyendo en Dios, el Padre Todopoderoso. Oraron por setenta, también “por grandes refuerzos para todas las sociedades evangélicas”. Pero no podían atender adecuadamente a tantos en una sola temporada, así que pidieron que fueran enviados durante 1882, 1883 y 1884. Más tarde fueron guiados a orar para que Dios guiara a algunos de sus mayordomos ricos para hacer espacio para una gran bendición para él y su familia dando generosamente de sus bienes para este propósito especial. Uno dijo: “¿No sería maravilloso si de aquí a tres años todos los que estamos aquí pudiéramos reunirnos y dar gracias cuando el último de los setenta haya llegado a China?”. Claramente eso no podría ser. “¿Por qué no tener la acción de gracias esta noche en la que todos podamos unirnos?”, dijo uno; y así fue, regocijándose por lo que habían tomado de Dios por fe. Antes de que terminara el tiempo, setenta y seis obreros estaban en el campo, y en febrero de 1882, la familia Berger, de Inglaterra, dio tres mil libras: quince mil dólares. Cinco mil dólares por el padre, cinco mil por la madre, mil por Mary, mil por Rosie, mil por Bertie, mil por Amy, mil por Henry. “Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”. [Efesios 3:20]

Una vez más, en noviembre de 1887, el Sr. Taylor y otros se reunieron en Nanking para considerar la necesidad. Fueron guiados a pedir cien misioneros y diez mil libras adicionales durante 1888. ¡Además, fueron guiados a pedir que el dinero llegara en grandes sumas, para que su personal de oficina no se viera sobrecargado al acusar recibo! Resultados: cien nuevos misioneros llegaron durante 1888, y no \$50,000, sino \$55,000 adicionales en once donaciones separadas, siendo la menor de \$2,500 y la mayor de \$12,500. Esta misión permanece allí hoy en día como un ejemplo de obra iniciada en oración, confiando enteramente en la oración para hombres y medios. Podemos decir lo que queramos sobre esquemas visionarios, pero aquí hay frutos visibles. ¡Piensen en esta historia! ¡No en los tiempos apostólicos, sino en este ajetreado, concurrido y materialista siglo veinte!

La oración es el poder más grande en nuestras manos hoy. ¿Acaso no es un gran pecado que no utilicemos este talento de todos los talentos? ¡Qué bendiciones nos estamos reteniendo a nosotros mismos, a la iglesia y a las misiones al no orar! Si, como el pastor Gossner, pudiéramos aprender a “tocar la campana de oración en lugar de la campana del mendigo”, podríamos tener su éxito: cien misioneros enviados al campo que reunieron treinta mil conversos antes de su muerte a los sesenta y tres años, y ser dignos de su epitafio: “Él oró para que estaciones misioneras cobraran vida y misioneros llegaran a la fe; oró para abrir los corazones de los ricos, y oro desde las tierras más distantes”. Pero la oración es un ejercicio costoso, y esta es posiblemente la razón por la que tan poca gente se atreve a orar realmente en serio. Si oran con fervor durante un año por China, sentirán que deben ir. Si su iglesia ora con fervor durante un año por China, duplicará su ofrenda misionera. Si en el altar familiar un padre y una madre suplican con fervor por la India o África, Dios les pedirá un hijo o una hija para el servicio lejano. Si comprometemos el precio, podemos reclamar el poder. ... La imagen de mi niñez era la de Atlas sosteniendo el mundo sobre sus hombros; pero la imagen para el niño y la niña, para el hombre y la mujer, para el ministro y el misionero de hoy, es Cristo llevando el mundo en su corazón. Sabemos que el mundo con el hombro de Atlas debajo de él es un mito, pero el mundo con el corazón de Cristo debajo de él es la realidad más poderosa de todas las épocas.

Capítulo 65 La Denominación “Ciencia Cristiana”

Por el Rev. Maurice E. Wilson, Doctor en Teología
Dayton, Ohio

Uno de los observadores más perspicaces de Estados Unidos ha hecho la observación de que “la razón por la que tantos nuevos ismos están surgiendo constantemente es porque el viejo Evangelio es muy difícil de vivir”. La gente está buscando una vida cómoda aquí, y un camino fácil hacia el cielo. Están escudriñando la tierra y el cielo en busca de un camino real. La lucha contra el pecado que exige el Evangelio es una lucha feroz y amarga; y muchos hombres y mujeres buscan ansiosamente una vía de escape, deseando ser “llevados a los cielos en floridos lechos de comodidad”.

Este deseo se encuentra en la base de la Ciencia Cristiana. Su principio fundamental es que el pecado y la enfermedad no tienen existencia real. Pueden ser desterrados mediante un proceso de pensamiento. No hay materia; la mente lo es todo. Y, en proporción al progreso del individuo en este credo, todas las cosas desagradables y molestas desaparecen.

Las proposiciones básicas de la Sra. Eddy son cuatro en número, y se expresan así en sus propias palabras: “Primero, Dios es todo en todo. Segundo, Dios es el bien, el bien es mente. Tercero, el Espíritu, siendo todo, nada es materia. Cuarto, la vida, Dios, el bien omnipotente, niegan la muerte, el mal, el pecado, la enfermedad. La enfermedad, el pecado, el mal, la muerte, niegan el bien, al Dios omnipotente, la vida”. (*Ciencia y Salud*, p. 113).* ¡Inconsciente del absurdo del asunto, ella plácidamente nos dice que puesto que estas declaraciones pueden leerse tanto hacia atrás como hacia adelante, esto es una prueba de que son verdaderas! “La metafísica divina ... prueba la regla por inversión”. En cuanto a su valor se refiere, estas cuatro proposiciones bien podrían leerse perpendicularmente, u oblicuamente. Y por el mismo método de argumentación, sería fácil probar que los ángeles, arcángeles, querubines y serafines, son mariposas, lagartijas, conejillos de indias y caballos.

* (NOTA: Todas las citas de *Ciencia y Salud* en este artículo son de la edición [en inglés] de 1903).

No es necesario en este artículo repasar la vida de la Sra. Eddy o discutir su personalidad. Es interesante como el estudio de un personaje excéntrico, pero el aspecto personal de este tema es un aspecto menor. Al buscar las enseñanzas exactas de este ‘ismo’, naturalmente nos dirigimos a la fuente y origen de todo ello, el libro de texto, *Ciencia y Salud*. Este libro es para la Ciencia Cristiana todo lo que Blackstone es para el abogado, o la farmacopea para el médico –y mucho más– porque nunca un grupo de personas aceptó las declaraciones y decretos de un superior de manera más servil que como los discípulos de este culto aceptan los de su fundadora.

Está fuera de discusión, por supuesto, considerar todas las enseñanzas o posturas de *Ciencia y Salud*, y otros escritos de la Sra. Eddy. Eso requeriría más espacio del que *LOS FUNDAMENTOS* pueden darle al tema. Examinar solo unos pocos de sus principios subyacentes será suficiente, si se puede demostrar que estas afirmaciones son contrarias a la Palabra de Dios y a la experiencia y al sentido común de la humanidad, todo el asunto debe ser rechazado como indigno de confianza. No solo esto, sino que se le debe oponer y combatir agresivamente como un error pestífero.

Ahora bien, *Ciencia y Salud*, con *Clave de las Escrituras* trata temas como la oración, el matrimonio, la expiación y la eucaristía, el magnetismo animal, la ciencia, la teología, la medicina, la fisiología, la creación y el espiritismo. Y estos capítulos están tan absolutamente desprovistos de un arreglo lógico, o de secuencia natural, como si hubieran sido sacudidos en una bolsa y sacados por un hombre ciego.

En lugar de ofender el sentido lógico del lector, ofenderé al libro en sí mismo, y seleccionando algunos de estos temas los consideraré en su orden apropiado.

“Dios”

¿Qué enseña la Sra. Eddy con respecto a Dios? Bueno, por un lado, que Dios no es una persona. Él es “Principio”; y del mismo carácter impersonal que el “principio de las matemáticas”. Esa es su propia analogía: “el principio de las matemáticas”. Esta declaración es iterada y reiterada con intensa positividad. Dios, además, es el único principio.

La Sra. Eddy niega ser panteísta. Esto al principio es de lo más asombroso; pero cuando nos dirigimos a su definición de panteísmo entendemos su negación. El panteísmo, nos dice ella, es “una creencia en la inteligencia de la materia”. (p. 129, *Ciencia y Salud*). Desde que las aguas comenzaron a correr, el mundo nunca escuchó una definición tan maravillosa de panteísmo. Incluso el propio Spinoza no era panteísta según esta interpretación de la palabra. Pero en la medida en que en la Ciencia Cristiana “no hay materia”, y “la mente lo es todo”, y “no hay más mente que Dios”, las personas sensatas solo pueden llegar a una conclusión. Tenemos aquí un panteísmo absoluto.

La autora nos dice: “No hay más que un Yo o Nosotros”. ¡”No hay más que un Yo o Nosotros”! La Sra. Eddy declara que la Ciencia Cristiana limpió completamente su mente de todas esas cosas triviales como la gramática. Ciertamente lo parece. De nuevo, se nos dice que “Dios es el único Ego”.

Tal vez los adherentes de este culto le creen a su fundadora cuando ella niega que es panteísta, pero nadie más le cree. El Dios de la Ciencia Cristiana está irremediablemente enredado en las mallas de su propia creación. Él está aprisionado como la savia está aprisionada en el árbol.

“La Oración”

En consecuencia, las enseñanzas de *Ciencia y Salud* descartan toda necesidad y toda posibilidad de oración. Si Dios es solo “Principio”, uno bien podría orarle al “principio de las matemáticas”, o a la afinidad química, o a la Constitución de los Estados Unidos.

Hay un capítulo entero dedicado a la “oración”. Pero no es en absoluto una oración cristiana. La oración de la Sra. Eddy es virtualmente un soliloquio, o un intento de autosugestión. Y este tipo de oración, se nos dice, “será contestada, en la medida en que pongamos nuestros deseos en práctica”.

Puede valer la pena notar algunos bocados selectos de este capítulo. “El deseo es oración”, y luego, a modo de ataque a los cristianos del mundo, se nos informa que “el hábito de suplicar a la mente divina, como uno le suplica a un ser humano, perpetúa la creencia en Dios como circunscrito humanamente”. ¿Es eso un hecho, o una falsedad? ¿Creen los hombres y mujeres cristianos mientras se acercan a su Padre celestial que Él está “circunscrito humanamente”? ¿Se le ocurre alguna vez semejante pensamiento a cualquiera de nosotros que haya vivido en algún sentido verdadero una vida de oración?

Más tarde nos topamos con la afirmación de que la oración, tal como la entiende el pueblo cristiano de los últimos 1900 años, “implica la vana suposición de que no tenemos nada que hacer más que pedir perdón, y que después seremos libres de repetir la ofensa”. Pregunto de nuevo, ¿es eso un hecho o una falsedad? La autora o bien sabía que esa declaración era falsa, o no lo sabía. Si lo sabía, entonces tenía la intención de vilipendiar a los hombres y mujeres piadosos que durante todas estas generaciones han levantado manos santas de oración en el nombre de Cristo su Señor. Si no lo sabía, entonces es evidente que su capítulo sobre la oración es un tejido de tergiversaciones tejido a partir de la ignorancia, y tiene tan poco valor como el resto del libro.

No hay lugar dentro de los confines de la Ciencia Cristiana para la oración: “Dios, sé propicio a mí, pecador”, una oración que, nos dice nuestro Señor mismo, hizo que el publicano descendiera del templo perdonado y justificado. No hay lugar para ella porque se nos dice claramente que “el principio no perdona”. Ella está en contra de la “oración audible”, como la llama. Y habiendo revisado y expurgado interminablemente, sin sentido y sin conciencia, su supuesta revelación divina, insiste en que nosotros, los que no somos sus discípulos, adoramos a un “Jehová corpóreo”.

Encontró imposible mantener sus manos alejadas incluso del Padre Nuestro. Cada día de reposo en cada una de sus congregaciones, su versión del Padre Nuestro se lee en voz alta, frase por frase alternadamente, con aquella versión que le debemos a Jesucristo. La audiencia, dirigida por uno de los lectores, recita la versión cristiana; y el otro lector recita la jerga de la Sra. Eddy, en la cual se dirige a Dios como “Nuestro Padre-Madre Dios, todo armonioso”. (*Ciencia y Salud*, p. 16). Como ha dicho otro, las oraciones alternadas producen una náusea bien marcada, casi física, como si uno hubiera sido sumergido de repente en aire viciado. “La dificultad es quedarse quieto; resistir el anhelo de escapar, de salir a la calle, a cualquier lugar para limpiar la mente de estas puerilidades sacrílegas”. Puedo corroborar esto por experiencia.

Como la Ciencia Cristiana es claramente anticristiana en sus puntos de vista sobre Dios, también es anticristiana en sus puntos de vista sobre la oración.

“El Pecado y la Expiación”

Luego está el gran hecho del pecado. Con respecto a este tema, también, la enseñanza de la Sra. Eddy es panteísta. Equivoca todo el propósito de la venida de Cristo al mundo. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”. “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. Sabemos muy bien que el mayor impedimento para el progreso del hombre no es la enfermedad, sino el pecado.

Y, sin embargo, en el libro de texto de la Ciencia Cristiana se nos dice que “La única realidad del pecado es el terrible hecho de que parece real para la creencia humana, hasta que Dios le quita su disfraz”. “El pecado es una ilusión”, se nos informa. Y así este esquema busca salvar al pecador convenciéndolo de que no es un pecador, ¡a menos que él mismo lo crea! Lo cual es otra marca distintiva del panteísmo. El panteísmo excluye necesariamente la posibilidad del pecado. Y esta moderna suma sacerdotisa de 60.000 estadounidenses hace lo mismo. Si nuestra razón es la razón de Dios, nuestra inteligencia es la inteligencia de Dios, nuestra actividad es la actividad de Dios, por supuesto que no podemos pecar. Si Dios es Mente, y el hombre es “la plena expresión de la Mente” (como dice *Ciencia y Salud*), no hay nada en nosotros que no sea Dios. Dios es Dios en el apóstol Juan o en el emperador Nerón, en Phillips Brooks o en John Wilkes Booth. “Dios es todo en todo. Dios es bueno. Por lo tanto todo es bueno”. ¡Por lo tanto nada es malo!

Ahora bien, esto no solo es falso, sino que es pernicioso en el más alto grado. Este es exactamente el tipo de doctrina que las personas desequilibradas —me refiero a moralmente desequilibradas— estarán más que complacidas de acoger. Por cada persona que se persuade seriamente de que su dolor de cabeza no es un verdadero dolor de cabeza, se pueden encontrar veinte más que felices de persuadirse a sí mismas de que sus pecados no son verdaderos pecados. Solo tengo un nombre para la enseñanza que niega el pecado y declara que el vicio es una ilusión: no es ni más ni menos que veneno moral. Afrontemos los hechos. A todos nos gustaría saber que el pecado es solo un mal sueño, como enseñaba el brahmanismo, y del cual descubriremos que fue un sueño cuando despertemos. Los hombres darían casi cualquier cosa por ser liberados del sentido del pecado como una temible realidad, porque los hace sentir incómodos; interfiere con su paz mental. Ser liberado de la aguda incomodidad de la vergüenza, el remordimiento y el autodesprecio, sería seguramente más deseable para todos los hombres de carácter elevado que ser curados de cualquier úlcera corrosiva que carcome la carne. Y ser liberado así en el nombre de la religión —que se

le diga a uno que puesto que todo es Dios, nada puede ser malo— ofrece un soborno tremendo; un tremendo, pero muy impío soborno. Aceptar esta doctrina es dirigirse directamente al desastre moral. La evolución superior de nuestra raza consiste en la creciente sensibilidad del hombre hacia la distinción entre el bien y el mal, y cualquier cosa calculada para adormecer esa sensibilidad, para borrar esa distinción, es alta traición contra la humanidad. Pretender resolver este problema del mal negando su existencia, enseñar que “no hay voluntad que no sea la voluntad de Dios”, de modo que cualquier cosa que haga el individuo es obra de Dios, es mucho peor que una locura, o que una de las aberraciones de un culto excéntrico; es un crimen contra el universo moral.

En cuanto a la Expiación, o la relación de Cristo con el hecho del pecado, ¡la Ciencia Cristiana nos favorece con la asombrosa declaración de que “La expiación es la ejemplificación de la unidad del hombre con Dios”! La idea de Cristo dando su vida “en rescate por muchos”, de que “por nosotros lo hizo pecado”, aunque Él “no conoció pecado”, es completamente ajena al esquema de la Sra. Eddy. No hay pecado por el cual expiar, y no hay necesidad de pagar un rescate.

Luego, como si no fuera suficiente negar la realidad del pecado y la expiación, la Ciencia Cristiana se entrega a lo que para el cristiano es una blasfemia. Por ejemplo, “El verdadero Logos es demostrablemente la Ciencia Cristiana”. (*Ciencia y Salud*, p. 134). Si eso es así, entonces podríamos leer el primer versículo del Evangelio según Juan de esta manera: “En el principio era la Ciencia Cristiana, y la Ciencia Cristiana era con Dios, y la Ciencia Cristiana era Dios. Todas las cosas por la Ciencia Cristiana fueron hechas, y sin la Ciencia Cristiana nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. ¡También se nos dice que el Consolador, el Espíritu Santo, es la Ciencia Cristiana! Y la Sra. Eddy misma es también el Verbo, y el Consolador, y el Segundo Advenimiento, y la Mujer en el Sol, y el Último Día.

Un lado cómico de esto se nos presenta en la afirmación de que el profeta Elías era la Ciencia Cristiana; ¡así como también lo eran el río Éufrates, y el río Hidekel, y la Nueva Jerusalén! (Ver el Glosario).

“La Cena del Señor”

En relación con todo este tema del pecado y la expiación tratado de esta manera sacrílega, deberíamos considerar por un momento su parodia de la cena del Señor. Ella nos dice que la pascua que Jesús comió con sus discípulos la noche antes de su muerte “fue una ocasión lúgubre, una cena triste”; y que “cerró para siempre el ritualismo de Jesús, o las concesiones a la materia”. ¡Qué contraste entre la última cena de nuestro Señor y su último desayuno espiritual con sus discípulos en las brillantes horas de la mañana, en la gozosa reunión en la orilla del Mar de Galilea! “Esta reunión espiritual con nuestro Señor en el amanecer de una nueva luz, es la comida matutina que los Científicos Cristianos conmemoran”. (*Ciencia y Salud*, pp. 32-35).

“Así es como la Ciencia Cristiana amontona sus insultos sobre el sacramento mismo, el mismísimo corazón y ciudadela de la adoración cristiana. Jesús dice: ‘haced esto en memoria de mí’. Y la Sra. Eddy y sus fáciles víctimas se ponen inmediatamente a hacer otra cosa. ¡No deben pensar ni siquiera en sangre o dolor o muerte, porque todos estos son ilusiones de la mente mortal! No tendrán nada que ver con la cena del Señor, porque es ‘una ocasión lúgubre’. ¡Y siempre deben estar cómodos, capaces de olvidar el pecado y sus consecuencias! ‘Cuanto menos se diga de ellos, mejor’. Ese es su consejo desesperado. ‘pongo mi vida por las ovejas’, dijo Jesucristo, el Hijo de Dios. Fue un error detenerse en eso. ¡La agonía en el Huerto, los azotes, la tortura de la crucifixión, todos fueron errores del sentido pecaminoso!”.

Por lo tanto, es mejor, piensa la Ciencia Cristiana, olvidar esta “cena triste, tomada al final del Día ... con las sombras cayendo alrededor”. (*Ciencia y Salud*, p. 32), y tener un “último desayuno espiritual ... en las brillantes horas de la mañana”. (*Ciencia y Salud*, p. 34). ¡Sin cruz, sin pasión, y una resurrección, no de entre los muertos, sino del sueño, o de un desmayo!

El llamado “Servicio de Comunión” solía celebrarse una vez al año; pero en 1908 fue abolido de la iglesia madre en Boston, porque la multitud resultaba inconveniente. Esa fue la razón asignada, pero en su orden la Sra. Eddy decretó: “Ya no habrá más temporada de comunión en la iglesia madre que ha florecido en belleza espiritual, comunión universal y divina”. De este modo, este “rito muerto”, como ella lo llamó, fue eliminado.

“Resurrección”

Es importante notar lo que la Sra. Eddy tiene que decir acerca de la resurrección de Jesucristo. “Los solitarios recintos de la tumba le dieron a Jesús un refugio de sus enemigos”, donde “Él enfrentó y dominó, sobre la base de la Ciencia Cristiana, todas las pretensiones de la medicina, la cirugía y la higiene”. (*Ciencia y Salud*, p. 44). “Pero no fue un acto sobrenatural”. (*Ciencia y Salud*, p. 34). “Sus discípulos creían a Jesús muerto mientras estaba escondido en el sepulcro; mientras que Él estaba vivo, demostrando dentro de la estrecha tumba el poder del Espíritu para anular el sentido material y mortal”. (*Ciencia y Salud*, p. 34). Cuando “los estudiantes de Jesús ... le vieron después de su crucifixión”, ellos “aprendieron que Él no había muerto”. (*Ciencia y Salud*, p. 46). La Sra. Eddy habla de su condición “después de lo que parecía ser la muerte”, y cita a Pablo de esta manera: “fuimos reconciliados con Dios por la muerte (aparente) de su Hijo”. (*Ciencia y Salud*, p. 46).

Ahora bien, el público no sabe todo esto, o siquiera una pequeña parte de ello, en verdad. Ningún seguidor de la Sra. Eddy, hasta donde he descubierto, menciona jamás estas negaciones masivas e indignantes de la verdad del Nuevo Testamento. Nunca se refieren a estas cosas ni en la plataforma ni en su correspondencia periodística. Por lo tanto, hasta que uno acude a *Ciencia y Salud*, para leer y descubrir por sí mismo, es muy propenso a ser engañado por las descaradas pretensiones de la Sra. Eddy de ocupar un lugar entre los maestros cristianos.

“Sanidad”

A continuación, debemos considerar el asunto de la curación. Es costumbre de los seguidores de la Madre Eddy señalar las maravillosas curas que han sido efectuadas por ellos mismos y sus correligionarios. El objetivo del sanador es persuadir al paciente de que no está enfermo, de que no tiene ninguna enfermedad. Si el caso es un cáncer, se le dice que la inflamación en la carne es causada por la mente mortal; la sede del problema está en el pensamiento, la creencia.

Un hombre bebe veneno y muere; pero no es el veneno lo que lo mata; la creencia viciosa, o la mente mortal, lo envía a su morada eterna. Si tan solo hubiera sido capaz de convencerse a sí mismo de que el veneno era agua pura y cristalina de manantial, no le habría hecho ningún daño.*

* (“Si se traga una dosis de veneno por error, y el paciente muere, aunque el médico y el paciente estén esperando resultados favorables, ¿es la creencia humana, usted pregunta, la que causa esta muerte? Así es; y tan directamente como si el veneno hubiera sido tomado intencionalmente”. *Ciencia y Salud*, p. 177).

¡El bebé cuando emite el primer llanto tiene una creencia “heredada” en el dolor! El caballo, cuando se le deja de pie sin su manta en un crudo día de invierno, se resfría porque existe una especie de convicción universal entre los caballos de que esto sucederá.** ¡Y a esto se le llama “ciencia”! Por supuesto, es tan poco científico como cualquier cosa jamás impuesta a la atención del mundo: una mera mezcolanza de suposiciones ignorantes sin una pizca de prueba. Es la filosofía del idealismo vuelta loca.

** “Incluso puedes educar a un caballo sano hasta tal punto en fisiología que se resfriará sin su manta; mientras que el animal salvaje dejado a sus instintos, olfatea el viento con deleite. La epizootia es una dolencia evolucionada humanamente, que un caballo salvaje podría nunca tener”. (*Ciencia y Salud*, p. 179). Esto no significa que los seguidores de la Sra. Eddy no efectúen curaciones. Sí lo hacen. Pero curaciones igual de asombrosas, y en mucha mayor cantidad, son efectuadas en los santuarios católicos de todo el mundo –en Lourdes, por ejemplo– y por reliquias como las de Santa Ana en la ciudad de Nueva York. Francis Schlatter, en Denver hace unos años, y Alexander Dowie, en Chicago, probablemente superaron con creces a este respecto a cualquier seguidor individual de la Sra. Eddy que alguna vez haya lidiado con los males de los que la carne es heredera –sin exceptuar siquiera a la fundadora de la secta misma. Y, sin embargo, ninguno de estos otros sanadores pensó jamás en negar los hechos del mundo material.

Las pretensiones de la Ciencia Cristiana de curar enfermedades orgánicas se desmoronan bajo las reglas más elementales de la crítica. Que sí cura enfermedades “funcionales”, todos lo admitirán, porque es simplemente una cuestión de sugestión. Nunca ha curado, y nunca curará, ninguna enfermedad, excepto aquellas que han sido curadas una y otra vez por la “terapéutica mental”. Y desde las obras de curación en los templos de Esculapio hasta la época presente, la humanidad ha utilizado, para bien o para mal, la terapéutica mental.

A menudo nos preguntamos por qué la Sra. Eddy y sus seguidores están tan seguros de que Dios es un médico, pero no están dispuestos a confiar en él como cirujano. ¡Ella está lista para entregar en sus manos cada caso de problema estomacal o dolencia hepática; pero para una pierna rota o un hombro dislocado, ella quiere un cirujano!

Me atrevo a repetir que la Ciencia Cristiana no tiene ni un ápice de evidencia para respaldar su teoría de la curación; “ninguna evidencia”, como otro ha dicho, “que no fuera desestimada en el tribunal de policía de más baja categoría”. Sus curaciones no difieren ni en carácter ni en número de las efectuadas por otros, como se remarcó anteriormente. Y todo puede ser explicado por el hecho bien conocido de la influencia de la mente sobre la mente, y de la mente sobre el cuerpo.

El profesor Carpenter, el fisiólogo inglés, hablando de lo que se conoce como “atención expectante”, dice: “Apenas hay una enfermedad en la que no se haya producido una mejora mediante prácticas que no pueden haber tenido otro efecto que dirigir la atención del paciente hacia las partes afectadas, y mantener viva su expectativa segura de una cura”. Pero, como todo el mundo sabe, este método de operación no curará tejidos enfermos, no soldará huesos rotos, ni sanará un trastorno estructural.

Tampoco curará un dolor de muelas permanentemente, como los mismos seguidores de la Sra. Eddy prueban con su clientela al dentista. Cuando uno descubre, como lo he hecho más de una vez, a un devoto seguidor de la Sra. Eddy descansando inquietamente en la silla de un dentista, naturalmente se pregunta a sí mismo ¿si los nervios de los dientes son los únicos nervios que pueden causar dolor?

Hace algunos años, a la Sra. Eddy misma le extrajeron un diente bajo anestesia local. Esto provocó que sus teorías fueran puestas en ridículo en muchos sectores. En su respuesta, ella dio esta ingeniosa explicación: que la creencia del dentista en los medios que empleó era una fuerza mental que se combinó con la suya propia –ejercida en una dirección diferente– y produjo una operación indolora como una “RESULTANTE DE FUERZAS” lógica y matemática. (*Brooklyn Eagle Library*, 1901).

La Ciencia Cristiana, por lo tanto, niega hechos evidentes, y reclama como hechos lo que la experiencia universal prueba ser falso. Sus defensores mismos desmienten su credo todos los días de sus vidas al tratar a sus cuerpos como si fueran reales. Ellos comen y beben, y con el cambio de estaciones cambian el grosor de su vestimenta. La Sra. Eddy declara que “El hombre tiene un cuerpo sin sensación”. (*Ciencia y Salud*, p. 280). Pero aun así “uno no debe demorarse en la tormenta si el cuerpo se está congelando”. (*Ciencia y*

Salud, p. 329). ¿Por qué no? Si el cuerpo “no tiene sensación”, no se verá afectado en lo más mínimo por los grados Fahrenheit, ni hacia arriba ni hacia abajo. De todos modos, la Sra. Eddy insiste en que no hay ni calor ni frío. “El calor y el frío son productos de la mente”.

“Sus Críticos”

Por supuesto, a cada uno que denuncia *Ciencia y Salud* los miembros eruditos de este culto le recuerdan inmediatamente que no entiende el libro; y que será incapaz de entender sus profundidades para siempre hasta que se convierta en un discípulo. Su capacidad mental tendrá que ser ampliada antes de que pueda apreciar las finas distinciones que se encuentran en los eruditos escritos de esta señora. Es divertido. Un hombre, como el general Horatio C. King, por ejemplo, puede haber sido educado en la universidad; puede haber pasado años en la práctica de la profesión legal, y otros años como editor de periódico, y aún otros como autor; puede haber viajado extensamente, y haber sido un estudiante de la Biblia toda su vida; pero si critica *Ciencia y Salud*, es porque no puede entender su filosofía. Un hombre puede estar familiarizado con toda la historia del pensamiento desde Thales hasta Hegel, puede ser capaz de leer la crítica de Kant con cierto grado de placer; puede haber pasado años en la compañía de Spinoza, Descartes, Locke, Leibniz y otros pensadores, pero queda descalificado como crítico a menos que reconozca la vasta superioridad de la Sra. Eddy. Pero si uno está dispuesto a hacer este reconocimiento –incluso si es tan ignorante como la noche de todas las demás cosas– ¡tiene derecho de inmediato a un lugar entre los sabios!

“Números”

La lástima de todo esto es que la jerga de *Ciencia y Salud*, y sus publicaciones afines, es aceptada como Evangelio por más de 60.000 personas en esta tierra iluminada nuestra.

Es bien sabido que la Ciencia Cristiana afirma tener entre uno y tres millones en Estados Unidos. Las cifras oficiales dadas por el Dr. Carroll en el último censo religioso son 85.717. Pero incluso muchos de estos “son contados como miembros de la iglesia madre en Boston, ¡y también como miembros de las iglesias filiales en todo el mundo!”. La estimación del Dr. Carroll es que hay al menos 20.000 duplicaciones, lo que dejaría un gran total para el último censo de alrededor de 65.000 miembros. La junta oficial se ha negado ahora por varios años a dar informes al público, lo que puede significar que la cresta de la ola se alcanzó hace algún tiempo, y el movimiento ha comenzado a retroceder.

Pero incluso si los números fueran tan grandes como se afirma, esto no probaría nada en cuanto a la verdad de las enseñanzas de la Sra. Eddy. En la India hay millones que adoran el Ganges, y otros millones que adoran a las vacas, y la mente hindú no tiene rival en el mundo en sus aptitudes metafísicas. Es triste pensar que un solo hombre o mujer deba ser engañado por Joe Smith, Alexander Dowie, o Mary Baker Eddy.

“Deshonestidades”

Pero estas falsas pretensiones no son las únicas deshonestidades perpetradas por la Ciencia Cristiana. Las páginas de *Ciencia y Salud* están repletas de ellas.

Los agentes de prensa de la Sra. Eddy le dirán que “a menos que la predicación esté acompañada por señales de curación de enfermos, uno no tiene pruebas de que esté presentando el Evangelio como el maestro dijo que debería ser”.* Pero es algo peligroso probar demasiado. Si curar a los enfermos es un complemento necesario para presentar el Evangelio, ¿también lo es el poder de “hablar nuevas lenguas”, “tomar en las manos serpientes”, “beber cosa mortífera”, “limpiar leprosos”, y “resucitar muertos”? Parece, por lo tanto, como si, de acuerdo con su propio argumento, todos los conferencistas y agentes de prensa y editores y “lectores” de la Ciencia Cristiana deberían retirarse inmediatamente y cesar su propaganda.

* (Lloyd B. Coate).

¿Cuántos muertos han resucitado en alguna comunidad, desde Boston hasta el pueblo más pequeño en el que se hayan establecido? Uno tiene el presentimiento de que no sería difícil dar las cifras. ¿A cuántos leprosos han limpiado? Hay muchas oportunidades en el mundo para probar suerte en esto. Que algunos de ellos se dirijan a Molokai, por ejemplo, y se pongan a trabajar. ¿O la Ciencia Cristiana habilita a alguno de sus más ardientes devotos a manejar serpientes que tienen veneno en sus colmillos? ¿O a beber ácido carbólico, solo a modo de prueba? ¿O a hablar en lenguas extranjeras, sin un curso de estudio? ¿Cuántos idiomas hablaba la Sra. Eddy? Parece como si ella no pudiera hablar uno con un grado muy grande de precisión.

Pero entonces ella le dijo al mundo que sus revelaciones divinas habían purgado su mente de todas esas trivialidades como el latín y el griego y el hebreo. Ciertamente no debería haber sido tan imprudente con sus “nuevas lenguas”, ya que, de acuerdo con su propia enseñanza, Jesús pretendía que todos sus discípulos las poseyeran y las usaran.

Tomemos otro ejemplo del trato deshonesto a la Palabra de Dios. En *Ciencia y Salud* (p. 75), después de citar las palabras de nuestro Señor a sus discípulos, “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle”, la Sra. Eddy declara que “Él restauró a Lázaro mediante la comprensión de que él nunca había muerto”, y esto a pesar del hecho de que en el tercer versículo debajo de aquel en el que Cristo usa la figura del sueño –al descubrir que los discípulos no entendían– Él “les dijo claramente: Lázaro ha muerto”.

Nuevamente, “el mandato: ‘¡Cree y serás salvo!’ exige una confiabilidad basada en la autosuficiencia”. Todo estudiante de la Biblia sabe que estas son las palabras de Pablo al carcelero filipense, y que él dice: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. El apóstol está ordenando exactamente lo opuesto a una “confiabilidad basada en la autosuficiencia”. ¡Le está mostrando al tembloroso carcelero que Jesús es aquel en quien debe confiar!

Sin duda muchos de sus discípulos que antes eran miembros de las iglesias evangélicas piensan que todavía tienen al mismo Salvador de antaño. Pero ella se jactaba de que se había “llevado a su Señor”. En una carta al juez Septimius J. Hanna, la fundadora de la Ciencia Cristiana dice: “Me he maravillado de la paciencia de la prensa y del púlpito conmigo, cuando me he llevado a su Señor”.

Supongamos que un ministro del Evangelio declarara que “el verdadero Cristo es el calvinismo”, o que “el arminianismo es el Espíritu Santo”, o que “el luteranismo enciende los fuegos del Espíritu Santo”, ¿cuánto tiempo le tomaría al público descubrir que tal hombre es indigno de un lugar entre los maestros cristianos? Sin embargo, esta mujer ha continuado perpetrando blasfemias de este tipo año tras año. Y cuando ella y sus seguidores son criticados y sus declaraciones denunciadas, algunas personas se horrorizan y hablan de persecución.

“Absurdos”

En conclusión, notemos dos o tres ejemplos de absurdos de las páginas de *Ciencia y Salud*, además de los ya mencionados. Son tomados un tanto al azar.

“¿Debido a que los músculos del brazo del herrero están fuertemente desarrollados, no se deduce que el ejercicio haya producido este resultado? El martinete no se incrementa con el ejercicio. Pero ¿por qué no, puesto que los músculos son tan materiales como la madera o el hierro?”. (*Ciencia y Salud*, pp. 198 y 199). “La electricidad destructiva no es la descendencia de un bien infinito”. Lo cual implica una diferencia radical entre la electricidad dañina y la inofensiva. Cuando se ocupa estrictamente de sus asuntos y sigue

los cables, es un agente moral; pero cuando se desboca, funde un fusible, o incendia una casa, ¡se vuelve inmoral!

“El científico cristiano cuida mejor de su cuerpo cuando más lo deja fuera de sus pensamientos”. Por lo tanto, los mendigos españoles y los lazzaroni italianos serían miembros ideales de la organización de la Sra. Eddy.

“Cuanta menos mente se manifieste en la materia, mejor. Cuando la irreflexiva langosta pierde su pinza, le vuelve a crecer. Si se entendiera la ciencia de la vida, la extremidad humana sería reemplazada tan fácilmente como la pinza de la langosta, no con una extremidad artificial, sino con una genuina”. (*Ciencia y Salud*, p. 489). No pareció ocurrírsele a la autora que mientras la pinza de la langosta vuelve a crecer, la cola del cordero no lo hace. Pero esto se explica, sin duda, por la proposición de que “cuanta menos mente se manifieste en la materia, mejor”. La langosta recupera su pinza porque tiene muy poca mente; el cordero no recupera su cola, y el hombre no recupera su pierna, porque cada uno de ellos tiene demasiada mente. ¡La única esperanza para el hombre de una sola pierna, entonces, es convertirse en un lunático o en una langosta!

Y sin embargo, hay personas que están dispuestas a aplicar a este fárrago de irreligión y tonterías dos de las palabras más significativas del idioma inglés: “Cristiana” y “Ciencia”.

Es reconfortante, sin embargo, saber que llegará a su fin tarde o temprano, y será contada con muchas otras obsesiones extrañas e indefendibles que se han “ido vislumbrando a través del sueño de las cosas que fueron”.

[Nota del traductor: El título original del presente capítulo fue *Eddyism, Commonly Called “Christian Science”*. Se evitó la traducción de *Eddyism* de forma literal, debido a que suena torpe en español.]

Capítulo 66 ¿Por Qué Guardar el Día del Señor?

Por el Rev. Daniel Hoffman Martin, Doctor en Teología
Glens Falls, Nueva York

El único mandamiento en el Decálogo que comienza con la palabra “acuérdate” es el cuarto: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. como si el escritor divino se diera cuenta de que habría más peligro de olvidar este que cualquiera de los otros, y de ceder a las sutiles tentaciones del capricho y la conveniencia como excusa para violarlo. “Acuérdate” se yergue como un centinela solitario frente a este solemne mandamiento, sin embargo, ha causado irritación, desde el antiguo judío que fue apedreado por recoger leña en el día de reposo, hasta el dueño de la taberna dominical que, al comercializar la debilidad de su prójimo, quebranta tres leyes: la del día de reposo, la del Estado y la del amor fraternal.

Jesús declaró que el día de reposo fue hecho por causa del hombre, es decir, para la humanidad. Debe ser santificado, es decir, de manera íntegra, para que nuestra triple naturaleza, cuerpo, mente y alma, pueda beneficiarse. Ninguna ley más sabia y misericordiosa provino jamás del amoroso corazón de Dios; una ley tan abarcadora en su diseño como la luz del sol, que satisface las necesidades del rey y del campesino, del amo y del siervo, del padre y del hijo. ¿De dónde provino la sabiduría condensada en este cuarto mandamiento? No de los griegos, llamados la más sabia de las naciones, porque estas palabras fueron escritas mil años antes de que naciera Sócrates. No de los romanos, maestros de la jurisprudencia, porque estas palabras anteceden a la fundación de Roma por setecientos cincuenta años. Proviene de nuestro Padre Celestial y encarnan la gran ley septenaria que atraviesa la naturaleza; por lo tanto, es de igual aplicación para todas las naciones de la tierra. El día de reposo es la caja de ahorros de la existencia humana. Conserva el bienestar físico, mental, espiritual y eterno del hombre.

¿Por qué el primer día en lugar del séptimo?

Si usted se pregunta por qué el sábado judío, una vez observado como el Día del Señor, fue cambiado al Primer Día, la respuesta es que Jesús se proclamó a sí mismo Señor también del día de reposo, por lo tanto, mayor que la ley estatutaria de Moisés. Jesús es el Legislador encarnado del mundo. Como Señor del día de reposo, Jesús tenía el derecho de interpretar y ennoblecer el día, para que pudiera ser la institución más grande para el cultivo del hombre en su triple naturaleza. Los escribas y fariseos habían malinterpretado la genialidad de la ley del día de reposo. Pasaron por alto su principio subyacente, la sobrecargaron con reglas intrincadas e inflexibles, asumiendo ser ellos mismos los jueces de cada acto. “La letra mata, mas el espíritu vivifica”. Jesús rescató el día de reposo de su entierro bajo una masa de ceremonialismo, y reveló su verdadero espíritu y significado. “Jesús hizo por el día de reposo lo que un capitán hace por su barco, cuando entra con dificultad al puerto, incapaz de avanzar, porque su casco está cubierto de percebes. Lo pone en el dique seco y le raspa los percebes. No hunde el barco. Así, nuestro Señor no deroga ni anula la ley del día de reposo cuando la despoja de las cargas intolerables que los ceremonialistas habían amontonado sobre ella”. Para enfatizar su nueva idea del antiguo día de reposo, los discípulos eligieron un nuevo día como el Día del Señor.

Los discípulos también deseaban conmemorar el más grande de todos los eventos desde la creación del mundo, a saber, la resurrección de nuestro Señor, porque fue en el primer día de la semana que Jesús hizo sus primeras cinco apariciones. También fue en el primer día de la semana que se dio el Espíritu Santo, por lo tanto, Pentecostés se conmemoró en ese día. (Hechos 2). Fue también en este día que las grandes nuevas de salvación se predicaron por primera vez a las multitudes. (Hechos 2). El primer día se convirtió en el día en que todos los primeros cristianos se reunían para la adoración y para la comunión. (Hechos 20:7 y 1 Corintios 11:23). También fue el día en que la profecía de Apocalipsis le fue concedida a San Juan en Patmos. (Apocalipsis 1:10). Todos los padres de la iglesia guardaron el Día del Señor en lugar del día de

reposo judío, y así el día de reposo cristiano se convirtió en el día santo semanal de la dispensación cristiana, y es el único día de reposo mencionado como un día sagrado de descanso después de la resurrección.

¿Hemos superado el día de reposo?

¿Vale la pena guardar este rey de los días, creado por nuestro Padre, santificado por nuestro Salvador, preservado por la iglesia? Algunos nos harían pensar que lo hemos superado, que pertenece a otra época, gobernada por condiciones diferentes. Un momento de reflexión mostrará que es imposible superar una ley de la naturaleza, como se ha demostrado que es esta ley septenaria. Y aquí hay algunas de las razones:

El cuerpo lo necesita

Primero, el hombre tiene un cuerpo. La experiencia demuestra que el nivel normal de energía corporal no se puede mantener sin la observancia regular de un día de descanso establecido. Somos como relojes de siete días que se detienen y a los que hay que darles cuerda de nuevo. Somos como instrumentos musicales que tocan bien por un tiempo y luego se desafinan. Somos baterías de almacenamiento que filtran sus corrientes vitales y deben ser recargadas. Nunca hubo una época en la que la humanidad necesitara más este día de descanso semanal que ahora. ¡Piense en la feroz competencia de los negocios modernos y en la implacable ley de la supervivencia del más fuerte! ¡Piense en la prisa febril y el ajetreo de nuestro pueblo estadounidense! Ian Maclaren escribió lo siguiente sobre nosotros: “Ahora estoy en Nueva York, donde todo el mundo parece tener prisa. Le pregunté a un policía a qué se debía todo ese alboroto. Pensó que estaba bromeando. Nadie camina al trabajo si puede viajar en tranvía; nadie viaja en tranvía si puede viajar en un tren de vapor, y lamenta que no haya un tubo neumático por el cual pueda ser disparado a su oficina o tienda. Cuando está allí, no escribe cartas si puede telegrafiar, ni telegrafía si puede telefonar, y lamenta que no haya ocupación para sus pies mientras espera en el teléfono”. Hay un magnetismo en nuestro oxígeno que estimula nuestra sangre y explica nuestro empuje y prisa estadounidense.

La dificultad, con nuestra espléndida actividad y logros estadounidenses, es detener el impulso. Los hombres se apresuran tanto durante la semana que el día de descanso los encuentra con un estado de ánimo apresurado. Es difícil detenerse. Quieren hacer algo o ir a alguna parte, o mantener el ritmo mediante algún uso disipador del Día del Señor. De ahí las excursiones dominicales que generalmente hacen una incursión en el salario de la semana, y dejan al trabajador más cansado esa noche que en cualquier otra de la semana. Y están las diversiones dominicales y las cenas y las recepciones. Pero el organismo humano no es una máquina de hierro para funcionar sin descanso, sino un delicado haz de nervios y tejidos. Pero incluso la maquinaria de hierro hace un mejor trabajo y dura más cuando tiene descansos periódicos, como dijo recientemente el superintendente del ferrocarril de Pensilvania acerca de sus locomotoras.

La mente lo necesita

Segundo, el hombre tiene una mente. Es un hecho de registro común que ningún grupo de hombres puede seguir trabajando en la misma rutina mental día tras día sin desafilar el borde afilado de sus facultades intelectuales. Observe a los empleados que son mantenidos en su monótona rutina siete días de cada siete, mes tras mes, y observará que la inteligencia promedio y los estándares morales son bajos. Apenas leen nada y prácticamente no muestran interés en los eventos actuales. Un niño le pidió a su padre que lo llevara “el próximo domingo a ver los animales en el zoológico del Bronx”. El padre tiene que trabajar siete días a la semana, y él respondió: “No necesitas ir al Bronx a ver animales; mírame a mí, no soy muy diferente de los caballos que conduzco frente a mi vagón de leche”. ¿Le sorprende que Jesús dijera que el día de reposo fue hecho por causa del hombre? Para el hombre, a fin de que pudiera ser algo diferente a un animal. Tan pronto como Dios hubo creado al hombre, Él ordenó el día de reposo, porque conocía las necesidades del hombre.

No podemos permitirnos el lujo de tomar a la ligera la misericordiosa provisión de Dios de esta detención semanal del trabajo físico y mental. La ciencia respalda la ley divina al mostrar en el análisis de la sangre que, durante nuestra dedicación al trabajo a lo largo de la semana, en una noche de descanso recuperamos solo cinco sextos de la onza de oxígeno consumida de nuestro sistema por la labor del día. Cada mañana encuentra que falta un sexto de onza, por lo que un hombre está agotado al final de la semana en la medida de esa onza entera de vitalidad. El Día del Señor es una necesidad fisiológica para la restauración de esa onza. Cuando un hombre presume de ser más sabio que esta ley de la naturaleza y de Dios, por lo general paga la penalidad sufriendo un colapso por esa peculiar enfermedad de la “americanitis”, una combinación de insomnio y debilidad nerviosa. Entonces, lo más probable es que el médico prescriba un viaje por mar, porque eso será un descanso forzado para el sistema agotado. Pero una observancia adecuada del Día del Señor habría suplido esa misma necesidad, porque el Día del Señor es un viaje por mar entre los dos continentes de la monotonía y el trabajo fatigoso. Habría poca necesidad de viajes prolongados al extranjero, o estadías en un sanatorio, si el día de reposo pudiera tener sus demandas respetadas. Cincuenta y dos días de reposo al año significan casi dos meses de vacaciones para cada trabajador. Cuando un hombre borra el día de reposo de su calendario, quebranta una ley de la naturaleza, y la naturaleza siempre ajusta cuentas con la ley quebrantada. De muchos otros se podría decir con sinceridad este verso burlesco con respecto a un hombre:

“Quien gastó su salud para obtener su riqueza,
Y luego con todas sus fuerzas
Dio media vuelta y gastó su riqueza
Para recuperar su salud otra vez”.

El alma lo necesita

Tercero, el hombre tiene un alma. Un gran jurista dijo recientemente: “En esta época extenuante, nuestra república, en lugar de tomar a la ligera un día de reposo, debería tener dos cada semana, no solo para reparar sus nervios agotados, sino para tonificar su sentido moral”. No hemos cumplido con todo el mandamiento cuando hemos descansado el cuerpo y distraído la mente. El alma tiene sus derechos, y no reconocerlos es dejar nuestra naturaleza como un cono truncado, con la parte más alta y más fina sin desarrollar. Leemos de Jesús que “y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre”. Para que su alma pudiera mantener su cita con Dios, tener un mayor espacio para respirar, una luz más clara y destellos del centro del universo espiritual, en el cual nuestros espíritus se unen y tienen su ser. Si Jesús necesitaba ese privilegio, mucho más nosotros, hombres ordinarios. Los moluscos en la orilla del mar viven sin agua mientras la marea está baja, pero dependen del regreso de la marea. Si alguno de ellos es arrojado por las olas más allá del alcance de las mareas, muere. Nuestras almas se refrescan y nutren por la comunión con nuestro Padre en oración, y a través de los medios de gracia provistos por la adoración divina en el Día del Señor. Es entonces cuando nos aferramos a nuestros mejores anhelos y los fortalecemos para convertirlos en fibra de lucha para una guerra victoriosa contra el mundo, la carne y el diablo.

El artista Turner mantenía en su caballete un puñado de piedras preciosas de hermosos colores. Durante media hora cada mañana, se sentaba en silencio y contemplaba esos gloriosos tintes. Dijo que hacía esto para mantener agudo su sentido del color. Si el ojo del artista necesitaba esa influencia para mantener tonificado su sentido del color, seguramente el alma humana necesita la influencia tónica de la adoración espiritual. ¿Cuál es la nube que se cierne sobre el camino de cada hombre todos los días? No es la tristeza, ni la pobreza, ni la enfermedad, ni los reveses en los negocios. La nube que se cierne sobre todo camino es la TENTACIÓN. Hace algún tiempo, un hombre que no había estado en la iglesia durante muchos años, aseguró una banca en su antigua iglesia y ahora es uno de sus asistentes regulares. Alguien le preguntó la razón. Él dijo: “Tengo una familia en crecimiento de hijos e hijas. He estado observando a mis hijos con cierta ansiedad. Me alarma lo que leo en los periódicos sobre los caminos del mundo, la facilidad con la que los hombres bajo tentación caen como cañas en el viento, la frecuencia con la que maridos y esposas

destruyen sus hogares. Estoy convencido de que solo hay un lugar para criar a una familia de niños, y esa es la iglesia”. ¿Quién cuestionará el juicio de ese padre? Él no quiere que sus hijos crezcan sin un anclaje moral, no quiere que sus hijas se casen con aquellos que juegan a su antojo con el honor, y sabe que la iglesia, con su adoración, es el lugar donde los ideales se pulen, donde se limpia el polvo de las alas del alma, donde se corrigen los falsos estándares.

Si un atareado trabajador intelectual pudiera ver una fotografía de su mente tal como aparece el sábado por la noche, con sus seis capas de trabajo arduo y suciedad, que representan los seis días de contacto con el mundo, se vería a sí mismo muy necesitado de un baño espiritual en el Día del Señor. El sostén de la familia promedio es un balón de fútbol humano, lanzado de aquí para allá desde la meta del lunes hasta la meta del sábado, y literalmente arrojado a la mañana del día de reposo magullado por la batalla. Es propenso a sentirse amargado y de mal humor; y nada calma tanto las heridas como el contacto con el pueblo de Dios en la casa del Señor.

Un hombre completo

¡Así que el día de reposo fue hecho por causa del hombre, para que pudiera ser en todos los sentidos un HOMBRE! Algo más que una bestia de carga, algo más que una caja registradora, algo más que un péndulo oscilando entre su hogar y su negocio. En una vida ordinaria de setenta años hay diez años de domingos. Por lo tanto, la manera en que un hombre guarda esos tres mil seiscientos cuarenta días de reposo dejará su huella en la vida del hombre por toda la eternidad.

Cuando un hombre dice y piensa que tiene el derecho de hacer lo que le plazca en el Día del Señor, sin ninguna referencia a la santidad del día, o a sus exigencias sobre su alma, podemos concluir que ese hombre no ha aceptado la estimación que su Padre Celestial tiene del valor de un hombre. Él se valora a sí mismo en un precio menor. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó. Pero el hombre dice: “Borraré los rasgos divinos. Dios me inició en un viaje inmortal, pero me conformo con dejar que termine en el cementerio”. No tiene mucho sentido tratar de razonar con un hombre que pone el cuerpo primero y al final, que considera su rostro como una mera abertura para el tubo digestivo, y que permite que la naturaleza inferior presida en el funeral de la superior.

Hombre, ¿crees que el Dios Todopoderoso cometió un error cuando te inició en un viaje eterno? ¿Es tu alma una broma? ¿No ha dicho Dios: “Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, porque la boca de Jehová lo ha hablado”. (Isaías 58:13, 14).

La ley de la libertad

Hay quienes dicen: “Si el día de reposo fue hecho por causa del hombre, ¿por qué no puede hacer lo que le plazca con él?”. Porque fue hecho para la libertad del hombre, no para el libertinaje del hombre, y la más alta libertad siempre se encuentra en conformidad con la ley. Mientras mis acciones no afecten la libertad de nadie más, puedo hacer lo que elija, pero en el momento en que cruzo los derechos de alguien más, no soy libre de hacer lo que elija. Estoy limitado por la ley superior del amor fraternal. Si crees que tienes la libertad de viajar en el Día del Señor o de asistir a un juego de pelota o concierto en ese día, no te estás conformando a la ley del amor fraternal en el sentido de que obligas a tu prójimo a trabajar para ti en el día en que tú disfrutas de tu libertad. Pero tú respondes: “A esas personas que trabajan duro en el Día del Señor se les paga un sueldo extra”. ¡Sueldo extra! Mi amigo, no hay suficiente oro en el seno de las colinas eternas para compensar a un solo trabajador por su pérdida del día de descanso. TODO HOMBRE TIENE DERECHO A SU HOMBRÍA, Y NINGUNA COMPENSACIÓN MONETARIA PUEDE REEMPLAZAR LA PÉRDIDA DE LA HOMBRÍA. “Pero el tren de vagones que abordo en el día de reposo funcionaría de

todos modos, y da lo mismo que yo vaya en él”. Mi amigo, ¿cómo cancela eso tu parte de la responsabilidad moral por haber obligado a tu hermano a violar la ley del día de reposo?

“Bueno, estoy tan ocupado durante la semana que no tengo otro día para la recreación. De lunes a sábado trabajo duro como Sansón en el molino”. Sí, pero no estás más ocupado que los trabajadores que guardan el día de reposo y que se las arreglan para tener su recreación en otros momentos. Si honestamente crees que no tienes otro día que el Día del Señor para tu búsqueda de placer, te pregunto con toda solemnidad, ¿tienes algún otro día para el cultivo de tu vida espiritual? ¿Cuándo vas a ocuparte de tu alma inmortal? Ahora es el tiempo aceptable, ¿qué estás haciendo con él? Alguien ha dicho: “El Día del Señor es como una casa alquilada; pertenece al propietario, está ocupada por el inquilino, pero el inquilino no tiene derecho a decir: ‘Haré lo que me plazca con esta casa, la dañaré, la profanaré, la convertiré en un lugar de perdición’”. No, la casa es suya para usarla y no para abusar de ella. El día de reposo es nuestro de la misma manera; aquel que lo desvía de su propósito apropiado es deshonesto. ¿Robará el hombre a Dios? Si un vagabundo me cuenta una historia lamentable y tengo siete dólares de plata y le doy seis de ellos, ¿qué pensarías del ingrato si te dijeran que vino de noche y me robó el séptimo? Me pregunto qué piensa Dios del hombre al que le da seis días para su propio uso libre y encuentra que el hombre se apropia para sí mismo de aquello que está especialmente marcado como de Dios”.

¿De qué sirve un Día del Señor si va a ser inundado entre el cuero secular de una semana mundana que se ha ido, y de otra que viene, y si no tiene nada que lo distinga de todos los demás días, excepto por alguna alteración caprichosa en el estilo de su mundanidad o carnalidad? Mira a las personas que han pasado todo el día de reposo buscando placeres. Ni un solo destello de luz espiritual en sus rostros, ni una sola migaja de alimento espiritual en sus almas, yéndose a la cama por la noche a un día de marcha más cerca del hogar. ¿Hogar? Sí, si el hogar es la tumba y la muerte eterna. De lo contrario, están a un día de marcha más lejos del hogar, si el hogar es Dios, y si el cielo es una experiencia a la cual los hombres se gradúan a partir de esta temporada terrenal de entrenamiento moral y adquisición espiritual.

Las leyes azules son mejores que la anarquía roja

[Nota del traductor: Las “leyes azules” se refieren a leyes gubernamentales que prohíben la mayoría de las actividades comerciales y a veces ciertas formas de recreación los domingos. Todavía se aplicaban en los Estados Unidos cuando se escribió el presente capítulo].

No estamos abogando por un domingo puritano de intolerancia o fanatismo. No estamos abogando por las leyes azules. Pero entre el fanatismo y una masa blanda de concesiones, denos el fanatismo cada vez. E incluso la más azul de las leyes azules sería preferible a la anarquía roja. Apelamos por un día de reposo seguro y sensato, no en los intereses de la iglesia o la religión, sino en los intereses de todo el pueblo, creyentes e incrédulos, porque el día de reposo fue hecho para la humanidad. Cuando estuve el otro día en la pequeña cabaña de troncos donde Abraham Lincoln vio la luz por primera vez, pensé en su respeto por el día de reposo, y vinieron a mi mente estas palabras suyas: “Según guardemos, o quebrantemos, el día de reposo, noblemente salvamos, o vilmente perdemos, la última y mejor esperanza por la cual el hombre se eleva”.

Es cierto que hay muchas personas nobles que nunca tienen un día de reposo para sí mismas. Están ocupadas en obras de necesidad y misericordia. Jesús mismo da el ejemplo de esto, y deja a nuestras conciencias iluminadas juzgar qué es necesario, y qué no, hacer en su día. El principio fundamental es estar “en el Espíritu en el día del Señor”. estar en sintonía con la mente de nuestro Señor, estar en armonía con la voluntad de nuestro Señor. Así que si me preguntas qué reglas sugiero para la observancia apropiada del Día del Señor, te respondo: NO HAY MÁS REGLA QUE LA REGLA DE ORO QUE PUEDA GOBERNAR NUESTRA RELACIÓN CON EL DÍA DEL SEÑOR. Por lo tanto, antes de dar una fiesta dominical en casa, o viajar por mi propio placer, o decir un montón de tonterías por teléfono en el Día del

Señor, diré: “A mí mismo no me gustaría que me obligaran a trabajar en domingo; por lo tanto, está mal que yo obligue a otros a trabajar. No compraré un periódico dominical, sabiendo que estoy forzando a ciento cincuenta mil tipógrafos y prensistas a trabajar siete días de cada siete, y robando a un gran ejército de hombres y niños su derecho a un día de descanso y adoración. Es cierto, ese repartidor de periódicos es pobre, y necesita el dinero, pero me niego a aprovecharme de la pobreza de ese muchacho contribuyendo a su detrimento moral. Es malo que sea pobre, es peor que yo lo convierta en un infractor de la ley”. Por todo este país, cien mil niños se están entrenando para la edad adulta sin ninguna reverencia por el día de reposo, y sin ningún respeto por la autoridad, a fin de suministrar un periódico dominical para personas que estarían infinitamente mejor si tuvieran un día entero en el que el polvo y la basura de seis días seculares no pudieran entrar. Cuando se hizo el intento de introducir un periódico dominical en Londres, el *Evening Post* comentó: “La mejor perspectiva que se puede tener de nuestros propios periódicos dominicales debe ser que son una molestia. Están doblemente malditos; maldicen al que los imprime y al que los lee. Añaden nuevos terrores al domingo. Por motivos puramente humanitarios, sin permitir que las razones teológicas tengan peso alguno, podríamos desear que todos desaparecieran. Si hay un espectáculo más patético que un hombre sentándose deliberadamente para abrirse paso a través de un periódico dominical séxtuple, no sabemos qué lo sea”.

Esa es la nueva acusación de la prensa dominical desde un punto de vista secular. Podemos ver fácilmente el daño que hace desde un punto de vista espiritual. Una mente que se ha abierto paso a través de la hoja dominical no está más preparada para pensamientos espirituales que la ropa de un hombre para presentarse en la iglesia después de deambular por campos de bardanas y ortigas. El propósito mismo del día de reposo era dar a los hijos de Dios un día entero libre de las sugerencias y contaminaciones de un mundo perverso.

En el nombre de la humanidad

Oh hombres, ¿no toca un lugar tierno en sus corazones cuando escuchan acerca de las multitudes de asalariados que están suplicando por un día de reposo de descanso? Ferroviarios, mineros, actores, artesanos de todo tipo, firmando peticiones para el reconocimiento de su derecho a un día de descanso semanal, haciendo su apelación sobre los cimientos de la humanidad común. Aquí hay una de un miembro del sindicato de cantineros. Él dijo: “Por supuesto, no puedo apelar a ustedes desde el punto de vista de la religión, pero tenemos algunos intereses en común con otros hombres. Yo mismo soy padre de tres hijos, pero apenas los conozco. Me levanto por la mañana antes de que despierten, y regreso por la noche después de que están en la cama. Esto lo hago siete días a la semana, año tras año”. Eso proviene del sindicato de cantineros. Y apelaciones similares se hacen desde miles de otros trabajadores; porque todo hombre tiene derecho a su hombría, y el día de reposo fue hecho para el hombre.

El claro deber de un cristiano

Para los hombres y mujeres cristianos solo puede haber un curso de acción. A veces puede haber situaciones desconcertantes, donde incluso un cristiano estará perplejo para decidir exactamente qué hacer; pero con una mente llevada, como dice el apóstol, “cautivo a la obediencia a Cristo”, el terreno se nivela y el aire se despeja para enfrentarlas. Cuando reconocemos plenamente el señorío del Señor sobre este día de días, nunca nos desviaremos mucho. Toda cuestión en cuanto a la observancia apropiada del mismo será tratada en sus relaciones divinas con nuestro divino maestro. Es más de la mitad de la respuesta a cualquier pregunta el estar en sintonía con los principios involucrados en la solución de la pregunta. “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor”. dijo el apóstol. Mantener en mente esa frase tan significativa resolverá los detalles de todo programa de conducta en ese día.

Que Dios nos ayude a todos a resistir la deriva de la secularización del día de reposo. Sin duda nos costará algo ser leales a los principios en este día de muchos cristianos medusa, que tienen opiniones sin convicciones, y prejuicios sin principios. Una sombra refrescante de un gran peñasco en tierra calurosa es

el hombre de convicciones y principios que puede resistir las arenas movedizas de una interpretación relajada de los mandamientos divinos. La demanda actual es de cristianos de roca. Vivimos en una época en la que las personas que resuelven cuestiones sobre el bien y el mal por sí mismas parecen ser una minoría. En asuntos de moral y vestimenta, la mayoría de nosotros vamos en manada. Unas pocas personas actúan como cerebro para las mayorías, unas pocas personas actúan como conciencia para las mayorías. Pero nosotros, que tenemos la luz de la Palabra de Dios, no necesitamos ser dominados por la multitud. Uno es nuestro maestro, el Cristo. Una gran cantidad de personas están haciendo ciertas cosas en el Día del Señor, no porque hayan resuelto la cuestión, como entre ellos mismos y su Señor, sino porque la han resuelto como entre ellos mismos y sus propias preferencias, o como entre ellos mismos y sus asociados.

Seamos cristianos de roca, que santificarán el Día del Señor porque nos mantiene en contacto con las cosas eternas y divinas, y porque celebra nuestra relación con nuestro divino maestro; y porque el Día del Señor es la recompensa de nuestra prosperidad nacional, la esperanza de nuestra civilización; y porque la boca de Jehová ha hablado: “Porque yo honraré a los que me honran”. [1 Samuel 2:30]

Capítulo 67 La Evidencia Interna del Cuarto Evangelio

Por el canónigo G. Osborne Troop, Maestría en Teología
Montreal, Canadá

Toda la Biblia está sellada con el “sello de garantía”. divino; pero el Evangelio según San Juan es primus inter pares. A través de él, como a través de una transparencia, miramos extasiados hacia el mismísimo lugar santísimo, donde brilla con gloria sobrenatural “la gran visión del rostro de Cristo”. Sin embargo, la perversidad del hombre lo ha convertido en el “centro de la tormenta”. de la crítica del Nuevo Testamento, sin duda por la misma razón de que da un testimonio tan inquebrantable tanto de la deidad de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, como de su perfecta humanidad. El Cristo del cuarto Evangelio no es una visión ahistórica e idealizada de la iglesia posterior y soñadora, sino que es, como prácticamente afirma ser, el cuadro dibujado por “el discípulo a quien amaba Jesús”, un testigo presencial de la sangre y el agua que brotaron de su costado traspasado. Estas pueden parecer meras afirmaciones sin fundamento, y como tales serán descartadas de inmediato por un lector científico. Sin embargo, el llamado de este artículo es al instinto del “un rebaño”. del “un pastor”, “conocen su voz”. ... “Mas al extraño no seguirán”. [Juan 10:5]

1. Hay un pasaje en este Evangelio que destella como un relámpago: deslumbra nuestros ojos por su misma gloria. A la desconsolada Marta, el Señor Jesús le dice con sorprendente brusquedad: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. [Juan 11:25-26]

Se plantea humilde pero confiadamente que estas palabras están totalmente fuera del alcance de la invención humana. Nunca podría haber entrado en el corazón del hombre decir: “Yo soy la resurrección y la vida”, “Hay una resurrección y una vida”, habría sido un dicho grandioso y notable, pero este orador se identifica a sí mismo con la resurrección y con la vida eterna. Las palabras solo pueden nacer de lo alto, y aquel que las pronuncia es digno de la máxima adoración del alma rendida.

En un capítulo anterior, Juan registra cierta pregunta dirigida a nuestro Señor y respondida por él de una manera que no tiene contraparte en la literatura mundial. “¿Qué debemos hacer”, clama la gente ansiosa; “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?”. “Esta es la obra de Dios”, responde nuestro Señor, “que creáis en el que él ha enviado”. (Juan 6:28, 29). Me atrevo a decir que tal respuesta a tal pregunta no tiene paralelo. Esta es la obra de Dios, que me aceptéis a MÍ. Yo soy la raíz del árbol que da el único fruto agradable a Dios. Nuestro Señor declara lo contrario de esto en el capítulo 16, cuando dice que el Espíritu Santo “convencerá al mundo de pecado [...] por cuanto no creen en MÍ”. [Juan 16:8-9] La raíz de todo mal es la incredulidad en Cristo. El pecado condenatorio del mundo radica en el rechazo del Redentor. Aquí tenemos la raíz de la justicia y la raíz del pecado en la aceptación o el rechazo de su maravillosa personalidad. Esto es único, y proclama que el Orador está “apartado de los pecadores”, aunque “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. [Isaías 53:6] Verdaderamente...

“Él es su propia mejor evidencia,
Su testimonio está en su interior”.

2. Pasemos al capítulo catorce, tan amado por todos los cristianos. Escuchemos esa Voz, que es como el estruendo de muchas aguas, resonando en los oídos de los atribulados discípulos: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en MÍ. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. [Juan 14:1-3]

¿Quién es este que se atreve a decir: “creéis en Dios, creed también en mí”? Se aventura a hablar así porque Él es el Hijo del Padre. El hijo del hombre es hombre, ¿puede el Hijo de Dios ser algo menos que Dios? En

otra parte de este Evangelio Él dice: “Yo y el Padre uno somos”. [Juan 10:30] El capítulo catorce revela al Señor Jesús sintiéndose completamente en casa en la compañía celestial. Habla de su Padre y del Espíritu Santo siendo Él mismo uno de la familia sumamente santa. Sabe todo sobre la casa de su Padre con sus muchas moradas. Estaba familiarizado con ella antes de que el mundo existiera. Nótese bien, además, el toque exquisito de transparencia veraz: “si así no fuera, yo os lo hubiera dicho”. [Juan 14:2] Solo un testigo auditivo podría haber captado y preservado ese conmovedor paréntesis, y ¿quién más probable que el discípulo a quien amaba Jesús?

Al dejar este famoso capítulo, no olvidemos notar las maravillosas palabras del versículo 23: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y VENDREMOS a él, y haremos morada con él”. [Juan 14:23]

Este dicho solo puede ser caracterizado como blasfemo, si no es la verdadera expresión de uno igual a Dios. Por otro lado, ¿piensa seriamente algún hombre razonable que tales palabras se originaron en la mente de un falsificador? “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”, y seguramente esa voz está aquí.

3. Cuando llegamos al capítulo 17, verdaderamente pasamos a la cámara más íntima del Rey de reyes. Registra la oración sumo sacerdotal de nuestro Señor, cuando “alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti”. [Juan 17:1] Que cualquier hombre se proponga la terrible tarea de falsificar tal oración, y ponerla en boca de un Cristo imaginario. El cerebro se tambalea ante el solo pensamiento de ello. Sin embargo, es perfectamente natural que San Juan lo registrara. Debe haber caído en sus oídos y en los de sus condiscípulos en medio de un silencio sobrecogedor en el que podían escuchar el mismo latido de sus corazones expectantes. Porque sus mismos corazones estaban escuchando a través de sus oídos mientras el Hijo derramaba su alma ante el Padre. Es un raro privilegio, y uno del que la mayoría de los hombres se apartarían con sensibilidad, escuchar incluso a un prójimo a solas con Dios. Sin embargo, el Señor Jesús en medio de sus discípulos desnudó su misma alma ante su Padre, tan realmente como si hubiera estado a solas con Él. Oró teniendo a la vista la cruz y su terrible muerte, pero en la oración no hay la más mínima insinuación de fracaso o arrepentimiento, y no hay rastro de confesión de pecado ni necesidad de perdón. Todas estas son marcas indelebles de autenticidad. Habría sido imposible para un hombre pecador concebir tal oración. Pero todo es coherente con el carácter de aquel que “habló como nunca hombre alguno ha hablado”, y que pudo desafiar al mundo a convencerlo de pecado.

Con tales pensamientos en mente, miremos ahora más de cerca las palabras de la oración misma.

“Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. [Juan 17:1-3]

Aquí tenemos de nuevo el cómo se coloca a sí mismo calmadamente al mismo nivel que el Padre en relación con la vida eterna. Y no está fuera de lugar recordar la consistencia de esta expresión con aquel dicho a menudo llamado “juánico”. registrado en Mateo y Lucas: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. [Mateo 11:27]

Leemos también en San Juan 14:6: “nadie viene al Padre, sino por mí”. Y a medida que avanzamos reverentemente en la oración lo encontramos diciendo: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. [Juan 17:5]

Estas palabras son naturales para el Hijo del Padre tal como lo conocemos y adoramos, pero están más allá del alcance de un hombre no inspirado, ¿y quién Puede imaginar a un falsificador inspirado por el Espíritu

Santo? Sin embargo, tales palabras estarían grabadas en el mismo corazón de un testigo auditivo como el discípulo a quien amaba Jesús.

Tenemos en esta oración también la revelación más plena del “un rebaño”. y “un pastor”. representados en el capítulo diez: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”. [Juan 17:20-23]

En estas santas palabras se respira un clamor por una unidad con la que nunca entró en el corazón del hombre mortal soñar. No es una unidad eclesiástica fría y formal, como la sugerida por la curiosa y desafortunada traducción errónea de “un redil”. por “un rebaño”. en San Juan 10:16. Es la unidad viva del rebaño vivo con el Pastor vivo del Dios vivo. Es en realidad la misma que la unidad que subsiste entre el Padre y el Hijo. Y según San Pablo en Romanos 8:19, la creación aguarda su manifestación. El único Pastor ha tenido desde el principio su único rebaño en respuesta a su oración, pero el mundo aún no lo ha visto, y por lo tanto todavía no está convencido de que nuestro Jesús es de hecho el Enviado de Dios. El mundo ha visto a la Iglesia Católica y a la Iglesia Católica Romana, pero a la Santa Iglesia Católica ningún ojo la ha visto todavía sino el de Dios. Porque la Santa Iglesia Católica y el único rebaño del Pastor son uno y lo mismo, y el mundo no verá a ninguno “hasta que Él venga”. La Santa Iglesia Católica es un objeto de fe y no de vista, y también lo es el único rebaño. A pesar de todos los intentos de eliminación y organización, el trigo y la cizaña crecen juntos, y ovejas y lobos vestidos de ovejas se encuentran juntos en los pastizales terrenales. Pero cuando el Buen Pastor regrese, traerá su hermoso rebaño consigo, y eventualmente el mundo verá y creerá. “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”. [Romanos 11:33]

El misterio de esta unidad espiritual yace escondido en la oración sumo sacerdotal, pero podemos estar seguros de que ningún falsificador podría descubrirlo jamás, porque muchos de los que profesan y se llaman a sí mismos cristianos son ciegos a ella incluso todavía.

4. El “Cristo ante Pilato”. de San Juan también está sellado con cada marca de sinceridad y verdad. ¿Qué mera imaginación humana podría desarrollar las nobles palabras: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. ... Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”? [Juan 18:36-37]

Toda la maravillosa historia de la traición, la negación, el juicio, la condena y la crucifixión del Señor Jesús, tal como se da a través de San Juan, respira con la simpatía viva de un testigo presencial. El relato, además, es tan maravilloso en la delicadeza de su reserva como en la simplicidad de su narración. Está enteramente libre de sensacionalismo y de toda forma de exageración. Es tranquilo y judicial en el más alto grado. Si está escrito por el discípulo inspirado a quien amaba Jesús, todo es natural y fácilmente “comprendido por la gente”.; mientras que bajo cualquier otra suposición, está plagado de dificultades que no pueden ser explicadas. “No soy lo suficientemente crédulo para ser un incrédulo”, es un dicho sabio en esta como en muchas conexiones similares.

5. El Evangelio abre y cierra con una grandeza insuperable. Con dignidad divina se enlaza con las palabras iniciales de Génesis: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. [Juan 1:1; 14] Qué contraste tan realista con esta sublime descripción se encuentra en la introducción de Juan el Bautista: “Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba

Juan”. [Juan 1:6] En la encarnación, Cristo no se hizo un hombre, sino hombre. Además, en esto Pablo y Juan están en total acuerdo.

“Porque hay un solo Dios”, dice San Pablo a Timoteo; “y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”. [1 Timoteo 2:5] La realidad de la naturaleza humana del Redentor divino se manifiesta hermosamente en la conmovedora entrevista entre el Salvador cansado y la mujer samaritana culpable en el pozo; así como también en su perfecta amistad humana con María y Marta y su hermano Lázaro, culminando en las invaluables palabras: “Jesús lloró”.

Y así, por el amargo camino de la cruz, la grandeza de la encarnación pasa a la gloria de la resurrección. Los últimos dos capítulos están vivos con incidentes emocionantes. Si alguien desea formarse una verdadera concepción de lo que contienen esos breves capítulos, que lea *Jesus and the Resurrection*, del obispo de Durham, con cualidades de santo (Dr. Handley Moule) y su copa de santo gozo se llenará a rebosar. En la tumba vacía respiramos el aire del reino invisible, y enseguida miramos extasiados el rostro del Rey crucificado pero resucitado y siempre vivo. María Magdalena, de pie en su desesperación con el corazón roto, es del todo inconsciente del maravilloso hecho de que los santos ángeles están justo frente a ella y de pie detrás de ella está su Señor y maestro vivo. Lenta pero seguramente la alegre historia se difunde de boca en boca y de corazón a corazón, hasta que incluso el honesto pero testarudo Tomás es llevado a sus rodillas, clamando en un estallido de gozo adorador y lleno de remordimiento: “¡Señor mío, y Dios mío!”. [Juan 20:28]

Luego viene la encantadora historia del infructuoso trabajo de toda la noche de los siete pescadores, la aparición al amanecer del Extraño en la playa, la pesca milagrosa, el alegre grito de reconocimiento: “¡Es el Señor!”. el desayuno nunca para ser olvidado con el Salvador resucitado, y su minuciosa entrevista con Pedro, pasando al misterio de la vejez de San Juan.

En todos estos contornos rápidamente trazados nos sentimos instintivamente en presencia de la verdad. Somos coronados con la bienaventuranza del Salvador: “bienaventurados los que no vieron, y creyeron”, [Juan 20:28] y estamos listos para ceder un alegre asentimiento a la declaración que cierra el capítulo veinte: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”. [Juan 20:30-31]

Capítulo 68 La Naturaleza de la Regeneración

Por Thomas Boston (1676-1732)

Para la mejor comprensión de la naturaleza de la regeneración, tenga esto en cuenta, en primer lugar, que así como hay concepciones falsas en la naturaleza, también las hay en la gracia: por estas muchos son engañados, confundiendo algunos cambios parciales realizados en ellos con este gran y profundo cambio. Para eliminar tales errores, considérense estas pocas cosas:

1. Muchos llaman a la iglesia su madre, a quienes Dios no reconocerá como sus hijos. “Los hijos de mi madre”, es decir, falsos hermanos, “se airaron contra mí” (Cantares 1:6). No todos los que son bautizados han nacido de nuevo. Simón fue bautizado, pero todavía estaba “en hiel de amargura y en prisión de maldad” (Hechos 8:13-23). Donde el cristianismo es la religión del país, muchos son llamados por el nombre de Cristo, quienes no tienen de Él más que el nombre: y no es de extrañar, porque el diablo tenía sus cabritos entre las ovejas de Cristo, en aquellos lugares donde solo unos pocos profesaban la religión cristiana. “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros” (1 Juan 2:19).

2. La buena educación no es regeneración. La educación puede encadenar las concupiscencias de los hombres, pero no puede cambiar sus corazones. Un lobo sigue siendo una bestia rapaz, aunque esté encadenado. Joás fue muy devoto durante la vida de su buen tutor Joiada; pero después mostró rápidamente de qué espíritu era, por su repentina apostasía (2 Crónicas 24:2-18). El buen ejemplo es de gran influencia para cambiar al hombre exterior; pero ese cambio a menudo desaparece cuando un hombre cambia de compañía; de lo cual el mundo ofrece muchos tristes ejemplos.

3. Un cambio de la blasfemia abierta a la civilidad y la sobriedad no llega a este cambio salvador. Algunos son, por un tiempo, muy libertinos, especialmente en sus años de juventud; pero al final se reforman y dejan sus caminos profanos. Aquí hay un cambio, pero solo del tipo que se puede encontrar en hombres totalmente desprovistos de la gracia de Dios, y cuya justicia está tan lejos de sobreabundar, que no alcanza a la justicia de los escribas y fariseos.

4. Uno puede participar en todos los deberes externos de la religión y, sin embargo, no haber nacido de nuevo. Aunque el plomo se funda en varias formas, sigue siendo solo un metal común. Los hombres pueden escapar de las contaminaciones del mundo y, sin embargo, no ser más que perros y cerdos (2 Pedro 2:20-22). Todos los actos externos de la religión están dentro del alcance de las habilidades naturales. Sí, los hipócritas pueden tener la falsificación de todas las gracias del Espíritu: porque leemos de la “santidad de la verdad” (Efesios 4:23); y de la “fe no fingida” (1 Timoteo 1:15); lo cual nos muestra que hay una santidad falsificada y una fe fingida.

5. Los hombres pueden avanzar hacia una gran rigurosidad en su propia forma de religión y, sin embargo, ser extraños al nuevo nacimiento. “Conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión, viví fariseo” (Hechos 26:5). La naturaleza tiene su propia rigurosidad no santificada en la religión. Los fariseos tenían tanta que consideraban a Cristo como poco mejor que un mero libertino. Un hombre cuya conciencia ha sido despertada, y que vive bajo la influencia sentida del pacto de obras, ¿qué no hará que esté dentro del alcance de las habilidades naturales? Es una verdad, aunque haya salido de una boca infernal, que “Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida” (Job 2:4).

6. Una persona puede tener agudos ejercicios del alma y dolores, y sin embargo morir en el parto. Muchos tuvieron “dolores de parto”, que solamente han, por así decirlo, “dado a luz viento”. Puede haber dolores intensos y punzadas de conciencia, que al final quedan en nada. Faraón y Simón el Mago tuvieron tales convicciones que les hicieron desear las oraciones de otros por ellos. Judas se arrepintió; y bajo terrores de conciencia, devolvió sus monedas de plata mal habidas. No es oro todo lo que reluce. Los árboles pueden

florece hermosamente en la primavera, en los cuales no se encontrará ningún fruto en la cosecha: y algunos tienen agudos ejercicios del alma, que no son más que anticipos del infierno.

El nuevo nacimiento, aunque en apariencia haya comenzado de manera esperanzadora, puede frustrarse de dos maneras: Primero, algunos, como Zara (Génesis 38:28, 29), son llevados al parto, pero retroceden de nuevo. Tienen agudas convicciones por un tiempo; pero estas desaparecen, y se vuelven tan descuidados con su salvación, y tan profanos como siempre y generalmente peor que nunca; “y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero” (Mateo 12:45). Obtienen gracia para despertar, pero no gracia para convertir, y esta desaparece por grados como la luz del día que declina, hasta que desemboque en la oscuridad de la medianoche.

En segundo lugar, algunos, como Ismael, salen demasiado pronto; nacen antes del tiempo de la promesa. (Génesis 16:2; compare Gálatas 4:22, etc.) Se conforman con una mera obra de la ley, y no esperan hasta el tiempo de la promesa del Evangelio. Arrebatan el consuelo, sin esperar a que se les dé; y tontamente extraen su consuelo de la ley que los hirió. Se aplican el emplasto curativo a sí mismos, antes de que su herida sea suficientemente examinada. La ley, ese marido riguroso, los golpea severamente, y arroja maldiciones y venganza sobre sus almas; luego se ponen a reformar, orar, llorar, prometer y hacer votos, hasta que este fantasma sea apaciguado; lo cual, una vez hecho, se vuelven a dormir en los brazos de la ley: pero nunca son sacudidos de sí mismos y de su propia justicia, ni llevados adelante hacia Jesucristo.

Por último, puede haber un maravilloso movimiento de los afectos, en almas que no están en absoluto tocadas por la gracia regeneradora. Donde no hay gracia, puede, sin embargo, haber una inundación de lágrimas, como en Esaú, “porque no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (Hebreos 12:17). Puede haber grandes destellos de gozo; como en los oidores de la Palabra, representados en la parábola por los pedregales, que “luego la recibe con gozo” (Mateo 13:20). También puede haber grandes deseos por las cosas buenas, y un gran deleite en ellas también; como en aquellos hipócritas descritos en Isaías 58:2: “Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos... quieren acercarse a Dios”. Vea qué tan alto pueden llegar a veces, quienes sin embargo recaen (Hebreos 6:4-6). Pueden ser “una vez iluminados y gustaron del don celestial”, ser “hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero”. Las operaciones comunes del Espíritu divino, como una inundación de tierra, hacen un extraño vuelco de las cosas al revés: pero cuando terminan, todo vuelve a correr por el cauce ordinario. Todas estas cosas pueden existir, donde el Espíritu santificador de Cristo nunca descansa sobre el alma, sino que el corazón de piedra aún permanece; y en ese caso estos afectos no pueden sino marchitarse, porque no tienen raíz.

Pero la regeneración es un verdadero y profundo cambio, por el cual el hombre es hecho una nueva criatura (2 Corintios 5:17). El Señor Dios hace de la criatura una nueva criatura, así como el orfebre funde la vasija de deshonra y la convierte en una vasija de honra. El hombre está, con respecto a su estado espiritual, totalmente descoyuntado por la caída; cada facultad del alma está, por así decirlo, dislocada: en la regeneración, el Señor afloja cada articulación y la coloca en su lugar nuevamente. Ahora bien, este cambio hecho en la regeneración, es:

1. Un cambio de cualidades o disposiciones: no es un cambio de la sustancia, sino de las cualidades del alma. Las cualidades viciosas son removidas, y las disposiciones contrarias son introducidas en su lugar. “Despojaos del viejo hombre” (Efesios 4:22); “vestíos del nuevo hombre” (ver. 24). El hombre no perdió ninguna de las facultades racionales de su alma por el pecado: todavía tenía un entendimiento, pero estaba entenebrecido; todavía tenía una voluntad, pero era contraria a la voluntad de Dios. Así que en la regeneración, no se crea una nueva sustancia, sino que se infunden nuevas cualidades; luz en lugar de oscuridad, justicia en lugar de injusticia.

2. Es un cambio sobrenatural; el que nace de nuevo, nace del Espíritu. (Juan 3:5). Se pueden hacer grandes cambios por el poder de la naturaleza, especialmente cuando es asistida por la revelación externa. La naturaleza puede ser tan elevada por las influencias comunes del Espíritu, que una persona puede ser convertida de ese modo en otro hombre, como lo fue Saúl, (1 Samuel 10:6), quien sin embargo nunca se convierte en un hombre nuevo. Pero en la regeneración, la naturaleza misma es cambiada, y nos hacemos partícipes de la naturaleza divina; y este necesariamente debe ser un cambio sobrenatural. ¿Cómo podemos nosotros, que estamos muertos en delitos y pecados, renovarnos a nosotros mismos, más de lo que un hombre muerto puede levantarse de su tumba? ¿Quién sino el Espíritu santificador de Cristo puede formar a Cristo en un alma, cambiándola a la misma imagen? ¿Quién sino el Espíritu de santificación puede dar el corazón nuevo? Bien podemos decir, cuando vemos a un hombre así cambiado: “Este es el dedo de Dios”.

3. Es un cambio a la semejanza de Dios. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Corintios 3:18). Todo lo que engendra, engendra a su semejante; el hijo lleva la imagen del padre; y los que son nacidos de Dios llevan la imagen de Dios. El hombre aspirando a ser como Dios, se hizo semejante al diablo. En su estado natural se parece al diablo, como un hijo a su padre. “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Juan 8:44). Pero cuando llega este feliz cambio, esa imagen de Satanás es borrada, y la imagen de Dios es restaurada. Cristo mismo, que es el resplandor de la gloria de su Padre, es el modelo según el cual se hace la nueva criatura. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29). De ahí que se dice que Él es formado en el regenerado (Gálatas 4:19).

4. Es un cambio universal; “he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). El pecado original infecta a todo el hombre; y la gracia regeneradora, que es el ungüento, llega tan lejos como la llaga. Este fruto del Espíritu está en toda bondad; bondad de la mente, bondad de la voluntad, bondad de los afectos, bondad de todo el hombre. Él obtiene no solo una nueva cabeza, para conocer la religión, o una nueva lengua para hablar de ella; sino un nuevo corazón, para amarla y abrazarla en toda su manera de vivir.

Capítulo 69 Regeneración, Conversión y Reforma

Por el Rev. George W. Lasher, Doctor en Teología, Doctor en Derecho
Autor de *Theology for Plain People*, Cincinnati, Ohio

En su libro *Twice-Born Men* ["Hombres nacidos dos veces"], el Sr. Harold Begbie nos da una serie de ejemplos en los que hombres de la más baja condición, o de la naturaleza más perversa, cambiaron repentinamente en pensamiento, propósito, voluntad y vida. Sin ignorar intencionalmente la palabra "regeneración", o el hecho de la regeneración, él enfatiza el acto de la conversión en el que incluye la regeneración que, en nuestro concepto, es el origen de la conversión y una verdadera reforma como un hecho permanente. Una debilidad en gran parte de la enseñanza de los tiempos modernos está en que la conversión y la reforma son empujadas al frente, mientras que la regeneración es ignorada, o minimizada a la nada.

Jesucristo no dijo mucho sobre la regeneración, usando la palabra equivalente en el griego (*paliggenesis*) solo una vez, y entonces (Mateo 19:28) haciendo referencia a cosas creadas, un nuevo orden en el universo físico, en lugar de a una nueva condición del alma individual. Pero Él enseñó la gran verdad con otras palabras, el hecho necesario por el cual Él hizo evidente que una regeneración es lo que el alma humana necesita y debe tener para prepararla para el reino de Dios.

En los otros Evangelios, se representa a Jesús enseñando cosas que implican un nuevo nacimiento, sin el cual es imposible cumplir con los requisitos divinos; pero en el Evangelio de Juan esto se expone claramente en el primer capítulo, y la idea se mantiene hasta el final. Cuando (en Juan 1:12, 13) se dice que aquellos que recibieron la Palabra de Dios recibieron también "potestad", o derecho, de llegar a ser hijos de Dios, se declara expresamente que este poder, o derecho, no es inherente a la naturaleza humana, no se encuentra en el nacimiento natural, sino que implica un nuevo nacimiento: "los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Es este nuevo o segundo nacimiento el que produce hijos de Dios. La declaración de Juan (Juan 3:3) confunde la afirmación muy común de que Dios es el Padre de la humanidad universal, y hace que sea absurdo hablar de "la Paternidad de Dios", "el Padre Celestial", "la paternidad divina" y otras frases semejantes con las que estamos saturados en estos tiempos modernos. Nada está más lejos de la verdad, y nada es más peligroso y seductor que la afirmación de que los hijos de Adán son, por naturaleza, hijos de Dios. Es la base de muchos falsos razonamientos con respecto al estado futuro y la continuidad del castigo futuro. Se dice, en palabras, que, aunque un padre puede castigar a su hijo, "para su provecho", sin embargo, la relación de paternidad y filiación prohíbe el pensamiento de que el padre pueda arrojar a su hijo al fuego y mantenerlo allí para siempre. No importa cuál sea la ofensa, esta puede ser expiada mediante el sufrimiento, el corazón del padre ciertamente se ablandará y el pródigo regresará y será recibido con gozo y alegría por el padre anhelante.

Por supuesto, la falacia del argumento está en la suposición de que todos los hombres son, por naturaleza, hijos de Dios, una cosa expresamente negada por el Señor Jesús (Juan 8:42) quien declaró a ciertas personas que eran de su padre el diablo. La conversación con Nicodemo nos da la condición bajo la cual los hombres nacidos una vez pueden ver el reino de Dios, a saber, naciendo dos veces, una vez de la carne, y una segunda vez del Espíritu. "el que no naciere de nuevo [*anóthen*, de arriba] no puede ver el reino de Dios". [Juan 3:3] Debe haber un nacimiento del cielo antes de que pueda haber una herencia celestial. Nicodemo, aunque era un maestro de Israel, no lo entendió. Él había leído en vano la palabra a través de Jeremías (Jeremías 33:31) relativa al "nuevo pacto" que implica un nuevo corazón. Él había fallado en discernir entre el hombre natural y el hombre espiritual. No tenía concepto de una condición cambiada como la base de una reforma genuina. Pero Nicodemo no estaba solo en su malentendido. Después de todos estos siglos, muchos estudiantes del Nuevo Testamento, aceptando el Evangelio de Juan como canónico y genuino, tropiezan con la misma gran verdad y "pervierten los caminos rectos del Señor". Tomando el quinto versículo de Juan 3, aceptan la doctrina de la regeneración, pero la combinan con un acto externo sin el cual, desde su punto de vista, la

regeneración no es y no puede ser completada. En sus rituales declaran claramente que el bautismo en agua es esencial y produce la regeneración que Jesús declara que debe ser del cielo. Tropiezan con, o pervierten las palabras usadas, y hacen que “nacer de agua” sea el bautismo, del cual no se dice nada en el versículo ni en el capítulo, y que todo el tenor de las Escrituras niega.

Los lexicógrafos, los gramáticos y los teólogos evangélicos se pronuncian todos en contra de la interpretación dada a las palabras de Jesús cuando dijo: “el que no naciere de agua y (*kai*) del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. [Juan 3:5] Los lexicógrafos nos dicen que la conjunción griega *kai* puede tener un significado exegético y puede ser (como frecuentemente lo es) usada para ampliar lo que ha precedido; que puede tener el sentido de “incluso” o “a saber”. Y así justifican la lectura: “el que no naciere de agua, incluso (o a saber) del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Los gramáticos nos dicen lo mismo, y se pueden citar innumerables ejemplos de tal uso tanto del griego clásico como del griego del Nuevo Testamento. Los teólogos son explícitos en su negación de que la regeneración pueda efectuarse mediante el bautismo. Se aferran a una experiencia puramente espiritual, ya sea antes del bautismo o después de él, y niegan que el nacimiento espiritual sea efectuado por el agua, sin importar cómo se aplique. Y, sin embargo, algunos que toman esta posición en las discusiones sobre el “nuevo nacimiento” caen en la idea ritualista cuando llegan a tratar sobre el bautismo, su significado y su lugar en el sistema cristiano. (Sería fácil justificar todas estas declaraciones haciendo referencia a autores y libros, pero el espacio prohíbe las citas aquí. Son tan evidentes que difícilmente podemos dudar de la aceptación de la afirmación por parte del lector inteligente, sin citas como prueba).

Pablo como intérprete de Jesús

El mejor intérprete de Jesús que jamás emprendió la tarea de representarlo fue el hombre que fue hecho un “instrumento escogido”, para llevar el Evangelio del reino a las naciones paganas de su propio tiempo, y para transmitirnos sus interpretaciones a nosotros los del siglo veinte. Él pudo decir: “el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”. [Gálatas 1:11-12] Y Pablo habla de esta obra realizada en el alma humana como una “nueva creación”, algo que no estaba allí antes. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (creación). [2 Corintios 5:17] “ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión”, [Gálatas 5:6] sino una nueva criatura, (creación). Ni una sola vez, en todas sus discusiones sobre el camino de la salvación, Pablo insinúa que la nueva creación se efectúa mediante una observancia ritual. Siempre y en todas partes se considera y se trata como una experiencia espiritual obrada por el Espíritu de Dios, donde el sujeto de la misma solo sabe, como el hombre sanado dijo de sí mismo: “que habiendo yo sido ciego, ahora veo”. [Juan 9:25]

El testimonio de la experiencia

Las oraciones de la Biblia, especialmente las del Nuevo Testamento, no indican que el suplicante pida una regeneración: un corazón nuevo. Puede que se le haya enseñado la necesidad de ello, y puede que se enfrente cara a cara con el gran y decisivo hecho; pero su pensamiento no está tanto en un corazón nuevo como en sus pecados y su condenación. Lo que él quiere es la liberación del hecho y de las consecuencias del pecado. Se encuentra a sí mismo como un pecador condenado, bajo el ceño fruncido de un Dios de justicia, y se desespera. Pero se le habla de Jesús y de la gracia perdonadora de Dios, y él pide que la provisión misericordiosa se aplique a su propia alma. “Misericordia quiero, y no sacrificio”, es el argumento, la misericordia asegurada por la obra de aquel a quien Dios ha designado para ser la propiciación por nuestros pecados. Pero cuando el pecador suplicante y creyente despierta a la conciencia de que su oración ha sido escuchada, descubre que es una nueva criatura. La obra se ha realizado sin que él fuera consciente de ella en el momento. Todo lo que sabe es que algo ha tenido lugar dentro de él: un gran “cambio”. Él es una nueva criatura. Se atreve a esperar y a creer que es un hijo de Dios; y clama en el éxtasis de una nueva vida: “¡Abba, Padre!” (¡Querido Padre!). “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos

de Dios”, [Romanos 8:16] y subsecuentemente aprendemos que somos herederos de un Padre rico: “herederos de Dios y coherederos con Cristo”, [Romanos 8:17] con quien hemos de sufrir y reinar a la vez.

La CONVERSIÓN (que en realidad solo significa “cambio”), hemos dicho, está incluida en la idea de la regeneración; pero las palabras no significan lo mismo. La regeneración implica conversión; pero puede haber conversión sin regeneración. El peligro es que no se observe la distinción y que, debido a que hay una conversión visible, se suponga que debe haber una regeneración previa. La conversión puede ser un mero proceso mental; el entendimiento convencido, pero el corazón sin cambiar. Puede efectuarse como se efectúan la educación y el refinamiento. Las escuelas lo hacen constantemente. Para eso están. La regeneración implica un cambio de mente; pero la conversión puede efectuarse mientras la condición moral permanece sin cambios. La regeneración puede ocurrir solo una vez en la experiencia de la misma alma; pero la conversión puede ocurrir muchas veces. La regeneración implica una nueva vida, vida eterna, vida divina, la vida de Dios en el alma del hombre, una filiación divina, la morada continua del Espíritu Santo. La conversión puede ser como la del rey Saúl, cuando ocupó un lugar entre los profetas de Jehová, o como la de Simón el mago, quien dijo: “Rogad vosotros por mí al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí”. [Hechos 8:24]

La conversión puede ser el resultado de una convicción de que, después de todo, un cambio de vida puede ser provechoso para la vida venidera, así como para la vida actual; de que en el mundo futuro el hombre obtiene lo que gana en esta vida. Esto no implica un corazón enamorado de Dios y de las cosas de Dios. Los hombres del mundo se convierten muchas veces. Cambian de opinión, y a menudo cambian su modo de vivir, para mejor; no porque hayan sido regenerados y llevados a relaciones sagradas con Dios en Cristo, siendo renovados por el poder del Espíritu Santo.

Uno de los peligros más inminentes de la vida religiosa de hoy en día es poner la conversión en el lugar de la regeneración, y considerar a los hombres convertidos como hombres cristianos, contando a los “convertidos” en las reuniones de avivamiento como regenerados y salvos, porque han cambiado mentalmente y, por el momento. Los hombres se convierten, políticamente, de un partido a otro; de un conjunto de principios a otro. Los cristianos, después de la regeneración, pueden cambiar sus puntos de vista religiosos y pasar de una denominación a otra. Pocos cristianos pasan por muchos años sin necesidad de conversión. Se enfrían de corazón, se ciegan a las cosas de Dios y se desvían del camino recto al que una vez se comprometieron; y necesitan conversión. La mayoría de los avivamientos de la religión comienzan con la conversión de los santos. Rara vez se regeneran almas, en cantidades considerables, mientras los hombres y mujeres regenerados son inconscientes de su alto llamamiento y tienen necesidad de conversión, a fin de que se comprometan de corazón en esfuerzos por los que los rodean. Primero, una iglesia convertida, luego almas regeneradas y convertidas. La reforma implica conversión, pero no implica regeneración.

La REGENERACIÓN asegura la reforma, pero la reforma no implica regeneración. Los reformadores han existido en todas las épocas, y son conocidos tanto por el paganismo como por el cristianismo. Buda fue un reformador. Confucio fue un reformador. Zoroastro fue un reformador. Mahoma fue un reformador. Reyes y sacerdotes han sido reformadores, sin saber nada de la vida de Dios en el alma humana. Un hombre cristiano es un hombre reformado, aunque su reforma puede estar lejos de ser completa y puede necesitar muchos impulsos reformadores. El error más flagrante y fatal en el mundo religioso de hoy es el esfuerzo por reformar a los hombres y reformar a la sociedad haciendo de la reforma un sustituto de la regeneración.

La vida social actual está llena de dispositivos y recursos para mejorar la condición física de individuos, familias y comunidades, mientras que, sin embargo, la vida del alma permanece intacta. Los inventos humanos están ocupando el lugar del ideal divino, y aquellos que no pueden alcanzar la vida interior se conforman, si pueden alcanzar y mejorar la vida exterior, el mero incidente del ser. Tenemos organizaciones cívicas sin número, cada una de las cuales tiene como su mayor objetivo el mejoramiento no simplemente

de las condiciones mundanas, sino del carácter de la hermandad. Un argumento para la existencia de muchas de estas organizaciones es que pueden hacer mejores hombres en razón de la confianza y la fraternidad aseguradas por el contacto efectuado, por los juramentos y votos tomados, y por el cultivo de la vida social. La voluntad de aprender y recibir instrucción es una condición de iniciación en la orden.

No se niega que las agencias reformatorias sean buenas y logren el bien. Cada una tiene sus puntos buenos y ayuda a elevar el tono de la sociedad en su conjunto. Pero un error fatal está en la noción de que la elevación de la sociedad, la eliminación de sus miserias, es conducente a una vida religiosa y promotora del cristianismo. Quizás los mayores obstáculos para la conquista buscada por el cristianismo en la actualidad, en los países civilizados y nominalmente cristianos, son las diversas agencias destinadas a reformar la sociedad. Están mejorando el exterior, revistiendo y puliendo el exterior, mientras que el interior no es mejor que antes porque el corazón sigue siendo malvado y pecaminoso. “Ahora bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad”. [Lucas 11:39]

Los fariseos eran las mejores personas de su tiempo; y sin embargo, fueron los mayores fracasos. Contra ningunos otros lanzó Jesús denuncias tan feroces. ¿Por qué? Porque pusieron la reforma en lugar del arrepentimiento y la fe; porque estaban empleando medios humanos para lograr lo que solo el Espíritu Santo podía lograr. Y así, hoy en día, cada dispositivo para el mejoramiento de la sociedad que no ataca la raíz de la enfermedad y no aplica el remedio a la sede de la vida, el alma humana, es farisaico y está haciendo el trabajo de un fariseo. Está puliendo el exterior, mientras se muestra indiferente al interior. El camino al infierno desde la puerta de una iglesia es tan corto como lo es desde la soga de un verdugo, o desde una silla eléctrica. Más miembros de la iglesia que asesinos han ido al infierno del incrédulo. “Lo bueno es siempre el enemigo de lo mejor”; y por eso la reforma es siempre una enemiga de la cruz de Cristo.

Los “hombres nacidos dos veces”* del Sr. Begbie fueron reformados, y dieron prueba de ello en sus vidas posteriores porque fueron regenerados, nacidos dos veces; pero había junto a ellos, una gran multitud de hombres “reformados”, que no eran menos herederos del infierno que antes de su “reforma”. Él nos habla de solo unos pocos de la gran multitud de los reformados: unos pocos de entre miles.

* (Al hacer referencia al libro del Sr. Begbie, el escritor no tiene intención de criticar, porque está en pleno acuerdo con los hechos y propósitos del libro. Lo usa solo como una ilustración sorprendente del punto que desea plantear).

Fundamental para el sistema cristiano es una convicción de pecado que obliga a un clamor por misericordia, respondido por el Espíritu Santo, quien regenera el alma, la convierte, la reforma y la prepara para la bienaventuranza del cielo.

Capítulo 70 Las Enseñanzas de Nuestro Señor Sobre el Dinero

Por el Rev. Arthur T. Pierson, Doctor en Teología

Las enseñanzas de nuestro Señor en cuanto a las ofrendas monetarias, si fueran obedecidas, desterrarían para siempre todas las limitaciones en la obra de la iglesia y toda preocupación sobre las provisiones. Estas enseñanzas son radicales y revolucionarias. Están tan lejos de la aceptación práctica que, aunque perfectamente explícitas, parecen más un idioma muerto que ha caído en desuso que una lengua viva que millones conocen y hablan. Sin embargo, cuando estos principios y preceptos de nuestro Señor sobre el dar se recopilan y comparan, se descubre que contienen los materiales de un sistema ético completo sobre el tema del dinero, su verdadera naturaleza, valor, relación y uso. Si estas sublimes y únicas enseñanzas se tradujeran a la vida diaria, el efecto no solo sobre la obra benevolente, sino sobre todo nuestro carácter espiritual, sería incalculable. La brevedad nos obliga a contentarnos con un simple bosquejo de este cuerpo de enseñanza, disperso a lo largo de las narraciones de los cuatro Evangelios, pero reunido y presentado metódicamente por Pablo en esa exhaustiva discusión sobre el dar cristiano en 2 Corintios 8 y 9.

1. El principio de la mayordomía

La base de la enseñanza de Cristo sobre el dinero es el concepto fundamental de la mayordomía. (Lucas 12:42; 16:1-8). No solo el dinero, sino todo don de Dios, se recibe en fideicomiso para su uso. El hombre no es un dueño, sino un administrador, que maneja los bienes y propiedades de otro, siendo Dios el único dueño original e inalienable de todo. Las dos cosas que se requieren de los mayordomos son que sean “fiel y prudente”, que estudien para emplear los dones de Dios con fidelidad y sagacidad: fidelidad para que las cosas confiadas por Dios no se perviertan hacia la autocomplacencia; sagacidad, para que se conviertan en las mayores ganancias posibles.

Este es un principio básico perfectamente claro y simple, sin embargo, no es el fundamento aceptado de nuestra forma de ganar y usar el dinero. La gran mayoría, incluso de los discípulos, prácticamente dejan a Dios fuera de sus pensamientos cuando se involucran en las finanzas. Los hombres se consideran a sí mismos dueños; “hacen dinero” por su industria, economía, astucia, dedicación; es suyo para hacer con él lo que quieran. Hay poco o ningún sentido de mayordomía o de su obligación implícita. Si dan, es un acto, no de deber, sino de generosidad; se clasifica, no bajo la ley, sino bajo la gracia. Por lo tanto, no se siente ninguna inconsistencia en atesorar o gastar vastas sumas para fines mundanos y asignar una fracción insignificante a propósitos benevolentes. Tales métodos y nociones serían puestos totalmente de cabeza si los hombres tan solo pudieran pensar en sí mismos como mayordomos, responsables ante el único Amo por haber desperdiciado sus bienes. El gran día de rendir cuentas traerá un terrible ajuste de cuentas, no solo a los derrochadores, sino a los acaparadores; porque incluso los siervos infieles al final le devolvieron a su señor el talento y la mina, pero sin ganancias, y la condenación fue por no haberlos usado de manera que se incrementaran los bienes confiados.

2. El principio de la inversión

En las enseñanzas de nuestro Señor encontramos este principio afín de la inversión: “debías haber dado mi dinero a los banqueros”. (Mateo 25:27). El cambio de dinero y la inversión es un negocio antiguo. Los “banqueros”, como los traduce Lucas, son los prestamistas, los antiguos Trapezitae, que recibían dinero en depósito y pagaban intereses por su uso, como las instituciones de ahorro modernas. El argumento de nuestro Señor refuta al siervo infiel en su propia defensa, la cual, como mostró su curso de acción, no era una excusa, sino un pretexto. Era cierto que no se atrevía a arriesgarse a negociar por su propia cuenta; ¿por qué no, sin tal riesgo, obtener un interés moderado para su amo prestando a comerciantes profesionales? No fue el miedo sino la pereza lo que se escondía detrás de su infidelidad e inutilidad.

Así se enseña indirectamente la valiosa lección de que las almas tímidas, no aptas para un servicio audaz e independiente en favor del reino, pueden unir su incapacidad a la capacidad y sagacidad de otros que harán que sus dones y posesiones sean de utilidad para el amo y su iglesia.

James Watt, en 1773, formó una sociedad con Matthew Boulton, de Soho, para la fabricación de máquinas de vapor: Watt, para aportar el cerebro, y Boulton, el dinero en efectivo. Esto ilustra la enseñanza de nuestro Señor. El mayordomo tiene dinero, o pueden ser otros dones, a los que se les puede dar uso, pero carece de fe y visión a futuro, energía práctica y sabiduría. Los “banqueros” del Señor pueden mostrarle cómo obtener ganancias para el Amo. Las juntas de la iglesia son los banqueros de Dios. Están compuestas por hombres prácticos, que estudian cómo y dónde poner el dinero para obtener los mejores resultados y los mayores rendimientos, y cuando son lo que deberían ser, multiplican el dinero muchas veces en resultados gloriosos. La iglesia existe en parte para que la fuerza de un miembro pueda ayudar a la debilidad de otro, y para que, mediante la cooperación de todos, el poder del más pequeño y más débil pueda ser incrementado.

3. La subordinación del dinero

Otro principio sumamente importante es la subordinación del dinero, como se enseña e ilustra enfáticamente en el joven rico. (Mateo 19:16-26). Esta narrativa, considerada correctamente, no presenta ningún enigma. Con todos sus rasgos atractivos, este hombre era un esclavo. El dinero no era su sirviente, sino su amo; y debido a que solo Dios debe ser supremo, nuestro Señor no tuvo alternativa. Él debía demoler el ídolo de este hombre, y cuando asestó un golpe a su dinero, la idolatría se hizo evidente, y el esclavo de la codicia se fue triste, aferrándose a su ídolo. No era que el hombre tuviera grandes posesiones lo que estaba mal, sino que sus posesiones tenían al hombre; lo poseían y lo controlaban. Era tan esclavo del dinero que no podía y no quería aceptar la libertad mediante la ruptura de sus grilletes. Su “confianza” estaba en las riquezas, ¿cómo podría estar en Dios? Detrás de todos los disfraces de respetabilidad y refinamiento, Dios ve a muchos hombres como esclavos abyectos, víctimas mantenidas en cadenas por el amor al dinero; pero la avaricia es idolatría, y ningún idólatra puede entrar en el reino de Dios. ¡Qué pocos hombres ricos mantienen el dominio y tienen el dinero como su sirviente, en absoluta subordinación a su propia hombría, y al señorío del Señor!

4. La ley de la recompensa

Ascendemos un escalón más alto y consideramos la enseñanza de nuestro Señor en cuanto a la ley de la recompensa. “Dad, y se os dará”. (Lucas 6:38). Se nos enseña que el recibir tiene como propósito el dar, y en consecuencia, que el dar es el verdadero camino para recibir. Dios es un economista. Él confía dones mayores a aquellos que usan bien los más pequeños. Quizás una razón de nuestra pobreza es que somos en gran medida esclavos de la parsimonia. El futuro podría revelar que Dios nos ha estado reteniendo porque nosotros le hemos estado reteniendo a Él.

Difícilmente puede decir cualquier estudiante cuidadoso del Nuevo Testamento que nuestro Señor anima a sus discípulos a buscar o pedir riquezas terrenales. Sin embargo, es igualmente cierto que a cientos de almas devotas que han elegido la pobreza voluntaria por amor a Él se les han confiado inmensas sumas para su obra. George Müller condujo durante más de sesenta años empresas que requerían al menos unos ciento veinticinco mil dólares al año. Nótese también las experiencias de William Quarrier y Hudson Taylor, y D. L. Moody y el Dr. Barnardo. A tales siervos de Dios, que consideraban todo como de Dios, gastando poco o nada para sí mismos, se les permitió recibir y usar millones para Dios, y en algunos casos, como el de Müller, sin ninguna petición a los hombres, mirando únicamente a Dios. Este gran santo de Bristol descubrió, en una vida que casi completó un siglo, que era seguro dar a los propósitos de Dios el último centavo en cualquier momento, con la perfecta seguridad de que entraría más antes de que surgiera otra necesidad. ¡Y nunca hubo un solo fracaso durante setenta años!

5. Bienaventuranza superior

Afin a esta ley de la recompensa está la ley de la bienaventuranza superior. “Más bienaventurado es dar que recibir”. (Hechos 20:35). Pablo cita esto como un dicho de nuestro Señor, pero no se encuentra en ninguna de las narraciones de los Evangelios. Si él solo quiso indicar lo que es sustancialmente la enseñanza de nuestro Señor, o si estaba preservando algunas palabras preciosas de nuestro Gran maestro, que de otra manera no estarían registradas, no es importante. Es suficiente con que este dicho tenga la autoridad de Cristo. Cualquiera que sea la bienaventuranza de recibir, la de dar pertenece a un plano superior. Lo que sea que yo obtenga, y cualquier bien que me traiga, solo yo me beneficio; pero lo que doy trae bien a otros: a los muchos, no a uno solo. Pero, por un decreto singular de Dios, lo que así entrego de mí mismo por el bien de los demás vuelve incluso a mí en una bendición mayor. Es como la humedad que el manantial emite en arroyos y evaporación, regresando en lluvias para abastecer los mismos canales que llenaron el manantial mismo.

6. Cálculo por comparación

Subimos un escalón más alto al considerar la ley de cálculo de Dios. ¿Cómo calcula Él las ofrendas? Nuestro Señor nos enseña que es por comparación. Ninguna narración es más reveladora sobre este tema que la de la viuda pobre* que echó en el arca de las ofrendas sus dos blancas. El Señor Jesús, estando cerca, observaba las ofrendas echadas en el arca. Había dadores ricos que daban grandes cantidades. Hubo una mujer pobre, una viuda, que echó dos blancas, y Él declaró que su ofrenda era más que la de todos los demás, porque, mientras ellos dieron de una superfluidad, ella dio de una deficiencia: ellos de su abundancia, ella de su pobreza.

* (Marcos 12:41-44; Lucas 21:1-4)

Aquella que echó sus dos blancas en el arca sagrada de las ofrendas, al hacerlo se hizo rica en buenas obras y en la alabanza de Dios. Si las hubiera guardado, habría seguido siendo solo la misma viuda pobre. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y las dos blancas “hacen un cuadrante”. Aquel que, como la providencia supervisora de la naturaleza, observa la caída de un pajarillo, de modo que “ni uno de ellos está olvidado delante de Dios”, también, como el supervisor del tesoro, se sienta invisiblemente y observa las ofrendas que se depositan en el arca, e incluso la blanca de la viuda no es olvidada.

Él nos dice aquí cómo evalúa las ofrendas monetarias: no por lo que damos, sino por lo que guardamos; no por la cantidad de nuestras contribuciones, sino por su costo en abnegación. Toda la ofrenda de esta viuda contaba financieramente por solo un cuarto (κοδράντης, un cuadrante, equivalente a cuatro milésimas, o dos quintas partes de un centavo, como tres cuartas partes de un cuarto inglés). ¿Qué podría ser mucho más insignificante? Pero las dos blancas constituían todo su medio de subsistencia. Los otros reservaron lo que necesitaban o querían para sí mismos, y luego dieron de su sobreabundancia (περισσεύοντος). El contraste es enfático; ella “de su pobreza”, ellos “de lo que les sobra”.

No todo dar —así llamado— tiene una rica recompensa. En muchos casos, a los ojos de Dios, lo que se guarda oculta lo que se da. El atesorar y gastar de manera indulgente consigo mismo extiende un banquete; las migajas caen de la mesa, para ser recogidas y etiquetadas como “caridad”. Pero cuando la posesión que es más querida, el último recurso de confianza, se entrega a Dios, entonces viene la visión del tesoro acumulado en el cielo.

7. Altruismo al dar

Ascendemos aún más a la ley del altruismo al dar. “Haced bien, y prestad, no esperando de ello nada” (Lucas 6:35). Mucho de lo que se da no es dar en absoluto, sino solo prestar o intercambiar. El que da a otro

de quien espera recibir tanto de nuevo, está comerciando. Está buscando ganancia y es egoísta. Lo que busca no es el beneficio de otro, sino su propia ventaja. Invitar a la mesa a quienes lo invitarán de nuevo, es simplemente como si se le hiciera un favor a un conocido de negocios como base para tener la osadía de pedir un favor similar cuando sea necesario. Esto es reciprocidad, y puede ser incluso mezquino y calculador.

El verdadero dar tiene únicamente en vista el bien del otro y, por lo tanto, se otorga a aquellos que no pueden y no van a devolver el favor, que son demasiado indigentes para devolverlo, y tal vez demasiado degradados para apreciar lo que se hace por ellos. Eso es como el dar de Dios a los malos y a los ingratos. Ese es el dar impulsado por el amor.

Preguntar, por lo tanto, “¿me beneficiará?”, traiciona el espíritu egoísta. Es el dador más noble y verdadero quien piensa solo en la bendición que puede llevar al cuerpo y al alma de otro. Siembra la semilla de su pan junto a todas las aguas. Escucha el clamor de la necesidad y la miseria, y solo le preocupa suplir la necesidad y aliviar la miseria. Este tipo de dar muestra semejanza con Dios, y mediante ello crecemos hacia la perfección de la benevolencia.

8. El dar santificado

Nuestro Señor anuncia también una ley de santificación. “El altar santifica la ofrenda”: la asociación le da dignidad a una ofrenda (Mateo 23:19). Si la causa a la que contribuimos es exaltada, ennoblece y exalta la ofrenda a su propio nivel. Ningún par de objetos puede o debe atraernos con igual fuerza a menos que sean iguales en valor y dignidad moral, y un dador con discernimiento responderá más a lo que es más digno. El altar de Dios era para el judío el foco central de todas las ofrendas; estaba asociado con su adoración, y todo el calendario de ayunos y fiestas giraba a su alrededor. La ofrenda depositada sobre él adquiría una nueva dignidad al ser colocada allí. Podemos tener la libertad de dejar de lado algunos objetos que piden ofrendas porque no son sagrados. Podemos dar o no, según lo juzguemos mejor, porque dependen de las empresas y planes del hombre, que puede que no aprobemos del todo. Pero algunas causas tienen sanción divina, y eso las santifica; dar se convierte en un acto de adoración cuando tiene que ver con el altar.

9. Transmutación

Otra ley del verdadero dar es la de la transmutación. “Haceos amigos en las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas” (Lucas 16:9). Esta, aunque considerada por muchos como una parábola oscura, contiene una de las más grandes insinuaciones sobre las ofrendas monetarias que nuestro Señor haya dejado caer jamás.

Mamón aquí representa el equivalente al dinero, prácticamente adorado. Nos recuerda al becerro de oro que se hizo con los zarcillos y joyas de la multitud. Ahora nuestro Señor se refiere a una segunda transmutación. El becerro de oro puede a su vez ser fundido y acuñado en Biblias, iglesias, libros, tratados e incluso almas de hombres. Así lo que era material y temporal se vuelve inmaterial, espiritual y eterno. Aquí hay un hombre que tiene cien dólares. Puede gastarlo todo en un banquete o en una fiesta nocturna, en cuyo caso al día siguiente no hay nada que mostrar a cambio. Ha asegurado una gratificación temporal del apetito, eso es todo. Por otro lado, invierte en Biblias a diez centavos cada una, y compra mil copias de la Palabra de Dios. Estas las siembra juiciosamente como semilla del reino, y esa semilla brota en una cosecha, no de Biblias, sino de almas. De las riquezas injustas ha hecho amigos inmortales, quienes, cuando él fallezca, lo recibirán en moradas eternas. ¿No podría ser esto lo que se entiende por las verdaderas riquezas: el tesoro acumulado en el cielo en un bien imperecedero?

¡Qué revelaciones nos esperan en ese día de transmutación! Entonces, todo lo que haya sido entregado a Dios como una ofrenda del corazón, “en justicia”, se verá como transfigurado. No solo el oro, el incienso

y la mirra de los magos, y el vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio, y las casas y tierras de personas como Bernabé, sino las barcas y redes de los pescadores, el “banco de los tributos públicos” abandonado, las blancas de la viuda y el vaso de agua fría; sí, cuando no teníamos nada más que dar, la palabra de consejo, la lágrima de piedad, la oración de intercesión. Entonces se verán tanto las posibilidades ilimitadas como las “riquezas trascendentes” de la pobreza consagrada.

La obra de las misiones, o cualquier otra forma de servicio a Dios y al hombre, nunca recibirá la ayuda que debería hasta que haya una nueva conciencia y una nueva consagración en el asunto del dinero. La influencia del mundo y el espíritu mundano amortiguan el dar altruista. Exalta la autocomplacencia, ya sea en forma burda o refinada. Conduce al atesoramiento codicioso o al gasto derrochador. Nos ciega ante el hecho de la obligación e idea pretextos endebles para desviar el dinero del Señor a fines carnales. Los pocos que aprenden a dar según principios bíblicos también aprenden a amar el dar. Estas ofrendas se vuelven abundantes, sistemáticas y abnegadas. La corriente de la beneficencia fluye perpetuamente: no hay período de sequía.

Una vez fue necesario proclamar al pueblo de Dios que lo que habían traído “era mucho más de lo que se necesitaba”, y “se les impidió traer más” (Éxodo 36:6). Hasta donde se sabe, esta es la única instancia histórica de tal exceso de generosidad. Pero ¿no debería ser ese siempre el caso? ¿No es una vergüenza y una deshonra que alguna vez haya falta de “alimento en la casa de Dios”? Cuando su obra pide ayuda, ¿debería haber alguna vez renuencia a responder o la entrega de una mera miseria? ¡Seguramente su don inefable debería hacer que toda ofrenda a Él sea una ofrenda espontánea de amor que, como la de María, debería traer su precioso frasco de nardo y prodigar sus tesoros a sus pies, y llenar la casa con la fragancia del autosacrificio!

Capítulo 71 Satanás y su Reino

Por la Sra. Jessie Penn-Lewis
Leicester, Inglaterra

(Condensado de *The Warfare with Satan and the Way of Victory* publicado por Marshall Brothers, 10 Paternoster Row, Londres, E. C., Inglaterra).

1. El origen y hogar de Satanás

Las Escrituras dan solo atisbos velados de su origen y hogar, porque su propósito es más expresamente revelar a Dios en su carácter; y a Cristo como el Redentor de los hombres; con la historia de los redimidos desde la caída de Adán, su salvación a través de la cruz, y su destino eterno, cuando Cristo haya “suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Corintios 15:24), contrario al reinado de Dios, y Dios mismo sea el Todo en todos.

Nuestro Señor dice de Satanás, “él ha sido homicida desde el principio” (Juan 8:44), y Juan dice de él que “peca desde el principio” (1 Juan 3:8).

2. La posición y el carácter de Satanás

Con respecto a la posición y el carácter de Satanás sabemos que él es la encarnación misma de una mentira, porque “no hay verdad en él... es mentiroso, y padre de mentira”, dijo el Señor. Los diversos nombres con los que se le describe en las Escrituras revelan su poder. Aunque esté caído, el Señor Jesús lo llama nada menos que tres veces el “príncipe de este mundo” (Juan 12:31; 14:30; 16:11), reconociendo así claramente su dominio sobre la tierra. Que es un personaje de rango y poder lo aprendemos de Judas: “Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda” (Judas 9). También es llamado el “dios de este siglo” (2 Corintios 4:4), porque los hombres lo obedecen y lo adoran, incluso inconscientemente, cuando no obedecen ni adoran al Creador.

El arcángel caído es descrito además como el “príncipe de la potestad del aire” (Efesios 2:2), refiriéndose a los poderes espirituales malvados que habitan en los cielos atmosféricos, porque parece que la “confederación satánica tiene su sede en el cielo atmosférico: en los espacios por encima y alrededor de nuestro mundo” (Seiss). Que el “príncipe de la potestad del aire” tiene poder (cuando se le concede permiso) para empuñar las fuerzas del aire lo vemos en la historia de Job; porque a sus órdenes cayó fuego del cielo para consumir los rebaños del fiel siervo de Dios, e hizo que un viento derribara la casa de Job y matara a sus hijos. En relación con sus ataques a los hijos de los hombres, al príncipe de este mundo se le llama el “tentador” (1 Tesalonicenses 3:5), porque es su deleite diabólico tentar a otros para alejarlos de la obediencia leal a Dios. Y es llamado “el diablo” (1 Timoteo 3:6, 7): una palabra nunca usada en plural, y siempre, y solo, referida al propio Satanás. El nombre hebreo Satanás ocurre en el Nuevo Testamento treinta y cinco veces indistintamente con el griego *diabolos*, el cual también se usa treinta y cinco veces. La palabra *diabolos* significa “separador y calumniador” (Blackstone), o “acusador maligno”. Satanás es el gran separador, y él separa calumniando. Separó a la raza humana de Dios en el Edén, y desde entonces ha estado separando a los hombres entre sí, con odio, malicia, envidia y celos. Es llamado especialmente el “acusador de nuestros hermanos” (Apocalipsis 12:10), y lo encontramos también descrito como “el gran dragón”, la “serpiente antigua”, y “el cual engaña al mundo entero”.

Que el adversario todavía tiene al mundo bajo su dominio, se muestra inconfundiblemente en su ataque al Señor Jesús en el desierto. El Señor fue llevado, bajo el constreñimiento del Espíritu Santo, al desierto para ser “tentado por el diablo”, y después de otras tentaciones, el diablo le mostró “todos los reinos del mundo”.

“Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos” (Lucas 4:5, 6, 7).

Qué condición tan atrevida para imponer al Hijo de Dios. El arcángel caído sigue anhelando adoración.

El Hijo de Dios no negó la magnitud de su reclamo sobre “todos los reinos del mundo”, y más tarde el Señor habla claramente del reino de Satanás. “Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino?” (Lucas 11:18). Y Él añade: “Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio”, hasta que “uno más fuerte que él” viene sobre él, y liberta a su cautivo. ¡Qué apropiada, por lo tanto, la petición: “líbranos del mal” (Mateo 6:13)! Juan también enfatiza la universalidad del dominio de Satanás, porque escribe: “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 4:19); está hundido en la oscuridad que es su esfera, y está bajo el dominio de los “gobernadores de las tinieblas de este siglo” (Efesios 6:12). La Escritura no hace distinción entre altos y bajos, o entre cultos e ignorantes, cuando declara que el “mundo entero”, tanto el pagano como la cristiandad, yace “en” el reino del maligno.

En las tierras paganas, el engañador es audaz en su tiranía, manteniendo a hombres y mujeres en pecado grosero y abierto. En los países civilizados, el dios de este siglo necesita velar su obra. En estos últimos días, sin embargo, está comenzando a manifestarse más abiertamente como el príncipe del mundo. Está familiarizando a la gente con su nombre. Los libros para ser populares deben tratar sobre él, y en el reino de la moda las serpientes han sido los adornos de vestir favoritos, mientras que la quiromancia, la clarividencia, la planchette, y otros medios de comunicación con los espíritus del mal, abundan por doquier.

El adversario también tiene sus gobiernos organizados, que el apóstol Pablo describe como “principados... potestades... gobernadores de las tinieblas de este siglo” (Efesios 6:12). Leemos de “el trono de Satanás” (Apocalipsis 2:13); de “sus ministros” (2 Corintios 11:15); de sus “principados” y sus “potestades”; y de sus huestes de “huestes espirituales de maldad” (Efesios 6:12) en las regiones celestes. El relato de Daniel sobre su entrevista con el mensajero de Dios apoya la opinión de que a estos principados y potestades de Satanás se les da a cargo países específicos; porque el satánico “príncipe del reino de Persia” resistió al mensajero celestial, quien dijo que a su regreso tendría que encontrarse nuevamente con el mismo Príncipe, junto con el “príncipe de Grecia” (Daniel 10:13, 20). Por lo tanto, Satanás reina sobre un reino aéreo de jerarquías y poderes espirituales, y un reino en la tierra en el mundo de los hombres, y gobierna por medio de un gobierno organizado.

¡Pero no olvidemos que todas estas huestes se ven obligadas a reconocer al Señor soberano del universo! Solo en la tierra se encuentran los incrédulos en Dios, porque las potencias del mal “creen, y tiemblan” (Santiago 2:19), sabiendo que están reservadas para el juicio.

3. El sistema de religión de Satanás

En su gobierno organizado, el adversario tiene también una religión para aquellos a quienes puede engañar y embaucar, mostrando su perfecta imitación de la adoración del Dios verdadero.

Adoración de ídolos

En 1 Corintios se revela un aspecto de la religión de Satanás al mostrarnos lo que realmente significa la adoración de ídolos. Aquellos que quieran caminar en comunión con Dios deben obedecer el “huid de la idolatría”, para que no lleguen a tener “comunión con los demonios”. No se atreven a participar de “la mesa del Señor”, y de “la mesa de los demonios”. (1 Corintios 10:19-22). El asunto era vital para los corintios, como lo es ahora para los cristianos nativos en tierras paganas, pues a menudo la carne puesta a la venta había sido ofrecida primero a los ídolos, y algunos de los cristianos corintios habían aceptado invitaciones a fiestas celebradas en el templo de dioses paganos: fiestas que eran actos de adoración idolátrica. Así

vemos cómo el arcángel caído no solo engaña y mantiene en la oscuridad a la raza humana, sino que aumenta su destrucción, buscando satisfacer el deseo por un objeto de adoración que yace latente en cada pecho.

Profesión externa de piedad

Pero aparte de la adoración satánica directa, Satanás tiene otras formas de satisfacer la necesidad de alguna religión. Pablo escribe a los romanos: “Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio?” (Romanos 2:22), mientras muestra que ningún rito externo o cumplimiento ceremonial de la ley es aceptable para Dios. Satanás lo sabe, y por lo tanto persuade a los hombres de que la obediencia externa a algún credo es suficiente, engañando así a multitudes hacia una paz falsa al hacer que se apoyen en una ceremonia externa o una forma de palabras.

En el mensaje del Señor a la iglesia en Esmirna, Él habló de aquellos “que dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás” (Apocalipsis 2:9). Por esto parece que el adversario no solo tiene una religión que le rinde culto mediante imágenes materiales, sino que su “sinagoga” o congregación está compuesta por profesantes de la religión que carecen de la verdad interior. Juan escribe: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas (es decir, en pecado), mentimos, y no practicamos la verdad” (1 Juan 1:6), y las palabras más severas que jamás salieron de los labios de Cristo fueron sus mordaces denuncias contra los fariseos. “Dicen, y no hacen”, dijo Él, y “por fuera a la verdad os mostráis justos a los hombres”, cuando por dentro están llenos de hipocresía. Les dijo que eran de “vuestro padre el diablo”, y los llamó “serpientes”, y “generación de víboras” (Mateo 23:15). ¡Y, sin embargo, los fariseos reclamaban a Dios como su Padre, y eran la secta más rigurosa en Israel en el cumplimiento externo de la ley! Las fuertes palabras del Señor hacen parecer que la “iglesia” invisible de Satanás está llena de aquellos que hacen de la religión un manto mientras en realidad son sus súbditos.

Las doctrinas de Satanás

El apóstol Pablo escribió a Timoteo que el Espíritu Santo le había dicho expresamente que en los últimos días el adversario buscaría apartar a muchos de la fe mediante la enseñanza de espíritus que inculcarían “doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1). ¡De modo que Satanás tiene “doctrinas” así como un sistema de adoración: una “copa”, una “mesa”, y una “sinagoga”! Pablo dijo que la enseñanza se daría a través de hombres que profesarían ser lo que no eran, y cuyas conciencias estarían cauterizadas como con un hierro candente.

Estas “enseñanzas de demonios”, a través de falsos maestros que actuaban bajo su control, ya habían comenzado en el primer siglo, y espíritus engañadores estaban evidentemente obrando en la iglesia en Tiatira apartando a los siervos de Dios de su Señor a través de “las profundidades de Satanás” (Apocalipsis 2:24). Una que se llamaba a sí misma profetisa estaba descarriando a las almas, enseñándoles a “comer de cosas sacrificadas a los ídolos”. La queja del Señor era que la iglesia toleraba que estas cosas estuvieran en medio de ella: cosas sobre las cuales Él pronunció la más terrible advertencia de un juicio seguro.

La religión de Satanás siempre tiene una marca claramente definida en la omisión del Evangelio del Calvario. ¡Y mediante esta prueba se pueden reconocer todos los “evangelios” que no son el Evangelio! La muerte expiatoria del Hijo de Dios; su propiciación por el pecado; su borrado del pecado; su liberación del poder del pecado mediante el poder separador de la cruz; su llamado al alma redimida por la sangre hacia la cruz en humillación de sí misma, y el sacrificio por los demás: en resumen, todo lo que significa el Calvario, es rotundamente repudiado, o si no siempre cuidadosamente omitido, ¡en las doctrinas de los espíritus engañadores que son elaboradas en el infierno! Que cada uno ponga así a prueba los dogmas de la Teosofía, de la Ciencia “Cristiana”, y de todas las demás enseñanzas que ahora están siendo derramadas en

el mundo por espíritus del mal, quienes no dudan en apropiarse para sus propósitos del mismo lenguaje que describe los efectos y las bendiciones del Evangelio.

No siempre se puede decir que no hay mención de la cruz (y en sus obras posteriores, incluso de la Sangre de Cristo), en la enseñanza religiosa de Satanás, pero es la cruz solo como un símbolo externo sin el poder interno, porque él sabe que es solo la aceptación real de la muerte de Cristo —o la cruz de Cristo— lo que salva del pecado y libra al alma del poder de Satanás.

4. Los súbditos de Satanás

“El mundo entero está bajo el maligno”, declara el apóstol Juan, pero es de la suprema importancia para el príncipe de este mundo que quienes habitan en su reino no lo sepan. ¡Para mantener a los hombres ignorantes de su posición él ciega sus mentes! “El dios de este siglo cegó el entendimiento [margen: los pensamientos] de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio..”. (2 Corintios 4:4).

El adversario teme a la luz de Dios, porque la luz revela las cosas tal como son, tanto en el mundo natural como en el espiritual. “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). La verdad acerca del amor de Dios a los hombres, de los hombres como pecadores que necesitan un Salvador, y del don de Dios de un Salvador perfecto cuando es verdaderamente comprendido por el alma, debe libertar, y por eso el adversario esconde la verdad a sus cautivos. Se les mantiene “teniendo el entendimiento entenebrecido” y por lo tanto están “ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay” (Efesios 4:18).

Que la verdad debe alcanzar el entendimiento para ser eficaz en la liberación del alma es evidente por las palabras del Señor de que la buena tierra que recibió la semilla fue en “el que oye y entiende la palabra” (Mateo 13:23; véase también Colosenses 1:9; 1 Juan 5:20). El adversario, por lo tanto, labora para mantener el entendimiento entenebrecido, cegando la mente con (1) pensamientos erróneos acerca de Dios, (2) prejuicios de todo tipo, (3) filosofía terrenal, (4) falsos razonamientos con respecto a las cosas espirituales, o si no ocupa los pensamientos con cosas terrenales, ídolos terrenales, o los afanes y placeres de esta vida. Solo el Espíritu de Dios puede derrotar al maligno, y destruir el velo que oscurece la mente de los hombres.

El adversario busca arrebatar la Palabra de verdad. “Cuando alguno oye la palabra... y no la entiende, viene el malo, y arrebatada” (Mateo 13:19). El adversario, o sus secuaces, asiste a cada predicación de la Palabra de verdad, y cuando esta no entra en el entendimiento es fácilmente arrebatada. Una vez que la más pequeña semilla de la Palabra de verdad entra en el entendimiento, es seguro que dará fruto a su tiempo, a menos que sea ahogada por otras cosas que entren.

El adversario mantiene a sus súbditos en una paz falsa. “Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio”, y “en paz está lo que posee” (Lucas 11:21). Aquí se describe al adversario como teniendo el control total del pecador entenebrecido, manteniéndolo en paz, y el pecador es guardado cuidadosamente por el terrible que está “armado” para enfrentar todo intento de liberar al cautivo de sus ataduras. La pobre alma se resiente de que su paz sea perturbada, y clama: “Déjame en paz”, pero llega el momento en que “uno más fuerte que él” —el Hombre del Calvario— se apodera del alma cautiva, y esta es librada “de la potestad de las tinieblas, y trasladado... al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13).

El adversario falsifica la verdadera obra de Dios. “Mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo” (Mateo 13:25, 38, 39). La “cizaña son los hijos del malo... El enemigo que la sembró es el diablo”. ¡La atención del mundo debe ser atraída hacia las falsificaciones, y la verdadera semilla viva de Dios debe ser ocultada, porque la cizaña se parece al trigo hasta el tiempo del fruto! ¡Y Dios observa! “Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega”, clama Él, porque la cizaña no puede ser arrancada sin peligro para el trigo que crece. ¡Y el adversario también sigue obrando! El trigo del Señor y la cizaña del adversario; lo verdadero y lo falso; siempre se encuentran lado a lado en toda la tierra habitada.

Debemos afrontar el hecho de que las Escrituras declaran que estas cosas son verdad respecto a todos los hombres, sean altos o bajos, ricos o pobres, cultos o ignorantes. No hay rastro alguno de que exista un terreno neutral. La Escritura “encerró todo bajo pecado” (Gálatas 3:22) para que “toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Romanos 3:19). “El que practica el pecado es del diablo” (1 Juan 3:8). La vida divina que proviene de Dios, y es implantada en el hijo de Dios, no peca, porque el buen árbol da buen fruto. La vida caída también debe producir su propio fruto de pecado. Pecado en mayor o menor grado es cierto, pero pecado como Dios llama al pecado. Somos hijos de aquel por cuya vida vivimos. Hijos de Dios si su vida nos es impartida, o “hijos del diablo” si vivimos bajo su control.

El archidemonio ha estudiado a la raza caída de Adán por muchos miles de años, y sabe cómo atraer a sus súbditos. Entre los hijos de los hombres hay algunos con más capacidad espiritual que otros, y estos son los que están especialmente expuestos a sus trampas, y los más propensos a convertirse en sus herramientas para ejecutar su voluntad. Estas almas no serían atraídas por la “carne”, ni la vana filosofía y los razonamientos les encantarían. Engañándolas, como la serpiente engañó a Eva, por la fascinación del conocimiento del bien y del mal, las arrastra a tratos ilícitos con el mundo de los espíritus, hasta que a algunos se les da “espíritu de adivinación” (Hechos 16:16), como a la muchacha de Filipos, o como a Simón el hechicero, y son llevados a “artes mágicas” como en los días de Pablo. Tales son las obras del adversario hoy en el espiritismo, la quiromancia, el mirar la bola de cristal, y cosas semejantes. En el siglo veinte, personas que se dicen cristianas están practicando una vez más las “abominaciones” que hicieron que el Señor expulsara a las naciones de Canaán delante de su pueblo Israel. Abominaciones que Jehová prohibió solemnemente a Israel tocar. (Lea Deuteronomio 18:9-12).

Pero todo esto es en cumplimiento de la profecía del apóstol Pablo acerca de los últimos días. Los tiempos peligrosos están sobre nosotros. Los hombres son “amadores de sí mismos, avaros... amadores de los deleites más que de Dios; que tendrán apariencia de piedad”, mientras niegan su poder (2 Timoteo 3:1-6).

5. Satanás conquistado en el Calvario

Satanás fue conquistado en el Calvario. A la desobediencia del primer Adán se opuso la obediencia del segundo: el Señor del cielo. El castigo de muerte se llevó a cabo sobre aquel sin pecado que tomó sobre sí los pecados del mundo, y murió como el hombre representativo. La raza caída de Adán que Dios dijo que debía “raeré de sobre la faz de la tierra” (Génesis 6:7, Génesis 7:23), porque, “todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”, fue clavada en la cruz en la persona del segundo Adán, y mediante la cruz el Señor del cielo triunfó sobre el príncipe de las tinieblas. “Por medio de la muerte”: el resultado mismo del pecado; “por medio de la muerte”, el arma misma con la cual el maligno mantenía a sus súbditos en esclavitud; por medio de la muerte: el Príncipe de Vida destruyó “al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14). Satanás ha caído del cielo. Fue “echado fuera”, su poder destruido, su reino sacudido, en el lugar llamado Calvario.

Pero aunque el adversario fue conquistado en el Calvario y derrocado de su trono de poder, se le deja en libertad mientras la proclamación de la victoria es enviada por todos sus dominios, con el propósito de dar la elección de amos a cada ser humano. ¡Cuán amargamente resiste el adversario la obra del Espíritu Santo en los hombres a medida que sus ojos son abiertos a la verdad! Pero mucho más agudamente resiste él la iluminación completa del creyente que lo hace ser tan poseído por el Espíritu Santo que se convierte en un guerrero equipado y agresivo en el ejército del Señor.

6. Las artimañas de Satanás contra la liberación completa de sus cautivos

Note algunas de las formas en que el adversario resiste la liberación completa del alma después de que la luz del Evangelio ha resplandecido sobre él:

Busca impedir que el alma se rinda por completo a Dios. “Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio...?” (Hechos 5:3) ¡Fue cuando todos estaban poniendo sus posesiones enteramente a disposición del Señor! ¡Ananías puso parte de sus posesiones a los pies del apóstol, fingiendo que era “todo”! ¡Pedro, lleno del Espíritu discernió la verdad, y sus severas palabras de inmediato revelan la fuente del pecado! Satanás había llenado “su corazón” para hacerle “sustraer del precio”. Guarda una parte para ti, es el susurro del tentador, porque algo guardado para uno mismo da lugar al diablo, y mantiene al Redentor fuera de su Trono en el corazón.

Él resiste la eliminación de las vestiduras inmundas manchadas por la carne. “Y a Satanás que estaba a su mano derecha para acusarle” (Zacarías 3:1). Se ve a Josué de pie ante el Señor vestido con vestiduras inmundas con Satanás como su adversario. Así también el diablo resiste a cada hijo de Dios cuando está ante el Señor buscando ser vestido con ropas de gala. Vestido con las ropas manchadas por la carne, el redimido está en muda impotencia ante el Señor. Las simples palabras, “Jehová te reprenda, oh Satanás”, son pronunciadas y el enemigo es silenciado. ¡Al alma que busca liberación se le muestra aquí el camino de la victoria sobre el adversario! Tal como somos, debemos estar ante el Señor en nuestra profunda necesidad, y confiar en que Él reprenderá al maligno.

Él usa a otros para tentarnos a salirnos del camino de la cruz. “Señor, ten compasión de ti... Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!” (Mateo 16:22, 23). Cuando el alma ha entregado todo en plena rendición, y en muda impotencia cesa de sus propios esfuerzos para salvarse a sí misma, sabe por el Espíritu Santo que debe tomar la cruz, y negarse a sí misma, si Cristo ha de ver el fruto de la aflicción de su alma, y quedar satisfecho. Pero “ten compasión de ti”, clama el adversario, a través de los labios de incluso siervos de Dios, que tienen visiones más tenues de las cosas de Dios, y no conocen la pérdida eterna para el alma que escucha su súplica. Pero “¡Quítate de delante de mí, Satanás!”, debe clamar el redimido cuando mira detrás de la voz humana, y ve al adversario de Dios.

Él inflama la vida de la naturaleza hacia la división y la contienda. “Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón... terrenal, animal, diabólica” (Santiago 3:14, 15).

¡Santiago señala que todo “celo” y “contención” tiene su fuente en la vida que él llama animal, y “diabólica”! Aquí se muestra que Satanás es el verdadero poder que obra a través de la vida caída de la naturaleza. Posiblemente cuando el creyente ha tomado la cruz para sí mismo, ¡surgen circunstancias en las que “la lealtad exige que defienda a un amigo”! El espíritu de contienda entra, o el celo por otros, y el adversario triunfa. El apóstol dice que la sabiduría que es de lo alto es “sin incertidumbre” (sin parcialidad). Toda contienda, todo celo por “lo propio”, en amigos o denominación, es instigado por el maligno para mantener al creyente en la esfera que yace bajo su dominio.

Las artimañas del diablo en relación a las “revelaciones”. “Conozco a un hombre en Cristo... que fue arrebatado al paraíso” (2 Corintios 12:2, 4). “Le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21), es una promesa hecha por el Señor en la víspera de su pasión. Hay un momento en que la promesa se cumple, y Cristo se revela al corazón obediente, y el creyente conoce al Señor resucitado. A unos se les manifiesta en una luz superior al resplandor del sol, como a Pablo en una maravillosa visión celestial, y otros solo son conscientes de su Presencia en una paz y gozo inefables. En cualquier caso, el Cristo glorificado se convierte ahora en una realidad viva para el alma. ¡Qué son las artimañas del adversario ahora sino un intento de hacerse pasar por el Señor! El creyente debe saber que el maligno puede disfrazarse como ángel de luz, y obrar “con gran poder y señales y prodigios mentirosos” (2 Tesalonicenses 2:9) para engañar a los mismos escogidos.

Necesitamos caminar con cuidado con Dios en esta etapa de la vida espiritual, no codiciando experiencias maravillosas, sino más bien “llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10), para que la vida de Jesús se manifieste (2 Corintios 4:10, 11) a todos alrededor. Las “visiones y revelaciones” no se dan al

alma para su propio disfrute, sino con algún propósito definido, como con el apóstol Pablo cuando fue apedreado en Listra; llamado a Macedonia; o cuando necesitó una dirección más clara para permanecer en Atenas.

Las artimañas con respecto a la voz de Dios. “Y las ovejas le siguen, porque conocen su voz... no conocen la voz de los extraños” (Juan 10:4, 5). El Señor sí habla a sus hijos, y les hace conocer su voz para distinguirla de la voz de los extraños. La conocen como un bebé conoce la voz de su madre, pero al igual que el bebé pueden no ser capaces de decir cómo o por qué. Cuando el creyente es llevado por el Espíritu a la esfera del Espíritu, y Cristo se le manifiesta, uno de los primeros resultados es un conocimiento de la voz del Señor, de una manera que el alma nunca antes había comprendido. El adversario sabe que el creyente tiene muy poco conocimiento de su enemigo, por lo que las artimañas pronto son planeadas para falsificar la voz del Señor, con el fin de confundir o descarriar al alma, ya sea para destruir su fe en la guía del Espíritu, o si no para llevarlo en obediencia a la voz del diablo, y en fuerte engaño a creer una mentira.

El creyente que quiera vencer debe saber ahora cómo distinguir la voz del Señor de la voz del enemigo. Esto puede hacerse por su efecto, y por su objeto. La voz del Señor trae una profunda calma sobre el espíritu, mientras que la voz del diablo a menudo causa confusión, inquietud, agitación e incertidumbre. La voz del Señor está invariablemente de acuerdo con la enseñanza de la Palabra de Dios, aunque el adversario también puede citar las Escrituras, ¡pero usualmente son textos con porciones omitidas que salvaguardan, o interpretan el todo, o de lo contrario usa palabras aisladas arrancadas del contexto que las explica! Las artimañas del adversario son las más sutiles, y con mayor probabilidad de tener éxito, en los primeros días de la vida en la esfera del Espíritu, porque a medida que el creyente madura en el conocimiento de Dios, la “mente de Cristo” se convierte en la mente de aquel que está en estrecha comunión con Dios. Es bueno que el creyente entienda esto, no sea que le dé ventaja al enemigo al caer en desánimo, o depresión, cuando ocurre la transición de la niñez a la madurez espiritual, y Dios le está enseñando cómo usar sus sentidos espirituales para “el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:14).

Las artimañas con respecto a la guía. “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Romanos 8:14). ¡No hay casi ningún tema conectado con la vida espiritual más difícil de explicar, y más malentendido que el tema de la guía! Las palabras: “fui ‘guiado’ a hacer esto o aquello”, se usan con tanta frecuencia cuando no hay evidencia de ninguna guía en absoluto. Hay muchas artimañas del adversario en torno al tema. Una táctica del maligno es hacer que las almas se confundan y se distraigan sobre cuál es la voluntad de Dios; a otros los engaña para que dejen a un lado todo uso de su juicio y conocimiento, para actuar sobre algún texto aislado, o algún “pensamiento” que les vino en oración; a otros los seduce hacia una actitud de juzgar el caminar de otros, o de lo contrario a una posición no muy lejana de la infalibilidad, aunque no usarían la palabra. Nuestro texto da la marca principal de la verdadera guía del Señor. “Guiados por el Espíritu” significa que Él trata, y no empuja ni fuerza, por lo tanto el alma debe tener cuidado de no forzarse a ningún curso de acción que le sea repugnante, es decir, presuponiendo que la voluntad está rendida a Dios, lista para tomar cualquier curso que inconfundiblemente se muestre ser su voluntad.

Entonces entendamos, también, que a medida que la vida de Cristo madura en el creyente, el Espíritu guía más desde adentro mediante el obrar de la vida, que se manifiesta de manera tan simple y natural como la vida de la naturaleza. Cuando el creyente va “adelante a la perfección” (Hebreos 6:1), con el corazón y la voluntad bajo el control completo del Espíritu, la nueva vida obrará de manera creciente en él con cada vez menos acción percibida para su conciencia. Todos los que son guiados por el Espíritu, de esta manera, son verdaderamente hijos de Dios, con espíritu, alma y cuerpo, ejecutando su voluntad con facilidad y espontaneidad. (1) Ellos son guiados cuando los pastorea “con la pericia de sus manos” (Salmo 78:72), llevándolos hora a hora al camino preparado para ellos. (2) Son guiados por su fidelidad a Dios: “La integridad de los rectos los encaminará” (Proverbios 11:3); porque saben qué hacer por el instinto mismo del bien y del mal que Dios ha plantado dentro de ellos. (3) “Encaminará a los humildes por el juicio”

(Salmo 25:9), porque Él usa sus mentes renovadas (Romanos 12:2), sí, dándoles la misma mente de Cristo, que le llevó a despojarse a Sí mismo, y a ser obediente hasta la muerte: la muerte de la cruz. ¡El alma que conoce este principio de sacrificio y anulación de sí mismo como la característica de la vida de Cristo, no necesita voz interior ni guía especial para decirle qué rumbo tomar mientras camina en este presente siglo malo!

Las artimañas en relación a la “libertad”. “A libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne” (Gálatas 5:13). El creyente que ha emergido a la vida en el Espíritu se encuentra libre de una manera que nunca antes había conocido. Es justo ahora que el maligno está listo con nuevas artimañas para atrapar al que ha sido liberado, sugiriéndole (1) “Ahora tienes libertad para hacer cualquier cosa, porque eres libre”; o (2) “Ahora no estás bajo el control de ningún hombre, especialmente de los que están en la carne”. Y el adversario ahora hace todo lo posible por falsificar la verdadera libertad en Cristo incitando a la rebelión a quienes están en autoridad, y al celo carnal bajo el nombre de la libertad del Espíritu. Pero la Palabra de Dios muestra que la libertad con la que Cristo nos hace libres es realmente la libertad de la esclavitud al pecado, y al maligno. El alma liberada pasa a estar bajo la ley de Cristo, bajo la perfecta ley de la libertad, que es la libertad para hacer lo correcto, en lugar de ver qué es correcto y hacer lo que es incorrecto. Libertad para obedecer a Dios en lugar de desobedecerlo.

La ley de Cristo entra aquí, y muestra que hay una limitación puesta a la libertad por la conciencia del hermano débil. El que ha sido liberado no solo debe estar sujeto a otros en autoridad por el amor del Señor, sino que debe tener cuidado no sea que su libertad de acción se convierta en un “tropezadero para los débiles” (1 Corintios 8:9). El apóstol Pablo establece el ejemplo para el creyente, y escribió: “no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo” (1 Corintios 9:12). El significado de la palabra derecho en este contexto es “resistir a ceder”. Él no se “resistiría” por defender sus derechos, sino que renunciaría a todo para sí mismo con tal de no estorbar al Evangelio.

Conclusión

Estas artimañas del diablo son las que enfrentará todo creyente que entra en la esfera del Espíritu, y son artimañas que cesan en gran medida a medida que avanza en el conocimiento de Dios, y aprende a conocer a su enemigo.

La predicación de la cruz es, por lo tanto, la necesidad suprema en este día de contacto con las fuerzas sobrenaturales del mundo invisible, y “llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10), en lugar del anhelo por señales y prodigios, es el objetivo más seguro para todos los que desean seguir adelante en el conocimiento más pleno del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

Capítulo 72 El Espíritu Santo y los Hijos de Dios

Por el Rev. W. J. Erdman, Doctor en Teología
Germantown, Pensilvania

Es evidente a partir de muchos folletos y tratados sobre el bautismo del Espíritu Santo que no se le ha dado la debida importancia a la característica peculiar del don de Pentecostés en su relación con la filiación de los creyentes.

Antes de considerar este tema, se pueden hacer algunas breves declaraciones sobre la personalidad y deidad del Espíritu Santo y su relación con el pueblo de Dios en las dispensaciones y tiempos anteriores al Día de Pentecostés.

1. El Espíritu Santo, el Consolador, otra persona, pero no un ser diferente.

En general se puede decir que él no es una “influencia” o una suma y serie de “influencias”, sino un ser personal con nombres y afectos, palabras y actos, intercambiados con los de Dios.

Él es Dios como Creador. (Génesis 1:2; Salmos 104:30; Job 26:13; Lucas 1:35). Él es uno con Dios como Jehová (Señor) en la guía y cuidado providencial, y susceptible al dolor debido a la falta de santidad de su pueblo elegido. No podemos contristar a una “influencia”, sino solo a una persona, y una persona, además, que nos ama. (Salmos 78:40; Efesios 4:30). Él es uno con Dios como Adonai (Señor), cuya gloria Isaías contempló y Juan relata, quien comisionó al profeta y envió al apóstol. (Isaías 6:1-10; Juan 12:37-41; Hechos 13:2; 20:15-18). En estas Escrituras un mismo y único acto es el de Jehová, el de Jesús y el del Espíritu Santo.

Además de la clara evidencia de personalidad e igualdad en las palabras bautismales y en la bendición (Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14), la promesa de Jesús afirma que la presencia y la permanencia del Espíritu es una con la suya y con la del Padre en esta Palabra: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23). Por encima de todo, el nombre “otro Consolador” (*paraclete*) sugiere a una persona que haría por los discípulos lo que Jesús el otro Consolador (Lucas 2:25) había estado haciendo por ellos. Él habla, testifica, enseña, recuerda, reprende, convence, advierte, ordena, ama, consuela, ruega, ora, intercede, (a menudo la palabra es “paracletos”); en resumen, todos estos y otros actos y tratos no son los de un medio o influencia impersonal, sino los de una persona, y Alguien que por la naturaleza del caso no puede ser menos que Dios en sabiduría, amor y poder, y que es uno con el Padre y el Hijo; otra persona en verdad, pero no un ser diferente.

2. La vida espiritual, divina en el pueblo de Dios es la misma en su tipo en cada época y dispensación, pero la relación con Dios en la que la vida se desarrollaba en la antigüedad era diferente de la que ahora existe entre los creyentes como hijos y Dios como Padre, y de acuerdo con esa relación actuaba el Espíritu Santo.

En la antigüedad, Él era el Autor y sustentador de toda vida y poder espiritual en los hombres y mujeres justos de las edades pasadas, en el patriarca y amigo de Dios, en los israelitas como menores y siervos, en reyes piadosos y salmistas adoradores, en sacerdotes consagrados y profetas fieles; y cualquier verdad que hubiera sido revelada, Él la empleaba para desarrollar la vida divina que había impartido. Desde el principio, Él usó la promesa y el precepto, la ley y el tipo, el Salmo y el ritual para instruir, vivificar, convencer, enseñar, guiar, advertir, consolar y para hacer todo por el crecimiento y establecimiento del pueblo de Dios.

Los Salmos recorren toda la gama de la experiencia espiritual posible para aquellos que, mientras esperaban la consolación de Israel y el futuro derramamiento del Espíritu Santo, estaban “separados de nosotros” para no ser “perfeccionados” como hijos y como “adoradores”. Más de uno oró: “Enséñame a hacer tu voluntad,

porque tú eres mi Dios; Tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud” (Salmos 143:10). Pero entonces todavía faltaba entre los hombres la realidad consumada y la Ilustración perfecta de un Hijo de Dios.

Cuando por fin, toda justicia y santas virtudes aparecieron en una vida de amor filial y obediencia, incluso en Cristo “el primogénito entre muchos hermanos”, entonces el molde y la imagen de la vida espiritual de los santos del antiguo pacto, que estaban esperando la filiación, se vio perfecta y completa.

Fue preeminentemente la vida de un Hijo de Dios y no solo de un hombre justo; de un Hijo que siempre se regocija ante el Padre, todo su ser lleno de amor filial y obediencia, paz y gozo. En los caminos hacia Dios y hacia los hombres, en la abnegación y en la entrega total a la voluntad de su Padre, en el odio al pecado y en la gracia a los pecadores, en la pureza de corazón y el perdón de las ofensas, en la mansedumbre y toda condescendencia, en el servicio descansado pero incesante, en la unidad de propósito y la obediencia perfecta: en una palabra, en todas las excelencias y gracias, en todas las virtudes y bellezas del Espíritu, en la luz y en el amor, el Señor Jesús expuso el molde y la sustancia de la vida espiritual, divina, eterna.

3. La redención debe preceder tanto a la filiación como al don del Espíritu.

Esto se ve muy claramente en el argumento del apóstol sobre el gran tema: “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:4-6). La palabra “adopción” significa la colocación en el estado y relación de un hijo. Se encuentra en Romanos 9:4; 13:15, 23; Gálatas 4:5; Efesios 1:5.

En los escritos de Juan, a los creyentes nunca se les llama hijos, sino “hijos” (“los nacidos” en el sentido de engendrados, *téknon* en griego), una palabra que indica naturaleza, parentesco. La filiación (adopción) se relaciona no con la naturaleza, sino con la posición legal; no viene por la regeneración, sino por la redención. Los discípulos de Jesús tuvieron que esperar hasta que el Hijo de Dios los hubiera redimido; y luego, sobre los discípulos redimidos, el Espíritu de Dios fue derramado en Pentecostés, no para hacer hijos a los creyentes, sino porque se habían convertido en hijos a través de la redención. En resumen, la filiación, aunque desde la redención es inseparable de la justificación, en el orden de la salvación sucede a la justificación. La justificación en Romanos 5:1 precede a la “gracia” de la filiación en el 5:2. Esta “entrada” o “introducción” es la de los justificados a la presencia de Dios como Padre; y es por medio de Cristo y por el Espíritu. (Efesios 2:18; 3:12).

Fuimos “predestinados” para ser hijos de Dios, y para ser “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Efesios 1:5; Romanos 8:29). En Efesios 1:5 la “filiación” es más bien corporativa; todos los creyentes son vistos como un solo “hijo”, un solo “cuerpo”, tal como Jehová dijo de Israel: “Mi hijo”, “Mi primogénito”. Esta corporatividad debe entenderse realmente en Gálatas 3:28, que puede leerse: “todos vosotros sois un solo hijo en Cristo Jesús”, en lugar de “uno”. (Véase también Efesios 4:13; 1 Corintios 12:12).

Y esta imagen es la suya como glorificado, de modo que hasta que no hayamos sido conformados a su cuerpo de gloria, nuestra “adopción” o filiación no está completa ni nuestra experiencia de redención terminada. (Romanos 8:23).

Y se debe poner especial énfasis en la verdad de que los pecados solo fueron pasados por alto delante de Dios hasta que se hizo la expiación; “a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Romanos 3:25); “para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto” (Hebreos 9:15).

La remisión vino a través de la gran ofrenda por el pecado, así como la filiación vino a través de esta redención; y así como el Espíritu fue dado porque los creyentes se habían convertido en hijos, así también

Él pudo ser dado porque los creyentes habían recibido la remisión de sus pecados. Este es el orden invariable: fe en Cristo, remisión de pecados, don del Espíritu Santo.

Sí, aún más, así como sin el poder de gracia del Espíritu de Dios el nuevo nacimiento sería imposible, así sin la sangre redentora de Cristo el estado de filiación habría sido inalcanzable; el Espíritu y la sangre son igualmente necesarios para el pleno cumplimiento del propósito eterno de Dios.

En resumen, a través de la redención se confirió la nueva dignidad de filiación, el nuevo nombre “hijos” se les dio como a Él se le había declarado un nuevo nombre, “Padre”; se dio un nuevo nombre a la vida en esta nueva relación, “la vida eterna”, y un nuevo nombre, el “Espíritu de su Hijo”, le fue dado al Espíritu Santo, quien en adelante, con nueva verdad y un nuevo mandamiento, nutriría y desarrollaría esta vida e iluminaría y guiaría a los creyentes hacia todos los privilegios y deberes de los hijos de Dios.

Estos hechos están entonces todos relacionados entre sí y dependen unos de otros; Jesús primero debe establecer la base del perdón de los pecados de los tiempos pasados y futuros en su obra de redención y reconciliación; como resucitado y glorificado, no antes, Él es “el primogénito entre muchos hermanos”, a cuya imagen ellos están predestinados a ser hechos conformes; como el Hijo, Él les declaró el nombre de Dios como Padre, el nombre supremo de Dios que corresponde a su nombre más alto, hijos de Dios. Como sus “hermanos” en este elevado y peculiar sentido, Él no los llamó sino hasta que primero hubo padecido, muerto y resucitado de entre los muertos, pero ese nombre es la primera palabra que pronunció sobre ellos en la mañana de la resurrección, como si fuera el gozo principal de su alma nombrarlos y saludarlos como sus hermanos, e hijos de Dios, siendo en Él y con Él “hijos de la resurrección”; y debido a que eran hijos, el Padre, por medio del Hijo, envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: “¡Abba, Padre!”.

A la maravillosa dignidad de una filiación en la gloria, como la de nuestro Señor Jesús, con todas sus bendiciones y privilegios inherentes, su servicio y recompensas, su sufrimiento y glorias, está relacionado el don del Espíritu Santo en esta presente dispensación.

En consecuencia, cuando los discípulos fueron bautizados con el Espíritu en el Día de Pentecostés, no solo fueron investidos con poder para ministrar, sino que entonces también entraron en la experiencia de la filiación. Entonces supieron, como no podrían haberlo sabido antes, aunque el libro de los Hechos registra muy poco de su vida interior, que a través del Espíritu descendido del cielo los hijos de Dios están unidos para siempre con el Hijo de Dios ascendido al cielo y glorificado. Ya sea que al principio comprendieran plenamente este hecho o no, se ve que en el Evangelio de Juan ellos estaban en Él y Él en ellos. ¿Fue Jesús engendrado por el Espíritu? También ellos lo fueron. ¿No era Él del mundo en cuanto a origen y naturaleza? Tampoco lo eran ellos. ¿Fue Él amado por el Padre? Así también lo fueron ellos, y con el mismo amor. ¿Fue Él santificado y enviado al mundo para dar testimonio a la verdad? De la misma manera Él los envió. ¿Recibió Él el Espíritu como el sello de Dios a su filiación? Así también ellos fueron sellados. ¿Fue Él ungido con poder y luz para servir? Así ellos recibieron la unción de Él. ¿Comenzó Él a servir cuando vino el Espíritu que da testimonio y la palabra confirmadora del Padre? Así ellos comenzaron a servir cuando el Espíritu del Hijo, el Testigo, fue enviado a sus corazones, diciendo: Abba, Padre. ¿Fue Él, después de servir y sufrir, recibido arriba en gloria? Así ellos obtendrán su gloria cuando Él venga otra vez a recibirlos a Sí mismo. Verdaderamente, “pues como él es, así somos nosotros en este mundo”. (1 Juan 4:17; Juan 10:36; 17:1-26; Romanos 5:5).

En vista de estas verdades de la revelación divina, cuán necia es la sabiduría del hombre natural y cuán tristemente engañosa es la doctrina que hace que la “paternidad de Dios y la hermandad del hombre”, que son por naturaleza y creación, sean idénticas y coextensivas con las que son por gracia y redención; porque la palabra imperativa: “Os es necesario nacer de nuevo”, no solo barre con todo el mérito y la gloria del hombre tal como es por el primer nacimiento, sino que también la predestinación a una filiación como la

del Hijo de Dios en gloria eleva a los “nacidos dos veces” a una altura y dignidad jamás concebida por el hombre natural.

4. En el don del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés estaban contenidos todos los dones para los creyentes en Cristo y estaban relacionados con ellos como Hijos de Dios tanto individualmente como corporativamente como la iglesia, el cuerpo de Cristo.

En cuanto a su tipo, como se puede ver al comparar, no hubo diferencia en sus dones y actos antes y después de ese día, pero el nuevo Don ahora iba a morar en los corazones de los hombres como hijos de Dios y con una vida más abundante y diversas manifestaciones de poder y sabiduría.

Pero por el Espíritu se formó el cuerpo único y todos los dones se deben a su presencia perpetua. (1 Corintios 12:14). Además, debe entenderse que una palabra tal de Jesús: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”, no podría haberse cumplido sino hasta una hora más tarde, porque al repetir su promesa en otra ocasión se dice de Jesús: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:39, que parece ser la referencia correcta en vez de 3:7-39). Estas son algunas de las palabras anticipadas de nuestro Señor, que no se harían realidad hasta que Él hubiera muerto y resucitado. Las cosas buenas no podían darse hasta que la transgresión hubiera sido perdonada y el pecado cubierto. El agua no podía brotar hasta que la Roca hubiera sido herida. Y en cuanto al uso de las palabras, “bautizar” y “derramar”, posteriormente en Escrituras posteriores, implican el acto original de incorporación.

Es significativo que después de Pentecostés solo se usan las palabras “llenos del Espíritu”. No se dice nada de que un individuo reciba un nuevo o fresco “bautismo del Espíritu”. Implicaría que el bautismo es uno para todo el cuerpo hasta que todos los miembros sean incorporados; uno el derramamiento, muchas las llenuras; una sola fuente, muchos los corazones que beben, para tener a su vez una fuente de agua que salte para vida eterna dentro de ellos.

Ciertamente, los discípulos fueron investidos con poder para servir según la promesa; en eso especialmente habían estado fijos sus ojos y corazones; eso era lo principal para ellos; pero a la luz de las Escrituras posteriores se ve que lo principal para Dios no era solo atestiguar la gloria de Jesús mediante el don del Espíritu, sino también “por un solo Espíritu... bautizados en un cuerpo” a los “hijos de Dios”, que hasta entonces eran considerados como “dispersos”, como miembros no incorporados. (1 Corintios 12:13; Juan 11:52; Gálatas 3:27, 28). Y el don, ya sea al cuerpo o al miembro individual, es de una vez por todas. Así como el cristiano está de una vez por todas en Cristo, así el Espíritu Santo está de una vez por todas en el cristiano; pero a menudo el creyente cumple débilmente el propósito de la presencia del Espíritu, así como su conocimiento de lo que es estar “en Cristo” a menudo es sumamente deficiente.

5. El Espíritu Santo se da de inmediato, tras la remisión de los pecados, a los que creen en Cristo Jesús como su Señor y Salvador.

No obstante, se debe observar que, como el Espíritu actúa de acuerdo con la verdad conocida, o creída y obedecida, puede haber un intervalo no espiritual o infructuoso entre la remisión de los pecados y la manifestación marcada del Espíritu, ya sea en relación con la santidad de vida, o al poder para el servicio, o a la paciencia en las pruebas. Ciertamente es el ideal divino de una vida santa que la presencia del Espíritu se manifieste de inmediato con el perdón de los pecados, y continúe con luz y poder crecientes hasta el fin. (Romanos 5:1-5; Tito 3:4-7).

Y este progreso constante hacia adelante cada vez más hasta que el día es perfecto ha sido y es cierto en muchos que, desde la primera infancia, o desde el día de la conversión en el caso de los adultos, fueron

guiados continuamente por el Espíritu y nunca llegaron a una gran crisis. Con otros no es así, pues es la confesión de un gran número de hombres y mujeres, que después se destacaron por su santidad, devoción y resistencia, que su vida anterior a tal crisis apenas había sido digna de llevar el nombre de cristiana. Cualquiera que sea la explicación o “filosofía” que se dé a tal experiencia, lo siguiente es cierto para la mayoría.

Puede que no se les haya enseñado toda la verdad de la filiación y salvación de los creyentes cuando creyeron por primera vez; la vida puede haber comenzado bajo un yugo de esclavitud legal; se puede haber dudado de la libertad de acceso filial, aunque a menudo sus corazones ardían dentro de ellos a causa de la presencia del Espíritu desconocido; y así pasaron años cansados e ineficaces, acompañados de muy poco crecimiento en la gracia o servicio fructífero, o resignación paciente, hasta que se llegó a un punto en varias formas, y a través de providencias a menudo inesperadas y sumamente maravillosas, cuando por fin el Espíritu Santo se manifestó a Sí mismo en la plenitud de su amor y poder.

Que exista con Dios un intervalo entre la justificación y la impartición del Espíritu (un intervalo como el que sostienen ciertas teorías), no se puede probar. La experiencia insatisfactoria del cristiano ignorante puede llevarlo a pensar que nunca tuvo el Espíritu.

Hay, sin embargo, ciertos intervalos registrados en el Nuevo Testamento que deberían considerarse. El que hubo entre la ascensión y Pentecostés fue para una preparación peculiar mediante la oración y la espera en el Señor; el de los cuarenta días entre la resurrección y la ascensión fue una continuación de la presencia de Jesús, el otro Consolador, y de quien está escrito: “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”, [Lucas 24:45] haciendo así lo que su Espíritu Santo habría de hacer cuando viniera; y durante los días previos de su ministerio público no solo enseñó Jesús, sino que, como se atestigua en la confesión de Pedro, también el Padre estaba revelando la verdad a los hombres: “no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. [Mateo 16:17]

A la luz de esta palabra a Pedro, se puede decir que hasta Pentecostés el Espíritu de Dios estaba obrando en el mundo en los modos de la antigua dispensación, pero que cuando llegó el Día de Pentecostés, su obra peculiar comenzó en relación con los creyentes como hijos de Dios. Incluso el soplo de Cristo sobre los discípulos en la noche del día de su resurrección fue, de acuerdo con los muchos actos y dichos simbólicos registrados en el Evangelio de Juan, simbólico del poderoso aliento de Pentecostés, porque tanto el símbolo como la realidad estaban asociados con la investidura de poder para el servicio que comenzó en Pentecostés. Además, cuarenta días después se les dijo que se quedaran en Jerusalén para tal investidura. No podrían haberlo recibido ya y, sin embargo, que se les dijera que lo esperaran. Y Tomás no estaba presente en la noche de ese soplo.

En cuanto a otros intervalos; el del caso de los conversos en el Día de Pentecostés fue sin duda para la confirmación de la autoridad apostólica; el de los samaritanos cuando Felipe predicó puede explicarse recordando la enemistad religiosa entre judíos y samaritanos, la cual ahora debía resolverse para siempre y la unidad de la iglesia debía ser establecida. También, viendo que “la salvación viene de los judíos”, la autoridad de los apóstoles judíos debía ser afirmada, porque a ellos Cristo les había encomendado la fundación de la iglesia. (Hechos 8:14-17).

Con respecto a Pablo, es evidente por la narración que él no conocía el significado completo de la aparición de Jesús, hasta que llegó Ananías. La recuperación de la vista, el perdón de los pecados, la llenura del Espíritu Santo, todo ocurrió durante esta entrevista. Recibió el Espíritu, como correspondía al apóstol de los gentiles, en una ciudad gentil, muy lejos de los otros apóstoles, porque su apostolado debía ser “no de hombres ni por hombre” (Hechos 9:10-19; 22:6-16).

Pero el caso de Cornelio prueba que no es necesario que exista ningún intervalo en absoluto, porque en el momento en que Pedro pronunció esta palabra, recibida por fe por Cornelio y los presentes, el Espíritu Santo, que conocía sus corazones, cayó sobre ellos: “De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre”. [Hechos 10:43] Pedro tenía la intención de decir más, pero Dios mostró con el repentino derramamiento del Espíritu que Pedro había dicho suficiente, porque por el informe de Pedro a la iglesia en Jerusalén nos enteramos de que tenía la intención de decir más, y no solo decir más, sino probablemente hacer más, haciendo así un intervalo igual que en el caso de los samaritanos mediante el bautismo, la oración y la imposición de sus manos para que pudieran recibir el Espíritu Santo. (Hechos 8:14-17; 10:43-44; 11:15, 16).

Es especialmente digno de notar en este sentido que el texto de Efesios 1:13, citado tan a menudo como prueba de un largo intervalo entre la fe en Cristo y “el sello del Espíritu”, “En quien también, después de haber creído, fuisteis sellados con aquel Espíritu Santo de la promesa”, no da autoridad para tal largo intervalo de tiempo, porque la palabra “después” implica más de lo que el participio griego garantiza, y por consiguiente la Versión Revisada dice: “y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”; [Efesios 1:13] pero el mismo participio, “habiendo creído”, utilizado por Pablo en Efesios, es utilizado por Pedro en los Hechos al relatar la entrevista con Cornelio, quien recibió el Espíritu inmediatamente. (Hechos 2:17).

Tampoco el caso restante de los doce discípulos de Juan el Bautista que Pablo encontró en Éfeso prueba que tal intervalo sea necesario o inevitable hoy en día; porque ni siquiera habían oído que Jesús había venido, y que la redención se había logrado, y el Espíritu había sido dado; pero tan pronto como se les predicó la remisión de los pecados en el nombre de Jesús, creyeron, fueron bautizados, y mediante la oración y la imposición de las manos de Pablo, recibieron el Espíritu Santo. (Hechos 19:1-6).

La pregunta que Pablo les dirigió: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” [Hechos 19:2] ha sido aplicada de manera muy extraña en estos días a los cristianos, considerando que era pertinente solo para estos discípulos de Juan. Dirigirla a los cristianos ahora es negar una redención consumada, la filiación de los creyentes y el derramamiento de una vez por todas del Espíritu Santo.

Y en el caso de Cornelio* con el cual el apóstol Pedro no tuvo nada que ver excepto predicar la palabra, se infiere que cuando los apóstoles hubieran fallecido, el molde de experiencia común para todos los siglos venideros sería el de estos conversos gentiles en cualquier parte de la cristiandad o el paganismo donde el Evangelio de Cristo pudiera ser predicado.

* (Hechos 10)

6. Las condiciones de la manifestación de la presencia y el poder del Espíritu son las mismas, en la conversión o en cualquier experiencia posterior y más profunda del creyente, ya sea en relación con un conocimiento más pleno de Cristo, o con un servicio más eficaz, o con una resistencia más paciente del mal, o con el crecimiento en la semejanza a Cristo.

La experiencia, en cada caso, sigue el mismo molde; cada parte, cada palabra o hecho de Cristo, debe recibirse en la misma actitud y condición mental que la primera vez, cuando fue visto como el Portador de nuestros pecados, aun por la fe sola.

Negativamente, se puede decir que las condiciones son una debilidad confesada y la incapacidad de ayudarse a uno mismo; se ha llegado al fin de la sabiduría, el poder y la justicia naturales; la absoluta desesperación de que haya algo bueno “en la carne” se asienta sobre el alma, y comienza a agitarse en el corazón la disposición a buscar ayuda solo en Dios. Las convicciones de infidelidad y de buscar lo propio se mezclan con hambre y sed de justicia y de una vida digna del nombre de cristiano.

Sin embargo, no se les da el Espíritu a los que “buscan la bendición” por sentirse conscientemente sin pecado en sí mismos, sino a ellos como sin pecado “en Cristo”. Los creyentes en Cristo comienzan su vida en la misma posición del Hijo de Dios mismo. Las Escrituras tampoco enseñan, como lo implican o expresan ciertas teorías, que haya un intervalo entre la remisión de los pecados y “el sello del Espíritu”, y que los creyentes “justificados” puedan morir durante tal intervalo sin haber sido nunca “sellados”, y por lo tanto nunca haber estado “en Cristo”, y nunca haber sido atestiguados como hijos de Dios.

Tal creencia contradice la misma gracia de Dios e implica que la filiación depende del don del Espíritu y no de la redención y la remisión de los pecados, y se leería: “Porque tenéis el Espíritu sois hijos”, en lugar de: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”. [Gálatas 4:6] De esto también se deduce que tales justificados desprovistos del Espíritu no son de Cristo ni son cristianos, porque está claramente escrito: “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”; [Romanos 8:9] y también: “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”. [1 Corintios 12:3] Y en cuanto a la prueba de la presencia del Espíritu en tales momentos, cualesquiera que sean las emociones o los grandes éxtasis que puedan acompañar los descubrimientos del amor y el poder de Dios en el caso de algunos, no deben ser las pruebas y medidas para todos. Las conversiones no son iguales en todos, ni tampoco las manifestaciones del Espíritu. Él puede venir como el sol al mediodía a través de las nubes abiertas o como un amanecer que se profundiza lentamente; como un aguacero o como el rocío; como una gran corriente de aire o como un suave aliento; pero “todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu”. [1 Corintios 12:11] Pero más que nada, la prueba se ve en el crecimiento en la santidad, en la abnegación por amor a Cristo, en las múltiples gracias y en el fruto permanente del Espíritu.

Como en los días apostólicos, así también ahora existe el deseo de la manifestación del Espíritu de maneras maravillosas; pero una vida sobria, justa, santa, vivida en la esperanza de la gloria venidera, es la manera más excelente de la manifestación del Espíritu y una prueba innegable de su morada interior.

Positivamente, los requisitos o los acompañamientos inseparables de la manifestación del Espíritu que mora en nosotros, ya sea para una vida santa o para un servicio fiel, deben extraerse del ejemplo del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesús. Y estos son la oración, la obediencia, la fe y, sobre todo, el deseo y el propósito de glorificar a Cristo. En verdad, todos pueden resumirse en una sola condición, y es dejar que Dios cumpla su propia voluntad y a su manera con nosotros.

Si, entonces, es a los creyentes como hijos de Dios, a quienes y en quienes y a través de quienes el Espíritu Santo manifiesta su presencia y poder, se deduciría que todo lo que Jesús hizo para cumplir su misión en el poder del Espíritu, los creyentes deben hacerlo; y encontramos que su vida fue una vida de oración por todos los dones y las ayudas de Dios, una vida de obediencia, haciendo siempre las cosas que agradaban al Padre; y así, nunca dejado solo, una vida de fe en el poder presente de Dios, una vida de devoción a la gloria de Dios, de modo que al final de ella, él, mediante el Espíritu eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios.

Pero la condición y prueba principal y que todo lo incluye es el deseo y el propósito de glorificar a Cristo.

La oración no debería ser tanto por este o aquel don, o este o aquel resultado, sino para que Cristo mismo se manifieste a nosotros y a través de nosotros. El apóstol que estaba más lleno del Espíritu lo resume todo en esa gran palabra: “Porque para mí el vivir es Cristo”. Así como Jesús, el Hijo de Dios, glorificó al Padre, así los hijos de Dios deben glorificar a Cristo.

El Espíritu no puede estar donde se niega a Cristo como Redentor, Vida y Señor de todos. Cristo es “la Verdad”, y el Espíritu es “el Espíritu de verdad”; todo es personal, no ideal, porque la suma y la sustancia del material con el que obra el Espíritu es Cristo. El Espíritu no puede estar enseñando si a Cristo no se le

ve “en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”, así como en los Evangelios, o si no se reconoce que Cristo continuó en “hacer y enseñar” en los Hechos y en las Epístolas lo que comenzó en los Evangelios.

Si Cristo es ciertamente la sabiduría de Dios para salvación, solo el Espíritu Santo puede demostrarlo a las mentes y a los corazones de los hombres; y él no tiene ninguna misión en el mundo que se pueda separar de Cristo y de su obra de redención. La obra externa de Cristo y la obra interna del Espíritu van juntas. La obra por nosotros por parte de Cristo es mediante la sangre, la obra en nosotros por parte del Espíritu es mediante la verdad; esta última descansa sobre la primera; y sin el Espíritu, los sustitutos del Espíritu y de su obra estarán acompañados por sustitutos de Cristo y de su obra. La importancia, por lo tanto, de la presencia y obra del Espíritu Santo debería estimarse de acuerdo con esa palabra de Cristo de gran alcance y que todo lo conmueve: “El me glorificará” (Juan 16:13-15).

Glorificar a Cristo es manifestarlo como supremamente excelente; cegar los ojos de los hombres a esa gloria es el propósito del dios de este siglo; por lo tanto, se puede saber fácilmente qué espíritu está obrando en un hombre o en una iglesia.

7. En conclusión, el resumen de toda su misión es perfeccionar en los santos la buena obra que comenzó, y lo moldea todo de acuerdo con esta realidad de una alta y santa filiación: él establece a los santos en y para Cristo. (2 Corintios 1:21). De acuerdo con esta realidad, su vida y caminar participan de pensamientos y deseos, esperanzas y objetivos, no mundanos sino celestiales. Nacidos de Dios y de lo alto, sabiendo de dónde vinieron y a dónde van, viven, se mueven y tienen su ser en un mundo que no es comprendido por carne y sangre.

Su vida está escondida con Cristo en Dios; su obra de fe se forja en la morada invisible del Espíritu; su trabajo de amor es impulsado por una leal obediencia a su Señor, quien está ausente en “un país lejano” al cual tanto él como ellos pertenecen; sus sufrimientos no son los suyos propios sino los de él, quien, desde la gloria pudo preguntar: “¿por qué me persigues?”. Su adoración es al Padre “en espíritu y en verdad” ante el propiciatorio, “en luz inaccesible”; su paz es “la paz de Dios”, la cual nunca puede ser perturbada por ningún temor o problema que las edades eternas pudieran revelar; su gozo es “gozo en el Señor”, su manantial está en Dios y siempre se profundiza en su flujo perpetuo; su esperanza es la venida del Hijo de Dios desde el cielo y la visión del rey en su hermosura en medio de los esplendores indecibles de la casa de su Padre; y a través de todo el camino, de “espina y flor”, por el cual viajan hacia la patria celestial; es el buen Espíritu quien los está guiando. (Isaías 63:7-14).

Capítulo 73 Consagración (Éxodo 28:40-43)

Por el Rev. Henry W. Frost
Director para Norteamérica de la Misión al Interior de China
Germantown, Pensilvania

Hace algunos años, cuando residía en Toronto, fui una mañana de domingo a asistir al culto en la iglesia Knox, de la cual el reverendo Dr. Henry M. Parsons era pastor. Fui al servicio en un estado mental muy cómodo, anhelando, por supuesto, una nueva bendición, pero sin ningún sentido especial del tipo de bendición que necesitaba. Dios, sin embargo, entendió mi verdadera necesidad, y antes de que terminara el sermón esa mañana mi comodidad había pasado y yo estaba en angustia de mente y espíritu. El sermón había sido sobre un tema relacionado con la nueva vida en Cristo, y el Señor me había hecho una aplicación tan personal de él que me sentí totalmente deshecho. Mi situación era similar a la de la esposa en Cantares de Salomón que clamó: “No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró”. Y en ese estado de corazón, regresé a mi hogar.

Inmediatamente después de la cena de ese día, encontré un lugar tranquilo en nuestro hogar donde pudiera estar a solas conmigo mismo y con Dios, porque necesitaba entenderme a mí mismo y, sobre todo, conocer el propósito de Dios para mí. Y así medité y oré, y oré y medité. Así, por fin, llegó a mí la conciencia de que estaba equivocado en el centro de mi vida. No es que dudara de que fuera salvo, porque sabía que era cristiano; ni que dudara de la aceptación de Dios hacia mí como su siervo, porque era bendecido y usado diariamente en mi trabajo para Él; sino que mi vida era de altibajos, a veces en comunión con Dios, y a veces fuera de comunión con Él; a veces alabándolo por la victoria ganada, y más a menudo confesando el pecado como resultado de una derrota deplorable. Fue así como vi que lo que necesitaba era una nueva consagración.

Cuando llegué a este punto, tomé mi Biblia para estudiar el tema de la consagración. Pero no sabiendo a dónde dirigirme, busqué la ayuda de la concordancia, con la intención de elaborar una lectura bíblica sobre el tema. Aquí, sin embargo, me encontré con una dificultad. Había pocos pasajes que se refirieran a la consagración. Pero pensé para mis adentros que esto no importaba, ya que la consagración y la santificación son la misma cosa, y lo que no pudiera obtener bajo una palabra lo debería obtener bajo la otra. Pero cuando busqué la palabra santificación, me encontré en la dificultad opuesta, porque había tantos pasajes que no sabía qué hacer con ellos. Fue de esta manera que me dirigí a un pasaje que había notado, que hablaba tanto de la consagración como de la santificación, a saber, Éxodo 28:40-43, y fue así como me encerré en él y medité en él en oración. Y deseo decir que Dios me enseñó algo de esta porción de las Escrituras, esa tarde del día domingo, que nunca ha sido desaprendido, y que ha revolucionado mi vida. No es que desde entonces nunca haya conocido la desigualdad espiritual y haya caminado siempre de manera irreprochable ante Dios. ¡Ay! mi vida a menudo se ha visto empañada por el fracaso y el pecado. Sin embargo, lo digo para alabanza de Cristo, que las cosas han sido diferentes de lo que eran, y que he poseído un bendito secreto de vida que nunca antes había poseído. Y es porque tengo el anhelo de transmitirles el secreto que Dios me dio que estoy escribiendo de manera tan personal, y que ahora, rogaré guiarlos en el estudio del pasaje de las Escrituras al que me refiero.

Lo primero que noté en mi estudio es que la consagración y la santificación no son una y la misma cosa. Estamos tratando, como creo, con una Escritura verbalmente inspirada, y observo que el Espíritu dice: “los consagrarás, y santificarás”. Esto significa para mí que la consagración y la santificación —hablo desde un punto de vista experimental— son cosas separadas. Está claro que están estrechamente conectadas, que una precede a la otra y conduce a la otra, y que la otra sigue a la una y resulta de esa una. De hecho, uno puede decir verdaderamente que son inseparables. Al mismo tiempo, la consagración viene primero y la santificación viene en segundo lugar. Para ponerlo en forma de imagen, la consagración es el acto inicial de pasar por la puerta exterior de un palacio, y los actos subsiguientes de pasar por otras puertas en el

palacio para ocuparlo todo y llegar al salón del trono del rey; y la santificación es el palacio mismo, cuya totalidad es el hogar del rey, y donde el rey puede ser visto cara a cara. O, para decirlo de manera más simple y clara, la consagración es un acto inicial y muchos actos similares subsiguientes; y la santificación es el estado consecuente y resultante.

La segunda cosa que noté es que aquel que iba a ser consagrado tenía que pertenecer a la familia correcta. Había muchos órdenes de personas en el mundo en ese tiempo. Primero, estaban las grandes naciones afuera; luego, estaban los israelitas en un círculo interior; luego, estaban los levitas en general en un círculo más interior; luego, estaban los hijos de Aarón aún más cerca del centro; y, finalmente, estaba Aarón mismo en el centro mismo. Ahora bien, la consagración —en el sentido utilizado en este pasaje— no era para las naciones, ni para los israelitas, ni para los levitas en general. Era solo para Aarón y los hijos de Aarón, y la única manera, por lo tanto, en que una persona podía alcanzar la experiencia de la consagración era naciendo en esa familia en particular. Esto sugiere, por supuesto, la idea de exclusividad. Al mismo tiempo, es más inclusivo de lo que parece. Porque ¿quiénes son los sucesores de Aarón y los hijos de Aarón? La respuesta proviene de Apocalipsis 1:5, 6, en la adscripción de alabanza de Juan: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”. [Apocalipsis 1:5-6] Aarón y sus hijos eran sacerdotes. Nosotros los que creemos en Cristo somos de igual manera sacerdotes. Así nosotros también podemos ser consagrados.

La tercera cosa que noté es que la persona que iba a ser consagrada tenía que llevar la vestimenta correcta. A Moisés, antes de llegar al acto de la consagración, se le ordenó hacer ropas interiores y exteriores de lino, y ponérselas a Aarón y a los hijos de Aarón. Estas fueron llamadas las “vestiduras para honra y hermosura”. Y noten el orden de las palabras. Si Moisés, como un simple hombre, hubiera estado escribiendo, habría dicho, vestiduras para hermosura y para gloria; pero como un hombre inspirado por el Espíritu, dijo, “para honra y hermosura”. Esto es importante, porque el orden de las palabras nos da la pista de lo que significan las vestiduras. El hombre siempre busca poner la hermosura antes que la gloria, porque argumenta que una persona debe volverse hermosa para poder volverse gloriosa. Pero Dios, por así decirlo, dice que no, porque es imposible que un hombre se vuelva hermoso, y, por lo tanto, es imposible que se vuelva glorioso, y por lo tanto, que debe volverse glorioso para que pueda volverse hermoso. En otras palabras, Dios ve solo una hermosura en este mundo; es la gloria de su Cristo; y, por lo tanto, debemos estar revestidos con su gloria si hemos de aparecer hermosos en su santa presencia. Estos pensamientos son ampliamente confirmados por una comparación de Apocalipsis 19:8 y 2 Corintios 5:21: “Y a ella [la esposa] se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos”. “Al que (Cristo) no conoció pecado, por nosotros (Dios) lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. En resumen, si tenemos fe en Cristo; estamos vestidos con las vestiduras sacerdotales, y por lo tanto, podemos ser consagrados.

La cuarta cosa que noté es que Aarón y sus hijos, antes de ser consagrados, tenían que ser ungidos. Del capítulo siguiente, los versículos 20 y 21, aprendemos qué era esta unción. Primero, había un carnero de consagración, que era inmolado en sacrificio. Luego, su sangre se ponía sobre la oreja derecha, el pulgar y el dedo del pie derecho del sacerdote. Y, finalmente, se ponía aceite sobre la sangre. Noten los emblemas y el orden. No era aceite y sin sangre; era aceite y sangre. Y no era aceite y luego sangre; era primero sangre y luego aceite. En otras palabras, primero estaba la señal de propiedad a través de la redención, y después de esto estaba la señal de aceptación para el servicio sacerdotal y el empoderamiento para ese servicio. Pero una vez más, el que cree en Cristo ha pasado por este proceso. El creyente es rociado con sangre preciosa, y es ungido con aceite santo, porque hemos sido comprados por precio, aun con la sangre preciosa de Cristo, y todos hemos sido bautizados por un solo Espíritu en un solo cuerpo.

Habiendo observado estas condiciones preliminares, llegué por fin, ese domingo, al pensamiento de la consagración misma. Y aquí me encontré con una gran sorpresa. Tenía, según pensaba, una concepción bastante clara de lo que era la consagración. Era ir a una reunión de consagración y allí unirme a otros para

entregarse a Dios. O, si eso no fuera suficiente, era encerrarse en la propia habitación, y allí tomar resoluciones y hacer votos para desechar esto y aquello y asumir esto y aquello y así ser para siempre el siervo de Dios. Pero había echado un vistazo al margen de mi Biblia y había visto frente a la palabra “consagrar” las tres palabras: “llenar sus manos”, y qué tenía que ver llenar las manos con la consagración, no lo sabía. Fue así como leí el contexto del pasaje y llegué al capítulo 29, a los versículos 22 al 24. Y fue así como aprendí lo que significaba la verdadera consagración, y lo que siempre debe significar. Esto fue lo que encontré. Moisés, después de vestir y ungir a Aarón y a los hijos de Aarón, tomó las partes internas del carnero y su espaldilla derecha, y también una torta de pan, una torta de pan amasada con aceite, y una hojaldre de la canasta de los panes sin levadura, y puso todo esto en las manos de Aarón y de los hijos de Aarón. Luego Aarón y sus hijos se pusieron de pie y mecieron esto en la presencia del Señor. Y mientras hacían esto —nada más y nada menos— fueron consagrados. ¿Se preguntan ustedes, cuando leí esto, por qué me sorprendí? Cuán diferente era de lo que había imaginado. Y, sin embargo, qué simple era. Pero, por simple que sea, es profundamente profundo. Ese carnero de consagración simbolizaba a Cristo, porque esas ricas partes internas y esa fuerte espaldilla derecha exponían su deidad eterna, y esas diversas porciones de pan, hechas de trigo en flor de harina, manifestaban su incomparable humanidad. En otras palabras, mientras esos sacerdotes estaban allí sosteniendo en alto estas diversas señales ante Dios, declaraban —ya sea que lo entendieran completamente o no— que su único derecho en la santa presencia era a través de la redención y el mérito eterno de otro; y que era en la vida y la gloria de esa persona que comparecían y se dedicaban al ministerio sacerdotal. Y cuando Dios miró desde el cielo y vio, no a ellos, sino los símbolos levantados e interpuestos de ese Otro, del Cristo, aceptó a Aarón y a sus hijos y los consagró para el santo servicio. Y esto es lo que es necesario ahora. Cualquier otra cosa es gran presunción y pecado, porque esta es la manera divina de aceptación, poder y gloria. En otras palabras, el lema de todo acto de consagración es este: “¡Solo Jesús!”. ¿Y preguntan ustedes, cuál es el lema de la santificación? Sigue siendo: “¡Solo Jesús!”, solo que esta vez, se prolonga más y cubre toda la vida. Pablo lo expresó así: “Porque para mí el vivir es Cristo”. A nosotros nos corresponde expresarlo de la misma manera.

Pero casi escucho a alguien decir: Esta es una doctrina de los viejos tiempos, que contiene ideales de los viejos tiempos; pero en cuanto a mí, vivo cara a cara con las condiciones de los nuevos tiempos, donde tales doctrinas e ideales no son posibles de cumplir. Mi lector, no discutiré con usted. Pero me permito sugerirle que está equivocado. Porque primero, nuestro pasaje dice: “y será estatuto perpetuo para él, y para su descendencia después de él”. Y, dado que, como cristianos, estamos en la línea sacerdotal, también estamos dentro de los privilegios de la sucesión sacerdotal. Y también, Dios nunca se arrepiente de sus dones y llamamientos, y lo que ha hecho una vez y en la antigüedad, es capaz y está dispuesto a hacerlo de nuevo y ahora. Además, he visto vidas, en nuestros propios días, vividas totalmente para Cristo, y en medio de las circunstancias más adversas, de modo que estoy persuadido de que tal consagración como de la que se ha hablado es muy posible para cualquier santo de estos días actuales, incluso en medio de las condiciones indudablemente difíciles que los tiempos presentes han producido. Para terminar, entonces, permítame hablar de algunas vidas consagradas que he conocido personalmente.

El Sr. Hudson Taylor, mientras viajaba una vez por China, llegó a un río y contrató a un barquero para que lo cruzara. Justo después de haber hecho esto, un caballero chino, vestido de sedas y rasos, llegó al río y, sin observar al Sr. Taylor, le pidió al barquero que le alquilara la barca. El hombre se negó a hacerlo, diciendo que acababa de comprometer la barca con el extranjero. Ante esto, el caballero chino miró al Sr. Taylor y, sin decir una palabra, le dio un fuerte golpe con el puño entre los ojos. El Sr. Taylor quedó aturdido y se tambaleó hacia atrás, pero pronto se recuperó y, al mirar hacia arriba, vio a su agresor de pie entre él y la orilla del río. En un instante, el Sr. Taylor levantó las manos para darle al hombre un empujón hacia la corriente. Pero en un instante más, dejó caer los brazos a los costados. Luego, el Sr. Taylor le dijo al caballero: “Como puede ver, podría haberlo empujado a la corriente. Pero el Jesús a quien sirvo no me permitiría hacer esto. Usted se equivocó al golpearme, porque la barca era mía. Y ya que es mía, lo invito a compartirla conmigo y a cruzar el río conmigo”. El caballero chino bajó la cabeza avergonzado y, sin decir una palabra, subió a la barca para aceptar la hospitalidad que se le ofrecía tan cortésmente. El Sr.

Taylor era un hombre de temperamento naturalmente irascible, pero evidentemente, para él el vivir era Cristo.

El conocido reverendo James Inglis era pastor de una gran iglesia en Detroit. Era graduado de la Universidad de Edimburgo y de la Escuela de Teología, era muy erudito —luego se le pidió que actuara en el comité estadounidense de revisión del Nuevo Testamento—, era inusualmente elocuente y estaba teniendo una carrera ministerial sumamente exitosa. De hecho, era el predicador más popular de Detroit, si no de Michigan, y tenía grandes audiencias los domingos, con personas sentadas en los pasillos y en las escaleras del púlpito de su iglesia, y con sus oyentes pendientes de sus palabras. Un día de la semana, en este período, estaba sentado en su estudio, preparando uno de sus sermones para el domingo siguiente, cuando una voz pareció decirle: “James Inglis, ¿a quién estás predicando?”. El Sr. Inglis se sorprendió, pero respondió: “Estoy predicando buena teología”. Pero la voz pareció replicar: “No te pregunté qué estás predicando, sino a quién estás predicando”. Mi tío respondió: “Estoy predicando el Evangelio”. Pero la voz volvió a replicar: “No te pregunté qué estás predicando; te pregunté a quién estás predicando”. El Sr. Inglis se quedó en silencio y con la cabeza inclinada durante mucho tiempo antes de volver a responder. Cuando lo hizo, levantó la cabeza y dijo: “¡Oh Dios, estoy predicando a James Inglis!”. Y luego añadió: “¡De ahora en adelante no predicaré a nadie más que a Cristo, y a este crucificado!”. Luego mi tío se levantó, abrió el cofre de su estudio que contenía sus elocuentes sermones y deliberadamente los echó uno por uno al fuego que ardía en la estufa de su estudio. Desde ese momento le dio la espalda a toda tentación de ser oratorio y popular, predicó de manera sencilla y expositiva, y se entregó en vida y en palabras a presentar a Jesucristo ante los hombres. Más tarde se convirtió en el editor de dos periódicos religiosos muy leídos, y en el maestro de las Escrituras de hombres como el Dr. Brooks de San Luis, el Dr. Erdman de Filadelfia, el Dr. Gordon de Boston y el Sr. Moody de Northfield. Murió en 1872; pero su nombre todavía se mantiene en un recuerdo reverente y agradecido por muchos de los santos más espirituales de Dios en América y Europa. El Sr. Inglis era por naturaleza un hombre de disposición orgullosa y ambiciosa; pero es manifiesto que se hizo realidad en su vida que para él el vivir era Cristo.

Un amigo mío —cuyo nombre no daré— era un hombre de negocios en una de nuestras grandes ciudades estadounidenses. Era un financiero capaz y se había vuelto rico. Así sucedió que vivía en una hermosa casa de piedra rojiza, situada en una avenida prominente, y con lujos. Al mismo tiempo era cristiano, siendo un anciano en una iglesia presbiteriana y generalmente activo en buenas obras. Fue así, cuando el Sr. Hudson Taylor visitó su ciudad en 1888, que mi amigo se ofreció a alojarlo. El arreglo se llevó a cabo y el Sr. Taylor estuvo en su casa durante aproximadamente una semana. Mi amigo estuvo así en estrecho contacto con un hombre de Dios, como nunca antes había visto. A medida que pasaban los días, estaba cada vez más impresionado por la piedad y el encanto de la vida que tenía ante él. Finalmente, después de que el Sr. Taylor partiera hacia otro lugar, mi amigo se arrodilló y le dijo a Dios: “Señor, si me haces ser un poco como ese hombrecito, te daré todo lo que tengo”. Y el Señor le tomó la palabra. A partir de ese momento, su vida espiritual se profundizó y desarrolló visiblemente. Por fin, un día le dijo a su esposa: “Querida, ¿no crees que podemos arreglárnoslas con una casa menos costosa que esta, para poder reducir nuestros gastos de subsistencia y darle más dinero al Señor?”. Luego propuso que vendieran la propiedad, construyeran una casa más barata y dieran lo que así pudieran ganar a las misiones extranjeras. Felizmente, tenía una esposa que era una verdadera “ayuda idónea” para él, y ella estuvo de acuerdo de todo corazón con la propuesta. Así que se vendió la antigua propiedad, se construyó la nueva casa y la suma ganada se entregó a Dios para su causa en el extranjero. Aproximadamente dos años después, mi amigo volvió a hablarle a su esposa de esta manera: “Querida, me siento mal por esta casa. El arquitecto me hizo gastar más dinero del que pretendía gastar en ella. ¿Qué te parece si la vendemos? Tengo un lote en una calle adyacente, y podemos construir allí una casa más barata que esta, y luego podemos dar la diferencia a las misiones extranjeras”. La esposa de mi amigo no era una mujer a la que le gustaran los cambios. Sin embargo, amaba al Señor y de nuevo dio su pronto consentimiento a la propuesta. Así que se repitió la primera transacción, se construyó una casa más sencilla y más barata, y todo lo que se ganó con el cambio se entregó a las misiones. Mientras tanto, el negocio en general de mi amigo seguía prosperando. De hecho, todo lo que tocaba parecía

convertirse en oro. Pero sus gastos personales y familiares, por su elección deliberada, se reducían constantemente. Nunca vivió con mezquindad. Al mismo tiempo, vivía de manera cada vez más sencilla. Así ganaba dinero, y así ahorra dinero. Sin embargo, todo el tiempo daba y daba a causas nacionales y en el extranjero. Y esto continuó hasta su muerte. En el momento de su muerte, él y su esposa estaban apoyando a unos trece misioneros, y anteriormente habían enviado al campo extranjero, proveyendo para equipos y pasajes, a más de cien obreros nuevos y mayores. Ahora bien, mi amigo, por naturaleza, era un hombre que amaba el dinero. Tenía una fascinación para él, tanto el ganarlo como el gastarlo egoístamente. Pero es manifiesto que tal avaricia había sido quitada de su vida. Su corazón estaba donde estaba su tesoro, y su verdadero tesoro estaba en el cielo. En otras palabras, él también pudo decir: “¡Porque para mí el vivir es Cristo!”.

Querido lector, quienquiera que sea usted, la vida consagrada es posible y práctica. Lo fue para el primer siglo; lo es también para el siglo veinte. Lo fue para los primeros apóstoles y discípulos; lo es también para los misioneros, ministros, obreros laicos y hombres de negocios de hoy en día. En verdad, es para cualquiera y para todos los que son del Señor. En cuanto a usted, por lo tanto, solo se necesita una cosa. Vacíe sus manos de cualquier cosa que haya tomado del mundo, y luego levante estas manos vacías hacia Dios. Y tan ciertamente como Dios es santo, tan ciertamente como es amoroso, tan ciertamente como es lleno de gracia, él llenará sus manos, incluso las suyas, con Cristo. Y cuando se encuentre de pie de esta manera, sosteniendo a Jesús en alto entre usted y Dios, escondiéndose debajo de él, confesando que él es su único mérito, gloria y poder, usted también estará consagrado.

Capítulo 74 El Valor Apologético de las Epístolas de Pablo

Por el Rev. E. J. Stobo, Jr., Licenciatura en Teología, Doctor en Teología
Smith's Falls, Ontario, Canadá

“Pablo es la mayor figura literaria en el Nuevo Testamento; en torno a él giran todas sus cuestiones candentes”. “No hay nada más seguro en la literatura antigua que la autoría de las epístolas paulinas más importantes”. Estas declaraciones del Dr. Fairbairn en su “Filosofía de la religión cristiana” nos ponen cara a cara con el valor apologético de los escritos del apóstol a los gentiles. La epístola paulina más antigua está separada por poco más de veinte años de la muerte de Cristo, y por un intervalo aún más corto de la Epístola a los Hebreos y Apocalipsis; de modo que la interpretación que hace Pablo de Cristo tiene una clara influencia sobre los Evangelios y la literatura cristiana posterior.

En este documento nos ocuparemos solo de cuatro epístolas que son reconocidas por los críticos bíblicos de todas las escuelas como indudablemente genuinas; a saber, Gálatas, 1 y 2 Corintios y Romanos. Las cuatro epístolas en cuestión tienen la ventaja de ser más o menos de naturaleza controversial. El debate conduce a la claridad en la exposición, y tenemos la ventaja de escuchar las palabras de Pablo, así como de entender los puntos de vista de aquellos contra quienes él contiene. La controversia en estas epístolas se refiere a la naturaleza y el destino del cristianismo, y en consecuencia podemos esperar aprender lo que Pablo consideraba central y esencial en la fe cristiana. Hay suficiente cristología en estas epístolas para mostrarnos lo que Pablo pensaba acerca del gran fundador del cristianismo. Además, hay en estos escritos referencias a la solemne experiencia de crisis en su historia espiritual, y estas necesariamente tienen relación con las cartas de Lucas a Teófilo, que se conocen popularmente como el Evangelio de Lucas y Los Hechos de los apóstoles. Con tales pistas a seguir podemos argumentar a favor de la credibilidad de los otros documentos del Nuevo Testamento, y también a favor de la exactitud del retrato pintado de su figura central, el Señor Jesucristo.

Nuestro primer argumento tiene que ver con el valor apologético de las referencias, en las epístolas de Pablo, a su experiencia cristiana.

Su teología es una consecuencia de su experiencia. Su pensamiento es notablemente autobiográfico. Se asemeja a Lutero en este sentido como maestro religioso. Su pensamiento está matizado por la época en que vive, y en palabras tales como ley, justicia, justificación, adopción, carne, espíritu, hay un interés imperecedero, si recordamos la intensa y trágica lucha moral que se esconde detrás de la teología de Pablo. Los pasajes de estas cuatro epístolas que exhiben de manera más notoria el carácter autobiográfico, ocurren en el primer capítulo de la Epístola a los Gálatas y el séptimo capítulo de la Epístola a los Romanos. Del primero aprendemos que pertenecía a una clase que era totalmente antagónica a Jesús. Su religión era el judaísmo. Era un entusiasta de ella. Él dice: “Y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres”. En otras palabras, era un fariseo del tipo más extremo. Su gran objetivo en la vida era llegar a ser legalmente justo, y, por lo tanto, todos sus prejuicios se oponían con la mayor fuerza a la nueva enseñanza. En el séptimo capítulo de Romanos, nos enteramos de que Pablo con el tiempo hizo un gran descubrimiento. Uno de los mandamientos, el décimo, prohíbe codiciar; y así aprendió que un mero sentimiento, un estado del corazón, es condenado como pecado. En esa hora su fariseísmo estaba condenado. “pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”. [Romanos 7:9] Descubrió un mundo de pecado en su interior con el que no había soñado, y la justicia legal parecía inalcanzable. Ese fue un gran paso hacia el cristianismo. Había estado tratando de satisfacer el hambre de su alma con ordenanzas legales; las encontró como paja, no como trigo, y por eso buscó verdadero alimento. Eventualmente se convirtió al cristianismo. Las cartas paulinas no dan un relato detallado del memorable acontecimiento como las narraciones contenidas en el libro de Hechos. La característica principal de la historia se menciona en 1 Corintios 15:8 donde el apóstol enumera las diferentes apariciones del Cristo resucitado: “y al último de todos... me apareció a mí”.

La conversión de Pablo es uno de los problemas difíciles para aquellos que intentan dar una solución puramente naturalista a los orígenes del cristianismo. Todos los intentos de explicarla sin reconocer la mano de Dios en ella deben ser inútiles. Él mismo dice devotamente al respecto: “agradó a Dios... revelar a su Hijo en mí”. [Gálatas 1:15-16] Esto argumenta que el cristianismo es una religión sobrenatural.

Cuando una crisis religiosa le sobreviene a un hombre del tipo de Pablo, posee un profundo significado. Para él, convertirse en cristiano lo significaba todo. Significaba dar el salto hacia una gran idea cosmopolita del cristianismo, su naturaleza y destino. Vio que todo había terminado para el judaísmo y su justicia legal, todo había terminado para la ley misma como medio de salvación; que la salvación debía llegar al hombre a través de la gracia de Dios, y que podría llegar a través de ese canal a todos los hombres por igual en igualdad de condiciones, y que, por lo tanto, la prerrogativa judía había llegado a su fin. Todas estas consecuencias se confirman en el relato biográfico de los primeros capítulos de Gálatas.

Se puede ver fácilmente que si se aceptan los relatos de la conversión de Pablo en las epístolas, estos respaldan y dan valor a los relatos en Los Hechos de los Apóstoles; que las consecuencias de esa conversión, como se indicó anteriormente, están en completa armonía con la enseñanza de la última parte de Los Hechos, y por lo tanto debemos llegar a la conclusión de que el contenido de ese libro es digno de confianza, sea Lucas el autor o no. Y dado que los Hechos de los Apóstoles pretende ser una continuación del Evangelio de Lucas, nos vemos llevados a concluir que el Evangelio también debe ser digno de confianza, y que todos los sinópticos exponen hechos reales. ... Tal conclusión implica la historicidad de Jesucristo.

Nuestro segundo argumento se ocupa de El valor apologético de las referencias en las epístolas de Pablo a la persona de Cristo.

Admitida como un hecho la conversión de Pablo, hemos visto que conduce gradualmente al hecho de Cristo. Pero, ¿qué clase de Cristo? Al lector le sorprenderá el hecho de que, en estas epístolas, la vida terrenal de Cristo se representa como singularmente libre de lo milagroso. Nace de mujer, “nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4); proviene de Israel, y es, según la carne, de la tribu de Judá y “del linaje de David” (Romanos 9:5; 1:3); es desconocido para “los príncipes de este siglo” (1 Corintios 2:8); es pobre, odiado, perseguido, crucificado (2 Corintios 8:9; Gálatas 6:14; 1 Corintios 1:23-25; 2:2); es traicionado por la noche justo después de haber instituido la cena (1 Corintios 15:23); muere en la cruz, a la cual había sido clavado, y es sepultado (1 Corintios 15:3, 4). Se verá que este relato coincide con el de los sinópticos, con la excepción de que no escuchamos de un nacimiento sobrenatural, ni se pone ningún énfasis en obras sobrenaturales. En sus rasgos principales, el retrato del hombre Jesús concuerda perfectamente con el de los Evangelios sinópticos, y da credibilidad a la historia del Profeta galileo. Por otro lado, Cristo es representado como un ser de majestad ideal.

La doctrina de la persona de Cristo, tal como se encuentra en estas cuatro grandes epístolas, no es una mera especulación teológica; es la consecuencia de la experiencia religiosa. Jesús era, para Pablo, el Señor porque era el Salvador. Cuatro verdades principales con respecto a Cristo se destacan en sus escritos:

A. En relación con el tiempo. Él es el Hijo de Dios “que era del linaje de David según la carne”. Por el lado de su humanidad nuestro Señor fue “nacido”. (Romanos 1:2). Esa naturaleza comienza solo entonces. Él posee otra naturaleza que se remonta a mucho antes de la encarnación. Él es en un sentido peculiar “su propio Hijo” de Dios (Romanos 8:32), perteneciéndole a Él por encima de todos los demás, o como bien dice Alford, “Su *υἱὸς πονογενής*, el único de los Hijos de Dios que es uno con Él en naturaleza y esencia, engendrado por Él antes de todos los mundos”. Este Hijo fue entregado por todos nosotros. Esta idea se insinúa en 2 Corintios 8:9: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico”, y encuentra plena expresión en la Epístola a los Filipenses (Filipenses 2:5-9), sobre la cual hay muy poca controversia. Los indicios dispersos que tenemos en las cuatro grandes

epístolas confirman la enseñanza de la carta a los Filipenses, y sobre todo la declaración clásica del cuarto Evangelio: “En el principio era el Verbo”. [Juan 1:1]

B. En relación con el hombre. Pablo dice que Cristo fue “nacido de mujer” (Gálatas 4:4), y que fue enviado al mundo “en semejanza de carne de pecado” (Romanos 8:3); es decir, vino al mundo por nacimiento y presentó a los ojos el aspecto de cualquier hombre ordinario. Pero aunque Cristo vino en semejanza de carne de pecado, no era un pecador. Él “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21). La mente que estaba en Él antes de venir gobernó su vida después de venir. Sin embargo, Pablo considera la resurrección como constituyente de una crisis importante en la experiencia de Cristo. Por medio de ella fue declarado Hijo de Dios con poder (Romanos 1:4), “el segundo hombre... es del cielo” (1 Corintios 15:47); y sin embargo, para Pablo, Jesús es un hombre real, un judío con sangre hebrea en sus venas, un descendiente de David. El retrato así pintado concuerda perfectamente con el de los evangelistas que lo describen como un hombre real, pero, de alguna manera extraña, diferente de otros hombres: “Su alma era como una estrella y habitaba aparte”.

El Hijo de David era, para Pablo, además, “el segundo hombre” (1 Corintios 15:47). Este título señala a Cristo como aquel que tiene, por su vocación, que deshacer el daño provocado por la transgresión del primer hombre. Por eso se le llama, en marcado contraste con el primer hombre Adán, “espíritu vivificante” (1 Corintios 15:45). Así como el uno trajo la muerte al mundo, así el otro trae la vida (1 Corintios 15:22); y esta enseñanza concuerda con la declaración de los sinópticos: “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”; [Lucas 19:10] “llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. [Mateo 1:21]

C. En relación con el universo. Él es representado en la Epístola a los Colosenses como el Primogénito de toda creación, como el originador de la creación así como su causa final, todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, incluidos los ángeles, siendo creadas por medio de Él y para Él (Colosenses 1:15-16). Esto va más allá de cualquier cosa que se encuentre en las cuatro grandes epístolas, sin embargo, podemos encontrar rudimentos de una doctrina cósmica incluso en estas cartas. Para Pablo era un axioma que el universo tiene su objetivo final en Cristo su Rey. (Ver 1 Corintios 8:6).

D. En relación con Dios. Pablo aplica dos títulos a Cristo, “el Hijo de Dios” y “el Señor”. Ambos de estos títulos se combinan en la introducción de la Epístola a los Romanos, “su Hijo, nuestro Señor Jesucristo”. Él es “declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4). La prueba más convincente de la divinidad de Cristo la encontró Pablo en la resurrección. Escribiendo a los corintios dice: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe... aún estáis en vuestros pecados” (1 Corintios 15:14-17). Él les somete la prueba de su apostolado en el hecho de que ha visto a “Jesús el Señor nuestro” (1 Corintios 9:1). Les dice a los gálatas que su evangelio vino “por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:12), y que ese Evangelio, según 1 Corintios 15:3-8, contiene cinco hechos elementales: 1, Cristo murió por nuestros pecados; 2, fue sepultado; 3, resucitó al tercer día; 4, se apareció a muchos discípulos, y 5, al último de todos, se le apareció a Pablo mismo. Estas son las cosas que son vitales en la predicación de Pablo; cuando recordamos que, como fariseo, todos sus prejuicios estaban en contra del Evangelio, debemos llegar a la conclusión de que el testimonio de Pablo argumenta de la manera más sólida a favor de la historicidad de la resurrección y las verdades involucradas en ella.

Puede que no esté fuera de lugar reiterar lo que ya se ha declarado con respecto al uso de Pablo de la expresión, “su propio Hijo”, en Romanos 8:3. Este pasaje trata sobre la hermandad de los hijos. Jesús, en medio de las multitudes que tienen el derecho a llamarse a sí mismos hijos de Dios, es una figura única que se eleva por encima de todos ellos. En 2 Corintios 4:4 se afirma que Cristo es la imagen de Dios, y en Romanos 8:29 se dice que el destino de los creyentes es ser hechos conformes a la imagen del Hijo de Dios.

El ideal para los cristianos es llevar la imagen de Cristo. Para Cristo mismo se reserva la distinción de ser la imagen de Dios. Esto arroja una luz indirecta sobre la idea de Pablo acerca de la filiación de Cristo.

Él es representado como el único Señor por medio del cual o a causa del cual son todas las cosas (1 Corintios 8:6). Dependiendo de si se acepta la lectura δι' οὗ o δι' ὧν, Jesús es el Creador de todas las cosas o proporciona la razón divina para la creación. El gemido de la creación con dolores de parto para el alumbramiento de un nuevo mundo redimido es un cuadro gráfico de la relación de la obra redentora de Cristo con el universo físico. (Romanos 8:22). Es cierto que esta enseñanza va más allá de la de los Evangelios en algunos detalles, pero concuerda con el Evangelio de Juan cuando enseña el poder creador del Logos. (Juan 1:3).

En 1 Corintios 8:5, 6, el término “Señor” adquiere igual significado que el de “Hijo”. En vista del politeísmo pagano, el apóstol opone un θεὸς real a los muchos θεοὶ λεγόμενοι del paganismo, y un Señor real a sus κύριοι πολλοί. Pareciera por esta inscripción que el apóstol deseaba introducir a Cristo en la esfera de lo verdaderamente divino.

La famosa bendición al final de la segunda epístola a los Corintios implica una concepción muy alta de la persona y la posición de Cristo. Apenas se podría creer que Pablo usara tal colocación de frases como la gracia del Señor Jesús, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo, a menos que Cristo hubiera sido para él un ser divino, incluso Dios. Ahora bien, todo esto simplemente añade fuerza al prólogo de Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”.

Las cuatro grandes epístolas paulinas concuerdan, en los detalles más importantes, con el retrato que se nos da de Jesús en los Evangelios. La concepción de la persona de Cristo, como ya hemos demostrado, no le resultaba natural a Pablo. Él era un acérrimo opositor del cristianismo. No fue el resultado de convicciones que cambiaron gradualmente con respecto a las afirmaciones de Jesucristo; todo el testimonio que trata sobre el tema implica lo contrario. No se debió a un misticismo extremo, pues los escritos de Pablo nos impresionan por ser notablemente cuerdos y lógicos. Ningún intento de explicarlo sobre bases meramente naturales es satisfactorio, y por lo tanto debemos aceptar su propia declaración del caso. La verdad del mesianismo de Jesús fue un asunto de revelación en la experiencia de su conversión, y si aceptamos eso, debemos aceptar necesariamente todo lo que implica. Los Evangelios y las Epístolas no contradicen, sino que solo complementan este retrato. Añaden líneas de belleza al contorno escabroso pintado por Pablo, y están inextricablemente conectados con las cuatro grandes epístolas. Al aceptar estas cartas como genuinas y la explicación de Pablo sobre su doctrina como verdadera, debemos aceptar la totalidad de los documentos del Nuevo Testamento como creíbles, y el retrato del Cristo como el de una persona real: Hijo de hombre e Hijo de Dios, el Dios-Hombre.

Capítulo 75 Lo que la Biblia Contiene Para el Creyente

Por el Rev. George F. Pentecost, Doctor en Teología
Darien, Connecticut

1. La Biblia es el único libro que puede hacernos sabios para la salvación

La Biblia no es un libro para ser estudiado como estudiamos geología y astronomía, simplemente para descubrir sobre la formación de la tierra y la estructura del universo; sino que es un libro que revela la verdad, diseñado para llevarnos a una unión viva con Dios. Podemos estudiar las ciencias físicas y obtener un conocimiento razonable de los hechos y fenómenos del universo material; pero ¿qué diferencia hace para nosotros, como seres espirituales, si la teoría copernicana del universo es cierta, o la de Ptolomeo? Por otro lado, las cosas eternas de la Palabra de Dios sí nos conciernen. El conocimiento científico, y las palabras en las que se transmite ese conocimiento, no tienen el poder de cambiar nuestros caracteres, de hacernos mejores, o de darnos una esperanza viva de una inmortalidad bendita; pero la Palabra de Dios tiene en ella un poder vital, es “viva y eficaz” —viva y llena de energía divina (Hebreos 4:12)— y cuando es recibida con mansedumbre en nuestro entendimiento y corazón es capaz de salvar nuestras almas (Santiago 1:18, 21), porque es el instrumento del Espíritu Santo con el cual Él logra en nosotros la regeneración del carácter. La Palabra de Dios es una semilla viva que contiene dentro de sí la propia vida de Dios, la cual, cuando es recibida en nuestros corazones, brota dentro de nosotros y “da fruto según su especie”; porque Jesucristo, la Palabra eterna de Dios, es el germen vivo escondido en su Palabra escrita. Por lo tanto, está escrito: “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”. (Juan 6:63), y así es que “el que oye mi palabra” —es decir, las recibe en corazones buenos y honestos— el que oye la Palabra y la entiende, “tiene vida eterna”. (Juan 5:24). De ningún otro libro se podrían decir tales cosas. Por lo tanto decimos, la Palabra de Dios es el instrumento en su mano para obrar en nosotros y por nosotros la regeneración y la salvación; “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad”, la palabra implantada, “la cual puede salvar vuestras almas”. (Santiago 1:18, 21).

Esto nos lleva a decir que nos relacionamos con Dios y con las verdades eternas reveladas en este Libro, no mediante la comprensión y demostración intelectual, sino por fe. No por razonamiento, sino por fe sencilla, nos aferramos a estas verdades, descansando nuestra fe en Dios, quien está debajo y en cada hecho salvador en el Libro. (Ver 1 Pedro 1:21). Me parece, por lo tanto, la mayor locura que los hombres estén siempre especulando y razonando sobre estas cosas espirituales y reveladas; y, sin embargo, constantemente nos encontramos con personas, incluso buenas, que tratan así la Palabra de Dios. En primer lugar, tratan la revelación como si fuera solo una opinión expresada con respecto a las cosas reveladas, y por lo tanto se sienten libres de disentir de ella o de recibirla con modificaciones, y la tratan como lo harían con las generalizaciones y conclusiones, más o menos exactas, de los científicos, y las teorías, más o menos ciertas, de los filósofos. Si la Palabra se recomienda a su juicio la aceptan; haciendo así de su juicio el criterio de la verdad, en lugar de someter sus opiniones a la Palabra infalible de Dios. No es raro que escuchemos a una persona decir que cree que la Palabra de Dios es verdad; y luego, al instante siguiente, cuando se ve presionada por alguna declaración o afirmación de esa Palabra, dice: “¡Ah! pero entonces yo creo esto y lo otro”, algo enteramente diferente de lo que Dios ha declarado. Por otra parte, muchas personas que profesan creer en la Palabra de Dios parecen nunca pensar en ponerse en una relación práctica y salvadora con ella. Creen que Jesucristo es el Salvador del mundo, pero nunca creen en Él ni confían en Él; en otras palabras, que Él es un Salvador para ellos.

El Libro de Dios está lleno de doctrinas y promesas. Las declaramos, y alguien dice: “Debes probar que esa doctrina o esa promesa es verdad”. La única manera de probar que una doctrina es verdad es mediante una experiencia personal de la misma a través de la fe en Jesucristo. Jesucristo dice: “Os es necesario nacer de nuevo”. Si intentarás dominar el significado y el poder de esa doctrina mediante mera especulación, pronto aterrizarías justo donde lo hizo Nicodemo, y dirías: “¿Cómo puede hacerse esto?”. En lugar de hacer eso,

supongamos que prestas más atención a lo que se dice, a saber: “Todo aquel que cree... es nacido de Dios”. (1 Juan 5:1; Juan 1:12, 13). En obediencia a esta enseñanza divina, sin saber cómo ha de hacerse en nosotros, tomamos esa Palabra y nos rendimos a Jesucristo; ¡y he aquí! amanece sobre nosotros una experiencia que arroja luz sobre todo lo que antes era un misterio. No hemos experimentado ningún choque físico, pero se obra en nosotros un gran cambio, especialmente en nuestra relación con Dios. “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. (2 Corintios 5:17). Así llegamos a una comprensión experimental de la doctrina del nuevo nacimiento. Así, toda otra doctrina perteneciente a la vida espiritual es transmutada en experiencia por la gracia de Dios. Porque así como una palabra representa una idea o un pensamiento, así las doctrinas de Dios representan experiencias; pero la doctrina debe ser recibida antes de que se pueda tener la experiencia. Y, además, hemos de recibir todas las doctrinas, toda la verdad, mediante la fe en Él, porque Cristo y su Palabra son inseparables, tal como el pagaré de un hombre es corriente y valioso solamente porque el hombre es solvente. Un billete de banco se recibe por la fe en el banco que representa. Si el banco quiebra, el billete se vuelve instantáneamente inútil.

Pero hay algunas cosas reveladas en la Palabra de Dios que creemos sin experiencia. Por ejemplo, creemos que “el cuerpo de la humillación nuestra” (Filipenses 3:21), deshonrado por el pecado y sobre cuyo cuello la muerte pronto pondrá su pie, será en el día de “su manifestación y en su reino” (2 Timoteo 4:1; 1 Tesalonicenses 4:15) resucitado, transformado y hecho semejante al cuerpo de la gloria suya (Filipenses 3:21). ¿Sabes cómo podemos creer tan seguramente estas cosas? Respondemos: porque Dios nos ha probado tanto de su Palabra que, cuando anuncia algo que aún ha de hacerse realidad, sobre la base de la experiencia pasada nos extendemos hacia y aceptamos como verdadera la promesa de las cosas futuras. De hecho, Él ya la hace realidad en nuestros corazones, porque “es, pues, la fe la certeza de lo que se espera”. (Hebreos 11:1). Porque aun aquí tenemos una experiencia espiritual presente que es para nosotros como unas arras de la culminación aún futura; porque ya hemos resucitado con Cristo. (Colosenses 2:13; 3:1; Efesios 2:5, 6; Romanos 8:11).

2. La Biblia contiene en sí misma la garantía absoluta de nuestra herencia en Cristo

Supongamos que acudiéramos a ti algún día y pusiéramos en duda tu propiedad de tu casa, y te exigiéramos que la entregaras, una heredad legada a ti por tu padre. “¿Por qué me hacen tal exigencia?”, preguntas. “Porque”, respondemos, “no es tu casa; no tienes derecho a ella; al menos no sabes que es tuya”. “Oh, sí”, respondes, “estoy muy seguro de que es mi casa”. “¿Cómo lo sabes? ¿Cuál es tu razón para creer que es tu casa?”. “Pues, porque mi padre vivió aquí antes que yo”. “Esa no es una buena razón”. “Bueno, yo mismo he vivido aquí sin disputa durante cinco años”. “De ahí no se deduce que la casa sea tuya”. “Pero soy muy feliz en ella; disfruto aquí”. “Bien, pero mi querido señor, eso puede hacerlo, y aun así no tener derecho a ella”. Al fin, puesto contra la pared, nos llevas contigo al tribunal y nos muestras el testamento de tu padre, debidamente escrito, firmado, sellado y registrado. Esto puede servir para ilustrar el punto. Muchísimos cristianos no saben dónde ni cómo fundamentar su “título de propiedad”. No está en el hecho de que seas descendiente de un padre santo, un hijo de padres creyentes, porque, como dice el antiquísimo Matthew Henry: “La gracia no corre en la sangre”; tampoco es que tengas membresía en la iglesia visible de Cristo; ni se ha de encontrar en estados de ánimo y sentimientos deleitosos; en una palabra, ni siquiera una genuina experiencia cristiana constituye tu “título de propiedad”. ¿Dónde entonces hemos de fundamentar nuestra esperanza? Pues, simplemente en la desnuda y pura Palabra de Dios. Está escrito: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna”, etc. (Juan 5:24). Directamente al registro apelamos para una prueba final en cuanto a nuestra posesión en Dios. “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”. (1 Juan 5:11, 12). Nuestra fe se aferra al Hijo de Dios, en quien tenemos redención (Efesios 1:7) por medio de y a través de la Palabra de promesa registrada, porque este registro fue escrito: “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”. (Juan 20:31). Las Escrituras son los pactos, antiguo y nuevo, en los cuales Dios nos ha garantizado, por palabra y juramento (Hebreos 6:17, 18), sellados con la sangre de Jesucristo (Mateo 26:28),

una herencia entre los santos. De ninguna manera enfatizamos este punto para subestimar la experiencia cristiana (pues es sumamente bendita y verdadera), ni para menospreciar la bendición de los padres creyentes, o la iglesia y sus ordenanzas, sino solo para dirigir tu atención a “la palabra profética más segura” (2 Pedro 1:19), la cual es mejor para nosotros como confirmación que visiones y voces, estados de ánimo y sentimientos, bendiciones parentales y sacramentos eclesiásticos.

3. La Palabra de Dios es el medio designado para el cultivo de nuestra vida cristiana

Santiago nos dice (1:18) que la Palabra de verdad es el instrumento de nuestra regeneración, y Jesús nos dice que la verdad no solo “nos hará libres”, sino que ora al Padre para que seamos “santificados en la verdad”. (Juan 6:32-36; 17:17-19). Y Pablo nos dice, con palabras que el Espíritu Santo enseña, que “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra”, etc. (Efesios 5:25, 27). “pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3), porque no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación (1 Tesalonicenses 4:7). Después de la regeneración, nada puede ser más importante que esto. Se nos dice en la Biblia y lo creemos, que tarde o temprano estaremos en otro estado de existencia: en el cielo en presencia del amoroso y glorificado Jesús; que veremos su rostro, y su nombre estará en nuestras frentes (Apocalipsis 22:4), que estaremos con los ángeles, en compañía innumerable, y con los espíritus de los justos hechos perfectos, los santos de todas las edades (Hebreos 12:23), que los conoceremos y estaremos en su sociedad (Mateo 17:3; 1 Corintios 13:12), que estaremos absolutamente libres de la mancha del pecado, tan gloriosos como la luz increada de Dios. (Apocalipsis 21:4, 27; Mateo 13:45). Siendo este el lugar y la compañía hacia la cual estamos siendo llevados tan rápidamente, queremos estar preparados tanto para el lugar como para la sociedad.

Ah, amigos, están ansiosos de ser cultivados para este mundo y su “mejor sociedad”, en su conocimiento, en sus costumbres y en sus modales. Sí, derrochan tiempo y dinero en ustedes mismos y en sus hijos, con el fin de que estén provistos de los logros y la cultura de este mundo. Dicen que cuando aparecen en la buena sociedad quieren sentirse a gusto, ser iguales entre los más realizados, y desean lo mismo para sus hijos. Si fueran invitados de aquí a seis meses a fijar su residencia en la Corte de St. James, como invitados del noble rey de Inglaterra, saquearían todos los libros a su disposición que trataran sobre etiqueta y modales de la corte; repasarían la historia inglesa, para no ser tomados por sorpresa ni en su conocimiento de los asuntos del país, ni en el ceremonial de la corte. Pero dentro de poco tiempo iremos a la corte del Rey inmortal, eterno, en el reino de la gloria. No sabemos el día ni la hora en que el Señor vendrá, o nos llamará de aquí; y queremos estar listos, tanto en cuanto a la pureza de carácter como a la cultura cortesana de la ciudad celestial. Deseamos estar familiarizados con la historia de la redención y con los misterios del reino. No queríamos aparecer como un extraño torpe en la casa de luz de nuestro Padre. Solo podemos obtener esta santificación de carácter y cultura de vida y modales mediante una familiaridad y comunión constantes con Dios y los santos a través de la Palabra.

Los hombres del mundo están ansiosos de que ellos, o tal vez sus hijos, se presenten bien en la sociedad de este mundo. Con este fin se dedican ellos y a ellos mismos a las escuelas del mundo y de la moda; la escuela de danza y la academia, se imaginan, es el único lugar donde se pueden adquirir los buenos modales y la gracia cortesana. Los creyentes también están ansiosos de que sus hijos sean cultivados y realizados en todos los sentidos dignos de ser hijos o hijas del Rey, como por gracia lo son. Pero no deberían pensar en buscar para ellos la entrada a lo que se llama en este mundo la “mejor sociedad”, o enviarlos a escuelas de refinamiento de moda y academias de danza, con tal fin. Si pueden tener sus corazones llenos del querido y gran amor de Dios, y de la dulce gracia de Cristo; si cuelgan en las paredes de las cámaras de sus almas como cuadros: “todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre... en esto pensad” (Filipenses 4:8); si viajan a través de este mundo en compañía de Él; si el Espíritu Santo los guía a través de la Palabra, así como el peregrino de Bunyan fue guiado a través de la “casa del intérprete”, y les muestra cosas maravillosas y hermosas de su ley; si el fruto del Espíritu, que “es amor,

gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22, 23), adorna sus vidas y caracteres; los cristianos entonces no tienen miedo de que sus hijos se queden ni un ápice rezagados respecto a las personas de la sociedad más destacada del país en la cultura de la mente y del corazón, y en la gracia de los modales. Ah, hay una cultura celestial y una gracia divina de modales que trascienden con creces cualquier cosa que se encuentre en las escuelas de este mundo. Solo un cristiano podría pensar en decir con Pablo, estando de pie ante su juez: “excepto estas cadenas”. (Hechos 26:29).

Juan Bunyan, encerrado durante doce años en la cárcel de Bedford, con su Biblia y concordancia como sus constantes compañeras, produjo y envió al mundo su sueño inmortal, escrito con tal belleza de estilo y de manera tan casta y sencilla, que lo convirtió en un clásico de la literatura inglesa. Tan perfecta e incomparable fue la cultura intelectual y espiritual de este ignorante “hojalatero de Elstow”, que el erudito John Owen testificó ante el rey: “Su Majestad, si yo pudiera escribir como lo hace ese hojalatero en la cárcel de Bedford, dejaría con gusto todo mi aprendizaje”. ¿De dónde obtuvo John Bunyan su cultura? En la gloriosa comunión con Moisés en la Ley, con David en los Salmos, con Isaías y los profetas y santos hombres de Dios, que escribieron siendo inspirados por el Espíritu Santo; con Mateo, Marcos, Lucas y Juan; con Pablo, Pedro y todos los demás que escribieron y hablaron no los pensamientos, ni en las palabras, de la sabiduría humana, sino los pensamientos de Dios, y en palabras que el Espíritu Santo da. Lee a Homero y Milton, Shakespeare y Dante; lee a Bacon, Macaulay, Addison y Carlyle; recorre toda la mejor literatura de todas las épocas, y se quedará infinitamente corta de la pureza, belleza y grandeza de pensamiento y expresión que se encuentra en la Palabra de Dios.

Goethe, quien dijo que “no era cristiano”, ha declarado sobre los Evangelios canónicos: “La mente humana, por mucho que pueda avanzar en la cultura intelectual, y en la extensión y profundidad del conocimiento de la naturaleza, nunca trascenderá la alta cultura moral del cristianismo tal como brilla y resplandece en los Evangelios canónicos”. Renan, el autor infiel francés, concluye su vida de Jesús con estas notables palabras: “Cualesquiera que sean las sorpresas del futuro, Jesús nunca será superado; su adoración rejuvenecerá sin cesar; su leyenda provocará lágrimas sin fin; su sufrimiento derretirá los corazones más nobles; todas las edades proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha nacido nadie más grande que Jesús”. Y Strauss, el autor alemán racionalista de la “Vida de Jesús”, dice: “Jesús presenta dentro de la esfera de la religión el punto culminante, más allá del cual la posteridad nunca podrá ir; sí, que ni siquiera puede igualar. Él sigue siendo el modelo más alto de religión al alcance de nuestro pensamiento, y no es posible ninguna piedad perfecta sin su presencia en el corazón”. Así, el poder del “Libro y la persona” para la más alta cultura de la más alta naturaleza del hombre, es afirmado por el gran apóstol de la cultura moderna, y por aquellos que no admiten el origen divino de las Escrituras, o la deidad de aquel de quien son testigos de principio a fin. Si, entonces, quieres saber cómo servir a Dios y hacer su voluntad en la tierra, y estar completamente preparado y cultivado para el cielo en el más allá, toma su Palabra y hazla la regla y compañera de tu vida.

4. La Biblia es la armería del cristiano

El llamado del cristiano en el mundo es el de un soldado. Él debe pelear la buena batalla de la fe. (1 Timoteo 6:12; 2 Timoteo 4:7). Los pecadores deben ser ganados del poder del diablo para Dios. Sus inteligencias, sus voluntades y sus afectos deben ser asaltados y tomados para Él; deben ser convertidos del poder de las tinieblas a la luz; sus prisiones de pecado deben ser forzadas; sus cadenas rotas y los cautivos puestos en libertad (Hechos 26:16-18). Nosotros también, en nuestra propia vida y peregrinaje cristiano, somos atacados por los poderes de las tinieblas; por los dardos de fuego del diablo. Dudas, infidelidad, tentaciones, malas imaginaciones, pensamientos inmundos, profanos y vanos nos asaltan, derramados sobre nuestras almas por Satanás, siendo así las concupiscencias de la carne inflamadas por el infierno, por si por este medio el hijo de Dios pudiera ser sorprendido en alguna falta o vencido por el pecado. Pero esta guerra no es carnal, o según la manera de la carne. “Pues aunque andamos en la carne [tenemos nuestras vidas como los demás hombres en cuerpos carnales], no militamos según la carne; (porque las armas de nuestra milicia

no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas), derribando argumentos (razonamientos) y toda altivez (edificio elevado) que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. (2 Corintios 10:3-5). Así como Josué subió contra Jericó, y tomó sus fortalezas y altas torres, y las derribó e hizo cautiva a la ciudad, no con armas carnales, sino con trompetas de cuernos de carnero (Josué 6), así nosotros, procediendo contra las fortalezas, imaginaciones y argumentos infieles de los hombres, debemos tomar la trompeta del Evangelio. La espada que debemos empuñar es la “espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”. (Efesios 6:17) que hace invencible a quien la empuña. La Biblia misma debe sacarse, no solo como la mejor defensa contra todos los asaltos de la infidelidad desde las elevadas torres de los razonamientos humanos, sino también como la poderosa arma para vencer y llevar a los enemigos de Dios en cautividad a Cristo. “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”. (Apocalipsis 12:11). “Por tanto, tomad toda la armadura de Dios; estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”. (Efesios 6:13-17). Solo tenemos que recordar cómo nuestro Salvador venció al diablo con el arma todopoderosa: “Escrito está”, para que estemos provistos del secreto de la guerra exitosa para Él.

Muy a menudo los cristianos, jóvenes y mayores, vienen a nosotros en la “sala de consejería” y dicen: “¿No vendría a hablar con este amigo mío?”. “¿Por qué no hablas con él (o ella) tú mismo?”, respondemos. “Porque no sé qué decirle y, además, usted conoce más de la Biblia”. “Bueno, ¿por qué no conoces más de la Biblia?”. A esto se dan varias respuestas. En cualquier caso, aquí encontramos un grave error. La ignorancia de la Biblia, que no solo nos provee de nuestras armas espirituales, sino que nos prepara “enteramente para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17), lleva a muchos cristianos sinceros al dudoso uso de su propia argumentación al tratar con sus propias almas y las de otros. Es una tarea inútil derribar las fortalezas de la mente y el corazón no regenerados con algo menos que estas armas divinas. Pero todos pueden equiparse de esta gran armería. La Biblia contiene ideas que ninguna filosofía o teoría humana puede proveer, y por lo tanto nos pone en posesión de armas que el enemigo no puede resistir cuando es fuertemente presionado por ellas, reforzadas como están por la presencia invisible y poderosa del Espíritu Santo, y que nos hace inexpugnables ante los asaltos del adversario. De este gran poder de la Palabra y del Espíritu de Dios tenemos un espléndido ejemplo en el caso de Esteban, y de otros discípulos primitivos, cuyas palabras, extraídas de las Escrituras, los judíos no pudieron resistir. Todavía no hemos conocido a un infiel o ateo cuyos argumentos no hayamos podido desviar cuando dependemos simplemente de la Palabra de Dios. Es más, todavía no hemos conocido a ninguno en las “salas de consejería” que haya podido resistir la Palabra de Dios y los poderosos hechos de la Biblia, cuando, con humilde dependencia de Dios, los hemos puesto en orden ante él. Si conoces los pensamientos de Dios y buscas ser guiado por el Espíritu Santo, Él dirá por tu boca la palabra correcta en el momento correcto, tanto para desviar un ataque como para dar un golpe contundente a favor de la verdad. Y en medio de toda esta guerra, la luz, el amor y la gentileza de Jesucristo brillarán de tal manera en tu comportamiento y modales que se convencerán de tu sinceridad, y Dios te dará la victoria.

5. La Biblia es un mapa y una carta de navegación perfectos para el cristiano en su peregrinaje por el mundo

Con la Palabra de Dios en la mano y en el corazón puedes andar tu camino con perfecta seguridad y confianza por todos los laberintos de este mundo. El camino estrecho y angosto está tan clara y nítidamente marcado que el que corre puede leerlo. Es una calzada (invisible, tal vez, para el mundano) en la que un caminante, aunque sea torpe, no tiene por qué errar (Isaías 35:8), porque en todas partes está marcada por sus mandamientos. Más que eso, tenemos un Guía invisible, el mismo Espíritu de verdad, que nos guía y nos dice, en lugares de duda o incertidumbre: “Este es el camino, andad por él”. (Isaías 30:21). Así, como peregrino y extranjero, puedes seguir tu camino hacia la ciudad de Dios con seguridad y confianza,

siguiendo a la luz de la Palabra, que es “Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino”. (Salmo 119:105), el camino que nadie conoce sino aquel que te guía. Sí, y descubrirás que el camino, sobre colinas y por valles, “va en aumento hasta que el día es perfecto”. (Proverbios 4:18). La Palabra de Dios es una carta de navegación que marca todas las rocas y arrecifes en el mar de la vida; si prestamos atención y navegamos nuestra frágil barca por ella, llegaremos al fin a salvo al refugio de descanso. Pero si somos negligentes y orgullosos, y autosuficientes en nuestras propias opiniones, haremos naufragar nuestra fe. Un joven teniente de la marina inglesa descubrió una roca pequeña pero peligrosa en el Mediterráneo, nunca antes conocida, y lo informó al almirantazgo. Se telegrafió a todas las estaciones, y se ordenó que se anotara en todas las cartas de navegación. El primer barco en navegar sobre el lugar estaba bajo el mando de un viejo capitán, quien, notando la advertencia recién puesta en su carta, deseó saber quién había informado de la roca. Al ser informado respondió: “No hay tal roca allí. He navegado por este mar durante veinte años, y si hubiera habido tal roca la habría encontrado”. Y luego, en su orgullo y arrogancia, dio órdenes a su piloto de navegar directamente sobre el punto indicado. El gallardo barco fue impulsado sobre el punto de peligro a toda vela. Hubo un choque tremendo, y la noble embarcación se hundió con todos sus tripulantes. Más de un cristiano sufre naufragio por arrogancia desatenta o por negligencia de su carta de navegación infalible. ¡Que el Espíritu Santo nos incline a estudiar diligentemente nuestra carta divina y a navegar ciñéndonos estrechamente a ella!

6. La Biblia revela las cosas por venir

Contiene no solo la historia del pasado, de los tratos de Dios con las naciones, sino que también contiene mucha profecía sin cumplir. Apocalipsis es un libro dedicado a las cosas que “deben suceder pronto”. Se ha dicho que la profecía es historia no actuada, y que la historia no es más que profecía cumplida. Es un error suponer que la mano de Dios en la historia se ha limitado a aquellas naciones mencionadas en la Biblia. Si pudiéramos tener la historia de Dios en la historia, se vería que su providencia ha estado en y sobre todos los grandes y pequeños acontecimientos de todas las naciones. Daniel, en su gran profecía, ha dado un bosquejo rápido y gráfico del curso de la historia desde el Imperio Babilónico de cabeza de oro hasta el final de los tiempos, cuando “he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre”... cuando a Él le “fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran”. Cuando Él venga, “su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”. (Daniel 2:44; 7:13-27). Mientras tanto, Dios entre las naciones estará trastornando, y “A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré... hasta que venga aquel cuyo es el derecho”. (Ezequiel 21:27). El libro de Apocalipsis es una exposición detallada de los capítulos dos y siete de Daniel, y los dos libros deberían leerse juntos.

Los emperadores, los reyes y los gabinetes están haciendo que ocurran rápidamente cosas que Dios ha señalado en la profecía hace siglos. Pero no saben lo que hacen. Hay “señales en el sol, en la luna y en las estrellas”, y en la tierra “angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria”. (Lucas 21:25-27). Del día y la hora en que los cielos llameantes revelarán “su manifestación y en su reino” de nuestro Señor Jesucristo (2 Timoteo 4:1), ningún hombre sabe; pero se nos ordena esperar y estar listos, no sea que seamos sorprendidos por el día grande y notable del Señor. Con este fin también se escriben las Escrituras, para que el estudiante amoroso de ellas pueda vivir por delante de la historia, y no ser sorprendido por ningún acontecimiento adverso. Si su Palabra profética habita abundantemente en nuestros corazones y mentes, no habrá grandes sorpresas para nosotros a medida que pase el tiempo. Discerniremos a través del telescopio profético, vagamente, tal vez, las aproximaciones de aquellas cosas de las que está hecha la historia. Si nos tocara en suerte ser de los “que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor” (1 Tesalonicenses 4:15) veremos su señal en los cielos (Mateo 24:30) antes de que el mundo asustado y asombrado, yaciendo en el pecado y en la incredulidad burlona (2 Pedro 3:3; Lucas 18:8), sea abrumado en esa “pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”. (2 Tesalonicenses 1:7-9). Sabemos que hay una disposición creciente por parte de

muchos excelentes cristianos a tomar a la ligera (no saben lo que hacen) todo estudio profético; pero nuestro Señor resucitado, en su última revelación a Juan sobre las cosas por venir, le hizo escribir, desde el principio mismo: “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca”; y al cierre del libro añadir: “Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”. (Apocalipsis 22:6, 7).

¡Que el Espíritu de Dios nos dé una mente para estudiar su Palabra con reverencia y fe con un corazón preparado, como lo hizo Esdras (Esdras 7:10), a la luz y bajo la guía del Espíritu Santo! Entonces Él nos “hará saber las cosas que habrán de venir”. (Juan 16:13).

Capítulo 76 El Espiritismo Moderno Probado Brevemente por las Escrituras

Por Algernon J. Pollock
Weston-Super-Mare, Inglaterra

I. Origen y crecimiento

El espiritismo moderno reclama como su fecha de nacimiento el 31 de marzo de 1848, y el lugar de su nacimiento Hydesville, en el condado de Wayne, Nueva York, EE. UU.; pero en realidad es casi tan antiguo como la historia del mundo, y continuará hasta su fin.

Que el número de adeptos del espiritismo moderno es asombrosamente grande lo confirma el Dr. F. Maack, de Hamburgo, escribiendo tan recientemente como en 1910. Al ser un antagonista del espiritismo, no es probable que exagere los números. Solo en Berlín, dice, hay probablemente 10.000 espiritistas, entre ellos personajes exaltados y de la corte; 400 médiums, y de quince a veinte sociedades. En Norteamérica se dice que hay 16.000.000 de adeptos; mientras que en todo el mundo se calculó que en 1894 había 60.000.000 de espiritistas modernos, con 200 revistas dedicadas exclusivamente a la propaganda de este terrible sistema. El número ha crecido considerablemente desde entonces. Añada a estos las razas endemoniadas del mundo pagano; los millones de China, Japón e India; las incontables tribus de África; las hordas salvajes del Sudán; los habitantes caníbales de las islas de los Mares del Sur; y completará a grandes rasgos el panorama del espiritismo cubriendo la tierra de tinieblas. El espiritismo antiguo en el Oriente, y el espiritismo moderno en el Occidente, trayendo a su paso maldad de todo tipo espantoso.

II. Atractivos del espiritismo

El espiritismo, como todos los sistemas de error, trabaja en gran medida de forma clandestina. No se presenta en sus verdaderos colores a los no iniciados. Una vez que un incauto es atrapado en sus redes, es arrastrado cada vez más lejos de Dios.

Algunos se sienten atraídos por pura curiosidad. El amor por lo desconocido los seduce. Algunos, creyendo que es mera superchería, piensan que pueden detectar el fraude, y así se enredan en lo real. Que hay superchería en ello es cierto; pero con plena concesión a todo esto, hay efectos producidos que pueden atribuirse solamente a la influencia de demonios personificadores. Otros, por su parte, son arrastrados a ello por el profundo deseo de llenar el doloroso vacío dejado por la muerte de un ser querido. Cuando David, después de orar agonizantemente por la vida del hijo de Betsabé, se enteró de su muerte, preguntó: “¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, MAS ÉL NO VOLVERÁ A MÍ”. 2 Samuel 12:23. Evidentemente, David no sabía nada sobre la comunicación con los espíritus de los difuntos.

III. Rechaza la prueba de las Escrituras

Un conocido autor espiritista, escribiendo bajo el seudónimo “Oxford, M. A”., dice: “Mientras ustedes respondan a nuestros argumentos con un texto, no podemos enseñarles. Cualquiera que pueda responder así está fuera del alcance de una enseñanza razonable”. (*Spirit Teachings*, pág. 198).

El autor de “Esbozos de espiritismo para los jóvenes”, dice: “Afirmar que ella [la Biblia] es un libro santo y divino, que Dios inspiró a los escritores para dar a conocer su voluntad divina, es un grave ultraje y una desorientación para el público. ... La verdad es que el Antiguo Testamento no es ni más ni menos que historia judía... El Nuevo Testamento está compuesto de tradiciones y especulaciones teológicas de personas desconocidas. Un libro tan lleno de errores... requiere ser leído con cuidado”. (*Outlines*, págs. 13, 14).

El rechazo de la Biblia no podría ser más explícito.

IV. El espiritismo moderno predicho

El surgimiento y progreso del espiritismo moderno se indica claramente en las Sagradas Escrituras: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos”. 1 Timoteo 4:1-3. La gravedad de la advertencia se enfatiza por la forma en que se introduce: “Pero el Espíritu dice claramente...”

“Espíritus engañadores”

Tan astuto es el enemigo que los espíritus a menudo aconsejan a los no iniciados orar y leer la Biblia. Si bien el propósito inmediato de tal consejo es ganarse la confianza de la víctima, el objetivo final es socavar la fe en las Escrituras. Los espíritus que dan tales consejos están bien descritos como “espíritus engañadores”.

Una señora, obrera cristiana, fue persuadida para asistir a una reunión espiritista. Se le aconsejó leer la Biblia y orar. Esto la llevó a creer que el espíritu de un cristiano le estaba hablando. Cuando los “espíritus engañadores” se ganaron así su confianza, la llevaron a cuestionar ciertas partes de la Biblia. El resultado fue que se convirtió en una completa infiel, yéndose absolutamente a la ruina, no solo espiritual sino también moralmente. “Por sus frutos los conoceréis”.

En la tentación en el desierto vemos cómo Satanás citó las Escrituras, omitiendo una parte esencial para su malvado propósito; y vemos cómo un texto de las Escrituras fue suficiente para su derrota. Las Escrituras indican claramente que el engaño es su característica principal. 2 Corintios 2:11; 2 Corintios 11:14, 15.

V. La Biblia se opone al espiritismo

Antes de citar unos pocos textos, tan temidos por “Oxford, M. A”. y sus colegas, sería bueno preparar el terreno declarando que los espiritistas afirman su creencia en Dios como Creador y Sustentador; niegan que el Señor Jesús haya sido y sea divino; niegan la existencia del diablo, de los demonios y de los ángeles. Afirman su creencia en la existencia de un Dios impersonal, y de seres humanos, ya sean encarnados —es decir, en sus cuerpos humanos en este mundo; o desencarnados— es decir, desprovistos de cuerpo en el mundo de los espíritus, como ellos lo denominan. El sistema es la simplicidad misma. Si no hay diablo, el espiritismo no puede ser satánico. Si no hay demonios, no puede haber verdad en la acusación de que los espíritus que se comunican con los vivos, de quienes afirman ser los espíritus de amigos difuntos, son en realidad demonios personificadores, o “espíritus engañadores”. Así se despeja el camino para el espiritismo moderno.

Bajo el encabezado de “Espiritismo bíblico”, por si fuera poco, el autor de “Esbozos” cita varios pasajes de las Escrituras en un vano esfuerzo por probar que la Biblia no se opone al espiritismo. En todos los pasajes que cita, excepto en uno (el conocido caso de la adivina de Endor), se nos dan ejemplos de visitaciones angelicales. Fíjese bien: en ningún caso cita las claras condenas al espiritismo que contiene la Biblia. ¿Es esto honesto? Pero puesto que él apela a la Biblia, a la Biblia estamos muy contentos de recurrir.

1. Condena en el Antiguo Testamento

“Y la persona que atendiere a encantadores o adivinos, para prostituirse tras de ellos, yo pondré mi rostro contra la tal persona, y la cortaré de entre su pueblo”. Levítico 20:6; también 19:31.

“Y el hombre o la mujer que evocare espíritus de muertos o se entregare a la adivinación, ha de morir; serán apedreados”. Levítico 20:27.

“No sea hallado en ti... quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos”. Deuteronomio 18:10, 11.

“Y nunca más sacrificarán sus sacrificios a los demonios”. Levítico 17:7; Deuteronomio 32:17; Salmo 106:37.

“Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. Isaías 8:19, 20.

De lo anterior vemos en el Antiguo Testamento, que

1. El espiritismo está severamente prohibido por Dios.
2. Es contaminante.
3. A sus seguidores DIOS los destruiría.
4. A sus médiums, se le ordenó al PUEBLO que los apedrearán hasta la muerte.
5. No es algo nuevo. Satanás y sus miríadas de demonios han estado ocupados en su obra de engaño desde la caída.
6. No es un avance sobre el cristianismo, como algunos afirman, sino un movimiento de retroceso hacia los peores rasgos del paganismo.

Isaías 8:19, 20 es especialmente concluyente; mostrando claramente que es incorrecto que los vivos busquen a los muertos, en lugar de a Dios mismo. El espiritismo es hacer a un lado a Dios mismo y, por ende, la moralidad, la rectitud y todo principio verdadero.

2. Condenado en el Nuevo Testamento

“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo”. Mateo 4:1. Esto prueba que hay un diablo personal. De hecho, solo a una persona se le llama en las Escrituras el diablo, palabra griega que significa el acusador. Demonio es en realidad la descripción correcta de las miríadas de espíritus caídos que reconocen a Satanás como su príncipe. Mateo 12:24.

“...y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados (Griego: *daimonizomai* – endemoniados o poseídos por demonios), lunáticos y paralíticos; y los sanó”. Mateo 4:24.

Este pasaje es sumamente importante, ya que a partir de él y de otras Escrituras queda claro que la posesión demoníaca es distinta de la enfermedad, aunque a menudo las dos estén, de forma natural, presentes a la vez; porque la enfermedad es producto del pecado. Se ha sostenido que la posesión demoníaca y la demencia son lo mismo, pero esta Escritura destruye ese argumento, ya que diferencia entre ellas:

“...vinieron a su encuentro dos endemoniados... Y clamaron diciendo: ... ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo? ... Y los demonios le rogaron diciendo: Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos. Él les dijo: Id. Y ellos salieron, y se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó en el mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas”. Mateo 8:28-32.

“Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios”. Marcos 1:23, 24.

Estos pasajes prueban que los demonios conocen y reconocen la autoridad del Señor Jesús como el Hijo de Dios; que son conscientes de su futuro, y lo temen.

“Jesús... reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndole con violencia, salió”. Marcos 9:25, 26; Apocalipsis 18:2.

A partir de estas Escrituras y de la precedente (Marcos 1:23, 24) aprendemos el carácter inmundo de estos espíritus engañosos. Además, que son fuertes, huraños y despiadados, y pueden lastimar físicamente a sus víctimas hasta un grado peligroso.

Se cita el caso de un ministro que comenzó con la escritura automática. Al principio las comunicaciones eran puras, y se expresaban en un lenguaje hermoso. Después de un tiempo se mezclaron con lenguaje obsceno. Luego empezó a escuchar voces, y las cosas atormentaron tanto su mente que se volvió loco, y murió a los tres meses, totalmente enloquecido.

El siguiente conocido pasaje de la literatura espiritista es muy significativo: “Vienen, UNA VEZ ABIERTA LA PUERTA, en multitudes, en invasión desenfrenada. Corren, saltan, vuelan, gesticulan, cantan, gritan y maldicen. ... La mente, el cuerpo, el alma, la memoria y la imaginación —más aún, el mismísimo corazón— son contaminados por la canalla fantasmal”.

Que Dios preserve al escritor y al lector de abrir jamás la puerta a semejante maldad diabólica; o si ya la ha abierto, que busque el poder de aquel que es más fuerte que el hombre fuerte armado, es decir, del Señor Jesucristo.

“María, que se llamaba Magdalena, de la cual habían salido siete demonios”. Lucas 8:2.

“Y le preguntó Jesús, diciendo: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él”. Lucas 8:30.

Aquí hay evidencia de que más de un demonio puede tomar posesión del cuerpo humano. Los médiums admiten que a veces varios espíritus los controlan, y de ahí la incoherencia de los mensajes.

“...una muchacha que tenía espíritu de adivinación... Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. ... Pero desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora”. Hechos 16:16-18.

“Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo. Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos”. Hechos 19:13-16.

El contraste entre estos pasajes es profundamente instructivo. La muchacha, poseída por el espíritu malo, anuncia a Pablo y a sus compañeros como “siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de

salvación”. Su conducta, muy parecida a la de los médiums modernos, que aconsejan la lectura de la Biblia y la oración, no engañó al apóstol. Observe cómo el apóstol usa el nombre de aquel a quien conocía; mientras que los exorcistas, meros imitadores, decían: “Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo”, es decir, aquel de quien no sabían nada por sí mismos. Las consecuencias fueron desastrosas; porque en lugar de resistir al diablo, y que el diablo huyera, como en el caso de exorcismo de Pablo, el demonio incitó a su víctima a actos de violencia.

“...lo que los gentiles (paganos) sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios”. 1 Corintios 10:20, 21.

Este pasaje prueba que detrás del paganismo, la adoración de ídolos, la adoración del sol, etc., hay poder demoníaco; que el paganismo, con sus costumbres espantosamente perversas, bajas y voluptuosas, es un vasto sistema de espiritismo. Los misioneros en la India y en tierras paganas pueden confirmar lo que aludo aquí.

“Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera... y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos”. Apocalipsis 9:20, 21.

“Pues son espíritus de demonios, que hacen señales”. Apocalipsis 16:14.

Apocalipsis 9:20, 21 identifica claramente la adoración a los demonios con la de los ídolos de oro, etc., y muestra cómo la violencia y la inmoralidad son sus acompañantes; mientras que Apocalipsis 16:14 añade el poder de hacer milagros.

El lector tiene ahora ante sí el más amplio testimonio de las Escrituras en cuanto a la fuente del espiritismo, su maldad y sus poderes, y de la total condena que Dios le impone.

3. La única posible excepción

Posiblemente haya un solo caso en las Escrituras en el que Dios permitió que el espíritu de un difunto volviera a visitar la tierra con un propósito específico. (Véase 1 Samuel 28:3-25). Tenemos aquí, o bien una actuación hábil por parte de la adivina de Endor; o, lo que parece más natural, hubo una aparición real de Samuel a instancias, no de la adivina, sino del Dios Todopoderoso mismo. El rey Saúl, después de un largo curso de maldad, se encontraba en graves aprietos. En su dilema consultó al Señor, pero Él no le respondió, “ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas”. Disfrazado, Saúl le pidió a la adivina que hiciera subir a Samuel. Entonces Dios intervino. Impidió que el demonio personificador apareciera a instancias de la médium, y, a juzgar por la narración objetiva, permitió que apareciera el espíritu de Samuel. La médium evidentemente se asombró sin medida. “Y viendo la mujer a Samuel, clamó en alta voz”, acusando a Saúl de engaño.

Este es el único caso registrado en las Escrituras donde, aparentemente, se le ha permitido al espíritu de un difunto volver a visitar la tierra con un propósito específico, mientras que los espiritistas afirman que hay una comunicación continua entre las personas vivas y los espíritus de los difuntos. Y nótese que Samuel no vino al llamado de la médium de Endor, y Dios no permitirá que los espíritus de los difuntos estén a la entera disposición de ningún médium, que pueda ser de carácter cuestionable. 1 Crónicas 10:13, 14 nos dice específicamente que Saúl murió por sus transgresiones, incluyendo su invocación de la ayuda del demonio: “Así murió Saúl por su rebelión... y además de esto, por haber consultado a una adivina, y no consultó a Jehová”.

VI. Concepción de Cristo

Hemos visto cómo el bendito Salvador anduvo “sanando a todos los oprimidos por el diablo”, mostrando lo que Él pensaba del espiritismo. Sin embargo, a pesar de tan claro testimonio, el Dr. Wisse, un notable espiritista, dijo: “Todo testimonio recibido de espíritus avanzados solo muestra que Cristo fue un médium o reformador en Judea; que Él es ahora un espíritu avanzado en la sexta esfera; pero que nunca afirmó ser Dios y no lo hace en la actualidad”.

El difunto Gerald Massey, poeta y espiritista, escribió: “No encuentro que Cristo reclamara para sí mismo más de lo que ofreció como posible para otros. Cuando se identificó con el Padre, fue en la unidad de la mediumnidad. Él fue el gran médium o mediador”.*

* (Otro notable espiritista, el Dr. J. M. Peebles, escribió: “El apóstol (Pablo) con una singular claridad de percepción pronunció al Nazareno como un Mediador, es decir, un Médium, entre Dios y el hombre”).*

¿Podría la blasfemia llegar más lejos? El Señor Jesús una y otra vez reclamó para sí mismo aquello que no podía compartir con ningún otro. “Porque hay un solo Dios, y UN SOLO MEDIADOR entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”. 1 Timoteo 2:5, 6, destruye toda su afirmación. La osadía de confundir médium con Mediador es espantosa. Así se asesta un golpe contra la redención. No es erudición ni filosofía, sino blasfemia y bellaquería. Bien podemos preguntarnos: ¿Por qué el espiritismo no puede dejar en paz el nombre de Cristo? Parecen impulsados a intentar obtener su apoyo para su sistema. Solo prueba de manera muy concluyente que los espiritistas sienten la realidad del cristianismo y de Cristo, y se ven forzados a estas atenciones. No están luchando continuamente contra el mahometismo y el brahmanismo y cosas semejantes.

VII. Las negaciones del espiritismo moderno

El espiritismo moderno niega:

1. La inspiración de la Biblia.
2. La caída del hombre.
3. La deidad del Señor Jesús.
4. El valor expiatorio de su muerte.
5. La existencia de un diablo personal.*
6. La existencia de demonios.
7. La existencia de ángeles.
8. La existencia del cielo.
9. La existencia del infierno.

* (“Todas las personas espirituales de sabiduría, conocimiento y amor dicen que no hay un infierno ardiente... ni un diablo temible”. –*Outlines*, pág. 15).

Se ha escrito lo suficiente para probar las afirmaciones anteriores, pero es mejor ponerlo en un formato tabular claro, para que el lector pueda ver que el espiritismo es la negación absoluta del cristianismo. En 1866, en una conferencia espiritista celebrada en Providence, Rhode Island, EE. UU., en la que estuvieron representados dieciocho estados y territorios, se aprobaron las siguientes audaces resoluciones:

1. Abandonar todas las ordenanzas y la adoración cristianas.
2. Descontinuar todas las Escuelas Dominicales.
3. Denunciar la tiranía sexual.

4. Afirmar que no se debe usar alimento animal.

Hasta ahora hemos tenido amplia prueba bíblica de que 1 Timoteo 4:1-3 se aplica al espiritismo en su predicción de que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe y escucharán a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. A esto las resoluciones números 3 y 4 nos llevan a “prohibirán casarse” y “mandarán abstenerse de alimentos”.

Y sin embargo, con toda esta negación del cristianismo, los espiritistas continúan en muchos casos siendo miembros y ministros de iglesias, llamándose a sí mismos espiritistas cristianos. Por ejemplo, el difunto reverendo H. R. Haweis, M. A., titular de St. James, Marylebone, predicador especial en la Abadía de Westminster y conferencista de la Royal Institution, dijo en 1900 en un discurso:

“El espiritismo encajaba muy bien en el cristianismo; parecía ser un desarrollo legítimo, no una contradicción, no un antagonista... El espiritismo había rehabilitado la Biblia... Ellos (los fenómenos espiritistas) ocurren todos los días en Londres así como en los Hechos de los Apóstoles”.

VIII. Las “Tres Íes Negras” del espiritismo.

El reverendo Frank Swainson en sus discursos sobre el espiritismo habla de sus “tres íes negras: Infidelidad, Insania e Inmoralidad”.

1. Infidelidad

En un libro espiritista, “Lo que sea que es, es correcto”, que circula entre una cierta sección de espiritistas avanzados, leemos lo siguiente:

“¿Qué es el mal? El mal no existe, el mal es bueno”.

“¿Qué es una mentira? Una mentira es la verdad intrínsecamente; ocupa un lugar legítimo en la creación; es una necesidad”.

“¿Qué es el vicio? El vicio y la virtud, también, son hermosos a los ojos del alma”.

“¿Qué es la virtud? La virtud es buena y el pecado es bueno. La mujer que vino al pozo de Sicar era tan pura en espíritu antes de conocer a Cristo, aunque era una ramera, como lo fue después cuando fue a vivir una vida diferente. No hay diferencia entre Herodes el asesino de los bebés en Belén, y Cristo el Salvador de los hombres”.

“¿Qué es el asesinato? El asesinato es bueno. El asesinato es un acto perfectamente natural”.

“¿Qué son los espíritus malignos? No hay espíritus malignos. No hay diablo y no hay Cristo. Cristo y el diablo son ambos iguales”.

“Pues no hay camino en la tierra que se pise
Que no conduzca el alma a Dios”.

“No importa cuán malo pueda ser ese camino, ya sea el camino del mentiroso, del asesino; es el camino de la ordenación divina y del destino divino”.

2. Insania

El Dr. Forbes Winslow, conferencista de Oxford sobre enfermedades mentales, del Hospital de Charing Cross, dijo que la prevalencia de la locura debido al espiritismo iba en aumento. El difunto Reader Harris, K. C., escribió: “El caso más notable de mediumnidad que he encontrado fue el de una señora, que comenzó con un poco de giro de mesas aparentemente inocente en una fiesta infantil, y terminó con la muerte en un manicomio”.

Sir William Crookes, reclamado por los espiritistas como un fuerte simpatizante, escribió: “Después de presenciar el doloroso estado de postración nerviosa y corporal en el que muchos de los experimentos han dejado al médium desmayado, pálido y sin aliento, no puedo dudar de que la violencia de las fuerzas psíquicas significa un drenaje correspondiente en las fuerzas vitales”.

¿Es este el alto y santo sustituto del cristianismo? ¿Es este el glorioso efecto de la verdad?

3. Inmoralidad

El Sr. T. L. Harris, alguna vez médium espiritista, testifica que el voto matrimonial no impone ninguna obligación sobre el marido espiritista. Se ha sabido de ellos que abandonan a sus propias esposas, y prefieren la compañía de aquellas de quienes los espíritus les dijeron que tenían una afinidad espiritual más estrecha con ellos. La Sra. Woodhull, elegida tres años consecutivos como presidenta de las Sociedades Espiritistas en Estados Unidos, a menudo dio conferencias a favor del amor libre; y abogó por la abolición del matrimonio (“prohibirán casarse”), estigmatizando la virtud y la responsabilidad como los dos ladrones en la cruz. Ella dijo: “Era la misión sublime del espiritismo librar a la humanidad de la esclavitud del matrimonio, y establecer la emancipación sexual”. El reverendo F. Swainson, escribiendo sobre una señora de su conocimiento, dice: “Hasta el momento en que su esposo entró en contacto con el espiritismo, él era todo lo que se podía desear. Cuando se aficionó al espiritismo, entró en contacto con cierta mujer espiritista, quien afirmaba tener afinidad. El resultado fue este, que el hombre desertó cruelmente a su esposa, y la dejó morir, como se está muriendo hoy, de un corazón quebrantado. Ese hombre hoy pasa por ser un funcionario principal de un círculo espiritista en Inglaterra”.

La acusación contra las “tres íes negras” del espiritismo moderno está bien probada.

IX. Lo que ofrece el espiritismo

Ahora describiré lo que el espiritismo ofrece en lugar de la Biblia como nuestra guía, de Cristo como nuestro Salvador, y del cielo como nuestro hogar eterno. Según el autor de *Outlines*, el hombre está compuesto por un alma, un cuerpo espiritual y un cuerpo físico.

“Hay algo más que los nervios que no podemos ver, porque es tan fino en su naturaleza como el perfume de las flores. Este algo fino se llama ‘aura nerviosa’... Todo lo que excede lo requerido para el uso diario es despedido como el perfume de las flores... Nuestros cuerpos espirituales están formados por esta fina aura nerviosa, la cual es materia espiritualizada... Cuando nuestros amigos y guardianes espirituales nos visitan, ellos... miran... nuestros cuerpos espirituales, y por su pureza o falta de ella, pueden ver a simple vista qué tipo de vidas vivimos... Las personas que se entregan a malos hábitos, como fumar opio o tabaco, y beber láudano y bebidas embriagantes, llevan el apetito con ellos en la muerte; es debido a que parte del narcótico y el alcohol de estas cosas ayudan a componer el cuerpo espiritual, que ansían o tienen hambre de los de su especie. De modo que estas personas espirituales buscan a aquellos en el cuerpo que todavía se entregan a estos malos hábitos, y consiguen satisfacer su ansia a través de otras personas”. (*Outlines*, págs. 30-32).

Así continuamos leyendo: “Les he explicado cómo se forma el cuerpo espiritual, que es las partículas espiritualizadas o refinadas de nuestro cuerpo físico: para que me entiendan cuando les digo que el mundo de los espíritus está compuesto de partículas refinadas o espiritualizadas desprendidas por la tierra. Cada

brizna de hierba, cada diminuta flor, arbusto y árbol, insecto y animal, mediante sus vidas hacen que la materia se vuelva refinada y espiritualizada, la cual luego asciende muy por encima de las nubes, y allí se extiende en un cinturón ancho, y rodea la tierra, como los anillos de Saturno rodean ese planeta. Hay un gran número de estos anillos o zonas, uno más allá del otro, que pueden ser llamados mundos espirituales”. (*Outlines*, pág. 33).

Luego se nos dice en *Outlines* que en el mundo de los espíritus las almas pueden hacer el mal allí, tal como lo hacen aquí. Cuando lo hacen, cosechan lo que siembran, y son castigadas, y así son gradualmente purificadas y bendecidas, se convierten en sus propios salvadores, aunque por qué necesitarían ser salvadas parece un misterio.

Leemos también que después de la muerte, si la vida espiritual es amable, y gentil y buena, los elementos más groseros del cuerpo espiritual son eliminados, dejando al cuerpo más refinado y espiritual; para que pueda ascender a una zona superior, la cual, a su vez, está compuesta de los elementos más refinados y espiritualizados eliminados de esta zona superior, y la tercera zona está compuesta de los elementos aún más refinados y espiritualizados de la segunda, y así sucesivamente. Y, sin embargo, las personas que son demasiado “inteligentes” para creer en la Biblia son tan insensatas como para creer semejantes tonterías grandilocuentes presentadas sin un solo átomo de prueba.

X. Evade los terribles problemas

En *Outlines*, si bien hay un rotundo rechazo a la doctrina de la depravación total, y se niega la caída del hombre,* no hay intento alguno de explicar adecuadamente el terrible dolor y sufrimiento en este mundo, y el aún más terrible dolor de la muerte. Se nos dice que Dios es demasiado bueno para permitir la caída del hombre o la existencia de lo que es malévolo, como Satanás y sus demonios; pero el terrible estado actual de las cosas, que Dios ha permitido por su propio sabio e inescrutable propósito, el autor de *Outlines* lo evade y debe evadirlo. Él desecha la única lámpara de verdad: la Palabra de Dios. ¿Nos puede sorprender que camine en la oscuridad, y que su sabiduría sea verdaderamente necesidad, plagada de terribles consecuencias?

* (“Así, por sus facultades intelectuales, poderes morales y naturaleza espiritual, él (el hombre) es ‘Dios manifestado en carne’”. - *Outlines*).

Ahora hemos tenido amplias pruebas de las Escrituras de que el espiritismo es en realidad demonismo. Más aún; de un modo u otro, toda forma de maldad tiene su origen, creo yo, en este culto. El paganismo en sus horrores innumerales es espiritismo. Todas las religiones falsas llevan rasgos de su padre común. Pueden variar en cuanto a detalles, y contradecirse entre sí (porque Satanás debe tener muchos cebos para muchas mentes), pero la esencia de toda enseñanza maligna es satánica, y por lo tanto, espiritismo en su esencia.

XI. El poder del nombre de Cristo

Si bien es bueno que estemos conscientes del terrible poder de Satanás, el creyente no tiene necesidad de sentir temor personal, siempre y cuando se mantenga cerca del Señor y se aferre a su Palabra. “Resistid al diablo, y huirá de vosotros”. Santiago 4:7. “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe”. 1 Pedro 5:8, 9. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”. Efesios 6:10-13. “Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido (es decir, a los espíritus que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne); porque mayor es el que está en vosotros [es decir, el Espíritu Santo], que el que está en el mundo (es decir, el diablo)”. 1 Juan 4:4.

Podemos caminar serenamente a través de este mundo malvado, conscientes de la mano protectora del Señor, tal como Eliseo estaba tranquilo, consciente de que estaba protegido porque el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego. Con todas las deslumbrantes recompensas de la adivinación al alcance del codicioso Balaam, si tan solo maldijera al pueblo de Dios, se vio obligado a clamar: “Porque contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel”. Números 23:23.

Un amigo acaba de darme un ejemplo auténtico del poder del nombre de Cristo. Una espiritista en Bradford invitó a una vecina cristiana a una de sus reuniones. La cristiana, cansada por la importunidad de su vecina, hizo un pacto con ella: que si asistía una vez, nunca más sería invitada. Fueron a la reunión. Después de un rato, el médium, que no tenía conocimiento previo de ella, declaró que había un cristiano presente, y hasta que ese cristiano no saliera de la habitación no podrían continuar. La cristiana se mantuvo en su asiento. Después de unos minutos, el médium dijo nuevamente que había un cristiano presente e insistió en que la persona debía abandonar la reunión. La señora cristiana entonces se retiró. Cuando su vecina regresó a casa, le informó que la reunión continuó después de que ella se fue sin ninguna dificultad adicional. Tal es el poder del nombre de Cristo.

Una prueba bíblica

En medio de toda la maldad que abunda, el creyente no instruido bien podría estar desconcertado. Pero las Escrituras proporcionan una prueba sencilla pero exhaustiva de todo sistema de enseñanza. Se verá que la persona de Cristo es la prueba. “Y todo espíritu que NO CONFIESA que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo”. 1 Juan 4:3. “Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo”. 1 Juan 2:22. “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo”. (1 Corintios 12:3).

Capítulo 77 La Concepción Bíblica del Pecado

Por Thomas Whitelaw, Maestría en Teología, Doctor en Teología
Kilmarnock, Ayrshire, Escocia

Las Sagradas Escrituras no intentan demostrar la realidad del pecado. En todas sus declaraciones acerca del pecado, el pecado se presupone como un hecho que no puede ser controvertido ni negado, ni desafiado ni oscurecido. Es cierto que algunos pensadores, a través de una filosofía falsa y una ciencia materialista, se niegan a admitir la existencia del pecado, pero sus esfuerzos por explicarlo con sus respectivas teorías son prueba suficiente de que el pecado no es una invención de la imaginación, sino una sólida realidad. Otros, que no son pensadores, pueden hundirse tanto bajo el poder del pecado como para perder todo sentido de su realidad, y su naturaleza moral y espiritual se vuelve tan endurecida y fosilizada como para “perder toda sensibilidad”, en cuyo caso la convicción de pecado ya no es posible, o al menos tan deteriorada e insensible que solo una tremenda agitación dentro de sus almas, ocasionada tal vez por una aflicción severa, pero producida por la operación interna del Espíritu de Dios, romperá la dura corteza de entumecimiento moral y letargo religioso en la que sus espíritus están encerrados. Una tercera clase de personas, al negarse simplemente a pensar en el pecado, puede llegar a la conclusión con el paso del tiempo de que, sea el pecado una realidad o no, no tiene ninguna relación con ellos y no les concierne, en cuyo caso, una vez más, simplemente se están engañando a sí mismos. La verdad es que es extremadamente dudoso que cualquier persona inteligente cuyas intuiciones morales no hayan sido completamente destruidas y cuyas percepciones mentales no hayan sido en gran medida embotadas por la indulgencia en la maldad, pueda persuadirse con éxito, al menos de manera permanente, de que el pecado es un mito, una ilusión de la mente, una criatura de la imaginación y no una cruda realidad. La mayoría de los hombres saben que el pecado es en sí mismos un hecho de conciencia que no pueden negar, y en otros un hecho de observación que no pueden pasar por alto. Como lo expresa Chesterton, cualquier persona puede ver el hecho del pecado en la calle: la Biblia asume que cualquier hombre lo descubrirá si mira dentro de su propio corazón.

En consecuencia, la Biblia dedica sus esfuerzos a impartir a la humanidad un conocimiento confiable sobre la naturaleza y la universalidad, el origen y la culpabilidad, pero también y especialmente sobre la posibilidad de eliminar el pecado; y exponer estos temas de manera sucesiva será el objetivo del presente documento.

1. La naturaleza del pecado

Apenas requiere decirse que las ideas modernas sobre el pecado no reciben apoyo de las Escrituras, que nunca hablan del pecado como “el bien en proceso de formación”, como “la sombra proyectada por la inmadurez del hombre”, como “una necesidad determinada por la herencia y el entorno”, como “una etapa en el desarrollo ascendente de un ser finito”, como una “mancha adherida a la estructura corpórea del hombre”, como una “enfermedad física”, “una debilidad mental”, “una debilidad constitucional”, y mucho menos “como una invención de la imaginación imperfectamente iluminada o teológicamente pervertida”, sino siempre como el acto libre de un ser inteligente, moral y responsable que se afirma a sí mismo en contra de la voluntad de su Creador, el Gobernante supremo del universo. La Biblia da por sentado que toda persona puede conocer esa voluntad, ya sea a partir de la ley escrita en su propio corazón (Romanos 1:15); o por la revelación proporcionada por Dios a la humanidad, primero a la iglesia hebrea en las Escrituras del Antiguo Testamento, y luego a la iglesia cristiana y a través de ella a todo el mundo en los Evangelios y Epístolas del Nuevo Testamento. Por lo tanto, el pecado generalmente se describe en el Sagrado Volumen con términos que indican con perfecta claridad su relación con la voluntad o la ley divina, y no deja incertidumbre en cuanto a su carácter esencial.

En el Antiguo Testamento (Éxodo 34:5, 6; Salmos 32:1, 2) se utilizan tres palabras para proporcionar una definición completa del pecado. (1) “Transgresión” (*pesha 'h*) o un apartamiento de Dios y, por lo tanto,

una violación de sus mandamientos; exposición con la cual Juan concuerda cuando dice que “el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4), y Pablo cuando escribe (Romanos 4:15), “pues donde no hay ley, tampoco hay transgresión”. (2) “Pecado” (*chataah*) o errar en el blanco, un quedarse corto en el deber de uno, no hacer lo que uno debe, razón por la cual el término se aplica adecuadamente a los pecados de omisión; con lo cual nuevamente Juan concuerda cuando afirma (1 Juan 5:17) que “toda injusticia (o defecto en la justicia) es pecado”, o Pablo cuando afirma (Romanos 3:23), que “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”, y Cristo cuando acusa a los escribas y fariseos de dejar sin hacer las cosas que deberían haber hecho (Mateo 23:23; Lucas 11:42). (3) “Iniquidad” (*‘avon*) o desviarse del camino recto, curvarse como una flecha, de ahí la perversidad, la depravación y la desigualdad, una concepción que encuentra un eco en las palabras de un salmista posterior (Salmos 78:5) quien se quejó de que Israel se había desviado de Jehová como un arco engañoso, y en las del profeta Isaías (Isaías 53:6) quien confesó que “todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino”, y en las de su compatriota Oseas (Oseas 7:16) quien lamentó que Israel había vuelto, pero no al Altísimo, como un arco engañoso. Las palabras empleadas en el Nuevo Testamento para designar el pecado no difieren mucho, si acaso, en su significado: *hamartia*, un fracaso, una caída, un paso en falso, un error garrafal; y *anomia*, o falta de ley. Por lo tanto, la concepción bíblica del pecado puede resumirse justamente en las palabras de la Confesión de Westminster: “El pecado es cualquier falta de conformidad con, o transgresión de, la ley de Dios”; o en las de Melancthon: *Pecatum recte definitur anomia, seu discrepantia a lege Dei, h. e. defectus naturae et actionum pugnant cum lege Dei*.

2. La universalidad del pecado

Según la Biblia, el pecado no es una cualidad o condición del alma que se haya revelado solo en individuos excepcionales, como delincuentes notorios (pródigos, libertinos, criminales y personas viciosas en general); o en circunstancias excepcionales, como por ejemplo en las primeras edades de la existencia del hombre en la tierra, o entre razas a medio desarrollar, o en tierras donde las artes y las ciencias son desconocidas, o en comunidades civilizadas donde el entorno local es perjudicial para la moralidad; sino que, a diferencia de esto, el pecado es una cualidad o condición del alma que existe en cada hijo nacido de mujer, y no meramente en momentos aislados sino en todo momento, y en cada etapa de su carrera, aunque no siempre se manifieste en las mismas formas de pensamiento, sentimiento, palabra y acción en cada individuo o incluso en el mismo individuo. Ha afectado extensamente a toda la raza humana en todas las épocas desde el principio del mundo en adelante, en todas las tierras bajo el sol, en cada raza en la que se ha dividido la humanidad, en cada situación en la que el individuo se ha encontrado; e intensivamente en cada individuo en cada departamento y facultad de su naturaleza, desde la circunferencia hasta el centro, o desde el centro hasta la circunferencia de su ser.

Las Escrituras no emiten un sonido incierto sobre el carácter que abarca el mundo de la corrupción moral, diciendo en la época antediluviana del mundo que “toda carne había corrompido su camino sobre la tierra” (Génesis 6:12); en la generación de David, que toda la humanidad se había desviado y corrompido, de modo que “no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Salmos 14:3); en el tiempo de Isaías, que “todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (53:6); en los inicios de la era cristiana, que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23); y en general el veredicto de Salomón es válido para todos los días: “no hay hombre que no peque” (1 Reyes 8:46), ni siquiera los mejores hombres que han nacido de nuevo por el Espíritu y la semilla incorruptible de la Palabra de Dios, renovados en sus mentes y creados de nuevo en Cristo Jesús. Incluso de estos, un escritor dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8); mientras que otro aconseja a los cristianos que hagan morir las obras del cuerpo, y que se despojen del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos de la carne (Romanos 7:13; Colosenses 3:5-10); y un tercero afirma que “todos ofendemos muchas veces” (Santiago 3:2). Cuán cierto es esto se puede aprender del hecho de que las Escrituras mencionan a una sola persona en la que no hubo pecado, a saber, Jesús de Nazaret, quien no solo desafió a sus contemporáneos (en particular a sus enemigos) a

convencerlo de pecado, sino de quien aquellos que lo conocieron más íntimamente (sus discípulos) testificaron que él “no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22; 1 Juan 3:5). De esta excepción, por supuesto, la explicación fue y es que Él fue “Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). Pero aparte de Él, no figura ni una sola persona en las páginas de las Sagradas Escrituras de la que se diga, o de hecho se pudiera haber dicho, que no tenía pecado. Ni Enoc ni Noé en la época antediluviana; ni Abraham ni Isaac en los tiempos patriarcales; ni Moisés ni Aarón en los años de las peregrinaciones israelitas; ni David ni Jonatán en los días de la monarquía indivisa; ni Pedro ni Juan, ni Bernabé ni Pablo, en la era apostólica, podrían haber reclamado tal distinción, y estos fueron algunos de los mejores hombres que jamás hayan aparecido en este planeta.

Y no es meramente de manera extensiva que el reinado del pecado sobre la familia humana sea universal, sino también de manera intensiva. No es una enfermedad que ha afectado a una sola parte de la compleja constitución del hombre: cada parte de ella ha sentido su influencia perniciosa. Ha oscurecido su entendimiento y lo ha hecho incapaz, sin iluminación sobrenatural, de aprehender y apreciar las cosas espirituales. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, [...] ni las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14); y de nuevo, “los gentiles andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Efesios 4:17, 18). Contamina el corazón, de modo que si se le deja a sí mismo, se vuelve “engañoso ... más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9), tan “lleno de mal” (Eclesiastés 9:3) y “de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5), que de él proceden “malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones y cosas semejantes” (Mateo 15:19), demostrando así ser una verdadera jaula de aves inmundas. Paraliza la voluntad, si no total, al menos parcialmente, en todos los casos, de modo que incluso las almas regeneradas a menudo tienen que quejarse como Pablo de que cuando quieren hacer el bien, el mal está presente en ellas, que son carnales vendidos al pecado, que lo que quieren no lo hacen, y lo que odian lo hacen, que en su carne, es decir, en sus naturalezas contaminadas por el pecado, no mora el bien, y que aunque el querer el bien está presente en ellos, no saben cómo hacerlo (Romanos 7:14-25). Adormece la conciencia, ese vicerregente de Dios en el alma, la hace menos rápida para detectar el acercamiento del mal, menos pronta para dar una advertencia contra él y a veces tan muerta como para perder toda sensibilidad al respecto (Efesios 4:19). En resumen, no hay una facultad del alma que no sea dañada por él. “El pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:5).

3. El origen del pecado

Cómo un ser puro, poseedor de aquellas capacidades intelectuales e intuiciones morales que eran necesarias para hacerlo justamente responsable ante la ley divina, pudo y de hecho recayó de su inocencia primitiva y cayó en el pecado es uno de esos oscuros problemas que los filósofos y teólogos han intentado resolver en vano. Ninguna explicación más confiable de la entrada del pecado en el universo en general y en este mundo en particular ha sido dada que aquella que es proporcionada por las Escrituras. Según las Escrituras, el pecado hizo su primera aparición en la raza angelical, aunque no se registra más que el simple hecho de que los ángeles pecaron (2 Pedro 2:4) y no guardaron su primer estado (o principado), sino que abandonaron su propia (o adecuada) morada (Judas 6), pasándose por alto en silencio su motivo o razón para hacerlo. La deducción obvia es que el pecado de estos espíritus caídos fue un acto libre por su parte, dictado por la insatisfacción con el lugar que se les había asignado en la jerarquía del cielo y por la ambición de asegurar para sí mismos una posición más elevada que aquella en la que habían sido colocados. Sin embargo, esto no responde a la pregunta de cómo tal insatisfacción y ambición pudieron surgir en seres que debe presumirse que fueron creados sin pecado. Y dado que la influencia externa en forma de tentación desde el exterior, por inteligencias que no sean ellos mismos, está excluida por la suposición, no parece que otra respuesta sea posible que la de que en la creación de una personalidad finita dotada de libre albedrío, está necesariamente implicada la posibilidad de hacer una elección equivocada, en el sentido de pecaminosa.

En el caso del hombre, sin embargo, la entrada del pecado en el mundo recibe una explicación algo diferente por parte de los escritores sagrados. De común acuerdo, atribuyen las acciones, palabras, sentimientos y pensamientos pecaminosos de cada individuo a su propia libre elección deliberada, de modo que por ello se le hace responsable con perfecta justicia de su desviación del camino de la rectitud moral; pero algunos de los escritores inspirados dejan claro que la entrada del pecado en este mundo se efectuó a través de la desobediencia del primer hombre que se mantuvo y actuó como representante y fiador de toda su posteridad natural (Romanos 5:12), y que la caída del primer hombre fue provocada por la tentación desde el exterior, por la influencia seductora de Satanás, el señor de los espíritus caídos ya mencionados, el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia (Génesis 2:1-6; Juan 8:44; 2 Corintios 11:3; Efesios 2:2). Cualquiera que sea la perspectiva que se tome sobre el origen y la autoría, la forma literaria y la fuente documental de la historia de Génesis sobre la caída (puntos en los que este documento no entra), su enseñanza es inconfundiblemente en este sentido: Que la caída del primer hombre de un estado de inocencia acarreó consecuencias desastrosas para sí mismo y sus descendientes. Sobre sí mismo provocó una perturbación inmediata de toda su naturaleza (como ya se ha explicado), implantando en ella las semillas de la degeneración corporal, mental, moral y espiritual, llenándolo de temor a su Creador, poniendo sobre su conciencia una carga de culpa, oscureciendo sus percepciones del bien y del mal (como se vio en su cobarde intento de excusarse culpando a su esposa), e interrumpiendo las relaciones hasta entonces pacíficas que habían subsistido entre él y el Autor de su ser. Sobre sus descendientes abrió las compuertas de la corrupción mediante la cual sus naturalezas, incluso desde el nacimiento, cayeron bajo el poder del mal, como pronto se atestiguó en la oscura tragedia del fratricidio con la que comenzó la historia humana, y en la rápida propagación de la violencia en el mundo antediluviano.

Esto es lo que los teólogos llaman la doctrina del “Pecado Original”, con lo cual quieren decir que los resultados del pecado de Adán, tanto legales como morales, han sido transmitidos a la posteridad de Adán, de modo que ahora cada individuo viene al mundo, no como su primer padre, en un estado de equilibrio moral (“nacido bueno”, como solía decir Lord Palmerston de Inglaterra, o en las palabras de Pelagio: “nacido sin virtud y sin vicio, pero capaz de ambos” (*capaces utriusque rei, non pleni nascimur, et sine virtute ita et sine vitio procreamur*), sino como el heredero de una naturaleza que ha sido despojada de poder por el pecado.

Que esta doctrina, aunque frecuentemente confrontada, tiene una base en la ciencia y la filosofía, así como en las Escrituras, se hace cada día más evidente. La ley científica de la herencia mediante la cual no solo las características físicas sino también las mentales y morales se transmiten de padres a hijos parece justificar la declaración de las Escrituras de que “por la desobediencia de un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12). Las siguientes palabras del difunto Director Fairbairn en su obra monumental, *The Philosophy of Religion* (pág. 165), van a respaldar la postura bíblica: “El hombre es para Dios un todo, un individuo colosal, cuyos días son siglos, cuyos órganos son razas, cuyo ser como corporativo perdura inmortal en medio de la inmortalidad (¿mortalidad?) de sus unidades constituyentes. [...] Por lo tanto, debe haber un juicio divino de la raza como raza, así como del individuo como individuo”. Pero en cualquier caso, ya sea confirmada o contradicha por el pensamiento moderno, la doctrina de las Escrituras brilla como un rayo de sol, que el hombre es “concebido en pecado y formado en maldad” (Salmos 51:5), que los niños “se apartaron desde la matriz y se descarriaron” (Salmos 58:3), que todos son por naturaleza “hijos de ira” (Efesios 2:3), que “el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud” (Génesis 8:21), y que cada uno requiere que se cree en él “un corazón nuevo” (Salmos 51:10), ya que “lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:6), y “nadie puede sacar algo limpio de lo inmundo” (Job 15:14). Si estos pasajes no muestran que la Biblia enseña la doctrina del pecado original, o transmitido y heredado, es difícil ver en qué lenguaje más claro o más enfático podría haberse enseñado la doctrina. La verdad de la doctrina puede ser desafiada por aquellos que repudian la autoridad de las Escrituras; que es una doctrina de las Escrituras difícilmente puede negarse.

4. La culpabilidad del pecado

Con esto se quiere decir no solo la culpabilidad del pecado como un acto, inexcusable por parte de su perpetrador, quien, siendo tal personalidad como es, dotado de tales facultades como las suyas, puesto bajo una ley tan buena y santa, justa y espiritual, simple y fácil como la prescrita por Dios, y teniendo tales motivos e incentivos para guardarla como se le ofrecieron —al primer hombre y también a su posteridad— nunca debería haberlo cometido; ni solo la atrocidad de este, como un acto realizado contra la luz y el amor otorgados a quien lo comete, y en flagrante oposición a la santidad y majestad del legislador para que él, el legislador, no pueda sino considerarlo con aborrecimiento como un acto abominable ante sus ojos, y repeler de su presencia así como expulsar de su favor al individuo que se ha hecho responsable de él; sino que por encima de estas representaciones del pecado que son todas bíblicas, por culpabilidad del pecado se entiende su exposición a la penalidad fijada por la justicia divina a la transgresión.

Que Dios fijó una penalidad en primera instancia cuando el hombre fue creado, la narrativa del Edén en Génesis declara: “Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:16); y que esta penalidad aún pende sobre los impenitentes no solo está claramente implícito en el lenguaje de nuestro Salvador, de que aparte de su obra redentora el mundo, es decir, cada individuo en él, estaba en peligro de perecer y ya estaba condenado de hecho (Juan 3:16-18); sino que es expresamente declarado por Juan, quien dice que “la ira de Dios está” sobre el incrédulo (Juan 3:16), y por Pablo, quien afirma que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23).

Sin entrar en la debatida cuestión de hasta qué punto la posteridad de Adán es legalmente responsable del pecado de Adán, en el sentido de que aparte de sus propias transgresiones serían condenados a la muerte espiritual y eterna, es manifiesto que las Escrituras incluyen en el justo castigo del pecado más que la muerte del cuerpo. Que esto forma parte de la penalidad del pecado difícilmente puede ser disputado por un lector cuidadoso de la Biblia; pero igualmente que esa penalidad incluye lo que los teólogos llaman muerte espiritual y eterna, las Escrituras lo implican inconfundiblemente. Cuando afirma que los hombres están naturalmente “muertos en delitos y pecados”, obviamente tiene el propósito de transmitir la idea de que hasta que el alma sea vivificada por la gracia divina es incapaz, no de pensar en el tema de la religión, o de leer la Palabra de Dios, o de orar, o de ejercer la fe, sino de hacer cualquier cosa espiritualmente buena o religiosamente salvadora, de asegurar su justificación legal ante un Dios Santo, o de producir su regeneración espiritual. Cuando las Escrituras afirman además que el incrédulo “no verá la vida” (Juan 3:36), y que los impíos “irán... al castigo eterno” (Mateo 25:46), ciertamente no sugieren que al entrar al otro mundo los no salvos en la tierra tendrán otra oportunidad de aceptar la salvación (segunda prueba), o que la extinción del ser será su destino (aniquilación), o que toda la humanidad finalmente alcanzará la salvación (universalismo). (Sobre estos tres sustitutos modernos de la doctrina del castigo futuro, véase la siguiente sección). Mientras tanto, basta observar que las palabras recién citadas parecen enseñar que la penalidad del pecado continúa más allá de la tumba. Concediendo que las palabras de Cristo acerca del gusano que nunca muere y el fuego que no se apaga son figurativas, incuestionablemente significan que las figuras representan alguna terrible calamidad: por un lado, pérdida de la felicidad, separación de la fuente de la vida, exclusión de la bienaventuranza y, por otro, entrada de miseria, sufrimiento, desdicha, aflicción, que serán experimentados por los impíos como la justa recompensa de sus vidas impenitentes y desobedientes, y que ningún transcurrir de los años aliviará. El péndulo del gran reloj de la eternidad, mientras oscila a través de las edades, parecerá estar diciendo siempre: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía”.

5. La eliminación del pecado

Por atroz y culpable que sea el pecado, no se deja en las Escrituras para la contemplación de los lectores en toda la desnudez de su carácter repugnante a los ojos de Dios, y en toda la pesadez de su culpa ante la ley, sin esperanza de remedio para ninguno de los dos; sino que bajo una luz alentadora y consoladora se expone como una ofensa que puede ser perdonada y una contaminación que será o podrá ser finalmente limpiada.

En cuanto a la perdonabilidad del pecado, eso de hecho constituye la esencia y la médula de las “Buenas Nuevas” para cuya publicación se escribió la Biblia. Desde la primera página en Génesis hasta la última en Apocalipsis un trasfondo, que se intensifica a medida que se acerca el final en acentos claros y gozosos de amor y misericordia, proclama que el Dios del cielo, aunque Él mismo es santo y justo, de ojos demasiado puros para mirar la iniquidad, e incapaz de absolver al culpable, es no obstante fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado (Éxodo 34:6); anunciando que Él ha hecho plena provisión para armonizar las demandas de misericordia y justicia en su propio carácter al haber puesto “el socorro sobre uno que es valiente” (Salmos 89:19), es decir, su unigénito y muy amado Hijo, sobre quien Él “cargó... el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6), para que Él pudiera de una vez por todas, como el Cordero de Dios, quitar el pecado del mundo (Juan 1:29), insinuando que toda la obra necesaria para permitir que los hombres pecadores sean perdonados ha sido lograda por la muerte y resurrección de Cristo, y que ahora Dios está en Él “reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19), invitando a los hombres en todas partes a que se arrepientan y se conviertan, para que sean borrados sus pecados (Hechos 3:19); diciendo a los hombres que no se requiere nada más de ellos para ser libre y completamente justificados de todas sus transgresiones que la fe en la propiciación de la cruz (Romanos 3:25); y declarando que nada excluirá a un pecador del perdón excepto el rechazo a creer en la gran redención y aceptar el perdón ofrecido libremente; aunque eso sí lo hará, puesto que está escrito que el que no cree en el Hijo de Dios “no verá la vida” (Juan 3:36).

La eliminación final del pecado de las almas de los creyentes y perdonados no se deja en ninguna incertidumbre por parte de las Escrituras. Fue predicho en el nombre dado al Salvador en su nacimiento: “llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de (“fuera de”, no “en”) sus pecados”. [Mateo 1:21] Estaba implícito en el objetivo contemplado por su encarnación: “él apareció para quitar nuestros pecados”. [1 Juan 3:5] Se declara que ha sido el propósito de su muerte en la cruz: “quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”. [Tito 2:14] Se sostiene ante el cristiano como su destino final “para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo [de Dios]”, [Romanos 8:29] para ser presentado “sin mancha delante de su gloria con gran alegría”, [Judas 1:24] y para ser un habitante en la ciudad celestial “en la cual no puede entrar ninguna cosa inmundada”.

Si el pecado será finalmente extirpado, si no del universo, entonces de la familia del hombre, es una cuestión diferente, sobre la cual el pronunciamiento de las Escrituras es considerado por algunos como menos explícito. Su remoción completa y permanente de la raza es considerada por ciertos intérpretes como enseñada en las Escrituras. Que se pueden citar textos que parecen brindar apoyo a las teorías de la aniquilación, la segunda prueba y la salvación universal no tiene por qué ser negado; pero un examen minucioso de los pasajes en cuestión mostrará que el apoyo derivado de ellos es extremadamente precario.

Que aquellos que parten de esta vida en impenitencia e incredulidad serán aniquilados, ya sea en la muerte o después de la resurrección, se considera una deducción legítima del uso de la palabra muerte como el castigo del pecado. Pero como “se aplica al hombre, la muerte no significa necesariamente la extinción del ser”. El obispo Butler llamó la atención hace mucho tiempo sobre el hecho de que varios órganos del cuerpo podrían ser removidos sin extinguir el espíritu que mora en su interior, y argumentó que era al menos probable que la parte inmaterial del hombre no fuera destruida aunque todo el marco material fuera reducido a polvo; y solo recientemente Sir Oliver Lodge, desde la silla presidencial, le dijo a la Asociación Británica que la mejor ciencia garantizaba la creencia en la continuidad de la existencia después de la muerte. Solo

bajo la suposición de que la mente es meramente una función de la materia puede la disolución del cuerpo ser considerada como la extinción del ser. Tal suposición es ajena a las Escrituras. En el Antiguo Testamento, David esperaba que “en la casa de Jehová moraré por largos días”; [Salmos 23:6] Asaf, al final de la vida, esperaba ser “recibido en gloria”; y Salomón escribió: “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio”. [Eclesiastés 12:7] En el Nuevo Testamento, Cristo dio por sentado que Abraham, Isaac y Jacob, aunque muertos hace mucho tiempo, todavía estaban vivos, y en su parábola asumió que Dives y Lázaro todavía existían en el mundo invisible, aunque sus cuerpos estaban en la tumba. También le aseguró al ladrón moribundo que cuando la angustia de la cruz terminara pasarían juntos al paraíso, y aconsejó a los hombres en general que temieran a “aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. [Mateo 10:28] Pablo, también, no tuvo vacilación en escribir que estar “ausentes del cuerpo” significaba estar “presentes al Señor”, [2 Corintios 5:8] ni tuvo Esteban ninguna duda al orar mientras cerraba sus ojos en la muerte: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. [Hechos 7:59] Ninguna de estas citas sugiere que el alma es simplemente una función del cuerpo, o que deja de existir cuando el cuerpo muere.

Pero ahora, concediendo que las almas de los impenitentes no son aniquiladas en la muerte o después de ella, ¿no podría ser que se les brinde otra oportunidad de aceptar el Evangelio, y que de esta manera el pecado pueda ser removido incluso de ellos? Se piensa comúnmente que esta teoría de una Segunda Prueba deriva apoyo de dos pasajes de las Escrituras de dudosa interpretación: 1 Pedro 3:19; 4:6. Si los mejores eruditos estuvieran de acuerdo en cuanto a la importancia exacta de las dos declaraciones de que Cristo “en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados” y que “también ha sido predicado el evangelio a los muertos”, podría ser posible hacer de estos textos la base de una doctrina teológica. Pero los eruditos no están de acuerdo; y los estudiantes bien informados de la Biblia son conscientes de que ambas declaraciones pueden explicarse de tal manera que las vuelvan inútiles como base para la doctrina de una segunda prueba. Al juzgar sobre esto, por lo tanto, se debe depender de textos que no admitan dudas en cuanto a su significado. Tales textos son Mateo 12:32: “al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” — no hay una segunda oportunidad en este caso. Mateo 25:48: “E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”. No hay mucha esperanza aquí de la destrucción final del pecado a través de una segunda prueba. Todo intento de encontrar espacio para la idea se hace añicos en el hecho incontrovertible de que las palabras “eterno” y “eterna” son la misma en griego (*aionion*) e indican que el castigo de los impíos y la bienaventuranza de los justos son de igual duración. 2 Corintios 6:2: “he aquí ahora el día de salvación” —no en el más allá en un estado futuro de existencia, sino aquí en este mundo. Tampoco es meramente que la doctrina de una segunda prueba carezca de apoyo en las Escrituras, sino que, contrariamente a toda experiencia, da por sentado que cada alma no salva aceptaría la segunda oferta de salvación, lo cual es más de lo que cualquiera puede afirmar con certeza; y, si no todos lo hicieran, el pecado aún permanecería. Se puede argumentar que todos aceptarían debido a la luz más plena que tendrían entonces en cuanto a la importancia primordial de la salvación, o debido a las influencias más fuertes que entonces se ejercerían sobre ellos; pero bajo esta hipótesis parecería que se proyecta casi un reproche sobre Dios por no haber hecho todo lo que podría haber hecho para salvar a los hombres mientras vivían, un reproche que los hombres buenos tardarán en hacer.

La tercera teoría para desterrar el pecado de la familia humana, si no del universo, es la del Universalismo, mediante la cual se significa que a través de la disciplina reformativa en el más allá, las almas de todos serán puestas en sujeción a Jesucristo. Que la jefatura universal de Cristo se enseña en las Escrituras es cierto: Pablo declara que “todas las cosas le estén sujetas” aún a Cristo (1 Corintios 15:28) y que era el propósito de Dios en el cumplimiento de los tiempos “de reunir todas las cosas en Cristo” (Efesios 1:10). Pero estas declaraciones no exigen necesariamente la inferencia de que todos se rendirán en sujeción voluntaria a Cristo. Sujeto a Él debe estar todo poder y autoridad, humano y angelical, hostil y amigable, creyente e incrédulo. “Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” [1 Corintios 15:25] — no llevados a su corazón, recibidos en su amor y empleados en su servicio. Esto no parece una salvación universal y la completa extinción del mal moral o del pecado en el universo. Por solemne y triste que sea el pensamiento de que el pecado debería permanecer, si no en muchas, al menos

en algunas de las criaturas de Dios, es la enseñanza de las Escrituras. En la resurrección en el último día, está escrito: “todos los que están en los sepulcros saldrán; los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación”, o “juicio” (Juan 5:29).

Un misterio oscuro e insoluble fue la entrada del pecado en el universo de Dios al principio: un misterio igualmente oscuro es su permanencia en una raza que desde la eternidad fue el objeto del amor de Dios y en el tiempo fue redimida por la sangre del Hijo de Dios, y en la que el Espíritu de Dios actuó con gracia. Felizmente no se nos exige que entendamos todos los misterios: podemos dejar este confiadamente en la mano del Padre divino.

Capítulo 78 La Expiación por Propiciación

Por Dyson Hague

Vicario de la Iglesia de la Epifanía, Toronto, Canadá; Profesor de Liturgia, Wycliffe College, Toronto; Canónigo de la Catedral de San Pablo, London, Ontario, 1908-1912

La importancia del tema es obvia. La expiación es el cristianismo en resumen. Es el corazón del cristianismo como sistema; es la marca distintiva de la religión cristiana. Porque el cristianismo es más que una revelación; es más que una ética. El cristianismo es singularmente una religión de redención. Desde el principio partimos de la base de que nadie puede comprender claramente este gran tema si no está dispuesto a tomar las Escrituras tal como están, y a tratarlas como la fuente final y autoritativa del conocimiento cristiano, y como la prueba de toda teoría teológica. Cualquier declaración sobre la expiación, para satisfacer completamente al cristiano verdaderamente inteligente, no debe antagonizar ninguno de los puntos de vista bíblicos. Y además; para abordar el tema de manera justa, uno debe recibir con cierto grado de reserva las representaciones un tanto exageradas de lo que algunos escritores modernos conciben que son los puntos de vista de la ortodoxia. No podemos deducir los puntos de vista bíblicos de la expiación a partir de concepciones no bíblicas de la persona de Cristo; y las ideas de que Cristo murió porque Dios fue insultado y debía castigar a alguien, o de que la expiación fue la propiciación de un Dios-Monarca enojado que dejó libre al delincuente mientras torturaba al inocente, y parodias similares de la verdad, son simplemente las tergiversaciones de ese socinianismo renovado, que está leudando tan ampliamente la teología de muchos de los líderes de pensamiento más destacados de la actualidad en la teología alemana, británica y estadounidense.

El tema será tratado desde cuatro puntos de vista: el bíblico, el histórico, el evangélico-ecclesiástico y el práctico.

1. La expiación desde el punto de vista bíblico

El testimonio del Antiguo Testamento

Al estudiar el Antiguo Testamento nos sorprende el hecho de que en el sistema del Antiguo Testamento, sin un sacrificio expiatorio no podía haber acceso para los hombres pecadores a la presencia del Dios Santo. El corazón y el centro del sistema religioso divinamente revelado del antiguo pueblo de Dios era que sin un sacrificio propiciatorio no podía haber un acercamiento aceptable a Dios. Debe haber aceptación antes de que haya adoración; debe haber expiación antes de que haya aceptación. Esta expiación consistía en el derramamiento de sangre. El derramamiento de sangre era la efusión de vida; porque “la vida de la carne en la sangre está”, un dictamen que la ciencia moderna de la fisiología confirma abundantemente (Levítico 17:11-14). La sangre derramada era la sangre de una víctima que debía ser ceremonialmente sin mancha (Éxodo 12:5; 1 Pedro 1:19); y la víctima que era inmolada era un representante vicario o sustitutivo del adorador (Levítico 1:4; 3:2, 8, 13; 4:4, 15, 24, 29; 16:21, etc.). La muerte de la víctima era un reconocimiento de la culpa del pecado, y su exponente.

En una palabra: todo el sistema fue diseñado para enseñar la santidad y la justicia de Dios, la pecaminosidad de los hombres y la culpa del pecado; y, sobre todo, para mostrar que era la voluntad de Dios que el perdón se asegurara, no por ninguna obra del pecador o por cualquier cosa que él pudiera hacer, por cualquier acto de arrepentimiento o exhibición de penitencia, o por la realización de obras expiatorias o de restitución, sino únicamente por la gracia inmerecida de Dios a través de la muerte de una víctima sin culpa de ninguna ofensa contra la ley divina, cuya sangre derramada representaba la sustitución de una vida inocente por una culpable. (Véase *Lux Mundi*, pág. 237. La idea, en la pág. 232, de que el sacrificio es esencialmente la expresión del amor no caído, es sugestiva, pero tal vez sería mejor usar la palabra “también” en lugar de “esencialmente”. Véase también, el tratamiento extremadamente sugestivo en la “Era Mosaica” de Gibson,

sobre el Ritual del Altar, pág. 146). Es obvio que todo el sistema era transitorio e imperfecto, como lo muestra el capítulo ocho de Hebreos. No porque fuera repugnante como objeto la mente moderna, ya que Dios tenía la intención de que a través de ello aprendieran cuán repugnante era el pecado y cuán merecedor de la muerte era; sino porque en su esencia era típico, y profético, y estaba destinado a familiarizar al pueblo de Dios con la gran idea de la expiación, y al mismo tiempo a preparar para la sublime revelación de aquel que había de venir, el despreciado y desechado entre los hombres que iba a ser herido de Dios y abatido, que iba a ser herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados, cuya vida iba a ser puesta en expiación por el pecado (Isaías 53:5, 8, 10, 12).

El testimonio del Nuevo Testamento

Cuando llegamos al Nuevo Testamento nos sorprenden tres cosas:

Primero. La prominencia única que se le da a la muerte de Cristo en los cuatro Evangelios. Esto no tiene paralelo. No tiene analogía, no solo en las Escrituras, sino en la historia, siendo lo más curioso de ello que no había ningún precedente para esto en el Antiguo Testamento (Dale, *Atonement*, pág. 51). No se le atribuye ningún valor o beneficio particular a la muerte de nadie en el Antiguo Testamento; ni hay el más remoto rastro de que la muerte de alguien haya tenido un efecto expiatorio, humanizador o regenerador. Hubo muchos mártires y héroes nacionales en la historia hebrea, y muchos de ellos fueron apedreados y aserrados, fueron torturados y muertos a espada, pero ningún escritor judío le atribuye ninguna importancia ética o regeneradora a su muerte, ni al derramamiento de su sangre.

Segundo. Es evidente para el lector imparcial del Nuevo Testamento que la muerte de Cristo fue el objeto de su encarnación. Su crucifixión fue el propósito principal de su venida. Si bien su vida gloriosa fue y es la inspiración de la humanidad, después de todo, su muerte fue la razón de su vida. Su misión fue principalmente la de morir. Más allá de pensar en la muerte como el final o el clímax inevitable de la vida, el hombre promedio rara vez alude a la muerte o piensa en ella. En toda biografía se acepta como lo inevitable. Pero con Cristo, su muerte fue el propósito por el cual descendió del cielo: “para esto he llegado a esta hora” (Juan 12:27). Desde el principio de su ministerio fue el evento que lo eclipsó todo. Fue claramente previsto. Fue padecido voluntariamente, y, en Marcos 10:45, Él dice: “el Hijo del Hombre... vino... para dar su vida en rescate por muchos”. No tenemos la costumbre de pagar rescates, y la metáfora hoy en día es poco familiar. Pero, para el judío, el rescate era una costumbre cotidiana. Era lo que se daba a cambio de la vida del primogénito. Era el precio que cada hombre pagaba por su vida. Era el pensamiento subyacente de los escritos mosaicos y proféticos (Levítico 25:25, 48; Números 18:15; Salmos 49:7; Isaías 35:10; 51:11; 43:14; Éxodo 13:13; 30:12, 16; 34:20; Oseas 13:14; etc., etc.); y así, cuando Cristo hizo la declaración, fue un concepto que sería captado de inmediato. Él vino a dar su vida en rescate, para que mediante el derramamiento de su sangre pudiéramos recibir redención, o emancipación, tanto de la culpa como del poder del pecado. (Los modernistas se esfuerzan por vaciar de todo significado este dicho de Cristo. El texto, desafortunadamente para ellos, es obstinado, pero a la mente alemana nunca le falta una teoría; por lo que se afirma que son indicaciones de que Pedro ha sido paulinizado, tan reactio es el racionalizador a tomar las Escrituras tal como están, y a aceptar las palabras de Cristo en su significado obvio, cuando se oponen a sus aversiones teológicas).

Tercero. El objeto de la muerte de Cristo fue el perdón de los pecados. La causa final de su manifestación fue la remisión. Sería imposible resumir toda la enseñanza del Nuevo Testamento sobre este tema. (Se remite al estudiante a Crawford, quien dedica 160 páginas a los textos del Nuevo Testamento, y al *Summary* de Dale, págs. 443-458).

Está claro, sin embargo, que, para el pensamiento de nuestro Salvador, su cruz y pasión no fueron la consecuencia incidental de su oposición a los degradados estándares religiosos de su época, y que Él no murió como un mártir porque la muerte fuera preferible a la apostasía. Su muerte fue el medio por el cual

los hombres obtendrían el perdón de los pecados y la vida eterna (Juan 3:14, 16; Mateo 26:28). El testimonio unánime de los escritores del Nuevo Testamento, tanto en los Hechos como en las Epístolas, es que Cristo no murió de muerte accidental, sino que sufrió de acuerdo con la voluntad de Dios, su propia voluntad y las predicciones de los profetas, y que su muerte fue sustitutiva, sacrificial, expiatoria, reconciliadora y redentora (Juan 10:18; Hechos 2:23; Romanos 3:25; 5:6, 9; 1 Corintios 15:3; 2 Corintios 5:15, 19, 21; Hebreos 9:14, 26, etc., etc.). Como prueba, será suficiente tomar el testimonio inspirado de los tres escritores destacados: San Pedro, San Juan y San Pablo.

El testimonio de San Pedro

Para la mente de San Pedro, la muerte de Jesús fue el hecho central de la revelación y el misterio, así como el clímax, de la encarnación. El derramamiento de su sangre fue sacrificial; fue pactual; fue para cubrir los pecados; fue redentor; fue para rescate; fue la sangre del Cordero inmaculado, que emancipa del pecado (1 Pedro 1:2, 11, 18, 19). En todos sus discursos posteriores a Pentecostés, él magnifica la crucifixión como una revelación de la enormidad del pecado humano, nunca como una revelación de la infinitud del amor divino (Dale, pág. 115). Su muerte no fue meramente un ejemplo; fue sustitutiva. Fue la muerte del portador de los pecados. “Cristo padeció por nosotros”, “él mismo llevó nuestros pecados”, lo que significa que Él tomó su penalidad y su consecuencia (Levítico 5:17; 24:15; Números 9:13; 14:32, 34; Ezequiel 18:19, 20). Su muerte fue la obra sustitutiva y vicaria del inocente a favor de, en el lugar de y en vez de los culpables (1 Pedro 3:18). (Seguramente es una evidencia del sesgo del modernismo interpretar esto como si los llevara meramente por simpatía).

El testimonio de San Juan

Según San Juan, la muerte del Señor Jesucristo fue propiciatoria, sustitutiva y purificadora. Fue el *Hilasmos*; la base objetiva para la remisión de nuestros pecados.

El trato estrecho y superficial del modernismo, que, si no niega la autoría joánica del cuarto Evangelio y Apocalipsis, al menos insinúa que la muerte de Cristo no tiene un lugar paralelo en los escritos de San Juan al que tiene en los escritos de San Pedro y San Pablo, y en los otros autores del Nuevo Testamento, se contradice por completo con las declaraciones claras de la Palabra misma.

La gloria del mundo venidero es el Cordero sacrificado. La gloria del cielo no es el Señor resucitado o ascendido, sino el Cordero que fue inmolado (Apocalipsis 5:6-12; 7:10; 21:23, etc.). La figura más prominente en el Evangelio joánico es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, quien levanta la carga del pecado expiándolo como el portador de pecados. El centro del evangelio joánico no es el Cristo que enseña, sino el Cristo levantado, cuya muerte es para atraer como un imán los corazones de la humanidad, y cuya vida como el Buen Pastor es puesta por las ovejas. (Juan 12:32; 10:11-15).

Nadie que enfrente justamente el texto podría negar que la base objetiva para el perdón de los pecados, en la mente de San Juan, es la muerte de Cristo, y que la concepción más fundamental del sacrificio y la expiación se encuentra en los escritos de aquel que escribió por el Espíritu de Dios: “él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros” (1 Juan 2:2). “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Juan 3:16). “En esto consiste el amor”, etc. (1 Juan 4:10).

El carácter propiciatorio de la sangre, el carácter sustitutivo de la expiación y, sobre todo, el carácter expiatorio de la obra de Cristo en el Calvario, están clara e indudablemente expuestos en la triple naturaleza de los escritos históricos, didácticos y proféticos de Juan.

El testimonio de San Pablo

San Pablo se convirtió, en el dominio de Dios, en el genio constructivo del cristianismo. Su lugar en la historia, por medio del Espíritu, fue el de elucidador de los hechos sobresalientes del cristianismo, y especialmente de ese gran tema que Cristo dejó en cierta medida sin explicar: Su propia muerte (Stalker, *St. Paul*, pág. 13). Ese gran tema, su causa, su significado, su resultado, se convirtió en el mismísimo fundamento de su Evangelio. Fue el comienzo, el centro y la consumación de su teología. Fue la verdad elemental de su credo. El comenzó con eso. Impregnó su vida. Se glorió en ello hasta el final. El pecador está muerto, esclavizado, es culpable y no tiene esperanza, sin la muerte expiatoria de Jesucristo. Pero Cristo murió por él, en su lugar, se hizo maldición por él, se hizo pecado por él, se entregó a sí mismo por él, fue ofrenda y sacrificio a Dios por él, lo redimió, lo justificó, lo salvó de la ira, lo compró con su sangre, lo reconcilió por su muerte, etc. Hablar de que Pablo usó el lenguaje que usó como una acomodación a los prejuicios judíos, o para complacer a los seguidores de una teología actual, no es solo, como dice Dale, un insulto al entendimiento de los fundadores de la fe judía, es un insulto al entendimiento de cualquier hombre con sentido común hoy en día. La muerte de Cristo fue una muerte por el pecado; Cristo murió por nuestros pecados; es decir, en favor de, en lugar de, nuestros pecados. Había algo en el pecado que hizo de su muerte una necesidad divina. Su muerte fue una muerte propiciatoria, sustitutiva, sacrificial y vicaria. Su objeto era anular el pecado; propiciar la justicia divina, procurarnos la justicia de Dios; rescatarnos y reconciliarnos. La muerte de Cristo fue conciliadora, en el sentido de que a través de ella los hombres son reconciliados con Dios, y la maldición del pecado y la esclavitud del pecador, así como su exposición a la muerte y su incapacidad de regresar a Dios, son vencidos por la muerte del Cordero que fue inmolado como víctima y sacrificado como ofrenda (1 Corintios 5:7).

Para Pablo, la vida del cristiano surgía de la muerte de Cristo. Todo amor, toda regeneración, toda santificación, toda libertad, todo gozo, todo poder, gira en torno a la obra expiatoria del Señor Jesucristo, quien murió por nosotros, e hizo por nosotros objetivamente algo que el hombre nunca podría hacer, y quien obró esa cosa increíble, esa cosa imposible, la salvación mediante la sustitución de su vida en el lugar de los culpables.

El resumen de la Biblia

Para resumir, entonces, la presentación de la Biblia: La raíz de la idea de la expiación es el distanciamiento. El pecado, como iniquidad y transgresión, tenía el elemento adicional de la rebelión egoísta y el desafío positivo a Dios (1 Juan 3:4; Romanos 5:15, 19). El horror del pecado es que arrancó a la raza de Dios. Arrojó a Dios de su trono y colocó al yo en su lugar. Invirtió la relación del hombre y Dios. Su plaga y su pasión han alienado a la humanidad, la han esclavizado, condenado, destinado a la muerte, expuesto a la ira. El sacrificio de la cruz es la explicación de la enormidad del pecado y la medida del amor de la Trinidad redentora. Ciertamente es la ignorancia la que dice que Dios ama porque Cristo murió. Cristo murió porque Dios ama. La propiciación no despierta el amor; es el amor el que provee la expiación. Para cancelar la maldición, para levantar la prohibición, para inocular la antitoxina de la gracia, para restaurar la vida, para comprar el perdón, para rescatar a los esclavizados, para derrotar la obra de Satanás; en una palabra, para reconciliar y restaurar a una raza perdida; para esto, Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, vino a este mundo y ofreció su persona divino-humana, cuerpo y alma.

La muerte de Cristo en la cruz, tanto como sustituto y como representante federal de la humanidad, voluntaria, altruista, vicaria, sin pecado, sacrificial, con un propósito y no accidental, desde el punto de vista de la humanidad inconcebiblemente brutal, pero desde el punto de vista del amor indescriptiblemente gloriosa, no solo satisfizo todas las demandas de la justicia divina, sino que ofreció el incentivo más poderoso para el arrepentimiento, la moralidad y el autosacrificio. Las Escrituras en su totalidad exponen así la esencia de las dos grandes teorías, la moral y la vicaria, y encontramos en la rotundidad o totalidad de la presentación bíblica no meros segmentos parciales o antagónicos de la verdad, sino la integridad de los aspectos espirituales, morales, altruistas y expiatorios de la muerte de Cristo. (Hodge, *Atonement*, págs. 292-320, y Workman, *At-one-ment and Reconciliation with God*, pueden ser tomados de diferentes maneras

como representativos de una forma unilateral de tratar un gran tema. La perspectiva sociniana de que la muerte de Cristo fue principalmente, si no exclusivamente, para producir una influencia reconciliadora en el corazón de la humanidad, la cual Workman adopta, es tan estrecha, si no más estrecha, y tan parcial como la defensa de Hodge de la teoría de que Cristo murió solo por los elegidos).

2. El punto de vista histórico

Discutiremos este aspecto del tema en cuatro breves secciones: La primitiva, la medieval, la de la reforma, la moderna.

El testimonio de la iglesia primitiva

Con respecto a los escritores y escritos de la iglesia primitiva en la era ante-nicena y post-nicena, se puede decir, en términos generales, que la expiación es presentada por ellos como un hecho, con sus efectos salvadores y regeneradores. La conciencia de la iglesia primitiva no parecía estar atenta a la necesidad de la formación de ninguna teoría particular sobre la expiación. Sigue el Credo de los Apóstoles, que no hace referencia alguna a las palabras milagrosas o a las obras maravillosas de Jesús, sino que significativamente pasa por alto todas ellas para enfocar la confesión de la iglesia en el gran propósito y logro de la encarnación; su sufrimiento como el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. En cuanto a los escritores de la época post-apostólica, Clemente de Roma, Orígenes y Atanasio, pueden ser mencionados como exponentes destacados del pensamiento de la iglesia en los primeros cuatro siglos. Del primero y el tercero se puede decir que simplemente ampliaron el lenguaje del Nuevo Testamento. No hay rastro de la actitud del modernista, con sus brillantes intentos de evadir o justificar lo obvio. Su doctrina de la expiación está completamente libre, como se ha dicho, de las dificultades incrustadas de una explicación espuria. No hubo intentos de filosofía o sofistería, aunque, como era de esperar, hubo más o menos el bordado de la imaginación oriental, y una plétora de metáforas. (Justino Mártir, Crisóstomo y Agustín, también pueden ser mencionados aquí).

A Orígenes, siguiendo posiblemente a Ireneo, se le acredita la teoría de que la expiación fue un rescate pagado a Satanás. Esta fue la teoría de Gregorio de Nisa, León Magno y Gregorio Magno. Era una teoría extraña, que implicaba algunas conclusiones raras, y provocó el antagonismo de Gregorio Nacianceno y Juan Damasceno.

La perspectiva medieval

Al pasar al período medieval (en términos generales, del 500 al 1500 d. C.), encontramos que, con una o dos excepciones, la hipótesis del rescate pagado al diablo dominaba. No era una época de pensamiento, y el encarcelamiento de la Biblia significó el reinado de la ignorancia.

En el siglo XI, apareció Anselmo. Era italiano de nacimiento, normando por formación y arzobispo de Canterbury por cargo. El *Cur Deus Homo* de Anselmo es probablemente la obra más grande sobre la expiación que jamás se haya escrito. La obra es grande porque contiene grandes concepciones de Dios y grandes concepciones del pecado. El pecado es no rendir a Dios lo que le es debido, y el pecador está obligado a devolver el honor del cual ha robado a Dios. Es una deuda que estamos obligados a pagar y, de no hacerlo, debemos morir. Como el pecado es deuda, solo hay dos formas en que el hombre puede ser justificado con Dios; ya sea por no incurrir en deuda, o por pagar la deuda. Pero esto, el hombre no puede hacerlo, y aquí entra la gloria del Evangelio de la expiación, asegurando a la vez el honor de Dios y la salvación de los pecadores. Nadie debería dar satisfacción por el pecado del hombre excepto el hombre, y nadie puede dar satisfacción excepto Dios mismo. Aquel que da la satisfacción por el pecado humano debe, por lo tanto, ser hombre y Dios; y así, en un amor maravilloso, el Dios-Hombre por su propia voluntad

ofreció al Padre lo que no podría haber sido obligado a perder, y pagó por nuestros pecados lo que no debía por Sí mismo.

Las concepciones anselmianas de Dios, del pecado, del hombre y del alma son tan trascendentes que son del todo demasiado fuertes y demasiado elevadas para esta época. Su teoría parece fantástica, su razonamiento absurdo para la mente moderna. Sin embargo, después de todo, Anselmo nunca ha sido superado. Su mente estaba llena de la augusta grandeza de Dios, la justa penalidad del pecado, la imposibilidad de la expiación humana; y la obra expiatoria de Cristo, debido a la persona que realizó el acto, superó con creces los pecados de toda la humanidad, y unió a la humanidad al sufriente Hijo de Dios con lazos de amor que la eternidad no cortará.

Anselmo dominó su propia época y ha dominado a cada época sucesiva. Las teorías contrarias de Abelardo y Duns Scoto (Moberly, pág. 372; Dale, pág. 285), en las cuales la mente moderna está mucho más interesada, y con las cuales simpatiza mucho más, pueden ser consideradas como los destellos precursores del unitarismo moderno.

La era de la Reforma

Cuando pasamos a la era de la Reforma, encontramos que la presentación paulina-agustiniana del tema es casi universal. Los reformadores, luteranos y calvinistas, estaban prácticamente de acuerdo en representar la muerte de Cristo como una muerte expiatoria. Tanto los sistemas de teología luteranos como los reformados por igual, este último, por supuesto, incluyendo a todos los reformadores anglicanos, sostenían la idea forense de la muerte de Cristo, que es tan obviamente manifiesta en las presentaciones paulina, petrina y joánica de la verdad.

Turretin, el escritor más distinguido sobre el tema de la expiación de la era de la Reforma; Mastricht, medio siglo después, y Hugo Grocio, el antagonista de Socino (cuya *Defensio fidei Catholicae de satisfactione Christi* apareció en 1617); todos ellos, con varias divergencias, sostenían la teoría sacrificial, representativa y vicaria de la expiación (Dale, págs. 290-297; Hodge, *Sys. Theol.* II., 573-575).

El siglo XIX

Al pasar al mundo moderno de la teología, se pueden seleccionar tres nombres destacados en el siglo XIX como los representantes de los llamados ortodoxos, y tres como representantes de la escuela más amplia de teología. Las obras de Crawford de Edimburgo, de Dale de Birmingham y de Denney de Glasgow, son probablemente las mejores exposiciones del tema desde el punto de vista bíblico y espiritual. Todos ellos intentan exponer la doctrina de la expiación en el lenguaje del Nuevo Testamento, y de acuerdo con la mente de los escritores inspirados, y fundamentan su postura en el carácter vicario y sustitutivo de la expiación. La obra del profesor A. A. Hodge también es sumamente capaz y muy erudita. Es lo más fuerte que jamás se haya escrito sobre el tema desde el punto de vista calvinista. Bushnell, el estadounidense; Jowett, el anglicano; y McLeod Campbell, el escocés; pueden ser tomados como representantes de la escuela más amplia: Todos ellos se inclinan por seleccionar una serie de textos que incuestionablemente favorecen su teoría, y por minimizar casi hasta el punto de evadir o justificar aquellas declaraciones del Antiguo Testamento, y del Nuevo Testamento, que enfatizan la gravedad de la culpa del pecado y la necesidad del sacrificio como la base objetiva de su perdón. Todos ellos se inclinan por representar los sufrimientos de Cristo como comprensivos, más que vicarios; y, con los swedenborgianos, hacen que la expiación consista no en lo que Cristo hizo u ofreció al morir en nuestro lugar, tanto como en lo que Él logró por nosotros en su amor reconciliador. La expiación fue la encarnación. Esa fue la revelación del amor de Dios; y los sufrimientos de Cristo no fueron un sustituto de la penalidad del pecado, sino la confesión expiatorio-penitencial de Cristo por los pecados de la humanidad. McLeod Campbell, a quien sigue Moberly, sostenía la teoría de que el arrepentimiento de Cristo, o la penitencia de Cristo, tenía en sí mismo un valor expiatorio,

y era la expiación adecuada del pecado (Moberly, 129, 401; *The Atonement in Modern Religious Thought*, pág. 375; Clow, 160; Stalker, 135). (Esta teoría, por cierto, se está volviendo muy popular hoy en día).

En una palabra; el objeto de la muerte de Cristo fue la producción de una impresión moral, el sometimiento de un corazón mundial rebelde mediante la exhibición de un amor moribundo. Esta es prácticamente también la perspectiva ritschliana, que, después de todo, es una reformulación de la antigua teoría sociniana, del efecto de la cruz de eliminar la desconfianza y restablecer la confianza.

Frederick Maurice y Robertson de Brighton (el espíritu más noble de todos ellos) también pueden ser referidos como líderes en esta escuela más amplia (Crawford, 303, 348). Fueron seguidos por escritores de la iglesia como Farrar, Moberly, Freemantle, y por Cave, Adeney, Horton, R. J. Campbell, en el Viejo Continente, y en los Estados Unidos por Lyman Abbott, Washington Gladden, Munger, y una multitud de otros.

El modernismo

Cuando llegamos a la más audaz de las teorías actuales con respecto a la expiación, tal como se expone, por ejemplo, en Sabatier, o en la última obra del modernismo estadounidense, *The Atonement, by Three Chicago Professors of Theology*, nos sorprende el avance. Un espacio muy amplio de racionalismo interviene entre la escuela amplia de hoy y la escuela amplia de hace medio siglo. La teología liberal de la actualidad se puede rastrear hasta dos corrientes de influencia:

Primero. La influencia del racionalismo alemán, preeminentemente la teología ritschliana, y las teorías críticas de Wellhausen, Kuenen y su escuela.

Segundo. La amplia aceptación de la teoría de la evolución.

A la primera se le puede atribuir la manera libre y fácil de los modernistas de tratar con las Escrituras; y a la segunda, la actitud revolucionada de los teólogos con respecto al pecado, su fuente, su penalidad y su expiación. Albrecht Ritschl, profesor de teología en Gotinga, cuya obra magna, *Justification and Reconciliation*, se publicó en 1870, es por excelencia, la influencia dominante de la teología continental.

Lo que Alemania pensó ayer, Estados Unidos y Escocia lo piensan hoy, e Inglaterra lo pensará mañana. Es un epigrama que tiene más de un grano de verdad. La forma germánica de aceptar o rechazar lo que le place de la Biblia, y de oponer su conocimiento a la autoridad de los apóstoles, se está convirtiendo cada vez más en la costumbre de los principales teólogos de las tres naciones dominantes de la actualidad: la británica, la estadounidense y la alemana. Si un texto es inconveniente, el modernismo lo disputa; si un pasaje es antagónico, lo descarta como paulino o petrino, no cristiano.

Supongamos que un cristiano de los viejos tiempos entrara por primera vez al salón de clases de uno de los profesores modernistas más extremos, dirigiéndose a un cuerpo representativo de teólogos de Alemania, Gran Bretaña o los Estados Unidos. Se asombraría al escuchar que se enseña el socinianismo más rancio: La pregunta que el profesor propondría no sería la teoría vicaria o moral del sacrificio de Cristo, sino ¿realmente murió Cristo, y había alguna necesidad de la muerte expiatoria? Afirmaría, de la manera más fría posible, que la suposición del desagrado o la ira de Dios por el pecado es un concepto arcaico; que el pecado no es culpa como lo concibe la teología tradicional, ni necesita ninguna propiciación, y que no hay necesidad de salvación, porque nunca hubo una caída. (Un Dios que piensa en la gente pobre y muy trabajadora como pecadores miserables, que deben considerarse afortunados de ser perdonados por el amor de Cristo, dice uno de los modernistas británicos más destacados, no es Dios en absoluto. El teólogo podrá llamarlo un Dios de amor, ¡pero en la práctica es rencoroso y tonto!). La doctrina de la evolución ha borrado de la Biblia la existencia de un hombre como Adán, y la biología ha enseñado que la muerte no se debe al

pecado. Luego, probablemente, escucharía al profesor continuar demostrando que nadie hoy en día piensa en el pecado como lo hizo Pablo, que es imposible para el hombre de hoy, familiarizado con la doctrina de la evolución y las investigaciones de la erudición bíblica, pensar en el pecado como una deuda que se le debe a Dios; que el Dios de la Biblia es, después de todo, solo el Dios de la teología tradicional. En una palabra, escucharía que lo que esta época no solo demanda, sino que requiere, es una Biblia reconstruida, una teología bíblica reinterpretada y una presentación de las concepciones apostólicas de acuerdo con la mente moderna.

¡Pero una teología que comienza aceptando o rechazando según su capricho aquellas secciones de la Palabra de Dios que le placen, y sustituyendo sus propias fantasías por las concepciones del Nuevo Testamento sobre el pecado, la culpa, la ira y la muerte, y la idea del castigo, tiende naturalmente al clímax de repudiar la deidad de nuestro Salvador y la enseñanza de sus apóstoles inspirados! Una hamartiología pelagiana conduce invariablemente a una cristología sociniana; y una cristología sociniana va invariablemente de la mano con una soteriología racionalista. Si no hay una deidad objetiva, no puede haber pecado. Si el hombre es Dios, no puede haber culpa; y si no hubo caída, y si es el ascenso, no la caída del hombre lo que el estudio de la historia nos hace conocer, no hay, por supuesto, necesidad de redención; y si no hay necesidad de redención, no podría haber, por supuesto, ningún rescate, ni Redentor, y una expiación es teológica y filosóficamente absurda. Si no hay una creación especial, y el hombre es una mera evolución de alguna rana, caballo o antropeide, entonces, por supuesto, no se puede hablar de expiación. Si no hay tormenta y nadie se está ahogando, ¿por qué en el mundo alguien lanzaría un bote salvavidas! Si la paga del pecado no es muerte, ¿qué evangelio hay en la muerte de Cristo por el pecado y los pecadores?

Después de leer, con todo intento de ser comprensivos, las obras de los líderes del pensamiento teológico moderno en Gran Bretaña y los Estados Unidos, concluimos seriamente que el modernismo es en esencia el sofisma del cual Pablo habla en 1 Corintios 1:19-22; Romanos 1:22; Colosenses 2:8 y 1 Timoteo 6:20.

3. Lo evangélico-eclesiástico

El consenso de todas las iglesias

Cuando volvemos a este tema tal como se expone en los estándares de los representantes de las principales iglesias protestantes, es refrescante encontrar qué unidad sustancial hay entre ellas. En todos los Credos y Confesiones de la iglesia, la muerte de Cristo se expone como el hecho central del cristianismo; pues debe recordarse que las Iglesias Reformadas aceptaron por igual con la iglesia romana la plataforma histórica de los tres grandes credos, y que en todos estos credos ese tema tiene preeminencia. En el Credo de los Apóstoles, por ejemplo, no hay la más mínima mención del glorioso ejemplo de Cristo como hombre, o de las obras y palabras de su maravillosa vida. Todo se pasa por alto, para que la fe de la iglesia en todas las edades pueda enfocarse a la vez en sus sufrimientos y su muerte. Y en cuanto a los diversos estándares doctrinales, una referencia a los Artículos de la Iglesia de Inglaterra, o la Confesión de Fe de Westminster, o los formularios de creencias metodistas o bautistas, muestra de inmediato que la expiación es tratada como uno de los fundamentos de la fe. Puede expresarse en un lenguaje que a un teólogo moderno le resulta difícil aceptar y que con gusto justificaría o evadiría; pero se afirma incuestionablemente que no es una mera expiación en el sentido ritschliano, sino una ofrenda vicaria real; una muerte redentora; una muerte reconciliadora; una muerte portadora de pecado; una muerte sacrificial por la culpa y los pecados de los hombres. Su muerte fue la muerte de la víctima divina. Fue una satisfacción por la culpa del hombre. Propició a Dios. Satisfizo la justicia del Padre. La mente moderna ve solo un lado de la reconciliación. Mira la verdad desde un solo punto de vista. No toma en cuenta el hecho de la ira de Dios, y que 1 Juan 2:1 y Romanos 3:25 enseñan que la muerte de Cristo hace algo que solo puede expresarse como “propiciar”. La teoría moderna ignora un lado de la verdad, y antagoniza los dos lados complementarios y, por lo tanto, no es digna de confianza. Los estándares de la iglesia simplemente exponen, por supuesto, en un lenguaje necesariamente imperfecto, la verdad tal como está en las Escrituras de Dios. Quizás no se podría encontrar

un resumen más excelente de su enseñanza que el lenguaje del servicio de comunión anglicano: “Jesucristo, el único Hijo de Dios, sufrió la muerte en la cruz para nuestra redención, e hizo allí, mediante su única oblación de Sí mismo una vez ofrecida, un sacrificio, oblación y satisfacción plenos, perfectos y suficientes por los pecados de todo el mundo”.

4. Lo práctico

El poder de su muerte

Finalmente, consideramos la expiación en su poder real. Al echar un vistazo a través de las perspectivas de la historia la vemos ejemplificada en innumerables vidas. Pablo, Agustín, Francisco de Asís, Lutero, Latimer, con una miríada de miríadas de hijos de los hombres, pecadores, luchadores, cansados, abatidos y enfermos de pecado, cargados con el peso del pecado, atormentados por el miedo a la culpa, luchando con la fuerza del pecado, torturados por el dolor del pecado, han encontrado en aquel que murió su paz. “La expiación”, dijo el gran científico, Sir David Brewster, “¡Oh, lo es todo para mí! Satisface mi razón, satisface mi conciencia, llena mi corazón”. (Véase también ese excelente pasaje en Drummond, *Ideal Life*, pág. 187).

O, tomemos nuestros himnos. No queremos mejor teología ni mejor religión que las expuestas en estos himnos, dice un gran teólogo (Hodge, *Syst. Theol.*, II, 591), que expresan el triunfo, y la confianza, y la gratitud, y la lealtad del alma, tales como:

Roca de la eternidad,
fuiste abierta para mí.

Mi fe espera en ti,
Cordero quien por mí fuiste a la cruz.

La cruz excelsa al contemplar
Do Cristo allí por mí murió.

O tomemos el poder del predicador. Debe edificarse sobre una realidad tan real como la vida misma; sobre lo que el Hijo de Dios ha hecho por él. Uno de los más grandes predicadores del siglo XIX dijo: “Al mirar hacia atrás en todo el accidentado camino, tengo que decir que la única predicación que me ha hecho bien es la predicación de un Salvador que llevó mis pecados en su propio cuerpo sobre el madero, y la única predicación mediante la cual Dios me ha permitido hacer bien a otros es la predicación en la que he exaltado a mi Salvador, no como un ejemplo sublime, sino como ¡el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!”. Y la obra de Cristo no terminó con su muerte en la cruz. Como el resucitado y ascendido, Él la continúa. El crucificado sigue atrayendo almas hacia sí mismo. Él sigue aplicando su sangre sanadora a la conciencia herida. No predicamos a un Cristo que estaba vivo y está muerto; predicamos al Cristo que estaba muerto y está vivo. No es meramente la extensión de la encarnación; es la perpetuación de la crucifixión lo que constituye el nervio vital del cristianismo.

Pero la ortodoxia no debe separarse de la ortopraxis. Maclaren, de Mánchester, nos cuenta, en uno de sus encantadores volúmenes, que una vez oyó hablar de un hombre que tenía una reputación muy dudosa, pero que era sólido en cuanto a la expiación. Pero, ¿de qué en la tierra sirve ser sólido en cuanto a la expiación si la expiación no te hace sólido? Cualquiera que lea su Nuevo Testamento o comprenda la esencia del cristianismo apostólico debe entender que una mera aceptación teórica de la expiación, no acompañada por una penetración de la vida y el carácter de los principios de Jesucristo, no tiene ningún valor en absoluto. La expiación no es una mera fórmula de asentimiento; es un principio de vida para su realización. En eso estamos de acuerdo con Goldwin Smith. Pero, ¿no es un hecho que, dondequiera que la expiación sea

verdaderamente recibida, genera amor hacia Dios y amor hacia el hombre; evoca un odio y horror por el pecado; y ofrece no solo el mayor incentivo para el autosacrificio, sino la dinámica más poderosa para la vida de justicia?

Al alma que contempla al Cordero de Dios, y encuentra paz a través de la sangre de la cruz, le llega un sentido de alivioso gozo, una conciencia de profunda satisfacción, que es novedad de vida.

Sí, un cristianismo que es meramente un sistema moral, y solo la mejor de las religiones naturales, no vale la pena preservarlo. Un cristianismo sin un Cristo divino, una expiación vicaria y una Biblia inspirada, nunca tendrá poder. Un Evangelio desvitalizado, un Evangelio diluido, un Evangelio atenuado, no concebirá ningún programa espléndido, no inspirará ningún esfuerzo espléndido. Nunca produjo un mártir; y nunca lo hará. Nunca inspiró a un reformador, y nunca lo hará. Las dos pobreza religiosas de la actualidad, un sentido perdido del pecado y un sentido perdido de Dios, son simplemente el resultado de este socinianismo atenuado que se está volviendo tan prevalente. Ningún ministro de Cristo tiene derecho alguno a suavizar las aristas de la cruz. Al mismo tiempo, un cristianismo que es meramente ortodoxia, o una ortodoxia aferrada en la mano muerta de un cristianismo moribundo, es una de las mayores maldiciones. Una iglesia que es solo la custodia de la gran tradición del pasado, y no la expresión de una vida espiritual vigorosa; un cristiano que simplemente está conservando un credo tradicional, y no ejemplificando la vida del Dios viviente, es alguien que inutiliza la tierra. Una iglesia muerta nunca puede ser el exponente del Dios viviente, y un hombre de iglesia muerto nunca puede ser el exponente de una iglesia viviente, pues la prueba de todo sistema religioso, político o educativo, después de todo, como dice Amiel, es el hombre que forma (Amiel, pág. 27).

(Las principales obras sobre la expiación a las que se ha hecho referencia son las siguientes: Hodge, Dale, Denney, Crawford, Stalker, Van Dyke, Moberly, Clow, Simpson, Sabatier, Champion, Armour, Workman, Cunningham, Van Oosterzee, Ritschl y Anselmo).

Capítulo 79 La Gracia de Dios

Por C. I. Scofield, Doctor en Teología
Editor de la “Biblia de Referencia Scofield”

Gracia es una palabra en inglés usada en el Nuevo Testamento para traducir la palabra griega, *charis*, que significa “favor”, sin recompensa o equivalente. Si hay algún acto compensatorio o pago, por leve o inadecuado que sea, “ya no es gracia” —*charis*.

Cuando se usa para denotar una cierta actitud o acto de Dios hacia el hombre, es por lo tanto de la esencia misma del asunto que el mérito o merecimiento humano queda completamente excluido. En la gracia, Dios actúa desde Sí mismo, hacia aquellos que han merecido, no su favor, sino su ira. En la estructura de la Epístola a los Romanos, la gracia no entra, ni podría entrar, hasta que toda una raza, sin una sola excepción, se presenta culpable y sin palabras ante Dios.

Condenados por la creación, el testimonio silencioso del universo (Romanos 1:18, 20); por la ignorancia voluntaria, la pérdida de un conocimiento de Dios que alguna vez fue universal (Romanos 1:21); por la idolatría insensata (Romanos 1:22, 23); por una forma de vida peor que bestial (Romanos 1:24, 27); por el orgullo y la crueldad sin Dios (Romanos 1:28, 32); por las moralizaciones filosóficas que no tuvieron fruto en la vida (Romanos 2:1, 4); por conciencias que solo pueden “acusar” o buscar “excusar” pero nunca justificar (Romanos 2:5, 16); y finalmente por la misma ley en la que se jactan aquellos que tienen la ley (Romanos 2:17; 3:20), para que “toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”.

En un sentido absoluto, ha llegado el fin de toda carne. Todo se ha intentado. La inocencia, como la de dos criaturas no caídas en un Edén de belleza; la conciencia, es decir, el conocimiento del bien y del mal con la responsabilidad de hacer el bien y evitar el mal; las promesas, con la ayuda de Dios disponible a través de la oración; la ley, probada a gran escala, y a través de siglos de paciencia, complementada por el poderoso ministerio ético de los profetas, sin haber presentado ni una sola vez a un ser humano justo ante Dios (Romanos 3:19; Gálatas 3:10; Hebreos 7:19; Romanos 3:10, 18; 8:3, 4); este es el panorama bíblico. Y es contra este oscuro trasfondo que la gracia brilla.

Definición

Las definiciones de la gracia en el Nuevo Testamento son tanto inclusivas como exclusivas. Nos dicen lo que es la gracia, pero también tienen el cuidado de decirnos lo que no es la gracia. Las dos grandes definiciones centrales son las siguientes:

“Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”. (Efesios 2:7).

Este es el lado inclusivo, o afirmativo; el aspecto negativo, lo que no es la gracia, a continuación:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. (Efesios 2:8, 9).

El judío, que está bajo la ley cuando llega la gracia, está bajo su maldición (Gálatas 3:10); y los gentiles están “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”. (Efesios 2:12).

Y a esta raza Dios viene a mostrar “las abundantes riquezas de su GRACIA en su bondad para con NOSOTROS”, “en CRISTO JESÚS”.

La otra gran definición de la gracia es: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres”, el aspecto positivo; “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia”, el aspecto negativo.

La gracia, entonces, caracteriza la época actual, así como la ley caracterizó la época desde el Sinaí hasta el Calvario. “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”. Y este contraste entre la ley como método y la gracia como método recorre toda la revelación bíblica concerniente a la gracia.

No se quiere decir, por supuesto, que no hubiera ley antes de Moisés, como tampoco que no hubiera gracia y verdad antes de Jesucristo. La prohibición a Adán del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal (Génesis 2:17) fue ley, y seguramente la gracia se manifestó de la manera más dulce en la búsqueda, por parte de Jehová Dios, de sus criaturas pecadoras, y al vestirlas con túnicas de pieles (Génesis 3:21), un hermoso tipo de Cristo “el cual nos ha sido hecho... justificación”. (1 Corintios 1:30). La ley, en el sentido de alguna revelación de la voluntad de Dios, y la gracia, en el sentido de alguna revelación de la bondad de Dios, siempre han existido, y de esto las Escrituras testifican abundantemente. Pero “la ley” como una regla de vida inflexible fue dada por Moisés y, desde el Sinaí hasta el Calvario, domina, caracteriza, la época; al igual que la gracia domina, o le da su carácter peculiar a, la dispensación que comienza en el Calvario, y tiene su final predicho en el arrebatamiento de la iglesia.

Ley y gracia diversas

Sin embargo, es del momento más vital observar que las Escrituras nunca, en ninguna dispensación, mezclan estos dos principios. La ley siempre tiene un lugar y una obra distinta y totalmente diversa a la de la gracia. La ley es Dios prohibiendo y exigiendo (Éxodo 20:1, 17); la gracia es Dios rogando y otorgando (2 Corintios 5:18, 21). La ley es un ministerio de condenación (Romanos 3:19); la gracia, de perdón (Efesios 1:7). La ley maldice (Gálatas 3:10); la gracia redime de esa maldición (Gálatas 3:13). La ley mata (Romanos 7:9, 11); la gracia vivifica (Juan 10:10). La ley cierra toda boca ante Dios; la gracia abre toda boca para alabarlo. La ley pone una gran y culpable distancia entre el hombre y Dios (Éxodo 20:18, 19); la gracia acerca al hombre culpable a Dios (Efesios 2:13). La ley dice: “Ojo por ojo, diente por diente”. (Éxodo 21:24); la gracia dice: “No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra”. (Mateo 5:39). La ley dice: “Aborrecerás a tu enemigo”; la gracia: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen... y orad por los que os ultrajan”. La ley dice, haz y vive (Lucas 10:26, 28); la gracia, cree y vive (Juan 5:24). La ley nunca tuvo un misionero; la gracia debe ser predicada a toda criatura. La ley condena por completo al mejor hombre (Filipenses 3:4, 9); la gracia justifica gratuitamente al peor (Lucas 23:24; Romanos 5:5; 1 Timoteo 1:15; 1 Corintios 6:9, 11). La ley es un sistema de prueba; la gracia, de favor. La ley apedrea a una adúltera (Deuteronomio 22:21); la gracia dice: “Ni yo te condeno”. (Juan 8:1, 11). Bajo la ley las ovejas mueren por el pastor; bajo la gracia el pastor muere por las ovejas (Juan 10:11).

La relación entre sí de estos principios diversos, la ley y la gracia, preocupó a la iglesia apostólica. La primera controversia se refería a la ley ceremonial. Era el argumento de los legalistas que los conversos de entre los gentiles no podían ser salvos a menos que fueran circuncidados “conforme al rito de Moisés”. (Hechos 15:1). Esta demanda se amplió cuando los “apóstoles y los ancianos” se reunieron en Jerusalén para resolver esa controversia (Hechos 15:5, 6). La demanda que se hizo entonces no puso en tela de juicio simplemente la circuncisión, o la ley ceremonial, sino todo el sistema mosaico. “Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés”. (Hechos 15:5).

La decisión del concilio, ya que “ha parecido bien al Espíritu Santo”, rechazó ambas demandas, y se invocó la nueva ley del amor para que los conversos gentiles se abstuvieran de cosas especialmente ofensivas para los creyentes judíos (Hechos 15:28, 29).

Pero la confusión de estos dos principios diversos no terminó con la decisión del concilio. La controversia continuó, y seis años después el Espíritu Santo, por medio del apóstol Pablo, lanzó contra los maestros legalistas de Jerusalén el aplastante rayo de la Epístola a las iglesias en Galacia.

En esta gran carta, cada fase de la cuestión de las esferas respectivas de la ley y de la gracia surge para su discusión y decisión final y autoritativa.

El apóstol había llamado a los gálatas a la gracia de Cristo (Gálatas 1:6). Ahora bien, la gracia significa un favor inmerecido y sin recompensa. Es esencial tener esto claro. Añada, por muy leve que sea, una mezcla de obras de la ley, como la circuncisión, o un esfuerzo de la ley, como la obediencia a los mandamientos, y “ya no es gracia”. (Romanos 11:6). Tan absolutamente cierto es esto, que la gracia ni siquiera puede comenzar en nosotros hasta que la ley nos ha reducido a una culpa sin palabras (Romanos 3:19). Mientras exista la más mínima cuestión de culpa absoluta, de impotencia absoluta, no hay lugar para la gracia. Si, en efecto, no soy tan bueno como debería ser, pero soy demasiado bueno para el infierno, no soy un objeto para la gracia de Dios, sino para la obra iluminadora, convictiva y mortífera de su ley.

La ley es “justa”. (Romanos 7:12), y por lo tanto aprueba de todo corazón la bondad, y condena sin piedad la maldad; pero, salvo Jesús de Nazaret, la ley nunca vio a un hombre justo a través de la obediencia. La gracia, por el contrario, no busca hombres buenos a quienes pueda aprobar, porque no es gracia, sino mera justicia, aprobar la bondad, sino que busca hombres condenados, culpables, sin palabras e indefensos a quienes pueda salvar por la fe, santificar y glorificar.

A la gracia, entonces, Pablo había llamado a los gálatas. ¿Cuál (Gálatas 1:6) era su controversia con ellos? Precisamente esta: se habían “alejado” de la gracia de Cristo para seguir “un evangelio diferente”, aunque se apresura a añadir: “No que haya otro”. (Gálatas 1:7). No podría haber otro “evangelio”. Cambie, modifique la gracia de Cristo en el más mínimo grado, y ya no tendrá un evangelio. Un evangelio es “buenas nuevas”; y la ley no es buenas nuevas. “Todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”. (Romanos 3:19), y seguramente eso no son buenas noticias. La ley, entonces, no tiene más que un lenguaje; pronuncia a “todo el mundo” — “bueno”, malo y “santurrón”— “culpable”.

Pero usted dirá: ¿Qué debe hacer un simple hijo de Dios, que no sabe de teología? Solo esto: recordar que cualquier mal llamado evangelio que no sea gracia pura e inalterada es “otro” evangelio. Si propone, bajo cualquier disfraz engañoso, ganar el favor de Dios mediante obras, o bondad, o “carácter”, o cualquier otra cosa que el hombre pueda hacer, es falso. Esa es la prueba infalible. Pero es más que falso, es maldito, o más bien los que lo predicán lo son (Gálatas 1:8, 9). No es el hombre quien dice eso, sino el Espíritu de Dios quien lo dice por medio de su apóstol. Esto es indeciblemente solemne. Ni siquiera la negación del Evangelio es tan terriblemente grave como pervertir el Evangelio. Oh, que Dios pueda dar a su pueblo en este día el poder de discriminar, de distinguir las cosas que difieren. Ay, es el discernimiento lo que parece faltar tan dolorosamente.

Si un predicador es culto, gentil, sincero, intelectual y ampliamente tolerante, las ovejas de Dios corren tras él. Él, por supuesto, habla maravillosamente acerca de Cristo, y usa las palabras antiguas —redención, la cruz, incluso sacrificio y expiación—, pero ¿cuál es su Evangelio? Esa es la pregunta crucial. ¿Es la salvación, perfecta, completa, eterna —justificación, santificación, gloria— la obra exclusiva de Cristo, y el don gratuito de Dios solo para la fe? ¿O dice él: (Dr. Abbott) “El carácter es salvación”, aunque pueda agregar que Cristo “ayuda” a formar el carácter?

Los tres errores

En la Epístola a los Gálatas el Espíritu Santo a través de Pablo aborda y responde a los tres grandes errores en los que, en diferentes grados, han caído los sistemas teológicos.

El curso de esta demostración es como la marcha irresistible de una hueste armada. Nada puede interponerse ante ella. Los razonamientos de los legalistas antiguos y modernos son esparcidos como el tamo de la era de verano.

La mayoría de nosotros hemos sido criados y ahora vivimos bajo la influencia del galacianismo. La teología protestante, por desgracia, está en su mayor parte completamente galacianizada, en el sentido de que ni a la ley ni a la gracia se les da sus lugares distintos y separados, como en los consejos de Dios, sino que se mezclan en un sistema incoherente. La ley ya no es, como en la intención divina, un ministerio de muerte (2 Corintios 3:7), de maldición (Gálatas 3:10), de convicción (Romanos 3:19), porque se nos enseña que debemos intentar guardarla, y que con la ayuda divina podemos hacerlo. Tampoco, por otro lado, la gracia nos trae la bendita liberación del dominio del pecado, ya que se nos mantiene bajo la ley como una regla de vida a pesar de la clara declaración: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. (Romanos 6:14).

El primer error

El Espíritu aborda primero la contención de que la justificación es en parte por las obras de la ley y en parte por la fe mediante la gracia (Gálatas 2:5 al 3:24).

Los pasos son:

1. Incluso los judíos, que no son como los gentiles, sin esperanza “y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12), sino que ya están en relaciones de pacto con Dios, incluso ellos, “sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gálatas 2:15, 16), han creído; “por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”.
2. La ley ha ejecutado su sentencia sobre el creyente (Gálatas 2:19); la muerte lo ha liberado. Identificado con la muerte de Cristo por la fe, él, en la consideración de Dios, murió con Cristo (Romanos 6:3-10; 7:4).
3. Pero la justicia es por la fe, no por la ley (Gálatas 2:21).
4. El Espíritu Santo se da a la fe, no a las obras de la ley (Gálatas 3:1-9).
5. “Todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición”, y se da la razón: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”. (Gálatas 3:10). La ley, entonces, no puede “ayudar”, sino que solo puede hacer su gran y necesaria obra de condenación (Romanos 3:19, 20; 2 Corintios 3:7, 9; Gálatas 3:19; Santiago 2:10).

En otra parte (Romanos 5:1-5) el Espíritu, por medio del mismo apóstol, resume los resultados de la justificación por la fe con toda apariencia de mérito humano cuidadosamente excluida. La gracia, mediante la fe en Jesucristo, ha llevado al creyente a la paz con Dios, a una posición en la gracia y a una esperanza segura de gloria. La tribulación solo puede servir para desarrollar en él nuevas gracias. El mismo amor que lo salvó por gracia ahora llena su corazón; se le da el Espíritu Santo, y se regocija en Dios. ¡Y todo por gracia, por medio de la fe!

El segundo error

El Espíritu luego aborda y refuta el segundo gran error con respecto a las relaciones entre la ley y la gracia: la noción de que el creyente, aunque ciertamente justificado por la fe mediante la gracia totalmente sin las obras de la ley, es puesto, después de la justificación, bajo la ley como una regla de vida.

Esta es la forma actual del error gálata. Desde Lutero en adelante, el protestantismo se ha aferrado consistentemente a la justificación por la fe mediante la gracia. De manera muy inconsistente, la teología protestante se ha aferrado a la segunda forma del galacianismo.

Una sección entera de la Epístola a los Romanos, y dos capítulos de Gálatas están dedicados a la refutación de este error, y a la exposición de la verdadera regla de vida del creyente. Romanos 6, 7, 8 y Gálatas 4 y 5, exponen el nuevo Evangelio de la posición del creyente en la gracia.

Romanos 6:14 establece el nuevo principio: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. El apóstol no está hablando aquí de la justificación de un pecador, sino de la liberación de un santo del dominio del pecado que mora en él.

En Gálatas, después de mostrar que la ley había sido para el judío como el pedagogo en un hogar griego o romano, un gobernante de niños en su minoría de edad (Gálatas 3:23, 24), el apóstol dice explícitamente (versículo 25): “Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo” (pedagogo).

Aquí no es posible ninguna evasión. El pedagogo es la ley (3:24); la fe justifica; pero la fe que justifica también pone fin al gobierno del pedagogo. La teología moderna dice que después de la justificación estamos bajo el pedagogo. Aquí hay una cuestión clara, una contradicción absoluta entre la Palabra de Dios y la teología. ¿De qué lado se pone usted?

Igualmente inútil es la tímida explicación de que toda esta profunda discusión en Romanos y Gálatas se relaciona con la ley ceremonial. Ningún gentil podía observar la ley ceremonial. Incluso los judíos, desde la destrucción del templo en el año 70 d. C., no han encontrado posible guardar la ley ceremonial excepto en unos pocos detalles de la dieta. No es la ley ceremonial la que dice: “No codiciarás”. (compárese con Romanos 7:7-9).

El creyente está separado por la muerte y la resurrección del mosaísmo (Romanos 6:3-15; 7:1-6; Gálatas 4:19-31). El hecho permanece inmutable de que para Dios él es, al igual que para la ley, un criminal ejecutado. La justicia ha sido completamente vindicada, y ya no es posible siquiera presentar una acusación en su contra (Romanos 8:33, 34).

No es posible conocer la libertad del Evangelio, o la santidad del Evangelio, hasta que esta gran verdad fundamental sea captada clara y valientemente. Uno puede ser un cristiano y un hombre digno y útil, y estar todavía bajo la esclavitud de la ley, pero uno nunca puede tener liberación del dominio del pecado, ni conocer la verdadera bienaventuranza y el descanso del Evangelio y permanecer bajo la ley. Por lo tanto, una vez más, note que es la muerte la que ha roto la conexión entre el creyente y la ley. “La ley se enseñorea del hombre entre tanto que este vive”. (Romanos 7:1). “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos”. (Romanos 7:6). Nada puede ser más claro.

Pero me apresuro a añadir que hay una manera meramente carnal y humana de ver nuestra liberación de la ley, la cual es sumamente antibíblica y, estoy persuadido, sumamente deshonrosa para Dios. Consiste en regocijarse en una supuesta liberación del principio de la autoridad divina sobre la vida: una liberación hacia la mera obstinación y anarquía.

El verdadero motivo de regocijo es muy diferente a este. La verdad es que un cristiano puede arreglárselas de cierta manera bajo la ley como regla de vida. Al no comprender que la ley es algo más que un ideal, siente una especie de complacencia piadosa al “consentir que la ley es buena”, y esperando más o menos lánguidamente que en el futuro pueda tener más éxito en guardarla que en el pasado. Tratada así, la ley es despojada totalmente de su terror. Como una espada cuidadosamente asegurada en su vaina, la ley ya no corta la conciencia. Se olvida que la ley ofrece absolutamente solo dos alternativas: obediencia exacta, siempre, en todas las cosas, o una maldición. No hay una tercera voz. “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”. (Gálatas 3:10; Santiago 2:10). La ley no tiene más que una sola voz: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”. (Romanos 3:19). La ley, en otras palabras, nunca dice: “Intenta hacerlo mejor la próxima vez”. De esto el legalista antinomiano parece no ser consciente en absoluto.

La verdadera vida cristiana

Y ahora estamos listos para pasar del lado negativo al positivo, al secreto de un caminar santo y victorioso bajo la gracia.

Encontraremos el principio y el poder de ese caminar definidos en Gálatas 5:16-24. El principio del caminar se establece brevemente:

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”. (Gálatas 5:16).

El Espíritu se muestra en Gálatas de tres maneras. Primero, Él es recibido por el oír con fe (Gálatas 3:2). Cuando los gálatas creyeron, recibieron el Espíritu. ¿Con qué fin? Los legalistas le dan poca importancia al Espíritu. Aunque hablan mucho de “poder” en conexión con el Espíritu, es el poder para el servicio lo que los ocupa principalmente. De sus derechos soberanos, de su bendita capacitación en la vida interior, hay escasa comprensión. Pero es precisamente allí donde recae el énfasis bíblico. En Romanos, por ejemplo, ni siquiera se menciona al Espíritu hasta que tenemos a un pecador justificado tratando de guardar la ley, totalmente derrotado en ese intento por la carne, la “ley en sus miembros”, y clamando, no por ayuda, sino por liberación (Romanos 7:15-24). Luego se introduce al Espíritu con, ¡oh, qué resultados tan maravillosos! “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”. (Romanos 8:2). No es el esfuerzo del apóstol bajo la ley, ni siquiera la ayuda del Espíritu en ese esfuerzo, sino que solo el poder del Espíritu que mora en nosotros rompe el poder del pecado que mora en nosotros (Gálatas 5:16-18).

Usted pregunta, y necesariamente en este punto, ¿qué es andar en el Espíritu? La respuesta está en Gálatas 5:18: “Pero si sois guiados por el Espíritu”. ¿Pero de qué otra manera podemos ser guiados por Él sino rindiéndonos a su dominio?

Hay una sensibilidad maravillosa en el amor del bendito Espíritu. Él no actuará en y sobre nuestras vidas mediante la omnipotencia, forzándonos a la conformidad. Es por eso que “rendir” es la gran palabra de Romanos 6, donde se dice expresamente que no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia.

Los resultados de andar en el Espíritu son dobles, negativos y positivos. Al andar en el Espíritu no satisfaremos los deseos de la carne (Gálatas 5:16). La “carne” aquí es el equivalente exacto del “pecado” en Romanos 6:14, “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros”.

Y la razón se da inmediatamente (Gálatas 5:17). El Espíritu y la carne son contrarios, y el Espíritu es más grande y más poderoso que la carne. La liberación viene, no por el esfuerzo propio bajo la ley —eso es

Romanos 7—, sino por el Espíritu omnipotente, que Él mismo es contrario a la carne (Gálatas 6:7), y que lleva al creyente rendido a la experiencia de Romanos 8.

Capítulo 80 La Profecía Cumplida es un Argumento Poderoso a Favor de la Biblia

Por Arno C. Gaebelein
Editor de *Our Hope*; ciudad de Nueva York

“Alegad por vuestra causa, dice Jehová; presentad vuestras pruebas, dice el Rey de Jacob. Traigan, anúnciennos lo que ha de venir; dígnanos lo que ha pasado desde el principio, y lo consideraremos en nuestro corazón, y sabremos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que sois dioses”. (Isaías 41:21-23). “Que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero”. (Isaías 46:10).

Este es el desafío de Jehová a los dioses ídolos de Babilonia para que predigan eventos futuros. Solo Él puede hacer eso. El Señor puede anunciar el final desde el principio, y dar a conocer cosas que aún no han sido hechas. Los ídolos mudos de los paganos no saben nada sobre el futuro. No pueden predecir lo que va a suceder. Y el hombre mismo es impotente para conocer los eventos futuros y no puede descubrir las cosas por venir.

Jehová, quien ha hecho este desafío y declaración, también ha demostrado plenamente su poder para hacerlo. Lo ha hecho en su santa Palabra, la Biblia. Otras naciones poseen libros de carácter religioso, llamados “libros sagrados”. Ninguno de ellos contiene predicciones sobre el futuro. Si los autores de estos escritos hubieran intentado predecir el futuro, habrían proporcionado con ello la evidencia más fuerte de sus engaños. La Biblia es el único libro en el mundo que contiene predicciones. Es preeminentemente eso, lo que ningún otro libro podría ser, y ningún otro es, un libro de profecía. Se declara que estas predicciones son las expresiones de Jehová; muestran que la Biblia es un libro sobrenatural, la revelación de Dios.

La profecía descuidada y negada

En vista de este hecho, es deplorable que la iglesia profesante de hoy ignore y descuide casi por completo el estudio de la profecía, un descuido que tiene como uno de sus resultados la pérdida de una de las armas más poderosas contra la incredulidad. La negación de la Biblia como la Palabra inspirada de Dios se ha vuelto generalizada.

Si la profecía se estudiara de manera inteligente, tal negación no podría prosperar como lo hace, porque las predicciones cumplidas de la Biblia dan la evidencia más clara y concluyente de que la Biblia es la revelación de Dios. A esto debe añadirse el hecho de que la crítica bíblica destructiva, que se conoce con el nombre de “alta crítica”, niega la posibilidad de la profecía. Todo el método de razonamiento de esta escuela, que se ha vuelto tan popular en toda la cristiandad, puede reducirse a lo siguiente: la profecía es una imposibilidad; no existe tal cosa como predecir eventos futuros. Por lo tanto, un libro que contiene predicciones de cosas por venir, que luego se cumplieron, debe haber sido escrito después de los eventos que se predicen en el libro. Los métodos seguidos por los críticos, los ataques realizados por ellos contra la autenticidad de los diferentes libros de la Biblia, especialmente contra aquellos que contienen las profecías más sorprendentes (Isaías y Daniel), no podemos seguirlos en este momento. Niegan todo lo que la sinagoga judía y la iglesia cristiana siempre creyeron que era la profecía, un desarrollo sobrenatural de eventos futuros.

Pasado, presente y futuro

Las profecías de la Biblia deben dividirse antes que nada en tres clases: 1. Profecías que ya han encontrado su cumplimiento. 2. Profecías que ahora están en proceso de cumplimiento. Muchas predicciones escritas hace varios miles de años se están cumpliendo ahora ante nuestros ojos. Mencionamos aquellas que se relacionan con la condición nacional y espiritual del pueblo judío y las predicciones sobre la condición moral y religiosa de la época actual. 3. Profecías que aún no se han cumplido. Hacemos referencia a aquellas que predicen la segunda venida, gloriosa y visible de nuestro Señor, la reunión de Israel y su restauración a la tierra prometida, los juicios que caerán sobre las naciones de la tierra, el establecimiento del Reino, la conversión del mundo, la paz y la justicia universales, la liberación de la creación que gime, y otras.

A estas grandes profecías de cosas futuras a menudo se les roba su significado literal y solemne mediante un proceso de espiritualización. Las visiones de los profetas con respecto a Israel y Jerusalén, y las glorias venideras en una época futura, casi por lo general se explican como teniendo su cumplimiento en la iglesia durante la época actual. Sin embargo, nuestro objetivo no es seguir las profecías no cumplidas, sino las profecías cumplidas y en proceso de cumplimiento. Al final de nuestro tratado señalaremos brevemente que, a la luz de las profecías cumplidas, el cumplimiento literal de las profecías aún futuras está perfectamente asegurado.

La profecía cumplida es un tema vasto

La profecía cumplida es un tema vasto de mucha importancia. Es igualmente inspirador e interesante. Se podrían escribir volúmenes para mostrar cómo cientos de predicciones divinas escritas en la Biblia han pasado a la historia. Lo que Dios anunció a través de sus instrumentos elegidos ha sucedido. La historia está dando testimonio del hecho de que los eventos que transcurrieron entre las naciones fueron preescritos en la Biblia, así como la profecía no es nada menos que historia escrita por adelantado. En la medida en que el espacio lo permita, llamaremos la atención sobre las profecías cumplidas relacionadas con la persona de Cristo; con el pueblo judío; y con varias naciones, cuya historia, cuyo ascenso y caída, están divinamente predichos en la Biblia. Además, mencionaremos los grandes desarrollos proféticos tal como se dan en el libro de Daniel, y cómo muchas de estas predicciones ya han encontrado un cumplimiento sumamente interesante.

Las profecías mesiánicas y su cumplimiento

El Antiguo Testamento contiene una cadena de profecías sumamente maravillosa con respecto a la persona, la vida y la obra de nuestro Señor. Como Él es el centro de toda la revelación de Dios, aquel sobre quien todo descansa, nos dirigimos en primer lugar a algunas de las profecías que hablan de Él. Esto también es muy necesario. La crítica destructiva ha llegado tan lejos como para afirmar que no hay predicciones en absoluto con respecto a Cristo en el Antiguo Testamento. Tal negación conduce a, y está vinculada con, la negación de Cristo mismo, especialmente la negación de su deidad y su obra en la cruz.

No podemos intentar seguir en estas páginas el gran número de profecías con respecto a la venida de Cristo al mundo y la obra que Él iba a lograr. Señalamos brevemente de manera general lo que debe ser familiar para la mayoría de los cristianos que escudriñan las Escrituras. Se anuncia por primera vez que Cristo es la simiente de la mujer en Génesis 3:15, y por lo tanto, un ser humano. En Génesis 9:26-27 se predice la supremacía de Sem. La revelación completa de Jehová Dios está conectada con Sem y, a su debido tiempo, un hijo de Sem, Abraham, recibió la promesa de que la simiente predicha vendría de él. (Génesis 12:8). El Mesías iba a venir de la simiente de Abraham.

Luego se reveló el hecho de que Él iba a venir de Isaac y no de Ismael, de Jacob y no de Esaú. Pero Jacob tenía doce hijos. La predicción divina apuntó a Judá y luego a la casa de David de la tribu de Judá, de la cual debería surgir el Mesías. Cuando llegamos a las profecías de Isaías, aprendemos que su madre ha de ser una virgen. (Isaías 7:14). Pero el hijo nacido de la virgen es Emanuel, Dios con nosotros. Claramente,

la Palabra profética en Isaías declara que el Mesías sería un niño nacido y un Hijo dado con los nombres: “Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”. (Isaías 9:6). El Mesías prometido ha de ser la simiente de una mujer, de la simiente de Abraham, de David, nacido de una virgen. Él ha de ser Emanuel, el Hijo dado, Dios manifestado en la carne.

Este Mesías prometido, el Hijo de David, debería aparecer (según Isaías 11:1) después de que la casa de David hubiera sido despojada de su dignidad real y gloria. Y qué más podríamos decir de las profecías que hablan de su vida, su pobreza, las obras que iba a hacer, su rechazo por su propio pueblo, los judíos. En ese capítulo sin igual en Isaías, el quincuagésimo tercero, se predice el rechazo de Cristo por su propia nación. En otro capítulo se registra una profecía aún más sorprendente: “Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas”. Este es el lamento del Mesías a causa de su rechazo. Luego sigue la respuesta, que contiene una profecía sumamente impactante: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”. (Isaías 49:5, 6). Aquí se da la revelación de que Él no solo sería rechazado por su propia nación, sino que también traería salvación a los gentiles. ¡Qué mente humana podría haber inventado jamás un programa así! Se predice que el Mesías prometido de Israel, el Anhelado, sería rechazado por su propio pueblo y así se convierte en el Salvador de los despreciados gentiles. Sus sufrimientos y su muerte se predicen aún más minuciosamente.

En el libro de los Salmos, los sufrimientos de Cristo, la profunda agonía de su alma, las expresiones de su dolor y su aflicción, están preescritos por el Espíritu de Dios. Mencionamos solo un Salmo, el vigésimo segundo. Su muerte por crucifixión está profetizada. Sin embargo, la muerte por crucifixión era en la época de David un modo de muerte desconocido. La cruel Roma inventó esa horrible forma de muerte. El clamor del Desamparado se predice en las mismas palabras que salieron de los labios de nuestro Salvador desde la oscuridad que envolvió la cruz. Así también se predicen las palabras de burla por parte de los que miraban; la perforación de sus manos y pies; el reparto de las vestiduras y el echar suertes. En el capítulo quincuagésimo tercero de Isaías, el propósito de su muerte está tan benditamente predicho. Él iba a morir como el sustituto de los pecadores. Allí encontramos también predichas su sepultura y su resurrección. Todo esto se registró 700 años antes de que nuestro Señor naciera. En los Salmos encontramos la profecía de que el Rechazado ocuparía un lugar a la diestra de Dios (Salmo 110:1). Él iba a dejar la tierra. El Hijo de David y el Señor de David iba a tener un lugar en la gloria más alta, incluso a la diestra de Dios, para esperar allí hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Es en verdad una maravillosa cadena de profecías con respecto a Cristo. Pudimos dar muy pocas de estas predicciones. Cómo todas ellas se cumplieron literalmente hace mucho tiempo en la venida, en la vida, en la muerte, en la resurrección y la ascensión de nuestro adorable Señor, todos los verdaderos creyentes lo saben.

El pueblo judío

Cuando Federico el Grande, rey de Prusia, le pidió al capellán de la corte un argumento de que la Biblia es un libro inspirado, él respondió: “Su Majestad, los judíos”. Estuvo bien dicho. A los judíos les fueron confiados los oráculos de Dios. (Romanos 3:2). Estos oráculos de Dios, las Sagradas Escrituras, la Ley y los Profetas, están llenos de un gran número de predicciones relacionadas con su propia historia. Su incredulidad, el rechazo del Mesías, los resultados de ese rechazo, su dispersión a los rincones de la tierra, de modo que serían esparcidos entre todas las naciones, las persecuciones y las aflicciones que iban a sufrir, las maldiciones que iban a venir sobre ellos, su preservación milagrosa como nación, su futura gran tribulación y su restauración final; todo esto y mucho más fue anunciado una y otra vez por sus propios profetas. Todas las diferentes épocas de la notable historia de Israel fueron predichas mucho antes de que se alcanzaran. Su estadía en Egipto y su servidumbre, así como la duración de ese período, le fueron anunciadas a Abraham. El cautiverio babilónico de 70 años y el regreso de un remanente para ocupar la tierra una vez más fue anunciado por los profetas previos al exilio, quienes también predijeron un exilio mucho más grande y prolongado, su actual dispersión mundial y un regreso que hasta 1914 aún no había

llegado. Del más profundo interés y de la mayor importancia en relación con las predicciones del regreso de Babilonia es el nombramiento del gran rey persa a través del cual se iba a lograr el regreso. Esta gran profecía se encuentra en el libro de Isaías: “Que dice de Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado. Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán”. (Isaías 44:28; 45:1). Esta predicción se hizo unos 200 años antes de que Ciro naciera. Un estudio cuidadoso de la parte de Isaías donde se encuentran estas palabras mostrará que están vinculadas con el desafío de Jehová y la declaración de que Él conoce el final desde el principio; los pasajes que ya hemos citado. Al nombrar a un rey que aún no había nacido y mostrar cuál sería su obra, Jehová demuestra que Él conoce el futuro. El gran historiador judío, Josefo, nos informa que cuando Ciro encontró su nombre en el libro de Isaías, escrito unos 200 años antes, un profundo deseo se apoderó de él para cumplir lo que estaba escrito. El principio del libro de Esdras da la proclamación de Ciro con respecto al templo.

Cuando el profeta Isaías recibió el mensaje que contenía el nombre del rey persa, lo escribió fielmente, aunque no sabía quién era Ciro. Dos siglos después, apareció Ciro y entonces emitió su proclamación que cumplió la predicción de Isaías. La alta crítica niega la autenticidad de todo esto. Para refutar esta profecía, así como otras, declaran que Isaías no escribió el libro que lleva su nombre. Durante unos 2500 años nadie pensó jamás en sugerir que Isaías no es el autor del libro. Han inventado a una persona desconocida, a quien llaman Deutero-Isaías, es decir, un segundo Isaías. Afirman que él escribió los capítulos 40-66. Con esto no se han detenido. Hablan ahora de un tercer Isaías, un Trito-Isaías, como lo llaman. Con su supuesta erudición afirman haber descubierto que algunos de los capítulos de Isaías fueron escritos en Babilonia y otros en Palestina. Sin embargo, todos los argumentos, presentados por los críticos a favor de una autoría compuesta y en contra de un único Isaías que vivió y escribió su libro en la época especificada en el principio de Isaías, son refutados por el libro mismo. Uno solo necesita estudiar este libro para descubrir la unidad del mensaje. Una sola persona debe ser el autor del libro de Isaías.

Un capítulo notable

El Pentateuco contiene muchas de las profecías con respecto a la historia futura de los judíos. Uno de los capítulos más notables es el capítulo vigésimo octavo de Deuteronomio.

Es uno de los capítulos más solemnes en el Pentateuco. Los hebreos ortodoxos leen en sus sinagogas cada año todos los cinco libros de Moisés. Cuando leen este capítulo, el rabino lee en voz baja. Y bien pueden leerlo suavemente y reflexionar sobre él, porque aquí está preescrita la triste y dolorosa historia de su maravillosa nación. Aquí, hace miles de años, el Espíritu de Dios a través de Moisés describió la historia de la nación esparcida, todo su sufrimiento y tribulación, como ha sido por casi dos milenios y como sigue siéndolo. Aquí hay argumentos a favor del origen divino y sobrenatural de este libro que ningún incrédulo ha podido jamás responder; ni se encontrará jamás una respuesta.

Tomaría muchas páginas seguir las diferentes predicciones y mostrar su cumplimiento literal en la nación que se apartó de Jehová y desobedeció su Palabra.

Aparte de predicciones generales como las que se encuentran en los versículos 64-66 y que se cumplieron en la dispersión de Israel, hay otras que son más minuciosas. El poder romano, que se usó para quebrantar a los judíos, es claramente predicho por Moisés, y eso en una época en la que no existía tal poder. Lea los versículos 49-50: “Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuele como águila, nación cuya lengua no entiendas”. El águila era el estandarte de los ejércitos romanos; los judíos entendían muchos idiomas orientales, pero ignoraban el latín. “que no tendrá respeto al anciano, ni perdonará al niño”. Roma mató a los ancianos y a los niños. “Pondrá sitio a todas tus ciudades, hasta que caigan tus muros altos y fortificados en que tú confías, en toda tu tierra”. (versículo 52). Cumplido en el

sitio y el derrocamiento de Jerusalén por las legiones romanas. “La mujer tierna y delicada en medio de ti, que nunca probó a asentar en tierra la planta de su pie, de pura delicadeza y ternura... comerá a sus hijos... por la carencia de todo, en el asedio y en el apuro con que tu enemigo te oprimirá en tus ciudades”. (54-57). Cumplido en los terribles asedios a Jerusalén, quizás los eventos más espantosos en la historia de sangre y lágrimas de esta pobre tierra. Cada versículo, comenzando desde el decimoquinto hasta el final de este capítulo, ha encontrado su repetido cumplimiento. No nos sorprende que el enemigo odie este libro, que da tal testimonio, y que quisiera clasificarlo con las leyendas.

De mucho interés es el último versículo de este gran capítulo profético. “Y Jehová te hará volver a Egipto en naves, por el camino del cual te ha dicho: Nunca más volverás; y allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos y por esclavas, y no habrá quien os compre”. Cuando Jerusalén fue destruida por los romanos, todos los que no murieron en la terrible calamidad fueron enviados a las minas de Egipto, donde los esclavos eran obligados a trabajar constantemente sin que se les permitiera descansar ni dormir hasta que sucumbían. El látigo de Egipto cayó una vez más sobre ellos y sufrieron las agonías más terribles. Otros fueron vendidos como esclavos. Según Josefo, alrededor de 100.000 fueron convertidos en esclavos, de modo que los mercados se saturaron y se cumplió la palabra: “y no habrá quien os compre”.

Su dispersión y preservación

Cuando Balaam contempló el campamento de Israel, pronunció una profecía que todavía se está cumpliendo. “He aquí, un pueblo que habitará confiado, Y no será contado entre las naciones”. (Números 23:9). Dios había separado a la nación y les había dado una tierra. Y este pueblo peculiar, que vive en uno de los países más pequeños de la tierra, ha sido esparcido por todo el mundo, se ha convertido en un errante, sin un hogar, sin una tierra. Al igual que Caín, vagan de nación en nación. Aunque no tienen tierra, siguen siendo una nación. Otras naciones han desaparecido; la nación judía ha sido preservada. Están entre todas las naciones y, sin embargo, no son contados entre las naciones. Todo esto está escrito de antemano en la Biblia. “Y a vosotros os esparciré entre las naciones, y desenvainaré espada en pos de vosotros; y vuestra tierra estará asolada, y desiertas vuestras ciudades”. (Levítico 26:33). “Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará Jehová”. (Deuteronomio 4:27). “Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará Jehová corazón tembloroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temblando de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuese la tarde! y a la tarde dirás: ¡Quién diera que fuese la mañana! por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verán tus ojos”. (Deuteronomio 28:64-67). “Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos; porque yo Jehová soy su Dios”. (Levítico 26:44). En muchos otros pasajes, el Espíritu de Dios predice su preservación milagrosa.

“Masacrados por miles, pero resurgiendo de su linaje imperecedero, los judíos aparecen en todas las épocas y en todas las regiones. Su perpetuidad, su inmortalidad nacional, es a la vez el problema más curioso para el investigador político; para el hombre religioso, un tema de profunda y sobrecogedora admiración”.* Herder llamó a los judíos “el enigma de la historia”. ¡Qué mente humana podría haber previsto jamás que este pueblo peculiar, que habita en una tierra peculiar, iba a ser esparcido entre todas las naciones, a sufrir allí como ninguna otra nación había sufrido jamás, y sin embargo, iba a ser guardado y de este modo señalado aún como el pueblo del pacto de un Dios, cuyos dones y llamamientos son irrevocables! Aquí, en verdad, hay un argumento a favor de la Palabra de Dios que ningún incrédulo puede responder. Jehová ha predicho la historia de su pueblo terrenal. “aunque destruya a todas las naciones entre las cuales te he esparcido, no te destruiré del todo”. (Jeremías 30:11).

* (Milman: *History of the Jews*).

La tierra y la ciudad

Palestina, el hogar de Israel dado por Dios, la tierra que una vez fluyó leche y miel, se ha vuelto estéril y desolada. Jerusalén, que alguna vez fue una gran ciudad, la ciudad sagrada de David, es hollada por los gentiles. Todo esto está predicho más de una vez en la Palabra de la Profecía. “Y prepararé contra ti destruidores, cada uno con sus armas, y cortarán tus cedros escogidos y los echarán en el fuego. Y muchas naciones pasarán junto a esta ciudad, y dirán cada uno a su compañero: ¿Por qué hizo así Jehová con esta gran ciudad? Y se les responderá: Porque dejaron el pacto de Jehová su Dios, y adoraron dioses ajenos y les sirvieron”. (Jeremías 22:7-9). “y dirán las generaciones venideras, vuestros hijos que se levanten después de vosotros, y el extranjero que vendrá de lejanas tierras, cuando vieren las plagas de aquella tierra... Más aún, todas las naciones dirán: ¿Por qué hizo esto Jehová a esta tierra? ¿Qué significa el ardor de esta gran ira?”. (Deuteronomio 29:22-25).

Así ha sucedido. Su tierra está siendo visitada por gentiles de todo el mundo que contemplan las desolaciones. Se podrían agregar muchos otros pasajes a los anteriores, pasajes que profetizaban la misma condición de la tierra prometida y la ciudad de Jerusalén que se encuentran allí ahora, y que han existido durante casi dos mil años.

El rechazo nacional de Israel y el cumplimiento de las maldiciones con las que se les amenazó han sucedido, y la tierra en su condición estéril da testimonio de ello. Incluso la duración de todo esto se indica en la Palabra profética. Hay un pasaje llamativo en Oseas. “Andaré y volveré a mi lugar, hasta que reconozcan su pecado y busquen mi rostro. En su angustia me buscarán. Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él”. (Oseas 5:15-6:2). Según esta profecía, Jehová iba a estar en medio de ellos e iba a volver a su lugar. Se refiere a la manifestación del Señor Jesucristo entre su pueblo. Ellos lo rechazaron; Él volvió a su lugar. Deben reconocer su ofensa.

En otras partes de la Palabra se encuentran predicciones que hablan de un futuro arrepentimiento nacional de Israel cuando el remanente de esa nación confesará la culpa de sangre que recae sobre ellos. Según esta palabra en Oseas, van a tener aflicción, y cuando venga esa gran aflicción, buscarán su rostro, confesarán sus pecados y expresarán su confianza en Jehová. Ellos reconocen que durante dos días fueron desgarrados y heridos por los juicios del Señor, afligidos, tal como lo predijeron sus propios profetas. Se acerca un tercer día en el que todo cambiará. Estos días son días proféticos. Varios expositores judíos antiguos mencionan el hecho de que estos días representan cada uno mil años. Los dos días de aflicción y dispersión representarían por lo tanto dos mil años, y casi han expirado. El tercer día significaría el día del Señor, los mil años del reino venidero.

Tampoco debemos olvidar que nuestro Señor Jesucristo también predijo la gran dispersión de la nación, la caída de Jerusalén, y que los gentiles iban a gobernar sobre esa ciudad, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles. (Lucas 21:10-24).

Sin gobierno, sin sacrificio, sin lugar santo

“Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, sin efod y sin terafines”. (Oseas 3:4). No se necesitan más comentarios sobre esta sorprendente predicción. Su condición política y religiosa durante 1900 años corresponde a cada palabra dada a través del profeta Oseas.

Profecías sobre otras naciones

Además de las numerosas predicciones relativas al pueblo de Israel, los profetas tienen mucho que decir sobre las naciones con las que Israel entró en contacto y cuya historia está ligada a la historia del pueblo elegido de Dios. Babilonia, Asiria, Egipto, Amón, Moab, Tiro, Sidón, Idumea y otras se mencionan en la Palabra Profética. Su destino final fue predicho por Jehová mucho antes de que ocurriera su caída y derrocamiento. Al profeta Ezequiel se le confiaron muchos de los solemnes mensajes que anunciaban el juicio de estas naciones. El lector encontrará estas predicciones en los capítulos 25-37. Las predicciones sobre Amón, Moab, Edom y los filisteos están registradas en el capítulo vigesimoquinto. Tiro y su caída es el tema de los capítulos 26 al 28:19. Una profecía sobre Sidón se encuentra en los versículos finales del capítulo vigesimoctavo. Las profecías relativas al juicio y la degradación de Egipto se exponen con mayor extensión en los capítulos 29 y 30. Isaías, Jeremías, Daniel, Amós, Abdías, Miqueas, Nahúm y Habacuc contienen profecías sobre diferentes naciones que predicen lo que habría de sucederles. Se puede presentar una gran cantidad de pruebas para demostrar que todas estas predicciones se cumplieron. Muchas de ellas parecían fracasar, pero después de que pasaron los siglos, su cumplimiento literal, incluso hasta el detalle más mínimo, se había convertido en historia.

Debemos limitarnos a unas muy pocas de estas predicciones y su cumplimiento. El sitio y la captura de la poderosa y extremadamente rica ciudad de Tiro por parte de Nabucodonosor, rey de Babilonia, se predice en Ezequiel 26:7-11. Ocurrió literalmente. Una de las pruebas se encuentra en una tablilla de contrato en el Museo Británico fechada en Tiro en el cuadragésimo año del rey. El derrocamiento predicho por Ezequiel había sucedido. Las murallas fueron derribadas y la ciudad quedó en ruinas. El ruido del canto cesó y el sonido de las arpas ya no se escuchó más. Pero no todo lo que Ezequiel predijo había sido cumplido por el conquistador babilónico. La predicción divina establece: “y pondrán tus piedras, y tu madera, y tu polvo en medio de las aguas”. (versículo 12). Nabucodonosor no había hecho esto. La historia nos hace saber el hecho de que los tirios, antes de que llegara la destrucción de la ciudad, habían trasladado sus tesoros a una isla aproximadamente a media milla de la costa. Unos 250 años después, Alejandro llegó a la ciudad de la isla. Las ruinas de Tiro que Nabucodonosor había dejado en pie fueron utilizadas por Alejandro. Con gran ingenio y perseverancia, construyó con ellas un dique desde tierra firme hasta la ciudad de roca en el mar. Así se cumplió literalmente: “y pondrán tus piedras, y tu madera, y tu polvo en medio de las aguas”. La sentencia pronunciada sobre esa ciudad orgullosa, durante tanto tiempo la poderosa señora del mar, “nunca más serás edificada”, se ha llevado a cabo plenamente.

De un interés aún mayor son las profecías que predicen la condena de Egipto. Ezequiel y Nahúm mencionan la ciudad egipcia de No. (Ezequiel 30:14-16; Nahúm 3:8). No es Tebas y fue la antigua capital de Egipto. El nombre egipcio es No-Amón. Tenía cien puertas, como sabemos por Homero, y era una ciudad de maravillosa belleza. Estaba rodeada de murallas de veinticuatro pies de espesor, y tenía una circunferencia de una milla y tres cuartos. El Señor anunció por medio de Ezequiel que esta gran ciudad sería destrozada y que su vasta población sería exterminada. Quinientos años después, Ptolomeo Látiro, el abuelo de Cleopatra, después de sitiar la ciudad durante varios años, arrasó hasta los cimientos la ciudad que ya estaba en ruinas. Cada palabra dada a través de Ezequiel se había hecho realidad. Se podrían llenar muchas páginas mostrando el cumplimiento literal de las grandes predicciones de Ezequiel relacionadas con Egipto. La decadencia y degradación predichas se han hecho realidad. Los ríos y canales de Egipto se han secado. La tierra se ha vuelto desolada. Las inmensas pesquerías que producían tan grandes ingresos a los gobernantes de Egipto ya no existen. Ezequiel 30:7 ha encontrado un cumplimiento literal. Egipto es una tierra de ruinas y ciudades devastadas. Los instrumentos que Dios usó para lograr esto fueron extraños (Ezequiel 30:12) como Cambises, Amr, Oco y otros. “no habrá más príncipe de la tierra de Egipto”. (Ezequiel 30:13). Esto también se ha cumplido literalmente. Oco sometió al rebelde Egipto en el año 350 a.C., y desde ese momento ningún príncipe nativo ha gobernado en Egipto. También está escrito que Egipto se convertiría en el más bajo de los reinos, “En comparación con los otros reinos será humilde; nunca más se alzarán sobre las naciones; porque yo los disminuiré, para que no vuelvan a enseñorearse de las naciones”. (Ezequiel 29:15). Esta degradación ha sucedido plenamente. ¡Quién hubiera pensado alguna vez que este magnífico país con sus vastos recursos, su maravilloso comercio, su gran prosperidad, sus lujos, la tierra de

maravillosas estructuras, podría llegar a experimentar tal caída! Otro hecho significativo es que a pesar de la gran humillación y degradación por las que Egipto ha pasado durante tantos siglos, no va a experimentar una extinción total. A este respecto, su destino difiere del de otras naciones: “y serán allí reino bajo”. (Ezequiel 29:14); esta es la condición de Egipto hoy. Y otros profetas anuncian el mismo hecho. Uno de los primeros profetas es Joel. Él profetizó entre 860 y 850 a.C. En esa fecha temprana predijo: “Egipto será destruido”. Isaías también predice el terrible juicio de esta gran tierra de cultura antigua. A la luz de la profecía no cumplida, descubrimos la razón por la que Dios no ha permitido la extinción completa de Egipto. Egipto aún debe ser levantado del polvo y va a recibir un lugar de bendición que solo es superado por el de Israel (Isaías 19:22-25). Esto se cumplirá cuando nuestro Señor vuelva.

¿Y qué más podríamos decir de Idumea, Babilonia, Asiria y otras tierras? Moab y Amón, los enemigos de Israel, naciones alguna vez florecientes, han desaparecido y las numerosas predicciones de juicio se han hecho realidad. (Véase Jeremías 48-49). Edom ya no existe. “Tú que moras en las hendiduras de las peñas, que tienes la altura del monte, aunque alcas como águila tu nido, de allí te haré descender, dice Jehová”. (Jeremías 49:16). “Asolado serás, oh monte Seir, y todo Edom, todo él”. (Ezequiel 35:15). Fue un ateo quien primero fue usado para informar que durante un viaje de ocho días había encontrado en el territorio de Idumea las ruinas de treinta ciudades.

Babilonia y Asiria, alguna vez los graneros de Asia, los jardines de ese continente, que disfrutaban de una gran civilización, ahora están en desolación y en su mayor parte son desiertos improductivos. Las predicciones de Isaías y Jeremías se han cumplido. Los juicios que se predijo vendrían sobre Babilonia también se cumplieron hace mucho tiempo.*

* (“¿Cuán totalmente improbable debió haber sonado para los contemporáneos de Isaías y Jeremías que la gran Babilonia, esta metrópolis más antigua del mundo, fundada por Nimrod, planificada para ser una ciudad sobre el Éufrates mucho más grande que el París de hoy, rodeada por murallas de cuatrocientos pies de altura, en cuya cima cuatro carros, cada uno tirado por cuatro caballos, podían ser conducidos lado a lado; en el centro un parque grande y magnífico de una hora de caminata de circunferencia, regado por maquinaria; en él los doce palacios del rey, rodeando el gran templo del dios sol con su torre de seiscientos pies y su gigantesca estatua dorada; iba a ser convertida en un montón de ruinas en medio de un desierto! ¿Quién hoy en día tendría fe alguna en una profecía similar contra Berlín o Londres o París o Nueva York?”). (Prof. Bettex).

El libro de Daniel

El libro de Daniel, sin embargo, proporciona las evidencias más sorprendentes de profecía cumplida. Ningún otro libro ha sido tan atacado como este gran libro. Durante unos dos mil años, hombres impíos, filósofos paganos e incrédulos han intentado destruir su autoridad. Ha demostrado ser el yunque sobre el cual los martillos de los críticos se han hecho pedazos. El libro de Daniel ha sobrevivido a todos los ataques. Se ha negado que Daniel haya escrito el libro durante el cautiverio babilónico. Los críticos afirman que fue escrito durante la época de los macabeos. Kuenen, Wellhausen, el canónigo Farrar, Driver y otros no hacen más que repetir las afirmaciones del atacante del cristianismo del siglo tercero, el pagano Porfirio, quien sostenía que el libro de Daniel era una falsificación. Tal es la compañía en la que se encuentran los defensores de la alta crítica. El libro de Daniel ha sido completamente vindicado. El profeta escribió el libro y sus magníficas profecías en Babilonia. Toda duda en cuanto a eso ha sido eliminada para siempre, y los hombres que todavía repiten las oposiciones incrédulas contra el libro, oposiciones de una generación pasada, deben ser tachados de ignorantes, o considerados los enemigos intencionales de la Biblia.

El gran sueño de Nabucodonosor

El gran sueño de Nabucodonosor está registrado en el segundo capítulo del libro de Daniel. Nabucodonosor, a quien Jehová había constituido en un gran monarca sobre la tierra (Jeremías 27:5-9), deseaba conocer el futuro. Todos sus astrólogos y adivinos, sus magos y médiums, no pudieron hacer eso. Sus predicciones lo dejaron aún con dudas (Daniel 2:29). Dios le dio entonces un sueño que contenía una revelación sumamente notable. La gran imagen de hombre que el rey contempló es el símbolo de los grandes imperios mundiales que seguirían al imperio babilónico. La imagen tenía una cabeza de oro; el pecho y los brazos eran de plata; el tronco y los muslos eran de bronce; las dos piernas de hierro, y los dos pies estaban compuestos de hierro mezclado con barro cocido. El Señor dio a conocer a través del profeta el significado de este sueño.

Nabucodonosor y el imperio sobre el cual gobernaba están simbolizados por la cabeza de oro. Un reino inferior iba a venir después del imperio babilónico; su símbolo es la plata. Este reino sería seguido por un tercer reino de bronce, el cual dominaría sobre toda la tierra. El cuarto reino sería fuerte como el hierro y desmenuzaría y rompería todas las cosas. Exactamente tres grandes potencias mundiales vinieron después del imperio babilónico: el medopersa, el grecomacedonio y el romano. Es interesante aprender, por los diferentes metales de los que estaba compuesta la imagen, el proceso de deterioro que iba a caracterizar a las monarquías sucesivas. El cuarto imperio, la potencia mundial romana, se ve en su división histórica, indicada por las dos piernas. El imperio consistía en dos partes, las secciones romana oriental y occidental. Luego también se predice la división del imperio en reinos en los que el hierro (forma monárquica de gobierno) y el barro (el gobierno del pueblo) estarían presentes. Cómo todo esto ha sucedido es demasiado conocido para necesitar demostración adicional. Estos imperios han ido y venido, y el territorio del antiguo Imperio Romano presenta hoy en día la misma condición que se predijo en el sueño de Nabucodonosor. Existen monarquías y repúblicas en ese territorio. La división final en diez reinos aún no se ha logrado. La porción no cumplida de este sueño no la seguimos aquí. El lector puede encontrar esto explicado en la exposición de Daniel hecha por el autor.

La gran visión de Daniel sobre las potencias mundiales

En el séptimo capítulo, Daniel relata su primera gran visión. Las cuatro bestias que vio subir del mar, que son tipo de naciones, son simbólicas de las mismas potencias mundiales. El león con alas de águila es Babilonia. Jeremías también describió a Nabucodonosor como un león. “El león sube de la espesura, y el destructor de naciones está en marcha”. (Jeremías 4:7). Ezequiel habla de él como una gran águila. (Ezequiel 17:3). El imperio medopersa se ve como un oso que se alzaba de un costado más que del otro y que tenía en su boca tres costillas. Un costado parecía más fuerte porque este segundo imperio mundial tenía a Persia como su elemento más fuerte. Las tres costillas que el oso sostiene como presa predicen las conquistas de ese imperio. Medopersia conquistó exactamente tres grandes provincias: Susiana, Lidia y Asia Menor. El leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas es la imagen del imperio grecomacedonio. Las cuatro alas denotan su velocidad y rápido avance tan abundantemente cumplidos en las conquistas de Alejandro Magno. Las cuatro cabezas del leopardo predicen la partición de este imperio en los reinos de Siria, Egipto, Macedonia y Asia Menor. La cuarta bestia, la gran indescrutable, con sus diez cuernos, y el cuerno pequeño que aún está por venir, es el Imperio Romano. Estas son cosas maravillosas. Recuérdese que el profeta recibió la visión cuando el Imperio Babilónico aún existía. Aquí también se revela el carácter de estos imperios tipificados por bestias feroces. Las grandes naciones de la cristiandad que ocupan el terreno del Imperio Romano testifican inconscientemente la verdad de esta gran profecía. Los emblemas de estas naciones no son palomas, corderitos u otras criaturas inofensivas. Han elegido el león, el oso, el unicornio, el águila y el águila bicéfala.

Alejandro Magno predicho

En el octavo capítulo se revela una nueva profecía a través de Daniel. Una vez más se ve el imperio medopersa, esta vez bajo la figura de un carnero con dos cuernos, uno más alto que el otro, y el más alto subió después. Predice la composición de ese imperio. Estaba compuesto por los medos y los persas; los

persas entraron de último y fueron los más fuertes. Conquistó en tres direcciones. Esto corresponde al oso con las tres costillas en el capítulo anterior.

El macho cabrío que Daniel ve venir del occidente con gran ímpetu es el tipo del imperio leopardo, el grecomacedonio. La misma rapidez revelada en el leopardo con cuatro alas se ve aquí nuevamente. El cuerno notable sobre el macho cabrío, que simboliza al imperio macedonio, es Alejandro Magno. Josefo nos dice que Alejandro se conmovió profundamente cuando el sumo sacerdote judío Jadúa le dio a conocer el significado de esta profecía escrita más de doscientos años antes. ¿Y cómo se cumplió lo que se predice en Daniel 8:5-8? En el año 334 a.C. el cuerno notable, Alejandro, como un macho cabrío, saltó a través del Helesponto y libró batallas exitosas, luego avanzó hacia las orillas del Indo y del Nilo y desde allí a Susa. Se libraron las grandes batallas del Gránico (334 a.C.), Isos (333 a.C.) y Arbela (331 a.C.), y con fuerza irresistible pisoteó contra la tierra el poder de Persia y a su rey, Darío Codomano. Conquistó rápidamente Siria, Fenicia, Chipre, Tiro, Gaza, Egipto, Babilonia y Persia. En el 329 conquistó Bactriana, cruzó el Oxus y el Jaxartes y derrotó a los escitas. Y así pisoteó al carnero después de haberle quebrado sus cuernos. Pero cuando el macho cabrío se había engrandecido sobremanera, el gran cuerno fue quebrado. Esto predecía la muerte prematura y repentina de Alejandro Magno. Murió después de un reinado de 12 años y ocho meses, luego de una carrera de embriaguez y libertinaje en el año 323 a.C. Murió cuando tenía solo 32 años de edad. Entonces cuatro cuernos notables surgieron en el lugar del cuerno quebrado. Esto también se ha cumplido, porque el imperio de Alejandro se dividió en cuatro partes. Cuatro de los grandes generales de Alejandro hicieron la división, a saber, Casandro, Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo. Las cuatro grandes divisiones fueron Siria, Egipto, Macedonia y Asia Menor.

Antíoco Epífanés

En los versículos 19 al 24 del octavo capítulo de Daniel se predice la venida de un líder perverso, que surgiría de una de las divisiones del imperio macedonio y la obra vil que iba a hacer. Iba a causar grandes estragos en la tierra deseable, es decir, la tierra de Israel.

La historia no nos deja con dudas sobre la identidad de este rey perverso. Él es el octavo rey de la dinastía selúcida, que tomó el trono sirio y es conocido con el nombre de Antíoco Epífanés, y también llevaba el nombre de Epímanes, es decir, “el Loco”. Él fue el tirano y opresor de los judíos. Sus malas acciones de opresión, blasfemia y sacrilegio se describen completamente en el libro de los Macabeos. Mucho antes de que apareciera, Daniel lo vio a él y a su obra perversa en su visión.

Y todo esto se ha cumplido en Antíoco Epífanés. Cuando hubo conquistado Jerusalén, sacrificó una cerda sobre el altar del holocausto y roció su caldo sobre todo el edificio. Corrompió a los jóvenes de Jerusalén al introducir prácticas lascivas; cambió la fiesta de los tabernáculos por la fiesta de Baco. Subastó el sumo sacerdocio. Él perpetró todo tipo de infamias y se permitió y fomentó la obscenidad más horrible. Se prohibió toda adoración verdadera y se introdujo la adoración de ídolos, especialmente la de Júpiter Olimpo. Toda la ciudad y la tierra fueron devastadas y unos 100.000 judíos piadosos fueron masacrados. Tal ha sido el notable cumplimiento de esta profecía.

Se reveló incluso la duración de este tiempo de angustia; y se mencionan 2.300 días. Estos 2.300 días cubren aproximadamente el período de tiempo durante el cual Antíoco Epífanés cometió sus malas acciones. La cronología de estos 2.300 días es interesante. Judas Macabeo purificó (lit. justificó) el santuario de la abominación alrededor del 25 de diciembre del año 165 a.C. Antíoco tuvo una muerte miserable dos años después. Al retroceder 2.300 días desde el momento en que Judas el Macabeo purificó el templo profanado, llegamos al año 171 a.C., cuando encontramos el registro de la interferencia de Antíoco con los judíos. Menelao había sobornado a Antíoco para que lo nombrara sumo sacerdote, robó el templo e instituyó el asesinato del sumo sacerdote Onías III. Las acciones más perversas en la profanación del templo fueron perpetradas por el general principal de Antíoco, Apolonio, en el año 168 a.C. Por lo tanto, creemos que

estos 2.300 días son días literales y han encontrado su cumplimiento literal en los terribles días de este rey perverso del norte. No hay ningún otro significado asociado a estos días y las absurdas especulaciones de que estos días son años, etc., carecen por completo de fundamento en las Escrituras.

La más grande de todas

La mayor profecía del libro de Daniel está contenida en el noveno capítulo, la profecía con respecto a las 70 semanas, transmitida desde el cielo por medio de Gabriel. (Daniel 9:24-27). Para muchos lectores del libro de Daniel no está del todo claro qué significa la expresión “setenta semanas”, y cuando se afirma que cada semana representa un período de siete años, muchos cristianos no saben por qué es así. Por lo tanto, puede ser oportuna una breve palabra de explicación. La traducción literal del término “setenta semanas” es “setenta sietes”. Ahora bien, esta palabra “sietes” traducida como “semanas” puede significar “días” y puede significar “años”. ¿Qué se quiere decir entonces aquí, setenta veces siete días o setenta veces siete años? Es evidente que los “sietes” significan semanas de años, siete años para cada semana profética. Daniel estaba ocupado en la lectura de los libros y en oración por los setenta años del cautiverio babilónico. Y ahora Gabriel le va a revelar algo que tendrá lugar en “setenta sietes”, lo que significa setenta veces siete años. La prueba de que tal es el caso la proporciona el cumplimiento de la profecía misma.

Primero notamos en la profecía que estas 70 semanas de años se dividen en tres partes. Deben pasar siete veces siete (49 años) hasta que se logre la ordenada reedificación y restauración de Jerusalén. En el vigésimo año de Artajerjes se dio la orden de reedificar Jerusalén. Fue en el año 445 a.C., exactamente 49 años después de que el muro de Jerusalén y la ciudad habían sido reedificados. Luego se dan 62 semanas como el tiempo en que el Mesías sería quitado y no tendría nada. Esto nos da 434 años (62 veces 7). Aquí hay una predicción concerniente a la muerte de Cristo. ¿Se ha cumplido? La cronología muestra que exactamente 483 años después de que Artajerjes diera la orden de restaurar Jerusalén (445 a.C.), 434 años después de que la ciudad había sido restaurada, tuvo lugar la muerte de nuestro Señor Jesucristo.

Para ser más exactos, el día en que nuestro Señor Jesucristo entró a Jerusalén por última vez, expiró la cantidad de años anunciada por Gabriel y el Señor fue crucificado esa semana. La prueba de ello es perfecta.

Pero hay más que decir. Como resultado de que el Mesías fue quitado, se profetiza algo más. “y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario”. [Daniel 9:26] El príncipe que ha de venir (y que aún está por venir) es el cuerno pequeño de Daniel 7. Él surge del Imperio Romano. El pueblo del príncipe que ha de venir es, por tanto, el pueblo romano. Han cumplido esta profecía destruyendo el templo y la ciudad.

Las guerras de los ptolomeos y los seléucidas

La mayor parte del undécimo capítulo de Daniel se ha cumplido históricamente. Es un estudio interesante. Las predicciones son tan precisas que los enemigos de la Biblia han hecho todo lo posible para demostrar que Daniel no escribió estas profecías varios cientos de años antes de que ocurrieran. Pero han fracasado en sus miserables intentos. Ponemos la sorprendente evidencia ante nuestros lectores.

PROFECÍA DADA 534 A.C. (Daniel 11)

CUMPLIMIENTO

“Y ahora yo te mostraré la verdad. He aquí que aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos; y al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia”. (Versículo 2.)	Véase Esdras 4:5-24. Los tres reyes fueron: Asuero, Artajerjes y Darío, conocidos en la historia como Cambises, Pseudo Esmerdis y Darío Histaspis (no Darío el Medo). El cuarto fue Jerjes, quien, como nos dice la historia, era inmensamente rico. La invasión de Grecia tuvo lugar en 480 a.C.

“Se levantará luego un rey valiente, el cual dominará con gran poder y hará su voluntad”. (Versículo 3.)	Los sucesores de Jerjes no son mencionados. El rey poderoso en este versículo es el cuerno notable visto por Daniel en el macho cabrío del capítulo 8, Alejandro Magno, 335 a.C.
“Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; no a sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó; porque su reino será arrancado, y será para otros fuera de ellos”. (Versículo 4.)	323 a.C. Alejandro murió joven. El cuerno notable fue quebrado: Su reino fue dividido en cuatro partes (cuatro vientos) después de la batalla de Ipsos en 301 a.C. Su posteridad no recibió el reino, sino sus cuatro generales: Ptolomeo, Lisímaco, Seleuco Nicátor y Casandro. Ninguna de estas divisiones alcanzó la gloria del dominio de Alejandro.
“Y se hará fuerte el rey del sur; mas uno de sus príncipes será más fuerte que él, y se hará poderoso; su dominio será grande”. (Versículo 5.)	Asia y Grecia no son seguidas, sino que Siria y Egipto se vuelven prominentes, porque el rey del norte de Siria, y el rey del sur, Egipto, iban a entrar en contacto con los judíos. La tierra santa se vio envuelta con ambos. El rey del sur fue Ptolomeo Lago. Uno de sus príncipes fue Seleuco Nicátor. Él estableció un gran dominio, que se extendió hasta el Indo.
“Al cabo de años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz. Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él, ni su brazo; porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo”. (Versículo 6.)	Aquí hay otra brecha. Este versículo nos lleva a 250 a.C. Los dos que hacen una alianza son los reyes del norte (división siria del Imperio Griego) y del sur (Egipto). Esta alianza se efectuó mediante el matrimonio de la hija del rey del sur, la princesa egipcia Berenice, hija de Ptolomeo II, con Antíoco Teos, el rey del norte. El acuerdo era que Antíoco tenía que divorciarse de su esposa y hacer heredero del reino a cualquier hijo de Berenice. El acuerdo terminó en calamidad. Cuando Ptolomeo murió, Antíoco Teos en 247 llamó de regreso a su antigua esposa. Berenice y su hijo pequeño fueron envenenados y el hijo de la primera esposa, Calínico, fue puesto en el trono como Seleuco II.
“Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, y vendrá con ejército contra el rey del norte, y entrará en la fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará”. (Versículo 7.)	El que salió de sus raíces (Berenice, que había sido asesinada) fue su propio hermano, Ptolomeo Evergetes, quien vengó su muerte. Conquistó Siria. Trató contra Seleuco II, rey del norte, y mató a la esposa de Antíoco Teos, quien había envenenado a Berenice. Se apoderó de la fortaleza, el puerto de Antioquía.
“Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto; y por años se mantendrá él contra el rey del norte”. (Versículo 8.)	Ptolomeo Evergetes hizo exactamente como fue predicho. Regresó con 4.000 talentos de oro y 40,000 talentos de plata y 2.500 ídolos y vasijas idólatras. Muchos de estos Cambises los había llevado a Persia.

“Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra”. (Versículo 9.) (Traducción literal): “y el mismo [Rey del Norte] entrará en el reino del rey del sur, pero volverá a su tierra”. “Mas los hijos de aquel se airarán, y reunirán multitud de grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza”. (Versículo 10.) “Por lo cual se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; y pondrá en campaña multitud grande, y toda aquella multitud será entregada en su mano”. (Versículo 11.) “Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derribará a muchos millares; mas no prevalecerá”. (Versículo 12.) (Literal: “Y la multitud se levantará y su ánimo aumentará”). “Y el rey del norte volverá a poner en campaña una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá apresuradamente con gran ejército y con muchas riquezas”. (Versículo 13.) “En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán”. (Versículo 14.) “Vendrá, pues, el rey del norte, y levantará baluartes, y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir”. (Versículo 15.) “Y el que vendrá contra él hará su voluntad, y no habrá quien se le pueda enfrentar; y estará en la	En 240 a.C. Seleuco Calínico, el rey del norte, invadió Egipto. Tuvo que regresar derrotado. Su flota pereció en una tormenta. Los hijos de Seleuco Calínico fueron Seleuco III y Antíoco el Grande. Seleuco (Cerauno) III comenzó la guerra contra las provincias egipcias en Asia Menor. No tuvo éxito. El otro hijo Antíoco invadió Egipto y pasó adelante porque Ptolomeo Filopátor no se le opuso. En 218 a.C. Antíoco continuó su guerra y tomó la fortaleza de Gaza. En 217 a.C. Ptolomeo se despertó y luchó contra Antíoco el Grande con un ejército inmenso. Derrotó a Antíoco. La multitud fue entregada en manos de Ptolomeo Filopátor. El pueblo de Egipto se levantó y el débil Ptolomeo se volvió valiente. Su victoria se refiere nuevamente. Fue ganada en Rafia. Podría haber presionado su victoria. Pero no hizo uso de ella, sino que se entregó a una vida licenciosa. Así “no prevaleció”. Aproximadamente 14 años después, 203 a.C., Antíoco reunió un gran ejército, mayor que el ejército que fue derrotado en Rafia, y se volvió contra Egipto. Ptolomeo Filopátor había muerto y dejó un hijo infante, Ptolomeo Epifanes. Antíoco tenía como aliado a Felipe, rey de Macedonia. También en Egipto muchos rebeldes se levantaron. Y luego había, como leemos en Josefo, judíos malvados que ayudaron a Antíoco. Estos “hombres turbulentos de tu pueblo” establecieron la visión. Ayudaron precisamente a las cosas que habían sido predichas, en cuanto a pruebas para ellos. Todo esto se cumplió en las severas luchas que siguieron. La invasión de la tierra gloriosa por Antíoco siguió. Sometió toda la tierra a sí mismo. También estuvo

tierra gloriosa, la cual será consumida en su poder”. (Versículo 16.)	bien dispuesto hacia los judíos porque ellos se pusieron del lado de Antíoco el Grande contra Ptolomeo Epífanes.
“Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquel convenios, y le dará una hija de mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito”. (Versículo 17.)	Esto nos lleva a los años 198-195 a.C. Antíoco tenía como objetivo obtener la posesión total de Egipto. Se hizo un acuerdo. En este tratado entre Antíoco y Ptolomeo Epífanes, Cleopatra, hija de Antíoco, fue desposada con Ptolomeo. ¿Por qué se llama a Cleopatra “hija de mujeres”? Porque ella era muy joven y estaba bajo el cuidado de su madre y su abuela. El tratado fracasó.
“Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; mas un príncipe hará cesar su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio”. (Versículo 18.)	Unos años después, Antíoco conquistó islas en la costa de Asia Menor. El capitán predicho es Escipión Asiático. Antíoco había reprochado a los romanos por sus actos y fue derrotado. Esta derrota tuvo lugar en Magnesia, 190 a.C.
“Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas tropezará y caerá, y no será hallado”. (Versículo 19.)	Antíoco regresa a su propia tierra. Llegó a un fin miserable tratando de saquear el templo de Belo en Elimaida.
“Y se levantará en su lugar uno que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será quebrantado, aunque no en ira, ni en batalla”. (Versículo 20.)	Este es Seleuco Filopátor, 187-176 a.C. Era conocido como cobrador de tributos. Tenía una mala reputación entre los judíos porque era tal exactor entre ellos. Su recaudador de impuestos Heliodoro lo envenenó y así fue muerto “aunque no en ira, ni en batalla”.
“Y le sucederá en su lugar un hombre despreciable, al cual no darán la honra del reino; pero vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos”. (Versículo 21.)	Esta persona vil no es otra que Antíoco Epífanes. No tenía ningún derecho a las dignidades reales, siendo sólo un hijo menor de Antíoco el Grande. Se apoderó de los honores reales mediante engaños y con halagos. Él es el cuerno pequeño del capítulo 8.
“Las fuerzas enemigas serán barridas delante de él como con inundación de aguas; serán del todo destruidos, junto con el príncipe del pacto”. (Versículo 22.)	Tuvo éxito en derrotar a sus enemigos. El príncipe del pacto puede significar a su sobrino Ptolomeo Filométor. También venció a los generales de Filométor.
“Y después del pacto con él, engañará y subirá, y saldrá vencedor con poca gente”. (Versículo 23.)	Fingió amistad con el joven Ptolomeo pero trabajó con engaño. Para disipar sospechas vino contra Egipto con una fuerza pequeña pero tomó Egipto hasta Menfis.
“Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas	Tomó posesión de los lugares fértiles de Egipto bajo el pretexto de paz. Tomó Pelusio y puso sitio a los lugares fortificados Náucratis y Alejandría.

repartirá a sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios; y esto por un tiempo”. (Versículo 24.) “Y despertará sus fuerzas y su ardor contra el rey del sur con gran ejército; y el rey del sur se empeñará en la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición”. (Versículo 25.) “Aun los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su ejército será destruido, y caerán muchos muertos”. (Versículo 26.) “El corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa hablarán mentira; mas no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado”. (Versículo 27.) “Y volverá a su tierra con gran riqueza, y su corazón será contra el pacto santo; hará su voluntad, y volverá a su tierra”. (Versículo 28.) “Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera venida como la primera”. (Versículo 29.) “Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristarán, y volverá, y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto”. (Versículo 30.) “Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo	Este Rey del Sur es Ptolomeo Fiscón, quien fue hecho rey después de que Filométor cayó en manos de Antíoco. Tenía un gran ejército, pero no tuvo éxito, porque la traición había estallado en su propio campamento. Acciones adicionales de Antíoco y guerra, en las cuales tuvo éxito, siguieron. Los dos reyes son Antíoco Epífanés y su asociado Filométor. Hicieron una alianza contra Ptolomeo Evergetes II, también llamado Fiscón. Pero hablaron mentiras el uno al otro y no tuvieron éxito en sus planes. En 168 a.C. regresó de su expedición, y tenía grandes riquezas. Luego marchó a través de Judea e hizo sus terribles hechos. Un informe había llegado a sus oídos de que el pueblo judío lo había reportado muerto. En el primer y segundo libro de los Macabeos leemos de sus atrocidades. Luego se retiró a Antioquía. Hizo otro intento contra el sur. Sin embargo, no tuvo el éxito anterior. Las naves de Quitim son la flota romana. Cuando estaba a pocas millas de Alejandría escuchó que habían llegado naves. Fue a saludarlas. Le entregaron las cartas del senado, en las cuales se le ordenaba, bajo pena del desagrado del pueblo romano, poner fin a la guerra contra sus sobrinos. Antíoco dijo que “iría a consultar a sus amigos”; ante lo cual Popilio, uno de los legados, tomó su bastón y trazó instantáneamente un círculo alrededor de Antíoco en la arena donde estaba; y le ordenó no pasar ese círculo hasta que hubiera dado una respuesta definitiva. Como un hombre agraviado y derrotado regresó y luego cayó sobre Judea una vez más para cometer maldades adicionales. Judíos apóstatas se pusieron de su lado. Esto nos lleva al clímax de los horrores bajo Antíoco Epífanés. El registro previo de esto está contenido en el capítulo 8. Envió a Apolonio con

sacrificio, y pondrán la abominación desoladora”. (Versículo 31.)	más de 20,000 hombres para destruir a Jerusalén. Multitudes fueron asesinadas, y mujeres y niños llevados cautivos. Emitió un mandato de que todo el pueblo debe conformarse a la idolatría de Grecia. Un griego malvado fue enviado para hacer cumplir la palabra de Antíoco. Todos los sacrificios cesaron y las ceremonias dadas por Dios del judaísmo llegaron a su fin. El templo fue profanado por los sacrificios de carne de cerdo. El templo fue dedicado a Júpiter Olímpico. Así se cumplió la predicción.
“Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto; mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará. Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo. Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro; y muchos se juntarán a ellos con lisonjas”. (Versículos 32-34.)	Estos versículos describen la condición entre el pueblo judío. Había dos clases. Los que actuaban impiamente contra el pacto, los apóstatas, y los que conocían a Dios, un remanente fiel. Los apóstatas se pusieron del lado del enemigo, y el pueblo que conocía a Dios fue fuerte. Esto tiene referencia a los nobles Macabeos. También hubo sufrimiento y persecución.

Muchas más profecías cumplidas

Se podrían citar muchas otras profecías cumplidas. En el último capítulo de Daniel se hace una interesante predicción con respecto al tiempo del fin. “Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará”. [Daniel 12:4] Sir Isaac Newton, el descubridor de la ley de la gravitación, escribió sobre Daniel y expresó su creencia de que algún día las personas viajarían a una velocidad de cincuenta millas por hora. El incrédulo francés Voltaire muchos años después se rió de la afirmación de Newton y la expuso al ridículo. El tiempo del fin ha llegado y la profecía de Daniel 12:4 se ha hecho realidad.

En el Nuevo Testamento también están escritas profecías que ahora están en proceso de cumplimiento. 1 Timoteo 4:1,2; 2 Timoteo 3:1-5; 4:1-3; 2 Pedro 2; la epístola de Judas y otras Escrituras predicen la apostasía actual.

La profecía no cumplida

Como se dijo anteriormente, hay muchas profecías no cumplidas en la Biblia. El cumplimiento literal de las profecías en el pasado garantiza el cumplimiento literal de cada profecía en la Palabra de Dios. Algunas de ellas fueron pronunciadas hace varios miles de años. El mundo aún espera su cumplimiento. Que recordemos que Dios no tiene por qué apresurarse. En verdad, Él conoce el fin desde el principio. Se toma su tiempo para llevar a cabo sus propósitos eternos. Y que nosotros, su pueblo, que conocemos y amamos su Palabra, no descuidemos la profecía, porque la Palabra profética es la lámpara que alumbra en lugar oscuro.

Capítulo 81 La Venida de Cristo

Por el profesor Charles R. Erdman, Doctor en Teología
Seminario Teológico de Princeton, Princeton, Nueva Jersey

El regreso de Cristo es una doctrina fundamental de la fe cristiana. Está incorporada en himnos de esperanza; forma el clímax de los credos; es el motivo sublime para la actividad evangelística y misionera; y diariamente se expresa en la oración inspirada: “Amén; sí, ven, Señor Jesús”. [Apocalipsis 22:20]

Es peculiarmente una doctrina bíblica. No es, por un lado, un sueño de fanáticos ignorantes, ni, por el otro, una creación de teólogos especulativos; sino que es una verdad divinamente revelada, y registrada en la Biblia con marcada claridad, énfasis y prominencia.

Al igual que las otras grandes verdades de la revelación, es una doctrina controvertida. El hecho esencial es sostenido universalmente por todos los que admiten la autoridad de las Escrituras; pero en cuanto a ciertos elementos incidentales, aunque importantes, de la enseñanza, hay diferencia de opinión incluso entre los estudiantes más cuidadosos y reverentes. Toda consideración del tema exige, por tanto, modestia, humildad y abundante caridad. Según la visión familiar delineada en este escrito, la Biblia describe la “segunda venida de Cristo” como personal, gloriosa e inminente.

1. Su venida será personal

Por personal se entiende todo lo que pueda sugerirse con las palabras visible, corporal, local; y todo lo que pueda contrastarse con lo que es espiritual, providencial, figurativo. Por supuesto, la presencia espiritual de Cristo es una bendita realidad; una de las verdades más reconfortantes e inspiradoras es la enseñanza de que Cristo en verdad viene a cada creyente, por su Espíritu Santo, y mora en su interior, y lo capacita para el servicio, el sufrimiento y el crecimiento en la gracia; pero esto debe sostenerse en armonía con la otra bendita verdad de que Cristo algún día volverá a aparecer literalmente en forma corporal, y “le veremos” y entonces “seremos semejantes a él”, cuando “le veremos tal como él es”. [1 Juan 3:2]

Tampoco aquella manifestación especial del Espíritu Santo en Pentecostés cumplió la promesa del regreso de Cristo. Después de Pentecostés, Pedro instó a los judíos a arrepentirse para que Jesús, a quien por un tiempo “es menester que el cielo reciba”, pudiera ser “enviado de nuevo”; él escribió sus epístolas de consuelo basadas en la esperanza de un Señor que regresa, mientras que Pablo y los otros apóstoles inspirados, mucho después de Pentecostés, enfatizaron la venida de Cristo como el incentivo más alto para la vida y el servicio.

Según la interpretación de otros, se dice que Cristo “viene” en varios eventos providenciales de la historia, como notablemente en la destrucción de Jerusalén. Muchos suponen que esta tragedia de la historia cumple las profecías pronunciadas por Cristo en su gran discurso en el Monte de los Olivos, registrado en Mateo 24, y Marcos 13, y Lucas 21. Cuando uno combina estas predicciones, se hace evidente que la captura de la ciudad santa por Tito fue un cumplimiento real pero solo parcial de las palabras de Cristo. Como en el caso de tantas profecías del Antiguo Testamento, el evento más cercano proporcionó los colores con los que se representaron escenas y sucesos que pertenecían a un futuro lejano, y en este caso al “fin del siglo”. Cuando Jerusalén cayó, el pueblo de Dios no fue librado ni los enemigos de Dios castigados, ni la “señal del Hijo del Hombre” apareció en los cielos, como se predijo del tiempo en que Él regrese; y mucho después de la caída de la ciudad, Juan escribió en el Evangelio y en Apocalipsis acerca de la venida del Rey.

Tampoco debe confundirse la venida de Cristo con la muerte. Es cierto que este oscuro mensajero nos introduce en una experiencia que es, para el creyente, de gran bienaventuranza; “partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor”, “estar ausentes del cuerpo” es “estar presentes al Señor”; pero la muerte es

para nosotros inseparable del dolor y la pérdida y la tristeza y las lágrimas y la angustia; e incluso aquellos que ahora están con su Señor, en el gozo celestial, están esperando sus cuerpos de gloria y las recompensas y reencuentros que serán suyos en la aparición de Cristo.

Más maravillosa que las escenas en Pentecostés, más sorprendente que la caída de Jerusalén, más bendita que la morada del Espíritu o la partida para estar con el Señor, será la venida literal, visible y corporal de Cristo. Ningún evento puede parecer menos probable a la razón humana por sí sola; ningún evento es más seguro a la luz de las Escrituras inspiradas. “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá”. (Hechos 1:11; Apocalipsis 1:7).

2. Su venida, gloriosa

Esta venida de Cristo será gloriosa, no solo en sus circunstancias concomitantes, sino también en sus efectos sobre la iglesia y el mundo. Nuestro Señor predijo que regresaría “en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles”. (Lucas 9:26). Entonces Él será revelado en su divina majestad. Una vez durante su ministerio terrenal, en el monte de la transfiguración, se dio a sus seguidores un atisbo del esplendor real que había dejado a un lado por un tiempo, y en el cual volverá a aparecer.

Así como en el gran día de la expiación el sumo sacerdote se quitaba sus vestiduras habituales “para honra y hermosura” y aparecía de blanco inmaculado, cuando ofrecía los sacrificios por el pecado y entraba en el lugar santo para interceder por el pueblo que esperaba, así nuestro gran Sumo Sacerdote dejó a un lado las vestiduras de su majestad imperial cuando descendiendo del cielo asumió su ropaje de carne sin pecado, y se ofreció a sí mismo como el sacrificio perfecto y entró en los lugares santos no hechos de manos para presentarse en la presencia de Dios por nosotros; pero así como el sumo sacerdote volvía a asumir sus vestiduras de escarlata y azul y púrpura y oro cuando salía para completar su obra en presencia del pueblo, así Cristo, cuando regrese para bendecir, y para recibir el homenaje del mundo, se manifestará en su divina gloria (Hebreos 9:24-28). Así como se le apareció a Isaías en su visión, a los discípulos en el monte santo, a Saulo en su camino a Damasco, a Juan en Patmos, así aparecerá el Hijo del Hombre cuando, como prometió, sea visto “sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”. (Mateo 26:64). Nada podría ser más natural que un regreso tan triunfal del Señor resucitado y ascendido. ¡Qué imagen tan patética presentaría Cristo en la historia de la raza si, después de todas sus afirmaciones y promesas, el mundo lo viera, por último, colgado en una cruz como un malhechor, o puesto sin vida en una tumba! “Fue despreciado y desechado entre los hombres”; pero Él regresará de nuevo “con poder y gran gloria”, acompañado por miles de la hueste celestial. Como la Epístola a los Hebreos dice de manera sorprendente: “Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios”. (Hebreos 1:6).

“Vienes, oh Salvador mío,
Vienes, oh mi Rey,
En Tu belleza todo resplandeciente;
En Tu gloria todo trascendente;
Bien podemos regocijarnos y cantar:
¡Viene! en el oriente que se abre
El brillo heraldo se expande lentamente;
¡Viene! oh mi glorioso Sacerdote,
¿Acaso no oímos Tus campanillas de oro?”

Entonces Cristo reinará en gloria sobre todo el mundo. Es cierto que ahora se le ha dado “toda potestad” “en el cielo y en la tierra”, pero ese poder no se ha manifestado plenamente; “todavía no vemos que todas las cosas le estén sujetas”. Él se ha “sentado a la diestra de Dios”, pero “de ahí en adelante esperando hasta

que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies”. Él está reinando ahora, sentado en el trono de su Padre; pero este mundo sigue siendo en realidad una provincia rebelde, y Cristo aún debe sentarse en su propio trono; entonces “ante Él se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará que Él es el Señor”. (Hebreos 10:12, 13; Filipenses 2:10, 11).

Estas expresiones no necesitan ser interpretadas con una literalidad tan crasa como para sugerir que Cristo gobernará visiblemente en alguna localidad terrenal, “estableciendo en Jerusalén una corte oriental”; pero al menos significan que la venida de Cristo será seguida por el reinado universal de Cristo. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria”. (Mateo 25:31). Él determinará quién puede entrar y quién debe ser excluido de su reino. Entonces dirá: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Entonces se cumplirá su predicción: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor... Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. (Mateo 7:21-23). Él será el Juez supremo, pero también se manifestará como el Gobernante universal en su reino perfeccionado. Entonces se escucharán las voces que proclaman: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”. (Apocalipsis 11:15).

En esta gloria de Cristo sus seguidores han de compartir. La resurrección de los muertos tendrá lugar cuando Él regrese: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”. El cuerpo del creyente ha de ser así resucitado en gloria. “Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria”. En cuanto a cómo los espíritus que ahora están con Cristo han de ser unidos a sus cuerpos de resurrección, la Biblia guarda absoluto silencio; pero sabemos que esto será en la venida del Señor (1 Corintios 15:22, 23, 42, 43).

Entonces, también, los cuerpos de los creyentes vivos serán glorificados, y hechos inmortales e incorruptibles como el cuerpo de su Señor divino. “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”. (Filipenses 3:20, 21). A veces se dice descuidadamente que “no hay nada tan seguro como la muerte”; hay una cosa que es más segura; es esta: algunos cristianos nunca morirán. Una generación de creyentes estará viviendo cuando Cristo regrese, y serán trasladados, sin la experiencia de la muerte. Lo “mortal será absorbido por la vida”. Nunca serán “desnudados”, sino “revestidos” con la gloria de la inmortalidad. “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”. (1 Corintios 15:51, 52; 2 Corintios 5:4).

Entonces, también, será la bendita reunión en gloria de los seguidores resucitados y transfigurados de Cristo. “Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. (1 Tesalonicenses 4:13-18).

“Unos de la tierra, otros de la gloria,
Separados sólo ‘Hasta que Él venga’”.

El momento del regreso del Señor será, además, el momento de la recompensa de sus siervos. Al Hijo del Hombre se le compara con un hombre noble que se fue “a un país lejano, para recibir un reino y volver”.

Él ha confiado varios talentos a sus siervos con la orden de usarlos sabiamente, hasta su regreso. Cuando él “volvió, habiendo recibido el reino”, entonces él “arregla cuentas con ellos”. Se dice popularmente, y en cierto sentido es cierto, que cuando nuestros seres queridos van a estar con Cristo “han ido a recibir su recompensa”; pero hablando de manera más estricta, la recompensa completa de los bienaventurados espera la venida de Cristo. Lo que sea que signifique “ser puesto sobre mucho”, o tener “autoridad sobre diez ciudades”, la recompensa completa de los fieles es “en la resurrección de los justos” (Mateo 25:14-23; Lucas 19:11-27; Lucas 14:14).

Que el verdadero día de coronación del cristiano no es en la muerte sino en “la aparición de Cristo” fue sugerido de manera sorprendente por Pablo cuando, al darse cuenta de que iba a morir antes de que el Señor regresara, le dio a Timoteo su triunfante despedida: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”. (2 Timoteo 4:7, 8). Así, Pedro anima a los pastores a ser fieles, mediante la conocida promesa: “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria”. (1 Pedro 5:1-4). En gran medida, esta recompensa consistirá en ser transformados a una semejanza moral a Cristo. Esto es mucho más maravilloso que la transfiguración de nuestros cuerpos, pero no menos real. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. (1 Juan 3:1-3). La recompensa que espera a los seguidores de Cristo incluye además el cumplimiento de las benditas profecías que declaran que los santos reinarán con Cristo. ... “¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? ... ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?”. “Si sufrimos, también reinaremos con él”. “Yo, pues, os asigno un reino... y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel”. (1 Corintios 6:2, 3; 2 Timoteo 2:12; Lucas 22:30). Lo que sea que denoten promesas tan llenas de asombro y misterio, no significan que “los santos van a gobernar en la tierra en la carne”. Los creyentes habrán sido previamente “resucitados en gloria”, transfigurados, trasladados. Como corregentes con su Señor, pueden tener el privilegio de realizar benditos ministerios para el mundo, pero sin embargo pertenecerán a su reino inmortal y celestial. “porque son iguales a los ángeles... al ser hijos de la resurrección”. (Lucas 20:35, 36).

Tal gobierno de Cristo y de su pueblo debe asegurar una bienaventuranza sin igual para el mundo. “El fin del mundo” no significa, en la profecía, el fin de la tierra y la destrucción de sus habitantes; sino el fin del “siglo presente”, que será seguido por una era de gloria. Se predice que el “presente siglo malo” concluirá en medio de escenas de juicio de fuego sobre los enemigos de Dios, y con portentos y convulsiones que afectarán a la tierra misma; pero los resultados serán lo que se describe figurativamente como “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”. La naturaleza misma se volverá más hermosa y alegre. “toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora... será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”. (Romanos 8:21). A pesar del pecado y los fracasos del hombre, no debemos esperar la destrucción de este globo, sino una era en la que se realizará la verdadera vida plena de la humanidad, cuando todos conocerán al Señor desde el más pequeño hasta el más grande, cuando todo el arte y la ciencia y las instituciones sociales serán cristianas, cuando “no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra”. (Isaías 2:1-4). Tal época, de la que los poetas han cantado y los filósofos han soñado, tal era como los salmistas, y los profetas, y los apóstoles han prometido, despuntará en la venida del Rey. Inspirada por tal esperanza, la iglesia que espera ha aprendido a cantar:

“Ven, Señor, y no tardes;
Trae el día tan esperado;
Oh, ¿por qué estos años de espera aquí,
Estas eras de demora?
“Ven, y haz todas las cosas nuevas;
Edifica esta tierra arruinada;
Restaura nuestro paraíso marchito,

El segundo nacimiento de la creación.

“Ven, y comienza tu reinado

De paz eterna;

Ven, toma el reino para ti,

Gran Rey de justicia”.

3. Inminente

La Biblia describe además la venida de Cristo como inminente. Es un evento que puede ocurrir en cualquier tiempo de vida. Cualesquiera que sean las dificultades que implique el hecho, no hay duda de que todos los escritores inspirados y sus hermanos cristianos creían que Cristo podría regresar en su generación. Esta ha sido la actitud normal de la iglesia desde entonces. Pablo describe a los creyentes como hombres que “os convertisteis de los ídolos a Dios” y a “esperar de los cielos a su Hijo”. A los cristianos se les describe además como “los que le esperan”, y como “los que aman su venida”. En todas partes del Nuevo Testamento se les exhorta a “velar”, y a estar listos para el regreso de su Señor. Su venida es su constante aliento, inspiración y esperanza. (1 Tesalonicenses 4:10; 2 Pedro 4:8; Mateo 24:42; Marcos 13:35, 37; Lucas 21:36; Filipenses 4:5).

Sin embargo, “inminente” no significa “inmediato”. La confusión de estas ideas ha llevado a algunos escritores a afirmar que “Pablo y los primeros cristianos estaban equivocados en sus puntos de vista en cuanto al regreso del Señor”. Pero, cuando Pablo usó una frase como “que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor”, simplemente quería identificarse con sus hermanos cristianos y sugerir que, si vivía hasta que Cristo viniera, la bendita experiencia de ellos también sería la suya. No podría haber dicho, “vosotros que vivís y habréis quedado”; eso habría indicado que Pablo iba a morir primero. Esto él no lo sabía entonces. Creía que el Señor podría regresar durante su vida; nunca afirmó que lo haría.

“Inminencia”, en lo relacionado con el regreso de nuestro Señor, indica incertidumbre en cuanto al tiempo, pero posibilidad de cercanía. “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo”. (Marcos 13:33). Tales declaraciones reprenden a quienes han desacreditado la doctrina al anunciar fechas para “el fin del mundo”, y al fijar tiempos para la venida de Cristo. Así también, sugieren precaución a quienes afirman que la era actual se acerca ahora a su fin; puede ser, pero de esto no hay certeza. Estas exhortaciones bíblicas a velar parecen contradecir, también, a quienes enseñan que un “Milenio”, mil años o un prolongado período de justicia, debe intervenir entre el tiempo presente y el advenimiento de Cristo.

A quienes sostienen esta última perspectiva se les llama comúnmente “posmilenialistas”, para distinguirlos de los “premilencialistas”, quienes sostienen que el regreso de Cristo precederá e introducirá tal era de bienaventuranza universal.

La gran objeción a la postura premilenial es la aparente predicción de 2 Pedro 3, de que en la venida de Cristo, en “el día del Señor”, la tierra será destruida; no podría haber entonces lugar para un milenio. La dificultad en la teoría posmilenial es la repetida descripción de esta era presente como una de bien y mal mezclados, en la que la iniquidad, así como la justicia, continúa desarrollándose ininterrumpidamente; no hay, por lo tanto, tiempo para un milenio antes de que el Señor regrese. En cuanto al pasaje de Pedro, obviamente no es más subversivo para una de estas teorías que para la otra. Nadie puede posiblemente revisar el cuadro que el apóstol traza en sus dos epístolas, de la apostasía y el escepticismo y la impiedad que ya prevalecían y seguramente se profundizarían a medida que “el día del Señor” se acerca, y encontrar lugar alguno para un milenio previo antes de “aquel día”. Las predicciones de juicios de fuego y los consiguientes “cielos nuevos y tierra nueva” deben leerse en conexión con Isaías 65 y 66, de los cuales Pedro está citando. Se verá entonces que estas expresiones son tan figurativas que la tierra aún continúa con su vida, sus naciones, su progreso, después de que estos juicios terminan. Terribles convulsiones, y

cambios gubernamentales, sociales y cósmicos, solo introducen una era nueva y mejor. Así también, “el día del Señor” es una frase familiar, y al leer Zacarías 14 vemos que mientras que, en aquel día, el Señor viene en medio de portentos aterradores, su venida y el día mismo son seguidos por una escena de gran bienaventuranza en esta misma tierra; el Nilo todavía fluye en su curso y las naciones suben a Jerusalén para adorar. (Nótese también que en 2 Pedro 3:10 los manuscritos más antiguos no leen “quemadas”, sino “descubiertas”).

Hay otras declaraciones positivas de las Escrituras que insinúan que el milenio sigue a la venida de Cristo.

Según Daniel, es después de que el Hijo del Hombre viene con las nubes del cielo que se le da “dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran... y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo”, son “dado al pueblo de los santos del Altísimo... y todos los dominios le servirán y obedecerán”. (Daniel 7:13, 14, 27). Según los Salmos, la aparición del Señor, en llama de fuego sobre sus adversarios, prepara el camino para el establecimiento de su reino glorioso, cuando “juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud”. (Salmo 96, Salmo 97, Salmo 98, etc.). Según Pablo (2 Tesalonicenses 1 y 2), el advenimiento descrito por Daniel no es a una tierra que disfruta de paz milenial, sino que es “en llama de fuego” para destruir a un “hombre de pecado” existente, cuya carrera es la culminación de la iniquidad ya manifiesta y que continuará hasta la venida personal de Cristo. Según nuestro Señor mismo, su regreso traerá “la regeneración”, no la destrucción del mundo (Mateo 19:28; Lucas 22:28-30). Pero este gobierno de bienaventuranza es precedido por juicios que vienen “como un lazo sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra”. (Lucas 21:29-36). Según Pedro, “tiempos de refrigerio” y “la restauración de todas las cosas”, no la aniquilación del globo, vendrán con el regreso de Cristo (Hechos 3:19-21). Según Juan, la venida de Cristo (Apocalipsis 19) precede al milenio (Apocalipsis 20).

Por muy grande que pueda parecer la divergencia de opiniones entre los estudiosos de la profecía, y a pesar de las muchas variedades de opinión entre los representantes de las dos escuelas que se han mencionado de paso, los puntos de acuerdo son mucho más importantes. La principal diferencia es en cuanto al orden, más que en cuanto a la realidad de los eventos.

El gran cuerpo de creyentes está unido en la expectativa tanto de una era de gloria como de un regreso personal de Cristo. En cuanto a muchos eventos relacionados difieren; pero en cuanto a la única gran condición precedente de esa era venidera o de ese prometido regreso del Señor, hay una absoluta armonía de convicción: el Evangelio debe ser predicado primero a todas las naciones (Mateo 24:14). La iglesia debe continuar para “haced discípulos a todas las naciones... hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:19, 20).

Este es, por lo tanto, un tiempo, no para la crítica despiadada de los hermanos cristianos, sino para la conferencia amistosa; no para disputar sobre opiniones divergentes, sino para la acción unida; no para la afirmación dogmática de programas proféticos, sino para el humilde reconocimiento de que “en parte conocemos”; no para soñar ociosamente, sino para la tarea inmediata de evangelizar un mundo perdido.

Para tal esfuerzo, ninguna verdad es más inspiradora que la del regreso de Cristo. Ninguna otra puede hacernos considerar con menos apego las cosas del tiempo, ninguna otra es más familiar como motivo bíblico para la pureza, la santidad, la paciencia, la vigilancia, el amor. Fortalecidos por esta bendita esperanza, avancemos con celo apasionado hacia la tarea que nos espera:

“¡Hasta que sobre nuestra naturaleza redimida
El Cordero por los pecadores inmolado,
Redentor, Rey, Creador,
En bienaventuranza regrese para reinar!”

Capítulo 82 ¿Es el Romanismo Cristianismo?

Por T. W. Medhurst
Glasgow, Escocia

Soy consciente de que, si me propongo probar que el romanismo no es cristianismo, debo esperar que me llamen “intolerante, duro, falto de caridad”. Sin embargo, no me intimido; porque creo que de una correcta comprensión de este tema depende la salvación de millones de personas.

Una razón por la cual el papado ha ganado últimamente tanto poder en Gran Bretaña e Irlanda, y sigue ganando poder, es que muchos protestantes lo ven ahora como una forma de verdadero cristianismo; y piensan que, por esa razón, a pesar de grandes errores, debe ser tratado muy tiernamente. Muchos suponen que en la época de la Reforma, fue reformado, y que ahora está mucho más cerca de la verdad de lo que estaba antes de ese tiempo. Sigue siendo, sin embargo, el mismo; y, si se examina, se encontrará que es tan diferente del cristianismo real, y tan hostil a él, que, de hecho, no es cristianismo en absoluto.

El cristianismo, tal como se revela en los escritos sagrados, es la salvación por Cristo. Nos lo presenta a la vez como un hombre perfecto, el Dios eterno, el Dios-Hombre Mediador; quien, por designación del Padre, se convirtió en un sustituto para todos los que le fueron dados. Enseña que por Él la justicia de Dios fue magnificada, y su misericordia hecha manifiesta; que, para todos los que confían en él, él cumplió la ley, y trajo una justicia completa; y que solo por esto pueden ser justificados ante Dios. Enseña que su muerte fue un sacrificio perfecto, e hizo completa satisfacción y expiación por sus pecados, de modo que Dios no les imputa ningún pecado, sino que les da un perdón libre y completo; que Él ha ascendido a la diestra de Dios, y ha enviado al Espíritu Santo para ser su único Vicario y Representante en la tierra; que Él es el único Mediador entre el Dios justo y el hombre pecador; que es solo por el Espíritu Santo que somos convencidos de pecado, y llevados a confiar en Jesús que todos los que confían en Él, y le obedecen con la obediencia de la fe y el amor, son salvos, y, siendo salvos, son hechos “reyes y sacerdotes para Dios”, y tienen “vida eterna” en Él.

Este es el cristianismo, el cristianismo que los apóstoles predicaron. Pero al lado de los apóstoles, Satanás también salió, y predicó lo que Pablo llama “un evangelio diferente”. Pablo no quiso decir que se llamara “un evangelio diferente”; sino que así como Satanás “engañó a Eva con su astucia” (2 Corintios 11:3), así algunos, mientras profesaban enseñar el Evangelio, estaban apartando a los hombres “de la sincera fidelidad a Cristo”; y al hacerlo, de hecho, enseñaban “un evangelio diferente”. Pablo, hablando de aquellos que fueron así engañados, dijo: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo”. Él quiere decir que no puede haber más que un solo Evangelio, aunque a alguna otra cosa se le llame el evangelio; y dice de aquellos que así habían pervertido “el Evangelio de Cristo”: “Si alguno os predica diferente evangelio... sea anatema” (Gálatas 1:6-9). Llama a los que lo hicieron “falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo”; y añade: “Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:13-15).

Consideremos bien el significado de estos pasajes de las Escrituras. Pablo dice que no puede haber otro Evangelio; la conclusión, por tanto, es evidente, que estos maestros no eran maestros del cristianismo, sino de un engaño satánico.

Sostengo que la enseñanza de Roma es al menos tan diferente de la de los escritos sagrados como la que Pablo llama “un evangelio diferente”; y que, por tanto, sus palabras nos autorizan a decir que el romanismo no es cristianismo.

Primero, el cristianismo consiste en lo que Cristo ha enseñado y mandado en las Escrituras. Pero el romanismo ni siquiera profesa estar fundado solo en las Escrituras: reclama el derecho de apartarse de lo que está contenido en ellas –un derecho a añadir a las Escrituras lo que se transmite por tradición; y tanto apartarse de como añadir a las Escrituras mediante la promulgación de nuevos decretos. Prohíbe la copa al pueblo, por ejemplo, en lo que llama “la misa”, y sin embargo admite que no les estaba prohibida al “principio de la religión cristiana” (Concilio de Trento, Sesión 21, cap. 2). Dice que los concilios y el papa han sido facultados por el Espíritu Santo para hacer decretos mediante los cuales, en realidad, las doctrinas entregadas por Cristo son enteramente anuladas. Para mostrar hasta qué punto se ha hecho esto, que el lector intente rastrear el efecto completo de lo que Roma enseña en cuanto a la regeneración bautismal, la transubstanciación, la justificación mediante los sacramentos y las obras hechas por nosotros, la invocación de los santos –cosas que se oponen enteramente a la enseñanza de Cristo.

Los cánones del Concilio de Trento, que sesionó a intervalos desde 1545 hasta 1563, pueden llamarse la Biblia del romanismo. Fueron traducidos al inglés, tan recientemente como 1848, por un sacerdote católico romano, bajo la aprobación del Dr. Wiseman. El Concilio nos dice que un fin para el que fue convocado fue “la extirpación de las herejías”. ¿Cuál es, entonces, según él, el estándar de la verdad? Nos dice que Roma recibe Las Sagradas Escrituras y “Las tradiciones no escritas... conservadas en sucesión continua en la Iglesia Católica, con igual afecto de piedad y reverencia” (Sesión 4); también que “nadie puede atreverse a interpretar las Sagradas Escrituras” de una manera contraria a esa “iglesia; a la cual corresponde juzgar respecto al verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras”; ni nadie puede interpretarlas “de una manera contraria al consentimiento unánime de los padres” (Sesión 4).

Cristo nos manda “Examinadlo todo” (1 Tesalonicenses 5:21); “Escudriñad las Escrituras” (Juan 5:39); a cerciorarnos por nosotros mismos, como hicieron los de Berea, si lo que escuchamos concuerda con lo que leemos en las Escrituras (Hechos 17:11). Nos manda “Retén la forma de las sanas palabras”, pronunciadas por Él mismo y sus apóstoles (2 Timoteo 1:13); a “contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 3). Pero Roma dice: “Que nadie se atreva a hacerlo” –que todos los “príncipes cristianos... hagan (a los hombres) observar” nuestros decretos (Sesión 16), ni “permitan” que sean “violados por los herejes” (Sesión 25). El romanista no debe atreverse a tener una opinión propia; su mente debe existir en el estado de total postración y esclavitud; no debe intentar entender las Escrituras por sí mismo. Y si otros lo intentan –si se atreven a recibir la enseñanza y hacer la voluntad de Cristo, en lugar de recibir ficciones y obedecer mandamientos de hombres, que subvierten y destruyen por completo la verdad y la voluntad de Jesús, Roma manda al gobernante civil a reprenderlos; y, mediante el uso de multas, encarcelamiento y muerte, a obligarlos, si es posible, a renunciar a lo que Dios les requiere que mantengan y sigan, incluso hasta la muerte.

La Biblia, toda la Biblia, nada más que la Biblia, es la norma y la regla del cristianismo. Conocer su significado por nosotros mismos, recibir su enseñanza, confiar en sus promesas, confiar en su Redentor, obedecerle por el deleite del amor, y negarse a seguir otra enseñanza, es el cristianismo en sí mismo. Pero el romanismo niega todo esto; y por tanto, el romanismo no es cristianismo.

Segundo: Cristo nos mandó a mostrar “mansedumbre” hacia aquellos que se oponen a nosotros (2 Timoteo 2:25). Él dice: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

Pero el romanismo enseña a los hombres a odiar, y, si son capaces, a perseguir hasta la muerte a todos aquellos que no lo reciban. sus obras han sido diabólicas y asesinas. Está “ebria de la sangre de los santos”. Ha inscrito en las páginas de la historia advertencias que apelan a la razón y a los sentimientos de todas las generaciones. Una advertencia tal es lo que se cuenta del 24 de agosto de 1572. En ese día los protestantes de París fueron dedicados a la matanza por miembros de la iglesia papal. Por la única ofensa de ser

protestantes, miles fueron asesinados. Las calles de París corrieron con sangre; por todas partes gritos y gemidos, se mezclaban con el clamor de las campanas, el choque de las armas, y los juramentos de los asesinos. El rey, Carlos IX; se puso de pie, se dice, en una ventana, y, de vez en cuando, disparó a los fugitivos. Toda forma de culpa, crueldad y sufrimiento, hizo que esa temible noche fuera espantosa y aterradora. Nunca, en ninguna ciudad, que profesadamente haya sido puesta bajo la influencia del cristianismo, hubo tal deleite en la sangre y el crimen. Podría usted decir: “¿Por qué recuerda las atrocidades de un tiempo tan remoto?”. Yo respondo: Porque esta acción recibió la aprobación de la iglesia de Roma como una demostración meritoria de fidelidad a los preceptos y doctrinas romanas. Cuando se recibieron en Roma las noticias de este asesinato en masa, se dispararon los cañones del Castillo de Sant’ Angelo, la ciudad se iluminó y el Papa Gregorio XIII y sus cardenales fueron en procesión a todas las iglesias, y ofrecieron acciones de gracias en el santuario de cada santo. El Cardenal de Lorena, en una carta a Carlos IX, llena de admiración y aplauso por la sangrienta acción, dijo: “Lo que ha logrado ha sido tan infinitamente superior a mis esperanzas, que nunca me habría atrevido a contemplarlo; sin embargo, siempre he creído que las acciones de su Majestad aumentarían la gloria de Dios, y tenderían a inmortalizar su nombre”.

Algunos dicen que Roma ha dejado de perseguir. Pero esto no es un hecho; ni en cuanto a sus acciones, ni a sus reglas de acción. Ella afirma que es incambiable, inalterable; que es infalible, y no puede alterarse, excepto en la medida en que la necesidad, o los planes para el futuro, puedan requerirlo; y con frecuencia ocurren hechos que prueban que la persecución todavía es aprobada por ella. Roma tiene poco poder ahora; su espíritu perseguidor se mantiene en suspenso por un tiempo; pero todavía está allí. Cuando está libre de restricciones, no conoce otra forma de tratar con las diferencias de opinión que mediante el potro, la hoguera, el tornillo para pulgares, la bota de hierro, la daga del asesino, o una masacre al por mayor. Que todos los que valoran su libertad, todos los que aman la verdad tal como es en Jesús no tengan comunión con tales obras de las tinieblas, ni con los que las hacen. Mostremos que no tenemos ninguna simpatía por un espíritu tan cruel; y que amamos los nombres y la memoria del noble ejército de mártires de la Reforma; de aquellos que sellaron su fe con su sangre; de aquellos que murieron para liberar a su país y a su posteridad de la esclavitud de Roma.

Estoy de acuerdo con el Dr. Samuel Waldegrave, cuando dice que, “La Convocación del clero inglés hizo sabiamente, cuando, en los días de Isabel, promulgaron que cada iglesia parroquial del país debía ser provista de una copia del libro de los Mártires de Foxe”; y que sería bueno si hubiera una copia de él “en cada casa, sí, en cada mano”; porque “Roma está trabajando, con esfuerzo redoblado, por la subyugación de Gran Bretaña”, y “el pueblo ha olvidado que ella es una sirena que encanta pero para destruir”.

Tercero: En cuanto al sacrificio de Cristo, el cristianismo enseña que Él fue “ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Hebreos 9:28); que aquellos que son santificados por su sacrificio lo son “mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10); que “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”, o hechos santos (Hebreos 10:14): estos pasajes declaran que el sacrificio de Cristo se ofreció una vez por todas, para nunca repetirse. Pero Roma declara que Cristo es sacrificado de nuevo, cada vez que la cena del Señor, a la que ella llama “la misa”, es celebrada; y que aquellos que la administran son sacerdotes sacrificadores.

El Concilio de Trento (Sesión 22) dice: “Por cuanto en este divino sacrificio, que se celebra en la misa, se contiene y se inmola de manera incruenta a aquel mismo Cristo, que una vez se ofreció a Sí mismo de manera cruenta, en el altar de la cruz, el santo sínodo enseña que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio, y que, por medio de él, se efectúa que obtengamos misericordia y hallemos gracia en la ayuda oportuna, si nos acercamos a Dios, contritos y penitentes, con un corazón sincero y fe recta, con temor y reverencia. Porque el Señor, apaciguado por la oblación del mismo, y concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona incluso crímenes y pecados atroces. Porque la víctima es una y la misma, el mismo que ahora ofrece por el ministerio de los sacerdotes, que entonces se ofreció a Sí mismo en la cruz, siendo

diferente sólo la manera de ofrecer”. El sínodo ordena el uso de luces, incienso y las vestiduras tradicionales; también que los sacerdotes “mezclen agua con el vino”.

En el capítulo 9, canon 1, el sínodo dice: “Si alguno dijere que en la misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio; o, que el ser ofrecido, no es otra cosa sino que Cristo se nos da a comer; sea anatema”.

En el canon 3, decretó que: “Si alguno dijere que el sacrificio de la misa es sólo un sacrificio de alabanza y acción de gracias; o que es una simple conmemoración del sacrificio consumado en la cruz, pero no un sacrificio propiciatorio; o que aprovecha sólo a quien lo recibe; y que no debe ser ofrecido por los vivos y los muertos, por los pecados, las penas, las satisfacciones y otras necesidades; sea anatema”.

El Cristo del romanismo es uno que es sacrificado una y otra vez para la remisión de los pecados tanto de los vivos como de los muertos; por los que están vivos, y por los que están en el purgatorio. ¿Es este el Cristo del cristianismo?

En el canon 1 de su 13ª Sesión, el sínodo dice: “Si alguno negare que, en el sacramento de la santísima Eucaristía, se contienen verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente todo Cristo, sino que dijere que sólo está allí como en señal, o en figura, o por su poder; sea anatema”.

El Cristo de la Biblia, y del cristianismo, está en el cielo “a la diestra de Dios”, donde “vive siempre para interceder por los que se acercan a Dios por medio de él”. (Romanos 8:34; Colosenses 3:1; Hebreos 7:25); ni vendrá en forma corporal a la tierra nuevamente hasta que aparezca por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan (Hebreos 9:28; 2 Tesalonicenses 1:10). Pero el Cristo del romanismo está sobre los altares de Roma; se dice que es traído allí por el hechizo mágico de sus sacerdotes, y que está allí en la forma y figura de una hostia. ¡Qué temible blasfemia! El sacerdote pronuncia ciertas palabras, hace la consagración solemne, y luego eleva la hostia. Pruébela: es hostia; tóquela: es hostia; mírela: es hostia; huélala: es hostia; analícela: es hostia; pero el sacerdote afirma, el Concilio de Trento afirma, el romanismo afirma, las pobres víctimas del engaño afirman, mientras se inclinan ante ella: “¡Este es nuestro Cristo, nuestro Dios!”. Aquí está el clímax de esta superstición: exhibe para la persona de Cristo un pedazo de pan: ¿Es ese pedazo de pan el Cristo de la Biblia? ¿Es cristianismo ese sistema que declara que lo es?

Cuarto: El cristianismo está en oposición directa al romanismo en cuanto al modo de justificación de un pecador ante Dios.

¿Qué dicen las Escrituras? “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”. (Romanos 3:20). “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”. (Romanos 3:28). “Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras”. (Romanos 4:6). Israel, “ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”. (Romanos 10:3, 4).

“que Dios estaba en Cristo... no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. (2 Corintios 5:19). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. (2 Corintios 5:21). “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. (Romanos 5:1). La doctrina así enseñada por el cristianismo es que todos los hombres son pecadores; que sin justificación no hay esperanza para ningún pecador; que somos justificados por la imputación de la justicia de Cristo solamente; y que su justicia se recibe por medio de la fe.

Ahora bien, ¿qué dice el romanismo? Dice que la justicia por la cual los hombres son justificados es aquella que el Espíritu Santo, por la gracia de Dios, a través de Cristo, les hace obrar por sí mismos; que se recibe

por medio “del sacramento del bautismo... sin el cual nadie jamás fue justificado”; que se recibe “en nosotros mismos”, cuando somos renovados por el Espíritu Santo; que es una justicia “impartida”, “infundida”, “implantada”, y no imputada (Sesión 6, capítulo 7). Entre las declaraciones del Concilio están estas: “Si alguno dijere que la fe justificante no es otra cosa que confianza en la divina misericordia, que perdona los pecados por amor de Cristo; o que esa sola confianza es por la cual somos justificados; sea anatema”. (Sesión 6, canon 12). “Si alguno dijere que... las buenas obras son meramente los frutos y señales de la justificación obtenida, pero no una causa del aumento de la misma; sea anatema”. (canon 24). “Si alguno dijere... que el que es justificado por las buenas obras, las cuales son hechas por él mediante la gracia de Dios y el mérito de Jesucristo, de quien él es miembro vivo, no merece verdaderamente aumento de gracia, la vida eterna”, etc. ... “sea anatema”. (canon 32). ¡Así el romanismo anatematiza la predicación del verdadero cristianismo!

Mencionaré solo una prueba más de que el romanismo no es cristianismo, aunque hay muchas otras que podrían darse.

Quinto: El cristianismo dice “hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”. (1 Timoteo 2:5), quien está a la diestra del Padre (Efesios 1:20), donde “vive siempre para interceder” por nosotros (Hebreos 7:25). El cristianismo dice que no hay más que un Mediador; que no podemos acercarnos a Dios excepto a través de Jesús.

¿Qué dice el romanismo? Cito de “un libro de devoción para cada día en el mes de mayo”, publicado por autoridad papal. “¡Grande es la necesidad que tienes de María para ser salvo! ¿Eres inocente? Aun así tu inocencia está, sin embargo, en gran peligro. ¿Cuántos, más inocentes que tú, han caído en el pecado, y han sido condenados? ¿Eres penitente? Aun así tu perseverancia es muy incierta. ¿Sois pecadores? ¡Oh, qué necesidad tenéis de María para que os convierta! ¡Ah, si no hubiera María, quizás estaríais perdidos! Sin embargo, por la devoción de este mes, podéis obtener su patrocinio, y vuestra propia salvación. ¿Es posible que una madre tan tierna pueda evitar escuchar a un Hijo tan devoto? Por un rosario, por un ayuno, a veces ha conferido gracias insignes a los más grandes pecadores. ¡Piensa, entonces, lo que ella hará por ti durante todo un mes dedicado a su servicio!”.

Aquí usted ve que María es todo; que Jesucristo no es nada. El romanismo enseña también que es correcto pedir la intercesión de todos los santos difuntos (Sesión 25). ¡Qué terrible es que los pecadores sean así alejados de Jesús, y se les impida llegar a Dios a través de Él!

El papado es enfáticamente anticristiano: es el adversario de Cristo en todos los oficios que Él sustenta. Es el enemigo de su oficio profético; porque encadena esa Biblia que Él inspiró. Es el enemigo de su oficio sacerdotal; porque, mediante la misa niega la eficacia de ese sacrificio que Él ofreció una vez para siempre en el Calvario. Es el enemigo de su oficio de rey; porque arranca la corona de su cabeza para ponerla en la del Papa.

¿Puede llamarse verdaderamente cristianismo, entonces, aquello que es lo contrario de él? ¿Puede tratarse apropiadamente como cristianismo aquello que lo odia, lo denuncia y trata de destruirlo? ¿Puede ser cristianismo aquello que prohíbe la libertad de conciencia y el derecho al juicio privado? ¿Que manda quemar la Biblia? ¿Que enseña la adoración de santos y ángeles? ¿Que hace que la Virgen María mande a Dios? ¿Que la llama la Madre de Dios y la Reina del Cielo? ¿Que hace a un lado la mediación de Cristo y pone a otros en su lugar? ¿Que hace que la salvación dependa de la confesión al hombre, y este es un confesionario tan inmundado que Satanás mismo bien podría avergonzarse de él? ¿Puede ser cristianismo aquello que condena el camino de salvación por medio de la fe, como una herejía condenable? ¿Puede ser cristianismo aquello que, por las bulas de sus papas, y decretos de sus concilios, requiere tanto a príncipes como al pueblo perseguir a los cristianos? ¿Que de hecho hace jurar a sus obispos y arzobispos que los perseguirán con todas sus fuerzas? ¿Puede ser cristianismo aquello que ha establecido y aún mantiene a la

Inquisición? ¿Aquello que ha sido tan cruel, tan sediento de sangre, que se estima en cincuenta millones el número de siervos de Cristo asesinados por ella en unos 1.200 años, dando un promedio de 40.000 al año durante ese largo período? ¡No, no puede serlo! Con voz de trueno, que los protestantes respondan: “¡No!”.

Ayudar a tal sistema es luchar contra Dios. Él exige que nosotros “resistid al diablo”. (Santiago 4:7), y que no tengamos comunión con “las obras infructuosas de las tinieblas”. (Efesios 5:11). “No hay paz con Roma”, debe estar en nuestros labios, y estar en nuestras vidas. “No hay paz con Roma”, ya sea que vista su escarlata sin disfraz, o usando el manto de un nombre protestante.

La voz del cielo (Apocalipsis 18:4): “Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas”, es prueba de que puede haber verdaderos cristianos en el cuerpo romano; pero también es prueba de que, aun estando en ella, no son de ella; y de que se esforzarán por escapar de ella, para no compartir sus pecados.

Dios nos informa que este sistema es obra de Satanás; que sus ministros se “disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras”. (2 Corintios 11:15); que es él quien aparta a los hombres “de la sincera fidelidad a Cristo”. (11:3); que es él el autor de ese “misterio de la iniquidad” que estaba obrando aun mientras los apóstoles todavía vivían, y que habría de ser revelado más adelante, y permanecer, hasta que fuera consumido por Cristo, y “destruirá con el resplandor de su venida”; un sistema que es obra de Satanás, “con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos”. (2 Tesalonicenses 2:7-10).

Que los que aman a Dios, y sin embargo tienen alguna conexión con este sistema, escuchen el mandamiento: “Salid de ella, pueblo mío”. Que en ningún grado participemos de sus pecados: que renunciemos, con un santo asco, a todos sus símbolos; desechemos, con justa indignación, toda lealtad a sus corrupciones. Que no tengamos nada de romanismo en nuestras doctrinas, sino contendamos ardientemente por la fe pura del Evangelio de Jesús. Que no tengamos nada de romanismo en nuestra disciplina. Que estemos sujetos, en todos los asuntos de fe y práctica religiosa, a la Palabra de Dios, y a ella sola. Que no tengamos nada de romanismo en nuestros servicios, en nuestros edificios, en nuestras formas, en nuestro atuendo. Porque Israel quemaba incienso a la serpiente de bronce que Moisés había hecho, Ezequías la hizo pedazos. (2 Reyes 18:4). Por la misma razón, dejemos de usar, en persona o edificio, esa forma de cruz que el romanista trata con consideración supersticiosa. “Salid de ella”.

Vosotros que buscáis la salvación, id a Jesús. A Él ha exaltado Dios para que sea Príncipe y Salvador. Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. El Padre está listo con los brazos extendidos para estrechar al hijo pródigo penitente en su abrazo. El Hijo está listo para dar un perdón gratuito, total y completo a todo pecador redimido, y para justificar a todos los que a través de Él se acercan a Dios. El Espíritu Santo está listo para santificar, renovar, instruir y ayudar a todos los que le invocan. La asamblea de pecadores salvos en la tierra está lista para daros la bienvenida para que participéis de su comunión y de sus gozos. Los ángeles están listos con las arpas afinadas y los dedos sobre las cuerdas para daros una bienvenida triunfal, y para regocijarse por vosotros con alegría. Venid tal como estáis; venid de inmediato. “Al que a mí viene, no le echo fuera” dice Cristo (Juan 6:37).

Capítulo 83 Roma, la Antagonista de la Nación

Por el Rev. J. M. Foster
Boston, Massachusetts

La Iglesia Católica Romana, tanto en las Escrituras como en la historia cristiana, figura como un sistema político-eclesiástico, la enemiga esencial y mortal de la libertad civil y religiosa, la antagonista canosa tanto de la iglesia como del estado. John Milton dijo: “El papado es una cosa doble con la cual lidiar, y reclama un poder doble, eclesiástico y político, ambos usurpados, y el uno apoyando al otro”. Consideremos unos pocos hechos innegables.

I. ROMA ES LA ANTAGONISTA DE LA NACIÓN PORQUE ES UN SISTEMA CORRUPTO Y CORRUPTOR DE FALSEDAD E IDOLATRÍA QUE CONTAMINA NUESTRA TIERRA

El cardenal Manning dijo: “La Iglesia Católica es o la obra maestra de Satanás o el reino del Hijo de Dios” (“Conferencias sobre la soberanía cuádruple de Dios”, Londres, 1871, página 171). Incuestionablemente, no es lo último. El cardenal Newman declaró: “O la Iglesia de Roma es la casa de Dios o la casa de Satanás; no hay término medio entre ellas” (Ensayos 11, página 116). Afirmamos solemnemente que ella no es lo primero. La Iglesia de Roma es la falsificación de Satanás de la verdadera iglesia de Cristo. Los paganos sacrificaban a los demonios, no a Dios. Así como Israel tomó sus ídolos de las naciones a su alrededor, la Roma Papal tomó su idolatría de la Roma pagana. Cuando las “hordas bárbaras” del norte invadieron el Imperio Romano y lo desmembraron, el obispo de Roma envió misioneros entre ellos, proponiendo una unión del cristianismo y el paganismo. Los templos y sacerdotes y ritos paganos fueron incorporados a la iglesia cristiana, y Roma se convirtió en “paganismo bautizado”. “Temían a Jehová, y honraban a sus dioses”. El obispo de Roma naturalmente tenía gran influencia entre ellos. Por sugerencia suya, la unidad perdida del Imperio Occidental fue restaurada al reconocerlo como la cabeza eclesiástica oficial. El emperador griego en Constantinopla, Focas, deseaba fortalecer su autoridad en occidente e invocó la ayuda del obispo romano. Bonifacio III vio su oportunidad y llegó a un acuerdo. Si el emperador de Bizancio lo reconocía como obispo universal, él accedería. Focas reconoció a Bonifacio III en el 606 d.C. Los paganos adoraban a los césares. Los católicos romanos rinden honores divinos al papa. Le atribuyen los nombres, títulos, atributos, palabras y obras de Dios. El nombre de Dios y sus obras le han sido atribuidos al papa por sus teólogos, canonistas, concilios y por los mismos papas. Por la autoridad del derecho canónico, el pontífice es llamado el vicegerente del Todopoderoso. Esto es traición. El segundo mandamiento prohíbe adorar a Dios mediante imágenes, y sin embargo la Roma Papal ha introducido la adoración de imágenes de la Roma Pagana, solo cambiando los nombres. La Virgen María sustituye a Venus. La imagen de Cristo toma el lugar de Júpiter. Los ídolos de los templos paganos no eran tan numerosos como los ídolos de las catedrales romanas en la actualidad. El Papa Pío IV convocó el Concilio de Trento, que emitió su credo en 1564. Este credo de Pío IV, junto con el decreto de la inmaculada concepción de la Virgen María, promulgado en 1854, y el de la infalibilidad del papa, emitido en 1870, marcan el estatus doctrinal de Roma hoy. Notemos algunos hechos con respecto a esto.

1. Roma restringe el uso de la Biblia. La cuarta regla de la congregación del “Índice de Libros Prohibidos”, aprobada por Pío IV y aún vigente, dice lo siguiente: “Ya que es manifiesto por la experiencia que si se permite que la Santa Biblia en lengua vulgar se lea en todas partes sin distinción, surge más mal que bien, que el juicio del obispo o inquisidor sea acatado a este respecto, de modo que, después de consultar con el párroco o el confesor, puedan conceder permiso para leer traducciones de las Escrituras, hechas por escritores católicos, a aquellos que entienden que no recibirán ningún daño, sino un aumento de fe y piedad de tal lectura (cuya facultad deben tener por escrito). Pero quienquiera que presuma de leer estas Biblias, o de tenerlas en su poder sin tal facultad, no será capaz de recibir la absolución de sus pecados, a menos que primero hayan entregado sus Biblias al ordinario”. Esta prohibición ha sido seguida por declaraciones posteriores. El Papa León XII, en una encíclica fechada el 3 de mayo de 1824, se dirigió a los obispos

latinos de esta manera: “También nosotros, hermanos venerables, de conformidad con nuestro deber apostólico, os exhortamos a alejar a vuestros rebaños de estos pastos venenosos (es decir, Biblias vernáculos). Reprended, rogad, instad a tiempo y fuera de tiempo, para que los fieles a vosotros encomendados (adhiriéndose estrictamente a las reglas de la ‘Congregación del Índice’) se persuadan de que, si las Sagradas Escrituras se publican indiscriminadamente en todas partes, surgirá de allí más mal que beneficio, debido a la temeridad de los hombres”. Y el camino de los laicos hacia la lectura de las Sagradas Escrituras está aún más bloqueado por el segundo artículo del credo de Pío IV: “Admito las Sagradas Escrituras en el mismo sentido que la Santa Madre Iglesia ha sostenido y sostiene, a quien corresponde juzgar el verdadero sentido e interpretación de las mismas. Tampoco las recibiré ni las interpretaré jamás sino según el consentimiento unánime de los Padres”. Como la “Santa Madre Iglesia” no publica “comentarios sobre las Sagradas Escrituras”, ni “interpretación autorizada” de las Sagradas Escrituras; y como “el consentimiento unánime de los Padres” es imposible, habiendo ellos comentado libremente, cada uno según su capacidad, el camino de los laicos a la Palabra de Dios está cerrado. La diferencia entre el protestantismo y el romanismo es que la Biblia es un libro abierto para el uno y un libro sellado para el otro. Las Iglesias Reformadas han traducido toda la Biblia a 517 idiomas y dialectos —todos los grandes idiomas troncales hablados por tres cuartas partes de los habitantes del mundo— y han publicado 300.000.000 de copias. La iglesia romana mantiene la Biblia encerrada en lengua latina. Es cierto que se publicó la Biblia de Douay, el Nuevo Testamento en 1582 en Reims, y el Antiguo Testamento en Douay en 1609. Esta es la Biblia inglesa de Roma. Pero al pueblo se le prohíbe leerla. Un distinguido romanista francés, Henri Lasserre, impresionado por el hecho de que los hijos de la iglesia conocían “el Libro divino sólo en fragmentos, sin orden lógico ni cronológico”, sacó a la luz una traducción de los cuatro Evangelios, para la cual obtuvo la aprobación del arzobispo de París y del papa. El resultado fue una venta inmediata de 100.000 copias, tan ansiosos estaban los romanistas franceses por esta obra novedosa. Pero el Índice interfirió en breve. La aprobación expresa del papa fue retirada, y la impresión y venta se detuvieron perentoriamente, bajo el pretexto de que algunos pasajes estaban traducidos de manera inexacta. Los fragmentos en latín se prefirieron como más seguros que la totalidad en un idioma que todos pudieran entender. Roma ha hecho sólo dos traducciones, y esas no espontáneamente, sino porque los investigadores insistieron en tenerlas. Estas dos son para Uganda y para Japón. El gran número de protestantes obligó a los misioneros romanos a acceder a las demandas de sus propios investigadores y conversos de que debían poseer el maravilloso Libro que sus compatriotas estaban leyendo.

2. Roma acepta los apócrifos del Antiguo Testamento. Los apócrifos surgieron de esta manera. La mayor parte de los judíos nunca regresó del cautiverio babilónico, sino que se dispersaron en muchos países. Tenían las Escrituras hebreas del Antiguo Testamento. También tenían otros escritos, producidos después de Malaquías, pero no de igual autoridad. Alrededor del año 280 a.C., Ptolomeo, el rey de Egipto, invitó a los rabinos hebreos a ir a Egipto y traducir las Escrituras hebreas al griego. Los otros escritos judíos también fueron traducidos, y utilizados por los judíos alejandrinos de la dispersión, aunque no los consideraban como parte del Antiguo Testamento. Con el transcurso del tiempo, el idioma latino reemplazó al griego en occidente y, en su ignorancia del hebreo, se hicieron traducciones latinas, no a partir del hebreo original, sino a partir de la versión griega, y los apócrifos se tradujeron con ella. La mayoría de los padres cristianos no tenían conocimiento del hebreo y leían las Escrituras en griego y latín. Ellos distinguían la Biblia de los escritos apócrifos. Así lo hizo Jerónimo en su Vulgata latina, en el 404 d.C., traducida del hebreo y el caldeo. Así lo hicieron Filón y Melitón, en el 160 d.C., y el Talmud judío del siglo V, y el gran cardenal romano Cayetano (1518) y el erudito arzobispo católico romano Jiménez de Cisneros, a quien le debemos la famosa Políglota Complutense (1517), y Josefo (quien vivió alrededor de la época de Cristo). Agustín difería de Jerónimo en cuanto a la autoridad de los apócrifos, pero Agustín no sabía hebreo y su testimonio no tiene valor. Pero ninguno de los treinta obispos en el Concilio de Trento podía leer hebreo, y sólo unos pocos sabían griego. Y, sin embargo, ese Concilio totalmente incompetente decretó que los apócrifos eran parte de la Santa Palabra de Dios, y debían ser aceptados bajo pena de anatema.

3. Roma acepta la tradición con igual autoridad que las Escrituras. El Concilio de Trento (Sesión IV): “Viendo claramente que esta verdad (salvadora) y disciplina (moral) están contenidas en los libros escritos y las tradiciones no escritas recibidas por los apóstoles de boca del mismo Cristo o de los apóstoles mismos, dictadas por el Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros, transmitidas, por así decirlo, de mano en mano”; y de nuevo: “Toda clase de doctrina que debe ser entregada a los fieles está contenida en la Palabra de Dios, la cual se divide en Escritura y tradición”. Pero tan asombrosas aseveraciones requieren de evidencia clara. ¿Dónde se encuentra la “tradición”? ¿Acaso la ha registrado y archivado Roma? ¿Dónde está su resumen y prueba para que los fieles la examinen? ¿Cómo se pone a prueba? ¿Cómo se demuestra que es necesaria? El abad Migne hizo una compilación de los decretos de los concilios y escritos de los antiguos en 220 gruesos volúmenes, y la llamó “La tradición católica”. A esto deben añadirse muchas otras obras. ¿Acaso deben excavar estas montañas de paja antes de encontrar a Cristo? Éste es el camino de mentiras de Satanás.

4. Roma tiene siete sacramentos. Este es el decreto del Concilio de Trento: “Si alguno dijere que los sacramentos de la nueva ley no fueron instituidos todos por Jesucristo nuestro Señor, o que son más o menos de siete, a saber: bautismo, confirmación, Eucaristía, penitencia, extremaunción, orden y matrimonio; o incluso que cualquiera de estos siete no es verdadera y propiamente un sacramento; sea anatema”. (Sesión VII; canon 1). La definición de sacramento dada por el Concilio fue: “Un signo visible de gracia invisible, instituido para nuestra santificación”. Pero las Escrituras enseñan que: “Un sacramento es una santa ordenanza instituida por Cristo, en la cual, mediante signos sensibles, Cristo y los beneficios del nuevo pacto son representados, sellados y aplicados a los creyentes”. Según esto, sólo hay dos sacramentos del Nuevo Testamento: el bautismo y la Cena del Señor. Los otros cinco, la penitencia, la confirmación, la extremaunción, el orden y el matrimonio, no son sacramentos. Aquí la iglesia de Roma usurpa las prerrogativas del Señor Jesucristo, la única y exclusiva cabeza de su cuerpo, la iglesia.

5. Roma enseña la transubstanciación. El Concilio de Trento (Sesión XII, capítulo 4): “Por la consagración del pan y del vino se hace una conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo nuestro Señor, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre, conversión que la santa Iglesia Católica llama, de manera conveniente y apropiada, transubstanciación”. A esto añade el Artículo V del credo de Pío IV: “En el santísimo sacramento de la Eucaristía están verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, junto con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo”. Esta doctrina, como la describió recientemente el arzobispo inglés, “depende de la aceptación de una definición metafísica expresada en términos de filosofía medieval”. La filosofía es la de Aristóteles, que intenta trazar una distinción entre “sustancia” y “accidentes”; siendo la sustancia la realidad interior en la que las cualidades o accidentes, el gusto, el olfato, la forma, el color, etc., son inherentes. Pero esto contradice el testimonio de nuestros sentidos. Es irrazonable y enteramente antibíblico.

6. Roma sacrifica la misa. Por sacrificio quieren decir “un acto de culto externo en el que se honra a Dios como principio y fin del hombre y de todas las cosas, mediante la oblación de una criatura visible, sometiéndola a una transformación apropiada por parte de un ministro debidamente cualificado” (*Cath. Dict.*, página 813). Este es su comentario sobre los sacrificios eucarísticos: “Todo lo que se incluye en la idea de sacrificio se encuentra en la Eucaristía. Existe la oblación de una cosa sensible, a saber, del cuerpo y la sangre de Cristo bajo la apariencia de pan y vino”. “Existe la destrucción mística de Cristo, la víctima, porque Cristo se presenta en el altar como en estado de muerte, a través de la separación mística entre su cuerpo y su sangre”. “En este sacrificio de acción de gracias ofrecemos a Dios el regalo más excelente que Él nos ha otorgado, a saber, el ‘Hijo en quien Él tiene complacencia’”. ¿No es esto una terrible presunción? Ellos sostienen que su sacrificio eucarístico es “uno con el de la cruz; en la cruz y en el altar tenemos a la misma víctima y al mismo sacerdote”. El Papa Pío V dijo: “Los protestantes no tienen sacrificio porque la Reforma abolió la misa”. Pero la antigua respuesta del obispo Jewel es tan cierta como siempre: “De hecho, la misa está abolida mediante la obra de gracia de Dios... Nos dijeron que en su misa eran capaces de ofrecer a Cristo, el Hijo de Dios, a Dios su Padre por nuestros pecados. ¡Oh, discurso blasfemo, y sobremanera

perjudicial para la gloriosa obra de nuestra redención! No tenemos tal clase de sacrificio. Cristo mismo es nuestro Sumo Sacerdote... por quien somos santificados, por medio de la ofrenda de Cristo hecha una sola vez, quien quitó nuestros pecados y los clavó en la cruz... Éste es nuestro sacrificio, esta es nuestra propiciación y sacrificio para todo el mundo. ¿Cómo, entonces, dice el Papa Pío que no tenemos sacrificio?”.

7. Roma niega la copa a los laicos. El Concilio de Trento pronuncia dos anatemas en cuanto a esto. Uno será suficiente. “Si alguno dijere que la santa Iglesia Católica no fue inducida por causas y razones justas a comunicar bajo la sola especie de pan, a los laicos, y también a los clérigos, cuando no consagran, sea anatema”. (Sesión XXI; canon 1, 20). Esto es antibíblico. Nuestro Señor instituyó la fiesta en el uso de ambos, pan y vino. Hasta el siglo quince ambos elementos fueron utilizados. Negar la copa a los laicos fue la culminación de muchos errores anteriores, tales como confundir el signo y la cosa significada, el sacrificio propiciatorio de la misa, el sacerdocio de los ministros y el estupendo milagro de convertir el pan y el vino en la carne y sangre reales de Cristo.

8. Roma trafica con las misas. Los sacerdotes afirman sacar almas del purgatorio por un cierto número de misas, teniendo cada una un precio determinado. No hace mucho tiempo la reina Cristina de España dejó dinero para 5.000 misas que se dirían por ella y 5.000 por su esposo. Como ningún sacerdote podía ofrecer la misa más de una vez al día, tuvieron que ser encargadas a sacerdotes rurales. Más recientemente, el abad Brugidon trató de recaudar dinero para la construcción de una iglesia en Roma recibiendo el pago por misas que se dirían cuando la iglesia estuviera terminada. Hay mucha duda de si alguna vez se construirá la iglesia, pero ya se han pagado 260.000 misas. Un número más allá del poder del abad de cumplir jamás. Tales estupendos fraudes escandalizarán el sentido moral del mundo cristiano y despertarán a la iglesia a un reconocimiento del misterio de la iniquidad en la iglesia de Roma.

II. ROMA ES LA ANTAGONISTA DE LA NACIÓN PORQUE ES UN SISTEMA POLÍTICO DE DESPOTISMO EXTRANJERO

La Roma Pagana persiguió a los cristianos. La Roma Pagana se convirtió en la Roma cristiana bajo Constantino y cesó de perseguir. La Roma nominalmente cristiana se convirtió en la Roma Papal y persiguió más severamente que antes. El papa controló los reinos de Europa durante doce siglos. ¿Cómo ganó este poder? Después de que el papa se convirtió en obispo universal, anhelaba liberarse del yugo bizantino y ejercer el poder civil él mismo. Por fin le llegó la oportunidad de realizar su ambición. Aquí está. Clodoveo el Grande entró en la Galia y destruyó el ejército romano en la batalla de Soissons en el 486. Luego estableció la monarquía francesa y se convirtió en el primero de la dinastía de reyes merovingios. La dinastía merovingia continuó doscientos cincuenta años, cuando fue reemplazada por la dinastía carolingia. El cambio se produjo así: Childerico III fue el último de los reyes merovingios, un príncipe débil e incapaz. Carlos Martel era “el mayordomo del palacio”, lo que lo colocaba junto al trono, pero no en él. Los sarracenos invadieron Francia y amenazaron la civilización europea. Carlos Martel los conquistó en una batalla de siete días entre Tours y Poitiers en el 732, y salvó a Europa del flagelo del mahometismo. El gobierno de Francia en adelante estuvo prácticamente en sus manos. Su hijo y sucesor, Pipino el Breve, deseaba destituir a Childerico III y establecerse en el trono de Francia, pero debía tener un permiso legal. Apeló al papa en Roma para obtener tal autoridad. La oportunidad del papa había llegado. Ofreció hacer lo que Pipino deseaba, siempre y cuando Pipino liberara a la Santa Sede de la dominación de Bizancio. Así que Pipino condujo a su ejército a través de los Alpes y conquistó las provincias, entró en Roma, e hizo a Esteban III un príncipe libre. El papa se convirtió en el rey de reyes en el 755. Se ciñó dos espadas, una a cada lado, emblemas de poder temporal y espiritual. Y el papa coronó a Pipino rey de Francia. Ahora, el papa deseaba revivir el antiguo Imperio Romano. En el 800 Carlomagno, el hijo y sucesor de Pipino, fue invitado a Roma y coronado por el Papa León III como “Emperador de los romanos”. A cambio de esto, Carlomagno decretó que la décima parte de todos los ingresos debía darse a la iglesia bajo las más severas penas de confiscación. Pero el papa debía tener fundamentos para tales asunciones de poder. Y así las “falsas

decretales” de Isidoro, que ahora se consideran universalmente como falsificaciones audaces y descaradas, se promulgaron entre el 847 y el 853. Y alrededor del 858 la “Donación de Constantino”, que ahora es reconocida por los romanistas como espuria, fue puesta al servicio. Éstas fueron requisadas por el Papa Nicolás I. El sistema creció cuando Inocencio III colocó la corona de hierro sobre la cabeza de Otón I en el 962, como “Rey del Sacro Imperio Romano Germánico”; cuando Hildebrando impuso el celibato a su clero inglés en 1073; cuando Adriano IV concedió Irlanda al rey Enrique II en 1156; y cuando Bonifacio VIII emitió su famosa Bula, *Unam Sanctam*, en 1303, que fue citada por el Papa Pío IX en su Encíclica de 1864, y es una buena ley canónica hoy. Aquí está su contenido:

1. Es necesario para la salvación que todo hombre se someta al papa.
2. Esta es una consecuencia necesaria del dogma de la supremacía papal.
3. Condena la aseveración por parte del Estado de cualquier poder sobre las propiedades de la iglesia.
4. El poder temporal de los príncipes cristianos no los exime de la obediencia a la cabeza de la iglesia.
5. La espada material se desenvaina por la iglesia, la espiritual por la iglesia.
5. La espada material debe cooperar con la espiritual y ayudarla.
6. El poder secular debe ser guiado por el espiritual como el superior.
7. Lo espiritual tiene preeminencia sobre lo material.
8. El poder temporal está subordinado al eclesiástico como al superior.
9. El poder temporal, si no es bueno, es juzgado por el espiritual.
10. A la autoridad eclesiástica (es decir, al papa y a su jerarquía) se aplican las palabras del profeta Jeremías: “Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar”.
11. Cuando el poder temporal se desvía, es juzgado por el espiritual.
12. Para obtener la felicidad eterna, a cada uno se le exige someterse al papa.
13. La supremacía del papa aun en las cosas temporales debe ser impuesta.
14. El papa reconoce a las autoridades humanas en su lugar apropiado, hasta que levantan su voluntad contra Dios”.

El Sacro Imperio Romano llegó a su clímax en 1164 cuando Adriano IV pisó el cuello de Federico Barbarroja, y quedó fuera de servicio en 1806, cuando Napoleón Bonaparte obligó a José II a abdicar. Cuando Víctor Manuel II entró a Roma en 1870 e hizo del Quirinal la capital de la Italia Unida, el papa se llamó a sí mismo “el Prisionero del Vaticano” y emitió una de las excomuniones más impactantes contra el conquistador: “Por la autoridad del Dios Todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y de los santos cánones y de la inmaculada Virgen María, madre y nodriza de nuestro Salvador, y de las virtudes celestiales, ángeles, arcángeles, tronos, dominios, poderes, querubines y serafines; y de todos los santos patriarcas y profetas, y de los apóstoles y evangelistas, y de los santos inocentes, quienes, ante los ojos del Santo Cordero, son hallados dignos de cantar el cántico nuevo; y de los santos mártires y santos confesores, y de las santas vírgenes y de los santos, junto con todos los santos y elegidos de Dios; le excomulgamos y anatematizamos, y de los umbrales de la santa iglesia del Dios Todopoderoso le separamos, para que sea atormentado en sufrimientos insoportables eternos, junto con Datán y Abiram y aquellos que dicen al Señor Dios: ‘¡Apártate de nosotros, no deseamos ninguno de tus caminos!’”. Y así como el fuego se apaga con el agua, así se apague su luz para siempre jamás. Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo lo maldigan. Que sea condenado dondequiera que esté; ya sea en la casa o en el campo, ya sea en el camino principal o en el sendero, ya sea en el bosque o en el agua, y ya sea en la iglesia. Que la Virgen María, San Miguel, San Juan, San Pedro, San Pablo, el coro de las santas vírgenes, lo maldigan. Que sea maldito al vivir y al morir, al comer y al beber, al ayunar y al tener sed, al dormir y al dormir, al velar y al caminar, al estar de pie o sentado, al acostarse o caminar, y al ser sangrado. Que sea maldito en su cerebro; que sea maldito en todas sus facultades; que sea maldito interior y exteriormente; que sea maldito en su cabello; que sea maldito en la coronilla de su cabeza; en sus sienes, en su frente y en sus oídos; en sus cejas, en sus mejillas, en las quijadas, en sus fosas nasales; en sus dientes delanteros y en sus muelas; en sus labios y en su garganta; en sus hombros y en sus muñecas; en sus brazos, sus manos y sus dedos. Que sea condenado en su boca, en su

pecho, en su corazón y en todas las vísceras de su cuerpo. Que sea condenado en sus venas y en su ingle y en sus muslos, en sus caderas; en sus rodillas; en sus piernas, pies y uñas de los pies. Que sea maldito en todas las coyunturas y articulaciones de su cuerpo. Desde la coronilla de su cabeza hasta la planta de su pie, que no haya en él nada sano. Que el Hijo del Dios viviente, con toda la gloria de su majestad, lo maldiga; ¡y que el cielo con todas las potencias que en él se mueven se levanten contra él, lo maldigan y lo condenen! Amén. Que así sea. Amén”.

Pero mientras el papa derramaba las copas de su ira, el ejército prusiano estaba arrasando a los franceses en Sedán y Napoleón III se rindió y el Imperio Alemán se convirtió en una unión firme. El papa excomulgó a los prelados alemanes que se negaron a aceptar el dogma de la infalibilidad del papa. Se negaron a desalojar sus parroquias y los ultramontanos intentaron expulsarlos por la fuerza. Los alemanes interfirieron y el Canciller de hierro, Bismarck, declaró en el Parlamento. “No iremos a Canossa, ni física ni espiritualmente”, y el 4 de julio de 1872, el Reichstag alemán aprobó una ley que expulsaba a los jesuitas del Imperio. Francia siguió más tarde en la separación de iglesia y estado y el destierro de las órdenes monásticas. España ha seguido el mismo ejemplo y Portugal está haciendo lo mismo. Pero Gran Bretaña y los Estados Unidos persisten en coquetear con la gran ramera del Tíber. El juramento de coronación del rey Jorge V fue modificado y se votó la “Autonomía” para Irlanda a fin de complacer al Vaticano. En los Estados Unidos tienen 11.000.000 y controlan 1.500.000 de votos de los gobiernos de las ciudades de Boston, Nueva York, Chicago y otras y tienen el noventa y cinco por ciento de los cargos municipales ocupados por Roma. La prensa del país es censurada por jesuitas romanos. El gobierno de Washington fue a Canossa cuando el presidente envió al juez Taft a Roma para consultar al papa sobre los frailes en las Filipinas, siendo la única diferencia que Enrique IV fue vestido con un tosco saco y descalzo en la nieve, de pie en la puerta tres días, mientras que Taft fue con un frac y chaleco blanco y zapatos en los pies, y fue recibido de inmediato. Pero él negoció para pagarle al papa 7.500.000 dólares por reclamos que no valían 1.000.000 de dólares en las Islas; luego 406.000 dólares por daños a las propiedades de la iglesia al sofocar una rebelión provocada y fomentada por los propios frailes. El voto sólido romano es una amenaza en nuestras elecciones nacionales. La jerarquía romana posee 300.000.000 de dólares en América. Tienen un sistema de escuelas parroquiales y exigen ruidosamente una participación en el fondo de las escuelas públicas. Su política es el refinamiento de la duplicidad. Se unen a los infieles y a los escépticos para sacar la Biblia de nuestras escuelas públicas, con el argumento de que el Estado es solo una corporación secular y no tiene derecho a enseñar moral y religión. Luego se vuelven con hipócrita angustia y exclaman: “Las escuelas públicas son ateas, su educación es peligrosa porque es secular y una educación sin moral y sin religión es incompleta y viciosa: hemos construido y equipado nuestras escuelas parroquiales para que nuestros niños puedan tener una educación en la que la moral y la religión tengan su lugar apropiado y su debida proporción de atención; por lo tanto exigimos, como una cuestión de justicia, que los fondos de las escuelas públicas sean compartidos con nosotros para aligerar esta carga que nos vemos obligados a llevar”. Pero la respuesta que el pueblo orgánico debería devolver es: “Este es un Estado cristiano; el sistema de escuelas públicas es su agencia para edificar una ciudadanía cristiana; la moral y la religión, en la medida en que sean esenciales para el cumplimiento de las funciones de la ciudadanía cristiana, se enseñarán en nuestras escuelas públicas; y los fondos escolares no se dividirán”. Mientras el cardenal Gibbons puede tener al presidente Taft y su gabinete, los jueces de la Corte Suprema, senadores y representantes asistiendo a misa en la Catedral Católica Romana en Washington, a los grandes partidos políticos compitiendo por el voto sólido romano en las elecciones nacionales, y a nuestra política nacional en las Filipinas dictada por el Vaticano, Roma puede razonablemente esperar capturar nuestras escuelas públicas a través de la política educativa filipina. Pero nuestro bendito Señor está en el trono y su causa prevalecerá.

Capítulo 84 Las Doctrinas que Deben Enfatizarse en el Evangelismo Exitoso

Por el evangelista L. W. Munhall, Maestría en Teología, Doctor en Teología
Germantown, Filadelfia, Pensilvania

En primer lugar, ¿qué constituye el evangelismo exitoso? Algunos responderán: “Grandes audiencias, predicación elocuente y música conmovedora”. Pero yo respondo: “Podemos tener todo esto y no tener un evangelismo real; así como podemos tener un evangelismo exitoso sin ellos”.

Otros responderán: “Cualquier movimiento que añada un gran número a la membresía de las iglesias”. Yo respondo: “Podemos tener un evangelismo exitoso y que no se añadan muchos a las iglesias; y, podemos tener un gran número de personas añadidas a la membresía de las iglesias sin un evangelismo exitoso”.

Aún otros responderán: “Una obra o esfuerzo que traiga a la iglesia personas que se mantengan firmes”. Yo respondo: “Podemos tener miembros añadidos a la iglesia que perseveren, y que la obra, evangelísticamente, no sea exitosa; y podemos tener una obra evangelística altamente exitosa y que las incorporaciones a las iglesias provenientes de ella no perseveren por mucho tiempo”. Consideremos brevemente tres puntos:

Primero: No importa cuán grande sea la multitud, cuán elocuente sea la predicación y cuán conmovedor sea el canto, si las condiciones ordenadas por Dios no se cumplen plenamente, el fracaso es inevitable. Aunque estas cosas son de valor, son prescindibles. Se han logrado grandes éxitos sin ellas.

Segundo: He conocido no pocas campañas evangelísticas que han sido exitosas, como tales, en un grado notable, y una o más iglesias identificadas con ellas, supuestamente, recibieron solo unos pocos miembros, o ninguno, a partir del movimiento. Se unieron al movimiento por motivos equivocados. No estaban preparadas para la obra; eran formales, mundanas y carecían de espiritualidad; no tenían fe. Al no aportar nada de valor a la obra, no obtuvieron nada de ella. O bien, no se le dio el seguimiento adecuado a la obra.

Además, he conocido no pocas campañas evangelísticas ampliamente publicitadas y exhaustivamente organizadas, en las que el mero sentimentalismo era mucho más evidente que el Espíritu Santo, y se apelaba a las lágrimas con más frecuencia que al intelecto y a la conciencia; y un gran número de personas fueron añadidas a la membresía de las iglesias colaboradoras, sin que supieran absolutamente nada de la obra regeneradora del Espíritu Santo.

Tercero: He conocido a no pocas personas que han sido miembros fieles de la iglesia durante muchos años y que nunca han nacido de nuevo: “tenían nombre de que vivían, y estaban muertos”. Hay muchas iglesias llenas de vida, y aparentemente con grandes éxitos, debido a asuntos humanitarios, educativos y sociales en los que participan, y a los entretenimientos que ofrecen de vez en cuando; y algunos de los miembros que dedican más tiempo y dinero a estas cosas, y que más se enorgullecen de ellas, están espiritualmente muertos.

También, he conocido personas que eran, sin duda, salvas y sinceras, que se unieron a la iglesia como resultado de una campaña evangelística, que corrieron bien por un tiempo y luego se apartaron; y el apartamiento se le atribuyó injustamente a la campaña. La verdadera causa puede haber sido una o más de las siguientes razones: Primero, la atmósfera de la iglesia no era agradable, siendo poco espiritual y fría. Esto es de vital importancia para los “niños en Cristo”. Segundo, en no pocos casos los pastores, en lugar de “apacentar la iglesia de Dios”, con “la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis”, eran como los mencionados en el capítulo veintitrés de Jeremías; o han convertido sus púlpitos en plataformas de conferencias, y los miembros que iban en busca de pan recibieron una piedra; y en muchos casos se fueron tras falsos maestros que les prometieron lo que necesitaban, y lo que deberían haber recibido en

casa. Tercero, el ejemplo positivamente malo dado por una gran mayoría de los miembros de la mayoría de las iglesias, en el sentido de que de manera evidente fallan en cumplir sus solemnes obligaciones con Dios y con la iglesia.

Y hay aún otras razones para el apartamiento de los débiles e inexpertos.

Pero nuevamente se pregunta: “¿Qué constituye el evangelismo exitoso?”. Yo respondo: “Predicar el Evangelio de acuerdo con las condiciones y direcciones divinas”. En la gran comisión, según la relata Mateo, Jesús dijo: “Haced discípulos a todas las naciones”. Hacer discípulos, es lo que la palabra “enseñar” significa aquí. Marcos lo expresa con estas palabras: “Predicad el evangelio a toda criatura”. Lucas lo declara así: “y que se predique en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones”. Y en Hechos 1:8, Jesús dijo: “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

Las condiciones

¿Cuáles son las condiciones? Primero, **el discipulado**. Jesús comisionó solo a los tales. Uno debe conocer, experimentalmente, el poder y el gozo del Evangelio antes de ser competente para contarlo.

Segundo, **el poder**. A los discípulos se les dijo: “quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto”. Puesto que los apóstoles y discípulos de nuestro Señor, que asistieron personalmente a su maravilloso ministerio y presenciaron sus maravillosas obras, no estaban calificados para el testimonio y el servicio sin el poder de lo alto, nosotros, con toda seguridad, debemos tener ayuda divina. “Separados de mí nada podéis hacer”.

Tercero, **la fe**: puesto que el Todopoderoso ha dicho: “Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”, el proclamador no necesita tener recelos en cuanto al resultado, sabiendo muy bien que “fiel es el que prometió”.

Las direcciones

¿Cuáles son las direcciones? Primero: “**Id por todo el mundo**” y contadlo “a toda criatura”. El campo es el mundo entero; y las buenas nuevas son para cada alma humana.

Segundo, debe ser “**predicado**”. El predicador enviado por Dios es un *kerux*: un heraldo. No tiene un mensaje propio. Es el mensaje del Rey lo que debe proclamar. De acuerdo con la ley heráldica, si el heraldo sustituía aunque fuera una palabra propia por la del rey, era decapitado. Si esta ley se aplicara en estos días, muchos predicadores perderían la cabeza; de hecho, muchos han perdido la cabeza, a juzgar por el tipo de mensajes que están entregando.

Tercero, **el predicador debe ser valiente**, un testigo: un *martus*, un mártir. Todos los apóstoles, al igual que nuestro Señor, fueron al martirio por proclamar fielmente la Palabra de Dios. El maestro dijo: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán”. Y: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas”. Pablo dijo: “pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo”. La mente del hombre natural es enemistad contra Dios; por lo tanto, los no salvos exigen del predicador: “No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras”; y muchos en autoridad en la iglesia valoran enormemente la sutileza. Debido a esto, se requiere un valor tan sublime en estos días para hablar fielmente la Palabra de Dios como el que mostró Micaías, cuando se paró ante Acab, Josafat y los cuatrocientos profetas mentirosos; o Simón Pedro cuando

dijo a los amenazadores y coléricos gobernantes de Israel: “porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”. Nunca hubo tanta necesidad de intrepidez por parte del siervo de Dios como en estos días; hombres valientes y verdaderos, que no recibirán honores de los hombres, ni buscarán lo suyo, son absolutamente necesarios para el evangelismo exitoso.

El mensaje

Ahora bien, en cuanto al mensaje en sí: a Timoteo se le ordenó “haz obra de evangelista”; y, al hacerlo, “que prediques la palabra... con toda paciencia y doctrina”. [2 Timoteo 4:2] La predicación doctrinal es, por lo tanto, necesaria para el éxito evangelístico. Pero, ¿qué doctrinas? Respondo, primero, el pecado: su universalidad, naturaleza y consecuencias.

(a) **Universalidad.** “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron, * por la transgresión de uno solo reinó la muerte... por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, * por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores”, etc. (Romanos 5:12-21). Véase también Salmos 51:5; 58:3; Eclesiastés 7:20; Romanos 3:10; 1 Juan 1:8, 10, etc.

(b) **Naturaleza.** Hay numerosas palabras en la Biblia que se traducen como pecado; y estas palabras significan iniquidad, ofensa, transgresión, fracaso, error, extraviarse, hacer pecar, y errar al blanco. En 1 Juan 3:4 se nos dice que “el pecado es infracción de la ley”. La palabra traducida como infracción es anomia, y significa falta de ley. La falta de conformidad con la ley es tan ciertamente pecado como lo es violar los mandamientos de Dios. La incredulidad es pecado. (Juan 16:9; 3:18).

En Génesis 6:5 se nos dice: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”, y en Génesis 8:21: “el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud”. La palabra traducida como designio e intento en estos pasajes significa también los deseos y propósitos del individuo. Por lo tanto, la culpa reside en los deseos y propósitos tan ciertamente como en el acto. La ley común requiere que uno haya cometido un acto abierto de violación antes de poder ser juzgado culpable. Pero de acuerdo con la ley divina, uno es culpable aunque nunca haya cometido un acto abierto, ya que la culpa reside en los deseos y propósitos del corazón. “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Juan 3:15). “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7). A causa de “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida”, toda boca se cierra y todo el mundo es culpable ante Dios. (Romanos 3:19).

El Creador todopoderoso y soberano es infinito en santidad. Por lo tanto, su “ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”. El pecado es ruinoso, atroz y condenatorio: la cosa más espantosa del universo.

(c) **Consecuencias.** El pecado separa y aleja al pecador de Dios; y se convierte en enemigo de Dios por malas obras (Romanos 8:7), no tiene paz (Isaías 57:21), no tiene descanso (Isaías 57:20), está contaminado (Efesios 4:17-19), condenado (Juan 3:18), y sin esperanza (Efesios 2:12). ¡Oh, la maldición y la ruina del pecado!

Si no se arrepiente y no cree, el futuro le depara, primero, **un juicio inexorable y terrible**. (Véase Mateo 25:30-46; Hebreos 9:27; Judas 14, 15; Apocalipsis 20:11-13; 22:11-15). Segundo, **la ira de Dios**. (Véase Esdras 8:22; Salmos 21:9; Juan 3:36; Romanos 1:18; 2:5; 4:15; 5:9; 12:19; 13:4; Efesios 2:3; 5:6; Colosenses 3:6; 1 Tesalonicenses 1:10; Apocalipsis 6:16, 17; 14:10; 16:19; 19:15, etc.). Y tercero, **tormentos eternos**. (Véase Salmos 11:6; Isaías 33:14; Daniel 12:2; Mateo 3:12; 22:11-13; 23:33; 25:41,

46; Marcos 9:43, 48; Lucas 12:5; 16:22-31; Juan 5:28, 29; 2 Tesalonicenses 1:7-9; Hebreos 10:28, 29; 2 Pedro 3:5-12; Apocalipsis 19:20; 20:14, 15; 21:8, etc.)

El predicador que ignora estas tres verdades terribles e inexorables predica un evangelio castrado, por muy fiel que sea al proclamar otras verdades. El que predica el amor de Dios excluyendo la justicia y la ira de Dios no proclama más que un sentimentalismo inútil. Nadie deseará verdaderamente la salvación a menos que primero se dé cuenta de que hay algo de lo que debe ser salvo. “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase” (Hebreos 11:7); todo lo cual simboliza la condición, la necesidad, el motivo y la esperanza del pecador. De ninguna manera se puede exponer el amor de Dios de manera tan clara, hermosa y convincente como en el hecho de que Dios le aclara al pecador su condición y peligro, y luego le muestra la vía de escape, habiéndola provisto Él mismo, en su gran misericordia, a un costo infinito. Ahora, en este punto el Evangelio entra como verdaderas buenas nuevas, mostrando el amor de Dios por el pecador.

El motivo supremo de la obra expiatoria de nuestro Señor fue **su infinito amor por nosotros**. El objeto supremo que se tenía en vista era salvarnos de la ruina eterna. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16). Nuestro Señor, mientras estuvo entre los hombres, tuvo mucho más que decir sobre la condenación de los que finalmente no se arrepienten que sobre el amor y el cielo. ¿No es sabio y seguro seguir el ejemplo de aquel que dijo: “y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió”.? [Juan 14:24] ¿Cómo puede un ministro esperar razonablemente tener éxito evangelístico si no imita al maestro en este aspecto?

“Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano”. (Ezequiel 33:8).

Segundo, **la redención a través de la sangre de Jesús**. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. (Isaías 53:6). “El Hijo del Hombre [...] vino [...] para dar su vida en rescate por muchos”. (Marcos 10:45). “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”. (1 Pedro 3:18). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. (2 Corintios 5:21). “porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”. (Romanos 10:4). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”. (Gálatas 3:13). “y que no sois vuestros [...] Porque habéis sido comprados por precio”. (1 Corintios 6:20. Véase también Levítico 17:11; Hebreos 9:22; Mateo 20:28; 26:28; Juan 3:14, 16; Romanos 3:24-26; 5:9; 1 Corintios 1:30; 10:16; 2 Corintios 5:14-21; Efesios 1:7; 2:13-17; Colosenses 1:14, 19-22; 1 Timoteo 2:6; Hebreos 9:12-14, 24-26; 10:19; 13:12; 1 Pedro 1:2, 18, 19; 2:24; 1 Juan 1:7; Apocalipsis 1:5; 5:9; 12:11). Sobre ninguna otra base más que la cruz puede el pecador ser justificado y reconciliado con Dios. Si la obra expiatoria de nuestro Señor no fue vicaria, entonces los sacrificios, ordenanzas, tipos y símbolos de la antigua dispensación carecen de sentido y no tienen valor. La teoría de la influencia moral de Bushnell está muy bien para el santo; pero la expiación no tiene valor para el pecador si no es sustitutiva.

Hace más de treinta años, en Denver, Colorado, conocí a un anciano ministro congregacional, quien fue pastor en Hartford, Connecticut, durante el pastado del Dr. Horace Bushnell en la misma ciudad. Él me contó esto: “Pasé una hora con el Dr. Bushnell el día antes de que muriera. Entonces me dijo: ‘Doctor, temo mucho que algunas cosas que he dicho y escrito sobre la expiación puedan resultar engañosas y causar un daño irreparable’. Él estaba acostado boca arriba con las manos entrelazadas sobre el pecho. Se quedó allí con los ojos cerrados, en silencio, por unos momentos, y su rostro indicaba gran ansiedad. Inmediatamente, abriendo los ojos y levantando las manos, dijo: ‘Oh, Señor Jesús, Tú sabes que espero misericordia únicamente a través de Tu sangre derramada’”.

Tercero, **la resurrección**. “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. [...] aún estáis en vuestros pecados”; y “Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho”. (1 Corintios 15:14-20). Jesús fue “declarado Hijo de Dios con poder [...] por la resurrección de entre los muertos”. (Romanos 1:4). Por lo tanto, los apóstoles y discípulos fueron a todas partes predicando “a Jesús y la resurrección”. (Véase Hechos 2:24-32; 3:15; 4:2, 10, 33; 5:30; 17:18, 32; 23:6; 24:15, 21; 1 Corintios 15:3-8; 1 Pedro 1:3-5). “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. (Romanos 4:25). “por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades”. (1 Pedro 3:22). “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”. (Hebreos 7:25).

Cuarto, **la justificación**. “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. (Romanos 3:24, 25, 26). “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él”. (Colosenses 1:21, 22). “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica”. (Romanos 8:33), porque “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús [...] porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”. (Romanos 8:1, 2). Los creyentes “no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. (Romanos 6:14) y pueden decir con regocijo, judicialmente, por supuesto: “pues como él es, así somos nosotros en este mundo”. (1 Juan 4:17).

Quinto, **la regeneración**. El hombre no cristiano está espiritualmente muerto (Romanos 5:12), y debe nacer “de nuevo”, o “no puede ver el reino de Dios”. (Juan 3:3).

Richard Watson definió la regeneración como “Ese cambio poderoso en el hombre obrado por el Espíritu Santo, mediante el cual se rompe y se abole el dominio que el pecado tiene sobre él en su estado natural, y el cual él deplora y contra el cual lucha en su estado presente; de modo que con plena elección de voluntad y la energía de los afectos correctos, sirve a Dios libremente y corre por el camino de sus mandamientos”.

Aquel que recibe a Jesús como Salvador y Señor es hecho “participante de la naturaleza divina”. (Juan 1:12, 13; 2 Pedro 1:4): “nueva criatura [creación] es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”. (2 Corintios 5:17).

El Método

El siguiente es el método: Las palabras del Evangelio “son espíritu y son vida”. (Juan 6:63). Si el pecador arrepentido las recibe en su corazón y en su vida para creerlas y obedecerlas (Santiago 1:21); el Espíritu Santo, operando a través de ellas, logra el nuevo nacimiento (Santiago 1:18), y él será “renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”. (1 Pedro 1:23). Salvo, “por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”. (Tito 3:4-7. Véase también Juan 1:12, 13; Gálatas 6:15; Efesios 2:1-3; Colosenses 2:13, etc.).

Sexto, **el arrepentimiento**. El arrepentimiento significa un cambio de mente; y este cambio de mente es producido por el Espíritu Santo, a través del conocimiento de la condición, las necesidades y el peligro del pecador, mediante el cual el pecador es convencido “de pecado, de justicia y de juicio”. (Juan 16:8), y es inducido a rendirse total, inmediata e irrevocablemente a Dios. (Véase Mateo 9:13; Marcos 6:12; Lucas 13:2-5; 24:47; Hechos 2:38; 3:19; 17:30; 26:20; Romanos 2:4; 2 Corintios 7:9, 10; 2 Timoteo 2:25; 2 Pedro 3:9).

Séptimo, **la conversión**. La conversión significa dar la vuelta o volverse hacia. Cuando el pecador no salvo es convencido de pecado y resuelve apartarse de sus transgresiones y encomendar sus caminos al Señor, se ha arrepentido; y cuando actúa sobre esa resolución y se entrega a Dios en una sumisión absoluta de sí mismo, se ha convertido. (Véase Salmos 19:7; 51:13; Mateo 18:3; Hechos 3:19; Santiago 5:19, 20).

Octavo, **la fe**. Hasta que el pecador cambie de opinión con respecto a su relación con Dios, y resuelva con todo su corazón hacerlo, su fe es vana, aún está en sus pecados; pero, cuando se arrepiente sinceramente y se vuelve a Dios, y cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo, su fe es del corazón y para justicia. (Romanos 10:9, 10. Véase también Hebreos 11:6; Romanos 10:17; Gálatas 5:22; Efesios 2:8; Gálatas 3:6-12; 2:16-20; Romanos 4:13-16; 3:21-28; Hechos 16:30, 31; Juan 6:47).

Noveno, **la obediencia**. La fe es un principio vital. “Si no tiene obras, es muerta en sí misma”. (Santiago 2:17, 18). Se requieren dos cosas del creyente, inmediatamente después de su profesión de fe en Jesús como Salvador y Señor, a saber, la confesión verbal y el bautismo en agua. “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. (Romanos 10:10. Véase también Salmos 107:2; Mateo 10:32, 33; Romanos 10:9; 1 Juan 4:15, etc.). “El que creyere y fuere bautizado, será salvo”. (Marcos 16:16). El creyente no es salvo porque sea bautizado; sino que es bautizado porque es salvo. Somos salvos únicamente por medio de la fe, pero no por una fe que está sola, porque la “fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”. El bautismo en agua es una ordenanza divinamente establecida mediante la cual el creyente testifica al mundo que murió con Cristo y que ha resucitado juntamente con Él, morada de Dios en el Espíritu. (Véase Mateo 28:19, 20; Hechos 2:38, 41; 8:12, 13, 16, 36, 38; 9:18; 10:47, 48; 16:15, 33; 19:5; 22:15, 16; Romanos 6:3, 4; Colosenses 2:12; 1 Pedro 3:21; 1 Juan 2:3; 3:22).

Décimo, **la seguridad**. La salvación de la muerte espiritual por el nuevo nacimiento, y de la culpa del pecado en la justificación, sigue inmediatamente al “arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe”. (Efesios 2:8). “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”. (1 Juan 5:13). Aquí se afirma que hay ciertas cosas en la Palabra de Dios mediante las cuales el creyente debe saber que tiene vida eterna. Aquí hay algunas de ellas: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”. (Juan 5:24). “El que tiene al Hijo, tiene la vida”. “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios”. (1 Juan 5:12, 13. Para confirmación, véase 1 Juan 2:3; 3:14, 24; 4:20, 21; etc.).

“Y [...] en él es justificado todo aquel que cree”. (Hechos 13:39) —una obra terminada. Así lo enseña uniformemente la Biblia. Al creer estas palabras de seguridad, uno encuentra paz y gozo. Es tarea del predicador dejar claro este asunto a los conversos, para que puedan estar anclados de manera segura y firme; y “para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. (Colosenses 2:2, 3).

Hay algunas otras doctrinas, de carácter persuasivo, como el amor, el cielo, la esperanza y las recompensas, que pueden enfatizarse con provecho en una campaña evangelística; pero, las que he enumerado con toda seguridad serán respaldadas por Dios en la salvación de las almas, si se proclaman como se debe.

Al recorrer las iglesias como lo hago, encuentro que tres cosas son cada vez más ciertas. Primero, que un gran número de ministros y personas están despertando al hecho de que la llamada “nueva teología” y los métodos modernos son completamente estériles en resultados espirituales. El profesor A. H. Sayce dijo una vez: “La alta crítica no salva almas”. Segundo, debido a este hecho indiscutible, muchísimos están volviendo de nuevo a las doctrinas de la fe histórica, pues se ve que todavía son practicables y producen resultados como en tiempos pasados. Tercero, un gran número de ministros están viendo que su ministerio es un fracaso a menos que resulte en la salvación de almas. Ellos realmente se sienten como lo hacía el difunto Henry Ward Beecher. Mientras dirigía una campaña evangelística en el Tabernáculo de Brooklyn, un día me encontré con el Sr. Beecher. Mientras sostenía mi mano derecha con sus dos manos, me dijo: “Escuché que están teniendo una gran bendición en sus reuniones con el Dr. Talmage. Desearía mucho que pudiéramos tenerlo para una campaña en la Iglesia de los Hermanos Libres”. Temblaba mientras sostenía mi mano. Luego dijo: “Pero me temo que mi congregación no lo soportaría”. Después, tras dudar por unos minutos, añadió: “Me gustaría ver un avivamiento del Espíritu Santo a la antigua usanza en la Iglesia de Plymouth antes de partir de aquí”. Entonces se derrumbó y lloró como si su corazón se fuera a romper... Tres semanas después, hasta el día exacto, su cuerpo fue sepultado en la tumba.

La vida y la oportunidad son nuestras. Los hombres están muriendo, y el mundo entero yace en el maligno, perdido en la ruina del pecado. La redención es un hecho consumado y la salvación es posible para todos. Hemos sido elegidos para proclamar el mensaje de vida y esperanza; y se nos asegura un éxito glorioso si somos fieles; si somos infieles, hubiera sido mejor que nunca hubiéramos nacido.

Capítulo 85 El Evangelismo Pastoral y Personal, o Cómo Ganar Hombres Para Cristo Uno por Uno

Por el Rev. John Timothy Stone, Doctor en Teología
Chicago, Illinois, Exmoderador, Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, EE. UU.

La historia del evangelismo es la historia específica de la cruz de Cristo. Los grandes movimientos y avivamientos han conformado gran parte de su historia general, pero lenta y silenciosamente a través de los años y siglos, el Evangelio ha triunfado, a medida que hombres y mujeres han llevado a sus semejantes al arrepentimiento y han seguido, mediante el precepto y el ejemplo, las huellas de su Señor.

Jesucristo ganó a la mayoría de sus seguidores y eligió a sus apóstoles uno por uno. Él llamó a los hombres hacia Sí mismo, y ellos escucharon y atendieron su llamado. Las multitudes lo buscaban y lo escuchaban con gusto, pero Él buscaba a las personas de forma individual, y esas personas buscaban a otras y las llevaban a Él. Juan el Bautista dijo: “He aquí el Cordero de Dios”, y Andrés, su discípulo, lo escuchó y lo siguió. Andrés encontró a su propio hermano Simón y lo llevó a Jesús. Al día siguiente, Jesús encontró a Felipe y le pidió que lo siguiera; Felipe encontró a Natanael y respondió a sus dudas con la misma respuesta que el Salvador había dado antes: “Ven y ve”. El maestro llamó a Mateo de su indigno trabajo, y de la misma manera a los otros apóstoles. Saulo de Tarso fue detenido por el llamado individual y divino mientras continuaba con su intensa y aterrador campaña contra los primeros cristianos. A su pregunta: “¿Quién eres, Señor?”, le siguió su completa rendición cuando preguntó: “¿qué quieres que yo haga?”.

A lo largo de aquellas primeras décadas de la iglesia primitiva, y a través de los siglos, el trabajo personal por los individuos ha progresado y logrado resultados. ¡En qué gran medida los Evangelios, los Hechos y las Epístolas verifican este hecho! Incluso la maravillosa obra de Felipe en Samaria no fue el plan inmediato de Dios, sino que el Espíritu lo envió más allá de Jerusalén, al desierto de Gaza, para que pudiera ganar al eunuco etíope para Cristo, y a través de él, sin duda, a innumerables multitudes de África. Los viajes y esfuerzos misioneros de Pablo estuvieron llenos de servicio personal. Sus cartas están llenas de mensajes personales. Algunas de sus cartas más importantes, como Filemón, y las dirigidas a Timoteo y Tito, están escritas y dirigidas a individuos. Cómo ganó a Onésimo en Roma, y la carta a Filemón que resultó de ello, es una de las experiencias más efectivas y hermosas registradas en toda la Palabra de Dios.

Dios ha usado a los hombres poderosamente para alcanzar a vastas multitudes de personas, incluso desde los días de su propio ministerio y los días de Pedro y sus compañeros en Pentecostés. Aun en este tiempo, doscientos años después de su ministerio sin paralelo, recordamos a George Whitefield, quien a veces predicaba a treinta mil personas al aire libre, y ganó a sus miles y decenas de miles. Recordamos a las vastas multitudes que fueron alcanzadas por nuestros propios Moody y Sankey; notamos a las grandes audiencias que acudían a escuchar al Sr. Spurgeon, semana tras semana, año tras año. Los fuertes evangelistas de nuestra propia generación verifican ante nuestros propios ojos el honor que Dios otorga a aquellos a quienes da un poder tan notable. Pero nuestro pensamiento se remonta al gran método universal que nuestro propio Señor instituyó: el de alcanzar al individuo a través de su prójimo.

El Todopoderoso podría haber organizado su plan divino de tal manera que Él mismo, sin ayuda humana, pudiera detener y reclutar seguidores como lo hizo con Saulo de Tarso, pero ese no fue su plan. A través del hombre Él alcanzaría a los hombres. Los medios humanos de poder deben realizar su obra maravillosa. El hombre debe ir, en el poder de su Espíritu, “por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. Y su promesa fue segura y permanente: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días”. [Mateo 28:20]

El Espíritu Santo de Dios

El primer requisito para ganar hombres para Cristo debe ser la presencia y el poder del Espíritu Santo. “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría”. [Juan 16:7] Con su presencia “mayores obras” que las obras de Cristo haremos. “recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos”. [Hechos 1:8] Vivir en el poder del Espíritu Santo de Dios, y saber que Él está presente y que nos guiará, es en sí mismo una garantía de un servicio gozoso y exitoso. El Espíritu constantemente “os recordará todo lo que os he dicho”, y por lo tanto no debemos estar ansiosos por las palabras que vamos a decir, ya que Él nos dirigirá y hablará por nosotros y a través de nosotros.

Muchas veces tenemos miedo y nos sentimos avergonzados, pero este no será el caso si estamos constantemente bajo la influencia del Espíritu de Dios. “Él os guiará a toda la verdad”. “Porque no hablará por su propia cuenta”, [Juan 16:13] sino que glorificará a Cristo. Lo que decimos en debilidad, Él lo usará con poder, y “mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”. Siempre podemos dar por sentada su preparación, porque Él no nos envía, sino que nos llama. Su palabra no es “Id”, sino “Ven”. Así siempre estaremos alertas a las oportunidades de decir las cosas que Él quiere que digamos, y nuestras palabras y pensamientos serán los que Él sugiera y honre. Seremos nutridos constantemente por su Palabra en nuestro interior, y equipados con su espada para una protección sostenida y un ataque agresivo. Si su Palabra permanece en nosotros, nunca seremos débiles en el cuerpo, ni estaremos sin preparación y sin armas. Su Espíritu también nos dará valor y resistencia, y el valiente que tiene estabilidad y paciencia no necesita temer a lo inesperado ni al oponente agresivo. El Espíritu de Dios también prepara a la persona a la que debemos acercarnos, y está trabajando en su corazón así como en nuestras palabras.

La oración es también un factor real en nuestras vidas, y vivimos en su presencia mediante el verdadero método conversacional de compañerismo. Así como Dios nos habla a través de su Palabra, nosotros hablamos con Él en oración, y el lugar y el entorno tienen poca importancia relativa, ya que siempre estamos con Él y Él con nosotros. La palabra que decimos y el acto que realizamos son la expresión de Él mismo, y la impresión seguramente será de Él también, porque nuestra asociación con Él lleva a otros a su presencia a medida que se comunican y se asocian con nosotros. Podemos orar antes, después y mientras hablamos con otros, y hacerlo de manera tan natural e impulsiva que realmente podemos vivir en la atmósfera de la oración sin hipocresía y sin pretensiones. Y la oración se convertirá cada vez más en un poder en nuestro trabajo a medida que nos acerquemos a los individuos desde la misma presencia del Dios invisible pero no desconocido. El resultado es seguridad y confianza, y nos sorprendemos gratamente de nosotros mismos al descubrir que nuestra felicidad no depende tanto de la evidencia de nuestro éxito como de la conciencia de nuestra fidelidad.

También buscaremos ganar a otros para Cristo para que ellos también puedan ser usados por su Espíritu y asociarse con Él, en lugar de simplemente obtener la salvación; no por lo que nosotros podemos hacer por ellos, sino por lo que el Espíritu de Dios puede y hará con ellos.

El Espíritu de Dios también nos guiará a obtener de otros las experiencias y métodos por los que han pasado para aprender a hacer este trabajo para Él; por lo tanto, las conferencias y el testimonio adquirirán nueva vida y ganarán un interés más agudo. Pasaremos por alto las pequeñeces, y la grandeza de Dios se verá en la confianza que Él deposita en aquellos que ganan a otros para Él. La crítica dará paso a la apreciación y la sugerencia a expresiones de gratitud. Veremos en los demás lo que Dios ve, y dejaremos de ver lo que habíamos visto antes a modo de falta y error. También aprenderemos a llevar las cosas difíciles a Dios en oración en lugar de llevarlas a los hombres en controversia, y nos sorprenderemos al descubrir cuántos se ajustan fácilmente por nosotros.

El Espíritu de Dios también nos impulsará a pasar períodos más largos a solas y a pensar seriamente en los asuntos y valores más grandes de la vida. La oración será menos general y más específica e individual. Las almas significarán más, y las cosas menos. Las vidas se volverán más atractivas y fascinantes, y los libros,

periódicos e historias solo controlarán nuestro interés cuando estén relacionados con vidas que puedan ser influenciadas por Él y para Él.

La última estrofa de “En el secreto de su presencia” plantea la verdadera pregunta:

“¿Te gustaría conocer el secreto de la dulzura del Señor?
Ve y escóndete bajo su sombra; esta será entonces tu recompensa.
Y cada vez que dejes el silencio de ese feliz lugar de descanso,
Debes sentir y llevar la imagen del maestro en tu rostro”.

Este será el resultado, y otros serán ganados por ti cuando vean en tu propio rostro el reflejo de Cristo, porque su Espíritu mora en ti.

La Biblia

Un segundo elemento sumamente necesario para ganar hombres para el maestro es el conocimiento y el uso apropiado de la Palabra de Dios. Debemos ser obreros que no tienen de qué avergonzarse, que trazan bien la palabra de verdad. El uso de la Biblia es el arma de avance más grande para Cristo. El obrero que conoce su Biblia la leerá constantemente en busca de fortaleza y la aplicará al tratar con los inconversos. No discutirá con los hombres, ni hablará sobre la Palabra de Dios, sino que explicará con ella y hará referencias a ella repetidamente. Una Biblia abierta ante y con un investigador casi siempre significa conversión y crecimiento espiritual a continuación. Cuando trate con su sujeto, pregúntele si alguna vez ha considerado lo que dice la Biblia sobre el punto en discusión. Por ejemplo, un hombre le dice que no le da mucho crédito a lo que usted ha estado diciendo sobre la necesidad de la cruz; le parece algo absurdo. No se enoje, pero responda amablemente que no lo culpa en absoluto; de hecho, Pablo mismo escribe, en su primera carta a los Corintios, que los hombres se sentirán exactamente de esa manera. Dígale que aprecia su franqueza, y mientras tanto saque su Nuevo Testamento del bolsillo o tómelos de la mesa, y busque el pasaje en Primera de Corintios, uno, dieciocho; o mejor aún, entréguele a él otra copia de la Biblia abierta en ese lugar, y lea de su propia copia: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”. Luego, antes de que se enoje o se preocupe por esa palabra “pierden”, pídale que note en el mismo contexto el versículo veintiuno, justo debajo: “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”. Estos pasajes al menos captarán su atención y, de manera inconsciente, lo interesarán un poco en leer la Biblia él mismo.

Recuerdo bien una experiencia un tanto parecida a esta sugerida, que ocurrió en mis visitas parroquiales hace años. Estaba hablando en la oficina de un hombre que era un incrédulo confeso, cuando hizo una crítica similar de un sermón anterior que había escuchado. Seguí el curso descrito, y después de leer los versículos, comentó sobre su aplicación y me dijo que “investigaría los escritos paulinos”. Más tarde se convirtió en un asistente bastante regular en la iglesia, y a veces venía a nuestra clase bíblica.

Desde un capítulo como ese, yo llevaría a un hombre al segundo capítulo, el cual atrae a uno desde la primera oración: “fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”. Luego lea el versículo cinco: “para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”. [1 Corintios 2:5] Luego el versículo nueve, con su maravillosa visión: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. [1 Corintios 2:9] Este versículo resultará ser una ventana para muchos hacia escenas más allá.

Pregúntele a un hombre que duda del amor de Dios por él si alguna vez ha considerado cuidadosamente que su salvación no descansa tanto en su confianza en su propia creencia como en la confianza de Dios en

él. Dígame que la fe crece con el uso y la acción. Pídale que ore: “Creo; ayuda mi incredulidad”. [Marcos 9:24] Vaya a Hebreos, once uno, y léalo de la Versión Revisada (Revised Version), la cual es mucho más contundente en este versículo: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Luego continúe con este gran “capítulo de la fe”. Deténgase y medite en algunas de las referencias, si eso añade al interés. Recuerde tener una Biblia abierta frente a su compañero mientras lee. Leerle a un hombre no ayudará a un oyente, pero leer junto con usted sí lo hará. Deje que el ojo ayude al oído y hágalo personal permitiéndole que lo siga mientras lee. Tal vez en ocasiones pídale que lea algún versículo que necesite énfasis, y luego usted lo comenta, pidiéndole que siga leyendo.

Si un hombre no entiende cómo Dios puede amarlo, no lo discuta, sino vaya a Primera de Corintios, al capítulo trece, y léalo lenta y reflexivamente. Siempre comience ese capítulo con el último versículo del capítulo doce: “Mas yo os muestro un camino aun más excelente”. Cambie la palabra “caridad” por “amor”. Cuando llegue al versículo cuatro, intercale un comentario como este: “¿Alguna vez ha leído algo más maravilloso que esto?: ‘El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor’”. Bueno, cada versículo de este maravilloso capítulo se volverá más y más impresionante a medida que uno sigue leyendo. Luego lea hasta el primer versículo del capítulo catorce, que nos da la admonición: “Seguid el amor; y procurad los dones espirituales”. Pregúntele a un hombre si un logro como este no vale la pena. Antes de que responda, vaya a Juan tres, dieciséis: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. [Juan 3:16-17]

En otras palabras, gane a un hombre mediante el amor de Dios. Antes de que pueda preguntar de nuevo, pídale que busque, o mejor aún, tome su Biblia y busque por él, el capítulo quince de Lucas, y comenzando con el versículo once, lean juntos la parábola del Hijo Pródigo. Luego, rápida y fácilmente, pase a Primera de Juan, el capítulo tres: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”. Siga leyendo un poco en ese capítulo, y luego pase al capítulo cinco y lea allí. Luego pase a Apocalipsis tres, veinte, y lea: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y él a mí, y entrará, y saldrá, y hallará pastos”.

Cuéntele, en relación con este versículo, la historia de Holman Hunt, el gran artista que pintó “La luz del mundo”. Describa la pintura hasta que la recuerde, de Cristo de pie ante la puerta enrejada, llamando, sosteniendo una linterna en la otra mano, mostrando el amor distante en el ojo del maestro que el interés de su pensamiento estaba dentro de la cabaña. Cuéntele cómo Holman Hunt, después de que la pintura había sido terminada, llamó a un artista amigo para que criticara la pintura. Su amigo, después de escudriñar la pintura, dijo: “Pero no has puesto un pestillo en la puerta”. “No”, respondió el gran pintor, refiriéndose a este versículo, “el pestillo de esta puerta está en el interior. ‘He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta’”. [Apocalipsis 3:20]

Muestre cómo Cristo respeta la vida humana al llamar y no forzar su entrada, y cómo si el individuo abre, Él entrará y morará allí.

Si tiene a alguien abrumado con un sentido de su propia culpa y pecado, pase a Isaías uno, dieciocho: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. [Isaías 1:18] Luego pase a Romanos siete y ocho y lea con él desde el versículo catorce. Personalmente he conocido a más hombres alcanzados por estos capítulos que por cualquier otro. Son una especie de fotografía o espejo para la mayoría de los hombres de sus propias vidas. Solo note ese versículo quince: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago”. Luego el versículo diecisiete: “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí”. Siga leyendo, versículo tras versículo, hasta llegar a ese poderoso versículo, el once del capítulo ocho. Entonces tendrá que detenerse.

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”.

Este versículo inspirará a la mayoría de los hombres que lo necesitan. Saca a un hombre de sí mismo. Hay un poder de vida real en su verdad. La emoción y el anhelo tienden a surgir especialmente después de que un hombre se ha dado cuenta de lo que el pecado está haciendo en y por él. He conocido a muchos hombres que miran HACIA ARRIBA a ese versículo y preguntan si sería posible para ellos alcanzar tal cosa. Por supuesto que puede. Ese versículo once, conducido correctamente por lo que le precede, despertará a casi cualquier corazón. Luego lleve a un hombre directamente al capítulo doce: “Así que, hermanos, os ruego”.

Dígale a su hombre cómo los primeros once capítulos de Romanos son la teoría del gran tema de Pablo de la “justificación por la fe”, y que ahora en el doce tenemos lo práctico, de ahí el “así que”. “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Cuéntele a un hombre la gloria del sacrificio, y lo que significa vivir ese tipo de vida, sujeto a la voluntad de Dios. Pase luego a Efesios tres, el versículo catorce, y lea la gran oración de Pablo con él, diciéndole que quiere que sepa cómo un hombre que sintió esas verdades de Romanos podía orar por otros hombres. Luego lea toda esa oración, Efesios tres catorce, hasta el versículo veintiuno. Vuelva a leer los versículos veinte y veintiuno. Este versículo nos llevará a nuestras rodillas, y eso significa victoria. Consideremos en este sentido el tema de:

La oración

No calculamos el lugar y el poder que tiene la oración para ganar a otros para Cristo, la oración por otros en intercesión, y la oración con otros al llevarlos individualmente a la misma presencia de Dios.

Primero, la oración por ellos. Sin importar cuál sea su método o su falta de método, lleve a Dios en oración a aquellos por quienes está trabajando. Ore por ellos por su nombre; ore para que pueda acercarse a ellos correctamente y apelar a ellos con sabiduría divina. Ore para que pueda ponerse en su lugar, y ser paciente así como sabio con ellos. Ore para que pueda dirigirse a la Escritura correcta, y usar las ilustraciones apropiadas, para ayudarlos. Ore para que pueda llevarlos a Jesús en lugar de hablarles acerca de Él. Ore para que sean receptivos y estén dispuestos. Ore para que sus pecados no les impidan dar lo mejor de sí mismos a la consideración de este tema de suma importancia. Ore para que puedan ver en usted ese interés vital y sinceridad real que verdaderamente los despertará. Ore para que sus compañeros y su entorno no resulten ser una barrera o un obstáculo para ellos. Ore para que pueda conversar con ellos sobre lo esencial y no pierda el tiempo en asuntos poco importantes y relativos.

Ore para que no sea tímido o descuidado, sino valiente, claro y exacto. Ore para que la simpatía humana y el amor le influyan a mostrar su corazón y su alma para tocar y derretir sus corazones. Ore para que le llegue justo la oportunidad favorable, y para que esté listo para usarla. Ore más que nada por el poder del Espíritu Santo con usted.

Luego, en segundo lugar, ore con el individuo. Después de que la Escritura haya tenido su oportunidad, y se deba tomar una decisión, haga que su amigo se ponga de rodillas, y pídale que decida después de que usted haya derramado su corazón a Dios por y con él. He conocido a más hombres que se han rendido de rodillas que en cualquier otro lugar. Justo en el momento adecuado, cuando esté genuinamente impulsado por un motivo amoroso y sincero, su mano colocada sobre su hombro puede ayudarlo a tomar la decisión. Hacerle saber a alguien que lo ama por amor a Cristo rompe muchos corazones. Al orar de esta manera, no

importa cuán frío haya estado su corazón, sentirá que hay tres presentes en lugar de dos, y el tercero es el Salvador de los hombres.

Cuando ore con aquel por quien está trabajando, sea muy específico y claro en su petición. Luego pídale que ore por sí mismo. Si no puede, formule la oración por él, y pídale que la repita. Llévelo en ese mismo momento y lugar a una decisión si es posible, y selle la ocasión con oración de nuevo. Ore frecuentemente entre preguntas, si es guiado a hacerlo. Recuerde que el destino de un alma humana está en la balanza. Derrame su alma a Dios y trabaje con Cristo por esa alma. Cuando nada de lo que uno pudiera decir, citar o argumentar ayudaría o convencería, he visto a hombres rendirse de rodillas y ponerse de pie felices y confiados en Cristo. A veces, un pecado sutil y no confesado acecha en la mente o el corazón, y eso impide la decisión. De rodillas en oración, esto es propenso a ser rendido, y la vida liberada de los grilletes de la culpa oculta.

A veces, un espíritu implacable es la causa de la demora. No hay lugar tan seguro para superar la amargura o el odio como el lugar de oración. Llevar la vida humana al lugar de oración traerá poder divino a la obra, y conquista donde usted podría fracasar.

Otra forma de oración por el individuo puede usarse anotando en una lista o tarjeta los nombres de aquellos por quienes está orando. Tenemos en nuestra propia iglesia una pequeña tarjeta que se distribuye ocasionalmente en el servicio de oración y en otras reuniones espirituales, la cual se titula “Lista de oración”. En ella hay espacios para nombres, y una línea en blanco para el nombre del firmante y la fecha. Una pequeña nota al pie de página indica que se puede enviar por correo una copia de la tarjeta al pastor, aunque no es obligatorio ni se presiona para ello. La lista es para el cristiano individual, una oración definida por un alma definida. Muchas de estas tarjetas me son entregadas, y así nos unimos en oración por estas almas. Es un método real para unir al pastor y a las personas en oración por los individuos.

Una lista de oración que incluya a todos sus amigos es un método sumamente inspirador y útil. Alguien a quien usted ve cada día estará junto en orden alfabético a un misionero en el centro de la India o en Japón. Los problemas del hogar estarán a veces junto a esperanzas muy lejanas, y el mundo entero entra a su propia habitación a través del poder de la oración. A medida que pasan los años, muchos de cuyos nombres están allí ante usted se entregan a Dios, y surgen muchos motivos de gratitud. En días pasados, yo rompía una tarjeta cuando el corazón se rendía a Dios, pero ahora dejamos la tarjeta igual, porque sin duda uno necesita oración después de la conversión tanto como antes, para que abunden el crecimiento y la gracia. La oración por los individuos también hace que uno esté alerta cuando se abren oportunidades para hablarles, y dirige correctamente la conversación en esos momentos. También nos libera de la divagación mental y la perplejidad en la oración. Nos volvemos específicos y muy definidos, y aprendemos a pedir aquellas cosas que realmente queremos. La amistad y el compañerismo significan más cuando nos damos cuenta de que nos estamos encontrando a través de Cristo en el trono de la gracia, y los individuos son conscientes de un poder mayor que el del habla humana cuando saben que usted está orando por ellos.

Recientemente, cuando un hombre se rindió a Cristo, él respondió, cuando su amigo le dijo que había orado por él durante mucho tiempo: “Bueno, sabía que algo me estaba influenciando, porque me he sentido infeliz e insatisfecho hasta ahora, y no era natural para mí estar preocupado por mí mismo”.

La oración es, entonces, un medio sumamente efectivo y poderoso para ganar a otros.

También deberíamos orar más en nuestras expresiones públicas por el resultado inmediato y directo de nuestra predicación; para que las almas se conviertan; para que los corazones sean detenidos en el pecado y se vuelvan a Dios. El Dr. Maltbie Babcock solía orar por un veredicto en ese mismo momento y lugar, para que las almas se rindieran durante ese mismo servicio. Cuando una congregación siente que un

predicador realmente espera resultados, ellos también comienzan a esperarlos y orar por ellos. Si el alma tiene hambre de almas, entonces tanto la oración pública como la privada las reclamarán.

Método y medios

Ahora debemos abordar el tema de método y medios. El método es, después de todo, secundario, y si se vuelve demasiado establecido y ordenado, será autodestructivo, porque tan pronto como alguien ve su método, el corazón y la mente se blindan contra él, y hay poco o ningún interés. Cuando el Espíritu de Dios guía, somos receptivos a todo tipo de oportunidades y caminos. En lugar de estudiar el acercamiento, simplemente avanzamos a medida que el plan se abre ante nosotros, y nos encontramos haciendo de una manera inesperada la misma obra que siempre hemos esperado hacer. Un avivamiento del Espíritu de Dios significa la falta de atención a las formas y medios anteriores, y el inicio de canales nuevos y no probados. Consideramos y valoramos menos el método, y buscamos únicamente el resultado.

Sin embargo, es sabio y correcto que consideremos los métodos y los medios. Cristo mismo comenzó su obra alcanzando a los individuos y capacitándolos para trabajar por otros. Cuando el Dr. Bruce escribió *El Entrenamiento de los Doce*, nos dio el desarrollo académico de esta verdad. El fundador de nuestra fe se entregó en gran medida a doce hombres, y uno de ellos no era digno y otro extremadamente vacilante. Con ellos caminó, a ellos se reveló en conversaciones, preceptos, parábolas y milagros. Crecieron semejantes a Él y siguieron sus enseñanzas. Quinientos millones de almas hoy lo honran como sus seguidores, pero Él no ganó a esta vasta multitud de miríadas de lenguas y tribus organizando un gran grupo, sino mediante la selección y el entrenamiento de doce hombres. Es cierto, las multitudes lo buscaron, tal como habían seguido a Juan el Bautista, pero Él no buscó a las multitudes. Grandes multitudes siguieron a muchos de aquellos primeros discípulos y predicadores, incluso a lo largo de los últimos siglos, y muchos fueron poderosamente usados en la predicación a grandes multitudes de hombres, pero el método de Cristo aún permanece: Él buscaba a los individuos. ¿Qué pasaría si nunca hubiera hablado con esa pobre mujer samaritana junto al pozo? Nunca habríamos tenido entonces esas maravillosas palabras en el cuarto capítulo de Juan: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. (Juan 4:14) ¿Qué pasaría si estas palabras nunca hubieran aparecido en los Evangelios? —y no lo estarían si Cristo no hubiera pasado por Samaria y se hubiera compadecido de esa pobre mujer pecadora y hablado con ella. ¿Qué pasaría si Él nunca hubiera pasado tiempo con Nicodemo cuando este buscó al maestro de noche? Qué palabras tan ricas y significativas las que pronunció entonces sobre la regeneración: “Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. [Juan 3:7-8] Supongamos que Cristo nunca hubiera alcanzado a los dos discípulos mientras caminaban a Emaús después de su crucifixión, y nunca hubiéramos conocido esas palabras Suyas y esa experiencia que tuvieron cuando sus corazones ardían dentro de ellos. Él se volvió y vio a los dos discípulos de Juan que habían escuchado a Juan el Bautista decir: “He aquí el Cordero de Dios”. Andrés fue de Cristo a buscar a su hermano Pedro, y lo llevó a Jesús. Al día siguiente Jesús mismo encontró a Felipe y le dijo: “Sígueme”. Felipe encontró a Natanael. A lo largo de toda su obra en la tierra, Cristo vio y encontró a individuos. Zaqueo fue llamado desde un árbol, Mateo desde un asiento de cambista, pero estos hombres se convirtieron en ganadores y líderes de otros hombres. A Saulo de Tarso no se le dejó en paz porque fuera un perseguidor, sino que fue detenido en un camino con una palabra y pregunta personal. Su respuesta fue: “¿Quién eres, Señor?” y “¿qué quieres que yo haga?”. Pablo, aunque fue un gran predicador, también trabajó con individuos, de ninguna manera más bellamente ilustrada jamás que en el amor conmovedor que mostró por Onésimo, el esclavo frigio fugitivo, a quien envió de regreso a su amo y amigo de Pablo en Colosas, Filemón.

La mayor ventaja que tiene la gran reunión es interesar tanto a los individuos en la verdad que les preguntarán a las personas que están listas para ayudarlos, en cuanto a la aplicación de la verdad que escuchan. Una valiosa serie de reuniones solo es segura en interés y resultado en la medida que los

individuos inviten, busquen y guíen a otros a estar presentes, y luego les den seguimiento mediante el esfuerzo individual. Los avivamientos exitosos de hoy en día deben seguir este método si se quieren alcanzar resultados permanentes y grandes. Dios obra a través de los hombres, y los individuos deben alcanzar a otros individuos.

Uno de los medios más eficientes que algunos han utilizado es el de capacitar a hombres y mujeres para visitar a los de su vecindario e invitarlos personalmente a los servicios; no una invitación formal, sino una visita en la que puedan conocerse y sentirse a gusto el uno con el otro; una visita seguida de otra hasta que surja una amistad y haya una respuesta. Hay muchos departamentos en la vida de la iglesia que asumen esta obra, como el departamento del hogar de nuestras escuelas dominicales, las sociedades de ayuda y visitación pastoral, y organizaciones afines; pero se debería poner una responsabilidad personal más definida sobre nuestros miembros a medida que ingresan a nuestra iglesia, en alcanzar a otros, y en extenderles la invitación definida para asistir a la casa de Dios y entregar sus vidas al maestro. La iglesia de Cristo universal tiene una fuerza inmensa en sí misma para enfrentar la obra de ganar a otros para Cristo, pero no hemos utilizado esa fuerza. Las tierras misioneras extranjeras han apreciado este hecho en la obra que están realizando, y en algunos lugares se ha impuesto a los nuevos miembros la condición de ganar a otros antes de que sean aceptados en plena comunión. Por ejemplo, antes de que un nuevo miembro sea recibido en la iglesia Coreana, el converso no solo debe confesar su fe en Cristo, sino también guiar a otro a Cristo.

¿Qué pasaría si nuestra membresía realmente estuviera trabajando por otros individualmente, y estuviera capacitada con eso en vista? ¿Qué pasaría si llamáramos la atención de nuestros nuevos miembros hacia esta misma obligación y expectativa? Algunas de nuestras iglesias no han tenido miembros nuevos durante varios años, y algunas tienen muy pocos. Por otro lado, aquí hay una gran fuerza de cientos de miles que no están trabajando en la misma línea de actividad que es su privilegio y deber utilizar. Supongamos que una iglesia con cien miembros inculcara esto en el cincuenta por ciento de su membresía de tal manera que cada uno de esos cincuenta ganara un alma para Cristo. Eso significaría que esa iglesia añadiría el cincuenta por ciento de su membresía el próximo año. Si una iglesia de quinientos miembros usara el veinte por ciento de su membresía, y cada uno ganara un alma al año para Cristo, eso sería cien miembros añadidos a esa iglesia. Por otro lado, ¿por qué no deberíamos esperar que muchos de nuestros miembros tengan uno o más representantes en cada comunión? Esto significaría, si se celebraran cinco o seis comuniones durante el año, que cincuenta de tales obreros añadirían de doscientos cincuenta a trescientos a la membresía de esa iglesia individual en un año.

Ahora bien, no hay duda de que un pastor tiene su obra definida de predicación. También debe darse cuenta de que, sin importar cuán intensa y de gran alcance pueda ser esa obra, su trabajo preeminente debe estar en su púlpito; pero también es su trabajo pastorear su rebaño, y un pastor no puede hacer correctamente ese trabajo sin enseñar a su rebaño a seguirlo. Él primero debe ser un invitador y ganador de hombres para Cristo, y debe capacitar a su congregación para que lo siga. La gran necesidad de la iglesia hoy en día es una obra dentro de sí misma, en la cual sus miembros puedan convertirse en obreros individuales y definidos para el Señor Jesucristo, y en los ganadores de otros para Él. En algunas de nuestras iglesias, este método y medio de alcanzar a otros ha sido organizado de manera cuidadosa y exhaustiva, de modo que las organizaciones regulares de jóvenes y otros salen habitualmente a hacer este trabajo en su vecindario, invitando a otros a asistir a la iglesia y luego ganándolos individualmente para Cristo. No encontramos que todos esos visitantes sean capaces de convertirse inmediatamente en obreros personales, pero sí encontramos que este trabajo tiende a llevarlos a desear hacer esa obra, y en muchos casos los lleva a un servicio eficiente. En nuestra propia iglesia, cientos y cientos han sido ganados de esta manera, y ahora tenemos de cincuenta a sesenta jóvenes que están haciendo este trabajo de manera regular, semana tras semana, siendo el resultado que la influencia se siente en todos nuestros servicios, y cientos están presentes en nuestros servicios que no estarían allí si no fuera por esta invitación personal y asociación directa.

Citaremos aquí de un libro reciente sobre este tema,* el cual preparé para el trabajo en nuestra propia iglesia aquí en Chicago:

* (*The Invitation Committee* [El Comité de Invitación], publicado por la Junta de Publicación Presbiteriana, Filadelfia, Pa. Cuero, 25 centavos).

“Hace unos cinco años, al revisar cuidadosamente un ministerio de aproximadamente quince años, me convencí de ciertos resultados efectivos y de muchos inefectivos. Este inventario práctico me llevó a considerar el método, los medios y el valor de las actividades relativas. Me quedó muy claro que mucho trabajo público no había producido resultados iguales a cierto servicio privado y personal, aunque este último es más fácil de conocer y tabular. También fue evidente que el trabajo del predicador y del pastor no concluye al llevar hombres a Cristo, sino al inspirarlos y capacitarlos para que se conviertan en ganadores de otros”.

“Al conversar con colegas en el ministerio y reunir evidencia ocasional de diversas iglesias, descubrí que existe una gran debilidad en la iglesia en la falta de liderazgo espiritual masculino; la dificultad de encontrar hombres fuertes para ocupar cargos espirituales y para liderar en el servicio espiritual, siendo las juntas de fideicomisarios más fáciles de llenar que las juntas de ancianos o de diáconos, hombres que responden más a la labor de ujieres o incluso a asumir deberes oficiales, que a asumir la superintendencia o una clase de la Escuela Dominical, o a asistir y participar en voz alta en el servicio de oración semanal. También encontré hombres dispuestos a socorrer a alguien en apuros o a ayudar materialmente en cualquier emergencia, que parecían avergonzados e indefensos cuando se les pedía que ayudaran o dirigieran en asuntos espirituales”.

“Desde que se descubrió esta condición real, se ha hecho el esfuerzo de remediarla prestando atención constante y fiel a los cristianos individuales, no solo señalando el camino del crecimiento mediante la exhortación y la inspiración, sino mediante la instrucción, el ejemplo y la dirección personal”.

“La comunidad en la que se encuentra nuestra iglesia tiene muchos miles que no han sido alcanzados ni atraídos por ninguna iglesia. Tiene un gran número de jóvenes de ambos sexos y muchas familias jóvenes. Aunque hay muchos cuyos hogares son permanentes, un número aún mayor es transeúnte y, por lo tanto, propenso a dispersarse y alejarse de todas sus amarras”.

“Ningún pastor ni grupo de asistentes profesionales puede esperar alcanzar con éxito un campo semejante, pero la membresía capacitada sí puede, y los hombres y mujeres jóvenes que están interesados, instruidos y dirigidos pueden ver en un vecindario de este tipo un inmenso almacén de material humano en bruto que puede convertirse en un producto terminado para Dios. Mejor aún, dicha vida latente puede energizarse y utilizarse para ganar y salvarse a sí misma con una vida receptiva y gozosa”.

“La organización ha logrado mucho, pero el trabajo y el obrero también necesitan inspiración divina y alimento espiritual, y la Palabra de Dios, la oración y el sentido común se combinan para hacer que el trabajo sea efectivo y permanente. Este pequeño manual se envía de esta manera para ayudar a satisfacer esa necesidad, para que los cientos de hombres y mujeres jóvenes ya ganados puedan convertirse en ganadores de otros; y principalmente para que el medio centenar de jóvenes que ahora trabajan en estos comités de invitación puedan tener una referencia rápida en momentos de necesidad inmediata”.

“También hemos sentido que nuestra necesidad puede ser la necesidad de otros en otros lugares, y cordialmente les extendemos a ustedes también, nuestro compañerismo”.

En relación con este mismo pequeño volumen, hay ciertas notas prácticas que también nos gustaría darles: “Uno no puede usar la Palabra de Dios sin estudiarla”.

“Usted no puede ganar a otros para Cristo a menos que crea en Él y se mantenga cerca de Él usted mismo”.

“Él debe obrar a través de usted. ‘Separados de mí nada podéis hacer’”.

“La oración debe ser una realidad y un poder para usted. ‘Pedid, y recibiréis’”.

“La confianza en el poder de Cristo debe acompañar su esfuerzo. ‘Todo lo puedo en Cristo que me fortalece’”.

“El sentido común significa ponerse en el lugar del otro hombre. No se limite a discutir. Use la Palabra de Dios”.

“No sea usted el único que hable; gánese la confianza de aquel por quien está trabajando, y déjelo contar su historia”.

“No se apresure. Recuerde que ‘Las demoras de Dios no son negaciones’. Trabaje y espere. Sea paciente y persistente”.

“Ore con su hombre así como por él. No tenga miedo de caer de rodillas en presencia de otro”.

“Haga que él ore por sí mismo”.

“Aprenda a orar en cualquier lugar y en cualquier postura; en una oficina o en un automóvil, en un rincón tranquilo de la calle, de pie, sentado o arrodillado, pero siempre con reverencia”.

“Consiga estar a solas con su hombre. No presente el asunto cuando otra persona esté presente. (Pueden ocurrir casos excepcionales, como a veces al hablar con un esposo y una esposa)”.

“Estudie su caso de antemano (cuando sea posible)”.

“No aborde su caso con miedo sino con oración y fe. ‘Os será dado. ... lo que habéis de hablar’”.

“Aprenda el cómo haciéndolo, y gane confianza a través de la experiencia”.

“Recuerde que no solo es un representante de Cristo, sino que el Espíritu Santo de Dios está obrando a través de usted. El poder es suyo”.

“Acérquese y haga su trabajo con un corazón feliz y con gozo. Muestre siempre que ‘el gozo de Jehová es vuestra fuerza’”.

“Cuidado con la tentación de posponer. El maligno promueve tal sugerencia. A más de un hombre nunca se le pide que entregue su corazón a Cristo porque un buen impulso fue evitado por la indecisión y la falsa excusa de ‘un mejor momento para hablar’”.

“Si fracasa, no se desanime, sino decida acercarse más a Dios y obtener más poder a través de su aparente fracaso. Escriba una buena carta a aquel que no logró alcanzar o no logró encontrar después de visitas repetidas. Muchos han sido ganados por correspondencia. Él sabrá que usted está interesado muy definidamente si le escribe”.

“Gane de vuelta para el servicio al hombre cristiano que ha perdido el interés, y que ha perdido el contacto con Cristo y la iglesia”.

Robert Speer ha dicho muy bien: “Cuando amemos a los hombres por lo que sabemos que Cristo puede hacer de ellos, iremos tras ellos para Él”. Podríamos agregar: “Persuadir a un alma de llevar una vida mejor es dejar el mundo mejor de lo que lo encontré”. Ciertamente, Dios tiene una obra muy definida que los individuos deben realizar en su reino, y el obrero cristiano necesita darse cuenta de que su deber es poner a las personas a trabajar y capacitarlas en este servicio.

Otro método muy efectivo es a través de la correspondencia: Tantas veces cuando no encontramos a las personas en casa, o cuando no podemos acercarnos a ellas como deseamos, si nos sentáramos a escribir una carta directa y personal, esta tendría su peso e influencia. Hace varios años conocí a un pastor que estaba muy desanimado con su trabajo, quien incursionó en este método, y dio como resultado una gran incorporación a su iglesia en la siguiente comunión. Él siempre ha sido un hombre diferente y ha valorado correctamente el poder de la pluma en la correspondencia personal. No debe ser un sustituto de una entrevista personal, sino que es una maravillosa adición a esta, y donde una es denegada se puede utilizar la otra.

Las formas y los métodos para alcanzar a otros son múltiples, y gracias a Dios son tan diversos como las personalidades y la capacitación de aquellos que son obreros. Dios tiene métodos y formas nuevas para usar constantemente, pero debemos estar alertas en esta gran obra, y acercarnos con fe y con seriedad.

Uno de los mejores medios para alcanzar a otros es ser capaz de ponerse directamente en el lugar del otro, sentir sus tentaciones, comprender sus dificultades, y estar dispuesto a encontrarse con él en su propio terreno y con sus propias necesidades. Si podemos establecer esta simpatía humana, habremos recorrido un gran camino hacia alcanzar a otros.

Otra forma muy efectiva debe ser a través de la Escuela Dominical y a través de los canales regulares de asociación activa. Todo lo que podamos hacer para llevar a otros la necesidad positiva de resolver esta cuestión por uno mismo, clases de comunicantes, clases catequéticas, clases individuales del pastor, todos estos métodos deben utilizarse. Un pastor debe involucrarse en las escuelas públicas y privadas de los niños y niñas de su propia parroquia, para saber dónde viven y cuál es su trabajo y cuáles son sus problemas, y luego debe planear alguna forma de reunirse con ellos individualmente. Un pastor debe ir a las diversas clases de la Escuela Dominical en su propia Escuela Dominical, no regularmente o en horarios establecidos, sino a veces de manera informal o por un acuerdo definido con el maestro, poniéndose así en contacto con los alumnos y encontrándose con ellos en su propio terreno. También debe organizar clases especiales para reunirse con ellos y hablar sobre su relación con Cristo. A lo largo de toda la iglesia, él debe tener a aquellos que estén tan interesados en las personas que le llevarán a él los casos especiales y se los remitirán.

Pero después de todo, el método más grande del mundo, el mayor medio de todos para ganar a otros para Cristo, es el de la oración persistente, paciente y fiel. Esta, seguida de la acción y asociada con todos los detalles del servicio, será recompensada. Surgirán tiempos de avivamiento. Otros desearán servicios y métodos especiales y los sugerirán, y antes de que nos demos cuenta, nuestras iglesias estarán vivas con una novedad de material, y encontraremos que los hombres y las mujeres no solo están clamando: “¿Qué debemos hacer para ser salvos?”, sino “¿Cómo podemos ganar a otros para el maestro?”. Todos nos convertiremos en “obreritos que no tienen de qué avergonzarse, que usan bien la palabra de verdad”, y nos daremos cuenta de que la Palabra de Dios no volverá a Él vacía, sino que “hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”. Ciertamente, “el que gana almas es sabio”.

Capítulo 86 El Verdadero Evangelismo de la Escuela Dominical

Por Charles Gallaudet Trumbull,
Editor de *The Sunday School Times*, Filadelfia, Pensilvania

Se informa que hay más de treinta millones de personas matriculadas en las escuelas dominicales del mundo. Pero si todas estas personas, así como todos los miembros de la iglesia, supieran para qué sirve realmente la Escuela Dominical, la matrícula aumentaría a millones y millones.

A menudo se habla de la Escuela Dominical como la hija de la iglesia, o la iglesia del mañana, o una rama o departamento de la iglesia. Es más que cualquiera y que todas estas cosas.

La verdadera Escuela Dominical es la iglesia de Jesucristo dedicada al estudio y enseñanza sistemáticos de la Palabra de Dios con tres grandes propósitos: traer al cuerpo de Cristo a aquellos dentro de la membresía de la Escuela Dominical que aún no son miembros de la iglesia o de Cristo; capacitar a aquellos que están en Cristo hacia un conocimiento maduro y la apropiación de las riquezas que son suyas porque son de Cristo; y enviar al mundo a ganadores de almas victoriosos y completamente equipados, que serán epístolas vivientes de Cristo para aquellos que aún no lo conocen.

Toda la magnífica obra de la Escuela Dominical se centra en su libro de texto, la Palabra de Dios. El estudio de la Biblia en la Escuela Dominical se convierte en el medio para lograr el triple propósito de la Escuela Dominical. La Escuela Dominical es el gran movimiento organizado de la iglesia de Dios para el estudio bíblico, que tiene como fin la salvación, la formación del carácter y el equipamiento para el evangelismo. O para describir la obra de la Escuela Dominical en parte con términos teológicos, el propósito de la Escuela Dominical es el estudio de la Biblia para la justificación, la santificación y el servicio.

Cualquiera que necesite saber lo que la Biblia tiene que decir sobre la libertad en el otro mundo de la penalidad de nuestros pecados, y la libertad en este mundo del poder de nuestro pecado, junto con el poder sobrenatural de Dios como el equipamiento del hombre maduro para el servicio, puede estar con propiedad en la Escuela Dominical. Solo aquellos que no necesitan el mensaje más completo posible de la Biblia sobre estos temas pueden lógicamente permanecer fuera de la Escuela Dominical.

Y eso significa que pocos pueden permanecer de manera lógica o segura fuera de la Escuela Dominical. La verdadera Escuela Dominical es toda la iglesia de Dios dedicada al estudio sistemático de la Biblia para averiguar toda la voluntad de Dios, tal como se revela en su Palabra, para sus vidas. Con la lista de cuna en un extremo del límite de edad para los miembros que no asisten, y el departamento del hogar en el otro extremo para los miembros que no asisten, hay pocas razones hoy en día para que alguien permanezca fuera de la membresía de la Escuela Dominical. No es necesario asistir a los servicios dominicales de la Escuela Dominical para ser un miembro en plena y regular comunión. Literalmente, toda la membresía de la iglesia puede ser matriculada con gran provecho: bebés, inválidos, personas confinadas en sus hogares, hombres de negocios que viajan, madres atadas por las tareas del hogar, trabajadores ferroviarios, operadores de telégrafo o teléfono; la Escuela Dominical da la bienvenida a los representantes de todos los ámbitos de la vida. Se cuentan historias benditas del departamento del hogar, como la del maquinista a kilómetros de su Escuela Dominical, protegido en la cabina de su locomotora por su cercanía a su Señor, y regocijándose en su privilegio de estudiar la misma lección de la Escuela Dominical que los niños y niñas en la escuela de su iglesia están estudiando con atención. O sobre los operadores de telégrafo que, a kilómetros de distancia el uno del otro, comparan notas a través del cable sobre su lección de la Escuela Dominical. Los miembros de la lista de cuna no leen ni estudian mucho por sí mismos; pero cuando el entusiasta, discreto y amoroso Superintendente de la lista de cuna se apresura a ir a una casa del vecindario y pide el nombre y la inscripción del bebé de menos de veinticuatro horas de nacido, puede estar seguro de que esa familia, especialmente el padre y la madre, no se ofenden por esta muestra de interés en la pequeña vida que es todo

un mundo para ellos. Y corazones de piedra que podrían haber parecido irremediablemente alejados del Evangelio, han sido conmovidos y ganados para una aceptación amplia y abierta del amor de Jesucristo porque el miembro más pequeño de la familia entró por primera vez a la Escuela Dominical a través de la lista de cuna.

Así es que, desde cualquier punto de vista que lo miremos, la verdadera Escuela Dominical es una poderosa agencia evangelística. Si la Escuela Dominical no es evangelística, no es la Escuela Dominical. Puede llevar el nombre de Escuela Dominical, pero eso no la convierte en una. La verdadera Escuela Dominical de la iglesia de Jesucristo existe únicamente para hacer más conocido, tanto a los de adentro como a los de afuera, todo el maravilloso alcance y esplendor de las Buenas Nuevas.

Un joven comerciante de loza en el estado de Nueva York, que se regocijaba en Cristo como su Salvador, había descubierto que cuando se arrojaba en consciente impotencia sobre su Señor y pedía ser usado para la salvación de otros, su Señor le tomaba la palabra. Salvar almas se convirtió en su gran alegría e interés. Quería hacer un trabajo más sistemático en esa área, y conocer la Biblia de una manera más sistemática. La ciudad en la que vivía contaba con cien mil habitantes; pero descubrió que no había una clase bíblica para hombres conectada con ninguna Escuela Dominical allí que tuviera siquiera diez miembros. Sin embargo, había dieciséis mil hombres jóvenes en esa ciudad.

Mientras se decoraba la iglesia de su congregación local, y toda la Escuela Dominical se reunía en ese momento como una sola clase en una habitación trasera, este buscador de hombres notó a algunos jóvenes que esperaban afuera para acompañar a sus novias a casa después de la escuela. Los invitó a arrastrarse bajo las vigas de la iglesia parcialmente terminada y a encontrar con él un lugar para una clase bíblica que allí mismo les pidió que formaran con él. Les gustó la novedad de la idea, y se formó la clase, con los miembros sentados en el respaldo de un asiento mientras su maestro se paraba frente a ellos. Bajo el andamiaje, entre la suciedad y el yeso, enseñó a su primera clase de hombres, orando y contando la historia de la lección en un lenguaje sencillo.

Desde ese comienzo, el joven comerciante de loza se interesó cada vez más en reunir a hombres jóvenes para el estudio bíblico organizado en las clases de la Escuela Dominical. En seis meses, su clase de dieciocho miembros había crecido a ciento ocho. En los siguientes diecisiete años, trescientos cincuenta y dos hombres fueron ganados para Cristo en esa única clase. Dejó su negocio de loza para dedicar todo su tiempo a las clases bíblicas de hombres jóvenes de la Escuela Dominical. Después de haber llevado a trescientos mil hombres a la Escuela Dominical para un esfuerzo organizado y un estudio sistemático de la Biblia, sus ideas se hicieron más grandes, y continuó hasta que realmente comenzó a hablar de que quería un millón; no de dólares, sino de hombres. No es tan fácil conseguir que un millón de hombres se inscriban en un movimiento organizado de clases bíblicas como lo es conseguir trescientos mil, incluso si se tiene todo un continente para trabajar; y tal vez algunos no esperaban ver al “hombre que quiere un millón”, como le gustaba llamarse a sí mismo, triunfar durante su vida en su amplio deseo. Pero consiguió su millón; y ahora firma sus cartas: “Suyo por un millón más”. Marshall A. Hudson, fundador y presidente de la Unión Mundial de Clases Bíblicas Baraca, ha demostrado lo que un solo departamento de la verdadera Escuela Dominical puede ser y hacer como una poderosa agencia evangelística. Su trabajo no permanecería limitado a los hombres, sino que se ha extendido a un trabajo similar para las mujeres, el movimiento Filatea.*

* (Se pueden obtener dos pequeños libros que cuentan los métodos del Sr. Hudson, uno sobre la obra de Baraca para hombres y el otro sobre la obra de Filatea para mujeres, en la *Baraca Supply Company*, Syracuse, Nueva York, a 50 centavos cada uno).

La obra evangelística tranquila, persistente e invencible de la Escuela Dominical se lleva a cabo todo el tiempo, de maneras no tan ampliamente conocidas como la bendita obra de las clases Baraca y Filatea, pero no por ello menos efectivas. El autor había estado hablando una vez en la reunión de mediados de semana

de una iglesia de la ciudad sobre el ganar almas personalmente, y había, entre otras cosas, instado al deber de estar dispuesto a arriesgarse a cometer errores al hacer este trabajo, en lugar de cometer el mayor error de no decir nada por Cristo. Después de la reunión, una mujer se acercó y le contó su experiencia. Era maestra de Escuela Dominical con una clase de niñas, y había anhelado llevar a Cristo a una de las alumnas de su clase. Le atemorizaba tener una conversación cara a cara sobre el tema con la niña, pero finalmente se decidió a hacer el esfuerzo, y fue a ver a la niña a su casa. La encontró en casa; y aunque tuvo amplia oportunidad a solas con ella para hablar del propósito de su visita, le falló el valor, y, hablando de cualquier cosa y de todo menos de aquello para lo que había ido, finalmente se levantó y se despidió sin haber mencionado el tema ni una sola vez. Al comenzar el camino de regreso a casa desanimada, la maestra no se había alejado mucho de la casa cuando dio media vuelta y regresó. Tocó el timbre una vez más. La propia niña salió a abrir la puerta; y esta vez la maestra, no confiando en sí misma para entrar y sentarse de nuevo, le dijo a su joven amiga, mientras estaban paradas juntas en la puerta, por qué había ido a verla, y de una manera torpe y vacilante dijo que deseaba que la niña se entregara a Jesucristo como su Salvador. Luego se fue de la casa por segunda vez y se fue a su hogar, pero no sin antes de que la joven le hubiera mostrado que estaba muy enojada con su maestra por haberse atrevido a hablarle tan directamente sobre ese tema.

En el siguiente servicio de comunión de su iglesia, la maestra se llenó de alegría al ver a esa joven entre las que confesaron públicamente al Señor Jesucristo como su Salvador. Acercándose apresuradamente a la niña al final del servicio, la maestra le dijo lo contenta que estaba de que hubiera dado este paso. Y luego le dijo: “Dime, ¿qué fue lo que finalmente te influyó para hacer esto?”.

“Pues bien, fue lo que usted me dijo ese día que me visitó”, fue la respuesta.

Y una maestra de la Escuela Dominical se alegró de haberse atrevido a “cometer un error” para su Señor. Hay muchos métodos de evangelismo de los cuales la Escuela Dominical hace un uso bendito. El “Día de Decisión”, cuando se observa sabiamente, ha resultado en una gran bendición. En este día, se hace un llamado directo a aceptar a Jesucristo como Salvador desde la plataforma a toda la escuela o al departamento en su conjunto, y se da la oportunidad de dar una respuesta formal mediante tarjetas firmadas o de otra manera. La observancia de un día así es de lo más bendecida cuando ha habido una preparación ferviente y fiel para él en oración, por parte de los maestros y oficiales. Parece mejor no anunciar el día por adelantado a la escuela, sino solo a los maestros y oficiales, para que puedan prepararse para él en oración y en el trabajo personal.

Pero el evangelismo de todo el tiempo del maestro fiel es el más seguro y eficaz. Más eficaz, es decir, si va acompañado de oración en todo momento. Las reuniones de oración de los maestros por la conversión y consagración de los alumnos es un secreto de la Escuela Dominical continuamente evangelística.

¿Qué clase de enseñanza se imparte en la Escuela Dominical en la que el verdadero evangelismo es notorio? Es una enseñanza que asume que toda la Biblia es la Palabra inspirada de Dios; única, autoritativa e infalible. La aceptación de las teorías y conclusiones de la crítica destructiva no puede tener lugar en esta enseñanza.

La escuela evangelística sabe que todos los hombres (y “hombres” significa hombres, mujeres y niños) están perdidos hasta que son salvados por la sangre de Jesucristo. La enseñanza en una escuela así destaca claramente la condición perdida de toda la raza humana por naturaleza, y no reconoce ninguna posibilidad de salvación por medio de la educación, el carácter o cualquier otra obra del hombre. Reconoce plenamente la educación como deber y privilegio del cristiano, pero no sustituye la salvación con la educación.

La Escuela Dominical evangelística exalta al Señor Jesucristo como el único Salvador de los hombres, aceptando la Palabra del Espíritu Santo de que “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”. Y dado que ningún hombre o ser creado puede salvar a otro ser creado que está

espiritualmente perdido, se reconoce y se declara la deidad increada de Jesús como Salvador. El nuevo nacimiento, logrado por el Espíritu Santo en aquel que cree en Jesucristo como Salvador, marca el paso de la muerte a la vida; ese es el Evangelio de la Escuela Dominical evangelística.

Los obreros de una Escuela Dominical de este tipo saben que ningún ser humano puede salvar un alma; saben que ningún ser humano, por fiel y verdaderamente que cuente la historia de la salvación y ofrezca la invitación del Evangelio, puede ganar otra alma para Cristo o capacitar a esa alma para que crea en Cristo como Salvador. Se reconoce que este acto de aceptación y creencia no es el resultado de la enseñanza, la narración, la persuasión o la invitación humana, sino que es una obra sobrenatural de Dios. Por lo tanto, el maestro evangelístico depende principalmente de la oración para tener éxito en la misión principal de la Escuela Dominical. El maestro reconoce que la oración es el gran secreto, el gran elemento esencial del evangelismo eficaz. El maestro evangelístico ora para que las almas alcancen la salvación antes de siquiera esperar ser usado con ese fin en la enseñanza o en la conversación personal.

No todas las llamadas Escuelas Dominicales son evangelísticas. No todas están siendo usadas sobrenaturalmente por Dios en la obra milagrosa de llevar vidas al nuevo nacimiento y a la nueva vida en Cristo Jesús. Existen peligros que amenazan a la Escuela Dominical de hoy probablemente más que en cualquier generación anterior. Estos peligros no solo amenazan; están actuando de manera desastrosa y efectiva en muchas escuelas.

La obra socavadora de la crítica destructiva se ha infiltrado en las ayudas para las lecciones de la Escuela Dominical. No solo en los cursos llamados “independientes” de estudio bíblico, sino también en las ayudas para las Lecciones Internacionales, emitidas por juntas denominacionales regulares, se encuentran comentarios de lecciones que asumen el error y la autoría humana de partes de la Biblia, en lugar de una autoría inspirada e inerrante. Ha sido algo angustiante para muchos notar esta terrible invasión del Adversario mientras usa las propias herramientas de la iglesia de Cristo para alejar a maestros y alumnos de la esperanza de la vida eterna. Porque, como bien se ha señalado, el primer movimiento del Adversario es desacreditar partes de la Biblia, luego la expiación de Jesucristo y, por último, la deidad de Cristo. Y sin un Salvador que sea Dios, el “evangelismo” de la Escuela Dominical no son buenas nuevas.

No hace mucho tiempo, *The Sunday School Times* tuvo la oportunidad de investigar cierta “Serie Completamente Graduada” de lecciones de Escuela Dominical (no las Lecciones Internacionales Graduadas) de las cuales el editor decía: “Estas lecciones ya están en uso en miles de Escuelas Dominicales actualizadas. Los diversos cursos de estudio han sido preparados bajo la dirección de hombres que son reconocidos como autoridades en este país en educación religiosa, y por lo tanto encarnan los resultados de la erudición más reciente”. Al revisar los cursos de las lecciones mismos, se encontraron afirmaciones como las siguientes:

“Es fácil ver que la época que produjo los Evangelios no estaría ansiosa por relatos científicos de los hechos de Jesús, sino que esperaba de Él exactamente los actos que se le atribuyen. Es posible, por lo tanto, que algunos eventos, como la restauración del siervo del centurión, fueran simples coincidencias; que otros, como la aparente caminata de Jesús sobre el agua, fueran hechos naturales que la oscuridad y la confusión hicieron que se malinterpretaran; que otros, como la conversión del agua en vino, fueran en realidad parábolas que, con el tiempo, se transformaron en milagros. Puesto que casi todos los milagros que no eran de sanidad tenían sus prototipos en el Antiguo Testamento, muchos de ellos al menos fueron atribuidos a Jesús porque los hombres esperaban tales hechos de su Mesías, y finalmente se convencieron de que Él debió haberlos realizado. – El Editor”.

El párrafo anterior se tomó de una ayuda para el maestro de la clase de Intermedios. En un volumen similar para el maestro de los Primarios, aparecía la siguiente discusión sobre la razonabilidad de los milagros:

“Hay algunos eruditos que encuentran rastros de esta tendencia a magnificar lo maravilloso incluso en los Evangelios mismos, los cuales, con toda su singularidad, son documentos humanos, escritos por seres humanos de carne y hueso. Por ejemplo, en nuestra historia de la hija de Jairo, el relato de Marcos, como hemos visto, nos deja con la duda de si la niña estaba realmente muerta, o solo en un desmayo o estado de coma. En el relato posterior de Mateo, sin embargo, encontramos que Jairo le dice a Jesús: ‘Mi hija acaba de morir’. Cuando llegan a la casa, los flautistas, contratados para el funeral, ya están en la escena. Esto aumenta la maravilla de la historia, pero no parece añadir nada a su significado moral. Es posible que no pocos de los relatos de hechos milagrosos, atribuidos a Jesús, sean el producto de esta misma tendencia. Con esto se entiende la tendencia a magnificar lo maravilloso, como se ve en las leyendas apócrifas, que surgen de un ‘vulgar anhelo de señales y prodigios’”.

Se les dijo a los maestros de los primarios, en explicación de la omisión de la historia de Ananías y Safira: “Este temor se explica por la historia de Ananías y Safira, que precede a esta oración en el texto completo de Hechos. Esta historia es como una serie de otras narraciones antiguas, en el sentido de que los hechos probablemente están registrados con considerable precisión; pero la propia interpretación del autor de estos hechos no nos parece, en estos días, del todo satisfactoria. No hay razón para dudar del relato del engaño practicado a los apóstoles por esta pareja sin escrúpulos, Ananías y Safira; ni del relato de la reprimenda de Pedro; ni de la declaración de que ambos murieron poco después de recibir la reprimenda. En ese período de la historia del mundo, la gente inevitablemente concluiría que esta muerte fue una manifestación directa de la ira divina invocada por Pedro. Sin embargo, esta interpretación parece inconsistente con el concepto cristiano de Dios como un Padre amoroso y paciente. Debido a las ideas primitivas que refleja, la historia ha sido omitida de la Biblia para primarios”.

Como se declaró editorialmente en *The Sunday School Times*, que analizó esta serie de lecciones, es una triste realidad que: “Hay quienes no han enseñado el Cristo completo del Nuevo Testamento y del Antiguo, sino que han estado ocupados en presentar a una persona diferente y menor. Han seguido y enseñado a Jesús de Nazaret como el maestro y líder ideal, reconociéndolo ciertamente como el desarrollo más extraordinario entre los hijos más nobles de Dios, y la historia evangélica de Él como generalmente confiable, pero no han estado presentando a Jesús sin reservas como el Cristo eterno en todo lo que las Escrituras, en su mayor esfuerzo por lograr una expresión completa, afirman que Él es; como todo lo que Él fue, la vida misma para la mente disciplinada y la personalidad revolucionada de Pablo; como todo lo que Él es para aquellos que diariamente testifican de palabra y obra la libertad de la aplastante esclavitud del pecado a través de su morada en ellos”.

El mismo editorial discutía el peligro de enseñar a un “Cristo modificado”. Continuaba diciendo:

“No es nada raro encontrar maestros de la Biblia que estén enseñando así a un Cristo modificado. La actitud precavida, por decir lo menos, de un tipo de erudición influyente, sobre la confiabilidad de las Escrituras, y el fomento de una opinión suspendida en cuanto a las afirmaciones de Cristo, son más confusos e insidiosos en sus resultados sobre la mente y la vida que una negación rotunda de verdades atesoradas por parte de los incrédulos confesos. Por un lado, los escritores del Nuevo Testamento no son completamente capaces, dentro del rango de los vocabularios humanos, de encontrar el lenguaje que libere los caudales de verdad inspirada concerniente al Señor Jesús. En su más absorto éxtasis, como en su apologética, no pueden exaltar a Cristo como quisieran, no porque Él sea inadecuado, sino el lenguaje. Simplemente no pueden decir lo suficiente de Él. Pero, por otro lado, hay un tipo de erudición moderna que no deja de tener influencia tanto en el maestro de la Biblia capacitado como en el no capacitado, que se cuida de no decir demasiado de Jesús. Hay una restricción en sus declaraciones acerca de Él, un distanciamiento cauteloso y reservado, que parecería pertenecer como método más al observador externo que al discípulo interno. El liderazgo y la supremacía ética y social se le atribuyen libremente a Jesús, pero este tipo de erudición bíblica no parece, al tratar con Jesús, estar tratando con el mismo Cristo eterno que fue revelado a Juan, a Pedro y a Pablo y a otros de mente y experiencia similares. De hecho, las atribuciones ilimitadas de Juan, las

declaraciones contundentes de Pedro, la devoción apasionada de Pablo, de ninguna manera caracterizan a este tipo de erudición. Por el contrario, su Jesús es mucho menos que el Cristo del Nuevo Testamento; su Nuevo Testamento, un registro bastante expuesto a la duda razonable. Sin embargo, en la Escuela Dominical de hoy en día se insta ampliamente a maestros y alumnos a aprovechar las ventajas superiores de las ayudas para las lecciones que encarnan los resultados de esta actitud hacia Jesús y el registro de su vida”.

Justamente aquí, aquellos que tienen a la Escuela Dominical en su punto más alto de eficiencia evangelística deberían tener claramente ante sí los hechos concernientes al curso de lecciones graduadas emitido por la sección estadounidense del comité internacional. Es un curso de diecisiete años, del cual se han emitido dieciséis años de estudio, que abarca desde el primer año de “Principiantes, para niños de cuatro años, hasta el tercer año de Mayores, para jóvenes de diecinueve años”. El autor tuvo la oportunidad de analizar este curso de lecciones en las columnas de *The Sunday School Times* justo antes de la Convención Internacional de Escuelas Dominicales celebrada en Chicago en junio de 1914, y se toma la libertad de imprimir aquí una porción de lo que se dijo en ese momento:

“Estas lecciones están prestando un servicio muy necesario al despertar al mundo de la Escuela Dominical a las demandas y derechos del niño. Están mostrando cuán delicada y difícil es en extremo la tarea de llevar al niño, de la manera a la que tiene derecho la naturaleza infantil, la instrucción que Dios pretende. Es de esperar que estas lecciones hayan hecho imposible que la Escuela Dominical vuelva a lo que pudo haber sido su antigua negligencia, indiferencia e ignorancia sobre este tema.

“Hay evidencia alentadora de que las Lecciones Graduadas están resultando en llevar a los alumnos a tomar decisiones por Cristo. La Sra. Bryner, la Superintendente Elemental Internacional, publicó recientemente en los periódicos de las Escuelas Dominicales estatales los resultados de su encuesta a los superintendentes elementales estatales y provinciales con respecto a los resultados espirituales que se pueden reportar de la introducción de las Lecciones Graduadas; y el testimonio fue sumamente alentador. Una escuela reportó que el número de Primarios que ingresaron naturalmente a la iglesia había aumentado un setenta y cinco por ciento desde la adopción de estas lecciones en esa escuela.

“En el Primer Año de Mayores se ofrece un excelente estudio temático sobre ‘Las Necesidades del Mundo’, ‘El Estándar de Éxito’, ‘El Desafío al Individuo’; y este año también ofrece dos estudios completos de libros, que abordan el libro de Rut en tres lecciones y la Epístola de Santiago en nueve lecciones.

“La oportunidad para el estudio completo de libros se extiende aún más en el tercer año de mayores, recién emitido por el Comité de Lecciones, que ofrece la oportunidad de realizar estudios breves y rápidos de más de veinte de los libros del Nuevo Testamento. La doctrina de la salvación también está bien enseñada aquí, en una lección dedicada al ‘Desarrollo de la Teología de la Salvación’, de Romanos.

“En puntos como estos, y en muchas otras admirables oportunidades para el estudio bíblico exhaustivo, las Lecciones Graduadas Internacionales ofrecen a la Escuela Dominical un campo rico para el trabajo provechoso.

“Sin embargo, a pesar de todo esto, existen otros factores en esta serie de Lecciones Graduadas que pueden caracterizarse justamente como lamentables y perjudiciales. Si uno pregunta por qué se deberían utilizar estas palabras, aquí está la respuesta:

“Porque aquí hay elementos que tienden a minimizar o ignorar el carácter y la autoridad únicos y supremos de la Biblia como la Palabra inspirada de Dios; que tienden a desdibujar la línea entre lo natural y lo sobrenatural; que tienden a colocar el estudio de la naturaleza en el mismo plano que el estudio de la Biblia en la obtención de un conocimiento de Dios; y que tienden a una falta de énfasis en ciertas enseñanzas doctrinales vitales del Evangelio de Cristo.

“Se han insertado lecciones extrabíblicas a lo largo de esta serie Graduada, es decir, lecciones cuyo material se extrae principalmente de otra literatura que no es la Biblia. En un caso, en el segundo año de intermedios, se dedica seis meses completos al estudio de ‘líderes cristianos posteriores’, incluyendo personajes como Lutero, Calvino, John Wesley, el Conde de Shaftesbury y Florence Nightingale; y tres meses de los seis se dedican al estudio de un solo misionero moderno, Alexander Mackay. Una nota del Comité de Lecciones señala que el material en el que se basan estas lecciones de tres meses se encuentra en el conocido libro ‘El hombre blanco del trabajo de Uganda’, habiendo dicho el Comité previamente: ‘Se pretende que un análisis más cuidadoso de un solo personaje prepare al alumno para los nueve meses de estudio en la vida de Cristo que seguirán inmediatamente en las lecciones para el tercer año de intermedios’. ¿Qué efecto tendrá exactamente sobre los jóvenes de catorce años el introducir un libro de este tipo como material, en cierto sentido, paralelo al registro bíblico de la vida de nuestro Señor Jesucristo? Es cierto que se sugiere material de las Escrituras para cada una de estas lecciones extrabíblicas, pero el material de las Escrituras está subordinado, y el material extrabíblico es el tema principal de estudio.

“Como es bien sabido, en respuesta a una protesta generalizada, el Comité de Lecciones en 1911 emitió lecciones bíblicas para correr paralelas a todas las lecciones extrabíblicas en la Serie Graduada, y para hacer aquellas otras modificaciones menores que le parecieron deseables. Estas lecciones bíblicas no reemplazan las lecciones extrabíblicas; ‘toman su lugar junto a las lecciones extrabíblicas en las listas ya publicadas’. El Comité de Lecciones Internacional, por lo tanto, se presenta ante el mundo de la Escuela Dominical comprometido a ofrecer a los miembros de la Escuela Dominical material de otras fuentes además de la Biblia como su principal material de estudio en numerosas sesiones de la Escuela Dominical.

“Y lo han hecho con profunda convicción por parte de aquellos que lo favorecen. En la conferencia sobre las Lecciones Internacionales celebrada en Filadelfia en 1914, un líder prominente en el trabajo de las Lecciones Graduadas dijo públicamente y con gran seriedad: ‘Negamos en cada punto que nuestro curso sea un curso BÍBLICO; nuestro curso es un curso de ENSEÑANZA INFANTIL’.

Al hablar hoy de ‘la Escuela Dominical’, nos referimos a la muy limitada oportunidad de estudio bíblico que se ofrece en la sesión de una hora más o menos del domingo, donde el período real de estudio y enseñanza de la Biblia es de unos treinta minutos. Este es el principal y único servicio de enseñanza bíblica de la iglesia, en la actualidad, en la gran mayoría de las iglesias. Dar prioridad a cualquier otro tipo de material que no sea la Biblia en este período restringido es algo peligroso. La iglesia debe tener un servicio de estudio y enseñanza bíblica. Su propia vida, y la vida del hogar y de la comunidad, dependen de esto. No se puede permitir que nada que sea extrabíblico invada esa parte vital de la obra de la iglesia. Será en verdad un día triste cuando esta cuestión sea considerada siquiera debatible por la mayoría de los miembros de la iglesia de Cristo en la tierra.

Es importante reconocer también que no hay un verdadero dilema entre la Biblia y la enseñanza infantil. No tenemos que elegir entre las dos. Debemos tener ambas, y podemos hacerlo. La Biblia es la mejor provisión de Dios para la enseñanza infantil.

Existe un verdadero peligro, además, en usar la naturaleza como el material principal para la enseñanza de la Escuela Dominical, incluso con los principiantes más jóvenes. El estudio de la naturaleza tiene su valioso lugar como material para ilustrar las verdades bíblicas. Nuestro Señor la usó de esa manera. Pero no hay tal revelación de Dios en la naturaleza como la hay en las Sagradas Escrituras. La naturaleza es natural; la Biblia es sobrenatural. Las dos no son de ninguna manera revelaciones iguales del corazón de Dios y del Evangelio de Cristo. De hecho, la naturaleza es una cosa distorsionada por el pecado y maldecida por el pecado. Dios dejó esto muy claro cuando dijo en el Huerto del Edén: “maldita será la tierra por tu causa; [...] Espinos y cardos te producirá”, cuando les dijo a Adán y Eva cómo habían degradado incluso la tierra bajo sus pies a través de su pecado. Puede que no sea necesario ni sabio que al niño pequeño se le enseñe

esto; pero es muy necesario que el maestro lo tenga en mente al usar material de la naturaleza para ilustrar los caminos, el amor y la protección del Padre Celestial. Esto pone fuertes limitaciones a nuestro uso de los materiales de la naturaleza, y sugiere que dicho material de la naturaleza, por sí mismo, no debería ser el material principal en ninguna lección para el estudio de la Escuela Dominical.

Aparte de la cuestión de los estudios de la naturaleza como tales, está presente en las ‘Lecciones Graduadas Internacionales la atmósfera moderna y en constante invasión de lo ‘natural’ en contraposición a lo ‘sobrenatural’. La atmósfera en muchas universidades hoy en día es una atmósfera que niega lo sobrenatural. Hay evidencias, aquí y allá a lo largo de este esquema de lecciones, de un manejo de la Biblia como el que uno le daría a cualquier otro libro. Títulos de lecciones como, por ejemplo, ‘Gedeón, el hombre a quien la responsabilidad hizo grande’ (Primer Año de Intermedios), ‘Abraham: El desafío de un ideal’ (segundo año de mayores), ‘El desarrollo de las ideas religiosas en el Israel primitivo’ (segundo año de mayores), son indicios de esto; como también lo es la nota sobre las Lecciones 17 a 22 del primer año de intermedios, ‘David, el hombre que se mostró amistoso’: ‘el objetivo es mostrar que el poder de David para hacer y conservar amigos explica su carrera y su carácter’. Esta omisión de la gracia soberana de Dios como el secreto de la carrera de David no se compensa lo suficiente con el cierre de la nota, de que ‘la comunión íntima, constante e infantil de David con Dios fue la amistad suprema de su vida, exaltando y dirigiendo sus acciones’.

Y hay una cierta insuficiencia en algunos temas de las lecciones, un fracaso en revelar las estupendas riquezas de la verdad de las Escrituras que se debe enseñar. Un ejemplo de esto se puede ver en los temas del tercer año de mayores para el estudio de la Epístola a los Gálatas: ‘La afirmación de independencia de Pablo’, ‘La esclavitud de la tradición’, ‘La idea cristiana de libertad’. La redacción de estos temas no hace justicia a las grandes verdades espirituales eternas de la esclavitud al pecado bajo la ley frente a la vida de victoria por la libertad en Cristo que esta Epístola destaca tan gloriosamente.

Muchos se habrían alegrado de ver en alguna parte de estas lecciones, entre las muchas declaraciones de metas y propósitos de los cursos para los diferentes años, una declaración de objetivo de que el alumno llegue a reconocer que la condición perdida del hombre constituye nuestra necesidad de un Salvador. Esto no se afirma en ninguna parte. Se afirma que las lecciones tienen el objetivo de llevar al alumno a la aceptación personal de Jesús como Salvador y Señor; y eso es bueno. Pero una declaración clara de la necesidad universal del nuevo nacimiento habría dado mayor fuerza doctrinal a la serie. Esta carencia se acentúa por expresiones como las siguientes: ‘La edad promedio de trece años exige un nuevo tipo de lecciones que apelen al nuevo sentido de individualidad y a la nueva hambre de un ideal personal satisfactorio’. El énfasis parece ser principalmente ‘profundizar el impulso de hacer lo correcto’, en lugar de mostrar (no necesariamente a los niños más pequeños, pero ciertamente en alguna parte durante la serie) la imposibilidad de que alguien haga lo correcto excepto a través de la presencia regeneradora del Espíritu Santo, hecha posible mediante la aceptación de Cristo como Salvador”.*

*Representantes de dos Juntas de Publicación de Escuelas Dominicales denominacionales han declarado que las ayudas publicadas por ellos están libres de las objeciones señaladas.

I. J. Van Ness, Secretario Editorial de la Junta de Escuela Dominical de los Bautistas del Sur (Nashville, Tennessee), escribe: “Muchas denominaciones han hecho modificaciones radicales para sí mismas. Los Bautistas del Sur han emitido una serie completa de publicaciones periódicas para estas lecciones, usando únicamente material bíblico y haciendo cambios materiales en las lecciones para los departamentos de principiantes, primarios y menores. El Comité de Lecciones de la Convención Bautista del Sur reconstruyó por completo el Comité de Intermedios, haciendo además cambios en la disposición y en los títulos. La serie de lecciones que estamos publicando es esencialmente diferente de la que usted condena, y tiene pocos, o ninguno, de los puntos que usted señala”.

Marion Stevenson, de la Junta de Publicación Cristiana (St. Louis, Mo.), escribe: “Debe notarse que estamos siguiendo las lecciones bíblicas tan fuertemente aprobadas por la Asociación Internacional de Escuelas Dominicales en San Francisco y también en Chicago. Tal como está su editorial, es una acusación general contra las Lecciones Graduadas, a lo cual responderíamos que no somos culpables. Las características de las que se queja son ciertas en casi ninguna literatura graduada, excepto la publicada por el Sindicato. Pero el Sindicato es una asociación en disminución. Desde su organización, los organismos presbiterianos se han retirado y están preparando su propia literatura, dejando así el Sindicato a la Iglesia Metodista, del Norte y del Sur, y a los congregacionalistas. Algunas denominaciones más pequeñas son agentes de ventas para el material del Sindicato. Pero desde el principio los Bautistas, del Norte y del Sur, y las Iglesias de Cristo, han elegido a sus propios escritores. Por lo tanto, las acusaciones contra el material del Sindicato no pueden formularse contra toda la literatura de lecciones graduadas. Ciertamente no son ciertas con respecto a la literatura graduada preparada por la Junta de Publicación Cristiana”.

Todo movimiento que se aleje de los peligros que dañarían a la Escuela Dominical debe ser acogido con entusiasmo; y el autor con gusto da prominencia a estas cartas de líderes denominacionales”.

Frente a todas estas invasiones a la Palabra de Dios, al Evangelio de Jesucristo, y a una visión clara de la necesidad eterna de los hombres de ese Evangelio, la Escuela Dominical de verdadero evangelismo debe mantenerse con la firmeza de la Roca de los Siglos. Solo el poder de Cristo puede capacitarnos para mantenernos así de firmes en la fuerza de Cristo. Él está haciendo precisamente esto, con resultados benditos, por las escuelas dominicales que le piden que lo haga en sus propios términos.

El programa de Servicio Social, que incluye tantas cosas cristianas en espíritu, pero que en muchos casos pone desastrosamente el fruto por delante de la raíz, es un peligro contra el cual la Escuela Dominical necesita protegerse, especialmente en sus clases de adultos. La salvación de la sociedad sin importar la salvación del individuo es una tarea sin esperanza; y la Escuela Dominical de verdadero evangelismo no se adentrará en ella. Pero la Escuela Dominical que lleva las buenas nuevas de Jesucristo a los individuos de cualquier comunidad eleva a la sociedad como el programa habitual de servicio social nunca podrá hacerlo. Una ilustración sorprendente de este principio se ha notado en el trabajo del evangelista “Billy” Sunday. Sunday predica el Evangelio individual de la iglesia apostólica. Habla poco sobre el servicio social. Pero los resultados en la comunidad donde el evangelismo de Sunday ha tenido una oportunidad son revolucionarios. No hay trabajador de servicio social en Estados Unidos hoy en día cuyo trabajo pueda compararse, en los mismos resultados a los que apunta el programa de servicio social, con el de Sunday. Y así, la Escuela Dominical de verdadero evangelismo hará un trabajo efectivo en el servicio social; pero lo hará a la manera del Señor.

Una última palabra. Si la Escuela Dominical realmente va a hacer su trabajo como un agente evangelizador, la Escuela Dominical debe constar de obreros cuyas vidas personales estén radiantes de victoria. La Escuela Dominical de verdadero evangelismo declara con poder convincente el mensaje de la vida victoriosa.

He aquí un evangelio, unas Buenas Nuevas, que es demasiado nuevo para muchos seguidores del Señor Jesucristo que se regocijan en la Escuela Dominical como su campo de servicio. Pero nuestro Señor quiere que sea la posesión experimentada de cada uno de sus seguidores.

El evangelismo que se limita a las Buenas Nuevas de que hay libertad de la penalidad de nuestros pecados es solo un evangelismo a medias. Es un evangelismo lisiado y vacilante. Si hemos de contar “esa dulce historia de antaño”, contemos la historia completa. Y la historia completa es que nuestro Señor Jesucristo vino, no solo para pagar la penalidad de nuestros pecados, sino para quebrar el poder de nuestro pecado. Él hizo a un lado su gloria y vino del cielo a la tierra, no solo para que los hombres pudieran ser salvos de morir la muerte segunda, sino también para que pudieran vivir sin pecar en esta vida presente. En verdad, estas son Buenas Nuevas; tan buenas que a muchos les suenan demasiado buenas para ser verdad. Pero,

¡gloria a Dios, es verdad! Cuando el Espíritu Santo nos dice: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”, lo dice en serio. Cuando Pablo declaró en el gozo exultante del Espíritu: “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado”, lo decía en serio. Era verdad. Y el mismo Espíritu de vida en Cristo Jesús está haciendo libres a los hombres hoy de la ley del pecado, cuando están listos para tomarle la palabra. Cuando el amado apóstol escribió, bajo la dirección del Espíritu Santo: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis”, quería decir exactamente eso. Cuando nuestro propio Señor Jesús dijo, primero: “todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”; y luego, en lugar de dejarnos allí sin esperanza, continuó diciendo: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”, Él estaba tratando de decirnos en qué consiste toda su salvación. La vida victoriosa no es una vida hecha sin pecado, sino que es una vida guardada de pecar. No es, como bien se ha dicho, que el pecador sea hecho perfecto aquí en esta vida, sino que el pecador incluso en esta vida tiene un Salvador perfecto. Y ese Salvador es más que suficiente, mientras todavía estamos en esta vida, para vencer todo el poder de nuestro pecado.

La Convención de Keswick en Inglaterra ha sido bendecidamente usada por Dios durante cuarenta años para difundir en el extranjero las Buenas Nuevas del Evangelio de victoria sobre el pecado. La vida que se rinde incondicionalmente al dominio de Jesucristo y que luego cree incondicionalmente en la fidelidad de ese Señor Salvador para hacer verdaderas sus promesas, comienza a darse cuenta del significado de las indecibles riquezas de la gracia de Dios.

Hay maestros de Escuela Dominical que se regocijan hoy por el privilegio de contarles a sus clases todo el mensaje del verdadero evangelismo. Que Dios aumente poderosamente el número de aquellos que darán testimonio, mediante sus vidas victoriosas y mediante su mensaje entusiasta y alegre, de todo el evangelismo de la Palabra: el poder salvador y guardador de nuestro maravilloso Señor y Salvador Jesucristo. Entonces, “cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados”. [1 Juan 4:17]

Capítulo 87 Misiones Extranjeras o Evangelización Mundial

Por Robert E. Speer

Secretario de la Junta de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana, U. S. A., ciudad de Nueva York

El argumento a favor de las misiones extranjeras suele ser innecesario o inútil. Es innecesario con los creyentes; con los incrédulos es inútil. Y, sin embargo, no lo es del todo; porque a menudo tanto creyentes como incrédulos han tomado sus opiniones de segunda mano, y un estudio honesto de primera mano de los hechos y principios de la empresa misionera lleva al primer grupo a creer con convicción más profunda y una esperanza más firme, y sacude el escepticismo y la oposición de los otros que no han conocido ni los propósitos ni los motivos que inspiran el movimiento.

Sin embargo, debido a que las misiones extranjeras son un movimiento religioso, el argumento fundamental a favor de ellas es por necesidad un argumento religioso, y será concluyente solo en proporción a la medida en que se acepten las convicciones religiosas en las que se basa. Se basa antes que nada, en Dios. Si los hombres creen en Dios, deben creer en las misiones extranjeras. Es en el ser mismo y en el carácter de Dios donde se halla la base más profunda de la empresa misionera. No podemos pensar en Dios sino en términos que hagan necesaria la idea misionera.

Él es uno. Por lo tanto, no puede haber diferentes dioses tribales o raciales como los que se confiesan en las religiones étnicas de oriente, y se asumen en las políticas étnicas de occidente. Cualquier Dios que exista para Estados Unidos existe para todo el mundo, y no existe ningún otro. Y aquello que no sea verdad de Él también en la India, no puede ser verdad de Dios en Estados Unidos. Los hombres no son libres de tener concepciones contradictorias del mismo Dios. Si hay algún Dios en absoluto para mí, debe ser también el Dios de todos los demás hombres. Y Dios es verdadero. Decir que Él es uno es simplemente decir que Él es. Decir que Él es verdadero es empezar a describirlo, y a describirlo como solo Él puede ser. Y si Él es verdadero, no puede haber enseñado la falsedad a los hombres. Él habrá luchado con la ignorancia de ellos en su educación de la humanidad, pero no puede haber sido su voluntad (ni ser su voluntad ahora) que algunos hombres tengan ideas falsas sobre Él o actitudes falsas hacia Él. Un Dios verdadero debe querer ser verdaderamente conocido por todos los hombres. Y Dios es santo y puro. Nada profano o impuro puede ser de Él. Cualquier cosa profana o impura debe ser aborrecible para Él; si es en la religión, es más aborrecible porque lo representa de manera más equivocada, es más repugnante para su naturaleza. Si en cualquier parte del mundo la religión cubre lo que es inmundo o indigno, allí el carácter de Dios está siendo atacado. Y Dios es justo y bueno. Ninguna raza y ningún hombre puede haberse escapado del afecto paternal de un Dios amoroso. Cualquier desigualdad, injusticia o indiferencia en un dios que se ofrece nos enviaría a buscar al real, de quien sabríamos que aún no ha sido encontrado. Un dios que fuera ídolos en China, el destino en Arabia, fetiches en África y el hombre mismo con todo su pecado en la India, no sería dios en ninguna parte. Si Dios es el padre de un hombre, Él es o sería el padre de todo hombre. No podemos pensar en Dios, lo digo con reverencia, sin pensar en Él como un Dios misionero. A menos que estemos preparados para aceptar a un Dios cuyo carácter lleve consigo la obligación y la idea misioneras, debemos prescindir de cualquier Dios real por completo.

Cuando los hombres creen en Dios en Cristo, el argumento a favor de las misiones se vuelve aún más claro. Es por Cristo que se nos revela el carácter de Dios. Una de sus palabras más audaces y penetrantes fue su declaración: “Viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí”. [Juan 16:2-3] Las mejores personas de su época, Él declaró, ignoraban el verdadero carácter de Dios. Solo aquellos lo conocían verdaderamente, que lo descubrían o lo reconocían en Él. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. [Juan 14:9] “Nadie viene al Padre, sino por mí”. [Juan 14:6] “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. [Mateo 11:27] Estos no son estatutos arbitrarios. Son simples declaraciones de hecho. El conocimiento que el mundo tiene del carácter de Dios ha dependido y depende ahora de su conocimiento

de Dios en Cristo. Un Dios bueno y digno, adecuado y satisfactorio, es decir, Dios en verdad, se conoce solo donde los hombres han estado en contacto con el mensaje del Cristo histórico.

Este simple hecho implica una suficiente responsabilidad misionera. Los hombres solo conocerán a un Padre bueno y amoroso como su Dios, es decir, conocerán a Dios, únicamente al ser llevados al conocimiento de Cristo, quien es la única revelación perfecta de Dios. Para aquellos que tienen este conocimiento, ocultárselo al mundo entero es hacer dos cosas: es condenar al mundo a la impiedad, y es levantar la sospecha de que aquellos que piensan tener el conocimiento de Dios ignoran en realidad lo que Cristo fue y lo que Él vino a hacer. “Es la convicción sincera y profunda de mi alma”, dijo Phillips Brooks, “cuando declaro que si la fe cristiana no culmina y se completa a sí misma en el esfuerzo por dar a conocer a Cristo a todo el mundo, esa fe me parece una cosa completamente irreal e insignificante, desprovista de poder para la vida individual e incapaz de ser probada de manera convincente como verdadera”. Y recuerdo un comentario del director Rainy en el sentido de que la medida de nuestro sentido del deber misionero era simplemente la medida de nuestra valoración personal de Cristo. Si Él es Dios para nosotros, todo en todo para nuestras mentes y almas, nos daremos cuenta de que solo Él puede ser esto para todos los hombres, y que Él debe ser ofrecido de esta manera a todos los demás hombres. La visión unitaria nunca ha producido una misión, excepto bajo un impulso heredado o el estímulo comunicado del evangelicalismo, y ha sido incapaz de sostener las misiones que ha producido. Pero cuando los hombres creen realmente en Dios en Cristo, y conocen a Cristo como Dios, ellos deben, si son leales a sí mismos o a Él, compartirlo con toda la humanidad.

Porque, aunque fue hijo de una raza y de un tiempo, y esa raza la más centrípeta de todas, Cristo pensó y obró en conceptos universales. Miró hacia adelante a todas las épocas y hacia afuera a todas las naciones. El pan que Él daría era su carne, que daría por la vida del mundo. Él era la luz de todo el mundo. Si fuera levantado, atraería a todos los hombres a Sí mismo. Sus discípulos debían ir por todo el mundo y hacer discípulos a todas las naciones. Sus ovejas no eran de un solo redil judío. El Padre no lo había enviado a ser el Salvador de una raza, sino de un mundo. Él no se consideró a Sí mismo como uno de muchos salvadores ni su revelación como una de muchas revelaciones. Él era el único Salvador de los hombres, y la suya era la única revelación del Padre Dios. “Hace mucho tiempo que dejé de considerar la historia de la raza hebrea como única”, escribe un conocido líder cristiano de nuestros días. “Fue bueno para nosotros en nuestros primeros días que nuestros estudios se dirigieran hacia ella, y vimos cómo el pueblo hebreo encontró a Dios en cada evento de su historia, pero creemos que Asiria y Babilonia, Nínive y Roma, podrían haber tenido historias similares escritas de los tratos de Dios con ellos”. Ahora bien, si la historia de la raza hebrea es única o no, no es un asunto de teoría. Es una simple cuestión de hecho. Si no fue única, entonces, ¿dónde está su igual? ¿Qué otra historia produjo un vocabulario para una revelación? ¿Qué otra historia le entregó a Dios a la humanidad? ¿Qué otra terminó en un Salvador? Como una simple cuestión de hecho, el cristianismo, que surgió de esta raza y esta historia, no se parece a ninguna otra religión en su tipo. Como tal, nunca contempló otra cosa que una afirmación universal. Si se reduce a un mero culto racial, se separa de su fundador y de su vida, y abandona por completo su carácter esencial.

El deber misionero no solo es inherente a la naturaleza del cristianismo y a la concepción cristiana de Dios, es decir, al verdadero carácter de Dios, sino que está incrustado en el propósito mismo de la iglesia cristiana. No había organizaciones misioneras en la iglesia primitiva. No se hizo ningún esfuerzo por promover una propaganda misionera, pero la religión se extendió de inmediato y a todas partes. El genio de la extensión universal estaba en la iglesia. “Podemos dar por hecho”, dice Harnack, “que la mera existencia y la actividad persistente de las comunidades cristianas individuales hicieron más que cualquier otra cosa para lograr la extensión de la religión cristiana”.

El obispo Montgomery, en su pequeño libro sobre “Misiones Extranjeras”, recuerda la definición del arzobispo Benson de cuatro épocas de las misiones: “Primero, cuando toda la iglesia actuó como una; luego, cuando las misiones se debieron a grandes santos; tercero, a la acción de los gobiernos; por último, la era

de las sociedades misioneras”. La iglesia, desde sus inicios, fue una sociedad misionera. Los nuevos cristianos se sintieron atraídos espontáneamente por el poder unificador de una vida en común, y sintieron tan espontáneamente la presión hacia afuera de una misión mundial. La ejecución triunfante de esa misión y los frutos morales de esta vida nueva y unificadora fueron su apologética. No se sentaron dentro de los muros de una institución formalizada y rígida para componer argumentos razonados a favor del cristianismo. La nueva religión se habría podrido de herejía y anemia en dos generaciones si hubieran hecho eso.

Como lo ha expresado un antiguo escritor de la Iglesia de Inglaterra: “La forma en que el Evangelio parece haber sido destinado a ser preservado y perpetuado en la tierra no es guardándolo celosamente por una orden elegida y comunicándolo con cautela a unos pocos preciosos, sino siendo tan ampliamente esparcido y tan espesamente sembrado que sea imposible, por la misma extensión de su propagación, que simplemente sea arrancado de raíz. Fue diseñado para no ser como un fuego perpetuo en el templo, que se cuida con asiduidad celosa y se alimenta solo con aceite especial; sino más bien como una luz brillante y ardiente, para ser colocada en cada colina, que brille más y más fuerte con la brisa, y que siga propagándose sobre el territorio circundante, de modo que nada de este mundo sea capaz jamás de extinguirla o de ocultarla”. La sana doctrina de la iglesia fue salvaguardada por el saludable reflejo higiénico del servicio, del trabajo y la conquista. Y su luz y su vida convencieron a los hombres, porque los hombres los veían conquistar almas. La iglesia fue establecida para difundir el cristianismo, y para conservarlo de la única manera en que las cosas vivas pueden conservarse: mediante la acción viva. Cuando en cualquier época o en cualquier tierra la iglesia ha olvidado esto, ha pagado por su desobediencia. Mientras haya hombres no alcanzados en el mundo o alguna vida no alcanzada, el negocio de la iglesia es su deber misionero.

La cuarta base profunda del deber misionero es la necesidad de la humanidad. El mundo necesita a Cristo hoy tanto y tan verdaderamente como lo necesitaba hace diecinueve siglos. Si el judaísmo y el Imperio Romano necesitaban lo que Cristo trajo entonces, el hinduismo y Asia lo necesitan ahora. Si no lo necesitan ahora, tampoco lo necesitaban entonces. Si pueden arreglárselas sin Él de igual manera, el mundo entero puede prescindir de Él. Si no hay deber misionero, el fundamento de la necesidad cae y, por lo tanto, el fundamento de la realidad de la encarnación. Pero ese mundo al que Él vino sí necesitaba a Cristo. Los hombres estaban muertos sin Él. Fue Él quien les dio vida, quien los limpió de su contaminación, quien les enseñó pureza, servicio, igualdad y fe, y les dio esperanza y comunión. Solo Él puede hacer esto ahora. El mundo no cristiano necesita ahora lo que Cristo y solo Cristo puede hacer por él.

Necesita la integridad física, la adaptación de la vida a sus condiciones, que, de hecho, los hombres obtienen en la medida en que obtienen a Cristo. No necesitamos acudir en busca de pruebas de tales necesidades a relatos exagerados y distorsionados de quienes ven solo el bien de la cristiandad y solo el mal del paganismo; paganismo es una buena palabra y describe hechos. El relato de Sir John Hewett, como vicegobernador, sobre las condiciones de saneamiento en las Provincias Unidas de la India será suficiente: “Hablando en términos generales, las tasas de mortalidad registradas en las provincias en los últimos años, tanto en las zonas urbanas como rurales, son casi tres veces más altas que en Inglaterra y Gales. Se estima que en la India casi uno de cada diez habitantes está constantemente enfermo, y una persona que ha escapado de las enfermedades y peligros de la infancia y la juventud, y ha entrado en la edad adulta, tiene una expectativa de que su vida se extenderá solo al 68 por ciento del tiempo que se puede esperar que viva una persona en situación similar en Inglaterra. ... La mortalidad infantil es casi el doble de lo que es en Inglaterra. ... Es lamentable que uno de cada cuatro niños nacidos muera antes de completar un año de vida... El número promedio de personas por casa (que con frecuencia consta de dos habitaciones, o incluso de solo una) es de 5.3 en ciudades importantes y 5.5 en el resto del país. Se estima que el área superficial promedio por cabeza de la población es de unos 10 pies cuadrados, y el espacio para respirar es de 150 pies cúbicos, justo la mitad de lo que se requiere en las casas de huéspedes comunes en Inglaterra”. Las condiciones en las tierras cristianas no son las que deberían ser, pero son infinitamente superiores a las

condiciones en otras tierras, y en la medida en que son cristianas, el hambre, las enfermedades y la necesidad son superadas. ¿Han de ser estas bendiciones solo para nosotros?

El mundo necesita el mensaje social y la redención del cristianismo. Pablo nos dice que este hizo frente y conquistó las desigualdades de su tiempo, el abismo entre ciudadano y extranjero, amo y esclavo, hombre y mujer. Estos siguen siendo los abismos del mundo no cristiano. No tiene un ideal de hermandad humana, salvo cuando lo ha oído a través del cristianismo. Ninguna de las religiones o civilizaciones no cristianas ha otorgado sus derechos a las mujeres ni a los niños, especialmente a las niñas. Hay afecto humano. La afirmación de un escritor reciente respecto a China, de que “los niños son engendrados y no nacidos”, seguramente es muy falsa, salvo en los niveles más bajos de la vida. Pero el proverbio de las mujeres árabes de Keserwan sugiere demasiado fielmente el punto de vista asiático: “El umbral llora cuarenta días cuando nace una niña”. Y entre hombre y hombre, el mundo no conoce una base profunda de humanidad común, o si la conoce, no tiene la sanción ni los recursos adecuados para su realización. Su hermandad está dentro de la fe o dentro de la casta, no es tan inclusiva como la humanidad. Anhela lo que todo el mundo anhelaba hasta que lo encontró a través de Cristo. “En sus pequeñas iglesias, donde cada persona llevaba la carga de su prójimo, el espíritu de Pablo”, dice Harnack, “ya veía el amanecer de una nueva humanidad, y en la Epístola a los Efesios él ha expresado este sentimiento con un estremecimiento de exaltación. Muy al fondo de estas iglesias, como alguna apariencia insustancial, yacía la división entre judío y gentil, griego y bárbaro, grande y pequeño, rico y pobre. Porque una nueva humanidad había aparecido ahora, y el apóstol la veía como el cuerpo de Cristo, en el cual cada miembro servía a los demás, y cada uno era indispensable en su propio lugar”. La gran idea social del cristianismo todavía es solo parcialmente realizada por nosotros. Pero no la tenemos en absoluto a menos que la tengamos para la humanidad, y solo puede hacerse prevalecer en cualquier lugar si se hace prevalecer en todas partes.

El mundo necesita, además, el ideal moral y el poder moral del cristianismo. Las concepciones cristianas de verdad, pureza, amor, santidad y servicio son originales. Todo ideal, excepto el ideal cristiano, es defectuoso. Se ofrecen a los hombres otros tres conjuntos de ideales. Los únicos otros ideales teístas son el mahometano y el judío. El ideal mahometano sanciona expresamente la poligamia, y la autoridad de su fundador se cita como justificación de la falsedad. El ideal judío está totalmente encerrado y superado por el cristiano. El budismo, el sintoísmo y el confucianismo ofrecen a los hombres ideales ateos, es decir, ideales que abandonan la concepción de lo absoluto y no pueden elevarse por encima de su origen en el hombre que los hizo. El hinduismo, con su panteísmo, es incapaz de hacer las distinciones morales que por sí solas pueden producir ideales morales y, de hecho, debe sus dignas concepciones morales actuales exclusivamente a la influencia del cristianismo. Pero el mundo no requiere solo ideales, sino poder para su realización. Ese poder solo puede encontrarse en la vida, en la vida de Dios comunicada a los hombres. ¿Quién ofrece esto o pretende ofrecerlo sino Cristo? ¿Cómo puede ser ofrecido por religiones que no tienen a Dios, o cuyo Dios no tiene carácter?

Porque esta es la gran necesidad del mundo. Necesita el conocimiento y la vida del Dios bueno y paternal. Sus propias religiones no le han dado ninguna de estas cosas, y sus propias religiones se están desintegrando. El cristianismo ha separado de ellas a pequeños grupos de personas, pero la influencia del cristianismo las ha penetrado hasta la médula. Si se le dejara en paz, lucharía contra sus elementos viciosos y preservaría todo lo que en el hombre es capaz de ser redimido. Pero no se le dejará en paz. Otras influencias están obrando sobre las concepciones religiosas del mundo no cristiano, y bajo esas influencias, las concepciones y las instituciones de las religiones no cristianas están condenadas. Nunca antes los hombres enfrentaron una responsabilidad más solemne que la que nos confronta ahora. “Las antiguas creencias y costumbres de los pueblos no cristianos”, dijo lord Bryce mientras estaba en Estados Unidos, “están destinadas a desaparecer pronto, y se vuelve un asunto de suprema importancia asegurarse de que se les den pronto principios morales y religiosos nuevos y mejores para reemplazar lo que está desapareciendo; y esforzarse por encontrar métodos para evitar que las faltas o vicios de aventureros y otros que intentan

explotar a las razas incivilizadas se conviertan en un obstáculo fatal para la propagación del cristianismo”. Los pueblos cristianos se encuentran cara a cara con el juicio aquí.

A lo largo del mundo no cristiano hay multitudes que son conscientes de su necesidad. Puede que no consideren el cristianismo como la respuesta a su necesidad. No es sorprendente si no lo hacen. ¿De qué manera la cristiandad no les ha representado falsamente al cristianismo? Pero ellos conocen su necesidad. “Usted habla como si nuestro país ya fuera algo muerto”, dice uno de los personajes en el diálogo de Uchimura sobre “El futuro de Japón”. “Sí”, es la respuesta, “una nación inmoral ya está muerta. Con todas sus apariencias de estabilidad, una nación sin un ideal elevado es un cadáver muerto. Japón bajo el gobierno de Satsuma-Choshu es una nación muerta”. “Usted habla con mucha determinación”. “Sí”, responde Uchimura, “tengo que hacerlo; no puedo soportar ver morir a mi nación”. Y hay muchos que no desean ver morir a sus naciones en Asia, y que se vuelven a Cristo. “Por toda la India”, escribió el Dr. Cuthbert Hall a los misioneros de allí cuando se fue de la India, con la necesidad de la India en su corazón y su veneno en la sangre, “por toda la India hay hombres que no están preparados para identificarse con ninguna denominación cristiana, para quienes las formas populares de la fe antigua se han vuelto inadecuadas, si no desagradables, y para quienes el nombre de Jesucristo y las verdades distintivas conectadas con ese nombre para la redención de los individuos y la reconstrucción del orden social, están adquiriendo nuevo atractivo y valor”. El hecho de que el mundo esté despertando a su necesidad, ya sea que entienda a Cristo o no, añade patetismo a su ruego mudo a quienes tienen en custodia el Evangelio de Dios en su Hijo.

Porque solo ese Evangelio puede satisfacer la necesidad del mundo. El comercio y el gobierno, la filantropía y la educación, lo tratan superficialmente, y en manos de hombres superficiales o malvados solo lo acentúan. Se necesita una fuerza que corte hasta las raíces, que trate con la vida en el nombre y por el poder de Dios, que marche directamente sobre el alma y reconstruya el carácter, que salve a los hombres uno por uno. Aquí estamos ante el problema, y para no evadirlo ni confundirlo, lo expresaré inconfundiblemente. Es nuestro deber llevar el cristianismo al mundo porque el mundo necesita ser salvo, y solo Cristo puede salvarlo. El mundo necesita ser salvo de la necesidad y la enfermedad, de la injusticia y la desigualdad, de la impureza, la lujuria, la desesperanza y el miedo, porque los hombres individualmente necesitan ser salvos del pecado y la muerte, y solo Cristo puede salvarlos. El suyo es el único poder que perdonará y regenerará, que llegará a una profundidad suficiente para transformar, y que se mantendrá firme hasta que la transformación quede fijada.

Y el cristianismo hace esto dirigiéndose al individuo y salvándolo. Lo salva por el poder de Dios en Cristo, obrando en él y sobre él. El deber misionero es este deber. “Considero la educación”, dice Uchimura, “como esencialmente personal e individualista”. Y usa el término educación en su sentido amplio. La educación es más que esto. La sociedad es algo más que la suma total de los individuos, pero comienza y termina con individuos, y la necesidad del mundo es principalmente la necesidad de sus individuos, y la salvación del mundo a la manera de Cristo solo puede ser la salvación de su alma a través de la salvación de sus almas.

Hace unos años, escuchamos mucho acerca de la necesidad de educar y civilizar al mundo antes de tratar de cambiar su religión. El Dr. George Hamilton expuso este argumento en la Asamblea General de la Iglesia de Escocia en 1796: “Difundir ampliamente el conocimiento del Evangelio entre naciones bárbaras y paganas me parece sumamente absurdo en la medida en que anticipa, es más, incluso invierte el orden de la naturaleza. Los hombres deben ser pulidos y refinados en sus modales antes de que puedan ser debidamente iluminados en verdades religiosas. La filosofía y el aprendizaje deben, por la naturaleza de las cosas, tener precedencia. De hecho, apenas debería parecer menos absurdo hacer que la revelación preceda a la civilización en el orden del tiempo, que pretender revelar a un niño los ‘Principia’ de Newton, antes de que se familiarice siquiera con las letras del alfabeto. Estas ideas me parecen igualmente fundadas en el error; y, por lo tanto, debo considerarlas a ambas como igualmente románticas y visionarias”. No escuchamos mucho de este punto de vista ahora. La civilización ha demostrado cuán vana y vacía es, y sabemos que el pecado y la pasión en los corazones humanos, que ella no puede destruir, son tan reales y

espantosos en Estados Unidos y en todas las naciones neutrales como lo son en las naciones en guerra. Dios es la única necesidad del hombre. El hombre no puede salvarse a sí mismo ni hacer nada por sí mismo. Necesita lo que Dios y solo Dios puede hacer por él. Si eso es cierto para Europa y Estados Unidos, es cierto para todo el resto del mundo. Jesucristo es el único Salvador de los hombres y cada hombre en el mundo que necesita de ese Salvador tiene derecho a esperar que aquellos que saben de Él hablen de Él a toda la humanidad.

Incluso como movimiento puramente religioso, sin embargo, hay quienes se oponen a las misiones extranjeras sobre la base de que hay otras religiones en el mundo que son verdaderas para sus seguidores y que satisfacen sus necesidades tan verdaderamente como el cristianismo satisface las nuestras. Dicen que una comparación justa del cristianismo con otras religiones destruye la afirmación del cristianismo y hace innecesarias las misiones extranjeras. ¿Es esto cierto? ¿Cuáles son las conclusiones que presenta tal comparación?

1. En primer lugar, es un hecho significativo que el cristianismo es la única religión que está tratando de hacer valer su reclamo de universalismo. Ninguna de las religiones no cristianas está haciendo un esfuerzo real por hacerlo. El mahometismo se está extendiendo en África y en la India, pero no hace ningún esfuerzo significativo por convertir a Estados Unidos, Europa o Japón. Los límites del confucianismo se están contrayendo. El sintoísmo se ha retirado de la lista como religión, y ahora solo reclama el lugar de un ceremonial de la corte y un rito funerario. El zoroastrismo, una de las religiones antiguas más dignas, casi ha desaparecido en su tierra de origen, y cuenta con comparativamente pocos adherentes en la India. El hinduismo está geográficamente limitado, excepto como filosofía, por su principio de castas, y el budismo es rechazado en Japón por los mismos hombres que podrían tener éxito en propagarlo en otras partes. Pero el cristianismo se está moviendo por toda la tierra con un poder en constante aumento, con agencias que se multiplican cada vez más, con una devoción cada vez mayor y con el propósito abierto e inquebrantable de preparar el reinado de Cristo sobre el mundo. Y no menos significativo que el hecho del propósito misionero del cristianismo es su método. Sin confiar en el apoyo secular, a pesar de todas las calumnias que lo acusan de lo contrario, con agencias puramente morales y con una comparación justa de sus tesoros con cualquier cosa que el mundo pueda ofrecer, el cristianismo avanza sin temor para tratar con toda la vida y el pensamiento del hombre, resolver sus problemas y satisfacer sus necesidades en el nombre y con la fuerza de Dios.

2. En la raíz de todas las cosas está la idea de Dios. Aquí se reúnen todas las religiones para ser juzgadas. “La verdad y el bien inherentes a todas las formas de religión es que, en todas, el hombre busca a Dios. El carácter definitivo del cristianismo radica en el hecho de que revela al Dios al que el hombre busca”. (Jevons, *Introduction to the Study of Comparative Religion*, pág. 258). Lo mejor que se puede decir de cualquier religión no cristiana es que busca lo que el cristianismo posee: el Dios verdadero y perfecto. “La concepción de Dios con la que el cristianismo se dirige al mundo es la mejor que el hombre puede formarse o albergar”.

Si se pregunta: “¿Cuál es esa excelencia en el cristianismo en virtud de la cual tiene derecho a ser una religión misionera y merece ser recibido por todos los hombres?”, la respuesta es:

“El cristianismo tiene derecho a ser una religión misionera y a desplazar a todas las demás religiones, debido a su Dios.

“Hay muchas glorias en la religión de Jesucristo, y esta puede prestar muchos servicios a los hombres; pero su gloria suprema, o más bien la suma de toda su gloria, es su Dios. El cristianismo tiene una concepción de Dios como no ha alcanzado ninguna otra religión; y, lo que es más, proclama y lleva a cabo tal experiencia de Dios como la humanidad no ha conocido en ninguna otra parte. Es en esto donde encontramos esa superioridad que da derecho al cristianismo a ofrecerse a toda la humanidad.

“Es necesario decir en pocas palabras qué es este Dios que es la gloria del cristianismo y la base de su audacia en los avances misioneros: este Dios tan infinitamente excelente que todos los hombres bien pueden permitirse el lujo de olvidar todas sus propias religiones, con tal de que solo puedan conocerlo a Él. El Dios del cristianismo es uno, la única fuente, Señor y fin de todos. Él es santo, y tiene en Sí mismo el carácter que es el estándar digno para todos los seres. Él es amor, y se extiende para salvar al mundo del pecado y llenarlo de su propia bondad. Él es sabio, y sabe cómo cumplir el deseo de su corazón. Él es Padre de corazón, que mira a sus criaturas como Suyas, y busca su bienestar. Toda esta verdad acerca de Sí mismo, Él la ha dado a conocer en Jesucristo, el Salvador del mundo, en quien su voluntad redentora ha encontrado expresión, y su amor salvador ha salido hacia la humanidad”.

Al contraponer a esta concepción de Dios los puntos de vista que hemos visto que las religiones no cristianas tienen de Él, no hace falta demostrar que la religión del Dios cristiano tiene derechos supremos entre los hombres.

“Una religión que puede proclamar a tal Dios, y proclamarlo sobre la base de la experiencia, se adapta a todos los hombres y es digna de toda aceptación. Puesto que el cristianismo es la religión de un Dios así, el cristianismo merece posesión del mundo. Tiene el derecho de ofrecerse audazmente a todos los hombres y de desplazar a todas las demás religiones, pues ninguna otra religión ofrece lo que ella trae. Es lo mejor que contiene el mundo. Debido a su doctrina y experiencia del Dios perfecto, es lo mejor que el mundo puede contener. Sus contenidos pueden revelarse y conocerse mejor, pero no pueden mejorarse en su esencia. En el fondo, el cristianismo es simplemente la revelación del Dios perfecto, que hace la obra de amor y santidad perfectos por sus criaturas, y las transforma a su propia imagen para que hagan las obras de amor y santidad hacia sus semejantes. Entonces esto no puede ser mejor. Por lo tanto, el cristianismo tiene pleno derecho a ser una religión misionera, y los cristianos están llamados a ser un pueblo misionero”.

3. De su concepción única y adecuada de Dios, se deduce que el cristianismo tiene un mensaje para el mundo que está lleno de notas que las religiones no cristianas no poseen y no pueden poseer. Incluso las ideas que algunas de estas religiones comparten con el cristianismo, tales como “la creencia en una vida después de la muerte, en la diferencia entre el bien y el mal, y que este último merece castigo; en la necesidad de una expiación por el pecado; en la eficacia de la oración; en la presencia universal de poderes espirituales de algún tipo”, la creencia en la soberanía de Dios, en la inmanencia de Dios, en lo transitorio y la vanidad de esta vida terrenal por un lado, y en el significado infinito de esta vida y lo sagrado del orden humano por el otro, –tienen una relación y un significado en el cristianismo, con su Dios perfecto, que las hace totalmente diferentes de las concepciones de otras religiones. Y además de estas, el cristianismo tiene todo un mundo de concepciones propias: la paternidad de Dios, la hermandad del hombre, la redención, la encarnación de un Dios personal, la expiación, el carácter, el servicio, la comunión.

4. En su concepción del pecado, en su provisión para el perdón y la derrota del pecado, y en sus ideales de salvación y la oferta gratuita de su salvación a todo hombre, el cristianismo es único y satisfactorio. El cristianismo ve el pecado como el mal supremo en el mundo, lo considera como una falta de conformidad con la voluntad perfecta de Dios, o como transgresión de su ley perfecta; enseña que el pecado no es una cuestión de acto solamente, sino también de pensamiento y deseo y voluntad: una mancha en la naturaleza; insiste en que Dios no es responsable de él ni de ningún mal; enfatiza su culpa y horror, y las consecuencias mortales tanto para el tiempo como para la eternidad, y le abre al hombre un camino de perdón completo y victoria limpia. En contraste con este punto de vista, el mahometismo enseña que el pecado es solo la violación intencional de la ley de Dios; los pecados de ignorancia no los reconoce; su doctrina de la soberanía de Dios fija la responsabilidad del pecado en Dios y disuelve el sentido de culpa, y niega la mala mancha del pecado en la naturaleza humana. En el hinduismo, el pecado como oposición a la voluntad de un Dios personal es inconcebible; es el resultado inevitable de los actos de un estado previo de existencia; es malo, porque toda existencia y toda acción, tanto buena como mala, son malas, y es ilusión, ya que todas

las cosas son ilusión. En el budismo puro no puede haber pecado en nuestro sentido de la palabra, porque no hay Dios; el pecado allí significa “sed”, “deseo”, y de lo que el budismo busca escapar no es solo del mal de la vida, sino de la vida misma; y su concepción de los pecados que impiden, aunque incluye mucho que es inmoral, no lo incluye todo, y por otro lado no incluye mucho que no tiene en absoluto un carácter inmoral. El confucianismo no hace mención de la relación del hombre con Dios, y carece por completo de toda concepción del pecado. En una palabra, el cristianismo es la única religión en el mundo que diagnostica claramente la enfermedad de la humanidad y descubre qué es lo que necesita ser sanado y que intenta tratar de manera permanente y radical con ello.

Y así, también, solo el cristianismo sabe cuál es la salvación que los hombres requieren, y hace provisión para ella. En el cristianismo la salvación es la salvación del poder y la presencia del pecado, así como de su culpa y vergüenza. Su fin es un carácter santo y un servicio amoroso. Está disponible para los hombres aquí y ahora. En la concepción mahometana la salvación consiste en la liberación del castigo, y una liberación no por redención y el sacrificio de amor, sino por la soberanía absoluta de Dios. La idea hindú de salvación es escapar de los sufrimientos inherentes a la vida, ser liberado de la existencia personal y consciente, y esta liberación ha de ser ganada por el camino del conocimiento, siendo el conocimiento el reconocimiento de la identidad esencial del alma con Brahma, el Dios impersonal, o por el camino de la devoción, no siendo la devoción fe en un Dios que obra a favor del alma, sino el mantenimiento por parte del alma de una actitud mental salvadora hacia la deidad elegida para ser adorada. Este es el hinduismo real, no la doctrina más noble de los Vedas. En el budismo la salvación es la extinción de la existencia. De hecho, no hay alma reconocida por el budismo puro. Solo existe el Karma, o carácter, que sobrevive, y todo hombre debe obrar su propio Karma sin ayuda. “Por uno mismo”, está escrito en el Dhammapada, “se hace el mal; por uno mismo se sufre; por uno mismo se deja de hacer el mal; por uno mismo se purifica. He aquí, ningún hombre puede purificar a otro”. El mejor budismo del norte se acerca más al cristianismo en su concepción de una salvación por fe en el Buda Amitaba, pero incluso aquí la salvación es la liberación de la necesidad de continuos renacimientos, no una creación de un nuevo carácter para el servicio humano en lealtad divina. El confucianismo no tiene doctrina de salvación. El alma china ha tenido que volverse, en el intento de satisfacer sus necesidades, hacia otros maestros. En su ideal y oferta de salvación el cristianismo permanece solo. (Kellogg, *Comparative Religion*, capítulos IV, V).

5. El cristianismo es la única religión que es a la vez histórica, progresiva y espiritualmente libre. Por lo tanto, es la única religión que puede reclamar un dominio universal. Cada religión del mundo ha ocupado un lugar en la historia, pero el mahometismo es la única cuyos hechos históricos le son esenciales, y, como dice el obispo Westcott:

“El cristianismo es histórico no simplemente en el sentido en que, por ejemplo, el mahometismo es histórico, porque los hechos relacionados con el origen y crecimiento de esta religión, con la personalidad y vida del fundador, con la experiencia y crecimiento de su doctrina, pueden rastrearse en documentos que son adecuados para asegurar la creencia; sino también en un sentido muy diferente. Es histórico en sus antecedentes, en su realización, en sí mismo; es histórico por cuanto corona un largo período de entrenamiento religioso que se llevó a cabo bajo la influencia de hechos divinos; es histórico por cuanto es sacado a la luz en toda su plenitud de época en época en una sociedad externa por la acción del Espíritu de Dios; pero sobre todo, y de manera más característica, es histórico porque la revelación que trae es de vida y en la vida. La historia de Cristo es el Evangelio en su luz y en su poder. Su enseñanza es Él mismo, y nada aparte de Él mismo; lo que Él es y lo que Él hace. El credo más antiguo –el credo del bautismo– es la afirmación de hechos que incluyen toda la doctrina.

“Los sistemas dogmáticos pueden cambiar, y han cambiado en la medida en que reflejan fases transitorias de pensamiento especulativo, pero el Evangelio primitivo es inmutable así como es inagotable. No puede haber adición alguna a él. Contiene en sí mismo todo lo que será forjado lentamente en pensamiento y acción hasta la consumación.

“En este sentido, el cristianismo es la única religión histórica. El mensaje que proclama es totalmente único. Cristo dijo, Yo soy –no yo declaro, o yo expongo, o yo señalo a, sino yo soy– el camino, la verdad y la vida”.

6. La singularidad ética del cristianismo le da derecho a absorber y desplazar a todas las demás religiones. Solo él hace del carácter moral de Dios la cosa central y trascendente. Juzgados por su Dios, ningunos otros dioses son realmente buenos. Solo él presenta un ideal ético perfecto para el individuo y solo él posee una ética social adecuada para una verdadera vida nacional y para una sociedad mundial. Es preeminentemente la religión ética. Todos sus valores son valores morales. Toda la mejor vida de las tierras cristianas es un esfuerzo por encarnar la ética cristiana en la vida, y esa ética no ampara en absoluto ninguno de los males de las tierras cristianas. “Apenas hay un signo más confiable y un criterio más seguro de la civilización de un pueblo”, dice el antropólogo Waitz, “que el grado en el cual las exigencias de una moral pura son respaldadas por su religión y están entrelazadas con su vida religiosa”. Y esta es la verdadera prueba de las religiones también. ¿Proveen ellas a los hombres de ideales morales perfectos? ¿Condenan ellas el mal y se niegan a permitir que el mal se ampare bajo sanción religiosa? En uno o ambos de estos asuntos toda religión no cristiana fracasa. Hay mucha enseñanza moral digna en cada una de las religiones no cristianas, pero el Corán ordenó la esclavización de las mujeres y los niños de los incrédulos conquistados en batalla, y autorizó el concubinato ilimitado, y su sanción de la poligamia no puede defenderse como si fuera en el interés de la moralidad. “La poligamia”, dijo el Dr. Henry H. Jessup, “no ha disminuido el libertinaje entre los mahometanos”. Incluso en los Vedas hay pasajes que están moralmente impedidos de ser publicados. “No me atrevo a dar y usted no se atreve a imprimir”, escribió el reverendo S. Williams, “las *ipsissima verba* de una versión en inglés de los mantras originales del Yáyur Veda”. (*Indian Evangelical Review*, enero, 1891). En el Bhagavata Purana el carácter del dios Krishna se distingue por el libertinaje. Y lo peor de todo en la ética hindú, incluso en el Bhagavadgita, se enseña que las acciones en sí mismas no contaminan a uno, si tan solo se realizan en el estado de ánimo prescrito en el poema. Mientras que la ética de Buda y del confucianismo es deficiente en benevolencia activa y servicio humano. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, es una concepción peculiar del cristianismo.

7. El cristianismo es la religión final y absoluta, porque contiene todo el bien y la verdad que se pueden encontrar en cualquier otra religión, y lo presenta a los hombres en su divina plenitud, mientras que las otras religiones no tienen más que un bien parcial; porque está libre de los males que se encuentran en todas las otras religiones, y porque solo él puede satisfacer todas las necesidades del corazón humano y de la raza humana. Es la única religión verdadera. Nos alegramos de encontrar cualquier alcance hacia la verdad en otras religiones que demuestre que los corazones de quienes las sostienen están hechos para esa verdad y son capaces de recibirla en su forma perfecta en el cristianismo. El cristianismo es final, porque no hay bien más allá de él y no hay mal en él, y porque limpia y corona toda la vida y el pensamiento del hombre. Es el fin de la búsqueda de todos los hombres. “Sostengo”, dice Tiele, “que la aparición del cristianismo inauguró una época enteramente nueva en el desarrollo de la religión; que todas las corrientes de la vida religiosa del hombre, una vez separadas, se unen en él; y que el desarrollo religioso consistirá de aquí en adelante en una realización cada vez más alta de los principios de esa religión”. Y el cristianismo es absoluto así como final; es decir, llena el campo. No puede haber nada más alto ni mejor. No puede haber nada más en la misma clase. Como dijo el obispo Westcott:

“Una religión perfecta –una religión que ofrece una satisfacción completa a las necesidades religiosas del hombre– debe ser capaz de satisfacer las necesidades religiosas del individuo, la sociedad, la raza, en el curso completo de su desarrollo y en la múltiple intensidad de cada facultad humana separada.

“Siendo esto así, sostengo que la fe en Cristo, nacido, crucificado, resucitado, ascendido, forma la base de esta religión perfecta; que es capaz, en virtud de su carácter esencial, de traer paz en vista de los problemas

de la vida bajo toda variedad de circunstancia y carácter: de iluminar, de desarrollar, y de inspirar cada facultad humana. Mi argumento se basa en el reconocimiento de dos marcas por las cuales el cristianismo se distingue de toda otra religión. Es absoluto y es histórico.

“Por un lado, el cristianismo no está confinado por ningún límite de lugar, o tiempo, o facultad, o propósito. Alcanza a toda la suma del ser y a la totalidad de cada existencia separada. Por otro lado, ofrece su revelación en hechos que son una parte real de la experiencia humana, de modo que la enseñanza peculiar que trae en cuanto a la naturaleza y relaciones de Dios y el hombre y el mundo es simplemente la interpretación de eventos en la vida de los hombres y en la vida de uno que fue verdaderamente Hombre. No es una teoría, una espléndida suposición, sino una proclamación de hechos.

“Estas, repito, son sus afirmaciones originales, inalterables. El cristianismo es absoluto. Afirma, tal como fue expuesto por los apóstoles, aunque la grandeza de la afirmación pronto fue oscurecida, que alcanza a todos los hombres, a todo el tiempo, a toda la creación; afirma efectuar la perfección no menos que la redención del ser finito; afirma traer una unidad perfecta de la humanidad sin destruir la personalidad de ningún hombre; afirma tratar con todo lo que es externo así como con todo lo que es interno, con la materia así como con el espíritu, con el universo físico así como con el universo moral; afirma realizar una recreación coextensiva con la creación; afirma presentarlo a él, que fue el hacedor del mundo, como el heredero de todas las cosas; afirma completar el ciclo de la existencia, y mostrar cómo todas las cosas vienen de Dios y van a Dios”.

Como absoluto, debe desplazar todo lo que es parcial o falso. Debe conquistar el mundo. Las personas que lo tienen deben ser un pueblo misionero.

Este es el solemne deber que se nos ha encomendado por nuestra experiencia personal del tesoro que hay en Cristo, y este es el solemne deber con el que cualquier comparación verdadera del cristianismo con las religiones del mundo nos confronta. Tanto de la mirada hacia adentro como de la mirada hacia afuera nos levantamos con una clara comprensión del carácter misionero de la religión que lleva el nombre de Cristo. La actitud de esa religión “no es una de compromiso, sino una de conflicto y de conquista. Se propone desplazar a las otras religiones. La afirmación de Jeremías es la afirmación del cristianismo: ‘Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos’. [Jeremías 10:11] La supervivencia del Creador, gozosamente prevista, es la base de su confianza y su empeño. El cristianismo emprende así una larga y laboriosa campaña, en la cual debe experimentar diversas fortunas y aprender la paciencia a partir de las pruebas y las demoras; pero el verdadero estado del caso no debe ser olvidado, a saber, que el cristianismo sale a la victoria. La intención de conquistar es característica del Evangelio. Este fue el objetivo de su juventud cuando salió entre las religiones que entonces lo rodeaban, y con este objetivo debe entrar en cualquier campo en el cual las viejas religiones estén obstaculizando la naturaleza religiosa del hombre. No puede conquistar excepto en amor, pero en amor tiene la intención de conquistar. Tiene la intención de llenar el mundo”. Debe hacerlo para que las naciones puedan tener su deseo y el mundo su luz.

Capítulo 89 ¿Qué Motivos Misioneros Deberían Prevalecer?

Por el Rev. Henry W. Frost

Director para Norteamérica de la Misión al Interior de China (*China Inland Mission*), Germantown, Filadelfia, Pensilvania

“El amor de Cristo nos constriñe” (1 Corintios 5:14)

Diversas clases de motivos

Cuando contemplamos los motivos que prevalecen en gran medida en estos días respecto al servicio misionero, nos encontramos con una sorpresa. En lugar de descubrir, como anticipábamos en tal relación, que estos se encuentran siempre en el elevado plano de lo divino y celestial, encontramos a menudo que se hallan en el bajo plano de lo humano y terrenal. Y debe notarse que esta condición, en comparación con el pasado, marca un cambio en el tipo de motivo que se presenta a los hombres para inducirlos a entregarse al servicio misionero. Hubo un tiempo –en la memoria de muchos– cuando los motivos proclamados eran marcadamente bíblicos y espirituales. Pero más recientemente ha habido en muchos sectores una declinación positiva a este respecto, dando lugar lo bíblico y espiritual a lo egoísta o a lo puramente humanitario. Y esto ha resultado en un desarrollo de debilidad, tanto en el llamado como en sus resultados. Es ciertamente verdad, como dicen los hombres, que las naciones no cristianas están en un estado lamentable, gubernamental, educacional, comercial, social y físicamente; y es igualmente cierto que nada sino el cristianismo alterará las condiciones existentes. Pero tales condiciones no constituyen el llamado que Dios hace a su pueblo cuando le insta a cristianizar las naciones. Las condiciones antes mencionadas están todas “debajo del sol”, y tienen que ver con la vida temporal presente. Además, aunque se pudiera asegurar una transformación total en estos aspectos, los pueblos así afectados –como demuestra la condición actual de Japón– no habrían sido acercados más a Dios de lo que estaban antes. Porque, si bien siempre es cierto que el cristianismo civiliza, nunca es cierto que la civilización cristianiza.

Parecería de lo anterior que, si se han de alcanzar las almas, si los hombres han de ser enderezados interiormente, si se han de obtener las cosas que contribuyen a la seguridad y la bienaventuranza eternas, deben prevalecer motivos divinos, conducentes a métodos y resultados divinos. Esta es la razón por la cual Dios pone motivos tan elevados ante la iglesia. Él desea que los cristianos miren a lo alto para que puedan vivir a lo alto; y desea que vivan a lo alto para que puedan elevar a otros a la misma altura. Es de suprema importancia, por lo tanto, descubrir en las Escrituras cuáles son los motivos divinamente dados. Nuestro texto inicial indica que Pablo sentía que estos podrían expresarse en una sola frase: “El amor de Cristo” – es decir, el amor de Cristo por nosotros– “nos constriñe”. Pero otras porciones de la Palabra indican que el Espíritu amplía el pensamiento así expresado, de modo que el motivo único incluye a varios otros. Podemos anticipar lo suficiente para decir que estos motivos parecen ser tres en número. Es nuestro propósito considerar estos, uno por uno.

Un primer motivo

Durante la primera parte del ministerio de Jesús en la tierra, es decir, entre su bautismo y su crucifixión, habló muy poco acerca de las misiones; pero durante la última parte, es decir, entre su resurrección y su ascensión, no habló de ninguna otra cosa. Esto último es un hecho llamativo e impresionante, especialmente porque había muchos otros asuntos, en esos últimos días, acerca de los cuales sus discípulos podrían haber deseado que él hablara y con los cuales él mismo podría haber deseado ocuparse. Es evidente entonces que, durante los cuarenta días hasta su ascensión, un solo tema ocupaba el primer lugar en su mente y una sola carga pesaba más fuertemente sobre su corazón. Habiendo sido cumplida su obra redentora, anhelaba que sus discípulos proclamaran las buenas nuevas en todas partes; y por lo tanto habló de esto, y solo de esto.

Además, en las diversas ocasiones en que disertó sobre el tema de las misiones, siempre habló como un maestro se dirigiría a sus discípulos, como un capitán se dirigiría a sus soldados, como un rey se dirigiría a sus súbditos. En otros momentos y en otras relaciones, Él sugirió, exhortó, instó, pero aquí, sin excepción y sin equívocos, Él mandó. Ni una sola vez explicó cómo podía exigir lo que estaba requiriendo; ni una sola vez preguntó si había algún argumento que expresar en respuesta a sus propuestas; con pleno conocimiento del terrible costo, sin permitir ninguna escapatoria de la obligación impuesta, simplemente dijo: “¡Id!”.

Ante una pasión tan ardiente y una obligación tan fuertemente impuesta, solo se puede llegar a una conclusión: la iglesia de Jesucristo no tiene opción en cuanto a si hará o no lo ordenado. Aquel que ha comprado a su pueblo con su propia sangre, el que es dueño de ellos en espíritu, alma y cuerpo, el que es verdaderamente maestro, Capitán y Rey, ha mandado positivamente que su Evangelio sea predicado por todo el mundo. Por supuesto, la iglesia, si lo desea, puede desobedecer, como –hablando en términos generales– está desobedeciendo. Pero bajo las condiciones prevalecientes, esto de su parte es alta traición, y es para su propia pérdida presente y peligro futuro. La cosa que Cristo ha mandado, en toda consideración justa, es la cosa que debería ser emprendida total e inmediatamente. Este es, entonces, el motivo principal que Dios pone ante los cristianos, individual y colectivamente, a saber, que aquel que ha tenido el derecho de mandar lo ha hecho, y que el mandato, debido a la persona, exige una obediencia sin vacilaciones, sin concesiones y continua, hasta que la tarea ordenada esté plena y finalmente cumplida.

Un segundo motivo

Hay cinco pasajes diferentes en los Evangelios que hablan de que Cristo tenía compasión, o era movido a compasión. Uno es cuando Jesús vio a dos ciegos y les dio la vista; otro es donde vio a un leproso y lo tocó y sanó; otro es donde vio a una viuda llorando la pérdida de su hijo muerto y donde resucitó a ese hijo a la vida; otro es donde vio a las multitudes hambrientas y las alimentó; y el último es donde vio multitudes desatendidas y pidió a sus discípulos que ofrecieran oración en favor de ellas.

Ahora bien, todos estos pasajes son interesantes, ya que revelan el corazón de Cristo, siendo Él el “Dios de compasión” cuyas “misericordias no faltan”. Pero el último pasaje es particularmente interesante, ya que nos da una visión de las condiciones mundiales actuales y del pensamiento de Dios acerca de ellas. Porque lo que era verdad ese día en Galilea sigue siendo verdad en todo el mundo; y lo que Cristo era, lo sigue siendo. Consideremos, por un momento, el pasaje.

Jesús había venido a su propia ciudad de Nazaret, y más tarde había salido de allí por los distritos vecinos. Tanto en la ciudad como fuera de ella, había dispensado su generosidad de sanidad, aparentemente desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche. Como resultado de sus ministraciones, por fin había reunido grandes multitudes a su alrededor, compuestas de hombres, mujeres y niños, y ahora estos no tenían adónde ir a pasar la noche y tenían muchas necesidades físicas y espirituales aún sin suplir. Que Jesús había tenido compasión de la gente durante todo el día, lo atestiguan sus palabras y sus actos. Pero ahora, al ver a las multitudes en una condición tan lamentable, se registra –pues esta es la implicación– que tuvo una compasión peculiar por ellas. Vio que estaban hambrientas y exhaustas, tal como las ovejas al final del día cuando no han sido alimentadas y están agotadas; y vio también que eran como un gran campo de cosecha, cuyo grano ya maduro, por falta de manos para recogerlo en el granero, se estaba pudriendo en el tallo. Fue entonces –estas condiciones físicas sugiriendo las espirituales– que el gran corazón reveló su anhelo, y que brotó el clamor suplicante y patético: “Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies”. [Lucas 10:2]

No insinuaríamos, ni por un momento, que no hubiera causa suficiente en la vista de las multitudes de ese día para conmover tan poderosamente el corazón del Hijo de Dios. Al mismo tiempo, no podemos sino pensar que una parte no pequeña de la emoción que Jesús experimentó fue ocasionada por el hecho de que las multitudes delante de Él eran un cuadro de aquellas otras multitudes mayores que conformaban un

mundo perdido, y también de aquellas otras y aún mayores multitudes que todavía no habían nacido y que conformarían el mundo perdido que aún estaba por venir. Porque Cristo siempre miraba las cosas con un ojo divinamente profético; y había de todo en esa visión presente para sugerir la visión más amplia. Y así el corazón sangró su dolor; y así la voz pidió lastimeramente la ayuda del hombre. Y así este mismo Cristo está siempre mirando hacia abajo desde el trono del cielo, el mismo corazón está siempre sintiendo el peso de su dolor compasivo, y la misma voz está siempre suplicando a sus discípulos que vean como Él ve y que sientan como Él siente. Este es entonces el segundo motivo que Dios pone ante los cristianos, a saber, entrar en la compasión de Cristo por las almas y las vidas perdidas de los hombres, y así ser movidos como Él fue movido, y ser constreñidos a hacer lo que Él hizo.

Un tercer motivo

Los Evangelios, que registran la vida terrenal de Jesús, están llenos de promesas –en su mayoría de los labios del maestro– concernientes a una venida que sería con el propósito de establecer un reino. Las Epístolas, que representan el testimonio del Cristo resucitado y glorificado, continúan este tema, y siempre dan el mismo orden: primero la venida y luego el reino. Y al final del Nuevo Testamento, un libro entero –Apocalipsis– se ocupa de la expansión de este pensamiento ahora familiar y cuenta en detalle cómo vendrá Cristo y cómo será el reino.

Además de lo anterior, los Evangelios, las Epístolas y Apocalipsis hablan de una obra que ha de ser cumplida, la cual es preliminar a la venida y al reino, y que, en la economía divina, hace posible a la una y al otro. Como estos pasajes son más que interesantes, ya que son vitales para nuestro tema, hacemos una selección de ellos, citándolos sin comentarios: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. [Lucas 19:10] “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”. [Juan 10:16] “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”. [Mateo 28:19] “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”. [Marcos 16:15] “Y vosotros sois testigos de estas cosas”. [Lucas 24:48] “y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”. [Hechos 1:8] “librándote de tu pueblo [los judíos], y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban... perdón de pecados”. [Hechos 26:17-18] “para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen”. [2 Timoteo 4:17] “que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles”. [Romanos 11:25] “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”. [Mateo 24:14] “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”. [Apocalipsis 7:9]

Por muy impresionantes que sean estos pasajes de las Escrituras, y tan clara como es su enseñanza en el sentido de que el servicio misionero está relacionado con todo el mundo y tiene el propósito de reunir para Dios un número innumerable de personas en preparación para el Rey y el reino, hay sin embargo otro pasaje que es aún más impresionante y claro en relación con los mismos detalles. Como para eliminar cualquier posible malentendido con respecto al plan divino, el Espíritu guió a la declaración y preservación de palabras que nos dicen qué se propone hacer Dios en esta era presente en preparación para la era venidera, y qué papel ha de desempeñar la iglesia en el cumplimiento del propósito así anunciado. Nos referimos a Hechos 15:13-18. Allí Jacobo, citando a Pedro, es el portavoz, y el gran apóstol confirma su pronunciamiento declarándolo como una verdad fundamental de que “conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras”. Así él dice: “Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto”.

Aquí, entonces, hay una declaración y un programa divinos. Y hablando sencillamente, expone los siguientes hechos en el orden siguiente: primero, una obra presente de gracia en la cual Dios visita y reúne, preeminentemente de entre los gentiles, a un pueblo para su nombre; segundo, el regreso de Cristo; tercero, la restauración y establecimiento del reino teocrático judío con su adoración concomitante; y cuarto, la salvación en la era del reino del “resto” de los judíos, y de “todos” los gentiles sobre los cuales será invocado el nombre de Dios. Y este programa, en su primer artículo, deja en claro qué participación tiene la iglesia en su cumplimiento. Para expresarlo en una sola oración, es esta: Dios está visitando a las naciones, y los cristianos tienen el alto privilegio de visitarlas con Él. Él sale, en las personas de los misioneros, no a convertir a todo el mundo –ya que no todos los hombres lo aceptarán– sino a reunir de él a un pueblo dispuesto, celestial en calidad e innumerable en cantidad, el cual será para la gloria de su nombre a lo largo del tiempo y la eternidad. Y, manifiestamente, esta obra preparatoria hará que suceda el evento que se describe como siguiéndola, es decir, la venida de Cristo. Este es entonces el motivo final y consumidor que Dios pone ante los cristianos, a saber, salir a todas partes, predicando las buenas nuevas a toda criatura, a fin de que la iglesia pueda ser completada y que el Rey y el reino puedan venir.

El efecto de los motivos bíblicos

Bastará una breve consideración para descubrir que los tres motivos que se han mencionado, a saber, el mandato, la compasión y la venida de Cristo, son como el Dios que los dio, y por lo tanto son dignos de ser aceptados por el más noble y devoto de los hombres. Y hay dos razones por las que esto es así. Primero, porque representan verdades espirituales y eternas; y segundo, porque contribuyen a la más alta gloria de Dios y al mayor bien de la humanidad. En cuanto a esto último, ningunos otros motivos son tan elevadores y purificadores para la persona que es movida por ellos, y ningunos otros motivos están tan seguros del favor y la bendición divinos en su ejercicio. Hay suficiente poder en estos motivos, individual y colectivamente, para elevar la propaganda misionera por encima de todo lo terrenal, egoísta y estrecho, y para colocarla, donde siempre pertenece, en el plano de lo celestial, lo espiritual y lo infinito. Además, hay aquí la suficiente potencia para convertir la “causa desesperada” de las misiones extranjeras actuales, en las que un grupo de Gedeón compuesto por hombres y mujeres está luchando valientemente contra adversidades abrumadoras, en un ejército siempre victorioso de la iglesia, donde la batalla no solo se peleará sino que también se ganará, y donde el fin de salvar a los elegidos, y por ende de traer de vuelta al Rey y establecer el reino, se cumplirá de manera segura y rápida. Porque, ¿qué enemigos en la tierra, o qué demonios en el infierno, podrían detener el avance de un pueblo que se hubiera determinado, en el poder del Espíritu Santo, a obedecer el mandato de Cristo, a mostrar su compasión, y a seguir adelante con los rostros levantados hacia el encuentro glorioso y victorioso con aquel que un día descenderá con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios? Motivos como estos no son simplemente apremiantes; son invencibles y triunfantes.

Una ilustración

Hace algunos años, mientras vivía en Toronto, recibí la visita de la señorita Kathleen Stayner, de esa ciudad. La señorita Stayner había venido a conversar conmigo sobre la posibilidad de servir en China. Vi de inmediato que había nacido y se había criado como una dama; y me enteré después de que había tenido una educación excepcionalmente buena tanto en Canadá como en Europa; que era heredera; y que, siendo huérfana, era libre de ir y venir como quisiera. También percibí, a medida que avanzaba nuestra conversación, que era una joven de gran devoción, que le había dado la espalda a todos los atractivos sociales y se había comprometido a un servicio sincero y abnegado por Cristo, incluyendo el trabajo para los chinos en Toronto. La situación con respecto a su ida a China, por lo tanto, era muy prometedora, pues no había nada que le impidiera dirigirse a esa tierra. Pero mi creciente confianza mientras hablábamos fue detenida de repente por la señorita Stayner, pues inesperadamente declaró que había una dificultad en su camino que era insuperable. Al preguntar cuál era, recibí esta respuesta:

“Tengo que confesar que no amo a los chinos”. Y luego explicó: “¡Son tan ignorantes y sucios!”

Este era un obstáculo real, especialmente porque ella había estado trabajando entre los chinos. Pero a pesar de ello le respondí:

“¿Sabe, señorita Stayner?, no creo que la cuestión de si ama o no a los chinos sea la que deba considerarse; me parece que la verdadera cuestión es si ama o no al Señor”.

Ante esto, sus ojos se iluminaron y exclamó: “¡Oh, sí, sí lo amo!”

“Entonces”, dije, “si lo ama, ¿cómo puede hacer otra cosa que obedecer su mandato e ir?”

Ante esto, me miró fijamente y dijo: “¿Cree entonces que puedo atreverme a ir?”

“Bajo las circunstancias”, le respondí, “no veo cómo puede atreverse a quedarse”.

Unos días después, la señorita Stayner presentó su solicitud a la misión; unos meses más tarde fue aceptada para el servicio; y poco después de su aceptación se puso en camino a China.

La señorita Stayner, sin embargo, no iba a tener el tiempo fácil en China que muchos misioneros experimentan allí. Por un período, todo le fue bien y felizmente. Fue ubicada en la atractiva estación de Wenchow; se integró en la antigua, bien desarrollada y muy prometedora obra de ese lugar; hizo un progreso notable con el idioma; y se ganó la confianza y el amor de la gente. Pero una noche, cuando se alojaba con su obrera bíblica en una estación anexa, fue despertada de repente de su sueño por luces y voces, y acto seguido descubrió que unos ladrones habían entrado por la fuerza a su habitación y estaban robando lo que podían tener a su alcance. La señorita Stayner protestó, ante lo cual uno de los ladrones la golpeó con una vara de bambú. Más tarde, ella y la obrera bíblica salieron por una puerta en la parte trasera de la casa y, vestidas como estaban y en el frío de la noche de invierno, huyeron por las colinas hacia un grupo de árboles y arbustos y se ocultaron de la vista. Allí permanecieron durante mucho tiempo, heladas y aterrorizadas, hasta que los ladrones saquearon su casa y se fueron. Después de esto, fueron encontradas por algunos de los aldeanos y devueltas a su hogar casi en ruinas. La señorita Stayner se vio gravemente afectada en lo físico por esta dura experiencia, y se hizo necesario que visitara Shanghai en busca de tranquilidad y descanso. Justo en ese tiempo yo visité ese lugar, y así pude, una noche, preguntarle sobre su trabajo y escuchar de sus labios el relato de sus recientes experiencias. Después de que me contó la historia, le dije:

“Señorita Stayner, ¿puedo hacerle una pregunta?”

“Sí”, respondió ella, “¿de qué se trata?”

“Es esto”, le contesté; “¿ama usted a los chinos?”

Nunca olvidaré la mirada de asombro que me dirigió. “Vaya”, dijo ella, “¿qué quiere decir? ¡Por supuesto que amo a los chinos!”

“Solo me preguntaba”, respondí, “si, habiendo pasado por tal experiencia a manos de ellos, se arrepentía de haber venido a China, y si posiblemente ahora casi odiaba a los chinos”.

Esta observación la dejó más perpleja que mi primera pregunta. Pero luego le recordé nuestra conversación en Toronto, la cual se le había borrado por completo de la mente.

“Oh”, respondió finalmente, “había olvidado que alguna vez dije eso; pero eso fue antes de conocer a los chinos; ¡ahora los amo a todos!”

Pero la señorita Stayner no había llegado al final de las pruebas que le estaban señaladas. Porque solo habían pasado unos pocos años cuando se vio afligida por una enfermedad climática, la cual es terrible en su proceso y efectos. Pronto se hizo evidente que debía abandonar el país. Así lo hizo, regresando a su hogar en Canadá, y yendo más tarde a cierto balneario en Alemania. Felizmente, mejoró, y al fin pudo regresar a su muy amado trabajo. Pero más tarde aún, su antigua aflicción regresó. Luchó contra ella, y por un tiempo considerable no quiso rendirse. Pero al final, era una cuestión de vida o muerte, y de mala gana emprendió su viaje de regreso, primero a Alemania y luego a Inglaterra. Allí, sus fuerzas fallaron gradualmente y, finalmente, terminó su carrera terrenal durmiendo en Cristo. Tuve el privilegio de ver a nuestra amiga durante esta última visita. Ella era, a pesar de su juventud, una ruina física; su cabello se había vuelto gris, su rostro estaba delgado, y su fuerza y vigor habían desaparecido. Pero no tenía ni una sola palabra de arrepentimiento que expresar por haber ido a China y estaba llena de alabanzas de gratitud a Dios por haberle concedido tal privilegio. Y confesó que lo único que la había impulsado a seguir adelante y que le daba una compensación siempre amplia por todo lo que había sufrido, era el conocimiento de que estaba haciendo lo que podía para llevar el Evangelio a los paganos y así apresurar el regreso a la tierra de su amado Señor.

Una aplicación

La vida de la señorita Stayner es más que una ilustración; es una interpretación. Porque muestra, más allá de cualquier malentendido, cuál es el efecto de los verdaderos motivos bíblicos sobre una mente y un corazón abiertos. Aquí hubo una mujer que tenía todo, humanamente hablando, para quedarse en casa, pero que eligió deliberadamente ir al extranjero. Aquí hubo una que se había enfrentado a la cuestión de su responsabilidad hacia los paganos; no emocionalmente, sino con calma, y que finalmente había salido por ninguna otra razón que la de que su maestro se lo había mandado. Aquí hubo una que al principio tenía poco amor por los paganos, pero cuyo corazón, en el camino de la obediencia, se llenó de compasión por ellos. Y aquí, finalmente, hubo una que había permanecido firme e incluso llena de alabanza a través de todo su sufrimiento y dolor porque había aprendido a servir con sus ojos puestos en aquel que ha de venir. Y así la interpretación se convierte en una inspiración. Porque la vida y el servicio de la señorita Stayner son un llamado apremiante, para todos los que conocen y aman al Señor, a hacer lo que ella hizo, siendo totalmente obedientes a Dios y encomendándolo todo a Él. Y no es exagerado decir que si los cristianos la siguieran a ella como ella siguió a Cristo, no pasaría mucho tiempo antes de que se produjera una verdadera revolución en los métodos y resultados misioneros. Entonces en verdad podríamos tener la esperanza de ver a las misiones extranjeras convertidas en un triunfo apostólico, donde la antigua figura retórica, “imponente como ejércitos en orden”, solo expresaría débilmente lo que Dios haría que fuera su iglesia en la tierra. Porque es manifiesto que nuestro Padre en los cielos tiene grandes pensamientos hacia los paganos, y que Él está listo para usar a sus santos en su cumplimiento siempre que ellos se lo permitan. Pero debe recordarse que esto último solo puede suceder en la medida en que los seguidores de Cristo sean poseídos y controlados por aquellos motivos que son verdadera y enteramente divinos.

Capítulo 90 El Lugar de la Oración en el Evangelismo

Por el Rev. R. A. Torrey, Doctor en Teología
Decano del Instituto Bíblico de Los Ángeles, Los Ángeles, California

El factor humano más importante en el evangelismo eficaz es la ORACIÓN. Todo gran avivamiento en la historia de la iglesia, desde la época de los apóstoles hasta hoy, ha sido el resultado de la oración. Ha habido grandes despertares sin mucha predicación, y ha habido grandes despertares con absolutamente ninguna organización, pero nunca ha habido un verdadero despertar sin mucha oración.

La primera gran recolección en la historia humana tuvo su origen, desde el lado humano, en una reunión de oración de diez días. Leemos acerca de la pequeña compañía de los primeros discípulos: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración” (Hechos 1:14). El resultado de esa reunión de oración de diez días está registrado en el segundo capítulo de los Hechos de los Apóstoles: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:4), y “se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:41). Ese despertar demostró ser real y permanente; aquellos que fueron reunidos en ese día, el más grande en toda la historia cristiana, “perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:47).

Todo gran despertar desde ese día hasta hoy ha tenido su origen terrenal en la oración. “El Gran Avivamiento” en el siglo XVIII, en el cual Jonathan Edwards fue una de las figuras centrales, comenzó con su famoso “Llamado a la oración”. La obra de David Brainerd entre los indios norteamericanos, una de las obras más maravillosas en toda la historia, tuvo su origen en los días y las noches que Brainerd pasó ante Dios en oración por un revestimiento de poder de lo alto para esta obra. En 1830 hubo un avivamiento en Rochester, Nueva York, en el cual Charles G. Finney fue el agente humano destacado. Este avivamiento se extendió por toda esa región del estado y se reportó que 100.000 personas se habían unido a las iglesias como resultado de esta obra. El propio Sr. Finney atribuyó su éxito al espíritu de oración que prevalecía. Él dice en su autobiografía:

“Cuando estaba en camino a Rochester, al pasar por un pueblo a unas treinta millas al este de Rochester, un hermano ministro a quien yo conocía, viéndome en el barco del canal, saltó a bordo para tener una breve conversación conmigo, con la intención de viajar solo un pequeño trayecto y regresar. Sin embargo, se interesó en la conversación, y al enterarse de adónde iba yo, se decidió a seguir y acompañarme a Rochester. Habíamos estado allí solo unos pocos días cuando este ministro se sintió tan convicto que no pudo evitar llorar en voz alta en un momento mientras caminaba por la calle. El Señor le dio un poderoso espíritu de oración, y su corazón fue quebrantado. Mientras él y yo orábamos juntos, me asombró su fe con respecto a lo que el Señor iba a hacer allí. Recuerdo que decía: ‘Señor, no sé cómo es; pero parece que sé que Tú vas a hacer una gran obra en esta ciudad’. El espíritu de oración fue derramado poderosamente, tanto así que algunas personas se quedaban fuera de los servicios públicos para orar, siendo incapaces de contener sus sentimientos durante la predicación.

“Y aquí debo introducir el nombre de un hombre, a quien tendré ocasión de mencionar con frecuencia, el Sr. Abel Clary. Era hijo de un hombre muy excelente y un anciano de la iglesia donde yo me convertí. Él se convirtió en el mismo avivamiento en que yo lo hice. Había sido licenciado para predicar; pero su espíritu de oración era tal —estaba tan agobiado por las almas de los hombres— que no era capaz de predicar mucho, entregando todo su tiempo y sus fuerzas a la oración. La carga de su alma era a menudo tan grande que no podía mantenerse en pie, y se retorció y gemía en agonía. Yo le conocía bien, y sabía algo del maravilloso espíritu de oración que estaba sobre él. Era un hombre muy silencioso, como lo son casi todos los que tienen ese poderoso espíritu de oración.

“Lo primero que supe de su presencia en Rochester fue cuando un caballero que vivía a una milla al oeste de la ciudad me visitó un día y me preguntó si conocía a un tal Sr. Abel Clary, un ministro, y yo le dije que lo conocía bien. ‘Bueno’, dijo él, ‘está en mi casa, y ha estado allí por algún tiempo, y no sé qué pensar de él’. Yo dije: ‘No le he visto en ninguna de nuestras reuniones’. ‘No’, respondió él, ‘él dice que no puede ir a las reuniones. Ora casi todo el tiempo, día y noche, y con tal agonía mental que no sé qué hacer al respecto. A veces ni siquiera puede sostenerse de rodillas, sino que yace postrado en el suelo, y gime y ora de una manera que me asombra bastante’. Yo le dije al hermano: ‘Lo entiendo; por favor, quédese tranquilo. Todo saldrá bien; él seguramente prevalecerá’.

“Yo conocía en esa época a un número considerable de hombres que se ejercitaban de la misma manera. Un Diácono P— de Camden, condado de Oneida; un Diácono T— de Adams, en el mismo condado; este Sr. Clary, y muchos otros entre los hombres, y un gran número de mujeres compartían el mismo espíritu, y pasaban gran parte de su tiempo en oración. El padre Nash, como lo llamábamos, quien en varios de mis campos de labor vino a mí y me ayudó, era otro de esos hombres que tenían un espíritu tan poderoso de oración prevaleciente. Este Sr. Clary continuó en Rochester tanto tiempo como yo, y no se fue hasta después de que yo me hube ido. Nunca, que yo pudiera enterarme, apareció en público, sino que se entregó por completo a la oración”.

Tal vez el despertar más notable jamás conocido en los Estados Unidos fue el gran avivamiento de 1857. En la medida en que se puede rastrear su origen humano, comenzó en las oraciones de un humilde misionero de la ciudad en Nueva York llamado Landfear. Él no solo oraba por sí mismo, sino que organizó una reunión de oración al mediodía. Al principio la asistencia era muy pequeña; en una reunión solo hubo tres presentes, en otra dos, y en una reunión él fue el único presente. Pero él y sus asociados persistieron en la oración hasta que se encendió un fuego que se extendió por toda la ciudad, hasta que se celebraron reuniones de oración a cada hora del día y de la noche, no solo en iglesias sino en teatros. Cuando esto había continuado por algún tiempo, el Dr. Gardner Spring, uno de los ministros presbiterianos más eminentes de América, dijo a un grupo de ministros: “Es evidente que ha estallado un avivamiento entre nosotros, y debemos predicar”. Uno de los ministros respondió: “Bueno, si va a haber predicación, usted debe predicar el primer sermón”, y el Dr. Gardner Spring consintió en predicar. Pero no salió a escucharlo predicar más gente de la que había salido a orar. Así que la dependencia se puso en la oración y no en la predicación; el fuego se extendió a Filadelfia, y luego por toda la tierra hasta que se dice que no había parte del país donde no se estuvieran llevando a cabo reuniones de oración, y toda la nación fue conmovida y hubo conversiones y adhesiones a la iglesia por todas partes por cientos y miles. A este despertar en América le siguió un despertar similar, aunque en algunos aspectos aún más notable, en Irlanda, Escocia e Inglaterra, en 1859 y 1860. Los factores humanos más importantes en el origen de esta maravillosa obra parecen haber sido cuatro jóvenes que comenzaron a reunirse en la vieja escuela en el vecindario de Kells, en el norte de Irlanda. Aquí, noche tras noche, luchaban con Dios en oración. Hacia la primavera de 1858, una obra de poder comenzó a manifestarse. Se extendió de pueblo en pueblo y de condado en condado; las congregaciones se hicieron demasiado grandes para cualquier edificio, las reuniones se celebraban al aire libre, a menudo con la asistencia de muchos miles de personas. Con frecuencia, cientos de personas eran convictas de pecado en una sola reunión; los hombres caían abatidos por la convicción de pecado mientras trabajaban en el campo. En algunos lugares los tribunales penales y las cárceles fueron cerrados porque no había casos que juzgar ni criminales que encarcelar. Los frutos de esa maravillosa obra permanecen hasta el día de hoy. Muchas de las personas líderes, incluso en las iglesias de América, se convirtieron en esa época en el norte de Irlanda. Aunque hombres como el Dr. Grattan Guinness y Brownlow North fueron grandemente usados en ese tiempo, el avivamiento se extendió no tanto a través de predicadores como a través de la oración. La maravillosa obra del Sr. Moody en Inglaterra, Escocia e Irlanda en 1873, y los años que siguieron, sin lugar a dudas tuvo su origen, desde el lado humano, en la oración. El simple hecho de que él fuera a Inglaterra fue en respuesta a las oraciones importunas de una santa postrada en cama. La primera demostración del poder de Dios a través de su predicación fue en una iglesia en el norte de Londres un año antes de que él fuera a Inglaterra para esta obra. En esta reunión 500 personas aceptaron

definitivamente a Cristo en una sola noche. Este fue el resultado directo e inmediato de las oraciones de esta misma santa postrada en cama. Mientras continuó el espíritu de oración, el Sr. Moody prosiguió con poder, pero como siempre es el caso, con el paso del tiempo se hizo cada vez menos hincapié en la oración y su obra decayó perceptiblemente en poder.

El gran avivamiento galés en 1904 y 1905 fue incuestionablemente el resultado de la oración. Un año antes de que el autor comenzara su obra en Cardiff, se anunció que él iba a Cardiff, y durante un año se elevaron oraciones de miles de cristianos devotos para que hubiera no solo un avivamiento en Cardiff sino en todo Gales. Cuando llegamos a Cardiff encontramos que se habían celebrado reuniones de oración de madrugada en Penarth, uno de los suburbios de Cardiff, durante meses. Sin embargo, al principio la obra avanzó muy lentamente. Había grandes multitudes, cantos muy entusiastas, pero poca manifestación de un verdadero poder de convicción y regeneración. Se designó un día de ayuno y oración. Esto se observó no solo en Cardiff sino en diferentes partes de Gales. Hubo un cambio inmediato de rumbo; el poder de Dios descendió. En ese día, en una reunión celebrada en otra parte de Gales por unos pocos devotos hombres de Dios, el poder de Dios se manifestó de una manera muy notable. Durante todo un año después de que nuestras reuniones terminaron en Cardiff, la obra continuó en esa ciudad, con reuniones cada noche y un número muy grande de conversiones. La semana siguiente a las reuniones en Cardiff, un ministro asociado con la obra subió a uno de los valles de Gales, y hubo una poderosa manifestación del poder de Dios con un gran número de conversiones, y por todo Gales la obra de Dios continuó, en gran parte sin instrumentos humanos excepto en forma de oración. Se reportaron 100.000 conversiones en un año. Por supuesto, no todos estos demostraron ser firmes, y sin duda hubo extravagancias en algunos lugares, pero después de hacer todas las concesiones, fue una de las obras de Dios más notables en los tiempos modernos, y desde Gales salió un fuego de Dios hasta los confines de la tierra y solo la eternidad revelará los resultados gloriosos de esa obra.

Y no solo se ha demostrado una y otra vez a gran escala que los avivamientos generalizados son el resultado seguro de la oración inteligente y prevaleciente, sino que en círculos más pequeños el poder de la oración se ha demostrado una y otra vez. En un pueblo muy oscuro del estado de Maine, donde aparentemente las iglesias no estaban logrando nada, unos pocos hombres cristianos sinceros se reunieron y organizaron un grupo de oración. Seleccionaron al caso aparentemente más desesperado de todo el pueblo y centraron sus oraciones en él, importunando a Dios por su conversión. El hombre era un borracho y una ruina. En poco tiempo el hombre se convirtió por completo. Luego, el grupo de oración centró sus oraciones en otro hombre, el segundo caso más difícil del pueblo, y él se convirtió; y así continuó la obra hasta que unos 200 se convirtieron en un solo año.

En un pequeño pueblo del estado de Michigan, muy lejos del ferrocarril, un ministro presbiteriano y uno metodista se unieron en un esfuerzo por ganar a los no salvos para Cristo. Fueron respaldados por un fiel grupo de oración. Mientras el presbiteriano predicaba y el metodista exhortaba, este grupo de oración estaba en la habitación de atrás clamando a Dios por su bendición sobre la obra. Seleccionaban a individuos de la comunidad para orar por ellos. En algunos casos, estos hombres entraban a la reunión la misma noche en que se estaba orando por ellos y se convertían. La obra llegó a ser tan notable que ministros y multitudes de personas viajaban millas para presenciar la maravillosa obra.

La historia de las misiones extranjeras abunda en ilustraciones de la importancia y el poder de la oración en el evangelismo mundial. Todos recordarán la reunión de oración del “pajar” (*the haystack prayer meeting*) y sus resultados, y el envío de los 100 por la Misión al Interior de China en 1887.

Ilustraciones de este carácter podrían multiplicarse fácilmente. La historia de la iglesia demuestra sin lugar a dudas que el factor humano más importante en el evangelismo del mundo es la oración. La gran necesidad de la hora presente es la oración. En nuestra obra en casa y en el extranjero estamos dependiendo cada vez más de los hombres, la maquinaria y los métodos, y cada vez menos de Dios. El evangelismo en casa se

está volviendo cada vez más mecánico, y se está recurriendo a métodos que son cada vez más repugnantes para todas las personas de mente espiritual; mientras que el evangelismo en el extranjero se está volviendo cada vez más meramente educativo y sociológico. Lo que se necesita hoy por encima de todo es oración, oración verdadera, oración en el poder del Espíritu Santo, y oración que cumpla con las condiciones de la oración prevaleciente expuestas tan claramente en la Palabra de Dios.

Todo lo dicho hasta ahora es más o menos general, pero si se ha de lograr algo práctico debemos ser específicos, ¿en qué direcciones deberíamos presentar la oración, si quisiéramos ver ese evangelismo eficaz por el cual tantos están anhelando?

En primer lugar, deberíamos orar por los individuos. Bajo la guía de Dios deberíamos seleccionar a individuos en quienes deberíamos centrar nuestras oraciones. Todo ministro y todo cristiano debería tener una lista de oración, es decir, debería escribir en la parte superior de una hoja de papel las siguientes palabras (o palabras con el mismo efecto): “Con la ayuda de Dios, oraré fervientemente y trabajaré persistentemente por la conversión de las siguientes personas:”. Luego debería arrodillarse ante Dios y pedirle definitivamente y con la mayor y más reflexiva sinceridad y seriedad, que le muestre a quién poner en esa lista de oración, y a medida que Dios le guíe a poner a diferentes personas en esa lista, debería anotar sus nombres. Luego, cada día debería acudir a Dios en oración muy definida con esa lista de oración y clamar a Dios en el fervor del Espíritu Santo por la conversión de estos individuos y nunca dejar de orar por ellos hasta que se hayan convertido definitivamente. Si hubiera espacio, podríamos registrar los casos más maravillosos de conversión en muchas tierras como resultado de tales listas de oración.

En segundo lugar, deberíamos orar por la iglesia individual y la comunidad. Orar definitivamente por un despertar espiritual, orar para que los miembros de la iglesia sean llevados a un plano más elevado de vida cristiana, para que la iglesia sea purgada de su actual compromiso con el mundo, para que los miembros de la iglesia sean revestidos de poder de lo alto y llenos de pasión por la salvación de los perdidos. Deberíamos orar para que a través de la iglesia y su membresía, muchos puedan convertirse y que haya un despertar genuino en la iglesia y la comunidad. Cualquier iglesia o comunidad que esté dispuesta a pagar el precio puede tener un verdadero avivamiento. Ese precio no es construir un tabernáculo y llamar a algún evangelista muy conocido y poner grandes sumas de dinero en publicidad y seguir otros métodos modernos. Todas estas cosas pueden estar bien en su lugar, pero no son el precio de un avivamiento. El precio de un avivamiento es la oración honesta y ferviente en el Espíritu Santo, una oración que no aceptará un “no” por respuesta. Que unas pocas personas en cualquier iglesia o comunidad se pongan completamente a cuentas con Dios ellas mismas, luego que se unan y clamen a Dios por un avivamiento hasta que el avivamiento llegue, con la determinación de orar hasta el final sin importar cuánto tiempo tome; luego que se pongan a disposición de Dios para que Él los use de la manera que Él quiera, en trabajo personal o testimonio o cualquier otra cosa, luego que salgan según Dios los guíe, tratando con amor, sabiduría y persistencia a los no salvos, y un avivamiento genuino de la obra de Dios en el poder del Espíritu Santo está destinado a resultar. El autor ha dicho sustancialmente esto alrededor del mundo; una y otra vez, el consejo ha sido seguido, y el resultado siempre ha sido el mismo: una obra de Dios real, efectiva y exhaustiva. En la iglesia de Chicago de la cual él mismo fue pastor, durante los ocho años de su pastorado activo hubo un avivamiento constante, y en todos esos ocho años nunca hubo una semana sin conversiones. La gran mayoría de los convertidos se unieron a otras iglesias, pero el número más pequeño jamás recibido en esa iglesia en un solo año fue de 250. En los trece años que han transcurrido desde que dejó el pastorado activo de esa iglesia, la obra ha continuado, al principio bajo otro pastor, y ahora durante varios años sin ningún pastor en absoluto. Podrían darse muchas ilustraciones de lo mismo. Un ejemplo muy notable es el de la Capilla de Charlotte (Charlotte Chapel) en Edimburgo bajo el liderazgo de Joseph W. Kemp.

En tercer lugar, deberíamos orar por la obra en tierras extranjeras. La historia de las misiones extranjeras prueba que el factor más importante en la obra misionera eficaz es la oración. Se necesitan hombres y mujeres para las misiones extranjeras, se necesita dinero, pero lo que más se necesita de todo es la oración.

Deberíamos orar muy definitivamente por la guía de Dios sobre los secretarios y otros oficiales de nuestras juntas misioneras extranjeras. Los problemas que los confrontan están más allá de la sabiduría de cualquier hombre para resolverlos; los secretarios necesitan sabiduría de lo alto y esa sabiduría es dada en respuesta a la oración. Deberíamos orar muy definitivamente para que se envíen obreros a la mies que es tan abundante y está tan madura en el tiempo presente. (Mateo 9:37, 38). No solo deberíamos orar para que hombres y mujeres sean llamados al campo extranjero, sino que deberíamos orar por campos definidos y por el envío definido de obreros a esos campos. Deberíamos orar muy específicamente por los hombres y mujeres que han ido al campo. Solo aquel que ha visitado el campo extranjero puede darse cuenta de cuánto necesitan los misioneros nuestras oraciones. Uno siente cuando llega al campo extranjero como si la misma atmósfera fuera tomada en posesión por “el príncipe de la potestad del aire”. Las cargas que el misionero extranjero tiene que soportar y los conflictos que tiene que padecer serían atroces si no creyéramos en un Dios que contesta la oración. Pero no tenemos derecho a dejar a los devotos hombres y mujeres que han salido al campo extranjero a pelear la batalla solos. Dándonos cuenta de que su “lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”, [Efesios 6:12] deberíamos con toda oración y súplica orar en todo tiempo en el Espíritu, y velar en ello con toda perseverancia, para que Dios les dé a estos hombres y mujeres la victoria en su conflicto personal, y poder en sus esfuerzos por ganar a los hombres de los engaños de las falsas religiones que destruyen eternamente, a la verdad del Evangelio que salva eternamente. Deberíamos orar también muy definitivamente por los conversos en los campos extranjeros, por su liberación del error y del engaño y del pecado, y para que puedan llegar a ser miembros inteligentes, bien equilibrados, fuertes y útiles del cuerpo de Cristo. Deberíamos orar por las iglesias como organizaciones que se forman como resultado del esfuerzo misionero en tierras extranjeras.

Finalmente, deberíamos orar por la evangelización del mundo en la presente generación. La terrible guerra ahora en curso enfatiza la necesidad de oración, especialmente en conexión con nuestra obra en el extranjero. Los últimos años han sido años de maravillosa oportunidad en la obra misionera extranjera. Dios ha estado llamando a la iglesia como nunca antes a la evangelización del mundo, pero la iglesia en su conjunto ha seguido durmiendo y no ha respondido al llamado, y casi parece como si la puerta finalmente se estuviera cerrando y que nuestro Señor nos estuviera diciendo como les dijo a los discípulos que dormían en el huerto de Getsemaní: “Dormid ya, la oportunidad que os di y que despreciasteis ahora se ha ido”. No podemos permitir que sea así. Oremos para que Dios nos dé una oportunidad más. Yo creo que lo hará, por más oscuro que parezca el día de hoy. Oremos con el mismo fervor para que Dios guíe a su iglesia a aprovechar esa oportunidad adicional en cuanto le sea dada. Seamos muy fervientes, muy persistentes en nuestras oraciones. Determinemos que no aceptaremos un no por respuesta, y veremos la evangelización mundial, y ese día feliz que anhelamos por encima de todos los demás días llegará rápidamente cuando “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo”, y cuando su cuerpo completado, la iglesia, será arrebatado para recibirlo en el aire. [1 Tesalonicenses 4:16-17] “Sí, ven, Señor Jesús”. [Apocalipsis 22:20]

Capítulo 91 La Iglesia y el Socialismo

Por el profesor Charles R. Erdman, Doctor en Teología
Seminario Teológico de Princeton

El repentino surgimiento del socialismo es el movimiento más sorprendente y significativo de la época. Hace unos años el término sugería un sueño de fanáticos; hoy encarna el credo y la esperanza de millones de personas inteligentes. Por ejemplo, en Estados Unidos el voto socialista aumentó de 20.000 en 1892 a 900.000 en 1912. En Francia este voto asciende a 1.104.000, y en Alemania a más de 3.000.000; y en estas y otras tierras, multitudes que no están abiertamente aliadas con el socialismo político están imbuidas de principios socialistas y son defensoras de teorías socialistas.

Con este gran movimiento la iglesia cristiana está profundamente preocupada; primero, debido al esfuerzo que muchos están haciendo para identificar el socialismo con el cristianismo; y, segundo, porque, en el otro extremo, se sugiere el socialismo popular como un sustituto de la religión y es antagónico al cristianismo; y, tercero, porque la fuerza del socialismo consiste en gran parte en su protesta contra los males sociales existentes a los que la iglesia también se opone, pero que solo pueden ser finalmente enderezados por el gobierno universal de Cristo.

I. El socialismo, estrictamente definido, es una teoría económica que propone la abolición del capital privado y la sustitución por la propiedad colectiva para llevar a cabo el trabajo industrial del mundo. Esta propiedad colectiva debe extenderse a todos los instrumentos materiales de producción; estos deben ser operados públicamente, y los productos distribuidos equitativamente. El gobierno debe estar totalmente en manos del pueblo, y debe asignar a cada individuo su tarea y determinar su salario. Cada ciudadano ha de ser, de hecho, un empleado del gobierno.

Es evidente que el socialismo debe distinguirse del comunismo, con el cual a menudo se confunde. Este último aboga por una propiedad colectiva de toda la riqueza. El socialismo no niega el derecho a la propiedad privada, sino al capital privado. En un estado socialista uno podría ser dueño de una casa, pero no podría alquilarla para aumentar sus ingresos. Podría ser dueño de un yate, pero no podría usarlo para llevar pasajeros por dinero. Bajo el comunismo no habría propiedad privada, sino que sería literalmente cierto que “ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía”.

El socialismo se distingue aún más fácilmente del anarquismo. Este último busca la abolición de todo gobierno; pero el socialismo aboga por la extensión de las funciones del gobierno para regular la vida y el trabajo de cada individuo e incluso en los detalles más minuciosos. La anarquía significa la ausencia de gobierno; el socialismo propone más gobierno del que ninguna nación haya conocido jamás.

De manera igualmente obvia, el socialismo nunca debe confundirse con esa forma extrema de anarquía conocida como nihilismo. Este último aboga por la abolición violenta de todas las instituciones existentes, sociales y políticas. Es cierto que los socialistas a menudo proponen la revolución y la violencia; pero un número cada vez mayor cree que sus fines se alcanzarán mediante un proceso gradual de evolución social que avanza hacia la meta de una propiedad colectiva del capital. Por lo tanto, no es correcto identificar el socialismo con el asesinato, la anarquía y el ultraje.

Lo más importante de todo es la distinción entre socialismo y cristianismo. Esto podría parecer evidente por sí mismo. El cristianismo es una religión; el socialismo una teoría económica o una propuesta política, y con tales teorías y propuestas el cristianismo y la iglesia no tienen nada que ver. En la actualidad, sin embargo, hay un fuerte empeño y una evidente tendencia a identificar el socialismo y la iglesia cristiana.

Algunos insisten en que Jesucristo era socialista y que la iglesia primitiva se estableció sobre principios socialistas. Otros declaran que el socialismo es meramente la aplicación del cristianismo a los problemas industriales, y que es deber de un ministro cristiano predicar el socialismo, y la función suprema de la iglesia cristiana introducir y apoyar el socialismo como la única cura para todos los males sociales existentes.

En cuanto a Jesucristo, es imposible identificarlo con ninguna teoría social o partido político. Sus enseñanzas son de aplicación universal y de validez eterna; pero no tratan cuestiones de economía política más de lo que tratan cuestiones de ciencia física. Que Él insistió en la justicia, y la hermandad, y el amor, y el sacrificio personal es evidente; pero sugerir que estas virtudes son monopolio de un partido político o económico en particular es presuntuoso, y probar que Cristo abogó por la “propiedad colectiva de los bienes” es imposible. El problema económico fundamental se relaciona con la división de la riqueza; y en cuanto a eso Cristo se negó a hablar. Él reprendió los pecados sociales, la injusticia y el egoísmo, pero cuando en cierta ocasión se le pidió que dividiera una herencia, preguntó: “¿Quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidador?”, y esa pregunta tiene amplias implicaciones para el día de hoy.

Cuando leemos la historia de la iglesia primitiva hay declaraciones que sugieren el socialismo o incluso el comunismo, como por ejemplo cuando leemos que “tenían en común todas las cosas”, pero una investigación más profunda muestra que su comunismo era local, voluntario, ocasional, temporal. Se practicó solo en Jerusalén, nadie fue obligado a dividir o vender sus propiedades, no todos adoptaron la práctica, sino que muchos como María la madre de Marcos mantuvieron sus casas en la ciudad. Además, este comunismo solo se practicó por un tiempo. Fue impulsado por el amor y diseñado para hacer frente a una crisis especial, pero nunca se admitió o estableció como un principio perdurable de la vida de la iglesia.

En cuanto a la iglesia de hoy, sería una grave injusticia para sus miembros si se la identificara con el socialismo. Aunque los socialistas puedan adoptar muchos de los principios cristianos y sentirse impulsados por motivos cristianos, deben recordar que el cristianismo es algo distinto a una propaganda social y mucho más que una teoría económica. Por otro lado, la iglesia reconoce que no tiene derecho a aliarse con ningún partido político, ni a comprometerse con ninguna forma de organización social o industrial. La iglesia deja a sus miembros en libertad de adoptar o rechazar el socialismo según lo consideren sabio. Un hombre puede ser un ardiente socialista y un cristiano sincero, o puede ser un verdadero cristiano y un decidido oponente del socialismo.

La mayoría de los cristianos admiten la sabiduría de muchas propuestas socialistas, pero sienten que están en libertad de actuar sin la interferencia de la iglesia. En Estados Unidos, por ejemplo, el sistema de escuelas públicas y el departamento de correos del gobierno son ejemplos de la aplicación de principios socialistas. La propiedad del gobierno podría extenderse a los ferrocarriles, minas, servicios públicos, fábricas; esto no implicaría cuestiones de religión, sino de conveniencia y sabiduría política, problemas con los que la iglesia no tiene nada que ver.

Por otro lado, muchos cristianos están persuadidos de que hay falacias y debilidades en el esquema socialista. Creen, por ejemplo, que los socialistas se equivocan al asumir que el trabajo es el único factor en la producción de riqueza, y que el capital es el resultado o la encarnación del robo; no creen que la formación y el gobierno de un estado socialista completamente organizado sería práctico o posible; están convencidos de que el socialismo, si se realizara, implicaría una tiranía y esclavitud que serían increíbles e intolerables. Estas son sus convicciones sinceras y a los hombres que las sostienen no se les debe negar un lugar en la iglesia ni ser reprendidos por la iglesia como si carecieran de inteligencia o de simpatía y amor cristiano. Debe reconocerse que la iglesia no debe invadir el campo de la economía política, ni está aliada con ningún orden o propaganda política o social.

Es en este sentido que el movimiento llamado “socialismo cristiano” debe ser criticado. Por decir lo menos, el nombre que ha adoptado es desafortunado, porque implica, intencionalmente o no, que los demás socialistas no son cristianos, y que los demás cristianos deberían ser socialistas. Igual se podría hablar de demócratas cristianos, o republicanos cristianos, o sufragistas cristianos. Las implicaciones serían muy similares.

El “socialismo cristiano”, sin embargo, no es solo un nombre imperfecto; es en la mayoría de sus formas una cosa desafortunada. En algunos casos, es cierto, es meramente la expresión de un deseo benevolente de que los hombres muestren un espíritu de justicia y hermandad en sus relaciones sociales e industriales. Esto es bastante inocente; pero tal como lo presenta la gran masa de sus defensores, el “socialismo cristiano” no es ni cristiano ni socialismo. Es decepcionante para los cristianos e irritante para los socialistas. Minimiza o niega verdades cristianas tales como la encarnación, el nacimiento virginal, la expiación, la resurrección, la justificación por la fe, la obra del Espíritu Santo, la segunda venida de Cristo, y en esa medida deja de ser un cristianismo verdadero. Por otro lado, no es socialismo real. Pocos de sus adherentes niegan el derecho del capital privado, o insisten en la “propiedad colectiva de los instrumentos de producción”. En el esfuerzo por unir cristianismo y socialismo no se le hace justicia a ninguno de los dos. Tal unión nunca debería intentarse. Del socialismo como teoría económica estricta, el cristianismo está absolutamente

II. El socialismo popular, sin embargo, es algo bastante diferente de una teoría económica científica. Es un credo social, ofrecido como sustituto de la religión, que promete beneficios materiales a toda la humanidad, y se opone amargamente al cristianismo y a la iglesia. Gran parte de este odio se debe a la ignorancia y los prejuicios. Grandes multitudes que se llaman a sí mismas socialistas tienen concepciones vagas de los problemas de la ciencia política o de las serias dificultades involucradas en el establecimiento de un estado socialista, pero están vívidamente conscientes de su odio hacia las instituciones existentes a las que consideran responsables de las presentes desigualdades y males sociales. Los maestros cristianos, por lo tanto, hacen bien en enfrentar justa y generosamente los ataques que los socialistas están haciendo a la iglesia, y deberían explicar a los socialistas sus conceptos erróneos y los defectos obvios de su credo.

1. El socialismo popular se equivoca al identificar a la iglesia cristiana con el “capital”, y al considerar a la iglesia responsable del orden social actual. Comúnmente se afirma que la iglesia es el “club de los ricos”; que los ministros cristianos están controlados por hombres ricos y tienen miedo de reprender los males sociales, que el Evangelio se predica con el propósito de que los pobres se contenten con sus condiciones actuales y de evitar que se levanten para reclamar sus derechos. De hecho, la iglesia no está comprometida con ningún orden social. Ha florecido bajo el dominio imperial así como lo ha hecho en grandes repúblicas, pero se opone a los males e injusticias de todo sistema. En lugar de ser “el club de los ricos”, la gran proporción de sus miembros son asalariados, y una proporción muy pequeña está en la iglesia.

En cuanto al ministerio, rara vez es reclutado de las filas de los ricos, y sus representantes suelen ser valientes en su reprensión de los pecados sociales. Es la gloria de la iglesia que da la bienvenida a sus servicios y bendice con sus oficios tanto a ricos como a pobres por igual, y hace más por borrar las distinciones de clase que cualquier otra agencia en el mundo.

2. El socialismo popular pone injustamente a todos los capitalistas bajo sospecha de deshonestidad y egoísmo. Es cierto que los defensores más inteligentes del socialismo, como propuesta económica, discriminan entre las responsabilidades de los individuos y los defectos de un sistema. Incluso simpatizan con los capitalistas que se ven obligados a actuar bajo condiciones y leyes que están fuera de su control, y no atacan a ninguna clase en una comunidad, sino que buscan nuevas instituciones que, sin violencia ni injusticia, aseguren una igualdad más verdadera de oportunidades y condiciones. Pero el “socialismo popular” mira a todos los hombres ricos con enemistad. Sus clamores contra los ricos están engendrando el más amargo odio de clases y despertando pasiones que, a menos que sean controladas, resultarán en violencia, anarquía y desastre universal. No cabe duda de que el capital a menudo es cruel, que a veces

depende de la injusticia y la tiranía, y que frecuentemente explota a los indefensos, y produce miseria y angustia; pero estos abusos no son universales. Donde existen pueden ser corregidos por ley; y es meramente dar por sentada la cuestión afirmar que solo pueden ser eliminados mediante la abolición del capital y la sustitución por la propiedad colectiva. Por otro lado, debe recordarse que gran número de capitalistas son escrupulosamente honestos en sus tratos y están dedicados al bienestar de sus empleados. Hasta tal punto, sin embargo, ha envenenado el “socialismo popular” la mente del público, que estas últimas afirmaciones serían recibidas en muchos sectores con ridículo e incredulidad. No obstante, es indudablemente cierto que muchos empleadores están dirigiendo grandes empresas comerciales con un profundo sentido de su responsabilidad personal y con un espíritu de simpatía y utilidad. Debe notarse además que los mismos principios de laboriosidad, fidelidad y honestidad, enseñados por el cristianismo, permiten a los hombres aumentar su poder y riqueza, y esto debería ser cierto bajo cualquier forma de organización social. El mero hecho de que uno posea riqueza no debe ser considerado como evidencia de que ha sido culpable de robo y avaricia.

3. El socialismo popular no reconoce que los principios de justicia, fraternidad y caridad, por los cuales sus líderes afirman estar animados, son principios cristianos, y han sido expresados por la iglesia como por ninguna otra sociedad de hombres. Es apenas racional que los socialistas sostengan, como lo hacen, que todos los hospitales y orfanatos e instituciones benévolas en tierras cristianas y paganas, establecidos y dirigidos por la iglesia, son meros esfuerzos débiles para apuntalar un sistema social falso y decadente. Son más bien la expresión del espíritu de Cristo, sin el cual ningún sistema social puede jamás alcanzar la perfección o perdurar mucho tiempo.

4. El socialismo popular es vitalmente defectuoso en cuanto que coloca las necesidades físicas por encima de las necesidades espirituales de la humanidad. Es, como filosofía, definitivamente materialista. Insiste en que mejores condiciones sociales producirán mejores hombres; el cristianismo enseña que se necesitan mejores hombres para producir mejores condiciones. El socialismo se esfuerza por elevar a los individuos elevando a la sociedad; el cristianismo sostiene que la sociedad solo puede ser elevada mediante la regeneración de los individuos. Asegurar tal regeneración es el esfuerzo y la función supremos de la iglesia, y su mensaje principal al socialismo es que “la vida es más que el alimento, y el cuerpo que el vestido”. A aquellos que claman por igualdad y oportunidad y por mejores condiciones materiales, y que sueñan ilusamente con una nueva era de abundancia, comodidad y felicidad universales, la iglesia les repite el mensaje divino: “Os es necesario nacer de nuevo”. Si el socialismo alguna vez ha de tener éxito como teoría económica, solo puede ser con la ayuda de la iglesia; porque de todos los sistemas sociales concebibles, ninguno dependería más de un carácter elevado y principios exaltados que un estado socialista; y la producción de tal carácter y la aplicación de tales principios son la función comprobada de la iglesia cristiana.

III. El socialismo es, sin embargo, algo más que una teoría económica científica, o una filosofía materialista popular; es una seria protesta contra los males sociales y las crueldades de la época, contra los defectos del actual sistema económico, contra el privilegio especial y la injusticia arraigada, contra la pobreza prevaleciente, el hambre y la desesperación. No siempre es una protesta inteligente. Su clamor es a veces inarticulado y salvaje; pero da voz al malestar social, al descontento hosco, a la amarga envidia y al dolor de miles que se sienten atraídos por el socialismo meramente por su protesta contra el orden social actual y sus profecías de una mejor era por venir.

1. Esta protesta del socialismo es un llamado a la iglesia a proclamar con más insistencia los principios sociales de Cristo. Esto no significa la adopción de un llamado “evangelio social” que descarta las doctrinas fundamentales del cristianismo y las sustituye por una religión de buenas obras; pero un verdadero Evangelio de gracia es inseparable de un Evangelio de buenas obras. Las doctrinas cristianas y los deberes cristianos no pueden divorciarse. El Nuevo Testamento no define más claramente la relación del creyente con Cristo que con los miembros de su propia familia, con sus vecinos en la sociedad y con sus

conciudadanos en el estado. Estas enseñanzas sociales del Evangelio necesitan hoy un nuevo énfasis por parte de quienes aceptan todo el Evangelio, y no se debe dejar que sean interpretadas y aplicadas únicamente por aquellos que niegan el cristianismo esencial o sustituyen la religión por algún credo social moderno.

La iglesia debe enfatizar de nuevo las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles relativas al matrimonio y a la familia; sobre esta sagrada institución muchos profesos socialistas están haciendo un asalto mortal. El socialismo no está necesariamente relacionado con ninguna teoría en particular del matrimonio, pero desafortunadamente se alía con demasiada frecuencia con teorías laxas del divorcio y propuestas de amor libre que son destructivas para la familia y subversivas para la sociedad.

La iglesia debe proclamar de nuevo la enseñanza de su Señor relativa a la mayordomía de la riqueza. Muchos hombres que se creen cristianos ortodoxos se inquietan y declaran que desean escuchar solamente “el Evangelio simple” cuando su pastor comienza a exponer los principios bíblicos relativos a la mayordomía cristiana. Debe insistirse en que uno es tan responsable por los métodos mediante los cuales se adquieren su poder, posición y propiedad, como por la forma en que estos se usan; y que todo hombre debe rendir cuentas al Señor no solo por el uso de una décima parte de sus ingresos, sino por cada fracción que retiene o gasta egoístamente. A los cristianos se les debe recordar que una prueba infalible de ser un hijo de Dios es el trato que se le da al prójimo que está en necesidad.

Debe haber un énfasis similar en los principios bíblicos relacionados con amos y siervos, con empleadores y empleados. Si, por un lado, hay una insistencia en la justicia y la simpatía, así debe haberla, por el otro, en la lealtad y fidelidad absolutas. El conflicto entre el capital y el trabajo podría evitarse sin una reorganización de la sociedad si ambas partes fueran controladas por las claras enseñanzas del Evangelio de Cristo.

Debe haber una nueva insistencia sobre lo sagrado del estado y la verdad de que el gobierno es una institución divina. Esto significa un nuevo énfasis en los deberes de la ciudadanía cristiana. Toda expresión de anarquía y rebeldía contra la ley debe ser severamente reprendida y rápidamente reprimida; y todo ciudadano cristiano debe buscar, mediante un esfuerzo paciente, resolver los complejos problemas de la vida social e industrial moderna, y ayudar en el establecimiento de mejores costumbres y de leyes más justas. El socialismo perdería mucho de su poder si la iglesia tuviera más cuidado de proclamar las doctrinas sociales explícitas que forman parte integral del Evangelio de Cristo.

2. Esta protesta del socialismo exige de la iglesia una práctica más consecuente, por parte de sus miembros, de las enseñanzas sociales de Cristo. Es fácil presentar acusaciones falsas contra los cristianos; es incluso habitual hoy en día exponer a la iglesia al ridículo y al desprecio como una sociedad de hipócritas infieles a sus profesiones de fe y a su Señor. No es necesario ni siquiera considerar estas acusaciones que brotan de la ignorancia, los prejuicios o el despecho. Las grandes masas de cristianos se esfuerzan por ser fieles y buscan vivir de manera agradable a su maestro. Sin embargo, es cierto que hay algunos en la iglesia que son conscientemente culpables de pecados contra la sociedad, y otros que, debido a la dificultad de las cuestiones involucradas, se excusan con el argumento de que sus malas prácticas son hechas necesarias por el sistema industrial de la época. Algunos se sienten bastante cómodos bajo lo que consideran una predicación ortodoxa, aun cuando saben que su riqueza ha provenido de la inflación de acciones y de la ruina de los ferrocarriles, y de moler el rostro de los pobres. La supuesta ortodoxia de tal predicación es probablemente defectuosa en sus declaraciones sobre las enseñanzas sociales de los Evangelios. Uno podría ser un bandido y corsario social y, sin embargo, creer en el nacimiento virginal y en la resurrección de Cristo; pero uno no puede ser cristiano a menos que crea “que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”; [2 Corintios 5:14-15] y vivir para Cristo significa vivir para Él en cada esfera y relación de la vida, ya sea empleador o empleado, capitalista u obrero, accionista o asalariado.

Todos debemos admitir la grave complejidad de la vida moderna, y la delicadeza y dificultad de los problemas involucrados, sin embargo, no debemos contentarnos con tolerar prácticas que son injustas o anticristianas. Ser absolutamente fieles a la conciencia y a Cristo significará sacrificio y pérdida de dinero y prestigio social. Nunca es fácil tomar la cruz cada día y seguir a Cristo; pero hay un nuevo llamado al heroísmo, al martirio. La lealtad absoluta a Cristo en el mundo empresarial y social de hoy a menudo significa crucifixión, dolor, muerte, pero “es el camino que recorrió el maestro; ¿no debe el siervo pisarlo aún?”.

3. La protesta del socialismo es un llamado distintivo a la iglesia para que defina de nuevo para sí misma su función, y para que interprete de nuevo las profecías de su Señor. Hay muchos que, en nombre del cristianismo, han estado prometiendo un nuevo orden social, un reino de Dios, el cual declaran que la iglesia introducirá. El prolongado y continuo fracaso en realizar estas promesas ha llevado a críticas hacia la iglesia, y ha contribuido no poco a aumentar la amargura de los ataques socialistas contra ella. La iglesia ahora está siendo considerada responsable de los pecados sociales y la injusticia, de los males y agravios de la época; y de esta desafortunada posición debe culparse en gran medida a sí misma. Se ha arrogado funciones que no le son propias; ha hecho promesas para las cuales no hay palabra escrita en las Escrituras. Debe recordarse, por ejemplo, que el estado es una institución tan puramente divina como lo es la iglesia. Corresponde al estado asegurar la reconstrucción social cuando sea necesario; corresponde al estado castigar a los infractores y asegurar, mediante promulgaciones legales y procesos legislativos, la abolición de los abusos y el establecimiento de la justicia. Cuando la iglesia asume funciones que pertenecen al estado, se involucra en dificultades innecesarias y se coloca en una posición falsa ante el mundo. Más importante aún es preguntar qué predicciones de las Escrituras apoyan la afirmación de que la iglesia misma ha de introducir el reino de Dios. Ella ciertamente ha de prometer la venida de ese reino; incluso ahora ha de insistir en que sus miembros obedezcan sus leyes, pero le es imposible obligar a los hombres no cristianos a aceptar los principios de su Señor. Su función suprema es asegurar, por parte de los individuos, una devoción y lealtad incondicionales a Cristo. Le corresponde a ella aumentar tan rápidamente como sea posible su membresía y extender en toda esfera legítima su benévola influencia; pero la verdadera bienaventuranza de la iglesia y del mundo espera el regreso personal de Cristo. La esperanza del mundo no está en un nuevo orden social instituido por hombres no regenerados; no en un milenio hecho por el hombre; no en una comunidad de la humanidad organizada como un estado socialista; sino en un reino establecido por Cristo que llenará la tierra de gloria en la venida del Rey.

En el último volumen aparece una sección titulada *Los quince libros más indispensables para el ministro u obrero cristiano*. Consiste de listas de libros considerados indispensables de parte de nueve líderes. No proveemos una traducción de esta sección, dado que aparentemente la mayoría de los libros mencionados nunca fueron traducidos al español.